



OBRAS
DE
CHATEAUBRIAN



3



PQ2205
.0318
1852
v.3
c.1

U
840
Ch



BIBLIOTECA



1080043300



84-1



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

E # 6 B # 157

BIBLIOTECA ILUSTRADA DE GASPAR Y ROIG.



MEMORIAS DE ULTRA-TUMBA,

POR F. A. DE CHATEAUBRIAND.

TRADUCIDAS

POR DON FRANCISCO MADINA-VEYTIA.



110675

CHATEAUBRIAND.



MADRID.

IMPRESA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES,

calle del Principe, núm. 4.

1855.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



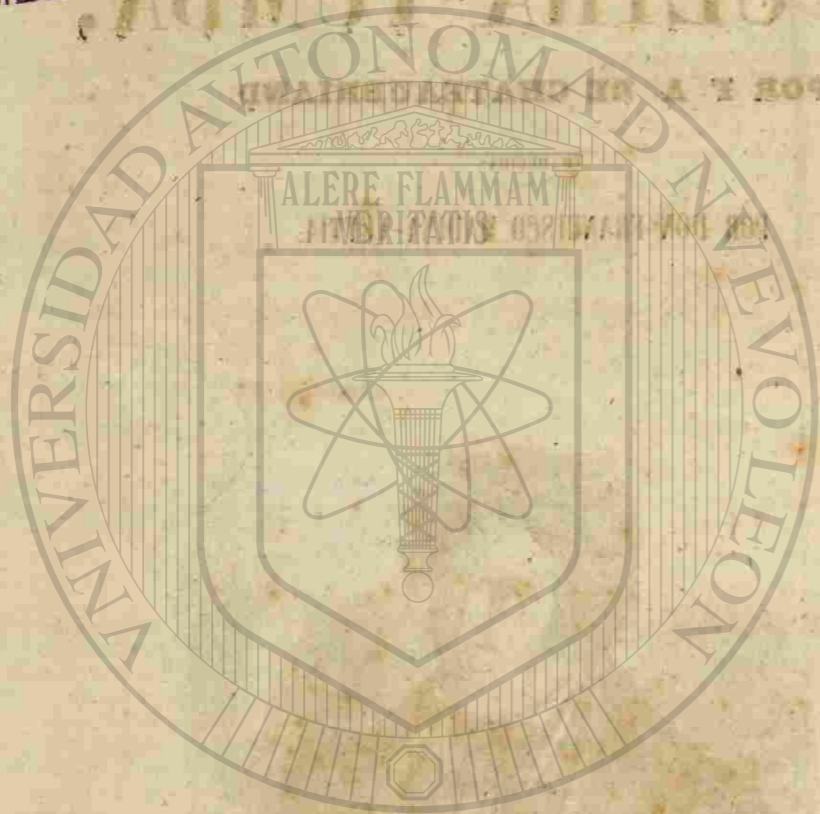
BIBLIOTECA

Parros

0318

1852

v.3



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



BIBLIOTECA PÚBLICA
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

Al Señor H. L. Delloye, teniente coronel retirado, Caballero de la

Real orden de San Luis y de la Legión de Honor.

Muy Señor mío: nuestro asunto empieza ya á marchar prósperamente: así que he acabado la traducción de *Milton*, he vuelto á emprender las *Memorias*, y he mandado dar principio á la copia que os entregaré á principios del año próximo venidero. Considero como una felicidad, caballero, el haber encontrado un bizarro y pundonoroso oficial de la guardia real que haya terminado un asunto que sin su intervencion acaso no habria llegado nunca á su término. A vos, pues, caballero, es quien habré debido la tranquilidad de mi vida, y lo que todavía me interesa mas, la de la Señora de Chateaubriand. Dios mediante, todo lo demás marchará bien, y espero que ni vos, ni los accionistas os arrepentireis algun dia de haber adquirido la propiedad literaria de mis *Memorias*.

Dignaos, caballero, creer en mi sincero afecto y estar persuadido de mi distinguida consideracion.

CHATEAUBRIAND.

INTRODUCCION.

PARIS 14 de abril de 1846.

*Sicut nubes... quasi
naves... velut umbra.*

JOB.

Como me es imposible prever el instante de mi fin; como á mi edad los dias concedidos al hombre no son mas que dias de gracia, ó mejor dicho de pena, voy á explicarme.

El 4 de setiembre próximo habré cumplido mis setenta y ocho años, y tiempo es ya de que abandone un mundo que me abandona él tambien, y al que no echo de menos.

Las *Memorias*, al frente de las cuales se leerá esta introduccion, siguen en sus divisiones, las divisiones naturales de mi existencia.

La triste necesidad que siempre ha pesado sobre mí me ha obligado á vender mis *Memorias*. Nadie puede comprender lo que yo he sufrido al verme forzado á hipotecar mi tumba; pero debia este postrer sacrificio á mis juramentos y á la unidad de mi conducta. Por un amor, tal vez pusilámime, miraba estas *Memorias* como confidentes, de quienes no habria deseado separarme; mi proyecto era de dárselas á Mad. de Chateaubriand, quien las habria hecho conocer segun su deseo, ó las habria suprimido, lo que hoy mas que nunca desearia.

¡Ah, si antes de abandonar la tierra hubiese podido hallar alguno, bastante rico, bastante confiado, para comprar las acciones de la *sociedad*, y que no estuviere en la necesidad de entregar mi obra á la prensa tan luego como suene la campana de mi agonía! Al-

gunos de los accionistas son amigos míos; muchos son personas serviciales que han querido serme útiles; pero al fin, las acciones tal vez se han vendido; se habrán trasmitido á terceras manos que no conozco; y cuyos negocios de familia deben pesar antes que todo; á estos es natural que mis dias, prolongándose, sean, sino una importunidad, un daño al menos. Finalmente, si yo fuera aun dueño de estas *Memorias*, ó las guardaria manuscritas, ó retrasaria su publicacion cincuenta años.

Estas *Memorias* han sido compuestas en diferentes fechas y en diversos paises. De aquí los prólogos forzados que pintan los sitios que tenia ante mis ojos, los sentimientos que me ocupaban en el momento en que se anuda el hilo de mi narracion. Las formas movibles de mi vida han entrado así las unas dentro de las otras; me ha sucedido que, en mis instantes de prosperidad, he tenido que hablar de mis tiempos de miseria; en mis dias de tribulacion, que retratar mis dias de ventura. Mi juventud penetrando en mi vejez; la gravedad de mis años de experiencia entristeciendo mis ligeros años; los rayos de mi sol, desde su aurora hasta su ocaso, cruzándose y confundiéndose, han producido en mis páginas una especie de confusion, ó, si se quiere, una especie de unidad indefinible; mi cuna tiene algo de mi tumba; mi tumba de mi cuna; mis sufrimientos se convierten en placeres, mis placeres en dolores, y no sé, al acabar de leer estas *Memorias*, si son de una cabeza blanca ó de la cabeza de un niño.

Ignoro si esta miscelánea, que no me es dado remediar, gustará ó desagradará: es el fruto de las inconstancias de mi suerte: las tempestades no me han dejado muchas veces mas mesa para escribir que el escollo de mi naufragio.

Se me ha instado muchas veces para que publicase en mi vida algunos fragmentos de estas *Memorias*; pero he preferido hablar desde mi féretro: mi narra-

cion irá entonces acompañada de esas voces que tienen algo de sagradas, porque salen del sepulcro. Si he sufrido bastante en este mundo para ser en el otro una sombra feliz, un rayo escapado de los Eliseos Campos, derramará sobre mis últimos cuadros una luz protectora: la vida me sienta mal, y tal vez en la muerte hallare consuelo.

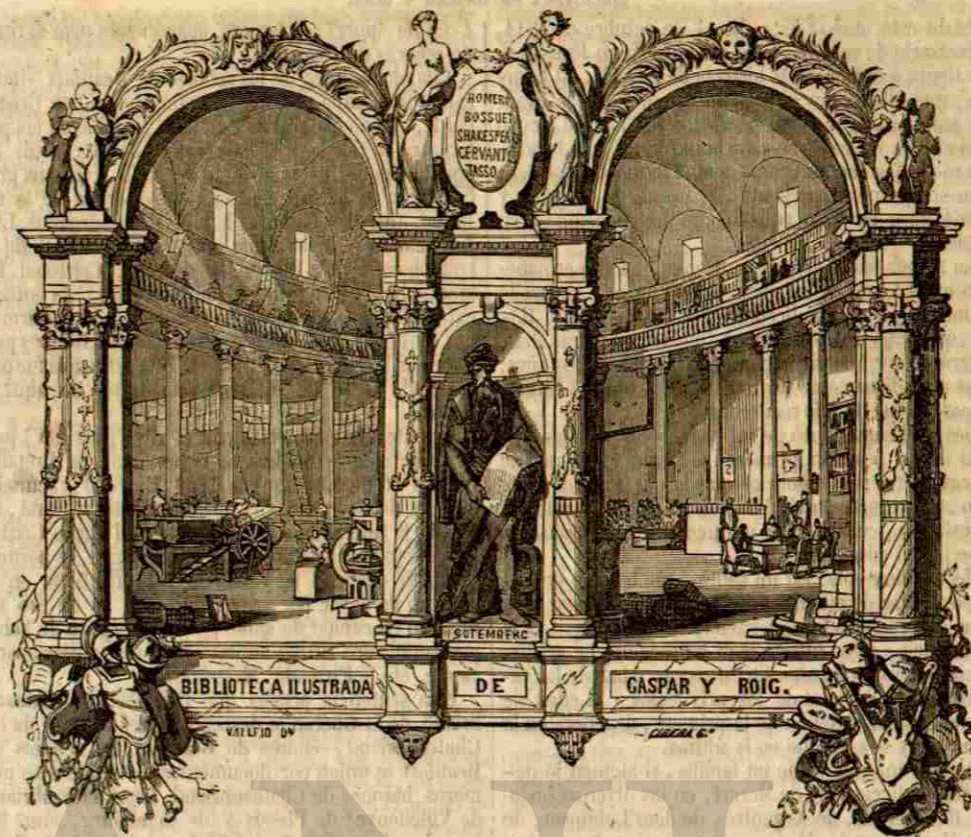
Estas Memorias han sido objeto de mi predileccion. San Buenaventura obtuvo del cielo el permiso de continuar las suyas despues de su muerte; no espero un favor igual; mas desearia resucitar en la hora de los fantasmas, para corregir al menos sus pruebas. Por lo demás, cuando la eternidad me haya con sus dos manos tapiado los oidos en la polvorosa familia de los sordos, no oiré la voz de nadie.

Si tal parte de este trabajo me ha atraido mas que tal otra, es la que se refiere á mi juventud, rincon el mas ignorado de mi vida. Allí he tenido que des- pertar á un mundo de mí solo conocido; no he hallado, al errar en esa sociedad desvanecida, mas que re- cuerdos y silencio. De todas las personas á quienes he conocido, ¿cuántas existen hoy día?

Los habitantes de Saint-Maló se dirigieron á mí el 25 de agosto de 1828, por conducto de su *maire*, con motivo de algunas mejoras que deseaban verificar en su puerto. Me apresuré á contestarles, solicitando en cambio de su benevolencia una concesion de al-

gunos piés de tierra para mi tumba sobre el Grand-Bé (islole de la rada de Saint-Maló). Esto experimentó algunas dificultades á causa de la oposicion de los in- genieros militares. Al fin, el 27 de octubre de 1831, recibí una carta del *maire*, Mr. Hovius. Me decia en ella: « El sitio de reposo que deseais al borde del mar, á algunos pasos de vuestra cuna, será preparado por la piedad filial de los maluinos. Un pensamiento triste se mezcla sin embargo á este cuidado. ¡ Ah, pueda el monumento permanecer largo tiempo vacío!...: pero el honor y la gloria sobreviven á todo lo que muerre sobre la tierra » Cito con reconocimiento estas bellas palabras; solo hay de mas en ellas la palabra *gloria*.

Descansaré por tanto al borde del mar, que tanto he amado. Si fallezco fuera de la Francia, deseo que mi cuerpo no sea conducido á mi patria sino cincuenta años despues de mi primera exhumacion. Que salven mis restos de una sacrilega autopsia; que se eviten el cuidado de buscar en mi cerebro helado y en mi corazon apagado el misterio de mi ser. La muerte no revela los secretos de la vida. Un cadáver corriendo la posta me causa horror; huesos emblanquecidos y ligeros se transportan mas fácilmente serán menos fa- tigosos en este último viaje, que cuando los arrastraba aquí y allá cargados con mis pesares.



MEMORIAS DE ULTRA-TUMBA,

POR F. A. DE CHATEAUBRIAND.

*Sicut nubes... quasi naves...
velut umbra.*

Jon.

La Vallée-aux-Loups, cerca de Aulnay
4 de octubre de 1811.

HACE cuatro años que á mi vuelta de la Tierra-Santa compré, cerca de la aldea de Aulnay, en la ve- cindad de Sceaux y de Chatenay, una casita de jardi- nero, oculta entre colinas cubiertas de bosques. El terreno desigual y arenoso, dependiente de esta casa, no era mas que un jardín salvaje, al término del cual se hallaba un arroyo y un plantío de castaños. Este estrecho espacio me pareció propio para encerrar mis largas esperanzas; *spatio brevi spem longam reseces*. Los árboles que en él he plantado prosperan; pero son aun tan pequeños, que les presto sombra cuando me coloco entre ellos y el sol. Un día, devolviéndome esta sombra, protegerán mis viejos años como yo he protegido su juventud. Los he elegido en cuanto me ha sido dado de los diferentes climas que he recorri- do; ellos recuerdan mis viajes y alimentan en el fondo de mi corazon otras ilusiones.

Si alguna vez los Borbones vuelven á subir al trono,

no les pediré, en recompensa de mi fidelidad, sino que me hagan bastante rico para unir á mi hereda- miento los bosques que lo rodean; la ambicion se ha despertado dentro de mí; quisiera acrecer mi paseo con algunas aranzadas; por caballero errante que sea, tengo los gustos sedentarios de un monje: desde que habito este retiro, no creo haber puesto tres veces los piés fuera de mi cercado. Si mis pinos, mis cedros, mis olmos cumplen lo que prometen, la Vallée-aux- Loups llegará á ser una verdadera cartuja. Cuando Vol- taire nació en Chatenay, el 20 de febrero de 1677, ¿cuál era el aspecto del cercado donde debia retirarse en 1807 el autor de *El genio del Cristianismo*?

Este sitio me agrada; ha reemplazado para mí á los campos paternos; lo he pagado con el producto de mis meditaciones y de mis vigiliias; al gran desierto de *Atala* debo el pequeño desierto de Aulnay; y para crearne este refugio, no he, como el colono america- no, despojado al indio de las Floridas. Estoy apegado á mis árboles; les he dirigido elegias, sonetos y odas; no hay uno solo entre ellos que no haya cuidado con mis propias manos, que no haya libertado del gusano, pegado á su raiz ó á su hoja; los conozco á todos por sus nombres como á hijos míos; son mi familia; no tengo otra, y espero morir cerca de ella.

Aquí he escrito *Los Mártires*, *Los Abencerrajes*, *El Itinerario* y *Moisés*; ¿qué haré ahora en las no-

cion irá entonces acompañada de esas voces que tienen algo de sagradas, porque salen del sepulcro. Si he sufrido bastante en este mundo para ser en el otro una sombra feliz, un rayo escapado de los Eliseos Campos, derramará sobre mis últimos cuadros una luz protectora: la vida me sienta mal, y tal vez en la muerte hallare consuelo.

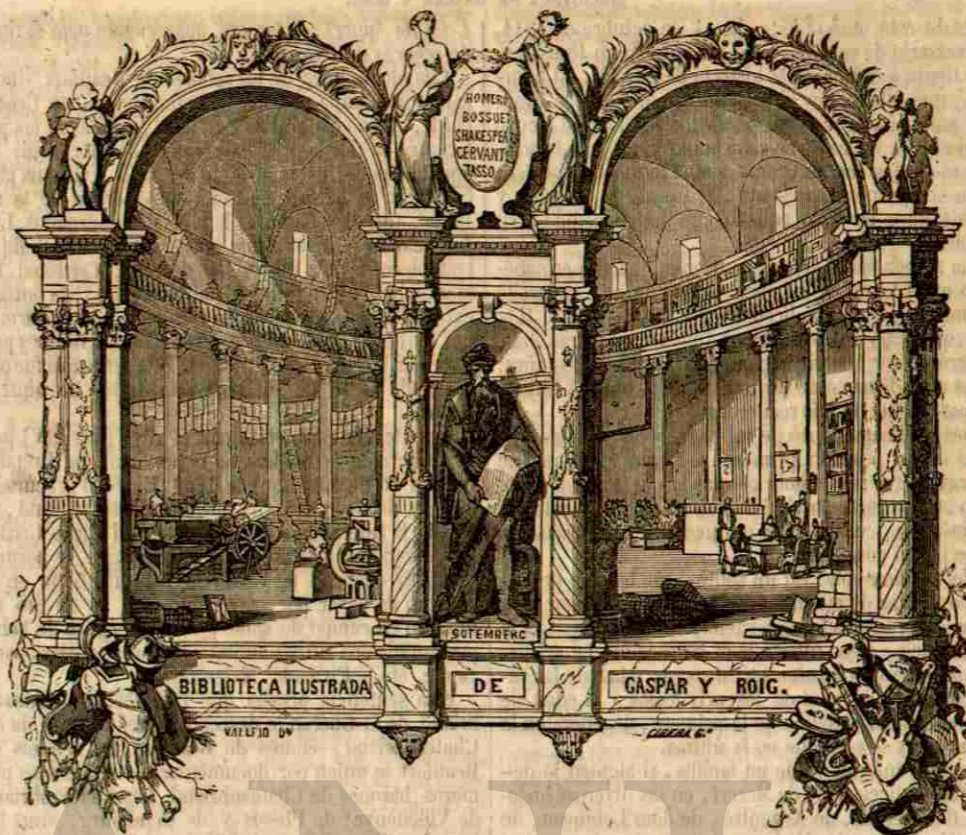
Estas Memorias han sido objeto de mi predileccion. San Buenaventura obtuvo del cielo el permiso de continuar las suyas despues de su muerte; no espero un favor igual; mas desearia resucitar en la hora de los fantasmas, para corregir al menos sus pruebas. Por lo demás, cuando la eternidad me haya con sus dos manos tapiado los oidos en la polvorosa familia de los sordos, no oiré la voz de nadie.

Si tal parte de este trabajo me ha atraído mas que tal otra, es la que se refiere á mi juventud, rincón el mas ignorado de mi vida. Allí he tenido que des- pertar á un mundo de mí solo conocido; no he hallado, al errar en esa sociedad desvanecida, mas que re- cuerdos y silencio. De todas las personas á quienes he conocido, ¿cuántas existen hoy día?

Los habitantes de Saint-Maló se dirigieron á mí el 25 de agosto de 1828, por conducto de su *maire*, con motivo de algunas mejoras que deseaban verificar en su puerto. Me apresuré á contestarles, solicitando en cambio de su benevolencia una concesion de al-

gunos piés de tierra para mi tumba sobre el Grand-Bé (islole de la rada de Saint-Maló). Esto experimentó algunas dificultades á causa de la oposicion de los in- genieros militares. Al fin, el 27 de octubre de 1831, recibí una carta del *maire*, Mr. Hovius. Me decia en ella: « El sitio de reposo que deseais al borde del mar, á algunos pasos de vuestra cuna, será preparado por la piedad filial de los maluinós. Un pensamiento triste se mezcla sin embargo á este cuidado. ¡ Ah, pueda el monumento permanecer largo tiempo vacío!...: pero el honor y la gloria sobreviven á todo lo que muerre sobre la tierra » Cito con reconocimiento estas bellas palabras; solo hay de mas en ellas la palabra *gloria*.

Descansaré por tanto al borde del mar, que tanto he amado. Si fallezco fuera de la Francia, deseo que mi cuerpo no sea conducido á mi patria sino cincuenta años despues de mi primera exhumacion. Que salven mis restos de una sacrilega autopsia; que se eviten el cuidado de buscar en mi cerebro helado y en mi corazon apagado el misterio de mi ser. La muerte no revela los secretos de la vida. Un cadáver corriendo la posta me causa horror; huesos emblanquecidos y ligeros se transportan mas fácilmente serán menos fa- tigosos en este último viaje, que cuando los arrastraba aquí y allá cargados con mis pesares.



MEMORIAS DE ULTRA-TUMBA,
POR F. A. DE CHATEAUBRIAND.

*Sicut nubes... quasi naves...
velut umbra.*

Jon.

La Vallée-aux-Loups, cerca de Aulnay
4 de octubre de 1811.

HACE cuatro años que á mi vuelta de la Tierra-Santa compré, cerca de la aldea de Aulnay, en la ve- cindad de Sceaux y de Chatenay, una casita de jardi- nero, oculta entre colinas cubiertas de bosques. El terreno desigual y arenoso, dependiente de esta casa, no era mas que un jardín salvaje, al término del cual se hallaba un arroyo y un plantío de castaños. Este estrecho espacio me pareció propio para encerrar mis largas esperanzas; *spatio brevi spem longam reseces*. Los árboles que en él he plantado prosperan; pero son aun tan pequeños, que les presto sombra cuando me coloco entre ellos y el sol. Un día, devolviéndome esta sombra, protegerán mis viejos años como yo he protegido su juventud. Los he elegido en cuanto me ha sido dado de los diferentes climas que he recorri- do; ellos recuerdan mis viajes y alimentan en el fondo de mi corazon otras ilusiones.

Si alguna vez los Borbones vuelven á subir al trono,

no les pediré, en recompensa de mi fidelidad, sino que me hagan bastante rico para unir á mi hereda- miento los bosques que lo rodean; la ambicion se ha despertado dentro de mí; quisiera acrecer mi paseo con algunas aranzadas; por caballero errante que sea, tengo los gustos sedentarios de un monje: desde que habito este retiro, no creo haber puesto tres veces los piés fuera de mi cercado. Si mis pinos, mis cedros, mis olmos cumplen lo que prometen, la Vallée-aux- Loups llegará á ser una verdadera cartuja. Cuando Vol- taire nació en Chatenay, el 20 de febrero de 1677, ¿cuál era el aspecto del cercado donde debia retirarse en 1807 el autor de *El genio del Cristianismo*?

Este sitio me agrada; ha reemplazado para mí á los campos paternos; lo he pagado con el producto de mis meditaciones y de mis vigiliás; al gran desierto de *Atala* debo el pequeño desierto de Aulnay; y para crearne este refugio, no he, como el colono america- no, despojado al indio de las Floridas. Estoy apegado á mis árboles; les he dirigido elegias, sonetos y odas; no hay uno solo entre ellos que no haya cuidado con mis propias manos, que no haya libertado del gusano, pegado á su raiz ó á su hoja; los conozco á todos por sus nombres como á hijos míos; son mi familia; no tengo otra, y espero morir cerca de ella.

Aquí he escrito *Los Mártires*, *Los Abencerrajes*, *El Itinerario y Moisés*; ¿qué haré ahora en las no-

chies de este otoño? Este día, 4 de octubre de 1811, aniversario de mis días y de mi entrada en Jerusalén, me tiento á comenzar la historia de mi vida. El hombre, que solo da hoy el imperio del mundo á la Francia para pisarla con su planta; este hombre, cuyo genio admiro y cuyo despotismo aborrezco; este hombre me rodea con su tiranía cual si fuese otra soledad; pero si oprime el presente, lo pasado le desafia, y quedo libre en todo aquello que ha precedido á su gloria.

La mayor parte de mis sentimientos han permanecido en el fondo de mi alma, ó solo se han mostrado en mis obras como aplicados á seres imaginarios. Hoy día, que echo de menos mis quimeras, sin ir tras ellas, quiero volver á subir la pendiente de mis bellos años: estas *Memorias* serán un templo de la muerte edificado para la luz de mis recuerdos.

Desde el nacimiento de mi padre y las pruebas difíciles de su posición primera, se formó en él uno de los caracteres más sombríos que hayan existido. Ora bien, ese carácter ha influido en mis ideas, asustando mi infancia, contristando mi juventud y decidiendo la clase de mi educación.

He nacido noble. En mi sentir, me ha sido provechoso el azar de mi cuna; he guardado ese amor más firme de la libertad que pertenece principalmente á la aristocracia, cuya última hora ha sonado. La aristocracia tiene tres edades sucesivas: la edad de las superioridades, la edad de los privilegios y la edad de las vanidades: saliendo de la primera, degenera en la segunda, y se extingue en la última.

Pueden informarse de mi familia, si alguien lo desea, en el diccionario de Moreri, en las diversas historias de Bretaña, de Argentré, de dom Lobineau, de dom Morice, en la *Historia genealogica de muchas casas ilustres de Bretaña*, del P. Dupaz, en Toussaint, Saint-Luc, le Borgne, y, finalmente, en la *Historia de los grandes dignatarios de la Corona*, del P. Anselmo.

Las pruebas de mi descendencia se hicieron en manos de Chérin, para la admisión de mi hermana Lucía como canonisa en el capítulo de Argentré, de donde debía pasar al de Remiremont; fueron reproducidas por mi presentación á Luis XVI; reproducidas por mi afiliación á la orden de Malta, y reproducidas por última vez cuando mi hermano fue presentado al mismo infortunado Luis XVI.

Mi nombre se ha escrito en un principio *Brien*, después *Briant*, y *Briand* por invasión de la ortografía francesa. Guillermo el breton, dijo *Castrum Briani*. No hay un nombre en Francia que no presente estas variaciones de letras. ¿Cuál es la ortografía de Duguesclin?

Los *Brien*, hacia principios del siglo XI, comunicaron su nombre á un castillo considerable de Bretaña, y este castillo llegó á ser la residencia de los barones de Chateaubriand. Las armas de Chateaubriand eran en un principio púas con esta divisa: *Siembro oro*. Geoffroy, baron de Chateaubriand, pasó con San Luis á Tierra-Santa. Hecho prisionero en la batalla de la Massoure, regresó, y su esposa, Sybilla, murió de alegría y de sorpresa al volver á verlo. San Luis, para recompensar sus servicios, le concedió á él y á sus herederos en cambio de sus antiguas armas un escudo de gules, sembrado de flores de lis de oro: *Cui et ejus hæredibus*, atestigua un cartulario del priorato de Bérère, *Sanctus Ludovicus tum Francorum rex, propter ejus probitatem in armis, flores liliæ auri, loco pomorum pini auri, contulit*.

Los Chateaubriand se dividieron desde su origen en tres ramas: la primera, llamada *barones de Chateaubriand*, tronco de las otras dos, y que empezó en el año 100 y en la persona de Thiern, hijo de Brien, nieto de Alain III, conde ó jefe de Bretaña; la segunda, denominada *Señores de las Rocas Baritani* ó del

Leon de Augers; la tercera, apareciendo bajo el título de *señores de Beaufort*.

Cuando la línea de los señores de Beaufort vino á extinguirse en la persona de Dame Renée, un Cristóbal II, rama colateral de esta línea, recibió en las particiones la tierra de la Guérande de Morbihan. En aquella época, hacia la mitad del siglo XVII, una gran confusión se habían esparcido en el orden de la nobleza; títulos y nombres habían sido usurpados. Luis XIV mandó se hiciera una investigación con el fin de restablecer á cada uno en su derecho. Cristóbal fue mantenido, sobre pruebas de su nobleza de antigua extracción, en su título y en la posesión de sus armas, por sentencia de la *cámara* establecida en Rennes para reformar la nobleza de Bretaña. Esta sentencia fue pronunciada el 16 de setiembre de 1669. Hé aquí el texto:

«Sentencia establecida por el rey (Luis XIV) para la reforma de la nobleza en la provincia de Bretaña, dada el 16 de setiembre de 1669: Entre el procurador general del rey y Mr. Cristóbal de Chateaubriand, señor de la Guérande, la cual declara al dicho Cristóbal descendiente de antiguo y noble origen, le permite tomar la cualidad de caballero y le mantiene en el derecho de llevar por armas flores de lis de oro sin número en campo de gules, y esto después de haber presentado sus títulos auténticos, de los cuales aparece etc. etc.—Firmado, Malescot.»

Esta sentencia prueba que Cristóbal de Chateaubriand de la Guérande descendía directamente de los Chateaubriand, señores de Beaufort, los señores de Beaufort se unían por documentos históricos á los primeros barones de Chateaubriand. Los Chateaubriand de Villeneuve, de Plessis y de Combours, eran los hermanos menores de los Chateaubriand de la Guérande, como se prueba por la descendencia de Amaury, hermano de Miguel, el cual Miguel era hijo de aquel Cristóbal de la Guérande, mantenido en su extracción por la sentencia que hemos referido.

Después de mi representación á Luis XVI, mi hermano pensó en aumentar mi fortuna de segundo concediéndome algunos de esos beneficios, llamados *beneficios simples*. Solo había un medio practicable para este efecto, puesto que era militar: agregarme á la orden de Malta. Mi hermano envió mis pruebas á Malta, y bien pronto presentó solicitud en mi nombre al capítulo del gran priorato de Aquitania, celebrado en Poitiers, habiéndose nombrado comisarios para pronunciarse con urgencia. Mr. Pontois era entonces archivero, vice-canciller y genealogista de la orden de Malta.

El presidente del capítulo era Luis-José de los Escotais, baillío, gran prior de Aquitania, teniendo á su lado al baillío de Freslon, al caballero de la Laurencie, al caballero de Murat, al caballero de Lanjamet, al caballero de la Bourdonnaye-Montluc y al caballero de Bonetiez. Mi solicitud fue admitida el 9, 10 y 11 de setiembre de 1789. Se dice en los términos de admisión del memorial, que merecía, *por mas de un título, la gracia que solicitaba, y que consideraciones de gran peso me hacían digno de la satisfacción que reclamaba*.

Y todo esto tenía lugar después de la toma de la Bastilla, la víspera de las escenas del 6 de octubre de 1789 y de la traslación de la familia real á París! Y en la sesión del 7 de agosto de este año, 1789, la asamblea nacional había abolido los títulos de la nobleza! ¿Cómo los caballeros y examinadores de mis pruebas hallaban también que merecía, *por mas de un título, la gracia que solicitaba, yo, que solo era un pobre alférez de infantería, desconocido, sin crédito, sin favor y sin fortuna?*

El hijo mayor de mi hermano (añado esto en 1834 á mi texto primitivo escrito en 1811), el conde Luis de Chateaubriand, casó con la señorita de Orglandes,

de la que ha tenido cinco hijas y un hijo, llamado Godofredo. Cristian, hermano menor de Luis, nieto y ahijado de Mr. Malesherbes, á quien se parecía de un modo notable, sirvió con distinción en España como capitán de dragones de la guardia, en 1823. Se ha hecho jesuita en Roma. Los jesuitas suplen la soledad á medida que esta desaparece de la tierra. Cristian acaba de morir en Chieri, cerca de Turin: viejo y enfermo, debía precederle; pero sus virtudes lo llamaban al cielo antes que á mí, que aun tengo bastantes faltas que llorar.

En la división del patrimonio de la familia, Cristian había obtenido la tierra de Malesherbes, y Luis la de Combours. Cristian, no considerando la partición igual como legítima, quiso, al dejar el mundo, despojarse de los bienes que no le pertenecían y devolverlos á su hermano mayor.

A la vista de mis pergaminos, de mi solo dependencia, si hubiera heredado la infatuación de mi padre y de mi hermano, creíme descendiente por la rama menor de los duques de Bretaña, descendiendo de Thiern, nieto de Alain III.

Los dichos Chateaubriand mezclaron dos veces su sangre á la sangre de los soberanos de Inglaterra, habiéndose casado Godofredo IV de Chateaubriand en segundas nupcias con Ana de Laval, nieta del conde de Anjou y de Matilde, hija de Enrique I. Margarita de Lusignan, viuda del rey de Inglaterra y nieta de Luis el Gordo, se había casado con Godofredo V, duodécimo baron de Chateaubriand. En la raza real de España hallábase á Brien, hermano segundo del noveno baron de Chateaubriand, unido á Juana, hija de Alfonso, rey de Aragon. Seria preciso creer también, en cuanto á las grandes familias de Francia, que Eduardo de Rohan tomó por esposa á Margarita de Chateaubriand, y que un Croí dió su mano á Carlota de Chateaubriand. Tinteniaco, vencedor en el combate de los Treinta, y Duguesclin, el condestable, tuvieron también enlaces con nosotros en las tres ramas. Tifaina Duguesclin, nieta del hermano de Bertrand, cedió á Brien de Chateaubriand, su primo y su heredero, la propiedad de Plessis-Bertrand. En los tratados, los Chateaubriand son dados como caución de la paz á los reyes de Francia, en Clisson, al baron de Vitré. Los duques de Bretaña envían á los Chateaubriand copias de sus juicios. Los Chateaubriand son grandes dignatarios de la corona, é *ilustres* en la corte de Nantes; reciben comisiones para velar por la seguridad de su provincia contra los ingleses. Brien I se halla en la batalla de Hastings: era hijo de Eudon, conde de Penthievre. Guy de Chateaubriand es del número de los señores que Arturo de Bretaña dió á su hijo para acompañarle en su embajada cerca del papa.

No acabaría si no terminase lo que solo he querido fuese un corto resumen: la nota á que me he decidido, y que se hallará al fin de mis *Memorias*, por consideración á mis dos sobrinos, que no dan sin duda la misma importancia que yo á esas miserias, reemplazará á lo que omito aquí. Sin embargo, hoy día se va más allá de lo justo; es moda declarar que es uno de raza plebeya, que se tiene el honor de ser hijo de un hombre pegado á los terrones. Estas declaraciones, ¿son tan altivas como filosóficas? ¿No es eso ponerse del lado del mas fuerte? Los marqueses, los condes, los barones, no teniendo ni privilegios ni tierras, las tres cuartas partes muriendo de hambre, denigrándose los unos á los otros, no queriendo reconocerse, disputándose mutuamente su nacimiento; estos nobles, á quienes se niega su propio nombre, ó á quienes no se concede sino á beneficio de inventario, ¿pueden inspirar algún temor? Por lo demás, que se me perdona el haberme visto obligado á descender á estos pueriles relatos, con el objeto de dar cuenta de la pasión dominante de mi padre, pasión que formó el nudo del drama de mi juventud. En cuanto á mí, ni

me glorío ni me quejo de la antigua ó de la nueva sociedad. Si en la primera era el caballero ó el vizconde de Chateaubriand, en la segunda soy Francisco de Chateaubriand; prefiero mi nombre á mi título.

Mi señor padre habría gustado, como un gran baron de la edad media, llamado á Dios el *noble caballero de las alturas*, y apellidado á Nicodemus (el Nicodemus del Evangelio) un *santo caballero*. Ahora, pasando por mi genitor, lleguemos de Cristóbal, señor soberano de la Guérande, y descendiente en línea recta de los barones de Chateaubriand, hasta mí, Francisco, señor sin vasallos y sin dinero de la Vallée-aux-Loups.

Remontando la descendencia de los Chateaubriand, compuesta de tres ramas, las dos primeras se habían estinguido; la tercera, la de los señores de Beaufort, prolongada por una rama (los Chateaubriand de la Guérande), se empobreció, efecto inevitable de las leyes del país: los primogénitos nobles se llevaban las dos terceras partes de los bienes, en virtud de la costumbre de Bretaña; los menores dividían entre todos ellos una sola tercera parte de la herencia paterna. La descomposición del corto patrimonio de estos se operaba con mayor rapidez cuando se casaban; y como la misma partición de las dos terceras partes y de la tercera existía también para sus hijos, estos, segundos de segundos, llegaban pronto á partir un pichon, un conejo, una red ó un perro de caza, aunque siempre fuesen *altos caballeros y poderosos señores* de un palomar, de una conejera y de una trahilla. Se ven en las antiguas familias nobles un número de hermanos segundos, se les sigue durante dos ó tres generaciones, después desaparecen, volviendo poco á poco al arado ó absorvidos por las clases obreras, sin saber qué ha sido de ellos.

El jefe de nombre y de las armas de mi familia era, á principios del siglo XVIII, Alejo de Chateaubriand, señor de la Guérande, hijo de Miguel, el cual Miguel tenía un hermano, Amaury. Miguel era hijo de aquel Cristóbal, mantenido en su extracción de los señores de Beaufort y de los barones de Chateaubriand por la sentencia ya referida. Alejo de la Guérande era viudo; decidido borracho, pasaba sus días en beber, vivía en el desorden con sus sirvientas, y ponía los más bellos títulos de su casa en cubrir botellas de licores.

Al mismo tiempo que este jefe de nombre y de armas, existía su primo, Francisco, hijo de Amaury, segundo de Miguel Francisco, nacido el 19 de febrero de 1683: poseía los pequeños señoríos de Touches y de Villeneuve. Había casado el 27 de agosto de 1713 con Petronila Claudia Lamour, dama de Lanjegu, de quien tuvo cuatro hijos: Francisco-Enrique, René (mi padre) Pedro, señor de Plessis, y José, señor del Parque. Mi abuelo, Francisco, murió el 28 de marzo de 1729: á mi abuela la he conocido en mi infancia; tenía aun una bella mirada, que sonreía al través de la sombra de sus años. Habitaba al morir su marido el castillo de la Villeneuve, en las cercanías de Dinan. Toda la fortuna de mi abuelo no pasaba de cinco mil libras de renta, de la que el primogénito se llevaba las dos terceras partes, tres mil trescientas treinta y tres libras: quedaban mil seiscientas sesenta y seis libras de renta para los tres hermanos menores, sobre cuya suma aun sacaba el mayor una parte.

Para colmo de desgracia, mi abuela se vió contrariada en sus designios por el carácter de sus hijos: el mayor, Francisco-Enrique, á quien la magnífica herencia del señorío de la Villeneuve pasaba, se negó á casarse, y se hizo sacerdote; pero en vez de procurar los beneficios que su nombre le habría podido facilitar, y con los cuales habría sostenido á sus hermanos, no solicitó nada, por descuido y altivez. Se sepultó en un curato del campo, y fue sucesivamente rector de Saint-Launneuc y de Merdrignac, en la diócesis de Saint-Malo. Tenía la pasión de la poesía, y he visto gran número de sus versos. El carácter alegre de esta espe-

cie de noble Rabelais, el culto que este sacerdote cristiano había consagrado á las musas en un presbiterio, escitaban la curiosidad. Daba cuanto tenía, y murió sin poder pagar lo que debía.

El cuarto hermano de mi padre, José, se dirigió á París y se encerró en una biblioteca: le enviaban todos los años las encatocientas diez y seis libras, su parte de herencia. Pasó desconocido en medio de los libros; se ocupaba en investigaciones históricas. Durante su vida, que fue corta, escribía todos los primeros de enero á su madre, único signo de existencia que jamás diera. ¡Singular destino! Hé aquí á mis dos tíos, el uno erudito y el otro poeta; mi hermano mayor hacia versos agradables; una de mis hermanas, Mad. de Farey, tenía un verdadero talento para la poesía; otra de mis hermanas, la condesa Lucila, canonesa, podría ser conocida por algunas páginas á mirables; y he emborronado hábil papel. Mi hermano ha perecido sobre el cadáver; mis dos hermanas han abandonado una vida de dolor despues de haber languidecido en las prisiones; mis dos tíos no dejaron con qué pagar las cuatro tablas de su féretro; las letras han causado mis alegrías y mis penas, y no desespero, Dios mediante, de morir en el hospital.

Habiéndose fatigado mi abuela en hacer algo de su hijo mayor y de su segundo, nada podía hacer por los otros dos: René, mi padre, y Pedro mi tío. Esta familia, que había sembrado el oro, según su escudo, veía desde su morada las ricas abadías que había fundado, y que cubrían las tumbas de sus abuelos. Había presidido los estados de Bretaña, como poseyendo una de las nueve baronías; había firmado en los tratados de soberanos; servido de rehenes á Clisson, y no habría tenido crédito para obtener una subtenencia para el heredero de su nombre.

Quedaba á la pobre nobleza bretona un recurso: la marina real. Quiso aprovecharse para mi padre; pero era preciso ante todo dirigirse á Brest, vivir allí, pagar los maestros, comprar el uniforme, las armas, los libros, los instrumentos de matemáticas, ¿cómo subvenir á todos estos gastos? El despacho pedido al ministro de Marina no llegó por falta de un protector, y la castellana de Villeneuve cayó enferma de pesar.

Entonces mi padre dió la primera muestra del carácter resuelto que le he conocido. Tenía unos quince años: habiéndose apercebido de las inquietudes de su madre, se acercó al lecho en que estaba acostada, y le dijo: «No quiero ser por mas tiempo una carga para vos.» Con esto, mi abuela rompió en llanto. (Veinte veces he oído á mi padre contar esta escena.) «René, le respondí, ¿qué vas á hacer? Labra tu campo.—No puede mantenernos; dejadme partir.—Pues bien, dijo la madre: ve adonde Dios quiere que vayas.» Abrazó al niño sollozando. La misma noche, mi padre abandonó la quinta materna, llegó á Dinan, donde una de nuestras parientes le dió una carta de recomendación para un vecino de Saint-Malo. El aventurero, huérfano, se embarcó como voluntario en una goleta armada, que dió á la vela algunos días despues.

La pequeña república maluina sostenía sola entonces sobre los mares el honor del pabellon francés. La goleta alcanzó la escuadra que el cardenal de Fleury enviaba al socorro de Stanislao, sitiado en Dantzick por los rusos. Mi padre echó pié á tierra, y se halló en el memorable combate que mil quinientos franceses, mandados por el valiente breton, de Brehan, conde de Plelo, libraron el 29 de mayo de 1734 á cuarenta mil moscovitas, mandados por el Munich. De Brehan, diplomático, guerrero y poeta, fue muerto, y mi padre dos veces herido. Volvió á Francia, y se embarcó de nuevo. Naufragó sobre la costa de España; los ladrones lo atacaron y despojaron en Galicia, tomó pasaje en Bayona á bordo de un buque, y volvió aun al techo eterno. Su valor y su espíritu de orden lo habían he-

cho conocer. Pasó á las Islas, se enriqueció en las colonias y echó los fundamentos de la nueva fortuna de su familia.

Mi abuela confió á su hijo René, su hijo Pedro, Mr. de Chateaubriand, de Plessis, cuyo hijo Armand de Chateaubriand, fue fusilado por orden de Bonaparte, el viernes santo del año de 1810. Fue uno de los últimos nobles franceses muertos por la causa de la monarquía. Mi padre se encargó de la suerte de su hermano, aunque hubiese contraído, por el hábito de sufrir, un rigor de carácter que conservó toda su vida: el *Non ignara mali* no es siempre verdad: la desgracia tiene sus durezas como sus ternuras.

Mr. de Chateaubriand era alto y seco; tenía la nariz aguileña, los labios delgados y pálidos, los ojos hundidos, pequeños y garzos, ó hundidos como los de los leones ó los de los antiguos bárbaros. No he visto jamás una mirada semejante: cuando se encolerizaba, su brillante pupila parecía querer salirse de su órbita y penetrar en aquel á quien se dirigía como una bala.

Una sola pasión dominaba á mi padre: la de su nombre. Su estado habitual era una tristeza profunda que la edad aumentó, y un silencio que no abandonaba jamás sino cuando estallaba su cólera. Avaro, únicamente por devolver á su familia su primitivo esplendor, altanero en los Estados de Bretaña con los nobles, duro con sus vasallos en Combourg, taciturno, despótico y amenazador en el hogar doméstico, la primera impresion que causaba al verle, era de temor. Si hubiese alcanzado la época de la revolucion y hubiese sido mas jóven, indudablemente hubiera representado en ella un papel importante, ó se hubiera hecho degollar en su castillo. No carecía de cierto genio, y estoy seguro de que, colocado al frente de la administración ó de un ejército, hubiera sido un hombre extraordinario.

Cuando regresó de América, se le ocurrió el pensamiento de contraer matrimonio. Nació el 23 de setiembre de 1718, y casó el 3 de julio de 1753, á los treinta y cinco años, con Paulina Juana Susana de Bedée, que nació el 7 de abril de 1726, y la cual era hija de Angel-Anibal, conde de Bedée, señor de la Bouetardais. Establecióse con ella en Saint-Malo, y como no distaba mas que siete ú ocho leguas el lugar donde habían nacido uno y otro, veían perfectamente desde su habitacion el horizonte bajo el cual habían venido ambos al mundo. Mi abuela materna, María-Ana de Ravenel de Boisteilleul, señora de Bedée, nació en Rennes el 16 de octubre de 1698, y fue educada en Saint-Cyr, en los últimos años de Mad. Maintenon: su educación se transmitió despues á sus hijas.

Mi madre, dotada de un gran talento y de una imaginacion prodigiosa, se formó con la lectura de Fenelon, de Racine, de Mad. de Sévigné, y con las anécdotas de la corte de Luis XIV; sabía de memoria todo el *Cyro*. Paulina de Bedée, á pesar de sus grandes rasgos, era morena, de pequeña estatura y fea; la elegancia de sus modales y la viveza de su genio contrastaban con la rigidez y la calma de mi padre. Aficionada al bullicio del mundo, tanto como lo era mi padre á la soledad, y vivaracha é impetuosa, tanto como frío é inmóvil era este, todos sus gustos eran diametralmente opuestos á los de su marido. Esta contrariedad de genios convirtió su alegría y atolondramiento en una profunda melancolía. Precisada á guardar silencio cuando tenía deseos de hablar, se desquitaba de esta privacion entregándose á una especie de tristeza estrepitosa, que la hacia exhalar hondos suspiros, los cuales eran los únicos que interrumpían la tristeza muda de mi padre. Respecto á sentimientos de piedad, mi madre era un ángel.

La Vallée-aux-Loups 31 de diciembre de 1811.

NACIMIENTO DE MIS HERMANOS Y HERMANAS.—MI VENIDA AL MUNDO.

Mi madre dió á luz en Saint-Malo el primer hijo, que murió en la cuna, y el cual se llamó Gofredo, como casi todos los primogénitos de nuestra estirpe. A este siguieron otro varon y dos hijas, que solo vivieron algunos meses.

Estos cuatro hijos murieron de un derrame de sangre en el cerebro. Mi madre echó despues al mundo un tercer hijo varon, al que pusieron por nombre Juan Bautista: este fue el que llegó á ser mas tarde yerno de Mr. de Malesherbes. Despues de Juan Bautista nacieron cuatro hijas: María-Ana, Benigna, Julia y Lucila, todas de una raza bella, y de las cuales solo las dos mayores sobrevivieron á las borrascas de la revolucion. La belleza, grave frivolidad, subsiste cuando todas las demás han desaparecido. Yo he sido el último de estos diez hijos. Es muy probable que mis cuatro hermanas debieran su existencia al deseo que tenía mi padre de ver asegurado su nombre con el advenimiento de un segundo varon: yo me resistía á secundar estos deseos; tenía aversion á la vida.

Hé aquí mi fe de bautismo:

«Extracto de los registros del estado civil de la jurisdiccion de Saint-Malo para el año de 1768.

«Francisco Renato de Chateaubriand, hijo de Renato de Chateaubriand y de Paulina Juana Susana de Bedée, su esposa; nació el 4 de setiembre de 1768, y fue bautizado al siguiente dia por nos, Pedro Enrique Nouail, gran vicario del obispado de Saint-Malo. Fue su padrino Juan Bautista de Chateaubriand, su hermano, y su madrina Francisca Gertrudis de Contades, que firman en union con el padre. Asi consta en el registro.—Contades de Plouër; Juan Bautista de Chateaubriand; Brignon de Chateaubriand, de Chateaubriand, y Nouail, vicario general.»

Por este documento se ve que he padecido una equivocacion al consignar en mis obras que había nacido el 14 de octubre en lugar del 4 de setiembre: mis nombres son Francisco Renato y no Francisco Augusto (1).

La casa que habitaban mis padres en aquella época se halla situada en una angosta y sombría calle de Saint-Malo, llamada calle de los Judíos: actualmente es una posada. La habitacion en que mi madre me dió á luz domina una parte desierta de los muros de la ciudad, y desde sus ventanas se percibe hasta perderse de vista el mar que se estrella contra los escollos. Como consta en mi fe de bautismo, fue mi padrino mi hermano, y mi madrina la condesa de Plouër, hija del mariscal Contades. Cuando vine al mundo daba muy pocas esperanzas de vida. El bramido de las olas, encrespadas por una borrasca que anunciaba el equinoccio del otoño, impedía oír mis gritos: muchas veces me han referido estos detalles, cuya tristeza no se ha borrado jamás de mi memoria. No se ha pasado un solo dia en que, meditando en lo que he sido, haya dejado de recordar en mi imaginacion la roca sobre la cual nació, la habitacion en que me impulsó mi madre la pesadumbre de la vida, la tempestad cuyo bramido arrulló mi primer sueño, y el infortunado hermano á quien debo un nombre que he arrastrado casi siempre en la desgracia. No parece sino que el cielo reunió todas estas diversas circunstancias

(1) Veinte dias antes, el 15 de agosto de 1768, nació en otra isla situada al extremo opuesto de la Francia el hombre que destruyó la antigua sociedad: Bonaparte.

cias para colocar en mi cuna una imágen de mis destinos.

La Vallée-aux-Loups, enero 1812.

PLANCOUET.—VOTO.—COMBOURG.—PLAN DE MI PADRE PARA MI EDUCACION.—LA VILLENEUVE.—LUCILA.—LAS SEÑORITAS COUPPART.—PRINCIPIOS DE MAL ESTUDIANTE.

Apenas había salido del seno de mi madre cuando ya sufrí mi primer destierro; enviáronme á Plancouet, bonita aldea que se halla situada entre Dinan, Saint-Malo y Lamballe. El conde de Bedée, hermano único de mi madre, había construido junto á esta aldea el castillo de *Monchoux*. Las tierras de mi abuela materna se extendían hasta el lugar de Corseul, que eran los *Curiosolitos* de los comentarios de César. Mi abuela, viuda hacia mucho tiempo, vivía con su hermana, la señorita de Boisteilleul, en una granja, separada de Plancouet por un puente, y que había tomado el nombre de *La Abadia* de un convento de benedictinos, consagrado á Nuestra Señora de Nazareth.

El pecho de mi nodriza se agotó al poco tiempo, y me confiaron al cuidado de otra pobre cristiana, la cual me ofreció á la patrona de la Granja, Nuestra Señora de Nazareth, haciendo voto de ponerme hasta la edad de siete años el hábito benedictino. Todavía no contaba mas que algunas horas de vida, y ya se veía impresa en mi frente la pesadumbre del tiempo. ¿Por qué no me dejaron morir? ¿Entraba acaso en las miras de Dios el conceder al voto de la oscuridad y de la inocencia la conservacion de los dias que amenazaba extinguir una vana reputacion?

El voto de la aldeana bretona no se practica ya en este siglo; y sin embargo, había un no sé qué de tierno y de sublime en la intervencion de una madre divina, que hacia de medianera entre el niño y el cielo, y que repartía con la madre terrenal los cuidados prodigados á la criatura.

A los tres años me llevaron á Saint-Malo, y ya hacia siete que había recobrado mi padre las posesiones de Combourg. Sus mas ardientes deseos consistían en volver á poseer los bienes que pertenecieron á sus antepasados; pero no pudiendo entrar en trato sobre el señorío de Beaufort, que había refluído en la familia de Goyon, ni sobre la baronía de Chateaubriand, refundida en la casa de Condé, dirigió sus miras sobre Combourg, que Froissart escribió *Combour*, y que habían poseído ya varios descendientes del tronco de mi familia en virtud de enlaces contraídos con los Coetquen. Combourg defendía á la Bretaña contra las invasiones de Normandía é Inglaterra. Junken, obispo de Dol, lo mandó construir en 1016; la torre grande data desde 1100. El mariscal de Duras, que poseía á Combourg, porque se lo había traído en dote su mujer, Maclovía de Coetquen, oriunda de una Chateaubriand, se arregló con mi padre. El marqués du Hallay, oficial de granaderos á caballo de la guardia real, demasiado conocido quizás por su bravura, es el último vástago de los Coetquen-Chateaubriand: Mr. de Hallay tiene un hermano. El mismo mariscal de Duras, pariente nuestro, fue el que nos presentó despues á mi hermano y á mí á Luis XVI.

Yo fui destinado á la marina real: la antipatía á la corte era muy natural en todo breton, y en mi padre particularmente. La aristocracia de nuestros Estados fortificaba en él este sentimiento.

Cuando me llevaron á Saint-Malo, mi padre se hallaba en Combourg, y mi hermano en el colegio de Saint-Briene; mis cuatro hermanas al lado de mi madre.

Todas las afecciones de esta se habían concentrado

cie de noble Rabelais, el culto que este sacerdote cristiano había consagrado á las musas en un presbiterio, escitaban la curiosidad. Daba cuanto tenía, y murió sin poder pagar lo que debía.

El cuarto hermano de mi padre, José, se dirigió á París y se encerró en una biblioteca: le enviaban todos los años las encatocientas diez y seis libras, su parte de herencia. Pasó desconocido en medio de los libros; se ocupaba en investigaciones históricas. Durante su vida, que fue corta, escribía todos los primeros de enero á su madre, único signo de existencia que jamás diera. ¡Singular destino! Hé aquí á mis dos tíos, el uno erudito y el otro poeta; mi hermano mayor hacia versos agradables; una de mis hermanas, Mad. de Farey, tenía un verdadero talento para la poesía; otra de mis hermanas, la condesa Lucila, canonesa, podría ser conocida por algunas páginas á mirables; y he emborronado tanto papel. Mi hermano ha perecido sobre el cadáver; mis dos hermanas han abandonado una vida de dolor despues de haber languidecido en las prisiones; mis dos tíos no dejaron con qué pagar las cuatro tablas de su féretro; las letras han causado mis alegrías y mis penas, y no desespero, Dios mediante, de morir en el hospital.

Habiéndose fatigado mi abuela en hacer algo de su hijo mayor y de su segundo, nada podía hacer por los otros dos: René, mi padre, y Pedro mi tío. Esta familia, que había sembrado el oro, según su escudo, veía desde su morada las ricas abadías que había fundado, y que cubrían las tumbas de sus abuelos. Había presidido los estados de Bretaña, como poseyendo una de las nueve baronías; había firmado en los tratados de soberanos; servido de rehenes á Clisson, y no habría tenido crédito para obtener una subtenencia para el heredero de su nombre.

Quedaba á la pobre nobleza bretona un recurso: la marina real. Quiso aprovecharse para mi padre; pero era preciso ante todo dirigirse á Brest, vivir allí, pagar los maestros, comprar el uniforme, las armas, los libros, los instrumentos de matemáticas, ¿cómo subvenir á todos estos gastos? El despacho pedido al ministro de Marina no llegó por falta de un protector, y la castellana de Villeneuve cayó enferma de pesar.

Entonces mi padre dió la primera muestra del carácter resuelto que le he conocido. Tenía unos quince años: habiéndose apercebido de las inquietudes de su madre, se acercó al lecho en que estaba acostada, y le dijo: «No quiero ser por mas tiempo una carga para vos.» Con esto, mi abuela rompió en llanto. (Veinte veces he oido á mi padre contar esta escena.) «René, le respondí, ¿qué vas á hacer? Labra tu campo.—No puede mantenernos; dejadme partir.—Pues bien, dijo la madre: ve adonde Dios quiere que vayas.» Abrazó al niño sollozando. La misma noche, mi padre abandonó la quinta materna, llegó á Dinan, donde una de nuestras parientes le dió una carta de recomendación para un vecino de Saint-Malo. El aventurero, huérfano, se embarcó como voluntario en una goleta armada, que dió á la vela algunos dias despues.

La pequeña república maluina sostenía sola entonces sobre los mares el honor del pabellon francés. La goleta alcanzó la escuadra que el cardenal de Fleury enviaba al socorro de Stanislao, sitiado en Dantzick por los rusos. Mi padre echó pié á tierra, y se halló en el memorable combate que mil quinientos franceses, mandados por el valiente breton, de Brehan, conde de Plelo, libraron el 29 de mayo de 1734 á cuarenta mil moscovitas, mandados por el Munich. De Brehan, diplomático, guerrero y poeta, fue muerto, y mi padre dos veces herido. Volvió á Francia, y se embarcó de nuevo. Naufragó sobre la costa de España; los ladrones lo atacaron y despojaron en Galicia, tomó pasaje en Bayona á bordo de un buque, y volvió aun al techo aterno. Su valor y su espíritu de orden lo habían he-

cho conocer. Pasó á las Islas, se enriqueció en las colonias y echó los fundamentos de la nueva fortuna de su familia.

Mi abuela confió á su hijo René, su hijo Pedro, Mr. de Chateaubriand, de Plessis, cuyo hijo Armand de Chateaubriand, fue fusilado por orden de Bonaparte, el viernes santo del año de 1810. Fue uno de los últimos nobles franceses muertos por la causa de la monarquía. Mi padre se encargó de la suerte de su hermano, aunque hubiese contraido, por el hábito de sufrir, un rigor de carácter que conservó toda su vida: el *Non ignara mali* no es siempre verdad: la desgracia tiene sus durezas como sus ternuras.

Mr. de Chateaubriand era alto y seco; tenía la nariz aguileña, los labios delgados y pálidos, los ojos hundidos, pequeños y garzos, ó hundidos como los de los leones ó los de los antiguos bárbaros. No he visto jamás una mirada semejante: cuando se encolerizaba, su brillante pupila parecía querer salirse de su órbita y penetrar en aquel á quien se dirigía como una bala.

Una sola pasión dominaba á mi padre: la de su nombre. Su estado habitual era una tristeza profunda que la edad aumentó, y un silencio que no abandonaba jamás sino cuando estallaba su cólera. Avaro, únicamente por devolver á su familia su primitivo esplendor, altanero en los Estados de Bretaña con los nobles, duro con sus vasallos en Combourg, taciturno, despótico y amenazador en el hogar doméstico, la primera impresion que causaba al verle, era de temor. Si hubiese alcanzado la época de la revolucion y hubiese sido mas jóven, indudablemente hubiera representado en ella un papel importante, ó se hubiera hecho degollar en su castillo. No carecia de cierto genio, y estoy seguro de que, colocado al frente de la administración ó de un ejército, hubiera sido un hombre extraordinario.

Cuando regresó de América, se le ocurrió el pensamiento de contraer matrimonio. Nació el 23 de setiembre de 1718, y casó el 3 de julio de 1753, á los treinta y cinco años, con Paulina Juana Susana de Bedée, que nació el 7 de abril de 1726, y la cual era hija de Angel-Anibal, conde de Bedée, señor de la Bouetardais. Establecióse con ella en Saint-Malo, y como no distaba mas que siete ú ocho leguas el lugar donde habían nacido uno y otro, veían perfectamente desde su habitacion el horizonte bajo el cual habían venido ambos al mundo. Mi abuela materna, María-Ana de Ravenel de Boisteilleul, señora de Bedée, nació en Rennes el 16 de octubre de 1698, y fue educada en Saint-Cyr, en los últimos años de Mad. Maintenon: su educación se transmitió despues á sus hijas.

Mi madre, dotada de un gran talento y de una imaginacion prodigiosa, se formó con la lectura de Fenelon, de Racine, de Mad. de Sévigné, y con las anécdotas de la corte de Luis XIV; sabía de memoria todo el *Cyro*. Paulina de Bedée, á pesar de sus grandes rasgos, era morena, de pequeña estatura y fea; la elegancia de sus modales y la viveza de su genio contrastaban con la rigidez y la calma de mi padre. Aficionada al bullicio del mundo, tanto como lo era mi padre á la soledad, y vivaracha é impetuosa, tanto como frío é inmóvil era este, todos sus gustos eran diametralmente opuestos á los de su marido. Esta contrariedad de genios convirtió su alegría y atolondramiento en una profunda melancolía. Precisada á guardar silencio cuando tenía deseos de hablar, se desquitaba de esta privacion entregándose á una especie de tristeza estrepitosa, que la hacia exhalar hondos suspiros, los cuales eran los únicos que interrumpían la tristeza muda de mi padre. Respecto á sentimientos de piedad, mi madre era un ángel.

La Vallée-aux-Loups 31 de diciembre de 1811.

NACIMIENTO DE MIS HERMANOS Y HERMANAS.—MI VENIDA AL MUNDO.

Mi madre dió á luz en Saint-Malo el primer hijo, que murió en la cuna, y el cual se llamó Gofredo, como casi todos los primogénitos de nuestra estirpe. A este siguieron otro varon y dos hijas, que solo vivieron algunos meses.

Estos cuatro hijos murieron de un derrame de sangre en el cerebro. Mi madre echó despues al mundo un tercer hijo varon, al que pusieron por nombre Juan Bautista: este fue el que llegó á ser mas tarde yerno de Mr. de Malesherbes. Despues de Juan Bautista nacieron cuatro hijas: María-Ana, Benigna, Julia y Lucila, todas de una raza bella, y de las cuales solo las dos mayores sobrevivieron á las borrascas de la revolucion. La belleza, grave frivolidad, subsiste cuando todas las demás han desaparecido. Yo he sido el último de estos diez hijos. Es muy probable que mis cuatro hermanas debieran su existencia al deseo que tenía mi padre de ver asegurado su nombre con el advenimiento de un segundo varon: yo me resistía á secundar estos deseos; tenía aversion á la vida.

Hé aquí mi fe de bautismo:

«Extracto de los registros del estado civil de la jurisdiccion de Saint-Malo para el año de 1768.

«Francisco Renato de Chateaubriand, hijo de Renato de Chateaubriand y de Paulina Juana Susana de Bedée, su esposa; nació el 4 de setiembre de 1768, y fue bautizado al siguiente dia por nos, Pedro Enrique Nouail, gran vicario del obispado de Saint-Malo. Fue su padrino Juan Bautista de Chateaubriand, su hermano, y su madrina Francisca Gertrudis de Contades, que firman en union con el padre. Asi consta en el registro.—Contades de Plouër; Juan Bautista de Chateaubriand; Brignon de Chateaubriand, de Chateaubriand, y Nouail, vicario general.»

Por este documento se ve que he padecido una equivocacion al consignar en mis obras que había nacido el 14 de octubre en lugar del 4 de setiembre: mis nombres son Francisco Renato y no Francisco Augusto (1).

La casa que habitaban mis padres en aquella época se halla situada en una angosta y sombría calle de Saint-Malo, llamada calle de los Judíos: actualmente es una posada. La habitacion en que mi madre me dió á luz domina una parte desierta de los muros de la ciudad, y desde sus ventanas se percibe hasta perderse de vista el mar que se estrella contra los escollos. Como consta en mi fe de bautismo, fue mi padrino mi hermano, y mi madrina la condesa de Plouër, hija del mariscal Contades. Cuando vine al mundo daba muy pocas esperanzas de vida. El bramido de las olas, encrespadas por una borrasca que anunciaba el equinoccio del otoño, impedía oír mis gritos: muchas veces me han referido estos detalles, cuya tristeza no se ha borrado jamás de mi memoria. No se ha pasado un solo dia en que, meditando en lo que he sido, haya dejado de recordar en mi imaginacion la roca sobre la cual nació, la habitacion en que me impulsó mi madre la pesadumbre de la vida, la tempestad cuyo bramido arrulló mi primer sueño, y el infortunado hermano á quien debo un nombre que he arrastrado casi siempre en la desgracia. No parece sino que el cielo reunió todas estas diversas circunstancias

(1) Veinte dias antes, el 15 de agosto de 1768, nació en otra isla situada al extremo opuesto de la Francia el hombre que destruyó la antigua sociedad: Bonaparte.

cias para colocar en mi cuna una imágen de mis destinos.

La Vallée-aux-Loups, enero 1812.

PLANCOUET.—VOTO.—COMBOURG.—PLAN DE MI PADRE PARA MI EDUCACION.—LA VILLENEUVE.—LUCILA.—LAS SEÑORITAS COUPPART.—PRINCIPIOS DE MAL ESTUDIANTE.

Apenas había salido del seno de mi madre cuando ya sufrí mi primer destierro; enviáronme á Plancouet, bonita aldea que se halla situada entre Dinan, Saint-Malo y Lamballe. El conde de Bedée, hermano único de mi madre, había construido junto á esta aldea el castillo de *Monchoux*. Las tierras de mi abuela materna se extendían hasta el lugar de Corseul, que eran los *Curiosolitos* de los comentarios de César. Mi abuela, viuda hacia mucho tiempo, vivía con su hermana, la señorita de Boisteilleul, en una granja, separada de Plancouet por un puente, y que había tomado el nombre de *La Abadia* de un convento de benedictinos, consagrado á Nuestra Señora de Nazareth.

El pecho de mi nodriza se agotó al poco tiempo, y me confiaron al cuidado de otra pobre cristiana, la cual me ofreció á la patrona de la Granja, Nuestra Señora de Nazareth, haciendo voto de ponerme hasta la edad de siete años el hábito benedictino. Todavía no contaba mas que algunas horas de vida, y ya se veía impresa en mi frente la pesadumbre del tiempo. ¿Por qué no me dejaron morir? ¿Entraba acaso en las miras de Dios el conceder al voto de la oscuridad y de la inocencia la conservacion de los dias que amenazaba extinguir una vana reputacion?

El voto de la aldeana bretona no se practica ya en este siglo; y sin embargo, había un no sé qué de tierno y de sublime en la intervencion de una madre divina, que hacia de medianera entre el niño y el cielo, y que repartía con la madre terrenal los cuidados prodigados á la criatura.

A los tres años me llevaron á Saint-Malo, y ya hacia siete que había recobrado mi padre las posesiones de Combourg. Sus mas ardientes deseos consistían en volver á poseer los bienes que pertenecieron á sus antepasados; pero no pudiendo entrar en trato sobre el señorío de Beaufort, que había refluído en la familia de Goyon, ni sobre la baronía de Chateaubriand, refundida en la casa de Condé, dirigió sus miras sobre Combourg, que Froissart escribió *Combour*, y que habían poseído ya varios descendientes del tronco de mi familia en virtud de enlaces contraídos con los Coetquen. Combourg defendía á la Bretaña contra las invasiones de Normandía é Inglaterra. Junken, obispo de Dol, lo mandó construir en 1016; la torre grande data desde 1100. El mariscal de Duras, que poseía á Combourg, porque se lo había traído en dote su mujer, Maclovía de Coetquen, oriunda de una Chateaubriand, se arregló con mi padre. El marqués du Hallay, oficial de granaderos á caballo de la guardia real, demasiado conocido quizás por su bravura, es el último vástago de los Coetquen-Chateaubriand: Mr. de Hallay tiene un hermano. El mismo mariscal de Duras, pariente nuestro, fue el que nos presentó despues á mi hermano y á mí á Luis XVI.

Yo fui destinado á la marina real: la antipatía á la corte era muy natural en todo breton, y en mi padre particularmente. La aristocracia de nuestros Estados fortificaba en él este sentimiento.

Cuando me llevaron á Saint-Malo, mi padre se hallaba en Combourg, y mi hermano en el colegio de Saint-Briene; mis cuatro hermanas al lado de mi madre.

Todas las afecciones de esta se habían concentrado

en su hijo mayor; y, aun cuando esto no quiere decir que dejase de amar á sus otros hijos, manifestaba sin embargo una ciega preferencia al joven conde de Combourg. Verdad es que yo tambien gozaba de algunos privilegios mas que mis hermanas, merced á mi calidad de varon, de hijo último, porque era el *caballero* (asi me llamaban); pero el resultado es que vivia entregado á manes extrañas. Mi madre, por otro lado, que, como ya llevo dicho, era mujer de talento y de virtudes, dedicaba todo su tiempo á los cuidados de la sociedad y á los deberes de la religion. La condesa de Plouër, mi madrina, era íntima amiga suya, y visitaba tambien á los parientes de Maupertuis y del cura Trublet. Era aficionada á la política, y gustaba del bullicio del mundo, lo cual no tiene nada de extraño, porque en Saint-Malo, asi como en el monasterio de Saba, situado en el barranco del Cedron, se hablaba tambien de política; y sin embargo, estaba regañando constantemente: mi padre era el terror de los de casa; mi madre era el azote.

Los primeros sentimientos de mi vida provinieron de este carácter de mis padres. Concebí un entrañable afecto hácia la mujer que me cuidaba, excelente criatura á quien llamaban la *Villeneuve*, y cuyo nombre escribo ahora con un sentimiento de gratitud, y con lágrimas en los ojos. La *Villeneuve* era una especie de mayordomo de casa, que me llevaba en sus brazos, que me daba á hurtadillas todo cuanto encontraba, que enjugaba mi llanto, que me dejaba en un rincón para volver á cogerme en seguida, y que me llenaba de besos refunfuñando: «Este no será orgulloso; tendrá buen corazón, y no tratará mal á las gentes! Toma, chiquitín, toma!» y me daba vino y azúcar en abundancia.

A mis simpatías de niño hácia la *Villeneuve*, sucedió despues una amistad mas digna.

Lucila, la cuarta de mis hermanas, tenía dos años mas que yo. Como segundona desamparada, se vestía con los despojos de las demás. Forjado en vuestra mente una muchacha flaca, demasiado alta para su edad, con los brazos caidos, aire tímido, que habla con dificultad, y que no consigue aprender nada: vestida con un traje cortado para otra; ajustad su talle dentro de un corpiño, cuyas ballenas le llaguen los costados; sostened su cuello con un collar guarnecido de terciopelo negro; recoged sus cabellos en la parte superior de su cabeza; atadlos con una cinta de tela negra, y conoceréis á la miserable criatura que llamó mi atencion al entrar en el techo paterno. Nadie hubiera podido descubrir entonces en la raquíca Lucila la belleza y talento que debían brillar en ella algun dia.

Entregáronmela como un juguete; pero yo no abusé nunca de mi poder; en lugar de querer tenerla sumisa á mi voluntad, me constituí en defensor suyo. Todas las mañanas nos llevaban juntos á casa de las hermanas Coupart, dos viejas jorobadas vestidas de negro, que enseñaban á leer á los niños. Lucila leía muy mal; pero yo leía peor. Las hermanas la reprendían; yo arañaba á las hermanas, y estas acudían á mi madre con amargas quejas. Comenzábase á creer que yo era un bribon, un revoltoso, un holgazán y un borracho, en una palabra. Todos los de casa participaban de esta idea; mi padre decía que todos los caballeros de Chateaubriand habían sido destrozadores de libros, borrachos y camorristas. Mi madre suspiraba y renegaba de lo lindo al ver el desorden de mi vestido. Aun cuando yo era todavía demasiado niño, no podía sufrir con resignacion los insultos que me prodigaba mi padre;

cuando mi madre acudia á completarlos, elogiando á mi hermano, á quien apellidaba un *Caton*, un héroe, me sentía dispuesto á hacer todo el mal de que me creían capaz.

Mi maestro de escribir; Mr. Després, el cual gastaba una senda peluca á lo marinero, estaba tan descontento de mí como mis padres; haciame copiar eternamente los dos siguientes versos, escritos de su letra, á los cuales cobré un horror invencible, que no procedía de la falta gramatical que se nota en ellos:

C'est á vous, mon esprit, á qui je veux parler,
Vous avez des défauts que je ne puis celer.

Sus reprimendas iban acompañadas las mas veces de algunos golpes que me aplicaba á la parte posterior del cuello, llamándome *cabeza de achocre*; ¿queria decir *chorlito* (1)? Ignoro lo que quiere decir *cabeza de achocre*; pero tengo para mí que ha de ser una cosa horrible.

Saint-Malo no es mas que una pura roca. Edificado en otro tiempo en medio de un pantano salobre, llegó á ser una isla por la irrupcion de la mar, que en 709 socavó el golfo y dejó el monte de San Miguel circundado por las olas. Actualmente la roca de Saint-Malo únicamente se comunica con la tierra firme por una calzada, á la cual se le da el poético nombre de *Surco*. Invade este *Surco* por un lado la pleamar, y la marea, que va de rechazo para entrar en el puerto la lava, por el otro. En 1730 la destruyó casi completamente una tempestad. Cuando baja la marea, el puerto queda en seco, y se ven á la orilla Este y Norte de la mar montones de hermosísima arena. Entonces se puede dar la vuelta completa á mi nido paterno. Vense sembradas aquí y allí infinidad de rocas, una porcion de fuertes y algunos islotes inhabitados: el Fort-Royal, la *Conchée*, *Cezembre* y el *Grand-Bé*, que será mi tumba; sin saberlo habia escogido bien: *bé*, en idioma breton, significa *tumba*.

Al extremo del *Surco*, donde hay un calvario, se ve un promontorio de arena en la misma orilla del Océano. Este promontorio se llama *Hoguette*, y sobre él se ostenta una horca, cuyos pilares nos servian para juzgar á á las cuatro esquinas, disputándoselos á las aves acuáticas. Con todo, teníamos una buena dosis de miedo siempre que nos deteníamos en aquel sitio.

Se encuentran allí tambien los *Miels*, especie de méganos donde pastaban los carneros; á la derecha, praderas en la parte baja del *Paramé*, el camino real de Saint-Servan, el cementerio nuevo, un calvario y molinos sobre montecitos, como los que se elevan en la tumba de Aquiles á la entrada del Helesponto.

VIDA DE MI ABUELA MATERNA Y DE SU HERMANA EN PLANCUET.—MI TIO Y EL CONDE DE BEDÉE EN MONCHOIX.—RELAJACION DEL VOTO DE MI NODRIZA.

Hallábame próximo á cumplir los siete años: mi madre me llevó á *Plancouët* para que me relevaran del voto de mi nodriza, y nos alojamos en casa de mi abuela. Si alguna vez he visto la felicidad, fue seguramente en esta casa.

La que mi abuela ocupaba, en la calle de la Granja de la Abadía, tenía unos jardines que descendían formando terrados hasta un valle, en el cual se veía una fuente circundada de sauces. Mad. de Bedée ne podía moverse; pero, á excepcion de este achaque, no tenía ningun otro de los peculiares á su edad: era una

(1) *Achore*, dice el original: el autor pone tambien una nota, diciendo que *Achor* significa en griego *copetudo*, *orgulloso*, *estirado*; en ambos casos nos parece intraducible.

(Nota del Trad.)

anciana de agradable presencia, gruesa, blanca, limpia, de noble aspecto, de modales distinguidos, y que vestía un traje de pliegues á la antigua y una escofleta negra de encaje, que sujetaba haciendo un lazo con sus cintas debajo de la barba. Tenía un talento cultivado, un carácter reflexivo, y era circunspecta en su conversacion. Le prodigaba sus cuidados la señorita de Boisteilleul, su hermana, que únicamente se le parecia en lo bondadosa, y la cual era una personita flaca, enjuta, habladora y burlona. En sus tiempos habia amado á un conde de Tremigon, el cual conde le dió palabra de casamiento, y faltó despues á su promesa. Mi tia se consoló cantando sus amores, porque era poeta. Recuerdo haberla oido tararear muchas veces con voz nasal, con los espejuelos colocados sobre la nariz, y mientras bordaba los vuelos para las camisas de su hermana, un apólogo que principiaba así:

Un épervier aimait une fauvette,
Et, ce dit-on, il en était aimé (1).

lo cual me ha parecido siempre muy singular tratándose de un milano. La cancion terminaba con este estribillo:

¡Ah! Tremigon, ¿la fable est-elle obscure?
Ture lure (2).

¡Cuántas cosas concluyen en el mundo como los amores de mi tia. Tararira!

Mi abuela fiaba á su hermana los cuidados de la casa. Comía á las once de la mañana y dormía siesta; se despertaba á la una y la llevaban al pié de los terrados del jardín, bajo los sauces de la fuente, donde hacia calceta, rodeada de su hermana, sus hijos y sus nietos. En aquella época la vejez era una dignidad, hoy es una carga. A las cuatro volvían á conducir á mi abuela á un salon, y Pedro, su criado, traía una mesa de juego. La señorita de Boisteilleul golpeaba con las tenazas en la plancha de la chimenea, y algunos instantes despues se veían entrar otras tres viejas solteronas, que vivían en la casa inmediata y que acudían á la señal de mi tia. Estas tres hermanas se llamaban las señoritas *Vildéneux*. Hijas de un pobre hidalgo que les habia dejado una corta herencia, prefiriendo el disfrutarla justas á dividirla, y no se habían separado jamás, ni habían salido nunca de su aldea. Unidas á mi abuela desde la infancia con los vínculos de la amistad, vivían parados por medio, y al oír en la chimenea la señal concertada, pasaban diariamente á hacer la partida á su amiga. Principiaba el juego; las buenas señoritas reñían y disputaban en grande; este era el único acontecimiento de su vida, el único instante en que la igualdad de su humor se alteraba. A las ocho venía la cena á restablecer la tranquilidad. Mi tio de Bedée asistía muchas veces con su hijo y sus tres hijas á la cena de mi abuela, la cual contaba mil historias antiguas: mi tio refería á su vez la batalla de Fontenoy, en la cual se habia encontrado; y despues de ponderar sus brillantes hazañas, concluía por contar cuentos un sí es no es colorados, que hacían reventar de risa á aquellas honestas señoritas. A las nueve, despues de terminada la cena, entraban los criados, se ponían todos de rodillas, y la señorita de Boisteilleul rezaba el rosario en voz alta. A las diez todas las gentes de la casa dormían, exceptuando mi abuela y su doncella, á la cual hacia leer hasta la una de la mañana.

Esta sociedad, la primera á que asistí en mi vida,

(1) Un milano amaba á una paloma, y, segun se dice, era correspondido.

(2) ¡Ah! Tremigon, ¿os parece la fábula oscura? Tararira.

ha sido la primera tambien que ha desaparecido á mis ojos. Yo he visto la muerte entrar bajo aquel techo de paz y de bendicion, dejarlo solitario poco á poco, y cerrar una tras otra todas sus habitaciones para no volver á abrirlas jamás. He visto á mi abuela precisada á renunciar á su partida de juego, porque habían ido faltando todas sus tertulianas; he visto disminuirse el número de sus amigas, hasta que le tocó la vez: mi abuela fue la última de todas. Su hermana y ella se habían prometido llamarse desde la otra vida en el instante mismo en que faltase una de las dos: cumplieron fielmente su palabra; y la señorita de Bedée sobrevivió tan solo poco mas de un mes á la señora de Boisteilleul. Quizas soy el único hombre en el mundo que sepa que han existido todas estas personas. Veinte veces he hecho esta observacion desde aquella época, y otras tantas he visto formarse y disolverse sociedades en torno mio. Esa imposibilidad de duracion y consistencia en los vínculos humanos; ese olvido profundo que viene en pos de nosotros; ese invencible silencio que se apodera de nuestra tumba y que se hace extensivo hasta nuestra casa, me impele constantemente á la necesidad del aislamiento. Cualquiera mano es buena para darnos el vaso de agua que podamos necesitar cuando nos veamos postrados por la fiebre de la muerte. ¡Ah! ¡Plegue al cielo que no sea para nosotros demasiado cara! Porque, ¿cómo abandonar sin desesperacion la mano que hemos cubierto de besos, y que quisiéramos tener posada eternamente sobre nuestro corazón?

El castillo del conde de Bedée se hallaba situado á una legua de *Plancouët*, y en una altura desde la cual se descubria un delicioso paisaje. Todo respiraba en él felicidad y regocijo. El buen humor de mi tio era inagotable. Sus tres hijas, Carolina, María y Flora, y su hijo, el conde de la *Bouetardais*, consejero en el Parlamento, participaban igualmente de la ternura de su corazón. Una caterva de primos, que vivían en las intermediaciones, invadían con frecuencia á *Monchoix*, donde se tocaba, se bailaba, se emprendían cacerías y se bromeaba desde la mañana hasta la noche. Mi tia, la señora de Bedée, á la cual no se le ocultaba que mi tio iba comiéndose alegremente sus fondos y su renta, se incomodaba con sobrada razon; pero no se le hacia caso; y su atrabiliario genio aumentaba el buen humor de su familia; verdad es que ella era tambien un tanto cuanto maníaca, y entre otras rarezas tenia la de dejar que se acostase en su falda un perrazo de caza muy arisco, y la de que fuese en su seguimiento un jabali domesticado, cuyos gruñidos atronaban el castillo. Cuando yo iba desde la casa paterna, tan sombría y silenciosa, á esta casa de bullicio y de diversiones, me hallaba en un verdadero paraíso. Este contraste llegó á ser para mí mucho mayor, cuando mi familia se fue á vivir al campo. Pasar de Combourg á *Monchoix* era pasar del desierto al mundo, del castillejo de un baron de la edad media á la casa de recreo de un príncipe romano.

El dia de la Ascension del año 1773 partí para Nuestra Señora de Nazareth en compañía de mi abuela, mi madre, mi tia de Boisteilleul, mi tio de Bedée y sus hijos, y de mi nodriza y mi hermano de leche. Tenía una levita blanca, zapatos, guantes, un sombrero blanco y un cinturón de seda azul. Llegamos á la abadía á las diez de la mañana. Una calle de olmos del tiempo de Juan V de Bretaña envejecían el convento, que se halla situado al lado del camino. Esta calle conducía al cementerio; para entrar en la iglesia, el cristiano tenia que atravesar la region de los sepulcros: la muerte conduce á la presencia de Dios.

Los religiosos ocupaban ya en el coro sus respectivas sillas; ardían en el altar multitud de velas, y de las diferentes bóvedas pendían una porcion de lámparas; en los edificios góticos hay lontananzas y descubre la vista una especie de horizontes sucesivos. Los ma-

ceros salieron á recibirme á la puerta, vestidos de ceremonia, y me condujeron al coro, donde habia preparados tres asientos: yo me coloqué en el de en medio; mi nodriza se sentó á mi izquierda, y mi hermano de leche á mi derecha.

Al poco rato empezó la misa; en el ofertorio se volvió hacia mí el celebrante, y leyó algunas oraciones; despues de lo cual me desnudaron de mis hábitos blancos, que quedaron colgados en *ex-voto* encima de una imagen de la Virgen. Revistiéronme en seguida con un hábito morado, y el prior pronunció un discurso sobre la eficacia de los votos: recordó la historia del baron de Chateaubriand, que acompañó á San Luis al Oriente, y me dijo que acaso visitaria yo tambien en la Palestina á aquella Virgen de Nazareth, á quien debía la vida por la intercesion de las plegarias del pobre, agradables siempre á los ojos de Dios. Aquel monge, que me contaba la historia de mi familia, como el abuelo del Dante le contaba la de sus

abuelos, hubiera podido añadir tambien, como Cacciaguida, la prediccion de mi destierro:

Tu proverai si come sá di sale
Il pane altrui, e come e duro calle
Lo scendere e'l salir per l'altrui scale.
E quel che piu ti graverá le spalle
Sara la compagnia malvagia e scempia,
Con la qual tu Cadrai in questa valle;
Che tutta ingrata, tutta matta ed empia
Si farà contra te.

Di sua bestialitate il suo processo
Sara la pruova, si ch'á te fia bello
Averti fatia parte, per te stesso.

«Tu aprenderás lo salado que sabe el pan ageno y lo duro que es el subir y bajar las escaleras de otros. Pero lo que ha de pesar mas sobre tus hombros será



ESTE SITIO ME AGRADA.

la compañía depravada é insensata que te arrastrará en su caída, y la cual se volverá contra tí, haciendo alarde de ingratitud, de locura é impiedad.

»Su conducta será la mejor prueba de su estupidez, en tu mano está por lo tanta adoptar el mejor partido.»

Desde la exhortacion del monge he estado soñando siempre con la peregrinacion á Jerusalem, hasta que al fin me decidí á llevarla á cabo.

Fui consagrado á la religion, y los despojos de mi inocencia quedaron sobre sus altares; en la actualidad no son mis vestidos los que habrán de suspenderse en los templos; son mis miserias.

Volvieron á conducirme á Saint-Malo, que no es

seguramente el Aleth de la *notitia imperii*: los romanos fundaron un Aleth, pero no en el barrio de Saint-Servand, sino en el puerto militar llamado *Solidor*, á la embocadura del Rance. Enfrente de Aleth habia una roca, *est in conspectu Tenedos*, la cual no era el refugio de los pérfidos griegos, sino el retiro del ermitaño Aaron, que fijó su residencia en esta isla el año 507: de esta misma fecha data la victoria de Clovis sobre Alarico: el uno fundó un reducido convento, y el otro una vasta monarquía: ambos edificios se han desplomado á un tiempo.

Malo, en latin *Maclovius*, *Macutus*, *Machutes*, fue creado obispo de Aleth en 511, y visitó á Aaron, atraido por su fama. Despues de la muerte del santo fue capellan del oratorio de esta ermita, y erigió una iglesia cenobítica *in praedio Machutis*. Dió su nombre á la isla primeramente, y despues lo tomó tambien la ciudad *Maclovium*, *Maclopolis*.

Desde San Malo, primer obispo de Aleth, hasta el beato Juan, llamado de la *Parrilla*, que fue consagrado en 1140, y que hizo edificar la catedral, ocuparon la silla cuarenta y cinco obispos. Habiendo quedado Aleth casi enteramente abandonado, Juan de la Parrilla trasladó la silla episcopal de la ciudad romana á la ciudad bretona, que iba extendiéndose sobre la roca Aaron.

Saint-Malo sufrió mucho en las guerras que sobrevinieron entre los reyes de Francia é Inglaterra.

El conde de Richemont, despues Enrique VII de Inglaterra, en cuyo reinado terminaron los partidos de

la rosa blanca y de la rosa encarnada, fue conducido á Saint-Malo. El duque de Bretaña lo entregó á los embajadores de Ricardo, y estos lo iban á llevar á Londres para darle allí la muerte; pero consiguió escaparse burlando la vigilancia de sus guardias, y se refugió en la catedral. *Asylum, quod in ea orbe est inviolatissimum*: este derecho de asilo se remontaba hasta los druidas, primeros sacerdotes de la isla de Aaron.

Un obispo de Saint-Malo fue uno de los tres favoritos (los otros dos eran Arturo de Montauban y Juan Hingaut) que perdieron al infortunado Gil de Bretaña:



ME OFRECÍ A LA PATRONA DE LA GRANJA, NUESTRA SEÑORA DE NAZARETH.

asi consta en la *Historia lastimosa de Gil, señor de Chateaubriand y de Chantocé, principe de la sangre de Francia y de Bretaña, extrangulado en la prision por los ministros del favorito el 24 de abril de 1450.*

Existe una capitulacion magnífica entre Enrique IV y Saint-Malo: la ciudad trató de potencia á potencia; protegió á los refugiados dentro de sus muros, y obtuvo, en virtud de una cédula de Filiberto de la Guiche, gran maestre de la artillería de Francia, autorizacion para fundir cien cañones. Nada se parecia tanto á Venecia (exceptuando en el sol y en las artes), por su religion, sus riquezas y su órden de caballería marítima, como la pequeña república de Saint-Malo,

la cual apoyó la expedicion de Carlos V á Africa, y auxilió á Luis XIII en el sitio de la Rochela: su pabellon ondeaba sobre todos los mares: tenia relaciones con Moka, Surates, Pondichery, y exploraba el mar del Sur una compañía formada en su seno.

Mi ciudad natal se distinguió desde el reinado de Enrique IV por su adhesion y su adelicidad á la Francia. Los ingleses la bombardearon en 1693, y el 29 de noviembre del mismo año lanzaron sobre ella una máquina infernal, con cuyos restos he jugado muchas veces con mis camaradas. En 1758 la bombardearon de nuevo.

Los habitantes de Saint-Malo prestaron á Luis XV considerables sumas durante la guerra de 1701, y en

remuneracion de este servicio les fue confirmado el privilegio de defenderse por sí mismos; el rey quiso además que el primer navio de la marina real fuese tripulado exclusivamente por marineros de Saint-Malo y de su matrícula.

En 1771 renovaron su sacrificio é hicieron á Luis XVI un empréstito de treinta millones. El famoso almirante Ausson desembarcó en Cancale en 1758, y quemó á Saint-Servan. La Chalotais escribió en el castillo de Saint-Malo sobre un lienzo, con un mondadientes y con hollin desleído en agua, las memorias que tanto alborotaron entonces, y de las cuales nadie se acuerda en la actualidad. Los sucesos borran los sucesos; son inscripciones grabadas sobre otras inscripciones, que forman las páginas de la historia de los Palimpsestos.

Saint-Malo surtia á nuestra armada de los mejores marineros: véase sino el *rol general* en el tomo in folium publicado en 1682 bajo este título: *Rol general de los oficiales marineros de guerra y marineros mercantiles de Saint-Malo*. Hay tambien un tratado titulado: *Fueros de Saint-Malo*, impreso en la coleccion general de los mismos. Los archivos de la ciudad están riquísimos de datos útiles para la historia y para el derecho marítimo.

Santiago Cartier, el Cristóbal Colon de la Francia, que descubrió el Canadá, fue hijo de Saint-Malo. Los naturales de esta ciudad señalaron tambien al extremo opuesto de la América las islas que llevan su nombre: *Islas Maluinas*.

Saint-Malo es la ciudad natal de Duguay-Trouin, uno de los mejores marinos que han existido: en nuestros dias ha dado á Surcouf á la Francia. El célebre Mahé de Bourdonnaie, gobernador de la isla de Francia, nació tambien en Saint-Malo, así como Lametrie, Maupertuis y el abate Trublet, de quien Voltaire hizo bastante burla; todo lo cual no es poco para un recinto que escasamente iguala al jardín de las Tullerías.

Lamennais ha dejado atrás estas pequeñas celebridades literarias de mi patria: Broussais, y mi noble amigo el conde de la Feronnays, son igualmente hijos de Saint-Malo.

Finalmente, para no omitir nada, haré mencion tambien de los dogos que formaban parte de la guarnicion de Saint-Malo, los cuales descendian de aquellos famosos perros, granujas de los galos, que, segun Strabon, presentaban á los romanos, en union con sus dueños, batallas campales. Alberto el Grande, religioso de la orden de Santo Domingo, y autor tan grave como el filósofo griego, declara que da custodia de una plaza tan importante, como era la de Saint-Malo, estaba confiada á la fidelidad de algunos dogos, que patrullaban todas las noches con una vigilancia y un celo sorprendentes. «Mas tarde fueron condenados á pena capital por haber tenido la desgracia de comerse inconsideradamente las piernas de un hidalgo: de aquí tiene su origen la cancion compuesta en nuestros dias con el título de *Buen viaje*. De todo se hace burla. Los criminales fueron reducidos á prision; uno de ellos rehusó tomar el alimento de las manos de su guardian, á quien hacia verter lágrimas: el noble animal se dejó morir de hambre: los perros, como los hombres, suelen ser castigados por su fidelidad. La custodia del Capitolio, así como la de Delos, estaba confiada tambien á algunos perros, los cuales no ahullaban cuando Escipion el Africano iba al despuntar el alba á implorar á los dioses.

Circundada de murallas de diversas épocas, que se dividen en *pequeñas y grandes*, y sobre las cuales se han hecho paseos, Saint-Malo está defendida además por el castillo de que ya he hablado, y cuyas fortificaciones aumentó la duquesa Ana con torres, bastiones y fosos. La ciudad insular, mirada desde fuera, parece una ciudadela de granito.

El punto de reunion de los muchachos era la arenosa esplanada que queda cuando baja la marea entre el castillo y el Fort-Royal: allí es donde yo me he educado, teniendo por compañeros á los vientos y á las aguas. Uno de mis principales placeres consistia en luchar con las tempestades y en jugar con las olas que huian á mi vista ó que corrían en pos de mí á ganar la orilla. Otra de mis diversiones era construir con la arena de la playa monumentos, á los cuales daban mis camaradas el nombre de *hornos*. Despues de aquella época he visto edificar muchos castillos, cuya duracion debia ser tanta como la del mundo, y que han venido al suelo antes que mis palacios de arena.

Como mi suerte estaba fijada de una manera irrevocable, me entregaron á una infancia ociosa. Algunas nociones de dibujo, de lengua inglesa, hidrografia y de matemáticas, se creyeron mas que suficientes para la educacion de un chicuelo, destinado de antemano á la trabajosa vida de marino.

Iba creciendo entre mi familia sin estudiar nada: ya no habitábamos la casa en que yo habia nacido; mi madre tomó otra, situada en la plaza de Saint-Vincent, casi enfrente de la puerta que da al Surco. Los pillastres de la ciudad habian llegado á ser mis amigos predilectos, y los traía á jugar al patio y á la escalera de mi casa. Parecíame á ellos en un todo; hablaba su mismo lenguaje; tenia su mismo modo de andar; vestia como ellos, y como ellos iba desabotonado y desharapado; mis camisas estaban cayéndose siempre á pedazos; jamás habia tenido un par de medias que no estuviesen llenas de puntos; llevaba arastrando las mas veces unos malditos zapatos caidos de atrás, que á cada paso se me escapaban de los piés; solia perder con frecuencia el sombrero, y algunas veces hasta la casaca. Tenia la cara chafarrinada y llena de arañazos y cardenales; las manos negras como el carbon. Era tan rara mi figura, que mi madre, á pesar de su cólera, no podia menos de reirse y de exclamar: «¡Qué feo es!»

Y sin embargo me gustaba entonces, y me ha gustado siempre el aseo, y aun la elegancia. Por la noche solia dedicarme á componer mis guñapos; la buena Villeneuve y mi Lucila me ayudaban á arreglarlos para aborramme castigos y reprimendas; pero sus curcudis únicamente servian para hacer resaltar mas mi estropeada facha. Lo que mas me hacia sufrir era el presentarme andrajoso entre los muchachos que estrenaban vestidos nuevos.

El carácter y costumbres de mis compatriotas tenían puntos de contacto con las de los habitantes de algunas ciudades de España. Muchas familias de Saint-Malo se hallaban establecidas en Cádiz, y otras muchas de Cádiz residían en Saint-Malo. La posicion insular, la calzada, la arquitectura, las casas, los aljibes y las murallas de granito de Saint-Malo, le dan un aire de semejanza á Cádiz; cuando yo ví esta última ciudad, no pude menos de recordar la primera.

Encerrados por la noche bajo la misma llave en su ciudad, los habitantes de Saint-Malo no componian mas que una sola familia. Sus costumbres eran tan inocentes y patriarcales, que las jóvenes que mandaban traer de París cintas y gasas, pasaban plaza de mundanas entre sus compañeras, las cuales huian de ellas por no contaminarse. Una debilidad era cosa tan inaudita, que habiéndose concebido sospechas de cierta condesa de Abbeville, se hicieron sobre este asunto unas coplas, que se cantaban haciendo la señal de la cruz. El poeta, sin embargo, fiel á pesar suyo á las tradiciones de los trovadores, se declaró en contra del marido, al cual apellidaba *monstruo bárbaro*.

En ciertos dias del año, los habitantes del campo y los de la ciudad se reunian en las ferias que entonces se llamaban *asambleas*, y las cuales tenían lugar en

las islas y fuertes, situados alrededor de Saint-Malo: las gentes iban á pié cuando estaba baja la marea, y embarcadas cuando sucedia lo contrario. La multitud de marineros y lugareños; los carros entoldados; las recuas de caballos, burros y muleros; la concurrencia de mercaderes; las tiendas que se elevaban á la orilla del mar; las procesiones de frailes y de cofradías que serpentaban entre las turbas con sus pendones y sus cruces; las lanchas de remo y de vela que se veían cruzar de un lado á otro; los buques que entraban en el puerto ó que se hallaban anclados en la rada; las salvas de artillería; las campanas echadas á vuelo: todo contribuía á prestar á aquellas reuniones animacion, ruido, movimiento y variedad.

Yo era el único que presenciaba aquellas fiestas, sin participar del general regocijo, porque no tenia dinero para comprar juguetes y bollos. Deseando evitar el desprecio, compañero inseparable de la mala fortuna, iba á colocarme lejos de la gente y junto á los charcos de agua que conserva y renueva la mar en las concavidades de las rocas. Allí me entretenia en ver volar las aves acuáticas, en mirar con la boca abierta los azulados horizontes, en recoger conchas, y en escuchar los lamentos de las olas al estrellarse contra los escollos. Llegaba la noche, y la suerte no me era en casa mas propicia. Tenia gran repugnancia á ciertos manjares, y me obligaban á comer de ellos. Muchas veces imploraba con la vista la proteccion del criado La-Trance, el cual me quitaba el plato con una destreza admirable cuando mi padre se descuidaba en volver la cabeza. Respecto á la lumbre, guardaban conmigo el mismo rigor: estábame terminantemente prohibido el aproximarme á la chimenea. De la severidad de los padres de aquel tiempo, á la indulgencia de los padrazos de hoy, hay una inmensa distancia.

Pero si bien es verdad que yo padecia algunas penas que desconoce la moderna infancia, tambien lo es que disfrutaba en cambio algunos placeres ignorados de ella.

Actualmente no es fácil formarse una idea de lo que eran aquellas solemnidades religiosas y de familia, en las cuales parecia que la patria entera y el Dios de esta patria estaban llenos de regocijo: la Nochebuena, Año nuevo, los Reyes, Pascua florida, Pentecostés y San Juan, eran para mí dias de prosperidad y de contento. Quizás haya influido algo la roca sobre la cual nací en mis sentimientos y en mis estudios. Desde el año 1015 los naturales de Saint-Malo hicieron voto de contribuir con sus recursos y con el trabajo de sus manos á levantar los campanarios de la catedral de Chartres. ¿No he trabajado yo tambien con mis propias manos en alzar del suelo las abatidas cúpulas de la vieja basilica cristiana? «El sol, dice el P. Maunoir, no ha alumbrado jamás canton alguno donde haya sido venerada la verdadera fe con una fidelidad tan constante é invariable como en el de Bretaña. Tres siglos hace que no ha manchado infidelidad alguna la lengua que les ha predicado á Jesucristo, y aun está por nacer el hombre que haya oído á un breton legítimo predicar otra religion que la católica.»

En los dias festivos que acabo de mencionar, me llevaban mis hermanas á andar con ellas las estaciones á diferentes santuarios de la ciudad, á la capilla de San Aaron y al convento de la Victoria: las dulces voces de algunas mujeres invisibles herian agradablemente mis oidos: la armonía de sus cánticos se mezclaba con el bramido de las olas. Cuando se llenaba de gente en el invierno la catedral al toque de oraciones; cuando se arrodillaban los viejos marineros y las jóvenes leían sus horas con fervor á la luz de las candelas; cuando al echar la bendicion repetía la multitud el *Tantum ergo*; cuando en los intermedios de sus cánticos azotaban las ráfagas de viento los vidrios de la basilica y hacian temblar las bóvedas de

aquella nave, en la que resonaron las voces robustas de Santiago Cartier y de Duguay-Trouin; mi corazón experimentaba un sentimiento extraordinario de religioso fervor. Entones no tenia necesidad de que la Villeneuve me dijese que juntara las manos para invocar á Dios, con todos los nombres que me habia enseñado mi madre; veía el cielo abierto, y á los ángeles ofreciendo nuestro incienso y nuestros votos; inclinaba mi frente, la cual no se hallaba agobiada aun bajo el peso de las desgracias que nos afligen de una manera tan horrible, que casi le dan á uno tentaciones de no levantar la cabeza cuando la ha inclinado una vez al pié de los altares.

Habia marino que al salir de estos religiosos ejercicios se embarcaba con el espíritu fortalecido contra la noche, al paso que otros entraban en el puerto guiados por la iluminada cúpula de la iglesia: así es que estaba viendo continuamente la religion y los peligros en presencia la una de los otros, y sus imágenes ocupaban á un tiempo mismo mi imaginacion. Apenas habia nacido, cuando empecé á oír hablar de la muerte; por la noche recorria un hombre todas las calles tocando una campanilla para escitar á los cristianos á que rogasen por sus hermanos difuntos. Casi todos los años veía naufragar y perderse buques á mis ojos; y cuando salía á pasearme á lo largo del arenal, arrojaba el mar á mis piés los cadáveres de algunos extranjeros que habian espirado lejos de su patria. Mad. de Chateaubriand me decia, como Santa Mónica á su hijo: *Nihil longe est á Deo*: «Nada hay distante de Dios.» Mi educacion fue confiada á la Providencia, y á fe que no me escaseaba sus lecciones.

Devoto de la Virgen, á quien me habian ofrecido conoia y amaba á mi protectora, confundíndola con mi ángel de la guarda; á la cabecera de mi cama tenia clavada con cuatro alfileres una imagen suya, que me compró la Villeneuve por medio sueldo. Yo debiera haber nacido en aquel tiempo en que se oraba ante la madre de Dios, diciéndola: «Dulce Señora de cielo y tierra, madre de piedad, fuente de todos los bienes, que habeis llevado en vuestro precioso seno á Jesucristo; hermosa y dulcísima Señora, yo os doy gracias é imploro vuestro auxilio.»

Lo primero que aprendí de memoria fue una cancion de marino, que empezaba así:

Je mets ma confiance,
Vierge, en votre secours,
Servez-moi de défense,
Prenez soin de mes jours.
Et quand ma dernière heure
Viendra finir mon sort,
Obtenez que je meure
De la plus saint mort.

«¡Oh Virgen! en vos deposito mi confianza: sed mi defensora, velad por mis dias, y cuando llegué mi última hora, alcanzad que muera con la muerte del justo.»

Esta cancion la he oido cantar despues de un naufragio. En la actualidad repito todavia sus versos de testables, con tanto placer como los de Homero: una imagen de Nuestra Señora, adornada con una corona gótica, y vestida con un manto de seda azul, guarnecido con galon de plata, me inspira mas devocion que una Virgen de Rafael.

¡Si aquella pacífica *estrella de los mares* se hubiera dignado al menos calmar las tribulaciones de mi vida! Pero yo estaba predestinado á sufrir agitaciones y congojas desde mi infancia; como la palmera del árabe, apenas salió mi tallo de la roca, cuando principió á ser azotado por el viento.

La Vallée-aux-Loups junio de 1812.

GESRIL.—HERVINA MAGON.—COMBATE CONTRA DOS GRUMETES.

Ya he dicho que mi prematura rebeldía contra las maestras de Lucía fue el fundamento de mi mala reputación: un camarada vino á completarla.

Mi tío, Mr. de Chateaubriand du Plessis, que se hallaba establecido en Saint-Malo, tenía, lo mismo que su hermano, cuatro hijas y dos hijos. De mis dos primos (Pedro y Armando), con los cuales me asocié desde luego, Pedro llegó á ser paje de la reina, y Armando, á quien destinaban á la carrera eclesiástica, fue enviado al colegio. Pedro entró en la marina así que salió de la casa de pajes, y se ahogó en la costa de Africa. Armando, que permaneció en el colegio una porción de años, dejó la Francia en 1790, sirvió durante toda la emigración, hizo con intrepidez mas de veinte viajes á la costa de Bretaña, embarcado en una chalupa, y al fin murió por la causa del rey en las llanuras de Grenelle, el Viernes Santo del año 1810, como he dicho ya y volveré á repetir cuando refiera su catástrofe (1).

Privado de la compañía de mis dos primos, traté de reemplazarla contrayendo nuevos vínculos.

En el piso segundo de nuestra casa vivía un hidalgo, llamado Gesril, el cual tenía un hijo y dos hijas. Este hijo estaba educado de distinto modo que yo; era un niño mimado, á quien alababan todo cuanto hacía, y cuyo placer favorito era el de andar á golpes, y con especialidad el de excitar á sus compañeros á armar camorra para erigirse en juez de la contienda. Hacía á las criadas que llevaban á pasear los niños las mas pífidas jugarretas, y se hablaba muchísimo de sus travesturas, que se transformaban en negros erimenes. El padre se reía de todo esto, y Pepito continuaba siendo el queridito de la casa. Gesril llegó á ser el mas íntimo de mis amigos, y tomó sobre mí un ascendiente increíble; por mi parte aproveché las lecciones de tan excelente maestro, aun cuando mi carácter era diametralmente opuesto al suyo. Yo prefería los placeres solitarios, y no gustaba de armar quimera con nadie. Gesril, por el contrario, era aficionadísimo á los juegos bulliciosos, y gozaba extraordinariamente cuando se hallaba en medio de las trifugas de los muchachos. Cuando me hablaba cualquier pillastre, Gesril me decía: «¿Cómo sufres eso?» Estas palabras me hacían creer que mi honor estaba comprometido, y saltaba á los ojos del temerario: su edad y su estatura no me importaban un bledo. Mi amigo presenciaba el combate y prodigaba elogios á mi valor; pero permanecía impassible, y no acudía jamás á prestarme auxilio. Algunas veces levantaba un ejército compuesto de pillastres que encontraba, los dividía en dos bandos y los conducía á la playa, donde armábamos á pedradas frecuentes escaramuzas.

Gesril inventó otro juego, el cual parecía mucho mas peligroso: cuando subía la marea y el tiempo estaba de borrasca, las olas que iban á estrellarse al pié del castillo, en el lado del gran promontorio, saltaban hasta las torres principales. A veinte piés de altura, y sobre la base de una de estas torres, había un parapeto de piedra, angosto, escurridizo, incli-

(1) Dejó un hijo llamado Federico, á quien coloqué yo primeramente en los guardias del hermano mas inmediato al rey (*monsieur*), y el cual pasó despues á un regimiento de coraceros. Casó en Nancy con la señorita de Gastaldi, de quien tuvo dos hijos, y se retiró del servicio. La hermana mayor de Armando, mi prima, es, hace muchos años, superiora de las religiosas de la Trapa.

(Nota de 1851 en Ginebra).

nado, que se comunicaba al rebellin que defendía el foso: tratábase, pues, de aprovechar el instante que mediaba entre dos olas para atravesar aquel peligroso sitio antes de que se rompiese la segunda y llegase á cubrir la torre. Vefase venir una montaña de agua, que avanzaba bramando, y la cual podía arrastrarnos consigo ó estrellarnos contra la muralla si nos retardáramos un minuto. No había uno siquiera de nosotros que rehusara tentar la aventura; pero todos los muchachos palidecían antes de emprenderla.

La inclinación que mostraba Gesril de impeler á los otros á trabar pendencias, en las cuales solo hacia el papel de mero espectador, inducirá acaso á pensar que su carácter no sería despues muy generoso; sin embargo, él fue quien en un teatro mas reducido llegó tal vez á borrar el heroísmo de Régulo; nada mas falló á su gloria sino que Roma la presenciara y que la cantara Tito Livio. Habiendo llegado á ser oficial de marina, fue hecho prisionero en Queberon; pero viendo que los ingleses continuaban bombardeando al ejército republicano despues de terminado el combate, se arrojó al agua, se aproximó á nado hasta los buques, les dijo á los ingleses que suspendiesen el fuego, y les anunció la desgracia y la capitulación de los emigrados. Deseando aquellos salvarle la vida, le arrojaron un cable, y le invitaron á que subiese á bordo: «Soy prisionero bajo mi palabra,» les dijo agitándose entre las olas, y se volvió nadando á tierra; despues fue fusilado con Sombreuil y sus compañeros.

Gesril fue mi primer amigo: habiendo sido mal juzgado los dos en nuestra infancia, nos unió el instinto de lo que podíamos valer algun día.

La primera parte de mi historia terminó con dos aventuras, las cuales produjeron un notable cambio en el sistema de mi educación.

Un domingo nos fuimos á la playa, por el lado del *abanico* de la puerta de Santo Tomás, y caminando á lo largo del *Surco*, cuyas mu allas protegen contra las olas una porción de estacas gruesas clavadas en la arena. Como lo teníamos por costumbre, nos encaramamos á lo alto de los maderos, para ver pasar debajo de nuestros piés las primeras ondulaciones del flujo del mar. Todos los sitios estaban ocupados como siempre, y había una porción de chiquillas mezcladas con los muchachos. Yo era el que mas próximo me hallaba á la mar, y no tenía delante de mí mas que una hermosa niña, llamada Hervina Magon, la cual se reía de placer y lloraba de miedo. Gesril estaba al extremo opuesto, por el lado de tierra. La marea iba aproximándose ya; hacia bastante viento, y los criados y niñeras gritaban: «¡Bajad, señorita! ¡Bajad, señorito!» Gesril fue alcanzado por una fuerte ola; cuando esta se sumió entre las estacas, dió un empujón al muchacho que se hallaba á su lado, este cayó sobre el que le seguía, y así sucesivamente, hasta que toda la hilera quedó derribada como si hubiera sido de naipes; pero permanecieron asidos los unos á los otros: únicamente cayó al mar la niña, que se hallaba al extremo de la línea, la cual no tenía donde apoyarse. El flujo la arrastró consigo: oyéronse al momento mil gritos de espanto; todas las niñeras se alzaron sus vestidos, entraron en el mar y fueron apoderándose de sus respectivos muchachos, dándoles de camino unos cuantos mogicones: Hervina fue rescatada tambien; pero declaró que Francisco la había echado abajo. Las niñeras caen sobre mí; logro escaparme de sus manos, y echo á correr para pararme en la bodega de casa, adonde llegó tambien en persecución mia el ejército femenino. Afortunadamente habían salido mi padre y mi madre. La Villeneuve defendía la puerta con un valor heroico, y sopapeaba á la vanguardia enemiga. El verdadero autor del mal acudió tambien en mi auxilio; Gesril subió á su casa, llamó á sus dos hermanos, y los tres principieron á arrojar jarros de agua y tronchos de verzas cocidas

sobre las sitiadoras. Al aproximarse la noche se levantó el sitió; pero se exparcíó por la ciudad este acontecimiento, y el caballero de Chateaubriand, que á la sazón contaba nueve años, pasó por un hombre atroz, por un resto de la banda de piratas que San Aaron había desterrado de su roca.

Pasemos á la otra aventura.

Algunos dias despues de la que acabo de referir, fui con Gesril á Saint-Servan, barrio que se halla separado de Saint-Malo por el puerto mercante. Para llegar á él cuando está baja la marea, es preciso atravesar unos cuantos puentes angostos, contruidos con losas, por debajo de los cuales pasan corrientes de agua; estos puentes quedan enteramente cubiertos con la pleamar. Los criados que nos acompañaban se habían quedado atrás, á bastante distancia de nosotros. Al llegar á uno de dichos puentes vimos á dos grumetes que estaban en el extremo opuesto, y los cuales caminaban en dirección contraria á la nuestra. Gesril me dijo: «¿Dejaremos pasar á esos tunantes?» y en seguida empezó á gritar: «¡Al agua, patos!» Estos, como buenos grumetes, entendían poco de chanzas, y siguieron avanzando: Gesril retrocedió, nos colocamos á la entrada del puente, cogimos unos cuantos guijarros, y se los tiramos á la cabeza. Los grumetes cayeron entonces sobre nosotros, nos hicieron volver pies atrás, y armándose á su vez de piedras, nos llevaron en derrota hasta nuestro cuerpo de reserva, ó, lo que es lo mismo, hasta que nos incorporamos con nuestros criados. Yo no salí, como Horacio, herido de un ojo, si bien recibí en la oreja izquierda tan descomunal pedrada, que casi me la arrancó, y la traía colgando sobre el hombro.

Pero no sentía el daño que me habían causado, sino el tener que regresar á casa. Cuando mi amigo venía descalabrado de sus correrías, ó traía desgarrado el traje, todos se compadecían de él, le prodigaban mimos y caricias, y le llevaban ropa para que se mudara: en semejante caso, yo no escapaba nunca sin castigo. El golpe que acababa de recibir no dejaba de ser peligroso; pero La Trance no logró persuadirme á que entrara en su casa. Fui á ocultarme en el piso segundo, á la de Gesril, el cual me vendió la cabeza con una servilleta. Este vendaje le devolvió su bullicioso humor, y le dió por decir que parecía una mitra; transforméme en obispo de buenas á primeras, y me hizo cantar misa mayor con él y sus hermanas hasta la hora de comer. El pontífice se vió precisado entonces á bajar al piso principal: el corazón me latía con violencia. Sorprendido mi padre al ver mi semblante descompuesto y manchado de sangre, no me dijo ni una palabra: mi madre dió un grito; La Trance contó el caso lastimoso que me había sucedido, disculpándose como supo; á pesar de todo esto, no me liberté de la correspondiente tunda. El señor y la señora de Chateaubriand mandaron que me curaran la oreja, y resolvieron separarme de Gesril lo mas pronto posible (1).

Yo no sé si fue aquel año cuando vino á Saint-Malo el conde de Artois, á quien obsequiaron con el simulacro de un combate naval. Desde lo alto del bastion de la pólvora vi al jóven príncipe, que estaba mezcladillo entre la gente, presenciando desde las orillas del mar este espectáculo. ¡Cuántos destinos desconocidos encerraban su brillo y mi oscuridad! Hasta entonces, si no me es infiel la memoria, Saint-Malo no había visto mas que á dos reyes de Francia: Carlos IX y Carlos X.

(1) Ya había hablado yo de Gesril en mis obras. Una de sus hermanas, Angélica Gesril de la Trochardais, me escribió en 1818 rogándome que procurase obtener que el apellido Gesril fuese unido al de su marido y al del marido de su hermana; pero fracasaron mis negociaciones.

(Nota de 1851, en Ginebra).

Hé aquí el primer cuadro de mi infancia. Ignoro si la severa educación que me dieron es buena en principio, pero mis padres la adoptaron sin designio alguno, ó por mejor decir, fue una consecuencia natural de su humor. En todo caso, es lo cierto que, merced á ella, se han diferenciado bastante mis ideas de las de los demás hombres; y mucho mas cierto todavía, que imprimió en mis sentimientos un carácter melancólico, hijo de la costumbre de padecer en la edad de la debilidad, de la impresion y de los goces.

¡Tal vez habrá quien crea que semejante sistema de educación hubiera podido conducirme á detestar á los autores de mis dias! Pero no fue así, el recuerdo de sus rigores es para mí casi agradable: venero y estimo sus grandes prendas. Mis camaradas del regimiento de Navarra fueron testigos de los extremos que hice cuando supe la muerte de mi padre. Soy deudor á mi madre de los consuelos de mi vida, puesto que ella fue quien me imbuyó sanos principios de religión: yo recogía las verdades cristianas que salían de su boca, como las estudiaba Pedro de Langres por la noche en una iglesia, á la luz de la lámpara que ardía ante el Santísimo Sacramento. ¿Se hubiera desarrollado mejor mi inteligencia, habiéndome dedicado al estudio algun tiempo antes? Lo dudo: aquellas olas, aquellos vientos y aquella soledad, que fueron mis primeros maestros, cuadraban mejor acaso á mis disposiciones naturales: tal vez debo á estos salvajes fundadores algunas virtudes que sin ellos hubiera ignorado. La verdad es que ningun sistema de educación es en sí preferible á otro: ¿quieren mas los hijos á sus padres, hoy, que los tutean y que no les inspiran temor alguno? Gesril era tratado con el mayor mimo, en la misma casa donde me reñían á mí constantemente, y ambos hemos sido hombres de bien, y tiernos y respetuosos hijos. Tal cosa, que uno cree perjudicial, es la que mas eficazmente contribuye al desarrollo del talento de un muchacho; y tal otra, que le parece á uno conveniente, bastaría por sí sola para enervar sus facultades intelectuales. Lo que Dios hace está bien hecho: cuando la Providencia nos destina á representar un papel en la escena del mundo, reserva para sí el cuidado de dirigirnos.

Dieppe setiembre de 1812.

CARTA DE MR. PASQUIER.—DIEPPE.—CAMBIO DE MI EDUCACION.—LA PRIMAVERA EN BRETAÑA.—BOSQUE HISTÓRICO.—CAMPOS PELAGIANOS.—OCASO DE LA LUNA EN EL MAR.

El 4 de setiembre de 1812, me remitió Mr. Pasquier, prefecto de policía, la siguiente carta:

PREFECTURA POLÍTICA.

«El prefecto de policía invita á Mr. de Chateaubriand á que se tome el trabajo de presentarse en su despacho, hoy á las cuatro de la tarde, ó mañana á las nueve de la mañana.»

El señor prefecto de policía me llamaba para intimarme la órden de que saliera de París, y me dirigí á Dieppe, cuyo primer nombre fue *Bertheville*, y la cual tomó el de Dieppe hace mas de cuatrocientos años, de la palabra inglesa *deep*, que significa *profundo* (surgidero). En 1788, estaba de guarnición en ella con el segundo batallon de mi regimiento; vivir en aquella ciudad, cuyas casas son de ladrillos y sus tiendas de marfil; en aquella ciudad de aseadas calles y hermoso cielo, era refugiarme cerca de mi juventud. Cuando salía á paseo, me dirigía las mas de las veces á las ruinas del castillo d'Arques, las cuales están llenas de

históricos recuerdos. Todavía existen innumerables personas que no han olvidado que Dieppe fue la patria de Duquesne. Cuando me quedaba en casa, se ofrecía á mi vista el grandioso espectáculo de la mar: desde la mesa, ante la cual solía sentarme, contemplaba á aquel mismo Océano que me vió nacer, y el cual baña las costas de la Gran-Bretaña, y en donde he sufrido tan largo destierro: mis miradas vagaban sobre las olas que me llevaron á América, me trajeron á Europa y me volvieron á llevar á las costas de África y de Asia. ¡Yo te saludo, ¡oh mar! que has sido mi cuna y el constante objeto de mi admiración! Quiero contarte la continuación de mi historia; si faltó en ella á la verdad, tus olas, compañeras inseparables de mi vida, me acusarán de impostor ante los hombres en los tiempos venideros.

Mi madre manifestó siempre grandes deseos de que se me diese una educación clásica. Decía que la profesión de marino, á la cual me destinaban, no sería acaso de mi gusto; y por lo que pudiera suceder, le parecía conveniente darme una educación aplicable á cualquiera otra carrera. Su piedad la inducía á desear que yo me decidiese por la iglesia. Propuso, pues, que me llevaran á un colegio á estudiar matemáticas, dibujo, esgrima, y el idioma inglés, y no habló ni una palabra del latín y el griego, temiendo incomodar á mi padre; pero pensaba interiormente dar orden de que me los enseñaran, reservadamente primero, y en público cuando llegara á hacer algunos adelantos. Mi padre accedió á su proposición, y quedó acordado que entraría en el colegio de Dol, cuya ciudad mereció la preferencia por hallarse situada en el camino de Saint-Malo á Combourg.

En el crudo invierno que precedió á mi reclusión escolar, se prendió fuego á la casa en que habitábamos mi hermano mayor me salvó entonces la vida casi milagrosamente, sacándome, con riesgo de la suya, al través de las llamas. Mr. de Chateaubriand, que se había retirado á su castillo, llamó á su esposa á su lado, y cuando llegó la primavera fue preciso obedecerle.

La primavera en Bretaña es mucho mas benigna que en las cercanías de París, y florece tres semanas antes. Los cinco pájaros precursores de ella, que son, la golondrina, la oropéndola, el cuco, la codorniz y elruiseñor, llegan con las brisas que se albergan en los golfos de la península armoricana. La tierra se cubre de margaritas, pensamientos, junquillos, narcisos, jacintos, renúnculos y anémonas, como en los sitios abandonados que circundan á San Juan de Letran y á la Santa Cruz de Jerusalen en Roma. Los claros de los bosques se ven matizados de altos y elegantes helechos; los campos, cuajados de gayombas y aliagas, resplandecen con sus flores, que parecen mariposas de oro. Los setos, á lo largo de los cuales abundan la fresa, la frambuesa y la violeta, están decorados con zarzas, madreselvas y espinos silvestres, cuyos tallos, negros é inclinados, producen hojas y frutos magníficos. Por todas partes se oye el zumbido de las abejas y el canto de las aves: los enjambres y los nidos llaman la atención de los muchachos á cada paso. En ciertos sitios, resguardados del cierzo, crecen, como en Grecia, las adelfas y el mirto, sin cultivo alguno: las brevas maduran tan pronto como en la Provenza; cada árbol frutal, con sus flores de carmin, se parece á un gran ramillete de novia de aldea.

En el siglo xii el bosque de Brecheliand ocupaba los cantones de Tongéres, Rennes, Bechenel, Dinau, Saint-Malo y Dol; los francos y los pueblos de la Dommonéa lo escogieron para campo de sus batallas. Wace cuenta que se veía en él al hombre salvaje, la fuente de Berenton y un estanque de oro. Un documento histórico del siglo xv, *Los usos y costumbres del bosque de Brechelleu*, confirma el romance de Rou: «Segun los usos, el bosque es de grande y espaciosa ex-

tension; hay en él cuatro castillos, un crecido número de magníficos estanques, hermosas chozas, donde no hay moscas ni vicho alguno venenoso; doscientos criaderos de árboles, otras tantas fuentes, inclusa la de *Belenton*, junto á la cual veló sus armas el caballero Pontus.»

Actualmente todavía conserva el país algunos rasgos, que revelan su origen; cortado en diversas direcciones por zanjas, parece un bosque desde lejos, y tiene analogía con algunas provincias de Inglaterra: en otro tiempo era la mansión de las hadas, y en la continuación de estas páginas vereis que yo encontré allí en efecto una sílde. Algunos rios, que no son navegables, riegan aquellos valles angostos, los cuales están separados unos de otros por pequeñas y arenosas cordilleras, en las que se crían acebos y otros arbustos. Por la parte de la costa se suceden los faros, vigías, torres, construcciones romanas, ruinas de castillos de la edad media, y los campanarios de la época del renacimiento: todo está rodeado por la mar; Plinio llamó á la Bretaña *Península espectadora del Océano*.

Entre el mar y la tierra se extienden los campos Pelagianos, fronteras indecisas de ambos elementos; la alondra de tierra y la de mar agitan en ellos sus alas á un tiempo mismo; la barca y el arado, distantes tan solo un tiro de piedra una de otro, van surcando la tierra y el agua. El navegante y el pastor se prestan recíprocamente su lenguaje técnico; el marinero dice: *las olas se rizan*; y el pastor: *las flotas de carneiros* (1). Las arenas de diversos colores, las caprichosas labores que forman los mariscos, y las franjas de plateada espuma, guarnecen la orilla amarilla ó verde de los sembrados. No recuerdo en cual de las islas del Mediterráneo he visto un bajo-relieve que representaba á las Nereidas festejando las guarniciones de la falda de Ceres.

Peró lo que hay en Bretaña de mas admirable es la salida de la luna por la parte de tierra, y su ocaso en el mar.

Destinada por Dios á ser aya del abismo, la luna tiene sus nubes, sus vapores, sus rayos y sus sombras especiales como el sol; pero al llegar á su ocaso, no se retira sola como este, sino acompañada de un séquito de estrellas. A medida que va descendiendo sobre mi playa natal hasta los límites del cielo, comunica al mar su silenciosa calma; al poco rato se la ve sumergirse poco á poco en el horizonte, dejando descubierta la mitad de su frente, que se va apagando, inclinándose y desapareciendo entre la muelle intumescencia de las olas. Los astros, inmediatos á su reina, antes de precipitarse en pos de ella parecen detenerse suspendidos en la cima de las aguas. No bien se ha puesto la luna, cuando un soplo de viento viene á apagar la imagen de las constelaciones, del mismo modo que se apagan las luces despues de una fiesta.

SALIDA PARA COMBOURG.—DESCRIPCION DEL CASTILLO.

Yo debía acompañar á mis hermanas hasta Combourg y nos pusimos en marcha en la primera quincena de mayo. Al amanecer salimos de Saint-Malo, mi madre, mis dos hermanas y yo, en una enorme berlina á la antigua, arrastrada por ocho caballos enjaezados como las mulas en España, con campanillas al cuello y guarniciones de franjas de lana de diversos colores. Mientras que mi madre suspiraba, mis hermanas hablaban hasta perder la respiración, y yo miraba con mucha atención, maravillándome de todo: primer paso de un judío errante que ya no debía parar. ¡Si

(1) *Les vagues moutonnet, les flottes de moutons*; este equivoco, que en francés tiene bastante gracia, es intraducible á nuestro idioma. (N. del T.)

el hombre no hiciera mas que cambiar de lugares! pero tambien cambian sus dias y su corazon.

Nuestros caballos descansaron en una aldea de pescadores, en la playa de Cancale: en seguida atravesamos los pantanos y la ciudad de Dol, y pasando por la puerta del colegio, donde pronto debía volver, nos engolfamos en lo interior del país.

Durante cuatro horas mortales, solo distinguimos algunos arbustos medio secos, semillas de trigo negro, corto y pobre, y algunos indigentes campesinos, ya conduciendo carbon en caballos exiguos, ya aguijoneando con agudos gritos á bueyes escualidos que tiraban de carretas enormes. Por último, descubrimos un valle, en cuyo fondo se elevaba el campanario de una iglesia de aldea; las torres de un castillo feudal sobresalian á los árboles de un bosquecillo iluminado por el sol poniente.

He tenido que detenerme: mi corazon latia hasta el punto de rechazar la mesa sobre que escribo. Los recuerdos que se despiertan en mi memoria me anonadan con su fuerza y multitud: y sin embargo, ¿qué son para el resto del mundo?

Cuando bajamos la colina apercibimos un riachuelo: despues de haber caminado una media legua, dejamos el camino real, y el coche rodó por una calle de hojaranzos, cuyas cimas se entrelazaban sobre nuestras cabezas: aun me acuerdo del momento en que entré bajo esta bóveda sombría.

Al salir de la oscuridad del bosque á travésamos una especie de plaza plantada de nogales, inmediata al jardín y á la casa del administrador, desembocando en un patio de césped, llamado *Patio Verde*. A la derecha estaban las cuadras, y en el fondo del patio, cuyo terreno se elevaba insensiblemente, aparecía el castillo entre dos grupos de árboles. Su triste y severa fachada presentaba una cortina con una galería cubierta medio destruida: esta cortina unia dos torres desiguales en edad, en materiales, en altura y en espesor, cuyas torres terminaban con almenas de techumbre puntiaguda, como un gorro puesto sobre una corona gótica.

Algunas ventanas enrejadas aparecían sobre la desnudez de los muros: una ancha escalinata de veinte y dos peldaños, sin rampas ni pasamanos, reemplazaba sobre los fosos cegados al antiguo puente levadizo. Sobre la puerta del castillo se veían las armas de los señores de Combourg, y los postes, á través de los cuales salían en otro tiempo los brazos y las cadenas del puente levadizo.

El coche paró al pié de la escalinata, y mi padre salió á recibirnos. La reunion de la familia dulcificó tanto por el momento su humor, que nos hizo la mas graciosa acogida. Subida la gradería, penetramos en un vestibulo sonoro de bóveda ojiva, y desde este vestibulo en un pequeño patio interior.

Desde este patio entramos en las habitaciones que miraban al Mediodía del estanque, unidas por dos pequeñas torres. Todo el castillo tenia la figura de un carro de cuatro ruedas. De pronto nos encontramos en una sala, llamada en otro tiempo de los *Guardias*, en cuyas extremidades se abrían dos ventanas, y otras dos en la línea lateral. Para abrirlas habia sido preciso escavar muros de ocho y diez piés de espesor. Dos corredores de plano inclinado, como el de la gran Pirámide, partian de los ángulos exteriores de la sala y conducían á las torrecillas, y una escalera, que serpeaba dentro de una de estas, establecía comunicaciones entre la sala de los *Guardias* y el piso superior.

El cuerpo de fachada de la torre grande, dominando el Norte por la parte del *Patio Verde*, se componía de una especie de dormitorio cuadrado y sombrío, que servía de cocina; ademas estaba comprendido el vestibulo, la escalinata y una capilla. Encima de estas piezas estaba el salon de los *Archivos*, ó de los

Blasones, ó de los *Pajaros*, ó de los *Caballeros*, llamado así por su techo sembrado de escudos de armas y de pájaros pintados. Los alfeizares de las ventanas eran tan profundos, que formaban unos gabinetes con bancos de granito. Unase á esto pasajes y escaleras secretas, calabozos y torreones, un laberinto de galerías cubiertas y descubiertas, subterráneos murados cuyas ramificaciones eran desconocidas, silencio por todas partes y oscuridad, y se verá el castillo de Combourg.

Una cena servida en el salon de los *Guardias*, en la cual comí sin que me contrariaran, terminó el primer dia feliz de mi vida. La felicidad verdadera cuesta poco; si es cara no es de buena especie.

Apenas desperté al dia siguiente, fui á visitar los alrededores del castillo y á celebrar mi advenimiento á la soledad. La escalinata hacia frente al Noroeste. Estando sentado en ella, se tenia delante el *Patio Verde*, y mas allá una huerta entre dos arboledas; una de ellas, á la derecha, se llamaba *Mallo pequeño*; y la otra, á la izquierda, el *Mallo grande*, que era un bosque de encinas, ciclamores, olmos y castaños. Mad. de Sévigné ponderaba en su tiempo estos lugares sombríos, y desde esta época habian aumentado su belleza ciento cuarenta años.

Por la parte opuesta ofrecía el paisaje un cuadro distinto; por las ventanas del salon se veían las casas de Combourg, un estanque, la calzada de este sobre la cual pasaba el camino de Rennes, un molino de agua, y una pradera llena de rebaños. A lo último de esta habia una aldeilla, dependiente de un priorato fundado en 1149 por Rivallon, señor de Combourg, donde se veía su estatua funeraria tendida boca arriba con su armadura de caballero. Mas allá del estanque elevándose el terreno por grados, formaba un anfiteatro de árboles; y allá en el horizonte, entre el Occidente y el Mediodía, se perfilaban las alturas de Bécherél.

Si despues de esta larga descripcion tomase un pintor su lapiz, ¿produciria un bosquejo parecido al castillo? Creo que no; y sin embargo, mi memoria ve los objetos como si los tuviera delante de mi vista. ¡Tal es en todas las cosas materiales la impotencia de la palabra y el poder del recuerdo! Comenzando á hablar de Combourg, canto las primeras notas de una endecha que á nadie encantaré mas que á mí: preguntad al pastor del Tirol por qué se queja en las tres ó cuatro notas que repite á sus cabras, notas de montaña arrojadas de eco en eco desde la orilla de un torrente á la ribera opuesta.

Mi primera estancia en Combourg fue de corta duración. Apenas habian pasado quince dias, vi llegar al abate Porcher, gefe del colegio de Dol; me pusieron en sus manos, y lo seguí á pesar de mis lágrimas.

Dieppe setiembre 1812.

Revisado en junio de 1846.

COLEGIO DE DOL.—MATEMÁTICAS Y LENGUAS.—RASGOS DE MI MEMORIA.

No era yo completamente extranjero en Dol; pues mi padre era *canónigo* de esta ciudad, como descendiente y representante de la casa de Guillermo de Chateaubriand, fundador en 1529 de la primera silla en el coro de la catedral. El obispo de Dol era Mr. de Herée, amigo de mi familia, prelado de gran moderación política, que, de rodillas y con el crucifijo en la mano, fue fusilado con su hermano el abate de Herée en Quiberon, en el Campo del Martirio. Al llegar al colegio fui confiado á los cuidados particulares

del abate Leprince, que profesaba la retórica y poseía á fondo la geometría: era un hombre de talento, de hermosa figura, amante de las artes, y pintaba bastante bien un retrato: encargóse de enseñarme el Bezout. El abate Egault, regente de tercer año, fue mi maestro de latín, que estudiaba en comun con mis compañeros, y las matemáticas á solas en mi habitación.

Algun tiempo necesitaba un buho de mi especie para acostumbrarse á la jaula de un colegio y á medir su vuelo al sonido de una campana. Yo no podía tener esos amigos repentinos que da la fortuna, porque nada tenían que ganar con un pobre chico: jamás me enganché en ninguna clientela, porque odiaba los protectores. En los juegos nunca pretendía gobernar á nadie, pero tampoco quería ser gobernado; yo no era bueno ni para tirano ni para esclavo, y así he sido siempre.

Sucedió, sin embargo, que pronto formé un centro de reunión; y el mismo poder ejerci en lo sucesivo en mi regimiento: simple subteniente que era, los viejos oficiales pasaban la noche conmigo, y preferían mi compañía en el café. Yo no sé de dónde provenía esto, como no fuese mi facilidad para insinuar y conocer las costumbres de los demás. Tanto me gustaba cazar y correr, como escribir y leer. Todavía me es indiferente conversar de las cosas más comunes ó de los objetos más elevados; y muy poco sensible al talento, casi me es antipático, aunque no desconozco su mérito. Ningun defecto me choca, excepto la burla y la suficiencia: siempre encuentro que los demás tienen sobre mí una superioridad cualquiera, y cuando por casualidad me siento con ventaja, quedo confuso y cortado.

En el colegio se despertaron cualidades adormecidas en mi primera educación: mi aptitud para el trabajo era notable y mi memoria extraordinaria. Hice rápidos progresos en matemáticas, para las cuales tenía una claridad de concepción que sorprendía al abate Leprince: siempre esperaba la hora de las lecciones de latín con una especie de impaciencia y como un descanso de mis cifras y figuras geométricas. Por una singularidad, mi dicción latina se trasformaba tan naturalmente en pentámetro, que el abate Egault me llamaba el *Elegíaco*, nombre que creí me quedaría entre mis camaradas.

He aquí dos rasgos de mi memoria: aprendí de tal modo las tablas de logaritmos, que dado un número en la proporción geométrica, hallaba de memoria su exponente en la proporción aritmética, y *vice-versa*. Después de la oración nocturna que hacíamos en la capilla del colegio, el director nos leía, y uno de los niños tenía que dar cuenta de la lectura. Muertos de sueño y cansados de jugar, llegábamos á la capilla y nos tirábamos por los bancos, tratando de ocultarnos en un rincón para no ser vistos ni interrogados: sobre todo había un confesonario, que nos disputábamos como un retiro seguro. Una noche había tenido la fortuna de ganar este puesto, en el cual me creía seguro contra el director; pero desgraciadamente advirtió mi maniobra, y resolvió hacer un ejemplar. Leyó lenta y extensamente la segunda parte de un sermón: todos se durmieron; pero no sé por qué casualidad permanecí despierto en mi confesonario. El director, que solo me veía la punta de los pies, creyó que dormitaba como los otros, y apostrofándome de repente, me preguntó lo que había leído.

El segundo punto del sermón contenía un catálogo de las diversas maneras con que se puede ofender á Dios; no solo dije su pensamiento, sino que hice las divisiones por su orden, y repetí casi palabra por palabra muchas páginas de una prosa mística, ininteligible para un niño. Un murmullo de aplausos resonó en la capilla; el director me llamó, me dió un golpe-

cito cariñoso en la mejilla, y me permitió en recompensa que no me levantase al día siguiente hasta la hora de almorzar. Yo me oculté modestamente á la admiración de mis camaradas, y me aproveché bien de la gracia concedida. Esta memoria de palabras, que no he conservado enteramente, ha hecho lugar en mí á otra especie de memoria más singular, de la cual tal vez tenga ocasión de hablar.

Una cosa me humilla: la memoria es muchas veces la cualidad de la estupidez, y pertenece generalmente á las inteligencias torpes. Y sin embargo, ¿qué seríamos sin memoria? Olvidaríamos nuestras amistades, nuestros amores, placeres y negocios: el genio no podría reunir estas ideas: el corazón más afectuoso perdería su ternura si dejase de recordar: nuestra existencia se reduciría á los momentos sucesivos de un presente que corre sin cesar, y ya no habría pasado. ¡Oh miseria! nuestra vida es tan vana, que solo es un reflejo de nuestra memoria.

Dieppe octubre de 1812.

VACACIONES EN COMBOURG.—VIDA DEL CAMPO EN PROVINCIA.—COSTUMBRES FEUDALES.—HABITANTES DE COMBOURG.

Las vacaciones iba á pasarlas á Combourg; la vida del campo en las cercanías de París no puede dar una idea de la misma en una provincia remota.

El territorio de Combourg tenía por toda propiedad las landas, algunos molinos y los dos bosques Borgouët y Tanoërn, en un país en que los bosques apenas tienen valor. Pero Combourg era rico en derechos feudales de diferentes clases: unos determinaban ciertos privilegios por ciertas concesiones, ó fijaban usos nacidos del antiguo orden político; los otros no parecían haber sido en su origen otra cosa que diversiones.

Mi padre había hecho renacer algunos de estos últimos derechos, á fin de evitar la prescripción. Cuando estaba reunida toda la familia, tomábamos parte en estas distracciones góticas: las tres principales eran el *Salto de los pescaderos*, la *Quintaine* y una feria, llamada la *Angevine*. Paisanos con zuecos y bragas, hombres de una Francia que ya no existe, miraban aquellos juegos de una Francia que ya no existía. Había premio para el vencedor y multa para el vencido.

La *Quintaine* conservaba la tradición de los torneos, y sin duda tenía alguna relación con el antiguo servicio militar de los feudos. En el *du Cange* (voz *QUINTANA*) está perfectamente descrita. Las multas debían pagarse en antigua moneda de cobre, hasta el valor de *deux moutons d'or* ó *la couronne de vingt-cinq sols parisi*, cada uno.

La feria llamada *Angevine* se celebraba en la pradera del Estanque el 4 de setiembre de cada año, día de mi nacimiento. Los vasallos estaban obligados á tomar las armas, y venían al castillo á alzar la bandera del señor; desde allí marchaban á la feria, para establecer el orden y dar fuerza á la percepción de un peaje debido á los condes de Combourg por cada cabeza de rebaño. En esta época tenía mi padre mesa abierta y se bailaba durante tres días: los señores, en la sala grande, á los chirridos de un violín, y los vasallos en el Patio Verde al compás de una gaita. Se cantaba y se disparaban arcabuzos, mezclándose estos rumores al balido de los rebaños de la feria; la multitud vagaba por los jardines y bosques, y al menos una vez al año se veía en Combourg alguna cosa parecida á la alegría.

De modo, que he sido bastante singularmente colocado en la vida para haber asistido á las carreras

de la *Quintaine* y á la proclamación de los *Derechos del hombre*; para haber visto la milicia urbana de una aldea de Bretaña y la guardia nacional de Francia, el pendón de los señores de Combourg y la bandera de la revolución. Yo soy como el último testigo de las costumbres feudales.

Las visitas que se recibían en el castillo se componían de los habitantes de la aldea y de la nobleza de las cercanías: estas gentes honradas fueron mis primeros amigos. Nuestra vanidad da mucha importancia al papel que hacemos en el mundo. El vecino de París se ríe del habitante de una ciudad pequeña; el noble de la corte se burla del noble de provincia; el hombre conocido desdeña al hombre ignorado, sin pensar que el tiempo hace igualmente justicia de sus pretensiones y que todos son igualmente ridículos ó indiferentes á los ojos de las generaciones que se suceden.

El primer habitante del lugar era Mr. Potelet, antiguo capitán de navío de la compañía de las Indias, que refería grandes historias de Pondichery, con los codos apoyados en la mesa, lo cual hacía que mi padre siempre tuviese ganas de tirarle su silla á la cara. Después venía el depositario de tabacos, Mr. Launay de La Billardiere, padre de familia que contaba doce hijos, como Jacob, nueve niñas y tres muchachos, el más joven de los cuales, David, era mi camarada de juegos (1). El buen hombre se acordó de ser noble en 1789; ¡buen tiempo era! En esta casa había mucha alegría y muchas deudas. El senescal Gêbert, el procurador fiscal Petit, el administrador Corvaisier y el capellán abate Charmel, formaban la sociedad de Combourg. No he encontrado en Atenas personajes más célebres.

Mr. du Petit-Bois, de Chateau-d'Assie, de Tintenniac y uno ó dos más caballeros, venían los domingos á oír misa á la parroquia y á comer en seguida en casa del castellano. Mas particularmente estábamos ligados con la familia Trémaudan, compuesta del marido, de la mujer, extremadamente hermosa, de una hermana natural y de muchos niños. Esta familia habitaba una quinta, cuya nobleza solo atestiguaba un palomar. Todavía viven los Trémaudan. Mas sabios y más felices que yo, no han perdido de vista las torres del castillo que yo abandoné hace treinta años: todavía hacen lo que yo hacía cuando concurría á su mesa, ni han salido del puerto en el cual no entraré yo más. Tal vez hablen de mí en el momento en que escribo esta página, y me reprenden el sacar su nombre de su protectora oscuridad. Mucho tiempo han dudado que el hombre de quien oían hablar fuese el *petit chevalier*. El rector ó cura de Combourg, el abate Sévin, cuyos sermones escuchaba yo, ha mostrado la misma incredulidad; no podía persuadirse que aquel chico, camarada de los paisanos, fuese el defensor de la religión: ha concluido por creerlo, y me ha citado en sus pláticas después de haberme tenido en sus rodillas. Estas buenas gentes, que no mezclan en mi imagen ninguna idea extraña; que me ven tal como yo era en mi infancia y en mi juventud, ¿me reconocerían hoy bajo los disfraces del tiempo? Me vería obligado á decirles mi nombre antes que quisieran estrecharme en sus brazos.

Yo llevo desgracia á mis amigos. Un guarda de caza, llamado Raulx, que me había cobrado afecto, fue muerto por un cazador furtivo. Este asesinato me hizo una impresión extraordinaria. ¿Qué extraño misterio en el sacrificio humano! ¿Por qué el mayor crimen y la mayor gloria han de ser derramar la sangre del hombre? Mi imaginación me representaba á Raulx teniendo sus entrañas en las manos y arrastrándose en la choza donde espiró. Yo concibo la idea de la venganza, y hubiera querido batirme contra el asesino.

(1) En lo sucesivo encontré á mi amigo David; ya diré cuándo y cómo.

(Nota de Génova, 1852.)

Bajo este aspecto soy muy singular: en el primer momento de una ofensa apenas la siento; pero se graba en mi memoria: su recuerdo, en vez de decrecer, se aumenta con el tiempo: duerme en mi corazón meses y años enteros; luego se despierta á la menor circunstancia con una fuerza nueva, y la herida se hace más viva que el primer día. Pero, si no perdono á mis enemigos, tampoco les hago ningún mal; soy rencoroso, y no soy vengativo. Tengo el poder de vengarme, y me falta el deseo; así es que solo sería peligroso en la desgracia. Los que han creído hacerme ceder oprimiéndome, se han engañado: la adversidad es para mí lo que era la tierra para Anteo, pues tomo fuerzas en el seno de mi madre. Si la felicidad me hubiera llevado alguna vez en sus brazos, me habría sofocado.

Dieppe octubre de 1812.

SEGUNDAS VACACIONES EN COMBOURG.—REGIMIENTO DE CONTI.—CAMPAMENTO DE SAINT-MALO.—UNA ABDÍA.—TEATRO.—CASAMIENTO DE MIS DOS HERMANAS MAYORES.—REGRESO AL COLEGIO.—REVOLUCION EN MIS IDEAS.

Con gran sentimiento mio tuve que regresar á Dol. Al siguiente año hubo un proyecto de desembarco en Jersey, y se estableció un campamento cerca de Saint-Malo. Acantonáronse en Combourg algunas tropas; Mr. de Chateaubriand dió cortés alojamiento á los coroneles de los regimientos de Turena y Conti, duque de Saint-Simon el uno, y el otro marqués de Causaus (1). Veinte oficiales comían diariamente en el castillo. Las chanzonetas de aquellos extranjeros me desagradaban extraordinariamente; sus paseos turbaban la paz de mis bosques. La primera idea de viajar que se me vino á las mientes tuvo su origen de haber visto correr á caballo bajo los árboles al teniente coronel del regimiento de Conti, el marqués de Wignacourt.

Quando oía á nuestros huéspedes hablar de París y de la corte, me ponía triste; temía empeño en adivinar lo que era la sociedad; pero á medida que iba formando de ella una idea confusa y lejana, se turbaba mi imaginación y se ofuscaban mis sentidos. Al tender la vista sobre el mundo desde las tranquilas regiones de la inocencia, me daban vértigos, como cuando se mira á la tierra desde lo alto de las torres, cuyas agujas se pierden en el cielo.

Una cosa había, sin embargo, que me agradaba en extremo: la parada. Todos los días veía formada en el Patio Verde á la guardia entrante, con sus tambores y música á la cabeza. Mr. de Causaus se brindó á llevarme al campamento de la costa, y mi padre consintió en ello.

Mr. de La Morandais, hidalgo de intachable nobleza, á quien la necesidad había reducido á la condición de mayordomo de las tierras de Combourg, fue el encargado de conducirme á Saint-Malo. El buen hidalgo vestía un traje de camelote gris con un galoncillo de plata al cuello, y un morrión ó casquete de fieltro del mismo color, acabado en punta. Púsome á la grupa de su yegua, *Isabela*, y yo me agarraba al cinturón de su cuchillo de caza: esta expedición me pareció deliciosa. Cuando Claudio de Bullion y el padre del presidente de Lamignon iban al campo siendo niños, «los llevaban sobre un burro, metidos en una aguadera de mimbre; y para igualar el peso ponían una

(1) Tuve un singular placer cuando volví á encontrar después de la revolución á este hombre, dechado de finura, y notable por su fidelidad y virtudes cristianas.

(Nota de Génova 1. 1852 de 1)

pedra en el lado donde iba Lamoignon, porque era mucho mas flaco que su camarada.» (*Memorias del presidente de Lamoignon.*)

Mr. de La Morandais conocia todos los atajos por donde se llegaba antes á Saint-Malo:

Moult volontiers, de grand maniere,
Alloit en bois et en riviere;
Car nulles gens ne vont en bois,
Moult volontiers comme Francois.

«Iba al rio y á la selva de muy buen grado y con aire satisfecho, porque nadie recorria los bosques de tan buena gana como Francisco.»

Hicimos alto para comer en una abadía de benedictinos, la cual acababa de reunirse al monasterio de que dependia por carecer del número suficiente de monjes. Encontramos en ella al padre procurador, á cuyo cargo estaban los bienes muebles y la explotación del arbolado, y el cual mandó que nos sirvieran una excelente comida de vigilia en la biblioteca del prior. Monsieur de La Morandais y yo nos atracamos de huevos revueltos con carpas y lenguados. Al través de las ventanas de un claustro se veian sicomoros, que habian crecido á la orilla del estanque, y á los cuales estaban dando por el pie. Cuando á fuerza de hachazos estaba el tronco suficientemente hendido, se bamboleaba la cima, y al poco rato caia al suelo: este espectáculo nos entretuvo algunos instantes. Algunos carpinteros, traídos de Saint-Malo, les cortaban las ramas verdes como se corta una fresca cabellera, ó como se labran los troncos caídos. Mi corazón padecia extraordinariamente al ver el destrozo hecho en aquellos bosques y aquel monasterio desierto. El saqueo general de las casas religiosas me recordó despues el despojo de la abadía, el cual vino á ser para mí un pronóstico.

Cuando llegamos á Saint-Malo fuí á parar á casa del marqués de Caussaus, en cuya compañía recorri las calles del campamento.

Las tiendas, los pabellones de armas, los caballos atados á unas estacas, el mar, los buques, las murallas y las torres de la ciudad, formaban un conjunto magnífico. Aquel día vi pasar junto á mí, á todo escape sobre un soberbio corcel, y con uniforme de húsar, á uno de esos hombres con cuya muerte acaba un mundo: al duque de Lauzun. El príncipe de Carignan, que también habia venido al campamento, casó con la hija de Mr. Boisgarin, la cual, á pesar de su pequeña cadera, era lindísima: este matrimonio metió mucho ruido, y dió margen á un pleito que está siguiendo todavía Mr. Lacratelle, el mayor. Pero, ¿qué relacion tiene todo esto con mis memorias? «A medida que mis amigos íntimos, dice Montaigne, van recordando los pormenores de los acontecimientos que refieren, toman de tan atrás su narración, que si el cuento es bueno, dan al traste con la bondad de los oyentes, y si no lo es, se ve uno precisado á maldecir su feliz memoria ó su desgraciado juicio. He oido referir muchos sucesos llenos de gracia, los cuales eran empalagosos en boca del narrador.» Mucho temo que han de vernirme como de molde las palabras de Montaigne.

Mi hermano estaba en Saint-Malo cuando Mr. de La Morandais me dejó en su casa. Una noche me dijo: «Voy á llevarte al teatro, ponte el sombrero.» Esta noticia me hizo enloquecer en tales términos, que bajé al sótano en busca de mi sombrero en lugar de dirigirme al piso alto. Acababa de desembarcar una compañía de cómicos de la legua. Yo habia visto en la calle aquel mismo día una compañía de polichinelas; pero suponía que los del teatro debian ser mucho mejores.

Llegué, pues, con el corazón palpitante á un teatro de madera, situado en una calle desierta de la ciudad, y por cuyos mugrientos corredores penetré con cierta sensacion de pavora. Abrióse una puertecita en uno

de ellos, y entré con mi hermano en un palco que estaba casi lleno de gente.

El telon estaba alzado, y la funcion habia empezado ya: representábase *El Padre de familias*. Lo primero que llamó mi atencion fueron dos hombres que se paseaban en las tablas hablando mano á mano, y los cuales atraian las miradas de todo el mundo. En un principio creí que eran los directores de los polichinelas, que departian confidencialmente ante el chiribitil de Mad. Gigogne, esperando á que llegase el público; pero no dejaba de chocarme, sin embargo, el que hablasen en voz alta de sus asuntos privados, y el que los escucharan todos con el mas profundo silencio. Mi sorpresa creció de punto cuando ví salir á otros personajes que accionaban con los brazos, y especialmente cuando noté que echaban todos á llorar, como si el dolor de unos se hubiese contagiado á los otros. El telon cayó sin haber comprendido yo una palabra de todo aquello. Mi hermano salió del palco en el entreacto, dejándome solo en medio de desconocidos, y á causa de mi timidez, como en un potro: en aquel instante hubiera preferido hallarme en el mas apartado rincon de mi colegio. Tal fué la primera impresion que produjo en mí el arte de Sófocles y de Moliere.

El tercer año de mi estancia en Dol fue notable para mí por las bodas de mis dos hermanas mayores: Mariana casó con el conde de Marigny, y Benigna con el conde de Guetriad. Ambas marcharon con sus maridos á Fougères, dando la primera señal de la dispersion de una familia, cuyos individuos debian separarse bien pronto. Mis hermanas recibieron la bendicion nupcial en Combourg, el mismo día, á la misma hora y en el mismo altar, en la capilla del castillo. Durante la ceremonia, mi madre y ellas vertian abundantes lágrimas; su dolor me sorprendió entonces en extremo: en la actualidad comprendo perfectamente la causa. No puedo asistir á un bautizo ó á una boda sin sonreirme amargamente ó sin experimentar una opresion de corazón. Despues de la desgracia de nacer, no conozco otra mayor que la de dar la vida á un hombre.

Aquel mismo año se verificó una revolucion en mi persona y en mi familia. La casualidad hizo caer en mis manos dos libros muy diversos: un *Horacio*, no expurgado, y una historia de las *Confesiones mal hechas*. El trastorno que introdujeron en mis ideas estos dos libros es imponderable: el uno me hacia entrever secretos incomprensibles á mi edad; una existencia diferente de la mia; placeres muy superiores á mis juegos, y encantos de una especie desconocida para mí, en un sexo, del cual no conocia mas que á mi madre y hermanas: el otro mostraba á mi imaginacion espectros arrastrando cadenas y vomitando llamas, los cuales me revelaban suplicios eternos, destinados para el que calla un solo pecado. Perdí el sueño; por la noche me parecia ver en torno mio, y al través de las cortinas de mellecho, manos negras y blancas: figurábase que las últimas estaban maldecidas por la religion, y esta idea acrecentó el espanto que me infundian las sombras infernales. En vano buscaba en el cielo y en el infierno la explicacion de este doble misterio. Herido á un tiempo mismo física y moralmente, mi inocencia seguia luchando contra las borrascas de una pasión prematura y los terrores de la supersticion.

Desde aquella época noté que saltaban en mí algunas chispas de ese fuego, que es la trasmision de la vida. Meditaba sobre el libro cuarto de la *Eneida*, y leia el *Telémaco*: de repente descubrí en Dido y en Eucaris bellezas que me arrebataron, y no pude menos de ser sensible á la armonía de aquellos versos admirables, y de aquella prosa antigua. Un día traduje en voz alta el *Eneadum genitrix, hominum divunque voluptas*, de Lucrecio, con tanto calor, que Mr. Egault me arrancó el poema de las manos, y me dió las raíces griegas. En otra ocasion pude ocultar un *Tibulo*, y

cuando llegué al *Quam juvat immites ventos audire cubantem*, aquellos sentimientos de voluptuosidad y melancolia me revelaron en cierto modo mi propia naturaleza. Los tomos de Masillon, que contenian los sermones de la *Pecadora* y del *Hijo pródigo*, no se me caian de las manos. No tuvieron inconveniente alguno en permitirme que los leyese, porque no sospechaban todo lo que yo hallaba en ellos. Muchas veces robaba en la capilla cabos de vela para leer por la noche las descripciones seductoras de los desórdenes del alma, y me dormia balbuceando algunas frases incoherentes, á las cuales queria trasmitir la dulzura, el número y la gracia del escritor que ha sabido poner en prosa, mejor que otro alguno, la *euphronia Raciniana*.

Si he pintado despues, en el trascurso de mi vida, con alguna verdad los arrebatos del corazón, mezclados con la sindéresis cristiana, estoy persuadido de que es debido únicamente á la casualidad, que me hizo conocer á un mismo tiempo dos imperios enemigos. Los estragos que un mal libro hizo en mi imaginacion se remediaron con los terrores que me inspiró otro; estos últimos fueron languideciendo poco á poco con los muelles pensamientos que me habian dejado los cuadros expuestos á mi vista sin velo alguno.

Dieppe fin de octubre de 1812.

AVENTURA DE LA MARICA. — TERCERAS VACACIONES EN COMBOURG. — EL CHARLATAN. — REGRESO AL COLEGIO.

El proverbio de que *un mal no viene nunca solo*, puede ser extensivo también á las pasiones, las cuales van reunidas como las musas ó como las furias del averno. Al mismo tiempo que la inclinacion que comenzó á atormentarme, nació en mí el honor; esa exaltacion del alma que conserva al corazón incorruptible en medio de la corrupcion; especie de principio reparador colocado cerca de un principio voraz, como la fuente inagotable de los prodigios que el amor exige á la juventud y de los sacrificios que le impone.

Cuando hacia buen tiempo, los colegiales salian á pasear los jueves y los domingos. Las mas de las veces nos llevaban al Mont-Dol, en cuya cúspide habia unas ruinas galo-romanas: desde lo alto de aquel aislado cerro la vista abarcaba el mar y los salobres pantanos, donde se veian fosforescer por la noche fuegos fatuos, luz de los hechiceros que arde hoy en nuestras lámparas. Otro de los sitios adonde se dirigian nuestros paseos eran los prados que circuyen un seminario de *Eudistas*, nombre derivado del Eudes, hermano del historiador Mézerai, fundador de su congregacion.

Un día del mes de mayo, que estaba de director de semana el abate Egault, nos condujo al último punto: en estas ocasiones se nos permitia una libertad bastante amplia en nuestros juegos; pero nos estaba enteramente prohibido el subir á los árboles. El director nos dejó en un sitio cubierto de yerba, y se apartó de nosotros para rezar maitines.

Habia á los lados del camino unos cuantos olmos, y en la cima del mas alto se veia un nido de maricás, el cual excitaba nuestra admiracion, en tales términos, que nos designabamos mutuamente á la madre acostada sobre sus huevos, manifestando al mismo tiempo los deseos mas vehementes de atrapar tan soberbia presa. Pero ¿quién era el guapo que se atrevia á intentar tan peligrosa aventura? ¿Estaba tan cerca el director, y era tan severa la orden, y el árbol tan alto!... Las esperanzas de todos se concentraron en mí, y yo sabia encaramarme como los gatos. Hicieronme vacilar: la gloria de la aventura me fascinó: decidime al fin á quitarme la casaca; me abracé al olmo, y empecé á subir. El tronco no tenia ramas hasta llegar á las dos

terceras partes de su altura, donde formaba una horquilla, en una de cuyas puntas estaba el nido.

Mis compañeros, reunidos bajo el árbol, aplaudian mis esfuerzos, dirigiendo su vista hácia mí y hácia el sitio por donde podia venir el director, pateando de impaciente gozo con la esperanza de verme coger los huevos, y muriéndose de miedo por la inminencia del castigo. Yo seguí encaramándome hasta llegar á donde se hallaba el nido; la marica echó á volar; cogí los huevos; me los metí entre la camisa, y empecé el descenso. Desgraciadamente se me fueron los pies, y quedé á horcajadas sobre una rama. Como el árbol estaba esquilado, no encontré á derecha é izquierda ningun punto de apoyo para levantarme, y quedé suspendido en el aire á cincuenta pies de altura.

A esta sazón se dió el grito: «¿Qué viene el director!» y mis amigos me abandonaron, como es costumbre. Solo uno, llamado Gobbien, trató de auxiliarme; pero bien pronto se vió precisado á renunciar á su generosa empresa. Ningun otro medio me quedaba para salir de tan crítica posicion que asirme con las manos á una de las puntas de la horquilla, y ver si conseguia apoyar los pies en el tronco por encima de su division. Al ejecutar esta maniobra, mi vida corrió un grave riesgo. A pesar de mis tribulaciones, no quise desprenderme de mi tesoro; pero mas me hubiera valido tirarlo, como he tirado despues otros muchos. Al descender por el tronco me desollé las manos, el pecho y las piernas, y los huevos se hicieron una tortilla; esto fue lo que me perdió. El director no me habia visto sobre el olmo, y pude esconder sin gran dificultad la sangre de mis rasguños; pero no hallé medio alguno para ocultarle el vivo color de oro con que estaba manchado. «Está bien, caballero, me dije el director; llevareis unos cuantos azotes.»

Si hubiera dicho el abate Egault que conmutaria esta pena con la pena de muerte, estoy seguro de que hubiera hecho un movimiento de gozo. La idea de la vergüenza no se me habia ocurrido durante mi educacion salvaje; no ha habido en mi vida época alguna en la cual no hubiera preferido los suplicios mas crueles al horror de tener que ruborizarme ante una criatura viviente. Mi corazón se indignó en tales términos, que repliqué al abate Egault, no con el acento de un muchacho, sino con la fiera de un hombre, que no estaba dispuesto á consentir jamás que ni él ni nadie me levantase la mano. Esta respuesta irritó su coraje; me llamó rebelde, y me prometió hacer conmigo un ejemplar. «Allá veremos» repuse yo, poniéndome á jugar á la pelota con una sangre fria que le dejó parado.

Cuando regresamos al colegio, me llamó el director á su cuarto, y me ordenó que me sometiese al castigo. Mis sentimientos exaltados cedieron entonces la plaza á un torrente de lágrimas. Hice presente al abate Egault que recordara que me habia enseñado el latin; que era su discípulo y su hijo, y que por lo tanto, esperaba que no querria deshonrarme y hacer insoportable para mí la presencia de mis compañeros; que podia encerrarme en una prision á pan y agua, privarme de las horas de recreo y cargarme de trabajo; que le agradecería infinito que usase conmigo de esta clemencia, y que le amaria mucho mas en adelante. Todas mis instancias fueron inútiles; pero viendo que permanecia sordo á mis ruegos, me levanté lleno de rabia, y le apliqué en las espinillas tan descomunal puntapié, que dió un grito penetrante. Levantóse hecho una furia, y dirigiéndose á la puerta de su cuarto, la cerró, dando dos vueltas á la llave, y se precipitó en seguida sobre mí. Corrí á atrincherarme detrás de su cama, y me tiré dos correazos; agarré en seguida un cobertor de su lecho, me envolví en él, y exclamé, animándome á mi mismo al combate:

¡Macte animo, generose puer!

Esta erudición de estudiante de sùmulas hizo reír, á pesar suyo, á mi enemigo; propúsome un armisticio, y concluimos un tratado; ya me avine á ponerme á discreción del abate, el cual tuvo á bien sustraerme del castigo que habia rechazado. Cuando el excelente cura pronunció mi absolucion, le besé la manga con tanta efusion de alma y de reconocimiento, que no pudo menos de echarme su bendicion. Asi terminó el primer combate, en el cual me obligó á rendirme este honor, que ha llegado á ser el idolo de mi vida, y al cual he sacrificado tantas veces reposo, placeres y fortuna.

Las vacaciones, durante las cuales cumplí doce años, fueron tristes: el abate Leprince me acompañó á Combourg, y no salía sino con él: la mayor parte de los dias dábamos largos paseos sin determinada direccion. El pobre hombre se moría de tisis, y de consiguiente estaba melancólico y taciturno; tampoco yo me hallaba muy alegre. Muchas veces caminábamos horas enteras uno en pos de otro sin hablar una palabra. Un dia, que nos estraviáramos en los bosques, se volvió Leprince hácia mí, y me dijo: «¿Qué camino deberemos seguir?» Yo le contesté sin vacilar: «El sol toca ya á su ocaso; á estas horas da en la ventana de la torre



ALLI ES DONDE YO ME HE EDUCADO.

principal; de consiguiente marchemos por aquí.» Mr. Leprince refirió por la noche á mi padre este incidente, que bastó para revelar al futuro viajero. Cuando despues he visto ponerse el sol en las selvas de la América, no podia menos de acordarme de los bosques de Combourg: mis recuerdos se hacen eco.

El abate Leprince deseaba que me diesen un caballo; pero mi padre era de opinion que un oficial de marina no debía saber manejar mas que su buque. Veíame reducido por tanto á montar á escondidas dos enormes yeguas de tiro, ó un caballazo pio, el cual no era, como el pio de Turenne, uno de esos corceles llamados por los romanos *desultorios equos*, y adiestrados para socorrer á su dueño; era un Pegaso luná-

tico, de endiablado trote, que me mordía las piernas cuando queria obligarle á saltar alguna zanja. Los caballos no me han llamado nunca la atencion, aun cuando he traído á veces la vida de un tártaro, y, contra los efectos que mi primera educacion hubiera debido producir, monto con mas elegancia que seguridad.

Las tercianas, cuyo germen habia traído de las marismas de Dol, me libertaron de Mr. Leprince. Acertó á pasar por la aldea un curandero, que llevaba, entre otros antidotos, el de las tercianas, y mi padre, que no tenia confianza en los médicos y creía en los charlatanes, envió á llamar al empírico, el cual declaró que me curaría en veinte y cuatro horas. A la mañana siguiente volvió vestido con una casaca verde guarne-

cida de galon de oro, con peluca empolvada, anchos vuelos de muselina sucia, llenos los dedos de brillantes falsos, con calzones de raso negro usado, medias blancas azuladas, y zapatos con lazos enormes.

Abrió las cortinas de mi cama, me tomó el pulso, me hizo sacar la lengua, murmuró con acento italiano algunas palabras acerca de la necesidad de purgarme, y me dió á comer un pedacito de caramelo. Mi padre aprobaba el método del curandero, porque estaba

empeñado en que todas las enfermedades proceden de indigestion, y en que para toda especie de males era preciso purgar á su hombre hasta que no le quedase en el cuerpo otra cosa que sangre.

A la media hora de haber tragado el caramelo me vinieron unos vómitos horribles: pusieronlo en conocimiento de Mr. de Chateaubriand, y queria arrojar al pobre diablo por la ventana de la torre. Espantado este, se quitó la casaca, se remangó los vuelos de la



BOSQUE DE COMBOURG.

camisa, y principió á hacer los gestos mas grotescos. A cada movimiento que hacia giraba su peluca en diversas direcciones: repetía mis gritos como un eco, y añadía despues: «¿Qué es esto, *mouss Lavaudier*? Este Mr. Lavaudier era el farmacéutico de la aldea, al cual habian llamado para que viniera en mi auxilio. En medio de mis dolores, yo no podia decir si eran

las drogas de aquel hombre las que me mataban ó las carcajadas que me arrancaba á despecho mio.

Contuvieronse al fin los efectos de aquella excesiva dosis de emético, y principió á restablecerme. Durante toda la vida no hacemos mas que vagar en torno de la tumba; nuestras diferentes enfermedades son unas ráfagas que nos aproximan mas ó menos al puer-

to. El primer muerto que he visto era un canónigo de Saint-Malo, que yacía sobre su lecho, y cuyo semblante estaba descompuesto por las últimas convulsiones. La muerte es hermosa y amiga nuestra; pero no la reconocemos, porque se presenta á nosotros enmascarada, y su careta nos infunde espanto.

Al terminar el otoño volvieron á enviarme al colegio.

La Vallée-aux-Loups diciembre de 1815.

INVASION DE LA FRANCIA.—JUEGOS.—EL ABAD DE CHATEAUBRIAND.

Desde Dieppe, adonde se me habia obligado á refugiarme por una orden expresa de la policia, se me permitió regresar á La Vallée-aux-Loups, en donde continuo mi narracion. La tierra tiembla bajo los pies del soldado extranjero que en este mismo momento invade mi patria: escribo, como los últimos romanos, al ruido de la invasion de los bárbaros. De dia trazo páginas tan agitadas como los sucesos de la época (1); por la noche, mientras que el estruendo lejano del cañon espira en mis bosques, vuelvo los ojos al silencio de los años, que duermen en la tumba á la par de mis recuerdos de la infancia. ¡Qué corto y estrecho es lo pasado de un hombre al lado del vasto presente de los pueblos y de su inmenso porvenir!

Las matemáticas, el griego y el latin me absorbieron todo el invierno en el colegio. Las horas que no estaban consagradas al estudio, las dedicaba á esos juegos del principio de la vida, los cuales vienen á ser unos en toda la tierra. El muchacho inglés, el italiano, el español, el iroqués y el beduino, se entretienen en hacer rodar el aro y en jugar á la pelota. Los muchachos de todos los países, hermanos de una gran familia, no pierden los rasgos de su semejanza hasta que pierden su inocencia. Modificadas entonces las pasiones por los climas, los gobiernos y las costumbres, las naciones difieren entre sí, y el género humano cesa de entenderse y de hablar un mismo lenguaje: la verdadera Babel es la sociedad.

Una mañana, que estaba muy entretenido con una partida de barra en el patio grande del colegio, me pasaron recado de que preguntaban por mí. Seguí al criado hasta la puerta exterior, y hallé en ella á un hombre grueso, colorado, de bruscos é impacientes modales y aire feroz, el cual llevaba un baston en la mano, una enorme peluca negra mal hecha, una sotana desgarrada y recogida en la faja, zapatos llenos de lodo, y medias agujereadas por el talon: «Pillastruelo, me dijo sin andarse en chiquitas, ¿no sois el caballero de Chateaubriand de Combourg?—Si señor, le respondí aturdido por su apóstrofe.—Y yo, repuso él, poco menos que echando espuma por la boca, soy el último jefe de vuestra familia; soy el abad de Chateaubriand de La Guerande; miradme bien.» El orgulloso abate metió la mano en el bolsillo de sus viejos calzones de pana, sacó un escudo de seis francos enmohecido y envuelto en un grasiento papel, y arrojándomele á la cara continuó su ruta á pié, rezando maitines, con aire incomodado. Despues he sabido que el príncipe de Condé habia ofrecido á este vicario mayúsculo el preceptorado del duque de Borbon. Picado el abate de semejante ofrecimiento, respondió que el príncipe, poseedor de la baronía de Chateaubriand, debía saber que los herederos de esta baronía podian tener preceptores, pero no serlo jamás de nadie. Esta altanería era el defecto capital de mi familia: mi padre la poseía en tan alto grado, que casi se hacia odioso; mi hermano la llevaba hasta el ridiculo:

(1) De Bonaparte y los Borbones.

(Nota de Ginebra de 1851.)

su hijo mayor heredó algo de ella. No estoy seguro, á pesar de mis inclinaciones republicanas, de haberme librado de este defectillo; pero si lo estoy de que he procurado ocultarlo con el mayor esmero.

PRIMERA COMUNION.—MI SALIDA DEL COLEGIO DE DOL.

Aproximábase la época en que yo debía recibir mi primera comunión, acontecimiento en el cual se decidía en la familia sobre el estado futuro de un muchacho. Esta ceremonia religiosa equivalia entre los cristianos á la investidura del traje viril de los ciudadanos de Roma. Mad. de Chateaubriand habia querido asistir á la primera comunión de un hijo que, despues de haberse unido á su Dios, iba á separarse de su madre.

Mi piedad parecia sincera; mi conducta tenia edificado á todo el colegio; mis miradas eran ardientes, y mis repetidos ayunos empezaban á inspirar alguna inquietud á mis maestros. Temíase que mi devoción fuese ya excesiva, y se trataba de moderar mi fervor por medio de una religion ilustrada.

Era mi confesor el superior del seminario de los Eudistas, hombre de cincuenta años, y de un aspecto rígido, el cual me interrogaba con ansiedad tantas cuantas veces me presentaba ante el tribunal de la penitencia. Sorprendido de la leñidad de mis pecados, no sabia cómo conciliar mi turbacion con la poca importancia de los secretos que en su seno depositaba. Las preguntas del religioso iban haciéndose mas apremiantes á medida que se acercaba la Pascua Florida. «¿No me ocultais nada?» me decía. Yo le respondia siempre: «No, padre mio.—¿No habeis cometido tal ó cual pecado?—No, padre mio.» Y nunca salia de aquí. Despedíame entonces dudando, suspirando, y lanzándome unas miradas que parecian querer penetrar hasta el fondo de mi alma, al paso que yo me separaba de su lado desfigurado y pálido como un criminal.

La noche anterior al Miércoles Santo, que era el dia en que debía yo recibir la absolucion, la pasé rezando y leyendo con terror el libro de *Las Confesiones mal hechas*. El miércoles, á las tres de la tarde, partí para el seminario, acompañado de mis padres. Toda la fama y vano esplendor que ha adquirido despues mi nombre no hubiera dado á Mad. de Chateaubriand un solo instante de orgullo semejante al que tuvo como cristiana y como madre cuando vió á su hijo dispuesto para participar del gran misterio de la religion.

Así que llegué á la iglesia, me prosterné ante el altar, y permanecí como anonadado. Cuando me levanté para ir á la sacristia, donde me esperaba el superior, mis rodillas temblaban, y no pude pronunciar el *Confiteor* al echarme á los pies del sacerdote, sino con voz muy conmovida. «Vamos, hijo mio, me dijo el hombre de Jesucristo: ¿no habeis olvidado nada?» Yo permanecí silencioso. Volvió á dirigirme las mismas preguntas de siempre, y mi boca pronunció el fatal *no, padre mio*. El sacerdote se quedó abismado en una meditacion profunda; rogó á aquel que confirió á los apóstoles el poder de atar y desatar las almas que le inspirara, y haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, se preparó para darme la absolucion.

Un rayo que hubiese lanzado el cielo sobre mí me hubiera causado en aquel instante menos espanto: «¡Esperad, padre mio, exclamé; no lo he dicho todo!» Aquel terrible juez; aquel delegado del árbitro supremo, cuyo semblante me inspiraba tanto temor, se convirtió en el pastor mas tierno, y me dijo abrazándome y vertiendo piadosas lágrimas: «¡Vamos, valor, querido hijo mio!»

No volveré á tener en mi vida un momento semejante: si me hubiesen quitado de encima el peso de una montaña, difícilmente hubiera sentido un con-

suelo igual: mi corazón lloraba de placer. Me atrevo á decir que mi honradez fue creada aquel dia: ahora conozco que no sobreviviría jamás á un remordimiento: ¡qué terribles no serán los del crimen, cuando sufrí tanto por haber callado únicamente las debilidades de un niño! Pero cuán divina no es también esa religion que puede enseñorearse de nuestras buenas facultades! ¿Qué preceptos de moral podrian suplir nunca á las instituciones cristianas?

Dado el primer paso en mi confesion, lo demás ya no me costó ningún esfuerzo: mis travesuras secretas, de las cuales se hubiera reído el mundo, fueron pesadas con la balanza de la religion. El sacerdote se halló bastante indeciso, y deseaba que se retardase mi comunión algún tiempo; pero yo me veía precisado á dejar el colegio de Dol y á entrar de un momento á otro en el servicio de la marina: él descubrió con gran sagacidad, por el carácter mismo de mis *travesuras juveniles*, aunque insignificantes, la naturaleza de mis inclinaciones, y penetró antes que nadie lo que yo podía ser; él adivinó también mis pasiones futuras, y diciéndome con franqueza lo que hallaba de bueno en mí, me predijo asimismo las desgracias que me esperaban. «Finalmente, añadió; falta tiempo á vuestra penitencia; pero habeis lavado vuestros pecados con una confesion sincera y animosa, aunque tardía.» Y alzando la mano, pronunció la fórmula de la absolucion. Esta segunda vez aquel brazo fulminante únicamente descargó sobre mí un rocío celestial; incliné la cabeza para recibirlo, y lo que entonces sentí participaba de la felicidad de los ángeles. En seguida fui á precipitarme al seno de mi madre, que me esperaba al pié del altar. Ya no parecí el mismo desde entonces á mis maestros y á mis camaradas: caminaba con ligeros pasos, alta la frente y radiantes los ojos con el triunfo del arrepentimiento.

A la mañana siguiente, Jueves Santo, fui admitido á esa ceremonia tierna y sublime, la cual he ensayado en vano describir en *El Genio del Cristianismo*. Quizás hubiera podido volver á hallar durante ella mis pequeñas humillaciones de costumbre: mi ramo de flores y mis vestidos no eran tan ricos como los de mis compañeros; pero aquel dia todo fue dedicado á Dios y para Dios. Conozco perfectamente todo el valor de la fe. La presencia real de la víctima en el Santo Sacramento del altar era para mí tan perceptible como la presencia de mi madre, la cual estaba á mi lado. Cuando tocó á mis labios la sagrada forma, sentí que se iluminaba mi espíritu, y temblaba de respeto: el único presentimiento material que bullia en mi mente era el temor de profanar el pan sagrado.

Le pain que je vous propose
Sert aux anges d'aliment,
Dieu-lui même le compose
De la fleur de son froment.

RACINE.

«El pan que os propongo es el mismo que comen los ángeles; Dios mismo lo hace con la flor de su trigo.»

Entonces concebí el valor de los mártires: en aquel momento hubiera podido confesar á Cristo sobre el caballete ó en medio de los leones.

Me complazco en recordar aquellas felicidades de mi alma, que precedieron algunos instantes tan solo á las tribulaciones del mundo. Comparando este fervor á los trasportes que voy á describir, y reflexionando detenidamente sobre un corazón que ha experimentado en el intervalo de tres ó cuatro años todo lo que la religion y la inocencia tienen de mas dulce y saludable, y las pasiones de mas seductor y mas funesto, se podrá escoger entre ambos goces, y ver por cuál lado es preciso buscar la felicidad, y el reposo principalmente.

Tres semanas despues de mi primera comunión salí

del colegio de Dol. Todavía conservo recuerdos agradables de aquella casa: nuestra infancia deja siempre algo en los lugares por ella embellecidos, á la manera que una flor comunica su perfume á los objetos que con ella se han rozado. Todavía me enternezco hoy al pensar en la dispersion de mis primeros maestros y condiscípulos. El abate Leprince, que obtuvo un beneficio en las cercanías de Rouen, vivió poco; al abate Egault le dieron un curato en la diócesis de Rennes, y he visto morir al buen rector y al abate Porcher al principio de la revolucion: era instruido, afable y de un corazón sencillo. La memoria de este oscuro Rollin será siempre querida y venerada por mí.

La Vallée-aux-Loups á fin de diciembre de 1815.

MISION EN COMBOURG.—COLEGIO DE RENNES.—VUELVO Á ENCONTRAR Á GESRIL.—MOREAU, LIMOELAN.—CASAMIENTO DE MI TERCERA HERMANA.

En Combourg hallé nuevos motivos para dar pábulo á mi piedad; habia mision, y seguí los ejercicios. Recibí la confirmacion sobre la gradería del castillo, y, como una porción de aldeanos y aldeanas, de mano del obispo de Saint-Malo. Despues de esto se erigió en aquel sitio una cruz, y ayudé á sostenerla mientras que la fijaban sobre su base. Esta cruz existe todavía, y se halla colocada enfrente de la torre donde murió mi padre: treinta años hace ya que no ha visto asomarse á nadie á las ventanas de la torre, y que no la ha saludado ninguno de los muchachos del castillo; todas las primaveras los espera en vano, y únicamente vi venir á las golondrinas, compañeras de mi infancia, las cuales son mas fieles á su nido que el hombre á su casa. ¡Feliz yo si hubiese vivido siempre al pié de la cruz de la mision, y si mis cabellos hubieran encanecido tan solo por el tiempo que ha cubierto de musgo los brazos de la misma!

A los pocos dias de mi permanencia en el castillo, partí para Rennes, donde debía continuar mis estudios y acabar mi carrera de matemáticas, para ir en seguida á Brest á sufrir el examen de guardia marino.

El rector del colegio de Rennes era Mr. de Fayolle. En este Juilly de la Bretaña habia tres profesores distinguidos; el abate de Chateaugiron, que explicaba segundo año; el abate Germé, para retórica, y el abate Marchand, para física. Los colegiales internos y externos eran numerosos, y las clases, de consiguiente, muy concurridas. En los últimos tiempos, Gofredo y Ginguévé, alumnos de este colegio, hubieron hecho honor á Santa Bárbara y al Plessis. El caballero de Parny habia estudiado también en Rennes, y yo heredé su habitación.

Rennes me parecia una Babilonia, y el colegio un mundo. La multitud de maestros y de estudiantes, y la extension del edificio, del jardín y de los patios, me parecian desmesuradas; poco tardé sin embargo en habituarme á esto. Cuando llegaba el cumpleaños del rector, teníamos unos cuantos dias de asueto, y cantábamos en alabanza suya versos de nuestra cosecha, del tenor siguiente;

¡O Terpsichore! ¡ó Polymie!
Venez, venez remplir nos vœux;
¡La raison même vous convie!

«¡Oh Terpsichore, oh Polymnia! venid á cumplir nuestros votos; ¡la razon misma es quien os invita á ello!»

Al poco tiempo adquirí sobre mis nuevos camaradas el ascendiente que habia tenido en Dol sobre mis antiguos compañeros: verdad es que me costó algunos tropiezos. Los bretones tienen el genio un poco ás-

pero: enviábanse carteles de desafío para los días de paseo en los bosques del jardín de Benedictinos, llamado el *Tabor*: para llevarlos á cabo, nos valíamos de los compases de matemáticas atados al extremo de una caña, ó luchábamos cuerpo á cuerpo, de un modo mas ó menos felón ó cortés, según la gravedad del duelo. Había jueces de campo, los cuales arreglaban las diferencias y decidían el modo con que habían de usar de las manos los campeones. El combate no cesaba hasta tanto que una de las dos partes se confesaba vencida. En este colegio volví á encontrar á mi amigo Gesril, el cual presidía, como en Saint-Malo, esta clase de lances. Un día se empeñó en ser mi padrino en el que tuve con Saint-Riveul, jóven hidalgo, que fue la primera víctima de la revolución: caí debajo de mi adversario; no quise rendirme, y pagué caro mi orgullo. Yo decía, como Juan Desmarets cuando iba al cadalso: «Yo no pido gracia á nadie, mas que á Dios.»

En el colegio de Rennes conocí tambien á dos hombres que obtuvieron despues una celebridad diferente; Moreau, el general, y Limoelan, autor de la máquina infernal y sacerdote actualmente en América. Únicamente existe un retrato de Lucila, y esta miniatura detestable era de Limoelan, el cual llegó á hacerse pintor durante los desastres revolucionarios. Moreau era externo y Limoelan pensionista. Difícilmente se habrán visto en una misma época, en una misma provincia, en una misma ciudad, y en un mismo colegio, dos destinos tan singulares. No puedo resistir al deseo de referir una jugareta de estudiante que le hizo al director de semana mi camarada Limoelan.

El director tenia costumbre de rondar por los corredores despues que todo el mundo habia ido á acostarse, para ver si la gente andaba derecha: al efecto iba mirando de puerta en puerta por el agujero de la llave. Limoelan, Gesril, Saint-Riveul y yo dormiamos en un mismo cuarto.

D' animaux malfaisants c'était un fort bon plat.

«Este era un buen guisado de animales dañinos.»

En vano habíamos tapado el agujero con papel una porcion de veces: el director nos lo echaba abajo, y nos sorprendía saltando sobre las camas y haciendo pedazos las sillas.

Una noche manifestó empeño Limoelan de que nos acostásemos y apagásemos la luz, sin querer participarnos su proyecto. Al poco rato le oímos levantarse, ir hácia la puerta, y volverse en seguida á la cama. Escasamente habria pasado un cuarto de ora, cuando sentimos los pasos del director, que se acercaba de puntillas á nuestro cuarto. Como tenia fundados motivos para sospechar de nosotros, se detuvo á la puerta: estaba en acecho; miró por la cerradura, no vió luz, y...

«¡Quién ha hecho esto!» exclamó precipitándose en el cuarto. Al ver á Limoelan, que estaba ahogándose de risa, y al oír á Gesril decir con voz nasal y de una manera entre cándida y truhanesca: «¿Pues qué sucede, señor director?» Saint-Riveul y yo no pudimos menos de soltar el trapo á reír, y nos rebujamos con nuestras mantas.

En vano trataron de hacernos confesar la verdad; fuimos unos héroes. El director decretó nuestro arresto, y nos condujeron presos á la bodega. Saint-Riveul socavó la tierra por debajo de una puerta que daba á un corral, metió la cabeza por el agujero, y á poco mas fenece entre los colmillos de un marrano: Gesril recorrió las bodegas del colegio, y echó á rodar un tonel de vino. Limoelan demolió una pared, y yo, nuevo Perrin Dandin, me encaramé á una rejilla y amotiné á la canalla de la calle con mis arengas. El terrible autor de la máquina infernal, jugando una tostada de pillastre á todo un director del colegio, recuerda hasta cierto punto á Cromwell, embadurnan-

do con tinta el semblante de otro regicida, que firmó despues de él la sentencia de muerte de Carlos I.

Aun cuando la educacion que se daba en el colegio de Rennes era muy religiosa, mi fervor fue debilitándose poco á poco; el gran número de mis maestros y discípulos multiplicaba las ocasiones de distraccion; esto no obstante seguia adelantando en el estudio de las lenguas, y llegué á ser fuerte en matemáticas, hácia las cuales tuve siempre una afición decidida; estoy seguro de que hubiera sido un excelente oficial de marina ó de ingenieros. Para todo tenia buena disposicion: sensible á las cosas serias, como á las agradables, escribí en verso antes que en prosa: las artes me llenaban de encanto; la arquitectura y la música las he amado con pasión. Aun cuando he sido propenso á cansarme pronto de todo, he tenido una paciencia á toda prueba para descender hasta los mas insignificantes detalles, y mi obstinacion en insistir sobre un objeto que me fatigaba ha sido siempre mas fuerte que mi disgusto. Jamás he abandonado un asunto cuando merecia la pena de ser concluido: alguno hay en pos del cual he andado quince ó veinte años de mi vida, tan lleno de ardor el último dia como el primero.

La flexibilidad de mi inteligencia se veia hasta en las cosas mas secundarias; jugaba bastante bien al ajedrez y al villar, y he sido bastante diestro para la caza y para el manejo de las armas: dibujaba regularmente, y hubiera sido un excelente cantante si hubiesen cuidado mi voz. Unido todo esto á la clase de educacion que he recibido, y á mi vida de soldado y de viajero, hace que nunca haya tenido el aire pedantesco y distraído, la falta de aplomo en sociedad, ni el desseo de los literatos antiguos, y mucho menos la tiesura, la suficiencia, la envidia, ni la vanidad jaetanciosa de los modernos escritores.

Pasé dos años en el colegio de Rennes, del cual salió Gesril diez y ocho meses antes que yo para entrar en la marina. Julia, mi hermana tercera, casó en el intermedio de estos dos años con el conde de Turey, capitán del regimiento de Condé, y se estableció con su marido en Tongéres, en donde residian ya mis dos hermanas mayores, la señora de Marigny y Quebricac. El matrimonio de Julia se celebró en Combourg: yo asistí á la boda, y en ella vi á la condesa de Tronjoly, que tan célebre se hizo por su intrepidez en el cadalso. Era prima íntima amiga del marqués de la Rouarie, y tomó parte en su conspiracion. Todavía no habia yo visto la belleza mas que en mi familia, y me quedé absorto al contemplarla en una mujer extraña á ella. Cada paso que daba en la vida me hacia ver nuevos horizontes; oia la voz lejána y seductora de las pasiones que se acercaban á mí, y me precipitaba al encuentro de aquellas sirenas, como atraído por una misteriosa armonía. Tenia, como el gran sacerdote de Eleusis, un incienso diferente para cada divinidad; pero, ¿podian los himnos que cantaba al quemar estos inciensos llamarse *bálsamos*, como las poesías del Hierophanta?

La Vallée-aux-Loups enero de 1814.

ENVÍANME Á BREST PARA SUFRIR EL EXÁMEN DE GUARDIA MARINO.—EL PUERTO DE BREST.—VUELVO Á ENCONTRAR Á GESRIL.—LA PÉROUSE.—MI REGRESO Á COMBOURG.

Despues del casamiento de Julia, partí para Brest. Mi sentimiento al salir del colegio de Rennes no fue tan grande, ni con mucho, como el que experimenté al dejar á Dol: acaso carecia ya de esa inocencia que nos lo hace ver todo de color de rosa: el tiempo habia empezado á descender el velo que la cubria. Sirviome de mentor en mi nueva posicion uno de mis tíos ma-

ternos, el conde de Boisteilleul, gefe de escuadra, uno de cuyos hijos, oficial muy distinguido de artillería de los ejércitos de Bonaparte, casó con la hija única de mi hermana, la condesa de Tarcy.

Cuando llegué á Brest, no habia venido aun mi despacho de aspirante, que se habia retardado no sé por qué motivo. Permanecí pues en ese estado, que se llama de *suspirante*, y exento por ende de estudios metódicos. Mi tío me puso á pupilo en la calle de Siam con otros aspirantes, y me presentó al comandante de marina, el conde Hector.

Entregado á mí mismo por la primera vez de mi vida, en lugar de relacionarme con mis futuros camaradas, me encerré en mi solitario instinto. Mi sociedad habitual quedó reducida á mi maestro de esgrima de dibujo y de matemáticas.

Aquella mar, que debia yo volver á ver en tantas playas diferentes, bañaba en Brest la extremidad de la península armoricana: mas allá de este cabo no habia mas que un Océano sin límites y mundos desconocidos; mi imaginacion se recreaba vagando por estos espacios. Muchas veces, sentado sobre un mástil que estaba tendido junto al muelle de Recouvrance, me entretenia en mirar el activomovimiento del puerto; á cada instante pasaban y repasaban á mi vista constructores, marineros, militares, aduaneros y presidiarios. Presenciaba el embarque y desembarque de los viajeros, las maniobras que mandaban los pilotos, los trabajos de los carpinteros y cordeleros, y la prisa que se daban los grumetes en atizar el fuego que ardia bajo las calderas, que despedían un humo espeso y el saludable olor de la brea. Corrian presurosas las gantes desde la marina á los almacenes, y vice-versa, llevando y trayendo fardos de mercancías, sacos de víveres y trenes de artillería. Veíanse por un lado una porcion de carretas que las hacían retroceder hasta la lengua del agua para recibir cargamentos, y por otro grupos de trabajadores levantando pesos enormes con palancas, mientras que las grullas bajaban de los penascos y cruzaban los terrormotos los cura-muelles. Los fuertes repetían las señales; las lanchas iban y venían con rapidez, y los buques que entraban en el puerto se cruzaban con los que estaban aparejando para darse á la vela.

Este espectáculo aglomeraba en mi espíritu una multitud de ideas vagas sobre la sociedad y sobre sus males y sus bienes: apoderábase de mí una tristeza inexplicable, y dejando el mástil en que me hallaba sentado, me subia al Penfeld, el cual parece que va á desplomarse sobre el puerto, y llegaba á un recodo desde donde se pierde de vista el mar. En este sitio, desde el cual no se descubria mas que un valle pantanoso, si bien se percibían el confuso murmullo de las olas y las voces de los hombres, me tendía al borde de la ria, y pasaba horas enteras mirando correr el agua, siguiendo con la vista el vuelo de la corneja de mar, gozando con el silencio que habia en torno mio, ó prestando el oído á los golpes del martillo del calafate. Cuando el estrépito del canon de un buque que se daba á la vela, venia en alas del viento á sacarme de esta contemplacion, me estremecia todo, y humedecían mis ojos las lágrimas.

Un dia me dirigí paseando hácia el extremo exterior del puerto, por la orilla del mar: hacia mucho calor, y habiéndome tendido sobre la arena, me quedé dormido. Despertóme de repente un majestuoso estruendo; abro los ojos, y se ofreció á mi vista un espectáculo semejante al que presencié Augusto en los surgideros de la Sicilia, despues de la victoria de Sesto Pompeyo; sucedíanse con rapidez los disparos de artillería; la rada estaba plagada de navíos: la gran escuadra francesa verificaba su entrada en el puerto despues de haberse firmado la paz. Los buques maniobraban á velas desplegadas, se cubrian de fuego, enarbolaban sus pabellones, presentaban la popa, la

proa, el flanco, y se detenían echando el áncora en medio de su carrera, ó continuaban volteando sobre las olas. Nada me habia dado hasta entonces una idea tan elevada del espíritu humano; en aquel momento no parecia sino que el hombre habia recibido prestada la omnipotencia de aquel que dijo á la mar: «No pasarás de aquí.» *Non procedes amplius.*

Todo Brest corrió á presenciar tan magestuosa escena. Destacáronse de la flota una multitud de lanchas con direccion al muelle. Los oficiales que venían en ellas traían el semblante tostado por el sol, tenían ese aire extranjero peculiar á todos los que llegan de otro hemisferio, y un no sé qué de alegre, arrogante y orgulloso, que revelaba á los hombres que acababan de restablecer el honor del pabellon nacional. ¡Aquel cuerpo de marina de tan relevante mérito, tan ilustre; aquellos compañeros de los Suffren, de los Lamothe-Piquet, de los del Couedic, y de los d'Estaing, que escaparon incólumes de los golpes del enemigo, debían sucumbir á los golpes de los franceses!

Hallábame viendo desfilar á la valerosa tropa, cuando uno de los oficiales, que se separó de sus camaradas, se acercó á mí, y me echó los brazos al cuello: era Gesril. Mi compañero de colegio habia crecido bastante; pero estaba pálido y debil de resultados de una estocada que habia recibido en el pecho. Aquella misma tarde salió de Brest para restituirse á su familia; y desde entonces no volví a verlo sino una sola vez, poco tiempo antes de su muerte heroica: mas adelante diré cómo y cuando. La aparicion y repentina marcha de Gesril me decidieron á tomar una resolucion, que cambió el curso de mi vida: estaba escrito que aquel jóven habia de tener un imperio absoluto sobre mi destino.

Véase, pues, de qué modo se iba formando mi carácter, el giro que tomaban mis ideas, y cuáles fueron los primeros golpes que recibió mi genio, del cual puedo hablar como de una desgracia, haya sido vulgar ó extraordinario, y merezca ó no merezca el nombre que le doy, á falta de otra palabra mas comprensible. Si yo no hubiese sido tan distinto de los demás hombres, seria mucho mas feliz; aquel que, sin destituirme completamente del raciocinio, hubiera llegado á matar lo que se llama mi talento, me hubiera hecho un gran favor, y tendria incontestables derechos á mi amistad.

Cuando el conde de Boisteilleul me llevaba á casa de Mr. Hector, oia referir sus campañas á los marinos viejos y jóvenes, y hablar de los países que habian recorrido: el uno acababa de llegar de la India, y el otro de la América: este iba á aparejar para dar la vuelta al mundo, y aquel se aprestaba para visitar las costas de la Grecia. Mi tío me enseñó á la Perouse, nuevo Cook, cuya muerte es el secreto de las tempestades. Yo lo escuchaba y lo miraba todo sin decir una palabra; pero á la noche siguiente huyó de mis párpados el sueño, y la pasé pensando en los combates y en el descubrimiento de países desconocidos.

Fuese por lo que fuese, lo cierto es que al ver marchar á Gesril á casa de sus padres, me ocurrió la idea de que nadie me impedia á mí hacer lo mismo. El servir en la marina me hubiera gustado extraordinariamente si la independencia de mi carácter no me hubiese alejado de toda clase de servicio; la obediencia era para mí punto menos que imposible. Tenia una afición decidida á los viajes; pero estaba seguro que no me gustarian sino haciéndolos solo y siguiendo mi capricho. Finalmente, una mañana, dando la primera prueba de mi inconstancia, sin avisar á mi tío Ravenel, sin escribir á mis padres, sin pedir á nadie permiso, y sin aguardar mi despacho de aspirante, partí para Combourg, donde llegué como llovido del cielo.

Todavía no acierto á explicarme en la actualidad cómo me atreví á tomar tan temeraria resolución, siendo tan grande el miedo que me inspiraba mi padre; pero lo que hubo en esto de mas sorprendente fue la manera con que me recibieron. En lugar de los arrebatos de cólera que yo esperaba, encontré bondad y dulzura. Mi padre se contentó con sacudir la cabeza de un lado á otro, como si hubiera querido decirme: «No me disgusta la calaverada.» Mi madre me abrazó refunfuñando, pero de todo corazón, y mi Lucila con un trasporte de verdadera alegría.

Montboissier julio de 1817.

PASEO.—APARICION DE COMBOURG.

Desde la última fecha de estas memorias, en la Vallée-aux-Loups (enero de 1814), hasta la de hoy, en Montboissier (julio de 1817), han transcurrido tres años y diez meses. ¿Habeis oído caer el imperio? No; nada ha turbado el reposo de estos lugares. El imperio, sin embargo, se ha hundido en el abismo: sus ruinas inmensas se han desplomado sobre mi vida, como esos restos romanos que interrumpen el curso de un ignorado arroyuelo. Pero los sucesos importan poco para aquellos que no sufren sus consecuencias; algunos años escapados de la mano del Eterno harán justicia de todos estos rumores, condenándolos á un silencio sin fin.

El libro precedente fue escrito bajo la espirante tiranía de Bonaparte y á la luz de los últimos destellos de su gloria: el actual empiezo á escribirlo bajo el reinado de Luis XVIII. He visto á los reyes muy de cerca, y mis ilusiones políticas se han desvanecido como las quimeras mas halagüeñas, cuya narración voy á continuar. Digamos primero lo que me obliga á tomar la pluma. El corazón humano es juguete de todo, y sería difícil prever qué circunstancia frívola causa sus gozos ó sus sentimientos. Montaigne lo ha notado: «No es necesario que haya causa conocida, ha dicho este célebre escritor, para agitar nuestra alma; una ilusión, una quimera, la conmueve y subyuga sin motivo alguno.»

Hállome al presente en Montboissier y en los confines de la Beauce y del Perche. El castillo de estos dominios, de la pertenencia de la señora condesa de Montboissier, fue vendido y demolido durante la revolución: únicamente quedan de él dos pabellones, separados por una verja, los cuales constituían en otro tiempo la habitación del conserje. El parque, trazado á la inglesa actualmente, conserva todavía algunos rasgos de su antigua regularidad francesa: sus calles, rectas y perfectamente alineadas, y sus sotos, formando cuadros de olmedillas, le comunican un aspecto grave; hoy se detiene el viajero á contemplarlos con el mismo placer que inspira una ruina.

Ayer tarde estuve paseando en él, enteramente solo: el cielo se parecía á un cielo de otoño, y soplaban por intervalos un viento frío. Detúveme un rato en una abertura que formaba la maleza para mirar al sol que iba escondiéndose entre las nubes por encima de la torre de Alluye, desde la cual, Gabriela, que la había habitado en otro tiempo, presencié el ocaso del mismo sol hace doscientos años. ¿Qué ha sido de Gabriela y de Enrique? Lo que será de mí cuando vean la luz estas memorias.

El gorgojo de un tordo que se hallaba empingorotado en las ramas mas altas de un álamo vino á sacarme de estas reflexiones. Sus mágicos acentos hicieron reaparecer al instante á mis ojos el dominio paternal; olvidé las catástrofes do que acababa de ser testigo, y trasportándome súbitamente á lo pasado, volví á ver los campos donde tantas veces había oído los delicio-

sos cánticos de aquella ave. Cuando los escuchaba en aquella época, estaba triste como hoy lo estoy; pero aquella tristeza procedía de ese vago deseo de felicidad que nos aqueja cuando somos jóvenes é inexpertos, y mi tristeza actual proviene del conocimiento y apreciación de las cosas. El cántico del tordo en los bosques de Combourg me hacia pensar en una felicidad que creía conseguir algún día, y el mismo cántico, en el parque de Montboissier, me recordaba los días perdidos en persecución de aquella felicidad inasquible. Ya no me queda nada que aprender: he caminado mas ligero que otros, y he dado la vuelta de la vida. Las horas huyen arrastrándose en pos de sí, y no tengo siquiera la certidumbre de poder acabar estas memorias. He principiado á escribirlas en una porción de lugares distintos. ¿Dónde las acabaré? ¿Cuánto tiempo permaneceré paseándome al lado de los bosques? Aprovechemos, pues, los instantes que nos restan; quiero apresurarme á pintar mi juventud, ahora que toco todavía en ella: el navegante, al dejar una playa querida, escribe su diario al frente de la tierra que abandona y que va á desaparecer pronto de su vista.

COLEGIO DE DINAU.—BROUSSAIS.—VUELVO Á CASA DE MIS PADRES.

Ya he referido mi regreso á Combourg, y la acogida que me hicieron mi padre, mi madre, y mi hermana Lucila.

El lector no habrá olvidado probablemente que mis otras tres hermanas se habían casado, y que vivían en las posesiones de sus nuevas familias, en los alrededores de Tongéres. Mi hermano, cuya ambición empezaba á desarrollarse, estaba mas frecuentemente en París que en Rennes; habiendo comprado una plaza de agente fiscal, la volvió á vender para entrar en la carrera militar, y fue destinado al regimiento real de caballería; hicieronlo despues agregado del cuerpo diplomático, y estuvo con el conde de la Lucerne en Londres, en donde se encontró con Andrés Chénier: cuando estallaron nuestras turbulencias, tenía probabilidades de obtener la embajada de Viena; mas tarde solicitó la de Constantinopla; pero halló un rival temible en Mirabeau, á quien prometieron esta embajada en premio de su adhesión al partido de la corte. Mi hermano había salido de Combourg pocos días antes de mi llegada al castillo.

Mi padre, apoltronado en él, no salía jamás, ni aun durante la reunion de los Estados. Mi madre iba todos los años por Pascua Florida á pasar seis semanas en Saint-Malo, y esperaba este momento como el de su libertad, porque detestaba á Combourg. Un mes antes de emprender el viaje se hablaba de él como de una empresa arriesgada, se hacían preparativos y se dejaban descansar los caballos. La víspera del día de marcha se acostaba todo el mundo á las siete de la noche para levantarse á las dos de la madrugada. Mi madre se ponía en camino á las tres, llena de júbilo, y empleaba todo el día para hacer una jornada de doce leguas.

Lucila, que había sido recibida canonesa en el capítulo de la Argentiére, debía trasladarse al de Remiremont, y esperaba, sepultada en el campo, la concesión de esta gracia.

Por mi parte signifiqué mi voluntad, despues de la escapatoria de Brest, de abrazar el estado eclesiástico; la verdad es que mi único objeto era ganar tiempo, porque ignoraba lo que quería. Enviaronme al colegio de Dinau á concluir las humanidades, y sabía el latin mejor que mis maestros; pero en cambio empecé á estudiar el hebreo. El rector del colegio era el abate de Rouillac, y el abate Duhamel mi profesor.

Dinau, poblada de seculares árboles, y defendida por viejos torreones, está situada en una posición muy pintoresca sobre una colina, al pié de la cual corre el Rauce, que desagua en el mar, y desde donde se dominan una porción de valles cubiertos de arbolado. Las aguas minerales de Dinau no dejan de tener alguna fama. Esta ciudad, llena de recuerdos históricos, y patria de Duclas, mostraba entre sus antigüedades el corazón de Dugesclin: polvo heróico, que, habiendo permanecido oculto durante la revolución, corrió el riesgo de ser molido para hacer pintura: ¿sería su ánimo destinarla á los cuadros de las victorias que alcanzó contra los enemigos de la patria?

Mr. Broussais, mi compatriota, estudió conmigo en Dinau: en la estación del verano conducían al baño á los colegiales todos los jueves, como á los clérigos en el pontificado de Adriano I, ó todos los domingos, como á los prisioneros en tiempo del emperador Honorio. Una vez estuve á punto de ahogarme. Mr. Broussais fue atacado otro día por una porción de sanguijuelas imprevisoras que le dieron un mal rato. Dinau se halla situada á igual distancia de Combourg y de Plancouet; yo iba alternativamente á ver á mi tío de Bedée á Monchoix, y á Combourg á visitar á mi familia. Mr. de Chateaubriand, que creía mas económico el retenerme á su lado, y mi madre, que deseaba que persistiese en mi vocación irreligiosa, si bien tenía escrúpulos de impelerme á ella, no insistieron mas sobre mi residencia en el colegio, y me hallé por lo tanto instalado insensiblemente en el hogar paterno.

Yo me complacería en recordar las costumbres de mis padres, aun cuando no fuese mas que por rendir un tributo á su memoria; pero voy á reproducir este cuadro con tanto mas gusto, cuanto que estoy seguro de que parecerá calcoado sobre las viñetas de los manuscritos de la edad media: del tiempo presente á las tiempos que voy á describir, hay siglos de distancia.

Montboissier julio de 1817.

Revisado en diciembre de 1846.

VIDA EN COMBOURG.—DISTRIBUCION DEL DIA Y DE LA NOCHE.

A mi regreso de Brest habitaban en el castillo de Combourg cuatro individuos de la familia (mi padre, mi madre, mi hermana y yo). Una cocinera, una doncella, dos lacayos y un cochero, componían toda la servidumbre; en un rincón de las caballerizas estaban atadas dos yeguas viejas y un perro de caza. Estos doce seres vivientes desaparecían en una vivienda, en la cual estarían muy anchos cien caballeros con sus damas, sus escuderos, sus lacayos y sus palafreñes, y la trahilla de perros del rey Dagoberto.

Ningun forastero se presentaba en el castillo en el discurso del año, exceptuando algunos nobles, el marqués de Montonet y el conde de Goyon-Beaufort, los cuales pedían hospitalidad cuando iban á París á pleitear en el parlamento. Regularmente solían pasar por Combourg en invierno á caballo, con pistolas en el arzon, armados de un cuchillo de monte, y escoltados por un lacayo, que iba á caballo tambien, y el cual llevaba á la grupa una abultada maleta de librea.

Mi padre, cumplimentero y ceremonioso en grado heróico y eminente, salía á recibirlos con la cabeza descubierta hasta la gradería, arrostrando la lluvia y el viento. Conduciales á las habitaciones del castillo, y los hidalgos referían entonces sus campañas de Hannover, hablaban de sus asuntos de familia, y hacían la historia de su pleito. Por la noche los acompañaba

mi padre hasta la habitación de la reina Cristina, situada en la torre del Norte, cámara de honor en la cual había un lecho de siete piés de ancho y otros tantos de largo, con cortinas dobles de gasa verde y seda carmesí, y sostenido por cuatro amores dorados. A la mañana siguiente, cuando bajaba yo á la gran sala y miraba por las ventanas el campo inundado, ó cubierto de escarcha, únicamente veía dos ó tres viajeros sobre la calzada solitaria del estanque, los cuales eran nuestros huéspedes, que iban cabalgando hacia Rennes.

Estos forasteros solían no estar muy al corriente de las cosas de la vida; pero nuestra prevision atendía á sus necesidades hasta algunas leguas mas allá del horizonte de nuestros bosques. Desde el momento en que salían del castillo, volvíamos á quedar reducidos al círculo de familia los días de trabajo, y los domingos á la sociedad de algunos plebeyos de la aldea y de los hidalgos de las inmediaciones.

Los días de fiesta, cuando hacia buen tiempo, mi madre, Lucila y yo nos dirigíamos á la parroquia por un camino campestre que atravesaba el pequeño Mallo: cuando llovía íbamos por el detestable camino de Combourg; pero nuestro pesado carruaje no iba tirado, como el ligero carricoche del abate Marolles, por cuatro caballos blancos, cogidos á los turcos en Hungría. Mi padre no bajaba á la parroquia mas que una vez al año, por Pascuas; los demás días oía misa en la capilla del castillo. Colocados en el banco señorial, recibíamos el incienso y las preces que se hacían en frente del sepulcro de mármol negro de Renato de Rohan, situado al pié del altar mayor: á esto quedan reducidos los honores del hombre: ¡algunos granos de incienso quemados ante un ataúd!

Las distracciones del domingo terminaban con el día, y no eran metódicas. Durante el invierno se pasaban meses enteros sin que llamase criatura humana á las puertas de nuestra fortaleza. Si la tristeza que reinaba en los matorrales de Combourg era grande, todavía era mucho mayor la que reinaba en el castillo: al penetrar bajo aquellas bóvedas se experimentaba la misma sensación que al entrar en la cartuja de Grenoble. Cuando visité esta en 1805, atravesé un desierto, que iba dilatándose á medida que yo avanzaba, el cual creí que terminaría en el monasterio; pero los jardines de la cartuja, que estaban tocando á las paredes del convento, se hallaban mas abandonados aun que los bosques. Finalmente, en el centro del monumento hallé, envuelto entre los pliegues de aquellas soledades, el antiguo osario de los cenobitas, santuario desde el cual extendía su poder el silencio eterno, divinidad de aquel lugar, sobre las montañas y selvas circunvecinas.

El humor insociable y taciturno de mi padre aumentaba la silenciosa calma de Combourg. En lugar de reunir su familia y sus criados en torno suyo, los había dispersado, relegándolos á los diversos ángulos del edificio. Tenía su dormitorio en la torrecilla del Este, y su gabinete en la del Oeste. Los muebles de esta habitación consistían en tres sillas de baqueta y una mesa cubierta de títulos y pergaminos. Un árbol genealógico de la familia de los Chateaubriand servía de tapiz al lienzo de la pared donde estaba la chimenea, y en el hueco de una ventana se veían armas de todas clases, desde la pistola hasta la espingarda. La habitación de mi madre, situada encima de la gran sala, entre las dos torrecillas, estaba entarimada y adornada con espejos de Venecia de dobles labores. Mi hermana habitaba un gabinete contiguo al de mi madre. La doncella dormía lejos de sus señoras, en el cuerpo del edificio donde estaban las torres grandes. Yo tenía mi nicho en una especie de celda aislada en lo alto de la torrecilla de la escalera, que facilitaba la comunicación del patio interior con las diversas partes del castillo. Debajo de esta escalera, y en una especie de cue-

vas abovedadas, dormían el ayuda de cámara de mi padre y los cocheros: la cocinera guarnecía la gran torre del Oeste.

Mi padre se levantaba á las cuatro de la mañana, lo mismo en verano que en invierno, y lo primero que hacia era dirigirse al pié de la escalera del patio interior, desde donde llamaba á su ayuda de cámara. A las cinco le servían el café, y despues permanecia trabajando en su gabinete hasta el medio dia. Mi hermana y mi madre se desayunaban en sus respectivas habitaciones á las ocho de la mañana. Yo no tenia hora fija para levantarme ni para el desayuno: hacia como que estudiaba en mi cuarto hasta el medio dia; pero en realidad no hacia nada la mayor parte del tiempo.

A las once y media se tocaba á comer, y nos sentábamos á la mesa á las doce en punto. La gran sala servia á la vez de comedor y de salon de recibio: comiamos y cenábamos en el extremo del Este, y cuando se levantaba la mesa íbamos á colocarnos al extremo opuesto, ante una enorme chimenea. Esta habitación tenia artesonados de madera, estaba pintada de blanco mate, y adornada de antiguos retratos de familia, desde el reinado de Francisco I hasta el de Luis XIV; entre estos retratos llamaban la atención los de Condé y Turéna; encima de la chimenea habia un cuadro que representaba á Hector, muerto por Aquiles al pié de los muros de Troya.

Despues de comer permanecia la familia reunida hasta las dos, á cuya hora, si era en el verano, se divertia mi padre en pescar, ó salia á dar una vuelta por los jardines, extendiendo sus paseos á la distancia del vuelo de un capon; si era en invierno ó en otoño, se iba de caza, y mi madre se retiraba á la capilla, donde permanecia algunas horas haciendo oracion. Esta capilla era un oratorio sombrío, adornado con magníficos cuadros de los mejores pintores, que nadie creeria hallar en un castillo feudal situado en el fondo de la Bretaña. Actualmente tengo en mi poder una *Santa familia* del Albano, pintada en cobre, y cuyo cuadro, que fue sacado de la capilla, es la única prenda que me queda de Combours.

Despues que se marchaba mi padre de caza y se iba mi madre á rezar, Lucila se encerraba en su cuarto, y yo me dirigia á mi celdilla ó salia á correr por el campo.

A las ocho se anunciaba la cena á toque de campana; y si hacia buen tiempo, saliamos despues un rato á sentarnos en la gradería. Mi padre, armado de su escopeta, tiraba á los mochuelos que salian de las almenas al anochecer. Mi madre, Lucila y yo nos entreteniamos en mirar el cielo, los bosques, los últimos rayos del sol y las primeras estrellas. A las diez entrábamos en el castillo y nos íbamos á acostar.

Las noches de otoño y de invierno las pasábamos de muy diferente modo. Concluida la cena, y restituidos los cuatro individuos de la familia á la chimenea, mi madre se dejaba caer suspirando sobre un viejo sillón, y le ponian delante un velador con una bujía. Lucila y yo nos sentábamos junto al fuego; los criados alzaban la mesa, y se retiraban en seguida. Mi padre empezaba entonces á pasearse á lo largo de la sala, y estos paseos duraban hasta la hora de acostarse. Vestia un traje de retina blanca, ó mas bien una especie de capa, que no he visto á nadie mas que á él. Llevaba cubierta su cabeza medio calva con un gorro blanco acabado en punta. El salon, alumbrado por una sola bujía, estaba tan oscuro, que cuando se alejaba paseando de la chimenea, no se le veia; únicamente se oia en las tinieblas el ruido de los pasos: despues venia lentamente hacia la luz, y su pálido semblante iba destacándose poco á poco de la oscuridad como un espectro. Lucila y yo cambiábamos algunas palabras en voz baja cuando se hallaba al otro extremo del salon, y callábamos cuando se acercaba hacia donde nosotros estábamos. Al pasar junto á nosotros, nos

decia: «¿De qué hablabais?» Lucila y yo enmudecíamos de terror, y él continuaba sus paseos. En lo restante de la velada ninguna otra cosa turbaba el silencio del castillo, á excepcion del ruido mesurado de sus pasos, los suspiros de mi madre y el zumbido del viento.

Cuando el reloj del castillo daba las diez, mi padre hacia alto, como si detuviera sus pasos el mismo resorte que levantaba el martillo del reloj; sacaba en seguida el suyo de la faltriquera, le daba cuerda, cogia un enorme candelero de plata, en el cual ardia una gran bujía, entraba un momento en la torrecilla del Oeste, volvia despues con el candelero en la mano, y se dirigia á su dormitorio, que, como hemos dicho, estaba en la torrecilla del Este. Lucila y yo saliamos á su encuentro, y le abrazábamos dándole las buenas noches; inclinaba hacia nosotros su enjuta mejilla, sin responder ni una sola palabra; continuaba su marcha, y se retiraba á la torre, cuyas puertas oíamos cerrar en pos de él.

El talisman perdía entonces sus virtudes; mi madre, mi hermana y yo, transformados en estatuas por la presencia de mi padre, recobrábamos las funciones de la vida. Los primeros efectos de nuestro desencantamiento se manifestaban por un turbion de palabras: si el silencio nos habia oprimido, tambien nos lo pagaba bien caro.

Así que pasaba aquel torrente de palabras, llamaba á la doncella, y conducia á mi hermana y á mi madre á su habitación. Antes de retirarme me hacian mirar debajo de las camas y detrás de las puertas, y registrar las chimeneas, la escalera, los pasadizos y los corredores inmediatos. Todas las tradiciones del castillo, referentes á espectros y ladrones, se les venian á la memoria. Los habitantes de la aldea estaban muy persuadidos de que un cierto conde de Combours, que tenia una pierna de palo, y que habia muerto hacia tres siglos, se aparecía en determinadas épocas, y de que lo habian encontrado en la gran escalera de la torrecilla: su pierna de palo se paseaba sola, y algunas veces con un gato negro.

Montboissier agosto de 1817.

MI TORREON.

Estas consejas se referian al tiempo de acostarse mi madre y mi hermana, las cuales se metian en la cama muertas de miedo; yo me retiraba á lo alto de mi torreón; la cocinera entraba en la torre grande, y los criados bajaban á su subterráneo.

La ventana de mi aposento caia al patio interior; de día la única perspectiva que se ofrecia á mis ojos eran las almenas de la cortina de enfrente, en las cuales vejetaban algunas oropéndolas y crecia un espino silvestre. Algunos vencejos, que durante el estío se metian chillando en los agujeros de las murallas, eran mis únicos compañeros. Por la noche no veia mas que un corto pedazo de cielo y algunas estrellas. Cuando brillaba la luna é iba descendiendo hacia el Occidente, me lo revelaban sus rayos, que penetraban en mi lecho á través de las grietas de la ventana. Los mochuelos que revoloteaban de un lado á otro, pasando y repasando entre la luna y yo, dibujaban en mis cortinas la sombra movible de sus alas. Relegado al sitio mas desierto del edificio, próximo á la abertura de las galerías, no perdía ni el mas imperceptible murmullo de las tinieblas. El zumbido del viento se parecia algunas veces al ruido que producirian los precipitados pasos de una persona, y podia equivocarse otras con lastimeros ayes; de repente, y cuando estaba mas descuidado, crugia con violencia la puerta de mi aposento, y exhalaban los subterráneos profundos gemi-

dos; poco despues iban espirando gradualmente todos estos rumores para volver á empezar de nuevo. A las cuatro de la mañana, la voz del señor del castillo, que llamaba á su ayuda de cámara desde la entrada de las bóvedas seculares, llegaba á mis oídos como la del último fantasma de la noche. Aquella voz reemplazaba en mí la dulce armonía, al sonido de la cual despertaba á su hijo el padre de Montaigne.

La tenacidad del conde de Chateaubriand en obligar á un muchacho á dormir solo en lo alto de una torre podia tener sus inconvenientes; pero esto redundó, por el contrario, en provecho mio. Aquella manera violenta de tratarme me dió el valor de un hombre, sin quitarme esa sensibilidad de imaginacion, de la cual se querria privar actualmente á la juventud. En lugar de tratar de convencerme de que no habia aparecidos, se me obligó á desafiarlos. Cuando mi padre me decia con una sonrisa irónica: «¿Tendria miedo por ventura el caballero?» hubiera sido capaz de acostarme con un muerto. Cuando mi excelente madre me decia con dulzura: «Hijo mio, nada sucede en el mundo sin permiso de Dios; de consiguiente, siendo buen cristiano, nada teneis que temer de los malos espíritus,» me tranquilizaba mejor que podrian hacerlo todos los argumentos de la filosofía. Mi triunfo fue tan completo, que los vientos de la noche, que azotaban mi torre deshabitada, únicamente servian de juguete á mis caprichos y de alas á mis sueños. Mi imaginacion ardiente, que iba saltando de objeto en objeto, sin hallar pasto suficiente en ninguna parte, hubiera devorado el cielo y la tierra. Hé aqui el estado moral que es preciso describir ahora. Replegándome á mi juventud, voy á ensayar si puedo apoderarme de mi pasado, y mostrarme tal cual era entonces: época que quizás eche de menos, á pesar de los tormentos que he sufrido.

TRÁNSITO DEL ESTADO DE NIÑO AL DE HOMBRE.

No bien habia regresado de Brest á Combours, cuando se verificó en mi existencia una revolucion; el niño habia desaparecido, y se mostró en su lugar el hombre, con sus goces pasajeros y sus disgustos perdurables.

Al principio, y mientras estaba aguardando á las pasiones, todo se convirtió en pasión en mí. Cuando, despues de una comida silenciosa, durante la cual no me habia atrevido á hablar, ni aun á comer siquiera, llegaba á escaparme, mis trasportes eran increíbles; no podia bajar la gradería de escalon en escalon, porque mi impaciencia me impelia á saltarlos todos de un golpe. Veíame, pues, obligado á sentarme en el primero, para dar tiempo á que se calmase mi agitacion; pero así que llegaba al Patio Verde y á los bosques, principiaba á correr, saltar, bailotear y á regocijarme, hasta que, agotadas mis fuerzas, caia al suelo jadeando y embriagado de locura y de libertad.

Mi padre solia llevarme á caza con él algunas veces; la afición que llegué á cobrar á este entretenimiento era tan extremada, que rayaba en delirio: todavía se me figuraba estar viendo el sitio en que maté la primera liebre. Muchas veces permanecia en otoño cuatro ó cinco horas metido en agua hasta la cintura por tirar á los ánades que iban á posarse á la orilla de un estanque; en la actualidad no puedo ver aun con sangre fria á un perro que se planta de muestra. Con todo, en mi primera afición á la caza, entraba por algo el deseo de independencia, saltar las zanjas, recorrer los campos, las marismas y los matorrales; y hallarme con una escopeta en un sitio desierto; es decir, con fuerza y soledad, era en mí una segunda naturaleza. Mis excursiones se alargaban tanto algunas veces, que quedaba imposibilitado de volver al castillo, y se

veían precisados los guardas á traerme en una camilla improvisada con ramas de árboles.

El placer de la caza, sin embargo, no me satisfacía completamente: agitábame un vago deseo de felicidad que no alcanzaba á regularizar ni á comprender; mi corazón y mi espíritu acababan de formarse como dos templos vacíos, sin altares y sin víctimas; todavía se ignoraba á qué Dios se adoraria en ellos. Entre tanto seguía creciendo al lado de mi hermana Lucila; nuestra amistad formaba las delicias de nuestra vida.

LUCILA.

Lucila era alta y de una belleza notable, aunque grave al mismo tiempo. Sus largos cabellos negros hacian resaltar la palidez de su semblante: sus miradas, llenas de fuego unas veces y melancólicas otras, se elevaban al cielo ó vagaban en torno suyo. Su continente, su voz, su sonrisa y su fisonomía revelaban su genio sufrido é inclinado á la contemplacion.

Lucila y yo éramos enteramente inútiles el uno para el otro. Cuando hablábamos del mundo, nos referiamos al que teniamos delante, el cual se parecia muy poco al mundo verdadero. Ella veia en mí á su protector, y yo la consideraba como una amiga. Frecuentemente se apoderaban de su imaginacion pensamientos siniestros que yo no conseguia disipar sino á fuerza de mucho trabajo: á los diez y siete años deploraba la pérdida de los años de su juventud, y queria sepultarse en un claustro. Todo le era indiferente, ó le causaba penas y sentimientos: una expresion, que interpretaba á su modo, ó una quimera, que se forjaba en su imaginacion, la atormentaban meses enteros. Muchas veces la he visto, con un brazo echado sobre su cabeza, permanecer horas enteras inmóvil é inanimada en un profundo arrobamiento: cuando se retiraba al fondo de su corazón, no daba ninguna señal exterior de vida, ni se veían las palpitaciones de su seno. Su actitud, su melancolía y su severa belleza le daban el aire de un genio fúnebre. Yo intentaba entonces consolarla, y á los pocos momentos era presa tambien de una desesperacion inexplicable.

Lucila tenia extremada afición á leer á solas al anochecer en un libro devoto: su oratorio predilecto era la enrucijada de dos caminos campestres, en la cual habia una cruz de piedra y un álamo, cuya cima se elevaba al cielo como la aguja de un campanario. Mi devota madre, encantada con la conducta de su hija, decia que esta le representaba á una cristiana de la primitiva Iglesia, rezando las estaciones conocidas con el nombre de *Lauras*.

La concentracion del alma producía en el espíritu de mi hermana efectos extraordinarios: cuando dormía tenia ensueños proféticos; cuando estaba despierta, parecia que se hallaba abierto ante sus ojos el libro del porvenir. En una meseta de la escalera de la torre habia una péndola que marcaba el tiempo en silencio. Lucila iba á sentarse en sus insomnios en uno de los escalones, se colocaba en frente del reloj, y miraba la muestra á la luz de su lámpara que dejaba en el suelo: Cuando las dos agujas, unidas á media noche, daban á la luz, como resultado de su formidable maridaje, la hora de los crímenes y de los desórdenes, Lucila oia ciertos rumores que le revelaban muertes lejanas. Hallándose en París algunos dias antes del 10 de agosto con mis otras tres hermanas, que vivian junto al convento del Carmen, fijó la vista en un espejo, y exclamó dando un penetrante grito: «¡Acabo de ver entrar á la muerte!» En los espesos bosques de Caledonia, Lucila hubiera sido una de esas mujeres celestiales de Walter Scott, dotadas de segunda vista: en los matorrales de la península armoricana no era mas que una solitaria de prodigiosa belleza, de genio, y perseguida por la desgracia.

PRIMER SOPLO DE LA MUSA.

La vida que hacíamos en Combours mi hermana y yo aumentaba la exaltación de nuestra alma y de nuestro carácter. Nuestra principal diversión consistía en pasearnos por el lado del Mallo grande, en la primavera sobre un tapiz de velloritas, en otoño sobre un lecho de hojas secas, y en invierno sobre un manto de nieve bordado con la huella de los pájaros, de las ardillas y de los armiños. Jóvenes como las velloritas, tristes como las hojas secas, y puros como la nieve recién caída, los objetos que constituían nuestro recreo armonizaban con nosotros.

En uno de estos paseos fue cuando, oyéndome hablar Lucila con entusiasmo de la soledad, me dijo: «Tú deberías pintar todo esto.» Esta palabra me reveló la musa; encendió mi alma un soplo divino, y empecé á hablar en verso como si hubiese sido mi idioma natural; día y noche los pasaba cantando mis placeres; es decir, cantando mis bosques y mis valles: recuerdo que hice una porción de idilios ó cuadros de la naturaleza (1). He escrito en verso mucho tiempo antes que en prosa. Mr. de Fontanes decía que yo había recibido ambos instrumentos.

¿Ha brillado después en mí aquel talento que me prometía la amistad? ¿Cuántas cosas he esperado en vano! Un esclavo, en el Agamenon de Eschylo, fue colocado de centinela en lo alto del palacio de Argos; sus ojos tratan de descubrir la convenida señal del regreso de las naves; canta para hallar algún solaz en sus vigiliás; pero las horas vuelan, se ocultan los astros, y la antorcha entre tanto no brilla.

Cuando, después de muchos años, apareció su luz tardía sobre las olas, el esclavo se hallaba encorvado ya bajo el peso del tiempo; nada le resta que hacer más que recoger las desgracias, y el coro le dice: «Que un anciano es una sombra que vaga errante á la claridad del día.» *Onar emerophanton alsinei.*

MANUSCRITO DE LUCILA.

Cuando estaba en los primeros encantos de mi inspiración, invité á Lucila á que me imitara, y pasábamos los días consultándonos mutuamente y comunicándonos lo que habíamos hecho y lo que pensábamos hacer. Empezamos juntos algunas obras, y, guiados por nuestro propio instinto, traducíamos los más bellos y los más tristes pasajes de Job y de Lucrecio sobre la vida: el *Tedet animam meam vita mea*; el *Homo natus de muliere*; el *Tum porro puer*; *ut saevis projectus ab undis navita* et. Los pensamientos de Lucila no eran más que sentimientos que salían de su alma con dificultad; pero cuando conseguía expresarlos, no había nada más sublime. Ha dejado unas treinta páginas manuscritas, las cuales no pueden leerse sin sentir una conmoción profunda. La elegancia, la igualdad, el idealismo y la sensibilidad apasionada de estas páginas, ofrecen una mezcla del genio griego y del germánico.

La aurora.

«¿Qué dulce claridad acaba de iluminar el Oriente! ¿Es acaso la joven Aurora que entreabre al mundo sus hermosos ojos, cargados aun con la languidez del sueño? ¡Date prisa, encantadora diosa! Deja el tálamo nupcial y vístete el traje de púrpura: reténgalo entre sus nudos un muelle cinturón; que no oprima sus

(1) Véanse mis *Obras completas*.

(Paris, nota de 1857.)

delicados pies calzado de ninguna especie; que no profane adorno alguno sus lindas manos destinadas á entreabrir las puertas del día. Pero ya veo que te vas levantando sobre una colina umbrosa. Tus cabellos de oro caen en húmedos bucles sobre tu sonrosado cuello. Tu boca exhala un aliento puro y perfumado. ¡Tierna deidad! La naturaleza entera sonríe á tu presencia: tú sola viertes lágrimas, y nacen las flores.

A la luna.

«¡Casta diosa! Diosa tan pura, que ni aun las resacas del pudor se mezclan á tus tiernos resplandores; yo me atrevo á tomarte por confidente de mis sentimientos. Yo tampoco tengo, como tú, por qué ruborizarme de mi propio corazón. Pero el recuerdo del juicio injusto y obcecado de los hombres cubre á veces mi frente de nubes, como suele estarlo también la tuya. Los errores y las miserias de este mundo me inspiran mis sueños, lo mismo que á tí. Pero, más feliz que yo, tú, ciudadana de los cielos, conservas siempre la serenidad: las tempestades y borrascas que se elevan de nuestro globo no alcanzan á tu pacífico disco. Amable diosa, en cuya contemplación se recrea mi tristeza, vierte tu frío reposo sobre mi alma.»

La inocencia.

«Hija del cielo, amable inocencia; si me atrevese á hacer una débil pintura de algunos de tus rasgos, diría que ocupas el lugar de la virtud en la infancia, el de la prudencia en la primavera de la vida, el de la belleza en la vejez, y el de la felicidad en el infortunio; que, extraña á nuestros errores, no viertes más que lágrimas llenas de pureza, y que tu sonrisa es celestial. ¡Bella inocencia! Temblarías tú, aun cuando te vieses rodeada de peligros, y aun cuando te asentase sus tiros la envidia? ¿Tratarías de sustraerte, modestia inocencia, á los peligros que te amenazan? No; yo te estoy viendo en pie, dormida, y con las cabeza apoyada sobre un altar.»

Mi hermano concedía algunas veces cortos instantes á los ermitaños de Combours, y solía traer consigo un joven, consejero del parlamento de Bretaña, monsieur de Malfilatre, primo del infortunado poeta de este nombre. Yo creo que Lucila concibió, sin saberlo, una pasión secreta hacia este amigo de mi hermano, y que aquella pasión sofocada era el origen de la melancolía de mi hermana. Lucila adolecía además de la misma manía que Rousseau, aunque no tenía su orgullo; estaba en la creencia de que todo el mundo se había conjurado contra ella. Vino á París en 1789 en compañía de aquella hermana Julia, cuya pérdida ha deplorado con una ternura que rayaba en lo sublime. Todos cuantos la conocieron la admiraron, desde Mr. de Malesherbes hasta Champfort. Habiéndose lanzado en las luchas revolucionarias en Rennes, estuvo á riesgo de ser encerrada en el castillo de Combours, convertido en calabozo durante el terror. Después de librarse de ser conducida á una prisión, casó con Mr. de Caud, del cual quedó viuda al año de su casamiento. Cuando regresé de mi emigración volví á ver á la amiga de mi infancia: más adelante diré cómo desapareció, y cuánto plugo á Dios afligirme por esta causa.

La Vallée-aux-Loups noviembre de 1817.

ÚLTIMAS LÍNEAS ESCRITAS EN LA VALLÉE-AUX-LOUPS.—REVELACION SOBRE EL MISTERIO DE MI VIDA.

Acabo de regresar de Montboissier, y hé aquí las últimas líneas que trazaré en mi ermita; fuerza es

FANTASMA DE AMOR.

Yo me formé á mi antojo una mujer, de todas cuantas mujeres había visto: tenía el talle, el cabello y la sonrisa de la forastera que me había oprimido contra su seno, y le di los ojos de una joven de la aldea y la frescura de otra. Los retratos de las grandes señoras del tiempo de Francisco I, de Enrique IV y de Luis XIV, que adornaban el salón, me proporcionaron algunos otros rasgos, y había ido á hurtar gracias hasta á los cuadros de las vírgenes suspendidas en las iglesias.

Esta encantadora me seguía invisible á todas partes; hablaba con ella como con un ser real, y la variaba á medida de mi capricho. Aphroditis sin velo, Diana vestida de azul y rosa, Talía con su máscara risueña, y Hebe con la copa de la juventud, venía á ser frecuentemente una hada que la naturaleza había sometido á mi voluntad. A cada paso estaba retocando mi lienzo y quitaba á mi deidad una de sus gracias para reemplazarla con otra. Algunas veces cambiaba también sus adornos, tomándolos prestados de todos los países, de todos los siglos, de todas las artes y de todas las religiones. Después, cuando había hecho una obra maestra, esparcía de nuevo mis dibujos y mis colores; mi mujer única se transformaba en una multitud de mujeres, en las cuales idolatraba por separado los encantos que había adorado reunidos.

Pygmalion estuvo menos enamorado de su estátua; tratame, sin embargo, bastante inquieto el modo de agradar á la mía. No reconociendo en mí mismo nada de lo que era preciso para ser amado, me prodigaba todo aquello que me hacía falta. Montaba á caballo como Castor y Polux; tocaba la lira como Apolo; Marte manejaba sus armas con menos fuerzas y destreza que yo; hacíame héroe de novela ó de historia, y cuántas ficticias aventuras no aglomeraba sobre estas ficciones! Las sombras de las hijas de Morven, las sultanas de Bagdad y de Granada, las castellanas de las antiguas viviendas feudales, baños, perfumes, danzas, delicias del Asia; todo me lo apropiaba por medio de una mágica varita.

Hé aquí una joven reina, que viene adornada con diamantes y flores (esta era siempre mi sílfide); que me busca á media noche, al través de los jardines de naranjos, en las galerías de un palacio bañado por las olas del mar, situado en las embalsamadas playas de Nápoles ó de Mesina, bajo un cielo de amor, que el astro de Endymion ilumina con su luz: estátua animada de Praxiteles, avanza por entre sus estatuas inmóviles, los pálidos cuadros y los frescos silenciosamente blanqueados por los rayos de la luna; el leve rumor de sus pasos sobre los mosaicos de los mármoles se mezcla con el murmullo insensible de los campos de la oleada. Vémonos rodeados de amaranto por todas partes. Yo me precipito á los pies de la soberana Enne; y las sedosas ondas de su suelta diadema vienen á acariciar mi frente cuando inclina sobre mi rostro su cabeza de diez y seis años y cuando sus manos se posan sobre mi seno palpitante de respeto y de voluptuosidad.

Cuando al salir de estos ensueños me volvía á encontrar hecho un pobre bretoncillo oscuro, sin gloria, sin belleza, sin talentos; que no atraería las miradas de nadie; que pasaría ignorado, y á quien ninguna mujer amaría jamás, se apoderaba de mí la desesperación, y no osaba levantar los ojos sobre la brillante imagen que yo traía en seguimiento de mis pasos.

abandonarla, llevando grabado en mi corazón el recuerdo de estos hermosos adolescentes que principiaban ya á ocultar y coronar á su padre entre sus espesas filas. Ya no veré más la magnolia, que prometía su rosa á la tumba de mi Floridiana; el pino de Jerusalem y el cedro del Líbano, consagrados á la memoria de Gerónimo; el laurel de Granada, el plátano de la Grecia, ni la encina de la Armórica, al pie de los cuales pinté á Blanca, canté á Cymodocea, é inventé á Velleda. Estos árboles, que han nacido y crecido con mis meditaciones, y que eran las Hamadryades, van á pasar al imperio de otro: ¿los amará su nuevo dueño como yo los amaba? Tal vez los dejará perecer; ¿quién sabe si hasta los echará por tierra? Ya no debo conservar nada sobre este suelo. Al dar mi postrer adiós á los bosques de Aulnay; no podrá menos de ocurrirse á mi memoria mi última despedida á los bosques de Combours.

La afición que Lucila me inspiró hacia la poesía vino á producir en mí los mismos efectos que el aceite arrojado al fuego. Mis sentimientos adquirieron un nuevo grado de fuerza; cruzó por mi espíritu un vanidoso deseo de nombradía; creí un instante en mi talento; pero habiendo recobrado pronto una justa desconfianza de mí mismo, principé á dudar de él como he dudado siempre. Empecé á considerar mi trabajo como una mala tentación, y acusaba á Lucila por haber hecho nacer en mí una inclinación desgraciada; cesé de escribir, y me puse á llorar mi gloria venidera como otro pudiera llorar la pérdida de sus pasadas glorias.

Vuelto á mi primera ociosidad, sentí, ahora mucho más que antes, lo que faltaba á mi juventud; yo era un misterio para mí mismo. No podía ver una mujer sin turbarme, y me ruborizaba si ella me dirigía la palabra. Mi timidez excesiva con todo el mundo era tan grande cuando estaba entre el bello sexo, que hubiera preferido cualquier tormento al hallarme á solas con una mujer; pero inmediatamente que esta se separaba de mí lado, principiaba á llamarla con todas mis fuerzas. Las descripciones de Virgilio, de Tibulo y de Massillon se presentaban clara y distintamente á mi memoria; pero la imagen de mi madre y hermana hacía más espeso el velo que la naturaleza trataba de descender, cubriéndolo todo con su pureza: la ternura filial y fraternal engañaba mis ideas acerca de otra ternura menos desinteresada. Si me hubieran entregado las esclavas más hermosas de un serrallo, no hubiera sabido qué pedirles. La casualidad vino á ilustrarme sobre este punto.

Un vecino del dominio de Combours vino al castillo con su mujer, que era muy linda, á pasar algunos días con nosotros. No me acuerdo qué cosa ocurrió repentinamente en la aldea, que todo el mundo se dirigió corriendo á la ventana para enterarse de lo que sucedía. Yo llegué el primero de todos, y sintiendo detrás de mí los pasos de la forastera, me volví hacia ella, deseando cederle el sitio; pero me cerró involuntariamente el paso, y me sentí oprimido entre ella y la ventana. Ignoro lo que pasó entonces en mi interior.

Desde aquel momento entreví que el amar y ser amado de una manera que era para mí desconocida, debía ser la suprema felicidad. Si yo hubiese hecho lo que hacen los demás hombres, bien pronto hubiera conocido los placeres y las penas de la pasión, cuyo germen abrigaba mi pecho; pero todo tomaba en mí un carácter extraordinario. El ardor de mi imaginación, mi timidez y la soledad, fueron causa de que, en lugar de demostrar mis pensamientos, me replegase sobre mí mismo; á falta de un objeto real, evagué con el poder de mis vagos deseos un fantasma, que no me abandonó jamás. No sé si la historia del corazón humano ofrece otro ejemplo de esta naturaleza.

DOS AÑOS DE DELIRIO.—OCUPACIONES Y QUIMERAS.

Este delirio duró dos años enteros, durante los cuales llegaron las facultades de mi alma al mas alto grado de exaltacion. Yo habiaba poco, y dejé de hablar; solia estudiar tambien, y arrojé los libros. Mi inclinacion á la soledad se redobló entonces. Tenia todos los sintomas de una pasion violenta; mis ojos se iban hundiendo, y enflaquecia por grados; no dormia; estaba distraido, triste, enardecido y uraño. Mis dias se deslizaban de una manera salvaje, rara, insensata, y llena de delicias sin embargo.

Al Norte del castillo habia un arenal inculto, sembrado de piedras drúidicas, en una de las cuales iba á sentarme al ponerse el sol. Las doradas cimas de los bosques, el esplendor de la tierra y la estrella crepuscular que centelleaba al través de las nubes, volvian á traerme mis sueños. Hubiera querido gozar de este espectáculo con el objeto ideal de mis ansias. Seguia con mi pensamiento al astro del dia, y le fiaba la conduccion de mi deidad para que la presentase radiante como él al universo y recogiese sus homenajes. El viento de la tarde, que rompía la reddecilla tendida por el insecto sobre la punta de las yerbas, y la alondra que se posaba sobre un canto, me devolvian la realidad: entonces dirigia mis pasos hácia el castillo con el corazón oprimido y abatido semblante.



LUDS XVI Y MARÍA ANTONIETA.

En verano, cuando habia tempestad, me subia á lo alto de la gran torre del Oeste. El trueno que retumbaba por encima de los caballetes del castillo; los torrentes de lluvia que caian haciendo un ruido sordo; los techos piramidales de las torres y el relámpago que surcaba la nube y marcaba con una llama eléctrica las veletas de metal, excitaban mi entusiasmo, llamaba al rayo como Ismen sobre las murallas de

Jerusalen, porque esperaba que me traeria á mi Armida.

Cuando estaba el tiempo sereno, atravesaba el Mallo grande, alrededor del cual habia unas praderas cortadas por setos de sauces. En uno de estos sauces habia hecho un asiento, que venia á ser una especie de nido, y allí, aislado entre el cielo y la tierra, pasaba horas enteras con las silvias; mi ninfa estaba á mi

lado. Tambien asociaba su imagen á la belleza de aquellas noches de primavera, impregnadas de la fresca del rocío, de los suspiros del ruiseñor y del murmullo de las brisas. Otras veces, siguiendo mi camino, desamparado, una onda adornada con sus plantas ribulares, escuchaba los rumores que salen de los sitios no frecuentados; aplicaba el oido á cada árbol; creia oír cantar en los bosques á la claridad de la luna; queria repetir estos placeres, y espiraban las palabras en mis labios. Sin saber cómo, volvia á encontrar á mi diosa en los acentos de la voz, en la vibracion de las cuerdas de un arpa, y en los sonidos melancolicos y armoniosos de una trompa ó de una armónica. Seria demasiado largo el referir los viajes que hacia con mi flor de amor; cómo visitábamos mano á mano las ruinas célebres de Venecia, Roma, Atenas, Jerusalem, Memphis y Cartago; cómo atravesábamos los mares; cómo pediamos la felicidad á las palmeras de Otaiti y á los bosques embalsamados de Amboina y de Tidor; cómo íbamos á despertar á la aurora á la cima del Himalaya; cómo bajábamos los rios santos, cuyas esparcidas ondas circuyen las pagodas con bolas de oro, y cómo dormiamos, por último, en las orillas del Ganges, mientras que el bengali, perchada sobre el mástil de una cama de bambú, cantaba su barcarola indiana.

La tierra y el cielo eran para mí como si no existieran; habiame olvidado especialmente del último; pero si yo no le dirigia mis votos, escuchaba en cambio la voz de mi secreta miseria, porque yo sufría, y los padecimientos equivalen á las plegarias.

MIS DIVERSIONES EN EL OTOÑO.

Cuanto mas triste era la estacion, mas en armonia estaba conmigo: el tiempo de los hielos entorpece las comunicaciones y deja aislados por consiguiente á los habitantes de los campos; entonces suele hallarse uno mas al abrigo de los hombres.

Las escenas del otoño participan de cierto carácter moral; aquellas hojas, que caen como nuestros años; aquellas flores, que se marchitan como nuestras horas; aquellas nubes, que huyen como nuestras ilusiones; aquella luz, que se debilita como nuestra inteligencia; aquel sol, que se entibia como nuestros amores; y aquellos rios, que se congelan como nuestra vida, tienen relaciones secretas con nuestros destinos.

Yo veia con un placer indecible la vuelta de la estacion de las tempestades, el tránsito de las palomas torcaces y de los cisnes, y la reunion de los grajos en la pradera del estanque para ir á empingorotarse á la entrada de la noche sobre las mas altas encinas del Mallo grande. Cuando se divisaba por la noche un vapor azulado en las encrucijadas de los bosques, y los ayes ó las canciones lastimeras del viento se oian en las dobladas puntas de los árboles, entraba yo en plena posesion de las simpatías de mi naturaleza. Si encontraba algun labrador en el extremo de un barbecho, me detenía para mirar á este hombre, que habia brotado á la sombra de las espigas, entre las cuales debia ser segado, y cuyo sudor ardiente se mezclaba con las heladas lluvias del otoño cuando revolvia la tierra de su tumba con la reja del arado: el surco que iba abriendo era el monumento destinado á sobrevivirle. ¿Qué hacia entre tanto mi elegante demonio? Transportábame por medio de su magia á las orillas del Nilo; mostrábame la pirámide egipcia sumergida en la arena, como el surco americano estaba oculto algun dia bajo los matorrales; yo me aplaudia el haber colocado los ilusorios cuentos de mi felicidad fuera del círculo de las realidades humanas.

Por la noche me embarcaba en el estanque y con-

ducia yo solo mi batel por entre los juncos y las anchas hojas flotantes de nenúfar. Allí se reunian tambien las golondrinas para irse á invernar á otras regiones: yo no perdía ni el mas imperceptible de sus cánticos; Tavernier cuando era niño escuchaba con menos atencion las relaciones de un viajero. A la caída del sol jugueteaban sobre el agua, perseguian los insectos, se lanzaban reunidas al espacio como para probar sus alas, precipitábanse despues hasta rozarse con la superficie del lago, é iban á posarse en seguida sobre las cañas que apenas encorvaban su peso, y que se impregnaban de sus confusos cánticos.

ENCANTAMIENTO.

Caia la noche: el viento agitaban los campos de juncos y espadañas, entre las cuales dormian en silencio la caravana volátil, las pollas de agua, las cercetas, las arvelas y las gallinetas ciegas; el lago batía sus orillas; las voces imponentes del otoño salian de las marismas y de los bosques; yo amarraba mi batel, y regresaba al castillo. Daban las diez. No bien me habia retirado á mi aposento, cuando, abriendo mi ventana y fijando mis miradas en el cielo, empezaba mi encanto. Remontábame en brazos de mi maga sobre las nubes: envuelto entre sus cabellos y sus velos, iba, á merced de las tempestades, á agitar las cimas de los bosques, á conover las crestas de las montañas, ó á levantar torbellinos en los mares. Ora me balancease en el espacio, ora descendiese del trono de Dios á las puertas del abismo, los mundos estaban entregados al poder de mis amores. En medio del desorden de los elementos casaba con embriaguez el pensamiento del placer con el del peligro. Los soplos del aguilon me traian únicamente los suspiros de la voluptuosidad; el ruido de la lluvia me invitaba á entregarme al sueño sobre el seno de una mujer. Las palabras que á esta dirigia hubieran sido bastantes para devolver á la vejez el fuego de la juventud, y para enardecer el inanimado mármol de las tumbas. Ignorándolo todo y sabiéndolo todo, virgen y amante á la vez. Eva inocente y Eva culpable, la encantadora que me traia vuelto el juicio era una mezcla de misterios y de pasiones; yo la colocaba sobre un altar y le tributaba mi adoracion. El orgullo de ser amado de ella daba á mi amor nuevos quilates. Cuando la veia andar, me precipitaba á sus piés para que me pisoteara ó para besar sus huellas. Turbábame al ver su sonrisa; el eco de su voz me hacia temblar, y me estremecia cuando tocaba lo que ella habia tocado. El hálito que exhalaba su húmeda boca penetraba hasta la médula de mis huesos, y corria por mis venas en lugar de sangre. Una sola de sus miradas me hubiera hecho volar del uno al otro extremo de la tierra; ¿qué desierto no hubiera bastado con ella á mi amor? A su lado se hubiera convertido en palacio para mí el antro de los leones, y hubiesen sido demasiado cortos dos millones de siglos para apagar el fuego que me abrasaba el alma.

Este furor iba acompañado de una idolatría moral: merced á otro giro de mi imaginacion, aquella Phiné que me estrechaba en sus brazos, era tambien para mí la gloria y el honor especialmente: la virtud cuando pone en práctica sus nobles sacrificios, y el genio, cuando produce el mas extraordinario pensamiento, apenas podrian dar una idea de otra especie de felicidad. Mi creacion maravillosa me proporcionaba á la vez todos los halagos de los sentidos y todos los goces del alma. Abrumado y sumergido en cierto modo por estas dobles delicias, no sabia ya cuál era mi verdadera existencia; era hombre, y no

lo era; crejame á veces una nube, el viento, el ruido; era un puro espíritu, un ser aéreo que cantaba la suprema felicidad. Despojábame de mi humana naturaleza para fundirme con la hija de mis deseos; para transformarme en ella; para tocar mas íntimamente la belleza; para ser á la vez la pasión dada y recibida, el amor y el objeto del amor.

De repente, y echando de ver mi locura, me precipitaba sobre mi colcha, me envolvía en mi dolor, y regaba mi lecho de hirvientes lágrimas que nadie veía y que corrían miserables por una nada.

TENTACION.

A los pocos instantes, y siéndome insoportable la permanencia en mi aposento, bajaba al través de las tinieblas, abría furtivamente la puerta de la gradería como si fuera un asesino, y me iba á vagar errante por el gran bosque.

Después de haber caminado algun tiempo á la aventura, agitando mis manos y abrazando los vientos que se me escapaban como la sombra que era objeto de mis persecuciones, me apoyaba en el troneo de una haya, miraba á los cuervos que huían volando del árbol á que yo me acercaba para posarse en otro, ó la luna que derramaba su pálida luz sobre las pedradas cimas de los árboles: de buen grado hubiera querido habitar en aquel mundo muerto donde se reflejaba la palidez del sepulcro. No sentía la humedad ni el frío de la noche; el mismo hábito glacial del alba no hubiera conseguido sacarme del fondo de mis pensamientos si no hubiese llegado entonces á mis oídos el eco de la campana de la aldea.

En la mayor parte de los lugarillos de la Bretaña se toca á muerto á la venida del día. Este toque, compuesto de tres notas repetidas, viene á formar un aire monotonó, melancólico y campestre. A mi alma herida y enferma nada cuadraba mejor que el ser restituida á las tribulaciones de la existencia por la campana que anunciaba su fin. Representábame en mi imaginación al pastor que había espirado en su cabaña desconocida, y cuyo cadáver iba á ser depositado después en un cementerio no menos ignorado. ¿Qué misión fue la de este hombre sobre la tierra? ¿Qué hacia yo mismo en este mundo? Puesto que debía emigrar de él, ¿no valia mas partir con el fresco de la mañana y llegar á buena hora, que terminar el viaje ahrumado bajo el peso y el calor del día? Asomóse á mi rostro el carmin del deseo, y la idea de no ser despertó en mi corazón un gozo súbito. En tiempo de los errores de mi juventud he deseado muchas veces no sobrevivir á la felicidad: había en el primer triunfo una dicha tan grande, que me hacia aspirar á la destrucción.

Ligado cada vez mas fuertemente á mi fantasma, y no pudiendo gozar de lo que no existía, mi estado era muy parecido al de esos hombres mutilados, que sueñan bellezas imposibles para ellos, y que se crean un sueño ilusorio, cuyos placeres igualan á los tormentos del infierno. Aquejábame además el presentimiento de las miserias de mi futuro destino, y era tan ingenioso en forjarme padecimientos, que me había colocado entre dos desesperaciones: creíame unas veces un ser nulo é incapaz de elevarme sobre los hombres vulgares, al paso que otras me parecía poseer algunas prendas que no serian apreciadas jamás. Predecíame un secreto instinto que á medida que fuera avanzando en el mundo no encontraría nada de lo que buscaba.

Todo contribuía á acrecentar la amargura des mis disgustos. Lucila era desgraciada; mi madre no me prodigaba ningun consuelo, y mi padre me hacia es-

perimentar los grandes terrores de la vida. Su melancólico humor iba en aumento con la edad; la vejez roía su alma como su cuerpo, y me espiaba constantemente para regañarme. Cuando al volver de mis salvajes escursiones lo veía sentado sobre la gradería, me hubiera dejado matar antes que entrar en el castillo. Pero esto no era mas que dilatar mi suplicio; precisado á presentarme á la hora de cenar, me sentaba desconcertado en el borde de mi silla, con las mejillas golpeadas por la lluvia y el cabello en desórden. Ahrumado por las miradas de mi padre, me quedaba inmóvil y bañaba mi frente con un sudor copioso: escapóseme al fin la última fibra de la razón.

Al llegar á esta parte de mis memorias necesito hacer un esfuerzo para confesar mi debilidad. El hombre que atenta contra sus dias da menos pruebas del vigor de su alma que del desfallecimiento de su naturaleza.

Tenia yo una escopeta de caza, cuyo fiador estaba tan usado, que no ofrecía ninguna garantía; un dia la cargué con tres balas, y me dirigí á un sitio retirado del Mallo grande. Cuando llegué á él amartillé la escopeta, introduje el extremo del cañón en mi boca, di tres golpes en el suelo con la culata, repetí esta prueba reiteradas veces, y sin embargo no salió el tiro: la llegada de un guarda suspendió mi resolución: Fatalista sin querer, y sin saberlo, supuse que mi hora no había llegado aun, y aplacé para otro dia la ejecución de mi proyecto. Si me hubiese dado entonces la muerte, todo cuanto he sido me hubiera acompañado al sepulcro; nadie habría tenido noticia de la causa que me había impelido á mi catástrofe; hubiera engruesado el número de los infortunados, y no me hubiera hecho seguir por el rastro de mis penas, como un herido por el rastro de su sangre.

Aquellos cuyarazon se turbe al leer esta descripción, y se sientan inclinados á imitar mis locuras, así como los que me conserven en su memoria por mis quimeras, deben tener presente que les habla la voz de un muerto. Lector, á quien no conoceré jamás, todo ha concluido; ya no queda de mí otra cosa que lo que soy en manos del Dios vivo que me ha juzgado.

ENFERMEDAD. — TEMO Y REHUSO ABRAZAR EL ESTADO ECLESIASTICO. — PROYECTO DE VIAJE A LAS INDIAS.

Una enfermedad, fruto de mi desordenada vida, puso fin á los tormentos de los cuales procedieron las primeras inspiraciones de la musa y los primeros ataques de las pasiones. Aquellas pasiones que me destruían el alma; aquellas pasiones, vagas aun, se parecían á las tempestades que alluyen de todos los puntos del horizonte: piloto inesperto no sabia por qué lado había de presentar la vela á los vientos indecisos. Hinchóseme el pecho, y se apoderó de mí la fiebre; enviaron á buscar á Bazonches, pequeña ciudad distante cinco ó seis leguas de Combourg, un excelente médico, llamado Chéssel, cuyo hijo representó un papel importante en el asunto del marques de la Rouarie (1). Después de examinarme atentamente, me recetó algunos remedios, y declaró que ante todo era preciso que me hiciesen cambiar de método de vida.

Seis semanas estuve de peligro. Mi madre vino una mañana á sentarse al borde de mi cama, y me dijo: «Tiempo es ya que os decidais á tomar esta lo; vues-

(1) A medida que voy avanzando en edad, voy encontrando también á los personajes de mis *Memorias*: la viuda del hijo del médico Chéssel acaba de ingresar en la enfermería de *María Teresa*: este es un testigo mas de mi veracidad.

(París, nota de 1831.

tro hermano tiene el encargo de obtener para vos un beneficio: pero antes de entrar en el seminario es preciso que consultéis detenidamente vuestra vocación; porque si bien deseo que abrazeis el estado eclesiástico, prefiero mil veces que seais seglar que no un sacerdote escandaloso.»

Después de las anteriores líneas, fácilmente podrá inferirse si la proposición de mi madre era ó no oportuna. En las situaciones mas graves de mi vida siempre se me ha ocurrido rápidamente aquello que debía evitar; un impulso de honor es el móvil de mi conducta. Simple abate, me creía puesto en ridículo; obispo, la dignidad del sacerdocio me parecia imponente, y retrocedía con respeto ante el altar. Y dado caso que me decidiera por lo último, ¿trataría de hacer esfuerzos para adquirir las virtudes de un prelado ó debía limitarme á ocultar mis vicios? Sentíame muy débil para abrazar el primer partido, y demasiado franco para optar por el segundo. Aquellos que me tachan de ambicioso é hipócrita, me conocen muy mal: yo no haré fortuna en el mundo, precisamente porque me faltan un vicio y una pasión: la ambición y la hipocresía. La primera podría existir en mí, cuando mas, como hija del amor propio ofendido: en ocasiones dadas podría desear ser ministro del rey para reirme de mis enemigos; pero á las veinte y cuatro horas arrojaría mi cartera y mi corona por la ventana.

Dije, pues, á mi madre que no tenia una vocación decidida por el estado eclesiástico. Era ya la segunda vez que variaba de proyecto: antes no había querido ser marino, y ahora me negaba á ser sacerdote. Restábame la carrera militar, á la cual tenia bastante afición; pero ¿cómo soportar la pérdida de mi independencia y la dureza de la disciplina europea? Para conciliar ambos extremos discurrí un medio original: indiqué á mi padre que iría de muy buen grado al Canadá á roturar sus bosques, ó á las Indias á servir en los ejércitos de los principes del país.

Por uno de esos contrastes que suelen hallarse en todos los hombres, mi padre, tan razonable en todo lo demás, no hacia nunca una acogida desfavorable á cualquier proyecto aventurado. Contentóse, pues, con reprender á mi madre por mi versatilidad, y se decidió por mi viaje á las Indias. Enviáronme al efecto á Saint-Malo, donde algunos buques hacían sus preparativos para partir á Pondichery.

UN MOMENTO EN MI CIUDAD NATAL.—RECUERDO DE VILLENEUVE Y DE LAS TRIBULACIONES DE LA INFANCIA. —VUELVO Á SER LLAMADO Á COMBOURG.—ÚLTIMA ENTREVISTA CON MI PADRE.—ENTRO EN EL SERVICIO.—ADIOS Á COMBOURG.

Dos meses habían trascurrido, cuando volví á hallarme solo en mi isla materna: la Villeneuve acababa de morir. Al ir á llorarla al pié del desierto y miserable lecho donde espiró, ví el carricoche de mimbre en el cual aprendí á andar sobre este triste globo. Figurábame que estaba viendo á mi antigua nodriza, mirando desde su lecho con amortiguados ojos mis andaderas, este primer monumento de mi vida, en presencia del último de la de mi segunda madre: la idea de las plegarias que dirigía al cielo la Villeneuve por la felicidad de su hijo de leche al dejar el mundo, aquella prueba de un cariño tan constante, tan desinteresado, tan puro, me destruían el corazón, y me hacían verter lágrimas de ternura, de sentimiento y de gratitud.

Por lo demás nada existía ya de mi pasado en Saint-Malo: en vano buscaba en el puerto los navios cuyas cuerdas eran mi recreo en otro tiempo: todos habían partido ó sido hechos pedazos: la casa en que vivía

estaba trasformada en posada. Casi estaba tocando aun mi cuna, y sin embargo ya había pasado todo un mundo. Estraño en los lugares de mi infancia, todos preguntaban quién era, y me desconocían, sin otra causa que la de haberse elevado mi cabeza algunas líneas del suelo, hácia el cual se inclinará nuevamente dentro de pocos años. ¡Cuántas veces, y cuán rápidamente cambiamos de existencia y de ilusiones! A los amigos que nos dejan suceden otros nuevos, nuestros vínculos varían también; constantemente alcanzamos una época en la cual no poseemos nada de lo que poseíamos, ni tenemos nada de lo que tuvimos. El hombre no tiene una sola é idéntica vida, sino que tiene muchas distintas entre sí; en esto estriba su miseria.

Falto de un amigo que me acompañara, me paseaba solo por las orillas del mar que presenciaron mis castillos de arena. *Campus ubi Troja fuit*. Al recorrer la desierta playa, las arenas abandonadas del flujo de las olas me ofrecían la imagen de esos espacios desolados que dejan las ilusiones al retirarse en torno de nosotros. Mi compatriota Abelardo había contemplado como yo aquella mar, hace ochocientos años, pensando en su Eloísa; había presenciado también la desaparición de los buques. (*ad horizontis undas*), y su oído, así como el mio, había escuchado el unísono ruido de las olas. Distraído algunas veces con los funestos pensamientos que había traído de los bosques de Combourg, me esponía á ser arrebatado por la oleada. El cabo Lavarde, era el término de mis correrías: sentado en el extremo del mismo, y entregado á las mas amargas meditaciones, recordaba que aquellas rocas me habían ocultado durante las ferias, y que había devorado en ellas mis lágrimas mientras que mis compañeros saltaban y triscaban de gozo. No era ahora mas querido ni mas feliz que entonces. De allí á muy pocos dias iba á abandonar mi patria para ir á gastar mi vida en diversos climas. Estas reflexiones me laceraban el corazón en tales términos, que tuve impulsos de precipitarme al mar.

Una carta de mi padre me hizo regresar á Combourg: llegué á la hora de cenar; mi padre no me dijo ni una palabra; mi madre no hacia mas que suspirar; Lucila estaba consternada: cuando dieron las diez se retiraron todos, y dirigí á la última algunas preguntas; pero mi hermana nada sabia. A la mañana siguiente me enviaron á buscar de parte de mi padre. Bajé, y me dirigí á su gabinete, donde me estaba esperando.

«Caballero, me dijo así que me vió: es preciso que renunciéis á vuestras locuras. Vuestro hermano ha obtenido para vos un despacho de subteniente en el regimiento de Navarra. Vais á partir para Rennes, y de allí á Cambrai. Ahí van cien lises no los malgastéis. Yo me hallo muy viejo y achacoso, y me restan pocos dias de vida. Procurad conducirnos como hombre de bien, y no deshonreis jamás vuestro nombre.»

Dijo, y me estrecho en sus brazos. Su severo y arrugado semblante se acercó al mio con emoción: aquel era para mí el último ósculo paternal.

El conde de Chateaubriand, hombre tan temible á mis ojos, me pareció en aquel momento el padre mas digno de mi ternura. Apoderéme de su mano descarnada, y derramé sobre ella abundante llanto. En aquella época fue cuando sintió el primer ataque de una parálisis que lo condujo á la tumba. Su brazo izquierdo se agitaba con un movimiento convulsivo tan fuerte, que se veía precisado á contenerlo con la mano derecha. En esta postura y después de haberme entregado su espada, me condujo, sin darme tiempo para reconocerme, al cabriolé que me estaba esperando en el Patio Verde. El postillon partió cuando me despedía por señas de mi madre y de mi hermana, que estaban inundadas en llanto sobre la gradería.

Al llegar á la calzada del estanque, vi los cañaverales de mis golondrinas, la acequia del molino y la

pradera. Lancé desde allí una mirada sobre el castillo y principié á avanzar, como Adán despues de su pecado, por tierras desconocidas: el mundo entero se extendía ante mis ojos: *and the world was all before hin*.

Desde esta época no he vuelto á ver á Combourg mas que tres veces: despues de la muerte de mi padre nos reunimos allí para dividir nuestra herencia y despedirnos. Otra vez acompañé á Combourg á mi madre que iba á amueblarlo, porque mi hermano debía llevar su mujer á la Bretaña. Mi hermano no vino, y al poco tiempo recibieron él y su esposa, de manos del verdugo, otro almohadon bien distinto del que les habia preparado mi madre. La última vez que estuve en Combourg fue cuando me dirigí á Saint-Malo para embarcarme para América. El castillo estaba abandonado y me vi precisado á apearme en casa del mayordomo. Cuando desde una calle sombría del Mallo grande vila gradería desierta y las ventanas cerradas, me puse malo, me dirigí trabajosamente á la aldea, pedí mis caballos y partí á media noche.

Despues de quince años de ausencia, y antes de abandonar nuevamente la Francia para ir á la *Tierra Santa*, fui á Tongres á despedirme de los restos de mi familia. No tuve valor de emprender la peregrinación á los campos, donde habia trascurrido una parte de mi existencia, sin dar este paso. En los bosques de Combourg fue donde sentí el primer ataque de este fastidio, que he arrastrado conmigo toda mi vida; de esta tristeza que ha sido mi tormento y mi felicidad; allí fue donde busqué un corazón que pudiese armonizar con el mio; allí vi reunirse y dispersarse despues á mi familia; allí fue donde mi padre pensó restablecer el brillo de su nombre y la fortuna de su casa, otra quimera que el tiempo y las revoluciones han disipado tambien. De seis hijos que éramos, no hemos quedado mas que tres: mis hermanas, Julia y Lucila no existen; mi madre murió de dolor; las cenizas de mi padre fueron arrebatadas de su tumba.

Si mis obras me sobreviven; si debo dejar un nombre, quizás haya algun viajero que guiado por estas *Memorias* vaya á visitar los lugares que he descrito. Este viajero podrá reconocer el castillo; pero en vano buscará los grandes bosques; la cuna de mis ensueños ha desaparecido como los ensueños mismos. El antiguo torreón, que ha quedado solo y en pie sobre una roca, flora á sus viejas compañeras encinas que lo circundaban y protegían contra la tempestad. Aislado como él, he visto caer como él en torno mio la familia que embellecía mis dias, y á cuyo abrigo me cobijaba; felizmente no está mi vida tan sólidamente arraigada á la tierra como las torres donde he pasado mi juventud, y el hombre resiste menos á las tempestades que los monumentos erigidos por sus manos.

Berlin marzo de 1821.

Revisado en julio de 1844.

BERLIN.—POSTDAM.—FEDERICO.

De Combourg á Berlin hay tanta diferencia como de un jóven lleno de ilusiones á un viejo diplomático. En las precedentes líneas vuelvo á hallar otra vez las siguientes palabras: «He empezado á escribir mis *Memorias* en una porcion de puntos diferentes: ¿en dónde las concluiré?»

Desde la fecha en que escribí los sucesos que acabo de referir, á la en que vuelvo á continuar estas *Memorias*, han trascurrido cerca de cuatro años. Mil cosas han sobrevenido de entonces á hoy: actualmente hay en mi un segundo hombre; el hombre político. Debo confesar, sin embargo, que no soy muy adicto á este. He defendido las libertades de la Francia, que

pueden hacer por sí solas duradero el trono legitimo. Contribuí con el *Conservador* á que Mr. Villele subiera al poder; he visto morir al duque de Berry, y he honrado su memoria. Para poder conciliarlo todo he procurado alejarme, y he aceptado la embajada de Berlin.

Ayer estaba en Postdam, cuartel lleno de adornos que se halla hoy sin soldados: estudié al falso *Julian* en su falsa *Atenas*. Mostráronme la mesa en la cual puso en verso francés un gran monarca alemán las máximas enciclopédicas; la habitacion de Voltaire, adornada con monos y papagayos de madera; el molino cuya propiedad se le antojó respetar al mismo que arrebató provincias enteras; la tumba del caballo *César*, y las galgas de *Diana*, *Amorcillo*, *Cierva*, *Soberbia* y *Paz*. El regio impiose complació en profanar hasta la religion de las tumbas, erigiendo mausoleos á sus perros; señaló el sitio de su sepultura cerca de la de estos, menos por desprecio de los hombres que por ostentacion de la nada.

Condujéronme tambien al palacio nuevo, que está ya cayéndose. Respétanse en el antiguo palacio de Postdam las manchas de tabaco, los sillones sucios y llenos de girones, y todas las señales, en fin, que deponen contra el aseó del príncipe renegado. Estos lugares inmortalizan á la vez la suciedad del cinico, la impudencia del ateo, la tiranía del déspota y la gloria del soldado.

Una sola cosa llamó mi atencion; la aguja del reloj, fija sobre el minuto en que espiró Federico; habíame engañado la inmovilidad de la imágen: las horas no suspenden su fuga; no es el hombre el que detiene el tiempo, sino el tiempo quien detiene al hombre. Además, importa muy poco el papel que hemos representado en la vida; el brillo ó la oscuridad de nuestras doctrinas, nuestras riquezas ó nuestras miserias, nuestros dolores ó nuestros goces, no cambian á medida que cambian nuestros dias. Que la aguja circule por una esfera de oro ó de madera; que esta esfera, mas ó menos ancha, esté engastada en una sortija ú ocupe toda la fachada de la torre de una basílica, la hora no tiene mas que la misma duracion.

En un subterráneo de la iglesia protestante, y debajo del púlpito del cismático exclaustrado, he visto el ataúd del coronado sofista. Este ataúd es de bronce, y retiene cuando se toca en él. El gendarme que duerme en aquel lecho de metal no despertará de su sueño ni aun con el ruido de su renombre, sino cuando suene la trompeta, que le llamará sobre su último campo de batalla á presencia del Dios de los ejércitos.

Sentía interiormente tan grande necesidad de cambiar de impresiones, que hallé un especial consuelo al visitar la casa de mármol. El rey que la mandó construir me habia dirigido en otro tiempo palabras en extremo honrosas para mí cuando atravesé por medio de su ejército siendo un simple oficial. Este rey participa al menos de las necesidades comunes á los hombres; vulgar como ellos, buscó un refugio en los placeres. ¿Sentirán hoy ambos esqueletos la diferencia que existió entre ellos en otro tiempo, cuando el uno era Federico Guillermo y el otro Federico el Grande? Sans-Souci y la casa de mármol son, lo mismo una que otra, ruinas sin dueño.

En todo caso, y aun cuando la enormidad de los sucesos de nuestros dias haya achicado los sucesos pasados; aun cuando Rosbach, Lissa, Liegnit, Torgau, etc., etc., no hayan sido mas que unas escaramuzas respecto de las batallas de Marengo, de Austerlitz, de Jena y de la Moscovia, Federico el Grande es el que menos mal librado queda entre algunos otros personajes, comparados con el gigante encadenado en Santa Elena. El rey de Prusia y Voltaire son dos figuras extravagantemente agrupadas, que vivirán eternamente, el segundo destruía una sociedad con la filosofía que servía al primero para fundar un reino.

Las noches en Berlin son muy largas. Habito un palacio propio de la señora duquesa de Dino. Mis secretarios me abandonan al anochecer. Cuando no hay fiesta en la corte por el casamiento de la gran duquesa con el gran duque Nicolás (1), no salgo de casa. Encerrado solo junto á una estufa de color oscuro, únicamente llega á mis oídos el grito del centinela de la puerta de Brandebourg y los pasos sobre la nieve del sereno que canta las horas. ¿En qué invertiré mi tiempo? ¿Con los libros? No los tengo: continuaré por lo tanto mis *Memorias*.

Me habeis dejado en el camino de Combourg á Rennes, en cuya ciudad fui á hospedarme á casa de uno de mis parientes, el cual me manifestó con regocijo que una señora conocida suya, que iba á París tenia un asiento que ceder en su coche, y que estaba casi seguro de poder determinarla á que me llevase en su compañía. Yo acepté, maldiciendo la cortesía de mi pariente, quien despues de haber concluido el trato, me presentó al momento á mi compañera de viaje, la cual era una modista guapa y desvuelta, que se echó á reír así que me vió. Los caballos llegaron á media noche, y partimos en seguida.

Héme aquí en una silla de posta, y á solas con una mujer en medio de la noche. ¿Cómo era posible que yo, que no habia mirado en mi vida á ninguna mujer sin ruborizarme, descendiese desde la altura de mis sueños hasta aquella espantosa verdad? No sabia cómo ni en dónde me hallaba, y trataba de apretarme cuanto podia al rincón del coche de miedo de tocar el traje de la señora Rosa. Cuando me dirigía la palabra, balbuceaba yo sin poder responderla; víose precisada á pagar el postillon, y á encargarse de todo, porque yo no era capaz de nada. Al amanecer volvió á mirar con nueva sorpresa á este simple, con el cual sentia haberse puesto en viaje.

Cuando empezó á variar el aspecto del paisaje y dejé de reconocer el traje y acento de los aldeanos bretones, caí en un abatimiento profundo, y se aumentó por ende el desprecio que sentía hacia mí la señora Rosa. Yo conocí perfectamente la clase de sentimiento que habia inspirado, y este primer ensayo del mundo me hizo una impresion que el tiempo no ha conseguido borrar completamente. Yo habia nacido montaraz, pero no vergonzoso; tenia la modestia de mis años, pero no el embarazo que suele ser peculiar de los jóvenes de mi edad. Cuando adiviné que habia caído en ridiculo, merced á una de mis buenas cualidades, mi bravura se cambió en una timidez invencible. Ya no pude decir ni una palabra mas; conocia que tenia que ocultar alguna cosa, y que esta alguna cosa era una virtud; tomé, pues, el partido de ocultarme á mí mismo para llevar en paz mi inocencia.

Entre tanto seguíamos avanzando hácia París. Cuando llegamos á la parada de Saint-Cyr me llamó la atencion la anchura de los caminos y la regularidad y simetría de los plantíos. De allí á muy poco rato llegamos á Versailles, y me maravillé en extremo al ver el naranjal y sus escaleras de mármol. El buen éxito de la guerra de América habia devuelto sus triunfos al castillo de Luis XIV; la reina brillaba en él con todo el esplendor de su juventud y belleza; el trono, que tan próximo se hallaba á su caída, parecia que no habia estado jamás mas sólido. Y yo, oscuro viajero, debía sobrevivir á aquella pompa; debía quedar para ver los bosques de Trianon, tan desiertos como los que acabamos de dejar entonces.

Llegamos, en fin, á París. Todos cuantos semblantes encontraba me parecia que revelaban cierto aire burlon; creía, como el hidalgo montañés, que me miraban para burlarse de mí. La señora Rosa dijo que

(1) Actualmente emperador el uno y emperatriz la otra de Rusia.

(Paris; nota de 1852.)

la condujeran á la calle del Mail, al *hotel de Europa*, y se apresuró á deshacerse de su imbécil. Apenas me habia apeado del coche, cuando dijo al portero: «Dad á este caballero una habitacion.—Servidora vuestra,» añadió, haciéndome una ligera cortesía. En toda mi vida he vuelto á ver á la señora Rosa.

Berlin marzo de 1821.

MI HERMANO.—MI PRIMO MOREAU.—MI HERMANA LA CONDESA DE TARCY.

Una mujer subió delante de mí por una escalera negra y empinada, llevando una llave rotulada en la mano: seguíamos un saboyano cargado con mi maletilla. Cuando llegamos al tercer piso, la criada abrió la puerta de un cuarto, y el saboyano dejó la maleta, colocándola al través de los brazos de un sillón. La criada me dijo entonces: «¿Se os ofrece algo, caballero?—No» le respondí. Oyéronse tres silbidos; mi interlocutora contestó: «Allá voy.» Salió bruscamente, cerró la puerta, y echó á correr con el saboyano por la escalera abajo. Cuando me quedé solo, se me oprimió el corazón de una manera tan extraordinaria, que faltó poco para que volviese á emprender el camino de Bretaña. Veníase á la memoria todo cuanto habia oído decir de París, y me veía contrariado de cien maneras diferentes. Quería acostarme, y no estaba echa la cama; tenia hambre, y no sabia cómo arreglármelas para comer. Aquejábame el temor de faltar á los usos de la casa: ¿debía llamar á los criados de la fonda, ó bajar en busca suya? ¿A quién dirigirme? Aventúreme al fin á asomar la cabeza por una ventana, y no vi mas que un patio interior, profundo como un pozo, por el cual pasaban y repasaban algunos criados, que no se acordarian probablemente en su vida del prisionero del tercer piso. Volví á sentarme cerca de la sucia alcoba donde debía dormir, y quedé reducido á contemplar los personajes del papel pintado que habia en el interior de la misma. A esta sazón oí un ruido lejano de voces, que fue aumentando y aproximándose poco á poco; ábrese la puerta de mi cuarto, y veo entrar á mi hermano y á uno de mis primos, hijo de una hermana de mi madre, que habia hecho un mal casamiento. La señora Rosa se apiadó, á pesar de todo, del pobre necio, y mandó un recado á mi hermano, cuyas señas le dijeron en Rennes, de que ya habia llegado á París. Mi hermano me echó los brazos al cuello. Mi primo Moreau era un hombre alto y gordo, que estaba manchado siempre de tabaco, que comía como un ogro, que hablaba mucho, que estaba correteando, silbando, y ahogándose todo el dia; que conocia á todo el mundo, y que pasaba la vida en los garitos, en las antecámaras y en los salones. «¡Vamos, caballero! exclamó al verme: ya os tenemos en París; voy á llevaros á casa de madama de Chatenay.» ¿Quién era aquella mujer, cuyo nombre oía por primera vez en mi vida? Esta proposición me hizo rebelarme contra mi primo Moreau. «El caballero, dijo mi hermano, debe tener necesidad de reposo; iremos por tanto á ver á madama de Tarcy, y despues volverá á comer y á acostarse.»

Al oír estas palabras, penetré en mi corazón un sentimiento de gozo; el recuerdo de mi familia en medio de un mundo indiferente fue para mí un bálsamo. Pusímonos en marcha. El primo Moreau dijo tempestades acerca de mi mala habitacion, y ordenó al huésped que me hiciese bajar un piso cuando menos. Subimos al coche de mi hermano, y nos dirigimos al convento donde vivia madama de Tarcy.

Julia hacia ya algun tiempo que habia ido á París para consultar á los médicos. Su encantadora figura, su elegancia y su talento la hacian muy apreciable á

los ojos de cuantos la conocian, los cuales tenian placer en visitarla. Ya he dicho que habia nacido con talento especial para la poesia. Ha llegado á ser una santa, despues de haber sido una de las mujeres mas agradables de su siglo: el abate Carrion ha escrito su vida (1). Estos pastores, que andan siempre tras de las almas, sienten hácia ellas el amor que un padre de la Iglesia atribuye al Criador. «Cuando un alma llega al cielo, dice este pobre, con la sencillez de corazón de un cristiano de los primitivos tiempos y con la candidez de un genio griego, la pone Dios sobre sus rodillas y la llama su hija.»

Lucila ha dejado una penetrante lamentacion: *A la hermana que ya no tengo*. La admiracion que inspiraba Julia al abate Carrion explica y justifica las palabras de Lucila. La narracion del santo padre demuestra tambien que yo he dicho verdad en el prefacio de *El Genio del Cristianismo*, y sirve de prueba para algunas partes de mis *Memorias*.

Julia se entregó inocente en los brazos del arrepentimiento; consagró los tesoros de su austeridad, á la redencion de sus hermanos, y á imitacion de la ilustre africana, su patrona, se hizo mártir.

El abate Carrion, el autor de la *Vida de los Justos*, es aquel eclesiástico compatriota mio, el Francisco de Paula del destierro, cuya fama, revelada por los afligidos, llegó á sonar al través de la de Bonaparte. El estruendo de una revolucion que trastornaba la sociedad no fue suficiente para ahogar la voz de un pobre vicario proscrito; parecia que habia venido expreso de extranjas tierras para escribir las virtudes de mi hermana: él anduvo buscando entre nuestras ruinas, y descubrió una víctima y una tumba olvidadas.

Cuando el nuevo biógrafo describe las religiosas crueldades de Julia, se creeria que estaba oyendo á Bossuet en el sermón sobre la profesion de fe de la señorita de la Valliere.

«¿Osará ella tocar á ese cuerpo tan tierno, tan querido, tan cuidado? ¿No tendrá piedad de esa complexion tan delicada? Al contrario; á él es principalmente á quien se adhiere el alma como á su mas peligroso seductor: ella se marca los límites; estrechada por todas partes, no puede respirar sino del lado del cielo.»

Yo no puedo menos de sentir cierta confusion al volver á hallar mi nombre en las últimas líneas trazadas por la mano del venerable historiador de Julia. ¿Qué voy á hacer yo con mis debilidades al lado de tan elevadas perfecciones? ¿He cumplido yo todo lo que me hizo prometer la carta de mi hermana cuando la recibí hallándome emigrado en Londres? ¿Basta un libro ante la presencia de Dios? ¿Está, por otra parte, mi vida conforme con *El Genio del Cristianismo*? ¿Qué importa que haya trazado yo las imágenes mas ó menos brillantes de la religion, si mis pasiones echan una sombra sobre mi fe! Yo no he llegado hasta el fin; yo no he ceñido el cilicio; esa túnica de mi viático hubiera embebido y secado mis sudores. Pero, viajero fatigado, me he sentado al lado del camino, y fatigado ó no, preciso será que me levante y que llegue al término donde ha llegado mi hermana.

Nada falta á la gloria de Julia: el abate Carrion ha escrito su vida: Lucila ha llorado su muerte,

(1) He puesto la vida de mi hermana Julia como suplemento á estas *Memorias*.

Berlin 30 de marzo de 1821.

JULIA EN EL MUNDO.—COMIDA.—POMMEREUL.—MADAMA DE CHATENAY.

Cuando volví á hallar á Julia en París, se hallaba en medio de las pompas mundanas: mostrábase cubierta de aquellas flores, ataviada con aquellos collares, y velada con aquellos tejidos que San Clemente prohíbe á las primeras cristianas. San Basilio quiere que la media noche sea para el solitario lo que es la mañana para los otros, á fin de aprovechar el silencio de la naturaleza. La media noche era precisamente la hora en que iba Julia á las fiestas, cuya principal seduccion consistia en sus versos, acentuados por ella con una maravillosa euphonia.

Julia era infinitamente mas hermosa que Lucila; tenia unos ojos azules muy carnosos, y negros cabellos ondeados. Sus manos y brazos, modelos de blancura y de buenas formas, añadidos con sus graciosos movimientos un no sé qué de encantador á su esbelto talle. Mostrábase brillante y animada; reia mucho, pero sin afectacion, y enseñaba cuando se reia unos dientes de perlas. Habia una porcion de retratos de mujeres del tiempo de Luis XIV que se parecian á Julia, entre ellos los de las tres Montemart; pero era mucho mas elegante que madama de Montespan.

Julia me recibió con esa ternura que es peculiar únicamente de una hermana. Yo me sentí bajo una poderosa proteccion al verme estrechado entre sus brazos, sus cintas, su ramillete de rosas y sus encajes: nada hay que pueda reemplazar el agrado, la delicadeza y el afecto de una mujer: olvidanle á uno sus hermanos y sus amigos, y lo desconocen sus compañeros; pero no sucede así con su madre, su hermana ó su mujer. Cuando fue muerto Harold en la batalla d'Hastings, nadie podia encontrarlo entre los montones de cadáveres: preciso fue para conseguirlo recurrir á una joven á quien amaba. Vino esta, y el infortunado príncipe fue hallado por Edith en el cuello del cisne: *Editha swanes-hales, quod sonat collum cygni*.

Mi hermano volvió á acompañarme hasta la fonda; dió orden para que me sirvieran la comida, y se marchó al instante; comí solo, y me acosté triste. Pasé mi primera noche en París echando de menos mis matorrales, y temblando ante la oscuridad de mi porvenir.

A la mañana siguiente vino á las ocho mi robusto primo, el cual habia ya hecho su quinta ó sexta expedicion: «Arriba, caballero; vamos á almorzar; iremos á comer despues con Pommereul, y á la noche os llevo á casa de madama de Chatenay.» Parecióme que esto era una fatalidad, y me resigné. Despues de almorzar se empeñó en enseñarme á París, y me llevó por las calles mas sucias de las cercanías del Palais-Royal, coctándome los peligros á que se hallaba expuesto un joven. Asistimos puntualmente á la cita de la comida en casa del hosterero, y todo cuanto nos sirvieron me pareció malo. La conversacion y los convidados me mostraron otro mundo. No se habló de otra cosa que de la corte, de los proyectos de hacienda, de las sesiones de la academia, de las mujeres y de las intrigas del dia, de la comedia nueva, de los triunfos de los autores, de los actores y de las actrices.

Muchos de los convidados eran bretones; entre otros el caballero de Gaer y Pommereul. Este era un excelente hablador, que escribió algunas campañas de Bonaparte, y á quien estaba yo destinado á volver á hallar á la cabeza de los librerios.

Pommereul gozó en tiempo del imperio de cierto renombre por su odio á la nobleza. Cuando un hi-

dalgo se hacia gentil-hombre de cámara, exclamaba: «¡Otro nuevo servicio sobre la cabeza de estos nobles!» Y á pesar de todo, Pommereul tenia pretensiones, y con justa razon, de ser hidalgo. Firmaba *Pommereul*, haciéndose descendiente de la familia de los Pommereul de las cartas de madama de Sevigné.

Mi hermano quiso llevarme al teatro despues de comer; pero mi primo me reclamó para Mad. de Chatenay, y me fuí con él á mi destino.

Hallé en ella una mujer hermosa, que habia pasado su primera juventud, pero que podia inspirar sin embargo todavia alguna aficion. Recibíome perfectamente, y trató de hacerme perder mi encogimiento natural preguntándome sobre mi provincia y mi regimiento. A pesar de todo estuve cortado y confuso, y hacia señas á mi primo para que abreviase la visita; pero este proseguia haciendo ponderaciones, sin mirarme, acerca de mis méritos; afirmaba que yo habia hecho versos en el vientre de mi madre, y me invitaba á que dirigiese algunos á Mad. de Chatenay. Afortunadamente me sacó esta de tan penosa situacion pidiéndome mil perdones porque tenia que salir, y me invitó á que volviese á verla á la mañana siguiente, con un sonido de voz tan dulce, que prometí involuntariamente obedecerla.

En cumplimiento de mi promesa, fuí solo á verla al otro dia, y la hallé acostada en una habitacion elegantemente amueblada. Me dijo que se hallaba un poco indispueta, y que tenia la mala costumbre de levantarse tarde. Aquella era la primera vez de mi vida que me hallaba al borde de la cama de una mujer que no era ni mi hermana ni mi madre. Habia notado la vispera mi timidez; y la vencí hasta tal punto, que me atreví á explicarme con una especie de abandono. Ya he olvidado lo que le dije; pero aun se me figura que estoy viendo su aire de sorpresa. Tendíome un brazo medio desnudo y la mano mas hermosa del mundo, y me dijo con semblante risueño: «Ya os domesticaremos.» Yo no besé aquella hermosa mano, y me retiré lleno de turbacion. A la mañana siguiente partí para Cambray. ¿Quién era aquella señora de Chatenay? Lo ignoro; únicamente sé que se cruzó en mi vida como una sombra encantadora.

Berlin, marzo de 1821.

CAMBRAY.—EL REGIMIENTO DE NAVARRA.—LA MARTINIÈRE.

El correo de la mala me condujo á mi guarnicion. Uno de mis cuñados, el vizconde de Chateaubourg (el cual casó con mi hermana Benigna despues que esta enviudó del conde de Quebricac), me habia dado cartas de recomendacion para los oficiales de mi regimiento. El caballero de Guenau, hombre de muy agradable trato, hizo que me admitieran á la mesa en que comian los oficiales distinguidos por sus talentos, monsieur Achard, los Mahis y La Martiniere. El marqués de Montemart era el coronel del regimiento, y mayor el conde de Andrezel, al cual fui recomendado muy particularmente. Mas tarde he vuelto á hallar á los dos. Uno de ellos llegó á ser colega mio en la cámara de los Pares, y el otro se acercó á mí en solicitud de algunos servicios que tuve la dicha de prestarle. Esperimentase un triste placer al encontrar las personas que ha conocido uno en diversas épocas de la vida, y al considerar el cambio verificado en su existencia y en la nuestra. Estas personas, como los piquetes que deja uno detrás, nos trazan el camino que hemos seguido en el desierto de lo pasado.

Llegué al regimiento en traje de paisano, y veinte y cuatro horas despues vestia el traje militar, como si no hubiera gastado otro en mi vida. Mi uniforme era

azul y blanco, como el hábito que llevé en otro tiempo: durante las épocas de mi niñez y de mi infancia he usado los mismos colores. Los subtenientes del regimiento no me hicieron sufrir ninguna de las pruebas á las que habia costumbre de someter á los novatos: ignoro por qué no se atrevieron á usar conmigo de estas bromas militares. Apenas habia dos semanas que me hallaba en el cuerpo, ya me trataban todos como á un oficial antiguo. Aprendí con facilidad el manejo de las armas y la teoría, y pasé los grados de cabo y sargento con satisfaccion de mis instructores. Mi cuarto llegó á ser el punto de reunion de los viejos capitanes y de los jóvenes subtenientes; los primeros me referian sus campañas, y los otros me confiaban sus amores.

La Martiniere me venia á buscar para que fuéramos á pasear á la calle de una linda cambresiana, de la cual estaba muy enamorado; esta operacion soliamos repetir la cinco ó seis veces al dia. El pobre La Martiniere, que era muy feo y tenia la cara picada de viruelas, me referia su pasion bebiéndose grandes vasos de agua de grosella, que pagaba yo algunas veces.

Todo hubiera marchado para mí maravillosamente sin mi loca aficion á la moda; afectábase entonces el rigorismo del traje prusiano; sombrero angosto, bucles pequeños aplastados unos sobre otros, coleta recta y apretada, y casaca abotonada hasta el cuello. Este traje me desagradaba extraordinariamente; sometíame á él por la mañana porque no tenia otro remedio; pero por la noche, cuando no temia ser visto por los gefes, me encasquetaba un sombrero mas ancho; llamaba á un barbero para que bajase los bucles de mis cabellos y me desatase la coleta; me desabotonaba y volvia del revés las solapas de mi casaca, y en este delicioso *negligé* iba á pasearme con La Martiniere bajo los balcones de su cruel flamenca. Un dia me encontré de manos á boca con Mr. de Andrezel. «¿Qué es eso, caballero? me dijo el terrible mayor: id arrestado á la prevencion por tres dias.» Confieso que este castigo me humilló algun tanto; pero no pude menos de reconocer al mismo tiempo la verdad del proverbio: *No hay mal que por bien no venga*, puesto que me libertó de los amores de mi camarada.

Cerca de la tumba de Fenelon volví á leer el *Télémaque*; pero no estaba en la mejor disposicion para entretenerme con la historietta filantrópica de *La Vaca y el prelado*.

El principio de mi carrera es uno de mis agradables recuerdos. Al pasar por Cambray con el rey, despues de los Cien dias, busqué la casa en que habia habitado y el café que solia frecuentar, y no pude hallar ni una ni otro; todo habia desaparecido, hombres y monumentos.

MUERTE DE MI PADRE.

El mismo año en que empecé á hacer en Cambray mis primeros servicios, llegó la noticia de la muerte de Federico II. Actualmente soy embajador cerca del sobrino de aquel gran rey, y escribo en Berlin esta parte de mis memorias. A esta noticia, importante para el público, sucedió otra en extremo dolorosa para mí: Lucila me anunció que mi padre habia fallecido de un ataque apoplejico á los dos dias de la fiesta de la Angevina, la cual constituia uno de los goces de mi infancia.

Entre los documentos auténticos que me sirven de guia, hallo las fees de difuntos de mis padres. Estas actas comprueban tambien de una manera particular *la muerte del siglo*, y las consigno aquí como una página histórica.

«Extracto del libro de defunciones de la parroquia de Comboung del año de 1786, en el cual se halla escrito lo que sigue, al folio 8 vuelto:

«El cuerpo del alto y poderoso señor, Renato de Chateaubriand, caballero, conde de Combourg, señor de Ganges, del Plessis-l'Épine, de Boulet, de Males-troit en Dol, y de otros lugares, esposo de la alta y poderosa señora, Apolina Juana Susana de Bedée, de la Bonetardais señora condesa de Combourg, de sesenta y nueve años de edad próximamente, muerto en su castillo de Combourg el 6 de setiembre á las ocho de la noche, fue inhumado el 8 en el subterráneo del dicho señorío y colocado en la bóveda de nuestra iglesia de Combourg en presencia de los hidalgos, de los señores oficiales de la jurisdicción, y de otros vecinos notables que abajo firman.—El conde del Petitbois, de Monlouet, de Chateaudassy, Delaunay, Morault, Noury de Mauny, abogado; Hermer, procurador; Petit, abogado y procurador fiscal; Robiou, Portal, Le Donarin, de Trevélec, rector decano de Dingé; Sevin, rector.»

En la copia expedida en 1812 por Mr. Lodin, *mairre* de Combourg, las diez y nueve palabras de los títulos *alto y poderoso señor* etc., fueron suprimidas.

Extracto del libro de defunciones de la ciudad de Saint-Servant, primer distrito del departamento de l'Ille et-Vilaine del año y de la república, folio 35, en el cual se halla escrito lo que sigue:

«El doce prarial, año vi de la república francesa, comparecieron ante mi Santiago Bourdeasse, oficial municipal de la jurisdicción de Saint-Servant, electo oficial público el 4 floreal último; Juan Baslé, jardinero, y José Boulin, jornalero, los cuales me declararon que Apolina Juana Susana de Bedée, viuda de Renato Augusto de Chateaubriand, falleció en casa de la ciudadana Gouyon, situada en la Ballue, dicho día á la una de la tarde. Después de haberme cerciorado de la verdad de esta declaración, estendi la presente acta, que firma solo conmigo Juan Baslé, por haber declarado José Boulin que no sabia hacerlo.»

«Dado en la casa consistorial dicho día y año. Firmado, Juan Baslé y Bourdasse.»

En el primer extracto se ve que subsiste aun la antigua sociedad: Mr. de Chateaubriand es un *alto y poderoso señor* etc., los testigos son *los hidalgos* y *los vecinos notables*: entre los firmantes figuran aquel marqués de Monlouet, que hacia noche en el invierno en el castillo de Combourg, y el cura Sevin, á quien costó tanto trabajo creer que yo era autor de *El Genio del Cristianismo*, fieles amigos de mi padre, que le acompañaron hasta su última morada... Pero mi padre no permaneció mucho tiempo envuelto en su sudario: Mr. de Chateaubriand fue sacado de él cuando se desquició la antigua Francia.

En el extracto mortuario de mi madre la tierra rodaba ya sobre otros polos: nuevo mundo, nueva era, el cómputo de los años y hasta los nombres de los meses fueron alterados. Mad. de Chateaubriand no es mas que una pobre mujer que murió en el domicilio de la ciudadana Gouyon: un jardinero y un jornalero que no sabe firmar atestiguan la muerte de mi madre; ni un pariente ni un amigo siquiera; ninguna pompa fúnebre: la revolucion (1) fue su único acompañamiento.

Berlin marzo de 1821.

LÁGRIMAS.—¿HUBIERA LLEGADO YO A OBTENER EL APRECIAMIENTO DE MI PADRE?

Yo lloré á Mr. de Chateaubriand. Su muerte me demostró mas evidentemente lo que valia, y se borraron de mi memoria sus rigores y debilidades. Creía estar viendo todavía paseándose por la noche en la sala

(1) Mi sobrino, Federico de Chateaubriand, hijo de mi primo Arnando, compró despues la Ballue, donde murió mi madre, segun es costumbre en Bretaña.

de Combourg, y no podía menos de entermecerme al recordar aquellas escenas de familia. Si el afecto de mi padre hacia mí se resentia de la severidad de su carácter, en el fondo no era por eso menos vivo. El feroz mariscal de Montluc, que postrado por sus dolorosas heridas se veia reducido á ocultar bajo un pedazo de lienzo el horror de se gloria; aquel hombre, que lo llevaba todo á sangre y fuego, se echaba en cara su dureza hacia un hijo que acababa de perder.

«Ese pobre muchacho, decía, no ha visto en mí mas que frialdad y desprecio; ese infeliz ha bajado al sepulcro en la creencia de que yo no he sabido amarle y apreciarle segun merecia. ¿A cuándo aguardaba yo á manifestarle este afecto singular que le profesaba en el fondo de mi alma? ¿Era él por ventura quien debía dulcificar los placeres y cargar con el peso de todas las obligaciones? He hecho grandes é incómodos esfuerzos por conservar esta vana máscara que me ha privado del encanto de su conversacion y de su afecto, que no habrá podido menos de ser muy tibio, no habiendo recibido nunca de mí mas que un tratamiento rudo y tirano.»

El afecto que yo profesaba á mi padre *no tenia nada de tibio*, y estoy seguro que, á pesar de su *tratamiento tiránico*, me amaba con ternura, y de que me hubiera llorado si la Providencia me hubiese llamado á sí. ¿Se hubiera empero mostrado sensible á mi fama si hubiéramos permanecido los dos sobre la tierra? Un renombre literario hubiera herido quizás su orgullo aristocrático; quizás hubiera creído que su hijo habia degenerado por su inclinacion á las letras. La embajada misma de Berlin, conquistada por la pluma y no por la espada, no le hubiera satisfecho. Su sangre bretona le impelia por otra parte á burlarse de la política, á ser contrario á los impuestos y enemigo declarado de la corte. Léa la *Gaceta de Leyde*, el *Diario de Francfort*, el *Mercurio de Francia*, y la *Historia filosófica de las dos Indias*, cuyo declamatorio estilo le encantaba, y llamaba al abate Reynald un *grande hombre*. En diplomacia era anti-musulman, y afirmaba que cuarenta mil *picaros rusos*, pasarian sobre el vientre de los genizaros y tomarian á Constantinopla. Pero aunque turcófago, mi padre conservaba en su corazon un profundo rencor á los *picaros rusos*, originado de los encuentros que tuvo con ellos en Dantzick.

Yo tambien participo en cierto modo de la opinion de Mr. de Chateaubriand sobre las reputaciones literarias ó de otro género, aunque por razones muy diferentes de las suyas. No conozco en la historia un renombre que excite mi envidia; y aun cuando no tuviera que hacer mas que bajarme al suelo para recoger en provecho mio la gloria mas ilustre del mundo, no me tomara ese trabajo. Si hubiera estado en mi mano, hubiera nacido mujer, por la pasion que me inspira este sexo; ó en el caso de que me hubiera decidido por ser hombre, me hubiera colmado de belleza; además, y por vía de precaucion contra el fastidio, mi enemigo encarnizado, hubiera sido para mí asaz conveniente ser un artista superior, pero desconocido, y no hacer uso de mi talento sino en beneficio de mi soledad. En la vida, pesada en su balanza mas ligera, regulada por su medida mas corta, no hay mas que dos cosas verdaderas: la religion con la inteligencia; el amor con la juventud; es decir, lo porvenir y lo presente: lo demás no vale la pena.

El primer acto del drama de mi vida terminaba con la muerte de mi padre, cuyos hogares quedaron vacios: yo los compadecia como si hubiesen sido capaces de sentir el abandono y la soledad. Esta desgracia me dejaba dueño de mí mismo y en el pleno goce de mi fortuna, ¿pero qué iba yo á hacer de esta libertad? ¿A quién habia de entregársela? Tenia desconfianza de mis propias fuerzas, y retrocedia ante mí mismo.

Berlin marzo de 1821.

REGRESO Á BRETAÑA.—MI ESTANCIA EN CASA DE MI HERMANA MAYOR. MI HERMANO ME LLAMA Á PARÍS.

Algun tiempo despues de haber sido destinado al regimiento, obtuve una licencia. Mr. de Andrezel nombrado gobernador de Picardia, debía abandonar tambien á Cambray; yo le servi de correo. Pasé por París, donde no quise detenerme ni un cuarto de hora, y volví á ver los arenales de mi Bretaña con mas gozo del que espermentaria un napolitano desterrado en nuestros climas al volver á ver las orillas de Pórtici y los campos de Sorrento. Reunióse mi familia en Combourg, arregláronse las particiones, y concluido esto, nos dispersamos todos como los pájaros que echan á volar del nido paterno. Mi hermano, que habia venido de París, regresó á él; mi madre se fijó en Saint-Malo, Lucila siguió á Julia, y yo fui á pasar parte del tiempo que me concedia mi licencia con las señoras de Marigny, de Chateaubourg y de Tarey. El castillo de Marigny, donde habitaba mi hermana mayor y que distaba tres leguas de Tongerés, se hallaba situado entre dos estanques y circundado de bosques, de rocas y de praderas. Ya hacia algunos meses que disfrutaba en él de la mayor tranquilidad, cuando una carta de París vino á turbar mi reposo.

Quando mi hermano se disponia á entrar en el servicio y á casarse con la señorita de Rosambo, no habia dejado aun la toga, por cuya razon no podia aun gastar carruaje. Su impetuosa ambicion le sugirió la idea de hacerle gozar de los honores de la corte, con el objeto de facilitar el camino de su elevacion. Como Lucila habia tenido que hacer las pruebas de nobleza para ser recibida en el capitulo de la Argentiére, todo estaba ya preparado: el mariscal de Duras debía ser su padrino. Mi hermano me decia en su carta que iba á entrar en el camino de la fortuna; que por de pronto obtenia el rango de capitán de caballería, rango honorífico y de distincion, que facilitaria mi entrada en la órden de Malta, lo cual me proporcionaria el goce de cuantiosas rentas. Esta carta me hirió, como si hubiera sido un rayo. ¿volver á París, ser presentado á la corte, yo, que casi me ponía malo cuando hallaba en un salon tres ó cuatro personas desconocidas! ¿Hacerme comprender la ambicion, á mí, cuyos dorados sueños no eran otros que el vivir olvidado.

Mi primer impulso me condujo á contestar á mi hermano que, puesto que él era el primogénito, á él era á quien correspondia sostener su nombre; que por mi parte, oscuro segundon de la Bretaña, no me retiraria del servicio, porque habia probabilidades de una guerra; pero que si el rey tenia necesidad de un soldado en su ejército, no la tenia en su corte de un pobre hidalgo.

Apresuréme á leer esta contestacion romancesca á Mad. de Marigny, que puso el grito en el cielo al escucharla; vino despues Mad. de Tarcy, la cual se burló de mí completamente, y Lucila que se hubiera puesto de mi parte de muy buen grado, no osaba combatir la opinion de sus hermanas. Arrancáronme la carta de mis manos, y como soy muy débil siempre que se trata de mí, escribí á mi hermano que estaba pronto á ponerme en camino.

Partí en efecto, y aun cuando iba á ser presentado á la primera corte de Europa y á verificar mi entrada en la vida de la manera mas brillante, llevaba el aspecto de un hombre á quien se conduce á las galeras, ó sobre el cual se va á pronunciar una sentencia de muerte.

Berlin marzo de 1821.

MI VIDA SOLITARIA EN PARÍS.

Entré en París por el camino que habia seguido la vez primera, y fui á parar á la misma fonda, calle del Mail: era la única que conocia. Alojaronme en un cuarto, cuya puerta daba al frente de mi antigua habitacion, pero que era mucho mas grande y tenia vistas á la calle.

Mi hermano, bien fuese por lo embarazoso de mis modales, fuese por compasion á mi timidez, no me presentó á sociedad alguna, ni me obligó á contraer relaciones con nadie. Su casa estaba situada en la calle de los Fossés-Montmartre; iba á comer con él todos los días á las tres, y en seguida nos separábamos, y no volvíamos á vernos hasta el día siguiente. Mi robusto primo Moreau no se hallaba en París. Pasé dos ó tres veces por la puerta de la casa de Mad. de Chatenay sin atreverme á preguntar al portero lo que habia sido de ella.

Quando llegué á París estábamos á principio del otoño. Levantábame á las seis de la mañana: me iba al picadero, y regresaba despues á almorzar. Tenia entonces furor por el griego, y traducía la *Odisea* y la *Cyropedia*, alternando en este trabajo con estudios históricos hasta las dos, á cuya hora me vestia para ir á casa de mi hermano, el cual me preguntaba lo que habia hecho y visto. Yo le respondia que «nada», y me volvía la espalda encogiéndose de hombros. Un día que se oia ruido en la calle, corrí mi hermano á la ventana, y me llamó para que me asomase á ella; pero no habiendo yo querido levantarme del sillón en que me hallaba sentado, mi pobre hermano me predijo que moriria oscurecido y que seria inútil para mí y para mi familia.

A las cuatro de la tarde regresaba á mi habitacion, y me sentaba detrás de la ventana. Dos jóvenes de quince á diez y seis años, que se ponian á dibujar á esta misma hora en el balcon de la casa de enfrente, habian notado mi regularidad, como yo habia notado la suya. De vez en cuando alzaban la cabeza para mirar á su vecino, y yo les agradecia en el alma esta muestra de atencion. Aquellas dos muchachas eran en París mi única sociedad.

Al anochecer me iba á cualquier teatro: el aislamiento entre el bullicio del mundo era muy de mi agrado, si bien tenia siempre alguna repugnancia al tomar mi billete á la puerta y al mezclarme entre la muchedumbre. Rectifiqué las ideas que me habia formado acerca del teatro en Saint-Malo; ví á Mad. de Saint-Huberti en el papel de Armida, y conocí que faltaba alguna cosa á la maga de mi creacion. Quando no me encerraba en el teatro de la Opera ó en el Francés, me paseaba por las calles ó á lo largo de los muelles, hasta las diez ó las once de la noche. En la actualidad todavia no puedo ver la hilera que forman los reverberos desde la plaza de Luis XV hasta la barrera de los Bons-Hommes sin acordarme de la angustia que sufrí en este sitio cuando fui á Versalles para mi presentación.

Por la noche, cuando me retiraba á casa, pasaba una parte de la velada con los ojos fijos en el fuego que ardia en mi chimenea, el cual no me decia nada; mi imaginacion no era tan rica como la de los persas para figurarme que la llama se parecia á la anémoma y las ascuas á la granada. El ruido de los carruajes que iban y venian en diferentes direcciones lo equivocaba con el murmullo de la mar de mi Bretaña ó del viento en mis bosques de Combourg. El ruido del mundo, que me recordaba el de la soledad, despertaba mis penas: unas veces evocaba mi dolencia antigua, y otras inventaba mi imaginacion la historia de los

personajes que iban dentro de los coches, haciéndome ver salones brillantes, bailes, amores y conquistas. Pero bien pronto volvía en mí, me hallaba desamparado y solo en una hostería, viendo el mundo por la ventana, y oyéndole al través del chisporroteo del fuego de mi chimenea.

Creó Rousseau que su sinceridad y la enseñanza humana exigían que confesase los deleites ilícitos de su vida: y hasta supuso que se le interrogaba gravemente pidiéndole cuenta de sus pecados con las *donne pericolanti*, de Venecia. Si yo me hubiese prostituido á las cortesanas de París, no juzgaría por eso que la posteridad necesitaba saberlo; pero era demasiado tímido por una parte y demasiado fantástico por otra, para que me sedujesen mozelas de la vida airada. Aversion y horror eran los únicos sentimientos que me inspiraban aquellas infelices cuando pasaba por en medio de ellas y las veía asaltar á los transeúntes para llevárselos á sus entresuelos, como los asaltan los cocheros de Saint-Cloud para obligarlos á entrar en sus carruajes. Estos placeres azarosos solo me hubieran convenido en otra época.

En los siglos XIV, XV, XVI y XVII, la imperfección de la civilización, la superstición en las creencias y la barbarie de las costumbres, prestaban á todo un aspecto novelesco: los caracteres eran enérgicos, la imaginación vigorosa, la existencia misteriosa y callada. Arriésgabase entonces la cabeza yendo de noche en busca de una Eloisa, ya en torno de las paredes de un cementerio ó de un convento, ya al pie de las murallas de una ciudad junto á los fosos y cadenas de la plazuela, en barrios cerrados ó en calles estrechas y tenebrosas, madrigueras de ladrones y asesinos, y teatro de continuos combates á la trémula luz de un farol ó en medio de una oscuridad completa. Para darse á esta vida desordenada era preciso sentir un verdadero amor; para violar la universal costumbre se hacían necesarios grandes sacrificios. No solamente había que arrostrar peligros fortuitos y exponerse al golpe de la justicia, sino que faltaba además vencer en la propia persona el imperio de los hábitos comunes, la autoridad de la familia, la tiranía de los usos domésticos, la oposición de la conciencia, los terrores y los deberes del cristiano. Con todas estas dificultades se aumentaba la energía de las pasiones.

En 1788 no hubiera yo seguido á una miserable que por ganar el pan me ofreciera un lugar en su tugurio, puesto bajo la inspección de la policía; pero es probable que en 1606 me hubiese atrevido á dar rómate á una aventura semejante á las que refiere Bassompierre con tan encantador estilo.

«Cinco ó seis meses hacia, dice el buen mariscal, que al pasar por el puentecillo (porque todavía no estaba entonces construido el puente nuevo) veía siempre á una linda modista, establecida en la tienda de *Los Dos Angeles*, hacerme grandes cortesías y seguirme con los ojos hasta que mas no podía. Desde que lo noté, la miraba yo también y la saludaba mas atentamente.

«Sucedió que una vez que pasé por el puentecillo, volviendo de Fontainebleau á París, en cuanto me vió llegar, salió á la puerta de la tienda, y me dijo: «Servidora vuestra, caballero.» La devolví su saludo, y mirándola de cuando en cuando, observé que me seguía con la vista hasta que desaparecí.»

De resultas obtiene Bassompierre una cita. «Encontré, dice, una hermosa mujer de veinte años, con un gorrito de dormir en la cabeza y una finísima camisa, un refajo de bayeta verde, chapines y peinador. Me gustó mucho. Le pregunté si podría volver á verla. «Si queréis que nos veamos otra vez, contestó, tendréis que ir á casa de una tía mía, que vive en la calle Bourg-l'Abbé, cerca del mercado, y en la esquina de la calle de los Osos, la tercera puerta entrando por la de San Martin; os aguardaré desde las diez has-

ta las doce de la noche, ó mas tarde si es menester, y dejaré la puerta entornada. Despues de entrar hay un callejon; pasadle aprisa, porque la puerta del cuarto de mi tía sale á él; mas allá encontrareis una escalera que os conducirá á este segundo piso.» Fui á las diez, y hallé la puerta designada; había mucha luz, no solo en el piso segundo, sino en el tercero y en el principal; pero la puerta se hallaba cerrada. Di un golpe para avisar que estaba allí; me contestó una voz de hombre preguntándome quién era, y entonces me escondí en la calle de los Osos. Volví á poco por segunda vez: encontré abierta la puerta, subí hasta el piso segundo, y vi que aquella luz era la paja de un gergon que estaba ardiendo, y que había dos cadáveres enteramente desnudos encima de la mesa del aposento. Entonces me retiré, no poco asombrado; al bajar tropecé con algunos *cuervos* (enterradores), los cuales me preguntaron qué se me ofrecía; pero yo eché mano á la espada y me abrí paso, volviendo á casa bastante conmovido por aquel inesperado espectáculo.»

También yo he ido á inspeccionar aquel sitio con las señas escritas por Bassompierre hace doscientos cuarenta años. Pasé por el puentecillo, atravesé el mercado, y seguí por la calle de San Dionisio hasta la de los Osos, que se halla á mano derecha; la primera que desemboca en ella por el lado izquierdo es la de Bourg-l'Abbé. Su inscripción, ennegrecida como por el tiempo ó un incendio, me hizo concebir buenas esperanzas. Encontré la tercera puertecilla desde la calle de San Martin; ¡tan fieles son las señas del historiador! mas al llegar allí vi desgraciadamente que habían desaparecido los dos siglos y medio que al principio creí encontrar. La fachada de la casa es muy moderna; y ni del cuarto principal, ni del segundo, ni del tercero salía resplandor ninguno. En las ventanas del último piso, abiertas en el atrio del edificio, había una guirnalda de capuchinas y guisantes de olor; en el piso bajo se ostentaban en una tienda de peluquero gran número de matas de pelo colgadas detrás de los vidrios.

Chasqueado así, entré en aquel museo de las modernas Eponinas. Desde la conquista de los romanos han acostumbrado las mujeres de las Galias á vender sus rubias trenzas á cabezas menos favorecidas por la naturaleza; y hoy todavía se las cortan mis paisanas de Bretaña en ciertos dias de feria, trocando el natural velo de su cabeza por un pañuelo de las Indias. Dirigíme á un seco individuo que estaba tejiendo una peluca con un peine de hierro, y le pregunté: «Caballero, ¿podré saber si habeis comprado el pelo de una modista jóven que vivía junto al puentecillo en la tienda de *Los Dos Angeles*?» El hombre se quedó embozado sin decir si ni no, y yo me retiré, pidiéndole mil perdones, por entre un laberinto de tupés de todas clases.

Discurrí en seguida de puerta en puerta; no parecía ninguna modista de veinte años que me hiciese grandes cortesías, ni había tal mujer franca, desinteresada y cariñosa, con *gorro de dormir*, *finísima camisa*, *refajo de bayeta verde*, *chapines* y *peinador*. Una vieja regañona, á quien faltaban pocos dias para ir á buscar sus perdidos dientes al seno de la tierra, me amenazó con pegarme con su muleta; quizás sería la tía del cuento.

¡Qué aventura tan bella es la de Bassompierre! No debe perderse de vista una de las razones que le pusieron en aptitud de inspirar una pasión tan decidida. Por aquella época se dividían todavía los franceses en dos clases muy marcadas; una dominante, otra casi reducida á la condicion de sierva. La modista estrechaba á Bassompierre entre sus brazos como á un semi-dios que se digna bajar al seno de una esclava; alucinábala él con su gloria, ilusión que no fascina á ninguna mujer del mundo, esceptuando á las francesas.

Pero, ¿quién podrá revelarnos las misteriosas causas de aquella catástrofe? ¿Era el cuerpo de la linda niña de *Los Dos Angeles* el que yacía sobre la mesa al lado de otro cadáver? ¿Qué cadáver era este? ¿Pertenece al marido, al hombre cuya voz oyó Bassompierre? ¿Había llegado la peste (porque á la sazón había peste en París), ó tal vez los zelos, á la calle de Bourg-l'Abbé antes que el amor? Gran campo ofrece á la imaginación semejante asunto. Combinense las invenciones del poeta con una cosa popular, con los sepultureros ó *cuervos*, y con la espada de Bassompierre, y saldrá de la aventura un magnífico melodrama.

Algunos se admirarán de mi castidad y mi buena conducta en París, en esa gran capital, donde me hallaba enteramente libre para hacer mi voluntad, como en la abadía de Thelemon, en que ningun monge obedecía mas ley que la de su capricho. Ello es cierto, sin embargo, que no abusé de mi independencia; las únicas relaciones que tenía eran con la susodicha cortesana de doscientos diez y seis años de edad, antigua amante de un mariscal de Francia, que fue rival del monarca bearnés con la señorita de Montmorency, y adorador de la señorita de Entragues, hermana de la marquesa de Verneuil, que tan mal habló de Enrique V. No sospechaba Luis XVI, á quien yo debía visitar, mis secretas relaciones con su familia.

Berlin abril de 1821.

PRESENTACION EN VERSALLES. — CACERÍA CON EL REY.

Llegó por fin el dia fatal en que tuve que marchar á Versailles, mas muerto que vivo. Salí para aquel sitio con mi hermano la víspera de mi presentación, y fui á parar á casa del mariscal de Duras, hombre sumamente distinguido, pero tan vulgar en su lenguaje, que toda su persona se resentía de cierto aire plebeyo, á pesar de sus finos modales. El buen mariscal me causó en medio de esto un miedo horrible.

A la siguiente mañana marché solo á palacio. Puede decirse que no ha visto nada el que no ha sido testigo de la pompa de Versailles, aun despues de haberse licenciado la antigua servidumbre: siempre estaba allí la sombra de Luis XIV.

Hasta que pasé la sala de guardias no hubo novedad notable; siempre me ha gustado el aparato militar, y nunca le he tenido miedo. Pero mis apuros empezaron así que entré en el *ojo de buey* y me vi rodeado de cortesanos que clavaban en mí la vista y se preguntaban mi nombre unos á otros. Para comprender la importancia que entonces tenía una presentación, debe recordarse el prestigio que acompañaba á la dignidad monárquica. Todo *debutante* llevaba consigo un misterioso destino, y cesaba de estar sujeto á ese trato, entre protector y despreciativo, que con la esquisita finura de modales constituía el inimitable tono de la gente de alta categoría de la época. ¿Quién podía adivinar si aquel *debutante* llegaría á ser con el tiempo el favorito del amo? Respetábase, pues, en él la domesticidad futura con que acaso se vería honrado; en el dia acudimos á palacio con mas precipitación aun, y lo particular es que lo hacemos sin ilusión: un artesano, reducido á nutrirse con verdades, está muy cerca de morir de hambre.

Luego que anunciaron que el rey se había levantado, retiráronse todos los circunstantes, que aun no habían sido presentados; esto me infundió cierto impulso de vanidad, pues sin tener precisamente orgullo por quedarme, me hubiera costado alguna vergüenza el salir de allí en aquel momento. Abrióse la cámara del rey, y vi á S. M., segun era costumbre, acabando de vestirse, ó, lo que es lo mismo, tomando su sombrero de manos del primer gentil-hombre de servicio.

En seguida salió para ir á misa; yo hice una cortesía, y el mariscal de Duras dijo: «Señor, el caballero de Chateaubriand.» Miróme el monarca, me devolví mi saludo, y se quedó parado como si titubeara en dirigirme la palabra. Hubiera podido contestarle con serenidad; toda mi timidez se había desvanecido, y sin darme cuenta de lo que por mí pasaba, me parecía ya la cosa mas sencilla el hablar con el generalismo de los ejércitos, con el gefe supremo del Estado. Mas apurado el rey que yo, pasó de largo sin hallar una palabra que decirme. ¡Vanidad del destino humano! Aquel soberano, á quien por la primera vez veía entonces; aquel poderoso monarca era Luis XVI, seis años antes de subir al cadalso. Y el nuevo cortesano, á quien apenas concedió una mirada, destinado á rebuscar osamentas algun dia, despues de ser presentado con pruebas de nobleza al hijo de San Luis en medio de su pompa, debía serlo mas adelante á su ceniza con pruebas de fidelidad. ¡Tributo doble de respeto á la doble magestad del cetro y de la palma! Luis XVI podía responder á sus jueces como Cristo á los judíos: «Os he hecho testigos de muchas acciones buenas: ¿por cuál de ellas me lapidais?»

Queríamos ver á la reina cuando volviese de la capilla, y fuimos á apostarnos en la galería. No tardó en aparecer rodeada de una brillante y numerosa comitiva. Al pasar nos hizo una reverencia llena de dignidad; su rostro respiraba satisfacción y amor á la vida, y, sin embargo, ¡aquellas hermosas manos, que entonces sostenían con gracia sin igual el cetro de tantos reyes, debían zureir, antes que las atase el verdugo, los harapos de la viuda, presa en los calabozos de la Conserjería!

Mi hermano había obtenido de mí un gran sacrificio; pero ya no estaba en su poder el obligarme á prolongarlo. En vano me suplicó que me quedase en Versailles para asistir por la noche á la partida de juego de la reina. «Dirán tu nombre á S. M., añadia, y te hablará el rey.» No podía darme razones mas fuertes para que huyera. Corrí á ocultar el esplendor de mi gloria en el cuarto de la fonda, congratulándome de haber salido de la corte, pero aterrado todavía con la perspectiva de la jornada en carruaje preparada para el 19 de febrero de 1789.

Un dia me avisó el duque de Coigny que me tocaba ir de caza con el rey á la selva de San German. Salí de madrugada hácia el lugar de mi suplicio con uniforme de *debutante*, compuesto de casaca gris, chupa y calzón encarnados, vueltas tiradas, botas á lo *escudero*, cuchillo de monte al cinto, y sombrerito francés galoneado de oro. Cuatro *debutantes* nos reunimos en el palacio de Versailles; á saber: los dos señores de Saint-Marsault, el conde de Hautefeuille (1) y yo. El duque de Coigny nos dió algunas instrucciones para que cuidásemos de no cortar la caza, porque el rey se irritaba en extremo siempre que alguno se interponía entre su persona y la pieza. El nombre que llevaba el duque debía ser luego fatal á la reina: como punto de reunion, se designó la propiedad del Val, sita en la selva de San German, y empeñada por la corona al mariscal Beauveau. Era costumbre que las caballeras del rey surtiesen de cabalgaduras á las personas presentadas al rey que por primera vez concurriesen con él á caza (2).

(1) Posteriormente he visto al señor conde de Hautefeuille, el cual se ocupa en la traducción de algunos trozos escogidos de Byron; la señora condesa de Hautefeuille es la ingeniosa é instruida autora del *Alma desterrada*, etc.

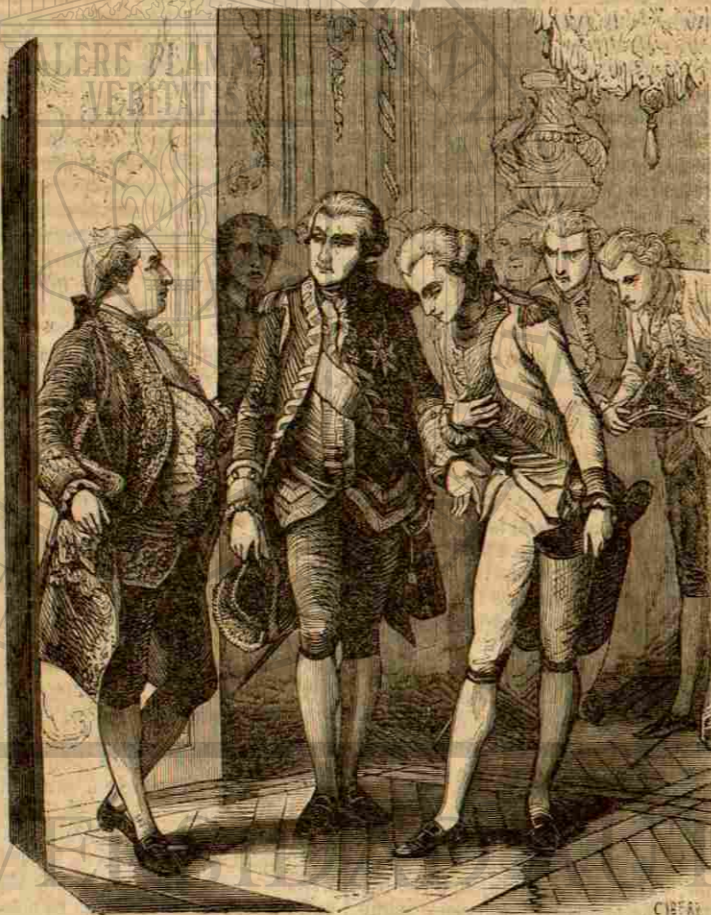
(2) En la *Gaceta de Francia* del martes 21 de febrero de 1787 se lee lo siguiente: «El conde Carlos de Hautefeuille, el baron de Saint-Marsault, el baron de Saint-Marsault Chatellon, y el caballero de Chateaubriand, que anteriormente habían tenido el honor de ser presentados al rey, obtuvieron en 19 del corriente el de ocupar los carruajes de S. M. y acompañarle á caza.»

En cuanto se tocó llamada, corrieron los soldados á las armas, y dieron sus gefes las órdenes. Una voz gritó: — «El rey!» En seguida apareció este, y subió á su carruaje; imitámosle nosotros, y echamos á andar en los de la comitiva. Gran distancia había desde aquel paseo y aquella caza con el monarca francés hasta mis paseos y cacerías en los arenales de Bretaña y era todavía mayor respecto de mis cacerías y mis marchas con los salvajes de América; mi vida estaba destinada á ofrecer muchos contrastes de esta especie.

Llegamos por fin al punto de reunion, en donde ya nos aguardaban impacientes numerosos caballos, que los lacayos tenían sujetos del diestro al pié de los árboles. Animada era la escena que formaban los car-

ruajes parados en la selva y rodeados de guardias, los grupos de hombres y mujeres, las jaurias que con dificultad contenían los monteros, los ladridos de los perros, los relinchos de los caballos y el sonido de las trompas. Las cacerías reales recordaban á la par las costumbres antiguas y modernas de la monarquía, los rudos entretenimientos de Clodion, Chilpercio y Dagoberto, y la galantería de Francisco I, de Enrique IV y de Luis XIV.

Tenia yo la cabeza demasiado llena de reminiscencias de mis libros para no ver en todas partes condesas de Chateaubriand, duquesas de Etampes, Gabrielas de Estrées y señoritas de la Valliere y de Montespan. Mi imaginación tomó históricamente aquella cacería, y se



EL MARISCAL DE DURAS DIJO:—SEÑOR, EL CABALLERO DE CHATEAUBRIAND.

entregó libremente á su vuelo; además estaba en una selva: me hallaba en mi propio terreno.

No bien me apeé del carruaje, presenté mi billete á los monteros. Habíanme reservado una jaca llamada *Feliz*, veloz pero sin boca, astudiza y llena de antojos; imagen bastante fiel de mi fortuna, que sin cesar se vuelve contra mí empujando las orejas. Montó el rey, echó á andar, y los demás cazadores le siguieron por diversos caminos. Yo me quedé atrás, forcejeando con *Feliz* que no quería dejarse oprimir el lomo por su nuevo dueño; al fin logré afirmarme en la silla, pero la partida se hallaba ya distante.

Al principio sujeté sin gran trabajo á mi cabalgadura; obligada á acortar su galope, bajaba la cabeza, sacudía el freno salpicado de blanca espuma, y avanzaba dando saltos de costado; mas cuando se acercó al teatro de la cacería, ya no hubo medio de contenerla. De repente alargó el pescuezo, me echó abajo la mano sobre la cruzera, y arrancando á escape se precipitó sobre un tropel de cazadores, deteniéndose solo al tropezar con la cabalgadura de una señora á quien por poco no derribó en medio de las carcajadas de los unos y de los gritos de terror de otros. He hecho inútiles esfuerzos para recordar el nombre de aquella se-

ñora que contestó con la mayor política á las palabras que la dirigí para escusarme. En lo restante del día no se habló mas que de la aventura del *debutante*.

Pero aun no habían concluido mis apuros. A la media hora de este percance iba atravesando una vereda abierta en la parte mas recóndita del bosque, y á cuyo extremo se hallaba un pabellon, cuando se me antojó ponerme á meditar sobre aquellos palacios disemina-

dos en las selvas, en conmemoracion del origen de los reyes *melenudos* y de sus misteriosos placeres. En esto suena un escopetazo; la *Feliz* se vuelve; métese bajando la cabeza por entre la maleza, y me lleva justamente al lugar en que acababa de caer el venado y de presentarse el rey.

Recordé entonces, aunque demasiado tarde, las recomendaciones del duque de *Coigny*: la maldita



CHATEAUBRIAND PRESENCIA LA TOMA DE LA BASTILLA.

Feliz tenía la culpa de todo. Me tiré al suelo, y contentiéndome con una mano á mi yegua, me acerqué al rey quitándole el sombrero con la otra. Lanzóme el monarca una ojeada que le impuso de que un oscuro *debutante* había llegado antes que él á los alcances de la pieza; vióse, pues, precisado á hablar; pero en lugar de encolerizarse, me dijo con tono bonachon y soltando una ruidosa carcajada: «No ha resistido mucho!» Son las únicas palabras que me ha dirigido Luis XVI. Acudió gente de todas partes, y se quedó no poco sorprendida de verme *conversando* con S. M. El principiante Chateaubriand metió ruido con sus dos aventuras; pero no supo, como siempre le ha sucedido, sacar partido de su buena ni mala fortuna.

Después acorraló el rey á otros tres venados. Siendo costumbre que los *debutantes* no corriesen mas que la primera pieza, me fui al Val con mis compañeros á aguardar la terminacion de la cacería.

Cuando volvió el rey al Val, iba muy satisfecho refiriendo los lances de la jornada. Tomamos nuevamente el camino de Versalles, donde aguardaba á mi hermano una decepcion mayor; en lugar de ir á vestirme para concurrir al acto de descalzarse el monarca momento siempre de triunfo y de favor, me metí en mi coche y regresé á París, lleno de gozo al verme ya libre de mis honores y de mis incomodidades. En seguida manifesté á mi hermano la resolucion de volver á Bretaña.

Contento con haber dado á conocer su nombre, y confiando en llevar adelante con su presentacion los planes abortados por la mia, no opuso dificultad á la desaparicion de un pariente tan estravagante como yo (1).

(1) El *Memorial histórico de la Nobloza* ha publicado un documento inédito, anotado por mano del rey y sacado

Tales fueron mis primeras presentaciones en la ciudad y en la corte. La sociedad me pareció todavía más odiosa que me la había figurado; pero no me desanimó aunque me asustó; conocí vagamente que era yo superior á lo que había visto. Concebí una aversión invencible á la existencia cortesana, y esta aversión, ó por mejor decir este desprecio, es el que me ha impedido y me impedirá hacer camino, y el que acaso me hará caer desde el mas culminante punto de mi carrera.

Por lo demás, si es cierto que juzgué al mundo sin conocerle, tampoco me conocía el mundo á mí. Nadie adivinó lo que yo podía valer, ni entonces, ni cuando volví á París. Después de haber adquirido mi triste celebridad, me han dicho mil personas: «Si os hubiésemos conocido en vuestra juventud, seguramente habríais llamado nuestra atención.» Estas halagüeñas pretensiones son un efecto ilusorio de las reputaciones formadas. En su exterior todos los hombres se parecen; en vano nos dice Rousseau que poseía dos ojos encantadores; no es menos cierto por eso, y si no digan sus retratos, que tenía las trazas de un maestro de escuela ó de un zapatero de malas pulgas.

Para concluir de una vez con la corte, diré que después de haber visitado la Bretaña y de fijarme nuevamente en París con mis hermanas menores Lucila y Julia, volví con mas empeño que nunca á mi solitaria vida. Preguntarán algunos cuáles fueron las consecuencias de mi presentación. No pasaron de ahí: —Qué, ¿no fuisteis á otra caza con el rey?—Lo mismo que con el emperador de la China. —¿No volvisteis á Versalles?—Llegué dos veces hasta Sevres, pero me faltó valor, y regresé á París. —¿No sacasteis ningún partido de vuestra posición?—Ninguno. —¿Pues qué haciais?—Aburrirme. —¿Y no sentisteis ambición ninguna?—Si tal; á fuerza de intrigas y penalidades alcancé la gloria de insertar en el *Almanaque de las Musas* un idilio, cuya aparición estuvo á punto de matarme entre las esperanzas y temores. Hubiera dado todos los coches del rey por ser autor de la romanza: *Oh tierna gaita mia!* ó de la otra que empieza *De mi pastor voluble.*

Capaz de todo cuando se trata de los demás, y enteramente inútil para mi propio adelanto, tal es mi carácter.

París junio de 1821.

UNA TEMPORADA EN BRETAÑA.—GUARNICIÓN DE DIEPPE.—REGRESO Á PARÍS CON LUCILA Y JULIA.

El libro precedente ha sido escrito en Berlin. He regresado á París para asistir al bautizo del duque de Burdeos, y he hecho dimisión de mi embajada por fidelidad política á Mr. de Villele, el cual ha salido del ministerio. Ahora que he vuelto á quedar sin ocupaciones, escribamos. A medida que van llenándose estas *Memorias* de mis pasados años, me representan estos el globo inferior de un reló de arena, el cual me marca el polvo de mi vida que ha caído ya: cuando haya concluido de bajar toda la arena, no volvería á llenar mi reló de vidrio, aun cuando me diese Dios poder para ello.

La nueva soledad que fui á habitar en Bretaña después de mi presentación no se parecía á la de Combourg: no era tan completa, ni tan grave, y para decirlo de una vez, ni tan forzada tampoco: estaba en

de los archivos del reino, sección histórica, registro. M. 810. legajo M. 814: contiene las *Entradas*; y en él se encuentran mi nombre y el de mi hermano, probando que no me engañó mi memoria al citar estas fechas.

(Nota de París de 1840)

mi mano el dejarla cuando me viniese á las mientes, y perdía por lo tanto todo su valor. Una vieja castellana llena de pergaminos, y un viejo baron muy pagado de sus timbres, que guardaban en su vivienda feudal á su última hija y á su último hijo, ofrecían eso que llaman los ingleses *caracteres*: la vida que se hacía en ella no tenía nada de provincial ni de encogida porque no era la vida comun.

La sociedad mas selecta de la provincia en que vivían mis hermanas se hallaba en medio de los campos: las diversiones y los bailes iban alternando de castillo en castillo, y se representaban algunas farsas, de las cuales era yo á veces un pésimo actor. En invierno era preciso resignarse á sufrir en Tongéres la sociedad, los bailes, las reuniones y los convites de una ciudad de corta población, y yo no podía, como en París, dejar de asistir á todas estas cosas sin ser notado.

Mi estancia en la corte y la vida militar contribuyeron mucho por otra parte á que se verificara un notable cambio en mis ideas: á despecho de mis naturales inclinaciones, sentía interiormente una fuerza desconocida que me hacía rebelar contra la oscuridad, y que me excitaba á salir de ella. Julia detestaba la provincia con toda su alma, y el instinto del genio y de la belleza impelían á Lucila hácia un teatro mas vasto.

Sentía, pues, en mi existencia un malestar, el cual me indicaba que no seguía la senda trazada por mi destino.

Con todo, siempre conservaba mucha afición al campo, y el de Marigny era delicioso (1). Mi regimiento había cambiado de residencia; el primer batallón se hallaba de guarnición en el Havre, y el segundo en Dieppe: mi presentación á la corte había hecho de mí todo un personaje. Cobré afición á mi oficio, y trabajaba con un gusto especial en enseñar los giros y el manejo del arma á los reclutas que habían sometido á mi cargo, y á quienes llevaba á hacer el ejercicio á la orilla del mar, el cual ha sido siempre el fondo del cuadro de todas las escenas de mi vida.

La Martiniere no hacía caso en Dieppe ni de su homónimo *Lamartiniere* ni del P. Simon, que escribía contra Bossuet, Port-Royal y los Benedictinos; ni del anatomista Pecquet, á quien Mad. de Sévigné llamaba el pequeño; pero *Lamartiniere*, en cambio, estaba enamorado en Dieppe, como lo estaba en Cambray; andaba bebiendo los vientos por una robusta *cauchoise* (paloma), cuya escofleta y moño tenían una toesa de altura, y la cual había pasado ya de la primavera de su juventud. Por una rara coincidencia llevaba el apellido *Cauchie*, y sería nieta probablemente de aquella hija de Dieppe, llamada Ana *Cauchie*, que tenía en 1645 ciento cincuenta años.

En 1647, Ana de Austria, que contemplaba como yo la mar desde las ventanas de su habitación, se entretenía en mirar cómo se consumían los brulotes para divertirla. Había fiado á los pueblos que fueron fieles á Enrique IV la custodia del joven Luis XIV, y los colmaba de bendiciones, á pesar de su maldito *lenguaje normando*.

Aun existían en Dieppe algunas de las pechas feudales que había visto yo pagar en Combourg: el plebeyo de Bauquelin tenía que pagar tres cabezas de cerdo con una naranja entre los dientes cada una, y tres sueldos de la moneda mas antigua conocida.

De Dieppe fui á pasar un semestre á Tongéres, donde campaba por su respeto una noble señorita, llamada de La Belinaye, y tia de aquella condesa de Tronjoli, de la cual he hecho ya mención. Una amable fea hermana de un oficial del regimiento de Condé, fue quien

(1) Marigny ha cambiado mucho desde la época en que vivía en él mi hermano. Después fue vendido, y pertenece actualmente á los señores de Pomereul, los cuales lo han reedificado y embellecido bastante.

se captó mi admiración; yo no hubiera podido ser asaz temerario para elevarme hasta la belleza, porque únicamente las imperfecciones de la mujer eran las que me animaban á arriesgar con ella un respetuoso homenaje: Mad. de Tarcy, que estaba la mayor parte del tiempo enferma, resolvió abandonar á Bretaña, y decidió á Lucila á que la siguiera; Lucila venció á su vez mi repugnancia, y todos nos pusimos en marcha para París: dulce asociación de los tres pájaros mas jóvenes de la pollada.

Mi hermano se había casado ya, y vivía en casa de su suegro, el presidente de Rosambo, calle de Bondy. Nosotros acordamos alquilar una casa próxima á la que habitaba este, y por mediación de Mr. Delisle de Sales el cual se hallaba alojado en los pabellones de San Lázaro, al extremo del arrabal de Saint-Denis, tomamos una habitación en estos pabellones:

París junio de 1821.

DELISLE DE SALES.—FLINS.—VIDA DE UN LITERATO.

Mad. de Tarcy tenía, no sé por qué, bastante familiaridad con Delisle de Sales, el cual estuvo encerrado en Vicennes por algunas bagatelas filosóficas. En aquella época se hacía cualquiera un gran personaje emborronando cuatro líneas en prosa ó insertando una redondilla en el *Almanaque de las Musas*, Delisle de Sales, hombre galante en extremo, y una medianía en toda la extensión de la palabra, era un grande holgazán que dejaba correr sus años sin hacer alto en ello: este escritor había sabido formarse una biblioteca con sus obras, que trocaba por otras en el extranjero, y que nadie leía en París. Todos los años por la primavera iba á hacer su acopio de ideas á Alemania. Era grueso, andaba casi siempre desabrochado, y llevaba constantemente asomando por el bolsillo un gran rollo de papel mugriento, en el cual se paraba á escribir en medio de la calle cualquiera idea que le ocurría al vuelo. En el pedestal de su busto de mármol se veían escritas de su propio puño estas palabras, plagadas al busto de Buffon: *Dios, el hombre, la naturaleza, todo lo he explicado.* ¡Delisle de Sales haberlo explicado todo! Estos orgullosos causan á la vez lástima y risa: pero infunden también el desaliento. ¿Quién puede lisonjearse efectivamente de tener un talento verdadero? ¿No podemos estar nosotros sometidos al imperio de una ilusión semejante á la de Delisle de Sales? Cualquier cosa apostaría á que hay autor que se cree hombre de genio al leer esta frase, y sin embargo no es mas que un zote.

Si me he extendido demasiado acerca del habitante de los pabellones de San Lázaro, ha sido porque él fue el primero que conocí y el que me introdujo en la sociedad de los otros.

La presencia de mis dos hermanas en París lo hacía para mí menos insoportable, y mi inclinación al estudio contribuía también mucho á ello. Delisle de Sales me parecía una águila. En su casa fue donde conocí á Carbon Flins de los Oliviers, el cual se enamoró de Mad. de Tarcy. Esta se burlaba de él muy á las claras; pero no se daba por incomodado, porque la echaba de hombre corriente y de mundo. Flins me hizo conocer á su amigo Fontanes, que llegó después á serlo mio.

Hijo Flins de un fontanero de Reims, había recibido una educación descuidada; pero su espíritu estaba regularmente cultivado, y á veces revelaba hasta talento. Dificilmente podría hallarse un hombre mas feo: era pequeño y abotargado; tenía ojos grandes y saltones, cabellos encrespados y dientes sucios, y á pesar de todo esto su facha no era de las mas innobles. Su método de vida, que era igual sobre poco mas ó me-

nos al que hacían en aquella época todos los literatos de París, merece ser referido.

Flins habitaba en una casa de la calle de Mazarino, situada muy cerca de Laharpe, que vivía en la calle de Guénégaud. Tenía á su servicio dos saboyanos, transformados en lacayos en virtud de una casaca de librea, los cuales le acompañaban por la noche y le anunciaban en su casa por la mañana las visitas. Flins solía ir frecuentemente al teatro francés, situado entonces en la plazuela del Odeon, y famoso principalmente por la comedia. Brizard acababa de retirarse; Talma empezaba por el contrario á sobresalir, y Larive, Saint-Phal, Fleury, Molé, Dazincourt, Dugazon, Grandmesnil, y Mads. Contat, Saint-Val, Desgarcins y Olivier se hallaban en el mayor brillo de su talento, mientras que Mlle. Mars, hija de Monvel, se disponía para debutar en el teatro Montansier. Las actrices protegían á los autores, y en algunas ocasiones solían labrar su fortuna.

Flins, á quien su familia pasaba una cantidad muy corta para alimentos, vivía de prestado. Cuando llegaban las vacaciones del parlamento, empeñaba las libreas de sus saboyanos, sus dos relojes, sus sortijas y su ropa blanca; pagaba con el importe del empeño lo que debía, se marchaba á Rennes, permanecía allí tres meses, regresaba á París, sacaba sus prendas del Monte de Piedad con el dinero que le había dado su padre, y empezaba de nuevo la rueda de su vida, siempre alegre y bien recibido en todas partes.

París junio de 1821.

ESCRITORES.—RETRATOS.

En el discurso de dos años que pasaron desde que me establecí en París hasta la apertura de los Estados Generales, fue creciendo aquella sociedad. Yo sabía al dedillo las elegías del caballero de Parny, y no las he olvidado todavía. Un día le escribí pidiéndole permiso para visitar al poeta, cuyas obras me encantaban, y habiéndome contestado con finura y amabilidad, fui á verlo á su casa, en la calle de Clery.

El caballero de Parny era un hombre joven todavía, de buen tono, flaco y pecoso de viruelas. Devolvíome la visita, y yo lo presenté á mis hermanas. Gustaba poco de la sociedad, de la cual se retiró después completamente por entregarse á la política: entonces era del antiguo partido. No he conocido un escritor mas semejante á sus obras: poeta y criollo, no le hacía falta mas que el cielo de la India, una fuente, una palmera y una mujer. Tenía el bullicio del mundo, hacía todo lo posible por pasar la vida ignorado, lo sacrificaba todo á su pureza, y solo se veía vendido en su oscuridad por los placeres que inspiraba al pulsar su lira.

Que notre vie hereuse et fortunée
Coule, en secret, sous l'aile des amours,
Comme un ruisseau qui, murmurant à peine
Et dans sont lit resserrant tous ses flots,
Cherche avec soin l'ombre des arbrisseaux,
Et n'ose pas se montrer dans le plaine.

«Que nuestra vida feliz y afortunada corra en secreto bajo las alas de los amores, como un arroyuelo, que no dejando oír apenas su suave murmullo, cuando se ve obligado á estrechar su caudal un angosto cauce, procura ir á ocultarse bajo la sombra de los arbustos, sin atreverse nunca á mostrarse en la llanura.»

La imposibilidad que sentía de sustraerse á su indolencia fue la que convirtió al caballero de Parny, de furioso aristócrata que era, en miserable revolucionario, en detractor de la religión perseguida y de los sacerdotes que iban al cadalso, al paso que el

indujo á comprar su reposo á cualquier precio, y á prestar á la musa que cantó á Eleonora el lenguaje de aquellos sitios donde Camilo Desmoulins iba á negociar sus amores.

El autor de la *Historia de la literatura italiana*, que tomó parte en la revolucion despues de Chamfort, trató de hacerse amigo de mi familia, pretextando ese parentesco que tienen todos los bretones entre sí. La reputacion de Guinguene en el mundo estribaba en una piecicita en verso, escrita con bastante gracia y titulada: *La Confesion de Zulmé*, la cual le valió un mezquino empleo en las oficinas de Mr. Neckker. Despues de esta escribió otra sobre su entrada en la intervencion general. No me acuerdo quién era el que disputaba á Guinguene su título de gloria por *La Confesion de Zulmé*; pero el hecho es que la merecía.

El poeta de Rennes conocía bastante bien la música, y hacia algunas romanzas. De modesto y humilde que era, vimos crecer su orgullo á medida que iba contrayendo relaciones con cualquier persona notable. En tiempo de la convocatoria de los Estados Generales, Chamfort lo empleó en emborronar artículos para los periódicos y discursos para los clubs: en este oficio hizo proezas. En la primera federacion decía: «¡He aquí una gran cabeza! Para iluminarla mejor deberian quemarse cuatro aristócratas en los cuatro ángulos del altar.» No era él, sin embargo, el que habia tomado la iniciativa en estos deseos; Luis d'Orleans, partidario de la Liga, habia escrito mucho tiempo antes que él, en su *Banquete del conde d'Arete*, «que era preciso atar á los ministros protestantes al árbol de fuego de San Juan, formando haces con ellos, y poner al rey Enrique IV en el mismo sitio donde se acostumbraba á colocar á los gatos.»

Guinguene supo anticipadamente los asesinatos revolucionarios que se proyectaban, y avisó por medio de su esposa á la mía y á mis hermanas de los que debían tener lugar en los Carmelitas, ofreciéndoles su casa para refugiarse. Vivian aquellas en el callejón de Féron, lugar muy próximo al sitio de la catástrofe.

Despues del terror llegó á hacerse Guinguene jefe casi absoluto de la instruccion pública; entonces fue cuando cantó, en *El Cuadrante azul*, *El Arbol de la libertad*, con la música de *Yo le planté, yo vi brotar sus hojas* etc. Pareció lo bastante cándido en filosofía para agradecerle con una embajada cerca de uno de aquellos monarcas á quienes se iba á destronar. Desde Turin escribió á Mr. de Talleyrand que habia vencido una preocupacion, y era que habia logrado que recibiesen á su mujer en la corte, vestida con un *pet-en-l'air*. De la meliania pasó á darse importancia; de darse importancia á parecer tonto, y de parecer tonto á ponerse en ridiculo. Acabó sus dias distinguiéndose literariamente como crítico, y siendo (esto es mejor) un escritor independiente de *La Década*: la naturaleza le habia repuesto en el lugar de donde estemporáneamente le sacó la sociedad. Su ciencia es de segunda mano; su prosa pesada; su poesia correcta, y agradable algunas veces.

El poeta Lebrun era amigo de Guinguene. Protegíale este, como un hombre de talento y que conoce el mundo protege la simplicidad de un hombre de genio: Lebrun, en justa recompensa, derramaba los rayos de su inteligencia sobre la cima á que se habia encaramado Guinguene. Nada mas cómico que el papel representado por aquel par de compadres, que, merced á un ingrato comercio, se tributaban todos los servicios que tributarse pueden dos hombres superiores que cultivan géneros diversos.

Lebrun era ni mas ni menos que un caballero de industria del emperio; su profusa locucion era tan fria, como glaciales sus arrebatos. Su Parnaso, aposento vecino del cielo en la calle de Montmartre, presentaba por todo mueblaje algunos libros revueltos sobre el

suelo, un catre de tijera, cuyas cortinas, formadas con dos servilletas puercas, pendian de unas varillas de hierro enmohecido, y la mitad de un cántaro de agua, arrimado á un sillón sin asiento. Y es lo mas notable que Lebrun podia gozar de algunas comodidades; pero se habia hecho avaro y entregábase á mujeres de mala vida.

En la cena á la *antigua* que dió Mr. de Vandreil, representó nuestro poeta el papel de Pindaro. En sus poesías líricas hay algunas estrofas enérgicas y elegantes, y especialmente en la oda sobre el naufragio del *Vengador*, y en la que lleva por título *Las Cercanías de Paris*. Sus elogios son produccion de la cabeza, y rara vez del alma; hay en ellas una originalidad rebuscada y no la originalidad natural: nada crea sino á fuerza de arte, y se ve que lucha para trastornar el sentido de las palabras y confundirle en alianzas monstruosas. Lebrun no tenia talento verdadero, á no ser para la sátira: su epístola *sobre las chanzas de bueno y mal género*, gozó de merecido renombre. Algunos epigramas suyos deben colocarse detrás de los de Juan Bautista Rousseau: Laharpe era el que principalmente le inspiraba. Y todavía debe hacerse la justicia de decir que fue independiente bajo la tiranía de Bonaparte, y que ha legado á la posteridad versos sangrientos contra el opresor de nuestras libertades.

Pero el literato mas bilioso de cuantos conocí en Paris por aquella época era sin contradiccion Champfort: atacado de la enfermedad que dió origen á los jacobinos, á ningún hombre sabia perdonar la casualidad de su cuna; faltaba á la confianza en las casas en que se le recibia, y creia que el cinismo de su lenguaje era una pintura fiel de las costumbres de la corte. No podian negársele ingenio ni talento; pero eran uno y otro de esos que no llegan á la posteridad. Cuando vió que con la revolucion no conseguia nada, volvió contra sí mismo las manos que contra la sociedad habia levantado. El gorro encarnado pareció á su orgullo otro distintivo de la nobleza, cuyos corifeos eran Marat y Robespierre. Enfurecido al tropezar con la desigualdad de condiciones hasta en aquel mundo de dolores y de lágrimas; condenado á ser bajo la feudalidad de los verdugos un villano como antes, quiso matarse para sustraerse á la superioridad del crimen; pero no consiguió ni aun esto: la muerte se rie de los que la llaman confundiendo con la nada.

Al abate Delille no le conocí hasta que fui á Londres en 1798, ni he visto en mi vida á Rulhiere, que vive por Mad. de Egmont, y que la hace sobrevivir; ni á Palissot, ni á Beaumarchais, ni á Marmontel. Tampoco me he encarado nunca con Chenier, el cual me ha atacado mucho, á quien jamás he respondido, y cuya silla en el Instituto debia producir una de las crisis de mi vida.

Cuando leo á la mayor parte de los escritores del siglo xviii, me asombro del ruido que metieron y de la admiracion que un dia les profesó, y sea porque la lengua haya adelantado ó porque haya retrocedido, sea porque hayamos caminado hácia la civilizacion ó porque hayamos vuelto á la barbarie, es lo cierto que los autores que fueron la delicia de mi juventud me parecen hoy igualmente viejos, pesados, embadurnados, exánimes y frios. Aun en los mas grandes escritores de la época volteriana noto trozos pobres en pensamiento, en ideas y en estilo.

¿A quién he de achacar este error de cuenta? Temo sea yo uno de los primeros culpables; innovador desde la cuna, tal vez he comunicado á las modernas generaciones la enfermedad que me aquejaba. Y en vano grito aterrado á mis hijos: «No olvideis el francés.» Me contestan, como el Lemosino á Pantaguel, «que vienen de la *alta*, *inclita* y *célebre academia*, *nombrada Lutecia*.»

No es nueva, como por aquí se ve, esta manía de helenizar y latinizar nuestra lengua; Rabelais la curó,

pero volvió á aparecer con Ronsard, y Boileau tuvo que atacarla. En nuestros dias la ha resucitado la ciencia: nuestros revolucionarios, grandes empíricos por su naturaleza, han obligado á los mercaderes y á los aldeanos á adoptar los hectares, los hectólitros, los kilómetros, los milímetros y los decágranos; la política se ha *ronsardizado*.

Hubiera podido hablar aquí de Mr. de Laharpe, á quien conocí entonces, y á quien citaré mas adelante; hubiera podido tambien añadir el retrato de Fontanes á mi galería; pero aunque mis relaciones con este hombre excelente comenzaron en 1789, en Inglaterra fue donde trabé con él esas relaciones de amistad que fueron siempre creciendo con la adversa fortuna, y nunca se disminuyeron con la próspera; mas tarde hablaré de él con toda la efusion de mi corazón. Fuerza me será pintar sus talentos, que ya no sirven de consuelo á la tierra. Acaeció la muerte de mi amigo precisamente cuando el orden de mis recuerdos me conducía á describir los principios de su vida. Nuestra existencia corre tan aprisa, que si no escribimos por la noche los acontecimientos de la mañana, nos abruma al trabajo y no nos queda tiempo para darle á luz, y esto sin embargo no impide que malgastemos nuestros años y que diseminemos en el viento esas horas que son para el hombre las semillas de la eternidad.

Paris junio de 1821.

LA FAMILIA DE ROSAMBO.—MR. DE MALESHERBES; SU PREDILECCION Á LUCILA.—APARICION Y TRANSFORMACION DE MI SÍLFIDE.

Aunque mis inclinaciones y las de mis dos hermanas me lanzaron en medio de aquella sociedad literaria, por nuestra posicion teniamos que concurrir á otra, cuyo centro fue naturalmente la familia de la esposa de mi hermano.

El presidente Pelletier de Rosambo, que con tanto valor murió luego, era cuando yo llegué á Paris un modelo de superficialidad y ligereza. El trastorno completo que reinaba en los ánimos y en las costumbres aparecía por aquella época como síntoma de una revolucion próxima. Los magistrados se ruborizaban de vestir la toga, y ponian en ridiculo la gravedad de sus padres. Los Lamignon, los Molé, los Segnier y los Aguesar no querian ya juzgar, sino combatir. Las esposas de los presidentes cesaban de ser venerables madres de familia, y salian de sus lóbregos palacios para convertirse en mujeres de brillantes aventuras. El predicador que subia al púlpito cuidaba de no pronunciar el nombre de Jesucristo, y hablaba solo del *legislador de los cristianos*, y los ministros se derrocaban unos sobre otros, porque el poder se escapaba de todas las manos. Lo mas refinado del buen tono consistia en ser americano en la ciudad, inglés en la corte y prusiano en el ejército; en serlo todo, excepto francés. Cuanto se hacia y decia era una serie de inconsecuencias. Queríase conservar la clase de abates comanditarios, y se rechazaba á la religion: nadie podia ser nombrado oficial sin ser noble, y se prorumpia en invectivas contra la nobleza: en los salones se introducía la igualdad, y en los campamentos los palos.

Mr. de Malesherbes tenia tres hijas; á saber: las señoras de Rosambo, de Aulnay y de Montboissier, y daba la preferencia á la primera, á causa de la conformidad de sus opiniones. Las hijas del presidente Rosambo eran otras tres; por este orden: la señora de Chateaubriand, la de Melhay y la de Tocqueville; pero en esta familia habia ademas un hijo, que luego ha enaltecido la brillantez de su espíritu con la perfeccion cristiana. Complacíase Mr. de Malesherbes en rodearse de sus hijos, sus nietos y sus biznietos, y mas

de una vez le he visto á principios de la revolucion llegar á casa de Mad. de Rosambo con la cabeza caliente á fuerza de hablar de política, quitarse la peluca y tumbarse sobre la alfombra del cuarto de mi cuñada para hacerse allí objeto de los estrepitosos juegos de los niños. Hubiera sido un hombre nada distinguido por sus modales á no haber tenido cierta impetuosidad de movimientos que le salvaba de la vulgaridad; á la primera frase que de su boca salia descubriase en él al hombre que llevaba un nombre antiguo y al magistrado superior. Sus naturales virtudes participaban de un tanto de afectacion, merced á la filosofía que con ellas se mezclaba. Aparecian en él á primera vista la ciencia, la probidad y el valor; pero era tan ferviente y apasionado, que un dia me dijo, hablando de Condorcet: «Ese hombre ha sido amigo mio, y sin embargo, hoy no tendría escrúpulo alguno en matarle como á un perro.» Las oleadas de la revolucion le suicidaron, y su muerte fue causa de su gloria. El mérito de aquel grande hombre no habria traspasado si no hubiese sido con el auxilio de la desgracia. Asi cuentan de un noble veneciano, que habiendo perdido sus títulos, los volvió á encontrar viniéndose abajo su palacio, cuyos fragmentos le quitaron la vida.

La franqueza del trato de Mr. de Malesherbes me hizo hablarle con toda libertad; le parecí dotado de alguna instruccion, y este fue nuestro primer punto de contacto: la botánica y la geografía fueron el principal asunto de nuestras conversaciones. En una de ellas concebí la idea de hacer un viaje á la América del Norte para descubrir el mar visto por Hearne, y posteriormente por Mackenzie (1). Tambien estábamos de acuerdo en materias políticas; los sentimientos generales que dieron margen á nuestras primeras turbulencias cuadraban con la independencia de mi carácter, y la natural antipatía que la corte me inspiraba daba fuerza á aquella inclinacion primera. Defendia, pues, á Mr. de Malesherbes y á Mad. de Rosambo contra el marido de esta y contra mi hermano, á quien pusieron el apodo de Chateaubriand el *Rabioso*. Si la revolucion no se hubiese inaugurado con crímenes, me habria arrastrado consigo; pero vi la primer cabeza enthiesta en la punta de una lanza, y retrocedí. Nunca será el asesinato un objeto de admiracion ni un argumento de libertad para mí, ni conozco nada mas servil, mas despreciable, mas cobarde y mas estúpido que un terrorista. Qué, ¿no he visto por ventura á toda esa raza de Brutos franceses, puesta al servicio de César y de su policía? Los niveladores, los regeneradores, los degolladores se transformaban en ayudas de cámara, en espías y en sicofantas, cuando no se erigian, menos naturalmente aun, en duques, condes ó barones. ¿Qué semejanza á la edad media!

Pero lo que mas me hizo adherirme al ilustre anciano fue la predileccion que le inspiraba mi hermana. A pesar de la timidez de la condesa Lucila, conseguimos, con el auxilio de un poco de Champagne, que hiciese un papel en una piecicita casera, que se representó con motivo del cumpleaños de Mr. de Malesherbes, y supo enternecerle tanto, que casi volvió el seso al grande hombre. Influyó todavía mas que mi hermana en que Lucila pasase de la comunidad de Argentieres á la de Remiremont, donde se exigian pruebas rigurosas y difíciles de diez y seis cuarteles. Aunque filósofo, defendía Mr. de Malesherbes con sumo calor el principio de la nobleza.

Conviene extender al espacio de unos dos años esta descripcion de los hombres y de la sociedad cuando aparecí en el mundo; es, á saber, desde la clausura de la primera asamblea de notables en 25 de mayo de 1787, hasta la inauguracion de los Estados Gene-

(1) En los últimos años han navegado en él el capitán Francklin y el capitán Parcy.

rales en 5 de mayo de 1789. Durante estos dos años no vivimos constantemente mis hermanas y yo ni en París ni en el mismo punto de París. Voy ahora á retroceder y llevar á mis lectores á Bretaña.

Diré entre tanto que continuaba entregado á mis ilusiones; si me faltaban mis bosques, los tiempos pasados formaban para mí otra soledad que reemplazaba á la de los sitios retirados. En el París antiguo, en el recinto de San German de los Prados, en los claustros de los conventos, en el panteon de San Dionisio, en la Santa Capilla, en Nuestra Señora, en las callejuelas de la Cité y en la oscura puerta de Eloisa, hallaba yo á mi encantadora; pero bajo aquellos arcos góticos y en medio de aquellas tumbas había tomado su rostro un matiz cadavérico, estaba pálida, me miraba tristemente, y no era en suma mas que el espectro ó los manes del ensueño á quien había yo consagrado mi cariño.

Paris setiembre de 1821.

Revisado en diciembre de 1846.

PRIMEROS MOVIMIENTOS POLÍTICOS EN BRETAÑA.—OJEADA SOBRE LA HISTORIA DE LA MONARQUÍA.

En las diferentes veces que estuve en Bretaña en los años de 1787 y 1788, di principio á mi educación política. Los Estados de provincia venían á ser una especie de modelo de los Estados Generales, y así es que los disturbios particulares que anunciaron los de la nación estallaron en los países que tenían Estados; á saber: la Bretaña y el Delfinado.

La transformación, que empezó á inaugurarse doscientos años hacia, tocaba ya á su término. La Francia, que había pasado de la monarquía feudal á la de los Estados Generales, de la monarquía de los Estados Generales á la de los parlamentos, y de la monarquía de los parlamentos á la monarquía absoluta, tenía tendencia hacia la monarquía representativa en medio de la lucha de la magistratura contra el poder real.

El parlamento Maupeou, el establecimiento de las asambleas provinciales, con voto personal, la primera y segunda asamblea de los notables, la sesión plena, la creación de los grandes bailíos, la reintegración civil de los protestantes, la abolición parcial del tormento y la de las antiguas pechas, y de la repartición igual para el pago de impuestos, eran otras tantas pruebas sucesivas de la revolución que se iba verificando poco á poco. Pero entonces no se atendía al conjunto de los hechos; cada suceso se interpretaba como un accidente aislado. En todas las épocas históricas existe un principio esencial. Cuando no se fija la vista mas que sobre un punto, no se perciben los rayos convergentes hacia el centro de los otros; no se eleva hasta el agente oculto que produce la vida y el movimiento general, como el agua ó el fuego en las máquinas: por eso hay tantas personas que, al empezar las revoluciones, creen que basta romper tal ó cual rueda para impedir el desbordamiento del torrente ó la explosión del vapor.

El siglo xviii, ese siglo de acción intelectual y no de acción material, no hubiera conseguido cambiar tan pronto sus leyes si no hubiera encontrado su vehículo; los parlamentos, y el de París especialmente, vinieron á ser los instrumentos principales del sistema filosófico. Toda opinión muere, por falta de fuerza ó por exceso de su vigor, si no llega á ser acogida favorablemente por una asamblea que la revista de poder, que la vigorice con una voluntad, y que la preste lengua y brazos para expresarla. Este ha sido y será siempre el camino por donde han llegado y llegarán á las revoluciones los cuerpos legales ó delegados.

Los parlamentos tenían que vengar su propia causa: la monarquía absoluta les había arrebatado una autoridad, usurpada por la misma á los Estados Generales. El alistamiento forzoso, las grandes reuniones del parlamento presididas por el rey, y los destierros, al propio tiempo que popularizaban á los magistrados, los impelían á pedir garantías liberales, de las cuales no eran partidarios en el fondo; reclamaban los Estados Generales por no atreverse á confesar que anhelaban para sí mismos el poder legislativo y político; de esta manera aceleraban la resurrección de un cuerpo cuya herencia habían recogido, y el cual los reduciría, en el momento que recobrase la existencia, á su propia especialidad: el ramo de justicia. Los hombres se engañan casi siempre acerca de sus verdaderos intereses cuando tratan de promoverlos únicamente por prudencia ó por pasión: Luis XVI restableció los parlamentos, á los cuales le obligaron á llamar los Estados Generales: los Estados Generales, transformados primero en Asamblea nacional y muy poco después en Convención, destruyeron el trono y los parlamentos, y enviaron al patíbulo á los jueces y al monarca de quien emanaba la justicia. Pero Luis XVI y los parlamentos obraron de este modo porque eran, sin saberlo, instrumentos de una revolución social.

La idea, pues, de los Estados Generales bullía en todas las cabezas, si bien conocían muy pocos á donde iba á parar. La cuestión para la generalidad se reducía únicamente á llenar un déficit que el banquero mas pobre de los de esta época se comprometía á hacer desaparecer. Un remedio tan violento aplicado á un mal de tan corta entidad prueba que se caminaba hacia unas regiones políticas desconocidas. En el año de 1786, el único de aquella época cuyo estado financiero conocemos, el presupuesto de ingresos ascendía á cuatrocientos doce millones novecientos veinte y cuatro mil libras, y los gastos á quinientos noventa y tres millones quinientas cuarenta y dos mil libras; resulta, pues, un déficit de ciento ochenta millones seiscientos diez y ocho mil libras, que quedó reducido á ciento cuarenta millones, porque se hizo una economía de cuarenta millones, seiscientos diez y ocho mil libras. En este presupuesto se asignaba á la casa real la enorme suma de treinta y siete millones doscientas mil libras: las deudas de los príncipes, las dilapidaciones de la corte y las adquisiciones de palacios eran la causa principal de este recargo.

Queriase dar á los Estados Generales las mismas formas que tenían en 1614. Los historiadores hablan siempre de aquellas formas como si no se hubiese oído hablar desde 1814 de los Estados Generales ni reclamado su convocatoria. En 1634, sin embargo, los brazos de la nobleza y del clero, reunidos en París, pidieron los Estados Generales. Existe una gruesa colección de las actas y de los discursos pronunciados en aquella época. El parlamento de París, omnipotente en aquella época, lejos de secundar las pretensiones de las órdenes del clero y la nobleza, disolvió sus reuniones como ilegales, y lo eran en efecto.

Y ya que de esto voy hablando, quiero consignar otro hecho grave, el cual se ha escapado á los que se han empeñado en escribir la historia de Francia sin saberla. Háblase de las tres órdenes como si fueran ellas las que constituían esencialmente los Estados llamados generales. ¡Pues bien! muchas veces sucedía que los bailíos no nombraban diputados sino de una ó dos órdenes. En 1614 el bailío de Amboise no nombró diputados del brazo del clero ni del de la nobleza: el de Chateaufort-en-Thimerais no envió los suyos del clero y del estado llano: el Puy, la Rochela, el Lauraguais, Calais, la Haute-Marne y Chateaulleuault no nombraron el del clero, y Montdidier y Roye el de la nobleza. Los Estados de 1614 se llamaron, sin embargo, *Estados Generales*. Las antiguas crónicas, expresándose de una manera mucho mas

correcta, dicen, cuando hablan de nuestras asambleas nacionales, *los tres estados, ó los notables del estado llano, ó los barones y los obispos*, segun sea el caso, y atribuyen á las asambleas, formadas de aquel modo, la misma autoridad legislativa. Aun cuando el estado llano solía hallarse convocado frecuentemente en las diversas provincias, no funcionaba por una razón desconocida por la generalidad, pero muy natural sin embargo. El estado llano se había apoderado de la magistratura, y había echado fuera á la gente de espada: actuaba de una manera absoluta, exceptuando en algunos parlamentos nobles, como juez, como abogado, como escribano, como procurador etc.; hacia las leyes civiles y criminales, usurpando las atribuciones parlamentarias, y hasta ejercía el poder político. La fortuna, el honor y la vida de los ciudadanos se hallaban á discreción suya; todos obedecían sus decretos, y todas las cabezas estaban sometidas al filo de la espada de su justicia. De consiguiente, ¿qué necesidad tenía, gozando como gozaba exclusivamente de un poder ilimitado, de ir á buscar una pequeña parte de ese mismo poder á las asambleas, ante las cuales tenía que presentarse poco menos que de rodillas?

El pueblo, metamorfoseado en monge, se había refugiado en los claustros, y gobernaba la sociedad por medio de la opinión religiosa; metamorfoseado en recaudador y banquero, se refugió en la hacienda, y gobernaba la sociedad por medio del dinero; metamorfoseado en magistrado, se refugió en los tribunales, y gobernaba la sociedad por medio de la ley. El gran reino de Francia, aristocrático por provincias, era democrático en su conjunto, y bajo la dirección de su rey, con el cual se entendía y estaba casi siempre de acuerdo. Así se explica su larga existencia. Todavía se pudiera hacer una historia de Francia completamente nueva, ó por mejor decir, todavía no está hecha la historia de Francia.

Las importantes cuestiones arriba mencionadas se debatieron principalmente durante los años 1786, 1787 y 1788. La viveza natural de mis compatriotas, los privilegios de su provincia, de su clero y de su nobleza, y las colisiones del parlamento y de los Estados, eran motivos mas que suficientes para mantenerles en una constante sobreexcitación. Mr. de Calonne, que fue intendente de Bretaña durante un corto espacio de tiempo, aumentó la división favoreciendo la causa del estado llano. Mr. de Montmorin y Mr. de Thierd eran agentes demasiado ineficaces para hacer que triunfara el partido de la corte. La nobleza se coligaba con el parlamento, que era noble tambien, y tan pronto resistía á Mr. Necker, á Mr. de Calonne y al arzobispo de Sens, como repelia el movimiento popular favorecido por su anterior resistencia. Reuniase, deliberaba y protestaba; pero las municipalidades se reunían, deliberaban y protestaban tambien en sentido contrario. El asunto particular del *fogage*, mezclado después con los negocios públicas, acrecentó las enemistades. Para comprender bien esto, se hace necesario explicar la constitución del ducado de Bretaña.

Paris setiembre de 1821.

CONSTITUCION DE LOS ESTADOS DE BRETAÑA.—SU CELEBRACION.

La forma de los Estados de Bretaña ha sufrido mas de una variación, como la de todos los de Europa, con los cuales tienen semejanza. Los primitivos derechos de los duques de Bretaña pasaron posteriormente á los reyes de Francia. El contrato matrimonial de la duquesa Ana, firmado en 1491, no solo le hizo que

la Bretaña se incorporase á la corona de Carlos VIII y de Luis XII, sino que tambien estipuló una transacción, en virtud de la cual terminaron las diferencias que existían desde los tiempos de Carlos de Blois y del conde de Monfort. Sostenía la Bretaña que las hembras eran aptas para heredar el ducado, al paso que la Francia alegaba que la sucesión únicamente podía tener lugar en la línea masculina, y que extinguiéndose esta, debía volver á incorporarse la Bretaña á la corona, como gran feudo suyo. Carlos VIII, juntamente con Ana, y esta en union con Luis XII, se cedieron mutuamente sus derechos ó pretensiones. Claudia, hija de estos últimos, y esposa de Francisco I, legó al morir el ducado de Bretaña á su marido. Accediendo este á la petición de los Estados reunidos en Vannes, reunió, por un edicto publicado en Nantes en 1532, el mismo ducado á la corona de Francia, afianzándoles sus libertades y privilegios.

En aquella época los Estados de Bretaña se reunían anualmente; pero desde 1730 no se verificaba la convocatoria mas que de dos en dos años, siendo de las atribuciones del gobernador el proclamar la apertura. Las tres órdenes se reunían en una iglesia, ó en las salas capitulares de los conventos, si había proporción. Cada una de estas tres órdenes deliberaba aparte una de otra; eran tres asambleas particulares que movían en su seno parciales tormentas, las cuales se convertían en un huracan general cuando llegaban á reunirse el clero, la nobleza y el estado llano. La corte atizaba la discordia, y los talentos, las vanidades y las ambiciones se ponían en juego en aquel estrecho recinto, lo mismo que en un teatro de mas vastos límites.

El P. Gregorio de Rostrenen, de la orden de capuchinos, habla del siguiente modo á nuestros señores de los Estados de Bretaña en la dedicatoria de su *Diccionario francés-breton*:

«Si no era posible á ninguno mas que al orador romano el elogiar dignamente la augusta asamblea del Senado de Roma, ¿por qué no ha de serlo para mí el atreverme á elogiar vuestra augusta asamblea, que nos hace ver de una manera tan digna lo que tenían de magestuoso y respetable la antigua y la moderna Roma?»

Rostrenen prueba que el idioma céltico es uno de los idiomas primitivos que trajo á Europa Gomer, primogénito de Japhet, y que los hijos de la Baja Bretaña, á pesar de su pequeña estatura, descienden de gigantes. Desgraciadamente los hijos bretones de Gomer, separados por espacio de mucho tiempo de la Francia, han dejado perecer una gran parte de sus viejos títulos; sus cartas geográficas, á las cuales no conceden una gran importancia, porque los confunden con la historia general, carecen las mas veces de esa autenticidad cuyo precio suelen hacer subir demasiado los descifradores de diplomas.

La época de la celebración de los Estados en Bretaña era época de bailes y diversiones; dábanse banquetes, en los cuales se comía y bebía de lo lindo en las casas del gobernador, del presidente de la nobleza, del presidente del clero, del tesorero de los Estados, del presidente del parlamento, y en las casas, en fin, de todas las personas notables. Veíanse sentados alrededor de las largas mesas de refectorio los Duguesclin labradores, y los Duguay-Trouin marineros, de cuyos cinturones pendía una férrea espada y una daga de abordaje. Todos aquellos hidalgos, que asistían en persona á los Estados de Bretaña, tenían algunos puntos de contacto con la Dieta de Polonia; es decir, con la Polonia de á pié, no con la Polonia caballeresca; Dieta de escitas, no de sármatas.

Desgraciadamente eran excesivas las diversiones, y los bailes se repetían sin intermitencia. Los bretones son notables por sus danzas y por el carácter especial de las mismas. Mad. de Sevigné ha dicho de nuestras

franchelas políticas en medio de nuestros incultos arenales, que eran como aquellos festines de las hechiceras ó de las brujas, que tenían lugar por la noche entre la espesura de los matorrales.

«Tendréis que sufrir, decía, que os dé noticias de nuestros estados, ya que tenéis el trabajo de ser bretona. Mr. de Chaulnes llegó el domingo por la noche con el mismo estrépito que se pudiera hacer en una aldea: el lunes por la mañana me escribió una carta, y yo le contesté que iría á comer con él. La comida se sirvió en dos mesas, situadas una enfrente de otra, y de catorce cubiertos cada una; *Monsieur* (el hermano del rey) y su esposa las presiden. La comida es buena y abundante; los asados vuelven á salir intactos de las mesas, y es preciso ensanchar las puertas para poder introducir la pirámide de frutas. Nuestros padres no conocían esta especie de máquinas, pues que no comprendían tampoco que una puerta tuviese que ser, más alta que ellos... Después de comer MM. de Lomaria y Coetlogon bailaron con dos bretonas algunos minués y otra clase de danzas, con tanta perfección como pudieran hacerlo los cortesanos. Ejecutaron varios pasos bohemios y de la Baja Bretaña con una finura y una exactitud admirables... Esto es vivir en una continua diversion, y gozando noche y día de una libertad que atrae á todo el mundo. Yo no había visto nunca los estados: son una cosa magnífica. En mi concepto es muy difícil que haya una provincia que se parezca á la de Bretaña, cuyo carácter sea tan espléndido; debe estar además muy poblada, porque ni uno siquiera de sus habitantes se encuentra en la guerra ni en la corte; solo falta cierto alferéce (Mr. de Sevigné, hijo), el cual llegará tal vez á ser algún día lo mismo que los demás... Una infinidad de presentes, de pensiones, de reparaciones de caminos y de ciudades, quince ó veinte grandes banquetes, diversiones continuas, bailes eternos, comedias tres veces á la semana, y un gran bullicio por todas partes, constituyen la verdadera descripción de los estados. Olvidábase decir que se gastan mientras duran trescientas ó cuatrocientas pipas de vino.»

Los bretones no se avienen de modo alguno á perdonar sus burlas á Mad. de Sevigné. Yo soy menos riguroso; pero no me gusta que se diga: «Veo que me habláis con asaz buen humor de nuestras miserias, pues nosotros no somos tan depravados; uno solo de nosotros basta cada ocho días para entretener á la justicia; verdad es que la escarpia me parece ahora un refresco.» Esto es llevar demasiado lejos el lenguaje cortesano. Barrere hablaba con la misma gracia de la guillotina. En 1793 se llamaba *casamientos republicanos* al acto horrible de arrojar al agua las víctimas de Nantes: el despotismo popular reproducía la amenidad de estilo del despotismo real.

Los fatuos de París, que iban acompañando en los Estados á la gente de la curia, contaban que nosotros mandábamos forrar nuestros bolsillos de hojadelata para llevar á nuestras mujeres la salsa de los platos del señor gobernador. Estas bromas, sin embargo, solían salir á algunos demasiado caras. Cierta conde de Sabran quedó muerto en el sitio donde se hallaba sentado por haberse permitido estas pesadas bromas. Este descendiente de los trovadores y de los reyes provenzales, alto y fornido como un suizo, se dejó matar por un cazadorcillo del Morbihan que escasamente tendría la estatura de un lapón. Este *Ker* contaba una genealogía tan noble como la de su adversario, puesto que si Saint-Elzear de Sabran era próximo pariente de San Luis, San Corentin, tío del muy noble *Ker*, era obispo de Quimper bajo el reinado del rey Gallon II, trescientos años antes de Jesucristo.

Seguida se extendió á presencia nuestra la siguiente

RENTA DEL REY EN BRETAÑA.—RENTA PARTICULAR DE LA PROVINCIA.—EL FOGAGE.—ASISTO POR PRIMERA VEZ Á UNA REUNION POLITICA.—ESCENA.

Las rentas del rey en Bretaña consistían en un donativo voluntario, que variaba segun sus necesidades, en los productos del dominio de la corona, que podían evaluarse de tres á cuatro mil francos, y en los del timbre, etc.

La Bretaña tenía sus rentas particulares, con las cuales atendía á satisfacer sus cargas: la *alcabala grande y pequeña*, que gravitaba sobre los líquidos y sobre su extracción, y que ascendía á dos millones anuales, y las sumas, en fin, que rendía el impuesto *fogage*. La importancia de esta pecha consta terminantemente en nuestra historia; sin embargo, fue para la revolucion de Francia lo que el sello ó el timbre para los Estados-Unidos.

El *fogage* (*census pro singulis focis exactus*) era un censo ó una especie de pecha que se exigía por cada chimenea sobre los bienes de los pecheros, con el *fogage*, gradualmente aumentado, se pagaban las deudas de la provincia. En tiempo de guerra los gastos ascendían á más de siete millones de una sesión á otra, cuya suma pasaba de la recaudación. Habíase concebido el proyecto de crear un capital de los productos del *fogage*, y de emplearlo en rentas que resultarían en provecho de los que pagaban esta carga; el *fogage* entonces no hubiera sido más que una especie de empréstito. La injusticia (si bien injusticia legal, ascendiendo al derecho consuetudinario) estriba en que esta carga gravitase únicamente sobre la clase pechera. Las municipalidades no cesaban de reclamar y la nobleza, á quien importaba menos el dinero que la conservación de sus privilegios, no quería oír hablar siquiera de un impuesto que la hubiera hecho tributaria. En este estado se hallaba la cuestión, cuando se reunieron los sangrientos estados de Bretaña del mes de diciembre de 1768.

Los espíritus se hallaban agitados entonces por diversas causas: la asamblea de los Notables, la contribucion territorial, el comercio de granos, la próxima reorganización de los estados Generales, el pleno tribunal y el *casamiento de Figaro*, la creación de los grandes Bailios, Cagliostro y Mesmer, y otros mil incidentes fútiles y graves, eran objeto de controversia en todas las familias. La nobleza bretona se había convocado de su propia autoridad en Rennes para protestar contra el establecimiento del pleno tribunal: yo asistí á esta dieta, la cual fue la primera reunion política en que me hallé en mi vida. Los gritos y el barullo que reinaban en ella me aturdirían, al paso que me divertían bastante: subíanse sobre las mesas y sobre los asientos, y muchas veces gesticulaban y hablaban todos á la vez. El marqués de Tremargat, que tenía una pierna de madera, decía con voz estentórea: «Corramos todos á casa del gobernador, Mr. de Thiard, y digámosle: la nobleza bretona se halla á vuestras puertas y quiere hablaros: el rey mismo no se atrevería á rehusarle su permiso.» Este rasgo de elocuencia arrancó tantos bravos, que retemblaban las bóvedas de la sala. «Si, señores, proseguía Tremargat: ¡el mismo rey no lo rehusaría!» Y los aplausos volvían á repetirse con más fuerza.

Partimos, pues, con dirección á casa de Mr. Thiard, hombre de corte, poeta exótico, espíritu dulce á la par de frívolo, y á quien causaban un cruel hastío nuestros alborotos; mirábanos como si fuéramos unos jabalíes ó unas bestias salvajes; deseaba ardentemente salir de nuestra Armórica, y no manifestó oposicion alguna á que entráramos en su palacio. Nuestro orador le dijo cuanto le vino á las mientes, y en seguida se extendió á presencia nuestra la siguiente

declaracion: «Declaramos infames á todos aquellos que acepten cualquier empleo, sea en la moderna administracion de justicia, sea en la de los estados, si no están reconocidos por las leyes constitutivas de la Bretaña.» Nombráronse doce hidalgos para que presentasen al rey este documento, y cuando llegaron á París les encerraron en la Bastilla, de donde salieron poco despues como unos héroes, para ser recibidos á su regreso con ramos de laurel. Llevábamos en nuestro traje grandes botones de nacar, con una inscripcion latina alrededor, que decía: «Antes morir que ser deshonrados.» Triunfamos de la corte, de quien triunfaba todo el mundo, y caímos con ella en la misma sima.

Paris octubre de 1821.

MI MADRE RETIRADA EN SAINT-MALO.

En esta época fue cuando mi hermano, constante en sus proyectos, tomó el partido de poner los medios para agregarme á la orden de Malta. Para obtener esta gracia era preciso estar ordenado de prima tonsura, cuya orden podía conferirme Mr. Courtois de Pressigny, obispo de Saint-Malo. Restituíme, pues, á mi ciudad natal, adonde se había retirado mi madre á pasar el último tercio de su vida, y en donde vivía sin tener en su compañía hijo alguno, orando por el día en la iglesia y haciendo calceta en casa por la noche. Era distraída hasta un extremo inconcebible: una mañana la encontré en la calle, llevando debajo del brazo una de sus chinelas á guisa de devocionario. De vez en cuando solían visitarla algunos de sus antiguos amigos, y se entretenían hablando del buen tiempo. Cuando nos quedábamos solos, improvisaba cuentos en verso, que hacían mi delicia, y en uno de los cuales figuraba el diablo sacando por la chimenea á un impío; el poeta se expresaba en él en estos términos:

Le diable en l'avenue
Chemina tant et tant,
Qu'on en perdit la vue
En moins d'une heure de temps.

«El diablo caminaba tan aceleradamente, que se perdió de vista en menos de una hora.»

«Paréceme, dije yo, que para ser el diablo no andaba muy de prisa.»

Pero Mad. de Chateaubriand me probó que yo no entendía de esto una palabra: ¡era una excelente mujer mi madre!

Referíame tambien una larga lamentacion sobre la *Verdadera historia de un ánade en la ciudad de Monfort-le-Cane-les-Saint-Malo*. Cierta señor había encerrado á una jóven dotada de gran belleza en el castillo de Monfort, con el objeto de deshollarla. Su prision tenía una claraboya, por la cual veía la iglesia de San Nicolás, y habiendo rogado al Santo, con los ojos llenos de lágrimas, que la libertase de aquel peligro, fue transportada fuera del castillo milagrosamente; pero por desgracia suya cayó en manos de los criados del felón, los cuales quisieron tratarla como suponían que la había tratado su amo. La pobre jóven, que se creía perdida sin remedio, tendió la vista en torno suyo para implorar socorro, y no vió más que unos cuantos ánades sobre el agua del estanque del castillo. En tan angustiosa situacion, volvió á rogar á San Nicolás que permitiese á aquellas aves que fuesen testigos de su inocencia, á fin de que, si llegaba á perder la vida y se veía imposibilitada por ende de cumplir los votos que había hecho al Santo, los cumpliesen dichas aves por ella, á su modo, en su nombre y por su persona.

La jóven murió en aquel mismo año; y en la festivi-

dad de la traslacion de las reliquias de San Nicolás, que era el 9 de mayo, se presentó en la iglesia consagrada á este patrono un ánade acompañado de sus polluelos, el cual anduvo revoloteando alrededor del bienaventurado libertador, como si quisiera demostrar, batiendo sus alas, que venía á cantarle alabanzas; y despues de lo cual se volvió al estanque, dejándole en ofrenda uno de sus polluelos. Algun tiempo despues se marchó tambien este sin que nadie lo notase. Por espacio de mas de doscientos años continuó viniendo á la iglesia de San Nicolás de Monfort el mismo ánade con sus polluelos, en día y hora fija. Esta *verdadera historia* fue escrita é impresa en 1652. El autor sienta en ella con poco motivo, «que aun cuando un ruin ánade debe importar muy poco á los ojos de Dios: sirve, sin embargo, para rendir homenaje á su grandeza; que la cigarra de San Francisco era mucho mas ruin todavía, y que sin embargo su cántico cascajoso llenaba de encantos el corazon de un serafín.» Pero Mad. de Chateaubriand seguía una tradicion falsa; segun su historia, la jóven encerrada en el castillo de Monfort era una princesa que obtuvo la merced de ser convertida en ánade para libertarse de la violencia de su vencedor. Unicamente conservo en la memoria una estrofa del romance de mi madre:

Cane la belle est devenue,
Cane la belle est devenue,
Et s'envola, par une grille,
Dans un étang plein de lentilles.

«La hermosa jóven fue convertida en ánade; se escapó volando por una claraboya, y fue á parar á un estanque lleno de lentejas.»

Paris octubre de 1821.

LA PRIMERA TONSURA.—CERCANÍAS DE SAINT-MALO.

Como Mad. de Chateaubriand era una santa mujer, obtuvo del obispo de Saint-Malo la promesa de conferirme la prima tonsura; lo cual no era una gracia así como se quiera, si se atiende á que el buen prelado era demasiado escrupuloso, y le parecía una profanacion que tenía tendencia al pecado de simonía el conferir la primera orden eclesiástica á un lego y á un militar. Mr. Courtois de Pressigny, actualmente arzobispo de Besancon y par de Francia, es un hombre honrado y de mérito. En la época á que me refiero era jóven, contaba con la proteccion de la reina, y se hallaba en camino de llegar á una fortuna, que consiguió despues por mejores medios: por el de la persecucion.

Púsemme de rodillas á los pies del prelado, vestido de uniforme y ceñida la espada, para recibir la prima tonsura, y despues de cortarme unos cuantos cabellos de la parte superior de la cabeza, hizo que me espidieran mi correspondiente título. Con este documento, y así que fuesen admitidas mis pruebas de nobleza en Malta, quedaba apto para recibir doscientas mil libras de renta: esto, que si se quiere era un abuso en el orden eclesiástico, era una cosa muy útil en el orden político de la antigua constitucion. ¿No valía mas, en efecto, que esta especie de beneficio militar se agregase á la espada de un soldado que á la sotana de un abate, el cual se comería su gruesa prebenda paseando por las calles de París?

La prima tonsura, que me fue conferida por las razones arriba indicadas, sirvió de pretexto á algunos biógrafos mal informados para decir que mi primera vocacion fue la del estado eclesiástico.

Lo que acabo de referir sucedía en 1788. En aquella época tenía yo caballos, y me divertía en correr por la campiña ó en galopar á la orilla del mar, contemplando las olas, mis quejumbrosas y antiguas compañeras; algunas veces me apeaba en la playa y me recreaba

en verlas; toda la familia bulliciosa de Seyla saltaba á mis rodillas para acariciarme: *Nunc vada latrantis Seyla*. He ido á remotos países para admirar las escenas de la naturaleza, y sin embargo podía haberme contentado con las que me ofrecía mi país natal.

Nada hay más delicioso que las cercanías de Saint-Malo en un radio de cinco á seis leguas. Las orillas del Rance, desde su embocadura hasta Dinan, merecen por sí solas atraer á los viajeros: en ellas se encuentran interpoladas á cada paso las rocas y los cuadros de verdura, los arenales y los bosques, los antiguos castillos de la Bretaña feudal y las quintas modernas de la Bretaña comercial. Estas fueron construidas en un tiempo en que eran tan ricos los negociantes de Saint-Malo, que en sus días de regocijo despilfarraban las piastras, arrojándoselas al pueblo por la ventana. Todas aquellas habitaciones son del mayor lujo. Bonabaut, castillo de los señores de Lasandre, está construido casi todo con mármol traído de Génova; magnificencia de la cual apenas se tiene una idea en París. La Brillantais, el Beau, el Mont-Marín, la Ballue y Colombier tenían jardines llenos de naranjos y adornados con estatuas y magníficas fuentes, los cuales descienden en declive en algunos puntos, formando pórticos de fillos y columnatas de pinos hasta una alfombra pradera. La mar ofrece también á la vista por encima de las tapias de un parterre sus embarcaciones, sus calmas y sus tempestades.

Todos los campesinos poseen una casita blanca con su correspondiente jardín; entre las flores, plantas y arbustos que cuentan en él, figuran los groselleros, los rosales y las siemprevivas, y en algunos se hallan también tal cual planta de té de Egipto ó de tabaco Virginia, alguna flor de la China, y otros varios recuerdos, en fin, de otros climas y de otros suelos. Los terratenientes de la costa son de una raza normanda: las mujeres son altas, delgadas, ágiles, y visten jubones de lana parda, falda corta de algodón ó de seda rayada, y medias blancas con cuadros azules. En la cabeza suelen llevar una especie de cofieta de punto ó de batista. Todas las mañanas, en la primavera, se ve bajar en sus barcas á estas hijas del Norte, las cuales parece que van á invadir el país cuando llevan al mercado sus cestas llenas de fruta y sus limpios quesos y cuajadas; cuando se las ve sosteniendo con una mano en la cabeza vasijas negras llenas de leche ó canastillos de flores; cuando se ve el contraste que forman sus blancas tocas con sus ojos azules, su sonrosado semblante y sus blondos cabellos cubiertos con perlas de rocío, se diría que las Valkyrias del Edda, las más jóvenes de las cuales es el *Porvenir*, ó las *Cenephoras* de Atenas, no tenían tanta gracia. ¿Es parecido este cuadro que acabo de bosquejar al que ofrece en el día aquel país? Aquellas mujeres ya no existen más que en mis recuerdos.

Paris octubre de 1821.

EL APARECIDO.—LA ENFERMEDAD.

Despedime de mi madre para ir á ver á mis hermanos mayores, que vivían en las cercanías de Tongéres, y permaneci un mes en la posesion de Mad. de Chateaubourg. Sus dos casas de campo, Lascardais y el Plesis, situadas á las inmediaciones de Saint-Aubin-du-Cormier, célebre por su torre y su batalla, se hallaban rodeadas de peñascos, de bosques y de arenales. El mayordomo de mi hermana era un tal Mr. Livoret, que habia sido jesuita en otro tiempo, y al cual le sucedió una extraña aventura.

Cuando fue nombrado mayordomo de Lascardais, acababa de morir el conde de Chateaubourg, padre de Mr. Sivoret, que no le habia conocido, quedó insta-

lado de guardian del castillo. La primera noche que durmió solo en él vió entrar en su habitacion á un anciano pálido, con bata, gorro de noche, y con una pequeña bugía en la mano. La aparicion se acercó al hogar, y dejando la luz sobre la chimenea, se puso á atizar el fuego, y se sentó en seguida en un sillón. Mr. Sivoret estaba temblando de pies á cabeza; y despues de dos horas de sepulcral silencio, se levantó el anciano, volvió á coger su luz, y salió del cuarto, cerrando tras sí la puerta.

El mayordomo refirió su aventura á la mañana siguiente á los colonos, los cuales afirmaron, por la descripcion que Mr. Sivoret les hizo del aparecido, que era su antiguo amo. Pero no fue esto solo: si Mr. Sivoret salía al bosque y volvía la vista atrás, se encontraba con el fantasma; si tenía que atravesar en el campo algun vallado de espinos ó de retama, veía á la sombra á caballo sobre él mismo. Habiéndose atrevido un día el pobre perseguido á decirle: —«Dejadme, caballero de Chateaubourg;» el aparecido le respondió lacónicamente: —«No.» Mr. Sivoret, hombre indiferente y positivo, y cuya imaginacion ademas no era de las más brillantes, contaba su historia tantas cuantas veces se le decia que la contase, y siempre del mismo modo y con el mismo acento de conviccion.

Algun tiempo despues hice un viaje á Normandía con un oficial de los más bizarros, el cual padecía de una fiebre cerebral, y nos alojamos en casa de un pechero. Nuestras camas estaban separadas únicamente por un viejo tapiz que habia prestado á este el señor de la aldea. Detrás de aquel tapiz sangraba al paciente, y para quitarle los dolores lo metian en un baño de agua de nieve: el infeliz daba diente con diente cuando se hallaba en aquella tortura, se le ponian amoratadas las uñas, se le contraía el semblante, rechinaban sus dientes, y se le caía el pelo de la cabeza y de su larga y puntiaguda barba, único abrigo que caía sobre su desnudo, flaco y mojado pecho.

Cuando la enfermedad aliojaba un poco, abría un paraguas, creyendo que iba á estar debajo de él al abrigo de sus dolencias: si este remedio fuera seguro, preciso seria erigir una estatua al autor de tan importante descubrimiento.

Los únicos buenos instantes que pasaba eran aquellos en que iba á pasearme al cementerio de la iglesia de la aldea, el cual está situado en una pequeña altura. Los muertos, los pájaros y el sol, que iba llegando ya á su ocaso, eran mis únicos compañeros. Allí me entregaba á ilusorios sueños sobre la sociedad de París, sobre mis primeros años, sobre mi fantasma y sobre los bosques de Combourg, de los cuales me hallaba tan próximo por el espacio y tan distante por el tiempo, y despues me volvía á casa á cuidar á mi pobre enfermo; era un ciego conduciendo á otro ciego.

¡Ay! un golpe, una caída, una pena moral, pudieran haber arrebatado su genio á Homero, á Newton y á Bossuet, y aquellos hombres divinos, en vez de excitar una piedad profunda y un sentimiento amargo y eterno, hubieran sido quizás objeto de burla. He conocido y amado á muchas personas, cuya razon se ha extraviado al lado mio como si llevara yo el germen del contagio. No acierto á explicarme el cruel buen humor que respira la obra maestra de Cervantes, sino por medio de una reflexion triste: considerado el hombre de una manera absoluta y pensando detenidamente en el bien y el mal, casi le darian á uno tentaciones de desear cualquier accidente que condujera al olvido, como un medio de libertarse de sí mismo: un borracho alegre es una criatura feliz. A no ser por la religion, seria una felicidad el ignorarse á sí mismo y el llegar á la muerte sin haber sentido la vida.

Cuando regresamos de Normandía, conseguí traer á mi compatriota perfectamente curado.

Paris octubre de 1821.

ESTADOS DE BRETAÑA EN 1789.—INSURRECCION.—MUERTE DE SAINT-RIVEUL, MI COMPAÑERO DE COLEGIO.

Mad. Lucila y Mad. de Tarcy, que me habian acompañado en mi viaje á Bretaña, manifestaron deseos de regresar á París; pero yo tuve precision de quedarme, por la situacion turbulenta de la provincia. Los Estados se hallaban convocados para fin de diciembre (1788). La municipalidad de Rennes, y á su ejemplo las demás municipalidades de Bretaña, acordaron prohibir á sus respectivos diputados el que se ocupasen de ningun otro asunto hasta tanto quedase enteramente arreglada la cuestion de las pechas de *fogage*.

El conde de Boisgelin, que debia presidir el órden de la nobleza, se apresuró á llegar á Rennes, y en seguida se pasaron oficios convocando á todos los nobles incluso aquellos que eran, como yo, demasiado jóvenes para tener voto deliberativo. Podiamos ser atacados de un momento á otro; y como habia tanta necesidad de brazos como de votos, todos acudimos á nuestro puesto.

Antes de la apertura de los Estados hubo una porcion de reuniones preparatorias en casa de Mr. de Boisgelin. Todas aquellas escenas ruidosas que ya habia yo presenciado volvieron á renovarse. El caballero de Guer, el marqués de Tremargat y mi tío el conde de Bedée, á quien llamaban *Bedée el de la cachofa*, á causa de su inmensa gordura, en contraposicion de otro Bedée, flaco y larguirucho, á quien llamaban el *espárrago*, rompieron una porcion de sillas, encaramándose para perorar. El marqués de Tremargat, oficial de marina, que tenia una pierna de palo, acarrea algunos amigos á su partido: cierto día que se hablaba de establecer una escuela militar para educar en ella á los hijos de la nobleza pobre, exclamó un individuo del estado llano: —«¿Y para los nuestros?—Para los vuestros el hospital.» respondió Tremargat: palabra de la cual se apoderó el pueblo, y que produjo sus frutos.

En estas reuniones descubrí una nueva cualidad de mi carácter, que he vuelto á encontrar despues en la política y en el ejército: cuanto más se acaloraban mis colegas ó mis camaradas, tanto más frío me iba yo quedando, y veía brotar fuego en la tribuna ó aplicar la mecha á un cañon con la mayor indiferencia: jamás he tenido miedo, ni á las palabras ni á las balas.

El resultado de nuestra deliberacion fue que la nobleza trataría primero de los asuntos generales, y no pasaria á ocuparse de las pechas sino despues de terminar todas las cuestiones: resolucion diametralmente opuesta á la que habia adoptado el estado llano. Los nobles no tenían gran confianza en el clero, el cual solia abandonarlos con frecuencia, principalmente cuando lo presidia el obispo de Rennes, personaje muy comedido, que hablaba con un ligero ceceo, que no carecia de cierta gracia, y gozaba de algun prestigio en la corte. Un periódico, titulado el *Centinel del Pueblo*, que redactaba en Rennes un aprendiz de escritor que habia venido exprofeso de París, fomentaba los odios.

Los Estados se reunieron en el convento de los dominicos, situado en la plaza de Palacio. Entramos en el salon de sesiones con la disposicion de ánimo que acaba de ver el lector, y apenas nos habiamos constituido, cuando principié á asediarnos el pueblo. Los días 25, 26, 27 y 28 de enero de 1789 fueron para nosotros días muy aciagos. El conde de Thiard tenia muy pocas tropas, y como era un jefe de carácter indeciso y falto de energía, no hacia más que ir de un

lado para otro, sin hacer nada. La escuela de jurisprudencia de Rennes, á cuya cabeza iba Moreau, pidió auxilio á los jóvenes de Nantes, cuatrocientos de los cuales entraron en la ciudad, sin que pudiera impedirselo el gobernador con ruegos y amenazas. Las reuniones, en diferente sentido, habian llegado á ser unas colisiones sangrientas.

Cansados al fin de vernos bloqueados en nuestro salon, tomamos la resolucion de salir fuera, espada en mano, lo cual ofrecía un espectáculo magnífico. A una señal del presidente desvainamos todos á la vez las espadas, y como una guarnicion exhausta de víveres, hicimos, al grito de *viva la Bretaña!* una furiosa salida, decididos á hollar con los pies á los sitiadores. El pueblo nos recibió á silbidos y á pedradas, y empezó á descargar sobre nosotros sendos palos y algunos tiros de pistola. Por nuestra parte abrimos una gran brecha en las masas que se aglomeraban sobre nosotros. La mayor parte de los nobles salieron heridos, y muchos de ellos quedaron contusos y completamente estropeados. Cuando á fuerza de mil trabajos y sudores conseguimos vernos libres, cada cual se fué á su casa.

Entre los nobles, los estudiantes de jurisprudencia y sus amigos de Nantes hubo una porcion de desafíos. Uno de estos duelos tuvo lugar en la Plaza Real, á presencia de todo el mundo: la victoria se decidió á favor del viejo Keralieu, oficial de marina, que fue atacado por su adversario, y el cual se defendió con una energía que mereció los aplausos de sus mismos enemigos.

En otro grupo estaban el conde de Montboucher y un estudiante, llamado Ulliacs, á quien dijo el primero en medio del combate: —«Esta cuestion debemos ventilarla nosotros, caballero.» Formóse al punto un círculo en torno de ambos, y habiendo hecho saltar Montboucher la espada de su contrario, se la devolvió en seguida, y despues de abrazarse cordialmente, se dispersó el grupo.

La nobleza de Bretaña no sucumbió al menos sin honra: se negó abiertamente á enviar sus diputados á los estados generales, porque no habia sido convocada segun las leyes fundamentales de la constitucion de la provincia; poco tiempo despues fué á reunirse en gran número con los ejércitos de los príncipes, y se dejó diezmar con Condé ó con Charette en las guerras vandeanas. ¿Hubiera introducido algun cambio la nobleza bretona en la Asamblea Nacional si hubiera llegado el caso de asistir á ella? No es lo probable: en las grandes transformaciones sociales, la resistencia individual, muy digna de elogio si se quiere, es impotente contra los hechos. Con todo, no se puede calcular lo que hubiera podido producir un hombre del genio de Mirabeau, pero de opuestas opiniones, si hubiese existido en el órden de la nobleza bretona.

El joven Boishue y Saint-Riveul, mi compañero de colegio, habian perecido antes de estas escaramuzas al dirigirse á la cámara de la nobleza: en vano fue defendido el primero por su padre, el cual presencié su muerte.

Véome precisado, lector, á detenerte, para que veas correr las primeras gotas de sangre que debia derramar la revolucion. El cielo quiso que saliesen de las venas de un compañero de mi infancia. En el supuesto de que hubiera sucumbido yo en lugar de Saint-Riveul, se hubiera dicho de mí, sin mas alteracion que la del nombre, lo mismo que se dijo de la primera víctima que dió principio á la gran inmolacion: «Un noble, llamado *Chateaubriand*, fue muerto al dirigirse al salon de los Estados.» Estas dos palabras hubieran reemplazado mi larga historia. ¿Hubiera representado Saint-Riveul el mismo papel que yo sobre la tierra? ¿Estaba destinado á la oscuridad ó al brillo de la fama?

Ahora, lector, ya puedes pasar adelante: atraviesa

el río de sangre que separó para siempre el viejo mundo, del que acabas de salir, del mundo nuevo, á cuya entrada te sorprenderá la muerte.

Paris octubre de 1821.

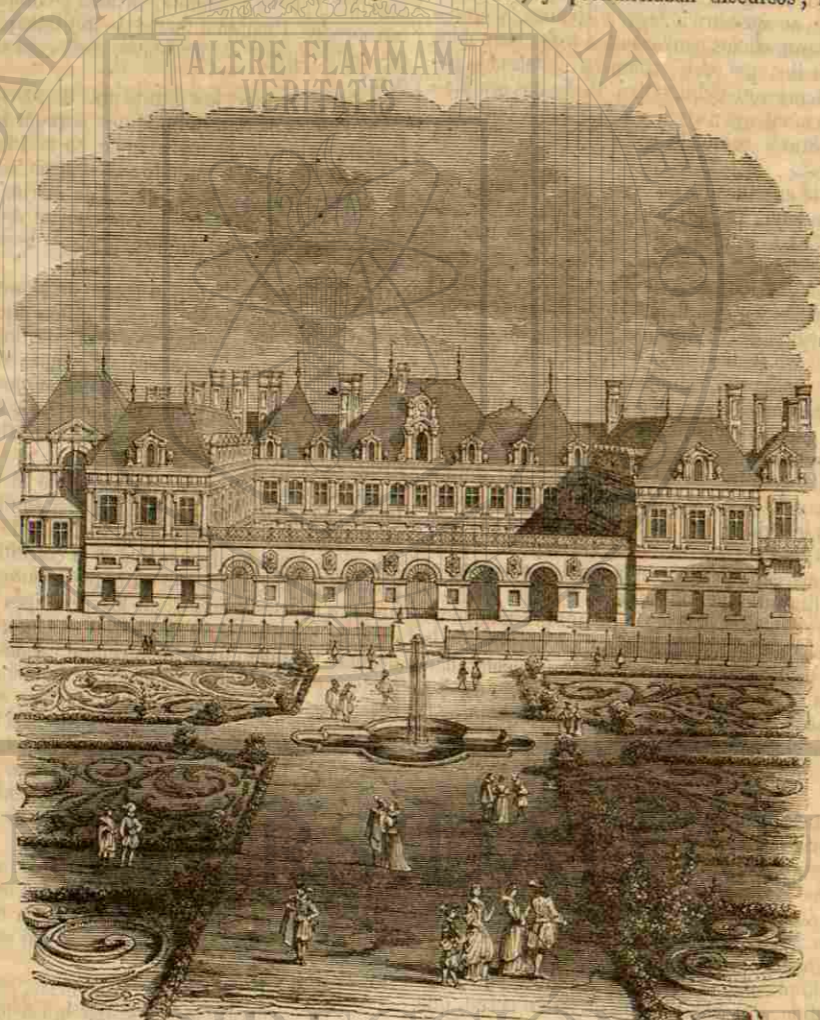
AÑO DE 1789.—VIAJE DE BRETAÑA Á PARÍS.—MOVIMIENTO SOBRE PARÍS.—ASPECTO DEL MISMO.—VUELTA DE MR. NECKER.—VERSALLES.—REGOCIO DE LA FAMILIA REAL.—INSURRECCION GENERAL.—TOMA DE LA BASTILLA.

El año de 1789, tan famoso en nuestra historia y en la historia de la especie humana, me cogió en los arenales incultos de mi país natal; no habiendo podido dejar la provincia sino demasiado tarde, llegué á París despues del saqueo de la casa Rebeillon, la aper-

tura de los estados generales, la constitucion del estado llano en asamblea general, el juramento del Juego de pelota, la sesion real del 23 de junio y la incorporacion del clero y la nobleza al estado llano.

En todos los pueblos de mi tránsito reinaba la mayor agitacion: los lugareños detenian los carruages en las aldeas, pedian los pasaportes, é interrogaban á los viajeros. El movimiento y la agitacion iban siendo mayores á medida que se iba aproximando á la capital. Al pasar por Versailles vi acuarteladas las tropas en los jardines, llenas las plazas de trenes de artillería, la sala provisional de la asamblea nacional situada en la plazuela de palacio, y á los diputados que iban y venian de un lado á otro mezclados con los curiosos, los soldados y la real servidumbre.

Las calles de París estaban atestadas de inmensas turbas que se agolpaban á las puertas de los panaderos, los transeuntes se reunian alrededor de los guardacantones, y pronunciaban discursos; los tenderos



VERSALLES.

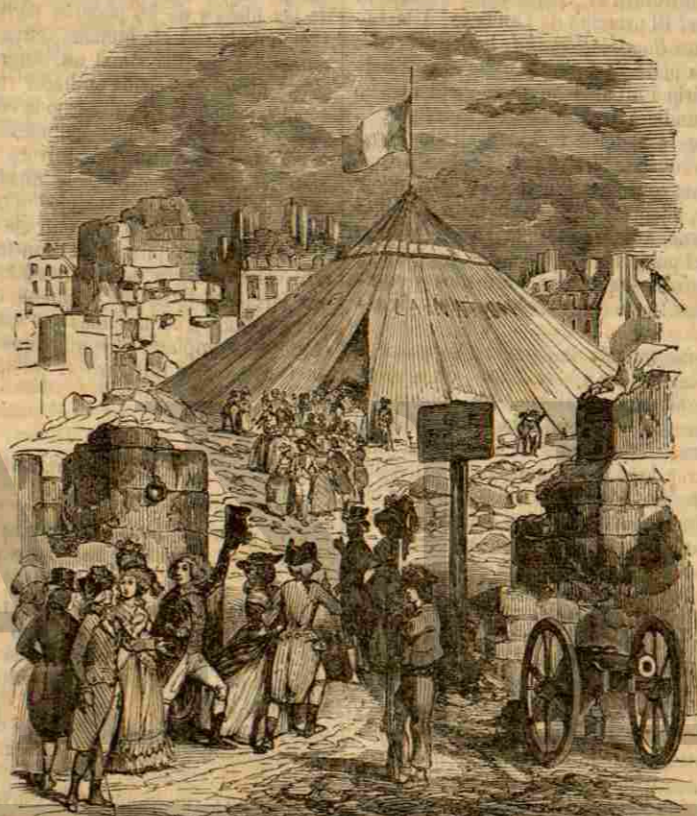
abandonaban sus mostradores y salian á cazar noticias para volver á contarlas luego á la puerta de sus tiendas; los alborotadores se aglomeraban en la plaza del real palacio; Camilo Desmoulins principiaba á distinguirse entre los grupos.

Casi en el instante mismo en que nos apeamos madama de Tarcy, Mad. Lucila y yo en una fonda de la

calle de Richelieu, estalló una insurreccion: el pueblo se dirigió en tropel á la Abadía para poner en libertad algunos guardias arrestados por sus gefes. Los oficiales del cuadro de un regimiento de artillería, que estaba acuartelado en los Inválidos, se unieron al pueblo. Aquel dia principió la defeccion en el ejército.

La córte, dispuesta á ceder unas veces y á resistir otras, tenaz y débil al mismo tiempo, y manifestando tan pronto miedo como valor, se dejó burlar por Mirabou, el cual pidió el alejamiento de las tropas y no consintió en que se alejasen; aceptó la afrenta, y no destruyó la causa. Habiendo corrido la voz en París de que venia un ejército por el sumidero de Montmartre, y de que los dragones iban á forzar las barreras, se excitó al pueblo á que desemperrara las calles

y á que subiera las piedras hasta los quintos pisos, para arrojarlas despues sobre los satélites del tirano: los parisienses pusieron al momento manos á la obra. En medio de aquel trastorno recibió Necker la orden de retirarse. El nuevo ministerio se componia de MM. de Breteuil, de Galaisiere, del mariscal de Broglie, de la Vauguyon, de Laporte y de Foulon, los cuales reemplazaban á MM. Montmorin, de La Lucerne, de Saint-Priest y de Nivernais.



BAILE NACIONAL EN LAS RUINAS DE LA BASTILLA.

Un poeta breton, que hacia muy poco tiempo que se habia dado á luz, me suplicó que lo llevase á Versailles. Hay gentes que tienen humor de visitar los jardines y las fuentes de artificio en medio del trastorno de los imperios; los emborradores de papel son los que mas especialmente adolecen de este achaque y los que tienen la facultad de entregarse á su mania durante los mas graves acontecimientos; su frase ó su estrofa es lo único que les llama la atencion.

Decidime á llevar á mi Pindaro á la hora de misa á la galería de Versailles. El Ojo de Buy estaba radiante: la vuelta de Mr. Necker habia exaltado los ánimos; creíase segura la victoria, y Sanson y Simon, confundidos entre las masas, eran quizá espectadores del regocijo de la familia real.

La reina pasó con sus dos hijos, cuyas blondas ca-

belleras parecian reclamar una corona: la señora duquesa de Angulema, de edad entonces de once años, atraía las miradas de todos por su virginal orgullo: hermosa con la nobleza del rango y la inocencia de la juventud, parecia que iba diciendo, como la flor de naranjo en la guirnalda de Julia, de Corneille:

J' ai la pompe de ma naissance.

El delfín caminaba bajo la proteccion de su hermana, y Mr. Du Touchet iba detrás de su discipulo, el cual me reconoció y llamó hácia mí la atencion de la reina. S. M. me miró sonriéndose, y me saludó de la graciosa manera que lo habia hecho el dia de mi presentacion. Jamás olvidaré aquella mirada que debía extinguirse tan pronto.

María Antonieta dibujó tan perfectamente al sonreirse la forma de su boca, que el recuerdo de aque-

lla sonrisa (cosa horrible!) me hizo reconocer la quijada de la hija de los reyes en las exhumaciones de 1815.

El eco del golpe dado en Versalles retumbó en París. A mi regreso volví piés atrás al ver á la multitud que llevaba los bustos de Mr. Necker y del duque de Orleans, cubiertos con crespones; gritábase: ¡Viva Necker! ¡Viva el duque de Orleans! Y entre estas vivas se oía de vez en cuando otro mas avanzado é imprevisto: ¡Viva Luis XVIII! Victoreábase á aquel mismo niño cuyo nombre no se hallaria en la inscripción fúnebre de su familia si yo no lo hubiese recordado en la cámara de los Pares! ¿Qué hubiera sucedido si Luis XVII hubiera sido colocado en el trono por abdicacion de Luis XVI, y declarado regente el duque de Orleans? El príncipe de Lambese, á la cabeza del regimiento *Royal-Allemand*, hizo retroceder al pueblo desde la plaza de Luis XV hasta el jardín de las Tullerías, é hirio á un anciano; este incidente dió ocasion á que cundiera la alarma por todas partes. Los talleres de los espaderos fueron asaltados, y se extrajeron de los Inválidos treinta mil fusiles. Armáronse los paisanos con picas, garrotes, horquillas, sables y pistolas, mientras unos saqueaban á Saint-Lazare, incendiaron otros las murallas. Apoderáronse de las riendas del gobierno los electores de París, y en una noche fueron organizados, armados y equipados de guardias nacionales sesenta mil ciudadanos.

El 14 de julio fue tomada la Bastilla. Yo asistí en calidad de mero espectador á este asalto, que defendían únicamente algunos inválidos y un gobernador tímido. Si las puertas hubiesen estado cerradas, el pueblo no hubiera entrado jamás en la fortaleza. Únicamente vi disparar dos ó tres cañonazos, y estos disparos no fueron hechos por los inválidos, sino por algunos guardias franceses que habian subido ya á los torreones. De Saunay fue sacado de su escondrijo, y despues de haber sufrido mil ultrajes, le aporrearon en las gradas del *hotel de Ville*; el síndico del comercio Flestellé fue herido en la cabeza de un pistoletazo: tal era el espectáculo que hallaban tan agradable los hipócritas sin corazón. En medio de aquellos asesinatos, el pueblo se entregaba á la orgía, como lo hizo en las turbulencias de Roma en tiempo de Othon y de Vitelio! Los vencedores de la Bastilla, borrachos felices, proclamados conquistadores en tabernas, fueron paseados en triunfo por las calles y las plazas en carruajes de alquiler; escoltabálos las prostitutas y los *sans-culottes*, cuyo reinado daba entonces principio. Los transeuntes se descubrian con el respeto que infunde el miedo ante aquellos héroes, algunos de los cuales murieron de fatiga en medio de su triunfo.

Multiplicáronse las llaves de la Bastilla, y se remitieron á todos los fatuos de importancia de las cuatro partes del mundo. ¡Cuántas veces he desperdiciado mi fortuna! Si en aquella época en que representé el papel de espectador, me hubiera inscrito en el registro de los vencedores, en el dia tendria una pensión.

Los peritos acudieron presurosos á hacer la autopsia de la Bastilla. Estableciéronse cafés provisionales en algunas tiendas de campaña, y la concurrencia se aglomeraba allí como en la feria de Saint-Germain ó de Longchamp: veíanse desfilir ó detenerse una infinidad de carruajes al pié de las torres, desde las cuales les lanzaban enormes piedras entre inmensos torbellinos de polvo. Entre los obreros medio desnudos que demolian las murallas, con aplauso de la muchedumbre, habia algunas mujeres bien vestidas y algunos jóvenes elegantes. Presenciaban ademas este espectáculo los oradores de mas fama, los literatos mas conocidos, los pintores mas célebres, los actores y actrices de mas reputacion, las bailaranas que se

hallaban mas en boga, los extranjeros mas ilustres, los señores de la corte y los embajadores de Europa: la Francia antigua habia acudido para presenciar su fin: la moderna para empezar su existencia.

Ningun suceso, por odioso ó miserable que sea en sí mismo, debe ser tratado con ligereza cuando es grave por las circunstancias y llega á formar época; lo que debió llamar la atencion en la toma de la Bastilla (y esto no se tuvo presente entonces), no era precisamente el acto violento de la emancipacion del pueblo, sino la emancipacion misma, que fue el resultado de este acto.

Admiróse lo que debía condenarse; es decir, el accidente, y nadie buscó en el porvenir los destinos cumplidos de un pueblo, el cambio de las costumbres, de las ideas y de los poderes políticos, y una renovacion de la especie humana, cuya era inauguraba la toma de la Bastilla como un sangriento jubileo. La cólera brutal se cebaba en hacer ruinas, y la inteligencia, escudada y oculta bajo la cólera, fundaba con estas ruinas los cimientos del nuevo edificio.

Pero la nacion, que se equivoca acerca del hecho material, no se equivoca lo mismo sobre el hecho moral: la Bastilla era á sus ojos el trofeo de la esclavitud, y al verla situada á la entrada de París, al frente de los diez y seis pilares de Montfaucon, la consideraba como la horca de sus libertades (1). Al derruir una fortaleza de Estado, el pueblo cree que sacude el yugo militar, y no hace mas que contraer un empeño tácito de reemplazar el ejército que disuelve: sabidos son los prodigios que hizo el pueblo cuando llegó á convertirse en soldado.

París noviembre de 1821.

EFFECTO QUE PRODUJO EN LA CÔRTE LA TOMA DE LA BASTILLA.—LAS CABEZAS DE FOULON Y DE BERTHIER.

Despertando Versalles al ruido de los escombros de la Bastilla, y considerándolo como el ruido precursor de la caída del trono, habia pasado de la jactancia al abatimiento. El rey acudió presuroso á la asamblea nacional; pronunció un discurso desde la silla de la presidencia; manifestó que estaba dada la orden para el alejamiento de las tropas, y regresó á palacio llamado de bendiciones: ¡demostraciones inútiles! Los partidos no creen nunca en la conversion de los partidos contrarios: la libertad que capitula, ó el poder que se degrada, no obtiene gracia de sus enemigos.

Ochenta diputados partieron de Versalles para anunciar la paz á la capital; este fausto acontecimiento fue celebrado con iluminaciones. Mr. Bailly fue nombrado *maire* de París, y Mr. de Lafayette comandante de la guardia nacional: no he conocido mas respetable sabiduria que la que saca el pobre de sus desgracias. Las revoluciones tienen hombres para todos sus períodos; unos las siguen hasta el fin, y otros las empiezan, pero no las acaban.

La dispersion fue general; los cortesanos partieron para Basilea, Lausanne, Luxemburgo y Bruselas. Madama de Polignac encontró en su fuga á Mr. Necker que regresaba. El conde de Artois, sus hijos y los tres Condés, emigraron tambien, llevando en pos de sí el alto clero y una parte de la nobleza. Los oficiales amenazados á todas horas por sus insurrectos soldados, cedieron al torrente que los impelia á abandonar sus filas. Luis XVI quedó solo ante la nacion con sus dos hijos y algunas damas; la reina, *Mesdames* (las infantas) y Mad. Isabel. *Monsieur* (hermano segundo

(1) Hace cincuenta y dos años que se están edificando quince Bastillas para oprimir aquella libertad, en cuyo nombre fue derribada la primera. (París, nota de 1847).

del rey), que se quedó hasta la evasion de Versalles, no era tampoco de gran utilidad para su hermano: la revolucion desconfiaba de él, á pesar de que habia decidido en cierto modo la suerte de la revolucion, opinando en la asamblea de los notables por el voto individual; por otra parte, no profesaba al rey una gran estimacion, comprendia muy mal á la reina, y el afecto de ambos esposos hácia él era bastante frio.

Luis XVI llegó el 17 al *hotel de Ville*, y fue recibido por cien mil hombres armados como los frailes de la Liga. Arengáronle, vertiendo lágrimas, MM. Bailly, Moreau de Saint-Mery y Lally-Toledan. El rey se enterneció tambien á su vez, y se puso en el sombrero una enorme escarapela tricolor; esto le valió ser declarado allí mismo *hombre honrado, padre de los franceses y rey de un pueblo libre* que se preparaba, en virtud de su libertad, á derribar la cabeza del hombre honrado, de su padre y de su rey.

Pocos dias despues de esta reconciliacion hallábame yo en los balcones de mi posada con mis hermanas y algunos bretones, cuando oimos gritar:—«¡Cerrad las puertas, cerrad las puertas!» Un grupo de descamisados venia corriendo por uno de los extremos de la calle; en el centro del mismo se elevaban dos estandartes que no distinguimos bien desde lejos. Asi que fueron acercándose hácia nosotros, vimos que eran dos cabezas desgredadas y desfiguradas horriblemente, que los predecesores de Marat llevaban en las puntas de dos picas: aquellas cabezas eran las de MM. Foulon y Berthier. Todos, excepto yo, se retiraron de los balcones. Los asesinos se pararon en frente de mí y alargaron las picas, cantando, saltando y dando brinco para aproximar á mi cara aquellas pálidas efigies. El ojo de una de las cabezas, que lo habian hecho saltar de su órbita, caia sobre el oscuro semblante del cadáver; la pica atravesaba por la abierta boca, y cuyos dientes mordian el hierro.—«¡Miserables! exclamé yo, no siéndome posible reprimir mi indignacion: ¿es así como entendeis la libertad?» Si en aquel instante hubiera tenido un fusil, lo hubiera disparado sobre aquellos miserables como sobre una manada de lobos. Los amotinados dieron bramidos de coraje, y trataron de derribar á golpes las puertas cocheras para subir por mi cabeza y reunirla con la de sus victimas. Mis hermanas se pusieron malas, y los cobardes de la fonda me abrumaron á reconvencciones. Los asesinos, en cuya persecucion venia fuerza armada, no tuvieron tiempo de invadir la casa, y se alejaron.

Aquellas cabezas, y otras que vi en igual estado muy poco despues, cambiaron mis disposiciones políticas; cobré un horror profundo á los festines de aquellos canibales, y empezó á germinar en mi espíritu la idea de abandonar la Francia y de dirigirme á cualquier país lejano.

París noviembre de 1821.

VUELVE Á SER LLAMADO MR. NECKER.—SESION DEL 11 DE AGOSTO DE 1789.—JORNADA DEL 5 DE OCTUBRE.—CONDUCCION DEL REY Á PARÍS.

Mr. Necker, tercer sucesor de Turgot, despues de Calonne y Taboureaux, y el cual fue llamado por segunda vez al ministerio el 25 de julio, y recibido con festejos y aclamaciones, se vió al poco tiempo precipitado por los sucesos, y perdió su popularidad. No dejaba de ser una de las cosas singulares de aquella época el que un personaje tan grave hubiese sido elevado al puesto de ministro por los manejos de un hombre tan adocenado y tan ligero como el marqués de Peray. El *rendimiento de cuentas* que hizo que se sustituyese en Francia el sistema de empréstitos al

de contribuciones, removió las ideas en tales términos, que hasta las mujeres discutian acerca de los ingresos y de los gastos; veíase por la vez primera, ó se creía ver alguna cosa en la máquina de números. Aquellos cálculos, pintados de un color á lo Thomas, habian sido la base de la reputacion del director general de hacienda. Hábil tenedor de caja, pero economista sin recursos; escritor noble, pero engreído; y hombre honrado, aunque sin virtud alguna elevada, el banquero venia á ser uno de aquellos antiguos personajes que se presentaban en el escenario á explicar al público la obra que iba á representarse, y que desaparecian al levantar el telon. Mr. Necker es el padre de Mad. Staël: su vanidad le impedia conocer que su verdadero título para la posteridad era la gloria de su hija.

La monarquía fue demolida, como la Bastilla, en la sesion de la Asamblea nacional de la tarde del 4 de agosto. Los que, llevados de su odio á lo pasado, declaman en la actualidad contra la nobleza, olvidan sin duda que un individuo de su seno, el vizconde de Noailles, secundado por el duque de Aiguillon y por Mathieu de Montmorency, fue quien derribó el edificio que era objeto de las prevencciones revolucionarias. En virtud de la proposicion del diputado feudal, fueron abolidos los derechos feudales, los de caza, palomar y vivero, los diezmos, los privilegios de las órdenes, ciudades y provincias, las servidumbres personales, los señoríos de justicia y la venta de los oficios. Los golpes mas violentos que recibió la antigua constitucion del Estado procedian de los nobles. Los patricios empezaron la revolucion, y los plebeyos la acabaron: la vieja Francia debió su gloria á la nobleza francesa; la Francia moderna le debe su libertad, dado caso que exista libertad para la Francia.

Las tropas, acantonadas en las cercanias de París, recibieron órden de retirarse, y por uno de esos consejos contradictorios que hacen fluctuar la voluntad del rey, fue llamado á Versalles el regimiento de Flandes. Los guardias de corps dieron un banquete á la oficialidad del mismo, en el cual se enardecieron las cabezas algun tanto; la reina se presentó á mitad de la comida con el delin, y hubo abundancia de brindis á la salud de la familia real: el rey asistió tambien, y la música militar tocó la cancion entusiasta y favorita: ¡Oh Richard, oh mon roi! Cuando llegó á París la noticia de este banquete, los de opinion opuesta se apoderaron de ella con una avidéz extraordinaria: esparcióse la voz de que Luis rehusaba su sancion á la declaracion de los derechos para escaparse á Metz con el conde de Estaing. Marat, que redactaba ya en aquella época *El Amigo del pueblo*, fue el propagador de estos rumores.

Llegó el 5 de octubre. Yo no fui testigo de los sucesos de aquella jornada. La relacion de lo acaecido en ella se supo en la capital en la madrugada del 6, y nos anunciaron al mismo tiempo que el rey venia á París. Todo lo que yo tenia de tímido en los salones, tenia de audaz y osado en las plazas públicas: creíame nacido para la soledad ó para el *forum*. Dirigime á los Campos-Eliseos, y lo primero que se ofreció á mi vista fueron los cañones, sobre los cuales venian montadas á horcajadas algunas harpías, ladronas y prostitutas, diciendo obscenidades, y haciendo los gestos mas inmundos. En seguida, y en medio de una horda compuesta de gentes de ambos sexos y de todas edades, caminaban á pié los guardias de corps, los cuales se vieron precisados á cambiar con los guardias nacionales sus sombreros, espadas y tahalles: cada uno de sus caballos traia encima á dos ó tres verduleras, asquerosas bacanales, que venian borrachas y con los pechos al aire. Detrás de los guardias iba la diputacion de la Asamblea nacional, y luego seguian los carruajes del rey, que rodaban por la oscuridad polvorosa de un bosque de picas y bayonetas. A las portezuelas del

coche iban varios traperos llenos de guñapos, y carniceros con su sangriento delantal á la espalda, con su desnudo cuchillo en la cintura, y las mangas remangadas: la imperial, el pescante y el sitio de los lacayos estaban ocupados por otros personajes del mismo género. Disparábanse tiros de fusil y de pistola, y el populacho gritaba: ¡*Ahi van el pastelero, la pastelera y el marmiton!* Delante del hijo de San Luis, y á guisa de oriflama, elevábanse sobre dos alabardas las cabezas de dos guardias de corps, rizadas y empolvadas por un peluquero de Sèvres.

El astrónomo de Bailly declaró á Luis XVI en el *hotel de Ville* que el pueblo, humano, fiel y respetuoso, acababa de conquistar á su rey: y el rey por su parte, muy sensible á esta manifestacion y muy contento, declaró que habia venido á París por su propia voluntad: falsedades indignas, hijas de la violencia y del miedo, que deshonran entonces á todos los hombres y á todos los partidos. Luis XVI no era falso, sino débil; pero si la debilidad no es lo mismo que la falsedad: hace sus veces: el respeto que deben inspirar la virtud y la desgracia del rey santo y mártir, convierten todo juicio humano en un casi sacrilegio.

ASAMBLEA CONSTITUYENTE.

Los diputados dejaron á Versalles y tuvieron su primera sesion el 19 de octubre en uno de los salones del arzobispado. El 9 de noviembre se trasladaron al recinto del Manege, cerca de las Tullerías. En lo que restaba del año de 1789 expidieron decretos despojando de sus bienes al clero y destruyendo la antigua magistratura, y crearon los asignados, la autorizacion de la municipalidad de París para que se constituyera en primer comité de indagaciones, y el mandato de los jueces para el procedimiento del marques de Fabras.

La asamblea constituyente, á pesar de todo lo que puede echarse en cara, no dejó de ser por eso la congregacion popular mas ilustre que habia existido hasta entonces en las naciones, tanto por la grandeza de sus transacciones como por la inmensidad de sus resultados. No hubo cuestion política, por elevada que fuese, que no tocara y resolviere con acierto. ¡Qué hubiera sido de ella si se hubiese atendido únicamente á los acuerdos de los estados generales, y no hubiese tratado de ir mas allá de lo que estos fueron! Todo lo que la experiencia y la inteligencia humana habian descubierto, concebido y elaborado durante tres siglos, se halla consignado en estas actas, así como los diversos abusos de la antigua monarquia y los medios propuestos para remediarlos. En ellas consta tambien la reclamacion de todas las libertades, inclusa la de la prensa, y la promocion de toda clase de mejoras para la industria, las manufacturas, el comercio, los caminos, el ejército, las contribuciones, la hacienda, las escuelas y la instruccion pública, etc. Hemos atravesado, sin sacar provecho alguno, abismos de crímenes y montones de gloria; la república y el imperio no han servido para nada; el imperio no ha hecho mas que regularizar la fuerza brutal de los brazos que la república habia puesto en movimiento, y dejarnos la centralizacion; administracion vigorosa, que en mi juicio es un mal, pero que es quizás la única que pudiera reemplazar las administraciones locales en aquella época, en que todas estaban destruidas, y en que la anarquía y la ignorancia bullian en todas las cabezas. Acerca de esto apenas hemos dado un paso desde la asamblea constituyente acá: sus trabajos son como los del gran médico de la antigüedad, los cuales marcaron los límites de la ciencia. Hablemos, pues, de algunos

individuos de aquella asamblea, y fijémosnos en Mirabeau, que es el que los resume y domina á todos.

París noviembre de 1821.

MIRABEAU.

Mezclado por los desórdenes y los azares de su vida á los mas grandes acontecimientos y á la existencia de los presidiarios, de los despojadores y de los aventureros, Mirabeau, tribuno de la aristocracia, diputado de la democracia, tenia algo de Graco y de don Juan, de Catilina y de Guzman de Alfarache, del cardenal de Richelieu y del cardenal de Retz, del truhan de la regencia y del salvaje de la revolucion. Tenia ademas la esencia de los *Mirabeau*, familia florentina desterrada, que conservaba algo de esos palacios armados y de esos grandes facciosos celebrados por Dante; familia que se habia naturalizado en Francia, donde el espíritu republicano de la edad media de la Italia y el sentimiento feudal de nuestra edad media se habian reunido en una sucesion de hombres extraordinarios.

La fealdad de Mirabeau, aplicada sobre el fondo de la belleza particular á su raza, producía como una figura poderosa parecida al juicio final de Miguel Angel. Los surcos abiertos por la viruela sobre el semblante del orador parecian como la huella que deja el fuego al pasar. La naturaleza parecia haber modelado su cabeza para el imperio ó para el cadalso, tallado sus brazos para comprimir con ellos una nacion ó robar una mujer. Cuando sacudia su cabellera mirando al pueblo, lo paraba; cuando levantaba su planta y mostraba sus uñas, la plebe corría furiosa. En medio del espantoso desorden de una sesion lo he visto en la tribuna sombrío, feo é inmóvil: recordaba el caos de Milton, impenetrable y sin forma en el centro de su confusion.

Mirabeau tenia algo de su padre y de su tio, quienes, como Saint-Simon, escribian á la diábala páginas inmortales. Suministrábanle discursos para la tribuna, y tomaba de ellos lo que su espíritu podia amalgamar á su propia sustancia. Si los adoptaba enteros, los pronunciaba mal; conociase que no eran suyos por las palabras que á la ventura intercalaba en ellos, y que le revelaban. Sacaba su energia de sus vicios, y estos vicios no nacian de un temperamento frígido, sino de pasiones profundas, abrasadoras y tempestuosas. El cinismo de las costumbres trae á la sociedad, destruyendo el sentimiento moral, una especie de bárbaros: estos bárbaros de la civilizacion, aptos para destruir como los godos, no tienen cual ellos el poder de fundar; aquellos eran los enormes hijos de una naturaleza virgen; estos son los abortos monstruosos de una naturaleza depravada.

Por dos veces he hallado á Mirabeau en un banquete: una en la casa de la sobrina de Voltaire, la marquesa de Villette, y otra en el Palais-Royal, con diputados de la oposicion que Chapelier me habia hecho conocer: Chapelier marchó al cadalso en la misma carreta que mi hermano y Mr. de Malesherbes.

Mirabeau habló mucho, y sobre todo mucho de sí propio. Aquel hijo de leones, leon él mismo, con cabeza de quimera; aquel hombre, tan positivo en los hechos, era todo lo novelesco, todo lo poeta, todo lo entusiasta posible por su imaginacion: en su lenguaje reconocíase al amante de Sofia, exaltado en sus sentimientos y capaz del sacrificio. «Yo la encontré, me dijo, esa mujer adorada... supe lo que era su alma, ese alma formada por manos de la naturaleza en un momento de magnificencia.»

Mirabeau me encantó con sus aventuras amorosas, con sus deseos de retiro, que mezclaba al traves de

áridas discusiones. Me interesaba ademas por otro motivo: como yo, habia sido tratado severamente por su padre, el cual habia guardado, como el mio, la inflexible tradicion de la autoridad paternal absoluta.

El gran convidado se extendió sobre la política extranjera, y no dijo casi nada sobre la política interior; era, sin embargo, lo que le preocupaba: pero dejó escapar algunas palabras de soberano desprecio contra los hombres que se proclamaban superiores, merced á la indiferencia que afectaban hacia las desdichas y los crímenes. Mirabeau habia nacido generoso, sensible á la amistad, fácil para perdonar las ofensas. A pesar de su inmoralidad, no habia podido falsear su conciencia; solo era corrompido para sí propio: su espíritu recto y firme no hacia del asesinato una sublimidad de la inteligencia, y no tenia admiracion alguna para los matadores y asesinos.

Mirabeau era orgulloso, y se elogiaba ultrajándose; aunque se constituyó en mercader de paños para ser elegido por el pueblo (habiendo tenido la nobleza la honrosa locura de rechazarlo), estaba orgulloso de su nacimiento: *Pájaro cuyo nido fue entre cuatro torrecillas*, dice su padre. No olvidaba que habia aparecido en la corte montado en las carrozas, y cazado con el rey. Exigia que se le calificase con el título de conde, y cubrió á sus pajes y lacayos con la librea de su casa, cuando todo el mundo suprimia sus colores y cuarteles. Citaba á tuertas y derechas á su *pariente*, el almirante de Coligny. Habiéndolo llamado el *Monitor* Riquet: «¿Sabeis, dijo colérico al periodista, que durante tres dias habeis desorientado con vuestro Riquet á la Europa?» Repetía esta gracia impudente y tan conocida: «En otra familia, mi hermano, el vizconde, seria el hombre de talento y la mala cabeza; en mi familia es el tonto y el hombre de bien.»

El fondo de los sentimientos de Mirabeau era monárquico; ha pronunciado estas bellas palabras: «He querido curar á los franceses de la supersticion á la monarquia y sustituir á ella su culto.» En una carta destinada á ser leida por Luis XVI, escribia: «No quisiera haber trabajado tan solo en una vasta destruccion.» Sin embargo: esto fue lo que le aconteció: el cielo, para castigarnos por haber empleado mal nuestros talentos, nos da el arrepentimiento por nuestros mismos triunfos.

Mirabeau removía la opinion con dos grandes palanca: de un lado tomaba su punto de apoyo en las masas, de quienes se habia constituido defensor despreciándolas; del otro, aunque traidor á su orden, sostenía la simpatía por las afinidades de casta y comunes intereses. Jamás sucederá esto al plebeyo, campeón de las clases privilegiadas; seria abandonado de su partido sin conquistarse la aristocracia, ingrata por naturaleza cuando no se ha nacido en sus filas. La aristocracia no puede ademas improvisar un noble, puesto que la nobleza es hija del tiempo.

Mirabeau ha hecho muchos discípulos. Rompiendo los lazos morales, muchos han soñado que se transformaban en hombres de Estado. Estas imitaciones solo han producido pequeños perversos: aquel que se liasonjea con ser corrompido y ladrón, no es mas que un miserable perdido; aquel que se cree despreocupado, no es sino vil, y aquel que se vanagloria de ser criminal, solo es un infame.

Muy pronto para él, demasiado tarde para ella, Mirabeau se vendió á la corte, y la corte lo compró. Jugó su *nombradía*, por una pension y una embajada: Cronwell estuvo á pique de trocar su porvenir por un título y la orden de la Jarretiera. A pesar de su soberbia, Mirabeau no se estimaba en lo que valía. Ahora que la abundancia del numerario y de los destinos ha elevado el precio de las conciencias, no hay *personaje* cuya adquisicion no cueste algunos centenares de miles de francos y los primeros honores del Estado. La tumba desligó á Mirabeau de sus promesas y lo puso

al abrigo de los peligros que verosimilmente no habria podido vencer; su vida habria demostrado su debilidad para el bien; su muerte lo ha dejado en posesion de su fuerza para el mal.

Al salir de nuestra comida, discutiase sobre los enemigos de Mirabeau: yo me hallaba á su lado, y no habia pronunciado una sola palabra. Me miró fijamente con sus ojos de orgullo, de vicio y de genio, y aplicando su mano sobre mi espalda, me dijo: «No me perdonarán jamás mi superioridad.» Aun siento la impresion de aquella mano, cual si Satanás me hubiese tocado con su abrasada planta.

Cuando Mirabeau fijó sus miradas sobre un joven mudo, ¿tuvo un presentimiento de mis destinos futuros? ¿Pensó que habria de comparecer un dia ante mis recuerdos? Estaba yo destinado á ser el historiador de los altos personajes; han desfilado delante de mí, sin que yo me haya acogido á su manto para hacerme arrastrar con ellos á la posteridad.

Mirabeau ha sufrido ya la metamorfosis que se opera con todos aquellos cuya memoria está destinada á vivir: llevado desde el Panteon á las sentinas, y vuelto á conducir al Panteon, se ha elevado á toda la altura de los tiempos que hoy le sirven de pedestal. No se ve ya el Mirabeau real, sino el Mirabeau idealizado, el Mirabeau tal como lo retratan los pintores para hacerlo el símbolo ó el mito de la época que representa; así es mas falso y mas verdadero. De tantas reputaciones, de tantos acontecimientos, de tantas ruinas, no quedan mas que tres hombres, cada uno de ellos enlazado á cada una de las tres grandes épocas revolucionarias. Mirabeau para la aristocracia, Robespierre para la democracia, Bonaparte para el despotismo; la monarquia nada tiene: la Francia ha pagado bien caras tres nombradías que la virtud no puede enaltecer.

París diciembre de 1821.

UNA SESION DE LA ASAMBLEA NACIONAL.—ROBESPIERRE.

Las sesiones de la Asamblea nacional ofrecian un interés que las sesiones de nuestras Cámaras están muy lejos de excitar. Era preciso acudir muy temprano para hacerse con un asiento en las tribunas mas altas. Los diputados llegaban comiendo, hablando, gesticulando, y se agrupaban en los varios ángulos de la sala, segun sus opiniones. Se leía el acta; despues de esta lectura se fijaba el punto de discusion convenido, que siempre era algun proyecto extraordinario. Jamás se trataba allí de los insípidos artículos de una ley; una destruccion rara vez dejaba de formar parte de la orden del dia. Se hablaba en pró y en contra; todo el mundo improvisaba bien ó mal; los debates se hacian borrascosos; las tribunas se mezclaban en la discusion, ya aplaudiendo y victoreando, ya silbando y gritando á los oradores. El presidente agitaba fuertemente su campanilla, los diputados se apostrofaban desde un banco á otro. Mirabeau, el joven, cogía por el cuello á su competidor; Mirabeau, el mayor, gritaba: ¡*Callen las treinta voces!* Un dia yo estaba colocado detrás de la oposicion realista; tenia delante de mí á un caballero del Delfinado, de negra tez, pequeño de estatura, que saltaba de furor sobre su asiento, y decía á sus amigos: «¡Caigamos, espada en mano, sobre esos miserables!» y señalaba hacia el lado de la mayoría. Las mujeres del mercado, que estaban haciendo calceta en las tribunas, lo oyeron, se levantaron, y gritaron todas á la vez con sus calcetas en la mano y el espumarajo en la boca: ¡*A la linterna!* El vizconde de Mirabeau, Lautrec y otros jóvenes nobles querian asaltar las tribunas.

Pero muy pronto este escándalo fue eclipsado por otro: muchos peticionarios, armados de picas, se presentaron en la barra. «El pueblo se muere de

hambre, dijo una voz: ya es tiempo de tomar medidas contra los aristócratas y de colocarse á la altura de las circunstancias. El presidente hizo á estos ciudadanos la protesta de su respeto: «No perdemos de vista á los traidores, respondió, y la asamblea hará justicia.» En seguida se promovió un nuevo alboroto: los diputados de la derecha gritaban que se marchaba á la anarquía; los diputados de la izquierda replicaban que el pueblo estaba en el derecho de expresar su voluntad, que tenía el de quejarse de los fautores del despotismo, que se sentaban en el seno de la representación nacional: de esta manera denunciaban á sus colegas al pueblo soberano, que los esperaba en la linterna.

Las sesiones de la noche superaban en escándalo á las de la mañana; se hablaba mejor y con mas audacia á la luz de las arañas. La sala del Manege era entonces un verdadero salon de espectáculos, donde se representaba uno de los dramas mas grandes del mundo. Los principales personajes pertenecian todavía al antiguo régimen; sus terribles sustitutos, ocultos detrás de ellos, hablaban poco ó nada. Al final de una violenta discusión, yo vi subir á la tribuna á un diputado de aire vulgar, de una figura pálida é inanimada, regularmente peinado, vestido decentemente, como el administrador de una buena casa, ó como un escribano de pueblo cuidadoso de su persona. Pronunció un discurso largo y enojoso; nadie le escuchaba; pregunté su nombre, y me dijeron que era Robespierre. Las gentes que llevaban calzado se disponian á salir de los salones, y ya los zapatos empujaban la puerta.

Paris diciembre de 1821.

SOCIEDAD. — ASPECTO DE PARÍS.

Cuando antes de la revolucion leía yo la historia de los trastornos públicos ocurridos en varios pueblos, no concebía cómo se habia podido vivir en aquellos tiempos; yo me asombraba de que Montaigne escribiese tan galanamente encerrado en un castillo, fuera del cual no podia dar una vuelta sin correr el riesgo de ser cogido por las partidas de los de la Liga ó de los protestantes.

La revolucion ha venido á hacerme comprender la posibilidad de esta existencia. Los tiempos de crisis redoblan la vida de los hombres. En una sociedad que se disuelve y se reconstruye, la lucha de dos genios, el choque del pasado y del porvenir, la mezcla de las costumbres antiguas y de las costumbres nuevas, forman una combinacion transitoria que no dejan lugar al tedio. Las pasiones y los caracteres, en toda su libertad, se manifiestan con una energia que no tienen por lo comun en épocas normales. La infraccion de las leyes, la exaccion de los deberes, de las costumbres y de las leyes del bien parecer, los peligros mismos, en una palabra, contribuyen al interés de este desorden. El género humano en vacaciones se pasea por la calle; libre de sus pedagogos, vuelve por un momento al estado de la naturaleza, y no comienza á sentir la necesidad del freno social hasta que lleva el yugo de los nuevos tiranos producidos por la licencia.

Yo no podré pintar mejor la sociedad de 1789 y de 1790 que comparándola á la arquitectura del tiempo de Luis XII y de Francisco I, cuando los órdenes griegos vinieron á mezclarse con el estilo gótico, ó mas bien asimilándola á la coleccion de ruinas y de sepulcros de todos los siglos, amontonados y confundidos despues del terror en los claustros de los Pequeños Agustinos; con la diferencia de que las ruinas de que yo hablo estaban vivas, y variaban sin cesar. En todos los ángulos de París habia reuniones literarias, sociedades políticas, y de espectáculos; las futuras

celebridades andaban errantes entre la multitud sin ser conocidas, como las almas á la orilla del Letheo antes de haber gozado de la luz. Yo vi al mariscal Gouville-Saint-Cyr desempeñar un papel en el teatro de Marais, en *La madre culpable*, de Beaumarchais. Entonces se pasaba del club de los Fuldenses al club de los Jacobinos, de los bailes y de las casas de juego á los grupos del palacio real, de la tribuna de la Asamblea nacional á la tribuna del aire libre. Recorrian las calles diputaciones populares, piquetes de caballería y patrullas de infantería. Al lado de un hombre con traje francés, cabeza empolvada, espada á la cintura, sombrero bajo el brazo y zapatos y medias de seda, marchaba otro con los cabellos cortados y sin polvos, llevando el frac inglés y la corbata americana. En el teatro los actores publicaban las noticias; el patio entonces habia himnos patrióticos. Las piezas de circunstancias cautivaban á la multitud. Aparecia un abate en la escena, y el pueblo le gritaba: «¡Calotin! ¡Calotin! ¡Calotin!» y el abate respondia: «¡Señores, viva la nacion!» Se corria á oír cantar á Mandini y su esposa, á Viganoni y Rovedino, en la *Opera Bufo*, despues de haber oido ahullar á Carra; se iba á admirar á Mad. Dugazon, Mad. Saint-Aulin, á Carlino, á la pequeña Olivier, á la señorita Coutat, Molé, Fleury, á Talma, que hacia su debut, despues de haber visto ahorcar á Favras.

Los paseos en el boulevard del Temple y en el de los Italianos, titulado *Coblenza*, y las calles del jardin de las Tullerías, estaban inundados de mujeres rozagantes; tres jóvenes, hijas de Grètry, brillaban allí blancas y sonrosadas como sus adornos; pero bien pronto murieron las tres. «¡Se ha dormido para siempre, dice Grètry hablando de su hija mayor, sentada sobre mis rodillas y tan hermosa como cuando vivía!» Una multitud de carruajes cruzaban las calles ó salpicaban á los descamisados, y entre los primeros se veia á madama de Buffon, sentada y sola en un faeton del duque de Orleans, parado á la puerta de algun club.

La elegancia y el gusto de la sociedad aristocrática se encontraban en el *hótel de La-Rochefoucault*, en las *soirées* de Mad. de Poix, de Henin, de Limiane, de Vandreuil, y en algunos salones de la alta magistratura que permanecian abiertos. En casa de Mr. Necker, en casa del conde de Montmorin y de los ministros, adonde concurrían con Mad. Staël, la duquesa de Aiguillon y las Sras. de Beaumont y de Serilly, figuraban todas las nuevas ilustraciones de la Francia y toda la libertad de las nuevas costumbres. El zapatero, con uniforme de oficial de la guardia nacional, tomaba en sus rodillas la medida de nuestro pié; el monge, que el viernes arrastraba su ropaje talar, blanco ó negro, llevaba el domingo el gorro encarnado y el traje de ciudadano; el capuchino, afeitado, leia los periódicos en un figon, y en un círculo de mujeres locas se veia á un religioso gravemente sentado. La multitud visitaba estos conventos, abiertos al mundo, como los viajeros recorren en Granada los desiertos salones de la Alhambra, ó como se detienen en el Tiber bajo las columnas del templo de la Sybilla.

Lo demás todo era fuerza, combates y amores, mezclas de prision y de fraternidad política, reuniones misteriosas en medio de las ruinas, bajo un cielo sereno, en medio de la paz y de la poesía de la naturaleza; paseos retirados, silenciosos, solitarios, mezclados de juramentos eternos y de ternuras indefinibles, entre el ruido sordo de un mundo fugitivo y el lejano rumor de una sociedad vacilante que amenaza desplomarse al caer sobre las felicidades colocadas al borde de los sucesos. Cuando se habian perdido ya veinte y cuatro horas, nadie estaba seguro de contar con otras tantas. Los unos se comprometian en la senda revolucionaria; los otros fraguaban la guerra civil; los otros partian para el Ohio, precedidos de palanqueros que pensaban levantar en el pais de los salvajes; otros

marchaban á reunirse á los príncipes; todo esto se verificaba alegremente, sin tener por lo regular ni un sueldo en el bolsillo: los realistas afirmaban que aquel estado de cosas terminaria una de aquellas mañanas por un decreto del parlamento; los patriotas, mas ligeros aun en sus esperanzas, anunciaban como próximo el reinado de la paz y de la felicidad con el de la libertad, y cantaban aquello de:

La sainte chandelle d' Arras,
Le flambeau de la Provence,
S'ils ne nous éclairent pas
Mettent le feu dans la France;
On ne peut pas les toucher,
Mais on espere les moucher.

¡Y hé aquí cómo pensaban Robespierre y Mirabeau! «Así en el poder de cualquiera autoridad humana, decia *La Estrella*, prohibir que el pueblo francés discuta, es como esconder el sol en la tierra ó encerrarle dentro de un agujero.»

El palacio de las Tullerías, gran cárcel llena de condenados, se levantaba en medio de estas fiestas de la destruccion. Los sentenciados jugaban tambien esperando *la carreta, la campanilla, la camisa encarnada*, que se habia puesto á secar, y á través de las ventanas se veian las brillantes iluminaciones del círculo de la reina.

Pululaban á millares los diarios y los folletos, las sátiras y los poemas; las canciones de las *Actas de los Apóstoles* respondian al *Amigo del Pueblo* ó al *Moderador* del club monárquico, redactado por Fontanes; Mallet-dupan, en la parte política del *Mercurio*, estaba en oposicion con Laharpe, y Chamfort en la literaria del mismo diario. Champcenetz, el marqués de Bonnav, Rivarol, Mirabeau, el menor (el Holbein de la espada, que levantó sobre el Rhin la legion de los *húsares de la Muerte*), y Honorato Mirabeau, el mayor, se divertían en hacer, cuando comían, caricaturas y *El Pequeño Almanaque de los grandes hombres*. Honorato iba en seguida á proponer la ley marcial ó la venta de los bienes del clero. Pasaba la noche en casa de madama Jay, despues de haber declarado que no saldria de la Asamblea nacional sino por la fuerza de las bayonetas. *Igualdad* consultaba al diablo en las carreras de Montrouge, y volvia al jardin de Monceaux á presidir las orgías dispuestas por Lacroix. El futuro regicida no degeneraba de su raza; doblemente prostituido, la desmoralizacion lo entregaba fatigado ya á la ambicion. Lauzun comia en su casita de la barrera del Maine, con bailarinas de la ópera, acariciadas por Noailles, Dillon, Choiseul, Narbonne, Talleyrand y otros elegantes del dia, de los cuales nos quedan dos ó tres momias.

La mayor parte de los cortesanos, célebres por su inmoralidad á fines del reinado de Luis XV y durante el reinado de Luis XVI, estaban alistados bajo la bandera tricolor: casi todos habian hecho la guerra en América y tiznado sus cordones con los colores republicanos. La revolucion los empleó mientras se mantuvo á mediana altura, y fueron los primeros generales de sus ejércitos. El duque de Lauzun, el amante romántico de la princesa Czartoriska, volante de las mujeres en los caminos reales, el Lovelace que *tenia* esta, y que despues *tenia* aquella, según la gerga noble y casta de la corte; el duque de Lauzun, hecho duque de Biron, mandando á favor de la Convencion en la Vendée, ¡qué compasion! El baron de Bezenval, narrador embustero y cínico de la corrupcion de la alta sociedad, crítico de las puerilidades de la vieja monarquía espirante, este tosco baron, comprometido en el suceso de la Bastilla, á quien salvaron Necker y Mirabeau, únicamente porque era suizo, ¡cuánta miseria! ¡Qué habian de hacer tales hombres con semejantes acontecimientos? Cuando la revolucion se engrandeció, abandonó con desden á los frívolos apóst-

atas de la monarquía; tuvo necesidad de sus vicios, y despues de sus cabezas; no despreciaba ninguna sangre, ni aun la de la Dubarri.

Paris diciembre de 1821.

DE LO QUE YO HACIA EN MEDIO DE ESTE BULLICIO.—MIS DIAS SOLITARIOS.—LA SEÑORITA MONET.—ARREGLO CON MALESHERBES MI VIAJE Á AMÉRICA.—BONAPARTE Y YO, SUBTENIENTES DESCONOCIDOS.—EL MARQUÉS DE LA ROUERIE.—ME EMBARCO EN SAINT-MALO.—ÚLTIMOS PENSAMIENTOS AL DEJAR MI PAÍS NATAL.

El año 1790 puso el colmo á la desmoralizacion de 1789. Los bienes de la Iglesia pasaron al Estado, la constitucion civil del clero fue decretada, la nobleza abolida.

No asistí yo á la federacion de julio de 1790, porque una grave indisposicion me tenia en cama; pero antes me habia divertido mucho en los carretones del campo de Marte. Mad. Staël ha descrito maravillosamente esta escena. Siempre tendré el pesar de no haber visto á Talleyrand decir misa, ayudado por el abate Luis, y dar audiencia con el sable al lado al embajador del gran turco.

Mirabeau perdió su popularidad el año 1790; sus relaciones con la corte eran evidentes. Necker se retiró del ministerio sin que nadie tuviese deseos de sustituirlo. *Mesdames*, tias del rey, partieron para Roma con pasaporte de la Asamblea nacional. El duque de Orleans, de vuelta de Inglaterra, se declaró el mas humilde y obediente servidor del rey. Las sociedades de los *Amigos de la constitucion*, multiplicadas en el pais, se adherían á la sociedad central de París, recibiendo sus inspiraciones y ejecutando sus órdenes.

Encontraba en mi carácter disposiciones favorables para la vida pública, lo que pasaba en comun me atraía, porque entre la multitud conservaba mi aislamiento, y no tenia que combatir mi timidez. Sin embargo, los salones que participaban del movimiento universal eran frecuentados por mí, y habia hecho en ellos á mi pesar algunos conocimientos.

La marquesa de Villette fue uno de ellos. Su marido, de una reputacion calumniada, escribia con *monsieur*, hermano del rey, en el *Diario de París*. Mad. Villette perdió una hija de diez y seis años. aun mas encantadora que su madre, y para ella escribió el caballero de Parry estos versos, dignos de la antología:

Dulcemente dormida
vuelve al cielo la vida
sin queja del destino;
y acaba su sonrisa
como muere en la brisa
del avecilla el melodioso trino.

Mi regimiento, de guarnicion en Rouen, conservó hasta muy adelante su disciplina. Tuvo un encuentro con el pueblo con motivo de la ejecucion del cómico Bordier, que sufrió el último decreto del poder parlamentario, ahorcado la víspera, héroe al dia siguiente si hubiese vivido veinte y cuatro horas mas. Pero por último estalló la insurreccion entre los soldados de Navarra. El marqués de Mortemart emigró; los oficiales lo siguieron. Yo no habia adoptado ni rechazado las nuevas opiniones; y tan poco dispuesto á combatir las como á defenderlas, no quise emigrar ni continuar en la carrera militar, y me retiré.

Enteramente libre, tenia por un lado disputas bastante vivas con mi hermano y el presidente de Rosambo; y por el otro discusiones muy agrias tambien con Ginguene, Laharpe y Chamfort. A nadie agradaba, desde mi juventud, mi imparcialidad en política. Además, yo no daba importancia á las cuestiones del dia

mas que por la relacion que tenían con las ideas generales de libertad y dignidad humanas; la política personal me fastidiaba; mi verdadera vida se hallaba en regiones mas elevadas.

Las calles de Paris, llenas de gente dia y noche, estorbaban mis extravagancias. Para hallar el desierto me refugiaba en el teatro; me instalaba en el fondo de un palco, y dejaba errar mi pensamiento entre los versos de Racine, la música de Sacchini, ó los bailes de la Opera. Era preciso que viera intrépidamente veinte veces seguidas en los Italianos *Barba azul* y *Zucco perdido*, fastidiándome para librarme del fastidio como un buho en un agujero: mientras la monarquía caía, yo no oía el estallido de las bóvedas seculares, ni los ahullidos del vaudeville, ni la voz tronante de Mirabeau en la tribuna, ni la de Colín, que cantaba en el teatro:

Llueva ventisque, ó nieve,
cuando la noche es larga, se hace breve.

Mr. Monet, director de minas, y su hija, enviados por Mad. Ginguene, venian alguna vez á turbar mi soledad: la señorita Monet se colocaba en la delantera del palco, y yo me sentaba, medio contento, medio gruñendo, á su espalda. Yo no sé si me agradaba ó la quería; lo que sé es que le tenía miedo.

Cuando había marchado lo sentía, alegrándome de no verla mas. Sin embargo, iba algunas veces sudando á buscarla á su casa para acompañarla en el paseo: le daba el brazo, y creo que apretaba un poco el suyo.

Me dominaba la idea de pasar á los Estados-Unidos, y necesitaba un motivo de utilidad para mi viaje; me proponía descubrir (como lo he dicho en estas *Memorias* y en muchas de mis obras) el paso al Nordeste de la América. Este proyecto participaba de mi naturaleza poética. Nadie se ocupaba de mí; yo era entonces, lo mismo que Bonaparte, un pequeño subteniente, enteramente desconocido; los dos partíamos de la oscuridad en la misma época: yo á buscar mi fama en la soledad; él, su gloria entre los hombres. Sin lazos con ninguna mujer, mi sílfide ocupaba aun mi imaginación. Yo me fingía la felicidad, realizando con ella mis correrías fantásticas en las florestas del Nuevo-Mundo. Por la influencia de otra naturaleza, Atala se ha hecho, bajo las sombras de la Florida, mi flor de amor, mi fantasma sin nombre de los bosques de la Armórica.

Mr. de Malesherbes me calentaba los cascos para este viaje. Yo iba á verlo por las mañanas: con la nariz pegada á los mapas comparábamos las diferentes líneas de la cúpula ártica; calculábamos las distancias del estrecho de Bering hasta la bahía de Hudson; leíamos las relaciones de los navegantes y viajeros ingleses, holandeses, franceses, rusos, suecos y daneses; averiguábamos qué camino se había de seguir por tierra para llegar á la ribera del mar polar; conocíamos las dificultades que había que superar, las precauciones que se habían de tomar contra el rigor del clima, los ataques de las fieras y la falta de víveres. Este hombre ilustre me decía: «Si yo fuese mas joven, partiría con vos, y me ahorraría el espectáculo de tantos crimines, tanta locura y cobardía; pero á mi edad es preciso morir donde se está. No dejéis de escribirme en toda ocasion, de decirme vuestros progresos y descubrimientos; yo les daré valor con los ministros. Es muy sensible que no sepáis la botánica.» Al acabar estas conversaciones hojeé á Tournefort, Duhamel, Bernard de Jussieu, Grew, Jacquin, el diccionario de Rousseau, las *Flores elementales*, fui al jardín del rey, y ya me creía un Linneo.

Por último, en enero de 1791 tomé seriamente mi resolución. El caos aumentaba; bastaba llevar un nombre aristócrata para ser perseguido; cuanto mas concienzuda y moderada era una opinion, mas sospechosa

se hacia, y mas se la perseguía. Resolví, pues, levantar mis tiendas: dejé en París á mi hermano y mis hermanas, y me dirigí á la Bretaña.

Encontré en Fougères al marqués de la Rouerie, y le pedí una carta para el general Washington. El coronel Armand (nombre que se daba al marqués en América) se había distinguido en la guerra de la independencia americana. Se hizo célebre en Francia por la conspiracion realista que costó tan preciosas víctimas á la familia de Desilles. Muerto organizando esta conspiracion, fue exhumado, reconocido, y causó la desgracia de sus huéspedes y amigos. Rival de Lafayette y de Lauzun, precursor de La-Rochejacquelein, el marqués de la Rouerie tenía mas espíritu que ellos; se había batido muchas veces como el primero; había robado actrices en la Opera como el segundo y se hubiera hecho compañero de armas del tercero. Recorria los bosques de la Bretaña con un mayor americano, y acompañado de un mono sentado en la grupa de su caballo. Los estudiantes de derecho de Rennes lo amaban á causa de su actividad en la accion y su libertad de ideas; había sido uno de los doce caballeros bretones presos en la Bastilla. Era elegante de estatura y maneras, de bello continente, de rostro encantador, y se parecía algun tanto á los retratos de los jóvenes caballeros de la Liga.

Elegí á Saint-Malo para embarcarme, con el objeto de abrazar á mi madre. He dicho ya en el libro tercero de estas *Memorias* cómo pasé por Combourg, y los sentimientos que me agitaron. Permanecí dos meses en Saint-Malo, ocupado con los preparativos de mi viaje, como en otra ocasion con mi partida proyectada á las Indias.

Me ajusté con un capitán, llamado Desjardins, que debía trasportar á Baltimore al abad Nagault, superior del seminario de san Sulpicio, y muchos seminaristas, bajo la direccion de su gefe. Estos compañeros de viaje me hubieran convenido mas cuatro años antes: de cristiano celoso me había hecho ateo. Este cambio me produjo la lectura de los libros filosóficos. Creía de buena fe que un espíritu religioso se veía paralizado por una parte; que había verdades que no podían llegar hasta él, por muy superior que fuese. Este orgullo bendito me hizo cambiar: yo suponía en el espíritu religioso la ausencia de una facultad que se encuentra precisamente en el espíritu filosófico: la inteligencia limitada cree verlo todo, porque tiene los ojos abiertos; la inteligencia superior consiste en cerrar los ojos, porque lo ve todo por dentro. Finalmente, una cosa me venia: la desesperacion inmotivada que llevaba en el fondo del corazón.

Una carta de mi hermano ha fijado en mi memoria la fecha de mi partida: escribía de París á mi madre anunciándole la muerte de Mirabeau. Tres dias despues de la llegada de esta carta me embarqué en el buque en que ya estaban metidos mis equipajes. Se levaron anclas: momento solemne para los navegantes. El sol se ocultaba en Occidente, cuando el piloto costero nos abandonó. El tiempo era sombrío, la brisa suave, y las olas se estrellaban pesadamente contra los escollos á algunos cables de distancia del buque.

Mis miradas se fijaban en Saint-Malo; acababa de dejar á mi madre bañada en llanto. Veía los campanarios de la iglesia donde había orado con Lucila, los muros, los fuertes, la torre, los arenales donde había pasado mi infancia con Gesril y mis camaradas de diversiones: yo abandonaba á mi patria destrozada cuando perdía un hombre á quien nadie podía reemplazar. Me alejaba igualmente incierto de los destinos de mi país y de los míos: ¿quién perecería; la Francia ó yo? ¿Volveré á ver esta Francia y mi familia?

La calma nos detuvo con la noche á la salida de la rada; los hogares de la ciudad y los faros se encendieron; estas luces, vacilantes bajo mi techo paterno, parecía que me sonreían á la vez y me decían su últi-

mo adios alumbrándome entre las rocas, las tinieblas de la noche y la oscuridad de las olas.

Yo no llevaba mas que mi juventud y mis ilusiones; desertaba de un mundo, cuyo polvo había pisado y contado sus estrellas, por otro mundo, cuyo cielo y tierra me eran desconocidos. ¿Qué me sucedería si llegaba al término de mi viaje? Perdido en las playas septentrionales, los años de discordia que han consumido tantas generaciones con tanto estrépito habrían pasado en silencio sobre mi cabeza; la sociedad se hubiera renovado en mi ausencia. Es probable que yo no hubiera tenido nunca la desgracia de escribir; mi nombre hubiera sido ignorado, ó no hubiera alcanzado mas que una de esas famas pacíficas inferiores á la gloria, desdeñadas por la envidia y entregadas á su felicidad. ¿Quién sabe si yo hubiese atravesado el Atlántico, si no me hubiera fijado en las soledades, exploradas á mil riesgos y peligros, como un conquistador en medio de sus conquistas!

¡Pero no! yo debía volver á mi patria para cambiar en ella de miserias, para ser otra cosa de lo que había sido. Este mar, á cuya orilla había nacido, iba á ser la causa de mi segunda vida; yo era llevado por él, en mi primer viaje, como en el seno de mi nodriza, en los brazos de la confidente de mis primeras lágrimas y de mis primeros placeres. El reflujo, á falta de viento, nos arrastraba á lo largo; las luces de la costa disminuyeron poco á poco, y desaparecieron. Cansado de reflexiones, de pesares vagos y de esperanzas mas vagas todavía, bajé á mi camarate, me acosté, balanceado en mi hamaca al ruido de la ola que acariciaba el flanco del buque; se levantó viento, las velas se hincharon, y cuando subí á cubierta al dia siguiente por la mañana, ya no se veía la tierra de Francia.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

Revisado en diciembre de 1846.

PROLOGO.

Treinta y un años despues de mi embarque para América de simple subteniente, me embarqué para Londres con un pasaporte concebido en estos términos: «Dejad pasar al señor vizconde de Chateaubriand, par de Francia, embajador del rey cerca de S. M. B., etc., etc.» No llevaba señas; mi grandeza debía dar á conocer mi cara en todas partes. Un vapor, fletado para mí únicamente, me llevaba de Calais á Douvres. Al pisar el territorio inglés soy saludado por la artillería del fuerte. Un oficial llega de parte del comandante á ofrecermé una guardia de honor. Me apeé en Shipwright-Inn, y el dueño y los criados de la posada me recibieron con los brazos caídos y la cabeza descubierta. La señora alcaldesa me invitó á un sarao en nombre de las mas hermosas señoras de la ciudad. Mr. Billing, agregado á mi embajada, me esperaba. Una comida con enormes pescados y monstruosos pedazos de carne reparan las fuerzas del señor embajador, que no tiene apetito ni se halla cansado. El pueblo, reunido bajo mis ventanas, hace resonar el aire con sus gritos. Vuelve el oficial, y coloca centinelas en mi puerta contra mis deseos. Al dia siguiente, despues de haber repartido muchas monedas con el busto del rey, mi señor, me pongo en camino en un carruaje ligero, tirado por cuatro hermosos caballos, conducido diestramente al gran trote por dos elegantes jockeys. Mi servidumbre viene detrás en otros carruajes, precediéndome correos que llevan mi librea. Pasamos por Contorbery, atrayéndonos las miradas del pueblo y de los pasajeros que cruzaban. En Blanch-Heath, desierto frecuentado en otro tiempo por ladrones, hallo una aldea enteramente nueva. Al punto descubro la inmensa nube de humo que cubre la ciudad de Londres.

Sumido en el golfo de vapor, como pudiera estar en una de las bocas del Tártaro, atravieso la ciudad, cuyas calles aun reconozco, y llego al hotel de la embajada, Portland-Place. El encargado de negocios, señor conde de Caraman; los secretarios de embajada, vizconde de Marcellus, baron E. Decazes, Mr. de Bourqueney, y los agregados, me acogen con extremada finura. Todos los ugieres, conserjes, camareros y criados de la casa se hallan en el tránsito. Se me presentan las tarjetas de los ministros ingleses y de los embajadores extranjeros, que ya tenían noticia de mi próxima llegada. El 17 de mayo del año de gracia de 1793 desembarqué, con direccion á la misma ciudad de Londres, en Southampton, humilde y oscuro viajero, procedente de Jersey. Ninguna alcaldesa se apercibió de mi tránsito; el alcalde de la ciudad me dió un pasaporte, al que iba unido un extracto del Allien-bill. Mis señas estaban en inglés: «Francisco Chateaubriand, oficial francés del ejército de los emigrados, con cinco piés y cuatro pulgadas de estatura, patillas y cabellos negros.» Tomé el carruaje mas modesto en compañía de unos marineros licenciados, descansé en las posadas peores, y entré pobre, enfermo y desconocido en una ciudad opulenta y famosa, donde reinaba Mr. Pitt; fui á alojarme por seis che-lines al mes en una buhardilla que me había preparado un pariente de la Bretaña al extremo de una calle pequeña, junto á Tottenham-Court-Road.

«¡Ah! Monseñor, ¡cuánto difiere vuestra vida, hoy de honores llena, de aquellos dichosos tiempos!» Sin embargo, otra oscuridad me envuelve en Londres. Mi destino político encubre mi fama literaria; no hay un necio en los tres reinos que no prefiera el embajador de Luis XVIII al autor de *El Genio del Cristianismo*. Veré lo que sucede despues de mi muerte, ó cuando yo haya dejado de reemplazar al duque de Decazes al lado de Jorge IV, sucesion tan extravagante como el resto de mi vida.

Embajador francés en Londres, uno de mis mayores placeres era dejar mi carruaje al extremo de una calle y recorrer á pié las callejuelas que había frecuentado en otro tiempo; los arrabales populares y baratos donde se refugia la desgracia bajo el amparo de un mismo dolor; los abrigos ignorados que yo visitaba con mis compañeros de desgracia, no sabiendo si tendria pan para el dia siguiente, yo, cuya mesa se cubre ahora tres ó cuatro veces. Yo no encuentro ahora mas que rostros desconocidos en estas puertas estrechas y miserables, abiertas en otro tiempo para mí. Ya no veo á mis compatriotas, conocidos por sus gestos, su manera de andar, por la forma y vejez de sus vestidos; ya no veo á estos sacerdotes mártires, con su alzacuello y su sombrero de tres candiles, la levita larga y gastada, y á quienes los ingleses saludaban á su paso. Largas calles sembradas de palacios han sido abiertas; se han construido puentes; se han hecho paseos; Regent's-Park ocupa junto á Portland-Place las antiguas praderas cubiertas de vacas. Un cementerio que se descubria desde mi buhardilla ha desaparecido en el recinto de una fábrica. Cuando voy á casa de lord Liverpool, siento encontrar el sitio vacío del cadalso de Carlos I; construcciones nuevas, estrechando la estatua de Carlos II, se han antepuesto con el olvido á sucesos memorables.

¿Qué de menos echo, en medio de mis insípidas pompas, aquel mundo de tribulacion y de lágrimas, aquellos tiempos en que yo mezclaba mis penas con las de una colonia de desgraciados! Es pues cierto que todo cambia, que muere también la desgracia como la prosperidad. ¿Qué se han hecho mis hermanos de emigracion? Los unos han muerto, los otros han sufrido diversa suerte: ellos han visto, como yo, desaparecer sus parientes y sus amigos: ellos son menos felices en su patria que lo eran en tierra extranjera. ¿No teníamos en esta tierra nuestras reu-

niones, nuestras diversiones, nuestras fiestas, y sobre todo nuestra juventud? Madres de familia, niñas tiernas que comenzaban su vida en la adversidad, traían el fruto semanal de la labor por disfrutar de algún bailecito de la madre patria. Se formaban relaciones en las conversaciones de la tarde después del trabajo, sobre los céspedes de Hamstead y de Primrose-Hill. Orábamos el 21 de enero y el día de la muerte de la reina en capillas adornadas por nosotros en casuchas viejas, conmovidos por la oración fúnebre que pronunciaba el cura emigrado de nuestra aldea. Pasábamos a lo largo del Támesis, viendo los buques cargados con las riquezas del mundo, y admirando las casas de campo de Richmond; nosotros, tan pobres; nosotros, privados del techo paterno; ¡y todo esto es una felicidad!

Cuando llego en 1822, en lugar de ser recibido por mi amigo, temblando de frío, que abre la puerta de nuestra buhardilla tuteándome; que se acuesta sobre su mala cama al lado de la mía, abrigándose con su pobre vestido, y teniendo por lámpara el rayo de la luna, yo atravieso a la luz de antorchas, entre dos filas de lacayos, que concluyen en cinco ó seis secretarios, y luego acerbillado en mi tránsito por las palabras: *Monseñor, Milor, Excelentísimo Señor, Embajador*, á un salón tapizado de oro y seda.

¡Suplicoos, señores, que me dejesis! ¡Tregua á tanto Milord! ¿Qué queréis que haga por vosotros? ¡Id á reiros á la cancellería como si yo no estuviese. ¿Pretendeis que tome seriamente esta mascarada? ¿Creéis que soy tan necio que vaya á pensar que he cambiado de naturaleza porque he cambiado de traje? El marqués de Londonderry va á venir, decís; el duque de Wellington ha preguntado por S. E.; Mr. Canning me busca; lady Jersey me espera á comer con milord Brougham; lady Gwidir me cita á las diez á su palco en la Opera, y lady Mansfield á media noche en Almacks.

¡Misericordia! ¿Dónde me ocultaré? ¿Quién me libertará? ¿Quién me arrancará á estas persecuciones? ¡Volved días hermosos de mi miseria y de mi soledad! ¡Resucitad, compañeros de mi destierro! ¡Vamos, antiguos camaradas de camas de campaña y lechos de paja, vamos al campo, al jardinito de una despreciable taberna á beber una taza de mal té, hablando de nuestras locas esperanzas y de nuestra ingrata patria, platicando de nuestras penas, buscando el medio de asistirnos los unos á los otros, de socorrer á algunos de nuestros parientes, aun mas necesitados que nosotros!

Esto es lo que siento, lo que yo me digó en estos primeros días de mi embajada en Londres. No puedo desechar la tristeza que me asedia bajo mi dorada techumbre, mas que alimentándome con otra tristeza menos pesada en el parque de Kensington. El, este parque, no ha cambiado; los árboles solamente han crecido; siempre solitario, los pájaros hacen en él en paz su nido. Ya no es moda reunirse en este sitio como lo era cuando la mas hermosa de las francesas, madama Recamier, lo atravesaba seguida de la multitud. Desde el borde de los prados desiertos de Kensington me recreo viendo correr á través de Hyde-Park los caballos, los carruajes de los elegantes, entre los cuales figura mi tilburí vacío, mientras que yo, convertido en un hidalguillo emigrado, subo por el solitario paseo que frecuentaba el confesor desterrado leyendo en su breviario.

En este parque de Kensington he meditado el *Ensayo histórico*; releendo el diario de mis expediciones al otro lado del mar, he entresacado los amores de *Atala*; en este parque tambien, después de haber errado por los campos bajo una atmósfera pesada, ambrillenta, y como iluminada por la claridad polar, bosquejé con lápiz las pasiones de *René*. Por la noche depositaba la cosecha de mis sueños del día en el *En-*

sayo histórico y en los *Natchez*. Los dos manuscritos marchaban á la par; y eso que continuamente carecía de dinero para comprar el papel, y reunía las hojas con puntas que arrancaba de los maderos de mi habitación por falta de hilo.

Estos sitios de mis primeras inspiraciones me hacen sentir su influjo, y reflejan sobre el presente la dulce luz de los recuerdos: yo me siento arrastrado á tomar la pluma. ¡Se pierden tantas horas en las embajadas! Aquí, como en Berlin, no me falta tiempo para continuar mis *Memorias*, edificio que yo construyo con huesos y ruinas. Mis secretarios desean ir por la mañana á comer de fonda y por la noche al baile; ¡muy enhorabuena! Los criados, Peter, Valentin, Lewis, van á su taberna; y las criadas, Rosa, Pepa y María, á paseo: ¡me alegro mucho! Se me deja la llave de la puerta exterior, y el señor embajador queda encargado del cuidado de su casa: ¡si llaman, él saldrá á abrir! ¡Todo el mundo ha salido; estoy solo; manos á la obra!

Hace veinte y dos años, como acabo de decir, que yo tracé en Londres los *Natchez* y *Atala*; estoy precisamente en mis *Memorias* en la época de mis viajes por América; esto se vuelve á unir maravillosamente. Suprimamos estos veinte y dos años, como en efecto se han suprimido, de mi vida, y partamos á las florestas del Nuevo-Mundo: la historia de mi embajada llegará, cuando Dios quiera, á su fecha; pero á pocos meses que permanezca aquí, tendré el placer de llegar desde la catarata del Niagara al ejército de los príncipes de Alemania, y del ejército de los príncipes á mi retirada á Inglaterra. El embajador del rey de Francia puede contar la historia del emigrado francés en el lugar de su mismo destierro.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

TRAVESÍA DEL OCEANO.

El libro precedente termina con mi embarque en Saint-Malo. Muy pronto salimos del canal de la Mancha, y la inmensa marejada del Oeste nos anunció el Atlántico.

Es muy difícil, á las personas que no han navegado, formarse una idea de las sensaciones que se experimentan cuando desde el borde de un buque no se ve por todas partes mas que la faz del abismo. Hay en la vida peligrosa del marino una independencia inspirada por su situación lejos de la tierra; en la costa se dejan las pasiones del hombre; entre el mundo que se abandona y el que se busca no hay mas amor ni mas patria que el elemento sobre que se flota, no hay deberes que llenar, visitas que cumplir; nada de diarios; nada de política. La lengua misma de los marineros no es la lengua ordinaria; es una lengua como la que hablan el Océano y el cielo: la calma y la tempestad. Habitais un mundo de agua entre criaturas cuyo vestido, gustos, maneras y fisonomía no se parecen á los pueblos aborígenes: tienen la rudeza del lobo marino y la ligereza del pájaro; no se ven sobre su frente las inquietudes de la sociedad; las arrugas que la surcan se parecen á los pliegues menudos de la vela, y parecen mas profundas por el color que por la edad. La tez de estas criaturas, impregnada de sal, es encendida y rígida, como la superficie del escollo batido por la ola.

Los marineros se apasionan de su buque: lloran de pena cuando lo abandonan, de ternura cuando lo vuelven á encontrar. No pueden vivir con su familia; después de haber jurado cien veces que no se expondrán mas al mar, les es imposible pasar sin él, como un joven no puede arrancarse á los brazos de una querida borrascosa é infiel.

En los astilleros de Londres y Plymouth no es raro encontrar hombres nacidos en los buques; desde su infancia hasta su vejez no han bajado jamás á tierra; no han visto la tierra mas que desde su cuna flotante, espectadores de un mundo que no han pisado. En esta vida, reducida á tan pequeño espacio, bajo las nubes y sobre los abismos, todo se anima para el marinero: un ancla, una vela, un mástil, un cañon, son personajes á que cobra afecto y que tienen cada uno su historia.

La vela fue destrozada sobre la costa de Labrador; el maestre le puso la pieza que tiene.

El áncora salvó el buque cuando cejó sobre las otras anclas en medio de los corales de las islas de Sandwich.

El mástil se rompió en una borrasca en el cabo de Buena-Esperanza; era de una pieza, y es mas fuerte ahora que tiene dos.

El cañon es el único que no fue desmontado en el combate de la Chesapeake.

Las noticias de bordo son muy interesantes; se acaba de echar la guindola; el buque corre mucho.

El cielo está claro á Mediodía; se ha tomado altura; se está á tal latitud.

Hay tantas leguas ganadas de buen camino; la declinacion de la aguja es de tantos grados; se eleva al Norte.

La arena del reloj pasa con dificultad, lloverá; se han visto peces al Sur, el tiempo va á calmar; se ha formado un clarito al Oeste en las nubes, es el pie del viento, mañana soplará de esta parte.

El agua ha cambiado de color; se han visto flotar maderas y yerba; se han visto pavotas y ánades; un pajarito ha venido á descansar en una verga; es preciso tomar la vuelta de afuera, porque la tierra está próxima, y no es bueno atracar de noche.

En la espineta hay un gallo favorito, ó por mejor decir sagrado, que sobrevive á todos: es famoso por haber cantado durante un combate, como si estuviera en un corral en medio de sus gallinas. Bajo el puente habita un perro, piel verdosa y listada, cola pelada, bigotes de crin; firme sobre sus patas, opone su peso al balanceo del buque; ha dado dos veces la vuelta al mundo, y se ha salvado de un naufragio sobre un tonel. Los grumetes dan al gallo el bizcocho mojado en vino, y *Caton* tiene el privilegio de dormir, cuando quiere, en el camarote del teniente.

El marinero viejo se parece al viejo labrador. Sus cosechas son diferentes, es cierto; el marinero ha traído una vida errante; el labrador no ha abandonado su campo; pero conocen igualmente las estrellas, y predicen el porvenir abriendo sus surcos. El uno ve sus profetas en la alondra, el petirrojo, el ruiseñor; el otro en la procelaria y el alcion. Se recogen por la noche, el uno á su camarote, y el otro á su choza, tristes albergues que el huracán destroza sin agitar sus conciencias tranquilas.

If the wind tempestuous is blowing,
Still no danger they descry;
The guiltless heart its boon bestowing,
Sooties them with its Lullaby ect., etc.

«Si sopla el borrascoso viento, no ven ningun peligro; el corazón inocente, derramando su bálsamo, los arrulla con sus canciones infantiles.»

El marinero no sabe dónde le sorprenderá la muerte, dónde acabará su vida; quizás cuando haya mezclado con el viento su último suspiro será arrojado al fondo de las olas atado á dos palos para continuar su viaje; tal vez será enterrado en un islote que desaparezca para siempre, como ha dormido aislado en su hamaca en medio del Océano.

El buque por sí solo es un espectáculo; sensible al mas ligero movimiento del timon, hipógrifo ó corcel

alado, obedece á la mano del piloto, como el caballo á la de su ginete. La elegancia de los mástiles y las cuerdas; la ligereza de los marineros que voltean en las vergas; los diferentes aspectos que presenta el navio, sea que vogue inclinado por un austro contrario, sea que marche velero ante un aquilon favorable, convierten esta máquina en una de las maravillas del ingenio del hombre. Tan pronto la ola y su espuma se estrellan y salpican la carena, como se divide su onda pacífica y sin resistencia ante la proa. Los pabellones, las flamas, las velas, perfeccionan la belleza de este palacio de Neptuno; las velas mas bajas, desplegadas á lo ancho, se rodean como vastos cilindros; las mas altas, oprimidas por el centro, se parecen á los pechos de una sirena. Animado de un soplo impetuoso, el navio, con su quilla, como si fuera un arado, surca con estrépito el fondo de los mares.

En este camino del Océano, en cuya longitud no se ven árboles, ni aldeas, ni ciudades, ni torres, ni campanarios, ni sepulcros; en este camino sin columnas, sin piedras miliarias, que no tiene mas límites que el vacío, mas descanso que los vientos, por luz las estrellas, la mas hermosa de las aventuras cuando no se buscan tierras y mares desconocidos, es el encuentro de dos buques. Se descubren en el horizonte mutuamente con el antejo, y se dirigen el uno hácia el otro. La tripulacion y los pasajeros se apresuran á subir sobre cubierta. Las dos embarcaciones se aproximan, izan su pabellon, medio recogen sus velas, y se colocan de través. Cuando todo está en silencio, los dos capitanes, montados sobre el alcázar de popa, se hablan con la vocina: «¿El nombre del buque? ¿De qué puerto? ¿El nombre del capitán? ¿De dónde viene? ¿Cuántos días de travesía? ¿La latitud y longitud? Adios, buen viaje.» Se sueltan los rizos, y la vela cae. Los marineros y los pasajeros de los dos buques se separan sin decir ni una palabra: los unos buscan el sol del Asia, los otros el de Europa, que los verán morir igualmente. El tiempo arrastra y separa á los viajeros mas pronto todavía que el viento en el Océano: se hacen una demostracion de lejos: ¡Adios, buen viaje! El puerto comun es la eternidad.

¿Y si el buque fuese el de Cook ó de La-Perouse?

El patron de mi embarcacion era un antiguo comisionado, que se llamaba Pedro Villeneuve, cuyo nombre me agradaba porque me recordaba la buena Villeneuve. Habia servido en la India al baile Souffren, y en América con el conde Estaing, y se habia hallado en muchos combates. Sentado en la barandilla del buque, al lado del bauprés, como un veterano bajo la parr de su jardinillo en el foso de los Invalidos. Pedro, masticando tabaco, me describía el momento del zafarrancho, el efecto de las detonaciones de la artillería bajo los puentes, el destrozo de las balas cuando pegaban en las cureñas, en los cañones ó maderámen. Yo le hacia hablar de los indios, de los negros y de los colonos. Le preguntaba cómo eran sus vestidos, cómo los árboles, qué color tenía la tierra y el cielo, qué sabor los frutos, si las piñas eran mejores que los albéchigos, las palmeras mas hermosas que las encinas. El me explicaba todo por comparaciones con las cosas que yo conocía; la palmera era una gran herza, el traje de un indio como el de mi abuela, los camellos se parecían á un asno jorobado; todos los pueblos de Oriente, y especialmente los chinos, eran holgazanes y ladrones. Villeneuve era de la Bretaña, y siempre concluíamos nuestra conversacion con el elogio de la incomparable belleza de nuestra patria.

La campana interrumpía nuestras pláticas; ella arreglaba las guardias, la hora de vestirse, la de revista, la de comer. Por la mañana, con una señal, la tripulacion, formada en el puente, se quitaba la camisa azul y se vestía otra que secaba en las cuerdas. La camisa que se dejaba era inmediatamente lavada en cubetas, en las que esta pension de focas jabonaba

tambien sus rostros ennegrecidos y sus piernas embreadas.

En las comidas del medio día y la noche, los marineros, sentados alrededor de las gamellas, metian uno tras de otro, con regularidad y sin fraude, su cuchara de metal en el rancho, que flotaba con el vaiven del buque. Los que no tenían hambre vendian, por un poco de tabaco ó un vaso de aguardiente, su racion de galleta y de vianda salada á sus camaradas. Los pasajeros comian en la cámara del capitan. Cuando hacia buen tiempo se tendia una vela sobre la popa; y se comia á la vista de un mar azul salpicado de manchas blancas levantadas por la brisa.

Envuelto en mi capa, me acostaba por la noche sobre cubierta. Mis miradas contemplaban las estrellas: la vela hinchada me enviaba la frescura de la brisa que me arrullaba bajo la bóveda celeste: medio dormido y llevado por el viento, cambiaba de cielo cambiando de pensamiento.

Los pasajeros á bordo de un buque ofrecen una sociedad diferente de la tripulación: pertenecen á otro elemento: su destino está en la tierra. Los unos corren á buscar fortuna, los otros el reposo; aquellos vuelven á su patria, estos la abandonan; otros navegan para instruirse en las costumbres de los pueblos, estudiar las ciencias y las artes. Se tiene tiempo de conocerse en esta hospedería errante, que viaja con el viajero, de aprender muchas aventuras, concebir antipatías y contraer amistades. Cuando van y vienen estas mujeres jóvenes, nacidas de sangre inglesa y sangre india, que reunen la belleza de Clarisa á la delicadeza de Sacontala, se forman lazos que atan y desatan los vientos perfumados de Ceilan, dulces como ellas, como ellas ligeras.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

FRANCISCO TULLOCH.—CRISTÓBAL COLÓN.—CAMOENS.

Entre los pasajeros se hallaba un inglés. Francisco Tulloch habia servido en la artillería; pintor, músico, matemático, hablaba muchos idiomas. El abad Nagaut, superior de los Sulpicianos, encontró al oficial anglicano y lo hizo católico, llevando su neófito á Baltimore.

Me hice compinche de Tulloch: como yo era profundo filósofo entonces, lo invité á volver al seno de su familia. El espectáculo que teníamos á la vista lo trasportaba de admiración. Nos levantábamos por la noche, cuando el puente estaba encomendado al oficial de guardia y á algunos marineros, que fumaban sus pipas en silencio. *Tuta æquora silent.* El buque marchaba á impulso de las olas sordas y lentas, mientras que corrían centellas de fuego mezcladas con la blanca espuma á lo largo de sus flancos. Millares de estrellas alumbraban en el sombrío azul de la bóveda celeste un mar sin límites: ¡lo infinito en el cielo y en las aguas! Jamás me ha turbado tanto la grandeza de Dios como en estas noches, en que tenia la inmensidad sobre mi cabeza y la inmensidad bajo mis pies.

Nuestra marcha se retrasó con los vientos de Oeste y con las calmas que experimentamos. El 4 de mayo nos hallábamos á la altura de las Azores. El 6 descubrimos la isla del Pico; este volcan dominó mucho tiempo mares no navegados; inútil faro de noche, señal sin testigo de día.

Es un espectáculo algo mágico el que ofrece la tierra cuando sale del fondo del mar. Cristóbal Colón, en medio de su gente insurreccionada, dispuesto á volver á Europa sin conseguir el objeto de su viaje, descubre una lucecita en una playa que le ocultaba la noche. El vuelo de las aves lo habia guiado hácia América; el resplandor de un hogar salvaje le revela un nuevo mundo. Colón debió experimentar esta espe-

cie de sensación que la *Escritura* atribuye al Creador, cuando despues de haber sacado al mundo de la nada vió que su obra era buena: *vidit Deus quod estes bonum.* Colón creaba un mundo. Una de las primeras exclamaciones del piloto genovés es la que Giustiniani, publicando un salterio hebreo, coloca en forma de nota bajo el salmo: *Cœli enarrant gloriam Dei.*

No debió maravillarse menos Vasco de Gama cuando abordó en 1498 á la isla del Malabar. Todo cambiaba entonces en el golfo: una nueva naturaleza aparece; el velo que por espacio de miles de siglos ocultaba una parte de la tierra, se levanta; se descubre la patria del sol, el sitio de donde sale todas las mañanas, como un esposo, ó un gigante: *tamquam sponsus, ut gigas;* se ve desnudo este brillante Oriente, cuya historia misteriosa se mezclaba con los viajes de Pitágoras, con las conquistas de Alejandro, con el recuerdo de las cruzadas, y cuyos perfumes llegaban hasta nosotros á través de los campos de la Arabia y los mares de Grecia. Europa le envió un poeta para saludarlo; el cisne del Tajo hizo resonar su triste y hermoso canto en las costas de la India: Camoens les robó su esplendor, su fama y su desgracia; no les dejó mas que sus riquezas.

LAS AZORES.—LA ISLA GRACIOSA.

Cuando Gonzalo Villo, abuelo materno de Camoens, descubrió una parte del archipiélago de las Azores, debería haberse reservado, si hubiese previsto el porvenir, una concesion de seis piés de tierra para cubrir los huesos de su nieto.

Echamos anclas en una mala rada, sobre una base de rocas por cincuenta y cinco brazas de agua. La isla *Graciosa*, ante la cual habíamos fondeado, nos presentaba sus colinas un poco abultadas con sus contornos, como las elipses de una ánfora etrusca; estaban cubiertas con la verdura de los trigos, y exhalaban un olor agradable y peculiar de las cosechas de las Azores. Se veía en medio de estos tapices las divisiones de los campos, formadas con piedras volcánicas, mitad blancas y mitad negras, y amontonadas las unas sobre las otras. Una abadía, monumento de un mundo antiguo en un suelo nuevo, se mostraba en la cima de una colina; al pié de esta colina, en una ensenada guijarrosa, reflejaban los tejados encarnados de la ciudad de Santa-Cruz. La isla entera, con sus bahías, cabos, ancones y promontorios, duplicaba su paisaje en las olas. Rocas verticales naciendo en el agua le servian de muralla exterior. En el fondo del cuadro, el cono del volcan de Pico, plantado sobre una cúpula de nubes, hendia mas allá de la isla *Graciosa* la perspectiva aérea.

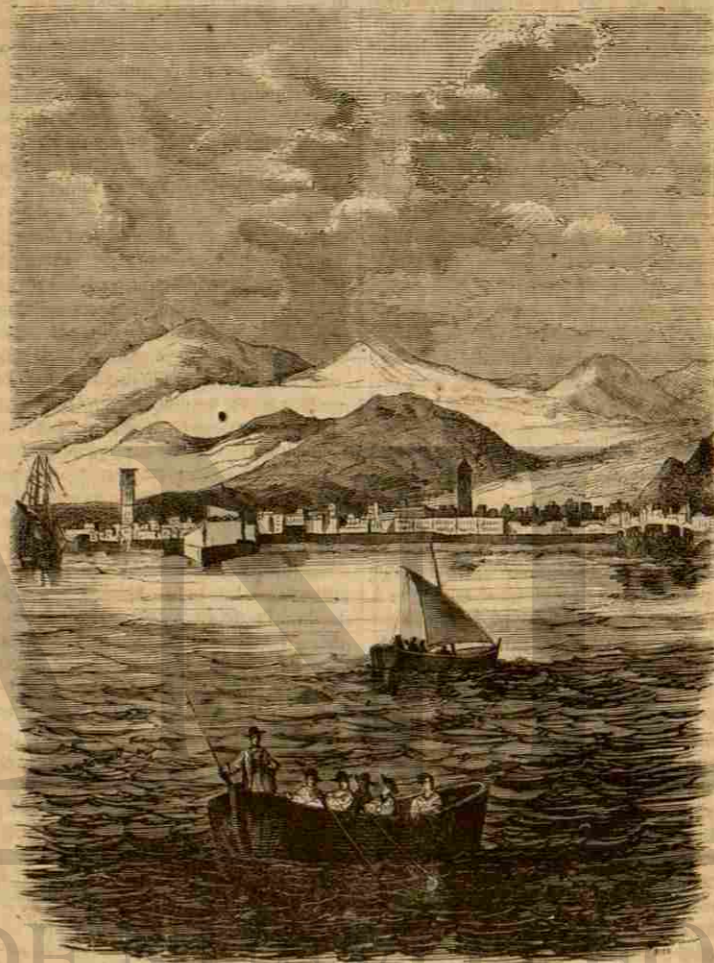
Se decidió que yo fuese á tierra con Tulloch y el segundo gefe; se echó la chalupa al mar, y se dirigió hácia la costa, distante cerca de dos millas. Descubrimos movimiento en la costa; una lancha avanzó hácia nosotros. Cuando estuvo al alcance de la voz, distinguimos una porción de frailes. Nos hablaron en portugués, en italiano, en inglés, en francés, y respondimos en las cuatro lenguas. Reinaba la alarma; nuestro buque era la primera embarcacion de gran porte que se hubiese atrevido á fondear en la rada peligrosa en que nosotros sufríamos la marea. Por otra parte, los insulares veían por la primera vez el pabellon tricolor; no sabian si nosotros veníamos de Argel ó de Túnez: Neptuno no habia reconocido este pabellon tan gloriosamente conducido por Cibeles. Cuando vieron que teníamos figura humana, y que entendíamos lo que nos hablaban, fue extremada su alegría. Los frailes nos recogieron en su lancha, remamos alegremente hácia Santa-Cruz, y desembarcamos con alguna dificultad, á causa de una resaca bastante violenta.

Toda la isla vino en tropel. Cuatro ó cinco alguaci-

les, armados con picas enmohecidas, se apoderaron de nosotros. El uniforme de S. M. me atraía los honores, y me hizo pasar por el hombre de importancia de la diputacion. Nos llevaron á casa del gobernador, donde su excelencia, en un chiribitil, y vestido con un viejo uniforme verde que habia estado galoneado de oro, nos dió una audiencia solemne, y nos permitió refrescar los víveres.

Nuestros religiosos nos llevaron á un convento, edificio con balcones, cómodo y claro. Tulloch habia hallado un compatriota: el principal hermano

que nos acompañaba siempre era un marinero de Jersey, cuyo buque y cargamento habia perecido sobre la *Graciosa*. Habiéndose salvado del naufragio, y no careciendo de inteligencia, se mostró dócil á las lecciones de los catequistas; aprendió el portugués y algunas palabras de latin; y como ademas militase en su favor su origen inglés, lo convirtieron y se hizo fraile. El marinero de Jersey, alojado, vestido y mantenido del altar, hallaba esto mucho mas dulce que ir á recoger la vela de la verga de periquito. Aun se acordaba de su antiguo oficio, y como habia estado mucho



VISTA DE SANTA CRUZ DE TENERIFE.

tiempo sin hablar su idioma, estaba encantado de haber hallado quien lo entendiera; reía y juraba como un verdadero marino. El nos paseó por la isla.

Las casas de los pueblos, construidas de madera, y piedra, se adornaban con galerías exteriores, que les daban cierto aire gracioso, porque recibían así mucha luz. Los paisanos, casi todos viadores, estaban medio desnudos y bronceados por el sol: las mujeres, pequeñas, amarillas como mulatas, pero vivas, parecían sencillamente coquetas con sus adornos de flores y sus collares.

Las pendientes de las colinas están cubiertas de cepas, que dan un vino parecido al de Fayal. El agua escaseaba; pero en todas partes por donde murmuraba una fuente crecía una higuera, y se elevaba un oratorio con un pórtico pintado al fresco. Sobre una de estas higueras vi posarse una banda de cerzetas azu-

les. El árbol no tenia hojas, pero traía fruta encarnada engastada como cuentas de cristal. Cuando se vió adornado por los azules pájaros que dejaban colgar sus alas, su fruto aparecía de un color de púrpura brillante, mientras que parecía que el árbol habia echado de repente un follaje azul.

Es probable que las Azores fuesen conocidas de los cartagineses: es cierto que se han hallado monedas fenicias en la isla de Corvo. Se dice que los navegantes modernos, que abordaron los primeros á esta isla, encontraron una estatua ecuestre, con el brazo derecho extendido, y señalando con el dedo el Occidente, y acaso esta estatua sea el grabado de invencion que adorna las antiguas cartas de marear.

Yo he supuesto en el manuscrito de los *Natches*, que *Chactas*, al volver de Europa, tomó tierra en la isla de Corvo, y que halló la estatua misteriosa. El ex-

presa de esta manera los sentimientos que me ocupaban en la *Graciosa* recordándome la traición: «Me acerco á este monumento extraordinario. Sobre su base, bañada por la espuma de las olas, había grabados caracteres desconocidos: el musgo y el salitre carcomían la superficie del bronce antiguo: el alcion, posándose en el casco del coloso, lanzaba á intervalos lánguidos quejidos; las conchitas se pegaban en los costados y las crines de metal del corcel, y cuando se acercaba el oído á sus abiertas narices, se creía oír rumores confusos.»

Una buena cena se nos sirvió en el convento después de nuestra correría, y pasamos la noche bebiendo con nuestros huéspedes. Al día siguiente, cerca del medio día embarcadas ya nuestras provisiones, volvimos á bordo. Los religiosos se encargaron de dirigir nuestra correspondencia á Europa. El buque había estado en peligro á causa de un Sudeste fuerte que se levantó. Se viró el ancla, pero enredada entre piedra, se perdió como se esperaba. Aparejamos; y continuando el viento fresco, remontamos pronto las Azores.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

JUEGOS MARINOS—ISLA DE SAN PEDRO:

Fac pelagus me scire probes, quo carbasa laxo.

«Musa, ayúdame á probar que conozco el mar sobre que despliego mis velas.»

Esto decía, hace seiscientos años, Guillermo el Breton, mi compatriota. Vuelto al mar, comencé á contemplar su soledad; pero al través del mundo ideal de mis fantasías, me aparecían, como monitores severos, la Francia y los acontecimientos reales. Mi retiro, cuando durante el día quería librarme de los pasajeros, era la gabiá del palo mayor; yo subía allí con presteza en medio de los aplausos de los marineros, y me sentaba dominando las olas.

El espacio, tendido de un doble azul, parecía un lienzo preparado para recibir las futuras creaciones de un gran pintor. El color de las aguas era parecido al del vidrio líquido. En el desierto del Océano se descubrían en lontananza altas y largas ondulaciones; y estos paisajes movidizos hacían sensible á mis ojos la comparación que hace la Escritura de la tierra que vacila delante del Señor, como un hombre embriagado. Algunas veces se hubiera creído el espacio pequeño y limitado, falto de un punto de arranque; pero si una ola llegaba á levantar la cabeza, otra á doblarse como una costa lejana, un escuadrón de perros marinos á atravesar el horizonte, entonces ya se presentaba una escala de medida. La extensión se revelaba, sobre todo cuando la bruma, pegada á la superficie del piélagó, parece que acrecienta la inmensidad misma.

Cuando bajaba del mástil, como en otro tiempo del nido de mi sauce, siempre reducido á una existencia solitaria, cenaba un poco de galleta con azúcar y limón, en seguida me acostaba, ó sobre cubierta envuelto en mi capa, ó bajo el puente en mi catre: no tenía que hacer más que extender los brazos para tocar desde mi lecho mi ataúd.

El viento nos obligó á acercarnos al Norte, y atracamos en el banco de Terranova. Algunos hielos flotantes rodaban en medio de una niebla pálida y fría.

Los hombres del tridente tienen juegos que han heredado de sus antepasados; cuando se pasa la línea, es preciso resolverse á recibir el *bautismo*; la misma

ceremonia bajo el trópico, la misma ceremonia en el banco de Terranova, y cualquiera que sea el punto el jefe de la mascarada es el *buen trópico*. Trópico é *hidrópico* son sinónimos para los marineros: el buen trópico tiene una barriga enorme; está vestido con todas las pieles de carnero, todos los sayos forrados de la tripulación. Se acurruca en el palo mayor, dando de tiempo en tiempo grandes mugidos. Todos lo miran desde abajo, y comienza á descender á lo largo de las cuerdas, pesado como un oso, y dando traspieses como Sileno. Al poner el pié en el puente, da nuevos rugidos, bota, toma un cubo, lo llena de agua del mar, y lo vierte sobre el jefe de los que no han pasado la línea, ó de los que no han llegado á la latitud de los hielos. Corren hácia los puentes, suben á las escotillas, se encaraman á los mástiles; el padre trópico os persigue, y acaba la función con una propina: juegos de Anfítrope que Homero hubiera celebrado como canto á Proteo, si el viejo Océano hubiese sido conocido enteramente en los tiempos de Ulises; pero entonces no se veía todavía más que su cabeza apoyada en las columnas de Hércules: su cuerpo oculto cubría el mundo.

Nos dirigimos hácia las islas de San Pedro y Miquelón, buscando nueva escala. Cuando nos acercamos á la primera, una mañana, entre las diez y las doce, la habíamos casi remontado; sus costas se descubrían en el horizonte á través de la bruma.

Fondeamos ante la capital de la isla; no la veíamos, pero oíamos el ruido de la tierra. Los pasajeros se apresuraron á desembarcar; el superior de San Sulpicio, continuamente molesto por el mareo, se hallaba tan débil, que fue necesario llevarlo hasta la playa. Yo tomé una habitación aparte, y esperé que una ráfaga barriese la niebla y me permitiera ver el lugar que yo habitaba, y, por decirlo así, la cara de mis huéspedes en este país de sombras.

El puerto y la rada de San Pedro están colocados entre la costa oriental de la isla y un islote prolongado, la *isla de los Perros*. El puerto, llamado *Barachois*, penetra en la tierra y termina en un charco salobre. El centro de la isla está guarnecido de colinas estériles; algunas se desploman sobre el litoral, otras tienen á su pié una guarnición de arenales.

La casa del gobernador está en frente del embarcadero. La iglesia el párroco y el almacén de comestibles están situados en el mismo paraje; después se hallan la casa del comisario de marina y la del capitán del puerto. En seguida comienza á lo largo de la playa la única calle de la villa.

Yo comí dos ó tres veces en casa del gobernador, que era un oficial muy político y atento. Cultivaba en una esplanada algunas legumbres de Europa. Después de la comida me enseñaba lo que llamaba su jardín. Un olor suave y fino de heliótropo se exhalaba de un cuadrado de habas en flor, que no hacia llegar hasta nosotros la brisa de la patria, sino un viento salvaje de Terranova, sin relación con la planta desterrada, sin simpatía de reminiscencia y voluptuosidad. En este perfume, que no respiraba una mujer hermosa, que no se depuraba en su seno ni se esparcía á su paso; en este perfume, que había cambiado de aurora, de cultura y de mundo, se hallaba toda la melancolía del pesar, de la ausencia y de la juventud.

Del jardín subimos á las colinas, y nos paramos al pié del mástil del pabellón del vigía. La nueva bandera francesa flotaba sobre nuestras cabezas; como las mujeres de Virgilio, mirábamos el mar, *flentes*; ¡el mar que nos separaba de la tierra natal! El gobernador estaba inquieto; pertenecía al partido vencido: se fastidiaba además en este retiro, á propósito únicamente para un hombre melancólicamente pensador como yo; ruda mansion para un hombre de negocios, ó que no llevase consigo esta pasión, que lo llena todo y hace desaparecer el mundo. Mi huésped se informaba de la

revolución, y yo le pedía noticias del paso al Nordeste. Estaba á la entrada del desierto, pero no sabía de los Esquimales, ni recibía del Canadá más que perdices.

Una mañana había ido solo al Cabo del Aguila para ver levantarse el sol por la costa de Francia. Me senté en la punta saliente de una roca, con los piés colgando sobre las olas que se estrellaban debajo con furia. Una joven marinera apareció en el declive superior de la colina; tenía las piernas desnudas, aunque hacia frío, y hollaba con sus piés las plantas rosadas.

Traía sus cabellos negros recogidos en madejas bajo un pañuelo de la India que llevaba rodeado á la cabeza; sobre este pañuelo llevaba un sombrero abarquillado de cañas del país. Sobre el escote blanco de su camisa tenía colocado un ramo de brezos lilas. A intervalos se bajaba y cogía las hojas de una planta aromática, que se llama en la isla *té natural*. Con una mano echaba estas hojas en un canastillo que tenía con la otra. Me vió sin asombrarse, y se vino á sentar junto á mí; colocó su canastillo al lado, y se puso, como yo, con las piernas colgando, á mirar el sol.

Permanecimos algunos minutos sin hablar; pero en fin, yo fui el más atrevido, y la dije:—«¿Qué cogéis?» Levantó sus grandes ojos negros, tímidos y soberbios, y me respondió:—«Cogia té,» y me presentó su canastillo.—«¿Llevais este té á vuestro padre y á vuestra madre?»—Mi padre está á la pesca con Guillaumy.—«¿Qué hacéis por el invierno en la isla?»—Hacemos redes, pescamos en los estanques quebrantando el hielo; el domingo vamos á misa y á visperas, que cantamos nosotras, y después jugueteamos por la nieve, y vemos á los jóvenes cazar los osos blancos.—«¿Vuestro padre volverá pronto?»—¡Oh! no: el capitán se ha embarcado con Guillaumy para Génova.—«¿Pero Guillaumy volverá?»—¡Oh! sí; en la próxima estación, cuando vuelvan los pescadores. Me traerá en su pacotilla un corpiño de seda rayado, un zagalejo de muselina y un collar negro.—Y os adornareis para el viento, el mar y la montaña. ¿Queréis que yo os envíe un corpiño, un zagalejo y un collar?»—¡Oh! no.»

Se levantó, cogió su cestillo, y se precipitó por un sendero rápido, á lo largo de un monte de abetos, entonando con voz sonora un cántico de las *Misiones*:

Tout brulant d' une ardeur immortelle,
C' est vers Dieu que tendent mes desirs.

Hacia volar á su paso los hermosos pájaros que llaman *garzotas*, asustados por su adorno de cabeza, y tenía el aire de parecerse á ellos. Cuando llegó al mar, saltó en un barquillo, desplegó la vela, y se sentó al timón; se la hubiera tomado por la *Fortuna*; se alejó de mí.

¡Oh! sí, ¡Oh! no, Guillaumy, la imagen del joven marinero, sobre una verga en medio de los vientos, cambiaba en tierra de delicias la horrible roca de San Pedro:

L' isola di Fortuna ora vedete.

Quince días pasamos en la isla. De sus playas áridas se descubren las costas aun más áridas de Terranova. Los montes en el interior extienden cadenas divergentes, prolongándose la más elevada hácia la ensenada *Rodrigo*.

Lagos pequeños se alimentan con el tributo de los riachuelos del *Vigie*, del *Courval*, del *Pain de Sucre*, del *Kergarion*, de la *Tête Galante*. Estos charcos son conocidos bajo el nombre de *Etangs du Savoyard*, del *Cap-Noir*, del *Ravenet*, del *Colombier*, del *Cap á l' Aigle*. Cuando vienen los torbellinos sobre estos lagos, barren las aguas poco profundas, descubriendo algunas praderas submarinas, que cubren inmediatamente la onda.

La Flora de San Pedro es la de la Laponia y la del estrecho de Magallanes. El número de vegetales dis-

minuye hácia el polo; en Spitzberg no se encuentran más que cuarenta especies de phanerogamas.

Cambiando de localidad se extinguen las razas de las plantas, las unas, al Norte, habitantes del hielo, se hacen al Mediodía silvestres; las otras, criadas en la atmósfera tranquila de las mas espesas selvas, vienen decreciendo en fuerza y magnitud, á espirar en la orilla tormentosa del Océano. En San Pedro, el arándano pantanoso (*vaccinium fuliginosum*), está reducido al estado de sanguinaria mayor; pronto se verá enterrado en el algodón hasta que le sirva de superficie vegetal. Planta viajera, he tomado mis precauciones para desaparecer del bordo del mar, mi sitio natal.

La pendiente de los montecillos de San Pedro está cubierta de bálsamos, cornijuelo, palmeras, cedros, pinabets negros, cuyos botones sirven para hacer una bebida anti-escorbútica. Estos árboles no tienen más altura que la de un hombre. El viento del Océano los descabeza, los sacude y prosterna como si fueran helechos: después, deslizándose bajo estas selvas de maleza, las levanta; pero no halla ya ni troncos, ni ramas, ni copas, ni ecos donde gemir, y no hace más ruido que el que haría en un brezo.

Estos bosques raquíticos contrastan con los grandes bosques de Terranova, cuya costa vecina se descubre, y en la cual los abetos producen un líquen plateado (*alectoria trichodes*); los osos blancos parece que han dejado su pelo en las ramas de estos árboles al encaramarse en ellos. Los escampados de esta isla de Jacques Cartier ofrecen caminos hechos por los osos; parece que se ven los senderos que conducen á una majada. Se oyen por la noche los ahullidos de fieras hambrientas; el viajero se tranquiliza con el ruido no menos triste del mar; estas olas, tan insociables y tan rudas, se convierten en amigos y compañeras.

La punta septentrional de Terranova llega á la latitud del cabo de Carlos, primero del Labrador; algunos grados más arriba comienza el país polar. Hay un encanto en estas regiones, si hemos de dar crédito á los viajeros; la noche, el sol, tocando á la tierra, parece que se queda inmóvil, y vuelve á entrar en el cielo en lugar de hundirse en el horizonte. Los montes, cubiertos de nieve, los valles, tapizados de musgo blanco, que ramonean los reníferos; los mares, cubiertos de ballenas, y sembrados de hielos flotantes, toda esta escena brilla alumbrada casi á la vez por el fuego del Occidente y la luz de la aurora: no se sabe si se asiste á la creación ó al fin del mundo. Un pájaro pequeño, parecido al que canta por las noches en nuestros bosques, hace oír su gorgojo quejumbroso. El amor atrae entonces á los Esquimales á la roca de hielo donde lo aguarda su compañera; y estas bodas del hombre en los últimos límites del globo no carecen de pompa ni de felicidad.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

COSTAS DE LA VIRGINIA.—EL SOL DE OCCIDENTE.—PELIGRO.—LLEGO Á AMÉRICA.—BALTIMORE.—SEPARACION DE LOS PASAJEROS.—TULLOCH.

Después de haber embarcado víveres y de haber reemplazado el áncora que perdimos en la *Graciosa*, salimos de San Pedro. Singlando al Mediodía, tocamos la latitud de treinta y ocho grados. Las calmas nos detuvieron á corta distancia de las costas de Mariland y de Virginia. Al nebuloso cielo de las regiones boreales había sucedido el cielo más hermoso; no veíamos la tierra; pero llegaba hasta nosotros el olor de los pinabets. El alba y la aurora, el Oriente y Occidente del sol, los crepúsculos y las noches eran admirables. No me cansaba de mirar á Venus, cuyos

rayos me envolvían como en otro tiempo los cabellos de mi sílfide.

Leía yo una noche en la cámara del capitán, cuando sonó la campana de la oración, y fui á mezclar mis votos con los de mis compañeros. Los oficiales ocupaban la popa con los pasajeros; el capellán, con un libro en la mano, estaba un poco separado de ellos junto al timón; los marineros se agrupaban sobre la cubierta; todos estábamos en pié con la cara vuelta hácia la proa, y todas las velas plegadas.

El globo del sol, próximo á hundirse en las olas, aparecía por entre las cuerdas del buque en medio del espacio sin límites; se hubiera dicho, con el balance de la popa, que el astro radiante cambiaba á cada momento de horizonte. Cuando pintaba este cuadro, que podeis leer por completo en *El Genio del Cristianismo*, mis sentimientos religiosos estaban en armonía con la escena; pero ¡ay! cuando yo lo presenciaba, el hombre viejo existía en mí, y no contemplaba á Dios solo en la magnificencia de sus obras. Yo veía una mujer desconocida y los milagros de su sonrisa; me parecía que la belleza del cielo nacía de su aliento; yo hubiera vendido la eternidad por una de sus caricias. Me figuraba que palpitaba detrás de este velo del universo que la ocultaba á mis ojos. ¡Oh! ¡si me hubiera sido dado destrozar la cortina para estrechar contra mi corazón á la mujer idealizada, para consumirme en su seno en este amor, fuente de mis inspiraciones, de mi desesperación y de mi vida! Mientras yo me dejaba arrastrar de estos movimientos tan propios á mi futura carrera de *corre-bosques*, faltó poco para que un accidente pusiera término á mis proyectos y á mis sueños.

El calor nos sofocaba; el barco, en una calma completa, sin vela, y demasiado cargado con sus mástiles, sufría grandes vaivenes: ardiendo sobre el puente, y fatigado por el movimiento, me quise bañar, y aunque no teníamos la chalupa botada, me arrojé del batprás á la mar. Todo iba maravillosamente al principio, y me imitaron muchos pasajeros. Yo nadaba sin reparar en el buque; pero cuando volví la cabeza, observé que la corriente lo había llevado á mucha distancia. Alarmados los marineros habían largado un calabrote á los otros nadadores. Aparecían tiburones en las aguas del buque, y se les hacía fuego para ahuyentarlos. La ola era tan gruesa, que retardaba mi vuelta y agotaba mis fuerzas. Tenía un abismo debajo, y los tiburones podían quitarme un brazo ó una pierna. El patron del barco quería echar un bote, pero se necesitaba armar la cabria, y esto exigía mucho tiempo.

Felizmente se levantó una brisa casi insensible; el buque se aproximó un poco; yo no podía agarrarme á la cuerda; pero los compañeros de mi temeridad se habían agarrado á ella, y cuando se nos llevó á un costado del buque, como me hallaba al extremo de la cuerda, todos pesaban sobre mí con todo su cuerpo. Nos fueron subiendo uno á uno, lo que duró mucho tiempo. Continuaban los balances, y cuando eran en sentido opuesto, nos sumergían seis ó siete piés en las olas, ó nos quedábamos colgados en el aire á la misma altura: en la última sumersión me sentí casi desfallecer; un vaiven mas, y todo estaba concluido. Me subieron al puente medio muerto: si me hubiera ahogado, un desembarazo para mí y mis compañeros.

Dos días despues de este accidente descubrimos tierra. El corazón me palpitó cuando el capitán me dijo: ¡América! Apenas se delineaba por la cima de algunos arces que salían del agua. Las palmeras de la embocadura del Nilo me indicaron despues la costa de Egipto del mismo modo. Llegó el práctico, y entramos en la bahía Chesapeake. El mismo día se envió una chalupa á buscar víveres frescos. Yo fui de la partida, y muy pronto pisé el suelo americano.

Paseando mis miradas á mi alrededor, permanecí algunos instantes inmóvil. Este continente, ignorado tal vez en los tiempos antiguos y un gran número de los siglos modernos; los primeros destinos salvajes de este continente y sus segundos desde la llegada de Cristóbal Colon; la dominación de las monarquías de Europa derribada en este nuevo mundo; la vieja sociedad acabando en la jóven América; una república de un género desconocido anunciando un trastorno en el espíritu humano; la parte que había tomado mi país en estos acontecimientos; estos mares y estas playas, debiendo en parte su independencia al pabellón y á la sangre francesa; un grande hombre saliendo del seno de las discordias y de los desiertos; Washington habitando una ciudad floreciente en el mismo sitio en que Guillermo Penn había comprado un pedazo de selva; los Estados-Unidos enviando á la Francia la revolución que la Francia había sostenido con sus armas; en fin, mi propio destino; mi musa virgen, que acababa de consagrarse á la pasión de una naturaleza nueva; los descubrimientos que yo quería intentar en estos desiertos que extendían aun su ancho reino tras del estrecho imperio de una civilización extranjera: tales eran las cosas que rodaban por mi imaginación.

Nos dirigimos á una habitación. Bosques de bálsamos y de cedros de la Virginia, pájaros arrendajos y cardenales anunciaban, con su porte y su sombra, su canto y su color, otro clima. La casa adonde llegamos al cabo de media hora, participaba de la granja de un inglés y de la vivienda de un criollo. Manadas de vacas europeas pastaban en prados cercados, en los que jugueteaban ardillas rayadas. Los negros serraban las maderas y los blancos cultivaban el tabaco; una negrita de trece á catorce años, casi desnuda, y de una belleza singular, nos abrió la puerta del cercado. Compramos pan de maíz, pollos, huevos, leche, y volvimos al buque con nuestros botijos y canastillos. Dí mi pañuelo de seda á la pequeña africana: era una esclava que me recibió en el suelo de la libertad.

Levamos anclas para ganar la rada y el puerto de Baltimore, al acercarnos se recogieron las aguas; lisas é inmóviles, parecía que remontábase un río indolente con muchas avenidas. Baltimore se ofreció á nuestra vista como en el fondo de un lago. Enfrente de la ciudad se levantaba un monte cubierto de árboles, al pié del cual se construían edificios. Amarramos al muelle del puerto. Yo dormí á bordo, y no salté en tierra hasta el día siguiente. Fui á hospedarme en la posada con mi equipaje; los seminaristas se retiraron al establecimiento preparado para ellos, desde donde se han dispersado por América.

¿Qué se ha hecho Francisco Tulloch? La carta siguiente fue recibida el 12 de abril de 1822, en Londres:

«Treinta años han transcurrido, mi querido vizconde, desde la época de nuestro viaje á Baltimore, y es muy posible que hayais olvidado hasta mi nombre; pero, á juzgar por los sentimientos de mi corazón, que os ha sido siempre leal, no es así, y mi lisonjeo que no tendreis disgusto en volverme á ver. Casi enfrente el uno del otro (como vereis por la fecha de esta carta), no desconozco la distancia que media entre los dos. Pero manifestad el menor deseo de verme, y me apresuraré á probaros, cuanto me sea posible, que he sido siempre, y soy vuestro fiel y afectuoso.

FRANCISCO TULLOCH.»

«P. D. Tengo presente el rango distinguido que os habeis adquirido y que mereceis por tantos títulos; pero el recuerdo del caballero de Chateaubriand me es tan caro, que no puedo escribiros (esta vez al menos) como á un embajador. Perdonad, pues, el estilo, en gracia de nuestra antigua amistad.

Viernes 12 de abril.

Portlan-Place, núm. 50.

Así Tulloch estaba en Londres; no se había ordenado; se casó; su romance acabó como el mío. Esta carta deponen en favor de la veracidad de mis *Memorias* y de la fidelidad de mis recuerdos. ¿Quién hubiera dado testimonio de una *alianza* y de una *amistad* formada hace treinta años sobre las olas, si la parte contrayente no hubiera sobrevivido? ¡Y qué perspectiva triste y retrógrada pone ante mi vista esta carta! Tulloch se encontraba en 1822 en la misma ciudad que yo, en la misma calle que yo; la puerta de su casa estaba enfrente de la mía, como nos habíamos hallado en el mismo buque, sobre la misma cubierta, en el mismo camarote. ¡Cuántos amigos no hallaré ya! El hombre, al acestarse, puede contar sus pérdidas; sus años únicamente no le abandonan, aunque pasan; cuando los revista y los llama, responden: «¡Presentes! Ninguno falta á la lista.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

FILADELFIA.—EL GENERAL WASHINGTON.

Baltimore, como todas las demás metrópolis de los Estados-Unidos, no tenía la extensión que tiene en la actualidad, y era solo una pequeña población católica, linda, aseada y animada, cuyas costumbres y sociedad tenían grande afinidad con las costumbres y la sociedad de Europa. Pagué mi travesía al capitán, y le dí una comida de despedida. Tomé un asiento en el *stage-coach*, que hacia el viaje de Pensilvania tres veces por semana; subí en él á las cuatro de la mañana, y héme aquí rodando por los caminos del Nuevo-Mundo.

El camino que recorrimos, mas bien trazado que hecho, atravesaba un país bastante llano, en que apenas había árboles; veíase alguno que otro caserío, y unas cuantas aldeas esparcidas aquí y acullá: el clima era como el de Francia, y volaban golondrinas sobre las aguas como sobre el estanque de Comboug.

Al acercarnos á Filadelfia encontramos varios habitantes que iban al mercado, carruajes públicos y carruajes particulares. Filadelfia me pareció una ciudad hermosa, con calles anchas, algunas de ellas plantadas de árboles, que se cortaban en ángulo recto, en un órden regular, de Norte á Sur y de Este á Oeste. El Delaware corre paralelamente á la calle que sigue su orilla occidental. Este río seria tenido por importante en Europa; pero apenas se habla de él en América: sus riberas son bajas y poco pintorescas.

En la época de mi viaje (1791) no se extendía Filadelfia hasta el Shuylkill; el terreno que se adelantaba hácia aquel río estaba dividido en suertes, sobre las que se construían aquí y acullá algunas casas.

El aspecto de Filadelfia es monótono. En general, lo que falta á las ciudades protestantes de los Estados-Unidos son grandes monumentos de arquitectura, pues la reforma, con su edad juvenil, que nada sacrifica á la imaginación, muy rara vez ha erigido esas cúpulas, esas naves aéreas y esas torres gemelas de que la antigua religión católica ha coronado á Europa. No se ve monumento alguno en Filadelfia. Nueva-York y Boston, ni pirámide que sobresalga del conjunto de las paredes y tejados: la vista se entristece al extenderse sobre aquel nivel.

Despues de apearme en la posada, tomé un cuarto en una casa de pupilos, en donde habitaban algunos colonos de Santo-Domingo y varios franceses emigra-

dos, con ideas diferentes de las mías. Un país de libertad ofrecía un asilo á los que huían de la libertad: no hay cosa que pruebe mejor el alto precio de las instituciones generosas como ese destierro voluntario de los partidarios del poder absoluto en un país puramente democrático.

Un hombre que, como yo, había desembarcado en los Estados-Unidos lleno de entusiasmo hácia los pueblos clásicos; un colono que buscaba por todas partes la rigidez de las primitivas costumbres romanas, no podía menos de quedar escandalizado al ver donde quiera el lujo de los carruajes, la frivolidad de las conversaciones, la desigualdad de las fortunas, la inmoralidad de las casas de banco y de juego, el ruido de los salones de baile y de los teatros; casi podía figurarme que me hallaba en Bristol ó en Liverpool. La apariencia del pueblo era agradable; las cuíkeras, con sus trajes grises y sus sombrerillos uniformes, me parecían bellas.

En aquel momento de mi vida admiraba sobremedera las repúblicas, sin embargo de no creerlas posibles en la época del mundo á que habíamos llegado: conocía la libertad á la manera de los antiguos; la libertad, hija de las costumbres en una sociedad naciente; pero no la libertad hija de las luces y de una añeja civilización; la libertad, cuya realidad ha demostrado la república representativa. ¡Quiera Dios que sea duradera! No hay necesidad de labrar uno mismo sus tierras, ni de descuidar las artes y ciencias, ni de tener las uñas largas y la barba sucia para ser libre.

Cuando llegué á Filadelfia, no estaba allí el general Washington, y me vi precisado á esperarle por unos ocho días. Al fin le vi pasar en un carruaje tirado por cuatro briosos caballos conducidos por largos riendas. Washington, segun mis ideas de entonces, era por necesidad Cincinato; pero Cincinato en carruaje no se avenía bien con mi república del año 296 de Roma. ¿Podía, con efecto, el dictador Washington, ser otra cosa que un rústico aguijoneando á sus bueyes y conduciendo la reja del arado? Pero cuando fui á entregarle mi carta de recomendación, encontré en él la sencillez del antiguo romano.

Una pequeña casa, semejante á las casas inmediatas, era el palacio del presidente de los Estados-Unidos: no había guardia, ni aun siquiera criados. Llamé y salió á abrirme una criada; le pregunte si estaba en casa el general, y me contestó que sí. Manifestéle que tenía una carta de recomendación para su amo, y la criada me preguntó mi nombre, difícil de pronunciar en inglés, y que no pudo retener. Dijome entonces con afabilidad: *Walk in, sir.* «Entrad, caballero;» y echando á andar delante de mí por uno de esos estrechos corredores que hacen veces de recibimiento en las casas inglesas, me introdujo en una sala, en donde me suplicó que aguardara al general.

No estaba yo conmovido: nunca me han impuesto ni la grandeza de alma ni la de fortuna; la primera la admiro sin sentirme confundido; la segunda me inspira mas lástima que respeto: jamás logrará turbarme el rostro de ningún hombre.

Al cabo de algunos minutos entró el general, el cual, con su elevada estatura y su aire tranquilo y frío mas bien que noble, se asemejaba bastante á los retratos grabados que de él había visto. Le presenté en silencio mi carta, que abrió al punto, y pasando á leer la firma, exclamó en voz alta: «¡El coronel Armand!» Así era como llamaba al marqués de la Rouerie, el cual había firmado con aquel nombre.

Sentámonos, y le expliqué lo mejor que pude el motivo de mi viaje. Contestábame con monosílabos ingleses y franceses, y me escuchaba con una especie de admiración. No tardé en advertirlo, y le dije con cierta viveza: «Mas fácil me parece descubrir el paso del Noroeste que crear un pueblo, como vos habeis hecho. — ¡Well, well, young man! (¡Bien, bien

jóven!) exclamó alargándome la mano. Me convidó á comer para el día siguiente, y nos separamos.

Cuidé de no faltar á la cita, y no éramos mas que cinco ó seis convidados. Recayó la conversacion sobre la revolucion francesa, y el general nos enseñó una llave de la Bastilla. Ya he tenido ocasion de observar que esas llaves eran unos juguetes bastante necios que se distribuian entonces de mano en mano. Los expedicionarios de cerraduras habrian podido enviar tres años despues al presidente de los Estados-Unidos el cerrojo de la prision del monarca que dió la libertad á Francia y América. Si Washington hubiese visto en los arroyos de París á los vencedores de la Bastilla, habria respetado menos su reliquia. La autoridad y la fuerza de la revolucion no provenian de esas orgias sangrientas. Cuando la revocacion del edicto de Nantes, en 1685, el populacho del arrabal de San Antonio, demolió el templo protestante en Charenton con el mismo celo con que devastó la iglesia de San Dionisio en 1793.

Me separé del general á las diez de la noche, y no le he vuelto á ver mas: él marchó al día siguiente, y yo continué mi viaje.

Tal fue mi encuentro con el soldado ciudadano libertador de un mundo. Washington bajó al sepulcro antes de haberme yo dado á conocer, y pasó delante de él como el ser mas ignorado. Washington estaba en todo su esplendor y yo en toda mi oscuridad: quizá mi nombre no permaneció un día entero en su memoria, y sin embargo, ¡cuán feliz me considero de que me haya dirigido sus miradas! He sentido su influencia el resto de mi vida, porque hay cierta virtud en las miradas de un grande hombre.

PARALELO ENTRE WASHINGTON Y BONAPARTE.

Bonaparte acaba apenas de bajar al sepulcro, y habiendo tocado á las puertas de Washington, se ofrece naturalmente al curso de mis ideas el paralelo entre el fundador de los Estados-Unidos y el emperador de los franceses; con tanto mas motivo, cuanto que en el momento en que trazo estas líneas no existe ya Washington. Ercilla, cantando y peleando en Chile, se detiene en medio de su viaje para referir la muerte de Dido: yo me detengo al principio de mi excursion en Pensilvania para hacer una comparacion entre Washington y Bonaparte. Quizá no debiera ocuparme de ellos sino en la época en que encontré á Napoleon; pero si me faltase la vida antes de llegar en mi crónica al año de 1814, ¿cómo se sabria entonces lo que tengo que decir acerca de esos dos mandatarios de la Providencia! Me acuerdo de Castelnau, que siendo como yo embajador en Inglaterra, escribia tambien en Londres una parte de su vida. Al llegar á la última página del libro vii, dijo á su hijo: «Trataré de este hecho en el libro viii;» y el libro viii de las *Memorias de Castelnau* no existe. Esta es una leccion que me enseña á aprovechar mi tiempo.

Washington no pertenece, como Bonaparte, á esa raza que sobrepaja á la estatura humana; nada hay que sorprenda en su persona. No aparece colocado sobre un vasto teatro ni tiene que habérselas con los capitanes mas hábiles y los monarcas mas poderosos del mundo: tampoco corre de Menfis á Viena ó de Cádiz á Moscou: lo único que hace es defenderse con un puñado de ciudadanos, en una tierra de ninguna celebridad, y en el círculo estrecho de los hogares domésticos. Washington no da esos combates que renuevan los triunfos de Arbelas y de Farsalia, ni derriba los troncos para construir otros con sus escombros ni hace decir á los reyes á su puerta: *Que se hacen esperar demasiado y que Atila se aburre.*

Las hazañas de Washington aparecen envueltas en cierto silencio; su modo de obrar es lento, y nadie

diria sino que, sintiéndose encargado de la libertad del porvenir, temia comprometerla. No eran sus destinos los que conducia aquel héroe de nueva especie, sino los destinos de su país, y no se aventuraba á jugar lo que no le pertenecía. ¡Pero cuánta luz no iba á brotar de aquella humildad profunda! Regístrense los bosques en donde brilló la espada de Washington; ¿y qué se hallará en ellos? ¿Sepulcros? No; ¡un mundo! Washington dejó los Estados-Unidos por trofeo sobre su campo de batalla.

Bonaparte no tiene el menor rasgo de aquel grave americano; combate con estruendo sobre una tierra envejecida, y ni quiere crear otra cosa que su propia fama, ni encargarse mas que de su propia suerte. Parece adivinar que su mision ha de ser corta, que el torrente que se precipita desde tan alto ha de pasar muy pronto, y se apresura á gozar y á abusar de su gloria como de una juventud fugitiva. A semejanza de los dioses de Homero, quiere llegar en cuatro saltos al fin del mundo: se presenta en todas las riberas inscribe precipitadamente su nombre en los fastos de todos los pueblos, arroja coronas á su familia y á sus soldados, y desplega la mayor actividad en sus monumentos, en sus leyes, en sus victorias. Elevado sobre el mundo, con una mano derriba á los reyes y con la otra abate al gigante revolucionario; pero al sujetar la anarquía aboga la libertad, y concluye por perder la suya sobre su último campo de batalla.

Cada cual recibe la recompensa segun sus obras: Washington eleva una nacion á la independencia, y como magistrado, en descanso se duerme bajo su techo, en medio del sentimiento de sus compatriotas y de la veneracion de los pueblos.

Bonaparte arrebató á una nacion su independencia y emperador destronado, se ve precipitado en el desierto, en donde el terror de la tierra no le considera aun bastante custodiado bajo la guarda del Océano. Espira, y esta noticia, publicada á la puerta del palacio delante de la cual hizo proclamar tantos funerales, ni detiene ni admira á los que pasan. ¿Qué tenían que llorar los ciudadanos?

La república de Washington subsiste, y el imperio de Bonaparte ha caído. Washington y Bonaparte salieron del seno de la democracia; el primero le fue fiel, y el segundo le hizo traicion.

Washington ha sido el representante de las necesidades, de las ideas, de las opiniones de su época; en vez de contrariar el movimiento de los ánimos, lo secundó, y quiso lo que debía querer, la cosa misma para la cual habia sido llamado; de ahí proviene la coherencia y la perpetuidad de su obra. Ese hombre, que llama poco la atencion porque se ajustó exactamente á sus proporciones, confundió su existencia con la de su país: su gloria es el patrimonio de la civilizacion, y su fama se eleva como uno de esos santuarios públicos por donde corre un manantial fecundo é inagotable.

Bonaparte pudo enriquecer igualmente el dominio comun, dando, como daba, con la nacion mas inteligente, mas valerosa y mas brillante de la tierra. ¡Cuál sería el sitio que hoy día ocupase si hubiera reunido la magnanimidad á lo que tenia de heroico; si siendo á un mismo tiempo Bonaparte y Washington, hubiese nombrado á la libertad por legataria universal de su gloria!

Pero ese coloso no ligaba sus destinos á los de sus contemporáneos: su genio pertenecía á la edad moderna, al paso que su ambicion era de los antiguos tiempos; y no conoció que los milagros de su vida superaban al valor de una diadema, y que ese ornamento gótico le sentaria muy mal. Tan pronto se precipitaba sobre el porvenir, como retrocedia hácia lo pasado; y ya fuese que adelantara ó siguiera el curso del tiempo, arrastraba ó rechazaba las olas con su fuerza prodigiosa. Los hombres no fueron á sus

ojos mas que un medio de poder, y ninguna simpatia se estableció entre la felicidad de ellos y la suya: prometió libertarlos; y los encadenó; y así fue que, aislándose de los hombres, estos se alejaron de él. Los reyes de Egipto colocaban sus pirámides fúnebres, no en risueñas campiñas, sino en estériles arenales. Esos grandes sepulcros se elevan como la eternidad en el desierto. Bonaparte ha construido á su imágen el monumento de su fama.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

Revisado en diciembre de 1846.

VIAJE DE FILADELFIA Á NUEVA-YORK Y A BOSTON.—MACKENZIE.

Estaba impaciente por continuar mi viaje, pues no eran los americanos lo que yo habia ido á ver, sino otra cosa del todo diferente de los hombres que yo conocia; otra cosa mas en armonía con el órden habitual de mis ideas. Ardia en deseos de arrojarne en una empresa, para la cual no tenia otra preparacion que mi imaginacion y mi valor.

Cuando formé el proyecto de descubrir el paso al Noroeste, se ignoraba si la América Septentrional se extendia bajo el polo, uniéndose á la Groenlandia, ó si terminaba en algun mar contiguo á la bahía de Hudson y al estrecho de Bering. En 1772 habia descubierto Hearn el mar en la embocadura del rio de la Mina de Cobre, á los setenta y un grados y quince minutos de latitud Norte, y los ciento diez y nueve grados y quince minutos de longitud Oeste de Greenwich (1).

Sobre la costa del Océano Pacífico habian dejado algunas dudas los esfuerzos del capitán Cook y los de los navegantes sucesivos. En 1787 se dijo que habia entrado un buque en un mar interior de la América Septentrional: segun noticias del capitán del buque, todo lo que se habia tomado por costa no interrumpida al Norte de la California no era mas que una cadena de islas sumamente apiñadas. El almirantazgo de Inglaterra envió á Vancouver á comprobar aquellos informes, que resultaron falsos. Vancouver no habia hecho aun su segundo viaje.

En los Estados-Unidos se principiaba ya á hablar en 1791 del viaje de Mackenzie, el cual, habiendo salido el 3 de junio de 1789 del fuerte de Chipewau sobre el lago de las Montañas, bajó al mar del polo por el rio á que dió su nombre.

Este descubrimiento hubiera podido cambiar mi direccion y hacerme tomar el camino recto al Norte; pero me habria hecho escrúpulo de alterar el plan acordado entre Mr. de Malesherbes y yo. De consiguiente, queria marchar al Oeste de modo que llegara á cortar la costa Noroeste por encima del golfo de California; y desde allí, siguiendo el perfil del continente, y á la vista siempre del mar, intentaba reconocer el estrecho de Bering, doblar el último cabo septentrional de la América, bajar al Este á lo largo de las riberas del mar polar, y volver á entrar en los Estados-Unidos por la bahía de Hudson, el Labrador y el Canadá.

¿Con qué medios contaba para ejecutar esa prodigiosa peregrinacion? Con ninguno. La mayor parte de los viajeros franceses han sido hombres aislados, abandonados á sus propias fuerzas, y rara vez ha sucedido que el gobierno ó las compañías los hayan auxiliado. Ingleses, americanos, alemanes, españoles, portugueses, han llevado á cabo, con ayuda del con-

(1) Latitud y longitud reconocidas hoy como excesivas en cuatro grados y un cuarto.

(Nota de Ginebra de 1852.)

curso de las voluntades nacionales, lo que entre nosotros han emprendido en vano varios individuos aislados. Mackenzie, y otros muchos despues de él, han hecho en la extension de la América, y en provecho de los Estados-Unidos y de la Gran-Bretaña, conquistas en que yo he soñado para engrandecer mi país natal. En caso de un buen resultado, habria tenido el honor de imponer nombres franceses á regiones desconocidas, de dotar á mi país con una colonia sobre el Océano Pacífico, de robar el rico comercio de peletería á una potencia rival, y de impedir á esta rival el abrirse un camino mas corto á las Indias, poniendo á la Francia misma en posesion de ese camino. He dejado consignados estos proyectos en el *Ensayo Histórico*, publicado en Londres en 1796, los cuales estaban sacados del manuscrito de mis viajes, escrito en 1791. Estas fechas prueban que yo me habia anticipado por mis deseos y por mis trabajos á los últimos exploradores de los hielos árticos.

No encontrando el menor estímulo en Filadelfia, calculé desde luego que quedaria frustrado el objeto de este primer viaje, y que mi excursion no seria mas que el preludio de otro viaje mas largo. Escribí en este sentido á Mr. de Malesherbes, y quedándome á la expectativa de los sucesos, prometí á la poesia lo que pudiera perderse para la ciencia. Con efecto, si no encontré en América lo que buscaba, esto es, el mundo polar, hallé por lo menos una nueva musa.

Un *stage-coache*, semejante al que habia traído de Baltimore, me condujo de Filadelfia á Nueva-York, ciudad alegre, populosa y comercial, y que sin embargo estaba lejos de ser lo que es hoy día, lo que será dentro de algunos años, porque los Estados-Unidos crecen mas deprisa que esté manuscrito. Fuí en peregrinacion á Boston á saludar el primer campo de batalla de la libertad americana, y vi los campos de Lexington, en donde busqué, como despues en Esparta, el sepulcro de aquellos guerreros que murieron por obedecer á las santas leyes de la patria. ¡Ejemplo memorable del encadenamiento de las cosas humanas! Un bill de hacienda aprobado en el parlamento de Inglaterra en 1765, erige un nuevo imperio sobre la tierra en 1782, y hace desaparecer del mundo uno de los mas antiguos reinos de Europa en 1789.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

RIO DEL NORTE.—CANTO DE LA PASAJERA.—MR. SWIFT.—PARTIDA PARA LA CATARATA DEL NIAGARA CON UN GUIA HOLANDÉS.—MR. VIOLET.

Me embarqué en Nueva-York en el paquebote que se daba á la vela para Albany, situada á la embocadura del rio del Norte. La sociedad era numerosa. Hácia el anochecer del primer día, se nos sirvió una colacion de frutas y leche; las mujeres estaban sentadas en los bancos de cubierta, y los hombres en el puente, á sus piés. La conversacion duró poco rato; al aspecto de un hermoso cuadro de la naturaleza, se cae involuntariamente en el silencio. Yo no sé quién gritó repentinamente: «Este es el sitio donde fue apresado Asgill.» Se suplicó á una cuáquera que cantase la plegaria de *Asgill*. Nos hallábamos entre montañas; la voz de la pasajera espiraba sobre las olas, ó crecia cuando nos acercábamos á la costa. El destino de un soldado, jóven, amante, poeta y valiente, honrado por el interés de Washington y la generosa intervencion de una reina desventurada, aumentaba el encanto de escena tan romántica. El amigo que he perdido, Mr. de Fontanes, pronunció palabras cordiales en memoria de Asgill, cuando Bonaparte se disponia á subir al trono que habia ocupado María Antonieta.

Los oficiales americanos se conmovieron con el canto de la joven de Pensilvania; el recuerdo de las revueltas pasadas de la patria les hacia mas sensible la calma presente. Contemplaban estos lugares, poco ha resonando con el ruido de las armas de numerosos ejércitos, ahora sepultados en una paz profunda; estos lugares dorados con la última lumbre del sol, animados con el silbido de los cardenales, con el arrullo de las palomas azules, con el canto de los arrendajos, y cuyos habitantes, puestos de codos sobre los cercados guarnecidos de hinonias, miraban pasar nuestra barca por debajo de ellos.

Cuando llegué á Albani, fui á buscar á Mr. Swif, para quien llevaba una carta. Este Mr. Swif traficaba en pieles con las tribus indias enclavadas en el territorio cedido por la Inglaterra á los Estados-Unidos; porque las potencias civilizadas, republicanas y monárquicas, dividen entre sí, y sin cumplimiento, tierras de la América que no son sayas. Despues de oirme, me hizo Mr. Swif objeciones muy razonables. Me dijo que yo no podia emprender de buenas á primeras, solo, sin socorros, sin apoyo, sin recomendaciones para los apostaderos ingleses, americanos, españoles, por donde tendria que pasar, un viaje de tal importancia; que aun cuando tuviera la fortuna de atravesar tantas soledades, llegaria á regiones heladas, donde moriria de frio ó de hambre; me aconsejó que empezara por aclimatarme; me invitó á aprender los idiomas de aquellos países, á vivir entre los *corredores de caballos* y los agentes de la compañía de la bahía de Hulsón. Hechas estas experiencias preliminares, podria yo, en cuatro ó cinco años, intentar mi atrevida mision con la asistencia del gobierno francés.

A pesar de que reconocia la exactitud de estos consejos, me desagradaban sobremanera. Por mi voto hubiera partido derecho hacia el polo, como se va de París á Pontoise. Oculté mi disgusto á Mr. Swif, y le supliqué que me proporcionase un guia y caballos para dirigirme al Niagara y á Pittsburg; de Pittsburg bajaria al Ohio, y recogeria noticias útiles para mis futuros proyectos. Yo tenia siempre en la cabeza mi primer plan de viaje.

Mr. Swif tomó para mi servicio á un holandés, que hablaba muchos dialectos indios, compré dos caballos, y abandoné á Albani.

Todo el país, que se extiende desde hoy entre el territorio de esta ciudad y el Niagara, está habitado y cultivado; el canal de Nueva-York lo atraviesa; pero entonces estaba desierta una gran parte de este país.

Cuando despues de haber pasado el Mohawk entré en bosques que jamás habian sido cortados, se apoderó de mi una especie de embriaguez de independencia; yo iba de un árbol á otro, á derecha é izquierda, diciéndome:—«Aquí no hay caminos, ni ciudades, ni monarquía, ni república, ni presidentes, ni reyes, ni hombres.» Y para conocer si yo habia vuelto á mis derechos originales, me entregaba á actos voluntarios que irritaban á mi guia, porque en su interior me creía loco.

¡Ay! Yo me figuraba estar solo en esta selva, donde levantaba orgulloso mi cabeza! De repente me pegué en las narices contra un cobertizo. Bajo este cobertizo se ofrecen á mis ojos embohadados los primeros salvajes que he visto en mi vida. Habria una veintena entre hombres y mujeres, embadurnados como hechiceros, con el cuerpo casi desnudo, las orejas cortadas, plumas de cuervo en la cabeza, y anillos pasados por las narices. Un francés pequeñito, con polvos y rizos, vestido verde-manzana, chorrera y mangas de muselina, arañaba un violín de bolsillo, y hacia bailar el *Madelon Friquet* á estos iroqueses. Mr. Violet (que así se llamaba) era el maestro de baile de estos salvajes. Le pagaban las lecciones con pieles de castores y jamones de osos. Habia sido mar-

miton al servicio del general Rochambeau, en la guerra de América. Establecido en Nueva-York despues de la partida de nuestro ejército, se resolvió á enseñar las bellas artes á los americanos. Ensanchando sus miras con sus triunfos, el nuevo Orfeo llevó la civilización á las ordas salvajes del Nuevo-Mundo. Al hablarme de los indios, me decia siempre: «Estos señores y estas señoras salvajes.» Se alababa mucho de la ligereza de sus discípulos, y, en efecto, yo no he visto brinco mas descompasado. Mr. Violet, colocando su pequeño violín entre el vientre y la barba, templaba el instrumento fatal y gritaba á los iroqueses: ¡*A vuestro sitio!* Y toda la comparsa saltaba como si fueran diablos.

Esta introducción á la vida salvaje por un baile que el marmiton del general Rochambeau daba á los iroqueses, ¿no era una cosa molesta para un discípulo de Rousseau? Tenia grandes deseos de reir, pero me hallaba cruelmente humillado.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

MI VESTIMENTA SALVAJE.—CAZA.—EL CARCAJOU Y EL ZORRO DEL CANADÁ.—RATON ALMIZCLADO.—PERROS PESCADORES.—INSECTOS.—MONTCALM Y WOLF.

Compré á los indios un traje completo: dos pieles de oso, la una para media toga, la otra para la cama. Uní á mi nuevo atavío el casquete de paño encarnado, la casaca, el cinturón, el cuerno para llamar á los perros, y la bandolera de caballería. Mis cabellos flotaban sobre mi cuello descubierto; llevaba la barba larga, y me parecia al salvaje, al cazador y al misionero. Me invitaron á una cacería, que debia tener lugar al día siguiente, para buscar la pista del carcajou.

Esta raza de animales y la de los castores se ha destruido casi completamente en el Canadá.

Nos embarcamos antes de amanecer para remontar un río á la salida del bosque, donde habia visto el carcajou. Eramos como treinta entre indios y cazadores americanos y del Canadá; parte de ellos costeaba con la jauría; las mujeres llevaban nuestros viveres.

No encontramos el carcajou; pero matamos lobos cervales y ratones almizclados. En otro tiempo los indios tenian un gran sentimiento cuando mataban por acaso alguno de estos últimos animales, siendo la hembra del raton, como todos saben, la madre del género humano. Los chinos, mejores observadores, tienen por seguro que el raton se cambia en codoruz, y el topo en oropéndola.

Los pájaros de río y los peces proveyeron abundantemente nuestra mesa. Los perros están enseñados á meterse en el agua; se precipitan en los rios, y cogen los peces hasta en el fondo del agua cuando no van á cazar. Nos sentamos alrededor de una fogata, que servia á las mujeres para los preparativos de la comida.

Nos acostamos horizontalmente con la cara pegada á la tierra para librarnos del humo, cuya nube, flotando sobre nuestras cabezas, nos ponía al abrigo de la picadura de los mosquitos.

Los diversos insectos carnívoros, vistos al microscopio, son animales formidables; tal vez eran estos dragones alados que describe la anatomía; disminuyendo en tamaño, á medida que disminuía su energía, estas idras, estos grifos se encontrarán hoy en la clase de insectos. Los gigantes antidiluvianos son los hombrillos de hoy.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

CAMPAMENTO A LA ORILLA DEL LAGO DE ONONDAGAS.—ÁRABES.—CURSO BOTÁNICO.—LA INDIA Y LA VACA.

Mr. Violet me ofreció sus credenciales para los Onondagas, resto de una de las seis naciones iroque-

sas. Llegué al lado de los Onondagas. El holandés eligió un sitio á propósito para nuestro campamento; un río salia del lago; nuestro aparato se levantó en un recodo de este río. Clavamos en tierra dos estacas ahorquilladas, á seis piés de distancia la una de la otra, y colocamos horizontalmente entre las dos una vara larga. Cortezas de abedul, colocadas convenientemente, formaron el techo inclinado de nuestro palacio. Nuestras sillas debian servirnos de reclinatorios, y nuestras capas do cubiertas. Colgamos unas campanillas del cuello de nuestros caballos, y los dejamos sueltos junto á nuestra tienda, cuya cercanía no abandonaron.

Cuando quince años despues vivaqueaba yo en los arenales del desierto de Sabba, á algunos pasos del Jordan, á la orilla del mar Muerto, nuestros caballos, estos hijos ligeros de la Arabia, parecia que escuchaban los cuentos del scheik, y que tomaban parte en la historia de Antar y del caballo de Job.

A las cuatro de la tarde estábamos alojados. Cogi mi escopeta y me fui á los alrededores. Habia pocas aves: una pareja solitaria revoloteaba delante de mí, como estos pájaros que yo seguia en los bosques paternales; en el color del macho conocí el pájaro blanco, *passer nivalis* de los ornithologistas. Oí tambien el *quebrantahuesos*, muy conocido por su voz. El vuelo del *esclamador* me habia conducido á un estrecho valle encerrado entre alturas desnudas y pedregosas; á su mitad se levantaba una mala cabaña; una vaca flaca erraba en un prado cercano.

Yo amo los albergues pequeños: á chico pajarrillo chico nidillo. Me senté en la pendiente, enfrente de la choza, en el costado opuesto.

Al cabo de algunos minutos oí gritos en el valle; tres hombres conducian cinco ó seis vacas gordas; las pusieron á pacer, y alejaron la vaca flaca con sus varillas. Una mujer salvaje salió de la choza, avanzó hacia el animal y lo llamó. La vaca corrió hacia ella alargando el cuello y dando un pequeño mugido. Los dueños de la tierra amenazaron de lejos á la india, que volvió á su cabaña. La vaca la siguió.

Me levanté, atravesé el valle, y subiendo á la colina, llegué á la choza.

Pronuncié el saludo que me habian enseñado: ¡*Siegoh!* (¡Aquí estoy yo!) La india, en lugar de responderme repitiendo mi saludo, se calló. Acaricié á la vaca, y el amarillo rostro de la india dió señales de enternecerse. Yo estaba conmovido con estas misteriosas relaciones del infortunio; hay cierto placer en llorar desgracias que nadie ha llorado.

Mi huésped me miró todavía con un resto de duda; despues se adelantó, y pasó la mano por la frente de su compañera de soledad y de miseria.

Animado por esta muestra de confianza, dije en inglés:—«¡Está muy flaca!» y la india replicó en mal inglés:—«Come poco. *She eats veri little.*»—«La han echado rudamente,» dije yo; y la mujer respondió:—«Las dos estamos acostumbradas á esto. *Both.*» Y yo dije:—«Esta pradera, ¿no es vuestra?»—«Esta pradera, dijo, era de mi marido, que ha muerto. Yo no tengo hijos, y los blancos traen sus vacas á mi pradera.»

Yo no tenia nada que ofrecer á esta criatura de Dios. Al separarnos, mi huésped me dijo muchas cosas que yo no comprendí; serian deseos de prosperidad; si sus votos no han llegado hasta el cielo, no seria la culpa de quien pedía, sino la flaqueza de aquel para quien se oraba. Todas las almas no tienen igual aptitud para la felicidad, como no tienen todas las tierras las mismas cosechas.

Volví á mi *ajoupa*, donde me esperaba una colacion de patatas y maíz. La noche fue magnífica; el lago, unido como un espejo sin marco, no tenia un solo pliegue; el río bañaba murmurando nuestra península, perfumada por los *calycanthos*. El *weep-*

poor-will repetia su canto; nosotros lo oiamos cerca ó lejos, segun que el pájaro cambiaba el lugar de su amorosa llamada. Nadie me llamaba. ¡Llora, pobre William! ¡*weep-poor-will!*

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

UN IROQUÉS.—SACHEM DE LOS ONONDAGAS.—VELLY Y LOS FRANKS.—CEREMONIA DE LA HOSPITALIDAD.—ANTIGUOS GRIEGOS.

Al día siguiente fui á visitar al sachem de los Onondagas; llegué á su aldea á las diez de la mañana. Al instante me vi rodeado de jóvenes salvajes que me hablaban en su lengua, mezclada de palabras inglesas y francesas; hacian mucho ruido, y tenian el aire alegre, como los primeros turcos que vi despues en Coron, cuando pisé el suelo de Grecia. Estas tribus indias, enclavadas en terreno de blancos, tienen caballos y rebaños; sus cabañas están llenas de utensilios comprados, por una parte en Québec, Montreal, Niagara, el Estrecho, y por la otra en los mercados de los Estados-Unidos.

Cuando se recorrió el interior de la América Septentrional, se halló en el estado natural, entre las diversas naciones salvajes, las diferentes formas de gobierno de los países civilizados. El iroqués pertenecia á una raza que parecia destinada á conquistar las razas indias, si no hubieran venido extranjeros á chupar sus venas y sujetar su genio. Este hombre intrépido no se sorprendió de ver las armas de fuego, cuando por la primera vez se usaron contra él; se mantuvo firme al silbido de las balas y al ruido del cañon, como si los hubiera oído toda su vida; aparentó que no le hacia mas efecto que el de una tempestad. Cuando se pudo procurar un mosquete, se sirvió de él mejor que un europeo. No abandonó por eso el rompe-cabezas, el arco y la flecha, sino que añadió la carabina, la pistola, el puñal y el hacha, como si no tuviera bastantes armas para todo su valor. Cubierto doblemente con las armas de América, adornada su cabeza con penachos, las orejas horadadas, la cara barnizada de diversos colores, los brazos picados y teñidos de sangre, este campeón del Nuevo-Mundo se hizo tan temible de vista como en el combate, en la playa que defendió palmo á palmo de sus invasores.

El sachem de los Onondagas era un viejo iroqués en toda la extension de la palabra; su persona conservaba la tradicion de los antiguos tiempos del desierto.

Las relaciones inglesas llaman siempre al sachem indio *caballero*. El *viejo caballero*, pues, está enteramente desnudo; tiene una pluma ó una espina de pescado atravesada por las narices, y cubre algunas veces su cabeza pelada y redonda con un sombrero bordado de tres candiles, en señal de honores europeos. Velly ¿no pinta la historia con la misma verdad? El gefe franco Kilperick se mojaba los cabellos con manteca rancia, se pintaba las mejillas de verde, y llevaba un sayo abigarrado, ó una túnica de piel; ha sido representado por Velly como un principe magnífico hasta la ostentacion en sus muebles y en su equipaje, voluptuoso hasta la inmoralidad, creyendo apenas en Dios y burlándose de sus ministros.

El sachem de los Onondagas me recibió bien y me hizo sentar en un petate. Hablaba en inglés, y entendia el francés; mi guia sabia el iroqués; la conversacion fue fácil. El viejo me dijo, entre otras cosas, que aunque su nacion habia estado siempre en guerra con la mia, la estimaba mucho. Se quejaba de los americanos; los creía injustos y avaros, y sentia que en la division de las tierras indias no hubiese aumentado su tribu el lote de los ingleses.

Las mujeres nos sirvieron la comida. La hospitalidad es la última virtud que ha quedado á los salvajes en medio de la civilización europea; se sabe cuál era antes esta hospitalidad: el hogar tenía el poder del altar.

Cuando una tribu era arrojada de sus bosques, ó cuando un hombre venia á pedir hospitalidad, el extranjero comenzaba lo que se llamaba el baile del suplicante; el niño pisaba el dintel de la puerta, y decía: «Aquí está un extranjero!» y el jefe respondía: «Jóven, introduce al hombre en la choza.» El extranjero entraba bajo la protección del niño, y se iba á sentar en la ceniza del hogar. Las mujeres decían el canto de la consolación: «El extranjero ha encontrado una madre y una mujer; el sol se levantará y se pondrá para él como antes.» Estos usos parecen tomados de los griegos; Temístocles, en casa de Admeto, abraza los penates y á su hijo (quizás yo he pisado en Megara, el hogar de la pobre mujer que ocultó la urna cineraria de Phocion), y Ulises, en casa de Alcinoüs, suplica á Areté: «Noble Areté, hija de Rhéxenor; después de haber sufrido males crueles, me arrojo á vuestros piés...» Al acabar estas palabras, el héroe fue á sentarse junto al fuego. Me despedí del anciano sachem. Se había hallado en la toma de Quebec. En los años vergonzosos del reinado de Luis XV, el episodio de la guerra del Canadá viene á consolarnos como una página de nuestra antigua historia hallada en la torre de Londres.

Montcalm, encargado de defender sin recursos el Canadá contra fuerzas superiores y continuamente renovadas, lucha con buen éxito durante dos años, y bate á lord London y al general Abercromby. Por último lo abandona la fortuna; herido bajo los muros de Quebec, cae, y muere á los dos días; sus granaderos lo entierran en un hoyo abierto por una bomba; ¡fosa digna del honor de nuestras armas! Su noble enemigo Wolf muere frente de él; paga con su vida la de Montcalm y la gloria de espirar sobre algunas banderas francesas.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

VIAJE DESDE EL LAGO DE LOS ONONDAGAS AL RIO GENESÉE.—ABEJAS.—ROTURAMIENTOS.—HOSPITALIDAD.—CAMA.—SERPIENTE DE CASCABEL ENCANTADA.

Mi guía y yo montamos otra vez á caballo. Nuestro camino, cada vez mas penoso, apenas se hallaba señalado por ramas cortadas de los árboles. Sus troncos servían de puente en los riachuelos. La población americana prefería entonces las concesiones de Genesée. Estas concesiones se vendían mas ó menos caras, según la bondad del suelo, la calidad de los árboles, el curso y la abundancia de las aguas.

Se ha observado que las abejas preceden en los bosques á los colonos; vanguardia de los labradores, ellas anuncian, y son el símbolo de la industria y de la civilización. Desconocidas en América, fueron tras de las velas de Colon; y estas conquistadoras pacíficas no han robado á un nuevo mundo de flores mas que tesoros inútiles á los indígenas, y no se han servido de ellos mas que para enriquecer el suelo de donde las habían sacado.

El cultivo á las dos orillas del camino que yo recorría, ofrecía una curiosa mezcla del estado de naturaleza con el estado civilizado. En el extremo de un bosque, donde no se habían oído mas que los gritos del salvaje y los bramidos de las fieras, se encontraba una tierra labrada; en el mismo sitio se veía la choza del indio y la habitación de un terrateniente. Algunas de estas casitas recordaban la limpieza de las

granjas holandesas; otras estaban á medio hacer, y tenían aun por techo la bóveda celeste.

Yo era recibido en estas casitas, obra de una mañana, y encontraba continuamente en ellas una familia con la elegancia de Europa, muebles de caoba, piano, tapices y espejos, á cuatro pasos de la choza de un iroqués. Por la noche se abrían las ventanas cuando venían del campo los criados, ó de los bosques, con el hacha ó el azadon. A la vista del desierto, y alguna vez entre el ruido de una cascada, las hijas de mi huésped cantaban al piano el duo del *Pandolfetto* de Paesiello, ó un *cantabile* de Cimarosa.

En los mejores terrenos se hacían pueblecillos. Del seno de una selva se lanzaba al aire la flecha de un campanario. Como las costumbres inglesas siguen á todas partes á los ingleses, después de haber atravesado países donde no se hallaba rastro de habitantes, veía colgado el anuncio de una hostería pendiente de un árbol. Los cazadores, los plantadores y los indios se reunían en estos paradores; la primera vez que yo descansé en uno de ellos, juré que sería la última.

Al entrar en una de estas hospederías, me quedé estupefacto á la vista de una gran cama hecha en forma circular alrededor de una viga; cada viajero tomaba plaza en esta cama, con los piés pegando á la viga, y la cabeza en la circunferencia del círculo, de manera que los durmientes estaban colocados simétricamente, como si fueran los rayos de una rueda. Después de vacilar, me introduje en esta máquina, porque no veía á nadie en ella. Comencé á adornarme, cuando sentí alguna cosa que se deslizaba contra mí; era la pierna de mi grande holandés; yo no he sentido en mi vida mayor horror. Salté del capacho hospitalario, maldiciendo de corazón los usos de nuestros buenos abuelos, y me fui á dormir con mi capa á la luz de la luna; esta compañera de cama del viajero no tenía nada que no fuera agradable, fresco y puro.

En la orilla del Genesée hallamos una barca. Una porción de colonos y de indios pasó el río con nosotros. Acampamos en praderas pintadas de mariposas y de flores. Con la diferencia de trajes, los grupos que formábamos alrededor de nuestras hogueras, y nuestros caballos atados ó sueltos, parecíamos una caravana. Allí encontré la culebra de cascabel que se dejaba encantar con el sonido de una flauta. Los griegos hubieran hecho del canadiense un Orfeo; de la flauta una lira; de la culebra Cerbero, ó quizás Euridice.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

FAMILIA INDIA.—NOCHE EN LOS BOSQUES.—PARTIDA DE LA FAMILIA.—SALVAJE DEL SALTO DEL NIAGARA.—EL CAPITAN GORDON.—JERUSALÉN.

Avanzamos hácia el Niágara. Estábamos á ocho ó nueve leguas, cuando vimos en un encinar el fuego de algunos salvajes en el sitio donde nosotros pensábamos vivaquear. Nos aprovechamos de la ocasión, y después de haber pensado los caballos, nos acercamos á la horda. Con las piernas cruzadas á la manera de los sastres, nos sentamos con los indios al fuego, para asar nuestro maíz.

La familia se componía de dos mujeres, dos niños de pecho y tres guerreros. La conversación se hizo general; es decir, entrecortada por algunas palabras de mi parte ó por muchos gestos: en seguida todos se durmieron en el sitio en que estaban. Despierto yo únicamente, fui á sentarme en un tronco que estaba á la orilla de un arroyo.

La luna plateaba la copa de los árboles; una brisa

embalsamada, que esta reina de la noche traía del Oriente, parecía precederla en los bosques como si fuera su fresco aliento. El astro solitario subía poco á poco por el cielo; tan pronto seguía su carrera, tan pronto se ocultaba entre grupos de nubes, parecidas á la cima de montañas coronadas de nieve. Todo hubiera sido silencio y reposo sin la caída de algunas hojas, el paso de un viento súbito, el gemido de la lechuza; á lo lejos se oían los sordos mugidos de la catarata del Niágara, que en la calma de la noche se prolongaban de desierto en desierto, y espiraban en las selvas solitarias. En estas noches me apareció una musa desconocida; recogí alguno de sus acentos, los apunté en mi libro á la luz de las estrellas, como un músico vulgar escribiría las notas que le dictara algun maestro de armonía.

Al día siguiente se armaron los indios, las mujeres reunieron su equipaje, y yo les di unos polvos y bermellon, separándonos tocando nuestras frentes y nuestro vientre. Los guerreros dieron el grito de marcha, y partieron los primeros; las mujeres iban detrás, cargadas con los niños que llevaban á la espalda, y que volvían la cabeza á mirarnos. Yo seguí esta tropa con la vista, hasta que desapareció entre los árboles del bosque.

Los salvajes del Salto del Niágara, dependientes de los ingleses, estaban encargados de la policía de la frontera en este lado. Esta extraña gendarmería, armada de arcos y flechas, nos impidió pasar, y me vi obligado á enviar al holandés al fuerte de Niágara á pedir permiso para entrar en las tierras de la dominación británica. Esto me comprimió el corazón, porque me recordaba que la Francia había mandado en el Alto como en el Bajo Canadá. Mi guía volvió con el permiso, que aun conservo, y que está firmado por *El Capitan Gordon*. No es singular que haya encontrado el mismo nombre inglés en la puerta de mi celda en Jerusalem? «Trece peregrinos habían escrito su nombre sobre la puerta en la parte exterior de la habitación; el primero se llamaba Carlos Lombard, y se hallaba en Jerusalem en 1669; el último es John Gordon, y la fecha de su tránsito es de 1804. (*Itinerario*.)»

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

CATARATA DEL NIAGARA.—CULEBRA DE CASCABEL.—CAIGO EN EN ABISMO.

Permaneci dos días en la aldea india, desde donde escribí una carta á Mr. de Malesherbes. Las Indias se ocupaban en diferentes faenas; sus hijuelos estaban suspendidos en redes de las ramas de los árboles. La yerba estaba cubierta de rocío; el viento salía perfumado de las florestas, y el algodon del país, rompiendo su boton, parecía á los rosales blancos. La brisa mecía las cunas aéreas con un movimiento casi imperceptible; las madres se levantaban de vez en cuando á ver si sus hijos dormían, ó si los pájaros los habían despertado. Cuatro leguas distaba la aldea de la catarata; eran precisas otras tantas horas para que yo llegase á ella con mi guía. A seis millas de distancia, una columna de vapor me indicaba el lugar de la vertiente. El corazón me palpaba con una alegría mezclada de terror al entrar en el bosque que me separaba de uno de los mayores espectáculos que la naturaleza haya ofrecido á los hombres.

Echamos pié á tierra, y llevando los caballos del diestro, llegamos á la orilla del Niágara, siete ó ochocientos pasos encima del Salto. Como yo avanzase incesantemente, el guía me cogió por el brazo, y me detuvo á la orilla del agua, que pasaba con la velocidad de una flecha. No bullía; se deslizaba como una

sola masa por la pendiente de la roca; su silencio antes de la caída formaba contraste con el estrépito de su caída misma. La *Escritura* compara continuamente á un pueblo con los grandes ríos; aquí era un pueblo muribundo, que, privado de la voz por la agonía, iba á precipitarse en el abismo de la eternidad.

El guía me retenía siempre, porque yo me sentía arrastrado, por decirlo así, hácia el río, y tenía un deseo involuntario de arrojarme á él. Tan pronto dirigía mis miradas agua arriba por la orilla, tan pronto por la corriente abajo á la isla que dividía las aguas, y donde estas aguas desaparecían, como si fueran robadas por el cielo.

Después de un cuarto de hora de perplejidad indefinida y de admiración, me dirigí á la cascada. En el *Ensayo sobre las revoluciones* y en *Atala*, se pueden ver las dos descripciones que he hecho de ella. Hoy atraviesan la catarata grandes caminos; en la orilla americana y en la inglesa hay hosterías, molinos y manufacturas.

Yo no podía comunicar los pensamientos que me agitaban á la vista de un desórden tan sublime. En el desierto de mi primera existencia me he visto obligado á inventar personajes para decorarla; he sacado de mi propia sustancia seres que yo no hallaba en otra parte, y que llevaba conmigo. Así, he colocado recuerdos de Atala y de René á las orillas de la catarata del Niágara, como la expresión de su tristeza. ¿Qué es una cascada que se despeña eternamente al aspecto insensible de la tierra y del cielo, si la naturaleza humana no está allí con su destino y sus desgracias? ¿Internarse en esta soledad de agua y de montañas, y no saber con quién hablar de este grande espectáculo! Las olas, las rocas, los bosques, los torrentes para sí solo! Dad al alma una compañera, y el risueño vestido de los prados y el fresco aliento de las aguas, todo va á ser alegría: el curso del día, el reposo mas dulce todavía del anochecer, el atravesar las olas, el dormir sobre el musgo, arancarán al corazón su mas profunda ternura. Yo he sentido á Velleda en los arenales de Armórica, á Cimodocéa bajo los pórticos de Atenas, á Blanca en las salas de la Alhambra. Alejandro fundaba ciudades por donde pasaba; yo he dejado sueños por donde he arrastrado mi vida.

Yo he visto las cascadas de los Alpes con sus gamuzas, y las de los Pirineos con sus cabras montesas; yo no he remontado el Niño bastante para encontrar sus cataratas rápidas; no hablo de las zonas de azul de Terni y de Tivoli, elegantes alfombras de ruinas, ó motivos de inspiración para el poeta:

Et præceps Anio ac Tiburni lucus.

«Y el Anio rápido, y el bosque sagrado de Tibur.»

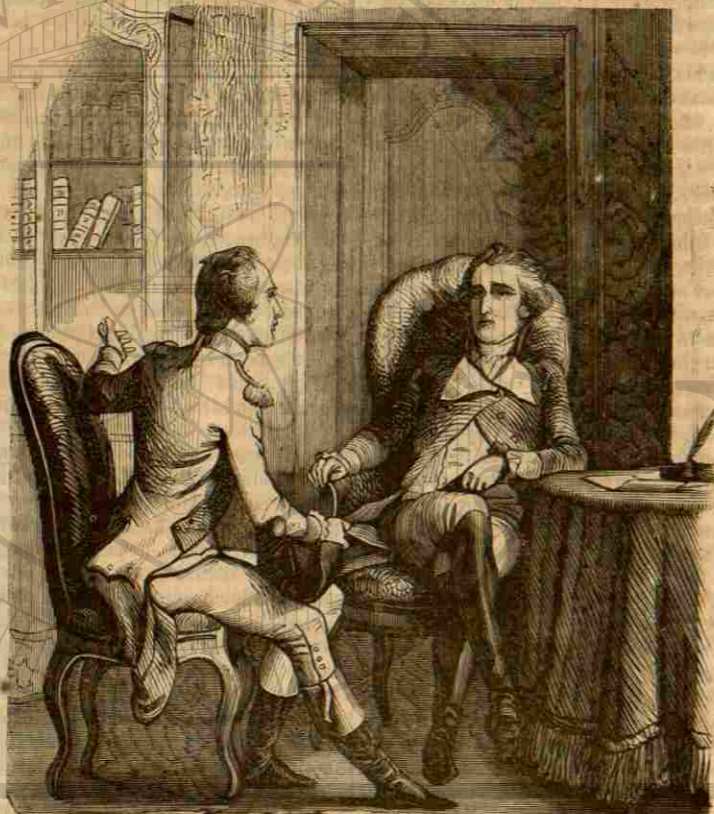
Niagara lo borra todo. Yo contemplaba la catarata que revelaron al antiguo mundo, no ínfimos viajeros de mi especie, sino misioneros, que, buscando la soledad para Dios, se arrojaban á la vista de alguna maravilla de la naturaleza, y recibían el martirio acabando el cántico de su admiración. Nuestros sacerdotes saludaron los hermosos sitios de América, y los consagraron con su sangre; nuestros soldados han tocado con sus manos las ruinas de Tebas, y presentado las armas en Andalucía; todo el genio de la Francia está reasumido en la doble milicia de nuestros campamentos y nuestros altares.

Yo tenía la brida de mi caballo rodeada al brazo, cuando una culebra de cascabel silbó entre los matorrales. El caballo se asombra, se encabrita, y retrocede acercándose á la cascada. Yo no pude sacar las riendas del brazo; el caballo, cada vez mas espantado, me arrastraba. Ya los piés delanteros pierden la tierra; pendiente sobre el abismo, apenas podía sostenerse sobre las piernas de atrás. Yo estaba perdido, cuando el animal, asustado él mismo del nuevo peligro, vuel-

ve atrás con una pirueta. Al dejar la vida en los bosques del Canadá, ¿hubiera llevado mi alma al tribunal supremo, los sacrificios, las virtudes de los padres Juges y Lallemand, ó dias perdidos y miserables quimeras?

No fue este el único peligro que corrí. Una escala de lianas servía á los salvajes para bajar al pozo inferior, y se hallaba entonces rota. Deseando ver la catarata de bajo á alto, me aventuré á descolgarme por el flanco de una roca casi abierta á pico. A pesar del ruido que producía el agua debajo de mí, conservé la cabeza, y llegué como á cuarenta piés del fondo. Allí, la piedra vertical y desnuda no ofrecía punto de apo-

yo; quedé colgado de una mano á la última raíz, sintiendo que mis dedos se abrían por el peso de mi cuerpo: hay pocos hombres que hayan pasado minutos como los que yo conté. Mi mano, fatigada, se abrió, y caí. Por una felicidad inaudita, me paré en la raíz de una roca, donde me hubiera debido estrellar mil veces, y no me noté gran daño; estaba á medio pié del abismo, y no había rodado; pero cuando el frío y la humedad comenzaron á penetrarme, me apercibi de que no había salido tan bien librado; tenía el brazo fracturado por debajo del codo. El guía, que miraba desde arriba, y al cual hice señales de apuro, corrí á buscar salvajes. Me subieron con



CHATEAUBRIAND VISITA A WASHINGTON.

cuerdas por un sendero de nutrias, y me transportaron á su aldea. Yo no tenía mas que una simple fractura; dos tablitas, un vendaje y un pañuelo, bastaron á mi curacion.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

DOCE DIAS EN UNA CHOZA.—CAMBIO DE COSTUMBRES ENTRE LOS SALVAJES.—NACIMIENTO Y MUERTE.—MONTAIGNE.—CANTO DE LA CULEBRA.—PANTOMIMA DE UNA INDIA PEQUEÑITA, ORIGINAL DE MILA.

Viví doce dias con mis médicos, los indios del Niagara. Allí vi pasar tribus que bajaban del Estrecho, ó

de los países situados al Mediodía y al Oriente del lago Erié. Me informé de sus usos; conseguí con pequeños regalos representaciones de sus antiguas costumbres, porque estas costumbres mismas ya no existen. Sin embargo, al principio de la guerra de la independencia americana, los salvajes se comían á los prisioneros y á los muertos: un capitán inglés sacó con un cucharón una mano de una marmita india.

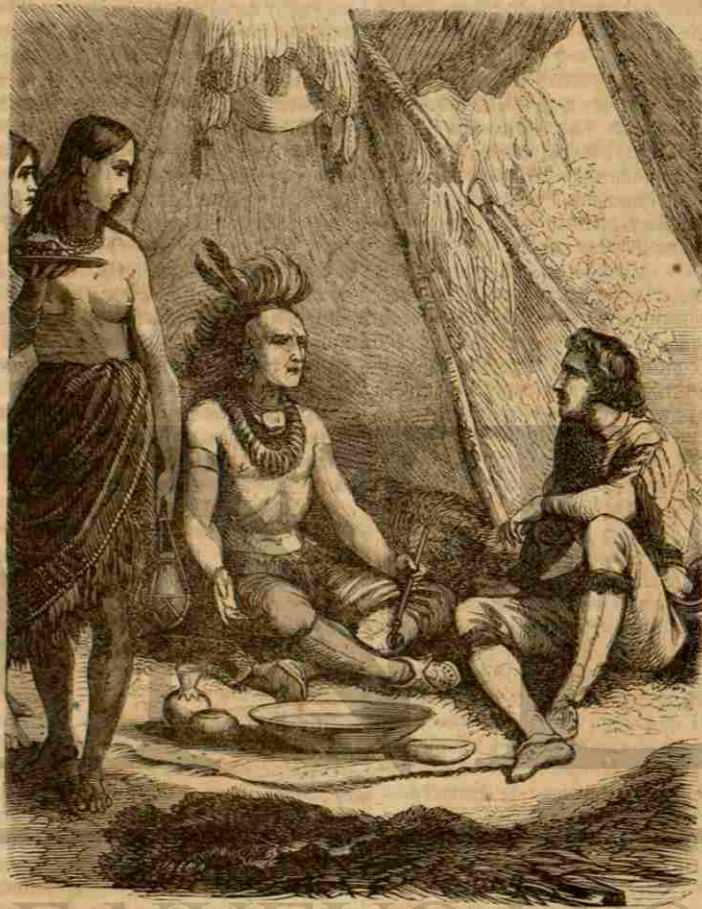
El nacimiento y la muerte es lo que menos ha perdido en los hábitos indios; esta no es moda que pasa. Se pone al recién nacido, á fin de honrarlo, el nombre mas antiguo de la casa: el de la abuela, por ejemplo; porque los nombres se toman siempre en la línea materna. Desde este momento, el niño ocupa la plaza de

la mujer cuyo nombre ha recibido, y se le da, cuando se habla, el grado de parentesco que este nombre hace revivir; así un tío puede saludar á su sobrino con el título de *abuela*. Esta costumbre, al parecer risible, es sin embargo afectuosa. Resucita á los antepasados muertos; reproduce en la debilidad de los primeros años la debilidad de los últimos; acerca las extremidades de la vida, el principio y el fin de la familia; comunica una especie de inmortalidad á los ascendientes, y los supone presentes en medio de su posteridad.

Por lo que respecta á los muertos, es fácil encon-

trar las causas de la adhesión del salvaje á las santas reliquias. Las naciones civilizadas tienen, para conservar el recuerdo de su patria, la tradición de las letras y de las artes; tienen ciudades, palacios, torres, columnas, obeliscos; tienen la huella del arado en campos antes cultivados; los nombres están esculpidos en bronce y mármol; las acciones consignadas en las crónicas.

Nada de esto tienen los pueblos de la soledad: su nombre no está escrito en los árboles; su choza, construida en pocas horas, desaparece en algunos instan-



HOSPITALIDAD DEL SACHEN DE LOS ONONDAGAS.

tes; el cayado con que hace su labor, no hace mas que rozar la tierra, sin lograr abrir un surco. Sus canciones tradicionales perecen con la última memoria que las retiene; se desvanecen con la última voz que las repite. Las tribus del Nuevo-Mundo no tienen mas que un monumento: la tumba. Quitad á los salvajes los huesos de sus padres, y les quitais su historia, sus leyes, y hasta sus dioses; robais á estos hombres, entre las generaciones futuras, la prueba de su existencia; como la de su nada.

Yo quería oír el canto de mis huéspedes. Una pequeña india de catorce años, llamada Mila, muy linda (las mujeres indias no son bonitas mas que á esta edad), cantó alguna cosa muy agradable. ¿No era la estancia de Montaigne? «Culebra, detente; detente, culebra, á fin de que mi hermana saque sobre el patron de tu

pintura la forma y la obra de un hermoso cordon que pueda dar á mi mamá; así tu belleza sea preferida á la de todas las demás culebras.»

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

INCIDENTES.—ANTIGUO CANADÁ.—POBLACION INDIA.—DEGRADACION DE LAS COSTUMBRES.—VERDADERA CIVILIZACION INTRODUCIDA POR LA RELIGION.—FALSA CIVILIZACION INTRODUCIDA POR EL COMERCIO.—CORREDORES DE BOSQUES.—FACTORIAS.—MESTIZOS Ó MCLATOS.—GUERRAS DE LAS COMPAÑIAS.—MUERTE DE LAS LENGUAS INDIAS.

Los canadenses no son ya tales como los pintaron Cartier, Champlain, La-hontan, Lescarbot, Laffi-

seau, Charlevoix y las *Cartas Edificantes*: el siglo XVI y principios del XVII era todavía la época de la imaginación y de las costumbres sencillas; lo maravilloso de aquella reflejaba una naturaleza virgen, y el candor de estas reproducía la sencillez del salvaje. Champlain, al fin de su primer viaje al Canadá, en 1603, refiere que «cerca de la bahía de los Calores, en dirección al Sur, hay una isla, en donde habita un monstruo espantoso, que los salvajes llaman *gugú*.» El Canadá tenía su gigante como el Cabo de las Tempestades tenía también el suyo. Homero es el verdadero padre de todas esas invenciones, en las que se ven siempre los Cíclopes, Caribdis y Scila, ogros ó *gugús*.

La población salvaje de la América Septentrional, no comprendiendo en ella los mejicanos ni los esquimales, no llega en el día á cuatrocientas mil almas en la parte de acá y de allá de las montañas Rocallosas: hay viajeros que solo la hacen subir á ciento cincuenta mil. La degradación de las costumbres indias ha examinado en la misma proporción que el aminoramiento de la población de las tribus. Las tradiciones religiosas se han vuelto confusas: la instrucción difundida por los jesuitas del Canadá mezcló ideas extrañas á las ideas nativas de los indígenas, y á través de fábulas groseras se columbran las creencias cristianas desfiguradas; la mayor parte de los salvajes llevan cruces por vía de adornos, y los comerciantes protestantes les venden lo que les daban los misioneros católicos. Digamos en honor de nuestra patria, y para gloria de nuestra religión, que los indios nos habían cobrado gran cariño; que continuamente nos están echando de menos, y que un *ropaje negro* (un misionero) es todavía objeto de gran veneración en los bosques americanos. El salvaje continúa amándonos bajo el árbol en que fuimos sus primeros huéspedes, en el suelo que hollamos con nuestras plantas, y en donde les dejamos confiados sepulcros.

Cuando los indios andaban desnudos, ó vestidos de pieles, tenían algo de grande y noble; pero en el día, los harapos europeos, sin cubrir su desnudez, no hacen más que poner en relieve su miseria: el indio ahora no es más que un mendigo á la puerta de una casa de comercio; no un salvaje en sus bosques.

Por último, se ha formado una especie de población mestiza nacida de los colonos y de las Indias. Estos hombres, llamados *mulatos* á causa del color de su piel, son los corredores de cambio entre los autores de su doble origen; hablan el idioma de sus padres y de sus madres, y participan de los vicios de las dos razas. Esos bastardos de la naturaleza civilizada y de la naturaleza salvaje se venden, ora á los americanos, ora á los ingleses, para entregarles el monopolio de las pieles; mantienen las rivalidades de las compañías inglesas de la *Bahía de Hudson* y del *Noroeste*, y de las compañías americanas *Fur colombian-american company*, *Missouri's fur company* y otras; y hacen por sí mismos cazas por cuenta de los tratantes, con cazadores asalariados por las compañías.

Solo es conocida la célebre guerra de la independencia americana; pero se ignora que también ha corrido sangre por los mezquinos intereses de un puñado de comerciantes. La compañía de la *Bahía de Hudson* vendió en 1811 á lord Selkirk un terreno á orillas del río Rojo, y se puso el establecimiento en 1812. La compañía del *Noroeste*, ó del Canadá, miró eso con malos ojos, y las dos compañías, aliadas con diversas tribus indias y secundadas por los *mulatos*, vinieron á las manos. Este conflicto doméstico, horrible en sus pormenores, tenía lugar en medio de los desiertos helados de la *Bahía de Hudson*. La colonia de lord Selkirk fue destruida en el mes de junio de 1815, precisamente en la época de la batalla de Waterloo. En estos dos teatros, tan diferentes por el esplendor y por la oscuridad, eran unas mismas las desgracias de la especie humana.

No vayan á buscarse ya en América las constituciones políticas artísticamente confeccionadas, cuya historia nos traza Charlevoix; la monarquía de los hurones, la república de los iroqueses. Algo de esa destrucción se ha verificado y se verifica todavía en Europa, aun á nuestra misma vista: un poeta prusiano, en el banquete de la orden Teutónica, cantó en antiguo prusiano, hacia el año de 1400, los hechos heroicos de los antiguos guerreros de su país: nadie le comprendió, y le dieron por recompensa cien nueces vacías. En el día el bajo-breton, el vasconce, el géllico, van pereciendo á medida que mueren los pastores de cabras y los labradores.

En la provincia inglesa de Cornualles se extinguió la lengua de los indígenas hacia el año de 1676. Un pescador decía á unos viajeros: «No conozco mas que cuatro ó cinco personas que hablen breton, y no son mas que viejos, como yo, de sesenta á ochenta años: ningún joven sabe una palabra de él.»

No existen ya tribus enteras del Orinoco, y no ha quedado de su dialecto mas que una docena de palabras pronunciadas en la cima de los árboles por papagayos que han recobrado su libertad, como el ave de Agripina; que gorgeara palabras griegas sobre las balaustradas de los palacios de Roma. Tal será, tarde ó temprano, la suerte de nuestras jergas modernas, despojos del griego y del latín. Algun cuervo, escapado de la jaula del último cura franco-galo, dirá desde lo alto de un ruinoso campanario á pueblos extraños, á nuestros sucesores: «Aceptad estos últimos esfuerzos de una voz que os fue conocida; vosotros pondreis fin á todos estos discursos.»

Esforzao ahora por ser un Bossuet, para que en último resultado vuestra obra maestra sobreviva en la memoria de un pájaro, á vuestro lenguaje y á vuestro recuerdo entre los hombres.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

ANTIGUAS POSESIONES FRANCESAS EN AMÉRICA. — RECUERDO. — MANÍAS DE LO PASADO. — BILLETE DE FRANCISCO CONYNGHAM.

Al hablar del Canadá y de la Luisiana; al mirar en los antiguos mapas la extensión de las antiguas colonias francesas en América, me preguntaba á mi mismo cómo el gobierno de mi país había podido dejar que pereciesen aquellas colonias, que en el día serian para nosotros un manantial inagotable de prosperidad.

Desde la Acadia, y desde el Canadá á la Luisiana, desde la embocadura de San Lorenzo á la del Mississippi, el territorio de la *Nueva-Francia* rodeó lo que formaba la confederación de los trece primeros Estados-Unidos: los otros once, con el distrito de la Colombia, el territorio de Michigan, del Nordeste, del Missouri, del Oregon y de Arkauras, nos pertenecian, ó nos pertenecerian, como pertenecen á los Estados Unidos, por la cesion de los ingleses y de los españoles, nuestros sucesores en el Canadá y en la Luisiana. El país comprendido entre el Atlántico al Nordeste, el mar Polar al Norte, el Océano Pacífico y las posesiones rusas al Noroeste, y el golfo mejicano al Mediodía; es decir, mas de las dos terceras partes de la América Septentrional, reconocerian las leyes de Francia.

Temo que la restauracion se atraiga su ruina por las ideas contrarias á las que estoy expresando en este momento: la mania de apegarse á lo pasado, mania que no ceso de combatir, no tendria ningun funesto resultado si no hiciese mas que derribarme á mí, retirándome el favor del príncipe; pero podría muy bien suceder que derrocara el trono. La inmovilidad política es una cosa imposible, y es preciso caminar con

la inteligencia humana. Respetemos la magestad del tiempo; contemplemos con veneracion los siglos pasados, consagrados por la memoria y los vestigios de nuestros padres; pero no tratemos de retroceder hacia ellos, porque nada tienen de nuestra naturaleza verdadera, y si intentáramos cogerlos, se desvanecerian. El capítulo de Nuestra Señora de Aquisgram hizo abrir, segun dicen, hacia el año de 1450, el sepulcro de Carlo-Magno. Encontróse al emperador sentado en una silla dorada, y con el libro de los Evangelios, escrito en letras de oro, en sus manos de esqueleto: delante de él estaban colocados su cetro y su escudo de oro, y á su lado tenia su *Joyeuse*, cuya vaina era de oro. Estaba revestido con el traje imperial, y sobre su cabeza, que una cadena de oro obligaba á mantenerse recta, tenia un sudario que cubria lo que fue su rostro, y al que habia sobrepuesta una corona. Tocaron al fantasma, y cayó deshecho en polvo.

Nosotros poseíamos al otro lado del mar vastas comarcas que ofrecian un asilo al excedente de nuestra población, un mercado á nuestro comercio, y un alimento á nuestra marina. En el día estamos excluidos del nuevo universo, en donde el género humano principia á desarrollarse otra vez: las lenguas inglesa, portuguesa y española, sirven en Africa, en Asia, en la Oceania, en las islas del mar del Sur y en el continente de las dos Américas, para interpretar el pensamiento de muchos millones de hombres; y nosotros, desheredados de las conquistas de nuestro valor y de nuestro genio, apenas oimos hablar en algun rincón de la Luisiana y del Canadá, y bajo una dominacion extranjera, la lengua de Colbert y de Luis XIV, que no permanece allí mas que como un testigo de los reveses de nuestra fortuna y de las faltas de nuestra política.

¿Y cuál es el rey cuya dominacion reemplaza ahora la dominacion del rey de Francia sobre los bosques del Canadá? El que ayer mandaba que se me escribiera este billete:

«Royal-Lodge-Windsor 4 de junio de 1822.

«Señor vizconde: Tengo orden del rey para invitar á V. E. á que venga á comer y dormir aquí el jueves 6 del corriente.

«El muy humilde y obediente servidor,

FRANCISCO CONYNGHAM.»

Era destino mio el verme atormentado por los príncipes. Me veo precisado á interrumpirme; vuelvo á pasar el Atlántico; me compongo mi brazo roto en Niagara; me despojo de mi piel de oso; vuelvo á tomar mi traje dorado; me traslado del wigwaum de un iroqués al real palacio de S. M. B., monarca de los tres reinos unidos y dominador de las Indias, y dejo á mis huéspedes de orejas cortadas y á la pequeña salvaje de la perla, deseando á lady Conyngham la gentileza de Mila, con esa edad que no pertenece todavía mas que á la mas temprana primavera, á esos días que preceden al mes de mayo, y que nuestros poetas gaulas llaman la *Abrilada*.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

Revisado en diciembre de 1846.

MANUSCRITO ORIGINAL EN AMÉRICA. — LAGOS DEL CANADÁ. — FLOTA DE CANOAS INDIAS. — RUINAS DE LA NATURALEZA. — VALLE DEL SEPULCRO. — DESTINO DE LOS RÍOS.

La tribu de la joven de la perla marchó, y mi guia, el holandés, se negó á acompañarme mas allá de la

catarata. Le pagué, y me asocié á unos traficantes que iban á bajar al Ohio. Antes de marchar dirigí una mirada sobre los lagos del Canadá, y nada me pareció mas triste que el aspecto de esos lagos. Las llanuras del Océano y del Mediterráneo abren caminos á las naciones, y sus orillas están ó estuvieron habitadas por pueblos civilizados, numerosos y poderosos: los lagos del Canadá no presentan mas que la desnudez de sus aguas, la cual va á confundirse con una tierra desierta: soledades separadas por otras soledades. Riberas sin habitantes están contemplando mares sin buques, y de las ondas desiertas se pasa á playas desiertas.

El lago Erié tiene mas de cien leguas de circunferencia: las naciones ribereñas fueron hace dos siglos exterminadas por los iroqueses. Causa espanto ver á los indios aventurarse sobre balsas de corteza de árboles en ese lago famoso por sus tempestades, en donde hormigueaban en otro tiempo millares de serpientes. Aquellos hombres cueigan sus manitas á la popa de sus canoas, y se lanzan en medio de los torbellinos entre las olas agitadas, las cuales, al nivel de las canoas, parece que amenazan sumergirlas. Los perros de los cazadores, con las patas apoyadas sobre el borde, lanzan ahullidos, al paso que sus amos, guardando profundo silencio, hienden las olas cadenciosamente con sus pagayas. Las canoas se adelantan en fila: en la proa de la primera va en pié un *gefe* que repite el diptongo *oah*, la *o* con un sonido sordo y prolongado, y la *a* en un tono agudo y breve. En la última canoa va también de pié otro *gefe* manejando un remo en figura de timon. Los demás guerreros van sentados sobre sus talones en el fondo de las canoas. A través de la niebla y de los vientos solo se divisan las plumas que adornan las cabezas de los indios, el cuello tendido de los perros que ahullan y los hombros de los dos *sachems*, piloto y augur, á quienes se podría tomar por los dioses de aquellos lagos.

Los rios del Canadá carecen de historia en el antiguo mundo: muy distinto es el destino del Ganges, del Éufrates, del Nilo, del Danubio y del Rhin. ¡Cuántos cambios no han visto estos en sus orillas! ¡Cuánto sudor y sangre han hecho derramar los conquistadores para atravesar en sus corrientes esas ondas que un pastor salva de un brinco en su nacimiento!

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

CURSO DEL OHIO.

Luego que dejamos los lagos del Canadá, vinimos á Pittsburg, en donde confluyen el Kentucky y el Ohio: allí despliega el paisaje una pompa extraordinaria. Aquel país tan magnífico se llama no obstante Kentucky, del nombre de su río, que significa *rio de sangre*, y que es llamado así á causa de su belleza. Por espacio de mas de dos siglos las naciones del partido de los che-rokis y del partido de las naciones iroquesas estuvieron disputándose sus cazas.

¿Serán las generaciones europeas mas virtuosas y mas libres en aquellas orillas que lo fueron las generaciones americanas exterminadas? ¿No labran esclavos la tierra, amenazados con el látigo de sus amos, en aquellos desiertos de la primitiva independencia del hombre? ¿No reemplazarán cárceles y horcas á la cabana abierta y al alto tulipar, en donde el pájaro hace su nido? ¿No hará nacer nuevas guerras la riqueza del suelo? ¿Dejará el Kentucky de ser la *tierra de sangre*? ¿Embellecerian mejor las orillas del Ohio los monumentos de las artes que los monumentos de la naturaleza?

Después de pasar el Wabach, la gran Cypriera, el río de las Alas ó Cumberland, el Cherokee ó Tenneseo, y los Bancos Amarillos, se llega á una lengua de tierra

cubierta muchas veces por las aguas, y allí es donde confluyen el Ohio y el Mississippi, á los treinta y seis grados cincuenta y un minutos de latitud. Allí los dos rios, oponiéndose una resistencia igual, cesan en su curso, y duermen uno al lado de otro, sin confundirse, por espacio de algunas millas en un mismo canal, como dos grandes pueblos divididos por su origen y reunidos luego para no formar mas que una sola raza; como dos ilustres rivales que comparten una misma cama despues de una batalla; como dos esposos de sangre enemiga que se sienten poco inclinados en un principio á confundir en el lecho nupcial sus destinos.

Y yo tambien, á la manera de las poderosas urnas de los rios, he dirigido el pequeño curso de mi vida, ora á un lado de la montaña, ora al otro; caprichoso en mis errores, pero nunca maléfico, prefiriendo los valles pobres á las ricas llanuras, y deteniéndome en las flores mas bien que en los palacios. Por lo demás, me hallaba tan encantado con mis excursiones, que apenas me acordaba ya del polo. Una caravana de traficantes, que venia de los Creeks en las Floridas, me permitió reunirme á ella.

Dirigímonos hácia los países conocidos entonces con el nombre general de las Floridas, y en donde se extienden hoy los Estados de la Alabama, la Georgia, la Carolina del Sur y el Tennessee. Seguimos sobre poco mas ó menos los senderos que en el día unen el gran camino de los Natchez á Nashville por Jackson y Florencia, y entra luego en Virginia por Knoxville y Salem, país poco frecuentado en aquel tiempo, y cuyos lagos y sitios habia explorado sin embargo Bertram. Los plantadores de la Georgia y de las Floridas marítimas venian hasta las diversas tribus de los creeks á comprar caballos y bestias semi-salvajes, que se multiplicaban hasta lo infinito en las sabanas perforadas por aquellos pozos, á orilla de los cuales hice reposar á Atala y Chaetas. Tambien extendian sus excursiones hasta el Ohio.

Ibamos empujados por un viento fresco. El Ohio, engruesado con otros cien rios, tan pronto iba á perderse en los lagos que se abrian delante de nosotros, como en los bosques. Elevábanse islas en medio de los lagos, y haciendo vela hácia una de las mayores, llegamos á ella á las ocho de la mañana.

Atravesé una pradera sembrada de jacobeanas de amarillas flores, de alcas de rosados penachos, y de obelarias de púrpúreos matices.

Hirí mi vista una ruina india. El contraste de aquella ruina y de la juventud de la naturaleza, aquel monumento de los hombres en un desierto, causaba grande impresion. ¿Qué pueblo habitó en aquella isla? ¿Cuál fue su nombre, su raza, el tiempo de su paso? ¿Vivia cuando el mundo, en cuyo seno estaba oculto, permanecia ignorado de las otras tres partes de la tierra? El silencio de aquel pueblo es quizá contemporáneo del ruido de algunas grandes naciones, que á su vez han caído en el silencio (1).

De las quebradas arenosas y de las ruinas de los túmulos salian adormideras de rosadas flores, pendientes del extremo de un pedúnculo inclinado, de un verde pálido. El tallo y la flor tienen un aroma que se queda apegado á los dedos cuando se toca la planta. El aroma que sobrevive á aquella flor, es una imagen del recuerdo de una vida pasada en la soledad.

Observé á la nimfea, la cual se preparaba á ocultar su lirio blanco en la onda al terminarse el día: el árbol triste no esperaba mas que la noche para abrir el suyo: la esposa se acuesta á la hora en que la cortesana se levanta.

La *ænotera* piramidal, de siete á ocho piés de altura,

(1) Las ruinas de Mitla y de Palenque, en Méjico, prueban hoy dia que el Nuevo-Mundo puede disputar su antigüedad con el antiguo.

(Paris, nota de 1834.)

ra, y de hojas oblongas dentadas, de un verde oscuro, tiene otras costumbres y otro destino: su flor, amarilla, empieza á entreabrirse por la tarde en el espacio de tiempo que emplea Venus para ocultarse bajo el horizonte, y continúa abriéndose á la luz de las estrellas: la aurora la encuentra en toda su lozanía; á la mitad de la mañana se marchita, y cae al medio dia. No vive mas que algunas horas, pero esas las pasa bajo un cielo sereno, entre los halitos de Venus y de la aurora: ¿qué importa en ese caso la brevedad de la vida?

Un arroyo se engalanaba con dioneas, alrededor de las cuales zumbaban una multitud de efimeras. Tambien habia pájaros-moscas y mariposas, que con sus brillantes matices disputaban en hermosura con la variedad de colores de la floresta. En medio de aquellos paseos y estudios, me venia al pensamiento la idea de su futilidad. ¿Cómo! ¿La revolucion que pesaba ya sobre mí y me arrojaba á los bosques no me inspiraba ideas mas graves, y precisamente en las horas de trastorno de mi país era cuando me ocupaba de descripciones y plantas, de mariposas y flores? La individualidad humana sirve para medir la pequeñez de los mas grandes acontecimientos. ¿Cuántos hombres hay indiferentes á esos acontecimientos! ¿Cuántos otros habrá que los ignoren! La poblacion general del globo está calculada en mil ciento á mil doscientos millones: por cada segundo muere un hombre, y de consiguiente en cada minuto de nuestra existencia, de nuestras sonrisas, de nuestras alegrías, espiran sesenta hombres y gimen y lloran sesenta familias. La vida es una peste permanente. Esta cadena de luto y de funerales que nos oprime, no se rompe, se prolonga, y nosotros mismos formamos un eslabon de ella. ¿Enaltezamos luego la importancia de esas catástrofes, de que no oírán hablar jamás las tres cuartas partes y media del mundo! ¿Corramos en pos de un renombre que no volará sino algunas leguas alrededor de nuestra tumba! ¿Sumerjémonos en el océano de una felicidad, de la que cada minuto se pasa entre sesenta ataúdes que se renuevan sin cesar!

Num nox nulla diem neque noctem aurora sequit' est,
que non audierit mixtos vagitibus agris
ploratus, mortis comites et funeris atrii.

«Ningun dia ha seguido á una noche; ninguna noche ha sido seguida de la aurora, que no haya oído llantos mezclados con dolorosos quejidos, compañeros de la muerte y de los lúgubres funerales.»

Londres, de abril á setiembre, de 1832.

FUENTE DE JUVENIO.—MUSCOGULGOS Y SIMINOLES.—
NUESTRO CAMPO.

Los salvajes de la Florida cuentan que en medio de un lago hay una isla habitada por las mujeres mas hermosas del mundo. Los muscogulgos han intentado mil veces conquistarla; pero aquel Eden huye ante las canoas, imagen natural de esas quimeras que huyen ante nuestros deseos.

Ese país contenia tambien una fuente de *Juvenio*: ¿quién desearia revivir?

Poco faltó para que esas fábulas tomasen á mis ojos una especie de realidad. Cuando menos lo esperábamos, vimos salir de una bahía una flotilla de canoas, unas con remos y otras con velas, que abordaron á nuestra isla. Conducian dos familias de creeks, una muscogulga y otra siminole, entre las cuales habia cheroquis y *mulatos*. Chocóme sobre manera la elegancia de aquellos salvajes, que en nada se asemejaban á los del Canadá.

Los siminoles y los muscogulgos son de estatura

mas que regular, y, por un contraste extraordinario, sus madres, sus esposas y sus hijas, son la raza mas pequeña de mujeres que se conoce en América.

Las indias que desembarcaron en donde estábamos nosotros, oriundas de sangre cheroqui y castellana á la vez, era de elevada estatura. Dos de ellas se asemejaban á las criollas de Santo-Domingo y de la isla de Francia; pero eran jóvenes y delicadas como las mujeres del Ganges. Esas dos florideñas, primas por parte de padre, me sirvieron de modelos, una para *Atala* y otra para *Celuta*: únicamente sobrepujaban á los retratos que he hecho de ellas en esa verdad de naturaleza variable y fugitiva, y en esa fisonomía de raza y de clima que no me fue posible reproducir. Habia cierta cosa indefinible en aquel semblante ovalado, en aquella tez sombreada, que parecia ver uno á través de un vapor anaranjado y ligero, en aquellos cabellos tan negros y suaves, en aquellos ojos tan rasgados y medio ocultos bajo el velo de dos párpados de raso, que se entreabrían con lentitud, en la doble seducción, en fin, de la india y de la española.

La reunion de nuestros huéspedes cambió en algun tanto nuestras costumbres; nuestros tratantes principiaron á buscar caballos, y se resolvió que iríamos á establecernos en las cercanías de los baras.

La llanura de nuestro campo estaba cubierta de toros, vacas, caballos, bisontes, búfalos, grullas, pavos y pelicanos; estas aves matizaban de blanco, negro y rosa el fondo verde del campo.

Muchas pasiones agitaban á nuestros traficantes y á nuestros cazadores; no de esas pasiones de clase, de educación, de preocupaciones, sino pasiones enteramente de la naturaleza; de esas que van directamente á su objeto, y tienen por testigos un árbol desgajado en el fondo de una selva desconocida; un valle que nadie puede volver á encontrar; un rio sin nombre. Las relaciones de los españoles con mujeres creeks constituian el fondo de las aventuras: los *mulatos* hacian el principal papel en esas novelas. Habia una historia célebre; la de un comerciante en aguardiente, seducido y arruinado por una *jóven pintada* (una cortesana). Esta historia, contada en versos siminoles, con el nombre de *Tabamica*, se cantaba al pasar los bosques (1). Arrebatadas á su vez las indias por los colonos, morian muy luego abandonadas en Panzacola: sus desgracias iban á aumentar los *romanceros* y á ocupar un lugar al lado de las quejas de Jimena.

DOS FLORIDEÑAS.—RUINAS SOBRE EL OHIO.

La tierra es una madre cariñosa, de cuyo seno salimos nosotros: en la infancia nos da sus pechos hinchados de leche y miel; en la juventud y en la edad madura nos prodiga sus frescas aguas, sus cosechas y sus frutos, y en todas partes nos ofrece sombra, baño, mesa y lecho: á nuestra muerte vuelve á abrirnos sus entrañas y cubre nuestros despojos con un manto de yerbas y flores, hasta que nos transforma secretamente en su propia sustancia para reproducirnos bajo alguna graciosa forma. Tales eran las reflexiones que me asaltaban al despertarme, cuando mi primera mirada encontraba el cielo, que era la cúpula de mi lecho.

Como los cazadores se marchaban para sus ocupaciones del dia, me quedaba con las mujeres y los hijos, y nunca me separaba de mis dos silvanas, de las cuales una era altiva y otra melancólica. Yo no entendia una palabra de lo que me hablaban, ni ellas tampoco me comprendian; pero yo iba á buscarles el agua para su copa, los sarmientos para su lumbre, los musgos para su cama. Ellas vestian el zagalejo corto

(1) La he insertado en mis viajes.

(Nota de Ginebra de 1832.)

y las mangas anchas, cortadas á la española, y el corpiño y manto indios. Sus piernas desnudas estaban rodeadas de encajes de álamo blanco; sujetaban sus cabellos con ramilletes ó filamentos de juncos, y se prendian con cadenas y collares de vidrio. Pendian de sus oreas simientes purpurinas, y llevaban una linda cotorra que hablaba, el ave de Armida, ó bien sujeta en el hombro á manera de esmeralda, ó bien en la mano, como las damas nobles del siglo x llevaban el gavilan. Para fortalecerse el seno y los brazos, se frotaban con el apoya ó juncia de América. En Bengala las bayaderas mascan el betel, y en Levante los almecos chupan la almárga de Chio: las florideñas trituraban entre sus dientes, de un blanco azulado, lágrimas de *liquidambar* y raíces de *libanis*, que reunian la fragancia de la angélica, del cedro y de la vainilla. Asi vivian en una atmósfera de aromas que destilaban ellas mismas como los naranjos y las flores en las puras emanaciones de sus hojas y de sus cálices. Entreteníame á veces en colocar algun adorno sobre su cabeza, á lo que se prestaban con una dulce timidez, pues, como magas, creian que yo les ponía algun filtro. Una de ellas, la *altiva*, oraba con frecuencia, y me parecia medio cristiana: la otra cantaba con una voz melodiosa, lanzando al fin de cada frase un grito que trastornaba. A veces hablaban con viveza, y creia entrever en sus acentos un sentimiento de zelos; pero la melancólica lloraba, y volvia á reinar el silencio.

Siendo yo débil, buscaba ejemplos de debilidad á fin de animarme. Camoens habia amado en las Indias á una esclava negra de Berberia; y, ¿no podria yo ofrecer en América mis obsequios á dos jóvenes sultanas juncuales? ¿No habia dirigido Camoens endechas ó estancias á *Bárbara Esclava*? No le habia dicho:

Aquella cautiva,
Que me ten captivo
Porque nella vivo,
Ya naa quer que viva.
En nunqua vi rosa
Em suavos molhos.
Que para meus olhos
Fosse mais formosa
Pretidao de amor
Tao doce figura
Que á neve lhe jura
Que trocara á cor.
Leda mansidaa
Que ó siso acompanha
Bem parece estranha
Mas barbara naa.

«Aquella cautiva que me tiene cautivo, porque vivo en ella, no quiere que viva; jamás una rosa en suaves ramilletes pareció mas bella á mis ojos...»

«Su negra cabellera inspira el amor: su rostro es tan dulce, que la nieve trocara su color con él; su alegría está acompañada de reserva: bien podrá parecer una extranjera, pero no una bárbara.»

Se dispuso una partida de pesca á tiempo que el sol se acercaba á su ocaso. En primer término se ofrecian á nuestra vista los sasafrás, los tulipares, los catalpas y las encinas, cuyo ramaje ostentaban madejas de musgo blando. En segundo término se elevaba el mas hermoso de los árboles, el papayero, que cualquiera habria tomado por una aguja de plata cincelada que sostenia una urna corintia. En tercer término dominaban las balsaminas, las magnolias y los liquidámbaros.

El sol descendió detrás de aquel cortinaje: un rayo de luz que atravesaba la cúpula de un oquedal brillaba como un carbunclo engastado en el sombrío follaje; la luz, abriéndose paso entre los troncos y ramas, proyectaba sobre los céspedes columnas que se agrandaban y arabescos que se movian. Por lo bajo se veian lilos, azaleas, lianas anulares de tallos gigantescos: en lo alto nubes, fijas unas como promontorios ó torres

antiguas, movibles otras como vapores de rosa ó copos de seda. Por efecto de transformaciones sucesivas, se veía en esas nubes abrirse bocas de hornos, amontonarse pilas de ascuas ó correr ríos de lava, presentando un conjunto sorprendente, lujoso, dorado, brillante saturado de luz.

A consecuencia de la insurrección de la Morea, en 1770, se refugiaron en la Florida varias familias griegas, que pudieron creerse todavía en ese clima de la Jonia que parece haberse enervado con las pasiones de los hombres. En Smirna duerme por la noche la naturaleza, como una cortesana hastiada de amor.

A nuestra derecha se veían unas ruinas pertenecientes á las grandes fortificaciones halladas sobre el Ohio: á nuestra izquierda teníamos un antiguo campamento de salvajes. La isla en que estábamos, clavada en las olas, y reproducida por un espejismo, mecía delante de nosotros su doble perspectiva. A la parte de Oriente reposaba la luna sobre lejanas colinas; á la de Occidente la bóveda del cielo aparecía fundida en un mar de diamantes y záfiro, en el que parecía diluirse el sol medio sumergido. Los animales de la creación estaban en vela; la tierra, prosternada, parecía incensar al cielo, y el ámbar que exhalaba de su seno volvía á caer sobre ella en rocío, como la oración sobre el que ora.

Habiendo dejado á mis compañeros, quise descansar al lado de un grupo de árboles: su oscuridad, helada de luz, formaba la penumbra en donde yo estaba sentado. Entre los arbustos encrespados brillaban moscas relucientes, que se eclipsaban cuando pasaban en las irradiaciones de la luna. Oíase el flujo y reflujo del lago, los saltos del pez de oro y el extraño grito del ánade que se sumerge. Mis ojos estaban fijos en el agua, y poco á poco fui cayendo en esa somnolencia conocida de los hombres que recorren los caminos del mundo. Ningun recuerdo claro me quedaba, y se me figuraba que vivía y vegetaba con la naturaleza en una especie de panteísmo. Recostéme contra el tronco de una magnolia, y me dormí: mi descanso se mecía sobre un fondo de vagas esperanzas.

Cuando salí de ese leteo, me encontré entre dos mujeres: las odaliscas habían venido, y no quisieron despertarme. Habíanse sentado en silencio á mis dos lados, y ora fuese que fingiesen dormir, ora que estuviesen realmente dormidas, tenían apoyadas sus cabezas sobre mis hombros.

Atravesó la brisa el bosquecillo, y nos inundó con una lluvia de hojas de magnolia. Entonces la mas jóven de las siminoles se puso á cantar: ¡el que no esté seguro de su vida, guárdese de exponerla nunca así. No es posible saber lo que es una pasión infiltrada con la melodía en el seno del hombre. A aquella voz respondió la voz ruda y zelosa de un hombre: era un *mulato* que llamaba á las dos primas. Extremeciéronse estas, y se levantaron; la aurora principiaba á despuntar.

Exceptuando á Aspasia, he vuelto á encontrar la misma escena en las riberas de Grecia: subido una aurora en las columnas del Parthenon, he visto el Cytheron, el monte Hymeto, el Acrópolis de Corinto, los sepulcros, las ruinas bañadas en un rocío de luz dorada, trasparente y ligera que reflejaban los mares y difundían como un perfume los céfiros de Salamina y de Delos.

Acabamos nuestra navegación en la ribera sin hablar mas palabra. Al medio día se levantó al campo para examinar unos caballos que los crecks querían vender y los traficantes comprar. Mujeres y niños, todos estaban convocados como testigos, según costumbre, en los mercados solemnes. Los caballos padres de todas edades y de toda clase de pelos; los potros y las yeguas, juntamente con los toros, vacas y terneros, principiaron á huir y á galopar alrededor nuestro. En aquella confusión me encontré separado de los crecks.

Un grupo bastante numeroso de hombres y caballos se aglomeró á orillas de un bosque. De repente veo de lejos á mis dos florideñas, á quienes unas manos vigorosas colocaban á la grupa en dos caballos que montaban en pelo un *mulato* y un *siminol*. ¡Oh, Cid! ¡Qué no hubiese tenido tu ligero Babieca para unirme á ellas! Las yeguas echan á andar, y les sigue todo aquel inmenso escuadrón. Los caballos botan, saltan, brincan y relinchan en medio de los cuernos de los búfalos y de los toros; chócanse en el aire sus cascos, y sus colas y crines flotan teñidas en sangre. Un torbellino de insectos devoradores zumba en torno de aquella cabalgata salvaje. Mis florideñas desaparecen como la hija de Ceres arrebatada por el dios de los infiernos.

Véase cómo todo aborta en mi historia, y solo me quedan imágenes de lo que ha pasado tan pronto: yo bajaré á los Campos-Eliseos con mas sombras de las que ningun hombre ha podido llevar consigo. La culpa es de mi organización, porque yo no sé aprovecharme de ninguna fortuna, ni puedo tomar interés por nada de lo que interesa á los demás hombres. Exceptuando el punto de religión, no tengo creencia alguna. Ora fuese pastor ó rey, ¿qué habria hecho de mi cetro ó de mi cayado? Me habria cansado igualmente de la gloria y del genio, del trabajo y del ocio, de la prosperidad y del infortunio. Todo me cansa: advierto con pena mi hastío con el trascurso de mis días, y no hago mas que bostezar la vida.

QUIENES ERAN LAS JÓVENES MUSCOGULGAS.—PRISION DEL REY EN VARENNES.—INTERRUMPO MI VIAJE PARA VOLVER Á EUROPA.

Ronsard nos pinta á María Estuardo cuando se disponía á marchar á Escocia, despues de la muerte de Francisco II.

«Con semejante traje os hallabais engalanada y abandonábais el hermoso país, cuyo cetro habeis empuñado, cuando pensativa, y bañado vuestro seno en el hermoso cristal de vuestras lágrimas desprendidas, paseábais tristemente por las largas arboledas del gran jardín de aquel real sitio que toma su nombre del manantial de una fuente.»

«Me asemejaba yo á María Estuardo paseándose en Fontainebleau, cuando me paseaba en mi campo despues de mi viudez? Lo que puedo asegurar es que mi espíritu estaba envuelto en un *crepon largo, sutil y suelto*, como dice el mismo Ronsard, antiguo poeta de la nueva escuela.

Habiéndome arrebatado el diablo las jóvenes muscogulgas, supe por el guía que un *mulato*, que estaba enamorado de una de ellas, había concebido celos de mí, y resolvió con un *siminol* hermano de la otra prima robarme á *Atala* y *Celuta*. Los guías la llamaban sin escrúpulo *mujeres pintadas*, lo cual no dejaba de herir mi vanidad, y me creía tanto mas humillado, cuanto que el *mulato*, mi rival preferido, era un maruguino flaco, feo y negro, que tenia todos los caracteres de esos insectos que, según los etimologistas del gran Lama, son unos animales que tienen la carne por dentro y los huesos por fuera. La soledad me pareció vacía despues de mi contratiempo, y acogí mal á mi sílde, que acudió generosamente á consolar á un infiel, como Julia cuando perdonaba á Saint-Preux sus florideñas de París. Me apresuré á abandonar aquel desierto, en donde mas adelante procuré reanimar á las que me acompañaron una noche en mi sueño. No sé si les he dado la vida que ellas me dieron; pero á lo menos, y como por expiación, he hecho de la una una virgen y de la otra una casta esposa.

Volvimos á pasar las montañas Azules, y nos acercamos á los desmontes europeos, hácia Chillicothe. Yo no habia adquirido la menor luz sobre el objeto

principal de mi empresa, pero en cambio iba lleno de un mundo de poesía:

«Como una abeja jóven, engreída en las rosas volvia mi musa cargada con su botín.»

Divisé á orillas de un arroyo una casa americana, casa de labor en uno de sus piñones y molino en el otro; pedí comida y alojamiento, y fui bien recibido.

Mi patrona me condujo por una escalera á un cuarto, que estaba encima del eje de la máquina hidráulica. Mi pequeña ventana, guarnecida de yedra y de cobetas de campanitas de iris, daba al arrollo que corría estrecho y solitario entre dos espesas filas de sauces, alisos, saesfrás, tamarindos y álamos de la Carolina. La rueda espumosa giraba bajo la sombra de aquellos árboles, haciendo caer largas cintas de agua. Las penceas y truchas saltaban entre la agitada espuma; de una á otra orilla volaban aguzanieves, y variedad de alciones agitaban por encima de la corriente sus alas azules.

¿No habria estado allí dulcemente alojado con la *melancólica*, suponiendo que fuese fiel, sentado á sus piés y con la cabeza recostada sobre sus rodillas, escuchando el ruido de la cascada, las vueltas de la rueda, el traqueteo del molino, el sonido del arnero y los acompasados golpes de la citola, y respirando la frescura del agua y el olor de las cebadas?

Llegó la noche, y bajé al cuarto de la labranza, que estaba iluminado solamente por pajas de maiz y cascaras de judías, que hacían llama en el hogar. Las escopetas del amo, colgadas horizontalmente al portarmanas, brillaban al reflejo de la lumbre. Sentéme en un escabel á un rincón de la chimenea, junto á una ardilla que saltaba alternativamente desde el lomo de un gran perro á la meseta de un torno. Un gatito se posesionó de mi rodilla para contemplar aquel juego. La molinera puso al fuego una enorme marmita, cuyo negro fondo abrazó al punto la llama como una corona de oro dentada. Mientras que las patatas destinadas para mi comida hervían á mi cuidado, me entretuve en leer á la luz de la llama y bajando la cabeza un periódico inglés, que habia caído al suelo entre mis piernas, y encontré escrito en gruesos caracteres lo siguiente: *Flight of the King* (Fuga del rey). Era aquello el relato de la evasión de Luis XVI y de la prision del infortunado monarca en Varennes. El periódico referia tambien los progresos de la emigración y la reunion de los oficiales del ejército bajo la bandera de los príncipes franceses.

Efectuóse en mi espíritu una súbita conversión: Reinaldo vió su debilidad en el espejo del honor en los jardines de Armida; y sin ser yo el héroe del Taso, el mismo espejo me ofreció mi imagen en medio de un vergel americano. El ruido de las armas, el tumulto del mundo resonaron en mi oído bajo el techo de un molino oculto en bosques ignorados. Interrumpí de repente mi camino, y me dije: «Vuelve á Francia.»

De este modo lo que creí un deber trastornó mis primeros designios, y acarreó la primera de esas peripeccias con que ha sido marcado el curso de mi vida. Los Borbones no necesitaban que un segundón de Bretaña volviese de ultramar para ofrecerles su oscura adhesión, así como tampoco tuvieron necesidad de sus servicios cuando salió aquel de su oscuridad. Si continuando mi viaje hubiese encendido mi pipa con el periódico que hizo cambiar mi vida, nadie habria echado de ver mi ausencia. Mi existencia era entonces tan ignorada y pesaba tan poco como el humo de mi pipa. Una simple disputa entre mi conciencia y yo me arrojó en el teatro del mundo. Habria podido callar todo que hubiese querido, puesto que yo fui el único testigo del debate; pero precisamente de todos los testigos es aquel á cuyos ojos temeria mas avergonzarme.

¿Por qué las soledades de Erié y Ontario se presen-

tan hoy á mi imaginación con un encanto que no tiene en mi memoria el brillante espectáculo del Bósforo? Porque en la época de mi viaje á los Estados-Unidos estaba lleno de ilusiones; las revueltas de la Francia comenzaban al mismo tiempo que mi existencia, nada estaba concluido en mí, ni en mi país. Estos días me son dulces, porque me recuerdan la inocencia de los sentimientos inspirados por la familia y los placeres de la juventud.

Quince años mas tarde, despues de mi viaje á Levante, la república, llena de ruinas y anegada de lágrimas, se habia echado como un torrente del diluvio en brazos del despotismo. Yo no me alimentaba de quimeras: mis recuerdos nacidos en la sociedad y las pasiones, habian perdido su candor. Defraudando en mis dos peregrinaciones á Occidente y á Oriente, no habia descubierto el paso al polo; no habia robado la gloria á las orillas del Niagara; donde habia ido á buscarla, y la habia dejado sentada en las ruinas de Atenas.

Saliendo para viajar por América, regresando para ser soldado en Europa, no llegué al término de ninguna de las dos carreras: un mal genio me arrancó el bastón y la espada, y me puso la pluma en la mano. Hay otros quince años que estando en Esparta, y contemplando el cielo durante la noche, me acordaba de los países que habian visto mi sueño pacífico ó turbulento: entre los bosques de Alemania, en los matorrales de Inglaterra, en los campos de Italia, en medio del mar, en las selvas del Canadá, habia yo saludado las mismas estrellas que veía brillar sobre la patria de Elena y de Menelao. Pero, ¿qué me servia quejarme á los astros, inmóviles testigos de mi destino vagabundo? No se cansará un día su mirada en perseguirme; ahora, indiferente á mi suerte, no les pediré que me vuelvan lo que el viajero deja de su vida en los lugares por donde pasa.

Si volviese á ver ahora los Estados Unidos, ya no los conocería: donde dejé florestas, encontraría campos cultivados; donde yo he tenido que abrirme un sendero, viajaría por caminos reales; en los Natchez, en lugar de la choza de Celuta, se levanta una ciudad de cinco mil habitantes; Chactas podría ser hoy diputado en el congreso. He recibido últimamente un folleto impreso en los *Cherokis*, que me ha sido dirigido en interés de estos salvajes, como *al defensor de la libertad de imprenta*.

Hay entre los muscogulgos, los siminoles, los chickasas, una ciudad de Atenas, otra de Maraton, otra de Cartago, otra de Memphis, otra de Esparta, otra de Florencia; se halla un condado de la Colombia, y un condado de Marengo; la gloria de todos los países ha colocado un nombre en estos países, donde yo he hallado al P. Aubri y la oscura Atala. El Kentucky muestra un Versailles; un territorio llamado Borbon tiene por capital un París. Todos los desterrados, todos los oprimidos que se han retirado á América, han llevado allí un recuerdo de su patria.

.....Falsi Simoentis ad undam
Libatat cineri Andromache

Los Estados-Unidos, ofrecen en su seno, bajo la protección de la libertad, una imagen y un recuerdo de la mayor parte de los lugares célebres de la antigüedad y de la moderna Europa; en su jardín de la campaña de Roma, Adriano habia hecho repetir los monumentos de su imperio.

Treinta y tres grandes caminos parten de Washington, como en otros tiempos partían las vías romanas del Capitolio, y llegan ramificándose á la circunferencia de los Estados-Unidos, trazando un círculo de veinte y cinco mil setecientos cuarenta y siete millas. Hay postas montadas en un gran número de estos caminos. Se toma la diligencia para el Ohio ó el Niagara, como se tomaba en mi tiempo un guía ó un inter-

prete indio. Estos medios de transporte son dobles; lagos y rios existen por todas partes, unidos por canales; se puede viajar á lo largo de los caminos de tierra en chalupas de remos y velas, ó en barcos de vapor. El combustible es inagotable, porque hay inmensos bosques cubiertos de minas de carbon á flor de tierra.

La poblacion de los Estados-Unidos se ha aumentado de diez en diez años, desde 1790 á 1820, en la proporcion de treinta y cinco individuos por ciento. Se presume que en 1830 será de doce millones ochocientas setenta y cinco mil almas. Si continuase doblando cada veinte y cinco años, seria en 1855 de veinte y cinco millones setecientas cincuenta mil almas, y en 1880 pasaria de cincuenta millones.

Esta savia humana hace florecer por todas partes el desierto. Los lagos del Canadá, antes sin velas, se parecen hoy á diques, donde se cruzan fragatas, corbetas, góndolas, con piraguas, canoas, navíos, chalupas, en las aguas de Constantinopla.

El Mississippi, el Missouri, el Ohio, no corren ya por la soledad; mas de trescientos barcos de vapor los remontan y vivifican las costas.

Esta inmensa navegacion interior, que bastaria por sí sola para la prosperidad de los Estados-Unidos, no disminuye sus expediciones lejanas. Sus buques corren todos los mares; se entregan á toda especie de empresas; pasean el pabellon estrellado á lo largo de estas playas de la aurora, que no han conocido mas que la esclavitud.

Para completar este cuadro sorprendente, es preciso representarse ciudades como Boston, Nueva-York, Filadelfia, Baltimore, Charlestown, Savannah, la Nueva-Orleans, alumbradas por la noche, llenas de caballos y carruajes, adornadas de cafés, museos, bibliotecas, salones de baile, teatros, ofreciendo todos los placeres de lujo.

Sin embargo, es preciso no buscar en los Estados-Unidos lo que distingue al hombre de los otros seres de la creacion, lo que es su certificado de inmortalidad y el ornamento de su vida; las letras son desconocidas en la nueva república, aunque sean llamadas por una multitud de establecimientos. El americano ha reemplazado las operaciones intelectuales con las operaciones positivas; no imputeis á inferioridad su mediocridad en las artes, porque no ha dirigido su atencion hácia este lado. Arrojado por diferentes causas á un suelo desierto, la agricultura y el comercio han sido el objeto de sus cuidados; antes de pensar, se necesita vivir; antes de plantar árboles, es menester cortarlos, á fin de labrar. Los colonos primitivos, lleno el espíritu de controversias religiosas, llevaban, es cierto, la pasion de la disputa hasta el seno de las florestas; pero era preciso que marcharan al principio á la conquista del desierto con el hacha á la espalda, no teniendo por pupitre en el intervalo de sus labores mas que el olmo que labraban. Los americanos no han recorrido los grados de la edad de los pueblos; han dejado en Europa su infancia y su juventud; las palabras sencillas de la cuna les han sido desconocidas; no han gozado de las dulzuras del hogar doméstico sino al través del sentimiento de una patria que jamás habían visto, y de la que lloraban su eterna ausencia y el encanto que se les habia referido.

No hay en el nuevo continente ni literatura clásica, ni romántica, ni india: clásica, porque los americanos no tienen modelos; romántica, porque no tienen edad media; india, porque desprecian á los salvajes, y tienen horror á los bosques como á una prision que les era destinada. Así, no es la literatura aparte, la literatura propiamente dicha, la que se halla en América; es la literatura aplicada, sirviendo á diversos usos de la sociedad; es la literatura de los obreros, de los negociantes, de los marinos y labradores. Los americanos están adelantados en la mecánica y las ciencias, porque

las ciencias tienen un lado material; Franklin y Fulton se han apoderado del rayo y del vapor en provecho de los hombres. Correspondia á la América dotar al mundo con un descubrimiento que hiciera fácil descubrir al que lo emprendiera todos los continentes.

La poesia y la imaginacion, patrimonio de un reducido número de desocupados, son miradas en los Estados-Unidos como puerilidades de la primera y última edad de su vida; los americanos no han tenido infancia; no tienen todavía ancianidad.

De aquí resulta que los hombres, dedicados á estudios serios, han debido pertenecer necesariamente á los negocios de su país para conocerlos, y han debido ser actores de su revolucion. Pero una cosa triste es de notar: la degeneracion pronta del talento, desde los primeros hombres de las revueltas americanas, hasta los hombres de estos últimos tiempos; y sin embargo, estos hombres se tocan. Los antiguos presidentes de la república tenían un carácter religioso, simple, tranquilo, elevado, de que no se halla un rastro en nuestras escenas sangrientas de la república y del imperio. La soledad de que los americanos se hallaban rodeados ha influido sobre su naturaleza; han cumplido en silencio su emancipacion.

El discurso de despedida de Washington al pueblo de los Estados-Unidos podria haber sido pronunciado por los personajes mas graves de la antigüedad:

«Los actos públicos, dice, prueban hasta qué punto me han guiado los principios que he recordado en el cumplimiento de los deberes de mi cargo. Mi conciencia me dice al menos que los he seguido. Aunque repasando los actos de mi administracion no tengo conocimiento de ninguna falta de intencion, tengo un sentimiento demasiado profundo de mis defectos para no conocer que probablemente habré cometido muchas faltas. Cualesquiera que sean, yo suplico al Todo-poderoso que repare los males que puedan acarrear.»

Yo también lleearé conmigo la esperanza de que mi país no dejará de considerarlas con indulgencia, y que despues de cuarenta y cinco años de mi vida, dedicados al servicio de mi patria con celo y rectitud, las faltas de un mérito insuficiente caerán en olvido, como caeré yo mismo muy pronto en la mansion del reposo.»

Jefferson, en su habitacion de Monticello, escribió despues de la muerte de uno de sus dos hijos:

«La pérdida que yo he sufrido es verdaderamente grande. Otros pueden perder lo que tienen en abundancia; pero yo de lo estrictamente necesario tengo que llorar la mitad. La declinacion de mis dias pende solo del débil hilo de una vida humana. ¡Tal vez estoy destinado á ver romper este último lazo del afecto de un padre!»

La filosofia, rara vez tierna, lo es aquí en alto grado. Y no es el dolor ocioso de un hombre que no se ha mezclado en nada; Jefferson murió el 4 de julio de 1826, á los ochenta y cuatro años de edad, y á los cincuenta y cuatro de la independencia de su país. Sus restos descansan bajo una losa, no teniendo mas epitafio que estas palabras: «Tomás Jefferson, autor de la declaracion de independencia.»

Pericles y Demóstenes habían pronunciado la oracion fúnebre de los jóvenes griegos muertos por un pueblo que desapareció detras de ellos; Brackenrige, en 1817, celebraba la muerte de los jóvenes americanos, de cuya sangre habia nacido un pueblo.

Existe una galeria nacional de los retratos de los americanos distinguidos, en cuatro volúmenes en octavo, y lo mas singular es una biografia de la vida de cien indios gefes principales. Logan, gefe de la Virginia, pronunció ante lord Dunmore estas palabras: «En la última primavera, sin ninguna provocacion, el coronel Crasp degolló todos los parentes de Logan; ya no corre una sola gota de mi sangre por las venas de

ninguna criatura viva. Esto es que lo me ha escitado á la venganza. La he buscado, he muerto mucha gente. ¡Hay ahora quien venga á llorar la muerte de Logan? Nadie.»

Sin amar la naturaleza, los americanos se han aplicado al estudio de la historia natural. Townsend, saliendo de Filadelfia, ha recorrido á pié las regiones que separan el Atlántico del Océano Pacífico, consignando en su diario sus numerosas observaciones. Tomás Suy, viajero de las Floridas y las Montañas de Roca, ha dado una obra sobre la etimologia americana. Wilson, tejedor convertido en autor, tiene descripciones bastante finas.

Llegando á la literatura, propiamente dicha, aunque sea poca cosa, hay algunos escritores que citar entre los poetas y romanceros. El hijo de un cuáquero, Brown, es el autor de *Wieland*, y *Wieland* es el modelo y la fuente de los romances de la nueva escuela. En oposicion á sus compatriotas, «quiero mas, decia Brown, errar en los bosques que segar trigo.» Wieland, el héroe del romance, es un puritano á quien el cielo ha mandado matar á su mujer: «Te he traído aquí, le dice, para cumplir las órdenes de Dios; debes morir por mi mano.—Y yo cogí sus dos brazos. Ella dió muchos gritos desgarradores y quiso saltarse:—Wieland, ¿no soy yo tu mujer? ¿Y tú quieres matarme, matarme á mí? ¡Oh! ¡no! ¡gracia! ¡perdon!—Mientras su voz pudo abrirse paso, ella gritó:—¡Perdon, socorro!» Wieland estrangula á su mujer, y siente delicias inexplicables junto al cadáver. Aquí está sobrepujado el horror de nuestras invenciones modernas. Brown se habia formado en la lectura de Caleb Williams, é imitaba en Wieland una escena del *Otelo*.

Ahora los novelistas americanos, Cooper, Washington-Irving, se ven obligados á refugiarse en Europa para encontrar crónicas y un público. La lengua de los grandes escritores de Inglaterra se ha *criollizado*, *provincializado*, *barbarizado*, sin haber ganado nada en energia, en medio de la naturaleza virgen; se ha visto obligada á formar catálogos de expresiones americanas.

En cuanto á los poetas americanos, su lenguaje es agradable; pero se elevan poco sobre el orden comun. Sin embargo, la *Oda á la brisa de la tarde*, el *Nacimiento del sol en la montaña*, el *Torrente*, y algunas otras poesías, merecen ser leídas. Halleck ha cantado á Bolzaris espirante, y Jorge Hill ha errado entre las ruinas de Grecia: «¡Oh Atenas! dice: ¿eres tú, reina solitaria, reina destronada!... ¡Partenon, rey de los templos; tú has visto los monumentos, tus contemporáneos, dejar al tiempo robar sus sacerdotes y sus dioses!»

Me gusta á mí, viajero en las costas de la Hellade y la Atlántide, oír la voz, independiente de una tierra desconocida á la antigüedad, gemir sobre la libertad perdida del viejo-mundo.

PELIGROS PARA LOS ESTADOS-UNIDOS.

¿Pero conservará la América su forma de gobierno? ¿No se dividirán los Estados? ¿No ha sostenido ya un diputado de la Virginia la tesis de la libertad antigua con esclavos, contra un diputado de Massachusetts, defendiendo la libertad moderna sin esclavos, como la ha formado el cristianismo?

¿Los Estados del Norte y del Mediodía, no tienen espíritu é intereses opuestos? ¿Los Estados del Oeste, demasiado distantes del Atlántico, no querrán tener un régimen aparte? Por una parte, ¿el lazo federal es bastante fuerte que pueda mantener la union y obligar á cada Estado á que lo estreche? Por otra, si se aumenta el poder de la presidencia, ¿no vendrá el despotismo con sus guardias y su dictadura?

El aislamiento de los Estados-Unidos les ha permi-

tido nacer y engrandecerse; es dudoso que hubieran podido vivir y crecer en Europa. La suiza federal subsiste en medio de nosotros. ¿Por qué? Porque es pequeña, pobre, acantonada alrededor de montañas, semillero de soldados para los reyes, y punto de reunion para los viajeros.

Separada del antiguo mundo, la poblacion de los Estados-Unidos habita aun la soledad, sus desiertos han sido su libertad; pero ya se alteran las condiciones de su existencia.

La existencia de las democracias de Méjico, de la Colombia, del Perú, de Chile, de Buenos-Aires, revueltas como están, son un peligro. Cuando los Estados-Unidos no tenían cerca mas que las colonias de un reino trasatlántico, ninguna guerra seria era probable. ¿Ahora no son de temer rivalidades? Que de una y otra parte se apele á las armas; que el espíritu militar se apodere de los hijos de Washington, un gran capitán puede subir al trono: la gloria ama las coronas.

He dicho que los Estados del Norte, del Mediodía y del Oeste, estaban divididos por intereses; todos lo saben; rompiendo estos Estados la union, ¿se los reduciria por las armas? Y entónces, ¿qué germen de enemistades derramado en el cuerpo social! Entónces, ¿qué discordias no estallarían entre estos Estados emancipados! Estas repúblicas de ultramar, desunidas, no formarían mas que unidades débiles, de ningun peso en la balanza social, ó serían sucesivamente subyugadas por alguna de ellas. Dejo aparte el grave asunto de las alianzas é intervenciones extranjeras. El Kentucky, pueblo de una raza de hombres mas rústica, mas atrevida y mas militar, parecería el destinado para ser el estado conquistador. En este estado, que devoraría á los otros, el poder de uno solo no tardaria en levantarse sobre el poder de todos.

He hablado del peligro de la guerra; debo recordar los peligros de una larga paz. Los Estados-Unidos, desde su emancipacion, han disfrutado, salvo algunos meses, de la tranquilidad mas profunda: mientras que cien batallas trastornan la Europa, ellos cultivan los campos en seguridad. De ahí un desbordamiento de poblacion y de riquezas, con todos los inconvenientes de la superabundancia de las riquezas y de las poblaciones.

Si sobreviniesen hostilidades en un pueblo antibelicoso, ¿sabrian resistir? ¿Las fortunas y las costumbres consentirían en hacer sacrificios? ¿Cómo renunciar á los usos de comodidades, al bienestar indolente de la vida? La China y la India, dormidas en su muselina, han sufrido constantemente la dominacion extranjera. Lo que conviene á la complexion de una sociedad libre, es un estado de paz moderado por la guerra, y un estado de guerra templado por la paz. Los americanos han llevado demasiado tiempo la corona de olivo; el árbol que la da no es natural de sus playas.

El espíritu mercantil comienza á invadirlos; el interés se hace entre ellos el vicio nacional. Ya el juego de los diferentes bancos se embaraza, y amenaza con una bancarota la fortuna comun. Mientras la libertad produce oro, una república industrial hace prodigios; pero cuando el oro está adquirido ó agotado, pierde el amor de su independencia, no fundado en un sentimiento moral, sino en la sed de la ganancia y la pasion de la industria.

Ademas, es difícil crear una patria entre Estados que no tienen ninguna comunidad de religion y de intereses, que, teniendo diverso origen en diversa época, viven en un suelo diferente y bajo distinto clima. ¿Qué relacion hay entre un francés de la Luisiana, un español de las Floridas, un alemán de Nueva-Yorck, un inglés de la Nueva-Inglaterra, de la Virginia, de la Carolina, de la Georgia, todos re-

putados americanos? El uno ligero y duelista; otro católico, perezoso y soberbio; aquel luterano, labrador y sin esclavos; otro anglicano y labrador con negros; otro puritano y negociante; ¿cuántos siglos serían necesarios para dar homogeneidad á estos elementos?

Una aristocracia bursátil está dispuesta á aparecer con el amor de las distinciones y la pasión de los títulos. Se cree que reina un nivel general en los Estados Unidos; y es un completo error. Hay sociedades que se desdenan y no se ven entre sí; hay salones donde la gravedad enfática sobrepuja á la de un príncipe alemán de diez y seis cuarteles. Estos nobles plebeyos aspiran á la casta, á despecho del progreso de las luces, que los hace iguales y libres. Algunos no hablan mas que de sus abuelos, orgullosos barones, aparentemente bastardos, y compañeros de Guillermo el Bastardo. Ostentan sus blasones de caballería adornados de serpientes, lagartos y papagayos del Nuevo-Mundo. Un segundón de Gascuña, abordando con la capa y el paraguas á la costa republicana, si tiene cuidado de llamarse *marqués*, es considerado en los buques de vapor.

La enorme desigualdad de fortuna amenaza aun mas seriamente de muerte el espíritu de igualdad. Tal americano posee uno ó dos millones de renta; así, los Yanckees de la sociedad no pueden ya vivir como Franklin: el verdadero *caballero*, disgustado de su nuevo país, viene á Europa á buscar el viejo; se le encuentra en las hosterías, dando, como los ingleses, con la extravagancia ó el *spleen*, vueltas por Italia. Estos bagabundos de la Carolina ó de la Virginia compran rainas de abadías en Francia, y plantan en Melun jardines ingleses con árboles americanos. Nápoles envía á Nueva-York sus cantantes y sus perfumistas; París sus modas y sus farsantes; Londres sus lacayos y sus pugilistas; placeres exóticos, que no hacen mas alegre la Union. Se divierten arrojándose á la catarata del Niagara, en medio de los aplausos de cincuenta mil plantadores semi-salvajes, á quien la muerte puede apenas hacer reír.

Pero lo mas extraordinario es que, al mismo tiempo que se desborda la desigualdad de las fortunas y comienza una aristocracia, el grande impulso ecuatoriano obliga á los poseedores industriales y territoriales á ocultar su lujo, á disimular sus riquezas, de miedo de ser asesinados por sus vecinos. No se reconoce el poder ejecutivo; se destituyen caprichosamente las autoridades locales elegidas, y se les sustituye con nuevas. Esto no altera el orden; la democracia práctica esta en observancia; y causan risa en teoría las leyes dadas por la misma democracia. El espíritu de familia apenas existe; en seguida que el niño está en estado de trabajar, necesita, como el pájaro, volar con sus propias alas. De estas generaciones emancipadas en una horfandad precoz, y de las emigraciones que llegan de la Europa, se forman compañías nómadas, que descuajan los terrenos, abren canales, y llevan su industria por todas partes, sin adherirse al suelo; comienzan casas en el desierto, en las cuales el propietario vivirá algunos dias.

Un egoísmo duro y frío reina en las ciudades; pesos, billetes de banco, plata, alza y baja de los fondos: esta es toda la conversacion: parece que se está en la bolsa ó en el escritorio de una casa de giro. Los diarios, de una dimension inmensa, están llenos de exposiciones sobre negocios, ó de cuentos groseros. ¿Los americanos sufrirían la ley de un clima donde la naturaleza vegetal parece haberse aprovechado á costa de la naturaleza viva, ley combatida por inteligencias distinguidas, pero que la refutación no ha puesto todavía fuera de exámen? Podría discutirse si el americano no se ha ejercitado demasiado pronto en la libertad filosófica, como el ruso en el despotismo civilizado.

En suma, los Estados Unidos dan la idea de una colonia, y no de una madre patria; no tienen pasado; las costumbres son hechas por las leyes. Estos ciudadanos del Nuevo-Mundo han tomado rango entre las naciones en el momento que las ideas políticas entraban en una fase ascendente: esto explica por qué se transforman con una rapidez extraordinaria. La sociedad permanente parece impracticable entre ellos; por una parte, por el extremo fastidio de los individuos; por la otra, por la imposibilidad de fijarse, y por la necesidad de movimientos que los domina; porque en ninguna parte se está bien donde los penates son errantes. Colocada en el camino de los océanos, á la cabeza de las opiniones progresivas, tan nuevas como su país, la América parece haber recibido de Colon mas bien la misión de descubrir otros mundos, que de crearlos.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

VUELTA Á EUROPA.—NAUFRAGIO.

De regreso del desierto á Filadelfia, como ya he dicho, y habiendo escrito en el camino lo que acabo de referir, como el viejo La-Fontaine, no encontré las letras de cambio que esperaba, y este fue el principio de la escasez pecuniaria que me ha rodeado el resto de mi vida. La fortuna y yo nos hemos tenido antipatía desde que nos hemos visto. Según Herodoto, ciertas hormigas de la India reúnen montones de oro; según Atheneo, el sol habia dado á Hércules un bajel de oro para que abordarse á la isla de Erirea, retiro de las Hespérides; aunque hormiga, no he tenido el honor de pertenecer á la gran familia india; y navegante, no he atravesado el agua mas que sobre un buque de madera. Un bastimento de esta especie me trajo de América á Europa. El capitán me ajustó el pasaje á crédito. El 10 de diciembre de 1791 me embarqué con muchos compatriotas que regresaban, como yo, á Francia. El buque se dirigía al Havre.

Un golpe de viento nos llevó en diez y siete dias á la otra orilla del Atlántico. Con mástiles y cuerdas, apenas pudimos ponernos á la capa. El sol no se vió ni una sola vez. Atravesé el Océano en medio de las sombras; jamás me habia parecido tan triste. Yo mismo me habia vuelto mas triste, engañado en el primer paso de mi vida. «No se edifican palacios en el mar, dice el poeta persa Ferid-Eddin.» Sentí que se oprimía el corazón como si presagiara un infortunio. Paseando mis miradas por las olas, les preguntaba mi destino, ó escribía mas incomodado por su movimiento, que ocupado de su amenaza.

Lejos de calmar, la tempestad arreciaba conforme nos acercábamos á Europa, pero con soplo igual; y resultaba de la uniformidad de su cólera una especie de bonanza furiosa en el cielo oscuro y el mar aplomado. No pudiendo tomar altura, el capitán estaba inquieto: subía á las cuerdas, y miraba el horizonte con su anteojo. Un vigía estaba colocado en el bauprés, y otro en el palo mayor. La ola se aminoraba, y el color del agua cambiaba: signo de que nos acercábamos á la costa; pero, ¿á cuál? los marineros bretones tienen este proverbio: «El que ve á Bella-Isle, ve su isla; el que ve á Groi, ve su alegría; el que ve á Onessant, ve su sangre.»

Yo habia pasado dos noches paseando sobre cubierta, al embate de las olas en las tinieblas, con el ruido del viento en las cuerdas, y bajo los saltos del mar que cubria y descubria el puente: todo á nuestro alrededor era una revolución de las olas. Fatigado por el choque y los vaivenes, me fui á acostar al principio de la tercera noche. El tiempo era horrible: bien

pronto oí desde mi vacilante hamaca correr de un punto del puente al otro, y caer paquetes de cuerdas; sentí el movimiento que se nota cuando se vira de bordo. La cubierta de la escala del entrepuente se abre, una voz asustada llama al capitán; en medio de la noche, esta voz tenia algo de formidable. Escucho, y me parece oír á los marineros discutir sobre la situación de una costa. Salto de mi hamaca; una ola envuelve el castillo de popa, inunda la cámara del capitán, ruedan mezclados cofres, mesas, camas, muebles y armas; yo gano la cubierta medio ahogado.

Al sacar la cabeza por el entrepuente, me vi sorprendido por un espectáculo sublime. El buque habia intentado virar de bordo; pero no pudiendo conseguirlo, habia barado. A la luz de la luna que rasgaba las nubes para volver á ocultarse en ellas, se descubrian en los costados del barco, á través de una bruma amarilla, costas erizadas de rocas. El mar levantaba sus olas como montañas en el canal en que estábamos engolfados; ya se desvanecen en espumas; ya no ofrecen mas que una superficie vídriosa, cubierta de manchas negras, cobrizas, verdosas segun el color de las hondonadas sobre que mugen. Durante dos ó tres minutos se confunde el ruido del abismo con el de el viento; un instante despues se distingue el silbido del agua en las rocas, la voz de la ola lejana; de la concavidad del buque, salía un rumor que hacia palpitár el corazón de los mas intrépidos marineros. La proa del navío tocaba la masa espesa de las olas con un roce horroroso, y por el timon corrían torrentes de agua como si fueran por una esclusa. En medio de este trastorno, nada era tan alarmante como cierto murmullo sordo, parecido al de un vaso que se llena.

Alumbrados por un farol y guarecidos bajo plomos, teníamos desplegados cartas, mapas, derroteros y diarios de viajes. Una ráfaga habia apagado el fatal de la brújula. Todos hablaban con diversidad de la tierra. Habíamos entrado en el canal de la Mancha sin percibirnos de ello; el buque se deslizaba entre la isla de Cuernesey y la de Anrigoí. El naufragio pareció inevitable, y los pasajeros abrazaron lo mas precioso á fin de salvarlo.

Habia entre la tripulación marineros franceses; uno de entre ellos, á falta de capellan, entonó este cántico á *Notre-Dame-de-Bon-Secours*, primera enseñanza de mi infancia; yo lo repetí á la vista de las costas de la Bretaña, casi bajo la mirada de mi madre. Los marineros americanos protestantes se unían de corazón á los cánticos de sus camaradas franceses católicos: el peligro enseña á los hombres su debilidad, y les hace unir sus oraciones. Pasajeros y tripulación se hallaban sobre el puente, quién ocupado en las maniobras, quién en el bordaje, quién en el cabestante, quién con las áncoras, para no ser envuelto por las olas. El capitán gritaba: «Un hacha, un hacha para cortar los mástiles!» El timon, abandonado, daba vueltas con un ruido ronco.

Una tentativa quedaba que hacer; la sonda no marcaba mas que cuatro brazas sobre un banco de arena que atravesaba el canal: era posible que la ola nos hiciese franquear el banco y nos llevase á un agua profunda; pero ¿quién se atrevería á tomar el timon y encargarse de la salvacion comun? Con un golpe falso de barra estábamos perdidos.

Se halló uno de estos hombres que nacen con los sucesos y que son los hijos espontáneos del peligro: un marinero de Nueva-York se apoderó de la plaza desierta del piloto. Aun me parece que lo veo en camisa, con el pantalon de lienzo, los pies descalzos, los cabellos flotantes y mojados, teniendo el timon con sus poderosas manos, mientras que con la cabeza vuelta miraba en la popa la ola que debía salvarnos ó perdernos. Una ola llega, que coge toda la anchura del canal, y se eleva sin estrellarse, como un mar que

invade otro mar; grandes pájaros blancos, de vuelo tranquilo, la preceden, como los pájaros de la muerte. Hubo un momento de silencio profundo; todos los semblantes palidieron. La ola llega; en el momento de atacarnos, el marinero da el golpe de barra; el buque, despues de caer sobre el costado, presenta la popa, y la ola que debiera sumergirnos, nos levanta. Se echa la sonda, y hace veinte y siete brazas de agua. Un grito llega hasta él mezclado con el de *viva el rey!* No fue oído de Dios para Luis XVI; solo nos aprovechó á nosotros.

Separados de dos islas, no nos vimos fuera de peligro, no podíamos elevarnos sobre la costa de Granville. En fin, la marea baja nos arrastró, y doblamos el cabo de la Hougue. Ni sufrí alteracion en este semi-naufragio, ni alegría al verme salvo. Vale mas abandonar la vida de jóven que ser echado de ella por viejo. Al dia siguiente entramos en el Havre. Toda la poblacion habia acudido á vernos. Nuestros mástiles de gavia estaban rotos, las chalupas perdidas, el castillo de popa arrasado, y hacíamos agua á cada cabezada. El 2 de enero de 1792 pisaba de nuevo el suelo natal, que aun debía huir bajo mis pasos. Traía conmigo, no dos esquimales de las regiones polares, sino dos salvajes de una especie desconocida: Chactas y Atala.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

Revisado en diciembre de 1846.

VOY Á BUSCAR Á MI MADRE EN SAINT-MALO.—PROGRESO DE LA REVOLUCION.—MI CASAMIENTO.

Escribí á mi hermano á París el detalle de mi travesía, explicándole el motivo de mi regreso, rogándole que me prestara la suma necesaria para pagar mi pasaje. Mi hermano me respondió que enviaba mi carta á mi madre. Mad. de Chateaubriand no me hizo esperar; me puse en estado de poder pagar y dejar el Havre. Me decia que tenia consigo á Lucila, con mi tío de Bedée y mi familia. Estas noticias me decidieron á dirigirme á Saint-Malo, donde podria consultar á mi tío sobre el proyecto de mi próxima emigracion.

Las revoluciones, como los rios, engruesan en su curso; yo hallé la que habia dejado en Francia, enormemente crecida y desbordada; estaba con Mirabeau bajo la *Constituyente*, y la hallaba con Danton bajo la *Legislativa*. Acababa de ser conocido en París el tratado de Pilnitz de 27 de agosto de 1791. El 14 de diciembre del mismo año, cuando yo me hallaba en medio de las tempestades, el rey anunció que habia escrito á los príncipes del cuerpo Germánico (particularmente al elector de Tréveris) sobre los armamentos de Alemania. Los hermanos de Luis XVI, el príncipe de Condé, Mr. de Calonne, el vizconde de Mirabeau y Mr. de la Queille, fueron en seguida acusados. Desde el 9 de noviembre se habia dado un decreto contra los emigrados; en estas filas de proscriptos fui á colocarme; otros hubieran quizá retrocedido; pero la razon del mas fuerte me hace siempre pasar al lado del mas débil; el orgullo de la victoria me es insoportable.

Dirigiéndome del Havre á Saint-Malo, tuve lugar de observar las divisiones y las desgracias de la Francia; los palacios, quemados ó abandonados; los propietarios habian partido; las mujeres vivían refugiadas en las ciudades. Los pueblecitos y las aldeas gemían bajo la tiranía de los clubs afiliados al club central de los Franciscanos, reunidos despues con los Jacobinos. Su antagonista, la *sociedad monárquica*, ya no existía; la innoble denominacion de *descamisado* se habia hecho popular; ya no se llamaba al rey mas que *Monsieur Veto*, ó *Mons. Capeto*.

Fui recibido tiernamente por mi madre y mi fami-

lia, que deploraban sin embargo la importunidad de mi vuelta. Mi tío, el conde de Bedée, se disponía á pasar á Jersey con su mujer y sus hijos. Se trataba de hallar dinero para reunirme á los príncipes. Mi viaje á América habia abierto una brecha á mi fortuna; mis propiedades estaban casi arruinadas en mi herencia de segundón por la suresion de los derechos feudales; los beneficios simples que debía recibir en virtud de mi afiliación en el orden de Malta habian caído con los demás bienes del clero en manos de la nación. Este concurso de circunstancias decidió del acto mas grave de mi vida; me casaron á fin de procurarme medios para hacerme matar, sosteniendo una causa que no amaba.

Vivia retirado en Saint-Malo Mr. de Lavigne, caballero de San Luis, antiguo comandante de Lorient. El conde de Artois se habia alojado en su casa en esta última ciudad cuando visitó la Bretaña; encantado de su huésped, el príncipe le prometió concederle cuanto pidiera en lo sucesivo.

Mr. de Lavigne tuvo dos hijos; uno de ellos se casó con la señorita de la Placeliere. Dos hijas de este matrimonio quedaron de corta edad, huérfanas de madre y padre. La mayor se casó con el conde de Plessis-Parcau capitán de navio, hijo y nieto de almirantes, hoy contra-almirante él mismo, cordon encarnado y comandante de los alumnos de marina en Brest; la segunda, que vivía con su abuelo, tenía diez y siete años, cuando á mi regreso de América llegué á Saint-Malo. Era blanca, delicada, pequeña y muy bonita; dejaba caer, como un niño, sus hermosos cabellos, naturalmente rizados. Se calculaba su fortuna en quinientos á seiscientos mil francos.

Mis hermanas se empeñaron en hacerme casar con esta señorita, muy amiga de Lucila. El negocio se trató á mi pesar. Apenas habia visto tres ó cuatro veces á la señorita de Lavigne; yo la reconocía de lejos sobre el *surco* en su piel rosa, su vestido blanco y su blonda cabellera flotante por el viento, cuando sobre la playa me entregaba á las caricias de mi antigua querida, la mar. Yo no me notaba ninguna cualidad de marido. Todas mis ilusiones estaban vivas; nada estaba agotado en mí; la energía misma de mi existencia se habia doblado en mis correrías. La musa me atormentaba. Lucila amaba á la señorita de Lavigne, y viendo en este matrimonio la independencia de mi fortuna: «¡Hacedlo, pues! dije. En mí el hombre público es incontrastable; el hombre privado está á la merced del que quiere apoderarse de él; y por evitar una hora de desazon, me haré esclavo durante un siglo.

El consentimiento del abuelo, del tío paterno y de los principales parientes se obtuvo fácilmente; quedaba que conquistar un tío materno, Mr. Vauvert, gran demócrata que se opuso al matrimonio de su sobrina con un aristócrata como yo. Se creyó poder pasar adelante; pero mi piadosa madre exigió que el matrimonio religioso fuese hecho por un sacerdote *no juramentado*, lo que no podia ser sino en secreto. Mr. Vauvert lo supo, y desencadenó contra nosotros la magistratura, bajo pretexto de raptó, de violación de la ley, y arguyendo con la pretendida infancia en que habia caído su abuelo, Mr. de Lavigne. La señorita de Lavigne, ya señora de Chateaubriand, sin que yo hubiese tenido comunicacion con ella, fue llevada en nombre de la justicia á un convento de Saint-Malo, por decreto de los tribunales.

No habia ni raptó, ni violación de la ley, ni aventura, ni amor en todo esto; este matrimonio no tenía mas que el mal lado del romance: la verdad. La causa fue defendida, y el tribunal juzgó la union válida civilmente. El cura constitucional, con acuerdo de las familias, generosamente pagado, no reclamó contra la primera bendición nupcial, y Mad. de Chateaubriand salió del convento con Lucila, que se habia encerrado con ella.

Tenia que hacer este nuevo conocimiento, y me trajo todo lo que yo podia desear. Yo no sé si ha existido nunca una inteligencia mas fina que la de mi mujer; adivina el pensamiento y la palabra cuando nace, en la frente ó en los labios del que habla con ella; engañarla es imposible. De un talento original y cultivado, curiosa de la manera mas picante, refiriendo maravillosamente, Mad. de Chateaubriand me profesó admiración sin haber leído jamás dos líneas de mis obras; temeria encontrar ideas que no son las suyas, ó descubrir que no tiene bastante entusiasmo para lo que yo valgo. Aunque juez apasionado, es instruida y buen juez.

Los inconvenientes de Mad. de Chateaubriand, si es que les tiene, nacen del exceso de sus cualidades: mis inconvenientes, muy reales, nacen de la esterilidad de las mías. Es fácil tener resignación, paciencia, serenidad de humor, atenciones, cuando nada nos ocupa, cuando nos fastidia todo, cuando se contesta á la felicidad y á la desgracia por un desesperado y desesperante: «¿Qué importa eso?»

Mad. de Chateaubriand es mejor que yo, aunque de trato mas oscuro. ¿He sido yo irrepachable con ella? ¿He tenido con ella los sentimientos que merecía y debía esperar? ¿Se ha quejado alguna vez? ¿Qué felicidad ha reportado en pago de un afecto que no se ha desmentido jamás? Ha sufrido mis adversidades, ha bajado á los calabozos bajo el terror, las persecuciones del imperio, las desgracias de la restauración, y no ha hallado en la maternidad una recompensa á sus dolores. Sin hijos, que tal vez hubiera tenido en otro matrimonio, y que hubiera amado con locura; no teniendo estos honores y esta ternura de la madre de familia, que consuelan á una mujer de sus hermosos años, ella ha avanzado estéril y solitaria hácia la vejez. Separada continuamente de mí, adversa á las letras, el orgullo de llevar mi nombre no la indemnizaba bastante. Timida y temblando por mí solo, sus inquietudes, siempre renacientes, le quitaban el sueño y el tiempo para curar sus males; yo soy su permanente enfermedad y la causa de sus recaídas. ¿Podré comparar alguna impaciencia que me ha excitado con los disgustos que yo le he producido? ¿Podria oponer mis medianas cualidades con sus virtudes, que mantienen al pobre, y que han elevado los cuidados de Maria Teresa á despecho de todos los obstáculos? ¿Qué son mis trabajos al lado de las obras de esta cristiana? Cuando parezcamos los dos en el tribunal supremo, yo seré el condenado.

En suma, cuando considero el conjunto y la imperfección de mi naturaleza; ¿es cierto que el matrimonio haya perjudicado mi destino? Indudablemente hubiera tenido mas tiempo y reposo; hubiera sido mejor acogido en ciertas sociedades y en ciertas grandezas de la tierra; pero en política, Mad. de Chateaubriand, si me ha contrariado, no me ha contenido jamás; porque en esto, como en materia de honor, yo no juzgo sino por mis sentimientos. ¿Hubiera producido mas número de obras, y hubieran sido mejores, si hubiera vivido independiente? ¿No ha habido circunstancias, como se verá, en las que, casándome fuera de Francia, hubiera dejado de escribir y renunciado á mi patria? Si yo no me hubiera casado ¿no me hubiera hecho mi debilidad presa de alguna criatura indigna? ¿No hubiera malgastado y ensuciado mis horas como lord Biron? Hoy, ya lleno de años, veria concluidas mis locuras pasadas; viejo solterón, engañado ó desengañado, no tendria ya mas que penas y vacío; seria un pájaro viejo, repitiendo, á quien no la escuchara, mi usada caución. La absoluta licencia de mis ideas no habria aumentado una cuerda mas á mi lira, un acento mas conmovido á mi voz. La violencia de mis sentimientos, el misterio de mi imaginación, han aumentado tal vez la energía de mis acentos, animando mis obras con una fiebre interna, con una llama ocul-

ta, que se hubiera disipado al aire libre del amor. Ligado con un lazo indisoluble, he comprado á precio de algun disgusto las delicias que hoy disfruto.

Yo no he conservado de los males de mi existencia mas que la parte incurable. Debo pues eterno reconocimiento á mi esposa, cuya adhesión ha sido tan tierna como sincera y profunda. Ha hecho mi vida mas grave, mas noble, mas honrosa, inspirándome siempre respeto, si no siempre la fuerza de los deberes.

Londres, de abril á setiembre de 1822.

PARIS.—ANTIGUOS Y NUEVOS CONOCIMIENTOS.—EL ABATE BARTHELEMY.—SAINT-ANGE.—TEATRO.

Me casé á fin de marzo de 1792, y el 20 de abril la asamblea legislativa declaró la guerra á Francisco II, que acababa de suceder á su padre Leopoldo; el 10 del mismo mes se habia beatificado en Roma Benito

Labre: hé aquí dos mundos. La guerra precipitó el resto de la nobleza fuera de Francia. Por una parte redoblaron las persecuciones; por la otra no se permitió á los realistas permanecer en sus casas sin reputarlos poltrones; fue preciso dirigirme al campamento que venia buscando desde tan lejos. Mi tío de Bedée y su familia se embarcaron para Jersey, y yo partí para París con mi mujer y mis hermanas, Lucila y Julia. Habíamos mandado tomar una habitación en San German, en el callejon Feron, *hotel de Villlette*. Me apresuré á buscar mi primera sociedad. Volví á ver á los literatos con quienes habia tenido relaciones. Entre las nuevas fisonomías conocí las del sabio abate Barthelemy y del poeta Saint-ANGE. El abate ha diseñado los gineceos de Atenas segun los salones de Chanteloup, el traductor de *Ovidio* no era un hombre sin talento; el talento es un don, una cosa aislada; se puede hallar con las otras facultades mentales, puede estar solo; Saint-ANGE era la prueba de esto; andaba en dos piés por no parecer bestia, pero no podia impedir el serlo. Un hombre, en quien ad-



ROBESPIERRE.

miraba siempre y admiro aun el pincel, Bernardin de Saint-Pierre, carecia de talento, y su carácter estaba al nivel del talento. ¿Cuántos cuadros ha echado á perder en los *Estudios de la naturaleza* la inteligencia limitada y la falta de alma del escritor!

Rulhiere habia muerto repentinamente en 1791, antes de mi partida á la América. Despues he visto su casita en Saint-Denis, con la fuente y la bonita estatua del *Amor*, al pié de la cual se leen estos versos:

D'Egmon avec l'Amour visita cette rive:
Une image de sa beauté
Se peignit un moment sur l'onde fugitive:
D'Egmon á disparu; l'Amour est seul resté.»

Cuando yo dejé la Francia, los teatros de París resonaban aun con el *Reveil de Epiméide*, y esta estancia:

«J'aime la vertu guerrière
De nos braves défenseurs,
Mais d'un peuple sanguinaire
Je deteste les fureurs:
A l'Europe redoutables,
Soyons libres á jamais,
Mais soyons toujours aimables,
Et gardons l'esprit français.»

A mi vuelta ya no se usaban semejantes cosas. *Carlos IX* estaba en boga. Esta pieza era de circustan-

cias. El rebato, un pueblo armado de puñales, el odio á los reyes y á los sacerdotes, ofrecían una repetición á puerta cerrada de la tragedia que se representaba públicamente. Talma, principiante, continuó sus triunfos.

Mientras que la tragedia enrojecía las calles, la bucólica florecía en el teatro; no se trataba mas que de inocentes pastores y virginales zagalas; campos, riachuelos, praderas, carneros, palomas, edad de oro en los rastrojos, todo revivía con los suspiros del caramillo; ante las arrullantes Tircis y las sencillas redes que salían del espectáculo de la guillotina. Si Sanson hubiera tenido tiempo, habría representado el papel de Colin, y la señorita Theroigne de Mericour el de Babet. Los convencionales se creían los hombres mas benignos del mundo; buenos padres, buenos hijos, buenos esposos, llevaban á paseo á los niños, les servían de nodrizas, lloraban de ternura con sus juegos sencillos, y tomaban dulcemente en sus brazos á estos pequeños corderos, á fin de enseñarles las carretas que conducían las víctimas al suplicio. Cantaban la naturaleza, la paz, la piedad, la beneficencia, el candor, las virtudes domésticas; estos beatos filantrópicos mandaban cortar el cuello á sus vecinos con extremada sensibilidad, para la mayor felicidad de la especie humana.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

Revisado en diciembre de 1846.

CAMBIO DE FISONOMIA DE PARIS.—CLUB DE LOS FRANCISCANOS.—MARAT.

París no tenía ya en 1792 la fisonomía de 1789 y 1790; no era la revolución naciente, era un pueblo que marchaba embriagado á su destino, á través de abismos, por sendas desconocidas. La actitud del pueblo no era curiosa ni tumultuaria; era amenazadora. Solo se hallaba por las calles figuras asustadas ó feroces, gentes que se deslizaban á lo largo de las casas á fin de pasar desapercibidas, ó que rodaban buscando su presa, los primeros no atreviéndose á mirarlos, los segundos fijando ásperas miradas en las vuestras para adivinarlos y herirlos.

La variedad de los trajes había cesado; el mundo antiguo se borraba; se vestía la casaca uniforme del mundo nuevo, casaca que no era entonces mas que el último vestido de los condenados del porvenir. Las licencias sociales que se manifestaron con el rejuvenecimiento de la Francia, las libertades de 1789, estas libertades fantásticas y desarregladas de un orden de cosas que se destruye sin caer en la anarquía, se nivelaban bajo el cetro popular; se conocía la aproximación de una joven tiranía plebeya, fecunda, es cierto, y llena de esperanzas, pero también mucho mas formidable que el despotismo caduco de la antigua monarquía: porque el pueblo soberano, como está en todas partes, cuando se hace tirano, el tirano está en todos los sitios; es la presencia universal de un Tiberio universal.

A la población parisiense se mezclaba una población extranjera de matones del Mediodía; la vanguardia de los marseleses, que Danton atraía para la jornada del 10 de agosto y las matanzas de setiembre, se daba á conocer por sus harapos, su tez morena, su aire cobarde y criminal, pero criminal de otro sol: *in vultu vitium*, con el vicio en la cara.

En la Asamblea legislativa, yo no conocía á nadie; Mirabeau y los primeros ídolos de nuestras revueltas, ó no existían, ó habían sido derribados de sus altares. Para anudar el hilo histórico, interrumpido por mi excursión á América, es preciso tomar las cosas de mas atrás.

OJEADA RETROSPECTIVA.

La revolución dió un paso inmenso con la huida del rey el 21 de junio de 1791. Traído á París el 25 del mismo mes, había sido destronado, puesto que la Asamblea nacional declaró que sus decretos tendrían fuerza de ley sin la sanción ó aceptación real. En Orleans se había constituido un supremo tribunal de justicia, que se dejaba atrás al tribunal revolucionario. Desde esta época Mad. Roland pedía la cabeza de la reina, hasta que la revolución pidiera la suya. Hubo un tumulto en el Campo de Marte contra el decreto que suspendía al rey en sus funciones, en lugar de juzgarlo. No pudo producir la calma la aceptación de la Constitución el día 14 de setiembre. Se había tratado de declarar el destronamiento de Luis XVI: si se hubiera realizado, no hubiera sido cometido el crimen del 21 de enero; la posición del pueblo francés cambiaba con respecto á la monarquía y á la posteridad. Los constituyentes que se opusieron á la destitución, creyeron que salvaban la corona, y la perdieron; los que creyeron perderla pidiendo el destronamiento, la hubieran salvado. Casi siempre en política el resultado es contrario á la prevision.

El 30 del mismo mes de setiembre de 1791, celebró la Asamblea constituyente su última sesión: el decreto imprudente del 17 de mayo anterior, que prohibía la reelección, engendró la Convención. Nada mas perjudicial, mas insuficiente, mas inaplicable á los negocios generales que las resoluciones particulares á individuos ó corporaciones, aunque sean honoríficas.

El decreto del 29 de setiembre, para el reglamento de las sociedades populares, no sirvió sino para hacerlas mas violentas. Este fue el último acto de la constituyente; se disolvió al día siguiente, y legó á la Francia una revolución.

ASAMBLEA LEGISLATIVA.—CLUBS.

La Asamblea legislativa, instalada el 1.º de octubre de 1791, rodó en el torbellino que iba á barrer vivos y muertos. Tumultos ensangrentaron los departamentos; en Caen se saciaron de matar, y se comieron el corazón de Mr. de Belzunce.

El rey puso su veto al decreto contra los emigrados, y al que privaba de todo sueldo á los clérigos no juramentados. Estos actos legales aumentaron la irritación. Pethion se había hecho maire de París. Los diputados decretaron la acusación de los príncipes emigrados el 4.º de enero de 1792; el 2 fijaron en este primer enero el principio del año IV de la libertad. Hacia el 13 de febrero aparecieron en París los gorros encarnados, y la municipalidad mandó fabricar picas. El manifiesto de los emigrados apareció el 1.º de marzo. El Austria se armaba. París estaba dividido en secciones, mas ó menos hostiles entre sí. El 20 de marzo de 1792, la Asamblea legislativa adoptó la mecánica sepulcral, sin la cual no hubieran podido ejecutarse los juicios del terror: se ensayó primero con cadáveres, para conocer en ellos el efecto de su obra. Se puede hablar de este instrumento como de un verdugo, puesto que hubo persona que, excitada por sus buenos servicios, le hacía donación de dinero para sus gastos. La invención de la máquina para matar en el momento mismo en que era necesaria al crimen, es una prueba memorable de esta inteligencia de los hechos coordinados los unos con los otros, ó mas bien una prueba de la acción oculta de la Providencia cuando quiere cambiar la faz de los imperios.

El ministro Roland había sido llamado al consejo del rey, á instigación de los girondinos. El 20 de abril se declaró la guerra al rey de Hungría y de Bo-

hemia. Marat publicó *El Amigo del Pueblo*, á pesar de un decreto que había contra él. El regimiento Royal-Allemand y el de Berchini desertaron. Isnard hablaba de la perfidia de la corte. Gensonné y Brissot denunciaban el comité austriaco. Una insurrección estalló contra la guardia del rey, y se la licenció. El 28 de mayo se declaró la asamblea permanente. El 20 de junio fue invadido el palacio de las Tullerías por las masas de los arrabales de San Antonio y San Marcelo; el pretexto era la negativa de Luis XVI á sancionar la proscripción de los sacerdotes: el rey corrió el riesgo de perder la vida. La patria estaba declarada en peligro. Se quemó á Mr. de Lafayette en efígie. Los federados de la segunda federación llegaban; los marseleses, atraídos por Danton, estaban en camino; entraron en París el 30 de julio, y Pethion los alojó en los Franciscanos.

LOS FRANCISCANOS.

Al lado de la tribuna nacional se habían levantado dos tribunas: la de los jacobinos y la de los franciscanos, la mas formidable entonces, porque dió miembros de su seno á la célebre municipalidad de París, y medios de acción. Si no se hubiera formado la municipalidad, París, faltaría de un punto de concentración, se hubiera dividido, y los diferentes distritos se hubieran convertido en poderes rivales.

El club de los franciscanos estaba establecido en este convento, construido con una multa en reparación de una muerte en tiempo de San Luis, en 1259; en 1590 se convirtió en fuerte por los caballeros de la Liga.

Hay lugares que parecen destinados á ser el laboratorio de las facciones: «Se dió aviso, dice l'Estoile (12 de julio de 1593), al duque de Mayenne de doscientos franciscanos que habían venido á París, proveyéndose de armas y entendiéndose con los diez y seis, los cuales tenían sus reuniones en los franciscanos de París.» Los fanáticos conjurados habían cedido á nuestros revolucionarios filósofos el convento de los franciscanos como una jaula.

Los cuadros, las imágenes esculpidas ó pintadas, los velos y las cortinas del convento, habían sido arrancadas; la basilica no presentaba mas que sus huesos y espinas. En el testero de la iglesia, batido por el viento que penetraba por las vidrieras rotas, un banco de carpintero servía de mesa al presidente cuando se celebraba la sesión en el templo. Sobre este banco había gorros encarnados que se ponían los oradores antes de subir á la tribuna. La tribuna se componía de cuatro viguetas en forma de arcos abovedados, y con un travesaño como el de un cadalso. Detrás del presidente se veían, con una estatua de la libertad, instrumentos de la antigua justicia, reemplazados por la máquina sangrienta, como son sustituidas las mecánicas complicadas por el ariete hidráulico. El club de los jacobinos *purificados* tomó algunas disposiciones de los franciscanos.

ORADORES.

Los oradores, unidos para destruir, no se entendían ni sobre los gefes que habían de elegir, ni sobre los medios que habían de emplear; se trataban de rateros, de ladrones, de asesinos, entre el estrépito de los silbidos y los ahullidos de sus diferentes grupos de diablos. Las metáforas eran tomadas del material de las muertes, de los objetos mas sucios de todo géne-

ro, ó eran sacadas de los lugares consagrados á la prostitución de los hombres y las mujeres. Los gestos hacían las imágenes mas sensibles; todo era llamado por su nombre con el mas escandaloso cinismo, y una pompa obscena de juramentos y blasfemias. Destruir y edificar, muerte y generación, esto solo se comprendía á través de la gerga salvaje con que ensordecían los oídos. Los habladores de voz aguda ó tronante tenían otra clase de interruptores que los de oposición y eran los mochuelos que se instalaban en las desquiciadas ventanas esperando el botín, é interrumpiendo á los oradores. Se les llamaba al orden, primero con la impotente campanilla; pero sino cesaban de gritar, se les disparaban tiros para hacerlos callar, y caían palpitantes, heridos y fatídicos en medio de aquel *Pandemonium*. Maderas abatidas, bancos cojos, sillas de coro desmanteladas, torsos de santos arrimados á las paredes, servían de asientos á los espectadores sucios, polvorosos, borrachos, cubiertos de sudor, con la carmachaolera atravesada, la pica á la espalda, ó los brazos desnudos cruzados. Los mas disformes de la banda obtenían con preferencia la palabra. Las enfermedades del cuerpo y del alma han representado un papel grande en nuestras revueltas; el amor propio ofendido ha hecho grandes revolucionarios.

MARAT Y SUS AMIGOS.

En estas preferencias de odio, pasaba sucesivamente, mezclada á los fantasmas de los diez y seis, una serie de cabezas de gorgonas. El antiguo médico de los guardias del conde de Artois, el renacuajo suizo Marat, con los pies desnudos metidos en zuecos serrados, peroraba el primero en virtud de sus incontestables derechos. Con una fisonomía vulgar y aquella sonrisa de vanalidad que la antigua educación imprimía á todas las fisonomías, decía: «¡Pueblo, necesitas cortar doscientas setenta mil cabezas!» A este Calígula de callejuelas sucedía el zapatero ateo Chauvette. Este era seguido del *procurador general de la linterna*, Camilo Desmoullins, Cicerón tartamudo, consejero público de asesinatos; inmoral, insustancial republicano de retruécanos y buenas palabras, narrador de cuentos verdes, el cual declaró que en las matanzas de setiembre, *todo había pasado con orden*.

Fouché, que había venido de Juilli y de Nantes, estudiaba atrocidad con estos doctores: en el círculo de las bestias feroces acechando la presa, parecía una hiena vestida. Olfateaba las futuras efusiones de sangre; aspiraba ya el incienso de las procesiones de los asnos y los verdugos, aguardando el día en que, lanzado del club de los jacobinos como ladrón, ateo y asesino, fuera elegido ministro. Cuando Marat bajaba de su tribuna, este Triboulet político era el juguete de sus señores; le daban capirotazos, le pisaban los pies, le silbaban; pero esto no le impidió hacerse gefe de la multitud, subir al reloj de la casa de villa á tocar el rebato de la matanza general, y triunfar en el tribunal revolucionario. Marat fue profanado por la muerte: Chenier hizo su apoteosis: David lo pintó en el baño sangriento: se le comparó al divino autor del Evangelio. Se le dedicó esta oración. «¡Corazón de Jesús, corazón de Marat!» ó «¡sagrado corazón de Jesús, sagrado corazón de Marat!» Este corazón de Marat se encerró en una pyxide preciosa del guardamueble. Se visitaba en un cenotafio de césped, levantado en la plaza del Carrousel, el busto, el baño, la lámpara y el escritorio de la divinidad. Despues cambió el viento: la inmundicia, derramada del vaso de ágata á otro vaso, fue vertida en un albañal.

Londres, de abril á setiembre de 1822.

DANTON.—CAMILO DESMOULINS.—FABRE D'ÉGLANTINE.

Las escenas de los Franciscanos, de que fui testigo tres ó cuatro veces, eran dominadas y presididas por Danton. Huno, de talla gigantesca, de nariz roma y arremangada, cara de gendarme con mezcla de procurador lúbrico y cruel. Danton, con sus tres furias masculinas, Camilo Desmoulin, Marat y Fabre d'Eglantine, organizó los asesinatos de setiembre. Billaud Varennes propuso dar fuego á las prisiones con todo lo que habia dentro; otro convencional propuso que se ahogase á todos los detenidos; Marat se declaró por una matanza general. Imploraban á Danton en favor de las víctimas: «Yo me f... en los prisioneros,» respondió. Autor de la circular de la Municipalidad invitó á los hombres libres de los departamentos á que repitieran la enormidad perpetrada en París.

Observemos la historia: Sixto V igualó, para la salvacion de los hombres, el sacrificio de Jacobo Clemente al misterio de la Encarnacion, como se comparó Marat al Salvador del mundo; Carlos IX escribió á los gobernadores de las provincias que imitaran los asesinatos de la Saint-Barthelemy, como Danton pidió á los patriotas que repitiesen los de setiembre. Los jacobinos eran plagarios; lo eran inmolando á Luis XVI como lo habia sido Carlos I. Como ha habido crímenes mezclados con un grande movimiento social, se ha juzgado equivocadamente que estos crímenes habian producido la grandeza de la revolucion, que no habian hecho mas que tizar; de una hermosa naturaleza doliente, espíritus apasionados ó sistemáticos, no han admirado mas que la convulsion.

Danton, mas franco que los ingleses, decia: «Nosotros no juzgaremos al rey, lo mataremos.» Y tambien decia: «Estos sacerdotes, estos nobles no son culpables, pero es preciso que mueran, porque están dislocados, embarazan el movimiento de las cosas, y son un estorbo para el porvenir.» Estas palabras, bajo una apariencia de horrible profundidad, no tienen ninguna extension de ingenio, porque suponen que la inocencia no es nada, y que el orden moral puede separarse del orden político sin hacerlo perecer, y esto es falso.

Danton no tenia la conviccion de los principios que sostenia; se habia cubierto con el manto revolucionario para llegar al poder. «Venid á vocear con nosotros, decia á un jóven; cuando os hayais enriquecido, seréis lo que os acomode.» Confesó que si no se habia vendido á la corte, era porque no lo pagaban bastante: desvergüenza de una inteligencia que se conoce y de una corrupcion que se manifiesta escandalosamente.

Interior aun en fealdad á Mirabeau, de quien habia sido agente, Danton fue superior á Robespierre, sin haber dado, como este, su nombre á sus crímenes. Conservaba el sentido religioso: «No hemos destruido, decia, la supersticion para establecer el ateísmo.» Sus pasiones hubieran podido ser buenas, por la razon de que eran pasiones. Se debe tener presente el carácter en las acciones de los hombres: los culpables de imaginacion como Danton, parecen, en razon misma de la exageracion de sus palabras y transportes, mas perversos que los culpables á sangre fria, y realmente lo son menos. Esta observacion se aplica tambien al pueblo: tomado colectivamente, el pueblo es un poeta, autor y actor de la pieza que representa ó que se le hace representar. Sus excesos no son tanto el instinto de una crueldad nativa como el delirio de una multitud embriagada con los espectáculos, sobre todo cuando son trágicos; cosa tan cierta, que en

los horrores populares, hay siempre alguna cosa superflua dada al cuadro y á la emocion.

Danton fue cogido en el lazo que él habia tendido. No le sirvió de nada lanzar bolitas de pan á las narices de los jueces, responder con valor y nobleza, hacer vacilar al tribunal, poner en peligro y asustar á la Convencion, razonar lógicamente sobre los crímenes que habian creado el poder mismo de sus enemigos, exclamar sobrecogido este tribunal infame; pido por ello perdon á Dios y á los hombres! Frase que mas de una vez ha sido robada. Era preciso, antes de ser llevado al tribunal, que hubiera declarado su infamia.

No le quedaba á Danton que hacer mas que mostrarse implacable en su propia muerte, como lo habia sido con la de sus víctimas; levantar su cabeza mas alta que el cuchillo suspendido, y así sucedió: del teatro del terror, donde sus piés se pegaban en la sangre cuajada de la víspera, despues de haber paseado una mirada de desprecio y de dominacion por la multitud, dijo al verdugo: «Tú enseñarás mi cabeza al pueblo: vale la pena.» La cabeza de Danton permaneció en las manos del verdugo mientras que su alma acéfala fué á mezclarse con las sombras decapitadas de sus víctimas: todavia existia la igualdad.

El diácono ó subdiácono de Danton, Camilo Desmoulin y Fabre d'Eglantine, perecieron del mismo modo que su sacerdote. En la época en que se pensionaba la guillotina; en que se llevaba alternativamente en la botonadura de su carnañola, como una flor, una guillotina de oro ó un pedacito del corazon del guillotinado; en la época en que se vociferaba ¡viva el infierno! en que se celebraban alegremente las orgias sangrientas; en que se brindaba á la nada; en que se bailaba desnudo el baile de los muertos, para no tener el trabajo de desnudarse al irse á reunir con ellos; en esta época era preciso, para fin de fiesta, llegar al último banquete, al último chiste del dolor. Desmoulin fue convidado al tribunal de Fouquier Tinville: «¿Qué edad tienes?» le preguntó el presidente. «La edad del descamisado Jesús,» respondió Camilo bufoneándose. Una obsesion vengadora obligaba á estos degolladores de cristianos á pronunciar incesantemente el nombre de Cristo.

Seria injusto olvidar que Camilo Desmoulin osó oponerse á Robespierre y contener con su valor sus extravíos. El dió la señal de la reaccion contra el terror. Una jóven y encantadora mujer, llena de energia, haciéndolo capaz de enamorarse, lo hizo capaz de virtud y de sacrificios. La indignacion inspiró la elocuencia á la intrépida y amarga ironía del tribuno; él asaltó con fuerza los cadalsos que habia ayudado á levantar. Conformando su conducta con sus palabras, no consintió en su suplicio; se agarró al cuello del ejecutor en el carreton, y llegó al borde del abismo ya medio destrozado.

Fabre d'Eglantine, autor de una pieza que vivirá, mostró, al revés de Desmoulin, una insigne debilidad. Juan Reseau, verdugo de París bajo la Liga, aborrecido por haber prestado su ministerio á los asesinos del presidente Brissot, no podia conformarse con la cuerda. Parece que no se aprende á morir matando á los demás.

Los debates de los Franciscanos me manifestaron el estado de una sociedad en el momento mas rápido de su transformacion. Yo habia visto á la Asamblea constituyente comenzar el asesinato del trono en 1789 y 1790; yo encontré el cadáver aun caliente de la vieja monarquía, entregado en 1792 á los fabricantes legisladores; ellos le abrieron el vientre y lo disecaron en las salas bajas de los clubs, como los albarderos despedazaron y quemaron el cuerpo de Balafre en el castillo de Blois.

De todos los hombres que yo recuerdo, Danton,

Marat, Camilo Desmoulin, Fabre d'Eglantine, Robespierre, ni uno solo vive.

Yo los hallé un momento en mi camino, entre una sociedad naciente en América y una sociedad moribunda en Europa; entre las florestas del Nuevo-Mundo y la soledad del destierro: aun no habia pasado mas que algunos meses en tierra extranjera, cuando estos amantes de la muerte se habian ya acabado con ella. A la distancia en que estoy ahora de su aparicion, me parece que, trasladado á los infiernos en mi juventud, tengo un confuso recuerdo de los espíritus que entrevi errantes en la orilla del Cocito; ellas completan los sueños variados de mi vida, y vienen á hacerse inscribir en mis *Memorias de Ultra-Tumba*.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

OPINION DE MR. DE MALESHERBES SOBRE LA EMIGRACION.

Tuve una grande satisfaccion en encontrar á monsieur de Malesherbes y hablarle de mis antiguos proyectos. Yo referia los planes de un segundo viaje que debia durar nueve años; yo no tenia que hacer antes mas que un corto viaje á Alemania; corría al ejército de los príncipes; volvia corriendo para destrozar la revolucion; y concluido todo en dos ó tres meses, izaba mi vela y volvia al Nuevo-Mundo con una revolucion de menos y un matrimonio de mas.

Y sin embargo, mi celo sobrepujaba á mi fe: yo conocia que la emigracion era una necedad y una locura: «Trasquilado á todas manos, dice Montaigne, en los güelfos, era gibelino; en los gibelinos, güelfo.» Mi poca aficion á la monarquía absoluta no me dejaba ninguna ilusion en el partido que iba á tomar; yo tenia escrúpulos, y aunque resuelto á sacrificarme por el honor, quise saber la opinion de Mr. de Malesherbes sobre la emigracion. Lo hallé muy animado; los crímenes políticos, perpetrados continuamente á su vista, habian hecho desaparecer la tolerancia política del amigo de Rousseau: entre la causa de las víctimas y la de los verdugos, no dudaba. Creia que cualquiera cosa valia mas que el orden entonces existente: con respecto á mí, creia que un hombre que cenía al espada no podia prescindir de reunirse á los hermanos de un rey oprimido y entregado á sus enemigos. Aprobaba mi vuelta de América, y excitaba á mi hermano á que partiese conmigo.

Yo le hice las objeciones necesarias sobre la alianza de los extranjeros, sobre los intereses de la patria, etc. El respondió; y pasando de los razonamientos generales á los detalles, me citó ejemplos que me embarazaban. Me citó á los güelfos y gibelinos, apoyándose en las tropas del emperador ó del papa; en Inglaterra á los barones, sublevándose contra Juan sin Tierra. En fin, en nuestros dias citaba á los Estados-Unidos implorando el socorro de la Francia. «Así, continuaba Mr. de Malesherbes, los hombres mas adictos á la libertad y á la filosofía, los republicanos y los protestantes, no se han creído jamás culpables, por tomar una fuerza que pudiera dar la victoria á su opinion. Sin nuestros recursos, nuestros navios y nuestros soldados, ¿estaria hoy emancipado el Nuevo-Mundo? Yo mismo, no he recibido en 1776 á Franklin, que venia á reanudar las negociaciones de Silas Deane, y sin embargo, era un traidor? ¿Era menos honrosa la libertad americana porque habia sido asistida por Lafayette y conquistada por los granaderos franceses? Todo gobierno que, en vez de ofrecer garantías á las leyes fundamentales de la sociedad, traspasa el mismo las leyes de la equidad, las reglas de la justicia, deja de existir, y vuelve al hombre al estado de naturaleza. Entonces es lícito defen-

derse como se puede, recurrir á los medios que parecen los mas á propósito para destruir la tiranía, y restablecer los derechos de todos y cada uno.»

Los principios de derecho natural, presentados de relieve por un hombre como Mr. de Malesherbes, y apoyados con numerosos ejemplos, me hirieron sin convencerme: yo no cedia realmente mas que al movimiento de la edad ó al puntillo de honor. Yo añadiré á estos ejemplos de Malesherbes ejemplos recientes: el partido republicano francés ha ido á servir bajo la bandera de las Cortes durante la guerra de España en 1823, sin hacer escrúpulo de llevar las armas contra su patria; los polacos y los italianos constitucionales han solicitado en 1830 y 1831 el socorro de la Francia, y los portugueses de la *carta*, han invadido su patria con el dinero y los soldados extranjeros. Nosotros tenemos dos pesos y dos medidas: aprobamos para una idea, un interés, un sistema, un hombre, lo que censuramos para otra idea, otro sistema, otro interés, otro hombre.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

JUEGO Y PIERDO.—AVENTURA DEL CARRUAJE.—MADAMA ROLAND.—BARRERE EN LA ERMITA.—SEGUNDA FEDERACION DEL 14 DE JULIO.—PREPARATIVOS DE EMIGRACION.

Tenian lugar estas conversaciones en casa de mi cuñada; acababa de dar á luz su segundo hijo, de quien fue padrino Mr. de Malesherbes, dándole su nombre, Cristian. Asistí al bautismo de este niño, que no debia ver á sus padres mas que á la edad en que la vida no tiene recuerdo y aparece de lejos como un sueño inolvidable. Se trató de los preparativos de mi viaje. Se habia creído proporcionarme un matrimonio rico, y se vió que la fortuna de mi mujer consistia en rentas sobre bienes del clero que la nacion se encargó de pagar á su manera. Mad. de Chateaubriand habia prestado ademas, con consentimiento de sus tutores, la inscripcion de una fuerte parte de estas rentas á su hermana, la condesa de Plessis-Parseean, emigrada. Faltaba, pues, el dinero, y era preciso pedir prestado.

Un notario nos proporcionó diez mil francos; yo los llevaba en asignados á mi casa, cuando encontré en la calle de Richelieu á uno de mis antiguos camaradas del regimiento de Navarra, el conde Achard. Era un gran jugador, y me propuso ir á los salones de M... donde podriamos hablar: el diablo me llevó; subo, juego, pierdo todo, menos mil quinientos francos, con los que, lleno de remordimientos, subo en el primer carruaje que veo. Yo no habia jugado nunca; el juego produjo en mí cierta especie de embriaguez dolorosa; si me hubiera acometido esta pasion, me hubiera trastornado el juicio. Medio extrañado el espíritu, dejé el carruaje en San Sulpicio, y olvidé en él mi cartera, que contenia los restos de mi tesoro. Voy corriendo á mi casa y digo que he dejado los diez mil francos en un coche.

Salgo, bajo por la calle del Delfinado, atravieso el puente Nuevo, no sin sentir deseos de tirarme al rio; voy á la plaza de la Concordia, donde yo habia tomado el malhadado carruaje. Pregunto á los saboyanos que dan de beber á los rocines, describo mi vehículo, y me indican al azar un número. El comisario del cuartel me dice que este número pertenece á un alquilador que vive en lo alto del arrabal de San Dionisio. Me dirijo á la casa de este hombre, y permanezco allí toda la noche esperando la vuelta de los coches; llegan sucesivamente muchos; en fin, á las dos veo entrar el mio. Apenas tuve tiempo de reconocer mis dos corceles blancos, cuando las pobres bestias, derrengadas, se dejaron caer sobre la paja, exánimes, con el vientre

llo de aire y las piernas tendidas, como si estuvieran muertos.

El cochero se acordó de haberme conducido. Después de mí había llevado un ciudadano, que se apeó en los Jacobinos; detrás una dama, que había llevado á la calle de Cleri, número 13; en seguida un caballero, que había dejado en Recoletos, calle de San Martín. Ofrecí para beber al cochero, y héme al despuntar el día procediendo al descubrimiento de los mil quinientos francos, como al paso del Noroeste. Me parecía claro que el ciudadano de los Jacobinos los había confiscado en uso de su soberanía. La señorita de la calle de Cleri afirmó que no había visto nada en el carruaje. Llegó á la tercera estación sin ninguna esperanza; el cochero dió entre bien y mal las señas del caballero á quien ha conducido. El portero dijo: «¡Es el padre tal!» y me condujo por un corredor á la habitación de un recoleto, que había quedado para inventariar los muebles de su convento. Este religioso, con una levita llena de polvo, sobre un montón de ruinas, escucha la narración que le hago.—«¿Sois vos, me dijo, el caballero de Chateaubriand?—Si, respondí.—Aquí tenéis vuestra cartera, replicó: yo la hubiera llevado á vuestra casa después de mi trabajo, porque había hallado vuestras señas.» Este fraile, arrojado y despojado, ocupado en contar concienzudamente para sus propietarios las reliquias de su claustro, me devolvió los mil quinientos francos con que me iba á encaminar hácia el destierro. Sin esta pequeña suma, yo no hubiera emigrado. ¿Qué hubiera sucedido? Toda mi vida estaba cambiada. Si yo doy ahora un paso para hallar un millon perdido, que me ahorquen.

Esto pasaba el 16 de junio de 1792.

Fiel á mis instintos, había vuelto de América para ofrecer mi espada á Luis XVI, no para asociarme á intrigas de partido. El licenciamiento de la nueva guardia real, en la que se encontraba Murat; los ministerios sucesivos de Roland, Dumouriez, Dupont de Tertre; las pequeñas conspiraciones de corte ó los grandes movimientos populares, no me inspiraban mas que fastidio ó desprecio. Oía hablar mucho de Mad. Roland, á quien no ví; sus *Memorias* prueban que poseía una fuerza extraordinaria de imaginación. Se la creía muy agradable; resta saber si lo era bastante para hacer soportable hasta este punto el cimismo de las virtudes extranaturales. Ciertamente la mujer que al pié de la guillotina pedia una pluma y tinta para escribir los últimos momentos de su viaje, para consignar los descubrimientos que había hecho en su trayecto desde la Consejería á la plaza de la Revolución, tal mujer, muestra una preocupación del porvenir, un desprecio de la vida, de que hay pocos ejemplos. Mad. Roland tenía mas carácter que genio: el primero puede dar el segundo: el segundo no puede dar el primero.

El 19 de junio había ido yo al valle de Montmorency á visitar la ermita de J. J. Rousseau: no porque me complaciese con el recuerdo de Mad. d'Épinay, y de aquella sociedad fingida y depravada, sino porque yo quería decir adiós á la soledad de un hombre antipático por sus costumbres á mis costumbres, aunque dotado de un talento que removía mi juventud con sus acentos. Al día siguiente, 20 de junio, estaba aun en la ermita; encontré dos hombres que se paseaban como yo en este lugar desierto durante el día fatal de la monarquía, indiferentes que eran, ó que serían, creía yo, á los negocios del mundo: el uno era Mr. Maret, del imperio; el otro Mr. Barrère, de la república. El gentil Barrère había venido, huyendo del ruido, á contar, con su filosofía sentimental, escenas revolucionarias á la sombra de Julia. El trovador de la guillotina, por cuyo informe decretó la Convención que el terror estaba á la orden del día, se libró de este terror, ocultándose en el cesto de las cabezas; del fondo de la cubeta de sangre, bajo el cadalso, se le oía solamente graznar la muerte. Barrère era de estos tigres

que Oppiano hace nacer del soplo ligero del viento: *velocis zephyri proles*. Ginguéné, Champfort, mis antiguos amigos literatos, estaban encanados con la jornada del 20 de junio. Laharpe, continuando sus lecciones en el Liceo, gritaba con voz estentórea:—«¡Insensatos! vosotros respondiais á todas las representaciones del pueblo: ¡las bayonetas, las bayonetas! Y bien; ¡ahí tenéis las bayonetas!» Aunque mi viaje á América me hubiese hecho un personaje menos insignificante, yo no podía elevarme á tan grande altura de principios y elocuencia. Fontanes corría peligro por sus antiguas relaciones con la *sociedad monárquica*. Mi hermano era individuo de un club de *rabiosos*. Los prusianos marchaban en virtud de un convenio entre los gabinetes de Viena y Berlín; ya había tenido lugar un encuentro bastante fuerte entre los franceses y los austriacos, por la parte de Mons. Ya era tiempo de tomar una determinación.

Mi hermano y yo nos procuramos pasaportes falsos para Lila; los dos éramos comerciantes de vinos, guardias nacionales de París, cuyo uniforme llevábamos, proponiéndonos suministrar fornituras al ejército. El ayuda de cámara de mi hermano, Luis Poullain, llamado San Luis, viajaba con su propio nombre; aunque era de Lamballe, en la baja Bretaña, iba á ver á sus parientes en Flandes. Se fijó para nuestra emigración el 15 de julio, al día siguiente de la segunda federación. Pasamos el 14 en el jardín de Tivoli, con la familia de Rosambo, mis hermanas y mi mujer. Tivoli pertenecía á Mr. Bontin, cuya hija se había casado con Mr. de Malesherbes. Al concluirse el día, vimos correr á la desbandada bastante número de federados, que llevaban escrito sobre los sombreros con yeso: «¡Petion, ó la muerte!» Tivoli, punto de partida de mi destierro, debía convertirse en sitio de fiestas y de juegos. Nuestros parientes se despidieron sin tristeza; estaban persuadidos de que hacíamos un viaje de recreo. Mis mil quinientos francos parecían un tesoro suficiente para hacerme volver triunfante á París.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

EMIGRO CON MI HERMANO.—AVENTURA DE SAN LUIS.—PASAMOS LA FRONTERA.

El 15 de julio á las seis de la mañana montamos en la diligencia; habíamos tomado nuestros asientos en el cabriolé, junto al conductor; el ayuda de cámaras, á quien fingíamos no conocer, se metió en el coche con los demás viajeros. San Luis era somnábulo; en París iba por las noches á buscar á su señor con los ojos abiertos, pero perfectamente dormido. Desnudaba á mi hermano, lo ponía en cama, siempre durmiendo, respondiendo á todo lo que se le decía durante sus ataques:—«Entiendo, entiendo;» no despertándose hasta que se le echaba agua fría en la cara; hombre como de cuarenta años, de cerca de seis piés de altura, y tan flaco como alto. Este criado, muy respetuoso, no había tenido mas señor que á mi hermano; cuando hubo de sentarse á cenar con nosotros, se turbó completamente. Los viajeros, muy patriotas, hablaban de colgar los aristócratas en la linterna, y aumentaban su espanto. La idea de que al fin de todo se vería obligado á atravesar por el ejército austriaco para ir á batirse en el de los príncipes, acabó de trastornar su cabeza. Bebió mucho, y subió á la diligencia: nosotros volvimos á entrar en el cupé.

A media noche oímos á los viajeros que gritaban, con la cabeza fuera de la portezuela:—«¡Para, postillon; para!» Se detiene el carruaje, se abre la portezuela, y se oyen voces de mujeres y hombres:—«¡Bajad, ciudadano; bajad! ¡Bajad, cochino! ¡Es un brigante! ¡Bajad, bajad!» Nosotros nos apeamos tambien; vimos á San Luis atropellado, arrojado del coche, levantándose

y paseando sus ojos abiertos y dormidos en torno suyo, huyendo á todo correr, y sin sombrero, con dirección á París. Nosotros no lo podíamos llamar, porque nos vendíamos; era preciso abandonarlo á su destino. Capturado en el primer pueblo, declaró que era el criado de Mr. de Chateaubriand, y que vivía en París, calle de Bondy. La gendarmería lo condujo de justicia en justicia á casa del presidente Rosambo; las declaraciones de este desgraciado sirvieron para probar nuestra emigración y enviar á mi hermano y mi cuñada al cadalso.

Al día siguiente, al almuerzo, fue preciso escuchar veinte veces la historia entera:—«Este hombre tenía la imaginación turbada; soñaba gritando; decía cosas extrañas: sin duda era un conspirador, un asesino que huía de la justicia.» Las ciudadanas muy elevadas se ruborizaban, y agitaban grandes abanicos de papel verde-constitución. Nosotros reconocimos en esta narración los efectos del somnambulismo, del miedo y del vino.

Cuando llegamos á Lila, buscamos á la persona que debía llevarnos al otro lado de la frontera. La emigración tenía sus agentes de salvación, que vinieron á convertirse en agentes de perdición. El partido monárquico era aun poderoso; la cuestión no estaba resuelta; los débiles y los poltrones servían esperando los sucesos.

Salimos de Lila antes que se cerraran las puertas; nos detuvimos en una casa aislada, y no marchamos hasta las diez de la noche, cuando estaba muy oscura; no llevábamos nada mas que un baston en la mano: aun no había un año que yo seguía así á mi holandés por las florestas americanas.

Atravesamos sembrados, por donde apenas había abierto algun sendero. Las patrullas francesas y austriacas recorrían el campamento; nosotros podíamos tropezar con unas ó con otras, ó encontrarnos bajo el tiro de un vigía. Entrevimos de lejos soldados de caballería sueltos, con el sable colgado á la muñeca; oímos pasos de caballos en caminos abiertos; con el oído en tierra, percibimos el ruido regular de una marcha de infantería. Después de tres horas de caminar, tan pronto corriendo como de puntillas, llegamos á la encrucijada de un bosque, en el que se oía cantar algunos ruseñeros: una compañía de hulanos, que se hallaba detrás de una tapia, cayó sobre nosotros con sable en mano. Nosotros gritamos:—«¡Oficiales que van á reunirse á los príncipes!» Pedimos que se nos llevara á Tournay para hacernos reconocer. El comandante nos colocó entre su caballería, y nos llevó.

Cuando amaneció, los hulanos vieron bajo nuestros levitones el uniforme de guardias nacionales, é insultaron los colores que la Francia iba á hacer llevar á la Europa avasallada.

En el Tournaisis, reino primitivo de los francos, Clovis residió durante los primeros años de su reinado. Partió de Tournay con sus compañeros á la conquista de los Gaulas: «Las armas atraen á sí todos los derechos,» dice Tácito. Yo he pasado en 1792 por esta ciudad, de donde salió en 486 el primer rey de la primera raza, para fundar su larga y poderosa monarquía, y he vuelto á pasar en 1814, cuando el último rey de los franceses abandonaba el reino del primer rey de los francos: *omnia emigrant*.

Cuando llegué á Tournay, dejé á mi hermano hablando con las autoridades, y me fui á visitar la catedral, bajo la vigilancia de un soldado. En otro tiempo Odon d'Orleans, maestro-escuela de esta catedral, sentado durante la noche delante de la portada de la iglesia, enseñaba á sus discípulos el curso de los astros, y les mostraba con el dedo la vía láctea y las estrellas. Hubiera preferido hallar en Tournay este sencillo astrónomo del siglo xi, á los Pandours. Yo recorría con placer estos tiempos en que refieren las crónicas que en Normandía, en el año 1049, un hom-

bre había sido convertido en asno; lo que estuvo para sucederme á mí mismo, segun se creía en casa de las señoritas Couppart, mis maestras de lectura. Hildeberto, en 1114, ha visto una niña á quien pendían de las orejas espigas de trigo: quizás era Ceres. La Meuse, que yo iba á atravesar muy pronto, quedó suspendida en el aire el año de 1118: testigo Guillermo de Nangis y Alberic. Rigord asegura que en el año 1194, entre Compiègne y Clermont, en Beauvoisis, cayó un granizo mezclado de cuervos, que traían carbones y les prendían fuego. Si la tempestad, como nos lo asegura Gervais de Tilburi, no podía apagar una luz en la ventana del priorato de San Miguel de Camissa, tambien sabemos por él que había en la diócesis d'Uces una hermosa y cristalina fuente, que cambiaba de lugar cuando se echaba en ella alguna cosa sucia; las conciencias de hoy no se confunden con tan poco.—Lector, yo no pierdo tiempo; yo charlo contigo para acostumbrarte á tener paciencia mientras vuelve mi hermano, que está negociando: ya está aquí; llega, después de haberse explicado á satisfacción del comandante austriaco. Se nos permite dirigirnos á Bruselas: destierro adquirido á costa de muchos cuidados.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

BRUSELAS.—COMIDA EN CASA DEL BARON DE BRETEUIL.—RIVAROL.—PARTIDA PARA EL EJÉRCITO DE LOS PRÍNCIPES.—CAMINO.—ENCUENTRO DEL EJÉRCITO PRUSIANO.—LLEGO Á TRÉVERIS.

Bruselas era el cuartel general de la alta emigración. Las mujeres mas elegantes de París y los hombres mas á la moda; los que no podían servir mas que de ayudantes de campo, aguardaban en medio de los placeres el momento de la victoria. Tenían hermosos uniformes nuevos, y ostentaban con todo rigor su ligereza. Se comieron en pocos dias sumas considerables que hubieran podido durar algunos años; no merecía la pena de economizar, puesto que de un momento á otro volverían á París... Estos brillantes caballeros se preparaban con los triunfos de amor á la gloria, al revés de la antigua caballería. Nos miraban desdeñosamente caminar á pié, con el morral á la espalda, á nosotros, pobres caballeros de provincia, ó pobres oficiales convertidos en soldados. Estos Hércules hilaban á los piés de sus damas los copos que nos habían enviado, y que les devolvíamos al pasar, contentándonos con nuestras espadas.

Encontré en Bruselas mi pequeño equipaje, que había llegado de contrabando antes que yo: consistía en mi uniforme de Navarra, en una poca ropa blanca, y en mis preciosos papelajos, que yo no quería abandonar.

Fui convidado á comer con mi hermano en casa de baron de Breteuil; allí encontré á la baronesa de Montmorency, entonces jóven y hermosa, moribunda en este momento, obispos mártires con sotana de seda y cruz de oro, jóvenes magistrados transformados en coroneles húngaros, y Rivarol, á quien yo no he visto mas que esta vez en mi vida. No se le había nombrado; á mí me admiró aquel lenguaje de un hombre que peboraba solo, y que se hacia escuchar con alguna razon como un oráculo. El espíritu de Rivarol perjudicaba á su talento; su palabra á su pluma. Decía, á propósito de las revoluciones:—«El primer golpe se dirige á Dios; el segundo pega en un mármol insensible.» Yo había vuelto á tomar el uniforme de un mezquino subteniente de infantería; debía marchar al acabar de comer, y tenía mi mochila detrás de la puerta. Aun estaba bronceado por el sol de América y el aire del mar; llevaba los cabellos aplastados y negros. Mi figura y mi silencio molestaban á Rivarol; el baron

de Breteuil, apercibiéndose de su inquieta curiosidad, la satisfizo:—«¿De dónde viene vuestro hermano?» dijo á mi hermano. Yo respondí:—«Del Niagara.» Rivarol exclamó:—«¿De la catarata!» Yo me callé. Aventura un principio de pregunta:—«El señor va...?» —Adonde se baten,» le interrumpí. Nos levantamos de la mesa.

Esta emigración fatua me era odiosa: tenía prisa de ver á mis iguales, emigrados como yo, de seiscientas libras de renta. Indudablemente éramos muy estúpidos; pero al menos teníamos desenvainado nuestro espadon, y si hubiéramos obtenido triunfos, no hubiéramos sido nosotros los que nos hubiéramos aprovechado de la victoria.

Mi hermano se quedó en Bruselas de ayudante de campo del baron de Montboissier; yo salí solo para Coblentz.

Nada tan histórico como el camino que yo seguí; por todas partes despertaba algunos recuerdos ó algunas grandezas de la Francia. Yo atravesé á Lieja, una de estas repúblicas municipales, que tantas veces se sublevaron contra sus obispos ó contra los condes de Flandes. Luis XI, aliado de los liejeses, se vió obligado á asistir al saqueo de su ciudad para escapar de su ridícula prisión de Perona.

Yo iba á reunirme y á formar parte entre estos hombres de guerra, que cifran su gloria en semejantes empresas. En 1792, las relaciones de Lieja y Francia eran mas pacíficas; el abad de San Huberto estaba obligado á enviar todos los años dos perros de caza á los sucesores del rey Dagoberto.

En Aquisgram, otro don; pero por parte de la Francia: el paño mortuorio que servía en el entierro de un monarca cristianísimo, era enviado á la tumba de Carlo-Magno como una bandera de alianza al feudo dominante. Nuestros reyes prestaban así fe y homenaje al tomar posesión de la herencia de la eternidad; juraban entre las rodillas de la muerte, su dama, á la que prometían ser fieles, despues de haberle dado el beso feudal en la boca. Además, era la única soberanía á quien la Francia rendía vasallaje. La catedral de Aquisgram fue edificada por Karl-le-Grand, y consagrada por Leon III. Habiendo faltado dos preladados á la ceremonia, fueron reemplazados por dos obispos de Maestricht, muertos mucho tiempo hacia, y que habían resucitado expresamente para ello.

Habiendo perdido Carlo-Magno una hermosa querida, estrechaba su cuerpo entre sus brazos, y no se quería separar de ella. Se atribuyó esta pasión á encantamiento: examinada la jóven muerta, se le halló una perla pequeña debajo de su lengua. La perla fue arrojada á un pantano: Carlo-Magno, furiosamente enamorado de este pantano, mandó rellenarlo, y edificó sobre él un palacio y una iglesia, para pasar su vida en el uno y su muerte en la otra. Las autoridades de esta narración son el arzobispo Turpin y Petrarca.

Admiré la catedral de Colonia; si estuviera concluida, sería el monumento gótico mas bello de Europa. Los frailes eran los pintores, escultores, arquitectos y albañiles de sus basílicas; se glorificaban con el título de maestro albañil: *cementarius*.

Es curioso oír hoy á ignorantes filósofos y demócratas bárbaros gritar contra los religiosos, como si estos proletarios enfrailados, estas órdenes mendicantes, á quienes debemos casi todo, hubieran sido caballeros.

Colonia me trajo á la memoria á Caligula y San Bruno; he visto el resto de los diques del primero en Bayes, y la celda del segundo en la Gran Cartuja.

Remonté el Rin hasta Coblentz (*Confluentia*). El ejército de los príncipes ya no estaba allí. Atravesé estos reinos vacíos: *inania regna*; vi este hermoso valle del Rin, la mansion de las musas bárbaras, donde aparecían los caballeros alrededor de las ruinas

de sus castillos, en que se oye por la noche ruido de armas cuando va á sobrevenir la guerra.

Entre Coblentz y Tréveris caí en el ejército prusiano: yo desfilaba á lo largo de la columna, cuando á la altura de las guardias vi que marchaban en batalla; el rey y el duque de Brunswick ocupaban el centro del cuadro, compuesto de los granaderos de Federico. Mi uniforme blanco atrajo las miradas del rey; me hizo llamar, y el duque de Brunswick y él se quitaron el sombrero, y saludaron en mi persona al antiguo ejército francés. Me preguntaron mi nombre, el de mi regimiento, y el punto adonde iba á reunirme con los príncipes. Esta acogida militar me conmovió: respondí con emoción que, habiendo sabido en América la desgracia de mi rey, había vuelto para derramar mi sangre en servicio suyo. Los oficiales y generales que rodeaban á Federico-Guillermo hicieron un movimiento de aprobación, y el monarca prusiano me dijo:—«Caballero, siempre se conocen los sentimientos de la nobleza francesa.» Se quitó de nuevo el sombrero, y permaneció descubierto y parado, hasta que hube desaparecido detrás de la masa de granaderos. Ahora se declama contra los emigrados: *son tigres que destrozan el seno de su madre*: en la época á que me refiero vivían los antiguos ejemplos, y el honor valía tanto como la patria. En 1792 la fidelidad al juramento pasaba aun por un deber; hoy se ha hecho tan rara, que se mira como una virtud.

Una escena extraña, que ya se había repetido por otros, estuvo á punto de hacerme retroceder. No se me quería admitir en Tréveris, adonde había llegado el ejército de los príncipes. «Yo era uno de estos hombres que esperan los sucesos para decidirse; hacia ya tres años que yo debía estar allí; yo llegaba cuando era segura la victoria. No se necesitaba de mí; había demasiados valientes despues del combate. Todos los días desertaban escuadrones de caballería; hasta la artillería se pasaba en masa; y si continuaba esto, no se sabría qué hacer de tanta gente.» ¡Prodigiosa ilusión de los partidos!

Encontré á mi primo Armand de Chateaubriand, me tomó bajo su protección, reunió los bretones, y defendió mi causa. Me llamaron; me expliqué; dije que venía de América para tener el honor de servir con mis camaradas; que la campaña estaba abierta, pero no comenzada; de modo que llegaba á tiempo para la primera batalla; que, sobre todo, yo me retiraría si lo exigían; pero despues de haber obtenido una satisfacción por el insulto inmerecido que se me hacia. El asunto se arregló: como yo era buen muchacho, las filas se abrieron para recibirme, y no tuve ya mas inconveniente que el de la elección.

EJÉRCITO DE LOS PRÍNCIPES.—ANFITEATRO ROMANO.—ATALA.—LAS CAMISAS DE ENRIQUE IV.

El ejército de los príncipes se componía de caballeros clasificados por provincias, y sirviendo en calidad de simples soldados; la nobleza se remontaba á su origen, y al origen de la monarquía, en el momento mismo en que esta nobleza y esta monarquía acababan como un anciano que vuelve á la infancia. Había además brigadas de oficiales emigrados de diversos regimientos, igualmente convertidos en soldados; de este número eran mis camaradas de Navarra, conducidos por su coronel, el marqués de Mortemart. Estuve tentado á afiliarme con La Martiniere; pero el patriotismo de Armórica triunfo. Me alisté en la séptima compañía bretona, que mandaba Mr. de Goyon Miniac. La nobleza de mi provincia había dado siete compañías; la octava se componía de gente plebeya; el uniforme gris de esta compañía difería del de las otras siete, color azul de rey, y el sombrero levantado con armiños. Hombres adheridos á la

misma causa, y expuestos á los mismos peligros, perpetuaban la desigualdad política con señales odiosas; los verdaderos héroes eran los soldados plebeyos, puesto que ningún interés se mezclaba á su sacrificio.

Enumeración de nuestro pequeño ejército.

Infantería de soldados nobles y oficiales: cuatro compañías de desertores, vestidos con diferentes uniformes de los regimientos de que procedían; una compañía de artillería, algunos oficiales de ingenieros, con algunos cañones, obuses y morteros de diversos calibres (la artillería y los ingenieros que abrazaron la causa de la revolución consiguieron en el exterior la victoria). Una hermosa caballería de carabineros alemanes, de mosqueteros, á las órdenes del viejo conde de Montmorin, de oficiales de la marina de Brest, de Rochefort y de Tolon, apoyaban nuestra infantería. La emigración general de estos últimos oficiales sumió á la Francia marítima en esta debilidad de que la había sacado Luis XVI. Jamás se habían ostentado con mas gloria nuestras escuadras desde Duquesne y Tourville. Mis camaradas estaban muy alegres: yo tenía las lágrimas en los ojos cuando veía pasar á estos dragones del Océano, que no gobernaban ya los navios que humillaron á los ingleses y libertaron la América. En lugar de ir á buscar nuevos continentes que legar á la Francia, estos compañeros de la Perouse se hundían en los barrizales de la Alemania. Montaban el caballo consagrado á Neptuno; pero habían cambiado de elemento, y la tierra no era para ellos. En vano su comandante llevaba á su cabeza el pabellon destrozado de la *Belle Poule*: santa reliquia de la bandera blanca, de cuyos girones pendía aun el honor, pero de donde había huido ya la victoria.

Teníamos tiendas; por lo demás, no carecíamos de todo. Nuestros fusiles alemanes, armas de rebusco, de una pesadez horrorosa, nos destrozaban la espalda, y frecuentemente no se podía tirar con ellos. Yo he hecho toda la campaña con uno de estos mosquetes, enteramente inútil.

Permanecimos dos días en Tréveris. Me alegré mucho de ver ruinas romanas despues de haber visto las ruinas sin nombre del Ohio; de visitar esta ciudad, tan frecuentemente saqueada de la cual decía Salvia-no: «Fugitivos de Tréveris: queréis espectáculos; pedís á los emperadores los juegos del Circo; ¿para qué Estado, os pregunto, para qué pueblo, para qué ciudad?» ¡Teatra igitur queritis? circum á principibus postulatis? Cui, queso, statui, cui populo, cui civitati?

Fugitivos de Francia; ¿dónde estaba el pueblo para quien queríamos restablecer los monumentos de San Luis?

Yo me sentaba en medio de las ruinas con mi fusil; sacaba de mi mochila el manuscrito de mi viaje á América; ponía las páginas separadas en la yerba alrededor mio; releía y corregía una descripción de un bosque, un pasaje de Atala, entre las ruinas de un anfiteatro romano, preparándome así á conquistar la Francia. Despues recogía mi tesoro, cuyo peso, unido al de mis camisas, mi capote, mi jarro de estaño, mi botella espartada y mi Homero, me hacían esputar sangre. Intentaba meter á Atala con mis inútiles cartuchos en mi cartuchera; mis camaradas se burlaban de mí, y arrancaban las hojas que asomaban por los dos lados de la cubierta de cuero. La Providencia me socorrió: habiéndome acostado una noche en un pajar, no hallé al despertar mis camisas, y me habían dejado mis papeles. Alabé á Dios: asegurando mi gloria este accidente; me salvó la vida, porque las sesenta libras que pesaban sobre mis espaldas me

hubieran lastimado el pecho.—«¿Cuántas camisas tengo?» preguntaba Enrique IV á su camarada.—«Una docena, señor; pero hay algunas destrozadas.—Y pañuelos, ¿tengo ocho?»—«Ya no hay mas que cinco.» El bearnés ganó la batalla de Ivry sin camisas; pero yo no he podido devolver su reino á sus hijos perdiendo las mias.

Londres, de abril á setiembre de 1822.

VIDA DE SOLDADO.—ÚLTIMA REPRESENTACION DE LA ANTIGUA FRANCIA MILITAR.

Vino la orden de marchar á Thionville. Andábamos cinco ó seis leguas diarias. El tiempo era muy malo; caminábamos en medio de la lluvia y por el fango, cantando: ¡Oh Richard! ¡Oh mon roi! ¡Oh pauvre Jacques! Cuando llegamos al campamento, no teniendo ni furgones, ni viveres, íbamos con asnos, que seguían la columna como una caravana árabe, á buscar que comer en las granjas y los pueblecillos. Pagábamos muy escrupulosamente; yo sufrí, sin embargo, una fación correccional por haber tomado impensadamente dos peras en el jardín de un castillo.

Un convento, un rio y un gran señor, dice el proverbio, son malos vecinos.

Plantamos al azar nuestras tiendas, cuyo lienzo teníamos que sacudir á menudo para impedir que penetrase el agua. Éramos diez soldados para cada tienda; estábamos todos encargados por turno de la cocina; uno cuidaba de la vianda, otro iba por el pan, y otro por la leña y por la paja. Yo hacia la sopa maravillosamente; recibía muchos cumplimientos cuando hacia el rancho al estilo de Bretaña; había aprendido á soportar el humo entre los iroqueses, de manera que no me molestaba mi lumbre hecha de ramajes verdes. Esta vida de soldado es muy divertida; me creía todavía entre los indios. Cuando comíamos, mis camaradas me hacían referir historias de mis viajes, que me pagaban con hermosos cuentos: todos mentamos como un cabo en la taberna con un recluta que paga el escote.

Una cosa me molestaba, y era lavar mi camisa; era preciso, y muy á menudo, porque los atentos ladrones no me habían dejado mas que una que me había prestado mi primo Armand, y la que yo llevaba puesta. Cuando jabonaba mis calzoncillos, mis pañuelos y mi camisa á la orilla de un riachuelo, con la cabeza baja y los riñones en alto, me daban vahidos; el movimiento de los brazos me causaban un dolor insoponible en el pecho. Me veía obligado á sentarme entre las colas de caballo y los berros, y en medio del movimiento de la guerra, me divertía viendo correr un arroyuelo. Lope de Vega hace lavar la *venda del amor* á una pastorcilla; esta pastora me hubiera sido muy útil para un pequeño turbante de abedul que había recibido de mano de mis florideñas.

Un ejército se compone ordinariamente de soldados casi de la misma edad, de la misma estatura, de la misma fuerza. Bien diferente era el nuestro: reunion confusa de hombres hechos, de ancianos, de jóvenes salidos de sus palomares, con la gerga normanda, bretona, la de Picardia, gascona, provenzal, del Langüedoc y Bearn. Un padre servía con sus hijos, un suegro con su yerno, un tío con sus sobrinos, un hermano con otro, un primo con otro primo. Este ejército feudal, tan ridículo como parecía, tenía nobleza sin embargo, porque estaba animado por convicciones sinceras; ofrecía el espectáculo de la vieja monarquía, y era la última representación de un mundo que pasaba. Yo he visto caballeros ancianos, de aspecto severo, pelo gris, vestido destrozado, con el morral y el fusil á la espalda, marchar con el baston en la mano apo-

Cuando no estaba ni de guardia en las baterías ni de servicio en la tienda, me gustaba cenar en el ferial. Allí se repetían las historias del campamento; pero, animadas por los brindis, eran mucho más hermosas.

Uno de nuestros camaradas, capitán por privilegio, cuyo nombre se ha oscurecido bajo el de *Dinarzade*, que nosotros le pusimos, era célebre por sus cuentos: hubiera sido más correcto llamarlo *Sheherazade*, pero nosotros no éramos escrupulosos. Apenas lo veíamos, corríamos á él, nos lo disputábamos á ver quién se pondría á su lado. De corta estatura, de piernas largas, cara lacia, bigotes tristes, de ojos

atravesados, voz gruesa, gran espada en vaina de café con leche, presencia de poeta militar. *Dinarzade*, chocarrero serio, no reía jamás, y no se le podía mirar sin reír. El era el testigo obligado de todos los duelos, el amante de todas las damas de mostrador. Tomaba á lo trágico todo lo que decía, y no interrumpía su narración más que para beber en una botella, encender su pipa ó tragar una salchicha.

Una noche que lloviznaba, formábamos círculo junto á la espita de un tonel inclinado hacia nosotros de una carreta, cuyas varas estaban en el aire. Una vela pegada en el barril nos alumbraba; una arpillera



CHATEAUBRIAND CORRIGIENDO SU MANUSCRITO EN UN VIVAC DEL EJERCITO DE CONDÉ.

colocada diestramente nos servía de techo. *Dinarzade*, con su espada atravesada á lo Federico II, de pié junto á la rueda del carruaje y la grupa de un caballo, contaba una historia con gran satisfacción nuestra. Las cantineras que nos traían la pitanza se quedaban allí para escuchar á nuestro árabe. La tropa atenta de bacantes y silenos que formaban la comparsa, acompañaba la narración con muestras de sorpresa, aprobación ó desaprobación.

—«Señores, decía el narrador: ¿todos habeis conocido al caballero Vert, que vivía en tiempo del rey Juan?» Y cada uno respondía:—«Sí, sí.» mientras él engullía una salchicha.

—«Este caballero Vert, como sabeis, puesto que lo

habeis visto, era muy hermoso; cuando el viento levantaba sus cabellos rojos sobre su casco, parecía á una guirnalda de lino sobre un turbante verde.» La asamblea:—«¡Bravo, bravo!»

—«En una noche de mayo sonó una bocina en el puente levadizo de un castillo de Picardía ó de Auvergne, poco importa. En este castillo vivía la *dama de las grandes compañías*. Recibió bien al caballero; lo hizo desarmar, conducir al baño, y se vino á sentar con él en una magnífica mesa; pero ella no comió, y los pajes que servían eran mudos.»

La asamblea:—«¡Oh! ¡oh!»

—«La dama, señores, era grande, chata, flaca y dislocada, como la mujer del Mayor; por otra parte,

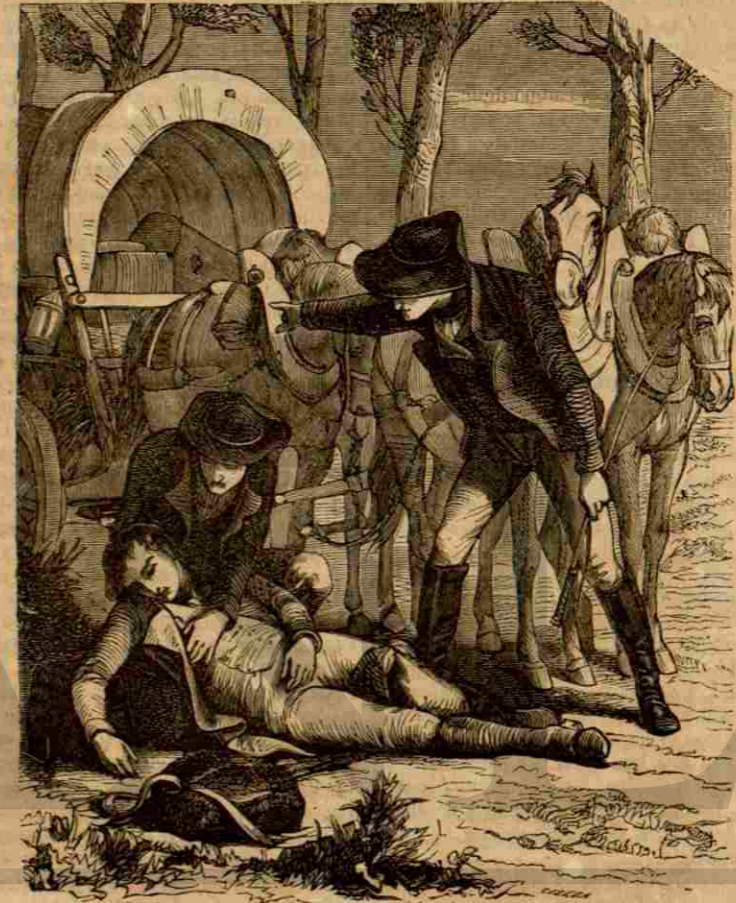
mucha fisonomía y aire de coqueta. Cuando reía y enseñaba sus dientes largos bajo su corta nariz, no se sabía ya dónde estaba. Ella se enamoró del caballero, y el caballero de la dama; á pesar de que le daba miedo.»

Dinarzade vació la ceniza de su pipa y quiso llenarla de nuevo; pero se le obligó á continuar.

—«El caballero Vert, muy anonadado, se resolvió á abandonar el castillo; pero antes de partir, pide á la castellana explicación de muchas cosas extrañas; él la ofrecía al mismo tiempo su blanca mano, con tal de que no fuera hechicera.»

El espadon de *Dinarzade* estaba clavado y colocado entre sus rodillas. Sentados é inclinados hacia adelante, formábamos alrededor de él con nuestras pipas una guirnalda de chispas como el anillo de Saturno. De repente gritó como fuera de sí:—«¡Pues, señores; la *dama de las grandes compañías* era la muerte!»

Y el capitán, rompiendo las filas y gritando:—«¡La muerte! ¡la muerte!» hizo huir á todas las cantineras. La sesión se levantó; el ruido fue grande, y las risotadas prolongadas. Nos acercamos á Thionville al ruido del cañon de la plaza.



CHATEAUBRIAND ES SOCORRIDO POR LOS CRIADOS DEL PRÍNCIPE DE LIGNE.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

NOCHE EN LOS PABELLONES DE ARMAS.—PERRO HOLANDES.—RECUERDO DE LOS MÁRTIRES.—MI COMPAÑÍA EN LAS AVANZADAS.—EUDORO.—ULISES.

El sitio continuaba, ó por mejor decir no había sitio, porque no se abría brecha y no había tropa suficiente para el asalto. Se contaba con inteligencias y se esperaba la noticia de los triunfos del ejército prusiano ó del de Clairfait, con el cual se hallaba el cuerpo francés del duque de Borbon. Nuestros pocos recursos se agotaban; París parecía que se alejaba. El mal tiempo no cesaba; estábamos aislados en medio de nuestros trabajos; yo me despertaba algunas veces en una zanja con el agua hasta el cuello: al día siguiente amanecía tullido.

Entre mis compatriotas había hallado á Ferron de la Sigoniere, mi antiguo camarada de clase en Dinau. Dormíamos mal bajo nuestro pabellon; nuestras cabezas, fuera de la tienda, recibían la lluvia gota á gota. Me levantaba, y me iba á pasear con Ferron por delante de los pabellones de armas, porque todas las noches no eran tan divertidas como las de *Dinarzade*. Marchábamos silenciosos, escuchando la voz de los centinelas, mirando las luces de las calles de nuestras tiendas, como habíamos visto en otro tiempo en el colegio los faroles de nuestros corredores. Hablábamos del pasado y del porvenir, de las faltas que se habían cometido y de las que se cometerían; deplorábamos la ceguedad de los príncipes, que creían volver á su patria con un puñado de servidores, y afirmar con la ayuda del extranjero la corona en la cabeza de su hermano. Me acuerdo de haber dicho á mi camarada que la Francia querría imitar á la Inglaterra; que el rey perecería en el cadalso, y que proa-

blemente nuestra expedición contra Thionville sería un motivo grande de acusación contra Luis XVI. Ferron se conmovió con mi predicción: es la primera de mi vida. Después he hecho otras muchas, tan ciertas como poco atendidas, y cuando llegaba el suceso, todos se ponían á cubierto y se me abandonaba en manos de la desgracia que había previsto. Cuando los holandeses sufren una tormenta en alta mar, se retiran al interior del buque, cierran las escotillas y beben ponche, dejando un perro en el puente para que ladre á la tempestad; pasado el peligro, se envía al fiel á su nicho en el fondo de la sala, y el capitán vuelve á cubierta á gozar del tiempo en bonanza. Yo he sido el perro holandés del navío *Legitimidad*.

Los recuerdos de mi vida militar, grabados en mi pensamiento, los he escrito en el sexto libro de *Los Mártires*.

Bárbaro de la Armórica en el campo de los príncipes, llevaba á Homero con mi espada: prefería mi patria, la pobre, la pequeña isla de Aaron, á las cien ciudades de Creta. Yo decía como Telémaco: «Ese áspero país que no mantiene mas que cabras, me es mas agradable que los que producen caballos.» Mis palabras hubieran hecho reír al cándido Menelao, agathos Menelaos.»

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

PASO DE LA MOSELLE.—COMBATE.—LIBBA, SORDA Y MUDA.—ATAQUE DE THIONVILLE

Se esparció la noticia de que se iba á empeñar un combate; el príncipe de Waldeck debía intentar un asalto, mientras que nosotros, atravesando el río, llamaríamos la atención de la plaza por el lado de Francia.

Cinco compañías bretonas, una de ellas la mía, la compañía de oficiales de Picardía y de Navarra, el regimiento de voluntarios compuesto de jóvenes de Lorena y de desertores de varios regimientos, fueron mandados de servicio. Debíamos ser sostenidos por el Royal Allemand, y diferentes cuerpos de dragones que cubrían nuestra izquierda; mi hermano se hallaba en esta caballería con el barón de Montboissier, que se había casado con una hija de Mr. de Malesherbes, hermana de Mad. de Rosambo, y por consiguiente tía de mi cuñada. Escoltamos tres compañías de artillería austriaca con piezas de grueso calibre, y una batería de tres morteros.

Partimos á las seis de la tarde; á las diez pasamos la Moselle, por encima de Thionville, en pontones de alambre.

Amoena fluente

Sutberlabentis tacito rumore Moselle (Ausone).

Al amanecer estábamos en batalla en la orilla izquierda, con la caballería de línea á las alas, y la ligera á la cabeza. A nuestro segundo movimiento nos formamos en columna y empezamos á desfilar.

A las nueve oímos á nuestra izquierda el ruido de una descarga. Un oficial de carabineros vino á escape á decirnos que un destacamento del ejército de Kellermann estaba próximo, y que la acción se había empeñado entre los tiradores. El caballo de este oficial había sido herido en la cara; se encabritaba echando espuma por la boca y sangre por las narices; este carabnero, con el sable en la mano, sobre este caballo herido, estaba soberbio. El cuerpo que había salido de Metz maniobraba para envolvernos por el flanco; tenía piezas de campaña con las cuales alcanzó el regimiento de nuestros voluntarios. Yo oí

las exclamaciones de algunos reclutas heridos por la bala de cañón; estos gritos de una juventud llena de vida me causaron lástima: yo pensaba en sus pobres madres.

El tambor tocó á la carga, y fuimos en desorden hacia el enemigo. Nos acercamos tanto, que el humo no impedía ver lo horrible del rostro de un hombre dispuesto á derramar vuestra sangre. Los patriotas no habían adquirido todavía este aplomo que da el largo hábito de los combates y de la victoria; sus movimientos eran flojos, irresolutos; cincuenta granaderos de la vieja guardia hubieran pasado por encima de una masa heterogénea de ancianos y jóvenes nobles, indisciplinados; mil doscientos infantes se desorganizaron con algunos tiros de cañón de la artillería gruesa de los austriacos; se retiraron, y nuestra caballería los persiguió durante dos horas. Una alemana sordomuda, llamada Libbe ó Libba, había seguido á mi primo Armand. Yo la encontré sobre la verba que ensangrentaba su vestido, con el codo sobre sus rodillas cruzadas y altas; su mano, colocada bajo sus cabellos blondos y sueltos, apoyaba su cabeza. Lloraba mirando tres ó cuatro muertos, nuevos sordomudos que yacían á sus pies. No había oído el estrépito del rayo cuyo efecto veía, y no oía los suspiros que se escapaban de sus labios cuando ella miraba á Armand; jamás había oído la voz de su amado, y no oiría el primer grito del niño que llevaba en su seno; si el sepulcro no encerraba mas que el silencio, ella no se apercibiría de haber bajado á él.

Por lo demás, los campos de carnicería están en todas partes; en el cementerio del Este, en París, veinte y siete mil tumbas os harán conocer la batalla que da noche y día la muerte en vuestras calles.

Después de un descanso bastante largo, emprendimos de nuevo nuestro camino, y llegamos al anochecer bajo los muros de Thionville.

No se tocaban las cajas; el mando se hacía en voz baja. La caballería, á fin de rechazar una salida, se colocó á lo largo de los caminos hasta la puerta que debíamos cañonear. La artillería austriaca, protegida por nuestra infantería, tomó posición á veinte y cinco toesas de las obras avanzadas, á espalda de los gabiones levantados á la ligera. A la una de la noche, el 6 de setiembre, un cohete tirado del campamento de Waldeck dió la señal al otro lado de la plaza. El príncipe comenzó un fuego nutrido, que la plaza contestó vigorosamente: también nosotros hicimos fuego.

Los sitiados, no creyendo que tuviéramos tropa por esta parte, tenían desguarnecida esta parte de muralla: no perdimos nada en esperar: la guarnición armó una doble batería, que desmontó dos de nuestras piezas: El cielo parecía de fuego, nosotros estábamos sepultados en torrentes de humo. Me aconteció ser un pequeño Alejandro; extenuado de fatiga, me dormí profundamente casi bajo las ruedas de una cureña, donde estaba de guardia. Un obus reventó á seis pulgadas de tierra; desperté al golpe, y no me sentí herido hasta que toqué mi sangre. Envolví mi pierna con un pañuelo. En el llano, dos balas habían pegado en mi mochila en un movimiento de conversión. Atala, como hija cariñosa, se colocó entre su padre y el plomo enemigo; le quedaba que sostener el fuego del abad Morellet.

A las cuatro de la mañana cesó el fuego del príncipe de Waldeck; nosotros creímos que la ciudad se rendía, pero las puertas no se abrieron, y tuvimos que retirarnos. Después de una marcha fatigosa de tres días, entramos en nuestras posiciones.

El príncipe de Waldeck había llegado hasta el borde de los fosos que pensaba tomar, esperando su rendición de un ataque simultáneo; se suponían siempre divisiones en la ciudad, y se lisonjaban con la idea de que el partido realista traería las llaves á los príncipes. Los austriacos, que habían tirado á barbata, perdieron

mucha gente, el príncipe de Waldeck tuvo un brazo roto. Mientras que corrían algunas gotas de sangre en Thionville, se derramaba á torrentes en las prisiones de París; mi mujer y mis hermanas corrían mas peligro que yo.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

LEVANTAMIENTO DEL SITIO.—ENTRADA EN VERDUN.—ENFERMEDAD PRUSIANA.—RETIRADA.—VIRUELA.

Levantamos el sitio de Thionville, y nos dirigimos á Verdun, que se había rendido el 2 de setiembre á los aliados. Longwy, patria de Francisco de Mercy, había sucumbido el 28 de agosto. De todas partes llovian coronas al paso de Federico Guillermo.

Yo observé en medio de los pacíficos trofeos que el águila de Prusia flotaba sobre las fortificaciones de Vauban: no debía permanecer allí mucho tiempo: en cuanto á las flores, ellas iban á ver muy pronto marchitarse á las inocentes criaturas que las habían cortado. Uno de los asesinatos mas atroces del terror, fue el de las jóvenes de Verdun.

«Catorce jóvenes de Verdun, dice Riouffe, de un candor sin igual, y que parecían unas vírgenes jóvenes, ataviadas para una fiesta pública, fueron conducidas juntas al cadalso; desaparecieron de repente, y fueron segadas en su primavera; la corte de las mujeres, parecía al día siguiente de su muerte un parterre destrozado por la tempestad. Jamás he visto entre nosotros desesperación semejante á la que excitó esta barbarie.»

Verdun es célebre por el sacrificio de sus mujeres. Segun Gregorio de Tours, Deutérico, queriendo ocultar á su hija de las persecuciones de Theodoberto, la metió en un carro tirado por dos bueyes, y la precipitó en la Meuse. El instigador de la muerte de las jóvenes de Verdun fue el poetaastro regicida, Pons de Verdun, encarnizado contra su ciudad natal. Es increíble lo que el *Almanaque de las musas* ha dado de agentes al terror; la vanidad de las medianías produjo tantos revolucionarios, como el orgullo ofendido de los horteras y los abortos: revuelta análoga de las enfermedades del espíritu y las del cuerpo. Pons unió á sus epigramas embotados la punta de un puñal. Fiel en apariencia á las tradiciones de la Grecia, el poeta no quería ofrecer á sus dioses mas que la sangre de las vírgenes; porque la Convencion decretó, á consecuencia de su informe, que ninguna mujer embarazada pudiera ser traída á los tribunales. Hizo anular también la sentencia que condenaba á muerte á Mad. de Bonchamp, viuda del célebre general vandeano. ¡Ay! Nosotros, realistas, que seguíamos á los príncipes, llegamos á las derrotas de la Vandée sin haber pasado por su gloria.

No teníamos en Verdun para pasar el tiempo aquella famosa condesa de Saint-Balmont, que después de haber dejado el traje de mujer, montaba á caballo, y servía ella misma de escolta á las damas que la acompañaban, y que había dejado en su carruaje...» No estábamos apasionados del *viejo Gaula*, ni nos escribíamos billetes en *lenguaje de Amadis*. (Arnauld.)

La enfermedad de los prusianos se comunicó al ejército nuestro, y fui atacado de ella. Nuestra caballería había ido á reunirse con Federico Guillermo en Valmi. Ignorábamos lo que pasaba, y cuando esperábamos de un momento á otro la orden de avanzar, recibimos la de retirarnos.

Extremadamente débil, y no permitiéndome la herida marchar sino con dolor, seguí como pude á mi compañía, que se desbandó muy pronto. Juan Balne, hijo de un molinero de Verdun, salió muy joven de casa de su padre, con un monge, que lo encargó de su alforja. Al salir de Verdun llevaba la alforja de la monarquía, pero yo no he sido ni intendente, ni obispo, ni cardenal.

Si en las novelas que he escrito he tocado mi propia historia, en las historias que he contado he intercalado recuerdos de la historia viva, de que he formado parte. Así, en la vida del duque de Berri, he descrito algunas escenas que habían pasado ante mis ojos.

«Cuando se licencia un ejército, vuelve á sus hogares; pero ¿los soldados del ejército de Condé tenían hogares? ¿A dónde debía guiarlos el palo que apenas se les permitía cortar en los bosques de Alemania, después de haber entregado el mosquete que habían tomado para defender á su rey? ...»

«Fue preciso separarse. Los hermanos de armas se dieron un adiós, y tomaron diversos caminos. Todos fueron á saludar antes de partir á su padre y capitán, el anciano Condé, de cabellos blancos, el patriarca de la gloria, dió su bendición á sus hijos, lloró por su tribu dispersa, y vió abatir las tiendas de su campamento con el dolor de un hombre que ve hundirse el techo paternal.»

Aun no habían trascurrido veinte años, cuando el jefe del nuevo ejército francés, Bonaparte, se despidió de sus compañeros; ¡tan pronto pasan los hombres y los imperios! ¡Tan pronto la fama mas extraordinaria no se salva del destino mas comun! Dejamos á Verdun: Las lluvias habían destrozado los caminos; por todas partes se encontraban armones, cureñas, cañones empantanados, carros rotos, vivanderos con sus hijos á la espalda, soldados espirantes ó muertos en el lodo. Al atravesar una tierra labrada, estuve largo rato atollado en el barro hasta la rodilla; Ferron y una camarada me sacaron á mi pesar; yo les suplicaba que me dejaran, porque prefería morir.

El capitán de mi compañía, Mr. de Goyon Miniac, me dió el 16 de octubre un certificado muy honorífico. En Arlou vimos una fila de carretas, los caballos unos en pié, otros arrodillados; y algunos, con la nariz en tierra ya muertos, y metidos en las varas, parecían las sombras de una batalla que vivaqueaban á la orilla de la Estigia. Me preguntó Ferron lo que pensaba hacer, y le respondí: — «Si puedo llegar á Ostende, me embarcaré para Jersey, donde estará mi tío de Bedée; y desde allí podré ir á reunirme á los realistas de la Bretaña.»

La fiebre me minaba, y me sostenía con dificultad sobre mi pierna hinchada. Me sentí acometido de otro mal. Después de grandes vómitos, un salpudido cubrió mi cuerpo y la cara; una viruela pequeña se declaró; aparecía y desaparecía alternativamente, segun las impresiones del aire. De esta suerte emprendí á pié un viaje de doscientas leguas, con la riqueza de diez y ocho libras tornesas; todo esto, para mayor gloria de la monarquía. Ferron, que me había prestado los seis escudos de tres francos, me abandonó porque lo esperaban en Luxemburgo.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

Revisado en febrero de 1845.

LAS ARDENAS.

Al salir de Arlou me ajusté con un carretero, que me llevó cinco leguas por cuatro sueldos, dejándome sobre un monton de piedras. Di algunos pasos ayudado de mi muleta, y lavé el lienzo de mi herida en una fuente que corría á orillas del camino. La viruela había salido completamente, y me sentí aliviado. No había abandonado mi saco, que me cortaba las espaldas con las correas.

Pasé sin comer nada una noche en una granja. La mujer del propietario no quiso el precio de la cama; al amanecer me trajo una taza de café con leche, con panecillo negro, que yo hallé excelente. Me puse en

camino gallardamente, aunque me acontecía el caer muy á menudo. Cuatro camaradas que me alcanzaron tomaron mi mochila, á pesar de ballarse muy enfermos. Encontramos aldeanos, y de carreta en carreta hicimos en cinco dias bastante camino por las Ardenas, y llegar á Artert, Flamizoul y Belleve. El sexto dia me dejaron solo; la viruela blanqueaba y se caía.

Después de haber andado dos leguas, que me costaron seis horas, descubrí un aduar de bohemios acampado, con dos cabras y un asno, detrás de una zanja, alrededor de un fuego de ramaje. Apenas llegué, me dejé caer, y las singulares criaturas se apresuraron á socorrerme. Una mujer jóven, andrajosa, viva, morena, revoltosa, cantaba, saltaba, daba vueltas, teniendo atravesado su hijo sobre el seno; se apoyaba sobre los talones inclinándose sobre mí; me miraba con curiosidad á la luz del fuego; tomaba mi mano moribunda para decirme la buena ventura, pidiéndome un *sueldito*, lo cual era muy caro. Era difícil tener mas ciencia, gentileza y miseria que la de mi Sibila de las Ardenas. No sé cuándo me abandonaron los nómadas, de los que yo hubiera sido un hijo digno: cuando á la aurora salí de mi sopor, ya no los hallé. Mi buena venturera se había ido con el secreto de mi porvenir. En cambio del sueldo, había dejado á mi cabecera una manzana que sirvió para refrescarme la boca. Me desesperé, como Jeannot Lapin, entre el *tomillo* y el *rocío*; pero yo no podía ni *pacer*, ni *trotar*, ni dar muchas vueltas. Me levanté, sin embargo, con intención de hacer *mi corte á la aurora*; estaba ella muy hermosa, y yo muy feo; su cara rosada anunciaba su buena salud; se hallaba mejor que el pobre Céfalo de la Armórica. Aunque jóvenes los dos, éramos amigos viejos, y me figuraba que sus lágrimas eran para mí.

Me interné en el bosque, sin tristeza; la soledad me había vuelto á mi naturaleza. Yo cantaba la romanza del infortunado Cazotte:

Tout au beau milieu des Ardennes
Est un chateau sur le haut d'un rocher, etc., etc.

En el torreón de este castillo de fantasmas, el rey de España, Felipe II, ¿no hizo encerrar á mi compatriota el capitán La-Noue, que era nieto de una Chateaubriand? Felipe consentía en soltar al ilustre prisionero, si este consentía en dejarse sacar los ojos; La-Noue estuvo á punto de aceptar la proposición, tan ansioso estaba de volver á su querida Bretaña. ¡Ay! yo estaba poseído del mismo deseo, y para quitarme la vista, no necesitaba mas que del mal con que Dios se había servido afligirme. Yo no encontré á *sir Enquerrand procedente de España*, pero sí pobres astrólogos, buhoneros, que llevaban, como yo, toda su fortuna á la espalda. Un leñador entraba en el bosque; debía haberme tomado por una rama seca y cortarme. Algunas cornejas, alondras, algunos verdones, andaban por el camino, ó estaban inmóviles sobre las piedras, atentos al gabilan que se cernía en el aire. De cuando en cuando oía el sonido de una bocina de un porquero; yo entré á descansar en la choza de un pastor, donde no encontré mas que un gatito que me hizo mil graciosas caricias. El pastor estaba un poco distante, en pie, los perros sentados á diferentes distancias alrededor de los carneros; de dia, este pastor cogía yerbas, era médico y hechicero; por la noche miraba las estrellas y era un pastor caldeo.

Yo hice alto en un cebadero de ciervos; los cazadores pasaban á distancia. Una fuente murmuraba á mis pies; en el fondo de esta fuente, en este mismo bosque, Orlando *innamorato*, pero no *furioso*, vió un palacio de cristal, lleno de damas y de caballeros. Si el paladín, que se reunió á las brillantes nayades, hubiera dejado al menos á Brides de Oro á la orilla de la fuente; si Shakspeare me hubiera enviado á Rosalinda y al duque desterrado, me hubieran prestado un

gran servicio. Después de cobrar aliento, continué mi camino. Mis ideas, debilitadas, flotaban en un caos sin encanto: mis antiguos fantasmas, teniendo apenas la consistencia de sombras casi borradas, me rodeaban para decirme adios. Ya no tenía la fuerza de los recuerdos; yo veía en un horizonte indeterminado, mezclado de imágenes desconocidas, las formas aéreas de mis parientes y amigos. Cuando me senté en el borde del camino, me parecía ver rostros que me sonreían en el dintel de las cabañas distantes, en el humo azul del techo de las chozas, en la cima de los árboles, en lo trasparente de las nubes, en las gabilas iluminadas por el sol, que dejaba caer sus rayos sobre los arenales como un rastro de oro. Estas apariciones eran las de las Musas, que venían á asistir á la muerte del poeta; mi tumba abierta con los montantes de sus lirás bajo una encina de las Ardenas, convenía igualmente al soldado y al viajero. Algunas pollas descarriadas en la cama de las liebres, bajo los arbustos, hacían únicamente algún ruido en torno mio; vidas tan ligeras, tan ignoradas como la mía. Ya no podía andar, me sentía extremadamente mal; la viruela se internaba y me sofocaba.

Al concluirse el día, me tendí en el suelo sobre la espalda, en una zanja, con la cabeza apoyada en el saco de Atala, la muleta á mi lado, los ojos fijos en el sol, cuyas miradas se apagaban con las mias. Saludé con toda la dulzura de mi pensamiento al astro que había alumbrado mi primera juventud en mis lanchas paternales; los dos nos acostamos al mismo tiempo, él para levantarse mas glorioso, yo, según todas las probabilidades, para no despertarme mas. Me desvanecí con un sentimiento religioso: el último ruido que oí era la caída de una hoja y el canto de un pájaro.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

FURGONES DEL PRÍNCIPE DE LIGNE.—MUJERES DE NAMUR.—ENCUENTRO EN BRUSELAS Á MI HERMANO.—NUESTRA ÚLTIMA DESPEDIDA.

Parece que yo permanecí cerca de dos horas desmayado. Los furgones del príncipe de Ligne llegaron á pasar; uno de los conductores, que se había parado á cortar una vara de álamo, tropezó en mí sin verme: me creyó muerto, y me empujó con el pie: yo di señales de vida. El conductor llamó á sus camaradas, y por un instinto de piedad me echaron en un carrozato. Los vaivenes me resucitaron; pude hablar á mis salvadores; les dije que era un soldado del ejército de los príncipes; que si querían llevarme á Bruselas, les pagaría lo que valiera.—«Bien, camarada, respondió uno de ellos; pero será preciso que te apees en Namur, porque nos está prohibido llevar á nadie. Te volveremos á coger al otro lado de la ciudad.» Pedí de beber; tragué algunas gotas de aguardiente, que hicieron aparecer los síntomas de mi mal, y que desahogaron mi pecho: la naturaleza me había dotado de una fuerza extraordinaria.

A las diez de la mañana llegamos á los arrabales de Namur. Puse pie á tierra, y seguí los carros á distancia: pronto los perdí de vista. Me detuvieron á la entrada de la ciudad. Mientras examinaban mis papeles, me senté bajo la puerta. Dos soldados de guardia, viendo mi uniforme, me ofrecieron un pedazo de pan de municion, y el cabo me presentó un vaso de aguardiente. Yo hice algunos cumplimientos rehusando beber en la copa de la hospitalidad militar.—«¡Toma! exclamó cólerico, acompañando su mandato con un *sacrament der tewfel*.

Atravesé Namur con pena; iba apoyándome en las paredes. La primera mujer que me vió salió de su tienda, me dió el brazo con aire compasivo, y me

ayudó á andar; le di las gracias, y me respondió:—«No, no soldado.» Muy pronto llegaron otras mujeres; trajeron pan, vino, frutas, leche, ropas y mantas.—«Está herido, decían las unas en su patués francés brabanzon:—Tiene viruelas, decían otras; y apartaban los niños.—Pero, jóven, no podéis andar; vais á moriros; quedaos en el hospital.» Se relevaban de puerta en puerta, y me condujeron así hasta la de la ciudad, á cuya salida hallé los furgones. Se ha visto á una paisana socorrerme, se verá otra recogíendome en Guernesey. ¡Mujeres, que me habeis asistido en mi desgracia; si vivís todavía, que Dios ayude vuestra ancianidad y alivie vuestros dolores! ¡Si habeis muerto, que vuestros hijos gocen de la felicidad que el cielo me ha negado tanto tiempo!

Las mujeres de Namur me ayudaron á subir al furgon, me recomendaron al conductor, y me obligaron á aceptar una manta. Observé que me trataban con cierta especie de respeto y deferencia; hay en la naturaleza del francés algo de superior y delicado que reconocen los otros pueblos. La servidumbre del príncipe de Ligne me dejó otra vez en el camino á la entrada de Bruselas, y no quisieron tomar mi último escudo.

En Bruselas no me querían admitir en ninguna posada. El Judío Errante, Orestes popular que la justicia llevó á esta ciudad,

Quand il fut dans la ville
De Bruxelles en Brabant,

fue mejor recibido que yo, porque tenía siempre cinco sueldos en su bolsillo. Yo llamaba; abrian, y al verme me decían:—«Largo, largo,» y me daban con la puerta en las narices. Me cebaron de un café. Mis cabellos caían sobre mi cara enmascarada con mi barba y bigote; tenía la pierna liada; por encima de mi uniforme llevaba la manta de las de Namur, atada á mi cuello á guisa de capa. El mendigo de la Odissea era mas insolente, pero no tan pobre como yo.

Me había presentado inútilmente en la fonda en que yo había vivido con mi hermano; hice una segunda tentativa; al acercarme á la puerta, vi al conde de Chateaubriand que bajaba del coche con el baron de Montboissier. Le asustó mi aspecto. Se buscó una habitación fuera de la fonda, porque el dueño rehusó admitirme. Un peluquero ofrecía un chiribitil adecuado á mi miseria. Mi hermano me llevó un médico y un cirujano. Había recibido cartas de París: el señor de Malesherbes lo invitaba á volver á Francia. Me refirió la jornada del 10 de agosto, las matanzas de setiembre, y las noticias políticas que yo no sabía. Aprobé mi proyecto de pasar á la isla de Jersey, y me dió veinte y cinco luises. La debilidad de mi vista apenas me permitía distinguir las facciones de mi desgraciado hermano: yo creía que estas tinieblas emanaban de mí, y eran las sombras que la eternidad derramaba en torno suyo: sin saberlo nos veíamos por la última vez. Todos cuantos somos no tenemos mas que el minuto presente; el que le sigue es de Dios; hay siempre dos inconvenientes para no volver á ver al amigo á quien dejamos: nuestra muerte ó la suya. ¿Cuántos hombres no han subido jamás la escalera por donde habían bajado?

Sentimos la muerte en la de un amigo: es una parte que se desprende de nosotros, un mundo de recuerdos de la infancia, de intimidades de familia, de afecciones é intereses comunes que se disuelven. Mi hermano me precedió en el seno de mi madre; él habitó el primero estas santas entrañas, de que yo salí después de él; se sentó antes que yo en el hogar paterno; me esperó muchos años para recibirme, darme mi nombre cristiano y unirse á toda mi juventud. Mi sangre, mezclada á su sangre en el vaso revolucionario, hubiera tenido el mismo sabor, como

la leche del pasto de una montaña. Pero si los hombres han derribado la cabeza de mi hermano mayor y la de mi padrino antes de tiempo, los años no perdonarán la mia; ya mi frente se arruga; siento un Ugolino, el tiempo, que inclinado hácia mí me roe el cráneo.

Come'l pan per fame si manduca.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

OSTENDE.—PASAJE Á JERSEY.—DESEMBARCO EN GUERNESY.—LA MUJER DEL PILOTO.—JERSEY.—MI TIO DE BEDÉE Y SU FAMILIA.—DESCRIPCION DE LA ISLA.—EL DUQUE DE BERRI.—PARIENTES Y AMIGOS PERDIDOS.—INCONVENIENTES DE ENVEJECER.—PASO Á INGLATERRA.—ÚLTIMO ENCUENTRO CON GESRIL.

No volvía el doctor de su admiración; miraba esta viruela que entraba y salía sin matarme, que no llegaba á sus crisis naturales, como un fenómeno sin ejemplo en la medicina. La gangrena se declaró en mi herida; me la curaron con quina. Obtenidos estos primeros socorros, me obstiné en pasar á Ostende. Bruselas me era odioso; tenía vivos deseos de dejarlo; se llenaba nuevamente de estos héroes de la servidumbre, que habían regresado de Verdun en calea, y que no he vuelto á ver en este mismo Bruselas hasta que seguí al rey durante los *Cien Dias*. Llegué cómodamente á Ostende por los canales; allí encontré algunos bretones, compañeros de armas. Fletamos una barca, y bajamos por el canal de la Mancha. Nos acostábamos en la cala, sobre piedras que servían de lastre. El vigor de mi temperamento se agotó al fin. Ya no podía hablar; los movimientos de la plena mar acabaron de abatirme. Bebí apenas unas gotas de agua de limon, y cuando el mal tiempo nos obligó á arribar á Guernesey, se creyó que iba á espirar; un sacerdote emigrado me leyó la recomendación del alma. El capitán, no queriendo que muriese á bordo, mandó que me desembarcaran en el muelle; me sentaron al sol, con la espalda apoyada en el muro, la cabeza vuelta hácia el mar, enfrente de la isla de Aurigni, donde ocho meses antes había visto la muerte bajo otro aspecto.

Aparentemente estaba expuesto á la piedad. La mujer de un piloto inglés pasaba; se conmovió, llamó á su marido, y este, ayudado de dos ó tres marineros, me llevó á una casa de pescador, á mí, al amigo de las ondas, y me acostaron en una cama buena con ropas muy blancas.

La jóven marinera cuidó con toda asiduidad al extranjero: yo le debo la vida. Al dia siguiente me volvieron á embarcar. Casi lloraba mi huéspeda al separarse de su enfermo; las mujeres tienen un instinto celestial para la desgracia. Mi blonda y hermosa guardiana, que se parecía á una figura de los antiguos grabados ingleses, estrechaba mis manos ardientes en sus frescas manos; yo me avergonzaba de acercarle tantas desgracias á tantos encantos.

Nos dimos á la vela, y abordamos la punta occidental de Jersey. Uno de mis compañeros, el señor Tilleul, se dirigió á Saint-Helier, en busca de mi tio. Mi tio lo mandó al dia siguiente á buscarme con un caruaje. Atravesamos toda la isla; espirante como estaba, me encantaron sus florestas; pero yo deliraba y no decía mas que desatinos.

Cuatro meses estuve entre la vida y la muerte. Mi tio, su mujer, su hijo y sus tres hijas se relevaban en mi cabecera. Ocupaba una habitación en una de las casas que se empezaban á edificar á lo largo del puerto; desde mi cama veía el mar. El médico, Mr. Delattre, había prohibido que me hablaran cosas serias, y sobre todo de política. En los últimos dias de ener'

de 1793, viendo entrar á mi tío de luto riguroso, temblé, porque creía que habíamos perdido á alguno de la familia; me dió la noticia de la muerte de Luis XVI. No me extrañó: yo la había previsto. Pedí noticia de mis parientes: mis hermanos y mi mujer habían vuelto á Bretaña, después de los asesinatos cometidos allí; habían sentido mucho salir de París. Mi hermano, de vuelta en Francia, se había retirado á Malesherbes.

Yo comenzaba á levantarme; la viruela había pasado, pero sufría del vientre y me había quedado una debilidad que me duró mucho tiempo.

Jersey, la *Cesárea* del itinerario de Antonino, ha quedado sujeta á la corona de Inglaterra desde la muerte de Roberto, duque de Normandía; hemos querido recobrarla muchas veces, pero siempre sin éxito. Esta isla es un resto de nuestra primitiva historia; los santos que venían de Hibernia y de Albion á la Bretaña-Armórica, descansaban en Jersey.

San Hilario, ermitaño, habitaba en las rocas de Cesárea: los vándalos lo asesinaron.

Se encuentra en Jersey rastro de los viejos normandos; parece que se oye hablar á Guillermo el Bastardo ó al autor del romance de Rou.

La isla es fecunda; tiene dos ciudades y doce parroquias; está cubierta de casas de campo y de rebaños. El viento del Océano, que parece desmentir su rudeza, da á Jersey miel exquisita, leche de una dulzura extraordinaria, y manteca de un amarillo subido, que huele á violetas. Bernardin de Saint-Pierre presume que el manzano nos viene de Jersey: se equivooca; la pera y la manzana han venido de Grecia; el alberchigo de Persia; el limón de la Medea; la ciruela de Siria; la cereza de Cesaronte; la castaña de Castana; el membrillo de Cidon, y la granada de Chipre.

Tuve un gran placer en salir los primeros días de mayo. La primavera conserva en Jersey toda su juventud; aun podría llamarse *primula* como en otro tiempo; nombre que ha envejecido y ha dejado á su hija la primera flor con que se engalana.

Aquí os transcribiré dos páginas de la vida del duque de Berry; siempre es como contaros la mía:

«Después de veinte y dos años de combate, se rompió la barrera de bronce que encerraba á la Francia; la hora de la restauración se acercaba; nuestros príncipes abandonaron su retiro. Cada uno se dirigió á diferentes puntos de la frontera, como esos viajeros que intentan, á costa de su vida, penetrar en un país, del que se cuentan maravillas. El hermano mayor del rey partió para Suiza; el duque de Angulema fué á España, y su hermano á Jersey. En esta isla, donde algunos jueces de Carlos I murieron ignorados de la tierra, halló el señor duque de Berri realistas franceses, envejecidos en el destierro, y olvidados por sus virtudes, como en otro tiempo los regicidas ingleses por su crimen. Encontró ancianos sacerdotes, consagrados á la soledad; él realizó con ellos la ficción del poeta que hace abordar un Borbon á la isla de Jersey después de una borrasca. Tal confesor y mártir podía decir al heredero de Enrique IV, como el ermitaño de Jersey á este gran rey:

Loin de la cour alors, dans cette grotte obscure,
de ma religion je viens pleurer l'injure.

HENRIADE.

«El duque de Berri pasó algunos meses en Jersey: el mar, los vientos, la política, lo encadenaron allí. Todo se oponía á su impaciencia; estuvo á punto de renunciar á su empresa, y de embarcarse para Burdeos. Una carta suya, á la señora mariscal de Moreau, nos describe vivamente sus ocupaciones sobre su roca:

8 de febrero de 1814.

«Héme aquí como Tántalo, enfrente de esta desgraciada Francia, que halla tantos obstáculos para romper sus cadenas. Vos, que tenéis el alma tan bella, tan francesa, juzgad lo que sufro, ¡cuánto me cesará alejarme de estas playas que podría abordar en dos horas! Cuando el sol las ilumina, subo á la cumbre de estas rocas, y con el anteojo en la mano miro toda la costa, y veo los peñascos de Coutances. Mi imaginación se exalta; me contemplo saltando á tierra, rodeado de franceses, con escarapelas blancas en los sombreros; oigo el grito de ¡viva el rey! este grito que no ha oído nunca un francés con sangre fría; la mujer mas hermosa de la provincia me ciñe una banda blanca, porque el amor y la gloria van siempre juntos. Marchamos á Cherburgo; algún villano fuerte, con guarnición de extranjeros, quiere defenderse; lo tomamos por asalto, y parte un buque para ir á buscar al rey, con el pabellón blanco, que recuerda los días gloriosos y felices de la Francia. ¡Ha, señora! Cuando se está á pocos pasos de un sueño tan probable, ¿se puede pensar en alejarse?»

Tres años hace que yo escribía estas páginas en París: había precedido veinte y dos años al duque de Berri en Jersey, ciudad de desterrados; yo debía dejar allí mi nombre, porque Armand de Chateaubriand se casó allí, y en ella nació su hijo Federico.

No había abandonado la alegría á la familia de mi tío de Bedée; mi tía acariciaba siempre un perro que descendía de aquel cuyas virtudes he referido; como mordía á todo el mundo, mis primas lo hicieron matar secretamente, á pesar de su nobleza. La señora de Bedée se persuadió de que había sido robado por oficiales ingleses, encantados de la belleza de Azor, y que vivía colmado de honores y comidas en el mas hermoso palacio de los tres reinos. ¡Ay! Nuestra alegría presente no se componía mas que de nuestra alegría pasada. Recordando las escenas de Montchoix, hallábamos medios de reírnos en Jersey. La cosa es bastante rara, porque en el corazón humano no guardan los placeres entre sí la relación que las penas; los nuevos regocijos no vuelven la primavera á los antiguos; pero los dolores recientes hacen reverdecir los pasados.

Por lo demás, los emigrados excitaban entonces la simpatía general; nuestra causa parecía la causa del orden europeo: interesa una desgracia honrosa, y la nuestra lo era.

El señor de Bouillon protegía en Jersey á los emigrados franceses; él me disuadió de pasar á Bretaña; imposibilitado como me hallaba de soportar una vida de fortalezas y de montañas, me aconsejó que me dirigiera á Inglaterra, y que buscara allí ocasión de hacer un servicio regular. Mi tío, escaso de metálico, empezaba á sentir el peso de su numerosa familia; se había visto obligado á enviar á Londres á su hijo á que se mantuviera de miseria y esperanzas. Temiendo ser gravoso á mi tío, traté de desembarazarlo de mi persona.

Treinta luises que me trajo un buque contrabandista de Saint-Malo me pusieron en estado de ejecutar mi proyecto, y pagué mi flete en el paquebot de Southampton. Al despedirme de mi tío me enternece profundamente; acababa de cuidarme con el afecto de un padre: á él debía los pocos instantes felices de mi infancia; conocía cuánto le amaba yo; hallé en su fisonomía alguna semejanza con la de mi madre. Yo había abandonado á esta madre excelente, que no vería mas; había abandonado á mi hermana Julia y á mi hermano, y estaba condenado á no volverlos á encontrar; dejaba á mi tío, y su marchita fisonomía no debía alegrar otra vez mis ojos. Algunos meses habían bastado para todas estas pérdidas, porque la muerte de nuestros

amigos no se cuenta desde el momento en que mueren, sino desde aquel en que dejamos de vivir con ellos.

Si se pudiera decir al tiempo: «¡alto!» lo detendríamos en las horas de delicias; pero como no se puede, no vivimos aquí bajo; vámonos, pues, antes de haber visto desaparecer á nuestros amigos y estos años que el poeta hallaba solo dignos de la vida, *vita dignior atas*. Lo que encanta en la edad de las relaciones se convierte en la edad del desamparo en objeto de sufrimiento y pesar. No se desea ya la vuelta de la primavera; antes se la teme; los pájaros, las flores, una hermosa tarde á fines de abril, una hermosa noche que comienza con el primer ruiseñor, que acaba la mañana con la primera golondrina, estas cosas, que despiertan la necesidad y el deseo del bien, nos matan. Todavía sentís tales encantos, pero ya no son para vosotros; la juventud que los disfrutó á vuestro lado, y que os mira desdeñosamente, os da celos, y os hace comprender mejor la profundidad de vuestro abandono. La frescura y la gracia de la naturaleza, recordándoos vuestra felicidad pasada, aumentan el peso de vuestras miserias. Ya no sois mas que un lunar de esta naturaleza; descomponéis su armonía y suavidad con vuestra presencia, con vuestras palabras, y aun con los sentimientos que intentarais expresar. Podéis amar, pero no ser amados. La fuente de la primavera ha renovado sus aguas sin volveros vuestra juventud, y la vista de todo lo que renace, de todo lo que es feliz, os reduce á la dolorosa memoria de vuestros placeres.

El paquebot en que me embarqué estaba lleno de familias emigradas. Allí conocí á Mr. Hingant, antiguo colega de mi hermano en el parlamento de Bretaña, hombre de talento y de gusto, de quien hablaré bastante. Un oficial de marina jugaba el ajedrez en la cámara del capitán; no reconoció mi cara; tan cambiada estaba! pero yo reconocí á Gesril. No nos habíamos visto desde Bretaña; debíamos separarnos en Southampton. Le conté mis viajes, y él me contó los suyos. Este joven, nacido á mi lado, entre las olas, abrazó por la última vez á su primer amigo en medio de estas aguas que iba á tomar por testigos de su gloriosa muerte. Lamba Doria, almirante de los genoveses, habiendo batido el flota veneciana, sabe que su hijo ha sido muerto: — *Que se le arroje al mar*, dice este padre, á imitación de los romanos; como si hubiera dicho: *Que se le arroje á su victoria*. Gesril no salió voluntariamente de las olas en que se había precipitado, mas que para probarles mejor su victoria en sus playas.

Ya he dado al principio del sexto libro de estas *Memorias* el certificado de mi desembarco de Jersey en Southampton. Hé aquí que, después de mis correrías por los bosques de América y los campos de Alemania, llegué en 1793, pobre emigrado, á esta tierra, donde escribo todo esto en 1822, y donde soy ahora magnífico embajador.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

LITERARY FUND.—DESVAN DE HOLBORN.—DECAIMIENTO DE MI SALUD.—VISITA Á LOS MÉDICOS.—EMIGRADOS EN LONDRES.

Se ha formado en Londres una asociación para socorrer á los literatos necesitados, tanto ingleses como extranjeros; convidado á la reunión anual de esta sociedad, consideré como un deber asistir á ella y satisfacer mi cuota. S. A. R. el duque de York ocupaba el sillón de la presidencia; á su derecha estaban el duque de Somerset y los lóres Torrington y Bolton; invitado por el príncipe, me coloqué yo á su izquierda. Allí encontré á mi amigo Mr. Canning. El ilustre poeta, orador y ministro, pronunció un discurso, en el

cual hay algunas frases, sobrado honoríficas para mí que han repetido los periódicos: «Aunque la persona de mi noble amigo el embajador de Francia sea todavía poco conocida en este país, sus prendas y sus escritos lo son en toda Europa. Comenzó su carrera exponiendo los principios del cristianismo; la continuó defendiendo los de la monarquía, y ahora acaba de llegar á nuestra patria para enlazar á entrambos Estados con los vínculos comunes de los principios monárquicos y las virtudes cristianas.»

Muchos años há que Mr. Canning, siendo mero literato, se instruía en Londres con las lecciones de política de Mr. Pitt, y casi hace los mismos que empecé yo á escribir oscuramente en la propia capital de Inglaterra. Uno y otro hemos alcanzado alta fortuna, y ahora somos individuos de una sociedad consagrada al alivio de los escritores infelices. ¿Nos han reunido aquí las afinidades de nuestra grandeza, ó las relaciones establecidas por nuestros padecimientos? ¿Qué harían en el banquete de las musas desvalidas el gobernador de las Indias Orientales y el embajador de Francia? Jorge Canning y Francisco de Chateaubriand son los que toman asiento en él, en conmemoración de su adversidad, y acaso tambien de sus pasadas venturas, y entrambos beben á la memoria de Homero, cuando cantaba por un pedazo de pan sus versos.

Si el *Literary fund* hubiese existido cuando llegué de Southampton á Londres, en 21 de mayo de 1793, quizás hubiera pagado la visita que hizo un médico al desvan de Holborn, donde me alojó mi primo La Bouetardais, hijo de mi tío de Bedée. Habíanse fundado grandes esperanzas en el cambio de aires, creyendo que bastaría para devolverme las fuerzas necesarias á la vida militar; pero mi salud desmejoró mas y mas en vez de restablecerse. Se me afectó el pecho, estaba pálido y delgado, tosía frecuentemente, respiraba con dificultad, y tenían trasudores y espantos de sangre. Mis amigos, que eran tan pobres como yo, me llevaban de médico en médico; después que cada Hipócrates hacia aguardar una hora á aquella partida de portadores, declaraba, á cambio de una guinea, que yo debía resignarme á mi enfermedad, añadiendo: — *Tis done, dear sir*: «esto es hecho, amigo.» El doctor Godwin, célebre por sus experimentos relativos á los ahogados, y aplicados por disposición suya y con sus recetas á su propia persona, fue mas generoso; me otorgó de balde sus consejos, y dijo, con aquella dureza con que á sí mismo se trataba, que podría tirar algunos meses, y aun quizá un año ó dos, con tal de que renunciase á todo ejercicio molesto: — «No contéis con andar mucho camino,» concluyó, como reasumiendo su consulta.

La certidumbre, así adquirida de mi próximo fin, aumentó la tristeza natural de mi imaginación, pero prestó una increíble tranquilidad á mi espíritu. Por medio de esta disposición interior se explican un trozo de la advertencia puesta á la cabeza del *Ensayo histórico*, y este otro párrafo del mismo *Ensayo*: «Atacado de una enfermedad que me deja pocas esperanzas, veo las cosas con ojos serenos; el aura pacífica de las tumbas se hace ya sentir del viajero que solo dista de la suya algunas jornadas.» — No extrañará, pues, nadie la amargura de las reflexiones contenidas en el *Ensayo*, obra compuesta cuando pesaba sobre mí una sentencia de muerte, entre el momento del fallo y el de la ejecución. Un escritor que creía tocar á su fin en el desamparo de su destierro, no podía tender miradas risueñas sobre el mundo.

Pero ¿cómo había de mantenerme durante el tiempo de limosna que me quedaba? Fácil me hubiera sido vivir ó morir de una vez con mi espada; pero se me prohibía su uso; y ¿qué mas tenía? Una pluma, que ni era conocida, ni se había probado siquiera, ignorando yo aun cual fuese su fuerza. ¿Bastarian, para

cautivar la atención del público, la afición á las letras, innata en mí, las poesías de mi infancia y los precipitados apuntes de mis viajes? Ya me había ocurrido la idea de escribir una obra sobre las revoluciones comparadas, y meditaba sobre ella cual sobre un asunto mas adaptado á los intereses del día; pero ¿quién consentiría en encargarse de la impresión de un manuscrito falto de encomiadores, y quién me mantendría mientras compusiera este manuscrito? Solo me restaban algunos dias que pasar en la tierra; mas era preciso algun recurso para sostenerlos, por cortos que fuesen. Mis treinta lises, harto mermados ya, no podían durar mucho, y amen de mis apuros personales, necesitaba atender á la miseria comun de la emigración. Todos mis compañeros de Londres se ocupaban en algo; unos habían entrado en el comercio del carbon, otros hacían con sus mujeres sombreros de paja; y otros enseñaban la lengua francesa, que no sabían. Ninguno había perdido su buen humor; la frivolidad, que es un defecto de nuestra nación, se había trocado en virtud en aquellos hombres, que se reían en la propia cara de la fortuna, ladrona corrida de llevarse lo que nadie le reclamaba.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

PELLETIER.—OCUPACIONES LITERARIAS.—ME ACOMPAÑO CON HINGANT.—NUESTROS PASEOS.—UNA NOCHE EN LA IGLESIA DE WESTMINSTER.

Pelletier, el autor del *Domine salvum fac regem*, y redactor principal de las *Actas de los Apóstoles*, continuaba en Londres su empresa de París. No tenía precisamente vicios, pero le corrió una carcoma de defectos, de los cuales era imposible curarlo; libertino y desarreglado, ganaba mucho dinero y lo despilfarraba: servía á un tiempo como defensor de la legitimidad y como embajador del rey negro, Cristóbal, cerca de Jorge III; era corresponsal del señor conde de la Limónada, y se bebía en vino de Champagne el sueldo que le pagaban en azúcar. Este segundo Mr. Violet, que tocaba las grandes sinfonías de la revolución con un violín de faltriguera, me ofreció sus servicios á título de breton. Le hablé de mi plan del *Ensayo*, y lo aprobó de tal manera, que, exclamando: «¡Será magnífico!» me ofreció un aposento en casa de su impresor Baylie, y prometió que este pondría la obra en prensa segun la fuese yo escribiendo. El librero Debofle debía correr con venderla, y Pelletier en persona con anunciarla á son de trompeta, en su periódico *El Ambigu*, interin pudiéramos introducirnos en el *Correo francés* de Londres, cuya redacción pasó poco despues á manos de Mr. de Montlosier. Pelletier no desconfiaba de nada, y hasta quería obtener para mí la cruz de san Luis por el sitio de Thionville. En resumen, mi buen Gil Blas, persona alta, flaca y caricacocada, de cabellos empolvados y frente calva, y hablador como él solo, se caló el sombrero sobre la oreja, me asió del brazo y me llevó á casa del impresor Baylie, donde alquiló sin ceremonia para mi un aposento que costaba una guinea mensual.

Hallábame, por fin, al frente de un dorado porvenir; pero, ¿en qué tabla podía atravesar lo presente? Pelletier me proporcionó algunas traducciones del latín y del inglés; á ellas dedicaba el día, y por la noche trabajaba en el *Ensayo histórico*, en el cual intercalé parte de mis viajes y de mis ensueños. Baylie me surtía de libros, y mas de una vez invertí disparatadamente mis chelines en comprar algun códice de los que campeaban en sus anaqueles.

Hingant, á quien encontré en el paquete de Jersey, se había relacionado conmigo; tambien él cultivaba las letras; era instruido y escribía en secreto novelas, de las cuales solía leerme algunos trozos. Tomó una

habitacion bastante próxima á la de Baylie, en cierta calle que salía á Holborn: todas las mañanas á las diez me rennía con él para almorzar y hablar de política, y sobre todo de mis trabajos. Luego que le contaba lo que había adelantado en el edificio nocturno del *Ensayo*, volví á mi tarea diurna de las traducciones; despues nos juntábamos nuevamente para comer en un mal café, al precio de un chelín por cabeza, y terminada la comida salíamos á dar una vuelta, ó se marchaba cada cual por su lado, porque uno y otro teníamos igual afición á pasearnos meditando á solas.

En estos últimos casos me dirigía yo á Kensington ó Westminster. Complaciame en el primero discurrendo por su parte desierta, en tanto que la inmediata á Hyde-Park se llenaba de una brillante muchedumbre; y el contraste de mi indigencia con aquella riqueza, de mi aislamiento con aquella multitud, era grato á mi mente. Siempre que veía pasar á lo lejos á las jóvenes inglesas, sentía la misma confusión y los mismos deseos que en otros tiempos me infundía mi sílfide, cuando despues de ornarla con todas las ficciones de mi locura no me atrevía apenas á alzar los ojos hasta mi obra. La muerte, á que tan próximo me juzgaba, añadía un misterio mas á la vision de aquel mundo, del cual ya casi había yo salido... ¿Se fijó alguna mirada en el extranjero sentado al pié de los pinos? ¿Adivinó alguna mujer la invisible presencia de René...?

En Westminster eran otras mis ocupaciones; en medio de aquel laberinto de sepulcros, pensaba yo en el mio, que pronto debía abrirse. ¡El busto de un hombre tan desconocido como yo, no cabía al lado de aquellas ilustres efigies! Luego contemplaba las tumbas de los monarcas; ya no estaba allí Cromwell; Carlos II nunca había estado, y las cenizas del traidor Roberto Artois descansaban bajo las losas que yo oprimía con mis pasos leales. La suerte de Carlos I acababa de hacerse extensiva á Luis XVI; en Francia ejercía la segur diariamente su ministerio, y las fosas de mis parientes se hallaban ya abiertas.

De estas meditaciones me sacaban el canto de los maestros de capilla y los diálogos de los curiosos. Como no podía multiplicar mis visitas, porque tenia que dar á los guardas de los que ya no existían el chelín necesario á mi sustento, pasaba muchas tardes rondando en torno de la abadia, con las cornejas, ó contemplando sus campanarios, gemelos de tamaño desigual, que el sol poniente ensangrentaba con su fuego, bajo la negra cortina del humo de la ciudad.

Una vez que quise examinar á la luz del crepúsculo el interior de la basilica, me sucedió que, absorto en la admiración de aquella arquitectura llena de energia y de caprichos, se me pasó el tiempo; hizose noche interin vagaba yo lentamente, dominado por el sentimiento de la *sombria magnitud de las iglesias cristianas* (Montaigne), y se cerraron las puertas. Traté de buscar salida; llamé al *usher*, golpeé en las *gates*, pero todo aquel ruido se perdió, difundido y disuelto en el silencio, y tuve que resignarme á dormir con los difuntos.

Despues de vacilar algun tiempo, pensando en el rincón que debería escoger, me paré junto al mausoleo de lord Chattam, al pié del púlpito y la galería alta de la capilla de los Caballeros y de Enrique VII. A la boca de aquellas escaleras y de aquellas alas cerradas con verjas de hierro, me ofreció su abrigo un sarcófago incrustado en la pared, frente á una Muerte de mármol armada con su segur. Los pliegues de una mortaja, de mármol tambien, me sirvieron de nicho; á ejemplo de Carlos V, íbame ya acostumbrando á mi entierro.

Allí ocupaba uno de los primeros asientos para ver el espectáculo del mundo tal cual es. ¡Cuántas grandezas amontonadas bajo aquellas bóvedas! Y hoy, ¿qué queda? No son menos vanas las aficciones que

las venturas; la infeliz Juana Grey en nada se diferenciencia de la dichosa Elisa de Salisbury, á excepcion de que su esqueleto es menos horrible, porque le falta la cabeza, y la armazon de sus huesos se embellece con su suplicio y con la ausencia de lo que en otro tiempo constituía su hermosura. Ni los torneos del vencedor de Crecy, ni los juegos del Real del Paño de Oro de Enrique VIII, se repetirán en aquel teatro fúnebre. Bacon, Newton y Milton se hallan tan profundamente sepultados y tan yertós como sus mas oscuros contemporáneos. ¿Y por ventura consentiría un desterrado, un vagabundo, un pobre como yo en dejar de ser el ente mezquino, olvidado y doliente que era, á cambio de haber sido uno de aquellos muertos famosos, pujantes y hartos de deleites? ¡Oh! ¡La vida no se cifra en nada de esto! No nos asombremos si desde las playas del mundo no descubrimos distintamente las cosas divinas, porque el tiempo es un velo que se atraviesa entre la luz y nuestros ojos.

Acurrucado bajo mi sábana de mármol, no tardé en descender de tan elevados pensamientos á las sencillas impresiones del sitio y del momento. Aquella mezcla de inquietud y de placer que me agitaba, era análoga á la que sentía durante las noches de invierno en mi torreón de Combourg, cuando oía bramar el viento; porque un viento y una sombra son cosas de igual naturaleza.

Poco á poco fui acostumbrándome á la oscuridad, y pude divisar las figuras colocadas sobre los sepulcros. Contemplé entonces las caprichosas formas del regio panteon inglés, adonde parecía que bajaban, precedidos de góticos hachones, todos los acontecimientos pasados, todos los años que fueron, en tanto que el edificio entero podía compararse con un templo monólito de los siglos petrificados.

Conté diez, once horas segundas en el reloj, cuyo martillo, que se levantaba y volvía á caer sobre el bronce, era el único ser viviente que en aquellas regiones me acompañaba. En la parte exterior no sonaba otro ruido que el de algun carruaje, ó la voz del *watchman*: rumores lejanos de la tierra que de un mundo llegaban á otro mundo. Las nieblas del Támesis y el humo del carbon de piedra se infiltraron en la basilica y tendieron en ella nuevas tinieblas.

Por fin comenzó á despuntar el crepúsculo en un rincón donde las sombras eran mas ténues; aquella luz progresiva, cuyo desarrollo miraba yo fijamente, procedía acaso de los dos hijos de Eduardo IV asesinados por su tío? «Los amables niños, dice el gran trágico, estaban acostados uno junto á otro, y se ceñían con sus brazos inocentes y blancos como el alabastro. Sus labios parecían cuatro purpúreas rosas, que, unidas en un solo tallo y ostentando el último esplendor de su hermosura, se besan amorosamente.» No me envió Dios aquellas almas tristes y hechiceras; pero sí el ligero fantasma de una mujer, apenas llegada á la edad de la adolescencia, la cual llevaba en la mano una vela encendida y resguardada del viento por un pliego de papel ahuecado: era la campanera. Oí el ruido de un beso, y una campana señaló la hora del alba. Grande fue el espanto de la niña cuando salió tras ella por la puerta del claustro: le conté mi aventura, y ella me dijo que había ido á tocar en vez de su padre, el cual estaba enfermo; del beso no hablamos una palabra.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

MISERIA.—SOCORRO IMPREVISTO.—ALOJAMIENTO JUNTO Á UN CEMENTERIO.—NUEVOS COMPAÑEROS DE INFORTUNIO.—NUESTRAS DIVERSIONES.—MI PRIMO LA BOUETARDAIS.

Entretuve á Hingant con mi aventura, y formamos el proyecto de encerrarnos en Westminster; pero

nuestra miseria nos llamaba á la mansion de las tumbas de una manera menos poética.

Mis fondos se iban agotando; Baylie y Debofle se habían arriesgado á comenzar la impresión del *Ensayo*, mediante una obligacion de reintegrarlos en caso de que no hubiera venta; pero su generosidad no pasaba de aquí, y esto, en verdad, era tan natural, que hoy me asombra su atrevimiento. No se proporcionaban nuevas traducciones; Pelletier, hombre dado á divertirse, no podía aguantar ningun compromiso amistoso que se prolongara; de buen grado me hubiera regalado cuanto tenia si no hubiese preferido derrocharlo; pero le era imposible andar de un lado para otro buscándome trabajo, ni hacer una obra de caridad que requiriese paciencia. Hingant veía tambien disminuirse su tesoro, y entre los dos no teníamos ya mas que sesenta francos. Entonces acordamos la racion de viveres, como se practica en los buques cuando se alarga la travesía. En lugar de un chelín, no gastamos mas que medio para la comida, y para tomar el té por la mañana suprimimos la mitad del pan y toda la manteca. Tales abstinencias influyeron sobre los nervios de mi amigo; su imaginacion andaba siempre errante: á lo mejor se quedaba parado como si aplicase el oído para escuchar algun rumor lejano, y luego, en vez de responderme, soltaba la risa ó se ponía á llorar. Hingant creía en el magnetismo y estaba medio loco en el galimatías de Swedemborg. Algunas mañanas me decía que durante la noche había sentido ruido en su cuarto, y cuando me oponía yo á estos desvaríos se enojaba conmigo. La inquietud que su estado me causaba no me permitía atender á mis propios padecimientos.

Estos eran grandes, sin embargo: la dieta rigurosa y el trabajo me fatigaron el pecho, ya resentido; empezaba á costarme dificultad el andar, y á pesar de esto, tenia que pasar fuera el día y parte de la noche, para no dar á conocer mi miseria. Cuando llegamos al último chelín, convine con mi amigo en guardarlo para aparentar que almorzábamos. Determinamos comprar un panecillo de á dos cuartos, dejar que nos sirviesen como siempre el agua caliente y la tetera, y en vez de echar té en ella y comernos el pan, beber el agua sola con algunas migajas de azúcar que quedaban en el azucarero.

Cinco dias pasaron así. La calentura me consumía, estaba abrasado, y huía de mí el sueño: para distraer el hambre chupaba pedazos de lienzo empapados en agua, y mascaba yerba y papel. Mis tormentos eran horribles cuando pasaba por delante de alguna taboana. En una cruda noche de invierno estuve dos horas pegado á los cristales de cierto almacén de fruta seca y de carnes fiambres, tragando por los ojos cuanto veía: hubiera sido capaz de devorar, no solo los comestibles, sino las cajas, los cestos y los canastillos.

El quinto día por la mañana me arrastré con gran desfallecimiento hasta la habitacion de Hingant, cuya puerta estaba cerrada, llamé, y mi amigo tardó algun tiempo en responderme; pero al fin se levantó y abrió. Recibíome riéndose como fuera de sí; tenia la levita abrochada.—«Ahora traerás el almuerzo,» me dijo con acento singular, sentándose junto á la mesilla del té. En esto creí notar algunas manchas de sangre en su camisa; me arrojé sobre él y le desabotoné la levita; se había abierto con un cortaplumas una herida de la profundidad de dos pulgadas, debajo de la tetilla izquierda. A mis gritos acudió una criada, y salió inmediatamente á buscar un cirujano. La herida era peligrosa.

Esta nueva desventura me precisó á tomar un partido. Hingant, que era consejero del parlamento de Bretaña, había reusado hasta entonces la pensión que el gobierno inglés tenia asignada á los magistrados franceses, y lo mismo me sucedía á mí con el chelín de socorro que se daba á todos los emigrados.

Escribí á Mr. Barentin revelándole la situación de mi amigo, y los parientes de Hingant fueron á verlo y se lo llevaron al campo. A tiempo que esto sucedía, me envió mi tío de Bedée cuarenta escudos, tierna obligación de mi perseguida familia, que me pareció un tesoro mayor que el de las minas del Perú: el óbolo de los encarcelados franceses sostenía al francés expatriado.

Con la miseria se habían retrasado mis trabajos; y como no continuaba el manuscrito, quedó suspendida la impresión. Privado de la compañía de Hingant, no quise conservar el aposento de casa de Baylie, que me costaba una guinea al mes: pagué los alquileres vencidos, y me marché. Amen de los emigrados indigentes, que al principio me patrocinaron en Londres, existían otros mas necesitados todavía. Entre los pobres hay sus grados, como entre los ricos, y se puede ir de escalón en escalón, desde el hombre que durante el invierno se abriga con su perro, hasta el que tiritaba de frío entre sus descosidos andrajos. Mis amigos me buscaron una habitación mas acomodada á mi menguada fortuna (que no siempre ha de estar uno en el cúmulo de la prosperidad), y me hicieron instalarme á las inmediaciones de Mary-Le-bon-Street, en cierto *garret*, cuya ventana caía á un cementerio: no había noche en que la carraca del *watchman* no me anunciase que iban á robar algún cadáver. Por fin tuve la satisfacción de saber que Hingant estaba fuera de peligro.

Algunos camaradas iban á visitarme á mi taller. Por nuestra independencia y pobreza se nos podía tomar por pintores en las ruinas de Roma; pero no éramos mas que artistas de la miseria en las ruinas de Francia. Mi rostro servía de modelo, y mi cama de asiento á mis discípulos: la tal cama consistía en un colchon y una manta; no había sábanas, y cuando apretaba el frío, tenía que abrigarme con mi casaca y una silla. Como mis pocas fuerzas no me dejaban mullir el colchon, me tendía sobre él, tal como Dios me lo deparaba.

Mi primo La-Bouetardais, á quien por insolviente echaron de su zahurda irlandesa, á pesar de que había empeñado hasta su violín, fué á buscar en mi casa un asilo contra el *constable*, y logró que cierto vicario bajo-breton le prestara un catre. Era La-Bouetardais como Hingant, consejero del parlamento de Bretaña, y no poseía un mal pañuelo para liárselo á la cabeza; pero en cambio había desertado con armas y bagajes, lo cual quiere decir que llevaba consigo su bonete cuadrado y su toga encarnada, y dormía *bajo la púrpura* á mi lado. Alegre, buen músico y dotado de una voz hermosa, se sentaba en cueros sobre el catre siempre que estábamos desvelados, se ponía su bonete y cantaba romanzas, acompañándose con una guitarra que solo tenía tres cuerdas. Una noche que el pobre estaba entonando así el *Himno á Venus*, de Metastasio, *Scendi propizia*, cogió un aire colado que lo dejó con la boca torcida y lo llevó al otro mundo, aunque no de pronto, porque yo acudí solícito y le di friegas en las mejillas. Solíamos celebrar consejos en nuestro desvan, donde platicábamos de política y nos ocupábamos con los chismes de la emigración. Por la noche íbamos á bailar á casa de nuestras tías y primas, terminada ya su tarea de coser cintajos y hacer sombreros.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

FIESTA Suntuosa. — FIN DE MIS CUARENTA ESCUDOS. — NUEVA MISERIA. — MESA REDONDA. — OBISPO. — COMIDA EN LONDON-TAVERN. — MANUSCRITO DE CAMDEN.

Los que vayan leyendo esta parte de mis *Memorias* no habrán podido notar dos interrupciones que han sufrido: una para ofrecer un gran banquete al duque

de York, hermano del rey de Inglaterra; otra para celebrar con una fiesta el aniversario de la vuelta del rey á París, en 8 de julio. Esta última función me ha costado cuarenta mil francos. Los pares del imperio británico, con sus esposas, los embajadores y los ex-ranjeros de distinción, acudieron á llenar mis salones, magníficamente alhajados. En mis mesas abundaban los mas delicados manjares, vinos y flores, en medio del fulgurante resplandor de los cristales de Londres y del oro de las porcelanas de Sevres. Portland-Place estaba obstruido con brillantes carruajes. Collinet y la música de Almack's distraían la melancolía *fashionable* de los *dandys* y las elegantes meditaciones de las *lady*s que bailaban con aspect-pensativo. Allí se habían concedido treguas la oposición y la mayoría ministerial: lady Canning conservaba con lord Londonderry, y lady Jersey con el duque de Wellington. *Monsieur*, que este año me ha enviado una felicitación por mi suntuosidad de 1822, ignoraba en 1793 que no lejos de él existía un futuro ministro, el cual, ínterin se realizase tanta grandeza, ayunaba encima de un cementerio por el pecado de su fidelidad. Hoy me doy el parabien de haber estado á pique de naufragar, de haber entrevisto la guerra y compartido los padecimientos de las clases mas humildes de la sociedad, así como me felicito por haber sido blanco en mis tiempos de prosperidad, de la injusticia y de la calumnia. De estas lecciones he sacado buen partido; sin los males que la hacen tan grave, sería la vida un juguete de niño.

En el tiempo de que voy hablando, era yo el hombre de los cuarenta escudos; mas como todavía no se hallaba establecida la nivelación de fortunas, ni habían bajado de precio los géneros de consumo, mi bolsa no encontró contrapeso, y se desocupó en breve. Érame imposible contar con nuevos socorros de mi familia, expuesta en Bretaña al doble azote de los *chuanes* y del *terror*, y en mi porvenir solo se me presentaban el hospital ó el Támesis.

Algunos sirvientes de los emigrados, los cuales ya no podían darles de comer, se habían convertido en fondistas para dar de comer á sus amos. ¡Solo Dios sabe lo que allí se devoraba y cómo se hablaba de política! Todas las victorias de la república se convertían en derrotas, y el que tenía la desgracia de no creer en la proximidad de la restauración, era declarado jacobino. Dos obispos decrepitos, cuyo rostro se daba ya cierto aire al de la muerte, paseaban aquella primavera por el parque de Saint-James. — «Monseñor, decía uno de ellos: ¿pensáis que estemos en Francia para el mes de junio? — ¡Pche! monseñor, respondía el otro después de una madura meditación; no me ocurre ningún inconveniente.»

Pelletier, el hombre de los recursos, me desenterró, ó por mejor decir, me descolgó de mi nido. Había leído en un periódico de Yarmouth, que cierta sociedad de anticuarios iba á ocuparse en escribir la historia del condado de Suffolk, y que necesitaba de un francés capaz de descifrar los manuscritos franceses del siglo XII, incluso en la colección de Camden. A la cabeza de esta empresa se hallaba el *parson* ó párroco de Beceles, y con él había que entenderse. — «Aquí está lo que os hacia falta, me dijo Pelletier; id allá, descifrad esos mamotretos, continuad enviando á Baylie original del *Ensayo*; yo obligaré á ese menguado á que prosiga la impresión; al cabo de algun tiempo volveréis á Londres con doscientas guineas, y rueda la bola.»

Quise aventurar algunas objeciones. — «¡Voto al Draque! exclamó mi protector; ¿preferís quedaros en este *palacio*, donde hace un frío que ya me va calando los huesos? ¡Cierito que si Rivarol, Champeentz, Mirabeau-Tonneau y yo hubiéramos andado con repulgos, habríamos hecho negocio con las *Actas de los Apóstoles*! ¿Sabeis que la historia de Hingant mete un

ruido de todos los demonios? ¿Con qué queríais dejaros morir de hambre? ¡Ja, ja, ja! ¡Puff... ja, ja...» Y Pelletier, doblado el cuerpo, tenía que apoyarse en las rodillas para no caerse de risa. Acababa de colocar cien ejemplares de su periódico en las Colonias; había cobrado su importe, y golpeaba con orgullo sus guineas en el bolsillo. De grado ó por fuerza, me llevó á comer á *London-Tavern*, con el apoplético La-Bouetardais y otros dos andrajosos emigrados, á quienes encontré en el camino. Diónos vino de Oporto, *ros-beaf* y *plumpudding*, hasta hartarnos. — «¿Qué os ha pasado, señor conde, decía á mi primo, que teneis la boca tuerta?» La-Bouetardais, entre corrido y alegre, explicaba el lance lo mejor que podía, diciendo cómo había cogido un aire cantando estas palabras: *oh bella Venere!* y al tararar su *bella Venere*, ponía mi pobre parálitico una cara tan apagada, tan consumida por el frío, tan llena de miseria, que Pelletier se caía redondo, y por poco no derribó la mesa de dos punta-pies que le dió por debajo.

Luego que reflexioné, no me pareció tan desacertado el consejo de mi compatriota, propio personaje de mi otro compatriota Le-Sage. Después de tres dias de informes, partí para Beceles, vestido de nuevo por el sastre de Pelletier, y provisto de algun dinero que me dió Deboffe, habiéndome yo obligado á continuar el *Ensayo*. Como ningun inglés podia pronunciar mi nombre, lo cambié por el de *Comboung*, título que había usado mi hermano, y que me recordaba las penas y los placeres de mi primera juventud. No bien me apeé en la posada, presenté al párroco del pueblo una carta de Deboffe, persona muy apreciada en la librería inglesa, y la cual me recomendaba como un sabio de primer orden. Recibido perfectamente en Beceles, visité todos los *gentlemen* del canton, y hablé con dos oficiales de nuestra armada, que daban lecciones de francés en las cercanías.

Londres, de abril á setiembre de 1822.

MIS OCUPACIONES EN PROVINCIA. — MUERTE DE MI HERMANO. — DESGRACIAS DE MI FAMILIA. — DOS FRANCÍAS. — CARTAS DE HINGANT.

Con las excursiones que empecé á hacer á caballo recobré algunas fuerzas, y se restableció un poco mi salud. La Inglaterra, vista así al pormenor, era triste, pero me hechizaba: en todas partes se me ofrecían los mismos objetos y los mismos paisajes. El estudio endulzó principalmente mis pesares: bien hacia Ciceron en recomendar el comercio de las letras en las aficciones de la vida. Las mujeres estaban contentísimas con haber encontrado un francés á quien hablar en su lengua.

Las desventuras de mi familia, que supe por los periódicos, me obligaron á descubrir mi verdadero nombre (pues me fue imposible ocultar mi dolor), y aumentaron el interés de aquella gente en favor mio. Los papeles públicos anunciaron la muerte de Mr. de Malesherbes, la de su hija, la Sra. de Rosambo; la de su nieta, la señora condesa de Chateaubriand, y la del conde de Chateaubriand, esposo de esta y hermano mio, inmolados juntos el mismo dia, á la misma hora y en el mismo cadalso; Mr. de Malesherbes era un objeto de veneración para los ingleses, y mi alianza con el defensor de Luis XVI hizo subir de punto la benevolencia con que me trataban mis huéspedes.

Por Mr. de Bedée supe las persecuciones que sufrían mis demás parientes. Mi anciana é incomparable madre se había visto precisada á subir á una carreta con otras víctimas, y á pasar desde el fondo de Bretaña á los calabozos de Paris, para compartir la suerte de aquel hijo á quien tanto había amado. Mi esposa y mi hermana Lucila aguardaban su sentencia en los calabozos de Rennes, desde los cuales se pensó tras-

ladarlas al castillo de Comboung, convertido en fortaleza del Estado, culpándose á su inocencia por el crimen de mi emigración. ¿Qué valían vuestras aflicciones en tierra extraña, comparadas con las de los franceses que residían en su patria? Y sin embargo, ¡qué desgracia no era saber, en medio de los padecimientos del destierro, que aquel destierro mismo servía de pretexto para perseguir á nuestros allegados!

La sortija que recibí en arras mi cuñada cuando se casó, fue hallada hace dos años en medio del arroyo de la calle Cassette. Estaba rota cuando me la llevaron, y sus dos arillos pendían abiertos y enlazados uno con otro; pero aun se leían perfectamente los nombres en ellos grabados. ¿Cómo pareció esta sortija? ¿En qué sitio y época se perdió? ¿Pasó la víctima, que estaba presa en el Luxemburgo, por la calle Cassette al marchar al suplicio? ¿Dejó caer el anillo desde la carreta, ó se lo quitaron del dedo despues de la ejecución? El aspecto de aquel símbolo, que por su quebradura y su inscripción evocaba en mi mente tan crueles recuerdos, me estremeció en extremo. Parecía que mi cuñada me lo enviaba misteriosa y fatidicamente desde la morada de los muertos; en memoria suya y de su hermana. ¡Ojalá que no sea fatal para su hijo, á quien se lo he enviado!

Cher orphelin, image de ta mère,
au ciel pour toi je demande ici-bas
les jours heureux retranchés á ton pere
et les enfans que ton oncle n'a pas.

«Huérfano amado, imagen de tu madre,
¡ojalá guarde el cielo para ti
la dulce vida que negó á tu padre,
la tierna prole que me niega á mí!»

Esta mala cuarteta forma con otras dos ó tres el único regalo de bodas que pude hacer á mi sobrino en la época de su enlace.

Otro monumento me queda tambien de aquellas desgracias. Véase lo que me ha escrito Mr. de Contencin, el cual encontró en los archivos de Paris la orden expedida por el tribunal revolucionario para que mi hermano y su familia fuesen al cadalso:

«Señor vizconde: Es una especie de crueldad el resucitar en un alma que ha padecido mucho el recuerdo de las desgracias que mas dolorosamente la afectaron. Esta idea me ha hecho vacilar algun tiempo antes de ofreceros un documento harto triste que durante mis indagaciones históricas he encontrado. Es una fe de difunto, firmada antes de la muerte por un hombre que se mostró tan implacable como ella, siempre que encontraba reunidos en una sola cabeza el mérito y la virtud.

«Desearé, señor vizconde, no causaros un excesivo disgusto al añadir á los archivos de vuestra familia un título que despierta tan crueles memorias. Suponiendo que tendría interés para vos, puesto que para mí tenía subido precio, me he resuelto por fin á enviároslo. Si no he obrado indiscretamente, me daré un doble parabien, puesto que hoy me ofrece este paso la ocasión de expresar los sentimientos de profundo respeto y de admiración sincera que hace mucho tiempo me habeis inspirado, y con los cuales soy, señor vizconde, vuestro humilde y obediente servidor.»

A. DE CONTENGIN.

»Palacio de la prefectura del Sena.
»Paris 23 de marzo de 1835.»

He aquí mi contestación á esta carta:

«Muy señor mio: A petición mia se habían ya buscado en la Santa Capilla las piezas del proceso de mi infeliz hermano y de su esposa; pero no estaba entre ellas la *orden* que vos habeis tenido la bondad de

enviarme. Ella y otras muchas habrán sido ya presentadas con sus borrones y sus nombres estropeados ante el tribunal de Dios, donde le habrá sido forzoso á Fouquier reconocer su firma. ¡Esos son los tiempos que hoy se echan de menos, y sobre los cuales se escriben tomos enteros de admiración! Por lo demás, la suerte de mi hermano me causa envidia, que al fin salió hace largos años de este triste mundo. Os doy infinitas gracias por la estimación que me manifestáis en vuestra noble y hermosa carta, y ruegos que creáis en la sinceridad de mi distinguida consideración, con la cual tengo el honor de ser, etc.»

La órden de muerte citada es especialmente notable porque prueba la ligereza con que entonces se ajusticiaba: hay nombres con la ortografía equivocada, y otros están completamente borrados. Estos vicios de forma, que bastarían para invalidar la sentencia mas insignificante, no detuvieron á los verdugos: solo se fijaban sus pensamientos en la puntualidad de la ejecución: *á las cinco en punto.*

El documento auténtico es este; lo copio letra por letra:

EJECUCION DE SENTENCIAS CRIMINALES.

Tribunal revolucionario.

«El ejecutor de las sentencias criminales acudirá con puntualidad á la casa de justicia de la Conserjería, para llevar á efecto la que condena á Mousset, d'Esprémenil, Chapelier, Touret, Hell, Lamoignon Malsherbes, la mujer de Lepelletier Rosambo, Chateau Brian y su mujer (el nombre propio está borrado y no se puede leer), la viuda Duchatel, la mujer de Grammont, exduque, la mujer de Rochechouart (Rochechouart) y Parmentier, total 14, á la pena de muerte. La ejecución tendrá lugar hoy á las cinco en punto, en la plaza de la Revolución de esta capital.

«El acusador público, H. Q. FOUQUIER.

«Dado en el tribunal, á 3 de floreal del año segundo de la república francesa.

«Dos carretas.»

Las ocurrencias del 9 de thermidor salvaron á mi madre, la cual quedó, sin embargo, olvidada en la Conserjería, en donde la encontró el comisario convencional. — «¿Qué haces ahí, ciudadana? le dijo: ¿Quién eres? ¿Por qué no te has ido?» Mi madre contestó que habiendo perdido á su hijo, no pedía noticias de nada, y que la era indiferente morir allí ó en cualquiera otra parte. — «Pero acaso tendrás otros hijos,» replicó el comisario. Entonces nombró mi madre á mi esposa y mis hermanas, presas en Rennes. Dióse órden para ponerlas en libertad, y se obligó mi madre á salir de su calabozo.

En ninguna historia de la revolución se ha cuidado de poner el cuadro de la Francia exterior junto al de la Francia interior; de pintar aquella gran colonia de desterrados, que iban variando de industria y de padecimientos segun variaban los climas y las costumbres de los diversos pueblos á que se acogían.

Fuera de Francia, todo se hacia por individuos; metamorfosis de profesiones, aflicciones oscuras, sacrificios sin ruido y sin recompensa: una idea fija se destacaba, sin embargo, de esta confusión de individuos de todas clases, de todas edades y de todos sexos; la de la antigua Francia, viajando con sus preocupaciones y con sus leales, como en otro tiempo la iglesia de Dios, errante sobre la tierra con sus virtudes y con sus mártires.

Dentro de Francia consumábase todo por masas; Barrére anunciaba á un tiempo degüellos y conquistas, guerras civiles y guerras extranjeras, y á la par ocurrían los combates gigantescos de la Vendée y los de las orillas del Rhin; se derrocaban los tronos al estruendo de los pasos de nuestro ejército; se hundían nuestras escuadras en los mares; el pueblo desenterraba á los monarcas en San Dionisio, y arrojaba el polvo de los reyes muertos al rostro de los reyes vivos para cegarlos; y la nueva Francia enaltecida con sus modernas libertades y orgullosa hasta con sus crímenes, se asentaba en su propio terreno é iba ensanchando sus fronteras, doblemente armada con el hacha del verdugo y la espada del soldado.

En medio de mis pesadumbres de familia, llegaron á tranquilizarme acerca de la suerte de Hingant algunas cartas suyas notables por mas de un concepto. En setiembre de 1795 me escribía lo siguiente: «Vuestra carta de 23 de agosto está llena de tierna sensibilidad. Se la he enseñado á algunas personas, y les ha hecho llorar. Teutaciones tenía de decirles lo que Diderot de J. J. Rousseau cuando fue este á visitarlo en su encierro de Vincennes: *¡Mirad cómo me quieren mis amigos!* Mi enfermedad no ha sido realmente mas que una de esas calenturas nerviosas que hacen padecer mucho y que no tienen mejores médicos que el tiempo y la paciencia. Estando en cama me entretenía en leer algunos extractos de Fedon y de Timeo, libros que abren las ganas de morir. Algunas voces decia como Caton:

¡It must be so Plato! ¡Thou reason'st vell!

«Forjábame ideas sobre mi viaje, como pudiera sobre otro á las Indias Orientales, y pensaba en la multitud de objetos nuevos que debia ver en aquel mundo de los espíritus (segun lo llama Swedenborg), y sobre todo en que el camino estaria exento de fatigas y de peligros.»

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

CARLOTA.

A cuatro leguas de Beccles, y en una población pequeña, llamada Bungay, vivía el reverendo ministro anglicano, Mr. Ives, gran helenista y matemático. Tenía una esposa jóven todavía, y encantadora por su rostro, su conversacion y sus modales, y una hija única, que á la sazón contaba quince años.

Me presentaron en su casa, y fui recibido por aquella familia mejor que por ninguna otra de la población; todavía se conservaban allí las antiguas tradiciones inglesas respecto á beber, y se pasaban dos horas de sobremesa despues de retirarse las mujeres. Mr. Ives, que habia estado en América, gustaba de referir sus viajes, de oír la relacion de los míos y de hablar de Newton y de Homero. Su hija, que por agradecerle habia adquirido una vasta erudición, era ademas excelente profesora de música, y cantaba como hoy canta Mad. Pasta. A la hora de tomar el té volvía á presentarse en el comedor, y deleitaba con sus armonías el sueño del anciano ministro: yo la escuchaba silenciosamente, apoyado en una esquina del piano.

Concluida la música, solía la *Young Lady* interrogarme acerca de Francia y de la literatura, y me pedía planes á que arreglar sus estudios: deseando particularmente conocer los autores italianos, me suplicó le diese algunas notas sobre la *Divina Comedia* y la *Gierusalemme*. Poco á poco fui sintiendo la tímida influencia de un afecto, nacido todo del alma; á las florideñas las ayudaba en su tocado; pero estan-

do con miss Ives, no me hubiera atrevido siquiera á levantar del suelo un guante suyo, y hasta me costaba rubor el traducir con ella algun trozo del Tasso; con Dante, genio casto y varonil, me hallaba mas á gusto.

Mi edad y la de Carlota Ives concordaban entre sí. En todas las relaciones que se forman á la mitad de la vida entra siempre una parte de melancolía; si no data el conocimiento desde los primeros años, los recuerdos de la persona amada se desprenden de aquellos dias en que se respiró sin conocerla; dias que, perteneciendo á otra sociedad, causan dolor á la me-

moria y están como segregados de nuestra existencia. Y si á esto se añade alguna desproporción de edad, entonces crecen los inconvenientes: el mas viejo comenzó á vivir antes que el mas jóven viniera al mundo, y este se halla destinado á existir solo tambien; el uno atravesó una soledad mas acá de una cuna; el otro atravesará otra mas allá de la tumba; lo pasado fue un desierto para el primero, y lo porvenir le será para el segundo. Es muy difícil amar con todas las condiciones de suerte, juventud, belleza, oportunidad y armonía de corazon, de afecciones, de carácter, de gracias y de años.



CHATEAUBRIAND CON MISS CARLOTA IVES.

De resultas de haberme caído de un caballo, durante aquel invierno pasé una temporada en casa de Mr. Ives. Los sueños de mi vida comenzaron á desvanecerse ante la realidad. Miss Ives se fue haciendo cada vez mas reservada, cesó de llevarme flores, y no volvió á cantar.

Si me hubiesen dicho que habia de pasar el resto de mi vida en la mayor oscuridad y en el seno de aquella solitaria familia, me habria muerto de gozo: al amor solo le falta la estabilidad para ser al mismo tiempo el Eden antes del pecado y el Hosanna sin fin. Lógrese que dure la belleza, que se conserve la juventud, que el corazon no pueda cansarse, y se producirá el cielo. Tan cierto es que en el amor se

encierra la felicidad soberana, cuanto que su quimera es el vivir eternamente; no pronuncia juramentos que no sean en la intencion revocables; á falta de sus goces, quiere eternizar sus dolores; ángel caído, habla todavía el idioma á que estaba acostumbrado en la morada incorruptible; sus esperanzas se cifran en no cesar jamás; y en medio de su naturaleza y de su doble ilusión terrena pretende perpetuarse con inmortales pensamientos y con generaciones interminables.

Ibase acercando, con gran consternación mia, el momento de despedirme. La vispera del día señalado para mi marcha reinó gran tristeza en la comi-da. Mr. Ives se retiró á los postres, llevándose

á su hija, y dejándome lleno de asombro con Lad. Ives, la cual daba visibles muestras de turbación. Creí que iría á reconvenirme por una inclinación de que yo no le había dicho una palabra, pero que ella podía fácilmente haber descubierto. Mirábame ruborizada y con los ojos bajos, en actitud tan seductora, que seguramente no existe ningún sentimiento que en aquel instante no hubiera podido ella reclamar para sí misma. Venciendo por fin el obstáculo que le impedía el habla: «Caballero, me dijo en inglés: ya veis mi confusión; no sé si Carlota os agrada; pero es imposible engañar á una madre; mi hija os tiene indudablemente cariño. Mr. Ives y yo hemos conferenciado sobre esto; nos convenis por todos conceptos, y creemos que hareis feliz á nuestra hija. Os hallais sin patria, acabais de perder vuestros parientes, y han sido vendidos vuestros bienes; ningún motivo, pues, os llama á Francia. Hasta tanto que recojais nuestra herencia, podreis vivir con nosotros.»

De cuantas aflicciones había yo sufrido hasta entonces, aquella fue la mayor y la mas viva. Caí de rodillas á los piés de Lad. Ives, y cubrí sus manos de besos y lágrimas. Creyendo ella que mi llanto era de júbilo, empezó tambien á sollozar de gozo, y alargó el brazo para tirar de la campanilla. Ya llamaba á voces á su esposo y á su hija. «¡Deteneos, exclamé; estoy casado!» A estas palabras perdió el sentido.

Sali de la estancia, y sin volver siquiera á mi cuarto, emprendí mi viaje á pié. En Beccles tomé el correo para Londres, despues de escribir á Lad. Ives una carta, de la cual siento ahora no haber guardado copia.

Quédame de este suceso el recuerdo mas dulce, mas tierno, mas impregnado en sentimientos de gratitud. La familia de Mr. Ives es la única que me ha querido bien, y que me ha acogido con verdadero afecto antes de mi celebridad. Pobre, oscuro, proscrito, privado de seducciones y de belleza, se me ofrecieron de pronto un porvenir seguro, una patria, una esposa encantadora que me sacase de mi aislamiento; una madre, casi tan hermosa como ella, que hiciera las veces de mi anciana madre; un padre instruido, afectuoso y amigo de las letras, para reemplazar al padre de que me había privado el cielo. ¿Y con qué compensaba yo todo esto? En la preferencia que se me otorgaba no podía influir ilusión ninguna, y debo creer que la dictaba el amor. Desde entonces solo otra vez he sido objeto de un afecto bastante elevado para inspirarme igual confianza. Por lo que hace al interés con que al parecer se me ha mirado luego, nunca he podido averiguar si se fundaba ó no en el barniz de causas externas, en el atronador extruendo de la fama, la prestada pompa de los partidos, ó el brillo propio de toda alta posición, política ó literaria.

Pasando ahora á otras consideraciones, mi matrimonio con Carlota hubiera alterado completamente mi destino en el mundo: perdido en un condado de la Gran-Bretaña, hubiérame convertido en un *gentleman* cazador, nunca habría brotado una sola palabra de mi pluma, y hasta se me hubiera olvidado mi lengua, porque á la sazón escribía yo en inglés, y con forma inglesa comenzaban las ideas á presentarse en mi mente. ¿Hubiera perdido mucho mi patria con mi desaparición? Si me fuera dable prescindir de los momentos que me han servido de consuelo, diría que en lugar de los dias agitados que me han cabido en suerte, contaría hoy numerosos dias de calma. ¿Qué me importaran entonces el imperio, la restauración, las divisiones y las luchas de Francia? Nadie me hubiera obligado una y otra mañana á paliar faltas, á combatir errores... ¿Será ó no cierto que tengo un talento positivo, y que la merecido este talento el sacrificio de mi vida? ¿Iré mas allá de mi tumba? Y si voy, ¿habrá en medio de la

transformación que se está verificando, y en un mundo que no es el mio y que piensa en cosas harto distintas, habrá en ese mundo un público que me oiga? ¿No pasaré por un hombre de otros siglos, incomprendible para las generaciones presentes? ¿No serán mis ideas, mis sentimientos y hasta mi estilo cosas cansadas y envejecidas para la desdenosa posteridad? Podrá mi sombra decir, como la de Virgilio á Dante: *Poeta fui et cantai*, «fui poeta y canté?...»

VUELTA Á LONDRES.

No encontré mi perdida tranquilidad en Londres, adonde volví prófugo de mi destino, como un malhechor de su crimen. ¿Cuán dolorosa debía haber sido para una familia tan digna de mis homenajes, de mi respeto y de mi gratitud, el recibir aquella especie de desaire del hombre desconocido á quien había ella acogido y franqueado nuevos hogares, con una sencillez y una falta de recelo y precauciones, propias solo de las costumbres patriarcales! Figurábame la pesadumbre de Carlota y las justas reconvenciones que su familia podía y debía dirigirme; porque yo, en suma, me había abandonado con cierto deleite á una inclinación de cuya insuperable ilegitimidad estaba convencido. ¿Traté por ventura, vagamente, de llevar á cabo una seducción, sin darme cuenta de mi vituperable conducta? En este caso, ya fuera que me detuviere, como lo hice, por no faltar á la honradez, ya que salvara el obstáculo para abandonarme á una propension anticipadamente mancillada por mi conducta, el objeto de aquella seducción estaba predestinado al dolor ó al arrepentimiento, solo por mi culpa.

De tan amargas reflexiones pasaba mi espíritu á otro orden de ideas, no menos llenas de amargura, y maldecía mis bodas, que segun la falsa luz de mi entendimiento, muy enfermo á la sazón, me habían apartado de mi verdadero camino y me privaban de la felicidad. No advertía que, por razon de mi naturaleza irritable y de las novelescas nociones de libertad que profesaba, mi enlace con Miss Ives hubiera sido para mí tan penoso como cualquier otra union mas independiente.

Una sola cosa se conservaba pura y hechicera, aunque triste, en mi mente: la imagen de Carlota, la cual siempre calmaba al fin mi irritación contra la suerte. Cien veces tuve impulsos de volver á Bungay, no para presentarme á aquella alligida familia, sino para ver pasar á Carlota, escondido junto á un camino; para seguirla al templo en que adorábamos al mismo Dios, ya que no en el mismo altar; para ofrecer á aquella mujer el indescriptible ardor de mis votos, haciéndolos atravesar el cielo; para pronunciar, mentalmente al menos, la plegaria de la bendición nupcial que hubiera yo podido oír de boca de algun ministro de aquel templo.

«¡Oh, Dios mio! unid, si os place, los espíritus de estos esposos é inspirad á sus corazones una sincera amistad. Mirad con favorables ojos á vuestra sierva; haced que su yugo sea un yugo de amor y de paz, y que obtenga en su seno una fecundidad venturosa; haced, Señor, que estos dos esposos vean los hijos de sus hijos hasta la tercera y cuarta generación, y que alcancen una ancianidad feliz.»

Pasando de resolución en resolución, escribí á Carlota largas epistolas, que desgarré en seguida. Algunas esquelas insignificantes suyas me servian de talisman: la tierna y graciosa Carlota se apegaba á mis pasos por obra de mi pensamiento, y me seguía, purificándolos, por los senderos de la siltide. Ella absorbía todas mis facultades; ella era el centro á que tendía y por donde circulaba mi inteligencia, como la sangre por el corazón; ella me hastiaba de todo, sirviéndome de objeto de una comparación perpetua que redundaba en ventaja suya. Una pasión verdadera é infeliz es una

ponzoñosa levadura que queda en el fondo del alma, y que bastaria para dañar el pan de los ángeles.

Los sitios que con Carlota había recorrido; las horas pasadas con ella; las palabras que entre nosotros habían mediado, vivian eternamente en mi memoria: parecíame ver la sonrisa de aquella esposa que el destino quiso depararme, y ora tocaba respetuosamente sus negros cabellos, ora oprimía sus mórbidos brazos contra mi pecho, como una cadena de lirios ceñida á mi cuello. No bien llegaba á un sitio desierto, cuando la Carlota de blancas manos acudia á ponerse á mi lado, adivinando yo su presencia, como por la noche se respira el perfume de las flores, aunque no las distingue la vista.

Privado de la compañía de Hingant, hallábame en completa libertad de llevar la imagen de Carlota á mis paseos, mas solitarios que nunca. No hay un matorral, un camino ni una iglesia á treinta millas de Londres, que no haya yo visitado. Los sitios mas incultos, cualquier erial de ortigas, cualquier zanja cubierta de cardos, cualquier lugar desdeñado de los hombres, eran mis sitios predilectos; en ellos respiraba ya Byron. Apoyada la cabeza en una mano, pasaba las horas contemplando aquellos lugares de todos despreciados, y si su aspecto alíctivo me conmovia con exceso, alzábame en mi mente el recuerdo de Carlota y me llenaba de delicias, cuales las de aquel peregrino que al llegar frente á los peñascos del Sinaí oyó el canto de un ruiseñor en medio de las soledades.

En Londres estaban todos asombrados con mi conducta; no miraba ni hablaba con nadie, ni entendia lo que me decian; mis camaradas antiguos creyeron que tenia una especie de locura.

ENCUENTRO EXTRAORDINARIO.

¿Qué pasó en Bungay despues de mi partida? ¿Qué fue de aquella familia á cuyo seno llevé yo el júbilo y la tristeza?

Recuerde, por supuesto, el lector, que soy embajador cerca de Jorge IV, y que escribo en Londres, en 1822, lo que me sucedia en Londres en 1795.

Algunos negocios me forzaron hace ocho dias á suspender la narración que hoy continúo. Durante este intervalo, llegó mi ayuda de cámara cierta mañana, entre doce y una, á anunciarme que se había parado un carruaje á la puerta, y que una señora inglesa solicitaba hablarme. Como en virtud de mi posición pública me he impuesto el deber de no negarme á nadie, respondí que podía pasar adelante aquella señora.

Hallábame á la sazón en mi gabinete; anuncián á lady Sulton, y veo entrar una mujer vestida de luto, acompañada de dos agraciados muchachos, de luto tambien; el uno podia tener diez y seis años y el otro catorce. Notando que la desconocida estaba tan conmovida que apenas podia andar, me acerqué á ella; entonces me dijo con voz alterada:—*My lord, do you remember me?* (¿Me conocéis?) ¡Si, conocí á miss Ives! Los años, al pasar sobre su cabeza, la habían dejado solo sus primaveras. La tomé por la mano, hícela sentarse, y me coloqué á su lado; no acertaba á decirle una palabra; mis ojos estaban cargados de lágrimas, al través de las cuales la contemplaba silenciosamente: por lo que entonces sentí, conocí que la había amado profundamente. Por fin pude preguntarla como ella antes á mí:—«¿Y vos, me conocéis?» Alzó entonces los ojos, que tenia fijos en el suelo, y me dirigió una mirada risueña y melancólica á la par, como un intenso recuerdo. Su mano seguía sujeta entre las mias. Luego me dijo Carlota:—«Llevo el luto de mi madre; mi padre murió hace muchos años; estos son mis hijos.» Y al pronunciar las últimas palabras, retiró su mano y se recostó en su sillón, cubriéndose los ojos con su pañuelo.

Poco despues prosiguió:—Milord, ahora os hablo en el idioma que quise aprender con vos en Bungay. Perdonad mi confusión. Mis dos niños son hijos del almirante Sulton, con quien me casé tres años despues que salisteis de Inglaterra. Pero hoy no tengo las fuerzas necesarias para entrar en pormenores. Permittedme que vuelva otro dia.» Le pedí sus señas, ofreciéndole el brazo para acompañarla hasta su carruaje; noté que temblaba, y estreché su mano sobre mi corazón.

Al otro dia fui á casa de lady Sulton, á quien encontré sola. Entonces comenzó esa serie de *jos acordais?* que dan nuevo ser á toda una vida. Al pronunciar cada *jos acordais?* nos mirábamos como buscando en nuestro rostro las huellas del tiempo que tan cruelmente marcan la distancia del punto de partida y el camino recorrido.—«¿Cómo, pregunté á Carlota; cómo os anunció vuestra madre?...» Ruborizóse ella, y me atajó vivamente, diciendo:—«He venido á Londres para suplicaros que os intereseis por los hijos del almirante Sulton; el mayor desearia pasar á Bombay, y como Mr. Canning, nuevo gobernador de las Indias, es amigo vuestro, pudiera llevarlo consigo. Mucho os lo agradecería; tendria gusto en deberos la felicidad de mi primer hijo.» Y recalco estas últimas palabras.

—«¡Ah señora! le respondí. ¿Qué me recordais? ¿Qué trastorno en nuestra suerte! ¿Vos que acogisteis en la mesa hospitalaria de vuestro padre á un pobre desterrado, que no mirásteis con desden sus padecimientos, que tal vez pensásteis en elevarlo hasta una posición gloriosa é inesperada, vos reclamais hoy su protección en vuestro propio país?... Veré á Mr. Canning, y vuestro hijo, por mucho que me cueste darle este nombre, irá á las Indias, si de mí depende. Pero, decidme, señora; ¿qué efectos obra sobre vos mi nueva posición, ó cómo me mirais? La palabra *milord* de que os valeis para hablarme me parece harto dura.»

—«Ni os encuentro desfigurado, replicó Carlota, ni siquiera mas envejecido. Siempre que hablé de vos con mis padres, durante vuestra ausencia, os di el título de *milord*, porque creia que debíais llevarlo; y no erais para mí como un marido, *my lord and master*, mi señor y dueño.» Aquella encantadora mujer tenia algo de la Eva de Milton al pronunciar estas palabras; no había salido del vientre de otra mortal, y su belleza conservaba la impresion de la mano divina que la formara.

De allí corrí á casa de Mr. Canning y de lord Londonderry, los cuales me opusieron dificultades para un mezquino empleo, ni mas ni menos que en Francia; pero me hicieron promesas, como en todas las cortes. Dí cuenta de mi visita á lady Sulton, y volví tres veces á verla; á la cuarta me anunció que iba á regresar á Bungay. Esta última entrevista fue muy dolorosa para mí. Carlota me habló, como acostumbraba, de lo pasado, de nuestra vida secreta, nuestras lecturas, paseos y cantos, de las flores y de las esperanzas antiguas.—«Cuando yo os conocí, decia, nadie pronunciaba vuestro nombre: ¿quién lo ignora hoy? ¿Sabeis que poseo una obra y varias cartas escritas por vuestra mano? Aquí están.» Y me entregó un paquete de papeles. «No os agraviéis porque no quiero conservar nada vuestro,» añadió llorando. *¡Farewell, farewell!* exclamó luego; no os olvideis de mi hijo. Nunca os volveré á ver, porque seguramente no ireis á buscarme á Bungay.—*¡Iré,* respondí; *iré á llevaros el despacho de vuestro hijo.»* Carlota meneó la cabeza como dudándolo, y se retiró.

De vuelta en la embajada, me encerré en mi cuarto y abrí el paquete, el cual solo contenia algunas cartas insignificantes y un plan de estudios, con observaciones sobre los poetas ingleses é italianos. Esperaba yo que acompañase á estos papeles una carta de Carlota, pero no la hallé; había únicamen-

te algunas notas marginales en el manuscrito, escritas en inglés, francés y latín, y cuya tinta pasada y letra juvenil indicaban su antigüedad.

Esta es mi historia con Miss Ives. Al concluir de referirla parece que por segunda vez pierdo á Carlota, aquí, en la misma isla en que la perdí la primera. Pero desde lo que ahora siento hasta lo que sentía en aquellas horas, cuyo dulce recuerdo he invocado, media todo el espacio de la inocencia; las pasiones se han atravesado entre Miss Ives y Lady Sulton. Ya no puedo ofrecer á ninguna mujer candorosa los castos deseos, la apacible ignorancia de ese amor que no pasa los límites de un celestial ensueño. Escribía yo entonces con la vaguedad de la tristeza, y hoy ya no tiene la vida vaguedad para mí. Y á pesar de todo, si estrechara en mis brazos esposa y madre, á la que pude estrechar virgen y esposa, lo haría con una especie de rabia, anhelando marchitar llenar de duelo y ahogar frenético esos veinte y siete años dados á otro después que á mí se me ofrecieron.

Debó considerar el sentimiento que acabo de describir como el primero de su especie que penetró en mi corazón; pero no era compatible con mi naturaleza indómita, la cual le hubiera corrompido, incapaciéndome de saborear por largo tiempo sus santos deleites. Irritado por la adversidad, peregrino ya en ultramar, y habiendo dado principio á mi solitario viaje, justamente me asediaban entonces las ideas de locura, expresadas en la misteriosa historia de René, y merecí á las cuales fui el ser más atormentado que hubo nunca en la tierra. De todos modos, la casta imagen de Carlota, que envió á lo profundo de mi alma algunos rayos de luz verdadera, dispuso por el pronto una nube de fantasmas, y mi duende se sumergió como un mal genio en el abismo, aguardando los efectos del tiempo para renovar sus apariciones.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

Revisado en diciembre de 1846.

DEFECTO DE MI CARÁCTER.

Jamás se habían interrumpido mis relaciones con Mr. de Boffe para el *Ensayo sobre las Revoluciones*, y me interesaba avivarlas en Londres para sostener mi vida material. Pero ¿de dónde procedía mi última desgracia? De mi obstinación en callar. Para comprender esto es preciso hablar de mi carácter.

En ningún tiempo me ha sido posible vencer este espíritu de abstracción y soledad interior que me impide hablar de lo que me atañe. Nadie podría afirmar que he referido lo que la mayor parte de las gentes cuentan en un momento de dolor, de placer ó vanidad. Un nombre, una confesión no sale, ó sale rara vez de mi boca. No comunico á nadie mis intereses, mis proyectos, mis trabajos, mis ideas, mis penas, mis placeres, persuadido del fastidio que se causa á los demás hablándoles de sí. Sincero y verídico, carezco de la espontaneidad del corazón; mi alma tiende siempre á cerrarse, yo no digo jamás una cosa completamente, y yo no he dicho mi vida más que en estas *Memorias*. Si intento comenzar una narración, me asalta la idea de ser prolijo; á las cuatro palabras se apaga mi voz, y me callo. Como no creo en nada, excepto en religión, desconfío de todo; la malevolencia y la denigración son dos caracteres del espíritu francés; la burla y la calumnia el resultado seguro de una confianza.

¿Y qué he conseguido con mi reserva? Hacerme un ser fantástico que no tiene ninguna relación con

mi realidad. Mis amigos mismos me juzgan mal creyendo conocerme y embelleciendo mis ilusiones con su adhesión. Todas las medianías de antecelas, de oficinas, de periódicos y cafés, me han supuesto ambicioso, y no lo he sido. Frio y seco en la vida común, no soy entusiasta ni sentimental; mi percepción distinta y rápida profundiza pronto el hecho y el hombre, y los despoja de toda importancia. Lejos de arrastrarme, de idealizar las verdades aplicables, mi imaginación achica los mayores sucesos; el lado pequeño y ridículo de los objetos se me presenta en primer término; grandes genios y grandes cosas, nada existe á mis ojos. Político, admirador, y elogiando las suficiencias que se proclaman inteligencias superiores, mi desprecio oculto ríe, y coloca en todas esas caras incensadas máscaras de Callot. En política, el calor de mis opiniones no ha excedido á la extensión de mis discursos ó folletos. En la existencia interior y teórica soy el hombre de los sueños: en la exterior y práctica, el hombre de la realidad. Aventurero y ordenado, apasionado y metódico, no ha habido jamás ser más quimérico y más positivo que yo, más ardiente ni más helado; mezcla extraña, engendro de las sangres diversas de mi padre y de mi madre.

Los retratos que se han hecho de mí, fuera de mi semejanza, son debidos á la reticencia de mis palabras principalmente. La multitud es demasiado ligera y distraída para tomarse el trabajo de ver á los individuos tal como son. Cuando he querido por casualidad rectificar alguno de estos juicios falsos en mis prefacios, no se me ha creído. Por último, siéndome todo indiferente, yo no insistía; un *como gustéis* me ha librado siempre del fastidio de persuadir á nadie, ó de restablecer una verdad. Entro en mi foro interno, como una liebre en su cama: allí me pongo á contemplar la hoja que oscila ó la yerba que se dobla.

No me formo una virtud de mi circunspección tan invencible como involuntaria; si no es una falsedad, lo parece; no está en armonía con las naturalezas más dichosas, más amables, más fáciles, más sencillas, más abundantes, más comunicativas que la mía. Continuamente me ha perjudicado en los sentimientos y en los negocios, porque no he podido sufrir jamás las explicaciones, las protestas y aclaraciones, las lamentaciones y las lágrimas, palabrería y reproches, detalles y apologías.

En el caso de la familia de Ives, este obstinado silencio mío, con respecto á mí, me fue muy fatal. Veinte veces me había preguntado la madre de Carlota de mi familia, y me puso en el camino de las revelaciones. No previendo donde me llevaba mi mutismo, me contenté, como de costumbre, con responder alguno palabras vagas y breves.

Si no me afectara este odioso síntoma, porque el desprecio me es imposible, yo no hubiera tenido este aire de querer defraudar la más generosa hospitalidad; no me disculpaba la verdad dicha en un momento decisivo, porque se había causado ya un mal positivo.

Volví á ocuparme de mis tareas en medio de mis pesares y de los reproches que yo mismo me hacía. Me adhería al trabajo, porque juzgaba que adquiriendo renombre haría que la familia Ives se arrepentiría menos del interés que me había mostrado. Carlota, con quien yo quería reconciliarme por medio de la gloria, presidía mis estudios. Su imagen estaba sentada delante de mí mientras yo escribía. Cuando levantaba la vista del papel, la dirigía á la imagen adorada, como si efectivamente estuviera allí: los habitantes de la isla de Ceilan vieron una mañana al astro del día que se levantaba con una pompa extraordinaria; su globo se abrió, y salió de él una brillante criatura, que dijo á los ceilaneses:—«Yo ven-

go á reinar sobre vosotros.» Carlota, nacida de un rayo de luz reinaba en mí.

Abandonemos otros recuerdos; los recuerdos envejecen y se borran como las esperanzas. Mi vida va á cambiar, va á deslizarse, bajo otros cielos, en otros valles. ¡Primer amor de mi juventud, tú huyes con tus encantos! Vuelvo de ver á Carlota, es cierto: ¿pero cuántos años después la he visto? ¡Dulce luz de lo pasado, pálida rosa del crepúsculo que borda la noche, cuando el sol se ha ido al Occidente!

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

EL ENSAYO HISTÓRICO SOBRE LAS REVOLUCIONES.—SU EFECTO.—CARTA DE LEMIERE, SOBRINO DEL POETA.

Muchas veces se ha comparado la vida á una montaña; por un lado se sube y por otro se baja; sería comparable también á un Alpe de cima pelada, cubierto de hielo y sin reverso. Siguiendo esta imagen, el viajero sube siempre y no baja jamás: entonces ve el espacio que ha recorrido, los senderos fáciles que no ha pisado, y ve con pena y dolor el punto donde comenzó á extraviarse. Yo marco así en la publicación del *Ensayo histórico* el primer paso que me apartó del camino de la paz. Acabé la primera parte del gran trabajo que me había trazado; escribí la última palabra entre la idea de la muerte (porque estaba enfermo) y una ilusión desvanecida: *in somnis venit imago conjugis*. Impreso por Baylie, apareció en casa de Deboffe en 1797. Esta fecha es una de las transformaciones de mi vida. Hay momentos en que nuestro destino, sea que ceda á la sociedad, ó que obedezca á la naturaleza, se separa repentinamente de la línea primera, como un río que cambia de curso por una inflexión súbita.

El *Ensayo* es el compendio de mi existencia, como poeta, moralista, publicista y político. Inútil es decir que yo esperaba buen éxito de mi obra; nosotros los autores, pequeños prodigios de una era prodigiosa, pretendemos mantener relaciones con las razas futuras, ignorando, á mi parecer, su destino. Cuando la tumba nos trague, la muerte helará nuestras palabras cantadas ó escritas, de tal modo, que no se fundirán como las palabras heladas de Rabelais.

El *Ensayo* debía ser una especie de enciclopedia histórica. El único volumen publicado es ya una grande investigación; yo tenía manuscrita la continuación: después seguían, con las anotaciones del analista, las leyes y poesías antiguas del poeta, los Natchez, etc. Apenas comprendo yo hoy cómo he podido entregarme á estudios tan considerables en medio de una vida activa, errante y sujeta á tantos reveses. Mi terquedad explica esta fecundidad; en mi juventud he escrito doce y quince horas seguidas, enmendando diez veces la misma página. La edad no me ha rebajado esta facultad de aplicación; hoy mis correspondencias diplomáticas, hechas por mi mano, no interrumpen mis composiciones literarias.

El *Ensayo* hizo ruido entre la emigración; contrariaba los sentimientos de mis compañeros de infortunio; mi independencia en mis diferentes posiciones sociales ha ofendido casi siempre á los hombres con quien estaba unido. Sucesivamente he sido jefe de ejércitos diferentes, cuyos soldados no eran de mi partido: yo he conducido á los viejos realistas á la conquista de las libertades públicas, y sobre todo de la libertad de imprenta, que ellos detestaban; he reunido á los liberales en nombre de esta misma libertad bajo el estandarte de los Borbones que ellos aborrecían. Sucedió que la opinión emigrada se adhirió por amor propio á mi persona; las *Revistas inglesas*, habiendo hablado de mí con elogio, la alabanza recayó en todo el cuerpo de los *fielles*.

Yo había dirigido ejemplares del *Ensayo* á Laharpe, Guinguené y Sales. Lemiere, sobrino del poeta de su nombre, y traductor de las poesías de Gray, me escribió desde París, el 13 de julio de 1797, que mi obra había tenido el mayor éxito. Es cierto que si el *Ensayo* fue un momento conocido, casi en seguida fue olvidado: una sombra súbita cubrió el primer rayo de mi gloria.

Habiéndome hecho casi un personaje, la alta emigración me buscó en Londres. Yo anduve de calle en calle; dejé primero Holborn-Tottenham-Cour-road, y avancé hasta el camino de Hamstead. Allí me estacioné algunos meses en casa de Mad. O'Larry, viuda irlandesa, madre de una niña muy hermosa de catorce años, enamorada tiernamente de sus gatos. Ligados por esta conformidad de pasión, tuvimos la desgracia de perder dos elegantes michitos, blancos como armiños, con la punta del rabo negra.

A casa de Mad. O'Larry venían vecinas antiguas, con las que me veía precisado á tomar el té. Mad. Stael ha pintado esta escena en Corinna en casa de Lady Edgermond:—«Querida mía, ¿creéis que el agua hierve bastante para ponerle el té?—Querida, yo creo que es muy pronto.»

Venia á estas veladas una muy hermosa joven irlandesa, María Neale, bajo el cuidado de un tutor. Ella hallaba en el fondo de mi mirada alguna herida, porque me decía:—«Llevais vuestro corazón vendado.» Yo lo tenía no sé cómo.

Mad. O'Larry partió para Dublin; entonces alejándome del cantón de la colonia de la pobre emigración del Este, llegué de casa en casa hasta el cuartel de la rica emigración del Oeste, entre los obispos, las familias de la corte y los colonos de la Martinica.

Pelletier había vuelto, se había casado: siempre hablador, malgastando sus cortesías, y frecuentando el bolsillo de sus amigos más que el suyo propio.

Yo hice muchos conocimientos nuevos; sobre todo en la sociedad donde tenía relaciones de familia; Lamoignon, herido gravemente en la batalla de Quiberon, y hoy mi colega en la cámara de los pares, se hizo mi amigo. El me presentó á Mad. Lindsay, afecta á Augusto de Lamoignon, su hermano: el presidente Guillaume no era contemplado por la fortuna en Basville, entre Boileau, Mad. de Sevigné y Bourdaloue.

Mad. Lindsay, irlandesa de origen, de un espíritu áspero, de un humor un poco mudable, de talle elegante, de agradable figura, tenía nobleza de alma y elevación de carácter: los emigrados de mérito pasaban la noche en el hogar de la última Ninon. La vieja monarquía perecía con todos sus abusos y todas sus gracias. Algun día se la desenterrará, como estos esqueletos de reinas, adornados de collares, de brazaletes y pendientes, que se exhuman en Etruria. En esta reunión hallé á Mr. Malouet y Mad. de Belloy, mujer digna de aprecio, el conde de Montboisier y el caballero Panat. Este último tenía una reputación merecida de talento, de poco aseado y gastrónomo; pertenecía á este parterre de hombres de gusto, sentados antes con los brazos cruzados ante la sociedad francesa; ociosos, cuya misión era verlo todo, y juzgar de todo, ejercían las funciones que ejercen hoy los periódicos, sin tener los medios, pero también sin conseguir su grande influencia en el pueblo.

Montboisier había quedado á caballo sobre la fama de su alabada frase de la *crúz de madera*, frase un poco mordida por mí, cuando la he reproducido, pero cierta en el fondo. Dejando la Francia, se dirigió á Coblenza; mal recibido por los príncipes; tuvo una disputa, se batió por la noche á la orilla del Rhin, y fue herido. No viendo gota, y no pudiendo removerse, preguntó á los padrinos si la punta de la espada salía por el lado opuesto:—«Tres pulgadas, le dijeron.—Entonces no es nada, dijo Montboisier: retirad vuestra estocada, caballero.»

Montboisier, acogido por su realismo, pasó á Inglaterra, y se refugió en las letras, gran hospital de emigrados, donde yo tenía una cama al lado de la suya. El obtuvo la redacción del *Correo Francés*. Además de su periódico, escribía obras físico-político-filosóficas; en una de ellas probaba que el azul era el color de la vida, por la razón de que las venas azulean después de la muerte, viniendo á la superficie del cuerpo para evaporarse y volver al cielo azul. Como yo gustaba mucho de lo azul, estaba encantado.

Feudalmente liberal, aristócrata y demócrata, cabeza abigarrada, hecha de piezas y fragmentos, Montboisier concibe con dificultad de ideas disparadas pero si llega á expresarlas, alguna vez son bellas, sobre todo enérgicas: antiteocrático como noble, cristiano por sofisma y como amante de los siglos antiguos, hubiese sido, bajo el paganismo, ardiente partidario de la independencia en teoría y de la esclavitud en la práctica, permitiendo aborregar al esclavo en nombre de la libertad del género humano. Interruptor inoportuno, egoísta seco, el antiguo diputado se permite sin embargo condescendencias con el poder; sabe conciliar sus intereses, pero no sufre que se lo noten, y encubre sus debilidades de hombre con su honor de caballero. No quiero decir mal de mi famoso *Averniano*, con sus romances de *El Monte de Oro*, y su polémica de la *Llanura*; yo gusto de su persona heteróclita. Sus largas y oscuras explicaciones y confusas ideas, con paréntesis y exclamaciones de: *oh! oh!* me fastidian (lo tenebroso, lo embrullado, lo vaporoso, me es abominable); pero, por otra parte, me divierte este naturalista de los volcanes, este orador de montañas que perora en la tribuna, como cantan sus compatriotas en lo alto de una chimenea; yo quiero este gacetero de hornagueras; este liberal, explicando la carta al traves de una ventana gótica; este señor pastor, casi casado con su zagala, sembrando el mismo su cebada entre la nieve en su campo guijarroso; yo le agradeceré siempre el que me haya consagrado una antigua roca negra, tomada de un cementerio de los Gaulas, descubierto por él.

El abate Delille, otro compatriota de Sidonio Apolinar, del canceller de L'Hopital, de Lafayette, de Thomas, de Ghamfort, arrojado por el desbordamiento de las victorias republicanas, había venido á establecerse á Londres. La emigración lo contaba con orgullo en sus filas; él cantaba nuestras desgracias: razón mas para amar su musa. Trabajaba mucho; lo necesitaba, porque Mad. Delille lo encerraba, y no le dejaba salir hasta que había ganado su jornal con cierto número de versos. Un día había ido yo á su casa; se hizo esperar, y apareció después con el rostro enrojecido; se supone que Mad. Delille le daba de bofetadas; yo no lo sé; digo lo que he visto.

¿Quién no ha oído al abate Delille recitar sus versos? Los decía muy bien; su figura flaca, ajada, animada por su imaginación, se hermanaba muy bien con la naturaleza coqueta de su expedición, con el carácter de su talento y su profesión de abate. La obra maestra del abate Delille es su traducción de las *Georgicas*, con fragmentos casi de sentimiento; pero es como si leyérais á Racine en la lengua de Luis XV.

La literatura del siglo xviii salva algunos bellos genios que la dominan: esta literatura, colocada entre la clásica del siglo xvii y la romántica del xix, sin carecer de naturalidad, carece de naturaleza; entregada á combinaciones de palabras, no es ni bastante pura, como escuela antigua. El abate Delille era el poeta de los castillos modernos, como el trovador era el poeta de los castillos antiguos: los versos del uno, las baladas del otro, hacen conocer la diferencia que existía entre la aristocracia en la fuerza de su juventud, y la aristocracia decrepita; el abate pinta lecturas y juegos de ajedrez, y los trovadores cantaban cruzadas y torneos.

Los personajes distinguidos de nuestra iglesia militante se hallaban entonces en Inglaterra. El abate Caron, de quien ya os he hablado, tomándole la vida de mi hermana Julia; el obispo de Saint-Pol-de-Leon, prelado severo que contribuía á hacer al señor conde de Artois cada vez mas extraño á su siglo; el arzobispo de Aix, calumniado quizá á causa de sus triunfos en el mundo; otro obispo sabio y piadoso, pero de tal avaricia, que si hubiera perdido su alma no la hubiera rescatado por dinero. Casi todos los avaros son gentes de talento; preciso es que sea yo muy bestia.

Entre las francesas del Oeste se contaba madama de Boignes, amable, espiritual, llena de talento, muy bonita, y la mas joven de todas; ella ha representado después con su padre, el marqués de Osmond, á la corte de Francia en Inglaterra, mucho mejor que lo ha hecho mi incivilidad. Ahora es escritora, y con su disposición reproducirá maravillosamente lo que ella ha visto.

Las Señoras de Caumont, de Gontant y de Cluzel habitaban también el cuartel de las felicidades desterradas, si no confundo á las Sras. de Caumont y de Cluzel, á quienes yo había medio visto en Bruselas.

Ciertamente que se hallaba en esta época la duquesa de Duras en Londres; yo no debía conocerla hasta diez años después. ¿Cuántas veces se pasa en la vida al lado de quien haría nuestras delicias, como el navegante cruza las aguas de una tierra favorecida por el cielo, de quien solo lo separa un horizonte y un día de vela! Yo escribo esto á la orilla del Támesis, y mañana irá una carta por el correo á decir á Mad. Duras, á las orillas del Sena, que he hallado su primer recuerdo.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

FONTANES.—CLERY.

De tiempo en tiempo nos enviaba la revolución emigrados de nueva especie y opiniones nuevas; se formaban diferentes engendros de desterrados; la tierra contiene camas de arena ó de arcilla, depuestas por las olas del diluvio: una de estas olas me trajo un hombre, cuya pérdida deploro hoy; un hombre, que fue mi director en las letras, y cuya amistad ha sido una de las honras y uno de los consuelos de mi vida.

Ya he dicho en estas *Memorias* que había conocido á Mr. de Fontanes en 1789: en Berlin supe el año pasado que había muerto. Había nacido en Niort, de una familia noble y protestante: su padre había tenido la desgracia de matar en duelo á su cuñado. El joven Fontanes, educado por un hermano de mucho mérito, vino á Paris, vió morir á Voltaire, y este gran representante del siglo xviii le inspiró sus primeros versos; sus ensayos poéticos fueron revisados por Laharpe. Empezó algunos trabajos para el teatro, y se relacionó íntimamente con una actriz encantadora, la señorita Desgarcins. Alojado junto al Odeon, errante alrededor de la Cartuja, celebró su soledad. Había hallado á un amigo destinado á serlo mio, á Mr. Joubert. Cuando llegó la revolución, el poeta se alió en uno de estos partidos estacionarios que mueren siempre destrozados, por el partido del progreso, que los arrastra hácia adelante, y el retrógrado, que los arrastra hácia atrás. Los monárquicos pusieron á Fontanes en la redacción del *Moderador*. Cuando la tempestad arreció, se refugió á Lyon, y se casó allí. Su mujer dió á luz un niño; durante el sitio de la ciudad, que los revolucionarios habían llamado *Municipalidad emancipada*, del mismo modo que Luis XI, al desterrar á los ciudadanos, había llamado á Arras *Ciudad asilo*, Mad. de Fontanes se veía obligada á cambiar de lugar la cuna de su hijo para ponerlo al abrigo de las bombas. Vuolto á Paris en 9 de termidor, Fontanes fundó el *Memorial*

con Laharpe y el abate de Vauxelles. Proscripto el 18 de fructidor, la Inglaterra fue su puerto de salvación.

Mr. Fontanes ha sido, con Chenier, el último escritor de la escuela clásica de la rama mayor; sus versos y su prosa se parecen, y tienen un mérito de la misma naturaleza. Sus pensamientos y sus imágenes tienen una melancolía desconocida del siglo de Luis XIV, que conocía solamente la austera y santa tristeza de la elocuencia religiosa. Esta melancolía se encuentra mezclada en las obras del cantor del *Día de difuntos*, como el sello de la época en que ha vivido; ella fija la fecha de su vida; ella demuestra que ha nacido después de J. J. Rousseau, y que ha tenido por modelo á Fenelon. Si se redujesen los escritos de Fontanes á dos volúmenes muy pequeños, el uno en prosa y el otro en verso, sería este el monumento fúnebre mas elegante que pudiera levantarse en la tumba de la escuela clásica.

Entre los papeles que ha dejado mi amigo, se encuentran muchos cantos del poema de la *Grecia salvada*, libros de odas, poesías diversas, etc. Por sí mismo no hubiera publicado nada, porque este crítico, tan delicado, tan entendido é imparcial, cuando no lo cegaban sus opiniones políticas, tenía un miedo horrible á la crítica. Ha sido muy injusto con Mad. Stael. Un artículo envidioso de Garat sobre la *Foret de Navarre* estuvo á punto de detenerlo en su carrera poética. Al aparecer Fontanes mató la escuela afectada de Dorat; pero no pudo restablecer la escuela clásica, que tacaba á su término con la lengua de Racine.

Entre las odas póstumas de Fontanes hay una al *Aniversario de su nacimiento*; tiene todo el encanto del *Día de difuntos*, con un sentimiento mas penetrante y mas individual. No me acuerdo mas que de estas dos estrofas:

La vieillesse deja vient avec ses souffrances
que m'offre l'avenir? de courtes esperances,
que m'offre le passé? des fautes, des regrets.
Tel est le sort de l'homme, il s'instruit avec l'age;
mais que sert d'être sage,
quand le terme est si pres?

Le passé, le present, l'avenir, tout m'afflige;
la vie a son declin est pour moi sans prestige,
dans le miroir du temp elle perd ses appas.
Plaisirs! allez chercher l'amour et la jeunesse,
laissez moi ma tristesse,
Et ne l'insultez pas!

»Ya se acerca la vejez con sus padecimientos. Brebes son ya las esperanzas que el porvenir me ofrece y en lo pasado no veo mas que faltas y motivos de arrepentimiento. Tal es la suerte del hombre: adquirir instrucción con la edad. ¿Mas de qué sirve la ciencia cuando uno se halla ya tan cercano á su fin?

»Lo pasado, lo presente y el porvenir se adunan en mi daño: no encuentro encanto en la vida que toca en su ocaso; el tiempo la despoja de todas sus ilusiones. Id, placeres, id á halagar al amor y á la juventud. Dejarme á mí con mi tristeza y no me insulteis.

Si alguna cosa en el mundo debía ser antipática á Fontanes, era mi manera de escribir. En mi comenzaba, con la escuela llamada *romántica*, una revolución en la literatura francesa; sin embargo, mi amigo, en vez de irritarse con mi barbarie, se apasionó de ella. Yo veía el aturdimiento en su semblante cuando le leía trozos de los *Natches*, de *Atala* y de *René*: no podía traer estas producciones á las reglas comunes de la crítica; pero conocía que entraba en un mundo nuevo; veía una nueva naturaleza; comprendía una lengua que él no hablaba. Yo recibí de él excelentes consejos; yo le debo la corrección de mi estilo; él me enseñó á respetar el oído; él me impidió que cayera en la extravagancia de invención y lo escabroso de ejecución de mis discípulos.

Fue para mí una felicidad grande volverlo á ver en Londres, obsequiado por la emigración: se le pedían

cantos de la *Grecia salvada*, y se oían con el mayor interés. Se alojó cerca de mí; ya no nos separamos. Asistimos juntos á una escena digna de estos tiempos de infortunio. Clery, que había desembarcado hacia poco, nos leyó sus *Memorias* manuscritas. Que se juzgue de la emoción de un auditorio de desterrados oyendo la relación de los padecimientos y la muerte del prisionero del Temple, hecha por el ayuda de cámara de Luis XVI, como testigo ocular. El Directorio, asustado por las *Memorias* de Clery, publicó otra edición interpolada, en que hacia hablar al autor como un lacayo y á Luis XVI como á un ganapan: entre las torpezas revolucionarias esta es quizá una de las mas sucias.

UN PAISANO VANDEANO.

Mr. Theil, encargado de negocios de Mr. el conde de Artois, en Londres, se había apresurado á buscar á Fontanes; este me rogó que lo llevara á casa del agente de los príncipes. Lo encontramos rodeado de todos aquellos defensores del trono y del altar, que vagabundeaban en Piccadilly, de una multitud de espías, y de caballeros de industria, escapados de Paris con nombres supuestos y trajes diferentes, y de una nube de aventureros belgas, alemanes é irlandeses, vendedores de contrarrevolución. A un lado de esta multitud había un hombre de treinta á treinta y dos años, en quien nadie reparaba, y que á su vez no se ocupaba mas que de ver un grabado de la muerte del general Wolf. Me llamó la atención su aire, y pregunté quién era: — «No es nadie; es un paisano vandeano, portador de una carta de sus gefes.»

Este hombre, que no era nadie, había visto morir á Cathelineau, primer general de la Vandée, y paisano como él; á Bonchamp, en quien revivía Bayardo; Lescure, armado de un cilicio que no estaba hecho á prueba de bala; Elbée, fusilado en una silla, porque sus heridas no le permitían abrazar la muerte en pie; Larochejaquelein, cuyo cadáver mandaron *identificar* los patriotas, á fin de tranquilizar á la Convención en medio de sus victorias. Este hombre, que no era nadie, había asistido á la toma y pérdida de doscientas plazas, ciudades, pueblos y reductos; á setecientas acciones particulares; á diez y siete batallas campales; se había batido contra trescientos mil hombres de tropas disciplinadas, seis á setecientos mil movilizados y guardias nacionales; había ayudado á tomar cien piezas de cañón y cincuenta mil fusiles; había atravesado las *columnas infernales* compañías de incendiarios, mandadas por convencionales; se había hallado en medio del Océano de fuego que entres ocasiones extendió sus olas por los bosques de la Vandée; finalmente, había visto perecer trescientos mil Hércules de arado compañeros de sus trabajos, y convertirse en un desierto de cenizas cien leguas cuadradas de un país fértil.

Las dos Francias se encontraron en este sueloni velado por ellas. Todo lo que había en Francia de la sangre y los recuerdos de las cruzadas, luchó contra la nueva sangre y las esperanzas de la Francia revolucionaria. El vencedor sintió la grandeza del vencido. Thureau, general de los republicanos, decía: «que los vandeanos serian colocados en la historia en la primera fila de los pueblos militares.» Las legiones de Probo decían otro tanto de nuestros padres en sus canciones. Bonaparte llamó los combates de la Vandée *combates de gigantes*.

En aquella algarabía yo era el único que consideraba con admiración y respeto al representante de estos antiguos *Jacques*, que rompiendo el yugo de sus señores rechazaban, bajo Carlos V, la invasión extranjera; me parecía ver un hijo de aquellos municipios del tiempo de Carlos VII, que, con la pequeña nobleza

de provincia, conquistaron palmo á palmo el suelo de Francia. Tenia el aire indiferente del salvaje; su mirada era sombría é inflexible como una vara de hierro; su labio inferior temblaba sobre sus cerrados dientes; sus cabellos bajaban de su cabeza como serpientes enroscadas; sus brazos, caídos, daban un sacudimiento nervioso á los enormes puños, acerbados de sablazos: se le hubiera creído un gran serrador; su fisonomía expresaba una naturaleza popular rústica, puesta, por el poder de las costumbres, al servicio de intereses y de ideas contrarias á esta naturaleza; la fidelidad nativa del vasallo, la simple fe del cristiano, se mezclaban á la ruda independencia plebeya acostumbrada á estimarse y hacerse justicia. Parecía no ser en él el sentimiento de su libertad, mas que la conciencia de la fuerza de su mano y la intrepidez de su corazón. No hablaba mas que un león; se rascaba como un león; bostezaba como un león, se apoyaba sobre un costado como un león cansado, y soñaba, al parecer, con la sangre y los bosques. ¡Qué hombres en todos los partidos de entonces, y qué raza la de hoy! Pero los republicanos tenían su principio en sí, en medio de ellos, y los realistas tenían el suyo fuera de Francia. Los vandeos enviaban diputaciones á la emigración; los gigantes pedían gefes á los pigmeos. El agreste mensajero que yo contemplaba habia cogido la revolución por la garganta, y habia gritado: «Entrad; pasad detrás de mí; no os hará daño; no se meneará; yo la sujeto.» Nadie quiso pasar; entonces Jacques Bonhomme soltó á la revolución, y Charrette rompió su espada.

PASEOS CON FONTANES.

Mientras yo hacia estas reflexiones á propósito de este campesino, como las habia hecho de otra especie cuando vi á Mirabeau y á Danton, Fontanes obtenia una audiencia particular de aquel á quien él llamaba burlescamente *interventor general de hacienda*: salió muy satisfecho, porque Mr. Theil habia prometido proteger la publicación de mis obras, y Fontanes no pensaba mas que en mí. No podia ser mejor hombre; tímido en lo que á él respectaba, era todo valor cuando se trataba de los amigos, y me lo probó bien cuando hice dimision con motivo de la muerte del duque de Enghien. En la conversacion tenia cóleras literarias risibles. En política desvariaba; los crímenes convencionales le habian hecho mirar con horror hasta la libertad. Detestaba los diarios, la filosofalla, la ideología, y comunicó este odio á Bonaparte cuando se acercó al señor de Europa.

Ibamos á pasear al campo; nos parábamos bajo algunos de esos elevados olmos que se ven diseminados por las praderas. Apoyado contra su tronco, me contaba mi amigo su antiguo viaje á Inglaterra antes de la revolución, y los versos que dedicaba entonces á dos jóvenes ladies, envejecidas á la sombra de las torres de Westminster; torres que hallaba en pie, como las habia dejado, mientras que junto á ellas se habian sepultado las ilusiones y las horas de su juventud.

Comiamos continuamente en alguna fonda solitaria de Chelsea, hablando de Milton y de Shakspeare; ellos habian visto lo que nosotros veíamos; ellos se habian sentado, como nosotros, á la orilla de este rio, para nosotros rio extranjero, para ellos rio de la patria. Volviamos de noche á Londres, con los rayos pálidos de las estrellas, sumergidas una tras de la otra en la niebla de la ciudad. Entrábamos en nuestra casa, guiados por inciertas luces que nos trazaban apenas el camino al través del humo de carbon que brillaba alrededor de cada reverbero: así pasa la vida del poeta.

Nosotros vimos á Londres en detalle, antiguo desterrado servia de cicerone á los nuevos, jóvenes ó

viejos: no hay edad legal para la desgracia. En medio de una de estas excursiones fuimos sorprendidos por una lluvia mezclada de truenos, y obligados á refugiarnos en el zaguan de una casucha cuya puerta se hallaba entreabierta casualmente. Allí encontramos al duque de Borbon: yo vi por la primera vez en este Chantilly un príncipe que no era aun el último de los Condé.

El duque de Borbon, Fontanes y yo, igualmente proscritos, buscando en tierra extraña, bajo el techo del pobre, un abrigo contra la misma tempestad: *Fata invenient viam*.

Fontanes fue llamado á Francia. Se despidió haciendo votos por nuestra próxima reunion. Cuando llegó á Alemania, me escribió la carta siguiente:

28 de julio de 1798.

«Si habeis tenido algun pesar á mi partida de Londres, os juro que los míos no han sido menos reales. Sois la segunda persona á quien he hallado en el curso de mi vida de una imaginación y un corazón como el mio. Jamás olvidaré los consuelos que me habeis hecho hallar en el destierro y país extranjero. Mi pensamiento mas querido y mas constante, despues que os he dejado, se vuelve á los *Natches*. Lo que me habeis leído de ellos y muy particularmente en los últimos dias, es admirable, y no se borrará jamás de mi memoria. Pero el encanto de las ideas poéticas que me habeis inspirado ha desaparecido un momento á mi llegada á Alemania. Las mas horrosas noticias se han sucedido á las que os dí al separarme de vos. He estado cinco ó seis dias en la mas cruel perplejidad. Hasta tenia persecuciones en mi familia. Mis temores se han disminuido hoy mucho. El mal mismo ha sido muy ligero: se amenaza mas que se pega, y los exterminadores no se dirigen contra los de mi época. El último correo me ha traído seguridades de paz y de buena voluntad. Puedo continuar mi viaje, y voy á ponerme en camino en los primeros dias del mes próximo. Mi morada se fijará cerca del bosque de San German, entre mi familia, la Grecia y mis libros: ¡que no pueda decir tambien los *Natches*! La revuelta inesperada ocurrida en París es causa, estoy seguro, del aturdimiento de los agentes y gefes que conoceis. En las manos tengo la prueba evidente. Por esta certeza escribo á Mr. Theil con toda la finura posible, y con la contemplacion que exige la prudencia. Quiero evitar toda correspondencia, al menos próxima, y pongo en duda el partido que quiero tomar y la residencia que pienso elegir. Por lo demás, hablo con vos con el acento de la amistad, y deseo cordialmente que las esperanzas de utilidad que yo ofrezca aumenten la buena disposicion que se me ha manifestado, y que se debe tambien á vos y á vuestros talentos.

«Trabajad, trabajad, mi querido amigo; haceos ilustre. Podeis hacerlo: el porvenir es vuestro. Espero que la palabra dada continuamente por el *interventor general de hacienda*, se cumpla al menos en parte. Esto me consuela, porque no puedo sufrir la idea de que una hermosa obra se retrase por falta de algunos socorros. Escribidme; que nuestros corazones se comuniquen; que nuestras musas sean siempre amigas. No dudeis que, cuando pueda pasearme libremente por mi patria, os prepararé una colmena y flores al lado de las mias. Mi afecto es inalterable: yo estaré solo mientras no esté á vuestro lado. Habladme de vuestros trabajos. Quiero alegraros al concluir; he hecho la mitad de un nuevo canto á la orilla del Elba, y estoy mas contento de él que de lo demás.

«Adios: os abrazo tiernamente, y soy vuestro amigo.

»FONTANES.»

Fontanes me dice que hacia versos cambiando de destierro. No se puede robar todo al poeta; lleva consigo su lira. Dejád al cisne sus alas; cada tarde repetirán rios desconocidos las quejas melodiosas que hubiera preferido hacer resonar en el Eurotas.

El porvenir es vuestro. ¿Decia Fontanes la verdad? ¿Debo felicitarle de su prediccion? ¡Ay! Este porvenir, anunciado ha pasado ya: ¿tendré otro?

Esta primera carta afectuosa del primer amigo que he tenido en mi vida, y que desde la fecha de esta carta ha marchado veinte y tres años á mi lado, me advierte mi progresivo aislamiento. Fontanes ya no existe: un dolor profundo, la muerte trágica de un hijo lo ha llevado al sepulcro antes de tiempo. Casi todas las personas de quien he hablado en estas memorias han desaparecido; es un registro de difuntos que yo tengo. Unos años mas, y yo, condenado á formar el catálogo de los muertos, no dejaré á nadie que inscriba mi nombre en el libro de los ausentes.

Pero si me quedo solo, si ningun ser de los que me amaron queda para conducirme á mi última morada, yo menos que nadie necesito guia; yo me he abierto el camino; yo he estudiado los lugares por donde debo pasar; yo he querido ver lo que sucede en el último momento.

Continuamente al borde de una fosa, á la que se bajaba un fereito con cuerdas, he oido su crugido; en seguida el ruido de la primera capa de tierra que caia sobre el ataúd; á cada capa nueva el ruido hondo disminuia, y cubriendo, por último, la tierra la sepultura, hacia elevarse poco á poco el silencio eterno hasta la superficie de la tumba. ¡Fontanes! me habeis escrito: *¡Que vuestras musas sean siempre amigas!* No me habeis escrito en vano.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

MUERTE DE MI MADRE.—VUELTA Á LA RELIGION.

¿Alloquar? ¿Audiero numquam tua verba loquentem? Numquam ego te, vita frater amabilior, ¿Aspiciam post hac? ¡at, certe, semper amabo!

«¿Ya no te volveré á hablar? ¿No oiré jamás tus palabras? ¿Nunca te veré, hermano mas querido que la vida? ¡Ah! ¡pero siempre te amaré!»

Acaho de perder un amigo, y voy á perder una madre; es necesario tener siempre en los labios los versos que Cátulo dirigia á su hermano. En nuestro valle de lágrimas, lo mismo que en el infierno, hay yo no sé qué eterna queja, que forma el fondo ó la nota dominante de las lamentaciones humanas; se la oye sin cesar, y duraria hasta despues de extinguirse los dolores creados.

Una carta que recibí poco despues que la de Fontanes confirmaba mi triste observacion sobre mi progresivo aislamiento; Fontanes me invitaba á *trabajar*, á *darme renombre*; mi hermana me aconsejaba que renuciara á *escribir*: el uno me proponia la gloria, el otro el olvido. ¿Habeis visto en la historia de madama de Tarcy cuáles eran sus ideas? Habia tomado odio á la literatura, porque la contemplaba como una de las tentaciones de su vida.

Saint-Servan 1.º de julio 1798.

«Amigo mio: Acabamos de perder la mejor de las madres; yo te anuncio con dolor este golpe funesto. Cuando dejes de ser el objeto de nuestra solicitud, habremos dejado de vivir. Si supieras cuántas lágrimas han hecho derramar tus extravíos á nuestra respetable madre, y lo deplorables que parecen á los que piensan y han hecho profesion de piedad y de razon; si tú lo supieras, quizá esto contribuiria á hacerte abrir los ojos y á renunciar á escribir; y si el cielo, apiadado de mis súplicas, permitiera nuestra reunion,

tú hallarias en medio de nosotros toda la felicidad posible en la tierra; tú nos la darías, porque mientras estemos inquietos por tu suerte, no la podemos tener.»

¡Ah! ¡que no haya seguido yo el consejo de mi hermana! ¿Por qué he continuado escribiendo? Sin mis obras, ¿se hubieran cambiado en nada los acontecimientos ó el espíritu del siglo?

Yo habia perdido á mi madre, y habia afligido la hora suprema de su vida! Mientras exhalaba el último suspiro, lejos de su hijo último, rogando por él, ¿qué hacia yo en Londres? ¿Tal vez me paseaba en una fresca madrugada, en el momento en que los sudores de la muerte cubrian la frente maternal, y no tenian mi mano para enjugarlos!

La ternura filial que conservaba á M. de Chateaubriand era profunda. Mi infancia y mi juventud se ligaban intimamente con el recuerdo de mi madre; todo lo que yo sabia procedia de ella. La idea de haber emponzoñado los últimos dias de la mujer que me llevó en su seno, me desesperó; arrojé al fuego con horror ejemplares del *Ensayo*, como el instrumento de mi crimen; si me hubiera sido posible destruir la obra, lo hubiera hecho sin vacilar. No volví de esta turbacion hasta que me ocurrió expiar mi primera obra con otra obra religiosa: tal fue el origen de *El Genio del Cristianismo*.

«Mi madre, he dicho en el primer prefacio de esta obra, despues de haber sido arrojada á los setenta y dos años en los calabozos, donde vió perecer una parte de sus hijos, espiró sobre una mala cama, donde la habian relegado sus desgracias. La memoria de mis extravíos derramó sobre sus últimos dias un gran pesar; ella encargó al morir, á una de mis hermanas, que me atrajera á esta religion, en la cual habia sido educado. Mi hermana me anunció el último voto de mi madre. Cuando la carta llegó á mis manos, despues de atravesar el mar, mi hermana misma ya no existia; ella tambien habia muerto por consecuencia de su prision. Estas dos voces que salian de la tumba; esta muerte que servia de intérprete á la muerte, me conmovieron. Me he hecho cristiano. No he cedido, convengo en ello, á grandes luces sobrenaturales; mi conviccion ha salido del corazón; he llorado y he creído.»

Yo me exageraba mi falta: el *Ensayo* no era un libro impio, sino un libro de duda y de dolor. Al través de las tinieblas de esta obra, se descubre un rayo de la luz cristiana que brilló sobre mi cuna. No era necesario un grande esfuerzo para volver del escepticismo del *Ensayo* á la certeza de *El Genio del Cristianismo*.

Londres, de abril á setiembre de 1822.

GENIO DEL CRISTIANISMO.—CARTA DEL CABALLERO PANAT.

Quando despues de la muerte de Mad. de Chateaubriand me resolví á cambiar súbitamente de camino, el título de *Genio del Cristianismo* que hallé al instante, me inspiró; me puse á trabajar, con el ardor de un hijo que levanta un mausoleo á su madre. Mis materiales estaban reunidos hacia mucho por mis precedentes estudios. Yo conocia las obras de los Santos Padres mejor que lo que se las conoce en nuestros dias; yo las habia estudiado, hasta para combatirlos, y habia entrado en este camino con mala intencion; y en lugar de salir vencedor, quedé vencido.

En cuanto á la historia, propiamente dicha, me habia ocupado especialmente de ella al componer el *Ensayo sobre las Revoluciones*. Las auténticas de Camden que acababa de examinar me habian hecho familiares las costumbres y las instituciones de la edad media.

En fin, mi terrible manuscrito de los *Natchez*, de dos mil trescientas noventa y tres páginas en folio, contenía cuantas descripciones de la naturaleza necesitaba *El Genio del Cristianismo*; podía tomar ampliamente de esta fuente, como había tomado ya para el *Ensayo*.

Escribí la primera parte de *El Genio del Cristianismo*. Los señores Dulan, que se habían hecho librerías del clero francés emigrado, se encargaron de la publicación. Las primeras hojas del primer volumen se imprimieron.

La obra, empezada en Londres en 1799, se acabó en París en 1802; podeis ver los diferentes prefacios de *El Genio del Cristianismo*. Una especie de fiebre me devoró durante el tiempo de mi composición; no se puede formar idea de lo que es llevar á la vez en su cabeza, en su sangre, en su alma, á *Atala* y *René* y mezclar al alumbramiento doloroso de estos ardientes gemelos el trabajo de concepcion de las otras partes de *El Genio del Cristianismo*. El recuerdo de Carlota se mezclaba á todo esto, y le daba calor; y para complemento, inflamaba mi imaginacion exaltada el primer deseo de gloria. Este deseo tenía origen en la ternura filial; quería un grande éxito, á fin de que subiera hasta la mansion de mi madre, y que los ángeles la llevaran mi santa expiacion.

Como un estudio lleva á otro, yo no podía ocuparme de mis escolios franceses sin tomar nota de la literatura y de los hombres del país en que vivía, y me vi empeñado en estas investigaciones. Mis días y mis noches se pasaban en leer, en escribir, en tomar lecciones de hebreo de un sabio sacerdote, el abate Capelan, en consultar las bibliotecas y las gentes instruidas, en vagar por las campiñas con mis tercias fantásticas, en recibir y hacer visitas. Si hay efectos retroactivos y sintomáticos de los acontecimientos futuros, yo hubiera podido augurar el movimiento y el estrépito de la obra que debía crearme un nombre con la fermentacion de mi entendimiento y las palpitaciones de mi musa.

Algunas lecturas de mis primeros borradores sirvieron para ilustrarme. La lectura es excelente como instruccion cuando no se toman como moneda corriente las adulaciones obligadas. Con tal que un autor tenga buena fe, conocerá al punto, por medio de la impresion de los demás, los puntos débiles de un trabajo, y sobre todo si este trabajo es demasiado largo ó corto, si guarda, no llena, ó pasa la justa medida. Yo encuentro una carta del caballero Panat sobre la lectura de una obra, entonces tan desconocida. La carta es encantadora; el espíritu positivo y burlon del obscuro caballero no parecia susceptible de impregnarse así de poesía. No dudo en copiar esta carta, documento de mi historia, aunque esté cuajada de elogios míos, como si el autor se hubiera complacido en derramar su tintero sobre su epístola.

Hoy lunes.

«¡Buen Dios, qué interesante lectura he debido esta mañana á vuestra extrema complacencia! Nuestra religion había contado entre sus defensores grandes genios, padres ilustres de la Iglesia; estos atletas habían manejado con vigor todas las armas del raciocinio; la incredulidad estaba vencida, pero no era bastante; era preciso demostrar todos los encantos de esta religion admirable; era preciso probar cómo se amolda al corazón humano, y qué magníficos cuadros ofrece á la imaginacion. Ya no es el teólogo en la cátedra, es el gran pintor y el hombre sensible que se abren un nuevo horizonte. Faltaba vuestra obra, y érais llamado para hacerla. La naturaleza os ha dotado eminentemente de las bellas cualidades que exige: pertenecéis á otro siglo... ¡Ah! si las verdades de sentimiento son las primeras en el orden de naturaleza, nadie habrá probado mejor que vos las

de nuestra religion; vos habreis confundido á lo puerta del templo á los impíos, y habreis introducida en el santuario los espíritus delicados y los corazones sensibles. Vos me recordais á esos filósofos antiguos que daban sus lecciones con la cabeza coronada de flores y las manos llenas de dulces perfumes. Y esta es una imágen muy pálida de vuestro talento, tan dulce, tan puro, y tan antiguo.

«Yo me felicito todos los días por la feliz circunstancia que me ha acercado á vos; no puedo olvidar que debo esta dicha á Fontanes; lo amo mas por esto, y mi corazón no separará jamás dos nombres que debe unir la misma gloria, si la Providencia nos abre las puertas de nuestra patria.

«EL CABALLERO PANAT.»

El abate Delille oyó tambien la lectura de algunos fragmentos de *El Genio del Cristianismo*. Quedó sorprendido, y me hizo el honor de rimar poco despues la prosa que le había agradado. Naturalizó mis flores salvajes de América en sus diversos jardines franceses, y puso á enfriar mi vino, algo caliente, en el agua fria de su clara fuente.

La edicion incompleta de *El Genio del Cristianismo*, comenzada en Londres, diferia un poco en el orden de materias de la edicion publicada en Francia. La censura consular, que se convirtió muy luego en imperial, se mostraba muy quisquillosa con respecto á los reyes: su persona, su honor, su virtud, le eran caros de antemano. La policia de Fouché veía descender ya del cielo con la ampollita sagrada, el pichon blanco, símbolo del candor de Bonaparte y de la inocencia revolucionaria. Los sinceros creyentes de las procesiones republicanas de Lyon me obligaron á cortar un capítulo intitulado *Los Reyes Ateos*, y á diseminarlo en párrafos en el cuerpo de la obra.

Londres, de abril á setiembre de 1822.

MI TÍO EL SEÑOR DE BEDÉE.—SU HIJA MAYOR.

Antes de continuar estas investigaciones literarias, es preciso interrumpirlas un momento para despedirme de mi tío de Bedée. ¡Ay! es despedirse de la primera alegría de mi vida: *fræno non remorante dies*: ningún freno detiene los días. Ved los antiguos sepulcros en las antiguas catacumbas; ellos mismos vencidos por la edad, caducos y sin memoria, habiendo perdido sus epitafios, han olvidado hasta los nombres de los que encierran.

Yo había escrito á mi tío con motivo de la muerte de mi madre; me contestó una carta larga, en la que había algunas palabras tiernas de pesar; pero las tres cuartas partes de ella estaban consagradas á mi genealogía. Me recomendaba especialmente que, cuando volviera á Francia, buscara los títulos del *blason de los Bedée*, confiado á mi hermano. Así, para este venerable desterrado, ni la ruina, ni la destruccion de sus parientes, ni el sacrificio de Luis XVI, lo advertían de la revolucion; nada había pasado, nada había acontecido; estaba siempre en los Estados de Bretaña y en la Asamblea de la nobleza. Hiere esta fijeza de la idea del hombre en medio y como en presencia de la alteracion de su cuerpo, de la fuga de sus años, de la pérdida de sus parientes y amigos.

A la vuelta de la emigracion, mi tío de Bedée se ha retirado á Dinau, donde ha muerto, á seis leguas de Montchoix, sin haberlo vuelto á ver. Mi prima Carolina, la mayor de mis tres primas, vive todavía. Ha quedado solterona, á pesar de las respetuosas intimaciones de su antigua juventud. Me escribe cartas sin ortografía, en las cuales me tutea, me llama

caballero, y me habla de nuestros buenos tiempos: *in illo tempore*. Tenia dos hermosos ojos negros, y una estatura bonita; bailaba como la Carmago, y cree recordar que yo la tenía un amor fiero. Yo le respondo en el mismo tono, dejando á un lado, á ejemplo suyo, mis años, mis honores y mi fama: «Si, querida Carolina; tu caballero, etc.» Hace algunos seis ó siete lustros que no nos vemos: ¡gracias al cielo, porque Dios sabe si nos abrazáramos que figura haríamos! ¡Dulce, patriarcal, inocente, honrosa amistad de familia: vuestro siglo ha pasado! No estamos agarrados ya al suelo con una multitud de raíces, de flores, y vástagos; ahora se nace y se muere uno á uno. Los vivos se apresuran á enviar al difunto á la eternidad y á desembarazarse de su cadáver. Entre los amigos, los unos van á esperar el féretro á la iglesia, refunfuñando por haber alterado sus hábitos y sus horas; los otros llevan su adhesión hasta seguir el convoy hasta el cementerio; cubierta la fosa, todo recuerdo queda borrado. ¡Ya no volveréis mas, días de religion y de ternura, en que el hijo moría en la misma casa, en el mismo sillón, cerca del mismo hogar, donde había muerto su padre y su abuelo, rodeado como ellos de sus hijos y rietos, anegados en llanto, que recibían la última bendicion paternal!

¡Adios, mi querido tío! ¡Adios, familia materna, que desapareces como la otra parte! ¡Adios, mi prima de entonces, que me amas siempre como me amabas cuando oíamos juntos el arrullo de nuestra buena tía Boistilleul, ó cuando asistiais á la revelacion del voto de mi nodriza en la abadía de Nazareth! Si me sobrevivís, aceptad la parte de reconocimiento y afecto que os lego aquí. No creais en la falsa sonrisa que asoma en mis labios al hablar de vos, mis ojos, os lo aseguro, están llenos de lágrimas.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

Revisado en febrero de 1845.

INCIDENCIAS.—LITERATURA INGLESA.—DECAIMIENTO DE LA ANTIGUA ESCUELA.—HISTORIADORES.—PUBLICISTAS.—PORTAS.—SHAKESPEARE.

Mis estudios correlativos á *El Genio del Cristianismo* me habían conducido paso á paso, como llevo dicho, al examen de la literatura inglesa. Cuando en 1792 me refugié á Inglaterra, me fue preciso reformar la mayor parte de los juicios que había aprendido con los críticos. En lo que concierne á los historiadores, Hume era reputado escritor tory y retrógrado; se le acusaba, como á Gibbon, de haber sobrecargado la lengua inglesa de galicismos; se prefería á su continuador Smollett. Filósofo durante su vida, cristiano al morir, Gibbon quedaba convencido de ser un pobre hombre. Aun se hablaba de Robertson, porque era seco.

Por lo que respecta á los poetas, los *Elegantes Extractos* servían de destierro á algunas piezas de Dryden; no se perdonaban las rimas de Pope, aunque se visitase su casa en Twickenham y se cortasen pedazos del sauce lloron plantado por él y marchito como su fama.

Blair pasaba por un crítico fastidioso á la francesa; se le colocaba muy debajo de Johnson. En cuanto al viejo *Spectator*, se hallaba en la buhardilla.

Las obras políticas inglesas tienen poco interés para nosotros. Los tratados económicos son menos cincunscritos; los cálculos sobre la riqueza de las naciones, sobre el empleo de los capitales, sobre la balanza comercial, se aplican en parte á las sociedades europeas.

Burke salía de la individualidad nacional política; declarándose contra la revolucion francesa, arrastró

á su país á ese largo camino de hostilidades que terminó en los campos de Waterloo.

Sin embargo, aun quedaban grandes figuras. Por todas partes se encuentra á Milton y á Shakespeare. Montmorency, Byron, Sully, sucesivamente embajadores de Francia cerca de Isabel y de Jacobo I, zoyeron hablar jamás de un farsante, actor en sus propias farsas y en las ajenas? ¿Pronunciaron jamás el nombre, tan bárbaro en francés, de Shakespeare? ¿Sospecharon que hubiese allí una gloria, ante la cual se habían de abismar sus honores, sus rangos y sus pompas? Pues bien, el cómico encargado del papel de espectro en *Hamlet* era el gran fantasma, la sombra de la edad media, que se levantaba sobre el mundo, como el astro de la noche, en el momento en que la edad media concluía de bajar al sepulcro: siglos gigantes que abrió Dante y cerró Shakespeare.

En el *Compendio histórico* de Whitelocke, contemporáneo del cantor del *Paraiso perdido*, se lee: «Un cierto ciego, llamado Milton, secretario del parlamento para los despachos latinos.» Moliere, el *Andrión*, representaba su *Pourceaugnac*, del mismo modo que Shakespeare el *batelero* gesticulaba su *Falstaff*.

Estos viajeros incógnitos, que vienen de vez en cuando á sentarse á nuestra mesa, son tratados por nosotros como huéspedes vulgares; desconocemos su naturaleza hasta despues de su desaparicion. Al dejar la tierra se trasfiguran, y nos dicen como el enviado del cielo á Tobías: «Yo soy uno de los siete que estamos en presencia del Señor.» Pero si son desconocidos de los hombres á su paso, estas divinidades no se desconocen entre sí: «Que necesita mi Shakespeare, dice Milton, para sus huesos venerados, de piedras amontonadas por el trabajo de un siglo.» Miguel Angel, envidiando la suerte y el genio de Dante: exclama:

Pur fuss io tal...
Per l'aspro esilio suo con sua virtute
Darei del mondo piú felice stato.

«¡Fuera yo como él, por su duro destierro con su virtud, daría todas las felicidades de la tierra!»

El Tasso celebra á Camoens casi ignorado, y le sirve de *Fama*. ¡Hay cosa mas admirable que esta sociedad de ilustres iguales revelándose los unos á los otros por signos, saludándose y conversando en un idioma por ellos solos comprendido? Shakespeare era cojo, como lord Byron, Walter Scott y las hijas de Júpiter? Si lo era en efecto, el *Boy* de Stratford, lejos de avergonzarse de ello, no teme recordarlo, como Childen-Harold á una de sus queridas:

...lame by fortune's dearest spite.

«Cojo por el capricho de la fortuna.»

Shakespeare hubiera tenido muchos amores, si no contaran por sus sonetos. El creador de *Desdémona* y de *Julietta* envejecía sin cesar de amar. La mujer desconocida á quien se dirige en versos encantadores, ¿estaba orgullosa, y se contemplaba feliz con ser el objeto de los sonetos de Shakespeare? Se puede poner en duda; la gloria es para un anciano lo que los diamantes para una vieja; la adornan, pero no la embellecen.

«No lloreis mucho mi muerte, dice el trágico inglés á su querida. Si leéis estas palabras, no recordeis la mano que las ha trazado; os amo tanto, que quiero ser olvidado en vuestros dulces recuerdos, si pensando en mi pudiérais ser desgraciada.»

«¡Oh! si echais una mirada por estos renglones cuando yo no sea mas que un puñado de polvo, no repitais siquiera mi pobre nombre, y dejad que vuestro amor se apague con mi vida.»

Shakespeare amaba, pero no creía mas en el amor que en cualquiera otra cosa: una mujer para él era un pájaro, una brisa, una flor, cosa que encanta y pasa. Con respecto á la indiferencia ó ignorancia de su fama; con respecto á su estado, que lo separaba de la sociedad y fuera de las condiciones que no podia alcanzar, parecia haber tomado la vida como una hora ligera y desocupada, como un placer rápido y dulce.

Shakespeare en su juventud encontró monges viejos arrojados de sus claustros, los cuales habian visto á Enrique VIII, sus reformas, sus queridas, sus verdugos. Cuando el poeta abandonó la vida, Carlos I tenia diez y seis años.

De ese modo Shakespeare habia podido tocar con una mano las cabezas encanecidas que amenazó la cuchilla del penúltimo de los Tudor; con la otra la cabeza negra del segundo de los Estuardos, que debia cortar el hacha de los parlamentarios. Apoyado en estas frentes trágicas, bajó el gran trágico al sepulcro: el intervalo de los dias que vivió lo llenó con sus espectros, sus reyes ciegos, sus ambiciosos castigados, sus infortunadas mujeres, á fin de reunir, por medio de ficciones análogas, las realidades del pasado con las realidades del porvenir.

Shakespeare se cuenta entre los cinco ó seis escritores que han bastado á las exigencias y al alimento del pensamiento; estos genios madres parece que han engendrado y criado á los demás. Homero ha fecundado la antigüedad: Eschilo, Sófocles, Eurípides, Aristófanes, Horacio, Virgilio, son sus hijos. Dante ha engendrado la Italia moderna, desde Petrarca hasta el Tasso. Rabelais ha creado las letras francesas; Montaigne, Lafontaine, Moliere, son descendientes suyos. La Inglaterra es toda Shakespeare, y hasta estos últimos tiempos ha prestado su lengua á Byron, su diálogo á Walter Scott.

Se reniega continuamente de estos maestros supremos; se rebelan contra ellos; se enumeran sus defectos; se les acusa de fastidiosos, de difusos, de extravagantes, de mal gusto, robándolos y vistiéndose con sus despojos; pero en vano se agitan bajo su yugo. Todo tiene sus colores; por todas partes se hallan sus huellas; ellos inventan palabras y nombres que van á engruesar el vocabulario general de los pueblos; sus expresiones se convierten en proverbios, sus personajes ficticios en personajes reales, que tienen herederos y descendencia. Abren horizontes de donde brotan torrentes de luz; siembran ideas, gérmenes de otras mil; dan pensamientos, asuntos, estilos á todas las artes; sus obras son las minas ó las entrañas del espíritu humano. Tales genios ocupan el primer rango: su inmensidad, su variedad, su fecundidad, su originalidad, hace que se les reconozca como leyes, ejemplares, moldes, tipos de inteligencias diversas, como hay cuatro ó cinco razas de hombres de un mismo tronco, de las cuales no son las otras mas que ramales. Librémonos de insultar los desórdenes en que suelen caer alguna vez estos seres poderosos; no imitemos al maldito Cham; no riamos, si vemos desnudo y dormido á la sombra del arca encallada sobre las montañas del Armenia al único y solitario navegante del abismo. Respetemos á este marino del diluvio que recomenzó la creación despues de cerrarse las cataratas del cielo: hijos piadosos, bendecidos por nuestro padre, cubrámoslo púdicamente con nuestro manto.

Shakespeare, en vida, no ha pensado jamás en que pasaria á la posteridad: ¿qué le importa hoy mi cántico de admiración? Admitiendo todas las suposiciones, racionando segun las verdades ó los errores de que está penetrado ó imbuido el espíritu humano ¿de qué sirve á Shakespeare una fama cuyo ruido no puede llegar hasta él? ¿Cristiano? ¿Se ocupa de la nada del mundo en medio de la felicidad eterna? ¿Deista? Desprendido de las sombras de la materia, perdido en el

explendor de Dios, ¿inclina una mirada sobre el grano de arena por donde ha pasado? ¿Ateo? Reposa con ese sueño sin aliento y sin fin que se llama la muerte.

Nada, pues, tan vano como la gloria despues del sepulcro, á menos que no haya hecho vivir la aristocracia, que no haya sido útil á la virtud, que no haya socorrido la desgracia, y que nos sea dado gozar en el cielo de una idea consoladora, generosa, libertadora, dejada por nosotros en la tierra.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

INCIDENCIAS.—NOVELAS ANTIGUAS.—NOVELAS NUEVAS.—RICHARDSON.—WALTER SCOTT.

A fines del siglo pasado se habian comprendido las novelas en la proscripción general. Richardson dormia olvidado, sus compatriotas hallaban en su estilo rastros de la sociedad inferior en que habia vivido. Fielding se sostenia; Sterne, emprendedor de originalidad, habia pasado. Se leia todavia *El Vicario de Wakefield*.

Si Richardson no tiene estilo (de lo cual nosotros, extranjeros, no somos jueces), no vivirá porque no se vive mas que por el estilo. En vano hay quien se rebela contra esta verdad; la obra mejor compuesta, adornada de retratos muy parecidos, llena de otras mil perfecciones, nace muerta si carece de estilo. El estilo, y hay muchas especies, no se aprende; es don del cielo; es el talento. Pero si Richardson no ha sido abandonado mas que por ciertas locuciones vulgares, insostenibles á una sociedad elegante, podrá renacer; la revolución que se verifica, bajando la aristocracia y elevando á las clases medias, hará menos sensibles ó borrará los rastros de los hábitos domésticos, ó de un lenguaje inferior.

De *Clarisa* y de *Tom-Jones* han salido las dos principales ramas de la familia moderna de las novelas inglesas: las novelas en cuadros de familia y dramas domésticos, y las novelas de aventura y pintura de la sociedad general. Despues de Richardson, las costumbres del Oeste de la ciudad hicieron una irrupcion en el dominio de las ficciones: las novelas se llenaron de palacios, de lores y de ladys, de escenas en el agua, de aventuras en las carreras de caballos, en el baile, en la ópera, en el Ranelagh, con un *chit-chat*, con una chismografía interminable. No tardó en transportarse la escena á Italia; los algodones atravesaron los Alpes con peligros espantosos y dolores de alma capaces de enternecer los leones: *el leon derramó lágrimas*; una jerga de buena sociedad fue adoptada.

En estos millares de novelas que han inundado á la Inglaterra por espacio de medio siglo, dos han conservado su puesto: *Caleb Williams* y *le Moine*. Yo no vi á Godwin durante mi retirada á Londres; pero hallé dos veces á Lewis. Era un jóven miembro de los Comunes, muy agradable, y que tenia el aire y las maneras de un francés. Las obras de Ana Radcliffe forman una especie aparte. Las de miss Barbandt, las de miss Edgerworth, las de miss Burnet, etc., tienen, segun dicen, esperanzas de duracion. «Deberia haber, dice Montaigne, coercion de leyes contra los escritores ineptos ó inútiles, como las hay contra los vagos y mal entretenidos. Serian desterrados de las manos del pueblo, tanto yo como otros cien. La manía de escribir parece ser un síntoma de un pueblo desbordado.»

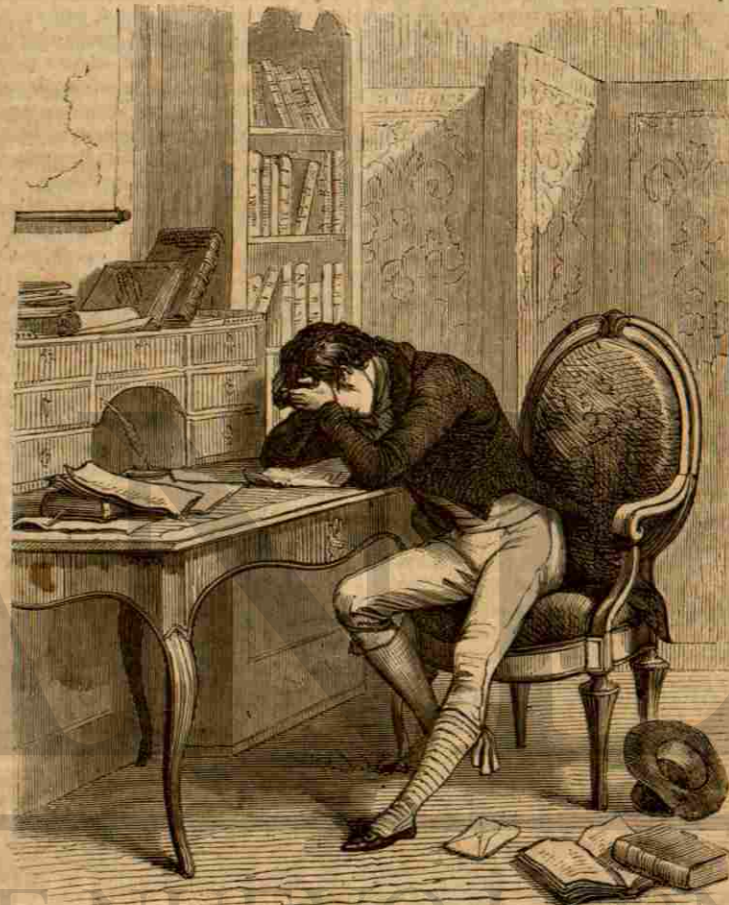
Pero estas escuelas diversas de romanceros sedentarios, de noveleros que viajan en diligencia ó calesa, de romanceros de lagos y montañas, de ruinas y fantasmas, de noveleros de ciudades y de salones, han venido á perderse en la nueva escuela de Walter Scott,

del mismo modo que la poesia se ha precipitado por el camino de lord Byron.

El ilustre pintor de la Escocia empezó la carrera de las letras, cuando mi destierro á Londres, por la traduccion de *Berlichingen* de Goethe. Continué haciéndome conocer en la poesia, hasta que la inclinacion de su genio lo llevó á la novela. Me parece que ha creado un género falso; ha pervertido la novela y la historia; el novelista se ha puesto á hacer novelas históricas, y el historiador historias romancescas. Si; en Walter Scott me veo obligado á pasar algunas

conversaciones interminables; es falta mia, sin duda; pero uno de los mayores méritos de Walter Scott, á mi modo de ver, es poder ponerse en las manos de todo el mundo. Se necesitan mayores esfuerzos de talento para interesar dentro de las reglas que para agradar descuidándolas; es mas difícil arreglar el corazón que conmoverlo.

Burke retuvo la política de Inglaterra en lo pasado; Walter-Scott hizo retroceder á los ingleses hasta la edad media: todo lo que se escribió, fabricó, edificó, fue gótico; muebles, casas, libros, iglesias, palacios.



CHATEAUBRIAND LLORA LA MUERTE DE SU MADRE.

Pero los lores de la gran carta son hoy *fashionables* de Bond-Street, raza frívola que se acampa en los castillos antiguos, esperando que lleguen nuevas generaciones á arrojarlos de allí.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

INCIDENCIAS.—POESÍAS NUEVAS.—BEATTIE.

Al mismo tiempo que la novela pasaba al estado *romántico*, la poesia sufría una transformacion semejante. Cowper abandonó la escuela francesa para hacer revivir la escuela nacional: Burns, en Escocia, inició la misma revolucion. Detrás de ellos vinieron los res-

tauradores de las baladas. Muchos de estos poetas de 1792 á 1800 pertenecian á lo que se llama *Lake School* (nombre que dura), porque los novelistas vivian á la orilla de los lagos de Cumberland y Westmoreland, á quienes cantaban algunas veces.

Tomás Moore, Campbell, Rogers, Crabbe, Woodsworth, Southey, Hunt, Knowles, lord Holland, Canning, Croker, viven todavia para honor de las letras inglesas; pero es preciso haber nacido inglés para apreciar todo el mérito de un género íntimo de composicion que se hace sentir particularmente á los hombres del país.

Ninguno, en una literatura viva, es juez competente mas que de las obras escritas en su propia lengua. En vano creéis poseer á fondo un idioma extran-

jero; os falta la leche de la nodriza y las primeras palabras que os enseña en su regazo, y vuestras envolturas; ciertos acentos que no son mas que de la patria. Los alemanes y los ingleses tienen de nuestros literatos las nociones mas extravagantes; ellos adoran lo que nosotros despreciamos, y desprecian lo que nosotros estimamos; ellos no entienden ni á Racine, ni á La Fontaine, ni aun completamente á Moliere. Da risa saber cuáles son nuestros grandes escritores en Londres, en Viena, en Berlin, en Petersburgo, en Munich, en Leipsick, en Guetingue, en Colonia, y saber lo que allí se lee y lo que se deja de leer.

Cuando el mérito de un autor consiste especialmente en la diccion, un extranjero jamás comprenderá bien este mérito.

Cuanto mas íntimo, mas individual y nacional es el talento, mas se ocultan sus misterios al entendimiento, que no es, por decirlo así, compatriota de este talento. Nosotros admiramos de buena fe á los griegos y á los romanos; nuestra admiración es hija de la tradicion, y los griegos y romanos no están ahí para burlarse de nuestros juicios de bárbaros. ¿Quién de nosotros se forma idea de la armonia, de la prosa de Demóstenes y de Ciceron, de la cadencia de los versos de Alceo y de Horacio, tales como las comprendería un oído griego y latino? Se sostiene que las bellezas reales son de todos los tiempos, de todos los países; si, las bellezas del sentimiento y de la poesía; no, las bellezas del estilo. El estilo no es, como el pensamiento, cosmopolita; hay una tierra natal, un cielo, un sol para él.

Burns, Mason, Cowper, murieron durante mi emigración en Londres antes de 1800 y en 1800; ellos concluían el siglo, y yo lo comenzaba. Darwin y Beattie murieron dos años despues de mi vuelta del destierro.

Beattie habia anunciado la era nueva de la lira. El *Minstrel*, ó el *Progreso del Genio*, es la pintura de los efectos de la musa sobre un jóven bardo, que ignora todavia la inspiración que lo atormenta. Tan pronto el futuro poeta va á sentarse á la orilla del mar durante una tempestad; tan pronto retira la vista de la aldea para escuchar aparte en lontananza el sonido de la dulzaina.

Beattie ha recorrido toda la serie de fantasias y de ideas melancólicas, de las que otros cien poetas pretendian ser los descubridores. Beattie se proponia continuar su poema, y en efecto, ha escrito el segundo canto: Edwin oye una tarde una voz grave que se levanta del fondo de un valle; es la voz de un solitario, que, despues de haber conocido las ilusiones del mundo, se ha sepultado en su retiro, para recoger allí su alma y cantar las alabanzas del Criador. Este ermitaño instruye al jóven *Minstrel*, y le revela el secreto de su genio. La idea era feliz; pero la ejecución no correspondió á la felicidad de la idea. Beattie estaba destinado á derramar lágrimas: la muerte de su hijo destruyó su corazón paternal: como Ossian, despues de la pérdida de su Oscar, colgó su arpa en las ramas de una encina. Tal vez el hijo de Beattie era este jóven *Minstrel* que un padre habia cantado, y del cual no veía ya las huellas por la montaña.

Londres, de abril, á setiembre de 1822.

INCIDENCIAS.—LORD BYRON.

Se encuentran en los versos de lord Byron imitaciones sorprendentes del *Minstrel*: en la época de mi destierro en Inglaterra, lord Byron iba á la escuela en Harrow, pueblo distante diez millas de Londres. Era niño, yo era jóven, y tambien desconocido como él; se habia criado en los matorrales de la Escocia, á la orilla del mar como yo en las landas de la Bretaña á la

orilla del mar; él amó al principio la Biblia y á Ossian, como yo los amé; él cantó en Newstead-Abbey los recuerdos de la infancia, como los habia cantado yo en el castillo de Combourg.

«Cuando yo exploraba, jóven montañés, el noble monte, y pisaba tu cima pendiente, ó Morven coronado de nieve, para admirar el torrente que resonaba debajo de mí, ó los vapores de la tempestad que se amontonaban á mis piés...»

En mis excursiones por las cercanías de Londres, cuando yo era desgraciado, veinte veces he cruzado el pueblo de Harrow, sin saber qué genio habia allí. Yo me he sentado en el cementerio, al pié del olmo, bajo el cual lord Byron escribia en 1807 estos versos, en el momento en que yo volvia de la Palestina.

Spot of my youth whose hoary branches sigh,
Swept by the breeze that fans thy cloudless sky etc.

«¡Sitio de mi juventud, donde suspiran las ramas encanecidas, desfloradas por la brisa que refresca tu cielo límpido! ¡Sitio donde yo bogo hoy solo, yo, que he pisado continuamente con aquellos á quien amaba tu césped mullido y verde! cuando el destino hiele este seno que devora la fiebre; cuando haya calmado los pesares y las pasiones... aquí donde palpité, aquí podrá reposar mi corazón. ¡Pudiera yo dormirme donde se despertaron mis esperanzas... mezclado con la tierra donde corrieron mis pisadas... llorado por aquellos que se asociaron á mis jóvenes años, olvidado del resto del mundo!»

Y yo diré: ¡Salud, antiguo olmo, á cuyo pié Byron, niño, se abandonaba á los caprichos de la infancia, cuando yo soñaba bajo tu sombra á René, bajo esta misma sombra donde vino mas tarde el poeta á pensar á su vez el *Childe-Harold*! Byron podia al cementerio, testigo de los primeros juegos de su vida, una tumba ignorada; inútil súplica que no escuchará la gloria. Sin embargo, Byron no es ya lo que ha sido; yo lo habia hallado cuando vivia en Venecia; al cabo de algunos años, en esta misma ciudad, donde ví su nombre por todas partes, lo he encontrado borrado y desconocido de todos. Los ecos de Lido no lo repiten ya; y si preguntais á los venecianos, no saben de quién habláis. Lord Byron ha muerto enteramente para ellos; ya no oyen los relinchos de su caballo: lo mismo sucede en Londres, donde ha perecido su memoria. Hé aquí lo que somos.

Si yo he pasado por Harrow sin saber que el niño lord Byron respiraba allí, ingleses han pasado por Combourg sin sospechar que un pequeño vagabundo, criado en estos bosques, dejaria algun rastro. El viajero Arturo Young escribia al atravesar por Combourg:

«Hasta Combourg (de Pontorson) el país tiene un aspecto salvaje; la agricultura no está allí mas adelantada que entre los hurones, lo cual parece increíble en un país cerrado; el pueblo es tan salvaje como el país, y la ciudad de Combourg una de las mas sucias y mas toscas que se pueden ver: casas de tierra sin vidrios, y un pavimento tan destruido, que detiene á los pasajeros, pero sin ninguna comodidad. No obstante, se ve un castillo allí, y se halla habitado. ¿Quién es este señor de Chateaubriand, propietario de este castillo, que tiene nervios bastante fuertes para residir en medio de tanta inmundicia y pobreza? Debajo de este monton asqueroso de miseria hay un hermoso lago rodeado de una cerca muy arbolada.»

Este señor de Chateaubriand, era mi padre: el retiro que parecia tan insostenible al agrónomo de mal humor, no dejaba por eso de ser una noble y bella mansion, aunque sombría y grave. En cuanto á mí, débil planta de yedra que empieza á rodearse á estas torres salvajes, hubiera podido verme Mr. Young,

dedicado exclusivamente á examinar nuestras cosas?

Permitáseme añadir á estas páginas escritas en Inglaterra en 1822 estas otras escritas en 1814 y 1840: ellas coronarán el fragmento de lord Byron; este fragmento se hallará además completo cuando se lea lo que repetiré del gran poeta al pasar á Venecia.

Tal vez habrá en el porvenir algun interés notando el encuentro de los dos gefes de la nueva escuela francesa é inglesa, teniendo un mismo fondo de ideas y de destino, sino de costumbres, casi iguales: el uno par de Inglaterra, el otro par de Francia, los dos viajeros del Oriente, muchas veces cerca el uno del otro, y no viéndose jamás; únicamente que la vida del poeta inglés no se ha visto mezclada con tan grandes acontecimientos como la mia.

Lord Byron ha ido á visitar despues que yo las ruinas de la Grecia; en *Childe-Harold* parece que embellece con sus propios colores las descripciones del *Itinerario*. Al principio de mi peregrinación, yo reproduje el adios de sir Joinville á su castillo. Byron dirije otro igual á su habitación gótica.

En los *Mártires*, Eudoro parte de la Messenia para ir á Roma: «Nuestra navegacion fue larga, dice... nosotros vimos todos estos promontorios marcados por templos ó sepulcros...»

«Mis jóvenes compañeros no habian oido hablar mas que de las metamorfosis de Júpiter, y no comprendieron nada de las ruinas que tenían á la vista; yo me habia sentado con el profeta sobre los escombros de ciudades desoladas, y Babilonia me enseñaba á Corinto.»

El poeta inglés es como el prosista francés, despues de la carta de Sulpicio á Ciceron; una semejanza tan perfecta me es muy gloriosa, porque me he anticipado al cantor inmortal en la plaza donde hemos tenido los mismos recuerdos, y donde hemos conmemorado las mismas ruinas.

He tenido el honor de estar en relacion con lord Byron, en la descripción de Roma; los *Mártires* y mi carta sobre la campiña romana tienen la inapreciable ventaja para mí de haber adivinado las inspiraciones de un hermoso genio.

Los primeros traductores, comentaristas y admiradores de lord Byron, no han querido hacer notar que algunas páginas de mis obras podian estar presentes en la memoria del pintor de *Childe-Harold*, y hubieran creído que era robar algo á su genio. Ahora que el entusiasmo se ha calmado un poco, no se me reusa tanto este honor. Nuestro inmortal cancionero, en el último volumen de sus cantos, dice: «En una de las estrofas que preceden á esta, hablo de las *liras* que la Francia debe á Mr. de Chateaubriand. Yo no temo que este verso sea desmentido por la nueva escuela poética, que, nacida bajo las alas del águila, se ha glorificado con razon muchas veces de su origen. La influencia del autor de *El Genio del Cristianismo* se ha hecho sentir igualmente en el extranjero, y hay justicia tal vez si se reconoce que el cantor de *Childe-Harold* es de la familia de René.»

En un excelente artículo sobre lord Byron, ha renovado Mr. de Villemain la observación de Mr. Beranger: «Algunas páginas incomparables de René, dice, habian agotado, es cierto, este carácter poético. Yo no sé si Byron las imitaba ó las renovaba con su genio.»

Lo que acabo de decir sobre las afinidades de imaginación y de destino entre el cronista de René y el cantor de *Childe-Harold*, no quita un solo cabello de la cabeza del bardo inmortal.

¿Qué importa á la musa del *dee*, que lleva una lira y alas, mi musa pedestre y sin autoridad? Lord Byron vivirá, sea que, hijo de su siglo como yo, haya expresado, como yo tambien, y como Goethe antes que nosotros, la pasión y la desdicha; sea que mis derro-

teros y el fanal de mi barca gaula hayan enseñado el camino al bajel de Albion en mares inexplorados.

Por otra parte, dos talentos de una naturaleza análoga pueden tener muy bien concepciones parecidas, sin que se les pueda echar en cara el haber marchado servilmente por el mismo camino. Es permitido aprovecharse de las ideas y de las imágenes expresadas en una lengua extranjera para enriquecer la suya; esto se ha visto en todos los siglos y en todos los tiempos. Yo reconozco sin vacilar que en mi juventud, *Ossian Merther, Les Reveries du promeneur solitaire, Les Etudes de la nature*, han podido mezclarse á mis ideas, pero no he ocultado nada, no he disimulado en nada el placer que me causaban las obras en que yo me deleitaba.

Si fuera cierto que René entrara por algo en el fondo del personaje único puesto en escena bajo diferentes nombres en *Childe Harold*, Conrado, Lara, Manfredo, el Giaour; si por casualidad lord Byron me hubiera hecho vivir con su vida, ¿hubiera tenido la debilidad de no nombrarme jamás? ¿Seria yo uno de esos padres de quien se reniega, cuando se ha llegado al poder? ¿Lord Byron puede haberme ignorado completamente, cuando cita á casi todos los autores franceses contemporáneos suyos? ¿No ha oido jamás hablar de mí, cuando los diarios ingleses, como los franceses, han resonado junto á él, con la controversia suscitada sobre mis obras, cuando el *New-Times* ha hecho un paralelo del autor de *El Cenio del Cristianismo* y del autor de *Childe-Harold*?

No hay inteligencia, por favorecida que sea, que no tenga sus susceptibilidades, sus desconfianzas; se quiere guardar el cetro, se teme tener que dividirlo, y vienen á irritar las comparaciones. Por eso otro talento superior ha evitado mi nombre en una obra sobre la *literatura*. Gracias á Dios, estimándome en mi justo valor, no he pretendido jamás el imperio; como yo no creo mas que en la verdad religiosa, de quien es la libertad una forma, no tengo mas fe en mí que en cualquiera otra cosa de este mundo. Pero jamás he sentido la necesidad de callar cuando he admirado; por eso he proclamado mi entusiasmo hácia Mad. Stael y hácia lord Byron. ¿Qué cosa mas dulce que la admiración? Es el amor celestial, la ternura elevada hasta el culto; nos sentimos penetrados de reconocimiento á la divinidad que extiende las bases de nuestras facultades, que abre nuevos caminos á nuestra alma, que nos da una felicidad tan grande, tan pura, sin mezcla ninguna de temor ó de envidia.

Ademas la quisquilla que demuestro en estas *Memorias* con el mayor poeta que ha tenido la Inglaterra desde Milton, no prueba mas que una cosa: el alto precio que hubiera dado yo al recuerdo de su musa.

Lord Byron ha abierto una escuela deplorable; yo presumo que se ha desolado tanto con los *Childe-Harold*, á que ha dado nacimiento, como lo estoy yo con los *Renés*, que andan alrededor mio.

La vida de lord Byron es objeto de muchas investigaciones y calumnias; los jóvenes han tomado seriamente las palabras mágicas; las mujeres se han sentido dispuestas á dejarse seducir, con horror, por este monstruo, á consolar á este Satanás solitario y desgraciado. ¿Quién sabe? Tal vez no habia encontrado la mujer que buscaba, una mujer bastante hermosa, un corazón tan grande como el suyo. Byron, segun la opinion fantasmagórica, es la antigua serpiente seductora y corruptora, porque ve la corrupción de la especie humana: es un genio fatal y doliente colocado entre los misterios de la materia y de la inteligencia, que no alcanza á descifrar el enigma del universo, que mira la vida como una espantosa ironía sin causa, como una perversa sonrisa del mal; es el hijo de la desesperación, que desprecia y

reniega, que llevando en sí una herida incurable se venga llevando al dolor por la voluptuosidad todo lo que se le acerca; es un hombre que no ha pasado por la edad de la inocencia, que no ha tenido la ventaja de ser arrojado y maldecido por Dios; un hombre que, saliendo réprobo del seno de la naturaleza, es el condenado de la nada.

Tal es el Byron de las imaginaciones exaltadas; no es, á mi parecer, el de la realidad.

Dos hombres diferentes, como en la mayor parte de los hombres, se han reunido en lord Byron: el hombre de la *naturaleza* y el hombre de *sistema*. El poeta, apercibiéndose del papel que el público le hacia representar, lo ha aceptado, y se ha puesto á maldecir al mundo, que no habia tomado antes mas que como un sueño: esta marcha es sensible en el orden cronológico de sus obras.

En cuanto á su *genio*, lejos de tener la extension que se le atribuye, es bastante reservado; su pensamiento poético no es mas que un gemido, una queja, una imprecacion; en esta cualidad es admirable; es preciso no preguntar á la lira su pensamiento, sino lo que canta.

En cuanto á su *espíritu*, es sarcástico y vario, pero de una naturaleza que agita y de una influencia funesta: el escritor habia leído á Voltaire, y lo ha imitado.

Lord Byron, dotado de todas las ventajas, tenia poco de qué acusar á su nacimiento; el accidente mismo que lo hacia desgraciado, y que habia ligado fuertemente su superioridad á la enfermedad humana, no hubiera debido atormentarlo, puesto que no le impedía ser amado. El cantor inmortal conoció la verdad que encierra la máxima de Zenon: *La voz es la flor de la belleza*.

Una cosa deplorable es la rapidez con que huyen hoy las glorias. Al cabo de pocos años, ¿qué digo? de algunos meses, la preocupacion desaparece; la denigracion le sucede. Ya se ve palidecer la gloria de lord Byron; su genio es mejor comprendido por nosotros; durarán mas los altares en Francia que en Inglaterra. Como *Childe-Harold* brilla principalmente en la pintura de los sentimientos particulares del individuo, los ingleses, que prefieren los sentimientos comunes á todos, acabarán por despreciar al poeta, cuyo grito es tan profundo y tan triste. Que lo piensen bien; si hacen pedazos la imagen del hombre que los ha hecho vivir, ¿qué les quedará?

Quando yo escribí en Londres, en 1822, mis sentimientos acerca de lord Byron, le quedaban solo dos años de vida; él ha muerto en 1824, cuando los desengaños y los disgustos iban á empezar para él. Yo le he precedido en la vida; él me ha precedido en la muerte: él ha sido llamado antes de su turno; mi número estaba delante del suyo, y sin embargo el suyo ha salido el primero. Childe-Harold debiera haber quedado; el mundo podia perderme sin notar mi desaparicion. Yo he encontrado, siguiendo mi camino, á Mad. Guicciottien-Roma, á lady Byron en París. Se me han presentado la debilidad y la virtud: la primera tenia quizás demasiadas realidades, la segunda bastantes ilusiones.

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

LA INGLATERRA DESDE RICHMOND A GREENWICH.—EXCURSION CON PELLETIER.—BLEINHEIM.—STOWE.—HAMPTON-COURT.—OXFORD.—COLEGIO DE ETON.—COSTUMBRES PRIVADAS.—COSTUMBRES POLÍTICAS.—FOX.—PITT.—BURKE.—JORJE III.

Ahora, despues de haberos hablado de los escritores ingleses en la época en que la Inglaterra me ser-

via de asilo, no me queda mas que deciros algo de la Inglaterra misma en esta época, de su aspecto, de sus castillos, de sus costumbres privadas y políticas.

Toda Inglaterra puede verse en el espacio de cuatro leguas, desde Richmond, encima de Londres, hasta Greenwich, y debajo.

Debajo de Londres está la Inglaterra industrial y comerciante, con sus diques, sus almacenes, sus aduanas, sus arsenales, sus cervecerías, sus manufacturas, sus fundiciones, sus navios; estos, á cada marea, remontan el Tamesis en tres divisiones; los mas pequeños los primeros, los medianos en seguida, y por último los buques de alto bordo, que rozan con sus velas el hospital de los marinos inválidos y las ventanas de la taberna donde obsequian á los extranjeros.

Encima de Londres está la Inglaterra agrícola y pastoril, con sus praderas, sus rebaños, sus casas de campo, sus parques, regados dos veces al dia por el reflujo del Tamesis. En medio de estos dos puntos opuestos, Richmond y Greenwich. Londres confunde todas las cosas de esta doble Inglaterra; al Oeste la aristocracia, al Este la democracia, la torre de Londres y Westminster, límites en que se encierra la historia entera de la Gran-Bretaña.

Yo pasé una parte del estío de 1799 en Richmond, con Cristian de Lamoignon, ocupándome de *El Genio del Cristianismo*. Me bañaba á dos veces en el Tamesis, y corria á caballo por el parque de Richmond. Hubiera querido que el Richmond-lei-Londres fuera el Richmond del tratado *Honor-Richemundia*, porque entonces me hubiera hallado en mi patria, y diré cómo: Guillermo el Bastardo hizo presente á Alain, duque de Bretaña; su yerno, de cuatrocientas cuarenta y dos tierras señoriales en Inglaterra, que formaron despues el condado de Richmond; los duques de Bretaña, sucesores de Alain, dieron en feudo estos dominios á caballeros bretones, segundados de las familias de Rohan, de Tintinnac, de Chateaubriand, de Goyon, de Montboucher. Pero á pesar de mi buena voluntad, es preciso buscar en el Yorkshire el condado de Richmond, erigido en ducado en tiempo de Carlos II para un bastardo; el Richmond sobre el Tamesis es el antiguo Sheen de Eduardo III.

Allí espiró en 1377 Eduardo III, aquel famoso rey robado por su querida Alix Peare, que no era ya Alix ó Catalina de Salisbury de los primeros dias de la vida del vencedor de Crécy: no ameis mas que en la edad en que podais ser amado. Enrique VIII é Isabel murieron tambien en Richmond, donde no se muere. Enrique VIII se divertia en esta residencia. Los historiadores ingleses se hallan muy embrazados con este hombre abominable: por una parte no pueden disimular su tiranía y la esclavitud del parlamento; por la otra, si anatematizan al gefe de la reforma, se condenarian condenándolo.

Cuanto es mas vil el opresor, mas infame es el esclavo.

Se enseña en el parque de Richmond la altura que servia de observatorio á Enrique VIII para espiar la noticia del suplicio de Ana Bolena. Enrique respiró alegremente cuando vió la señal que partia de la torre de Londres. ¡Qué voluptuosidad! ¡El hierro habia cortado el cuello delicado, habia ensangrentado los hermosos cabellos que habian sido objeto de las fatales caricias del poeta rey!

En el parque abandonado de Richmond no esperaba ninguna señal homicida; no hubiera deseado siquiera el mas pequeño mal á quien me hubiera hecho traicion. Yo me paseaba con algunos gamos domesticados, que tenian costumbre de correr delante de una jauria, se detenian cuando se cansaban, y se les traia muy alegres y divertidos de este juego en un carro lleno de paja. Yo iba á ver en Kew á los kanguroos, ridiculos animales, justamente á la inversa de las gira-

The curfew tolls knell of parting day,
imitacion de este verso de Dante:

Squilla di lontano
Che paja'l giorno pianger che si muore.

Pelletier se habia apresurado á publicar á son de trompa en su diario mi traduccion. A la vista de Oxford me acordé de la oda del mismo poeta: *A una vista lejana del colegio de Eton*.

«¡Dichosas colinas, encantadores bosquecillos, campos queridos en vano, donde en otro tiempo corria sin pena mi infancia indiferente! Yo siento las brisas que vienen de vosotros; parece que acarician mi alma abatida, y que, perfumadas de alegría y juventud, me traen una nueva primavera.

«Dime, paternal Tamesis... dime qué generacion veleidosa se precipita hoy corriendo tras del aro, ó lanzando la pelota fugitiva. ¡Ay! ¡Sin ocuparse de sus destinos juguetean las pequeñas víctimas! No tienen prevision de los males venideros, ni cuidado del dia siguiente.»

¿Quién no ha experimentado los sentimientos y las penas, expresados aquí con toda la dulzura de la musa? ¿Quién no se ha enternecido con el recuerdo de los juegos, de los estudios, de los amores de sus primeros años? Pero se les puede volver á la vida? Los placeres de la juventud, reproducidos por la memoria, son ruinas vistas al resplandor de las flamas.

VIDA PRIVADA DE LOS INGLESES.

Separados del continente por una guerra larga, los ingleses conservaban á fines del último siglo sus costumbres y su carácter nacional. No habia todavía allí mas que un pueblo, en cuyo nombre se ejercia la soberania por un gobierno aristocrático; no se conocian mas que dos grandes clases, ligadas por intereses comunes: los patronos y los clientes. Esta clase celosa, llamada en Francia *ciudadana*, que comienza á nacer en Inglaterra, no se conocia todavía; nada se interponia entre los ricos propietarios y los hombres industriales. No era aun todo máquina en las manufacturas, ni locura en las filas privilegiadas. Por estos mismos andenes, donde hoy se ven pasear figuras sucias y hombres con levita, pasaban niñas con manteleta blanca, sombrero de paja atado bajo la barba con una cinta, una cestita en el brazo con fruta ó un libro, todas con los ojos bajos, y ruborizándose si se las miraba. «La Inglaterra, dice Shakspeare, es un nido de cisnes en medio de las aguas.» Los redingotes tenian tan poco uso en Londres, en 1793, que una mujer que lloraba amargamente la muerte de Luis XVI, me decia: — «¿Es cierto, señor, que el pobre rey estaba vestido con un redingote cuando le cortaron la cabeza?»

Los *caballeros terratenientes* no habian vendido todavía su patrimonio para habitar en Londres: todavía formaban en la cámara de los Comunes esta fraccion independiente, que, yendose de la oposicion al ministerio, mantenian las ideas de libertad, de orden, y propiedad. Cazaban en otoño zorras ó faisanes, comian el ganso gordo en Noel, gritaban *viva el roasbeef*, se quejaban del presente, alababan el pasado, maldecian á Pitt y la guerra, que aumentaba el precio del vino de Oporto, y se acostaban embriagados para emprender al dia siguiente la misma operacion. Estaban seguros de que no pereceria la gloria de la Gran-Bretaña mientras se cantase *god save the king*, que se conservararian las leyes sobre la caza, y que se venderian furtivamente las liebres y las perdices en el mercado con el nombre de *leones y avestruces*.

El clero anglicano era instruido, hospitalario y generoso; habia recibido al clero francés con una cari-

fas: estos inocentes cuadrúpedos-langostas poblaban mejor la Australia que las prostitutas del viejo duque de Queensbury las callejuelas de Richmond. El Tamesis bordeaba el cesped sombreado por un cedro del Libano; una pareja recientemente casada habia venido á pasar la luna de miel en este paraíso.

Yo paseaba una tarde por las praderas de Twickenham, cuando se me presenta Pelletier con su pañuelo en la boca:

«¡Qué sempiterna niebla! exclamó cuando estuvo cerca de mí.—¿Cómo diablo podeis estar aquí? He formado mi lista: Stowe, Bleinheim, Hampton-Court, Oxford: con vuestra facha pensadora estariais en Jhon-Bull *in vitam eternam*, y no veriais nada.»

Yo pedí dispensa, pero inútilmente; fue preciso partir. En el carruaje Pelletier me enumeró sus esperanzas que sin cesar se iban reproduciendo: y así iba de ilusion en ilusion hasta el fin de la jornada. Una de sus esperanzas, la mas fuerte, lo llevó á la persecucion de Bonaparte, á quien agarró por el cuello. Napoleon tuvo la simplicidad de darse de puñadas con él. Pelletier tenia por segundo á un tal James Makintosh, condenado ante los tribunales, que hizo una fortuna nueva (que se comió incontinenti), vendiendo las piezas de su proceso.

Bleinheim me desagradó: yo sufría tanto mas con un antiguo reves de mi patria, cuanto que habia tenido que soportar el insulto de una reciente afrenta: un barco que subia por el Tamesis me vió en la ribera; los remeros, al ver un francés, dieron grandes hurras: se acababa de recibir la noticia del combate naval de Aboukir: estos triunfos del extranjero, que podian abrirme las puertas de la Francia, me eran odiosos. Nelson, á quien habia visto muchas veces en Hyde-Park, encadenó sus victorias en Nápoles al schál de lady Hamilton; mientras que los *lazzaroni* jugaban á las bochas con cabezas. El almirante murió gloriosamente en Trafalgar, y su querida miserablemente en Calais, habiendo perdido belleza, juventud y fortuna. Y yo, que ultraje en el Tamesis el triunfo de Aboukir, he visto las palmeras de la Libia bordar el mar tranquilo y desierto, que fue enrojado con la sangre de mis compatriotas.

El parque de Stowe es célebre por sus fábricas: yo prefiero sus sombras. El *cicerone* del sitio nos enseñó en un rincón oscuro la copia de un templo, cuyo modelo habia de admirar yo en el valle de Cafisa. Hermosos cuadros de la escuela italiana se entrestician en el fondo de algunas salas deshabitadas, cuyos postigos se hallaban cerrados. ¡Pobre Rafael, prisionero en un castillo de viejos bretones, lejos del cielo de la Fornarina!

Hampton-Court conservaba la coleccion de retratos de las queridas de Carlos II: de ese modo habia tomado las cosas este príncipe al salir de una revolucion que hizo rodar la cabeza de su padre, y que debia proscribir su raza.

Vimos en Slough á Herschell con su instruida hermana y su telescopio de cuarenta piés; buscaba nuevos planetas, haciendo reir á Pelletier, que estaba montado á la antigua.

Nos detuvimos dos dias en Oxford. Yo gocé en aquella república de Alfredo el Grande, que representaba las libertades privilegiadas y las costumbres literatas de la edad media. Recorrimos los veinte y cinco colegios, las bibliotecas, los cuadros, el museo, el jardín botánico. Hogueé con mucho placer entre los manuscritos del colegio de Worcester una vida del príncipe Negro, escrita en verso francés por el rey de armas de este príncipe.

Oxford, sin parecerles, traía á la memoria los modestos colegios del Dol, de Rennes y de Dinau. Yo habia traducido la elegía de Gray y del *Cementerio de la Campiña*.

dad enteramente cristiana. La universidad de Oxford hizo imprimir á su costa, y distribuir gratis á los sacerdotes, un *Nuevo-Testamento* con la version romana, y estas palabras: *Para el uso del clero católico desterrado por la religion.* En cuanto á la alta sociedad inglesa, yo, miserable desterrado, no veia mas que su exterior. En las recepciones de la corte ó en casa de la princesa de Gales, pasaban lady's sentadas de lado en sillitas de manos: sus grandes tonillos salian por la portezuela de la silla como frontales de altar. Ellas mismas se parecian sobre estos altares de su cintura á virgenes ó pagodas. Estas hermosas damas eran las hijas de las madres adoradas por el duque de Guiche y el duque de Lauzun; estas jóvenes son en 1822 las madres y abuelas de las niñas que bailan hoy en mi casa con traje corto, al son de la flautilla de Collinet, como rápidas generaciones de flores.

COSTUMBRES POLÍTICAS.

La Inglaterra de 1688 estaba en el apogeo de su gloria á fines del siglo pasado. Pobre emigrado en Londres desde 1792 á 1800, he oido hablar á los Pitt, los Fox, los Sheridan, los Wilberforce, los Grenville, los Whitbread, los Landerdale, los Erskine; magnifico embajador en Londres en 1822, no podré decir cuánto me ha sorprendido, cuando, en lugar de los grandes oradores que yo habia admirado antes, veo levantarse en su lugar á los que eran los segundos en la época de mi primer viaje: á los discípulos en vez de los maestros. Las ideas generales han penetrado en esta sociedad particular. Pero la aristocracia ilustrada, colocada á la cabeza de este país hace ciento cuarenta años, habrá mostrado al mundo una de las mas bellas y mas grandes sociedades que hayan honrado la especie humana desde el patriado romano. Tal vez alguna antigua familia, en el fondo de un condado, reconocerá la sociedad que acabo de pintar, y llorará el tiempo cuya pérdida deploro yo en estas líneas.

En 1792 se separó Mr. Burke de Mr. Fox. Se trataba de la revolucion francesa que Mr. Burke atacaba y que Mr. Fox defendia. Nunca los dos oradores, que hasta entonces habian sido amigos, desplegaron tanta elocuencia. Toda la cámara estaba conmovida, y los ojos de Mr. Fox se llenaron de lágrimas cuando monsieur Burke terminó su réplica con estas palabras: «El muy honorable caballero me ha tratado, en el discurso que acaba de pronunciar, con una dureza poco comun: ha censurado mi vida entera, mi conducta y mis opiniones. Sin embargo de este ataque grande y serio, no merecido por mi parte, no me asustaré; no temo declarar mis sentimientos en esta cámara y en todas partes. Yo diré al mundo entero que la constitucion está en peligro. Ciertamente es una cosa indiscreta en todo tiempo, y mucho mas indiscreta todavía en esta edad mia, provocar á los enemigos, ó dar á mis amigos motivos para que me abandonen. Sin embargo, si esto ha de suceder por mi adhesión á la constitucion británica, lo arriesgaré todo; y como el deber público y la prudencia pública me lo ordenan, exclamaré en mis últimas palabras: ¡Huid de la constitucion francesa! *Flee from the french constitution.*»

Y como Mr. Fox dijera que no se trataba de perder los amigos, Mr. Burke exclamó:

«Si, ¡se trata de perder los amigos! Yo conozco el resultado de mi conducta; he cumplido mi deber á precio de mi amigo; nuestra amistad ha concluido. Advierto á los muy honorables caballeros, que son los dos grandes rivales en esta cámara, que deben en lo sucesivo (bien sea que se muevan en el hemisferio político como dos grandes meteoros, ó bien que mar-

chen reunidos como dos hermanos); les advierto que deben defender y cuidar la constitucion británica; que deben ponerse en guardia contra las innovaciones, y salvarse del peligro de estas nuevas teorías.—*From the danger of these new theories.*» ¡Memorable época del mundo!

Mr. Burke, á quien yo conocí hácia el fin de su vida, abrumado por la muerte de su hijo único, habia fundado una escuela consagrada á los niños de los pobres emigrados. Yo iba á ver lo que él llamaba su plantel, *his nursery*. Se entretenia con la vivacidad de la raza extranjera que crecía bajo la paternidad de su genio. Viendo saltar á estos desterrados indiferentes á su situacion, me decía: «Nuestros muchachos no harian esto, y sus ojos se humedecian de lágrimas; pensaba en su hijo, que habia partido para un destierro muy largo.

Pitt, Fox, Burke, ya no existen, y la constitucion inglesa ha sufrido la influencia de las nuevas teorías. Es preciso haber visto la gravedad de los debates parlamentarios en esta época; es preciso haber oido á estos oradores cuya voz profética parecia anunciar una revolucion próxima, para formarse idea de la escena que recuerdo. La libertad, contenida en los límites del orden, parecia debatirse en Westminster bajo la influencia de la libertad anárquica, que hablaba en la tribuna aun sangrienta de la Convencion.

Mr. Pitt, alto y flaco, tenia un aire triste é irónico. Su palabra era fria, su entonacion monotoná, su gesto insensible; y sin embargo, la lucidez y afluencia de sus pensamientos, la lógica de sus racionios, súbitamente iluminados por relámpagos de elocuencia, colocaban su talento fuera del orden comun.

Yo veia muchas veces á Mr. Pitt, cuando desde su casa atravesaba el parque de San James, é iba á pié á ver al rey. Por su parte, Jorge III venia de Windsor, despues de haber bebido cerveza en un vaso de estaño con los arrendatarios de las cercanías; atravesaba las mezquinas calles de su mezquino palacio, en un carruaje gris, seguido de algunos guardias á caballo: aquel era el señor de los reyes de la Europa, como cinco ó seis mercaderes de la Cité son los señores de la India. Mr. Pitt, con traje negro, espada con puño de acero al costado, el sombrero debajo del brazo, subia de dos en dos, ó tres en tres, las escaleras. No hallaba á su paso mas que tres ó cuatro emigrados ociosos; dejando caer una mirada desdenosa sobre nosotros, pasaba con la nariz abierta y la cara pálida.

Este gran financiero no tenia ningun orden en su casa, ni horas para comer ni para dormir. Acribillado de deudas, no pagaba ninguna, y no se podia resolver á adicionar una memoria. Un camarero dirigia su casa. Mal vestido, sin placeres, sin pasiones, ávido solamente de poder, despreciaba los honores, y no queria ser mas que *William Pitt*.

Lord Liverpool me llevó en el mes de junio último, 1822, á comer en su casa de campo: al atravesar por Pulteney me enseñó la casita donde inurió pobre el hijo de lord Chatam, el hombre de Estado que habia puesto la Europa á su sueldo, y que habia distribuido con sus propias manos todos los millones de la tierra.

Jorge III sobrevivió á Mr. Pitt, pero habia perdido la razon y la vista. Cada sesión, á la apertura del parlamento, los ministros leian á las cámaras silenciosas y enternecidas el parte de la salud del rey. Un dia habia ido yo á ver á Windsor, me granjeé la benevolencia de un conserje por medio de unos schelines, y me colocó de manera que pudiera ver al rey. El monarca, con los cabellos blancos y ciego, apareció, como el rey Lear, en su palacio, y tentado con sus manos los muros de las salas. Se sentó delante de un piano, cuyo sitio conocia, y tocó algunos trozos de una sonata de Haendel: era un hermoso final de la *vieja Inglaterra*, ¡*Olá England!*

Londres, de abril á setiembre, de 1822.

ENTRADA DE LOS EMIGRADOS EN FRANCIA.—EL MINISTRO DE PRUSIA ME DA UN PASAPORTE FALSO BAJO EL NOMBRE DE LASSAGNE, HABITANTE DE NEUFCHATEL, EN SUZAZA.—MUERTE DE LORD LONDONDERRY.—FIN DE MI CARRERA DE SOLDADO Y DE VIAJERO.—DESEMBARCO EN CALAIS.

Yo comenzaba á volver los ojos hácia mi tierra natal: una gran revolucion se habia obrado. Bonaparte, hecho primer cónsul, restablecía el orden con el despotismo; muchos emigrados entraban; los altos emigrados, sobre todo, se apresuraban á ir á recoger los restos de su fortuna; la fidelidad parecia por la cabeza, mientras que su corazon latía aun en el pecho de algunos caballeros de provincia medio desnudos. Madame Lindsay habia partido: ella escribia á MM. de Lamoignon que volvieran; invitaba tambien á madama D'Aguesseau, hermana de los Lamoignon, á pasar el Estrecho. Fontanes me llamaba para concluir en París la impresion de *El Genio del Cristianismo*. Acordándome de mi país, no sentia ningun deseo de volverlo á ver; dioses mas poderosos que los lares paternos me retenian; yo no tenia ya en Francia ni bienes ni asilo; la patria se habia convertido para mí en un seno de piedra, un pecho sin leche; yo no habia de encontrar ni á mi madre, ni á mi hermano, ni á mi hermana Julia. Lucila existia todavía, pero se habia casado con Mr. Caud, y no llevaba ya mi nombre; mi joven viuda no me conocia mas que por una union de algunos meses, por la desgracia y una ausencia de ocho años.

Entregado á mi mismo, yo no sé si hubiera tenido resolucion para partir, pero veia disolverse mi pequeña sociedad; Mad. D'Aguesseau me proponia llevarme á París: yo me dejaba ir. El ministro de Prusia me proporcionó un pasaporte con el nombre de Lassagne, habitante de Neufchatel. Los señores Dulan interrumpieron la impresion de *El Genio del Cristianismo*, y me dieron las hojas compuestas. Separé de los *Natchez* el *Atala* y *René*; encerré el manuscrito en una maleta que confié á mis huéspedes, en Londres, y me puse en camino para Douvres con Mad. D'Aguesseau; madama Lindsay nos esperaba en Calais.

Yo abandoné la Inglaterra en 1800; mi corazon estaba ocupado de otro modo entonces que lo está ahora que escribo esto, en 1822. Yo no llevé del país del destierro mas que pesares y sueños: hoy mi cabeza está llena de proyectos ambiciosos, de politica, de grandezas y de correrías, tan impropias de mi naturaleza. ¡Qué de acontecimientos se han amontonado en mi presente existencia! Pasad, hombres, pasad; ya me llegará el turno. Yo no he desplegado ante vuestros ojos mas que la tercera parte de mis dias: si los dolores que he sufrido han pesado sobre los dias serenos de mi primavera, ahora, entrando en una edad mas fecunda, el germen de *René* va á desarrollarse, y amarguras de otra especie se mezclarán á mi narracion. ¿Qué no tendré que decir al hablar de mi patria, de sus revoluciones, cuyo primer plan me explicado ya; del imperio y el hombre gigantesco, que yo he visto caer; de esta restauracion, en que he tomado tanta parte, hoy gloriosa, en 1822, pero que sin embargo no puedo entrever sino al través de nó sé qué nube fúnebre?

Yo termino este libro, que toca á la primavera de 1800. Al tocar el término de mi primera carrera, se abre ante mí la carrera del *escritor*; de hombre privado, voy á ser hombre público: salgo del asilo virginal y silencioso de la soledad, para entrar en la encrucijada manchada y ardiente del mundo: la luz del Mediodia va á alumbrar mi vida fantástica: la luz va á

penetrar en el reino de las sombras. Yo echo una mirada tierna á estos libros que encierran mis horas sin cuento; me parece que doy un adios eterno á la casa paterna; abandono los pensamientos y las quimeras de mi juventud, como á hermanas, como amantes, que dejo en el hogar doméstico para no verlas jamás.

Cuatro horas tardamos en pasar de Douvres á Calais. Yo me introduje en mi patria á favor de un nombre extranjero: oculto doblemente en la oscuridad del suizo Lassagne y en la mia, abordé la Francia con el siglo.

Dieppe 1836.

Revisado en diciembre de 1846.

RESIDENCIA EN DIEPPE.—DOS SOCIEDADES.

Sabeis que muchas veces he cambiado de lugar escribiendo estas *Memorias*; que continuamente he descrito estos lugares, he hablado de los sentimientos que me inspiraban, y trazado mis recuerdos, enlazando así la historia de mis juicios y de mis hogares errantes con la historia de mi vida.

Ya veis dónde habito ahora. Paseándome esta mañana por las rocas, á la espalda del castillo de Dieppe, he visto la poterna que comunica con estas rocas por medio de un puente arrojado sobre un foso. Mad. de Longueville habia huido por allí de la reina Ana de Austria, embarcada furtivamente en el Havre, y saltando en tierra en Rotterdam, se dirigió á Stenay, al lado del mariscal Turenne. Los laureles del gran capitán no estaban inocentes, y la burlona desterrada no trataba muy bien al culpable.

Mad. de Longueville, que descendia de la casa Rambouillet, del trono de Versalles, y de la municipalidad de París, se apasionó del autor de las *Máximas*, y le fue tan fiel como ella podia ser.

Este vivió menos de sus pensamientos que de la amistad de Mad. de La-Fayette y Mad. de Sevigné, de los versos de La-Fontaine y del amor de madama de Longueville: hé aquí lo que son las afecciones ilustres.

La princesa de Condé dijo á punto de espirar á Mad. de Brienne: «Mi querida amiga: escribid á esta pobre miserable, que se halla en Stenay, el estado en que me veis, y que aprenda á morir.» Hermosas palabras; pero la princesa olvidaba que ella misma habia sido amada de Enrique IV; que llevada á Bruselas por su marido, ella habia querido reunirse al bearnés, escaparse por la noche por la ventana, y andar en seguida treinta ó cuarenta leguas á caballo; ella era entonces una pobre miserable de diez y siete años.

Cuando bajé de la roca, me encontré en el camino real de París, que sube rápidamente al salir de Dieppe. A la derecha, sobre la linea ascendente de un ribazo, se levanta la pared de un cementerio; á lo largo de esta tapia habia colocado un torno de hilar; dos cordeleros, que andaban hácia atrás y se balanceaban tan pronto sobre una pierna como sobre la otra; cantaban juntos á media voz. Apliqué el oido, y estaban en esta copla del *viejo cabo*, bella mentira poética que nos ha traído donde estamos:

¡Qui la bas sanglotte et regarde?
¡Eh! c'est la veuve du tambour, etc.

Estos hombres pronunciaban el *refran*: *Conscritos al paso, no lloréis... Marchad al paso al paso*, con un tono tan patético y varonil, que las lágrimas asomaron á mis ojos. Marcando ellos mismos el paso y devanando su cáñamo, parecia que hilaban el último momento del *viejo cabo*: yo no sabia explicar el efecto que me causaba esta gloria de Beranger; soli-

tariamente realizaba por dos marineros que cantaban á la vista del mar la muerte de un soldado.

La roca me ha recordado una grandeza monárquica; el camino una celebridad plebeya: he comparado con el pensamiento los hombres de las dos estremidades de la sociedad, y me he preguntado á cuál de estas épocas hubiera deseado pertenecer. Cuando el presente haya desaparecido como el pasado, ¿cuál de estas dos famas atraerá mas miradas de la posteridad?

Y sin embargo, ¿si los hechos fueran todo; si el valor de los nombres no contrapesase en la historia el valor de los acontecimientos, ¿qué diferencia entre mi época y la que trascurrió desde la muerte de Enrique IV hasta la de Mazarino? ¿Qué son las revueltas de 1648 comparadas con esta revolución, que ha devorado al antiguo mundo, que lo matará tal vez, no dejando tras de sí ni vieja sociedad ni nueva? ¿No tenía yo que pintar en mis *Memorias* cuadros de una importancia mayor que las escenas referidas por el duque de La Rochefoucauld? En Dieppe mismo, ¿qué es el negligente y voluptuoso ídolo de París, seducido y rebelde, al lado de la duquesa de Berry? Ya no se oyen los cañonazos que anunciaban al mar la presencia de la viuda real; la adulación del humo y de la pólvora no ha dejado sobre la costa mas que el mugido de las olas.

Las dos hijas de Borbon, Ana Genoveva y María Carolina, se han retirado; los dos marineros de la canción del poeta plebeyo se abismaron. Dieppe no me posee ya; era otro yo, un yo de mis primeros días ya pasados, el que habitó en otro tiempo estos lugares, y este yo ha sucumbido, porque nuestros días mueren antes que nosotros. Aquí me habeis visto, de subteniente del regimiento de Navarra, enseñar reclutas en los pedregales; me habeis visto desterrado en tiempo de Bonaparte; me volveréis á ballar cuando las jornadas de julio vengán á sorprenderme. Héme aquí todavía; tomo de nuevo la pluma para continuar mis confesiones.

A fin de reconocernos, es conveniente echar una ojeada sobre el estado de mis *Memorias*.

ESTADO DE MIS MEMORIAS.

Me ha acontecido lo que acontece á todo el que trabaja en grande escala; primeramente he levantado los pabellones de las estremidades; despues, mudando aquí y allá mis andamios, he subido la piedra y el cimiento de las construcciones intermedias; muchos siglos se han gastado en la conclusion de catedrales góticas. Si el cielo me concede vivir, se concluirá el monumento de mis diversos años; el arquitecto, siempre el mismo, habrá cambiado solamente de edad. Por lo demás, es un suplicio conservar intacta su inteligencia, encerrada en una envoltura material gastada. San Agustín, sintiendo que se deshacía su barro, decía á Dios: «Servid de tabernáculo á mi alma;» y á los hombres: «Cuando me hayais conocido en este libro, rogad por mí.»

Treinta y seis años han pasado entre el principio y fin de estas *Memorias*. ¿Cómo anudar con algun ardor la narración de un asunto lleno en otro tiempo de pasión y de fuego, cuando no viven ya las personas de quien tengo que ocuparme, cuando se trata de despertar efigies heladas en el fondo de la eternidad, de bajar á una fosa fúnebre, para representar allí la vida? ¿No estoy yo mismo casi muerto? ¿No han cambiado mis opiniones? ¿Veo yo los objetos bajo el mismo punto de vista? Estos acontecimientos personales que me perturbaban tanto, los acontecimientos generales y prodigiosos que los han acompañado ó sucedido, ¿no han disminuido en importancia á los ojos del mundo y á los míos? Todo el que prolonga su carrera siente resfriarse sus horas, ya no encuentra al día siguiente

el interés de la vispera. Cuando rebusco en mi imaginación, hay nombres y hasta personajes que escapan á mi memoria, y sin embargo tal vez habian hecho palpar mi corazón: ¿vanidad del hombre olvidadizo y olvidado! No basta decir á los pensamientos, á los amores: «Renaced!» para que renazcan; la region de las sombras no se puede abrir mas que con la rama de oro, y es necesario una mano jóven para cortarla.

Dieppe 1836.

AÑO 1800.—VISTA DE LA FRANCIA.—LLEGO Á PARÍS.

Aucuns venans des Lares patries. (*Rabelais*.)

Encerrado ocho años en la Gran-Bretaña, yo no habia visto mas que el mundo inglés, tan diferente, entonces sobre todo, del resto del mundo europeo. A medida que el paquebot de Douvres se acercaba á Calais, en la primavera de 1800, mis miradas se dirigian á la costa. Me admiraba el aspecto pobre del país; apenas se veian algunos mástiles en el puerto; una poblacion de carmanola y gorro de algodón avanzaba ante nosotros á lo largo del muelle; los vencedores del continente nos fueron anunciados por el ruido de los zuecos. Cuando llegamos al muelle, los gendarmes y los aduaneros saltaron al puente y registraron nuestro equipaje y los pasaportes; en Francia un hombre es siempre sospechoso, y la primera cosa que se ve en nuestros negocios, como en nuestras diversiones, es un sombrero de tres picos ó una bayoneta.

Mad. Lindsay nos esperaba en la posada; al día siguiente partimos con ella hacia París, Mad. d'Aguesau, una jóven parienta suya, y yo. En el camino apenas se veian hombres: mujeres ennegrecidas y escualidas, con los pies desnudos, la cabeza descubierta, ó rodeada con un pañuelo, labraban los campos: se las podía tomar por esclavas. Yo me debía haber admirado de la independéncia y de la virilidad de esta tierra, en la cual las mujeres manejaban el arado y los hombres el mosquete. Parecía que el fuego habia atravesado por los pueblos; estaban miserables y medio derruidos; por todas partes lodo y polvo, humo y escombros.

A derecha é izquierda del camino se mostraban castillos arruinados: de sus bosques arrasados apenas quedaban algunos troncos en que jugaban los muchachos. Se veian paredes de cercados agujereadas, iglesias abandonadas, cuyos muertos habian sido exhumados, torres sin campanas, cementerios sin cruces, con santos sin cabezas, apedreados en sus nichos. Sobre las murallas estaban pintarrajeadas estas inscripciones republicanas, ya envejecidas: *Libertad, igualdad, fraternidad ó la muerte*. Algunas veces se habia intentado borrar la palabra *muerte*; pero las letras negras ó encarnadas reaparecian debajo de una capa de cal. Esta nación, que parecía á punto de disolverse, comenzaba una vida nueva, como esos pueblos que salen de las tinieblas de la barbarie y de la destruccion de la edad media.

Al acercarnos á París, entre Ecouen y París, las calles de árboles no habian sido abatidas; me sorprendí al ver estas avenidas itinerarias, desconocidas en el suelo inglés. La Francia me era tan nueva como me habian sido las florestas de América. San Dionisio estaba descubierto: las ventanas rotas, la lluvia penetraba en sus naves verdosas, y ya no habia allí sepulcros; despues he visto los huesos de Luis XVI, los cosacos, el féretro del duque de Berry, y el catafalco de Luis XVIII.

Augusto de Lamoignon salió á recibir á madama Lindsay; su elegante equipaje contrastaba con las pesadas carretas, las sucias diligencias, destartalladas, arrastradas por caballos matalones enganchados con

cuerdas, que yo habia visto desde Calais. Mad. Lindsay vivia en los Thernes. Me apeé en el camino de la Revolte, y me dirigí al pié, al través de los sembrados, á casa de mi huésped. Permaneci veinte y cuatro horas en su casa, y ví allí un grande y gordo caballero, llamado Lassalle, que le servia para arreglar los asuntos de los emigrados. Hizo saber á Fontanes mi llegada; al cabo de cuarenta y ocho horas me vino á buscar á un cuartito que Mad. Lindsay me habia tomado en una posada inmediata á su casa.

Era domingo: hacia las tres de la tarde entramos á pié en París por la barrera de la Estrella. No tenemos una idea hoy de la impresion que los excesos de la revolucion habian hecho en los espíritus en Europa, y principalmente entre los hombres aseasones de Francia durante el terror: me parecia que iba á bajar á los infiernos. Yo habia presenciado, es cierto, los principios de la revolucion; pero los grandes crímenes no se habian cometido todavía, y habia quedado subyugado por los hechos subsiguientes, tales como se contaban en medio de la sociedad pacífica y regular de Inglaterra.

Avanzando con mi nombre supuesto, y persuadido de que comprometia á mi amigo Fontanes, oí, con grande admiracion, al entrar en los Campos-Eliseos, sonidos de violin, de trompa, de clarinete y de tambor; ví gentes que bailaban en diferentes grupos; y mas allá se me presentó el palacio de las Tullerías en medio de sus arboledas. En cuanto á la plaza de Luis XV, se hallaba desnuda; tenia la ruina, el aire melancólico y abandonado de un viejo anfiteatro; se pasaba por allí deprisa; yo me sorprendia de no oír quejidos; temia poner el pié sobre sangre, de que no hubiera ya señales; mis ojos no podian separarse del punto del cielo donde se habia levantado el instrumento de muerte; yo creia ver en camisa, atados á la uirquina sangrienta, á mi hermano y mi cuñada; allí habia caído la cabeza de Luis XVI. A pesar de la alegría que reinaba en la calle, las torres de las iglesias estaban mudas; me parecia que habia entrado el día del inmenso dolor, el Viernes Santo.

Mr. de Fontanes vivia en la calle de San Honorato, cerca de San Roque. Me llevó á su casa, me presentó á su mujer, y me condujo en seguida á casa de su amigo Mr. Joubert, donde encontré un abrigo provisional, en el cual fui recibido como un viajero de quien se ha oído hablar.

Al día siguiente fui á la policía con el nombre de Lassagne á entregar mi pasaporte, y tomar en cambio, para permanecer en París, permiso que renovaba de mes en mes. Al cabo de algunos días alquilé un entresuelo en la calle de Lille, al lado de la calle de Saints-Pères.

Yo habia traído *El Genio del Cristianismo* y las primeras hojas impresas en Londres. Me dirigieron á monsieur Migueret, hombre digno, que consintió en encargarse de continuar la impresion interrumpida, y en darme adelantado algo para vivir. Nadie conocia mi *Ensayo sobre las Revoluciones*, á pesar de lo que me habia escrito Mr. Lemiere. Desenterré al viejo filósofo Delisle de Sales, que acababa de publicar su *Memoria en favor de Dios*, y me dirigí á casa de Ginguéné. Vivía este en la calle Grenelle-Saint Germain, cerca del Buen La-Fontaine. Aun se leia en el cuarto del conserje: *Aquí nos honramos con el título de ciudadano, y se tutea á todo el mundo. Cierra la puerta, si gustais*. Subí; monsieur Ginguéné, que me reconoció apenas, me habló, desde lo alto de su grandeza, de todo lo que era y habia sido. Yo me retiré humildemente, y no procuré anudar relaciones tan desproporcionadas. Alimentaba siempre en el fondo del corazón los recuerdos y los sinsabores de Inglaterra; habia vivido tanto tiempo en este país, que habia contraído sus hábitos; no podia acomodarme á la suciedad de nuestras casas, de nuestras escaleras,

de nuestra mesa, á nuestra propia limpieza, á nuestro ruido, á nuestra familiaridad, á la indiscrecion de nuestra habladería; era inglés en las maneras, en el gusto, y hasta cierto punto de pensamientos; porque si, como se cree, lord Byron se ha inspirado con René alguna vez en su *Childe-Harold*, tambien es cierto que ocho años de residencia en la Gran-Bretaña, precedidos de un viaje á América; que un largo hábito de hablar, de escribir, y aun de pensar en inglés, habian influido necesariamente en el curso y expresion de mis ideas. Pero poco á poco gusté la sociabilidad que nos distingue; este comercio encantador, fácil y rápido de las inteligencias; esta ausencia de toda seriedad y preocupacion; esta indiferencia á la fortuna y á los nombres; esta nivelacion natural de todas las clases; esta igualdad de los espíritus, que hace la sociedad francesa incomparable, y que encubre nuestros defectos, despues de algunos meses de establecerse entre nosotros, se conoce que no se puede vivir mas que en París.

París 1837.

AÑO 1800.—MI VIDA EN PARÍS.

Me encerré en el fondo de mi entresuelo, y me entregué al trabajo. En los intervalos de descanso iba á hacer reconocimientos por diferentes puntos. En medio del palacio real se habia rellenado el Circo; Camilo Desmoulin no peroraba ya al raso; ya no se veian circular prostitutas á bandadas, compañeras virginales de la diosa Razon, marchando bajo la direccion de David, director de trajes y sacerdote. Al final de cada anden se encontraban en las galerías hombres que voceaban curiosidades: *sombras chinecas, vistas de óptica, gabinetes de fisica, fieras extrañas*; á pesar de tantas cabezas cortadas, aun quedaban ociosos. Del fondo de los subterráneos del Palais-Marchand salian voces de música, acompañadas de organillos; tal vez habitaban allí gigantes á quien yo buscaba, y que debian haber producido necesariamente grandes acontecimientos. Yo bajé, y vi un baile subterráneo que se agitaba en medio de espectadores que se hallaban sentados y bebiendo cerveza; un jobadillo, sentado sobre una mesa, tocaba el violin y cantaba un himno á Bonaparte, que terminaba con estos versos:

Par ses vertus, par ses attraits
il méritait d'être leur père!

Un sueldo se le daba despues del ritornelo. Tal es el fondo de esta sociedad humana que dirigió Alejandro y dirigió Napoleon.

Yo visitaba los lugares que frecuentaba en mis primeros años. En mis conventos de otros tiempos, los clubistas habian sido arrojados de ellos despues de los monges. Vagando por la espalda del Luxemburgo, me dirigí á la Cartuja, que acababa de ser demolida.

La plaza de las Victorias y de Vendôme lloraban las efigies ausentes del gran rey; la comunidad de los capuchinos estaba saqueada; el claustro interior servia á Robertson para la fantasmagoría. En los Franciscanos busqué en vano la nave gótica donde yo habia visto á Marat y Danton en su buena época. Sobre el muelle de los Teatinos la iglesia de estos religiosos se habia convertido en café y sala de danzantes de cuerda. A la puerta, un trasparente representaba volatineros, y se leia por debajo en letras muy gordas: *Espectáculo gratis*. Yo me mezclé á la multitud en este antro pérfido: apenas me habia sentado, cuando entraron los criados con la servilleta en la mano, gritando como rabiosos: «¡Consumid, señores; consumid!» No me lo hice repetir dos veces, y me evadí suavemente en medio de los silbidos de la asamblea, porque yo no tenia para *consumir*.

CAMBIO DE LA SOCIEDAD.

La revolucion se ha dividido en tres partes, que no tienen nada de comun entre sí; la república, el imperio y la restauracion: estos tres mundos diversos, todos tres tan completamente acabados los unos como los otros, parecen separados por siglos. Cada uno de estos tres mundos ha tenido un principio fijo: el principio de la república era la igualdad; el del imperio la fuerza; el de la restauracion la libertad. La época republicana es la mas original y la mas profundamente grabada, porque ha sido única en la historia: jamás se habia visto, jamás se verá el orden físico producido por el desorden moral, la unidad saliendo del gobierno de la multitud, el cadalso sustituyendo á la ley, y obedecido en nombre de la humanidad.

Yo asistí, en 1801, á la segunda transformacion social. La mezcla era extravagante; por un disfraz convenido, una multitud se convertia en personajes no siendo nada; cada uno llevaba su nombre de guerra, ó fingido, pendiente de su cuello, como los venecianos llevan en Carnaval una mascarilla en la mano para dar á entender que van enmascarados. El uno era reputado italiano ó español; el otro prusiano ú holandés; yo era suizo. La madre pasaba por tia de su hijo, el padre por tio de su hija; el propietario de una tierra no era mas que el administrador. Este movimiento me recordaba, en un sentido opuesto, el movimiento de 1789, cuando los monjes y los frailes salieron de su claustro, y la antigua sociedad fue invadida por la nueva; esta, despues de haber reemplazado á aquella, era á su vez reemplazada.

Sin embargo, el mundo ordenado comenzaba á renacer; se abandonaban los cafés y la calle para retirarse á casa; se reunian los restos de la familia; se arreglaba su herencia reuniendo los restos, como despues de una batalla se toca á llamada y se hace el recuento de la gente que se ha perdido. Las iglesias que habian quedado se abrian; yo tuve la dicha de tocar la trompeta á la puerta del templo. Se distinguian las viejas generaciones republicanas que se retiraban de las generaciones republicanas que avanzaban. Al lado de generales de la requisicion, pobres, de lenguaje rudo, de severo continente, y que de todas sus campañas no habian sacado mas que heridas y vestidos agujereados, cruzaban los oficiales relumbrantes de oro del ejército consular. El emigrado que habia vuelto, hablaba tranquilamente con los asesinos de alguno de sus parientes. Todos los porteros, acérrimos partidarios del difunto Robespierre, echaban de menos los espectáculos de la plaza de Luis XV, donde se cortaba la cabeza á mujeres que (me decía mi propio conserje de la calle de Lille) tenían el cuello blanco como carne de pollo. Los setembristas, habiendo cambiado de cuartel, se habian hecho vendedores de manzanas cocidas, pero se veian á cada momento obligados á abandonar el puesto, porque el pueblo, que los reconocia, destrozaba su puestecillo, y los queria matar. Los revolucionarios ricos comenzaban á colocarse en las grandes casas vendidas del barrio de Saint-Germain: Dispuestos á hacerse barones ó condes, los jacobinos no hablaban mas que de los horrores de 1793, de la necesidad de castigar á los proletarios y de reprimir los excesos del populacho. Bonaparte, colocando á los Brutos y los Escévolas en su policia, se preparaba á cubrirlos de cintajos, á ensuciarlos con títulos, á obligarlos á hacer traicion á sus opiniones, á deshonrarlos con sus crímenes. A todo esto nacia una generacion vigorosa sembrada en la sangre, y levantándose para no derramar mas que la del extranjero: de dia en dia se cumplia la metamorfosis de los republicanos en imperialistas, y de la tiranía de todos en el despotismo de uno solo.

Paris 1837.

Revisado en diciembre de 1846.

AÑO DE MI VIDA 1801.—EL MERCURIO.—LA ATALA.

Sin dejar de ocuparme en cercenar, aumentar ó modificar los originales de *El Genio del Cristianismo*, la necesidad me obligaba á entregarme á otros trabajos. Mr. de Fontanes redactaba por entonces *El Mercurio de Francia*: me propuso escribir en aquel periódico. Estas luchas no dejaban de ofrecer algun peligro: no se podia llegar hasta la política, sino por medio de la literatura, y la policia de Bonaparte entendia con media palabra. Una circunstancia singular, impidiéndome el dormir, prolongaba mis horas de trabajo dejándome mas tiempo. Habia yo comprado dos tórtolas que arrullaban sin cesar: en vano las encerraba por la noche dentro de mi maleta de viaje, pues no por eso dejaban de arrullar. En uno de los momentos de insomnio que estas me causaban, se me ocurrió insertar en *El Mercurio* una carta á Mad. de Stael. Este capricho me hizo salir repentinamente de la oscuridad; lo que no habian podido conseguir mis dos abultados volúmenes *Sobre las revoluciones*, lo consiguieron unas cuantas páginas de un periódico. Mi cabeza se asomó un poco por cima de la sombra.

Este primer resultado parecia anunciar el que le iba á seguir. Ocupábame en revisar las pruebas de *La Atala* (episodio introducido, así como *René* en *El Genio del Cristianismo*), cuando noté que me faltaban los originales. Apoderóse el temor de mi creyendo me habian robado mi novela, lo que seguramente era un temor harto infundado, porque nadie creeria que yo valiese la pena de ser robado. Pero de cualquier modo que sea, me determiné á publicar *La Atala* aparte, anunciando mi resolucion en una carta dirigida al *Diario de los Debates* y á *El Publicista*.

Antes de aventurar á la prensa mi trabajo se lo enseñé á Mr. de Fontanes: habia leído ya este algunos fragmentos en Londres. Cuando hubo llegado al discurso del P. Aubry, al lado del lecho de muerte de Atala, me dijo con un tono brusco y lleno de acritud: —«Esto no está bien; es detestable; corregidlo!» Quedé petrificado; yo no me sentia capaz de hacerlo mejor. Quise arrojarlo todo al fuego; pasé desde las ocho hasta las once de la noche en mi entresuelo, sentado delante de mi mesa, con la frente apoyada sobre el dorso de mis manos, extendidas y abiertas sobre mis manuscritos. Estaba irritado contra Fontanes; lo estaba conmigo mismo, y ni aun procuraba escribir, tan desesperado estaba de mis propias fuerzas. A eso de las doce el canto de las tórtolas llegó á mis oídos, suavizado por la distancia y mas tierno aun por salir de la prision en que las tenia encerradas; la inspiracion descendió con él; tracé de corrido el discurso del misionero, sin una sola enmienda, sin interlinear una sola palabra, tal como ha quedado y tal como hoy existe. Con el corazon palpitante lo llevé á Fontanes, que exclamó al leerlo: —«Esto es, esto es; ya os habia yo dicho que podiais hacerlo mejor!»

De la publicacion de *Atala* data el ruido que he hecho en el mundo; cesé de vivir para mí, y empecé mi vida pública. Despues de tantos acontecimientos militares, un acontecimiento literario era un prodigio, y todos lo ansiaban. La singularidad de la obra la hacia aun mas sorprendente al público. *Atala*, cayendo en medio de la literatura del imperio, de esa escuela clásica, vieja rejuvenecida, cuya sola vista inspiraba fastidio, era una produccion de un género desconocido. No se sabia si debía ser clasificada entre las *monstruosidades* ó entre las *bellezas*; ¿era una Gorgonida ó una Venus? Los académicos reunidos disertaron muy doctamente sobre su sexo y sobre su naturaleza, lo

mismo que sobre *El Genio del Cristianismo*. El viejo siglo la desechó, el nuevo la acogió.

Atala llegó á ser tan popular, que fué á engrosar con la Brinvilliers la coleccion de *Curtius*. Las posadas hallábanse adornadas de grabados verdes, azules y encarnados, que representaban á Chactas, al padre Aubry y á la hija de Simaghan. En cajas de madera, en los muelles, enseñábanse mis personajes hechos de cera, como se enseñan las imágenes y los santos en la feria. Yo vi en un teatro del boulevard mi selvática heroína, adornada con plumas de gallo, que hablaba del alma de la soledad á un salvaje de su especie, de una manera que me hizo sudar de vergüenza. En el teatro de las Variedades representaban una pieza, en la que una muchacha y un jóven recién salido del colegio se iban en un barco á casar á su pueblo: como al desembarcar ellos no hablaban, con aspecto salvaje, sino de cocodrilos, cigüeñas y selvas, sus parientes creyeron que se habian vuelto locos. Las parodias, las caricaturas, las burlas, llovian sobre mí. El abate Morellet, para confundirme, hizo sentar á su criada sobre sus rodillas, pero no pudo tener los pies de la jóven virgen en sus manos como Chactas tenia los pies de Atala durante la tempestad. Si el Chactas de la calle de Anjou se hubiese hecho pintar de esta manera, le hubiese perdonado su critica.

Todo esto no hacia mas que aumentar el ruido de mi aparicion. Estuve á la moda. La cabeza me se trastornó: desconocia los goces del amor propio, y me estasié con ellos. Amaba la gloria, como á una mujer, como á un primer amor. Sin embargo, perezoso como yo era mi espanto igualaba á mi pasion, pareciéndome á un soldado vison que avanza con temor hácia el fuego del enemigo.

Mi natural misantropía, y la duda que siempre he abrigado con respecto á mi talento, me hacian humilde en medio de mis triunfos. Procuraba sustraerme á mi esplendor; paseábame por sitios apartados, trabajando para apagar la aureola con que mi frente estaba coronada. Por la tarde, con el sombrero metido hasta las cejas, de miedo que me conociesen, me dirigia á un oscuro café á leer á escondidas mi elogio en algun periódico desconocido. Frente á frente con mi fama, extendia mis paseos hasta la bomba de incendios de Chaillot (1), sobre el mismo camino en que tanto habia sufrido. Cuando fui á la corte, hallábame desconcertado con mis nuevos honores. Cuando mi superioridad comia á treinta sueldos en el país latino, procuraba sustraerse á las miradas de que creia ser objeto. Me contemplaba, y decía para mí: —«Eres tú, sin embargo, criatura extraordinaria, la que comes como cualquier otro hombre?» Habia en los Campos-Eliseos un café, por el que tenia una especial predileccion, por haber en él algunos ruseñores, suspendidos en sus jaulas alrededor del salon: Mad. Rousseau, dueña del café, me conocia de vista, sin saber quién era. A cosa de las diez tomaba una taza de café, y buscaba á *Atala* entre los anuncios, á la voz de mis cinco ó seis filomenas. ¡Ay! al poco tiempo vi morir á madame Rousseau: nuestra sociedad de ruseñores y de la indiana, que cantaba: «Dulce costumbre de amar tan necesaria á la vida.» no duró mas que un momento.

Si el renombre no podia prolongar en mí el estúpido éxtasis de mi vanidad, ni prevenir mi razon, tenia peligros de otra especie: estos peligros aumentaron á la aparicion de *El Genio del Cristianismo*, y con mi dimision por la muerte del duque de Enghien. Entonces vinieron á asediarme, juntamente con las muchachas que lloran leyendo novelas, la multitud de cristianas, y esas otras nobles entusiastas á las que una noble accion hace palpar el corazon. Las ma-

tronas de trece y catorce años eran las mas peligrosas, porque no sabiéndose ni lo que ellas quieren, ni lo que ellas os quieren, llevan seducida vuestra imaginación á un mundo de fábulas, de cintas y de flores. J. J. Rousseau habla de las declaraciones que recibió á la publicacion de la *Nueva Eloisa* y de las conquistas que le fueron ofrecidas: yo no sé si hubieran correspondido los hechos á las palabras; pero sé decir que me hallaba sepultado bajo una lluvia de billetes perfumados; si estos billetes no fuesen hoy billetes de venerables abuelas, me seria muy embarazoso el contar con la debida modestia cómo se disputaban una palabra de mi mano, cómo se recogia un sobre de mi letra y cómo ruborizándose lo ocultaban, bajando la cabeza, bajo ese suelto velo de una larga cabellera: menester es confesar que mi naturaleza ha sido buena cuando no se ha echado á perder con tanto mimo.

Sea por verdadera galantería ó por curiosa debilidad, me dejaba algunas veces arrastrar hasta el punto de creerme obligado á ir á dar las gracias en persona á estas desconocidas que me enviaban sus nombres con sus adulaciones: un dia, en un piso cuarto, hallé una criatura encantadora al cuidado de su madre, en cuya casa no volví á poner los pies. Una polaca me esperaba en salones forrados de seda; ingerto de odalisca y de *valkyria*, asemejábese á la violeta silvestre de blancas flores, ó á una de esos elegantes arbustos que reemplazan á las otras hijas de Flora cuando su estacion no ha llegado ó ha pasado ya: este coro femenino, variado en años y belleza, era mi antigua silfide realizada. El doble efecto sobre mi vanidad y mis sentimientos podria ser tanto mas peligroso, cuanto que hasta entonces, exceptuando unas relaciones formales, yo no habia sido ni buseado ni preferido en el comun de los jóvenes. Sin embargo, debo decirlo: aun cuando me hubiera sido fácil abusar de una ilusion pasajera, la idea de una felicidad conseguida por el casto camino de la religion abrumaba mi sinceridad: ser amado al través de *El Genio del Cristianismo*, amado por la Estrema-uncion, por la *Fiesta de los muertos*! ¡Oh! ¡Nunca hubiera yo sido un infame *Tartuffo*! He conocido un médico provenzal, llamado Vigaroux, llegado á la edad en que cada placer roba un dia de vida: «No tenia, segun aseguraba él mismo, remordimiento alguno por el tiempo perdido de este modo; sin pensar en devolver la felicidad que recibia, caminaba hácia la muerte de la que esperaba hacer su poster delicia.» Yo fui, sin embargo, testigo de sus pobres lágrimas cuando espiró: no pudo ocultarme su afliccion; era demasiado tarde: sus cabellos blancos no descendian lo bastante para ocultar y enjugar sus lágrimas. El hombre mas desgraciado, al dejar la tierra, es el incrédulo; para el hombre sin fe tiene una cosa de cruel la existencia, el que le hace sentir la nada: si no se hubiese nacido no se experimentaria ese horror al cesar de ser: la vida del ateo es un espantoso relámpago, que solo sirve para descubrir un abismo.

¡Dios de grandeza y de misericordia! ¡Vos no nos habeis criado para sufrimientos tan efimeros y para una miserable felicidad! Nuestro desencantamiento inevitable nos advierte que nuestros destinos son mas sublimes. Cualesquiera que hayan sido nuestros errores, si hemos conservado un alma algo grave y hemos pensado en medio de nuestras debilidades, seremos transportados, cuando vuestra bondad nos liberte del mundo, á esa region en donde las afecciones son eternas.

Paris 1837.

AÑO DE MI VIDA 1801.—MADAMA DE BEAUMONT.—SU SOCIEDAD.

No tardé en recibir el castigo de mi vanidad de autor, la mas detestable de todas, si no fuese la mas

(1) Bomba que surte de agua á casi todo Paris.

(Nota del traductor.)

neicia: había creído poder saborear *in petto* la satisfacción de ser un genio sublime, no llevando como hoy día una barba y un vestido extraordinario, sino yendo ataviado como los demás y sin mas distinción que la superioridad. ¡Esperanza inútil! Mi orgullo debía ser castigado; la corrección me vino de parte de los hombres políticos, con quienes tuve que relacionarme: la celebridad tiene también su responsabilidad.

Mr. de Fontanes estaba en relaciones con Mad. Bacciocchi: me presentó á la hermana de Bonaparte, y poco despues al hermano del primer cónsul, á Luciano. Tenia esta una casa de campo cerca de Senlis (le Plessis), donde me veía obligado á ir á comer; esta casa había pertenecido al cardenal de Bernis. Luciano tenia en su jardín la tumba de su primera esposa, mujer medio alemana y medio española, y el recuerdo del poeta cardenal. La ninfa que alimentaba un arroyo socavado con la azada, era una mula que sacaba el agua de una noria: este era el principio de todos los rios que Bonaparte debía hacer correr en su imperio. Trabajábase en mi gloria; ya me llamaban y yo mismo me nombraba *Chateaubriand*, olvidando que debía llamarme *Lassagne*. Acercáronse algunos emigrados, entre otros los señores de Bonald y Chenedolle. Cristian de Lamoignon, mi compañero de destierro en Londres, me condujo á casa de Mad. Recamier: el velo se corrió súbitamente entre ella y yo.

La persona que mas ocupó mi existencia á mi vuelta de la emigración fue la señora condesa de Beaumont. Vivía esta una parte del año en la casa de campo de Passy, cerca de Villeneuve-sur-Jonne, que habitaba Mr. Joubert en el verano. Mad. de Beaumont volvió á París, y deseó conocerme.

Para hacer de mi vida una larga cadena de tristes recuerdos, la Providencia quiso que la primera persona que me acogió benévolamente al empezar mi carrera pública fuese también la primera que desapareciese. Mad. de Beaumont abre la marcha fúnebre de esas mujeres que han pasado delante de mí. Mis mas lejanos recuerdos reposan sobre cenizas, y han continuado pasando de ataud en ataud: como el Pandito indio, yo recito las oraciones de los muertos hasta que las flores de mi rosario se hayan marchitado.

Mad. de Beaumont era hija de Armand Marc de Saint-Heran, conde de Montmorin, embajador de Francia en Madrid, comandante en Bretaña, miembro de la asamblea de los Notables en 1787, y encargado del ministerio de Negocios Extranjeros en el reinado de Luis XVI, de quien era muy querido: pereció en el cadalso, adonde le siguieron algunas personas de su familia.

Mad. de Beaumont, aunque mas bien afeada que embellecida, está muy parecida en un retrato hecho por Mad. Lebrun. Su cara era pálida y flaca; sus ojos, en forma de almendra, hubieran despedido demasiado brillo si una dulzura extraordinaria no apagase un poco su mirada, tal como un rayo de luz se suaviza al atravesar por el agua. Tenia su carácter una especie de impaciencia que se resentía de la violencia de sus sentimientos y del mal interno que padecía. Alma elevada, de gran valor, había nacido para el mundo, de donde su espíritu se había retirado por la desgracia; pero cuando una voz amiga despertaba aquella inteligencia solitaria, presentábase esta y os enviaba algunas palabras del cielo. La extremada debilidad de Mad. de Beaumont le hacía hablar muy despacio; pero esta lentitud tenia su encanto indefinible; nunca conocí afligida á aquella mujer, sino en el momento de su fuga; hallábase ya herida de muerte, y me consagré enteramente á sus dolores. Había yo tomado una habitación en la calle de Sain-Honoré, en la casa de Etampes, cerca de lo calle Nueva-del-Luxemburgo. Mad. de Beau-

mont ocupaba en esta última calle una habitación, que daba sobre los jardines del ministerio de justicia. Todas las tardes iba yo á su casa con sus amigos y los míos, Mr. Joubert, Mr. de Fontanes, Mr. de Bonald, Mr. Molé, Mr. Pasquier, Mr. Chenedolle, hombres que han figurado en las letras y en los negocios.

Lleno de caprichos y de originalidades, Mr. Joubert será siempre echado de menos por los que le han conocido. Tenia un extraordinario ascendiente sobre el espíritu y sobre el corazón, y cuando una vez se había apoderado de uno su imagen, se conservaba siempre como un hecho, como un pensamiento fijo, como una obsesión que no se podía desechar. Aparentaba una impasibilidad completa, y sin embargo nadie se afectaba con mas violencia que él: estaba siempre sobre sí para contener estas emociones del alma que creía dañosas á su salud, y sus amigos venían siempre á destruir las precauciones que había tomado para cortarlas, porque no podía menos de conmoverse de sus tristezas ó de sus alegrías; era un egoísta que solo se ocupaba de los demás. Con el objeto de tomar fuerza creíase muchas veces obligado á cerrar los ojos y á no hablar por espacio de horas enteras. Solo Dios sabe el ruido y el movimiento que se producía interiormente en él durante este silencio que se prescribía. Mr. Joubert cambiaba á cada momento de alimentos y de régimen, alimentándose un día de leches, otro de carne picada, haciéndose conducir al trote por los caminos mas ásperos ó llevar al paso por los paseos mas llanos. Cuando leía arrancaba de sus libros las hojas que le desagradaban, teniendo de este modo una biblioteca para su uso, compuesta de obras esquilimadas, encerradas en cubiertas demasiado anchas.

Metafísico profundo, su filosofía, por medio de una elaboración peculiar suya, se transformaba en pintura ó en poesía. Platon decidido de La-Fontaine, se había formado la idea de una perfección que no le permitía concluir nada. En uno de los manuscritos hallados despues de su muerte, dice: «Yo soy como un arpa éolica, que produce á veces sonidos hermosos, y no ejecuta ningun aire.» Mad. Victorine de Chastenay decía que parecía un alma que había hallado casualmente un cuerpo, y que salía de él como mejor podía: definición tan ingeniosa como exacta.

Es menester reirse de los enemigos de Mr. de Fontanes, que le querían hacer pasar por un político profundo y disimulado: no era este otra cosa que un poeta irascible, franco hasta la cólera; un alma á quien la menor contrariedad ponía fuera de sí, y que no podía ocultar su opinion ni tomar la de otro. Los principios literarios de mi amigo Joubert diferían mucho de los suyos: este hallaba algo de bueno en todas las cosas y en todos los escritores: Fontanes, por el contrario, tenia horror hacía ciertas doctrinas y hacía ciertos autores. Era enemigo declarado de los principios de la composición moderna: poner á los ojos del lector la acción material, el crimen trabajando ó la horca con su cuerda, le parecía una monstruosidad: pretendía que no debía nunca verse el objeto sino en un intermedio poético, y como bajo un globo de cristal. El dolor, agotándose maquinalmente por los ojos, no le parecía mas que una sensación del Circo ó de la plaza de Greve; no comprendía el sentimiento trágico ennoblecido por la admiración y cambiado por el arte en una dulce compasión. Citábale yo los vasos griegos: en los arabescos de estos vasos se ve el cuerpo de Hector arrastrado por el carro de Aquiles, en tanto que una figura suspendida en el aire representa la sombra de Patroclo, consolado por la venganza del Hijo de Thetis.—«¿Y bien, Joubert! exclamó Fontanes; ¿qué decís de esta metamorfosis de la musa? ¿Cómo respe-

taban el alma aquellos griegos!» Joubert se creyó atacado, y puso en contradicción á Fontanes con él mismo, echándole en cara su indulgencia hacía mí.

Estos debates, muy cómicos á veces, eran interminables: una noche; á eso de las once y media, cuando vivía yo en la plaza de Luis XV, en el sotabanco de la casa de Mad. de Coislin, Fontanes subió mis ochenta y cuatro escalones para llamar estrepitosamente á mi puerta con el extremo de su bastón, con el objeto de terminar una discusión que había dejado interrumpida: hablábase de Picard, que él ponía en aquel momento á mayor altura que Molière: estoy seguro de que se hubiera guardado muy bien de escribir una sola palabra de cuanto decía; Fontanes hablando y Fontanes escribiendo, eran dos hombres enteramente distintos.

Mr. de Fontanes, debo repetirlo, fue quien me animó en mis primeros ensayos: él fue quien anunció *El Genio del Cristianismo*; su musa, llena de una abnegación sublime, dirigió á la mia en el nuevo camino en que se había precipitado; él me enseñó á disimular la deformidad de los objetos por el modo de iluminarlos; á poner en cuanto me era posible la lengua clásica en boca de mis personajes románticos. Había en otro tiempo hombres conservadores del gusto, como aquellos dragones que custodiaban las manzanas de oro del jardín de las Hespérides; estos no permitían entrar á la juventud, sino cuando ya no podía echar á perder el fruto.

Los escritos de mi amigo llevan por un camino hermoso; el espíritu experimenta un bienestar y se encuentra en una situación armoniosa en que toca, encanta, y nada daña. Mr. de Fontanes revisaba incansablemente sus obras; nadie mejor que este maestro de los antiguos tiempos se hallaba convencido de la verdad de esta máxima: «Apresúrate con lentitud.» ¿Qué no diría de estos tiempos, en que, tanto en lo moral como en lo físico, se cree que nunca se camina con bastante celeridad? Mr. de Fontanes prefería viajar al compás de una deliciosa medida. Ya habeis visto lo que de él dije cuando le encontré en Londres; los sufrimientos que experimentó entonces; debo repetirlo: la vida nos obliga continuamente á llorar por el porvenir ó por el pasado.

Mr. de Bonald poseía un talento sutil; aceptábase su vivacidad como genio; su política metafísica la había soñado en el ejército de Condé en la Forest-Noire, lo mismo que esos profesores de Jéna y de Göttingue, que marcharon despues á la cabeza de sus discípulos y se dejaron matar por la libertad de Alemania. Innovador, aun cuando había sido mosquetero en el reinado de Luis XVI, miraba á los antiguos como á niños con respecto á la política y á la literatura, y pretendía empleando el primero la fatuidad del actual lenguaje, que el decano de la universidad no estaba aun bastante adelantado para entender todo esto.

Chenedolle, con ciencia y con talento, no natural, pero adquirido, estaba siempre tan triste, que él mismo se apellidaba *le corbeau* (el cuervo): él entraba á saco mis obras. Habíamos hecho un tratado: yo le abandonaba mis cielos, mis vapores, mis nubes; pero habíamos convenido en que él dejaría mis brisas, mis olas y mis selvas.

Hablo ahora solamente de mis amigos literarios; en cuanto á mis amigos políticos, no sé si pasarlos en silencio; ¡principios y discursos han abierto entre nosotros un abismo!

Mad. Hocquart y Mad. de Vintimille iban á la reunión de la calle Nueva del Luxemburgo. Mad. de Vintimille, mujer de otros tiempos, de las que restan muy pocas, frecuentaba el gran mundo y nos traía noticias de lo que en él pasaba: preguntábala yo si se edificaban todavía ciudades. La pintura de los escándalos que bosquejaba con una gracia picante,

sin ser ofensiva, nos hacía conocer mejor el valor de nuestra seguridad. Mad. de Vintimille, juntamente con su hermana, había sido cantada por Mr. de Laharpe. Su lenguaje era circunspecto, su carácter contenido, su talento incontestable: había vivido con las señoras de Chevreuse, de Longueville, de La Valliere, de Maintenon, con Mad. Geoffrin y Mad. du Deffaut. Adaptábase maravillosamente á una sociedad cuya valía dependía en su mayor parte de la diversidad de talentos y de la combinación de sus diferentes valores.

Mad. Hocquart fue muy querida del hermano de Mad. de Beaumont, quien se ocupó de la señora de su pensamiento hasta sobre el mismo cadalso, como Aubrac iba á la horca besando un manguito de terciopelo labrado azul, única prenda que le quedaba de los beneficios de Margarita de Valois. En parte ninguna se podrán reunir bajo el mismo techo tantas personas distinguidas, perteneciendo á clases distintas y á destinos diversos, y pudiendo hablar de las cosas mas comunes como de las mas elevadas; sencillez de asuntos que no provenia seguramente de falta de recursos, sino de la elección. Esta ha sido tal vez la última sociedad en que ha aparecido el espíritu francés del antiguo tiempo. En la nueva Francia no se encuentra hoy aquella cortesana, fruto de la educación, y transformada por el continuado uso en una especie de carácter. ¿Qué ha sido de esta sociedad? ¡Haced proyectos, reunid amigos, para prepararos un duelo eterno! Mad. de Beaumont no existe, Joubert no existe, Chenedolle no existe, Mad. de Vintimille no existe. En otro tiempo, durante las vendimias, yo visitaba en Villeneuve á Mr. Joubert; me paseaba con él por las orillas del Jonne; él cogía hongos en los sotos, y yo gusanos de luz en los prados. Hablábamos de todo, y especialmente de nuestra amiga Mad. de Beaumont, ausente para siempre: renovábamos el recuerdo de nuestras antiguas esperanzas. Por la noche volvíamos á Villeneuve, ciudad rodeada de murellas decrepitas del tiempo de Felipe Augusto, y de torres arruinadas, sobre las cuales se elevaba el humo del hogar de los vendimiadores. Joubert me hacía ver desde lejos sobre la colina una senda arenosa por entre los bosques, senda que él seguía cuando iba á ver á su vecina, oculta en la casa de campo de Passy durante el terror.

Desde la muerte de mi querido huésped, cinco ó seis veces he atravesado el Senonais. Veía aquellas orillas desde el camino real, pero Joubert no se paseaba por ellas; reconocía los árboles, los campos, las viñas, los pequeños montones de tierra en que teníamos costumbre de descansar. Al pasar por Villeneuve arrojaba una mirada sobre la calle desierta y sobre la casa cerrada de mi amigo. La última vez que me sucedió esto iba de embajador á Roma. ¡Ah! ¡Si él hubiese estado allí, le hubiera llevado conmigo á la tumba de Mad. de Beaumont! Plúgole á Dios abrir á Mr. Joubert una Roma celeste que se adaptaba mejor á su alma platónica, aunque cristiana. Ya no le volveré á encontrar aquí bajo: yo iré hacía él: él no vendrá hacía mí (Psalm.)

Paris 1857.

AÑO DE MI VIDA 1801.—VERANO EN SAVIGNY.

El éxito de *Atala*, habiéndome determinado á volver á empezar *El Genio del Cristianismo*, del que ya tenia impresos dos tomos, Mr. de Beaumont me propuso que me daría habitación en el campo, en una casa que acababa de alquilar en Savigny. Seis meses pasé en aquel retiro con Mr. Joubert y nuestros demás amigos.

La casa estaba situada á la entrada del pueblo del lado de París, al lado del antiguo camino real que se

llama en el país el camino de Enrique IV; estaba aneja á un campo de viñedo, y tenia enfrente el jardín de Savigny, terminado por una multitud de bosques y atravesado por el pequeño río del Orge. A la izquierda se extendía la llanura de Viry hasta las fuentes de Juvisy. En el contorno de todo este país se hallan valles, á donde íbamos á pasearnos por las tardes para descubrir nuevos paseos.

Por la mañana almorzábamos juntos; despues me retiraba á trabajar. Mad. de Beaumont tenia la bondad de copiarme las citas que yo le indicaba. Aquella noble mujer me ofreció un asilo cuando yo no lo tenia; sin la paz que ella me proporcionó, tal vez no hubiese terminado una obra que no habia podido concluir durante mis malos tiempos.

Me acordaré siempre de algunas tardes pasadas en aquel abrigo de la amistad; nos reuníamos de vuelta del paseo al lado de un estanque que habia en un campo de césped de la huerta. Mad. Joubert, Mad. de Beaumont y yo nos sentábamos en un banco; el hijo de Mad. Joubert jugaba á nuestros piés sobre la verde alfombra: este niño tampoco existe. Mr. Joubert se paseaba en una solitaria y arenosa calle de árboles; dos perros que habia para la guarda de la casa y una gata jugaban á nuestro alrededor en tanto que las palomas arrullaban en los aleros del tejado. ¡Qué felicidad para un hombre recién llegado del destierro, despues de ocho años pasados en el mas profundo abandono, á excepcion de unos cuantos dias que pasaron como un soplo! En estas tardes era cuando solian mis amigos hacerme hablar de mis viajes; jamás he descrito tan bien como entonces los desiertos del Nuevo-Mundo. Por la noche, cuando las ventanas de nuestro salon campestre estaban abiertas, Mad. de Beaumont me señalaba diversas constelaciones, diciéndome que algun dia me acordaría de que ella me habia enseñado á conocerlas; despues que la perdí, no lejos de su tumba en Roma, he buscado muchas veces desde en medio de los campos las estrellas que me habia nombrado; las he visto brillar por encima de las montañas de la Sabinia: el rayo de luz de estos astros venia á matizar la superficie del Tíber. El sitio desde donde las habia visto en Savigny y los lugares en que las volvía á ver, la inestabilidad de mi destino, esta señal que una mujer me habia dejado en el cielo para que me acordase de ella; todo esto destruía mi corazón. ¿Por qué milagro consiente el hombre en hacer lo que hace sobre la tierra, cuando sabe que ha de morir?

Cierta noche vimos á un hombre entrar con mucho sigilo en nuestro retiro por una ventana y salir por otra: era este Mr. Laborie, que se escapaba de las garras de Bonaparte. Poco despues apareció una de esas almas en pena, que son de una especie distinta de las demás, y que mezclan al pasar su desgracia desconocida á los vulgares sufrimientos de la especie humana: era esta Lucila, mi hermana.

Despues de mi llegada á Francia habia escrito á mi familia para noticiarla mi vuelta. La condesa de Marigny, mi hermana mayor, me buscó la primera, equivocó la calle, y halló cinco Mr. Lassange, de los cuales el último subió del fondo de una covacha de zapatero de viejo para responder al llamamiento. Madama de Chateaubriand llegó despues: estaba encantadora y llena de todas las cualidades propias para proporcionarme la felicidad que he encontrado á su lado desde que nos hallamos reunidos. Lucila, condesa de Caud, se presentó luego. Mr. Joubert y madama de Beaumont mostraron por ella la mas profunda amistad y la mas tierna compasion. Entonces empezó entre ellas una correspondencia que no terminó sino con la vida de aquellas dos mujeres que se habian inclinado una hacia la otra como dos flores próximas á marchitarse. Mad. Lucila habiéndose despedido en Versalles el 20 de setiembre, me escribió la

siguiente carta: «Te escribo para rogarte des las gracias á Mad. de Beaumont por la invitacion que me ha hecho de ir á Savigny. Espero tener este placer dentro de unos quince dias, á menos que no haya algun inconveniente por parte de Mad. de Beaumont.» Mad. de Caud vino á Savigny como habia anunciado.

Ya os he referido que mi hermana, en su juventud canonesa del capitulo de Argentiére y destinada al de Remiremont, habia tenido hacia Mr. de Malfilatre, consejero del parlamento de Bretaña, un cariño, que encerrado en su pecho habia aumentado su natural melancolía. Durante la revolucion casó con el conde de Caud, á quien perdió á los quince meses de matrimonio. La muerte de la señora condesa de Favey, hermana que ella amaba con ternura, aumentó la tristeza de Mad. de Caud. En seguida se unió á madama de Chateaubriand, mi esposa, y tomó sobre ella un ascendiente que llegó á ser doloroso, porque Lucila era violenta, imperiosa, y Mad. de Chateaubriand, sometida á sus caprichos, se ocultaba de ella para hacer por ella lo que una amiga mas rica hace por una amiga susceptible y menos bien acomodada.

El carácter de Lucila y su genio habian llegado á la locura de J. J. Rousseau; creíase acechada de secretos enemigos y daba á Mad. de Beaumont, á Mr. Joubert y á mí señas falsas para escribirla; examinaba siempre los sobres, procuraba descubrir si habian sido abiertos; andaba errante de domicilio en domicilio; no podia permanecer ni en la casa de mis hermanas ni con mi esposa; les habia tomado antipatia, y Mad. de Chateaubriand, despues de haber tenido por ella el mas tierno cariño, concluyó por verse agobiada bajo el peso de unas relaciones tan crueles.

Otra fatalidad habia caído sobre Lucila; Mr. de Chenedolle, que habitaba cerca de Vire, la habia ido á ver á Fougeres; bien pronto se habló de un casamiento que no tuvo efecto. Todo le salia mal á mi hermana, y caía sobre ella, no teniendo ya valor para soportarse á sí misma. Este espectro melancólico sentóse un momento sobre una piedra en la risueña soledad de Savigny. ¡Tantos corazones la habian recibido en ella con alegría! ¡Ellos la hubieran conducido con tanto placer á una dulce realidad de la existencia! Pero el corazón de Lucila no podia latir sino en una atmósfera expresamente formada para ella, y que no habia sido aspirada. Devoraba con rapidez los dias del mundo aparte en que el cielo la habia colocado. ¿Por qué Dios habia creado ese ser únicamente para sufrir? ¿Qué relacion misteriosa existe entre una naturaleza que sufre y un principio eterno?

Mi hermana no estaba cambiada; solamente que habia tomado la expresion fija de sus males: su cabeza estaba un poco inclinada hacia adelante, como una frente sobre la que las horas han pesado. Ella me recordaba mis parientes: estos primeros recuerdos de familia, evocados de la tumba, me rodeaban como las larvas que se acogen por la noche á la llama moribunda de una hoguera funebre. Al contemplarla creía yo entrever en Lucila toda mi infancia, que me miraba por detrás de sus ojos extraviados.

La vision dolorosa se desvaneció; esta mujer, agobiada bajo el peso de la vida, parecia haber venido á buscar á la otra mujer doliente que debia llevar consigo.

Paris 1857.

AÑO DE MI VIDA 1802.—TALMA.

Pasó el verano: segun costumbre, me habia yo prometido volver á hacer lo mismo al año siguiente: pero el horario no vuelve á la hora en que se quisiera llevar. Durante el invierno, en Paris, hice al-

gunos nuevos conocimientos. Mr. Julien, hombre rico, obsequioso y alegre, aunque de una familia desconocida, tenia un palco en el teatro francés; enviábaselo muchas veces á Mad. de Beaumont; fui cuatro ó cinco veces al teatro con Mr. de Fontanes y monsieur Joubert. A mi entrada en el mundo la antigua comedia se hallaba en todo su esplendor; la volví á encontrar en un estado completo de descomposicion: la tragedia se sostenia aun, gracias á Mlle. Duchesnoy, y sobre todo á Talma, que habia llegado á la mayor altura del talento dramático.

Habíale visto en su extremo; estaba en aquella época menos jóven, por decirlo así, y menos interesante, que á la edad en que le volví á ver; habia adquirido el aire distinguido, la nobleza y la gravedad que dan los años.

El retrato que Mad. de Stael ha hecho de Talma en su obra sobre la Alemania no es verdadero mas que á medias: el brillante escritor ve al actor eminentemente con una imaginacion de mujer, dándole lo que le faltaba.

No convenia á Talma el mundo intermediario; él no comprendia al *hidalgo*; luego no conocia nuestra antigua sociedad: no se habia sentado á la mesa de los castellanos en la torre gótica, en el fondo de los bosques; desconocia la flexibilidad, la variedad de tono, la galantería, la marcha insustancial de los costumbres, la sencillez, la ternura, el heroísmo del honor, la abnegacion cristiana de la caballería; no era el Tancredo, el Coucy, ó al menos los transformaba en héroes de una edad media de su creacion. Otelo estaba en el fondo de Vendome.

¿Quién, pues, era Talma? Era él, su siglo y el tiempo antiguo. Poseia las pasiones profundas y concentradas del amor á la patria; estas pasiones salian de su pecho por explosion. Tenia la inspiracion funesta, el desarreglo, el genio de la revolucion á través de la cual habia pasado. Los terribles espectáculos que le habian rodeado, se repetian en su talento con los lamentables y lejanos acentos de los coros de Sófocles y de Eurípides. Su gracia, que no era una gracia de convenio, os sobrecogia como la fatalidad. La negra ambicion, el remordimiento, los zelos, la melancolía del alma, el dolor fisico, la locura y la adversidad: hé aquí lo que él sabia. Su sola salida á las tablas, el sonido solo de su voz eran poderosamente trágicos. El dolor y el pensamiento se mezclaban sobre su frente, respiraban en su inmovilidad, en su postura, en sus gestos, en sus pasos. Griego, llegaba respirando aun el aire patrio desde las ruinas de Argos, inmortal Orestes, atormentado hacia tres mil años por las Euménides. Francés, venia de la soledad de Saint-Denis, donde las Parcas de 1793 habian cortado el hilo de la vida intratumba de los reyes. Triste, esperando alguna cosa desconocida, pero decretada ya por el injusto cielo, marchaba, obligado por el destino, inexorablemente encadenado entre la fatalidad y el terror.

El tiempo esperece una oscuridad inevitable sobre las obras maestras de la literatura dramática, envejecidas; su sombra, trasportada, cambia en Rembrandt los mas puros Rafaeles: sin Talma, una gran parte de las maravillas de Corneille y de Racine hubieran pasado desapercibidas. El talento dramático es una antorcha; comunica el fuego á otras antorchas medio apagadas, y hace revivir á los genios que os encantan por su esplendor rejuvenecido.

A Talma se debe la perfeccion de las maneras del teatro. Pero la verdad en la escena y el rigorismo en los trajes, ¿son tan indispensables al arte como se supone? Los personajes de Racine en nada dependen de la forma de sus vestidos; en los cuadros de los primeros pintores los fondos están descuidados y los trajes son inexactos. Los *Fueros* de Orestes ó la *Profecía* de Joad, leídas en una sala por Talma de frac, hacian

tanto efecto como declamadas en escena por Talma ataviado con el manto griego ó el traje hebreo. Ifigenia estaba vestida como Mad. de Sevigné cuando Boileau dirigió estos versos á su amigo:

Ifigenia por Calchas inmolada
Del pueblo griego en Aulis reunido
No mas sentida fue ni mas llorada,
Que en nuestra escena Champmeslé lo ha sico.

Esta exactitud en la representacion del objeto inanimado está en el espíritu de las artes de nuestros tiempos; ella anuncia la decadencia de la alta poesia del verdadero drama; conténtanse con bellezas efímeras cuando no pueden lograr otras; se procura engañar á la vista con los sillones y con el terciopelo cuando no puede pintarse la fisonomía que se sienta sobre este terciopelo y en estos sillones. Sin embargo habiendo llegado una vez á esta verdad de las formas materiales, es preciso continuarlas, porque el público materialista lo exige así.

AÑOS DE MI VIDA 1802 Y 1803.—GENIO DEL CRISTIANISMO.—CAIDA ANUNCIADA.—CAUSA DEL ÉXITO FINAL.

Entre tanto concluía yo *El Genio del Cristianismo*. Luciano manifestó deseos de ver algunas pruebas de esta obra; se las envié, y puse al margen algunas notas, aunque poco interesantes.

Aunque el éxito de mi gran libro fue tan brillante como el de la pequeña *Atala*, fue sin embargo mas controvertido; era esta una obra de entidad, que no combatia los principios de la literatura y de la filosofía por medio de una novela, sino con razones y con hechos. El imperio volteriano arrojó un grito y corrió á las armas. Mad. de Stael se equivocó con respecto al porvenir de mis estudios religiosos: la llevaron la obra sin estar aun cortadas las hojas; pasó sus dedos por entre ellas, y tropezando casualmente sobre el capítulo *De la virginidad*, dijo á Mr. Adriano de Montmorency, que se hallaba á su lado: «¡Ah!, Dios mio! ¡El pobre Chateaubriand se va á hundir!» El abad de Boulogne, teniendo entre las manos algunos fragmentos de mi trabajo antes de darle á la prensa, respondió á un librero que le consultaba: «Si quereis arruinaros, no teneis mas que imprimir ese libro.» Y el abad de Boulogne hizo posteriormente un magnífico elogio de mi obra.

Y con efecto, todo parecia anunciar entonces mi caída: ¿qué esperanza podia tener yo, sin nombre y sin partido, de destruir la influencia de Voltaire, que dominaba hacia mas de medio siglo; de Voltaire, que habia elevado el colosal edificio acabado por los enciclopedistas y consolidado por todos los hombres célebres de Europa? ¿Pues qué? ¿Los Diderot, los Dalember, los Duclos, los Dupuis, los Helvetius, los Condorcet, eran talentos desnaturalizados? ¿Pues qué? ¿el mundo debia volver á la leyenda dorada, á renunciar á la adquirida admiracion hacia las obras maestras de ciencia y de racionio? ¿Podia yo ganar una causa que no habia podido salvar la misma Roma armada con sus rayos y el clero con todo su poder? ¿Una causa defendida infructuosamente por el arzobispo de Paris, Cristóbal de Beaumont, apoyado con los decretos del parlamento, con la fuerza armada y con el nombre del rey? ¿No era tan ridiculo como temerario para un hombre oscuro el oponerse á un movimiento filosófico tan irresistible, que habia producido una revolucion? ¿Era cosa curiosa ver á un pigmeo extender sus pequeños brazos para ahogar los progresos del siglo, detener la civilizacion y hacer retrogradar al género humano! A Dios gracias bastaria una sola palabra para pulverizar al insensato: así es que Mr. Cuinguené, maltratando *El Genio del Cristianismo* en la *Década*, decia que la crítica llegaba demasiado tarde, pues que mi trabajo estaba ya olvidado. Decia esto cinco ó seis

meses después de la publicación de una obra que el ataque de la Academia francesa en masa, con motivo de los premios decenales, no había podido derribar.

Entre las ruinas de nuestros templos vió la luz pública *El Genio del Cristianismo*. Los fieles se creyeron salvados: experimentábase entonces una necesidad de fe, un ansia de consuelos religiosos, que provenía de la privación de estos consuelos por espacio de tantos años. ¿Qué fuerzas sobrenaturales tenían que buscar para tantos sufrimientos! ¿Cuántas familias mutiladas tenían que ir á buscar á los pies del padre de los hombres los hijos que habían perdido! ¿Cuántos corazones destrozados, cuántas almas aisladas imploraban una mano divina que las aliviase! Precipitábanse á la morada de Dios como se entra en la casa de un médico el día que se declara una peste. Las víctimas de nuestras revoluciones (¿y qué víctimas!) se refugiaban en el altar; naufragos se aferraban á la roca sobre la que esperaban hallar su salvación.

Bonaparte, deseando entonces fundar su poder sobre el mas seguro cimiento de la sociedad, acababa de concluir sus tratados con la corte de Roma; no puso entonces obstáculo alguno á la publicación de una obra útil á la popularidad de sus designios; tenía que luchar contra los hombres que le rodeaban, y contra enemigos declarados del culto; tuvo pues la fortuna de ser defendido exteriormente por las opiniones que *El Genio del Cristianismo* enunciaba. Mas tarde se arrepintió de su engaño; las ideas monárquicas habían venido con las religiosas.

Un episodio de *El Genio del Cristianismo*, que causó entonces menos ruido que *Atala*, ha determinado uno de los caracteres de la literatura moderna; pero además, si *René* no existiese, no lo volvería á escribir; si me fuese posible destruirle, le destruiría. Ha pululado una familia de Renes poetas y de Renes prosistas; no se ha oído otra cosa que frases lamentables y desordenadas; no se han ocupado de otra cosa que de vientos, tempestades, y de palabras desconocidas entregadas á las nubes y á la noche. No hay muchacho recién salido del colegio que no se haya creído alguna vez el mas desgraciado de los hombres; ni barbilampino de diez y seis años que no haya gastado su vida y que no se haya creído atormentado por su genio; que en el abismo de sus pensamientos no se haya entregado al *mar de sus pasiones*; que no haya golpeado su pálida y desnuda frente, y que no haya admirado á los hombres consternados con una desgracia cuyo nombre ignoraba él lo mismo que ellos.

En *René* había yo presentado una enfermedad de nuestro siglo; pero los novelistas tenían otra locura, que era la de haber querido hacer universales las aflicciones aisladas. Los sentimientos generales que constituyen el fondo de la humanidad, la ternura paternal, la piedad filial, la amistad, el amor, son inagotables; pero las maneras particulares de sentir, las individualidades de espíritu y de carácter, no pueden esplanarse ni multiplicarse sino en grandes y multiplicados cuadros. La fibras no descubiertas del corazón humano forman un campo muy limitado; nada queda que recoger en ese campo después de la primera mano que lo ha segado. Una enfermedad del alma no es un estado permanente y natural; no se la puede reproducir, hacer de ella una literatura especial, y sacar el partido que se saca de una pasión general, incesantemente modificada á voluntad de los artistas que la presentan, y que la cambian de forma.

De cualquier modo que sea, la literatura se coloreó con las tintas de mis cuadros religiosos, lo mismo que los negocios han conservado la fraseología de mis escritos en la Cité; *La Monarquía con arreglo á la carta*, ha sido el rudimento de nuestro gobierno representativo, y mi artículo de *El Conservador* sobre los intereses morales y los intereses materiales, ha legado estas dos denominaciones á la política.

Los escritores me hicieron el honor de imitar á *Atala* y á *René*, ni mas ni menos que el púlpito se apoderó de mis escritos sobre las misiones y sobre los beneficios del cristianismo. Los pasajes en que demuestro que al arrojar de los bosques á las divinidades del paganismo, nuestro culto extendido ha devuelto su soledad á la naturaleza; los párrafos en que trato de la influencia de nuestra religión en nuestra manera de ver y de expresar; en que examino los cambios producidos en la poesía y en la elocuencia; los capítulos que consagro á las investigaciones de los sentimientos inverosímiles introducidos en los caracteres dramáticos de la antigüedad, envuelven el germen de la nueva crítica. Los personajes de Racine, como ya lo he dicho, son y no son griegos; son personajes cristianos; esto es lo que no se había comprendido bien.

Si el efecto producido por *El Genio del Cristianismo* no hubiera sido una reacción contra las doctrinas, á las que se atribuía las desgracias de la revolución, este efecto hubiera cesado en cuanto desapareció la causa, y no se habría prolongado hasta hoy. Pero la acción de *El Genio del Cristianismo* sobre las opiniones no se limitó á una resurrección momentánea de una religión que se creía al borde del sepulcro; la metamorfosis que se operó fue mas duradera. Si había en la obra innovación de estilo, había en ella también cambio de doctrinas; la esencia y la forma estaban alteradas; el ateísmo y el materialismo no fueron desde entonces la base de las creencias ó de la falta de creencias de la juventud; la idea de Dios y de la inmortalidad del alma recobró su imperio; de aquí su alteración en el encadenamiento de las ideas que se ligan unas á otras. Ya no se vieron retenidos en sus creencias por una preocupación anti-religiosa; no se creyeron en adelante obligados á seguir siendo momias de una nada revestida de formas filosóficas; fue lícito examinar cualquier sistema, por absurdo que se creyera, aun cuando fuese el cristiano.

Además de los fieles que volvían á la voz de su pastor, surgieron, á consecuencia de este derecho de libre examen, otros fieles *a priori*. Presentad á Dios como principio, y el Verbo seguirá necesariamente; el Hijo nace del Padre.

Esas diversas combinaciones abstractas no sirven mas que para sustituir á los misterios del cristianismo otros misterios aun mas incomprensibles: el panteísmo, que por otra parte es de tres ó cuatro especies, y que es hoy moda atribuir á las grandes capacidades, es el mas absurdo de los sueños del Oriente redactado por Espinosa; basta para convencerse de esto la simple lectura del artículo del escéptico Bayle acerca de ese judío de Amsterdam.

El tono resuelto con que hablan algunos de todo esto sería insufrible si no se atendiese á su falta de instrucción: se pagan de palabras cuya significación no saben, creyéndose unos genios. Es menester convenir en que Abelardo, San Bernardo, Santo Tomás de Aquino, han tenido en metafísica una superioridad de luces á que nosotros no hemos llegado: que los sistemas sansimoniano, falansteriano, fourierista, humanitario, han sido hallados y puestos en práctica por los herejes de todos tiempos; que lo que se nos pretende vender por progresos y nuevos descubrimientos no son otra cosa que doctrinas envejecidas que se arrastran penosamente desde hace mil quinientos años en la escuela de la Grecia y en los colegios de la edad media. El mal está en que los primeros sectarios no pudieron llegar á fundar su república neoplatónica cuando Galieno permitió á Plotino que hiciese un ensayo de ella en la Campania; mas adelante se cometió la injusticia de quemar á los sectarios cuando quisieron estos establecer la comunidad de bienes, hacer de la prostitución una institución sagrada, atreviéndose á decir que una mujer no podía,

sin hacerse criminal, negarse al hombre que le pedía una unión pasajera en nombre de Jesucristo: no era menester mas, segun decian, para llegar á esta unión, que desprenderse del alma y ponerla en depósito por un momento en el seno de Dios.

El sacudimiento que *El Genio del Cristianismo* produjo en los espíritus hizo salir al siglo xviii del carril, arrojándolo para siempre fuera de su camino: comenzó á estudiar el origen del Cristianismo: leyendo de nuevo á los Santos Padres (dado caso que se hubiesen leído antes), admiráronse de hallar tantos hechos curiosos, tanta ciencia filosófica, tantas bellezas de estilo de todos géneros, tantas ideas, que por una gradación mas ó menos sensible formaban el paso de la sociedad antigua á la sociedad moderna; era única y memorable de la humanidad, en que el cielo comunicó con la tierra al través de las almas encerradas en hombres de genio.

Al lado del mundo ruinoso del paganismo se alzó en otro tiempo, como desde fuera de la sociedad, otro mundo, espectador de esos grandes espectáculos; pobre, aislado, escondido, y no mezclándose en los asuntos de la vida sino cuando necesitaba de sus lecciones ó de su ayuda. Cosa sorprendente era el ver aquellos primeros obispos, casi todos honrados con el sobrenombre de santos y de mártires; aquellos simples sacerdotes custodiando las reliquias y los cementerios; aquellos religiosos y ermitaños, en sus conventos ó en sus grutas, redactando tratados de paz, de moral, de caridad, cuando todo era guerra, corrupción, barbarie; yendo de los tiranos de Roma á los gefes de los tártaros y de los godos, para prevenir la injusticia de los unos y la crueldad de los otros, deteniendo ejércitos con una cruz de madera y una palabra de paz; los mas débiles de todos los hombres protegiendo al mundo contra Atila; colocados entre dos universos, para servir de vínculo entre ellos, para consolar los últimos momentos de una sociedad espirante y sostener los primeros pasos de una sociedad en su infancia.

EL GENIO DEL CRISTIANISMO. (CONTINUACION).—
EFECTOS DE LA OBRA.

Era imposible que las verdades desenueltas en *El Genio del Cristianismo* no contribuyesen al cambio las ideas. De esta obra fecha también el gusto actual por los edificios de la edad media. Yo fui quien hice admirar los antiguos templos al nuevo siglo. Si se ha abusado de mi opinión, si es cierto que nuestras catedrales no se han aproximado á la belleza del Partenon; si es falso que estas iglesias nos trasmiten en sus documentos de piedra acontecimientos ignorados; si es una locura el sostener que esas memorias de granito nos revelan secretos escapados á aquellos sabios benedictinos; si á fuerza de oír hablar de lo gótico fastidia ya, no es mia la culpa. Por lo demás, con respecto á la cuestión artística conozco bien lo que le falta á *El Genio del Cristianismo*: esta parte de mi obra es muy defectuosa, porque en 1800 no conocía yo las artes; no había visto ni la Italia, ni la Grecia, ni el Egipto. Tampoco he sacado todo el partido que podía sacarse de las vidas de los santos y de las leyendas, que me ofrecían historias maravillosas: escogiendo entre estas con tino, podía recoger una abundante cosecha. Este inmenso campo de riqueza, de imaginación de la edad media, sobrepuja en fecundidad á la metamorfosis de Ovidio y á las fábulas milesianas. Hay además en mi obra juicios dudosos ó falsos, tales como el que emité respecto á Dante, á quien he rendido después un brillante homenaje.

Con respecto á la parte importante de *El Genio del Cristianismo*, la he completado en mis *Estudios históricos*, uno de mis trabajos de que se ha hablado menos y que mas se ha saqueado.

El éxito favorable de *Atala* me había embelesado, porque mi alma era joven aun: el de *El Genio del Cristianismo* me fue doloroso; me vi obligado á sacrificar mi tiempo á correspondencias cuando menos inútiles y á felicitaciones incómodas. La reputación adquirida no bastaba á compensarme de los disgustos porque tiene que pasar el hombre cuyo nombre es conocido entre el público. ¿Qué felicidad puede reemplazar á la paz que se ha perdido al introducir al público en vuestra intimidad? Añádanse á esto los sobresaltos con que las musas se complacen en afligir á los que se dedican á su culto, los inconvenientes de un carácter fácil, la inaptitud para la fortuna, la pérdida del reposo, un genio desigual, unas afecciones mas vivas, tristezas sin motivo, alegrías sin causa. ¿Quién desearía, si en su mano estuviese, comprar con estas condiciones las ventajas inciertas de una reputación que no está seguro de obtener, que será disputada durante su vida, que la posteridad no asegurará, y á la que la muerte os ha de hacer extraño para siempre?

La controversia literaria sobre la novedad de estilo que había producido *Atala* se renovó á la publicación de *El Genio del Cristianismo*.

Un rasgo característico de la escuela imperial, y aun de la escuela republicana, es muy digno de notarse: en tanto que la sociedad avanzaba hácia el mal ó hácia el bien, la literatura permanecía estacionaria; extraña al cambio de las ideas, no pertenecía á su tiempo. En la comedia, los señores de pueblo, los Colin, los Babet ó las intrigas de esa sociedad ya desconocida, se presentaban (como ya he dicho) ante hombres toscos y sanguinarios, destructores de las costumbres, cuyo cuadro se les ofrecía; en la tragedia, un parterre plebeyo se ocupaba de las familias de los nobles y de los reyes.

Dos cosas detenían á la literatura del siglo xviii: la impiedad que conservaba de Voltaire y de la revolución, y el despotismo con que Bonaparte la agobiaba. El gefe del Estado utilizaba esos escritos subordinados, que había enviado al cuartel, que le presentaban las armas, que salían en cuanto gritaba:—«¡Adelante la guardia!» que desfilaban por hileras, y que maniobraban como soldados. La mas leve independencia parecía una rebelión á su poder; detestaba del mismo modo la rebelión de las palabras y de las ideas que de la fuerza armada. Suspendió el *Habeas corpus*, tanto para el pensamiento como para la libertad individual. Verdad es que es preciso confesar que el público, fatigado de la anarquía, sufría gustoso el yugo de las reglas.

La literatura representante de la nueva era no ha reinado sino cuarenta á cincuenta años después del tiempo de que ella formaba el idioma. Durante este medio siglo no se había empleado sino por la oposición. Han sido Mad. de Staël, Benjamin Constant, Lemercier, Bonalt, yo, en fin, los primeros que han hablado esta lengua. El cambio de la literatura de que se vanagloria el siglo xix, le ha provenido de la emigración y del destierro; Mr. de Fontanes fue quien cobijó esas aves de otra especie que la suya, porque remontando al siglo xvii, había tomado el poder de ese tiempo fecundo y perdido la esterilidad del xviii. Una parte del espíritu humano, la que trata de las materias trascendentales, adelantó únicamente con un paso igual al de la civilización; desgraciadamente la gloria del saber no se vió libre de lunares: los Laplace, los Lagrange, los Monge, los Chaptal, los Berthollet, todos estos prodigios, acérrimos demócratas en otro tiempo, se hicieron los mas sumisos servidores de Napoleon. Debemos decirlo en honor de las letras: la nueva literatura fue libre, la esencia servil; el carácter no correspondió al genio, y aquellos cuyo pensamiento se había elevado al mas alto cielo no pudieron elevar su alma sobre los pies de

Bonaparte: pretendían no tener necesidad de Dios, sin duda porque necesitaban un tirano.

El clasicismo napoleónico introdujo el genio del siglo XIX, siglo disfrazado con la peluca de Luis XIV ó á la moda de Luis XV. Bonaparte quiso que los hombres de la revolución no se presentaran en la corte sino de uniforme y con la espada al lado. No se veía á la Francia del momento; aquello no era orden, sino disciplina. Nada había mas enojoso que aquella pálida resurrección de la literatura de otros tiempos. Aquella calma fría, aquel anaerionismo improductivo, desapareció cuando la nueva literatura invadió con estrépito impulsada por *El Genio del Cristianismo*. La muerte del duque de Enghien tuvo para mí la ventaja, dejándome aislado, de permitirme que siguiera en medio de la soledad mi inspiración propia, é impedirme que me alistase en la infantería regular del viejo Pindo: debo sin duda alguna, mi libertad moral á mi libertad intelectual.

En el último capítulo de *El Genio del Cristianismo* examino lo que hubiese sido del mundo si no se hubiera predicado la fe en el mismo momento de la invasión de los bárbaros: en otra parte llamo la atención sobre un trabajo importante, por hacer aun, sobre los cambios que el cristianismo produjo en las leyes despues de la conversión de Constantino.

Suponiendo que la opinion religiosa existiese tal como en el momento en que escribo estas líneas, si *El Genio del Cristianismo* estuviese aun por hacer, le arreglaría de muy diferente modo: en vez de enumerar los beneficios y las instituciones de nuestra religion en el tiempo pasado, probaría que el cristianismo es el pensamiento del porvenir y de la libertad humana; que este pensamiento Redentor y Mesías, es el único fundamento de la igualdad social; que él solo la puede establecer porque coloca al lado de esta igualdad la imprescindibilidad del deber corruptivo y regulador del instinto democrático. La legalidad no es bastante para contener, porque no puede ser permanente; esta saca su fuerza de la ley; luego la ley es la obra de los hombres, que pasan y varían. Una ley no es siempre obligatoria; puede siempre ser modificada por otra ley: no así sucede con la moral, que es invariable: lleva su fuerza en sí misma, porque emana del orden inmutable: ella tan solo puede dar la estabilidad.

Haría ver que en todos los puntos en que ha dominado el cristianismo ha cambiado las ideas, ha rectificado las nociones de lo justo y de lo injusto, ha sustituido la afirmación á la duda, y ha encerrado en sus doctrinas y preceptos la humanidad entera. Trataría de adivinar la distancia á que nos hallamos aun del total cumplimiento del Evangelio, calculando el número de males destruidos y de mejoras operadas en los diez y ocho siglos pasados del lado de acá de la cruz. El cristianismo obra con lentitud, porque obra en todas partes á un tiempo; no se asocia á la reforma de una sociedad particular; trabaja sobre la sociedad en general; su filantropía se estiende á todos los hijos de Adán; esto lo anuncia con una maravillosa sencillez en las oraciones mas usuales y en sus votos cotidianos, cuando dice al pueblo reunido en el templo: «Roguemos por todo cuanto padece sobre la tierra.» ¿Qué religion ha hablado jamás de este modo! El Verbo no se hizo carne en el hombre dichoso; se encarnó en el hombre doliente con la mira del bienestar general, de la fraternidad universal y de la eterna salvación.

Aun cuando *El Genio del Cristianismo* no hubiera dado origen á tales investigaciones, me felicitaría de haberlo publicado; falta saber aun si en la época de la aparición de este libro otro *Genio del Cristianismo* cimentado sobre el nuevo plan cuyo diseño indico, hubiera obtenido el mismo resultado. En 1803, cuando nada se concedía á la antigua religion, cuando era

blanco del desprecio, cuando aun no se conocía la primer palabra de la cuestion, ¿hubiérase recibido bien el hablar de la libertad futura descendiendo del calvario, cuando estaban los espiritus destrozados con los excesos de la libertad de las pasiones? ¿Hubiera consentido Bonaparte una obra semejante? Era á mi ver útil excitar el sentimiento, interesar la imaginación en una causa tan desconocida, atraer las miradas sobre el objeto despreciado, hacerle agradable, antes de pasar á demostrar su importancia, su poder y su utilidad.

Ahora, en la suposición de que mi nombre deje algunas huellas, lo debería sin duda á *El Genio del Cristianismo*; sin hacerme ilusiones sobre el valor intrínseco de la obra, reconozco en ella un valor accidental; llegó á tiempo oportuno. Por esta razon me ha hecho tomar puesto en una de esas épocas históricas que, uniendo al individuo á los sucesos, obligan á guardar su memoria. Si la influencia de mi trabajo no se ciñese al cambio que de cuarenta años acá ha producido en las actuales generaciones; si sirviese aun para reanimar en los que han llegado mas tarde una chispa de las verdades civilizadoras de la tierra; si el leve síntoma de orden que se cree notar se sostuviese en las generaciones futuras, me iría lleno de esperanza en la divina misericordia. ¡Cristiano reconciliado no me olvides en tus oraciones cuando haya cesado de ser; mis faltas me detendrán tal vez ante esas puertas de donde mi caridad había exclamado por tí: — ¡Abrios, puertas eternas! ¡Elevamini, portae aeternales!

París, 1837.

Revisado en diciembre 1846.

AÑO DE MI VIDA 1802 Y 1803. — CASAS SOLARES. — MADAMA DE CURTINE, MR. DE SAINT-MARTIN. — MADAMA DE HOUDETOT Y SAINT-LAMBERT.

Hallóse pues mi género habitual de vida del todo desarreglado desde el punto en que cesé de poder disponer enteramente de ella. Adquirí una multitud de relaciones nuevas, y fui llamada á varias casas solares que volvian á restablecerse. Vivíase como se podía en aquellos edificios medio desmantelados, medio restaurados, en cuyos salones el desvencijado sillón de los tiempos antiguos figuraba al lado de la moderna butaca. Sin embargo algunos de esos edificios habían podido conservarse intactos, entre ellos el llamado del *Marais*, posesión de Mad. de La Briche, excelente señora, á quien la fortuna nunca manifestó el rostro airado. Recuerdo que *mi inmortalidad* pasó á la calle *Saint-Dominique-d'Enfer* á tomar asiento en un mal coche de alquiler para trasladarme á la posesión de que acabo de hablar cuando me encontré con las señoras de Vintimille y de Fezensac. En la quinta de Champlatreux hacia Mr. Mole construir pequeñas habitaciones en el segundo piso. En uno de los medio arruinados salones de esta casa se veía un cuadro que representaba á Mateo Molé con su bonete cuadrado conteniendo un motín: y este lienzo que reemplazaba al retrato de su padre, muerto revolucionariamente, marcaba con toda precisión la diferencia de los tiempos. Los magníficos tilos que adornaban una plazuela en frente de esta quinta habían sido cortados, pero aun se conservaban en pie y con toda la pomposa lozanía de su sombra los que componían la tercera fila del paseo que conducía al edificio: posteriormente se han hecho nuevas plantaciones en ese terreno: ahora son de moda los álamos (1).

(1) Hace sin duda el autor esa observación aludiendo á la semejanza de sonido que puede haber entre las palabras francesas *peuplier* (álamo) y *peuple* (pueblo).

No había miserable desterrado al volver de la emigración que no pensara diseñar las ondulaciones de un jardín inglés en los diez pies de terreno de que pudiera volver á tomar posesión. ¿No hice yo mismo nuevas plantaciones en la quinta de *La Vallée-aux-Loups*? ¿No principié á escribir en aquel sitio mis Memorias, prosiguiéndolas en la granja de Montboisier á cuyo aspecto desfigurado por el abandono, trataban de dar nueva animación en aquella época, y ampliándolas en la quinta de Maintenon que acaba de ser restablecida de los daños que le ha causado la nueva democracia? Las casas solares quemadas en 1789 habían debido aconsejar á las que no lo fueron, que permanecieran ocultas entre la sombra de las ruinas: pero sabido es que encima de las poblaciones y de los templos hundidos bajo la laba del Vesubio vuelven á edificarse nuevas iglesias y nuevas habitaciones.

Entre las abejas que volvian á reedificar su colmena figuraba la marquesa de Custine, heredera de los largos cabellos de Margarita de Provenza, esposa de san Luis, de cuya sangre tambien participaba algo. Asistí á la toma de posesión de Fervaques, y tuve el honor de acostarme en el lecho del Bearnés, así como en Combourg lo había tenido anteriormente, ocupando el lecho donde en su tiempo durmió la reina Cristina. No fue por cierto pequeña empresa la que acometimos al verificar nuestro viaje á esa casa solar; por de pronto fue preciso embarcar en un mismo carruaje al niño Astolfo de Custine, á suayo Mr. de Berschtett, á una antigua nodriza, alsaciana que no hablaba mas que en alemán, á una criada llamada Jenny y á Trim, célebre y goloso perro que tuvo ocasión de ejercer su instinto en las provisiones de boca para el camino. ¿No habría podido creerse que esa colonia pasaba á Fervaques á establecerse allí para siempre? Pues aun no había acabado de amueblarse el edificio, cuando los nuevos habitantes tuvieron que abandonararlo. Yo he visto á la que con tanto denuedo desafió al cadalso; la he visto pálida como una parca, vestida de negro, demacrada por una dolencia mortal, sin mas adornos en la cabeza que su sedosa cabellera; la he visto sonreírme con sus descoloridos labios al salir de Secherons cerca de Ginebra para ir á expirar en Bex, á la entrada del Valesado, y oí el ruido que hacia su féetro al pasar de noche por las solitarias calles de Lausana al ir á tomar su eterno puesto en Fervaques: podía decirse que se apresuraba á ocultarse en una tierra, cuya posesión así como la vida no le había durado mas que un solo instante. En el rincón de una chimenea que había en uno de los salones de aquel edificio se leía esta detestable rima, atribuida al real amante de Gabriela.

La señora de Fervaques merece vivos ataques.

Otro tanto había dicho el soldado rey á otras muchas señoras: declaraciones pasajeras, de breve duración que de belleza en belleza se habían ido transmitiendo hasta Mad. de Custine. Posteriormente la posesión de Fervaques fue vendida.

Encontré tambien á la duquesa de Chatillon, la cual durante mi ausencia de los Cien dias decoró mi valle de Aulnay. Mad. Lindsay á quien yo no había dejado de ver me hizo conocer á Julia Talma. Mad. de Clermont-Tonnerre me atrajo á su casa. Recordando esta señora un antiguo parentesco, que había habido en nuestras familias, se dignaba llamarme primo. Habiendo enviudado de su primer esposo, el conde de Clermont-Tonnerre, contrajo segundas nupcias con el marqués de Talaru. Esta señora convirtió en la prisión á Mr. de Laharpe. Por ella conocí tambien al pintor Neveu, afiliado en el número de sus *caballeros-sirvientes*; Neveu me puso por algunos momentos en relación con Saint-Martin.

Había este último creído encontrar en la Atala cier-

to lenguaje misterioso que á su parecer le revelaba afinidad de opiniones con migo. Neveu, á fin de estrechar las relaciones que debían existir entre dos hermanos, nos convidó á comer en la bohordilla que habitaba en el palacio Borbon. Llegué á la cita á las seis de la tarde, hora en que ya el *flósofo del cielo* estaba en su puesto. A las siete, un discreto criado puso un potaje sobre la mesa, y sin hablar palabra se retiró cerrando la puerta. Tomamos asiento y principiámos á comer silenciosamente. Mr. de Saint-Martin, á quien ciertamente no se le podían negar muy finos modales, no pronunciaba sino muy breves palabras en forma de oráculo. Neveu contestaba con exclamaciones y gestos de pintor: yo no desplegaba los lábios.

Al cabo de una media hora volvió á entrar el silencioso criado, cambió el plato y así se fueron sucediendo uno á uno los manjares dejando entre sí largos intervalos. Mr. de Saint-Martin sintiéndose cada vez mas animado empezó á hablar como un arcángel; cuanto mas hablaba mas tenebroso era su lenguaje. Neveu me había dado á entender apretándome la mano que llegaríamos á ver cosas extraordinarias, y oíríamos ruidos... hacia ya seis mortales horas que yo estaba esperando y ni oía, ni veía nada de particular. Sería ya media noche cuando el hombre de las visiones se puso repentinamente en pié: creí que el espíritu de las tinieblas ó el espíritu divino habían descendido ya sobre su alma, y me preparé á oír prodigios pero nada de eso sucedió. Mr. de Saint-Martin manifestó hallarse cansado, y diciendo que otro día volveríamos á tomar el hilo de la conversacion, se caló el sombrero y se marchó. Desgraciadamente para él fue detenido en la puerta y tuvo que volver á entrar con una visita inesperada, sin embargo no tardó en deshacerse de ella y en desaparecer. Esta fue la única vez que le he visto: desde allí fué á morir en el jardín de Mr. Lenoir-Laroché, mi vecino de Aulney.

Soy un ente de mal agüero para el *Swedenborgiano*: el abate Juria se jactó en una comida en casa de Mad. de Custine de matar un gilguero magnetizándolo: llegado el caso el gilguero fue mas fuerte que el abate y este lleno de despecho tuvo que retirarse de nuestra sociedad, temiendo ser muerto por el gilguero: no parece sino que yo, como cristiano, se virtuaba con mi presencia las maravillas de la tripode.

En otra ocasión el célebre Gall, tambien en casa de Mad. de Custine, estando sentado á mi lado en la mesa sin conocerme, se engañó en la inspección de mi ángulo facial, me tomó, permitiéndoseme la expresión por un *renacuajo*, y cuando supo quien era trató de salvar su equivocación y el honor de la ciencia de un modo que me hizo ruborizar. La configuración de la cabeza podrá ayudar á distinguir el sexo, ó á indicar la parte que pertenece á las pasiones animales; mas por lo tocante á las facultades de la inteligencia me parece que la frenología nunca llegará á saber nada. Si pudieran reunirse los cráneos de cuantos grandes hombres han existido desde el principio del mundo y se sujetaran al exámen de los frenólogos sin decir nada acerca de su procedencia, lejos de atinar con las cualidades morales que les distinguieron durante su existencia, daría lugar el exámen de las protuberancias á las mas graciosas equivocaciones.

Me siento acosado de un remordimiento: he hablado de Mr. de Saint-Martin en tono de burla, y me arrepiento de haberlo hecho. Ese tono que yo trato de rechazar continuamente y que continuamente está haciendo esfuerzos por reproducirse en lo que escribo, me hace padecer; pues yo aborrezco el espíritu satírico considerándolo como el mas mezquino, fácil y trivial; bien entendido que no por eso trató de criticar el espíritu que preside en la comedia sublime. Digo, pues, que Mr. de Saint-Martin en último resultado era un hombre de mucho mérito, y de un carácter noble é independiente. Sus ideas cuando eran

inteligibles, eran también elevadas y de una naturaleza superior. ¿No deberé sacrificar lo que he dicho en las páginas anteriores en obsequio de la generosa y muy lisonjera declaración del autor del *Retrato de Mr. de Saint-Martin ejecutado por el mismo?* No vacilaría un momento en borrar enteramente dichas páginas á lo que he dicho en ellas pudiera causar el menor perjuicio á la grave memoria de Mr. de Saint-Martin, ó al aprecio que la acompañará constantemente. Veo por lo demás con singular placer que mis recuerdos no me habían engañado. Mr. de Saint-Martin no se sintió afectado de las mismas sensaciones que yo en la comida de que he hablado; mas por lo que el mismo dice acerca de aquel suceso puede verse en conocimiento de que yo no he inventado aquella escena y que la descripción que de ella hacemos es parecida en cuanto al fondo.

«En 27 enero de 1803, dice Mr. de Saint-Martin, «tuve una entrevista con Mr. de Chateaubriand en una comida dispuesta para el efecto, en casa de Mr. Neveu en la escuela politecnica. Mucho habria yo ganado en haberle conocido antes: Es aquel caballero el único literato de afables maneras que he reconocido, por lo menos así me lo dió á entender en el breve momento que gocé de su conversacion; pues á poco rato de estar juntos vino una visita que le hizo guardar silencio. No sé cuando se me proporcionará ocasión de poder volverle á hablar, pues el rey de este mundo tiene buen cuidado de poner trabas á las ruedas de mi carretilla. Pero ¿de quien necesito yo no siendo de Dios?»

Vale Mr. de Saint-Martin mil veces mas que yo: la dignidad de esa última frase desvanece con la gravedad de su naturaleza el tono de mi inofensiva burla. También conocí en la quinta del *Marais* á Mr. de Saint-Lambert y Mad. de Houdetot representando el uno y la otra las opiniones y libertades de otros tiempos, conservadas con el mayor esmero: eran imagen del siglo XVIII casado á su modo. Basta tener firmeza en la vida para llegar á ver las ilegitimidades convertidas en legitimidades. Siéntese alto aprecio hacia la inmoralidad porque no ha dejado de existir y porque el tiempo la ha condecorado con sus arrugas. Dos virtuosos esposos, que no son esposos y que permanecen unidos por respetos humanos, es indudable que sufren algunas molestias por su venerable estado; fastidianse y se detestan cordialmente con todo el mal humor de la edad: es un efecto de la justicia divina.

Triste de aquel que vive muchos años!

Difícil es comprender algunas páginas del libro de las *Confesiones*, despues de haber visto el objeto de los arrebatos de Rousseau. Mad. de Houdetot conservaba las cartas que J. Jacobo le escribió y que en su concepto eran mas apasionadas que las de la *Nueva Héloisa*? Es de creer que las hubiese sacrificado á Mr. de Saint-Lambert.

Al cabo de ochenta años, aun solia exclamar Mad. de Houdetot

... y el amor me consuela!
Sin él no habrá consuelo para mí.

Ninguna noche se acostaba Mad. de Houdetot sin dar tres golpes en el suelo con su chinela diciendo al ya difunto autor de las *Estaciones*: «Buenas noches, amigo mio.» Eh aquí á lo que en 1803 quedaba reducida la filosofía del siglo XVIII.

La sociedad de Mad. de Houdetot, de Diderot, de Saint-Lambert, de Rousseau, de Grimon y de Mad. d' Epinay me hicieron insuportable el valle de Montmorency, y aunque con relacion á los sucesos me alegro de haber tenido ocasion de ver una reliquia de los tiempos volterianos, me hallo muy distante de echar de menos aquellos tiempos. Ultimamente volví á ver en Sannois la casa en que vivió Mad. de Houdetot, que ya no es mas si así puede decirse que una

concha vacía, reducida únicamente á sus cuatro paredes. Siempre inspira interés un hogar abandonado (pero que pueden decir unos hogares donde la imaginacion no recuerda haber visto sentada la hermosura, ni la madre de familia, ni la religion; y cuyas cenizas sino estuvieran dispersas, solo reproducirian la memoria de tiempos en que nada mas se hizo que destruir?)

Paris 1838.

VIAJE AL MEDIODIA DE LA FRANCIA (1802).

Una reimpresion furtiva de *El Genio del cristianismo*, hecha en Aviñon, me condujo en el mes de octubre de 1802 al Mediodia de la Francia. No conocia yo mas que mi pobre Bretaña y la provincia del Norte, que atravesé al dejar mi país. Iba á ver el cielo de Florencia, ese cielo que debia proporcionarme un reflejo de Italia y de Grecia, hacia donde mi instinto y la inspiracion me arrastraban. Hallábame en una feliz disposicion; mi reputacion me hacia mi vida dichosa; hay una multitud de sueños en el primer estasis de la fama, y los ojos se llenan con placer con la luz que se levanta; pero que se estinga esta luz, y os dejará en la mas sombría oscuridad; si persiste, la costumbre de verla os hará insensible á su resplandor.

Lyon me causó un placer indecible. Volví á encontrar esas obras de los romanos que no habia visto desde el día en que leia en el anfiteatro de Tréveris algunas páginas de *La Atala* sacadas de mi mochila. Sobre el Savin pasaban de un lado á otro barcos entoldados cada uno con su luz: conducianlos mujeres; una barquera de diez y ocho años, que me tomó á bordo, arreglaba á cada golpe de remo unas flores atadas á su sombrero. Por la mañana me despertaron las campanas. Los conventos de los alrededores parecian haber recobrado sus solitarios. El hijo de Mr. Ballange, propietario despues de Mr. Miguere de *El Genio del cristianismo*, era mi huésped: despues fue mi amigo. ¿Quién no conoce hoy al filósofo cristiano cuyos escritos brillan con esa dulce claridad, sobre la que se deleita uno en fijar sus miradas como sobre el rayo de luz de un astro querido?

El 27 de octubre el barco que me conducia á Aviñon se vió obligado á detenerse á causa de una tempestad. Crefame en el centro de la América; el Ródano me representaba mis caudalosos rios salvajes. Estaba alojado en una pequeña posada, á la misma orilla del agua: un concripto se hallaba de pié en un rincón de la cocina; llevaba un saco á la espalda, é iba á reunirse al ejército de Italia. Yo escribia sobre el fuelle de la chimenea teniendo delante de mí á la posadera sentada y silenciosa, la que por consideracion al viajero amenazaba al perro y al gato para que no hiciesen ruido.

Ocupábame de un artículo que habia hecho bajando el Ródano, y relativo á la *Legislacion primitiva* de Mr. de Bonald; preveia yo entonces lo que sucedió despues:—«La literatura francesa, decia yo, va á cambiar de aspecto; con la revolucion van á nacer otros pensamientos, otro modo de mirar las cosas y los hombres. Fácil es de prever que los escritores se dividirán. Unos se esforzarán por salir de las antiguas sendas; otros procurarán seguir los modelos antiguos, pero presentándolos bajo un nuevo aspecto. Es bastante probable que estos últimos concluyan por alcanzar la victoria sobre sus adversarios, porque apoyándose en las grandes tradiciones y en los grandes hombres, tendrán guias mas seguros y documentos mas fecundos.»

Las líneas que terminan mi critica son de la historia; mi espíritu marchaba desde entonces con mi siglo:—«El autor de este artículo, proseguia, no puede negar á una imagen que le presenta la posicion

en que se halla. En el momento en que escribe estas líneas, se ve arrastrado por la corriente de uno de los mayores rios de Francia. Sobre dos montañas opuestas se elevan dos ruinosas torres; en lo alto de estas se ven suspendidas unas pequeñas campanas que los campesinos repican á nuestro tránsito. Este rio, estas montañas, estos sonidos, estos monumentos góticos entretienen un momento los ojos del espectador, pero nadie se detiene para llegarse adonde le invita la campana. Así, los hombres que hoy día predicán la moral y la religion, dan inútilmente la señal desde lo alto de sus ruinas á los que el torrente del siglo arrastra; el viajero se asombra de la grandeza de las ruinas, de la suavidad de los sonidos que de ellas emanán, de la magestad de los recuerdos que se elevan de ellas, pero no interrumpe su camino, y á la primera revuelta del rio lo olvida todo.»

Habiendo llegado á Aviñon la vispera de Todos-Santos un niño que llevaba libros, me presentó algunos, y le compré tres ediciones distintas y falsificadas de una pequeña novela titulada *Atala*. Andando de librería en librería encontré al raptor, para quien yo era desconocido. Me vendió los cuatro tomos de *El Genio del cristianismo*, al precio razonable de nueve francos el ejemplar, y me hizo un gran elogio de la obra del autor. Habitaba una hermosa casa con patio y jardin. Cref haber hallado el pájaro en el nido: al cabo de veinte y cuatro horas me cansé de perseguir la fortuna, y me arreglé con el falsificador por casi nada.

Visité á Mad. de Jauson, mujer de pequeña estatura, delgada, blanca, activa, la cual habitaba en su quinta, y al mismo tiempo luchaba con el Ródano, se batía á escopetazos con los habitantes de la ribera, y se defendia contra los años.

Aviñon me hizo pensar en mi compatriota. Du Guesclin valia tanto como Bonaparte, pues salvó la Francia de las garras de la conquista. Habiendo llegado cerca de la ciudad de los pontífices con los aventurereros que desde España venian en pos de su gloria militar; dijo al comisionado que el papa envió para que saliera á su encuentro: «No me lo ocultes hermano: ¿ese diñero que me ofreces, ha salido del tesoro del pontífice?»—Habiéndole contestado que no, y que procedia de un reparto hecho entre los vecinos de la ciudad, replicó el buen Beltran: «pues amigo, os aseguro que me conformo en no tener un cuarto en toda mi vida, pero quiero que esas monedas se devuelvan á los que las han dado, y advertid al papa que tenga buen cuidado de mandarlo hacer así; pues «si yo llegara á saber que no se habia hecho, tendria un gran sentimiento y aunque estuviera al otro lado del mar trataria de volver cuanto antes por acá.» De manera que Beltran Du Guesclin fue pagado con dinero del papa, sus soldados aventurereros fueron absueltos, y la absolucion plenamente confirmada.

Antiguamente los viajeros trasalpinos empezaban por Aviñon, que era la puerta de Italia. Dicen los geógrafos: «El Ródano pertenece al rey; pero la ciudad de Aviñon está regada por un ramal del Sorgue, que pertenece al papa.» ¿Se halla el papa muy seguro de conservar por largo tiempo la propiedad del Tiber? En Aviñon se acostumbraba visitar el convento de los Celestinos. El buen rey Renato, que disminuia los impuestos cuando soplabá el viento ultramontano, pintó en un salon del convento de los Celestinos un esqueleto: era el de cierta mujer, de singular hermosura, á quien habia amado.

En el templo de los Franciscanos se hallaba el sepulcro de *Madona Laura*: Francisco I mandó abrirlo, y saludó aquellas cenizas inmortalizadas. El vencedor de Marignan dejó sobre la nueva tumba que mandó construir el siguiente epitafio:

«En un pequeño espacio podeis ver encerrado lo que por su fama ocupó tanto.»

«¡Oh, alma sublime! ¡A ti, que tan apreciada fuiste, ninguna alabanza te se puede tributar sino el silencio, porque las palabras son siempre estériles cuando el objeto sobrepuja á cuanto se puede decir...»

Por mas que se diga, *el padre de las letras*; el amigo de Benvenuto Cellini, de Leonardo de Vinci, del Primático; el rey á quien debemos la Diana, la hermana del Apolo de Belvedere, y la sacra familia de Rafael; el cantor de Laura; el admirador del Petrarca, ha recibido de las bellas artes agradecidas una vida que no tendrá fin.

Iba yo á Vauluse á coger, junto á la fuente, los brazos perfumados y la primera aceituna que producía un jóven olivo:

Chiara fontana in quel medesimo bosco
Sorgea d'un sasso; ed acque fresche el dolce
Spargea soavemente mormorando:
Al bel seggio riposto, ombroso é fosco
Ne pastori appressavan, ne bifolci;
Ma ninfe et muse a quel tenor cantando.

«Esa clara fuente en ese mismo bosquecillo sale de una roca; ella esparce frescas y dulces sus aguas, que suavemente murmuran. A ese hermoso lecho de reposo ni los pastores ni los ganados acuden; pero la Ninfa y la Musa van á él cantando.»

Petrarca ha contado cómo encontró aquel valle: «Buscaba yo, dice, un sitio oculto adonde poder retirarme como á un puerto, cuando encontré un pequeño valle cerrado, Vauluse, muy solitario, de donde toma origen el Sorgue; sitio rey de todos los sitios, donde me establecí. Allí fue donde compuse mis poesias en idioma vulgar; versos en que he descrito las penas de mi juventud.»

También desde Vauluse oia él, como se podia oír cuando yo pasé, el ruido de las armas que arrojaba la Italia:

¡Italia mia...

O diluvio raccolto
Di che deserti strani
Per inondar i nostri dolci campi!

Non e questo il terren ch'io toccai pria?
Non e questo il mio nido
Ove nutrito fui sì dolcemente?
Non e questo la patria in ch'io mi fido
Madre benigna e pia
Chi coprè l'uno et l'altro mio parente?

«¡Italia mia!... ¡Oh diluvio reunido de los desiertos extranjeros para inundar nuestros deliciosos campos!... ¿No está allí el suelo que yo pisé primero? ¿No está allí el nido en que tan deliciosamente fui cobijado? ¿No es la patria de quien yo me confío, madre benigna y piadosa, la que guarda á todos mis parientes?»

Mas tarde el amante de Laura invita á Urbano V á transportarse á Roma: «¿Qué responderéis á San Pedro, exclama, cuando os digan: ¿qué hay en Roma? ¿En qué estado está mi templo, mi tumba, mi pueblo? ¿Nada respondeis? ¿De dónde venis? ¿Habeis habitado las orillas del Ródano? Allí nacisteis, decís; y yo ¿no habia nacido en Galilea?»

¡Siglo fecundo, jóven, sensible, que llena de admiracion; siglo que obedecia á la lira de un gran poeta, como á la ley de un legislador! A Petrarca es á quien debemos la vuelta del soberano pontífice al Vaticano: su voz fue la que hizo nacer á Rafael y salir de la tierra la cúpula de Miguel Angel.

De vuelta á Aviñon, busqué el palacio de los papas, y me señalaron el depósito de nieve; la revolucion se fijaba con preferencia en los lugares célebres; los recuerdos de lo pasado se han visto obligados á mudar de forma y á reverdecir sobre osamentas ¡Ay!

los gemidos de las víctimas mueren pronto tras ellas; apenas llegan á un eco que les hace sobrevivir un momento, cuando la voz que le conmueve se estingue. Pero mientras que el grito del dolor espiraba á orillas del Ródano, oíanse á lo lejos los sonidos del laúd de Petrarca; una *canzone* solitaria, escapada de la tumba, continuaba armonizando á Vauluse con una melancolía inmortal, y otras veces con amorosas quejas.

Alain Chartier había venido de Beyeux para hacerse enterrar en Aviñon en la iglesia de San Antonio. Había escrito la *Belle dame sans mercy*, y el beso de Margarita de Escocia le hizo vivir.

Desde Aviñon partí á Marsella. ¿Qué le queda que desear á una ciudad á quien Ciceron dirige estas palabras, cuyo giro oratorio ha sido imitado por Bossuet? «No te olvidaré nunca, Marsella, cuya virtud es de un grado tan eminente, que la mayor parte de las naciones deben ceder ante ti, y que la Grecia misma no te se puede comparar.» (Pro L. Flacco.) Tácito, en la *Vida de Agricola*, alaba también á Marsella, que unía la cortesía griega á la economía de las provincias latinas. Hija de Hellenio, maestra de la Gaula, celebrada por Ciceron, tomada por César, ¿no es esto reunir bastante gloria? Me apresuré á subir á *Nuestra Señora de la Guardia* para admirar el mar que bordean con sus ruinas las costas risueñas de todos los países famosos de la antigüedad. La márgen no avanza; es el origen de la mitología, como el Océano, que se eleva dos veces al día, es el abismo al cual ha dicho Jehovah: «No irás mas allá.»

Este mismo año, 1838, he vuelto á subir á esa cima; he vuelto á ver ese mar, que es hoy para mí tan conocido, y á cuyo extremo se elevaron la cruz y la tumba victoriosas. El *mistral* (1) soplabá; entré en el fuerte, edificado por Francisco I, donde no velaba mas que un veterano del ejército de Egipto, pero donde se encerraba un conscripto, destinado á Argel, y perdido bajo las bóvedas oscuras. El silencio reinaba en la capilla restaurada, en tanto que el viento silbaba por fuera. El cautivo de los marineros de la Bretaña, en *Nuestra Señora del Buen Socorro*, me se presentaba á la imaginación: ya sabéis cómo y cuándo os he citado esta súplica de mis primeros días en el Océano:

«Yo pongo, Virgen, mi confianza en tu socorro.»

¿Cuántos acontecimientos fueron menester para que yo llegase á los piés de la *Estrella de los mares*, á la que yo había estado consagrado en mi infancia! Cuando yo contemplaba esos *ex-voto*, esas pinturas de naufragios suspendidas á mi alrededor, creía leer la historia de mis días. Virgilio coloca bajo los pórticos de Cartago al héroe troyano, conmovido á la vista de un cuadro que representaba el incendio de Troya, y el genio del cantor de Hamlet se ha aprovechado del alma del cantor de Dido.

Al pié de esta roca cubierta en otro tiempo de una selva cantada por Lucano, no he reconocido á Marsella; en sus calles, tiradas á cordel, largas y anchas, no podía yo estraviarme. El puerto estaba cubierto de navíos; apenas habría encontrado en él una *nave* hacia treinta años, conducida por un descendiente de Pytheas, para transportarme á Chipre como Joinville; á despecho del hombre, el tiempo rejuvenece las ciudades. Era mas querida para mí aquella vieja Marsella con los recuerdos de Berenguer, del duque de Anjou, del rey Renato, de Guisa y de Epernon, con los monumentos de Luis XIV y las virtudes de Belzunce; me agradaban las arrugas sobre su frente. Tal vez al deplorar los años que ella había perdido no hacía mas que llorar los que yo había encontrado. Marsella me recibió afablemente, es cierto; pero la

(1) Viento del N. O.

émula de Atenas se ha vuelto demasiado jóven para mí.

Si las memorias de Alfieri se hubieran publicado en 1802, no hubiera yo abandonado á Marsella sin visitar la roca de los baños del poeta: este hombre áspero llegó una vez al encanto de las ilusiones y de la expresión.

«Después de los espectáculos, dice, uno de mis entretenimientos era el de bañarme casi todas las tardes en el mar; había encontrado un sitio deliciosísimo sobre una lengua de tierra que se hallaba á la derecha y fuera del puerto, donde sentándome sobre la arena y con la espalda apoyada contra una roca que impedía que me pudiesen ver desde la tierra, no tenía delante de mí mas que el cielo y la mar. Entre estas dos inmensidades que embellecían los rayos de un sol poniente, pasaba entregado á dulces ilusiones horas deliciosas; y allí me hubiera hecho poeta si hubiera sabido escribir un idioma cualquiera.»

Volví por Languedoc y la Gascuña. En Nimes, los *Arenes* y la *Maison-Carrée* existían aun: en este año de 1838 las he visto en su exhumación. Fui también á buscar á Juan Reboul. Desconfiaba yo de esos obreros poetas, que no son por lo regular ni poetas ni obreros: Mr. Reboul es una excepción. Le hallé en su tahona: me dirigí á él sin saber á quien hablaba, no distinguiéndole de sus compañeros de Ceres. Apuntó mi nombre y me dijo iba á ver si estaba en casa la persona por quien yo preguntaba. Volví al momento y se dió á conocer: me condujo á su almacén, anduvimos por un laberinto de sacos de harina, y gateamos por una especie de escalera hasta un estrecho recinto, como si fuera á la cámara alta de un molino de viento. Allí nos sentamos y hablamos un rato. Hallábase dichoso como en mi granero de Londres, y mas que en el sillón ministerial de París. Mr. Reboul sacó un manuscrito de una cómoda, y me leyó unos versos llenos de energía, de un poema sobre el *Ultimo día*. Le felicité por su amor á la religión y por su talento. Me acordaba en aquel momento de sus hermosas estrofas *A un desterrado*:

«Hay una cosa grande que se encierra en el mundo; es preciso ¡oh, jóven rey! que tu alma corresponda á ella. ¡Oh! ¡No en vano, calmando nuestro duelo, el cielo hizo revelar tu vida por medio de un moribundo; no en vano algun tiempo después la nación, seguida por sus hijos, te elevó á los ojos del universo, en sus brazos, sobre el borde de un ataúd!»

Me fue preciso por fin separarme de mi huésped, no sin desear al poeta los jardines de Horacio. Hubiera preferido que se inspirase á orillas de la cascada de Tibur, que verle recoger el trigo desmenuzado por la rueda bajo esta cascada. Verdad es que Sófocles era tal vez un herrero en Atenas, y que Plauto en Roma anunciaba á Reboul en Nimes.

Entre Nimes y Montpellier dejé á mi izquierda la ciudad de Aguas Mortas que visité en 1838. Todavía conserva todo el recinto de sus murallas y se parece á un buque de alto bordo encallado sobre la arena donde le dejó San Luis, el tiempo y el mar. El santo rey concedió á esta población sus fueros y estatutos. En uno de ellos se dice que el rey quiere: que su cárcel no sea para exterminar á los presos sino solo para tenerlos en seguridad; que en ninguna información se usen palabras injuriosas; que el adúltero no sea judicialmente perseguido sino en ciertos casos, y que el forzador de una virgen *volente vel nolente*, no pierda ni la vida, ni ninguno de sus miembros, *sed alio modo puniatur*.

En Montpellier volví á ver la mar, á quien de buenza gana hubiera escrito lo que el rey cristianismo á la confederación suiza, *mi fiel aliada y mi grande amiga*. Escaligero hubiera deseado hacer de Montpellier *el nido de su vejez*. Ha recibido su nombre de dos virgenes santas, *Mons puellarum*: de aquí la belleza de

sus mujeres. Montpellier, cayendo ante el cardenal de Richelieu, vió morir la constitución aristocrática de la Francia.

Durante el camino de Montpellier á Narbona, tuve un momento en que volví á mi natural, un ataque de ilusiones. Hubiera olvidado este ataque si no le hubiese consignado en un pequeño diario el día de mi crisis, la única nota que he encontrado de aquel tiempo para ayudar mi memoria. Por esta vez fue un terreno árido, cubierto de digitales, lo que me hizo olvidar el resto del mundo; mi vista se deslizaba en aquel mar de tallos purpúreos, y solo era detenida á lo lejos por la azulada cordillera de Cantal. En la naturaleza, exceptuando el cielo, el Océano y el sol, no son por lo regular las grandes cosas las que me ilusionan mas: estas me producen únicamente una sensación de grandeza que pone mi pequeñez abismada y no consolada á los piés de Dios. Pero una flor cogida al acaso, una corriente de agua que se desliza por entre juncos, un pájaro que va volando y que se detiene delante de mí, me llevan insensiblemente á toda clase de ilusiones. No vale mas enternecerse sin saber por qué, que buscar en la vida sensaciones embotadas y entibiadas por su repetición y por su número? Hoy todo se ha gastado, sin exceptuar el dolor.

En Narbona vió el canal de los Dos-Mares. Corneille, preconizando esta obra, acumula su grandeza á la de Luis XIV:

«El Garona y el Tarn, en sus grutas profundas, suspiran há muchos años por reunir sus aguas, haciendo correr por sus inclinadas corrientes los tesoros de la aurora á las riberas del Poniente. Pero la naturaleza, sujeta á leyes eternas, ha opuesto á sus benéficos deseos como obstáculos invencibles una cadena de montes y rocas. Francia, tu rey habla, y las rocas desaparecen; la tierra abre su seno y los montes se humillan. Todo cede, etc.»

En Tolosa contemplé desde el puente del Garona la estensa línea de los Pirineos; debía atravesarla cuatro años después: los horizontes se suceden lo mismo que nuestros días.

Me propusieron si quería ver el cuerpo momificado de la bella Paula, que se conserva en una bóveda: ¡felices los que creen sin ver! Montmorency había sido decapitado en el patio de la casa de ayuntamiento: esta cabeza cortada era demasiado importante, puesto que aun se habla de ella después que tantas otras han sido cortadas posteriormente. No sé si en la historia de los procesos criminales existe un testimonio que haya hecho conocer mejor la identidad de un hombre: «El fuego y el humo de que estaba cubierto, dice Guitaut, me impidieron reconocerle al pronto; pero viéndolo á un hombre que después de haber roto seis de nuestras filas destrozaba aun los soldados de la séptima, juzgué que no podía ser otro que Montmorency, y me aseguré de ello cuando le vi tendido sobre su caballo muerto.»

La iglesia abandonada de Saint-Servin me admiró por su arquitectura. Este templo es un monumento de la historia de los Albigenses, que hace resucitar el poema, tan bien traducido por Mr. Fauriel:

«El valiente jóven Condé, la luz y el heredero de su padre, la cruz y el acero, entran juntos por una de las puertas. No quedó dentro de las casas una sola jóven. Los habitantes de la ciudad, grandes y pequeños, miraban todos al conde como á una flor del rosal.»

De la época de Simon de Monfort data la pérdida de la lengua de Oc: «Simon, viéndose señor de tantas tierras, las repartió entre los caballeros, franceses y estraños, *atque loci leges dedimus*,» dicen los ocho obispos y arzobispos signatarios.

Hubiera deseado haber tenido tiempo para tomar noticias en Tolosa de una de las personas que mas he admirado; de Cujas, escritor tendido á pierna suelta

y rodeado de sus libros. No sé si se ha conservado el recuerdo de Susana, su hija, casada dos veces. La constancia no era seguramente su prenda mas apreciada, y hacia de ella muy poco caso; y ello es que alimentó á uno de sus maridos con las infidelidades de que murió el otro. Cujas fue protegido por la hija de Francisco I, Pibrac por la hija de Enrique II, dos Margaritas de la sangre de los Valois, favoritas de las musas. Pibrac es célebre por sus cuartetos, traducidas en persa. (Hallábame yo tal vez alojado en la casa del presidente, su padre.) «Este buen Mr. de Pibrac, dice Montaigne, tenía un talento tan agudo, sus ideas eran tan sanas, sus costumbres tan pacíficas, su alma estaba en tal desproporción con nuestra corrupción y nuestros disturbios!» Y Pibrac hizo la apología de la Saint-Barthelemy!

Corría sin poderme detener; la suerte me remitía á 1838 para admirar en detalles la ciudad de Raimundo de Saint-Gilles, y para hablar de los nuevos conocimientos que he hecho; Mr. de Lavergne, hombre de talento, de genio y de raciocinio; Mlle. Honorina Gasc, la Malibran futura. Esta, en mi nueva calidad de servidor de Isaura, me recordaba los versos que Chapelle y Bachaumont escribían en la isla de Ambijoux, cerca de Tolosa:

«¡Oh, cuán feliz sería el que en este delicioso sitio, amado constantemente de Silva, pudiese, siempre enamorado, pasar su vida con ella!»

¡Ojalá que Mlle. Honorina pueda siempre estar en guardia contra su bella voz! Los talentos son el oro de Tolosa; siempre atraen la desgracia.

Burdeos hallábase apenas desembarazado de sus cadalsos y de sus cobardes girondinos. Todas las ciudades que veía parecían mujeres herrerosas convalecientes de una violenta enfermedad y que empezaban á respirar. En Burdeos había Luis XIV en otro tiempo hecho derribar el palacio de las *Tutelles* con el objeto de edificar el Chateau Trompette; Spon y los amigos de la antigüedad tuvieron un sentimiento:

«¿Por qué se han de demoler esas columnas de los dioses, obra de los Césares, monumento tutelar?»

Apenas se veían algunos restos de las *Arenes*. Si se consagrara un sentimiento á cada cosa que perece, sería preciso sentir mas de lo que se puede.

Me embarqué para Blaye. Vi el castillo, entonces ignorado, al cual en 1833 dirigi estas palabras:— «¡Cautivo de Blaye! ¡Yo siento no poder hacer nada en vuestros destinos presentes!» Me dirigí á Rochefort, y fui á Nantes por la Vandée.

Este país mostraba como un antiguo guerrero las cicatrices de su valor. Huesos ennegrecidos por el tiempo y ruinas ennegrecidas por las llamas se presentaban á la vista admirada. Cuando los vandeanos se hallaban próximos á atacar al enemigo, se arrodillaban y recibían la bendición de un sacerdote: la oración pronunciada sobre las armas no era reputada como una debilidad, porque el vandeano que elevaba su espada hacía el cielo pedia la victoria y no la vida.

La diligencia en que iba hallábase atestada de viajeros que contaban las violencias y los asesinatos con que habían glorificado su vida en la guerra vandeana. El corazón me latía con violencia, cuando habiendo atravesado el Loira, en Nantes, entré en Bretaña. Pasé á lo largo de aquellas paredes del colegio de Rennes, que vieron los últimos años de mi infancia. No pude permanecer mas que veinte y cuatro horas al lado de mi esposa y de mis hermanas, y volví á París.

Paris 1858.

AÑOS DE MI VIDA 1802 Y 1803.—MR. DE LAHARPE.—

SU MUERTE.

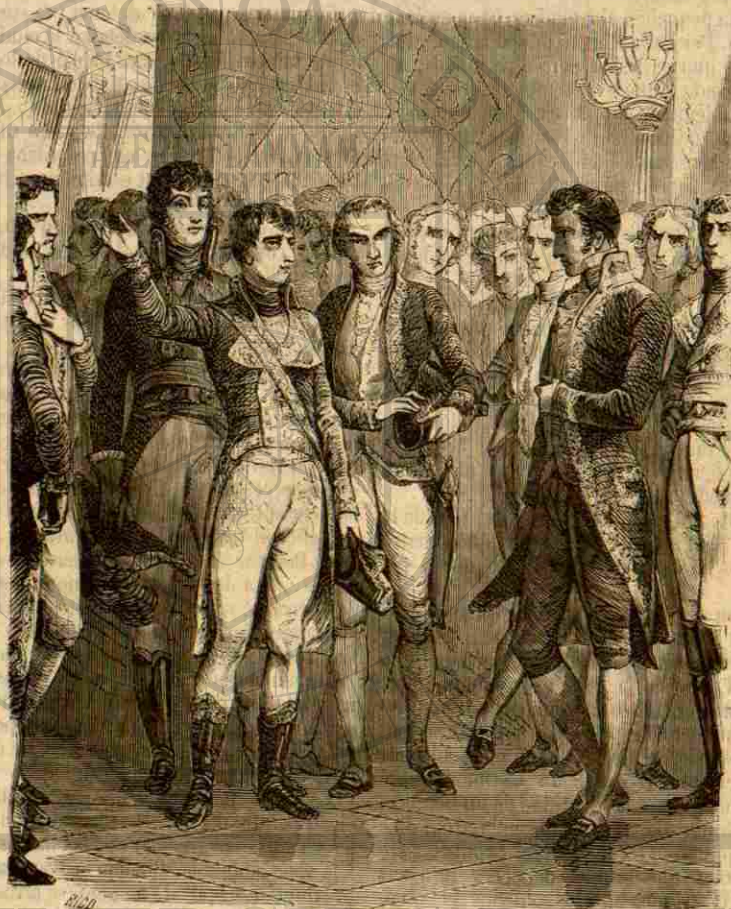
Llegué á tiempo para ver morir á un hombre que

pertenecía á esos nombres superiores del segundo orden en el siglo XVIII, y que, formando una vanguardia sólida en la sociedad, daban á esta estension y consistencia.

Habia conocido yo á Mr. de Laharpe en 1789; como Flins, habíase apasionado en extremo de mi hermana, la condesa de Tarcy. Iba á verme con tres abultados volúmenes de sus obras bajo sus pequeños brazos, asombrado de que su gloria no triunfase de los mas rebeldes corazones... Hablando alto, con la fisonomía animada, se desataba contra los abusos, mandando hacerse una tortilla en casa de los ministros, cuya

mesa solo le agradaba comiendo con los dedos, metiendo en los platos sus mangas, diciendo groserías filosóficas á los mas altos funcionarios, que se reían de sus insolencias; pero en resumen, era un talento imparcial, claro, justo, aun en medio de sus pasiones, capaz de apreciar el talento, de admirarlo, de llorar con hermosos versos ó por una buena accion, y teniendo uno de esos caracteres propios para arrepentirse. Su fin no desdijo de su vida: le vi morir con un valor cristiano, no habiendo conservado orgullo sino con la impiedad ni odio sino al lenguaje revolucionario.

A mi vuelta de la emigracion, la religion habia he-



ENTREVISTA DE CHATEAUBRIAND Y EL PRIMER CONSUL.

cho de Mr. de Laharpe un admirador de mis obras: la enfermedad de que se hallaba atacado no le impedía trabajar; recitábame trozos de un poema que estaba componiendo sobre la revolucion: notábanse en él algunos versos enérgicos contra los crímenes de la época y contra las honradas gentes que los habían tolerado.

«Si ellos se han atrevido á todo, es porque todo se lo habeis permitido. ¡Cuanto mas vil es el opresor, mas infame es el esclavo!»

Olvidando que se hallaba enfermo, con un gorro blanco en la cabeza y una bata entretelada, declamaba con toda la fuerza de sus pulmones; despues, dejando caer de las manos el papel, decia con una voz que

apenas se le entendía: — «No puedo mas; siento que se me arrancan las entrañas.» Y si desgraciadamente entraba ó pasaba por su lado alguna criada, volvía á tomar en el momento su voz de estentor, gritando: — ¡Marchaos! ¡Marchaos! ¡Cerrad la puerta!» Diciéndole yo un día: — «Vivireis para servir á la religion» me contestó: — «¡Ah, seguramente que sí! Yo sería muy bueno para Dios; pero no quiere que así sea, y moriré uno de estos días.» Y volviendo á caer sobre su sillón, y metiéndose el gorro hasta las orejas, espíaba su orgullo con su resignacion y su humildad.

En una comida en casa de Mignaret le habia oido hablar de sí mismo con la mayor modestia, diciendo que nada habia hecho que fuese de gran valor, pero

que creia que el arte y la lengua no habian degenerado entre sus manos.

Mr. de Laharpe dejó este mundo el 14 de febrero de 1803; el autor de *Las Estaciones* moria casi al mismo tiempo en medio de todos los consuelos de la filosofia como Mr. de Laharpe entre los de la religion; el uno visitado por los hombres, y el otro por Dios.

Mr. de Laharpe fue enterrado el 12 de febrero de 1803 en el cementerio de la barrera de Vaugirard. Colocado el ataúd al borde de la fosa, sobre el pequeño monton de tierra que le debia cubrir, Mr. de

Fontanes pronunció un discurso. La escena era lúgubre: torbellinos de nieve caían del cielo y blanqueaban el paño fúnebre que el viento levantaba para dar paso á las últimas palabras de la amistad hasta los oídos de la muerte. El cementerio ha sido destruído, y Mr. de Laharpe exhumado; apenas se veian algunas pocas de sus pacíficas cenizas. Casado durante el directorio, Mr. de Laharpe no habia sido muy dichoso con su linda esposa. Le tomó esta horror desde el momento que le vió, y no le concedió jamás ninguno de los derechos adquiridos.



PIO VII RECIBIENDO AL AUTOR DEL GENIO DEL CRISTIANISMO.

Por lo demás, Mr. de Laharpe habia, como todo lo demás, disminuído al lado de la revolucion, que se engrandecía cada vez mas: las reputaciones procuraban retirarse ante el representante de esta revolucion asi como los peligros perdian ante él su poder.

Paris 1858.

AÑOS DE MI VIDA 1802 Y 1803.—ENTREVISTA CON BONAPARTE.

En tanto que nos hallábamnos ocupados de vivir y morir en el olvido; la marcha gigantesca del mundo se perpetraba; el hombre del tiempo ocupaba su alto

puesto en la raza humana. En medio de los grandes trastornos precursores de la descomposicion universal, habia yo desembarcado en Calais, para concurrir á la accion general en la parte asignada á cada soldado. El primer año del siglo llegué al campo en que Bonaparte batía en retirada á los destinos, y pronto fue nombrado primer cónsul perpétuo.

Despues de la adopcion del concordato por el cuerpo legislativo en 1802, Luciano, ministro de lo interior, dió una fiesta en honor de su hermano á la que fui invitado, por haber reunido las fuerzas cristianas y llevádolas á la pelea. Hallábame en la galería cuando entró Napoleon: me sorprendió agradablemente; nunca le habia visto sino de lejos: su sonrisa era af-

ble; sus ojos inmejorables, sobre todo por el modo con que se hallaban colocados bajo su frente y bajo sus cejas. No había aun en su mirada ninguna charlatanería, nada de teatral ni afectado. *El Genio del cristianismo*, que metía mucho ruido por entonces, había obrado sobre Napoleón. Una imaginación prodigiosa animaba á aquel político tan glacial: no hubiera llegado á ser lo que era, si la musa no hubiese tomado parte; la razón ponía en práctica las ideas del poeta. Todos estos hombres grandes son siempre un compuesto de dos naturalezas, porque es menester que sean capaces de inspiración y de acción: la una engendra la idea; la otra la lleva á cabo.

Bonaparte me vió y me reconoció, no sé en qué. Cuando se dirigió hacia mí no se podía conocer á quien buscaba: abríanse sucesivamente las filas de concurrentes; cada uno de por sí esperaba que el cónsul se detuviera ante él; parecía que Bonaparte experimentaba una cierta impaciencia conociendo estas equivocaciones. Me coloqué detrás de todos; pero Bonaparte alzó la voz, y me dijo: «Mr. de Chateaubriand!» Quedéme entonces solo y delante de los demás, porque la concurrencia se retiró, y se colocó formando círculo alrededor de los interlocutores. Bonaparte se acercó á mí con agrado, ahorrando cumplidos, ociosas preguntas, y sin preámbulo alguno me habló del Egipto y de los árabes, como si fuese su íntimo amigo, y como si no hiciese otra cosa que seguir una conversación empezada de antemano entre nosotros. «Me sorprendía, dijo, siempre que veía á los Cheiks volverse hacia el Oriente y tocar la arena con su frente. ¿Qué sería esa cosa desconocida que adoraban en el Oriente?»

Bonaparte se paró un momento, y pasando sin transición á otra idea: «¿El cristianismo! ¿Los ideólogos no han querido hacer de él un sistema de astronomía? Aun cuando fuera así, ¿podrían acaso persuadirme de que el cristianismo es mezquino? Si el cristianismo es una alegoría del movimiento de las esferas, la geometría de los astros, los espíritus fuertes han concedido á su pesar demasiada grandeza al infame.»

Bonaparte se retiró al momento. Como á Job durante la noche se presentó un espíritu delante de mí; las carnes se me erizaron; allí estuvo; no conozco su semblante, y he oído su voz como un ligero soplo.»

Mi vida no ha sido otra cosa que una sucesión de fantasmas; el infierno y el cielo se han abierto continuamente bajo mis pies ó sobre mi cabeza, sin que haya tenido tiempo para sondear sus tinieblas ó sus resplandores. Una sola vez he encontrado al hombre del siglo pasado y al hombre del nuevo siglo sobre las riberas de ambos mundos; Washington y Napoleón. Hable un breve rato con uno y con otro; ambos me enviaron á la soledad: el primero por medio de una benévola despedida, el segundo por un crimen.

Noté yo que al cruzar por entre la concurrencia Bonaparte fijaba sobre mí miradas mas profundas que las que me había dirigido al hablarme. Seguía yo también con los ojos:

«Che é quel grande; che non par che curi l'incendio?»

«¿Quién es el grande que no se cuida del incendio?» (Dante.)

Paris 1857.

AÑO DE MI VIDA 1803.—SOY NOMBRADO PRIMER SECRETARIO DE EMBAJADA EN ROMA.

De resultas de esta entrevista, Bonaparte pensó en mí para enviarme á Roma; había conocido al primer golpe de vista cómo y en dónde podía serle útil. Importábase poco que no me hubiese anteriormente ocu-

pado en los negocios, y que ignorase hasta la primera palabra de la diplomacia práctica, creía que ciertos talentos saben siempre y que no necesitan aprendizaje. Era un gran conocedor de los hombres, pero quería que no tuviesen talento mas que para él, y con la condición de que se hablase poco de este talento; celoso de toda reputación, la miraba como una usurpación de la suya: no debía haber en el universo nadie mas que Napoleón.

Fontanes y Mad. Bacciochi me hablaron de lo satisfecho que había quedado el cónsul de mi conversación: yo no había desplegado mi boca, y esto quería decir que Bonaparte se hallaba satisfecho de sí mismo. Me instaron á que me aprovechase de mi fortuna. Jamás había pasado por mi imaginación la idea de llegar á ser algo: así es que rehusé. Entonces interpusieron una autoridad á la que me era difícil resistir.

El abate Emery, director del seminario de San Sulpicio, vino á conjurarme, á nombre del clero, que aceptase por el bien de la religión la plaza de primer secretario de la embajada que Bonaparte destinaba á su tío, el cardenal Fesch. Hízome notar que no siendo gran cosa la aptitud del cardenal, llegaría á hacerme dueño absoluto de los negocios. Una extraña casualidad me había relacionado con el abate Emery: había pasado, como ya lo sabéis, á los Estados-Unidos, en compañía del abate Nagot y de algunos seminaristas... Este recuerdo de mi oscuridad, de mi juventud, de mi vida de viajero, que se reflejaba en mi vida pública, me ocupaba el espíritu y el corazón. El abate Emery, estimado por Bonaparte, era astuto por su naturaleza, por su traje y por la revolución, pero esta triple astucia no le servía sino en provecho de su verdadero mérito: ambicioso únicamente de hacer bien, no obraba sino para la mayor prosperidad del seminario; circunspecto en sus acciones y en sus palabras, hubiera sido infructuoso el intentar violentarle, porque siempre presentaba fácil acceso en sus giros, en cambio de una voluntad que jamás cedía: su fuerza consistía en esperar sentado sobre su tumba.

No le salió bien la primera tentativa; pero volvió á la carga, y su paciencia me venció. Acepté el empleo que tenía encargo de proponerme, convencido de mi inutilidad para el puesto á que me destinaban: no valgo para nada hallándome en segunda línea. Hubiera tal vez retrocedido aun, si la idea de Mad. de Beaumont no hubiese venido á poner término á mis escrúpulos. La hija de Mr. de Montmorin se hallaba á las puertas de la muerte; el clima de Italia debía serle, según decían, sumamente favorable; yendo yo á Roma se decidiría ella á pasar los Alpes, y me sacrificó con la esperanza de salvarla. Mad. de Chateaubriand se preparaba para ir á reunirse conmigo; Mr. Joubert hablaba de acompañarla, y Mad. de Beaumont partió para Mont-d'Or, con el objeto de completar su curación á orillas del Tiber.

Mr. de Talleyrand ocupaba el ministerio de negocios extranjeros; me expidió el nombramiento, y comí en su casa: quedé siempre fijo en mi imaginación tal como le había ella colocado desde el primer momento. Por lo demás, sus buenos modales hacían un raro contraste con los de los tunantes que le rodeaban; sus truhanerías eran de una grande importancia; á los ojos de aquella desmoralizada turba la corrupción de las costumbres pasaba por genio; la superficialidad del talento, por profundidad. La revolución era demasiado modesta; no apreciaba lo bastante su superioridad; no es gran cosa, á pesar de todo, el hallarse á mayor ó á menor altura que el crimen.

Vi á los eclesiásticos apegados al cardenal; conocí al alegre abate de Bonnevie, limosnero en otro tiempo del ejército de los príncipes, que se había hallado en la retirada de Verdun; había sido también gran vicario del obispo de Chalons, Mr. de Clermon-Tonnerre,

que se embarcó despues que nosotros para reclamar una pensión de la Santa Sede, en calidad de *Chiaromonte*. Terminados todos mis preparativos, me puse en camino; debía hallarme en Roma antes que el tío de Napoleón.

Paris 1858.

AÑO DE MI VIDA 1803.—VIAJE DE PARIS Á LOS ALPES DE SABOYA.

En Lyon vi á mi amigo Mr. Ballanche. Fui testigo de la renaciente festividad del *Corpus*; me creía con derecho á aquellos ramilletes de flores, á aquella alegría del cielo que había respetado en la tierra.

Continué mi camino; hallaba en todas partes una cordial acogida; mi nombre se hallaba mezclado al establecimiento de los altares. El placer mas vivo que he experimentado es el de haber sido honrado en Francia y en el extranjero con las muestras de un interés como el que me profesaban. Sucediame alguna vez, en tanto que descansaba en alguna posada de un pueblo, ver entrar á un padre y á una madre con su hijo; traíame amor hijo, decían, para que me diese gracias. ¿Era amor propio el placer que entonces experimentaba? ¿Qué importaba á mi vanidad el que oscuras y honradas gentes me manifestasen su satisfacción en un camino real, en un sitio en que nadie los oía? Lo que me enternecía, á lo menos así me atrevo á creerlo, era el haber hecho algun bien, haber consolado algunos afligidos y hecho renacer en el fondo de las entrañas de una madre la esperanza de criar un hijo cristiano; esto es, un hijo sumiso, respetuoso y amante de su familia. ¿Hubiera experimentado esta satisfacción pura si hubiese escrito un libro en que se hubieran menoscabado las costumbres y la religión?

Saliendo de Lyon, el camino era muy triste; desde la Tour-du-Pin hasta Pont de Beauvoisin es frondoso y ameno.

En Chambéry, donde el alma caballeresca de Bayardo se presentó tan sublime, una mujer recogió á un pobre hombre, quien por premio de la hospitalidad que había recibido se creyó filosóficamente obligado á deshonrarla. Tal es el peligro de las letras; el deseo de hacer ruido se sobrepone á todos los sentimientos de generosidad; si Rousseau no hubiese llegado á ser un escritor célebre, hubiera ocultado en los valles de Saboya las debilidades de la mujer que le había alimentado; hubiérase sacrificado á los defectos de su amiga; la hubiera consolado en su vejez en lugar de darla una caja de tabaco y huir. ¡Ah; que la voz de la amistad ultrajada no se eleve jamás contra nuestra tumba!

Despues de pasar Chambéry, se presenta la corriente del Isere. Vénse por todas partes y en medio de los valles cruces sobre los caminos y madonas en los troncos de los árboles. Las pequeñas iglesias, rodeadas de arboleda, forman un bello contraste con las elevadas montañas. Cuando los torbellinos del invierno descienden de estas cimas cubiertas de témpanos de hielo, el saboyano se pone á cubierto en su templo campestre, y reza.

Los valles que se recorren bajo Motmelian hallanse bordeados por montes de variadas formas, ya desnudos y ya vestidos de espesas selvas.

Aigebelle parece terminar los Alpes; pero al volver una roca aislada caída en el camino, se dejan ver nuevos valles que siguen el curso del Arche.

Los montes se elevan á los lados del río; sus flancos se van haciendo cada vez mas perpendiculares; sus cimas estériles empiezan á presentarse cubiertas de nieve; precipitáanse desde ellas torrentes que van á engrosar el Arche. En medio de este tumulto de las aguas se nota una pequeña cascada que se desliza con una gracia indecible bajo un toldo de sauces.

Habiendo atravesado por Saint-Jean-de-Maurienne y llegado á Saint-Michel al ponerse el sol, no pude hallar caballos: viéndome precisado á detenerme, salí á dar una vuelta por fuera del pueblo. La atmósfera se presentaba trasparente en la cresta de las montañas; sus picos se dibujaban con una limpieza asombrosa, en tanto que una densa oscuridad, partiendo de sus pies, se elevaba hacia sus cimas. El canto del ruiseñor resonaba al pié; el grito del águila en su cúspide; el almezc florido destacábase en el valle; la blanca nieve sobre la montaña. Un castillo, obra de los cartagineses, según tradición popular, presentábase sobre las obras exteriores cortadas en picos. Allí se había incorporado á la roca el odio de un hombre mas poderoso que todos los obstáculos. La venganza del género humano pesaba sobre un pueblo libre que no podía elevar el edificio de su grandeza sino con la esclavitud y la sangre del resto del mundo.

Partí á la salida del sol, y llegué á las dos á Langsle-Bourg, al pié de Mont-Cenis. Al entrar en el pueblo vi á un paisano que tenía cogido un aguilucho por las patas; una multitud cruel maltrataba al joven rey insultando la debilidad de la edad y la magestad caída; el padre y la madre del noble huérfano habían sido muertos; propusieronme que si quería comprarlo: despues murió de resultas de los malos tratamientos que le habían hecho sufrir antes de mi llegada. Acordeme entonces del desgraciado niño Luis XVII; hoy pienso en Enrique V. ¡Qué rapidez de caída y de desgracia!

En este punto empiezas á subir el Mont-Cenis, y se deja el pequeño río Arche, que conduce al pié de la montaña. Al otro lado de Mont-Cenis el Doira os abre las puertas de Italia. Los rios no solo son *grandes caminos que andan*, como los llama Pascal, sino que trazan ademas el camino á los hombres.

Cuando me vi por la vez primera en la cima de los Alpes, apoderóse de mí una emoción extraña; hallábame como la alondra, que cruzaba al mismo tiempo que yo la helada plataforma, y que despues de haber entonado su canción en la llanura se arrojaba sobre la nieve en vez de bajar sobre las mieses. Las estancias que me inspiraron estas montañas en 1822 pintan bastante bien los sentimientos que me agitaban en los mismos sitios en 1803.

«Alpes, vosotros no habeis experimentado el poder de mis destinos! El tiempo nada puede contra vosotros; vuestras frentes han soportado insensiblemente los años que pesan sobre la mia.»

«Por la vez primera, cuando anhelante de esperanzas atravesaba por vuestras cimas, abríase ante mis ojos un porvenir inmenso como el horizonte.»

¡La Italia se veía á mis pies, y delante de mí el mundo!

¿He penetrado yo verdaderamente en ese mundo? Cristóbal Colon tuvo una aparición, que le presentaba la tierra de sus sueños antes de que la hubiese descubierto. Vasco de Gama encontró en su camino el gigante de las tempestades: ¿cuál de esos dos grandes hombres me ha profetizado mi porvenir? Lo que hubiera yo deseado ante todo habría sido una vida llena de gloria por sus resultados y oscura por su destino. ¿Sabeis cuáles son las primeras cenizas europeas que reposan en América? Son las de Biorn, el escandinavo: murió al llegar á Uniland, y fue enterrado por sus compañeros sobre un promontorio. ¿Quién tiene noticia de esto? ¿Quién conoce á aquel cuya vela se adelantó al navio del piloto genovés en el Nuevo-Mundo? Biorn duerme sobre la punta de un ignorado cabo desde hace mil años, y su nombre no nos ha sido transmitido sino por los cantos de los bardos en un idioma que ya no se habla.

DE MONT-CENIS A ROMA.—MILAN Y ROMA.

Habia empezado mis expediciones en sentido inverso al de los demás viajeros: las antiguas selvas de la América se habían ofrecido á mis ojos antes que las antiguas ciudades de Europa. Casi en medio de ellas, en el momento en que se rejuvenecían y morían á la vez en medio de una revolución nueva. Milan se hallaba ocupado por nuestras tropas; acababan de tomar el castillo, testigo de las guerras de la edad media.

El ejército francés se acampaba, como una colonia militar, en las llanuras de Lombardia. Custodiados de trecho en trecho por sus camaradas colocados de centinela, estos extranjeros de la Galia, cubiertos con la gorra de cuartel, llevando su sable á guisa de hoz, por bajo de su chupa redonda, parecían segadores activos y alegres. Ellos trasladaban las piedras, rodaban los cañones, conducían carretillas, y construían cobertizos y barracas de follaje. Los caballos saltaban, caracoleaban, se echaban de manos como perros que acariciarán á sus amos. Los italianos vendían frutas en el mercado de esta feria armada: unos soldados les regalaban sus pipas y sus eslabones, diciéndoles como los antiguos bárbaros, sus antepasados, á sus mujeres: «Yo, Fotrad, hijo de Eupert, de la raza de los Francos, te doy á tí, Helgine, mi esposa querida, en honor á tu belleza (*in honore pulchritudinis tue*), mi habitación en el barrio de los Pinos.»

Nosotros somos enemigos muy singulares: encuéntranse al pronto un poco insolentes, un tanto demasíadamente alegres, bastante inquietos; pero apenas hemos vuelto la espalda, cuando ya se nos echa de menos. Activo, inteligente, espiritual, el soldado francés interviene en los quehaceres del patron en cuya casa está alojado, saca agua del pozo, como Moisés por las hijas de Madian, conduce los ganados al redil, corta leña, echa lumbre, cuida de la comida, pasea al niño en sus brazos ó le duerme en la cuna. Su buen humor y su actividad dan vida á todo; acostúmbrense á mirarle como de la familia. Pero apenas se deja oír el tambor, cuando corre por sus armas, deja á las hijas de su patron llorando su pérdida, y deja la habitación, en la que no vuelve á pensar hasta que se halla en los Inválidos.

A mi paso por Milan un pueblo inmenso, al despertar, abría por un momento sus ojos. La Italia salía de su letargo, y se acordaba de su genio como de un sueño divino, útil á nuestro país renaciente: llevaba á la mezquindad de nuestra pobreza la grandeza de la naturaleza trasalpina, acostumbrada como estaba esta Ausonia á las obras maestras de las artes y á las altas reminiscencias de una patria famosa. Llegó el Austria, volvió á tender su manto de plomo sobre los italianos, y les obligó á volver á encerrarse en sus tumbas. Roma volvió á ocultarse en sus ruinas, Venecia en su mar. Venecia se doblegó embelleciendo el cielo con su última sonrisa y reclinóse encantadora sobre sus olas como un astro que no debe alzarse ya nunca.

El general Murat mandaba en Milan. Tenia yo para él una carta de Mad. Baccióchi. Pasé el día con sus ayudantes de campo: éstos no se hallaban tan exhaustos como mis camaradas delante de Thionville. La cortesía francesa aparecía bajo las armas, probando que era la misma cortesía del tiempo de Lautrec.

Comí de gran etiqueta el 23 de junio en casa de Mr. de Melei con motivo del bautismo de un hijo del general Murat. Mr. de Melei había conocido á mi hermano; los modales del vice-presidente de la república cisalpina eran escogidísimos; su casa parecía la casa de un príncipe acostumbrado á serlo: me trató política y friamente, y me halló exactamente conforme con él en su modo de pensar.

Llegué á mi destino el día 27 de junio por la tarde, ntevispera de San Pedro; el príncipe de los apóstoles

me esperaba, como mi indigente patron me recibió posteriormente en Jerusalem. Habia seguido el camino de Florencia, de Siena y Radicofaccio. Me apresuré á visitar á Mr. Cacault, á quien sucedía el cardenal Fesch, en tanto que yo reemplazaba á Mr. Artaud.

El día 28 de junio no descansé un momento; eché mi primera ojeada sobre el Coliseo, el Panteon, la columna de Trajano y el castillo de San Angelo. Por la noche Mr. Artaud me llevó á un baile en una casa de los alrededores de la plaza de San Pedro. Veíase la guirnalda de fuego de la cúpula de Miguel Angel entre los torbellinos de vales que se agitaban tras de las ventanas abiertas. Los cohetes del muelle de Adriano se encorvaban hácia San Onofre sobre la tumba del Tasso; el silencio, el abandono y la noche ocupaban el campo romano.

El siguiente día asistí á la funcion de San Pedro. Pio VII, pálido, triste y religioso, era el verdadero pontífice de las tribulaciones. Dos días despues fui presentado á su santidad: me hizo sentar á su lado. Un ejemplar de *El Genio del Cristianismo* se hallaba abierto sobre su mesa. El cardenal Consalvi, astuto y firme, que hacia siempre una oposicion política y suave, era el antiguo político romano resucitado, sin la fe del tiempo antiguo y la tolerancia del actual.

Recorriendo el Vaticano, me detuve á contemplar aquellas escaleras, por las que cómodamente se puede subir á caballo; aquellas galerías ascendentes replegadas unas encima de otras, decoradas de obras maestras, á lo largo de las cuales los papas de otros tiempos pasaban con toda su pompa; aquellos aposentos que han adornado tantos artistas inmortales y admirado tantos hombres ilustres, Petrarca, Tasso, Ariosto, Montaigne, Milton, Montesquieu, y despues reinas y reyes ó poderosos ó destronados; en fin, un pueblo de peregrinos llegado de las cuatro partes del mundo; todo esto, inmóvil y silencioso ahora, teatro cuyo prosenio abandonado, y descubierto ante la soledad, es apenas visitado por un rayo de luz.

Me habian recomendado que me pasease á la luz de la luna: desde lo alto de la Trinidad-del-Monte los lejanos edificios aparecian como los bocetos de un pintor ó como las costas nebulosas vistas desde la mar á bordo de una embarcacion. El astro de la noche, ese globo que se supone un mundo que ha perecido, paseaba sus pálidos desiertos sobre los desiertos de Roma, é iluminaba las calles sin habitantes, las plazas, los jardines desiertos, los monasterios donde no se oía la voz de los cenobitas, los claustros tan silenciosos y tan despoblados como los pórticos del Coliseo.

¿Qué sucedió hace diez y ocho siglos en semejante sitio y á semejante hora? ¿Qué hombres han franqueado aquí las sombras de esos obeliscos, despues que esta sombra hubo cesado de dibujarse sobre las arenas del Egipto? No solo la Italia antigua ha cesado de existir, sino que ha desaparecido tambien la Italia de la edad media. Sin embargo, la raza de esas dos Italias está aun diseñada en la ciudad eterna: si la Roma moderna presenta su San Pedro y sus obras maestras, la Roma antigua le opone su panteon y sus ruinas; si la una hace descender del Capitolio sus consules, la otra saca del Vaticano sus pontífices. El Tiber separa ambas glorias asentadas sobre el mismo polvo; Roma pagana se hunde cada vez mas en sus tumbas, y Roma cristiana vuelve á descender poco á poco á sus catacumbas.

PALACIO DEL CARDENAL FESCH.—MIS OCUPACIONES.

El cardenal Fesch habia alquilado muy cerca del Tiber el palacio Lancelotti; allí conocí despues, en 1827, á la princesa Lancelotti. Diéronme habitación en el piso mas alto; al entrar en ella una infinidad de pulgas saltaron á mis piernas, de manera que volvieron negro mi pantalon blanco. El abate de Bon-

nevie y yo hicimos limpiar nuestra morada lo mejor que se pudo. Me creia trasplantado segunda vez á mi chiribitil de NewRoad: este recuerdo de mi pobreza no me era desagradable. Instalado en aquel gabinete diplomático, empecé á dar pasaportes y á ocuparme de asuntos de tanta importancia como el dicho. Mi letra era un obstáculo para mi talento, y el cardenal Fesch se encogía de hombros al ver mi firma. No teniendo casi nada que hacer en mi aérea habitacion, me entretenía en mirar por cima de los tejados á unas planchadoras de una casa vecina, con quien habia establecido una especie de telégrafo: una futura cantante, ejercitando su voz me perseguía con su eterno solfeo: ¡feliz yo cuando por casualidad pasaba algun entiero para suspender mi fastidio! De lo alto de mi ventana vi cierto dia en el abismo de la calle un cortejo fúnebre de una jóven madre: conducíanla con la cara descubierta entre dos filas de peregrinos vestidos de blanco; su hijo recién nacido, y muerto tambien, iba á sus pies coronado de flores.

Cometí por entonces una gran falta: sin saber lo que me hacia, creí deber ir á ofrecer mis respetos al rey abdicatario de Cerdeña. Este paso causó una horrible alharaca: todos los diplomáticos se pusieron en conmocion.—«Se ha perdido, se ha perdido!» repetían con la piadosa alegría que se experimenta por las desgracias de un hombre, sea quien sea. No hubo saltimbanqui diplomático que no se creyese superior á mí desde lo alto de su ignorancia. Esperaban mi caída aun cuando yo nada significase: no importa; caía alguno, y esto siempre causa alegría. En mi sencillez no me apercebía yo de mi crimen. Los reyes á quienes se creía daba yo una gran importancia no tenían otra á mis ojos que la de la desgracia. Escribieron desde Roma á París mis increíbles desaciertos: ¡afortunadamente escribían á Bonaparte; lo que debia ahogarme me salvó!

Sin embargo, aunque de repente y de un salto habia llegado á ser primer secretario de embajada, á las órdenes de un príncipe de la Iglesia, tío de Napoleón, y por extraño que esto pareciese, yo no era en realidad mas que un expedicionario de una prefectura. En las controversias que se preparaban hubiera podido tener en qué ocuparme, pero no se me iniciaba en ninguno de los misterios diplomáticos. Yo me plegaba sin esfuerzo á los asuntos contenciosos de Chancillería; ¿para qué perder mi tiempo en detalles al alcance de todos los escribientes?

Despues de mis largos paseos y mis visitas al Tiber, no encontraba al volver mas ocupacion que los parsimoniosos enredos del cardenal, las baladronadas del obispo de Chalons, y las increíbles mentiras del futuro obispo de Marruecos. El abate Guillon, aprovechándose de una semejanza de nombres que sonaban al oído del mismo modo que el suyo, pretendía despues de haberse escapado milagrosamente de los asesinatos de los carmelitas, haber dado la absolucion á Mad. de Lamballe en la Force; vanagloriábase de ser el autor del discurso de Robespierre al Ser Supremo. Aposté un día á que le haría decir que habia estado en Rusia; y aunque del todo no convino en ello, confesó modestamente que habia pasado algunos meses en San Petersburgo.

Mr. de la Maisonfort, hombre de talento, pero desconocido entonces, se unió á mí, y bien pronto monsieur Bertin el mayor, propietario del *Diario de los Debates*, me favoreció con su amistad, en circunstancias bien tristes. Desterrado á la isla de Elba, por el hombre que volviendo á su vez de la isla de Elba se trasladó á Gante, Mr. Bertin habia obtenido en 1803 del republicano Mr. Briot, á quien conocí, el permiso de acabar su destierro en Italia. Con él fue con quien visité las ruinas de Roma, y con quien vi morir á Mad. de Beaumont; dos cosas que han unido su vida á la mia. Critico lleno de buen gusto, me dió, lo mis-

mo que su hermano, excelentes consejos sobre mis obras. Hubiera demostrado seguramente grandes dotes oratorias si hubiese sido llamado á la tribuna. Legitimista hacia muchos años, habiendo sufrido las pruebas de la prision en el Temple y de la deportacion á la isla de Elba, sus principios permanecían los mismos en su esencia. Siempre permaneceré fiel al compañero de mis malos tiempos: todas las opiniones políticas de la tierra serian demasiado pagadas con el sacrificio de una hora de amistad sincera: nada mas puede pedirme que el que permanezca invariable en mis opiniones, como permanezco fiel á mis recuerdos.

Hácia mediados de mi estancia en Roma, llegó allí la princesa Borghese; estaba yo encargado de proporcionarla zapatos de París. Fui presentado á ella, y concluyó su tocador á mi presencia: el jóven y elegante calzado que colocó en sus pies no debía pisar mas que un momento aquella tierra decrepita.

Por fin vino una desgracia á ocupar mi tiempo: este es un recurso sobre el que se puede siempre contar.

Paris 1838.

Revisado en 22 de febrero de 1845

AÑO DE MI VIDA 1803.—MANUSCRITO DE MAD. DE BEAUMONT.—CARTAS DE MAD. DE CAUD.

Cuando salí de Francia estábamos todos muy equivocados con respecto á Mad. de Beaumont; esta deramó muchas lágrimas, y su testamento ha probado que se creía herida de muerte. Sin embargo, sus amigos, sin darse parte de sus temores, procuraban tranquilizarse; creían en los milagros de las aguas, llevados á cabo despues por el sol de Italia; separáronse, y tomó cada uno su camino, quedando citados para Roma.

Algunos fragmentos, escritos en *Paris*, en el *Mont d'Or* y en *Roma* por Mad. de Beaumont, y hallados entre sus papeles, demuestran cuál era el estado de su alma.

Paris.

«Hace muchos años que mi salud empeora de un modo sensible. Síntomas que yo creía eran la señal de despedida han sobrevenido sin aun hallarme próxima á partir. Las ilusiones se aumentan con los progresos de la enfermedad. He visto muchos ejemplos de esta singular debilidad, y me convenzo de que no me servirán de nada. Ya me presto á hacer remedios tan fastidiosos como inútiles, y sin duda tampoco tendré la fuerza suficiente para escusarme de los remedios crueles con que se martiriza á las personas destinadas á morir de una afeccion del pecho. Lo mismo que ellas, me entregaré á la esperanza; ¡á la esperanza! ¿Puedo yo por ventura desear vivir? Mi vida pasada ha sido una sucesion de desgracias; mi vida actual está llena de agitacion y de disgustos; el reposo del alma ha huído de mí para siempre. Mi muerte será un disgusto momentáneo para algunos, un bien para otros, y para mí el bien mas apetecible.

«El 21 floreal, 10 de mayo, á la vez sabia la muerte de mi madre y de mi hermano.

«Yo acabo la postrera y la mas miserable!

«¡Oh! ¿Por qué no tendré valor para morir! Esta enfermedad, que casi tenia la debilidad de temer, se ha detenido, y tal vez me halló condenada á vivir aun largo tiempo: creo á pesar de todo, que moriría con mucho placer;

«Porque no valen mis dias un solo suspiro de mi pecho.

«Nadie puede con mas razon que yo quejarse de la naturaleza: rehusándome todo, me ha dado el sen-

imiento de todo lo que me hace falta. No hay un solo momento en que yo no sienta el peso de la medianía de recursos á que me hallo condenada. Bien sé que la alegría y la felicidad son por lo regular compañeras de esa medianía de que me quejo tan amargamente; pero negándome el don de las ilusiones, la naturaleza me ha proporcionado un suplicio con ella. Aseméjome á un ser caído, que no puede olvidar lo que ha perdido, y que no tiene fuerzas suficientes para reconquistarlo. Esta falta absoluta de ilusiones forma mi desgracia de mil maneras. Yo me juzgo como pudiera juzgarme un indiferente, y veo á mis amigos como son. No hay en mí otra cosa que una extrema bondad, que no tiene la actividad suficiente para ser apreciada, ni para ser verdaderamente útil, y que está desvirtuada enteramente por la impaciencia de mi carácter; esta me hace sufrir tanto mas por las desgracias ajenas, cuanto que me quita los medios de poder repararlas. Debo á ella, sin embargo, los pocos goces que he tenido en mi vida; á ella debo sobre todo el no conocer la envidia, compañera por lo regular inseparable de una medianía sin conformidad.»

MONT-D'OR.

«Había formado el proyecto de entrar en algunos detalles relativos á mí; pero el fastidio me hace caer la pluma de las manos.

«Todo cuanto tiene de penoso y amargo mi situación, se convertiría en felicidad si me hallase segura de cesar de existir dentro de algunos meses.

«Aun cuando estuviese segura de hallarme con el valor suficiente para poner el unico término posible á mis penas, no lo emplearía: sería ir contra mi objeto dar una idea completa de mis sufrimientos y dejar una herida demasiado dolorosa en el alma que he juzgado digna de consolarme en mis males.

«Yo me suplico *llorando* para tomar un partido tan rigoroso como indispensable. Carlota Corday dice que *no hay sacrificio que proporcione mas placer que aquel cuya decision ha costado mas trabajo*; pero ella iba á morir, y yo puedo vivir aun mucho tiempo. ¿Qué será de mí? ¿Dónde me ocultaré? ¿Qué tumba deberé elegir? ¿Cómo escudarme contra la esperanza de entrar en ella? ¿Qué poder podrá tapiar la puerta de esa esperanza?

«Alejarme á ese silencio, dejarme olvidar, enterarme para siempre: tales son los deberes que me he impuesto y que espero tener el valor de cumplir. Si el cáliz es demasiado amargo, olvidada una vez, no habrá nada que me obligue á apurarlo, y tal vez mi vida no será tan larga como temo.

«Si hubiese determinado el sitio de mi retiro, creo que me hallaría mas tranquila, pero la dificultad del momento se une á las que emanan de mi debilidad, y es menester un pulso sobrenatural para obrar una contra sí misma con resolución; para tratarse con tanto rigor como pudiera hacerlo un enemigo violento y cruel.»

Roma 28 de octubre.

«Hace diez meses que no he dejado de sufrir un solo momento; hace seis que tengo todos los síntomas de la enfermedad del pecho, y algunos del último grado; ¡no me faltan mas que las ilusiones, y aun esas puede que no del todo!»

Mr. Joubert, asustado de este deseo de morir que atormentaba á Mad. de Beaumont, la dirigía estas palabras en sus *Pensamientos*: «Amad y respetad la vida, sino por ella, al menos por vuestros amigos: sea cual fuere el estado en que se halle la vuestra, siempre desearia mas veros ocupada en reterjerla que en deshilvanarla.»

Mi hermana escribía por entonces á Mad. de Beau-

mont. Tengo en mi poder esta correspondencia que me ha devuelto la muerte. La antigua poesia representa á no sé qué Nereida como á una flor flotando sobre el abismo: Lucila era esta flor. Comparando estas cartas con los fragmentos citados, se admira uno de aquella semejanza de tristeza de alma, expresada en el diferente lenguaje de aquellos ángeles desgraciados. Cuando pienso en que he estado en relaciones con tales inteligencias, me admiro de valer tan poco. Esas páginas de dos mujeres de una superior inteligencia, que han desaparecido de la tierra á poca distancia una de otra, no se presentan una sola vez á mi vista sin que dejen de alligirme amargamente.

Lascardais 50 de julio.

«He tenido tal placer, señora, en recibir por fin una carta vuestra, que no he querido tomarme el tiempo suficiente para tener el placer de leerla de una vez: he interrumpido su lectura para participar á todos los habitantes de esta casa que acababa de recibir noticias vuestras, sin pensar en que mi alegría no les importaba nada, y que ni aun sabían que estuviese en correspondencia con vos. Viéndome rodeada de semblantes indiferentes, volví á subir á mi cuarto, tomando el partido de estar alegre á solas. Me puse á acabar de leer vuestra carta, y aunque la he vuelto á leer muchas veces, á decirlo verdad, no estoy aun enterada de todo lo que contiene. La alegría que experimento siempre que veo esta carta tan deseada, perjudica la atención que debiera prestarle.

«¿Con que al fin os decidís á marchar? No vais, volviendo á Mont-d'Or, á olvidaros de vuestra salud; dedicadle todos vuestros cuidados, os lo suplico con toda la ternura de mi corazón. Mi hermano me dice que espera veros en Italia. El destino, lo mismo que la naturaleza, se complace en diferenciarle de mí de un modo bien favorable. A lo menos no me aventaja en la felicidad de amaros; la partiré con él toda mi vida. ¡Oh, Dios mio! ¡Cuán oprimido tengo el corazón y cuán triste me hallo! ¡No sabéis cuánto bien me producen vuestras cartas, y cuánto desprecio me inspiran hácia mis males! La idea de que os ocupáis de mí, de que os intereso me da un valor increíble. Escribidme, señora, para que pueda yo conservar una idea que me es tan necesaria.

«No he visto aun á Mr. Chenedolle; deseo mucho su llegada; podré hablarle de vos y de Mr. Joubert, lo que me causará sumo placer. Permitid, señora, que os vuelva á recomendar vuestra salud, cuyo mal estado me aflige y me ocupa continuamente. ¿Cómo es que no os amais? ¡Sois tan digna del amor de todos!... Es preciso que hagáis la justicia de ocuparos mas de vos.

LUCILA.

2 de setiembre.

«Lo que me decís, señora, con respecto á vuestra salud, me inquieta y me aflige; sin embargo, me tranquilizo pensando en vuestra juventud, y que aunque seáis delicada, os halláis, sin embargo, llena de vida.

«Me desespera el que esteis en un país que no es de vuestro agrado. Desearia veros rodeada de objetos propios para distraeros y animaros. Espero que con la vuelta de vuestra salud os reconciliaréis con la Auvernia: no hay, sin embargo, lugar que no pueda ofrecer encantos á vuestros ojos. Por ahora habito en Rennes, y me hallo bastante bien con mi aislamiento. Cambio muy á menudo de habitación,

como ya habreis visto: parezco estar en la tierra como de limosna: efectivamente, no es hoy el primer día que me conceptúo como una de sus producciones superfluas. Creo, señora, haberos hablado ya de mis penas y de mi agitación. Ahora estoy bien, y disfruto de una paz interior que no hay poder humano que me pueda quitar. Aunque habiendo llegado á la edad que tengo, y habiendo por las circunstancias ó por mi inclinación tenido siempre una vida solitaria, yo no conocía el mundo: por fin he adquirido este triste conocimiento. Afortunadamente ha llegado en mi socorro la reflexión. Me he preguntado á mí misma qué es lo que había de temer en ese mundo y en qué consistía su valor; ese mundo, que, tanto en la desgracia como en la felicidad, no puede ser sino objeto de compasión. ¿No es cierto, señora, que el juicio del hombre se halla tan limitado como el resto de su ser, tan móvil y de una incredulidad igual á su ignorancia? Todas estas buenas ó malas razones me han hecho arrojar la investidura con que me habia ataviado, y me he encontrado henchida de sinceridad y de valor; nada puede ya inquietarme. Trabajo con todas mis fuerzas en apoderarme de mi vida y en colocarla enteramente bajo mi dependencia.

«Podeis creer tambien que no soy completamente digna de lástima, puesto que mi hermano, que es la mejor parte de mi misma, se halla en una buena posición, y me quedan ojos para admirar las maravillas de la naturaleza, Dios por apoyo, y por asilo un corazón lleno de paz y de dulces recuerdos. Si tenéis la bondad de continuar escribiéndome, esto aumentará el número de mis goces.»

El misterio del estilo, misterio que se revela en todas partes, que no está presente en ninguna; la revelación de una naturaleza dolorosamente privilegiada; la ingenuidad de una mujer á quien se creeria en la primera juventud, y la humilde sencillez de un genio que se desconoce, respiran en todas estas cartas, de las que solo cito algunas. ¿Mad. de Sevigné escribía por ventura á Mad. de Grignon con un cariño mas afectuoso que Mad. de Caud á Mad. de Beaumont? *La ternura de la una podía muy bien colcarse al lado de la de la otra*. Mi hermana amaba á mi amiga con toda la pasión de la tumba, porque conocía que iba á morir. Lucila casi nunca habia dejado de habitar cerca de Rochers; pero era la hija de su siglo y la Sevigné de su soledad.

París 1837.

LLEGADA DE MAD. DE BEAUMONT A ROMA. — CARTAS DE MI HERMANA.

Una carta de Mr. Ballanche, fechada del 30 fructidor, me anunció la llegada de Mad. de Beaumont desde Mont-d'Or á Lyon, dirigiéndose á Italia. Me decía en ella que la desgracia que tanto temía no era ya de temer, y que la salud de la enferma parecia muy mejorada. Habiendo Mad. de Beaumont llegado á Milan, encontró á Mr. Bertin, que habia ido allí á ciertos negocios: tuvo la bondad de encargarse de la pobre viajera y la condujo á Florencia, donde habia ido yo á esperarla. Me quedé horrorizado al verla; no tenía fuerzas mas que para sonreír. Despues de algunos dias de descanso, nos pusimos en camino para Roma, andando al paso para evitar las dificultades del camino. Mad. de Beaumont era objeto de los mas afectuosos cuidados en todas partes por donde pasaba; tenía un singular atractivo aquella mujer tan melancólica y tan doliente. En las posadas las mismas criadas se dejaban arrastrar por esa dulce simpatía.

Puede bien adivinarse lo que yo sufriria; he cerrado los ojos á algunos amigos moribundos, pero estaban mudos, y un resto de inexplicable esperanza venia

á hacer mas punzante mi dolor. No dirigía la vista sobre el hermoso país que atravesábamos; habia tomado el camino de Perouse; ¿qué me importa la Italia? Hallaba aun el clima poco agradable, y si el viento soplabá un poco, las brisas se me antojaban tempestades.

En Terni Mad. de Beaumont manifestó deseos de ir á ver la cascada: habiendo hecho un esfuerzo para apoyarse en mi brazo, se volvió á sentar diciendo:— «¡Es preciso dejar que las aguas se precipiten!» Habia tomado para ella en Roma una casa solitaria, cerca de la plaza de España, bajo el monte Pincio; habia en ella un pequeño jardín con naranjos, y un patio plantado con una higuera. Allí dejó á la moribunda. Me habia costado mucho trabajo el proporcionarla esta habitación, porque hay en Roma una preocupación contra las enfermedades del pecho, miradas como contagiosas.

En esta época del renacimiento del órden social buscábase lo que habia pertenecido á la vieja monarquía: el papa envió á pedir noticia de la hija de Montmorin; el cardenal Consalvi y los miembros del sacro colegio imitaron á su santidad; el mismo cardenal Fesch dió á Mad. de Beaumont, y hasta su muerte, pruebas de deferencia y de respeto de que seguramente no le hubiera creído capaz, y que me han hecho olvidar los insustanciales disturbios de mis primeros tiempos de mi estancia en Roma. Habia escrito á Mr. Joubert, participándole las inquietudes de que me hallaba atormentado antes de la llegada de Mad. de Beaumont: «Nuestra amiga nos escribe desde Mont-d'Or, le decía, cartas que me destrazan el alma: dice en ellas que *conoce que no hay ya aceite en la lámpara*; habla de los últimos latidos de su corazón. ¿Por qué la han dejado sola en ese viaje? ¿Por qué no habeis escrito? ¿Qué será de nosotros si la perdemos? ¿Quién podrá consolarnos de esa pérdida? No conocemos el precio de nuestros amigos sino en el momento en que nos hallamos amenazados de perderlos. Somos lo suficientemente locos, cuando todo va bien, para creer que podemos alejarnos de ellos impunemente: el cielo nos castiga; nos los arrebató, y nos deja asustados de la soledad en que quedamos. Perdonad, mi querido Joubert: siento hoy latir en mi pecho un corazón de veinte años; esta Italia me ha rejuvenecido; amo todo lo que me es caro con la misma violencia que en mis primeros años. El dolor es mi elemento, y no me reconozco sino cuando soy desgraciado. Mis amigos actuales son de un género tan singular, que la sola idea de que puedo perderlos me hiela la sangre. Dispensad mis lamentaciones; estoy seguro de que sois tan desgraciado como yo. Escribidme, escribid tambien á esa desgraciada de Bretaña.»

Mad. de Beaumont se encontró algo aliviada los primeros dias. Ella misma empezó á creer en la posibilidad de vivir. Tenia yo la satisfacción de creer que al menos Mad. de Beaumont no se separaría ya de mí, pensaba llevarla á Nápoles para la primavera, y desde allí enviar mi dimisión al ministro de negocios extranjeros. Mr. de Agincourt, ese verdadero filósofo, se acercó á ver la ligera ave de paso que se habia detenido en Roma antes de pasar á una tierra desconocida; Mr. Bogue, ya entonces decano de nuestros pintores, se presentó tambien. Estos refuerzos de esperanzas sostuvieron á la enferma, y la hicieron entrever una especie de esperanza que no existía en el fondo de su alma. De todas partes fue recibiendo cartas crueles llenas de temores y esperanzas. El 4 de octubre Lucila me escribía desde Rennes:

«Había empezado dias atrás una carta para tí; la he buscado inútilmente. Te hablaba en ella de Mad. de Beaumont, y me quejaba de tu silencio conmigo. Amigo mio, ¡qué vida paso tan triste y tan singular

desde hace algunos meses! Aquellas palabras del profeta se presentan sin cesar á mi imaginación: *El Señor os coronará de males, y os arrojará como una pelota*. Pero dejemos á un lado mis penas, y hablemos de tus temores. No puedo persuadirme de que sean fundados; veo siempre á Mad. de Beaumont llena de vida y de juventud, y casi inmaterial: ningún presagio funesto puede abrigar mi corazón en este asunto. El cielo, que conoce nuestros sentimientos hacia ella, nos la conservará, no lo dudo. Espero que no la perderemos, y tengo en mi interior esa seguridad. Me complace en pensar que cuando recibas esta carta tus cuidados se habrán disipado. Asegúrala de mi parte del sincero y tierno interés que tengo por ella; de que su porvenir es para mí una de las cosas de más importancia en este mundo. Cumple tu promesa, y no dejes de darme noticias tuyas siempre que puedas. ¡Dios mío! ¡Cuán largo va á ser el tiempo que pasará antes de que pueda recibir contestación á esta carta! ¡Qué cruel es la distancia! ¿De qué procede el que me hables de tu vuelta á Francia? Sin duda quieres halagarme mi cariño, y te engañas. En medio de todas mis penas se eleva del fondo de mi alma un dulce pensamiento, el de tu amistad; el de que estoy presente en tu memoria tal como á Dios le plugo formarme. Amigo mío, no hay para mí en toda la tierra otro asilo seguro que tu corazón; en cualquiera otra parte soy una persona extraña y desconocida. ¡Adios, pobre hermano mío! ¿Te volveré á ver? Esta idea no se presenta á mi imaginación de una manera bien distinta. Si me vuelves á ver, te pareceré enteramente una loca. ¡Adios, tú, á quien tanto debo! ¡Adios, felicidad purísima! Recuerdos de mis hermosos días, ¿no podéis iluminar un poco mis presentes y tristes horas?

«No soy yo una de esas personas que agotan todo su dolor en el momento de la separación; cada día que pasa aumenta el dolor de tu ausencia, y si cien años estuvieras en Roma, no se debilitaría por eso. Para hacerme ilusiones sobre tu ausencia no pasa un solo día en que no lea algunas páginas de tu obra y haga todos los esfuerzos imaginables para figurarme que te estoy escuchando. La amistad que te profeso es muy natural: desde nuestra infancia has sido siempre mi defensa y mi amigo; nunca me has costado una sola lágrima, y jamás has tenido un amigo que no lo haya sido mío. Querido hermano, el cielo, que se complace en privarme de todas las felicidades, quiere sin duda que la encuentre solo en tí, que me confíe á tu corazón. Dame cuanto antes noticias de Mad. de Beaumont. Dirígeme las cartas á casa de Mlle. Lamotte, aunque no sé el tiempo que en ella permaneceré. Desde nuestra última separación estoy siempre con respecto á mi morada, como la arena movediza que me se escapa bajo los pies: es cierto que seré un ser incomprensible para quien no me conozca; sin embargo, solo vario de forma, quedando siempre el fondo el mismo.»

El canto del cisne que se preparaba á morir fue transmitido por mí al cisne moribundo: ¡yo era el eco de estos inefables y postreros conciertos!

CARTA DE MAD. DE KRUDNER.

Otra carta muy distinta de esta; pero escrita por una mujer cuya misión ha sido extraordinaria, por Mad. de Krudner, demuestra el imperio que Mad. de Beaumont, sin ningunas ventajas de belleza, de fama, riqueza, ni poder, ejercía sobre los espíritus.

París 24 de noviembre de 1805.

«Anteayer supe por Mr. Michaud, que ha vuelto de Lyon, que Mad. de Beaumont estaba en Roma, y

que se hallaba muy enferma: esto es lo que me ha dicho. Me he afligido profundamente; mis nervios se han resentido, y no he hecho más que pensar en esa mujer encantadora que amé mucho antes de conocer. ¡Cuántas veces le he deseado la felicidad! ¡Cuántas veces he ansiado que pueda atravesar felizmente los Alpes y hallar bajo el cielo de Italia las dulces y profundas emociones que yo mismo he experimentado! ¡Ay! ¿Será posible que haya llegado á ese país para exponerse á los peligros que temo? Me es imposible expresar lo que esta idea me aflige. Perdonad si he estado tan distraída que no os haya aun hablado de vos, mi querido Chateaubriand; debéis ya conocer mi sincero cariño hacia vos, y demostrándoos el vivo interés que me inspira Mad. de Beaumont, espero daros una prueba de él mejor que ocupándome de vos mismo. Tengo ante mis ojos este triste espectáculo; tengo el secreto del dolor, y mi alma se detiene siempre acongojada ante esas almas á quienes la naturaleza dió el poder de sufrir más que las otras. Esperaba que Mad. de Beaumont gozara del privilegio que había recibido para ser más dichosa; esperaba que hallase un poco de salud con el sol de Italia y la felicidad de vuestra presencia. ¡Ah! Traquilízadme, escribidme; decidme que la amo sinceramente, que hago votos por su felicidad. ¿Ha recibido mi respuesta á la carta que me escribiste desde Clermont? Dirigid la contestación á Michaud; no os exijo más que unas pocas palabras, porque conozco lo sensible que sois y cuánto debéis sufrir. Creía que seguiría mejor, y no la he escrito. Hallábase abrumada de negocios, pero pensaba siempre en la felicidad que experimentaríais al volveros á ver, y sabía comprenderla. Decidme algo de vuestra salud; creed en mi amistad, en el interés que siempre me he tomado por vos, y no me olvidéis.

»B. KRUDNER.»

París 1838.

MUERTE DE MAD. DE BEAUMONT.

La mejoría que los aires de Roma habían hecho experimentar á Mad. de Beaumont, no duró mucho; las señales de una destrucción inmediata desaparecieron, es verdad; pero parece que el postrer momento se detiene siempre para engañarnos. Había ensayado dos ó tres veces un paseo en carruaje con la enferma; me esforzaba por distraerla, haciéndole notar los campos y el cielo; pero nada la agradaba ya. Un día la conduje al Coliseo; era uno de esos días de octubre, tales como solo se ven en Roma. Conseguió bajar, y fué á sentarse sobre una piedra, frente á uno de los altares colocados enrededor del edificio. Alzó los ojos, los paseó lentamente sobre aquellos pórticos, muertos también hacia tantos años, y que tantas cosas habían visto morir; las ruinas estaban adornadas de espinos y pajarillos azafrañados por el otoño y llenos de luz. La mujer espirante bajó después de grada en grada hasta la arena sus miradas, que huían del sol; las detuvo sobre la cruz del altar, y me dijo: — «Vámonos, tengo frío.» La conduje á su casa, y se acostó para no volverse á levantar.

Me había relacionado con el conde de la Lucerne, y le enviaba desde Roma todos los correos el boletín de la salud de su cuñada. Cuando había estado encargado por Luis XVI de una misión diplomática en Londres, había llevado consigo á su hermano; Andrés Chernier formaba también parte de esta embajada.

Los médicos á quienes había reunido nuevamente después del ensayo de paseo me declararon que solo

un milagro podía salvar á Mad. de Beaumont. Tenía fija su mente en la idea de que no pasaría del 2 de noviembre, día de los difuntos; después recordó que uno de sus parientes había muerto el 4 de noviembre. Yo le decía que su miedo era infundado; que pronto reconocería la falsedad de sus pronósticos, y ella me respondía para consolarme: — «¡Oh, si; iré mas lejos!» Distinguí algunas lágrimas que yo procuraba ocultarle; me tendió su mano, y me dijo: — «Sois un niño; pues qué, ¿no esperabais esto?»

La víspera de su muerte, el jueves 3 de noviembre, me pareció mas tranquila. Me habló de arreglar su fortuna, y me dijo, hablando de su testamento: — «Que todo había concluido para ella; pero que todo le quedaba por hacer, y que habría deseado tener solo dos horas para ocuparse de ello.» Por la noche el médico me advirtió que se creía obligado á manifestar á la enferma era ya tiempo de pensar en su conciencia; tuve un momento de flaqueza; el temor de precipitar por el aparato de la muerte los cortos instantes que Mad. de Beaumont debía vivir, me causó profundo desaliento. Me irrité contra el facultativo, y después le supliqué esperase hasta el día siguiente.

Mi noche fue cruel con el secreto que guardaba mi corazón. La enferma no me permitió pasarla en su cuarto. Permanecí fuera, temblando á cada rumor que oía; cuando entreabrían la puerta, distinguía solo la débil claridad de la lamparilla que se apagaba.

El viernes 4 de noviembre entré, seguido por el médico. Mad. de Beaumont conoció mi turbación, y me dijo: — «¿Por qué estais de esa suerte? He pasado buena noche.» El médico afectó entonces que tenía que hablarme de cosas importantes en la sala inmediata. Salí, y al volver, no sabía lo que era de mí. Mad. de Beaumont me preguntó qué era lo que el médico quería, y entonces me arrojé llorando sobre su lecho. Un momento estubo sin hablar, me miró, y me dijo con voz firme, como si hubiese querido prestarme fuerzas. — «No creía que fuese tan pronto: vamos, es preciso despedirnos. Llamad al abate Bonnevie.»

El abate Bonnevie, autorizado en regla, se dirigió á casa de Mad. de Beaumont. La enferma le declaró que en su corazón siempre había abrigado vivos sentimientos religiosos; pero que las terribles desgracias que la habían afligido durante la revolución la habían hecho dudar alguna vez de la justicia de la Providencia; que estaba pronta á reconocer sus errores y á recomendarse á la misericordia divina; pero que esperaba que los males que había sufrido en este mundo abreviarían su expiación en el otro. Me hizo señas de que me retirase, y permaneció sola con su confesor.

Le vi volver una hora después, enjugando sus ojos y diciendo que jamás había oído un lenguaje mas bello, ni visto un heroísmo semejante. Enviaron á buscar al cura para administrarle los sacramentos. Volví al lado de su lecho. Al distinguirme, me dijo: — «Y bien, ¿estais contento de mí?» Se enterneció hablando de lo que llamaba *mis bondades* hacia ella. ¡Ah! si hubiese podido en aquel momento comprar uno solo de sus días con el sacrificio de todos los míos, ¡con qué alegría lo hubiera hecho! Los demás amigos de Mad. de Beaumont, que no asistían á este espectáculo, no tenían al menos que llorar mas que una vez de pie, á la cabecera de su lecho de dolor, donde el hombre oye sonar su hora suprema, cada sonrisa de la enferma me devolvía la vida y me la robaba al disiparse. Una idea deplorable vino á agitarme: adiviné que Mad. de Beaumont no se había apercebido hasta su postrer suspiro del amor que la profesaba: no cesaba de manifestar su sorpresa, y parecía morir desesperada y gozosa á un tiempo. Había creído ser una

carga para mí, y había deseado desaparecer para desembarazarme de ella.

El sacerdote llegó á las once: el cuarto se llenó de esa multitud de curiosos y de indiferentes que siguen á todo sacerdote en Roma. Mad. de Beaumont vió aquella formidable solemnidad sin la menor señal de espanto. Nosotros nos arrodillamos, y la enferma recibió á la vez la sagrada hostia y la Extremaunción. Cuando todos se hubieron retirado, me hizo sentar á la orilla de su lecho, y me habló durante media hora de mis negocios y de mis proyectos con la mayor elevación de ideas y la amistad mas tierna; me recomendó especialmente viviese al lado de Mad. de Chateaubriand y de Mr. Joubert; ¿pero este debía vivir?

Me rogó luego abriese el balcón, porque se sentía oprimida. Un rayo de sol vino á alumbrar su lecho, y pareció alegrarla. Me recordó entonces sus proyectos de retiro al campo, de que algunas veces nos habíamos ocupado, y rompió el llanto.

Entre las dos y las tres de la tarde Mad. de Beaumont pidió la mudase de cama á la Saint-Germain, antigua doncella española que la servía con un cariño digno de tan excelente señora: el médico se opuso á ello, temiendo que la enferma muriese durante esta traslación. Entonces me dijo sentía aproximarse la agonía. De súbito despidió la ropa, y tendió una mano, apretó la mía convulsivamente, sus miradas se perdieron en el espacio. Con la mano que le quedaba libre hacia señales á uno que se figuraba ver al pie de su lecho: después, poniendo aquella mano sobre su corazón, decía: — «¡Aquí es! Conternado la pregunté si me reconocía; el bosquejo de una sonrisa se dibujó en sus labios en medio de su agonía; me hizo una ligera señal afirmativa con la cabeza: su palabra había ya huido de este mundo. Las convulsiones solo duraron algunos minutos. Nosotros la sosteníamos en nuestros brazos: una de mis manos se hallaba apoyada sobre su corazón, que tocaba á sus ligeros huesos; palpataba con rapidez, como un reloj que gasta su cuerda rota. ¡Oh momento de horror y de espanto! ¡Yo la sentí pararse! Inclinamos sobre su almohada el cuerpo de la mujer cuya alma había ya volado. Algunos bucles de sus cabellos destrenzados caían sobre su frente; sus ojos estaban ya cerrados; la eterna noche había descendido hasta ellos. El médico presentó un espejo y una luz á la boca de la extranjera: el espejo no se empañó con el soplo de la vida, y la luz permaneció inmóvil. Todo estaba concluido.

París.

FUNERALES.

Por lo general los que lloran pueden gozar en paz de sus lágrimas; otros se encargan de atender á los cuidados postreros de la religión: como representante de la Francia, ausente el cardenal ministro, como el único amigo de la hija de Mr. de Montmorin, y responsable á su familia, me vi obligado á dirigirlo todo: me fue preciso designar el lugar de la sepultura, ocuparme de la profundidad y de la longitud de la huesa, entregar la mortaja y dar á los operarios las dimensiones del féretro.

Dos religiosos velaron al lado de aquel féretro que debía ser conducido al templo de San Luis de los franceses. Uno de estos padres era de Auvernia, y había nacido en el mismo Montmorin. Mad. de Beaumont había deseado se la envolviese en una tela que su hermano Augusto, único que se había librado del cadalso, le había enviado de la isla Borbon. Esta tela no se hallaba en Roma, y solo se encontró un pedazo que llevaba siempre consigo. La doncella ciñó á su cuerpo esta tela, y metió en el féretro una cornalina que contenía pelo de Mr. de Montmorin. Los ecle-

siásticos franceses se hallaban convocados; la princesa Borghese prestó el carro fúnebre de su familia; el cardenal Fesch había dejado la orden de enviar sus carruajes y criados. El sábado 5 de noviembre á las siete de la tarde, á la luz de las antorchas, y en medio de una gran multitud, pasó Mad. de Beaumont por el camino por donde todos pasamos. El domingo 6 de noviembre se celebró la misa de *Requiem*. Los funerales hubieran sido menos franceses en París de lo que lo fueron en Roma. Aquella arquitectura religiosa, que lleva en sus adornos las armas y las inscripciones de nuestra antigua patria, aquellos sepulcros donde están grabados los nombres de algunas de las razas más históricas en nuestros anales; aquella iglesia bajo la protección de un gran santo, de un gran rey y de un gran hombre; todo esto no consolaba, pero honraba la desgracia. Deseaba que el último vástago de una familia un día poderosa, hallase al menos algún apoyo en mi oscura adhesión, y que no le faltara la amistad, ya que le faltaba la fortuna.

El pueblo romano, acostumbrado al trato de los extranjeros, les sirve de hermanos. Mad. de Beaumont ha dejado sobre aquella tierra hospitalaria para los muertos una piadosa memoria; aun se la recuerda: he visto á Leon XII orando sobre su sepulcro. En 1827 visitaba el monumento de la que fue el alma de una sociedad destruida: el ruido de mis pasos enredador de aquel mudo monumento en una iglesia solitaria, era para mí una especie de consejo. «Te amaré siempre, dice el epitafio griego; pero tú, en la mansión de los muertos, no bebas, te ruego, en esa copa, que te haría olvidar á tus antiguos amigos.»

París, 1858.

AÑO DE MI VIDA 1803.—CARTAS DE MR. CHENEDOLLE, DE MR. DE FONTANES, DE MR. NECKER Y DE MADAMA DE STAEL.

Si se elevasen á la altura de los acontecimientos públicos las calamidades de una vida privada, estas calamidades apenas deberían ocupar una palabra en mis *Memorias*. ¿Quién no ha perdido un amigo? ¿Quién no lo ha visto morir? ¿Quién no podrá pintar una escena igual de duelo? La reflexión es justa; sin embargo, nadie se ha corregido dejando de contar sus propias aventuras: sobre el buque que los lleva, los marineros tienen una familia en tierra que les interesa, y de la que hablan entre sí. Cada hombre guarda dentro de sí un mundo aparte, extraño á las leyes y al destino general de los siglos. Es además un error el creer que las revoluciones, los sucesos famosos, las grandes catástrofes sean los únicos fastos de nuestra naturaleza, todos trabajamos, uno tras otro, en esa cadena de la historia común, y de todas esas existencias individuales se compone á los ojos de Dios el universo humano.

Reuniendo la expresión de los diversos sentimientos que produjo su muerte enredador de las cenizas de Mad. de Beaumont, no hago más que colocar sobre su sepulcro las coronas á ella destinadas.

CARTA DE MR. CHENEDOLLE.

«No dudais, sin duda, mi querido y desgraciado amigo, de toda la parte que tomo en vuestra aflicción. Mi dolor no es tan grande como el vuestro, porque esto no era posible; pero me aflige profundamente esta pérdida, y ella viene á oscurecer más esta vida que hace tiempo no es más que un sufrimiento para mí. Así pasa y se borra de la faz de la tierra todo lo que hay en ella de bueno, de amable y de sensible. ¡Pobre amigo mío, apresuraos á volver á Francia;

venid á buscar algunos consuelos cerca de vuestros antiguos amigos! Sabeis cuánto os amo: venid.

«Estaba muy inquieto con respecto á vos: hacía más de tres meses que no había recibido noticias vuestras, y tres cartas mías han quedado sin respuesta. ¿Las habéis recibido? Mad. de Caud hace dos meses que ha dejado de escribirme. Esto me ha causado profunda pena, y no obstante, creo que de nada tengo que acusarme respecto á ella. Empero por más que haga, no podrá arrancar de mí la tierna y respetuosa amistad que le he consagrado toda mi vida. Fontanes y Joubert han dejado también de escribirme: así, todo lo que yo amaba parece haberse reunido para olvidarme á un tiempo. ¡No me olvidéis vos, amigo mío, y que en esta tierra de lágrimas me quede un corazón con el que al menos pueda contar! ¡Adios! Os abrazo llorando. Estad seguro, mi buen amigo, de que siento vuestra pérdida cual debe sentirse.»

CARTA DE MR. DE FONTANES.

27 de noviembre de 1805.

«Participo de vuestro pesar, mi querido amigo: siento lo doloroso de vuestra situación. ¡Morir tan joven, y después de haber sobrevivido á toda su familia! Pero al menos esa interesante é infeliz mujer no habrá carecido de los auxilios y de los recuerdos de la amistad. He leído á Mr. de La Lucerne la tierna relación que le estaba destinada. El anciano Saint-Germain, criado de vuestra amiga, fue quien le llevó la nueva. Este buen servidor me ha hecho llorar habiéndome de su señora. Le he dicho que tenía un legado de diez mil francos; pero ni un momento se ha ocupado de esto. Si fuese posible hablar de negocios en tan lúgubres circunstancias, os diría que era bien natural daros al menos el usufructo de unos bienes que deben pasar á colaterales lejanos y casi desconocidos. Apruebo vuestra conducta: conozco vuestra delicadeza; pero yo no puedo tener hacia mi amigo el mismo desinterés que él abriga para sí. Confieso que este olvido me sorprende y me aflige. Mad. de Beaumont sobre su lecho de muerte, os ha hablado con la elocuencia del postrer adiós, del porvenir y de vuestra suerte futura. Su voz debe tener para vos más fuerza que la mía. ¿Pero os ha aconsejado que renunciéis á ocho ó diez mil francos de sueldo, cuando vuestra carrera se ve desbarbazada de las primeras espinas? ¿Podrías precipitaros, mi querido amigo, á dar un paso tan importante?

«No dudareis del gran placer que tendré en veros; si solo consultase mi propia dicha, os diría: «Venid al instante.» Pero vuestros intereses me son tan caros como los míos, y no veo recursos bastante inmediatos para resarciros las ventajas que voluntariamente perdéis. Sé que vuestro talento, vuestro nombre y el trabajo no os dejarán nunca á merced de las necesidades más urgentes; pero veo en todo ello más gloria que fortuna. Vuestra educación y vuestros hábitos exigen ciertos gastos. La fama no basta para las necesidades de la vida, y esa miserable ciencia de la *olla* marcha á la cabeza de todas las demás, cuando uno quiere vivir independiente y tranquilo. Espero que nada podrá decidirlos á buscar la fortuna en suelo extranjero. ¡Ah, amigo mío! estad seguro de que después de las primeras caricias valen aun menos que los compatriotas. Si vuestra amiga moribunda ha hecho todas estas reflexiones, sus últimos momentos deben haber sido un tanto agitados; pero espero que á los pies de su tumba hallareis lecciones y luces superiores á las que los amigos que os quedan pudieran comunicaros. Esa amable mujer os amaba, ella os aconsejará bien. Su memoria y vuestro corazón os guiarán con seguridad, estoy tranquilo, si les pres-

tats (idos. Adios, mi querido amigo: os abrazo tiernamente.»

Mr. Necker me escribió la única carta que he recibido de él. Había sido testigo de la alegría de la corte cuando la separación de este ministro, cuyas honradas opiniones contribuyeron á la caída de la monarquía. Había sido colega de Mr. de Montmorin. Mr. Necker iba á morir bien pronto en el lugar donde fechaba su carta: no teniendo entonces á su lado á Mad. Stael, halló algunas lágrimas para la amiga de su hija.

CARTA DE MR. NECKER.

«Caballero: mi hija al ponerse en camino para la Alemania, me ha rogado le abriese las cartas que purdieran dirigirla, con objeto de juzgar si valían la pena de mandárselas por el correo; este es el motivo de haber sabido antes que ella la muerte de Mad. de Beaumont. Le he enviado vuestra carta á Francfort, de donde se la remitirán más lejos, tal vez á Weimar ó Berlin. No os extrañe si no recibís la contestación de Mad. de Stael tan pronto como tenéis derecho á esperar. Estais bien seguro del dolor que experimentará Mad. de Stael al saber la pérdida de una amiga, de la que siempre le he oído hablar con el mayor cariño. Me asocio á su pena, y me cabe un particular sentimiento cuando pienso en la desgraciada suerte de toda la familia de mi amigo Mr. de Montmorin.

«Veo, caballero, os halláis en vísperas de abandonar á Roma para regresar á Francia: deseo que emprendais vuestro camino por Ginebra, donde voy á pasar el invierno. Tendría un vivo placer en haceros los honores de una ciudad donde os ha precedido vuestra reputación. ¿Pero dónde no sois ya conocido? Vuestra última obra, radiante de incomparables bellezas, se halla en manos de cuantos aman las letras.

«Tengo el honor de ofrecerlos las seguridades y el homenaje de mis sentimientos más distinguidos.»

»NECKER.»

Coppet 27 de noviembre de 1805.

CARTA DE MAD. DE STAEL.

Francfort 5 de diciembre de 1805.

«¡Ah, Dios mío, *my dear Francis*; cuán profundo dolor me ha causado vuestra carta! Ya ayer había caído sobre mí por los diarios esa espantosa nueva, y vuestra relación desgarradora viene á grabarla para siempre con letras de sangre en mi corazón. ¿Podéis, ¿podéis hablarme de opiniones diversas sobre la religión y sobre sus ministros? ¿Por ventura hay dos opiniones cuando solo existe un sentimiento? No he leído vuestra carta sino regándola con mis lágrimas. Mi querido Francisco, recordad el tiempo en que me profesabais una amistad más viva; no olvidéis aquel en que todo mi corazón era vuestro, y decíais que esos sentimientos, más tiernos, más profundos que nunca, están vivos para vos en el fondo de mi pecho. Amaba, admiraba el carácter de Mad. de Beaumont; no conocía otro más generoso, más agradecido, más apasionadamente sensible. Desde que he entrado en el mundo, no habían cesado mis relaciones con ella, y conocía que, no obstante algunas diferencias, me era vivamente simpática. Mi querido Francisco, dadme un lugar en vuestra vida. Os admiro, os amo, amaba á la que echais de menos. Soy una amiga ardiente; seré para vos una hermana. Mas que nunca debo respetar vuestras opiniones; Mathieu, que participa de ellas, ha sido un ángel para mí en la última pena que acabo de experimentar. Haced que os sea útil ó agradable de algún modo. ¿Os han escrito que había sido

desterrada á cuarenta leguas de París? He aprovechado esta ocasión para visitar la Alemania; pero en la primavera habré vuelto á París, si la termino mi destierro, ó á Ginebra. Haced de manera que nos reunamos. ¿No sentís que mi espíritu y mi alma entienden la vuestra, y que á través de las diferencias de carácter nuestras almas están unidas? Mr. de Humboldt me había escrito hace algunos días una carta, en que me hablaba de vuestra obra con una admiración que os debe lisonjear en un hombre de su mérito y de su opinión. ¡Pero á qué hablaros de vuestros triunfos en semejante momento! ¡Sin embargo, esos triunfos ella los amaba y eran su gloria! Continúa haciendo ilustre al que tanto amó. Adios, mi querido Francisco. Os escribiré desde Weimar en Sajonia. Respondedme con sobre á MM. Desport, banqueros. ¿Cuántas frases desgarradoras hay en vuestra relación! Y la resolución de conservar á la pobre Saint-Germain; la traeréis á mi casa.

»¡Adios tiernamente; dolorosamente adios!

»N. DE STAEL.»

Esta carta, afectuosamente rápida, agitada, escrita por una mujer ilustre, me enterneció nuevamente. ¡Mad. de Beaumont habría sido bien dichosa en aquel momento si el cielo la hubiera permitido renacer! Pero nuestro cariño, que se hace oír de los muertos, no tiene el poder de desatar sus ligaduras: cuando Lázaro se levantó del sepulcro tenía los pies y las manos ligadas con bandas y cubierto el rostro con un sudario; ora bien; la amistad no puede decir como Cristo á Marta y á María:—«Desatadlas y dejad marchar.»

Ellos también, mis consoladores, han pasado, y hoy me piden para sí los pesames que daban á otros.

París 1858.

AÑOS DE MI VIDA 1803 Y 1804.—PRIMERA IDEA DE MIS MEMORIAS.—SOY NOMBRADO MINISTRO DE FRANCIA EN EL VALESADO.—SALIDA DE ROMA.

Hallábame decidido á abandonar la carrera diplomática, en que tantos disgustos personales habían venido á mezclarse con la insustancialidad de mis ocupaciones y con los mezquinos asuntos políticos. Nadie puede comprender la amargura que experimenta el corazón cuando se ve obligado á permanecer solo en los sitios habitados poco antes por una persona que hacía las delicias de su vida. Búscasela, y no se la encuentra; ella os habla, os sonríe, os acompaña; todo cuanto ella ha llevado ó ha tocado reproduce su imagen; no hay entre ella y vos más que un velo trasparente, pero tan pesado, que no se puede levantar. El recuerdo del primer amigo que os ha abandonado sobre el camino es cruel; porque si vuestros días se han prolongado, habéis necesariamente experimentado otras pérdidas; estas muertes que se han ido sucediendo se acumulan á la primera, y lloráis á á la vez en una sola persona todas las que habéis perdido sucesivamente.

Entre tanto que yo tomaba mis disposiciones, prolongadas por la distancia á que me hallaba de Francia, hallábame abandonado sobre las ruinas de Roma. En mi primer paseo todo me parecía cambiado; no reconocía los árboles, ni los monumentos, ni el cielo; me extraviaba en medio de los campos, á lo largo de las cascadas de los acueductos, como en otro tiempo bajo las verdes bóvedas de los bosques del Nuevo-Mundo. Volvía á entrar en la ciudad eterna, que entonces unía á tantas existencias pasadas una nueva existencia destruida.

A fuerza de recorrer las soledades del Tiber, grabáronse tan profundamente en mi memoria, que las

reproducía con bastante exactitud en mi carta á Mr. de Fontanes:

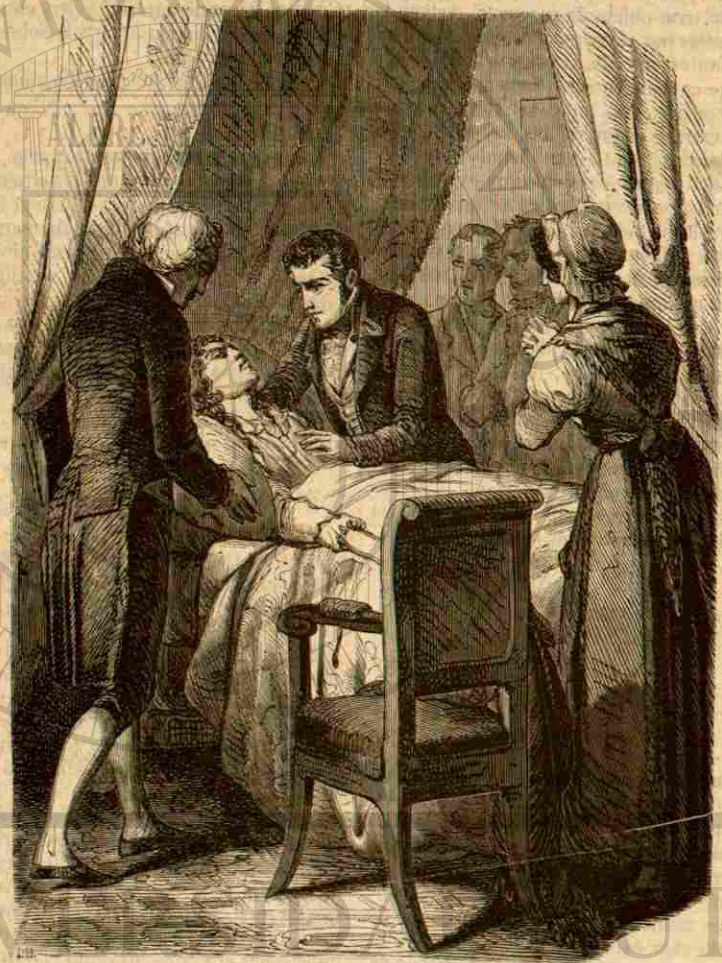
«Si el extranjero es desgraciado, decía; si ha confundido las cenizas que amó con otras tantas cenizas ilustres, ¡con qué placer no pasará desde la tumba de Cecilia Metella á la de una mujer desgraciada!»

En Roma fue también donde concebí por la primera vez la idea de escribir las *Memorias de mi vida*. Guardo aun algunas líneas de ellas, de las que presento estas pocas palabras: «Después de haber andado errante sobre la tierra, pasado los mejores años de mi

juventud lejos de mi país, y sufrido cuanto un hombre puede sufrir, incluso el hambre, volví á París en 1800.»

En una carta dirigida á Mr. Joubert presentaba mi plan del modo siguiente:

«Mi sola felicidad consiste en tener algunas horas para ocuparme en un trabajo, el único que puede dulcificar mis penas; este es las *Memorias de mi vida*. Roma estará comprendida en ellas; solo así puedo ya hablar de Roma. Estad tranquilo; mis *Confesiones* no causarán disgusto á mis amigos: si he de llegar algún día á figurar, mis amigos ocuparán también en



MUERTE DE MADAMA RAUMON.

ei porvenir un lugar tan bello como respetable. No molestaré á la posteridad con los pormenores de mis debilidades; no hablaré de mí sino en la parte que conviene á mi dignidad de hombre, y, me atrevo á decirlo, á la elevación de mi corazón. Al mundo no se le debe presentar sino lo que es bello; no es mentir á Dios el descubrir únicamente la parte de la vida que puede inspirar á nuestros semejantes sentimientos nobles y generosos. Seguramente en el fondo no tengo nada que ocultarme; no he hecho despedir á ninguna criada por el robo de una sortija, ni abandonado á un amigo moribundo en medio de la calle, ni deshonrado á la mujer que me ha acogido, ni entregado mis hijos bastardos á la Inquisición; pero he tenido debilidades,

flaquezas de corazón: una ojeada de compasión sobre mí bastará para hacer comprender al mundo estas miserias humanas, que necesitan estar protegidas por un velo. ¿Qué ganaría la sociedad en la reproducción de estas llagas que la afligen, y que en todas partes se encuentran? No faltan ejemplos cuando se quiere triunfar de la pobre naturaleza humana.»

En este plan que me había trazado olvidaba á mi familia, mi infancia, mi juventud, mis viajes y mi destierro, en cuya narración me he complacido después.

Me había asemejado ó un esclavo feliz que, acostumbrado á poner su libertad en el cepo, no sabe qué hacer de ella cuando ve rotas sus cadenas. Siempre

qué quería abandonarme á mi trabajo, un fantasma llegaba á colocarse delante de mí, y no podía separar de él mis ojos; únicamente la religión me fijaba por su importancia y por las reflexiones de un orden superior que me sugería.

Sin embargo, al ocuparme en la idea de escribir mis *Memorias*, comprendí el valor que los antiguos daban á su nombre: hay tal vez una tierna realidad en esta sucesión de recuerdos que pueden dejarse al pasar. Tal vez entre los grandes hombres de la antigüedad la idea de una vida inmortal en la raza humana ocupaba el lugar de la inmortalidad del alma, que

para ellos era un problema. Si la fama es poca cosa cuando se ciñe meramente á nosotros, es menester convenir, sin embargo, en que es un hermoso privilegio, concedido á la amistad del genio, el dar una existencia imperecedera á todo cuanto él ama. Yo empecé un comentario de algunos libros de la Biblia, principiando por el Génesis. Sobre este versículo: *Hé aquí que Adán ha llegado á ser como uno de nosotros, conocedor del bien y del mal; ahora no conviene que lleve su mano al fruto de la vida, que le coja, que coma de él, y que viva eternamente*: apreciaba yo la imponente ironía del Creador: *Hé aquí*



BONAPARTE.

que Adán ha llegado á ser como uno de nosotros, etc... No conviene que el hombre lleve su mano al fruto de la vida. ¿Por qué? Porque ha gustado el fruto de la ciencia, y conoce el bien y el mal; ahora se halla agobiado de males; por lo tanto, no conviene que viva eternamente. ¿Qué bendadoso ha sido Dios en conceder la muerte!

Hay en el mismo comentario oraciones empezadas; unas para las *aflicciones del alma*, otras para *fortificarse contra la prosperidad de los malos*: procuraba reunir en un centro de reposo los pensamientos errantes fuera de mí.

Como Dios no quería concluir allí mi vida, reser-

vándola para largas pruebas, las tempestades que es habían levantado se calmaron. Repentinamente el cardenal embajador cambió de comportamiento conmigo: tuvimos una explicación, en la que le declaré mi resolución de retirarme. Opúsose diciendo que mi dimisión en aquel momento parecería una caída; que llenaría de júbilo á mis enemigos; que el primer consul se incomodaría, lo cual me impediría el vivir tranquilo en el sitio á que quisiera retirarme. Me propuso el ir á pasar quince días ó un mes en Nápoles.

En esta misma coyuntura, la Rusia me sondeaba para saber si aceptaría el puesto de ayo de un gran duque: solo á Enrique V hubiera yo hecho, en todo

caso, el sacrificio de los últimos años de mi vida. En tanto que fluctuaba entre mil partidos diversos, recibí la noticia de que el primer cónsul me había nombrado ministro plenipotenciario en el Valesado. Había al principio dado algún crédito á mis detractores; pero volviendo á la razón, comprendí que yo pertenecía á la raza de hombres que no sirve más que para estar en primer término; que no debía asociarme á nadie si quería sacar algún partido de mí. No había plaza alguna vacante; creó una, escogiéndola en conformidad á mis instintos de aislamiento é independencia; me colocó en los Alpes, y me dió una república católica en medio de un mundo de torrentes; el Ródano y nuestros soldados se cruzaban á mis pies; el primero descendiendo hácia la Francia; los segundos subiendo hácia Italia; el Simplon abría delante de mí su atrevido camino. El cónsul se obligaba á concederme todas las licencias que pidiera para viajar por Italia, y Mad. de Bacciocchi me mandaba á decir por conducto de Fontanes que me estaba reservada la primera gran embajada disponible. Obtuve, pues, esta primera victoria diplomática, sin esperarla y sin desearla; verdad es que se hallaba á la cabeza del Estado un hombre de elevada inteligencia, que no quería abandonar á intrigas de oficina á otra inteligencia que veía dispuesta á separarse del poder.

Esta observación es tanto más exacta, cuanto que el cardenal Fesch, á quien hago en las presentes *Memorias* una justicia con la cual no debía él contar, había enviado pliegos á París poco favorables á mi persona, casi en el mismo momento en que mudó de conducta conmigo, después de la muerte de Mad. de Beaumont. ¿Su verdadero pensamiento hallábase en sus conversaciones, cuando me daba permiso para ir á Nápoles, ó en sus misivas diplomáticas? Conversaciones y misivas de la misma fecha se hallaban en contradicción. De mí únicamente hubiera dependido el poner de acuerdo consigo mismo al señor cardenal, haciendo desaparecer hasta las huellas de las comunicaciones que trataban de mí; bastábame sacar de los legajos, cuando fui ministro de Negocios Extranjeros, las elucubraciones del embajador, y no habría hecho más que lo que hizo Mr. de Talleyrand con su correspondencia con el emperador. Pero no creí tener derecho para usar del poder en beneficio mio. Si alguna vez se registran aquellos documentos, se hallarán en su sitio. Tal vez esta manera de obrar sea una necesidad perjudicial; pero para no hacer mérito de una virtud que no tengo, es menester que se sepa que el haber respetado esas correspondencias de mis detractores depende más de mi desprecio que de mi generosidad. También he visto en los archivos de la embajada francesa en Berlín cartas del señor marqués de Bonnay, ofensivas á mi persona, y lejos de hacer un misterio de ellas, las daré á conocer.

El señor cardenal Fesch no guardaba más consideraciones conmigo que con el pobre abate Guillon (obispo de Marruecos), á quien se señalaba como *agente de Rusia*. De la misma manera llamaba Bonaparte á Mr. Lainé *agente de Inglaterra*, porque aquel grande hombre había aprendido de los informes de la policía á entretenerse en esta especie de chismes. Pero por ventura, ¿no podía objetarse nada contra el mismo Mr. Fesch? ¿Qué caso hacía de él su propia familia? El cardenal de Clermont-Tonnerre se hallaba en Roma como yo en 1803; y ¿qué de cosas no escribió sobre el tío de Napoleon? Aun conservo las cartas. Por lo demás, ¿á quién interesan ya estas pequeñeces, sepultadas hace cuarenta años en unos legajos carcomidos? De los diversos actores que figuraron en aquella época, uno sobrevivirá, Bonaparte. Todos los demás que aspiramos á la vida estamos ya muertos. ¿Quién lee el nombre del insecto al débil resplandor que suele dejar tras sí cuando rastrea?

Posteriormente, el cardenal Fesch me vió de em-

bojador cerca de Leon XII. Dióme pruebas de aprecio y por mi parte procuré anticiparme á ellas y tratarle con deferencia. Bien mirado, es muy natural que se me haya juzgado con una severidad con que yo mismo me trato. Todo esto tiene una antigüedad fabulosa: hoy día ni aun quiero conocer la letra de los que en 1803 sirvieron de secretarios, oficiales ú oficiosos al cardenal Fesch.

Sali para Nápoles, y allí viví un año sin Mad. de Beaumont. Año de ausencia al cual debían seguir tantos otros. No he vuelto á ver á Nápoles desde aquella época, á pesar de que en 1827 llegué hasta sus puertas con intención de visitarle, en compañía de Mad. de Chateaubriand. Los naranjos estaban cargados de fruta, y los mirtos de flores. Las bahías, los campos Eliseos y el mar tenían encantos que ya no podía yo comunicar á nadie. En los *Mártires* he descrito la bahía de Nápoles. Subí al Vesubio, y bajé hasta su cráter. En esto no hice más que plagiarle; representaba la escena del *René*. En Pompeya me enseñaron un esqueleto cargado de cadenas, y varias frases latinas escritas con mala ortografía por los soldados sobre las paredes. Regresé á Roma: Cánova me concedió la entrada en su taller, al tiempo que trabajaba en la estatua de una ninfa. A otro lado estaban los modelos de las esculturas sepulcrales que le había encargado, las cuales estaban ya muy adelantadas. De allí fui á San Luis á rezar sobre unas cenizas, y en 21 de enero de 1804, día también desgraciado para mí, salí en dirección á París.

¡Cuán grande es la miseria humana! Treinta y cinco años han pasado desde la fecha de estos sucesos. En medio de mi dolor me lisonjeaba yo en aquellos lejanos días de que el lazo que acababa de romperse sería el último que contrajera: y sin embargo, ¡qué pronto he reemplazado, ya que no olvidado, el objeto de mi cariño! Así va el hombre de flaqueza en flaqueza; cuando es jóven y lleva por delante su vida, todavía le queda una sombra de excusa; pero cuando amarrado á su yugo la arrastra penosamente tras de sí, ¿cómo se cohonestará su conducta? Es tal la indignidad de nuestra naturaleza, que, afligidos por nuestros transitorios achaques, al pretender expresar nuestros nuevos afectos, no podemos emplear otras palabras que las que hemos empleado en los antiguos. Y sin embargo, hay expresiones que no debieran servir más de una vez, y que se profanan repitiéndose. Las amistades que vendimos ó abandonamos nos echan continuamente en cara las nuevas relaciones que hemos contraído; nuestras horas se acusan unas á otras; la vida es un perpetuo sonrojo, porque es una culpa continua.

París 1838.

Revisado en 22 de febrero de 1845.

AÑO DE MI VIDA 1804.—REPÚBLICA DEL VALESADO.—VISITA AL PALACIO DE LAS TULLERÍAS.—PALACIO DE MONTMORIN.—OIGO PREGONAR LA MUERTE DEL DUQUE DE ENGHEN.—PRESENTO MI DIMISION.

Como no pensaba detenerme en París, me apeé en el *hotel* de Francia, calle de Beaune, adonde fue madama de Chateaubriand á reunirse conmigo para marchar juntos al Valais. Mis antiguas relaciones, ya medio dispersas, habían perdido el lazo que las reunía.

Bonaparte caminaba hácia el imperio; su genio se elevaba según iban creciendo los acontecimientos, y podía, como la pólvora al dilatarse, trastornar el mundo. Inmenso ya y conociendo no obstante que aun no había llegado al apogeo, sentíase atormentado por sus propias fuerzas. Marchaba á tientas, y parecía como que buscaba un camino. Cuando llegué á París, se las había con Pichegru y Moreau, á quienes había con-

senti lo en admitir por rivales, llevado de una mezquina envidia. Moreau, Pichegru y Jorge Cadoudal, que era muy superior á los dos anteriores, fueron reducidos á prision.

Ese enjambre vulgar de conspiraciones que se ven en todos los negocios de la vida no cuadraba á mi naturaleza, y con gran placer aproveché la ocasión de refugiarme á las montañas.

El consejo municipal de Sion me dirigió una carta; su sencillez me ha hecho mirarla como un importante documento; entraba yo en la política por la religión; *El Genio del Cristianismo* me abría las puertas.

Republica del Valesado.

Sion 20 de febrero de 1804.

EL CONSEJO MUNICIPAL DE SION.

«A Mr. de Chateaubriand, secretario de legacion de la república francesa en Roma:

» Señor secretario:

» Por una carta oficial de nuestro gran bailio hemos sabido vuestro nombramiento para ocupar el puesto de ministro de Francia cerca de esta república, y nos apresuramos á manifestaros el especial placer que semejante elección nos causa. En vuestro nombramiento vemos una preciosa prenda de la benevolencia del primer cónsul para con nuestra república, y felicitándonos por el honor de poseeros en nuestros muros, consideramos esta circunstancia como uno de los más felices agüeros para el bienestar de nuestra patria y de nuestra capital. Como una muestra de estos sentimientos, hemos acordado que se os prepare un alojamiento provisional digno de recibiros y provisto de muebles y efectos adecuados á vuestro uso, hasta el punto que las circunstancias y la localidad lo permitan, interin podeis vos mismo dictar las disposiciones convenientes.

» Tened á bien aceptar esta oferta como una prueba de nuestras sinceras intenciones de honrar al gobierno francés en la persona de su enviado, cuya elección debe ser particularmente grata á un pueblo desgraciado. Desearíamos que os sirviérais avisarnos con anticipación de vuestra llegada á esta ciudad.

» Recibid la seguridad de nuestra respetuosa consideración.

» El presidente del consejo municipal de Sion,

» DE RIEMALTEN.

» Por el consejo municipal.

» El secretario,

» DE SORRENTE.»

Dos días antes del 20 de marzo me vestí para ir á despedirme de Bonaparte en las Tullerías; no le había vuelto á ver desde la entrevista de casa de Luciano. La galería en que daba audiencia estaba llena de gente; hallábase acompañado de Murat y del primer ayudante de campo; pasaba casi sin detenerse. A medida que se acercaba á mí me sorprendía la alteración de su semblante; sus mejillas estaban hundidas y lividas, su mirada torva, su tez pálida, su aspecto sombrío y terrible. Cesó desde aquel momento la simpatía que al principio tuve hácia él; en vez de permanecer en el sitio por donde debía pasar, di unos pasos atrás para evitar su encuentro. Me dirigió una mirada como procurando reconocermé, dió algunos pasos hácia mí y después se volvió y se alejó. ¿Era yo por ventura á

sus ojos una reconvencción? Su ayudante de campo reparó en mí; perdido entre la muchedumbre que me rodeaba, me seguía con la vista y arrastraba al cónsul hácia el sitio en que me hallaba. Esta maniobra continuó por espacio de un cuarto de hora; yo retirándome siempre, Napoleon siguiéndome sin saberlo. Nunca me he podido explicar la causa de esto. ¿Me creía tal vez un hombre sospechoso sin conocerme? ¿Quería, conociéndome, obligar á Bonaparte á que me hablase? Sea de esto lo que quiera, Napoleon pasó á otra habitación. Satisfecho yo con haber cumplido presentándome en las Tullerías, me retiré. Al ver la alegría que siempre he experimentado al salir de un palacio, es evidente que no he nacido para entrar en ellos.

De vuelta al *hotel* de Francia dije á muchos de mis amigos: — «Preciso es que suceda alguna cosa muy extraña, porque Napoleon no puede haber cambiado tanto, á menos de hallarse enfermo.»

Mr. Burienne tuvo noticias de mi singular profecía solamente que ha equivocado la fecha: hé aquí lo que dice: — «Volviendo de casa del primer cónsul, Mr. de Chateaubriand dijo á sus amigos que había notado en el primer cónsul una gran alteración y algo de siniestro en sus miradas.»

Si, lo noté efectivamente; una inteligencia superior no comprende nada malo sin dolor, porque el mal no es hijo natural de ella, y nunca debería producirlo.

El día 20 me levanté muy temprano, á causa de un recuerdo tan triste como querido: Mr. de Montmorin había hecho edificar un palacio á lo último de la calle de Phunet, en el baluarte nuevo de los Inválidos. En el jardín de este palacio, vendido durante la revolución, Mad. de Beaumont, siendo casi niña, había plantado un ciprés, y muchas veces al pasar por allí se complacía en enseñármelo. Fui á despedirme de este ciprés, cuyo origen y cuya historia era solamente conocida por mí. Aun existe; pero sus ramas enfermizas se elevan apenas á la altura de la ventana, bajo la cual una mano que no volverá á hacerlo cuidaba de su cultivo. Siempre he tenido por este pobre árbol una particular predilección, distinguiéndole entre tres ó cuatro de su especie; parece como que me conoce y que se alegra cuando me aproximo á él; las brisas melancólicas hacen inclinar ante mí su amarillenta cabeza, produciendo un triste murmullo ante la ventana de la abandonada habitación: misteriosa inteligencia que existe entre nosotros y que cesará con la muerte de uno de los dos.

Habiendo pagado mi piadoso tributo, volví á cruzar el baluarte y la esplanada de los Inválidos; atravesé por el puente de Luis XVI y el jardín de las Tullerías, de donde salí por la verja que da hoy á la calle de Rivoli. Allí, como entre once y doce de la mañana, oí á un hombre y á una mujer que gritaban vendiendo una noticia oficial; los transeúntes se detenían petrificados al escuchar estas palabras: — «Sentencia de la comisión militar especial convocada en Vincennes, que condena á la pena de muerte al llamado Luis Antonio Enrique de Borbon, nacido en Chantilly el 2 de agosto de 1772.»

Este grito me hirió como un rayo; cambió mi vida del mismo modo que cambió la de Napoleon. Entré en mi casa, y dije á Mad. de Chateaubriand: — «El duque de Enghien acaba de ser fusilado.» Me senté delante de una mesa, y me puse á escribir mi dimisión. Mad. de Chateaubriand no se opuso, y me vió redactarla con un gran valor. No desconocía ella el peligro que corría: trabajábase en el proceso del general Moreau y de Jorge Caudadal: el león había probado la sangre, y no era aquel el momento de incitarle.

Mr. Clausel de Coussergues llegó en aquel momento; había oído también pregonar la sentencia. Me encontró con la pluma en la mano: mi carta, de la

que me hizo suprimir algunas frases algo duras, en atención á Mad. de Chateaubriand, partió para su destino; estaba dirigida al ministro de Negocios Extranjeros. Poco importaba su redacción: mi opinión y mi crimen consistían en el acto de dimitir: Bonaparte no se engañó. Mad. Bacciocchi estalló de cólera al saber lo que llamaba mi *defección*; me mandó llamar, y me hizo las mas vivas reconvenciones. Mr. de Fontanes casi enloqueció de miedo el primer momento: me creyó fusilado cuando menos, así como todas las personas que me eran adictas. Por espacio de muchos dias mis amigos estuvieron temiendo verme prender por la policía; presentábanse en mi casa de hora en hora, temblando siempre que se acercaban al cuarto del portero. Monsieur Pasquier vino á abrazarme al dia siguiente de mi dimisión, diciéndome que se consideraba dichoso en tener un amigo como yo. Este permaneció bastante tiempo en una honrosa medianía, alejado de los negocios públicos.

Sin embargo, este movimiento simpático que nos hace objeto de alabanzas por una acción generosa, se contuvo. En nombre de la religión habia yo aceptado un empleo fuera de Francia, empleo que me habia conferido un genio poderoso, vencedor de la anarquía, un jefe emanado del principio popular, el *cónsul* de una república, y no un rey. Continuación de una *monarquía* usurpada, al principio me hallaba aislado en mi sentimiento, porque era consecuente con mi conducta; me retiré cuando se modificaron las condiciones á que podía yo suscribir; pero en el instante que el héroe se convirtió en asesino, se precipitaron en sus antecámaras. Seis meses despues del 20 de marzo, hubiérase creído que no habia mas que una opinión en la alta clase de la sociedad, con alguna que otra excepcion, que solo se manifestaba á escondidas.

Los personajes *caídos*, pretendían haber sido *forzados* y no se *forzaba*, segun ellos decían, sino á los que tenían un gran nombre ó una alta importancia, y cada uno, con el objeto de probar su importancia ó sus cuarteles, obtenía el ser *forzado* á fuerza de solicitudes.

Los que mas me habian elogiado antes se alejaron de mí; mi presencia era para ellos una acusación: las personas *prudentes* hallan una imprudencia en ceder ante el honor. Hay momentos en que la elevación de alma es una verdadera enfermedad; nadie la comprende; pasa por una limitación de talento, por una preocupación, por una mala inteligencia de educación, por una locura, por una obcecación que impide ver las cosas como son; obcecación honrosa tal vez, dicen, pero que no por eso deja de ser un estúpido idiotismo. Esa capacidad, ¿puede dársele á la persona que no ve nada y que permanece extraña á la marcha del siglo, al movimiento de las ideas, á la transformación de las costumbres, á los progresos de la sociedad? ¿No es una lastimosa equivocación el dar á los acontecimientos una importancia que no tienen? Amurallados en vuestros estrechos principios, con el espíritu tan escaso como el juicio, os hallais como una persona que vive en un cuarto interior, no teniendo mas vista que la de un estrecho patio, ignorando cuanto pasa en la calle, y no oyendo el ruido que reina enrededor. Hé aquí á lo que os conduce un poco de independencia, siendo objeto de lástima para las medianías: porque en cuanto á los espíritus fuertes para el afectuoso orgullo y para los ojos sublimes, *oculos sublimes*, su desden misericordioso os perdona sabiendo que *no podeis comprender*. Así fue que me volví á dedicar con mas ahínco á la carrera literaria. ¡Pobre Píndaro destinado á cantar en mi primer olimpiada la *excelencia del agua*, dejando el vino á los bienaventurados.

La amistad rindió el corazón de Mr. de Fontanes; Mad. Bacciocchi interpuso su benevolencia entre la

cólera de su hermano y mi resolución; Mr. de Talleyrand, sea por cálculo ó por indiferencia, retuvo por mucho tiempo mi dimisión antes de dar cuenta de ella: cuando la anunció á Bonaparte, habia ya tenido este tiempo suficiente para reflexionar. Al recibir de mi parte la única y directa muestra de acusación de un hombre probo que no temia su cólera, pronunció únicamente estas dos palabras: «Está bien.» Algun tiempo despues dijo á su hermana: «Confesad que habeis tenido miedo por vuestro emigo.» Mucho tiempo despues, hablando con Mr. de Fontanes, le confesó que mi dimisión era una de las cosas que mas le habian sorprendido. Mr. de Talleyrand me hizo mandar una comunicación, en que me reprendía con mucha amabilidad por haber privado á su departamento de mis talentos y de mis servicios. Devoívi los adelantos que se me habian hecho para mi embajada, y todo concluyó en apariencia. Pero al aventurarme á separarme de Bonaparte, me habia colocado á nivel suyo, y este se hallaba animado contra mí de toda su mala fe; del mismo modo que yo me habia armado contra él de toda mi lealtad. Hasta su caída tuvo la espada suspendida sobre mi cabeza; pensaba algunas veces en mí por un natural instinto, y procuraba buscar un medio para mezclarme en sus fatales prosperidades: á veces me inclinaba ante él llevado de la admiración que me inspiraba, por la idea de que presenciaba una transformación social y no un mero cambio de dinastía; pero en constante oposición sobre muchos puntos, nuestras dos naturalezas se chocaban á su vez; y si es cierto que él me hubiera hecho fusilar de muy buena gana, también lo es que al matarlo no hubiera tenido yo mucho sentimiento.

La muerte es la que hace ó destruye una grande posición; ella detiene al hombre en el abismo en que se va á hundir, ó en la altura á que se halla próximo á levantarse: todo es una misión cumplida ó no cumplida; en el primer caso, se sujeta á examen lo que ha sido; en el segundo, se hacen conjeturas sobre lo que hubiera podido ser.

Si hubiese únicamente consultado mi ambición, me habria seguramente equivocado. Carlos X no supo hasta Praga lo que yo hice en 1805; volvía entonces de la monarquía. «Chateaubriand, me dijo en el palacio de Hradschin: ¿habeis servido á Bonaparte?—Sí, señor.—¿Hicisteis vuestra dimisión á la muerte del duque de Enghien?—Sí, señor.» La desgracia devuelve la memoria. Os he referido ya que cierto dia en Londres, habiéndome refugiado con Mr. de Fontanes bajo una calle de árboles durante un aguacero, el duque de Borbon se acogió bajo la misma; en Francia su valiente padre y él, que tantas acciones de gracias prodigaban á cualquiera que escribía la oración fúnebre del duque de Enghien, no me han consagrado un solo recuerdo. Sin duda ignoraban mi conducta. Verdad es que jamás le hablé de ella.

Chantilly, noviembre de 1858.

MUERTE DEL DUQUE DE ENGHEN.

Como de las aves de paso, se apodera de mí en el mes de octubre una desazon, que me obligaría á cambiar de clima, si me fuera dable disponer del poder de las alas y de la ligereza de las horas: las nubes que cruzan el cielo me causan envidia. Con el objeto de engañar este instinto me refugié en Chantilly. Anduve allí errante sobre la verde alfombra de yerba: algunas cornejas volando sobre los vallados, los árboles y las esplanadas me llevaron hasta los estanques de Commelle. La muerte habia arrebatado á los amigos que me acompañaron en otro tiempo al palacio de la reina Blanca. Aquellos sitios y aquellas soledades no eran para mí mas que un triste horizonte entreabierto un momento ante mí. En los tiempos de

René hubiera yo hallado los misterios de la vida en el arroyo de la Fhève: oculta este su corriente entre el musgo y las espigas: hállase rodeado de cañaverales, y muere en los estanques que alimenta su juventud, siempre espirante y siempre rejuvenecida: estas aguas me encantaban cuando llevaba conmigo los fantasmas que me sonreían á pesar de su melancolía, y que me complacía yo en adornar de flores.

Volviéndome á lo largo de los setos, apenas crecidos, me sorprendió la lluvia; me refugié bajo una haya; sus últimas hojas desaparecían como mis años, su cima se despojava como mi cabeza: estaba marcado el tronco con un círculo encarnado, para ser derribado como yo. Habiendo entrado en la posada con una porción de plantas de otoño y en una disposición poco favorable á la alegría, os haré la narración de la muerte del duque de Enghien, á vista de las ruinas de Chantilly.

Esta muerte por el pronto heló de espanto todos los corazones: vióse próxima la vuelta del reinado de Robespierre. Paris creyó volver á presenciar uno de esos dias que se ven una vez sola: el dia de la ejecución de Luis XVI. Los partidarios, los amigos, los parientes de Bonaparte, hallábanse consternados. En el extranjero, si el lenguaje diplomático ahogó repentinamente la sensación popular, no por eso conmovió menos á la multitud. En la familia desterrada de los Borbones el golpe fue terrible: Luis XVIII devolvió al rey de España la condecoración del Toison de oro que Bonaparte acababa de recibir: esta devolución fue acompañada de la siguiente carta, que hace honor seguramente á la mano que la escribió:

«Señor y caro primo: Nada puede haber de comun entre mí y el gran criminal á quien la audacia y la fortuna han colocado sobre un trono que ha tenido la barbarie de manchar con la sangre de un Borbon, del duque de Enghien. La religión puede arrastrarme á perdonar á un asesino; pero el tirano de mi pueblo debe siempre ser enemigo mio. La Providencia en sus altos fines puede condenarme á terminar mis dias en el destierro; pero jamás mis contemporáneos ni la posteridad podrán decirme que en el tiempo de la adversidad me he mostrado indigno de ocupar hasta el postrer suspiro el trono de mis antepasados.»

Preciso es no olvidar otro nombre que se asocia al del duque de Enghien: Gustavo Adolfo el destronado, el desterrado, fue el único de los reyes reinantes entonces que osó alzar la voz para salvar al jóven príncipe francés. Expidió desde Carlsruhe un ayudante de campo portador de una carta dirigida á Bonaparte; esta llegó demasiado tarde: el último de los Condés habia cesado de existir. Gustavo Adolfo devolvió al rey de Prusia el cordon del Aguila negra, como Luis XVIII habia devuelto el Toison al rey de España. Decía Gustavo al heredero de Federico el Grande: «Que con arreglo á las *leyes de la caballería*, no podía él consentir en ser hermano de armas del asesino del duque de Enghien.» (Bonaparte tenia el cordon del Aguila negra). ¡Hay un amargo sarcasmo en estos recuerdos inusitados de caballería, extinguidos en todas partes, excepto en el corazón de un rey desgraciado hácia un amigo asesinado; nobles simpatías del infortunio, que viven aisladas sin ser comprendidas en un mundo ignorado de los hombres!

¡Ay! habiamos pasado al través de una porción de despotismos diferentes; nuestros caracteres, dominados por una sucesión de desgracias y de opresiones, no tenían bastante energía para llevar luto demasiado tiempo por la muerte del jóven Condé; poco á poco las lágrimas se agotaron: el miedo se desahogó en felicitaciones por los peligros de que el primer cónsul acababa de pasar y al fin lloró de reconocimiento al ver que este se habia salvado con un tan santo sacrificio. Neron escribió al senado una carta, redactada por Séneca, que hacia la apología del asesinato de

Agripina; los senadores, entusiasmados, colmaron de bendiciones al hijo magnánimo que no habia temido arrancarse el corazón con un parricidio tan salutar. La sociedad volvió muy pronto á entregarse á los placeres; asustábase ella misma de su luto; despues del terror, las víctimas que habian escapado bailaban y se esforzaban en aparecer dichosas, y temiendo ser tenidas por culpables de memoria, tenían la misma alegría que al subir al patíbulo.

No sin objeto y no sin precaucion se prendió al duque de Enghien: Bonaparte habia tomado una nota exacta del número de los Borbones que habia en Europa. En un consejo, á que fueron llamados Mr. de Talleyrand y Mr. Fouché, se expuso que el duque de Angulema se hallaba en Varsovia con Luis XVIII; el conde de Artois y el duque de Berry en Londres, con los príncipes de Condé y de Borbon. El menor de los Condé se hallaba en Ettenheim, en el ducado de Baden. Se reconoció que los Sres. Taylor y Drake, agentes ingleses, habian renovado las intrigas por este lado. El duque de Borbon, con fecha 10 de junio de 1803, puso en salvo contra una prisión probable á su nieto por medio de una carta dirigida de Londres, y que se conserva. Bonaparte llamó á su lado á los dos cónsules, sus colegas. Dió primero amargas quejas á Mr. Real, por haberle dejado ignorar lo que contra él se proyectaba: escuchó pacientemente las excusas: Cambaceres fue quien se expresó con mas energía. Bonaparte le dió las gracias, y fue mas allá que él. He visto esto en las memorias de Cambaceres, que uno de sus sobrinos, Mr. de Cambaceres, par de Francia, tuvo la bondad de dejarme consultar, por lo que le estaré siempre sumamente reconocido. La bomba, lanzada una vez, no vuelve al sitio de partida; va hácia el sitio adonde se la envía y cae. Para ejecutar las órdenes de Bonaparte era preciso violar el territorio de Alemania, y el territorio de Alemania fue inmediatamente violado. El duque de Enghien fue preso en Ettenheim. Se encontró á su lado, en vez del general Dumouriez, al marqués de Tumery y á algunos otros emigrados de poca nombradía: esto debiera haber advertido de la equivocación. El duque de Enghien fue conducido á Strasburgo. El principio de la catástrofe de Vincennes nos fue referido por el mismo príncipe en un diario de camino desde Ettenheim á Strasburgo: el héroe de la tragedia se adelanta al proscenio, y pronuncia el siguiente prólogo:

DIARIO DEL DUQUE DE ENGHEN.

«El jueves, 15 de marzo, dice el príncipe, fue cercada mi casa en Ettenheim por un destacamento de dragones y por piquetes de gendarmería, total como hasta unos doscientos hombres, dos generales, el coronel de dragones, y el coronel Charlot de la gendarmería de Strasburgo, á eso de las cinco de la mañana. A las cinco y media, habiendo derribado las puertas, fui conducido al molino, cerca del tejar. Se apoderaron de mis papeles, sellándolos. Conducido en un carro, entre dos filas de soldados, fui así llevado hasta el Rhin. Embarcáronme despues para Rhisnan. Habiendo desembarcado, fui á pie hasta Pfortsheim. Almorcé en la posada. Subiéronme despues en un carruaje con el coronel Charlot, con el comandante de la gendarmería del distrito, un gendarme en el pescante, y Grunstein. Llegué á Strasburgo, á casa del coronel Charlot, á las cinco y media de la tarde. Media hora despues fui conducido en un fiacre á la ciudadela.

»Domingo 18. Acaban de hacerme levantar á la una y media de la mañana. No me dejan mas que el tiempo preciso para vestirme. He abrazado á mis desgraciados compañeros, á mis géntes. Salgo únicamente

acompañado de dos oficiales de gendarmería y dos soldados del mismo cuerpo. El coronel Charlot me anunció que íbamos á casa del general de division, quien habia recibido órdenes de París. En vez de esto me halló con un carruaje de camino con seis caballos en la plaza de la iglesia. El subteniente Petermann subió á mi lado; el comandante del distrito, Blitersdorff, en el pescante; dos gendarmes dentro y otro fuera.»

Aquí el naufrago, próximo á sumergirse, interrumpió su diario.

Habiendo llegado á eso de las cuatro de la tarde ante una de las barreras de la capital; adonde desemboca el camino de Strasburgo, el carruaje, en vez de entrar en París, siguió el boulevard exterior, y se detuvo en el fuerte de Vincennes. El príncipe bajó del carruaje en el patio interior, y fue conducido á una habitacion de la fortaleza, donde le encerraron, quedándose dormido al poco tiempo.

A medida que el príncipe se iba acercando á París, Bonaparte afectaba una tranquilidad que no tenia. El 18 de marzo partió para Malmaison: era el domingo de Ramos. Mad. Bonaparte, que, como toda su familia, se hallaba instruida de la prision del príncipe, le habló de ella. Bonaparte le dijo: «Tú no sabes nada de política.» El coronel Savary habia llegado á obtener el favor de Bonaparte; ¿y por qué? Porque le habia visto llorar en Marengo. Los hombres excepcionales deben desconfiar de sus lágrimas, que les ponen al nivel de los hombres vulgares. Las lágrimas son una de esas debilidades por las que un testigo puede hacerse dueño de las resoluciones de un gran hombre.

Asegúrase que el primer cónsul hizo redactar todas las órdenes para Vincennes. Decía una de estas órdenes que si la sentencia resultase ser una sentencia de muerte, debía ser ejecutada al momento. Creo esto, aunque no lo puedo afirmar, puesto que aquellas órdenes han desaparecido: Mad. de Remusat, que en la noche del 20 de marzo jugaba al ajedrez en Malmaison con el primer cónsul, le oyó recitar por lo bajo algunos versos sobre la clemencia de Augusto; creyó aquella por un momento que se habia salvado el príncipe. Pero no, el destino habia pronunciado su oráculo. Cuando Savary volvió á aparecer en Malmaison, Mad. Bonaparte adivinó toda la desgracia. El primer cónsul se encerró solo por espacio de muchas horas. Despues sopló el viento, y todo se concluyó.

NOMBRAMIENTO DE LA COMISION MILITAR.

Una orden de Bonaparte del 29 ventoso, año XII, habia mandado que se reuniese en Vincennes una comision militar, compuesta de siete individuos nombrados por el general gobernador de París (Murat), para juzgar al llamado duque de Enghien, acusado de haber hecho armas contra la república, etc.

Con arreglo á este decreto, el mismo dia 29 ventoso Joaquín Murat nombró para la dicha comision á los siete militares siguientes:

El general Hulin, que mandaba á los granaderos de á pié de la guardia de los cónsules, presidente.

El coronel Guitton, comandante del primer regimiento de coraceros.

El coronel Bazancourt, comandante del 4.º regimiento de infantería ligera.

El coronel Ravier, comandante del 18.º regimiento de infantería de línea.

El coronel Barrois, comandante del 6.º regimiento de infantería de línea.

El coronel Rabbe, comandante del 2.º regimiento de la guardia municipal de París.

El ciudadano Autancourt, mayor de la gendarmería, que desempeñaba las funciones de capitan-fiscal.

INTERROGATORIO DEL CAPITAN-FISCAL.

El capitan Autancourt, el jefe de escuadron Jacquín, de la legion de preferencia, dos gendarmes de á pié del mismo cuerpo, Lerva, Tharsis y el ciudadano Noiro, teniente del mismo cuerpo, se presentaron en la habitacion del duque de Enghien; despertáronle; no debia esperar sino cuatro horas para volver á su sueño. El capitan-fiscal, acompañado de Molin, capitan del 18.º regimiento, escribano nombrado por el citado fiscal, interrogó al príncipe.

Preguntándole por sus nombres, apellidos, edad y lugar de su nacimiento:

Respondió llamarse Luis Antonio Enrique de Borbon, duque de Enghien, nacido el 2 de agosto de 1772 en Chantilly.

Preguntado que en qué punto habia residido desde su salida de Francia:

Respondió: que despues de haber seguido á su familia, y habiéndose formado el ejército de Condé, habia hecho toda la guerra, y que antes de esto habia hecho la campaña de 1792 en Brabante con el ejército de Borbon.

Preguntado si habia pasado á Inglaterra, y si esta potencia le continuaba dando alguna pensión:

Respondió: que nunca habia estado en ella; que la Inglaterra le daba una pensión; y que solo contaba con ella para vivir.

Preguntado por el grado que ocupaba en el ejército de Condé:

Respondió: comandante de la vanguardia antes de 1796; antes de esta campaña voluntario en el cuartel general de su abuelo, y siempre desde 1796 comandante de la vanguardia.

Preguntado si conocia al general Pichegru, y si habia tenido relaciones con él:

Respondió: no me acuerdo de haberle visto jamás. No he tenido con él relacion alguna. Sé que ha deseado verme, y me doy el parabien de no haberle conocido, si es cierto que se ha querido valer de medios tan viles como se asegura.

Preguntado si conocia al ex-general Dumouriez y si habia estado en relaciones con él:

Respondió que no.

De lo cual se tomó acta, firmada por el duque de Enghien, por el jefe del escuadron Jacquín, por el subteniente Noiro, por los dos gendarmes y por el capitan-fiscal.

Antes de firmar el presente proceso verbal, el duque de Enghien dijo: «Pido con instancia tener una audiencia particular con el primer cónsul. Mi nombre, mi rango, mi modo de pensar y la posicion horrible en que me hallo me hacen esperar que no se negará á mi deseo.»

SESION Y SENTENCIA DE LA COMISION MILITAR.

«A las dos de la mañana del dia 21 de marzo el duque de Enghien fue conducido á la sala en que se hallaba reunida la comision, y repitió lo que habia dicho en el interrogatorio del fiscal. Ratificó e en su declaracion: añadió que estaba pronto á hacer la guerra, y que deseaba tomar parte en la nueva guerra de la Inglaterra contra Francia.

«Habiéndole preguntado si tenia alguna cosa que decir sobre sus medios de defensa, respondió que nada mas tenia que hablar:

«El presidente hizo retirar al acusado: el consejo deliberó en sesion secreta; el presidente recogió los votos, empezando por el individuo de menor graduacion; despues, habiendo él emitido el último su opinion, por unanimidad de votos se declaró al duque de Enghien culpable, y se le aplicó el artículo..... de la ley de..... concebido en estos términos...

.....y en su consecuencia le condenó á la pena de muerte. Se decidió que la presente sentencia fuese cumplida inmediatamente despues de las diligencias del capitan-fiscal, y despues de haberse hecho lectura de ella ante el condenado á presencia de los diferentes destacamentos de los cuerpos de la guarnicion.

«Aprehendido y juzgado en el dia mes y año arriba citados.»

Detrás de aquel sepulcro abierto, ocupado y cerrado, vinieron diez años de olvido, de alegría general y de gloria; la yerba creció al ruido de las salvas, que anunciaban las victorias á la luz de las iluminaciones que alumbraban la consagracion pontifical, el casamiento de la hija de los Césares ó el nacimiento del rey de Roma. Unicamente algunas personas tristes andaban errantes por los bosques, atreviéndose furtivamente á dirigir una mirada á aquellas cenizas, en tanto que algunos presos las veian desde lo alto de la torre que los encerraba. Llegó la restauracion: removiése la tierra de la tumba, y con ella las conciencias; cada uno de por sí creyó entonces deber explicar su conducta. Mr. Dupin, mayor, publicó su discusion; Mr. Hulin, presidente de la comision militar, habló á su vez; el duque de Rovigo entró en la controversia acusando á Mr. de Talleyrand; un tercero respondió en nombre de Mr. de Talleyrand, y Napoleón elevó su estentórea voz sobre la roca de Santa Elena.

Preciso es reproducir y estudiar estos documentos para asignar á cada uno la parte que le toca y el lugar que debe ocupar en este drama. Es de noche, y estamos en Chantilly; era tambien de noche cuando el duque de Enghien se hallaba en Vincennes.

Chantilly, noviembre de 1858.

AÑO DE MI VIDA 1804.

Cuando Mr. Dupin publicó su memoria, me la envié, acompañada de la siguiente carta:

«Señor vizeconde: Tened la bondad de admitir un ejemplar de la publicacion relativa al asesinato del duque de Enghien.

«Há mucho tiempo que hubiera visto la luz pública si no hubiese ante todo respetado la voluntad de monseñor el duque de Borbon, que, habiendo tenido noticia de mi trabajo, me hizo saber sus deseos de que este deplorable negocio no fuese desenterrado.

«Pero la Providencia, habiendo permitido que otros tomasen la iniciativa, se ha hecho necesario dar á conocer la verdad, y despues de haberme asegurado de que no habia ya que guardar silencio, he hablado con franqueza y sinceridad.

«Tengo el honor de ser con el mas profundo respeto, señor vizeconde, de V. E. el muy humilde y seguro servidor,

«DUPIN.»

Mr. Dupin, á quien felicité y dí las gracias, descubrió un rasgo ignorado y digno de las nobles virtudes del padre de la víctima. Mr. Dupin empieza su folleto de este modo:

«La muerte del desgraciado duque de Enghien es uno de los acontecimientos que mas han afectado á la nacion francesa: ella deshonoró el gobierno consular.

«Un príncipe en la flor de sus años, sorprendido traidoramente en un país extranjero en que descansaba pacíficamente bajo la proteccion del derecho de gentes; arrastrado violentamente á Francia; llevado ante unos mal llamados jueces, que de ningún modo podian serlo suyos; acusado de crímenes imagina-

rios, privado del auxilio de un defensor, interrogado y condenado en secreto, muerto de noche en los fosos del castillo que servia de prision de Estado; tantas virtudes menospreciadas, tantas esperanzas destruidas, harán siempre de esta catástrofe uno de los actos mas crueles á que puede abandonarse un gobierno absoluto.

«Si las formas de ninguna clase no han sido respetadas; si los jueces eran incompetentes; si ni aun se han tomado el trabajo de citar en su sentencia la fecha y el texto de las leyes en que pretendian apoyar esta condena; si el desgraciado duque de Enghien ha sido fusilado en virtud de una sentencia firmada en blanco... y que no ha sido regularizada sino despues de su cumplimiento, entonces no es únicamente la inocente victima de un error judicial; el hecho permanece con su verdadero nombre; es un odioso asesinato!»

Este elocuente exordio condució á Mr. Dupin al exámen de las piezas de la causa: demuestra primero la ilegalidad cometida en su aprehension; el duque de Enghien no fue preso en Francia, no era prisionero de guerra, puesto que no habia sido cogido con las armas en la mano; no era tampoco un preso civil, porque no se habia pedido su extradicion; aquello habia sido un atropello contra su persona, comparable únicamente á las capturas de los piratas de Túnez y de Argel, una incursion de ladrones *incurtio latronum*.

El jurisconsulto pasó á hablar de la incompetencia de la comision militar; hasta entonces nunca habian las comisiones militares entendido del conocimiento de supuestas conspiraciones, urdidas contra el Estado.

Despues de esta observacion analiza la sentencia:

«El interrogatorio, dice Mr. Dupin, se verificó en 29 Ventoso á media noche. Al dia siguiente á las dos de la mañana compareció el duque de Enghien ante la comision militar.

«En la minuta de la sentencia se lee: Hoy 30 Ventoso, año XII de la república á las dos de la mañana: estas últimas palabras á las dos de la mañana que se habian puesto en aquel documento porque en efecto esa habia sido la hora en que ocurrió la escena, fueron borradas en la minuta sin autorizar la enmienda con ninguna acotacion marginal.

«Ni se oyó, ni se presentó ningun testigo contra el acusado.

«El acusado fue declarado culpable! ¿Pero de qué? La sentencia no lo dice.

«Toda sentencia condenatoria debe citar la ley en virtud de la cual se aplica la pena.

«Ninguna de tan indispensables formalidades se llevó á cabo en la sentencia de que nos ocupamos. No consta en el proceso verbal tuviesen á la vista un ejemplar de la ley, ni que el presidente hubiera leído el texto de ella antes de aplicarla. Muy lejos de eso la sentencia por lo tocante á su forma material revela que los jueces pronunciaron la sentencia sin saber ni la fecha, ni el tenor de la ley; pues dejaron en blanco en la minuta de la sentencia la fecha de la ley, el número de su artículo y el lugar en que debía consignarse el texto de ella. Y sin embargo; la minuta de una sentencia redactada con tal impecacion dió motivo á los verdugos para derramar una sangre tan ilustre!

«Dice tambien la ley que la deliberacion debe ser secreta; pero que el fallo debe pronunciarse públicamente. Ciertamente es que en la sentencia á que nos referimos se dice: que el consejo deliberó á puertas cerradas; pero no se hace mencion de que estas volvieran á abrirse ni consta que se pronunciara públicamente el resultado de esa deliberacion. ¿Y aunque

«No dijera podría creerse? ¿Qué público podía asistir á un consejo de guerra á las dos de la mañana, en un torreón de Vincennes estando guardados todos los alrededores del fuerte por gendarmes de preferencia? Mas no quisieron aquellos jueces tomarse la molestia de salvar su informalidad con una mentira: nada dice la sentencia sobre este particular.

«En la sentencia aparece la firma del presidente y de otros seis vocales comprendiendo entre ellos al secretario; pero es de notar que la minuta no está firmada por el escribano, cuyo concurso era necesario para autorizarla.»

Concluye aquel documento con esta terrible fórmula: *Se ejecutará en el acto despues de la notificación.*

¡EN EL ACTO! ¡Desesperadoras palabras, obra de los jueces! ¡EN EL ACTO! ¡Cuando una ley expresa del 15 Brumaire, año VI, concedía el recurso de revisión en toda sentencia militar!

Pasando en seguida Mr. Dupin á tratar de la ejecución, se expresa en estos términos:

«El duque de Enghien fue interrogado, sentenciaado, y ejecutado de noche. Debía ese horrible sacrificio consumarse entre tinieblas, para que pudiera decirse que todas las leyes, incluso las que prescriben la publicidad de la ejecución habían sido violadas.»

Trata en seguida el jurisconsulto de las irregularidades que cometieron en el modo de instruir el proceso: «el artículo 19 de la ley de 13 Brumaire del año V, dice que el fiscal despues de terminado el interrogatorio encargará al acusado *elija un amigo que le defienda.*—El acusado tendrá la facultad de elegir ese defensor en cualquiera de las clases de los ciudadanos existentes en aquella localidad, y si manifestara no poder hacer por sí mismo esa elección hará el fiscal en su nombre.

«¡Ah! Sin duda el príncipe no tenía amigos (1) entre los que le rodeaban: así se lo dijo sin piedad alguna uno de los actores de aquella terrible escena....»
«¡Ah! ¿Por qué no estábamos allí nosotros? ¿Por qué no le fue lícito al príncipe buscar un defensor entre los abogados de París? Allí hubiera encontrado amigos de su desgracia, y defensores de su infortunio.»
«Sin duda para hacer mas aceptable á los ojos del público esta sentencia tuvieron el cuidado de reformar detenidamente su redacción. La intempestiva redacción de este documento, algo mas regular al parecer que el primero, (pero no menos injusto) en nada disminuye la odiosidad de haber hecho morir al duque de Enghien por un borrador de sentencia firmado precipitadamente, y sin haber llegado al cumplimiento de sus formalidades.»

«No es una cosa enteramente providencial el ver á los hombres, despues de tantos años, los unos demostrar la irregularidad de un asesinato en que no habían tenido parte alguna, los otros presentarse sin ser llamados ante la acusación pública? ¿Qué han oído pues? ¿Qué voz sobrenatural les ha intimado á que comparciesen?»

Chantilly, noviembre de 1858.

EL GENERAL HULIN.

En pos del gran jurisconsulto se ve llegar al veterano ciego: había tenido bajo su mando á los valientes granaderos de la antigua guardia, y es cuanto hay que decir: la última herida la recibió de Mallet, cuyo impotente plomo quedó en un rostro que jamás se había vuelto ante las balas. *Habiendo quedado ciego, retirado del mundo, no teniendo mas consuelos que los*

(1) Alusión á una abominable contestación dada segun dicen al duque de Enghien.

cuidados de su familia (son palabras suyas), el juez del duque de Enghien parece salir de su tumba al llamamiento del soberano juez; aboga por su causa sin hacerse ilusiones y sin excusarse.

«Que nadie se engañe con respecto á mis intenciones, dice. Yo no escribo por miedo, puesto que mi persona se halla bajo la protección de las leyes, emanadas del trono mismo, y que bajo la dominación de ese rey justo nada tengo que temer de la violencia y de la arbitrariedad. Escribo para manifestar la verdad, aun en aquello que pudiera ser en contra mia. Así es que no pretendo justificar en la forma ni en el fondo la sentencia, sino que quiero que se tenga en cuenta el conjunto de circunstancias que hubo en ella; quiero alejar de mí y de mis colegas la acusación de que obrásemos por espíritu de partido. Si, á pesar de todo, merecemos la pública acusación, quiero que se diga al menos:—*Han sido muy desgraciados!*»

El general Hulin asegura que, nombrado presidente de una comisión militar, hallábase ignorante de su objeto; que habiendo llegado á Vincennes, lo ignoraba aun, así como todos los demás individuos de la comisión; que habiendo preguntado á Mr. Harel, comandante del castillo, le contestó que nada sabía, añadiendo además estas palabras:—«¿Qué queréis? Yo no soy aquí nadie. Todo se hace sin darme parte: aquí hay otro que es el que manda.»

Eran ya las diez de la noche, cuando el general Hulin salió de su incertidumbre por las comunicaciones de las piezas relativas á la causa. La audiencia se abrió á las doce, cuando hubo concluido el exámen del capitán-fiscal.—«La lectura de las piezas, dice el presidente de la comisión, dió lugar á un incidente. Notamos que al final del interrogatorio sufrido ante el capitán-fiscal, el príncipe, antes de firmar, *había escrito de su propia mano algunas líneas, en que manifestaba deseos de tener una entrevista con el primer cónsul.* Uno de los miembros propuso que transmitiera esta petición al gobierno. La comisión accedió á ello; pero en el mismo momento, el general, que había venido á colocarse detrás de mi sillón, nos dijo que esta petición era *inoportuna.* Por otra parte, no hallamos en la ley ninguna disposición que nos autorizase á sobreseer. La comisión, pues, siguió adelante, reservándose para despues de los debates el acceder á los deseos del acusado.»

Hé aquí lo que dice el general Hulin. Ahora bien; en la memoria presentada por el duque de Rovigo se lee lo siguiente: «Había demasiada gente para que no me costara gran trabajo, habiendo llegado de los últimos, penetrar detrás del sillón del presidente, donde logré colocarme.»

«Era, pues, el duque de Rovigo el que se había colocado detrás del sillón del presidente? ¿Pero tenía ni él, ni nadie derecho para intervenir en los debates de esta comisión, y de representar que una petición era inoportuna?»

Veamos lo que dice el comandante de granaderos de la antigua guardia, hablando del valor del jóven hijo de los Condé; su autoridad es irrecusable.

«Procedí al interrogatorio del acusado: debo decir que se presentó ante nosotros con una noble tranquilidad; rechazó la acusación de haber tomado parte alguna en un complot de asesinato contra el primer cónsul; pero confesó haber hecho la guerra á la Francia, diciendo con un valor y un orgullo, que no nos permitió hacerle variar en su interés sobre este punto:—«*Qué él había sostenido los derechos de su familia, y que un Condé no podía volver á entrar en Francia sino con las armas en la mano. Mi nacimiento, mi opinión, me hacen enemigo perpetuo de vuestro gobierno.*»

«La firmeza de sus respuestas era desesperante para sus jueces. Diez veces le dimos pie para que se desdi-

jese de sus declaraciones, y siempre persistió en ellas de un modo inalterable.—«*Conozco, decía, las intenciones favorables de los miembros de la comisión, pero no puedo valerme de los medios que me ofrecen.*» Y advirtiéndole de que las comisiones militares juzgaban sin apelación:—«*Ya lo sé, me respondió, y conozco el peligro á que me expongo: deseo únicamente tener una entrevista con el primer cónsul.*»

¿Hay por ventura en toda nuestra historia una página mas patética? La nueva Francia, juzgando á la Francia antigua, le rendía homenaje, presentándole las armas, saludando á su bandera al tiempo de condenarla; el tribunal establecido en la fortaleza en que el gran Condé, prisionero, cultivaba flores; el general de la guardia de Bonaparte, sentado frente al último descendiente del vencedor de Rocroy, sintiéndose conmovido de admiración ante aquel acusado sin defensor, abandonado por el mundo, interrogándole en tanto que el ruido del sepulcero que cavaba su sepulcro se unía á las tranquilas y firmes respuestas del jóven soldado. Algunos dias despues de la ejecución exclamaba el general Hulin:—«*Jóven animoso! ¿Qué valor! ¡Alegrárame yo de morir como él!*»

El general Hulin, despues de haber hablado de la primera y de la segunda redacción de la sentencia, dice:—«*En cuanto á la segunda redacción, la verdadera únicamente, como no contenía la orden de la inmediata ejecución, sino solamente la de su notificación inmediata al condenado, la inmediata ejecución no es obra de la comisión, sino solamente de los que cargaron con la responsabilidad de precipitar esta fatal ejecución.*»

«¡Ah! ¡bien distintas eran nuestras intenciones! Apenas la sentencia estuvo firmada, me puse á escribir una carta, en la que, haciéndome intérprete del voto unánime de la comisión, participaba al primer cónsul el deseo que había manifestado el acusado de tener una entrevista con él, suplicándole al mismo tiempo templase el rigor de una pena que nuestra posición no nos permitía eludir.

«En este momento fue cuando un hombre, que constantemente había permanecido en la sala del consejo, y que nombraría si no reflexionara que, aun defendiéndome, no debo acusar á...—¿Qué hacéis ahí? me dijo, acercándoseme.—Estoy escribiendo al primer cónsul, le respondí, para manifestarle los deseos del reo.—Vuestra misión ha concluido, me dijo tomando la pluma; todo lo demás es de mi incumbencia.

«Confieso que creí, y muchos de mis colegas creyeron también, que quería decir:—*A mí me toca el decirselo al primer cónsul.* La respuesta tomada en este sentido nos dejaba la esperanza de que sería dado el aviso. ¿Y cómo pudiéramos haber imaginado que el que se hallaba allí, á nuestro lado, *tuviese orden de salvar todas las formalidades exigidas por las leyes?*»

Todo el secreto de esta funesta catástrofe consiste en esta deposición. El veterano que, expuesto siempre á morir sobre el campo de batalla, había aprendido de la muerte el lenguaje de la verdad, concluye con estas palabras:

«Estábamos hablando sobre lo que acababa de pasar en la antesala contigua á la sala de las deliberaciones. Habíase suscitado sobre ello conversaciones particulares: esperaba mi carruaje, que, no habiendo podido penetrar en el patio interior, como tampoco ningún carruaje de los demás miembros de la comisión, retardó mi partida y la suya; hallábamnos como encerrados, sin tener comunicación fuera de allí, cuando se oyó una detonación: detonación terrible, que resonó en lo íntimo de nuestras almas belándolas de terror y espanto.

«Si, lo juro á nombre de todos mis colegas; esta ejecución no fue autorizada por nosotros: nuestra sentencia decía que se mandaría una copia de ella al ministro de la Guerra, otra al juez superior, ministro de la Justicia, y otra al gobernador de París.

«La orden de ejecución no podía ser legalmente expedida sino por este último; las copias no se habían mandado aun, y ni aun podían hallarse concluidas hasta dentro de algun tiempo. De vuelta á París hubiera deseado ver al gobernador, al primer cónsul, ¿qué sé yo? De repente un murmullo espantoso vino á anunciarnos que el príncipe no existía!

«Ignorábamos si era una orden la que había precipitado tan cruelmente aquella funesta ejecución; si no existía esta orden, él solo es reponsable; si la había, la comisión, extraña á ella; la comisión, cuyo postrer deseo era el de la salvación del príncipe, no ha podido ni prevenir ni evitar su cumplimiento, y no se le puede acusar de él.

«Veinte años trascurridos no han podido dulcificar la amargura de mi sentimiento. Acúseseme de ignorancia, de error, está bien; acrimínese por una obediencia á la que hoy día sabría sustraerme en iguales circunstancias; de mi adhesión á un hombre á quien creía yo destinado á labrar la felicidad de mi país, de mi fidelidad á un gobierno que entonces creía legítimo, y que había recibido mis juramentos; pero ténganse en cuenta las fatales circunstancias en medio de las cuales nos vimos llamados á sentenciar.»

«Débil es la defensa; pero os arrepentís, general! La paz sea con vos! Si vuestra sentencia ha sido el pasaporte del último de los Condé, ireis á reuniros en la vanguardia de los muertos con el último conscripto de nuestra antigua patria. El soldado jóven tendrá un placer en parir su lecho con el granadero de la antigua guardia: la Francia de Fribourg y la Francia de Marengo dormirán juntas.

Chantilly, noviembre de 1858.

EL DUQUE DE ROVIGO.

El señor duque de Rovigo, dándose golpes de pecho, toma puesto en la procesion que viene á confesarse ante la tumba. Había yo estado mucho tiempo bajo el poder del ministro de la Policía; cayó bajo el peso de la influencia que suponía él haberme devuelto de regreso de la legitimidad: me hizo conocedor de una parte de sus *Memorias.* Los hombres que se hallan en su posición hablan de lo que han hecho con un portentoso candor; no presumen siquiera que hablan en contra suya; acusándose sin saberlo, no sospechan que hay otra opinión que la que ellos tienen con respecto á las funciones que han desempeñado y sobre la conducta que han observado. Aunque hayan faltado á la fidelidad, no creen por eso haber violado sus juramentos; si han desempeñado papeles que repugnan á otra clase de caracteres, piensan haber hecho con ello servicios eminentes. Su sencillez no los justifica, pero los excusa.

El duque de Rovigo me consultó sobre la parte en que habla de la muerte del duque de Enghien; deseaba conocer mi modo de pensar, precisamente porque se hallaba enterado de lo que había yo hecho en aquella época. Yo agradecí esta prueba de estimación, y devolviéndole franqueza por franqueza, le aconsejé que no publicase nada. Le dije:—«*Dejad morir estos recuerdos; en Francia el olvido se hace esperar poco tiempo. Creéis lavar á Napoleon de una mancha inculcando á Mr. de Talleyrand; con eso no justificáis al primero lo bastante ni acusáis suficientemente al segundo. Presentais el flanco indefenso á los enemigos, los que no dejarán de atacaros. ¿Qué necesidad tenéis de recordar al público que érais el jefe de la*

gendarmería de preferencia de Vincennes? El ignora la parte directa que tomásteis en aquella desgraciada catástrofe, y vos se lo decís. General, arrojad al fuego el manuscrito: os hablo en vuestro interés.»

Imbuído en las máximas gubernamentales del imperio, el duque de Rovigo creía que estas máximas convenían igualmente al trono legítimo; estaba en la persuasión de que su manuscrito le volvería á abrir las puertas de las Tullerías.

A la luz de este escrito podrá ver la posteridad dibujarse aquellos enlutados fantasmas. Yo traté de ocultar al culpado que vino á pedirme asilo durante la noche, mas él no aceptó la hospitalidad de mi hogar.

Mr. de Rovigo hace narración de la marcha de Mr. de Causaincourt, á quien no nombra; habla del rapto de Ettenheim, del viaje del prisionero á Strásburgo, y de su llegada á Vincennes. Despues de una expedición sobre las costas de Normandía, el general Savary volvió á Malmaison. A las cinco de la tarde del 19 de marzo de 1804 fue llamado por el primer cónsul, quien le entregó una carta cerrada para que se la entregase al general Murat, gobernador de París. Corre á casa del general, halla al ministro de Negocios extranjeros, y recibe la orden de marchar á Vincennes con la gendarmería de preferencia. Llega á aquel punto á las ocho de la noche, y ve llegar á los miembros de la comision. Penetra en la sala en que se celebraba el juicio del príncipe el día 21 á la una de la madrugada, y toma asiento detrás del presidente.

Da cuenta de las respuestas del duque de Enghien, poco mas ó menos como las refiere el proceso verbal en su única sesion. Me contó que el príncipe, despues de haber dado sus últimas explicaciones, se quitó repentinamente la gorra que llevaba, la colocó sobre la mesa, y como un hombre que entrega resignadamente su vida, dijo al presidente: — «Señor, nada mas tengo que decir.»

Mr. de Rovigo insiste en que la sesion no estuvo envuelta en el misterio: «Las puertas de la sala, dice, hallábanse abiertas para todos los que podían entrar en ella á aquella hora.» Mr. Dupin habia notado ya esta perversion de raciocinio. Con este motivo, monsieur Aquiles Roche, que parece escribir por inspiración de Mr. de Talleyrand, exclama: «¡Con que la sesion no se halló rodeada de misterio á media noche! ¡Tuvo lugar en la parte habitada del castillo, en la parte habitada de una prision! ¿Quién pues se halló presente á aquella sesion? Los carceleros, los soldados y los verdugos.»

Nadie podía dar mas seguros pormenores sobre la hora y el sitio de la ejecución que Mr. de Rovigo: escuchémosle:

«Despues de pronunciada la sentencia, me retiré con los oficiales de mi cuerpo, que, como yo, habian asistido á los debates, y fui á reunirme á las tropas que se hallaban sobre la esplanada del castillo. El oficial que mandaba la infantería de mi legion vino á decirme con una emocion profunda que le pedian un piquete para ejecutar la sentencia de la comision militar: — «Dadlos, respondí. — ¿Pero dónde deben colocarlo? — Donde no haya miedo de herir á nadie.» Porque ya á aquella hora los habitantes de París cruzaban el camino para dirigirse á los diferentes mercados.

«Despues de haber examinado detenidamente el terreno, el oficial escogió el foso como el sitio mas seguro para no poder hacer daño á nadie. El duque de Enghien fue conducido á él por la escalera de la torre de entrada del lado del parque, y allí se le hizo la lectura de la sentencia, que fue ejecutada.»

Bajo este párrafo se halla la siguiente nota del autor de la memoria: «Entre la sentencia y su ejecución se habia socavado la huesa.

«Lo que ha dado lugar á que se diga que la huesa se habia abierto antes de la sentencia.»

Desgraciadamente las inadvertencias en este punto son lastimosas: «¡Mr. de Rovigo pretende, dice monsieur Aquiles Roche, apologista de Talleyrand, que él no hizo mas que obedecer! ¿Quién le trasmitió, pues, la orden de ejecución? Parece que fue un tal Mr. Delga, muerto en Wagram. Pero, fuese ó no fuese monsieur Delga, si Mr. Savary se equivoca el citarnos á Mr. Delga, nadie reclamará seguramente hoy dia la gloria que se le atribuye á este oficial. Acusan á Mr. de Rovigo de haber precipitado esta ejecución, y responde que él no fue, sino un hombre que ha muerto, el cual dijo que habia recibido órdenes para la inmediata ejecución de la sentencia.»

El duque de Rovigo no está muy feliz hablando de la ejecución, que dice tuvo lugar de dia; ademas de que esto, no modificando el hecho, no hacia mas que quitarle un hachon al suplicio.

«A la hora en que el sol se levanta, al aire libre, ¿habia necesidad, dice el general, de un farol, por ventura, para ver á un hombre á seis pasos? No es decir, añade, que el sol estuviese claro y sereno: como durante toda la noche habia estado cayendo una lluvia menuda, quedaba aun una niebla húmeda que retardaba la aparición. La ejecución tuvo lugar á las seis de la mañana, y el hecho está atestiguado por documentos irrecusables.»

Y el general no indica ni menciona estos documentos. La marcha del proceso demuestra que el duque de Enghien fue juzgado á las dos de la mañana y fusilado en seguida. Estas palabras *dos de la mañana*, escritas al margen de la primera minuta de la sentencia, se hallan despues borradas en la misma. El proceso verbal de la exhumación prueba por la deposición de los tres testigos, Mad. Bon, el Sr. Goeland y el Sr. Bonnelet (este habia ayudado á abrir la huesa), que la ejecución se verificó de noche. Mr. Dupin mayor, cita la circunstancia de un farol colgado delante del pecho del duque de Enghien para servir de puntería, ó bien sostenido por una mano segura, por la del príncipe. Se ha hablado mucho de una gran piedra sacada de su sepulcro, con la que probablemente aplastaron la cabeza del paciente. En fin, el duque de Rovigo decíase haberse vanagloriado de poseer algunos despojos del holocausto; aun yo mismo he dado crédito á esos rumores; pero los documentos legales prueban que no eran fundados.

Segun el proceso verbal fecha del miércoles 20 de marzo de 1816, los médicos y cirujanos encargados de la exhumación del cuerpo reconocieron que la cabeza se hallaba magullada; que la *mandíbula superior, enteramente separada de los huesos de la cara estaba guarnecida de doce dientes; que la mandíbula inferior, fracturada en la parte media, estaba dividida en dos, y no presentaba sino tres dientes*. El cuerpo se hallaba tendido boca abajo, con la cabeza mas baja que los pies, y tenia una cadena de oro rodeada á las vértebras del cuello.

En el segundo proceso verbal de exhumación (en la misma fecha, 20 de marzo de 1816), el *proceso verbal general*, consta que se halló con los restos del esqueleto una bolsa de tafete, que contenia once monedas de oro, setenta monedas de oro envueltas en papeles lacrados, cabellos, restos de los vestidos, y pedazos de la gorra, que conservaban los agujeros de las balas.

De modo que Mr. de Rovigo no pudo retener ningún despojo; la tierra que los contenia los ha devuelto y ha demostrado la probidad del general; no se ató ningún farol ante el pecho del príncipe, pues se hubieran encontrado los fragmentos lo mismo que se hallaron los pedazos de la gorra, ni se halló en el sepulcro piedra alguna; el disparo del piquete á seis

pasos ha sido suficiente para destrozarse la cabeza, para separar la mandíbula superior de los huesos de la cara, etc.

No faltaba á este sarcasmo de las vanidades humanas mas que la inmolación de de Murat, gobernador de París, la muerte de Bonaparte cautivo, y esta inscripción grabada sobre el ataúd del duque de Enghien: «Aquí yace el cuerpo del muy alto y poderoso príncipe de la sangre, par de Francia, muerto en Vincennes el 21 de marzo de 1804, á la edad de treinta y un años, siete meses y diez y nueve dias.» El cuerpo eran unos huesos destrozados y secos; el *alto y poderoso príncipe* unos cuantos fragmentos de la casaca de un soldado; ni una sola palabra que recuerde aquella catástrofe, ni una queja en aquel epitafio grabado por una familia tan cruelmente afligida; ¡efecto portentoso del respeto que el siglo tiene por las obras y por las susceptibilidades revolucionarias! Tambien se apresuraron á hacer desaparecer la capilla mortuoria del duque de Berry.

¡Cuántas miserias! Borbones regresad inútilmente á vuestros palacios, no os habeis ocupado de otra cosa que de exhumaciones y de funerales; vuestra vida ha pasado, ¡Dios lo ha querido así! La antigua gloria de la Francia perece bajo los ojos de la sombra del gran Condé en un foso de Vincennes; tal vez en el mismo sitio en que Luis IX, á quien se aproximaban como á un santo, se sentaba bajo una encina y donde todos los que deseaban algo de él se acercaban á hablarle sin los obstáculos de ugieres ni de otro alguno, y cuando notaba alguna cosa poco decorosa en las palabras de los que hablaban por otros él mismo la enmendaba con su boca, y todos los del pueblo que tenian que hablarle le hablaban á su alrededor. (Joinville.)

El duque de Enghien pidió hablar á Bonaparte. ¿Deseaba alguna cosa de él, y no fue escuchado! ¿Quién desde el borde del rebellin contemplaba en el fondo del foso aquellas armas, aquellos soldados apenas iluminados por una linterna en medio de las nieblas y de las sombras como en la noche eterna? ¿Dónde estaba colocado el farol? ¿El duque de Enghien tenia abierta á sus pies la sepultura? ¿Fue obligado tal vez á saltarla para ponerse á la distancia de seis pasos, mencionada por el duque de Rovigo?

Se conserva una carta del duque de Enghien escrita á la edad de nueve años á su padre el duque de Borbon; dice así: «¡Todos los Enghien son dichosos: el de la batalla de Cerizoles; el que ganó la batalla de Rocroy; yo espero serlo tambien!»

¿Es cierto que se le negó un sacerdote á la víctima? ¿Es verdad que solo con mucho trabajo pudo hallar una persona que se encargase de llevar á una mujer la última prenda de su amor? ¿Qué importaba á los verdugos un sentimiento de piedad ó de ternura? ¡Ellos estaban allí para matar, el duque de Enghien para morir!

El duque de Enghien se habia casado en secreto con la princesa Carlota de Rohan; en aquellos tiempos en que la patria andaba errante, un hombre, á causa de su elevación misma, hallábase esclavizado por mil exigencias políticas; para disfrutar de los derechos que la sociedad pública concede á todo el mundo, se veia obligado á ocultarse. Aquel matrimonio legítimo conocido hoy dia, realiza aun mas el brillo de aquel trágico fin; sustituye la gloria del cielo al perdon del cielo, la religion perpetua, la pompa de la desgracia, cuando consumada la catástrofe se eleva la cruz sobre el sitio desierto.

Chantilly, noviembre de 1838.

MR. DE TALLEIRAND.

Mr. de Talleyrand, segun la memoria de Mr. de Ro-

vigo, presentó una memoria justificativa á Luis XVIII: esta memoria, que no he visto, y que debia ilustrar todos los hechos, no ilustraba ninguno. En 1820, nombrado ministro plenipotenciario en Berlín, desenterré de los archivos de la embajada una carta del ciudadano Laforest escrita al ciudadano Talleyrand, con motivo de los sucesos del duque de Enghien. Esta carta enérgica es tanto mas honorífica para su autor, cuanto que no temia este comprometer su carrera sin recibir recompensa de la opinion pública, debiendo permanecer ignorado el hecho: noble abnegación de un hombre que por su misma oscuridad habia devuelto el bien que habia hecho á la sociedad.

Mr. de Talleyrand recibió la lección, y calló: al menos nada hallé yo suyo en los mismos archivos concerniente á la muerte del príncipe. El ministro de Negocios extranjeros habia enviado á decir el 2 ventoso al ministro del elector de Baden: «Que el primer cónsul habia creído dar órdenes á los destacamentos de que marchasen á Offembourg y á Ettenheim para apoderarse en estos puntos de instigadores de conspiraciones inauditas, que por su naturaleza colocan fuera del derecho de gentes á todos aquellos que manifiestamente han tomado parte en ellas.»

Un párrafo de los generales Gourgaud, Montholon, y del doctor Ward, presenta en escena á Bonaparte: — «Mi ministro, dice este, me representó con mucha eficacia que era menester apoderarse del duque de Enghien, aunque se hallase en un territorio neutral. Pero yo vacilé todavía y el príncipe de Benevento me trajo por dos veces la orden de prision para que yo la firmase. Sin embargo, hasta despues de convencerme de la urgente necesidad de aquel acto no me decidí á firmarla.»

Segun el *Memorial de Santa Elena*, se le escaparon á Bonaparte estas palabras: — «El duque de Enghien se comportó ante el tribunal con gran valor. A su llegada á Strásburgo me escribió una carta; esta carta fue remitida á Talleyrand, quien la conservó hasta despues de la ejecución.»

No doy mucho crédito á la existencia de semejante documento: creo mas bien que Napoleon haya trasformado en carta la petición que hizo el duque de Enghien para hablar al vencedor de Italia, ó mejor las pocas líneas que expresaban este deseo que el príncipe escribió de su mano antes de firmar el interrogatorio [sufrido ante el fiscal. Sin embargo, aunque esta carta no se haya encontrado, no por eso seria imposible que hubiese sido escrita: — «Yo supe, dice el duque de Rovigo, que en los primeros dias de la restauración en 1814, uno de los secretarios de Mr. de Talleyrand estuvo haciendo minuciosas pesquisas en los archivos bajo la galería del Museo. He sabido esto por el que recibió la orden de franquearle la entrada. Lo mismo hizo en el depósito de la guerra con respecto á las actas del proceso del duque de Enghien, del que no queda mas que la sentencia.»

El hecho es cierto: todos los papeles diplomáticos, y en particular la correspondencia de Mr. de Talleyrand con el emperador y el primer cónsul, fueron transportados de los archivos del Museo al palacio de la calle de san Florentino: una gran parte fue destruida; el resto metido dentro de una estufa, á la que sin duda se olvidaron prender fuego: la prudencia del ministro no pudo ir mas allá contra la ligereza del príncipe. Los documentos que se escaparon de la quema fueron hallados; hubo alguno que creyó deberlos conservar; he tenido en mis manos y he leído con mis ojos una carta de Mr. de Talleyrand; está fechada en el dia 8 de marzo de 1804, y es relativa al arresto aun no consumado del duque de Enghien. El ministro incita al primer cónsul á ensañarse contra sus enemigos. No me permitieron conservar esta carta, y solamente recuerdo de ella estos dos pasajes. — «Si la justicia obliga á castigar rigorosamente, la política exige

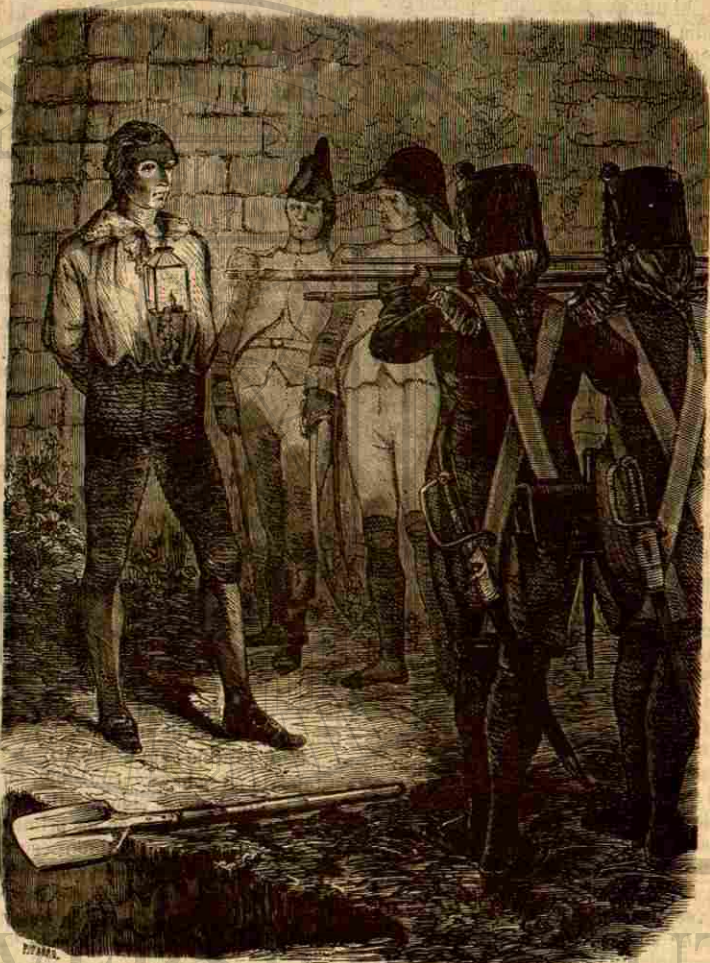
que se castigue sin excepcion... Indicare al primer cónsul á Mr. de Caulaincourt, á quien podrá dar sus órdenes, y que las ejecutará con tanta discrecion como fidelidad.»

¿Este documento del príncipe de Talleyrand aparecerá completo algun dia? Lo ignoro; pero lo que sí sé es que existia aun hace dos años.

Hubo una deliberacion del consejo para la prision del duque de Enghien. Cambaceres, en sus *Memorias inéditas*, asegura, y yo lo creo, que se opuso á esta

prision; pero refiriendo lo que él dijo, no nos refiere lo que le contestaron.

Por lo demás, el *Memorial de Santa Elena* niega las súplicas de perdon que Bonaparte tuvo que escuchar. La pretendida escena de Josefina pidiendo de rodillas el perdon del duque de Enghien, agarrándose á la ropa de su marido y dejándose arrastrar por aquel marido inexorable, es una de esas invenciones de melodrama, con las cuales nuestros novelistas forman nuestra verdadera historia. Josefina ignoraba el 19 de



MUERTE DEL DUQUE DE ENGHEN.

marzo por la noche que debiera ser juzgado el duque de Enghien, sabiendo únicamente que se hallaba preso. Habia prometido á Mad. de Remusat interesarse por la suerte del príncipe. Al tiempo de volver esta con Josefina á Malmaison el 19 por la noche, notó que la futura emperatriz, en vez de hallarse exclusivamente ocupada del peligro del prisionero de Vincennes, sacaba muy á menudo la cabeza por la ventanilla del carruaje para ver á un general que venia con su comitiva: la coqueteria de una mujer habia dirigido á otra parte el pensamiento de lo que podía únicamente salvar

la vida del duque de Enghien. El dia 21 de marzo fue cuando únicamente Bonaparte dijo á su esposa: «El duque de Enghien ha sido fusilado.»

Estas *Memorias* de Mr. de Remusat, á quien he conocido, eran sumamente curiosas en cuanto á las interioridades de la corte imperial. El autor las quemó durante los Cien días, y despues las volvió á redactar, y nos son otra cosa que recuerdos reproducidos por recuerdos; el colorido se ha debilitado algo, pero Bonaparte se ve siempre en ellos tal como es, y juzgado con imparcialidad.

Personas afectas á Napoleon dicen que este no supo la muerte del duque de Enghien sino despues de la ejecucion de la sentencia: esto pareceria confirmado en algun modo por la anécdota referida por el duque de Rovigo, concerniente á Real cuando iba á Vincennes, si esta anécdota fuese verdadera. La muerte llevada á cabo por intrigas del partido revolucionario, fue aprobada por Napoleon despues de consumada para no irritar á hombres que creia poderosos; pero esta ingeniosa explicacion no es admisible.

PARTICIPACION DE CADA UNO.

Reasumiendo ahora todos estos hechos, hé aquí lo que yo he venido á sacar de positivo:

Bonaparte quiso la muerte del duque de Enghien; nadie le habia impuesto como condicion esta muerte para subir al trono. Esta supuesta condicion es una de las sutilezas de los hombres políticos, que pretenden en todo hallar causas ocultas.—Sin embargo, es muy posible que algunos hombres comprometidos viessen con placer al primer cónsul separarse para siempre de los Borbones. El acto de Vincennes fue asunto del temperamento violento de Bonaparte; un acceso de fria cólera alimentado por las sugestiones de su ministro.

Mr. de Caulaincourt solo es culpable de haber ejecutado la órden de prision.

Murat solo tiene que echarse en cara el haber llevado órdenes, y el no haber tenido la resolucion nece-



PALACIO DE LAS TULLERIAS.

saria para retirarse: no se halló en Vincennes durante el enjuiciamiento.

El duque de Rovigo se halló encargado de la ejecucion, y temia probablemente una órden secreta: el general Hulin lo cree así: ¿Quién hubiera cargado con la responsabilidad de ejecutar inmediatamente una sentencia de muerte en el duque de Enghien sin una órden superior?

En cuanto á Mr. de Talleyrand, sacerdote y caballero, él fue quien inspiró y preparó el asesinato, inquietando á Bonaparte sin cesar: temia la vuelta de la legitimidad. Seria posible, recopilando lo que Na-

oleon dijo en Santa Elena, y las cartas del arzobispo de Autun, el probar que tomó una parte muy activa en la muerte del duque de Enghien. En vano se objetaria que la frivolidad, el carácter y la educacion del ministro debian impedirle esta violencia; que la corrupcion deberia privarle de la energía necesaria; no por eso seria menos probable que él fue quien decidió al cónsul á la fatal prision. Esta prision, verificada el 15 de marzo, no era ignorada de Mr. de Talleyrand; diariamente conversaba con Bonaparte, en el tiempo trascurrido entre el arresto y la ejecucion. Mr. de Talleyrand, ministro instigador, se arrepi-

tió; ¿dijo al primer cónsul una sola palabra en favor del desgraciado príncipe? Lógico es el creer que aprobó la ejecución de la sentencia.

La comisión militar sentenció al duque de Enghien pero con dolor y con arrepentimiento.

Tal es, concienzuda, imparcial y estrictamente la parte que corresponde á cada uno. Mi suerte se ha hallado demasiado ligada á esta catástrofe para que no trate yo de iluminar sus tinieblas y exponer sus menores detalles. Si Bonaparte no hubiese muerto al duque de Enghien; si él me hubiera catequizado cada vez mas (cosa á que seguramente se inclinaba), ¿qué hubiera resultado? Mi carrera literaria hubiera terminado: entrando repentinamente en la carrera política, en la que he probado lo que hubiera podido hacer en la guerra de España, me hubiera hecho rico y poderoso. La Francia hubiera podido ganar en mi unión al emperador, pero yo hubiera perdido seguramente. Tal vez hubiera llegado á mantener algunas ideas de libertad y de moderación en la cabeza del grande hombre; pero mi vida, colocada entre las que se tienen por dichosas, se hubiera visto privada de lo que ha engendrado en ella el carácter y el honor: la pobreza, la lucha y la independencia.

Chantilly, noviembre de 1838.

BONAPARTE.—SUS SOFISMAS Y SUS REMORDIMIENTOS.

Finalmente, el principal acusado se alza despues de los demás, y cierra la marcha de los penitentes ensangrentados. Supongamos que un juez haga comparecer ante él al llamado Bonaparte, lo mismo que el capitán fiscal hizo comparecer al llamado de Enghien; supongamos que nos queda la minuta del último interrogatorio calcado sobre el primero; comparad y leed.

A la pregunta de su nombre y apellido.

Respondió llamarse Napoleón Bonaparte.

Preguntado en dónde residió desde su salida de Francia.

Respondió: En las Pirámides, en Madrid, en Berlín, en Viena, en Moscow, en Santa Elena.

Preguntado por el grado que tenía en el ejército.

Respondió: comandante de la vanguardia de los ejércitos de Dios. Ninguna otra respuesta sale de la boca del acusado.

Todos los actores de esta tragedia se han atacado mutuamente; Bonaparte tan solo no hace recaer las faltas sobre nadie; conserva su grandeza bajo el peso de su maldición; no dobla su cabeza, y permanece de pie, exclamando como el estóico: «¡Dolor, jamás confesaré que seas un mal!» Pero lo que su orgullo no le consiente confesar á los vivos hállase obligado á confesarlo á los muertos. Este Prometeo, usurpador del fuego del cielo, con el buitre dentro de su pecho, se creía superior á todo, y se ve obligado á responder al duque de Enghien, á quien ha reducido á polvo antes de tiempo: el esqueleto, trofeo sobre el cual se ha agitado, le interroga y le domina por una necesidad divina.

El servilismo del ejército, la antecámara y la tienda de campaña, tenía sus representantes en Santa Elena: un servidor, muy apreciable por su fidelidad al amo que había elegido, fué á colocarse al lado de Napoleón como un eco á su servicio. La sencillez repetía la fábula, dándole un acento de sinceridad. Bonaparte era el Destino: lo mismo que él, engañaba con las formas á los espíritus fascinados; pero en el fondo de la impostura se oía resonar la inexorable verdad: «¡Yo soy!» Y el universo ha gemido bajo su peso.

El autor de la obra mas acreditada sobre Santa Elena expone la teoría que Napoleón inventó en favor de los asesinos, el desterrado voluntario admite co-

mo palabras del Evangelio una charlataneria homicida de muchas pretensiones, que podría explicar únicamente la vida de Napoleón tal como él la quería presentar; y tal como quería que se escribiese. Dejaba sus instrucciones á sus neófitos, el señor conde de las Casas aprendía sin saberlo su lección, el gran cautivo, errante por los solitarios senderos, arrastraba tras sí á su crédulo adorador con sus mentiras, lo mismo que Hércules suspendía á los hombres de su boca con cadenas de oro.

«La primera vez, dice el honrado Chambelan, que oí á Napoleón pronunciar el nombre del duque de Enghien, me puse encendido como la grana. Afortunadamente iba yo detrás de él por un sendero estrecho, pues de otro modo no hubiera dejado de notarlo. Sin embargo, cuando por la vez primera desenvolvió el conjunto de este acontecimiento con todos sus detalles y sus accesorios; cuando expuso los diferentes motivos con su lógica estricta, luminosa y atractiva, debo decir que el asunto tomó á mis ojos un aspecto enteramente nuevo... El emperador habló muchas veces de él, lo que me hizo descubrir en su persona rasgos característicos muy pronunciados. He podido con este motivo ver en él muy distintamente, y en diversas ocasiones, al hombre privado batallando con el hombre público; y los sentimientos naturales de su corazón en oposición con su orgullo y con la dignidad de su posición. En el abandono de la intimidad no se mostraba indiferente á la suerte del desgraciado príncipe, pero en cuanto se hallaba en público, era ya otra cosa. Un día, despues de haber hablado conmigo de la suerte y de la juventud de aquel desgraciado, concluyó diciendo: «Despues supe que me apreciaba; me han asegurado que hablaba de mí con cierta admiración, y sin embargo, hé aquí la justicia distributiva de este mundo.» Y estas últimas palabras fueron dichas con tal expresión; toda su fisonomía se hallaba tan en armonía con ellas, que si el que deploraba Napoleón hubiese estado entonces en su poder, seguramente que, cualesquiera que fuesen sus intenciones ó sus actos, hubiera sido perdonado inmediatamente... El emperador tenía costumbre de considerar este suceso bajo dos puntos de vista muy diferentes: el del derecho común, ó sea el de la justicia establecida, y el del derecho natural, ó de los extravíos de la violencia.

«Entre nosotros, y hablando familiarmente, Napoleón decía que la falta en su esencia podía muy bien atribuirse á un exceso de celo; pero que en lo exterior solo á miras privadas ó á misteriosas intrigas. Decía que había sido impulsado inopinadamente; que habían sorprendido, por decirlo así, sus ideas, precipitado sus disposiciones, encadenado sus resultados. «Seguramente, exclamaba, si hubiese yo sido instruido á tiempo de ciertas particularidades concernientes á las ideas y carácter del príncipe; si sobre todo hubiese visto la carta que me escribió, y que no me remitieron, sabe Dios por qué, seguramente hubiera perdonado.» Y era muy fácil echar de ver que únicamente el corazón y la naturaleza dictaban estas palabras al emperador, y esto únicamente hablando en familia, y porque se hubiera creído humillado de que se pudiera crear un solo momento que procuraba echar la culpa á otro, ó que se bajaba hasta el punto de justificarse; su temor en este punto, ó mas bien su susceptibilidad, eran tales, que hablando á personas extrañas ó escribiendo sobre este asunto para el público, se circunscribía á decir que si hubiese tenido conocimiento de la carta del príncipe, tal vez le hubiese perdonado, vistas las grandes ventajas políticas que hubiera podido sacar de ella; y trazando con su mano sus últimos pensamientos, que él supone deber ser consagrados

á sus contemporáneos y á la posteridad, dice sobre este asunto que confiesa ser uno de los mas delicados, y que si se hallase aun en las mismas circunstancias, volvería á hacer lo que hizo.

Este trozo, en cuanto al escritor, tiene todos los caracteres de la mas completa sinceridad; esta brilla hasta en la frase en que el señor conde de las Casas declara que Bonaparte hubiera perdonado inmediatamente á un hombre que no era culpable. Pero las teorías del gefe son sutilezas, á favor de las cuales se esfuerzan en conciliar lo que es irreconciliable. Haciendo distinción del derecho común ó de la justicia establecida, y del derecho natural ó de los arrebatos de la violencia, Napoleón creía escudarse con un sofisma, que de nada le servía: no podía someter la conciencia del mismo modo que había sometido el mundo. Hay una flaqueza natural á los espíritus grandes y á los pequeños cuando se comete una falta, que es el querer hacerla pasar por la obra del genio, por una vasta combinación que el vulgo no puede comprender. El orgullo dicta todas estas cosas, y los tontos las creen. ¿Bonaparte miraba sin duda como el signo de un talento dominador esta sentencia que él anuncia en calidad de hombre grande? ¡Hé aquí la justicia distributiva de este mundo! ¿Terminura verdaderamente filosófica! ¡Qué imparcialidad! ¿Cómo justifica, escudándose con el destino, el mal emanado de nosotros! Se cree subsanarlo todo cuando se dice: «¡Cómo ha de ser! eso estaba en mi naturaleza; es dependiente de la humana flaqueza.» Cuando se ha quitado la vida á un padre, se diría: «¡Dependía de mi predisposición!» ¡Y el vulgo se queda con la boca abierta, y se examina el cráneo de este gran hombre, y se le encuentra esta predisposición! ¿Se debe, por ventura, tolerar este modo de ser? Sería el mundo un caos, si todos los hombres que tienen ciertas disposiciones quisieran dominarse unos á otros. Cuando no se pueden borrar los errores, se los diviniza; hácese un dogma de los crímenes, y se cambian en religión los sacrilegios, juzgando una apostasía el renunciar al culto de sus iniquidades.

LO QUE SE DEDUCE DE TODO LO QUE VA DICHO.—ENEMISTADES SUSCITADAS POR LA MUERTE DEL DUQUE DE ENGHEN.

La vida de Bonaparte suministra una gran lección. Dos actos criminales han preparado y perpetrado su caída: la muerte del duque de Enghien y la guerra de España. Por mas que él haya querido ahogarlos en su gloria, ellos han subsistido para perderle. Pereció por el lado en que se juzgaba mas fuerte, mas invencible, cuando violaba las leyes de la moral, descuidando y despreciando su importancia; es decir, sus cualidades superiores en el órden, en la equidad. En tanto que se limitó á atacar á la monarquía y á los extranjeros enemigos de la Francia, llevó consigo la victoria; pero se vió despojado de su fuerza en el momento en que marchó por un mal camino; el cabello cortado por Dalila no representa otra cosa que la pérdida de la virtud. El crimen lleva consigo una incapacidad radical y un germen de desgracia; practiquemos, pues, el bien, si queremos ser felices, y seamos justos para ser sabios.

En prueba de esta verdad, nótese que en el momento de la muerte del príncipe empezó la desidencia que, creciendo en razón de la mala fortuna, provocó la caída del que llevó á cabo la tragedia de Vincennes. El gabinete de Rusia, con motivo del arresto del duque de Enghien, dirigió energicas representaciones contra la violación del territorio del imperio. Bonaparte sintió el golpe, y respondió en *El Monitor* con un artículo sangriento, que recordaba la muerte

de Pablo I. En San Petersburgo habíanse celebrado honras fúnebres por el joven Condé. Sobre el cenotafio se leían: «Al duque de Enghien quem devoravit bellua Corsica.» Ambas potencias adversarias se reconciliaron pronto, al menos en apariencia; pero la mutua herida que había abierto la política y dilatado el insulto quedó perenne en el corazón; Napoleón no se creyó vengado hasta que fue á descansar á Moscow; Alejandro no se vió satisfecho hasta que entró en París.

El odio del gabinete de Berlín provino del mismo origen; hablo aquí de la noble carta de Mr. de Laforest, en la que contaba á Mr. de Talleyrand el efecto producido por el asesinato del duque de Enghien en la corte de Postdam. Mad. Staef se hallaba en Prusia cuando llegó la nueva de Vincennes. «Estaba yo en Berlín, dice, sobre el muelle de la Sprée y mi habitación era un cuarto bajo. Una mañana, á eso de las ocho, me despertaron, para decirme que el príncipe Luis Fernando se hallaba á caballo bajo mis ventanas, y que me suplicaba fuese á hablarle.—¿Sabeis, me dijo, que el duque de Enghien ha sido arrancado del territorio de Baden, entregado á una comisión militar y fusilado veinte y cuatro horas despues de su llegada á París?—¿Qué locura! le contesté; ¿no conocéis que los que hacen circular esos rumores son los enemigos de la Francia? (Con efecto, lo confieso; por grande que fuese mi rencor contra Bonaparte, no le daba á hacerme creer en la posibilidad de una infamia semejante.)—Puesto que dudáis de lo que os digo, me respondió el príncipe Luis, os enviaré *El Monitor*, en el que podreis leer la sentencia. Y dichas estas palabras, partió; la expresión de su fisonomía presagiaba la venganza ó la muerte. Un cuarto de hora despues tuve en mis manos *El Monitor* del 21 de marzo (30 lluvioso), que contenía una sentencia de muerte, pronunciada por la comisión militar creada en Vincennes, contra el llamado Luis de Enghien. ¡Así es cómo los franceses nombraban al nieto de los héroes que han hecho la gloria de su patria! Aun cuando se abjurasen todas las preocupaciones del ilustre nacimiento que la vuelta de las formas monárquicas debía necesariamente renovar, ¿es posible blasfemar de ese modo de los recuerdos de la batalla de Lens y de la de Rocroy? Ese mismo Bonaparte, que tantas batallas ha ganado, no sabe ni aun respetarlas; para él no hay ni pasado ni porvenir; su alma imperiosa y llena de orgulloso desprecio no reconoce nada de lo consagrado por la opinión; no admite el respeto sino hácia la fuerza existente. El príncipe Luis me escribía empezando su billete por estas palabras: «El llamado Luis de Prusia desea preguntar á Mad. de Staef, etc.» resentíase de la injuria hecha á la sangre real á que pertenecía, al recuerdo de los héroes entre los cuales aspiraba ardentemente á colocarse. ¿Cómo despues de este horroroso atentado ha podido unirse á un hombre como ese un solo rey de Europa? ¿Se dirá que obligado por la imperiosa necesidad? Hay un santuario en el alma, donde jamás debe penetrar su imperio; si así no fuese, ¿qué sería la virtud sobre la tierra? Un entretenimiento que no convendría sino á los tranquilos placeres de los hombres privados.»

Este resentimiento del príncipe que debía pagar con la vida, duraba aun cuando se abrió la campaña de Rusia en 1805. Federico Guillermo dice en su manifiesto del 9 de octubre: «Los alemanes no han vengado la muerte del duque de Enghien; pero nunca se borraré de su memoria el recuerdo de este atentado.»

Estos detalles históricos, poco apreciados, merecian serlo sin embargo, porque ellos explican las enemistades cuya causa sería difícil encontrar en otra parte, y manifiestan al mismo tiempo los escalones por que la Providencia conduce el destino de un hombre, para llegar desde la culpa al castigo.

UN ARTÍCULO DEL MERCURIO.—CASTIGO DE BONAPARTE EN VIDA.

¡Dichosa mi vida, que no fue á lo menos turbada por el miedo, ni atacada por el contagio, ni arrastrada por los malos ejemplos! La satisfacción que experimento hoy por lo que entonces hice me confirma mas y mas en que la conciencia no es una quimera. Mas contento que todos esos potentados, que todas esas naciones rendidas á los pies del glorioso soldado, repaso con un orgullo digno de excusa esta página que me ha quedado como mi único bien, y que á nadie debo sino á mí. En 1807, con el corazón conmovido aun por el atentado que acabo de referir, escribía yo las siguientes líneas: ellas hicieron suspender la publicación de *El Mercurio* y expusieron nuevamente mi libertad.

«Cuando en el silencio de la abyección no se oye otra cosa que el ruido de la cadena del esclavo y la voz del delator; cuando todo tiembla ante el tirano, siendo tan peligroso incurrir en su favor como en su desgracia, el historiador parece encargado de la venganza de los pueblos. En vano prospera Nerón. Tácito ha venido ya al mundo en el imperio; crece desconocido al lado de las cenizas de Germánico, y ya la equitativa Providencia ha entregado á un hijo oscuro la gloria del señor del mundo. Si el papel de historiador es hermoso, es sin embargo peligroso muchas veces; pero hay altares, como el del honor, que, aunque abandonados, reclaman aun sacrificio: el Dios no se ha aniquilado, aunque su templo se halle desierto. En cualquier parte en que quede á la justa causa una probabilidad, por pequeña que sea, debe tentarse á la fortuna, sin que esto pueda llamarse heroísmo; las acciones magnánimas son aquellas cuyo resultado previsto es la desgracia y la muerte. ¿Qué importan los reveses, si nuestro nombre, pronunciado por la posteridad, va á hacer latir un corazón generoso dos mil años después de nuestra vida?»

La muerte del duque de Enghien, introduciendo un principio nuevo en la conducta de Bonaparte, descompuso su recta inteligencia. Se vió precisado á adoptar como un escudo máximas en que no tuvo á su disposición la fuerza entera, porque las falseaba á cada paso por su gloria y por su genio. Hizose sospechoso; causó miedo; perdióse la confianza que se había puesto en él y en su destino; vióse obligado á conocer, ya que no á buscar, hombres que no hubiera conocido jamás, y que por su influencia se creían sus iguales: el contagio de su llaga se extendía por todo su cuerpo. No se atrevía á acriminar á estos hombres, porque había perdido la libertad de acriminar. Sus grandes cualidades permanecieron las mismas; pero sus buenas inclinaciones se alteraron, y no las sostuvieron; con la corrupción de aquella mancha original se deterioró su naturaleza. Dios mandó á sus ángeles que destruyeran la armonía de aquel universo, cambiando sus leyes, é inclinándolo sobre sus polos: «Los ángeles, dice Milton, impelieron oblicuamente el centro del mundo... el sol recibió la orden de invertir su curso sobre el camino del ecuador... los vientos desgajaron los árboles y trastornaron los mares.»

They with labor push'd
Oblique the centric globe... the sun
Vas bid turn reins from th'equinoctial road
(winds)
...ren d the woods, and seas upturn'

ABANDONO DE CHANTILLY.

Las cenizas de Bonaparte, ¿serán exhumadas como lo han sido las del duque de Enghien? Si hubiese yo podido hacerlo, esta última víctima dormiría aun sin

honoros en el foso del castillo de Vincennes. Este *excomulgado* debiera haber sido puesto, como Raimundo de Tolosa, en un ataúd abierto; la mano de ningún hombre debiera haber osado cubrir bajo una tabla al testigo de los juicios incomprensibles y de la cólera de Dios. El esqueleto abandonado del duque de Enghien y la tumba desierta de Napoleón en Santa Elena formarían contrapeso; nada habría mas conmemorativo que estos restos, unos frente á los otros, en los dos extremos de la tierra.

Al menos el duque de Enghien no ha quedado bajo tierra extranjera, como el desterrado de los reyes: este tuvo cuidado de devolver al otro á su patria; algo cruelmente, es verdad; pero ¿esto será para siempre? La Francia, en donde tantas cenizas se han esparcido al soplo de la revolución, no guarda fidelidad á los huesos. El anciano Condé, en su testamento, dice que no se halla seguro del país que habitará el día de su muerte. ¡Oh Bossuet! ¿Qué no hubiérais añadido á la obra maestra de vuestra elocuencia si cuando hablábais del ataúd del gran Condé hubiérais podido penetrar en el porvenir!

Aquí mismo, en Chantilly, fue donde nació el duque de Enghien. *Luis Antonio Enrique de Borbon, nacido el 2 de agosto de 1772 en Chantilly*, dice la sentencia de muerte. Sobre estos prados jugó durante su infancia; la huella de sus pasos se ha borrado. Y el vencedor de Friburgo, de Nordlingen, de Lens, de Senef, ¿á dónde ha ido con sus manos victoriosas, ahora desfallcidas? Y sus descendientes, el Condé de Johannisberg y de Berstheim, y su hijo y su nieto, ¿dónde están? Ese castillo, esos jardines, esos surtidores de agua, que no se callaban ni de día ni de noche, ¿qué se han hecho? Estatuas mutiladas; leones de los que se restauran á cada paso las garras ó las mandíbulas; trofeos de armas esculpidos en un muro ruinoso; escudos de flores de lis borradas; cimenteros de torres destruidas; algunas crugias de mármol bajo las caballerizas desiertas en que ya no resuenan los relinchos del caballo de Rocroy; al lado de un picadero una elevada puerta no concluida: hé aquí lo que queda de los recuerdos de una heroica estirpe: un testamento, anudado por un cordón, ha cambiado los poseedores de aquella herencia.

La selva entera ha caído por partes bajo el hacha. Personas que en los tiempos pasados han recorrido esos sitios, hoy insignificantes, ¿qué edad y qué pasiones tenían cuando se paraban al pie de esas encinas? ¿Qué pensamiento les ocupaba? ¡Oh inútiles *Memorias* mías! Yo no podría deciros ahora:

«Que Condé os lea alguna vez en Chantilly; que Enghien se enternezca.»

Hombres oscuros, ¿qué somos nosotros al lado de esos hombres ilustres? Desapareceremos para no volver: tú renacerás, ¡oh clavellina! que reposas sobre mi mesa, al lado de este papel pequeña flor que yo he cogido atrasada entre los brezos; pero nosotros no reviviremos con el solitario perfume que me ha distraído.

AÑO DE MI VIDA 1804.—VOY Á HABITAR Á LA CALLE DE MIROMESNIL.—VERNEUIL.—ALEJO DE TOQUEVILLE.—MESNIL.—MEZY.—MENEVILLE.

Desde entonces, separado de la vida activa, pero protegido por la influencia de Mad. Bacciochi contra la cólera de Bonaparte, dejé mi habitación provisional de la calle de Beaune, y fui á habitar á la de Miromesnil. La pequeña habitación que yo alquilé fue ocupada después por Mr. de Lally-Tolendal y madama Denain, su *muy amada*, como se decía en tiempo de Diana de Poitiers. Mi pequeño jardín daba á un almacén de maderas, y tenía al lado de mi ventana un

gran álamo que Mr. de Lally-Tolendal derribó por sí mismo con su robusta mano, que él decía traspasante y descarnada, á fin de respirar un aire menos húmedo: esto era una ilusión como otra cualquiera. El empedrado de la calle concluía delante de mi puerta; mas adelante la calle, ó mejor dicho el camino, subía por un terreno desigual, que se llamaba el *Cerro de los Conejos*. Este terreno, sembrado de algunas casas aisladas, terminaba á la derecha en el jardín del Tivoli, punto de donde salí con mi hermano para la emigración; á la izquierda está el jardín de Monceaux. Paseábame con frecuencia por aquel abandonado jardín; la revolución empezó en él, en medio de las orgías del duque de Orleans: este sitio había sido embellecido con estatuas desnudas de mármol, con ruinas artificiales, símbolo de la política ligera y desbordada que iba á cubrir á la Francia de prostitutas y de ruinas.

No me ocupaba en nada, todo lo mas que hacía era entreteñirme en el jardín con algunos abetos, donde hablaba del duque de Enghien con tres ó cuatro cuervos, á la orilla de un río artificial, escondido bajo un tapiz de verde musgo. Privado de mi legación alpina y de mis amistades de Roma, de la misma manera que había sido privado de repente de mis relaciones de Londres, no sabía qué hacer de mi imaginación y de mis sentimientos; colocábalos todas las tardes sobre los rayos del sol, que no podían transportarlos á los mares. Volví á mi casa, y procuraba dormirme al murmullo de las hojas de mi álamo.

Entre tanto mi dimisión había aumentado mi renombre: un poco de valor sienta siempre bien en Francia. Algunas personas de la antigua reunión de Mad. de Beaumont me introdujeron en nuevas sociedades.

Mr. de Tocqueville, cuñado de mi hermano y tutor de mis dos sobrinos huérfanos, habitaba el palacio de Mad. de Senazan: en todas partes había herencias del patíbulo. Allí veía crecer á mis sobrinos, con sus tres primos, los de Tocqueville, entre los cuales se hallaba Alejo, autor de *La Democracia en América*. Mas mimado estaba él en Verneuil que lo había yo sido en Combours. ¿Será esta la última capacidad que he visto pasar ignorada en embrión? Alejo de Tocqueville recorrió la América civilizada, de la cual no vió yo mas que las selvas.

Verneuil ha cambiado de dueño, ha pasado á manos de Mad. de Saint-Fargean, célebre por su padre y por la revolución que la adoptó por hija.

Cerca de Nantes, en Mesnil, hallábase Mad. de Rosambo: mi sobrino Luis de Chateaubriand se casó allí después con Mlle. de Orglandes, sobrina de Mad. de Rosambo: ya esta no hace brillar su belleza junto al estanque ni bajo las hayas de su mansión; ha pasado ya. Cuando iba desde Verneuil á Mesnil, encontraba casi siempre en el camino á Mezy: Mad. de Mezy era una novela, encerrada en la virtud y en el amor maternal. Al menos si su hijo, que cayó desde una ventana y se rompió la cabeza, hubiese podido como las codornices que cazábamos volar desde allí y refugiarse en la Isla-Bella, isla pequeña del Sena, *Coturnice per stipulas pascens!*

Al otro lado de ese Sena, no lejos del Marais, madame de Vintimille me presentó á Meneville. Meneville era un oasis emanado de la sonrisa de una musa, pero de una de esas musas que los poetas gaulas llamaban *doctas hadas*. Allí fueron leídas las *Aventuras de Blanca y de Velleda* ante generaciones elegantes, que escapándose unas de otras, como las flores, escuchan hoy las quejas de mis años.

Poco á poco mi inteligencia, fatigada del reposo en mi retiro de Miromesnil, vió aparecer lejanos fantasmas. *El Genio del cristianismo* me inspiró la idea de hacer la prueba de esta obra, mezclando personajes cristianos á personajes mitológicos. Una sombra que

mucho tiempo después llamé Cymodocea se dibujó vagamente en mi imaginación, aunque todavía sin perfiles bien marcados. Comprendida una vez Cymodocea, me encerré con ella, como tengo siempre costumbre de hacerlo con las hijas de mi imaginación; pero antes de que estas salgan del estado de sueño, y antes de que hayan pasado desde las orillas del Leteo por las puertas de marfil, cambian de forma muchas veces. Si las creo por amor, las destruyo por amor, y el objeto querido que doy á luz es el producto de mil infidelidades.

Solo un año habité en la calle de Miromesnil, porque fue vendida la casa que yo ocupaba. Arregléme después con la señora marquesa de Coislin, quien me alquiló el sotabanco de su palacio en la plaza de Luis XV.

MADAMA DE COISLIN.

Madama de Coislin era una señora de modales muy distinguidos: contaba muy cerca de ochenta años, y sus ojos orgullosos y dominantes tenían una singular expresión de talento y de ironía. Mad. de Coislin carecía de ciencia, de lo cual se vanagloriaba; había atravesado el siglo volteriano sin saberlo, y si alguna idea había tenido de él, se redujo á considerarle como una época de cultura popular. No es esto decir que ella hablase nunca de su nacimiento; tenía demasiado talento para incurrir en el ridículo: sabía tratar á sus inferiores sin avergonzarse; pero nunca podía olvidar que era hija del primer marques de Francia. Aunque descendía de Drogon de Nesle, muerto el 1096 en Palestina, de Raoul de Nesle, condestable, y armado caballero por Luis XI, y de Juan II de Nesle, regente de Francia durante la última cruzada de San Luis, Mad. de Coislin decía que esto era una necesidad de la fortuna, de que ella no podía hacerse responsable; pertenecía naturalmente á la corte, como otras mas felices pertenecen á la calle; lo mismo que hay yeguas de raza y matalonas de fiacre: no podía hacer nada contra aquel acaso de la fortuna, y le era preciso soportar el mal con que el cielo había querido castigarla.

¿Estuvo Mad. de Coislin en relaciones con Luis XV? Esto fue lo que nunca me confesó; convenia, sin embargo, en que había sido muy amada, pero siempre pretendió haber tratado con sumo rigor al real amante: —«Le vi muchas veces á mis pies, decía, y confieso que tenía unos ojos encantadores y un lenguaje seductor. Me propuso un día regalarme un neceser de porcelana, como el que tenía Mad. de Pompadour. — ¡Ah, señor! exclamé; ¿sería para ocultarme debajo de él?»

Por una singular casualidad vi yo aquel neceser en casa de la marquesa de Cuningham, en Londres; había sido regalo de Jorge IV, y me lo enseñaba con la mas encantadora sencillez.

Mad. de Coislin ocupaba en su palacio una habitación que se abría bajo la columnata que corresponde á la columnata del guarda-muebles. Dos marinas de Vernet, que Luis *el muy amado* había regalado á la noble dama, estaban clavadas sobre una antigua tapicería de raso verde. Mad. de Coislin permanecía hasta las dos en su cama de cortinas igualmente verdes, incorporada y recostada sobre almohadas. Una especie de cofia de noche mal prendida á su cabeza dejaba escapar algunos cabellos grises. Enormes arracadas de diamantes montados á la antigua caían sobre las hombreras de su sobretodo de cama, sembrado de tabaco como en tiempo de los elegantes de la Fronza. A su alrededor y entre la colcha veíanse esparcidos confusamente una porción de sobres separados de sus cartas, sobre los cuales Mad. de Coislin escribía en todos sentidos sus pensamientos: nunca compraba papel, porque la proveía de él el correo. De vez en cuando, una perrita, llamada Lili, sacaba el hocico

por bajo de las sábanas, me ladraba por espacio de cinco ó seis minutos, y se volvía á esconder bajo la ropa. A este estado habían reducido los años á la joven amante de Luis XV.

Mad. de Chateauroux y sus dos hermanas eran primas de Mad. de Coislin; esta no hubiera tenido la misma calma que Mad. de Mailly, arrepentida y cristiana, cuando respondió á un hombre que la insultaba en la iglesia de San Roque con un dictado poco decoroso: «Amigo mío, puesto que me conocéis, rogad á Dios por mí.»

Mad. de Coislin, avara como lo son muchas personas de talento, amontonaba el dinero en sus cofres. Vivía roída por este vicio; cuando se hallaba ocupada en el arreglo de sus interminables cuentas, parecíame estar viendo el avaro Hermócrates, que, dictando su testamento, se nombraba á sí mismo por heredero. A pesar de esto, tenía de vez en cuando convidados á su mesa; pero siempre echaba pestes contra el café, que á nadie gustaba, según decía, y que no tenía otro objeto que el de prolongar la comida.

Mad. de Chateaubriand hizo un viaje á Vichy con Mad. de Coislin y el marqués de Nesle; el marqués se adelantaba siempre una jornada, y hacia preparar buenas comidas; pero Mad. de Coislin después no pedía más que una media libra de cerezas. Al salir le presentaban una cuenta enorme, y entonces era ella: la buena señora decía que solo había tomado unas cerezas, y el posadero sostenía que en las posadas se acostumbraba pagar la comida, que se comiese ó que no.

Mad. de Coislin tenía una religión á su modo; creía é incrédula, la falta de fe la hacía burlarse de creencias cuya superstición le causaba miedo. Encontró una vez con Mad. de Krudner, la misteriosa francesa no se hallaba iluminada sino á beneficio de inventario; no agradó á la ferviente rusa, la que tampoco le agradó á ella. Mad. de Krudner dijo á Mad. de Coislin: «Señora, ¿quién es vuestro confesor interior?—Señora, respondió Mad. de Coislin: no conozco á mi confesor; sé únicamente que mi confesor está en el interior de su confesionario.» Y aquí se separaron ambas mujeres para no volverse á ver.

Mad. de Coislin se vanagloriaba de haber introducido una novedad en la corte: la moda de los rizos flotantes al cuello, contra la voluntad de la reina María Leczinska, mujer muy piadosa, que se oponía á esta peligrosa innovación. Sostenía que en otro tiempo una persona de cierta categoría jamás se hubiera acordado de pagar al médico. Hablaba contra la abundancia de ropa blanca en las mujeres: «Eso es de señoras de ayer, decía: nosotras las señoras de la corte solo tenemos dos camisas, que renovábamos conforme se iban usando; íbamos vestidas con trajes de seda, y no teníamos aire de grisetas, como las señoritas de hoy día.»

Mad. Suard, que vivía en la calle Real, tenía un gallo, cuyo canto importunaba á Mad. de Coislin, tanto, que esta escribió á aquella: «Señora, mandad que corten la cabeza á vuestro gallo.» Mad. Suard devolvió la respuesta siguiente: «Señora, tengo el honor de contestaros que de ninguna manera haré cortar la cabeza á mi gallo.» No pasó de aquí la correspondencia; pero Mad. de Coislin dijo á Mad. de Chateaubriand: «¡Dios mío; qué tiempos hemos alcanzado! ¡Y esa mujer es la hija de Pankoucke, la esposa de ese miembro de la Academia! Ya sabéis quien digo.»

Mr. Henin, antiguo empleado en el ministerio de Negocios Extranjeros, y enfadoso como un protocolo, zurría algunas malas novelas. Leyendo cierto día á madama de Coislin una descripción en que una amante llorosa y abandonada pescaba melancólicamente un salmón, la marquesa, que no era aficionada á este pescado, interrumpió al autor, diciéndole con un tono

muy serio, que le sentaba tan bien: «Mr. Henin, ¿no podríais hacer que esa enamorada pescase otro pez?»

Las anécdotas que refería Mad. de Coislin no podían retenerse en la memoria, por que no tenían fondo alguno; toda su belleza consistía en la pantomima, en el acento y la expresión de la narradora, y nunca se la veía reír. La oí un diálogo entre Mr. y Mad. Jacqueminot, en que estaba inimitable. Cuando en la conversación entre ambos esposos, Mad. de Jacqueminot decía: «¡Pero Mr. Jacqueminot!» este nombre era pronunciado de una manera tal, que no podía uno menos de soltar la carcajada. Mad. de Coislin entre tanto esperaba gravemente á que concluyese la risa, y tomaba un polvo.

Leyendo en un periódico la muerte de muchos reyes, quitóse los anteojos, y dijo sonándose: «Se ha declarado una epizootia entre los animales coronados.»

En el momento en que se hallaba próxima á abandonar el mundo, decía no sé quién á la cabecera de su cama que nadie sucumbía sino por su culpa, y que si siempre se estuviera en guardia contra el enemigo, nadie se moriría: «Lo creo, dijo Mad. de Coislin; pero temo mucho padezca una distracción.» Y poco después espiró.

Al día siguiente bajé á su casa; hallé en ella á monsieur y madame de Avaray, su hermana y su cuñado, sentado delante de la chimenea, que sobre una pequeña mesa contaban una porción de luses que habían sacado de un escondrijo, encerrados en un gran saco. La pobre difunta estaba allí cerca en su cama y con las cortinas medio descubiertas; ya no oía el ruido del oro, que hubiera debido despertarla, y que contaban aquellas manos fraternales.

Entre los pensamientos escritos por aquella señora al margen de los impresos ó en los sobres de las cartas, hay algunos muy ingeniosos. Mad. de Coislin me había hecho ver lo que quedaba aun de la corte de Luis XV en tiempo de Bonaparte y después de Luis XVI, así como Mad. de Houdelot me hizo conocer los restos existentes aun en el siglo XIX de la sociedad filosófica.

VIAJE Á VICHY, Á LA AUVERNIA Y Á MONT-BLANC.

En el verano del año 1805 marché á reunirme con Mad. de Chateaubriand en Vichy, adonde la había llevado Mad. de Coislin como he dicho antes. No encontré allí á Jussac, á Termes, ni á Flammarin, á quienes Mad. de Sevigné había llevado delante y detrás de sí en 1677: hacía más de ciento veinte años que dormían. Dejé en París á mi hermana, Mad. de Caud, que estaba establecida allí desde el otoño de 1804. Después de una corta estancia en Vichy, Mad. de Chateaubriand me propuso que viajásemos para alejarnos por algún tiempo de los enredos políticos.

En mis obras se han intercalado dos viajes que yo hice entonces á la Auvernia y al Mont-Blanc. Después de treinta y cuatro años de ausencia, hombres que no me conocían me dieron en Clermont la acogida que se da á un antiguo amigo. El que se ha ocupado mucho tiempo de los principios de que goza la raza humana en comunidad, tiene amigos, hermanos y hermanas en todas las familias. Para los que se han dejado arrastrar por el renombre y que nunca os han visto, siempre sois el mismo; para ellos siempre tenéis la edad que os han supuesto; su entusiasmo, que no decae con vuestra presencia, os mira siempre joven y hermoso, como los sentimientos que admiran en vuestros escritos.

Cuando era yo niño, allá en Bretaña, y oía hablar de la Auvernia, figurábame que era este un país muy lejano, donde se veían cosas extraordinarias, adonde no se podía ir sino corriendo gran riesgo, y caminan-

do bajo la salvaguardia de la Santa Virgen. Nunca puedo mirar sin una especie de tierna curiosidad á esos jóvenes auverneses que van á buscar fortuna por el mundo con una pequeña caja de abeto. Ellos no tienen otra cosa que la esperanza dentro de su caja al bajar de sus rocas; ¡dichosos de ellos si la vuelven á llevar á su país!

¡Ay! no hacia aun dos años que Mad. de Beaumont reposaba en las orillas del Tiber cuando yo recorrí su tierra natal en 1805; hallábame solo, á algunas leguas de Mont-d'Or, adonde había ella venido á buscar la vida, que alargó únicamente lo bastante para llegar á Roma. El verano pasado, en 1838 recorrí otra vez esa misma Auvernia. Entre estas dos fechas, 1805 y 1838, puedo colocar las transformaciones acaecidas en la sociedad alrededor de mí.

Dejamos á Clermont, y dirigiéndonos á Lyon, atravesamos á Thiers y Roanne. Este camino, poco frecuentado entonces, seguía las riberas del Lignon. El autor de la *Astrea*, que no es un talento superior, ha inventado, sin embargo, sitios y personajes que viven; ¡tanto es el poder creador de una ficción acomodada á la edad en que aparecen! Hay además algo de ingenioso y de fantástico en aquella resurrección de las ninfas y de las náyades que se mezclan con los pastores, con las señoras y con los caballeros: estos diversos mundos se asocian bien, y se presentan de una manera agradable las fábulas de la mitología unidas á las mentiras de la novela: Rousseau cuenta cómo fue engañado por Urfé.

En Lyon volvimos á encontrar á Mr. Ballanche; hizo con nosotros el viaje á Génova y á Mont-Blanc. Iba á todas partes donde le llevaban, sin que tuviese que evacuar negocio alguno en ellas. En Génova no fui recibido á la puerta de la ciudad por Clotilde, prometida de Clodoveo. Mr. de Barante, padre, había sido nombrado prefecto de Lemán. En Coppet fui á ver á Mad. de Staël; la hallé sola, encerrada en su palacio. La hablé de su fortuna y de su soledad como de un medio precioso para hallar la felicidad; pero no le agradaron mis palabras. Mad. de Staël gustaba del gran mundo; juzgábase la más desgraciada de las mujeres en un destierro que hubiera hecho toda mi felicidad. ¿Podía yo por ventura vislumbrar la desgracia en la vida de aquella mujer, que habitaba en sus haciendas, rodeada de todas las posibles comodidades?

¿Qué comparación podía haber entre aquella vida pacífica, llena de gloria, pasada en un suntuoso retiro, á la vista de los Alpes, y los millares de víctimas sin pan, sin nombre, sin protección, desterrados en todos los puntos de Europa, en tanto que sus parientes habían perecido en el cadalso? Doloroso es hallarse atacado de una enfermedad que desconocen todos. Esta enfermedad, sin embargo, no es por eso menos activa; no se la alivia comparándola con otras; nadie puede ser juez competente del dolor ajeno; lo que aflige á uno consuela á otro; los corazones tienen secretos diversos, incomprensibles á los demás corazones. No disputemos á nadie sus padecimientos; hay dolores lo mismo que patrias; cada uno tiene la suya.

Mad. de Staël visitó al día siguiente á Mad. de Chateaubriand en Ginebra, y después salimos para Chamouny. Mi opinión sobre los paisajes de las montañas hizo decir que yo trataba de singularizarme, lo cual no es cierto, á fe mía.

Ya se verá, cuando hable de Saint-Gothard, que esta opinión ha sido siempre la misma. En el viaje á Mont-Blanc se lee un pasaje, que debo recordar, por ser un lazo que une los acontecimientos pasados de mi vida á los entonces futuros, hoy pasados también.

«Solo hay una circunstancia en que es cierto que las montañas hacen olvidar los sinsabores de la tierra, y es la que nos aleja del mundo para consagrarnos á

la religión. Un anacoreta que se consagra al servicio de la humanidad; un santo que quiere meditar en silencio sobre la grandeza de Dios, pueden hallar la paz y la alegría en medio de las rocas desiertas; pero no es la tranquilidad de los lugares la que pasa entonces al alma de estos solitarios, sino, por el contrario, su alma es la que esperece la calma en la región de las tempestades.

Hay montañas que visitaría yo con un singular placer: estas son las de la Grecia y de la Judea. Me complacería en recorrer los sitios que mis nuevos estudios me obligan diariamente á conocer; iría de buena gana á buscar sobre el Tabor y el Taygeto nuevos colores y nuevas armonías, después de haber diseñado los montes sin prestigio y los valles desconocidos del Nuevo-Mundo. Esta última frase anunciaba el viaje que hice en el siguiente año de 1806.

A nuestra vuelta á Ginebra, que la hicimos sin poder volver á ver á Mad. de Staël, hallamos todas las posadas llenas de gente. Sin las atenciones de Mr. de Forbin que nos procuró una mala comida en una mala habitación, hubiéramos tenido que abandonar la patria de Rousseau sin tomar un solo bocado. Mr. de Forbin gozaba entonces de una perfecta beatitud: rebotaba en sus ojos la felicidad interior, y sus pies no tocaban á la tierra. En alas de su talento y de su gloria descendía de la montaña como del cielo con su traje de pintor, con la paleta en la mano y sus pinceles en forma de carcaj. Hombre honrado, aunque excesivamente dichoso, preparándose á imitarme algún día cuando emprendiese el viaje de Siria, y aun queriendo ir hasta Calcuta, para hacer venir los amores por un camino extraordinario cuando se gastasen en las trilladas sendas. Sus ojos brillaban con una protectora compasión: yo era pobre, humilde; estaba poco satisfecho de mí mismo, y no tenía á mi disposición el corazón de las princesas. En Roma tuve el honor de pagar á Mr. Forbin su comida del lago: había yo merecido la honra de ser embajador. En estos tiempos se ve sobre el trono por la tarde al pobre vergonzante que por la mañana se abandonó en medio de la calle.

El noble caballero pintor, á nombre de la revolución, empezaba esa nueva generación de artistas, que se presentan en forma de croquis, de caprichos y de caricaturas. Los unos llevan espantosos vigotes, y diríase que iban á hacer la conquista del mundo. Sus brochas son las lanzas, sus raspadores son sus sables; los otros van rebosados en interminables barbas y entre largos y enmarañados cabellos, y fuman un cigarrillo á manera de un volcán. Estos mosquitos del arco iris, como dice nuestro antiguo Regnier, tienen la cabeza llena de diluvios, de mares, de ríos, de selvas, de cataratas, de tempestades, de escenas sangrientas, de suplicios y de cadalsos. En su casa se ven cráneos humanos de duelistas, de trovadores, de capitanes y de soldados. Habladores, emprendedores, impolíticos, liberales (hasta en los retratos del tirano que pintan), procuran formar una especie aparte entre el mono y el sátiro; tratan de dar á entender que los secretos del taller tienen sus peligros, y que no hay en él seguridad para los modelos. ¡Pero á qué precio compran aquella posición! Al precio de una existencia inquieta, de una naturaleza débil y sensible; de una completa abnegación; de una esclavitud á las miserias de las almas; de un modo de sentir delicado, superior, idealista; de una indigencia orgullosamente aceptada y noblemente soportada alguna vez, en cambio de su talento inmortal, hijo del trabajo, de la pasión, del genio y de la soledad.

Salimos de Ginebra de noche para volver á Lyon, y fuimos detenidos al pié del fuerte de la Escluse, esperando á que abrieran las puertas. Durante esta parada de las brujas de Macbeth sobre los brazos, pasó

en mí una cosa extraordinaria. Mis años pasados resucitaban, y me rodeaban como un círculo de fantasmas; mis épocas de pasión volvíanse a presentar con su ardor y su tristeza. Mi vida, destrozada por la muerte de Mad. de Beaumont, había quedado vacía: formas aéreas, huris ó sueños, saliendo de este abismo, me tomaban por la mano y me volvían á conducir al tiempo de la sílida. Trasládábanme lejos del sitio que ocupaba, y veía otros horizontes. Una influencia secreta me impelia hácia las regiones de la aurora, adonde por otra parte me arrastraba el plan de mi nuevo trabajo y la voz religiosa que me relevó del voto de la aldeana, mi nodriza. Como todas mis facultades habían tomado un notable incremento; como nunca había abusado de la vida, abundaba esta en la savia de mi inteligencia, y el arte, triunfando dentro de mi naturaleza, se unía á mis poéticas inspiraciones. Sentía lo que los padres de la Tebaida llaman *ascensiones del corazón*. Rafael (perdónesele el blasfemo de la comparación); Rafael, ante la trasfiguración, diseñada únicamente sobre su caballo, no se hallaba tan electrizado por su obra maestra como lo estaba yo por Eudoro y Cimodocea, personajes cuyos nombres ignoraba aun, y cuya imagen entreveía á través de una atmósfera de amor.

De esta manera el genio nativo que me ha atormentado en la cuna vuelve á veces á reproducirse después de haberme abandonado; de este modo se renuevan mis antiguos sufrimientos; ningún dolor se apaga en mí por completo; si mis heridas se cierran un instante, se renuevan repentinamente como las de los crucifijos de la edad media, que destilaban sangre en el aniversario de la Pasión. No me queda otro recurso para atenuar estas crisis que dar un libre curso á la fiebre de mi pensamiento lo mismo que se abren las venas cuando la sangre afluye al corazón ó sube á la cabeza. ¿Pero qué digo? ¡Religion! ¿Dónde se halla tu poder, tus leyes, tu bálsamo? ¿No escribo todo esto muchos años después de escritas las páginas de *René*? ¡Tenía mil razones para creerme muerto, y vivo aun! ¡Gran bondad es esa! Estas alicciones del poeta aislado, condenado á sufrir la primavera á despecho de Saturno, son desconocidas al hombre que no sale de las leyes comunes: para él los años son siempre jóvenes. «Los cabritillos monteses, dice Oppiano, velan por el autor de sus días; cuando este llega á caer en las redes del cazador, ellos le presentan con su boca la yerba tierna y florida que van á coger muy lejos, y le traen en el borde de sus labios agua fresca del mas cercano arroyo.»

VUELTA Á LYON.

De vuelta á Lyon, me encontré con cartas de monsieur Joubert; anunciábame en ellas su imposibilidad de ir á Villeneuve antes del mes de setiembre. Yo le contesté: «Vuestra salida de París se halla demasiado lejana, y lo siento mucho; ya conocéis que mi esposa no querrá por ningún estilo llegar á Villeneuve antes que vos; tiene una cabeza á su modo, y desde que se halla á mi lado, me encuentro á la cabeza de dos cabezas muy difíciles de gobernar. Permaneceremos en Lyon, donde nos hacen comer tan bien, que apenas tengo valor suficiente para abandonarle. El abate de Bonnevie se halla aquí de vuelta de Roma, y está muy bueno; siempre alegre, sermonea, y no se acuerda de sus desgracias; me encarga os envíe un abrazo suyo, y se dispone á escribimos. En fin, todo el mundo se halla alegre, excepto yo; únicamente vos sois el regañón. Decid á Mr. de Fontanes que he comido en casa de Mr. Saget.»

Este Mr. Saget era la providencia de los canónigos: vivía cerca de Sainte-Foix, en la religion del buen vino. Se subía á su casa sobre poco mas ó menos por

el sitio en que Rousseau había pasado la noche á orillas del Saone.

«Me acuerdo, dice, de haber pasado una noche deliciosa fuera de la ciudad, sobre un camino que costea el Saone. Una cordillera de jardines bordeaba el camino por el lado contrario del río: había hecho aquel día un calor excesivo; la noche estaba hermosa, y el rocío humedecía la florida yerba; y no se movía viento alguno, y la noche estaba tranquila y la atmósfera fresca, sin ser fría; el sol, después de puesto, había dejado sobre el cielo vapores rojizos, que reflejaban sobre el agua, matizándola de ráfagas de color de rosa. Los árboles estaban poblados de ruiseñores, que se contestaban unos á otros. Paseábame con una especie de éxtasis, entregando mis sentidos y mi corazón al goce de todo esto, y suspirando únicamente por el disgusto de disfrutarlo á solas. Absorto en mis agradables ensueños, prolongué mi paseo hasta muy entrada la noche, sin notar que estaba cansado. Conocílo por fin; recosteme voluptuosamente sobre una puertecilla de una cerca; el cielo de mi cama estaba formado por las copas de los árboles; un ruiseñor se hallaba justamente sobre aquellas copas; me dormí arrullado por su canto; mi sueño fue dulce; el momento de despertarlo fue aun mas. Era ya muy entrado el día, y mis ojos al abrirse vieron el agua, el verdor y un paisaje admirable.»

Con el encantador itinerario de Rousseau en la mano podía llegarse hasta la casa de Mr. Saget. Este viejo y delgado solteron, casado en otro tiempo, llevaba una gorra verde, una levita de camelote gris, un pantalón de nankin, medias azules y zapatos de castor.

Había vivido mucho tiempo en París, donde había estado en relaciones con Mlle. Devienne. Esta le escribía cartas muy espirituales, le saqueaba y le daba muy buenos consejos: él no hacía caso, porque nunca miraba el mundo por el lado serio, creyendo, al parecer, como los mejicanos, que el mundo había gastado ya cuatro soles, y que en el último (que es el actual) los hombres habían sido cambiados en monos. No se cuidaba del martirio de San Pothin y de San Ireneo, ni de la degollación de los protestantes colocados uno al lado de otro por orden de Mandelot, gobernador de Lyon, y que todos tenían cortado el cuello de un mismo lado. Frente á frente del campo de los fusilamientos de los Broteaux me contaba los detalles en tanto que se paseaba por entre sus cepas, intercalando su narración con algunos versos de Loyse Labbé: no hubiera dejado de tomar un solo bocado durante las últimas desgracias de Lyon en tiempo de la cartaverdad.

En ciertas épocas aparecía en su mesa una cierta cabeza de ternera marina por espacio de cinco noches, cocida en vino de Madera y rellena de cosas muy apetitosas. Algunas muchachas del campo, muy lindas, servían á la mesa, propinando excelente vino de su cosecha, encerrado en frascos de la cabida de tres botellas. Yo, y el capitul de sotas, nos inclinábamos ante el festín Saget.

Nuestro anfitrión dió pronto fin á sus provisiones: en la ruina de sus últimos momentos fue recogido por dos ó tres antiguas queridas que habían saqueado su vida, «especie de mujeres, dice San Cipriano, que viven como si pudiesen ser amadas, *qua sic vivis ut possis adamari*.»

VIAJE Á LA GRAN CARTUJA.

Nos arrancamos á las delicias de Capua para ir á visitar la Cartuja, siempre con Mr. Ballanche. Alquilamos una carretela, cuyas ruedas remendadas hacían un ruido espantoso. Llegados á Voreppe, nos detuvimos en una posada en lo mas alto de la ciudad. Al si-

guiente día, al amanecer montamos á caballo, y salimos precedidos de un guía. En el pueblo de San Lorenzo, al pié de la Gran Cartuja, atravesamos la puerta del valle, y seguimos por entre las rocas el camino que sube al monasterio. Os he hablado ya, á propósito de Combours, de lo que espermenté en aquel sitio. Edificios abandonados se veían aquí y allí bajo la vigilancia de un guarda de ruinas. Un pobre hombre había permanecido en aquellos lugares para cuidar á un solitario enfermo que acababa de morir: la religion había impuesto á la amistad la fidelidad de la obediencia. Vimos la estrecha sepultura cubierta recientemente: Napoleon, al mismo tiempo, se preparaba á abrir otra sepultura inmensa en Austerlitz. Nos enseñaron el convento, las celdas, cada una de las cuales tenía un jardín y un taller. Veíanse allí bancos de tornero y tornos: la mano había dejado escapar el buril. Una galería presentaba los retratos de los superiores de la Cartuja. El palacio ducal en Venecia conserva la sucesión de los *ritratti* de los dux; ¡sitios y recuerdos distintos! Mas allá nos condujeron á la capilla del recluso inmortal, de Le Sœur.

Después de haber comido en una gran cocina, volvimos á ponernos en marcha, y nos encontramos á Mr. Chaptal llevado en un palanquin como un rajáh, boticario en otro tiempo, después senador, luego propietario de Chanteloup é inventor del azúcar de remolacha, ávido heredero de las bellas rosas indianas de Sicilia, perfeccionadas por el sol de Otahiti. Al volver á bajar por las selvas, hallaba pensando á los antiguos cenobitas. Por espacio de siglos enteros se ocuparon en llevar sobre sus hombros plantas de abeto cubiertas de tierra, que después se han convertido en árboles sobre las rocas. ¡Felices vosotros, que cruzasteis el mundo sin ruido, y que no volvísteis la cabeza hácia él en vuestra travesía!

Apenas llegamos á la puerta del Valle, cuando estalló una tempestad; precipitábase un diluvio sobre aquellas rocas, y torrentes de agua salían de todos los barrancos. Mad. de Chateaubriand, á quien daba alas el miedo, galopaba por encima de los guijarros; y en medio de los relámpagos y de la lluvia había arrojado su paraguas para oír mejor los truenos; el guía le gritaba: «¡Encomendad vuestra alma á Dios! En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.» Llegamos á Voreppe con repique de campanas; los restos de la tempestad estaban ante nuestros ojos. Veíase de lejos el incendio de un pueblo, y la luna asomaba la parte superior de su disco por cima de las nubes, como la pálida y calva frente de San Bruno, fundador de la orden del silencio. Mr. Ballanche, empapado por la lluvia, decía con su inalterable tranquilidad: «Estoy como el pez en el agua.» En este año de 1838 he vuelto á ver á Voreppe; ya no había tempestad, pero me quedan dos testigos, Mad. de Chateaubriand y Mr. Ballanche.

De vuelta á Lyon, dejamos allí á nuestro compañero, y marchamos á Villeneuve. Os he referido ya lo que era esta pequeña ciudad, mis paseos y mis recuerdos á orillas del Jonne con Mr. Joubert. Vivían allí tres viejas solteronas, las señoritas de Piat; me recordaban las tres amigas de mi abuela en Planconet, con la sola diferencia de posición social. Las vírgenes de Villeneuve murieron sucesivamente, y me acuerdo de ellas á la vista de los escalones cubiertos de yerba que hay á la puerta de su casa deshabitada. ¿Qué decían en sus tiempos estas señoritas de aldeas? Hablaban de un perro y de un manguito que su padre las había comprado en otro tiempo en la feria de Sens. Esto me entretenía tanto como el concilio de esta misma ciudad, en que San Bernardo hizo condenar á Abelardo, mi compatriota. Las vírgenes del manguito, ¿eran tal vez otras tantas Eloisas? ¡Algun día tal vez tuvieron amores, y sus cartas, halladas algún día, admirarán al porvenir! ¿Quién sabe? Quizá escribían á su *señor*, á su

padre, á su hermano, á su esposo: «*adomino suo imo patri, etc.*» que se creían honradas con el nombre de *amiga*, con el de *querida ó cortesana*, *Concubina vel scorti*. «Con todo su saber, dice un grave doctor, encuentro que Abelardo hizo una admirable locura cuando sobornó de amor á Eloisa su discípula.»

MUERTE DE MADAMA DE CAUD.

Esperábame en Villeneuve un gran sentimiento. Para poderlo contar preciso es trasladarnos á algunos meses antes de mi viaje á Suiza. Ocupaba aun la casa de la calle de Miromesnil, cuando en el otoño de 1804 vino Mad. de Caud á Paris. La muerte de Mad. de Beaumont acabó de alterar la razón de mi pobre hermana; poco era menester para que no creyese en esta muerte, para que sospechase que había algún misterio en aquella desaparición, y para que colocase al cielo en el número de enemigos que se complacían en sus desgracias. Ya en aquella época nada poseía; habíale yo escogido una habitación en la calle de Caumartin, engañándola con respecto al precio de alquiler, y también sobre los gastos de su comida, ajustándome con un fondista. Como una llama próxima á extinguirse, su imaginación despedía una visiva luz, que la iluminaba enteramente. Trazaba algunos renglones que arrojaba después al fuego, ó bien copiaba de los libros algunas páginas que se hallaban en armonía con la situación de su alma. No permaneció mucho tiempo en la calle de Caumartin; se fué á vivir á las monjas de San Miguel, calle del barrio de San Jacobo; Mad. de Navarra era la superiora del convento. Lucila tenía una pequeña celda que daba sobre el jardín: repetidas veces noté que seguía con la vista y con cierta expresión de lúgubre deseo á las religiosas que se paseaban en el cercado por entre los cuadros de hortaliza. Adivinábase en aquella mirada la envidia de la santa, que la hacía aspirar á ser ángel. No puedo menos de santificar estas *Memorias*, conservando en ellas, á modo de reliquias, estas cartas de Mad. de Caud, escritas antes de tomar vuelo hácia su patria inmortal.

17 de enero.

«Tenía yo puesta mi felicidad en tí y en Mad. de Beaumont: me libraba con vuestro recuerdo de mi fastidio y de mis penas; mi única ocupación era la de amaros. Pero esta noche he reflexionado maduramente sobre tu carácter y sobre tu modo de ser. Como tú y yo nos hallamos siempre vecinos, es menester, al menos así lo creo, mucho tiempo para conocerme: ¡tantos y tan diversos son los pensamientos que ocupan mi cabeza! ¡Y tanto mi timidez y mi especie de debilidad exterior se halla en oposición con mi fuerza interior! Demasiado has hecho por mí. Ilustre hermano mio, recibe mi mas sincero reconocimiento por las muestras de amistad que no has cesado de darme. Esta es la última mia que recibirás hoy por la mañana. Por mas que haya querido hacerte partícipe de mis ideas, no por eso quedan en mí con menos integridad.»

Sin fecha.

¿Crees efectivamente, amigo mio, que me hallo al abrigo de la impertinencia de Mr. de Chenedolle? Me hallo decidida á invitarle á no continuar sus visitas, y me resigno á que la del martes sea la última. No quisiera, sin embargo, ofender su cortesania. Cierro para siempre el libro de mi destino con el sello de la razón; no consultaré mas sus páginas ni para bagatelas ni para las cosas importantes de la vida. Renuncio á todas mis locas ideas; no quiero ocuparme ni afligirme de las de nadie; me entregaré á discreción

á todos los acontecimientos de mi tránsito por este mundo. ¡Oh, cuánto siento el ocupar tanto la imaginación sobre mí! De aquí en adelante Dios no puede castigarme sino en tí. Le doy gracias del precioso y querido don que me ha hecho de tu persona, y por haber conservado mi vida sin tacha: estos son todos mis tesoros. Podría tomar por emblema de mi vida á la luna, envuelta en una nube con esta divisa: «Oscurcida muchas veces; empañada nunca.» Adios, amigo mio. Te admirarás de la variación de mi lenguaje de ayer á hoy. Despues de haberte visto, mi corazón se ha alzado á Dios, y le he colocado íntegro al pié de la cruz, que es su único y verdadero lugar.

Hoy jueves.

«Buenos días, amigo mio. ¿De qué color son tus ideas de hoy por la mañana. En cuanto á mí, me hallaba ahora pensando en que la única persona capaz de aliviar mis penas cuando temía por la vida de Mad. de Tarcy, era la que me dijo:

—«Está en el órden de las cosas posibles el que murais antes que ella. ¡Oh, qué bien me comprendí! Solo la idea de la muerte puede tranquilizarme por mi porvenir. Me apresuro á dejarte en paz por hoy, pues me siento con deseo de decir cosas muy buenas. Buenos días, querido hermano. Conservate dichoso.»

Sin fecha.

«Cuando Mad. de Tarcy existía, hallándome siempre á su lado, no habia conocido la necesidad de tener que asociar mis sentimientos á los de nadie; poseia aquel bien sin conocerlo. Pero desde que hemos perdido esta amiga, y desde que las circunstancias me han separado de tí, comprendo el suplicio de no poder desahogar y refrescar mi imaginación en la conversación de alguien; conozco que mis ideas me hacen daño cuando no puedo desembarazarme de ellas, y esto depende seguramente de mi mala organización. Con todo, me hallo bastante satisfecha de mi valor desde ayer: no he hecho caso de mis penas ni de la especie de desfallecimiento interior que experimento. Me hallo mucho mas descansada. Continúa siendo siempre cariñoso conmigo; eso será una prueba de humanidad. Adios, amigo mio. Espero me escribas muy pronto.»

Sin fecha.

«No pases cuidado, amigo mio. Mi salud se restablece visiblemente. Muchas veces me pregunto á mí misma por qué me tomo tanto cuidado por ella. Soy como un loco que edíficase una fortaleza en medio de un desierto. Adios, mi querido hermano.»

Sin fecha.

«Como sufro mucho de la cabeza esta noche, no he hecho mas que copiar al acaso algunos pensamientos de Fenelon para cumplir mi compromiso.

—«Nunca está uno mas estrecho que cuando se encierra dentro de sí mismo. Por el contrario, nunca se ve uno mas á sus anchas que cuando sale de esta prision para penetrar en la inmensidad de Dios.

—«Pronto hallaremos lo que hemos perdido, porque continuamente nos aproximamos á ello á todo correr. Un paso mas, y ya no tendremos nada que llorar. Nosotros somos los que morimos; lo que amamos no muere nunca.

—«Pretendeis auxiliarnos con fuerzas engañosas, tales con o la que presta la fiebre ardiente al enfermo. Nótese en vos desde hace algunos días un esfuerzo convulsivo para mostrar valor y alegría en medio de la agonía.

«Esto es cuanto mi cabeza y mi mala pluma me per-

miten escribirte por hoy. Si quieres, mañana volveré á empezar mi trabajo, y te diré mas cosas. Buenas noches, amigo mio. No me cansaré de repetirte que mi corazón se inclina respetuosamente ante el de Fenelon, cuya ternura me parece tan íntima, y cuya virtud creo tan elevada. Adios, amigo mio.

«Al despertar te envío mil afectos y te bendigo cien veces. Estoy muy bien hoy por la mañana, y me inquieta el saber si podrás leer lo que he escrito, y si estos pensamientos de Fenelon te parecen bien elegidos. Temo que mi corazón haya perjudicado á mi criterio.»

Sin fecha.

«¿Podrás creer que desde ayer me ocupó únicamente en corregirte? Los Blossac me han confiado con el mayor secreto un romance tuyo. Como encuentro que en este romance no has sacado todo el partido que podías de tus ideas, me entretengo en explicarlas en toda su fuerza. ¿Puede llevarse mas lejos la osadía? Perdonadme, hombre grande, y acordaos de que soy vuestra hermana, y de que me se debe tolerar que abuse un poco de vuestras riquezas.»

San Miguel.

«No volveré á decirte que no vengas á verme, porque no quedando mas que unos cuantos días que pasar en Paris, conozco que tu presencia me es esencial. No vayas hasta despues de las cuatro, pues no podré hallarme en casa hasta esa hora. Amigo mio, tengo en mi cabeza mil ideas contra ictorias de cosas que me parecen existir y no existir, que me hacen el efecto de objetos visibles únicamente en un espejo, y de cuya realidad no puede uno asegurarse despues, aunque se les ve distintamente. Pero no quiero ocuparme de estas cosas; desde este momento me abandono enteramente. No tengo, como tú, el recurso de cambiar de rio; pero me siento con fuerzas para no dar importancia ninguna á las personas y á las cosas de mi ribera, y para fijarme entera é irrevocablemente en las alturas de la justicia y de la verdad. Un solo temor es el que me ocupa; el de tropezar al pasar y sin querer con el destino de algun otro, y esto no á causa del interés que pudiera tomar por mí, pues no soy lo suficientemente loca para creer en semejante cosa.»

San Miguel.

«Amigo mio: Nunca el sonido de tu voz me ha causado tanto placer como cuando ayer te vi en mis escaleras. Mis ideas en aquel momento querian sobrepujar á mi valor. Un bienestar indecible se apoderó de mí al oírte tan cerca de mí; apareciste, y todo en mi interior volvió á quedar en su órden normal. Experimento á veces en mi corazón una gran repugnancia á beber mi cáliz. ¿Cómo este corazón, que es un espacio tan reducido, puede encerrar tan larga existencia y tantos pesares? Me hallo muy descontenta de mí misma, muy descontenta. Mis negocios y mis ideas me arrastran; no me ocupó casi nada de Dios, y me limito á decirte cien veces al día: «Señor, apresuraos á escucharme, porque mi espíritu cae en el abatimiento.»

Sin fecha.

«Hermano mio: No te fastidies de mis cartas ni de mi persona; pienso en que muy pronto te verás libre de mis importunidades. Mi vida despide su última claridad; lámpara que se consume en las tinieblas de una larga noche, y que ve nacer la aurora en que va á morir. Permíteme, hermano mio, que eche una ojeada sobre los primeros momentos de nuestra existencia; acuérdate que muchas veces hemos estado sentados sobre las mismas rodillas; estrechados á un tiempo

contra el mismo pecho; que ya tú derramabas lágrimas por las mias; que desde los primeros días de tu vida has protegido y defendido mi débil existencia; que nuestros juegos nos reunían, y que he participado de tus primeros estudios. No te hablaré de nuestra adolescencia, del candor de nuestros pensamientos, y de nuestras alegrías, ni de la mutua necesidad que teníamos de vernos continuamente. Si te llevo á lo pasado (te lo digo ingenuamente, hermano mio), es únicamente para hacerme revivir con mas fuerza en tu corazón. Cuando saliste de Francia por segunda vez, me confiaste tu esposa, y me hiciste prometer que no me separaría de ella. Fiel á aquel dulce compromiso, he presentado voluntariamente mis manos á las cadenas, y he entrado en los lugares destinados únicamente á las víctimas consagradas á la muerte. En esa morada no he tenido inquietud alguna que no fuera por tu suerte; interrogaba continuamente los presentimientos de mi corazón. Cuando recobré mi libertad, y en medio de las desgracias que me han abrumado, solo me ha sostenido la idea de nuestra reunion; hoy que pierdo enteramente la esperanza de continuar mi vida al lado de la tuya, ten paciencia con mis quejas. Me resignaré á mi destino solo, y solo por hallarme aun en disputa con él es por lo que sufro tanto; pero cuando me sometí á mi suerte... ¡Oh, y qué suerte! ¿Dónde están mis amigos, mis protectores y mis riquezas? ¿A quién importa mi existencia, esta existencia abandonada de todos, y que pesa toda entera sobre sí misma? ¡Dios mio! No son aun bastante carga los males presentes para mi debilidad, sino que añadís á ellos el temor del porvenir. Perdon, mi querido amigo; yo me resignaré; me dormiré con un sueño de muerte sobre mi destino. Pero en los pocos días que me restan que pasar en esta ciudad, déjame buscar en tí mis últimos consuelos; déjame creer que mi presencia te es agradable. Creo que entre los corazones que te aman, ninguno llega á la sinceridad y á la ternura de mi inútil amistad hacia tí. Llena mi memoria de recuerdos agradables que prolonguen mi existencia á tu lado. Ayer, cuando me hablaste de ir á tu casa, me parecía que te hallabas impaciente y serio, en tanto que tus palabras eran afectuosas. Pues qué, hermano mio, ¿seré yo tambien para tí un objeto de fastidio? Bien sabes que no he sido yo quien ha propuesto la dichosa distracción de ir á verte, y que te he prometido no abusar de ella; pero si has cambiado tu modo de pensar, ¿por qué no me lo has dicho francamente? Yo no tengo valor contra tus atenciones. En otro tiempo me distinguías algo mas del resto de la multitud, y me hacías mas justicia. Puesto que me esperas hoy, iré á verte á las once. Arreglaremos juntos lo que mas te convenga para en adelante. Te he escrito, segura de que nunca hubiese tenido valor para decirte una sola palabra del asunto de que te hablo en esta carta.»

Esta carta, tan dolorosa y tan digna de admiración, fue la última que recibí, y no pude menos de alarmarme por el sello de profunda tristeza que en ella se notaba. Corrí al convento, donde encontré á mi hermana paseándose con Mad. de Navarra. Fue á su habitación inmediatamente que la anunciaron mi visita. Conociósele que hacia esfuerzos para coordinar sus ideas, y se notaba por intervalos en sus labios un movimiento convulsivo. La rogué que volviese en sí, y que no me escribiese de aquella manera, porque me desgarraba el corazón, juzgando que pudiera yo fastidiarme de ella. Parecióme tranquilizarse un poco con mis palabras; me dijo que el convento la infundía tristeza, y que creía que se encontraría mejor en una habitación que estuviese junto al jardín botánico, donde podría pasearse y tener médicos á quienes consultar. Aprobé enteramente su opinión, añadiendo que con el objeto de que pudiera estar mejor servida, y de aliviar en su trabajo á Virginia, su don-

cella, le enviaria al viejo Saint-Germain. Esta proposición pareció agrada en extremo, como un recuerdo de Mad. de Beaumont, y me aseguró que desde aquel momento iba á ocuparse de los preparativos necesarios para su nueva habitación. Me preguntó qué era lo que yo pensaba hacer aquel verano: yo la dije que iría á Vichy, á reunirme con mi esposa, y despues á Villeneuve, á casa de Mr. Joubert, desde donde me volvería á Paris. La propuse que se viniera conmigo; pero me contestó que deseaba pasar el verano sola, y que pensaba enviar á Virginia á Fougères. Cuando me despedí de ella, se hallaba mas tranquila.

Mad. de Chateaubriand salió para Vichy, y yo me disponía á seguirla. Antes de dejar á Paris fui á ver á Lucila. Hallela muy razonable y afectuosa; y me habló de algunos trabajos literarios que habia emprendido, de los cuales he publicado ya algunos fragmentos en el tomo tercero de estas *Memorias*. Animé al gran poeta porque continuase su trabajo; me abrazó, y me deseó un feliz viaje, haciéndome prometerla que no tardaria en dar la vuelta; me acompañó hasta la escalera, y me miró bajar tranquilamente. Cuando me hallé al pié de ella, me detuve, y levantando la cabeza, dije á la desgraciada, que no apartaba los ojos de mí: «Adios, querida hermana; no tardaré en volver: cuidate mucho, y escríbeme á Villeneuve, que yo tambien te escribiré. Espero que el próximo invierno accederás á vivir con nosotros.»

Por la tarde hablé con el buen Saint-Germain; le di órdenes y dinero para que secretamente pudiera disminuir el precio de las cosas que necesitase mi hermana. Le encargué que me tuviese al corriente de todo, y que no dejara de mandarme á llamar en el caso de que mi presencia fuese necesaria. Pasaron tres meses. Al llegar á Villeneuve me encontré con dos cartas muy satisfactorias sobre el estado de salud de Mad. de Caud; pero Saint-Germain se olvidaba de hablarme de la nueva habitación y de los asuntos domésticos de mi hermana. Habia yo empezado á escribirle una larga carta, cuando Mad. de Chateaubriand cayó enferma de mucho cuidado; hallábame al lado de su cama, cuando me entregaron una carta de Saint-Germain; la abrí: aquella carta cruel me anunciaba la muerte de Lucila.

El cielo me ha dado el encargo de los últimos restos de muchas personas durante mi vida, pero estaba escrito y era sin duda destino de mi hermana que sus cenizas serian arrojadas al cielo. Hallábame lejos de Paris en el momento de su muerte; no tenia en aquella ciudad ningun pariente; detenido en Villeneuve por el peligroso estado de mi esposa, no pude ocuparme de aquellos sagrados restos. Mis disposiciones llegaron demasiado tarde para anticiparse á una inhumación comun. Lucila vivía aislada, y no tenia amigo ninguno; no era conocida mas que del viejo servidor de Mad. de Beaumont, como si este fuera el encargado de reunir aquellos dos destinos. El fue el único que acompañó á aquel abandonado ataud, y tambien él murió antes de que el estado de salud de mi esposa me permitiese trasladarla á Paris.

«Mi hermana fue enterrada entre los pobres. ¿En qué cementerio fue depositada? ¿En que ola inmóvil de aquel océano de insectos fue sumergida? ¿En qué morada espiró? Aun cuando al hacer indagaciones, consultando los archivos de los ayuntamientos y los registros de las parroquias, pudiese hallar el nombre de mi hermana, ¿de qué me serviría? ¿Hallaria, por ventura, al mismo conserje de la fúnebre morada? ¿Podría encontrar al que abrió en la tierra una sepultura sin nombre y sin epitafio? Las toscas manos que tocaron las últimas una arcilla tan pura, ¿habrán conservado su recuerdo? ¿Qué historiador de sombras podría indicarme aquella perdida huella? ¿No sería posible que equivocara las cenizas? ¿Puesto que el cielo lo

quiso así, quede Lucila perdida para siempre! En este misterio de localidad hallo una distinción entre esta y las demás sepulturas de mis amigos. Mi antecesora en este mundo y en el otro ruega por mí al Redentor, y alza su voz de entre las cenizas de los indigentes, con quienes se halla confundida; del mismo modo reposa perdida entre los predilectos de Jesucristo la madre de Lucila y la mía. Dios habrá sabido reconocer á mi hermana, y esta, que tan poco unida se hallaba á la tierra, no debía dejar en ella huella alguna. La santa por inspiración me ha abandonado, y no ha pasado un solo día en que no haya regado con lágrimas su memoria. Lucila gustaba del aislamiento: le he formado un desierto en mi corazón, y no saldrá de él hasta que yo haya cesado de existir.

Estos son los verdaderos, los únicos acontecimientos de mi vida material! ¿Qué me importaban en el momento en que perdía á mi hermana los millares de soldados que perecían en el campo de batalla, la ruina de los tronos y el cambio de la faz del mundo?

La muerte de Lucila fue á enturbiar los mas puros manantiales de mi alma. Mi infancia, los primeros vestigios de mi existencia, desaparecían con ella. Nuestra infancia se asemeja á esas frágiles construcciones de ladrillo, sostenidas por botareles, que no se hundían de una vez, sino que se desmoronan sucesivamente. Mad. de Chateaubriand, agobiada bajo el peso de los imperiosos caprichos de Lucila, no vió en su muerte mas que una redención de su cautividad. Seamos indulgentes si queremos ser llorados; la elevación de alma y las eminentes cualidades son únicamente apreciadas por los ángeles, y yo no puedo participar en este punto de la opinión de Mad. de Chateaubriand.

Paris 1859.

Revisado en diciembre de 1846.

AÑOS DE MI VIDA 1805 Y 1806. — VUELTA Á PARIS. — VIAJE Á LEVANTE.

Quando regresando á París por el camino de Borgoña divisé la cúpula de Val-de-Grace y la media naranja de Santa Genoveva, que domina el jardín botánico, se me oprimió el corazón. ¡Otra compañera de mi vida, abandonada en el camino! Volvímos á nuestra habitación, y aunque Mr. de Fontanes, Mr. Joubert, Mr. de Clausel y Mr. Molé me acompañaban por las noches para distraerme, me hallaba ya tan trabajado por los recuerdos y por las ideas, que no podían conseguir su objeto. Habiendo quedado aislado tras el abandono de objetos tan queridos, golpeaba la ribera con el pie, como un marino extranjero, cuyo enganche ha espirado, y que se encuentra sin patria ni hogar; arda en deseos de arrojarle á nado en un nuevo océano para refrescarme al cruzar sus olas. Hijo del Pindo y cruzado en Solima (1), hallábame impaciente por ir á unir mi descanso al de las ruinas de Atenas, y mis lágrimas á las lágrimas de Magdalena.

Fuí á Bretaña á ver á mi familia, y de vuelta á París salí para Trieste el 13 de julio de 1806. Mad. de Chateaubriand me acompañó hasta Venecia, adonde fué á buscarla Mr. Ballanche.

Hallándose referida mi vida hora por hora en el *Itinerario*, nada me quedaria que decir si no tuviese que dar cuenta de algunas cartas desconocidas, recibidas y escritas en el curso y despues de mi viaje. Julian, mi criado y compañero, ha redactado tambien el *Itinerario* suyo á la sombra del mio, como los pasajeros de un buque llevan su diario particular en un viaje de descubierta. El pequeño manuscrito que

(1) Nombre dado por los antiguos á Jerusalem.

pone á mi disposición servirá de comprobante á mi narración: yo seré Cook y él será Clerke.

A fin de dar mejor á conocer la manera con que se halla uno herido en el orden de la sociedad y en la gerarquía de las inteligencias, intercalaré mi narración con la de Julian. Le dejaré hablar primero, porque se ocupa de ciertos dias de navegación en que no le acompañé desde Modon á Smirna.

ITINERARIO DE JULIAN.

«Nos embarcamos el viernes 1.º de agosto; pero no siendo favorable el viento para salir del puerto, permanecimos en él hasta el día siguiente al amanecer. Entonces el práctico del puerto nos vino á decir que ya podíamos salir. Era la vez primera que me veía en el mar, y me habia formado una exagerada idea de sus peligros, pues no corríamos ninguno por espacio de dos dias. Pero al tercero se levantó una tempestad: los relámpagos, el trueno, en fin, una tormenta horrible engrosó la mar de una manera espantosa. Nuestra tripulación se hallaba compuesta únicamente de ocho marineros, de un capitán, de un oficial, de un piloto y de un cocinero, además de cinco pasajeros, incluso mi señor y yo; total diez y siete hombres. Pusímonos todos á ayudar á los marineros para plegar velas, á pesar de los torrentes de lluvia que caían sobre nosotros, habiéndonos quitado la ropa para obrar con mas libertad. Este trabajo me distraía, haciéndome olvidar el peligro que, hablando en verdad, es mas espantoso por la idea que uno se forma de él que por lo que es realmente en sí. Por espacio de dos dias las tormentas se sucedieron unas á otras, lo cual me endureció en mis primeros dias de navegación: me hallaba enteramente tranquilo. Mi señor temía que me marease y que cayera malo; pero despues de esta prueba, me dijo: «Ya estoy tranquilo por vuestra salud, y ya que habeis soportado tan bien dos dias de tempestad, podeis tranquilizaros con respecto á cualquier contratiempo.» Contratiempo que no tuvo lugar en el resto de la travesía hasta Smirna. El día 10, que era domingo, mi señor hizo abordar cerca de una isla turca, llamada Modon, donde desembarcó para ir á Grecia. Entre los pasajeros que venían con nosotros habia dos milaneses que iban á Smirna para ejercer su oficio de hojalateros y fundidores de estaño. A uno de ellos, llamado José, y que hablaba bastante bien el idioma turco, habia propuesto mi señor si queria ir con él de intérprete. Dijonos este último que el viaje duraria muy pocos dias, y que se reuniria á nosotros en una isla por donde debíamos pasar dentro de cuatro ó cinco dias, donde nos esperaria si llegaba antes que nosotros. Como mi señor halló en aquel hombre lo que deseaba para aquel pequeño viaje (*de Esparta y de Atenas*), me dejó abordo para continuar mi camino hasta Smirna y para cuidar de nuestros efectos, y me dió una carta de recomendación para el cónsul francés, para el caso de que no se reuniese á nosotros, lo cual sucedió efectivamente. El cuarto día llegamos á la isla indicada; el capitán bajó á tierra, y no halló á mi señor. Pasamos toda la noche esperándole hasta las siete de la mañana, y el capitán volvió á bajar para prevenir que era forzoso partir, teniendo buen viento y hallándose obligado á dar cuenta de su travesía. Además habia visto una pirata que procuraba darnos caza, y urgía el ponernos cuanto antes en estado de defensa. Hizo cargar las cuatro piezas de artillería y subir sobre el puente todos los fusiles, pistolas y armas blancas; pero como el viento nos era favorable, el pirata desistió de su empeño. El lunes 18 á las siete de la tarde llegamos al puerto de Smirna.»

Despues de haber atravesado la Grecia, tocado en Zea y en Chio, me reuní con Julian en Smirna. Hoy día veo á la Grecia en mi memoria como uno de esos

MI ITINERARIO.

brillantes círculos que se perciben á veces cerrando los ojos. Sobre esta misteriosa fosforescencia se dibujan ruinas de una arquitectura delicada y admirable, y el todo se presenta mas esplendente aun por una especie de claridad que le prestan las musas. ¿Cuándo volveré á coger el tomillo del Himetto (1) y las adelfas de las orillas del Eurotas? Una de las personas que con mas envidia he dejado sobre esas riberas extrañas es el aduanero turco del Pireo; vivía solo, guardian de tres puertos desiertos, paseando sus miradas sobre las azuladas islas, sobre los brillantes promontorios y sobre los dorados mares. Allí no se oía otro ruido que el de las olas chocando contra la destruida tumba de Temístocles, y el murmullo de los lejanos recuerdos en el silencio de las ruinas de Esparta: la misma gloria permanecía muda.

En la tumba de Melerigenes dejé á mi pobre intérprete José, instalado en su tienda de hojalatería, y me dirigí á Constantinopla. Pasé á Pérgamo, deseando ir á Troya por compasión poética: una caída del caballo me detuvo en el camino, no porque Pegaso tropezara, sino porque yo dormía. He recordado este incidente en mi *Itinerario*: Julian lo refiere tambien y da noticias sobre caminos y caballos, de cuya exactitud salgo garante.

ITINERARIO DE JULIAN.

«Mi señor, que se habia dormido sobre su caballo, cayó al suelo sin despertarse. Detúvose el animal en el momento, y el mio que le seguía. Eché al instante pié á tierra para indagar la causa de esta detención, porque me era imposible verla á la distancia de una toesa. Hallé á mi señor medio dormido al lado de su caballo, y admirado de verse en el suelo; me aseguré que no se habia hecho daño alguno. Su caballo no trató de alejarse, lo cual hubiera sido peligroso en un sitio enteramente rodeado de precipicios.»

Al salir de la Somma, despues de haber atravesado Pérgamo, tuve con mi guía una disputa, que refiere el *Itinerario*. Dice así Julian:

«Salimos muy temprano de este pueblo, despues de haber hecho provisiones. A muy corta distancia me admiré de ver á mi señor muy encolerizado contra nuestro guía; preguntéle la causa, y entonces me dijo que habia convenido con él en Smirna que al pasar le conduciria á las llanuras de Troya, y que en aquel momento se rehusaba á hacerlo, pretextando que se hallaban infestadas de ladrones. Mi señor no queria admitir excusa de ninguna especie, y á nada atendía. Como veía yo que cada vez se encolerizaba mas, hize señas al guía de que se acercase al intérprete para que me explicara el peligro á que nos exponíamos. El guía dijo al intérprete, que le habian asegurado que era menester ir en gran número para no ser atacados; lo mismo me dijo el genizaro que llevamos de escolta. Entonces fui á reunirme con mi señor, y le repetí lo que me habian dicho los tres, y además, que hallárimos á una jornada de camino un pueblecillo donde habia una especie de cónsul que podria instruirnos de la verdad. Dicho esto se calmó un poco mi señor, y continuamos el camino hasta dicho punto. En cuanto llegamos fué á ver al cónsul, quien le explicó todos los peligros á que se exponia si persistía en la determinación de ir con tan poca gente á las llanuras de Troya. Entonces vióse obligado á renunciar á ese proyectó, y continuamos nuestro camino hacia Constantinopla.»

Llegué á Constantinopla.

(1) Montaña á una milla de Atenas. (N. del T.)

«La falta casi absoluta de mujeres, la de carruajes de rueda y los alborotos causados por los perros que no tenían amo, fueron los tres caracteres distintivos que me chocaron desde luego en aquella ciudad extraordinaria. Como no se camina sino en babuchas y no se oye el ruido de los coches ni de los carros, como no hay campanas ni casi ningun oficio de los que usan martillo, reina un no interrumpido silencio. Veis á vuestro alrededor un pueblo mudo, que parece querer pasar sin ser visto y que siempre procura ocultarse á las miradas de su señor. Pasáis sin intervalo de un bazar á un cementerio, como si los turcos no estuviesen allí mas que para comprar, vender y morir. Los cementerios sin cerca y colocados en medio de las calles, están formados por magníficos bosques de cipreses; las palomas fabrican sus nidos sobre ellos, y comparten las paz de los sepulcros. En todas partes se descubren monumentos antiguos que no tienen punto alguno de contacto con los hombres de hoy ni con los actuales monumentos de que se hallan rodeados; diríase que han sido transportados á aquella ciudad oriental por un poder mágico. Ninguna señal de alegría, ninguna apariencia de felicidad se presenta á los ojos: lo que se ve no es un pueblo, sino un rebaño conducido por un Iman y degollado por un genizaro. En medio de las prisiones y de los baños elevase un serrallo, capitolio de la esclavitud. Allí un guardian sagrado conserva cuidadosamente los gérmenes de la peste y de las leyes primitivas de la tiranía.»

Julian no se pierde de esta manera en las nubes.

ITINERARIO DE JULIAN.

«El interior de Constantinopla es muy desagradable por su pendiente hacia el canal y hacia el puerto: véense obligados á poner en todas las calles que bajan en esta dirección (muy mal empedradas por cierto), unas especies de diques para contener las tierras, que de otro modo arrastraría el agua. Hay muy pocos carruajes, y los turcos usan mas caballos de montar que las demás naciones. En el barrio francés hay algunas sillas de mano para las señoras. Tambien hay camellos y caballos de carga para el transporte de las mercancías: véense asimismo muchos mozos de cordel ó palanquines, que llevan un palo muy largo y muy grueso; pueden colocarse hasta cinco ó seis á cada extremo de él y conducir así pesos enormes, llevando el paso con una gran regularidad; un solo hombre transporta un gran peso, y llevan tambien una especie de gancho sobre la espalda, en el que conducen fardos con un equilibrio admirable, sin sujetarlos con cuerdas.»

Desde Constantinopla á Jerusalem.

ME EMBARCO EN CONSTANTINOPLA EN UN BUQUE QUE CONDUCE PEREGRINOS CIEGOS A SIRIA.

MI ITINERARIO.

«Ibamos en el buque unos doscientos pasajeros, entre hombres y mujeres, ancianos y niños. Sobre los dos lados del entrepuente veíamse colocadas otras tantas esteras. En aquella especie de república cada uno se arreglaba á su manera: las madres cuidaban de sus hijos, los hombres fumaban ó preparaban sus comidas, y los *papas* (2) hablaban unos con otros. Resonaban por todas partes los ecos de la bandurria, de los violines y de las liras. Unos cantaban, otros

(2) Palabra griega que significa padre y se toma en sentido de sacerdote.

bailaban, reían ó hacían oración. Todos se hallaban alegres, y me decían: «Jerusalén,» señalando al Mediodía, á lo cual respondía yo: «Jerusalén.» En fin, sino hubiese habido miedo, hubiéramos sido las personas más felices del mundo: pero al más ligero soplo de viento los marineros recogían velas y los peregrinos gritaban: «Christo, Kyrie-eleison! Bien que pasada la tempestad recobrábamos nuestro valor.»

Aquí cedo á Julian el puesto.

ITINERARIO DE JULIAN.

«Hemos tenido que ocuparnos de nuestra marcha para Jaffa, que tuvo efecto el 18 de setiembre. Nos hicimos á la vela en una embarcación griega, en que había al menos tantos hombres como mujeres y niños: ciento cincuenta griegos, que iban en peregrinación á Jerusalén, lo que causaba mucha incomodidad en la embarcación.

«Teníamos, lo mismo que los demás pasajeros, nuestras provisiones de boca y nuestros utensilios de cocina, que había comprado en Constantinopla. Llevábamos además otra provision bastante completa de buenos bizcochos, jamones, salchichones y longaniza, que nos había regalado el embajador; vinos de varias clases, rom, azúcar, limones y hasta vino de quinina para las fiebres intermitentes. Hallábase, pues, provisto de una muy buena despensa, que yo economizaba en lo posible: todo esto lo tenía encerrado en un sitio muy seguro.

«Nuestra travesía, que solo duró tres días, me pareció sin embargo muy larga, á causa de las muchas incomodidades y de las repugnantes escenas que tuvimos que presenciar. Durante algunos días de mal tiempo, las mujeres y los niños se pusieron enfermos, y vomitaban en todas partes, hasta tal punto, que nos veíamos obligados á abandonar nuestra habitación y á acostarnos sobre el puente. Allí comíamos con mucha más comodidad que en cualquiera otra parte, habiendo tomado el partido de esperar á que los griegos hubiesen terminado sus ranchos.»

Pasé el estrecho de los Dardanelos; toqué en Rodas, y tomé un piloto para ir á Siria. Un tiempo de calma nos detuvo en el continente de Asia, casi enfrente del antiguo cabo de Chelidonia. Estuvimos dos días perdidos en la mar.

MI ITINERARIO.

«El tiempo estaba tan hermoso, y era la atmósfera tan pura, que todos los pasajeros pasaban la noche sobre el puente: había yo disputado un sitio del castillo de popa á dos monges griegos, que no me lo cedieron sino refunfuñando. Allí dormía el 30 de setiembre, á las seis de la mañana, cuando fui despertado por un ruido confuso de voces: abrí los ojos, y vi á los peregrinos que miraban hacia la proa del barco. Pregunté la causa y gritaron: «¡Signor, il Carmelo, il Carmelo! El viento se había levantado la víspera á las ocho de la tarde, y durante la noche habíamos llegados á la vista de las costas de Siria. Como me había acostado enteramente vestido, me puse en el momento de pie, para ver si divisaba la montaña sagrada. Todos se apresuraban á señalármela con la mano; pero yo nada veía, sin duda á causa del sol, que empezaba á aparecer frente á nosotros. A aquel momento tenía un no sé qué de religioso é imponente: todos los peregrinos, con el rosario en la mano, permanecían en silencio, y sin variar de postura, esperando la aparición de la Tierra-Santa: el jefe de los papas oraba en alta voz: no se oía

más ruido que el de aquella voz religiosa, acompañada del murmullo del barco al cortar el agua, al que un viento favorable arrastraba sobre un mar resplandeciente. De tiempo en tiempo elevábase un grito de la proa, al tiempo de divisarse el monte Carmelo. Al fin llegué á distinguir aquella montaña como una mancha redonda bajo los rayos del sol. Hinguéme entonces de rodillas, según la costumbre de los latinos. No experimentaba aquella especie de turbación que sentí al divisar las costas de la Grecia; pero el aspecto de la cuna de los israelitas y de la patria de los cristianos, me llenó de alegría y de respeto. Iba ya á tocar en la tierra de los prodigios, manantial de la más admirable poesía; en los sitios en que, profanamente hablando, había tenido lugar el acontecimiento más grande que jamás ha cambiado la faz del mundo.

«Nos faltó el viento á eso de las doce del día, y volvió á levantarse á las cuatro de la tarde; pero por impericia del piloto pasamos más allá de lo necesario... A las dos de la tarde volvimos á ver á Jaffa.

«Un barco salió de la orilla con tres religiosos. Bajé con ellos á la chalupa; entramos en el puerto por una abertura practicada entre las rocas peligrosas á un caique.

«Los árabes de la ribera se adelantaron, con el agua hasta la cintura, para llevarnos sobre sus hombros. Allí pasó una escena bastante chistosa; mi criado iba vestido con una levita blanquiza; y como el color blanco es una señal de distinción para los árabes, creyeron que Julian era el scheik. Apoderáronse de él, y lo llevaron en triunfo, á pesar de sus protestas, y en tanto que, gracias á mi levita azul, yo me salvé sin ser notado en hombros de un desaharapado mendigo.»

Ahora oigamos á Julian, actor principal de aquella escena:

ITINERARIO DE JULIAN.

«Quedeme asombrado al ver venir hacia mí seis árabes para conducirme á tierra, en tanto que no había más que dos para mí señor, lo cual le cayó muy en gracia, y se divertió grandemente á mi costa, viéndome llevar como una reliquia. No sé si mi traje les pareció más brillante que el suyo: llevaba él una levita oscura con botones de la misma clase, y la mía era blanca, con botones de metal blanco también, que despedían un reflejo brillante con la luz del sol; esto fue sin duda lo que dió lugar á aquella equivocación.

«El miércoles 1.º de octubre entramos en el convento de los religiosos de Jaffa, que son de la orden de menores de San Francisco, y que hablaban el latín y el italiano, pero que apenas podían expresarse en francés. Nos recibieron muy bien, é hicieron cuanto estuvo de su parte para procurarnos cuanto necesitábamos.»

Llegué á Jerusalén. Siguiendo el consejo de los padres del convento, atravesé precipitadamente la ciudad santa para ir al Jordán. Después de haberme detenido en el convento de Bethleem, salí con una escolta de árabes, y me detuve en San Sabas. A media noche hallábase á orillas del mar Muerto.

MI ITINERARIO.

«Cuando se viaja por la Judea, apodérase de uno el fastidio al principio; pero cuando, pasando de soledad en soledad, el espacio se extiende sin límites á nuestra vista, dispáse poco á poco el fastidio y se experi-

menta un terror secreto que eleva el alma. Formas extraordinarias revelan en todas partes una tierra trabajada por los milagros: el sol abrasador, el águila de impetuoso vuelo, la estéril higuera, toda la poesía, todos los cuadros de la Escritura se ven allí. Cada nombre encierra un misterio; cada gruta demuestra el porvenir; cada cima resuena con el acento de un profeta. El mismo Dios ha hablado sobre aquellas orillas; los torrentes agotados, las rocas hendidas, las tumbas entreabiertas, atestiguan el prodigio; el desierto parece helado aun de espanto, y diríase que no se ha atrevido aun á romper su silencio desde el momento en que oyó la voz del Eterno.

«Bajamos de lo alto de la montaña con el objeto de pasar la noche á orillas del mar Muerto, para subir después al Jordán.»

ITINERARIO DE JULIAN.

«Bajamos de los caballos para dejarlos reposar y tomar un pienso, y para tomar nosotros algún alimento, del que llevábamos una buena provision, que nos habían dado los religiosos del convento. Concluida nuestra colación, nuestros árabes se alejaron á cierta distancia para escuchar, aplicando el oído contra el suelo, si se oía algún ruido: habiéndonos asegurado que podíamos estar tranquilos, nos entregamos al sueño. Aunque acostado sobre guijarros, había yo dormido perfectamente, cuando mi señor vino á despertarme á las cinco de la mañana para que se dispusiese nuestra marcha, después de haber llenado una vasija de hoja de lata, que contendría unos dos cuartillos de agua del mar Muerto, para llevarla á París.»

MI ITINERARIO.

«Levantamos el campo, y caminamos por espacio de hora y media con mucho trabajo sobre una arena blanca y fina. Avanzábamos hacia un pequeño bosque de árboles que destilan la trementina y de tamarindos que con gran admiración mía se elevaba en medio de un suelo estéril. De repente los bethleemitas se detuvieron, y me indicaron con la mano en el fondo de un barranco una cosa que no había visto. Sin poder juzgar bien lo que era, entreveía yo una especie de arena que se movía sobre un suelo inmóvil. Acerquémeme á examinar aquel fenómeno, y vi un río amarillo que apenas se diferenciaba en su color de la arena de sus orillas. Hallábase profundamente situado entre sus riberas, y arrastraba pesadamente sus espesas olas: aquel río era el Jordán.

«Los bethleemitas se desnudaron y se arrojaron al Jordán. Yo no me atreví á imitarlos, á causa de la fiebre que me atormentaba.»

ITINERARIO DE JULIAN.

«Llegamos al Jordán á las siete de la mañana por unas tierras arenosas, en que los caballos se hundían hasta las rodillas, y cruzando fosos que apenas podían atravesar. Seguimos la ribera marchando hasta las diez, y para descansar un poco nos acogimos bajo la sombra de los arbustos que bordean las orillas del río. Hubiera sido muy fácil pasar á nadá á la otra orilla, no teniendo de ancho por el sitio en que nos hallábamos más que unas cuarenta toesas; pero no hubiera sido prudente hacerlo, pues que ya habíamos divisado algunos árabes que procuraban darnos caza, y estos se reúnen muy pronto en gran número. Mi señor llenó una segunda botella de hoja de lata de agua del Jordán.»

Volvimos á Jerusalén: Julian no se sorprendió mucho á la vista de los Santos Lugares: como verdadero filósofo, es poco impresionable. «El Calvario, dice,

está en la misma iglesia, sobre una altura semejante á otras muchas alturas á que hemos subido, y desde donde no se ven más que tierras baldías, y en vez de bosques, arbustos y malezas roídas por una infinidad de animales. El valle de Josafat se halla en las afueras, al pié de la muralla de Jerusalén, y se parece á un foso de defensa.»

«Salí de Jerusalén y llegué á Jaffa, embarcándome allí para Alejandría. De Alejandría pasé al Cairo, y dejé á Julian en casa de Mr. Drovetti, quien tuvo la bondad de fletarme un barco austriaco para Túnez. Julian continúa su diario en Alejandría: «Hay allí, dice, judíos que se dedican al agio, como en todas partes. A una media legua de la ciudad se halla la columna de Pompeyo, que es de granito rojizo, y que se halla colocada sobre una gran pedestal de piedra labrada.»

MI ITINERARIO.

«El 23 de noviembre al medio día, reinando un viento favorable, pasé abordo del buque. Abracé á Mr. Drovetti en la ribera, y nos prometimos una eterna amistad y un eterno recuerdo: hoy día sigo pagando mi deuda.»

«Levantamos áncoras á las dos. Un práctico nos sacó fuera del puerto. El viento era débil y venía del Mediodía. Permanecimos por espacio de tres días á vista de la columna de Pompeyo, que descubrimos en el horizonte. En la tarde del tercer día oímos el cañazo de retreta del puerto de Alejandría. Esta fue como la señal de nuestra marcha definitiva, porque se levantó un viento Norte, y nos hicimos á la vela hacia el Occidente.

«El día 1.º de diciembre, el viento, fijándose al Oeste, nos cerró el camino: poco á poco pasó al Sudoeste, y se cambió en una tempestad, que no cesó hasta nuestra llegada á Túnez. Para entretenir el tiempo copiaba y ponía en orden los apuntes de este viaje y las descripciones de *Los Mártires*. Por las noches me paseaba sobre el puente con el segundo, el capitán Dinelli. Las noches, pasadas en medio de las olas, sobre una embarcación agitada por la tempestad, nunca son estériles; la inseguridad de nuestro porvenir da á los objetos su verdadero valor; la tierra, contemplada desde en medio de una mar tempestuosa, asemeja á la vida considerada por un hombre que va á morir.»

ITINERARIO DE JULIAN.

«Después de nuestra salida del puerto de Alejandría, estuvimos bastante bien durante los primeros días; pero esto duró poco, porque en todo el resto de la travesía nos hizo muy mal tiempo. Había siempre de guardia sobre el puente un oficial, el piloto y cuatro marineros. Cuando al concluir el día pensábamos pasar una mala noche, subíamos sobre el puente. A eso de las doce preparaba el ponche. Empezaba siempre por dar de él al piloto y á los cuatro marineros; después servía á mi señor, al oficial, y últimamente me servía á mí mismo; pero seguramente que no lo tomábamos con tanta tranquilidad como en un café. Este oficial tenía más mundo que el capitán, hablaba muy bien el francés, y nos distrajo mucho en aquella travesía.»

«Continuamos nuestra navegación, y fondeamos delante de las islas de Kerkeni.

MI ITINERARIO.

«Se levantó una borrasca de la parte del Sur con gran satisfacción nuestra y en cinco días llegamos á las aguas de la isla de Malta, que descubrimos la víspera de Noche-Buena; pero en este día el viento fi-

jándose en la dirección Oeste-nor-oeste, nos llevó hacia el Mediodía de Lampedusa. Permanecimos por espacio de diez y ocho días sobre la costa oriental del reino de Túnez, entre la vida y la muerte. Nunca olvidaré la jornada del día 28.

»Anclamos delante de las islas de Kerkeni; permanecemos ocho días sobre la pequeña *Syrte*, donde vi empezar el año 1807. ¡Bajo cuántos aspectos y bajo cuán diversas maneras habré visto yo sucederse los años, que pasan tan rápidamente ó que se prolongan tanto! ¡Cuán lejos me hallaba de aquellos tiempos de mi infancia, en que recibía con un corazón palpitante de alegría la bendición y los regalos de mis padres! ¡Cuán impacientemente esperado era entonces ese primer día del año! ¡Y ahora sobre un buque extranjero, en medio del mar, á vista de una tierra bárbara, este primer día pasaba para mí sin testigos, sin placeres, sin los abrazos de una familia, sin las tiernas caricias de una madre, y sin los tiernísimos votos que forma para la felicidad de su hijo! Este día nacido del seno de las tempestades, no atrae sobre mi frente sino funestos presentimientos, dolorosos recuerdos y cabellos blancos.»

Julian se halla expuesto al mismo destino que yo, y me reprende por uno de esos raptos de impaciencia de que afortunadamente me he corregido.

ITINERARIO DE JULIAN.

»Nos hallábamos muy cerca de la isla de Malta, y temíamos ser vistos por alguna embarcación inglesa, que nos habría obligado á entrar en el puerto; pero afortunadamente no sucedió así. Nuestra tripulación se hallaba muy fatigada, y el viento continuaba siéndonos desfavorable. El capitán, consultando su carta, reconoció un punto donde anclar, llamado Kerkeni, del que estábamos á poca distancia, y se dirigió hacia él, sin prevenir á mi señor de aquella determinación, quien viendo que nos separábamos de nuestra ruta se incomodó, diciendo al capitán que debía continuar su travesía, puesto que habíamos tenido antes un tiempo mucho peor. Pero nos hallábamos ya muy cerca de dicho punto para retroceder; y á la verdad la prudencia del capitán nos valió, porque en aquella noche hubo un terrible temporal. Habiendo tenido que permanecer anclados veinte y cuatro horas más de lo que pensábamos, mi señor manifestó su descontento al capitán, que inútilmente trataba de convencerle con muy fundadas razones.

»Hacia cerca de un mes que navegábamos, y no nos faltaban más que siete ó ocho horas para llegar al puerto de Túnez. De repente el viento se hizo tan fuerte, que nos vimos obligados á entrar más dentro, y pasamos tres semanas sin poder acercarnos al puerto. Entonces mi señor volvió á la carga con el capitán por haber perdido treinta y seis horas en el anclaje. No había fuerzas humanas que le persuadiesen de que sin aquella determinación lo hubiéramos pasado peor. Lo que yo sentía era el ver que nuestras provisiones disminuían de una manera espantosa, y no sabíamos cuándo podríamos entrar en el puerto.»

Pisé finalmente el suelo de Cartago. En casa de Mr. y Mad. Devoise fui admitido con la más generosa hospitalidad. Julian da bien á conocer á mi huésped; también habla del campo y de los judíos. «Estos hacen oración y lloran.»

Un brik de guerra americano me recibió á bordo; atravesé en él el lago de Túnez para ir á la Goleta. «Durante el camino, dice Julian, pregunté á mi señor si había tomado el dinero que tenía en la cómoda de la habitación en que dormíamos; me contestó que lo había olvidado, y tuve que volver á Túnez.» Nunca el dinero ha podido ocupar mi imaginación.

Cuando llegué á Alejandría, anelamos delante de las ruinas de la ciudad de Anibal. Contemplábala desde la embarcación, sin poder acertar lo que era. Vi algunas cabañas de moros y un ermitaño musulmán en la punta de un cabo que se adelantaba mucho; algunas ovejas pacían entre aquellas ruinas; ruinas tan poco visibles, que apenas podían distinguirse del suelo sobre que se hallaban; aquello era Cartago, y la visité antes de embarcarme para Europa.

MI ITINERARIO.

«Desde la cima de Byrsa la vista domina las ruinas de Cartago, que son más numerosas de lo que generalmente se cree: asemejáanse á las de Esparta, no teniendo, como esta, nada bien conservado, pero ocupando un espacio considerable. Las ví en el mes de febrero; las higueras, los olivos y los algarrobos mostraban ya sus primeras hojas; pobladas angélicas y acantos formaban pequeños bosques entre las ruinas de mármoles de todos colores. Paseaba á lo lejos mi vista sobre el istmo, sobre una doble mar, sobre islas lejanas, sobre una campiña risueña, sobre azulados lagos y montañas del mismo color; descubrí selvas, embarcaciones, acueductos, pueblos moriscos, ermitas mahometanas, minaretes, y las blancas casas de Túnez. Millares de estorninos, reunidos en masa y semejantes á las nubes, volaban sobre mi cabeza. Rodeado de los más grandes y de los más tiernos recuerdos, pensaba en Dido, en Sophonisbe, en la noble esposa de Asdrubal; contemplaba la extensa llanura en que se hallan sepultadas las legiones de Anibal, de Escipión y de César; mis ojos deseaban reconocer el sitio en que estuvo el palacio de Utica. ¡Ay; las ruinas del palacio de Tiberio existen aun en Caprea, en tanto que inútilmente se busca en Utica el sitio que ocupaba la casa de Catón! En fin, los terribles vándalos, los moros inconstantes, sucediáanse rápidamente en mi imaginación, que me ofrecía en otro término á San Luis espirando sobre las ruinas de Cartago.»

Julian, lo mismo que yo, echa su última ojeada sobre el Africa y sobre Cartago.

ITINERARIO DE JULIAN.

«El día 7 y 8 nos paseamos por las ruinas de Cartago, donde se hallan aun algunos edificios arrasados, que prueban la solidez de los monumentos de la antigüedad. Existía también una especie de baños á quienes suministraba agua el mar, así como algunos aljibes. Los pocos habitantes que ocupan este país cultivan la tierra necesaria á su sustento, recogen algunos mármoles y otras piedras, así como también medallas que venden á los extranjeros como antiguas: mi señor ha comprado algunas de estas para llevarlas á Francia.»

DESDE TÚNEZ HASTA MI VUELTA Á FRANCIA POR ESPAÑA.

Julian refiere sucintamente nuestra travesía de Túnez á la bahía de Gibraltar; de Algeciras pasa muy pronto á Cádiz, y de Cádiz á Granada. Indiferente para con Blanca, hace únicamente la observación de que la *Alhambra* y otros edificios elevados son rocas de una altura inmensa. Mi itinerario no entra tampoco en muchos detalles sobre Granada, pues me contento únicamente con decir:

«La Alhambra me pareció digna de llamar la atención, aun después de las tempestades de Grecia. El valle de Granada es delicioso, y se asemeja mucho al de Esparta: de modo que se concibe muy bien que los moros echen mucho de menos aquel país.»

En el *Ultimo de los Abencerrages* hago una descripción de la Alhambra. La Alhambra, el Jeneralife, el Sacro Monte, se han impreso en mi imaginación como esos fantásticos paisajes que al amanecer cree descubrir la vista en el primer rayo de luz. Me creo aun con fuerzas suficientes para hacer una descripción de la Vega; pero no me atrevo á hacerlo por temor al *arzo-bispo de Granada*. Durante mi permanencia en la ciudad de las sultanas, un tocador de guitarra, que había huido de un pueblo conmovido por un terremoto, al tiempo de pasar yo por él se agregó á mí. Sordo como una tapia, me seguía por todas partes. Cuando me sentaba sobre una ruina en el palacio de los moros, él se ponía á cantar de pie detrás de mí, acompañándose con su guitarra. El armonioso mendigo no había compuesto tal vez la sinfonía de la *Creación*, pero su pecho ennegrecido se asomaba por entre los girones de su traje, y hubiera debido escribir como Beethoven á Mlle. Breuning:

«Venerable Eleonora, mi muy querida amiga: Desearia ser bastante feliz para poder poseer una chupa de pelo de conejo fabricada por vos.»

Crucé del uno al otro lado esa España, en que diez y seis años después me reservaba el cielo un gran papel, contribuyendo á ahogar la anarquía de un pueblo noble y á libertar á un Borbon; el honor de nuestras armas se restableció, y hubiera yo salvado á la legitimidad si esta hubiese podido comprender las condiciones de su duración.

Julian no me abandona hasta dejarme en la plaza de Luis XV, el 5 de junio de 1807, á las tres de la tarde. Desde Granada me lleva á Aranjuez, á Madrid, al Escorial, desde donde salta á Bayona.

«Salimos de Bayona, dice, el martes 9 de mayo, y pasamos á Pau, Tarbes, Bareges, hasta Burdeos, donde llegamos el 18 sumamente fatigados. Volvimos á ponernos en marcha el día 19, y pasamos por Angulema y Tours, llegando á Blois el 28, punto en que dormimos. El 31 continuamos nuestro camino hasta Orleans, haciendo nuestra última parada en Angerville.»

Hallábame á corta distancia del palacio, cuyos habitantes no habían borrado de mi memoria aquel largo viaje. ¿Pero dónde estaban los jardines de Armida? Dos ó tres veces, volviendo á los Pirineos, he contemplado desde el camino real la columna de Mereville, que lo mismo que la de Pompeyo, me anunciaba el desierto: todo ha cambiado, como mis expediciones marítimas.

Llegué á Paris antes de lo que había anunciado; de que me adelanté á mi vida. Por insignificante que fuesen las cartas que escribía, las ví con placer, como se ven los malos países que representan sitios en que nos hemos hallado. Estas cartas, fechadas en Modón, Atenas, Zea, Smirna y Constantinopla; en Jaffa, Jerusalem, Alejandría, Túnez, Granada, Madrid y Burgos: estas líneas trazadas sobre toda clase de papeles, con muy diversas tintas, conducidas por todos los vientos, no pueden menos de interesarme. Me complazco hasta en revisar mis *firmantes*: toco con placer la vitela, admiro su elegante caligrafía, y me desvanezco con la pompa del estilo. Era yo; pues, un gran personaje. ¡Nosotros somos unos pobres miserables, con nuestras cartas y nuestros pasaportes á cuarenta sueldos al lado de esos señores de turbante!

Osman Seid, bajá de Morea, dirige así á quien corresponda, mi *firmán* para Atenas:

«Encargados de las leyes de las ciudades de Misitra (Esparta) y de Argos, cadis, nadires, effendis, cuya sabiduría aumente aun más el cielo; honor de vues-

tros vasallos y de vuestras vaivodas (provincia), y vosotros, por cuyos ojos ve vuestro señor, que le reemplazais en cada una de vuestras jurisdicciones, empleados y negociantes cuyo crédito no puede menos de aumentar.

»Nos, os mandamos á decir que entre los nobles de Francia, un noble (especialmente) de Paris, provisto de esta orden, acompañado de un genizaro armado y de un criado para su escolta, ha solicitado el permiso y explicado su intención de pasar á algunos de los puntos y situaciones de vuestra jurisdicción, con objeto de ir á Atenas, que es un sitio fuera de vuestras jurisdicciones.

»Vosotros, pues, effendis, vaivodas, y todos los demás aquí enunciados, cuando el dicho personaje llegue á los lugares de vuestras jurisdicciones, tendreis el mayor cuidado de que se tengan con él las consideraciones y demás obligaciones de que la amistad hace una ley etc.»

AÑO 1221 DE LA HEGIRA.

Mi pasaporte de Constantinopla para Jerusalem dice además:

«Al sublime tribunal de su grandeza el cadí de Kouds (Jerusalen) scherif muy excelente effendi:

»Muy excelente effendi: que vuestra grandeza colocada sobre su tribunal augusto, reciba nuestras bendiciones sinceras y nuestras saluciones amistosas.

»Nos, os mandamos á decir que un personaje noble de la corte de Francia, llamado Francisco Augusto de Chateaubriand, se dirige en este momento hacia vos para cumplir la *santa* peregrinación (de los cristianos.)»

¿Daremos nosotros tanta protección al viajero desconocido para las alcaldías y para los gendarmes que han de revisar su pasaporte? Pueden también leerse en estos *firmantes* las revoluciones de los pueblos: cuántos pasaportes ha sido menester que dé Dios á los imperios para que un esclavo tartaro impusiese orden á un vaivoda de Misitra; es decir, á un magistrado de Esparta, para que un musulmán recomendase á un cristiano al cadí de Kouds; es decir, de Jerusalem!

El itinerario ha entrado en el número de los elementos que componen mi vida. Cuando me puse en camino en 1805, una peregrinación á Jerusalem era una cosa muy extraña. Ahora que muchos han hecho lo mismo, y que todo el mundo viaja, la maravilla ha desaparecido: nada me ha quedado en propiedad sino Túnez. Pocos son los que se han dirigido hacia esta parte, y conviene generalmente en que yo he sido el verdadero historiador de la topografía de los puertos de Cartago, como me lo prueba esta honorífica carta:

«Señor vizconde: Acabo de recibir un plano del terreno y de las ruinas de Cartago, que marca los contornos exactos y los relieves del terreno: ha sido levantado trigonométricamente sobre una base de mil quinientos metros, y se apoya en observaciones barométricas hechas con los barómetros correspondientes. Es un trabajo de diez años de fatiga y de paciencia, y confirma vuestra opinión sobre la posición de los puertos de Byrsa.

»He confrontado con este plan exacto todos los textos antiguos, y he determinado, según creo, el límite exterior y las otras partes de Cothon, de Byrsa y de Megara, etc. etc. Os hago una justicia merecida por tantos títulos.

»Si no teméis verme caer sobre vuestro genio con todo el peso de mi trigonometría y de mi pesada erudición, iré á vuestra casa á vuestra menor indicación.

Si mi padre y yo os seguimos de muy lejos en el camino de la literatura, habremos al menos procurado imitarlos en la noble independencia de que tan hermoso modelo habeis dado á la Francia.

»Tengo el honor de ser, y me vanaglorio de ello, vuestro sincero admirador

»DUREAU DE LA MALLE.»

Semejante rectificación de los lugares hubiera sido suficiente en otro tiempo para conquistarme un nombre en geografía. Hoy si tuviese la manía de hacer hablar de mí, no sé á dónde podría correr para fijar la atención del público: tal vez volveré á mi proyecto del descubrimiento del paso por el polo del Norte; tal vez subiré el Ganges. Allí veré la línea negra de los bosques que delienden la entrada del Himalaya; cuando llegando á la garganta que reúne las dos principales cimas del monte Ganghous descubra el aniteatro inconmesurable de las eternas nieves: cuando pregunte á mis guías, como Heber al obispo anglicano de Calcuta, el nombre de las demás montañas del Este, me contestaran que son las que bordean el imperio Chino. ¡Está bien! pero volver de las Pirámides es lo mismo que volver de Monelbery. Con este motivo, me acuerdo que un piadoso anticuario de las cercanías de Saint-Denis, en Francia, me escribió preguntándome si Pontoise se parecía á Jerusalem.

La página que termina el itinerario parece estar escrita en este momento mismo, al ver la manera con que reproducen mis actuales sentimientos.

«Hace veinte años, decía yo, que me consagro al estudio en medio de todos los azares y de todos los dolores: *diversa exilia et desertas querere terras*: una gran parte de las hojas de mis libros han sido trazadas bajo la tienda de campaña, en los desiertos, en medio de las olas; mil veces he tenido la pluma en la mano sin saber si mi existencia se prolongaría algunos momentos mas. Si el cielo me concediera una tranquilidad de que nunca he disfrutado, trataré de elevar en el silencio un monumento á mi patria; si la Providencia me niega este reposo, no debo pensar en otra cosa que en poner mis últimos días al abrigo de los dolores que han emponzoñado los primeros. Ya no soy jóven; no deseo el ruido; sé que las cartas cuyo secreto tanto placer nos proporciona, no nos producen mas que disgustos al publicarlas. De todos modos creo que he escrito lo bastante si mi nombre debe vivir; demasiado si ha de morir.»

Es muy posible que mi itinerario quede solo como un manual para uso de los judíos errantes de mi clase: en él he marcado escrupulosamente las paradas y trazado una carta de viaje. Todos los viajeros á Jerusalem me han escrito para felicitarme y darme las gracias por mi exactitud, de lo que únicamente citaré un testimonio.

«Me habeis hecho el honor, hace algunas semanas, de admitirme en vuestra casa, así como á mi amigo Mr. de Saint-Lanmer: de paso que íbamos á entregaros una carta de Abou-Porch, íbamos á deciros cuántos nuevos méritos adquiría vuestro *Itinerario* leyéndole sobre los lugares en que fue escrito, y cuán digno de aprecio era aun su título por la modestia con que está escogido, viéndose justificado á cada momento por la minuciosa exactitud de las descripciones, exactas aun hoy día, salvo algunas ruinas de mas ó de menos, cambio único de estos países, etc., etc.»

»JULIO FOLENTLOT.»

Calle Caumartin, número 25.

Mi exactitud depende de mi buen sentido común:

soy de la raza de los Celtas, y de las tortugas; raza pedestre, no de la sangre de los tártaros y de las aves; razas probistas de caballos y de alas. La religion, es cierto, me arrebató algunas veces entre sus brazos; pero cuando me devuelve á la tierra, camino apoyado en mi baston reposando de cuando en cuando para tomar unas pocas aceitunas y un pedazo de mi pan moreno. «*Si je suis moult alle en bois, comme font volontiers les francois.*» Si muchas veces he viajado por los bosques como hacen frecuentemente los franceses, jamás he buscado el cambio únicamente por el cambio: el camino me fastidia; me gusta únicamente el viaje, á causa de la independencia que me proporciona, como me inclino á vivir en el campo, no por el campo, sino por la soledad. «Cualquier cielo me es igual, dice Montaigne: vivamos entre los nuestros, y vayamos á morir y á pasar nuestro mal humor entre los extraños.»

Aun me quedan de aquel país de Oriente algunas otras cartas, llegadas á juzgar por su fecha muchos meses despues de escritas. Secerdotes de la Tierra-Santa, cónsules y particulares, creyéndome influente en el período de la Restauracion, me han reclamado los derechos de su hospitalidad. Mr. Gaspari me escribió en 1846 para solicitar mi proteccion en favor de su hijo; su carta está dirigida á: *Al señor vizconde de Chateaubriand, presidente de la universidad real en Paris.*

Mr. Caffé, no perdiendo de vista lo que pasa á su alrededor, y dándome noticias de su universo, me dice desde la Alejandria: «Desde vuestra marcha nada ha mejorado el país, aunque reina la tranquilidad. Aunque el gefe nada tiene que temer por parte de los mameucos refugiados en el Alto-Egipto, con todo, es preciso que se halle siempre en guardia. Abd-el-Ouad hace continuamente de las suyas en la Mecca. Acaba de ser cerrado el canal de Manouf. Mehemet-Ali será memorable en Egipto por haber ejecutado este proyecto, etc., etc.»

El día 13 de agosto de 1816 Mr. Pangolo, hijo, me escribia desde Zea:

«Monseñor: Vuestro *Itinerario de Paris á Jerusalem* ha llegado á Zea, y he leído á toda mi familia todo cuanto V. E. ha tenido á bien decir en favor nuestro. Vuestra permanencia entre nosotros ha sido tan corta, que no hemos tenido lugar de poder merecer los elogios que haceis de nuestra hospitalidad y de la manera demasiado familiar con que os hemos recibido. Acabamos tambien de saber con la mayor satisfaccion que V. E. se halla hoy, á causa de la restauracion, en la categoría que merece por su mérito y nacimiento, de lo que le felicitamos, esperando que en medio de su esplendor no se olvidará el señor conde de Chateaubriand de la numerosa familia del anciano Pangolo, de la familia en que existe el consulado de Francia desde el glorioso reinado de Luis el Grande, que fue quien firmó los despachos de nuestro abuelo. Aquel anciano tan débil ha dejado ya de existir; he perdido á mi padre, y me hallo con una muy escasa fortuna, encargado de toda la familia; tengo á mi madre, seis hermanas sin casar y muchas viudas á mi cargo con todos sus hijos. Recorro á la bondad de V. E., rogándole venga al socorro de nuestra familia, obteniendo que el consulado de Zea, que tan necesario es para el despacho de las embarcaciones del rey, tenga derechos como los demás vice-cónsules; que de agente que soy sin derechos, sea vice-cónsul con la categoría de este empleo. Creo que V. E. conseguirá fácilmente mi peticion, en atencion á los muchos servicios de mis abuelos, si se digna ocupar de ella, y que excusará al mismo tiempo la importuna familiaridad de vuestros huéspedes de Zea, que lo esperan todo de vuestra bondad.

»Soy, con el mas profundo respeto, su muy humilde y obediente servidor,»

»M. G. PANGOLO.»

Siempre que una ráfaga de alegría se asoma á mis labios recibo un castigo como si hubiese cometido una falta. Esta carta me hace experimentar un remordimiento leyendo una página (atenuada, es verdad, por las expresiones de reconocimiento) sobre la hospitalidad de nuestros cónsules en el Levante. «Las señoritas de Pangolo, digo en mi *Itinerario*, cantan en griego:

¿Os diré mamá mia?

»Mr. Pangolo daba gritos; los gallos se callaban, y los recuerdos de Yulis, de Aristeo y de Simonides habian desaparecido completamente.»

Las cartas en que me pedian proteccion llegaban á mis manos en medio de mi descrédito y de mis apuros. Al principio de la restauracion, el día 11 de octubre de 1814, recibí esta otra carta, fechada en Paris:

«Señor embajador: Mlle. Dupont, de las islas de San Pedro y Miquelon, que ha tenido el honor de veros en estas islas, desearia obtener de V. E. un momento de audiencia. Como sé que habitais ahora en el campo, os ruego me informeis de la época de vuestra vuelta á Paris para veros.

»Tengo el honor, etc.

»DUPONT.»

No me acordaba de aquella señorita de la época de mi viaje por el Océano: ¡tan ingrata es la memoria! Sin embargo, conservaba un recuerdo de la mujer desconocida que se sentó á mi lado en la triste Cycлада helada:

«Una jóven marinera apareció en la parte superior del pico de una roca; tenía las piernas desnudas, aunque hacia frío, y caminaba por entre el rocío etc.»

Circunstancias independientes de mi voluntad me impidieron ver á Mlle Dupont. Si por casualidad era la prometida de Guillaumy, ¿qué efecto habia producido en ella un cuarto de siglo? ¿Habia sido maltratada por el invierno de Terranova, ó conservaba la primavera de las habas en flor guarecidas en el foso del fuerte de San Pedro?

A la cabeza de una excelente traduccion de las cartas de San Gerónimo, los señores Collombet y Gregorio han pretendido hallar entre este santo y yo, á propósito de la Judea, una semejanza que yo rehuso por respeto. San Gerónimo, desde el fondo de su soledad, pintaba sus combates interiores; nunca hubiera yo hallado las expresiones hijas del génio del habitante de la gruta de Bethlehem; y todo lo mas hubiera podido cantar con San Francisco, mi patrono en Francia, y mi posadero en el Santo Sepulcro, sus dos cánticos en italiano de la época que precede al lenguaje de Dante:

In foco l'amor mi mise.
In foco l'amor mi mise.

Agrádame sobremanera el recibir cartas de Ultramar, porque me parece que traen consigo algun murmullo de los vientos, algun rayo del sol, alguna emanacion de los diversos destinos que separan las olas y que unen los recuerdos de la hospitalidad.

¿Volveria á ver con gusto estas lejanas comarcas? Una ó dos de ellas, sí. El cielo del Atica ha producido en mí un efecto que no se borra nunca; mi imaginacion se siente aun perfumada con los mirtos del tem-

plo de la *Venus en los Jardines* y del *Iris del Céfitro*. Fenelon, en el momento de partir á la Grecia, escribía á Bossuet la carta que aquí cito. El futuro autor del *Telemaco* se revela en ella con el ardor del misionero y del poeta.

«Algunos pequeños obstáculos han retardado hasta aquí mi vuelta á Paris; pero, en fin, monseñor, marchó ya, y por poco no vuelo. A vista de este viaje, medito uno mucho mayor. La Grecia entera se abre ante mí; el sultan espantado retrocede; ya el Peloponeso respira en libertad, y la Iglesia de Corinto va á volver á florecer; la voz del Apóstol se girá nuevamente en ella; me veo ya transportado á esos deliciosos lugares y entre esas preciosas ruinas para recoger con los mas curiosos monumentos el espíritu mismo de la antigüedad. Busco ese areópago en que San Pablo anunció á los sábios del mundo el Dios desconocido. Lo profano preséntaseme despues de lo sagrado, y no me desdeño de bajar al Pyreo en que Sócratos levantó el plano de la república. Subo á la cima del Parnaso, cojo los laureles de Delfos, y gusto las delicias del Tempé.

«¿Cuándo la sangre de los turcos se mezclará con la de los persas sobre las llanuras de Marathon para dejar á la Grecia entera entregada á la religion, á la filosofia y á las bellas artes, que la miran como á su patria?

..... Arva beata
Petamus arva, divites et insulas.

»¡Nunca te olvidaré, isla consagrada por las visiones celestes del muy amado discípulo! ¡Oh dichosa Pathmos; yo iré á besar sobre la tierra las huellas del Apóstol, y creeré ver los cielos entreabiertos! Allí me sentiré lleno de indignacion contra el falso profeta que quiso descubrir los oráculos de la verdad, y bendeciré al Todopoderoso que, lejos de hundir la Iglesia como Babilonia, encadena al dragon y le da la victoria. Veo al cisma que cae, el Oriente y Occidente que se unen; y el que ve renacer el día despues de una noche tan larga, la tierra, santificada por los pasos del Salvador, y regada con su sangre, y libre de sus profanadores, y revestida de una nueva gloria, y, en fin, los hijos de Abraham esparcidos por toda la tierra, y mas numerosos que las estrellas del firmamento, que, reunidos los cuatro vientos, vendrán en tropel á reconocer á Jesucristo, á quien han maltratado, y á demostrar al fin del tiempo una resurreccion. Basta ya, monseñor, y confiad en que esta será mi última carta y el final de mi entusiasmo, que tal vez os moleste. Perdonadle á causa de mi deseo de hablaros de lejos, entre tanto que puedo hacerlo de cerca.»

FR. DE FENELON.

Este era el verdadero nuevo Homero, digno él solo de cantar la Grecia y de referir sus bellezas al nuevo Crisóstomo.

REFLEXIONES SOBRE MI VIAJE.— MUERTE DE JULIAN.

De los lugares de la Siria, del Egipto y de la tierra púnica, no conservo ante mis ojos mas que las situaciones que se hallan en conformidad con mi solitaria naturaleza; estos me agradan independientemente de la antigüedad del arte y de la historia. Las Pirámides me admiraban menos por su tamaño que por el desierto sobre que se elevaban; la columna de Diocleciano fijaba menos mis miradas que las orillas del mar, á lo largo de los arenales de la Lybia. En la embocadura del Nilo no habria deseado monumento alguno para que me recordase esta escena descrita por Plutarco:

«El liberto recorrió toda la playa, donde encontró algunos restos de un viejo banco de pescador, suficientes para quemar un pobre cuerpo desnudo, y aun no entero. En tanto que los recogía y los reunía, llegó allí un romano que había servido en la guerra bajo el mando de Pompeyo.

—» Ah! le dijo el romano; no quiero que tengas tú solo el honor, y te ruego me admitas como compañero, en una tan sagrada y devota empresa, para que no tenga ocasión de maldecir enteramente mi suerte, teniendo en recompensa de los muchos males que he sufrido una ocasión de poder tocar con mis manos, y de ayudar á enterrar al capitán mas grande que han tenido los romanos.»

El rival de César no tiene sepultura en la Lybia, y una joven esclava *lybiana* recibió de mano de una *pompeyana* una sepultura no lejos de esa Roma de donde el gran Pompeyo fue desterrado. Estos caprichos de la fortuna explican únicamente el que los cristianos fuesen á ocultarse á la Thebaida.

«Nacida en Lybia, enterrada en la flor de mis años, bajo el polvo ausoniense, reposo cerca de Roma, á lo largo de esta ribera arenosa. El ilustre Pompeyo, que me había criado con la ternura de una madre, ha llorado mi muerte y me ha colocado en una tumba, que me iguala á mí, ¡pobre esclava! con los romanos libres. Las llamas de sus hogueras se han anticipado á las del himeneo. La antorcha de Proserpina ha engañado nuestras esperanzas.» (Anthología.)

Los vientos han dispersado los personajes de la Europa, del Asia y del Africa, entre los que yo he aparecido y de que acabo de hablaros: uno ha caído de la Acrópolis de Atenas, otro de la ribera de Chio; este se ha precipitado desde la montaña de Sion, aquel no volverá á salir de las aguas del Nilo ó de las cisternas de Cartago. Los lugares han cambiado también, del mismo modo que en América se alzan ciudades que yo he conocido selvas; lo mismo que un imperio se forma en esas arenas de Egipto en que mi vista no había hallado más que horizontes desnudos y redondeados como la convexidad de un escudo, según dicen las poesías árabes, y lobos tan demacrados que sus mandíbulas son como un bastón hendido. La Grecia ha recobrado la libertad que yo le deseaba cuando la recorría escoltado por un genízaro. ¿Pero disfruta de su libertad nacional, ó no ha hecho más que cambiar de yugo?

Yo soy en cierto modo el último incursor del imperio turco en sus antiguas costumbres. Las revoluciones, que por todas partes han precedido ó seguido mis pasos, se han extendido por la Grecia, la Siria y el Egipto. ¿Se formará un nuevo Oriente? ¿Qué saldrá de él? ¿Recibiremos el castigo merecido por haber enseñado el nuevo arte de la guerra á pueblos cuyo estado social se halla fundado sobre la esclavitud y sobre la poligamia? ¿Hemos llevado la civilización fuera de nuestro país, ó hemos traído la barbarie al interior de la cristiandad? ¿Qué resultará de los nuevos intereses, de las nuevas relaciones políticas, de la creación de las potencias que podrán alzarse en el Levante? Nadie podrá decirlo. No me dejo alucinar por los barcos de vapor ni por los caminos de hierro, por la venta del producto de las manufacturas y por la fortuna de algunos soldados franceses, ingleses, alemanes, italianos, ingresados en las filas de un bajá: esto no constituye la civilización. Tal vez se verán volver á presentarse en medio de las tropas disciplinadas de los futuros Ibrahines los peligros que han amenazado á la Europa en la época de Carlos Martel, y de que mas tarde nos ha salvado la generosa Polonia: compadezco á los viajeros que me sucedan: el

harem no les ocultará sus misterios; no habrán visto el antiguo sol de Oriente y el turbante de Mahoma. El pequeño beduino me gritaba en francés cuando atravesaba las montañas de la Judea. —«¡Adelante, marehen!» La órden estaba dada, y el Oriente ha marchado.

¿Qué ha sido del compañero de Ulises, Julian? Me había este rogado al entregarme su manuscrito que le dejase de portero en la casa de la calle del Infierno: esta plaza se hallaba ocupada por un antiguo criado y por su familia, á quien yo no podía despedir. La cólera del cielo hizo de Julian un perdido y un borracho, y aunque le aguanté mucho tiempo, al fin nos vimos precisados á separarnos. Le di una pequeña cantidad de dinero, asignándole una corta pensión sobre mi caja, un poco ligera, es cierto, pero siempre copiosamente llena de buenos billetes y excelentes hipotecas sobre mis castillos de España (1). Hice que dieran á Julian una plaza en el hospicio de ancianos, según deseaba, y allí acabó su grande y último viaje. Bien pronto iré yo á ocupar su lecho vacío, como ocupé en Etnis-Capi la estera de que acababan de levantar á un musulmán apestado. Decididamente tengo vocación hacia el hospital en que yace la vieja sociedad. Ella parece vivir, y no por eso deja de estar en la agonía. Cuando haya espirado, se descompondrá para reproducirse bajo nuevas formas, pero primero es menester que sucumba; la primera necesidad de los pueblos y de los hombres es la de morir. «El hielo, dice Job, se forma al soplo de Dios.»

AÑOS DE 1807, 1808, 1809 Y 1810.—ARTICULO DE EL MERCURIO DEL MES DE JUNIO DE 1807.—COMPRO LA POSESION DE LA VALLÉE-AUX-LOUPS Y ME RETIRO Á ELLA.

Mad. de Chateaubriand había estado muy mala durante mi viaje; muchas veces mis amigos me habían creído perdido. En algunos apuntes que Mr. de Clausel escribió para sus hijos, y que ha tenido la bondad de dejarme, se lee el pasaje siguiente:

Mr. de Chateaubriand partió para el viaje de Jerusalem en el mes de julio de 1806. Durante su ausencia iba yo diariamente á casa de Mad. de Chateaubriand. Nuestro viajero tuvo la bondad de escribirme una carta de muchas páginas, fechada en Constantinopla, que encontrareis en la cómoda de la biblioteca, en Coussergues. Durante el invierno de 1806 á 1807 sabíamos que Mr. de Chateaubriand se había embarcado para volver á Europa; cierto día me estaba paseando por el jardín de las Tullerías con Mr. de Fontanes, y hacia un viento Oeste horroroso. Nos hallábamos resguardados de él en un terraplen á la orilla del agua, cuando Mr. de Fontanes me dijo: —«¡Tal vez en este mismo momento esté naufragando nuestro amigo!» Despues supimos que estuvo á punto de realizarse este presentimiento. Hablo aquí de esto para explicaros la sincera amistad, el vivo interés por la gloria literaria de Mr. de Chateaubriand, que debía aumentarse con este viaje, los nobles, los profundos y raros sentimientos que animaban á Mr. de Fontanes, hombre excelente, del que luego recibí dos grandes servicios, y del que os recomiendo os acordéis ante Dios.»

Si debiese yo vivir y si pudiese hacer vivir en mis obras á todas las personas que me son queridas, ¡con qué placer llevaría conmigo á todos mis amigos! Lleno de esperanza llevaba yo á los hogares mi manojo de espigas; mi reposo no fue de larga duración.

Por una sucesión de convenios, me había yo quedado de único propietario de *El Mercurio*. Mr. Ale-

(1) Está en Francia equivale á decir castillos en el aire.

jandro de Laborde publicó hácia fines del mes de junio de 1807 su viaje por España; en el mes de julio hice yo el artículo, del cual he citado algunos pasajes hablando de la muerte del duque de Enghien: *Cuando en el silencio de la abyección*, etc. La buena fortuna de Napoleon, lejos de hacerme sucumbir, me había indignado; había adquirido nueva energía en mis sentimientos y en las tempestades. No en vano se hallaba mi rostro tostado por el sol, ni me había entregado á la cólera del cielo para temblar ante la cólera de un hombre. Si Napoleon había acabado con los reyes, no había acabado conmigo. Mi artículo, yéndose á colocar en medio de sus prosperidades y de sus maravillas, conmovió la Francia, y se repartieron innumerables copias manuscritas de él; muchos suscritores á *El Mercurio* entresacaron de él el artículo y le hicieron encuadernar aparte; leíase en las reuniones y se llevaban de casa en casa. Menester es haber vivido en aquella época para formarse una idea del efecto producido por una voz elevándose sola en el silencio del mundo. Los nobles sentimientos, escondidos en el fondo de los corazones, se despertaron. Napoleon tembló de cólera; todos le irritan, menos en razon de la ofensa recibida que en razon de la idea formada de sí mismos. ¡Atraverse á despreciar hasta la misma gloria! ¡Arrojar segunda vez el guante á aquel ante quien se ha prosternado el universo! —«¡Chateaubriand cree que soy un imbécil, que no le comprendo! Yo le haré acuchillar sobre los escalones de las Tullerías.» Dió órden de suprimir *El Mercurio* y de prenderme. Mi propiedad sucumbió, y mi persona escapó milagrosamente: Bonaparte tuvo que ocuparse del mundo, y me olvidó; pero quedé bajo el peso de su amenaza.

Mi posición era una posición terrible: cuando creía deber obrar por las inspiraciones de mi honor, me encontraba abrumado con mi responsabilidad personal y con las penas que causaba á mi esposa. Su valor era grande, pero no por eso sufría menos, y estas tempestades que se formaban sucesivamente sobre mi cabeza agitaban su vida. Había sufrido tanto por mí durante la revolución, que nada tenía de extraño que deseara un poco de tranquilidad; y esto con tanto mas motivo, cuanto que Mad. de Chateaubriand admiraba á Bonaparte sin restriccion, y no se hacia ilusion alguna sobre su legitimidad, predicándome continuamente lo que me sucederia con la vuelta de los Borbones.

El primer tomo de estas memorias está fechado en la Vallée-aux-Loups, el 4 de octubre de 1811: allí se encuentra la descripción del pequeño retiro que compré para ocultarme en aquella época. Dejando nuestra habitación en casa de Mad. de Coislin, fuimos primero á vivir á la calle de Saints-Peres, casa de Lavallette, que tomaba su nombre de la dueña y del dueño de la casa.

Mr. de Lavallette, regordete, y que llevaba una levita de color de ciruela y un baston con puño de oro, llegó á ser mi agente de negocios, si es que he tenido yo negocios alguna vez. Había sido gentil-hombre de boca de S. M., y lo que yo no comía lo bebía él.

A fines de noviembre, viendo que las obras de mi futura cabaña no adelantaban, tomé el partido de ir yo en persona á vigilarlas, y llegamos por la tarde á la Vallée. No fuimos por el camino acostumbrado, y entramos por la verja que hay en la parte mas baja del jardín. La tierra de las calles de árboles, levantada por las lluvias, impedía avanzar á los caballos, y volcó el carruaje. El busto en yeso de Homero, colocado al lado de Mad. de Chateaubriand, saltó por la ventanilla y se rompió por el cuello; mal agüero para *Los Mártires*, de que entonces me ocupaba.

La casa, llena de trabajadores que reían, cantaban y martillaban, estaba caldeada con hogueras de virtuales é iluminada con cabos de vela, y asemejábase á una

ermita iluminada de noche por los peregrinos en medio de los bosques. Muy contentos con haber hallado dos habitaciones regularmente arregladas, y en una de las cuales se había preparado una comida, nos sentamos á la mesa. Al día siguiente, despertado por los martillazos y por el canto de los colonos, vi levantarse el sol mas tranquilo que el dueño de las Tullerías.

Hallábame rodeado de una infinidad de placeres: sin ser Mad. de Sevigné, me ocupaba, provisto de un par de zuecos, en plantar mis árboles, en pasar y reparar unas mismas calles de árboles, en mirar y remirar los mas pequeños rincones, en ocultarme allí donde había un matorral, haciéndome mil ilusiones sobre el porvenir de mi posesion, porque entonces podia tener porvenir. Procurando hoy dia abrir en mi memoria el horizonte que se ha cerrado, no encuentro el mismo, pero hallo otros. Me extravió en pensamientos desvanecidos; las ilusiones que me ocupan son tal vez tan hermosas como las primeras, solamente que no son tan jóvenes; lo que veía á la luz del medio día lo contemplo hoy al reflejo del sol poniente. —«Con todo; ¡si yo pudiese cesar de soñar!» Bayard, intimado de rendir una plaza, respondió: —«Esperad á que haya construido un puente de cuerpos muertos para poder pasar con mi guarnicion.» Temo mucho que para salir yo de ella será preciso pasar por cima de los cuerpos de mis ilusiones.

Mis árboles, siendo aun pequeños, no recogian el ruido de los vientos del otoño; pero en la primavera, las brisas que alentaba sobre las flores de los prados vecinos guardaban su soplo, que comunicaban despues á mi Velleda.

Hice algunas adiciones á mi cabaña. Adorné su fachada de ladrillo con un pórtico sostenido por columnas de mármol negro y por dos cariátides de mármol blanco. Mi proyecto era el de añadir una torreilla sobre mi pabellon; y en tanto que esto se llevaba á efecto, hice una especie de almenas sobre la muralla que me separaba del camino; de este modo me anticipaba á la manía por la edad media que hoy nos asedia por todas partes. La Vallée-aux-Loups es la única cosa que echo de menos de cuantas he perdido; está escrito que yo no puedo conservar nada. Despues de perdida mi Vallée, había planteado la *Enfermeria de Maria Teresa*, de que igualmente me acabo de separar. Hoy desafío á la suerte á que me aficione al menor puñado de tierra; de aquí en adelante no tendré mas jardín que esas calles de árboles honradas con nombres tan honoríficos alrededor de los Inválidos, y en las que me paseo con mis compañeros mancos y cojos. No lejos de estas calles se eleva el ciprés de Mad. de Beaumont; en esos desiertos espacios, la grande y ligera duquesa de Chatillon se apoyaba en otro tiempo sobre mi brazo; hoy solo doy mi brazo al tiempo; ¡y cuán pesado es!

Trabajaba con sumo placer en mis *Memorias*, y los *Mártires* adelantaban, habiendo ya leído algunos tomos de ellos á Mr. de Fontanes. Me había establecido en medio de mis recuerdos, como en una gran biblioteca; primero consultaba una cosa, luego otra, y despues cerraba suspirando mis registros porque conocia muy bien que, penetrando en ellos la luz, se perdian sus misterios. Iluminad los dias de la vida, y ya no serán lo que han sido.

En el mes de julio de 1808 caí enfermo, y me vi obligado á volver á Paris. Los médicos hicieron peligrosa mi enfermedad: viviendo Hipócrates hubo gran escasez de muertos en el infierno, dice el epigrama: gracias á nuestros Hipócrates modernos, hay hoy dia demasiada abundancia.

Este ha sido tal vez el único momento de mi vida en que, próximo á morir, tenía deseos de vivir. Cuando mis fuerzas desfallecian, lo que me sucedia muy á menudo, decía á Mad. de Chateaubriand: —«No

tengais cuidado; pronto volveré en mí.» Perdía el conocimiento, pero con una inexplicable impaciencia interior, porque había una cosa que me atraía á este mundo. Tenía también un ansia de acabar lo que yo creía y lo que yo creo aun ser la obra mas correcta de cuantas he hecho. Pagaba el fruto de las fatigas que había sufrido en mi viaje á Levante.

Girodet había dado el último toque á mi retrato; hizolo negro, tal como yo me hallaba entonces; pero le marcó con el sello de su genio. Mr. Denon recibió la obra maestra para presentarla en la exposicion, y como buen cortesano, la colocó en un sitio poco visible. Cuando Bonaparte pasó en revista la galería, dijo despues de haber mirado los cuadros: — «¿Dónde está el retrato de Chateaubriand?» Sabia que debía encontrarle allí; viéronse obligados á sacar el prospecto de su escondrijo. Bonaparte, que había ya abandonado su pasajera generosidad, dijo mirando el retrato: — «Tiene el aire de un conspirador que baja por la chimenea.»

Habiéndome ido cierto día solo á la Vallée, el jardinero me dijo que un caballero grueso había estado á preguntarme por mí, y que no habiéndome encontrado, había dicho que quería esperarme; que se había mandado hacer una tortilla, recostándose despues sobre mi cama. Subo, entro en mi cuarto y veo un bulto enorme dormido en mi cama: sacudiendo aquella masa informe, exclamé: — «¿Quién está ahí!» La masa se conmovió, y se incorporó. Tenía la cabeza cubierta con una gorra de pelo, y llevaba una casaca y un pantalón de lana moteado, que parecían de una sola pieza; su rostro estaba salpicado de tabaco, y su lengua asomaba entre sus labios entreabiertos. ¡Era mi primo Moreau! No le había vuelto á ver desde que le dejé en el campo de Thionville. Volvia de Rusia, y pretendía entrar en el servicio. Mi antiguo Cicerone en Paris fué á morir á Nantes. De este modo desapareció uno de los primeros personajes de mis *Memorias*. Yo deseo que recostado sobre un lecho de *asphodelos* (1), hable aun de mis versos á Mad. de Chastenay, si esta sombra de agradables recuerdos ha bajado á los Campos-Eliseos.

LOS MÁRTIRES.

En la primavera de 1809 vieron *Los Mártires* la luz pública: aquel trabajo estaba hecho á conciencia: había consultado con críticos de buen gusto, tales como Mr. de Fontanes, Bertin, Boissonnade, Malte-Brun, y me había sometido á sus observaciones. Cien veces había reformado una misma página. De todos mis escritos este es sin duda alguna el que tiene un lenguaje mas correcto.

No me había equivocado en mi plan; hoy día que mis ideas se han hecho vulgares, nadie puede negar que el combate de dos religiones, la una en su agonía y la otra en su cuna, ofrecen á las musas el campo mas rico, mas fecundo y mas dramático. Creía pues, poder halagar un poco mis esperanzas, y olvidaba el éxito de mi primera obra: en este país no se puede pronosticar sobre dos cosas, por análogas que sean; la una destruye la otra. Si teneis alguna facilidad para escribir en prosa, guardaos de los versos; si os habeis distinguido en las letras, no aspireis á la política: tal es el espíritu francés y tal es su miseria. Los egoismos alarmados, las envidias sorprendidas por el primer laurel de un autor, se coligan, y acechan la segunda publicacion del poeta para tomar un ruidoso desquite:

Todos con la mano en la *finta* juran tomar venganza.

Tenia yo que pagar la necia admiracion que había excitado á la aparicion de *El Genio del Cristianismo*;

(1) Planta sagrada en la antigüedad; que se cultivaba al lado de los sepulcros.

(N. del T.)

me era forzoso devolver lo que había robado. ¡Ah, no era menester tomarse tanto trabajo para arrebatarme lo que no creía yo mismo merecer! Si había libertado la Roma cristiana, únicamente pedía una corona obisidional, una guirnalda tejida con las flores cogidas en la ciudad eterna.

¡El ejecutor de justicias, de las vanidades, fue Mr. Hoffmann, á quien Dios tenga en descanso! *El Diario de los Debates* no era libre; sus propietarios no tenían en él poder alguno, y la censura consigna en él mi sentencia. Mr. Hoffmann perdonó no obstante la batalla de los Francos y algunos otros trozos de la obra; pero aunque Cimodocea le pareció linda, era él demasiado buen católico para no indignarse de la union de las verdades del cristianismo con las fábulas de la mitología. Velleda no bastó á salvarme. ¡Me imputaron como un crimen el haber trasformado á la druida germánica de Tácito en Gaula, como si hubiese querido tomar de ella mas que un nombre armonioso! ¡Y hé aquí que los cristianos de Francia, á quien tantos servicios había yo hecho al levantar sus caidos altares, tuvieron á bien escandalizarse neciamente bajo la palabra evangélica de Mr. Hoffmann! El título de *Los Mártires* les había engañado, y esperaban leer un martirologio. El tigre que destrozaba tan solo á una hija de Homero les pareció un sacrilegio.

El martirio positivo del papa Pio VII, que Bonaparte había conducido prisionero á Paris, no los escandalizaba, pero se sublevaban ante mis ficciones poco cristianas, segun decian. El obispo de Chartres fue quien se encargó de la ejecucion de la sentencia de las horribles impiedades del autor de *El Genio del Cristianismo*. ¡Ay! hoy debe conocer que su celo es reclamado para bien distintos combates.

El señor obispo de Chartres es hermano de mi excelente amigo, Mr. de Clausel, cristiano irrepreensible, y que no se ha dejado arrastrar por una virtud tan sublime como la del crítico su hermano.

Pensé en contestar á la censura como lo había hecho en otro tiempo con respecto á la de *El Genio del Cristianismo*. Montesquieu me alentaba á ello con su defensa del *Espíritu de las leyes*. Y pensé mal. Los autores atacados, aunque digan las mejores cosas del mundo, no excitan mas que la sonrisa de los espíritus imparciales y las burlas de la generalidad. Se colocan en un terreno muy malo; la actitud defensiva es antipática al carácter francés. Cuando para responder á las objeciones demostraba que desfigurando algun trozo había atacado algun hermoso resto de la antigüedad, salian por otro lado del apuro, diciendo que *Los Mártires* no eran mas que un *pastiche* (2). Si justificaba la presencia simultánea de dos religiones con la autoridad misma de los padres de la Iglesia, contestaban que en la época en que yo presentaba la accion de *Los Mártires* el paganismo no existia ya entre las personas de talento.

Creí de buena fe que la obra fracasaba; la violencia del ataque había derrocado mi conviccion de autor. Consolábanme algunos amigos diciendo que la proscripcion no se hallaba justificada; que el público tarde ó temprano revocaría aquella sentencia. Mr. de Fontanes especialmente se mantuvo firme; yo no era Racine; pero él podía ser Boileau, y no cesaba de decirme: — «Ellos caerán de su error.» Su persuasion era tan profunda, que le inspiró las bellas estancias:

el Tasso errante de ciudad en ciudad, etc.

sin temor alguno de comprometer su buen gusto y la autoridad de su juicio.

En efecto, *Los Mártires* se han levantado; han obtenido el honor de cuatro ediciones consecutivas; han gozado entre los literatos de un favor enteramente

(2) Palabra francesa tomada de la italiana *pasticcio* (pastiche) y que está tomada en el sentido de una mala cepia.

especial; han pasado, en fin, por una obra que demuestra un estudio profundo, algun trabajo de estilo y un gran respeto hacia el lenguaje y el gusto.

La crítica del plan fue abandonada muy pronto. Decir que había yo mezclado lo profano á lo sagrado por haber presentado dos cultos que existían á un tiempo, y que ambos tenían sus creencias, sus altares, sus sacerdotes, sus ceremonias; era decir que debería haber renunciado á la historia. ¿Por quién morían los mártires? Por Jesucristo. ¿Y á quién los inmolvaban? A los dioses del imperio: claro es que había dos cultos.

La cuestion filosófica, á saber: si bajo Diocleciano los romanos y los griegos creían en los dioses de Homero, y si el culto público había sufrido alteraciones: esta cuestion, como poeta, no me incumbía; como historiador, hubiera tenido mucho que hablar.

Ya no se trata de esto. *Los Mártires* han vivido contra todos mis cálculos, y no he tenido que ocuparme de otra cosa que de la revision del texto.

El defecto de *Los Mártires* depende de lo maravilloso *directo* que en el resto de mis preocupaciones clásicas había empleado poco á propósito. Asustado de mis innovaciones, me pareció imposible pasarme sin un *infierno* y sin un *cielo*. Los buenos y los malos ángeles bastaban, sin embargo, al desarrollo de la accion, sin entregarla á máquinas ya gastadas. Si la batalla de los francos, si Velleda, si Gerónimo, Agustin, Eudoro, Cimodocea, si la descripcion de Nápoles y de la Grecia no obtienen el perdón de *Los Mártires*, no son por cierto el *cielo* ni el *infierno* los que lo han de salvar. Uno de los trozos que mas gustaba á Mr. de Fontanes era el siguiente:

«Cimodocea se sentó delante de la ventana de la prision, y reclinando sobre la mano su cabeza embellecida con el velo de los mártires, suspiró estas armoniosas palabras:

— «Ligeros navios de la Ausonia, cruzad el mar tranquilo y brillante; esclavos de Neptuno, abandonad la vela al amante soplo de los vientos y encorvaos sobre el ligero remo. Llevadme bajo el amparo de mi esposo y de mi padre á las dichosas riberas del Parniso! ¡Volad, aves de la Lybia, cuyo flexible cuello se encorva con tanta gracia; volad hacia la cima del Homero, y contad que la hija de Homero va á volver á ver los laureles de la Mesenia!

«¿Cuándo volveré á reposar sobre mi lecho de marfil; cuándo hallaré la luz del día, tan querida de los mortales, las praderas esmaltadas de flores que riega su agua purísima, y que el pudor embellece con su soplo!»

El Genio del Cristianismo será siempre mi grande obra, porque ha producido ó determinado una revolucion y empezado la nueva era del siglo literario. No sucede lo mismo con *Los Mártires*: llegaban estos despues de la revolucion, y no eran mas que una prueba superabundante de mis doctrinas; mi estilo no era una novedad, y exceptuando el episodio de Velleda y la descripcion de las costumbres de los francos, mi poema se resiente de los lugares que ha frecuentado: lo clásico domina allí á lo romántico.

En fin, las circunstancias que contribuyeron al buen éxito de *El Genio del Cristianismo* no existían ya; el gobierno, lejos de serme favorable, era enemigo mio. *Los Mártires* proporcionaron una nueva ocasion para perseguirme; las alusiones marcadas en el retrato de Galerio y en la descripcion de la corte de Diocleciano, podían escapar á los ojos de la policia imperial, tanto mas, cuanto que el traductor inglés, que no tenía por qué guardar consideraciones de ninguna especie y á quien era indiferente comprometerme ó no, había hecho notar aquellas alusiones en su prólogo.

La publicacion de *Los Mártires* coincidió con un acontecimiento funesto. Este acontecimiento no desarmó á los aristarcos, gracias á la fiebre que anima á los que se hallan en el poder; conocían que una crítica literaria que tendía á disminuir el interés inspirado por mi nombre no podía menos de agrandar á Bonaparte. Este, como los banqueros millonarios que dan espléndidos convites y hacen pagar los portes de cartas, no desconfiaba las pequeñas ganancias.

ARMANDO DE CHATEAUBRIAND.

Armando de Chateaubriand, que habeis ya conocido de compañero de mi infancia, que habeis vuelto á encontrar en el ejército de los príncipes con la sorda y muda Libba, se había quedado en Inglaterra. Casado en Jersey, hallábase encargado de la correspondencia de los príncipes. Habiéndose embarcado el día 25 de setiembre de 1808, fue arrojado sobre las costas de la Bretaña el mismo día á las once de la noche cerca de San Casto. La tripulacion del barco se componía de once hombres; dos únicamente eran franceses: Roussel y Quintal.

Armando se dirigió á casa de Mr. Dolanay-Boisé-Lucas, padre, que vivía en la aldea de San Casto, donde en otro tiempo los ingleses habían sido obligados á reembarcarse; su huésped le aconsejó que volviese á ponerse en marcha; pero el barco se había ya hecho á la vela hacia Jersey. Armando, habiéndose entendido con el hijo de Mr. Boisé-Lucas, le entregó los paquetes de que se hallaba encargada por monsieur Enrique Lariviere, agente de los príncipes.

«Fui á la costa el 29 de setiembre, dice en uno de sus interrogatorios, donde permanecí dos noches sin poder divisar mi barco. Siendo la luna demasiado clara, me retiré, y volví el 14 ó el 15 del mes siguiente, permaneciendo allí hasta el 24 del mismo. Pasé inutilmente todas las noches sobre las rocas; mi barco no asomaba por ningun lado; por el día volvia á casa de Mr. Boisé-Lucas. El mismo barco y la misma tripulacion, de la que formaban parte Roussel y Quintal, debían volver á recogerme. Con respecto á las precauciones tomadas con Mr. Boisé-Lucas, padre, no había otras que las que ya he referido.»

El intrépido Armando, habiendo abordado á pocos pasos de su campo paternal, como á la costa inhospitalaria de la Tauride buscaba en vano á la claridad de la luna el barco que le hubiera podido salvar. Habiendo yo en otro tiempo abandonado á Combour para pasar á la India, pasé mis tristes miradas sobre aquellas aguas. Las rocas de San Casto, en que pasaba Armando las noches; el cabo de la Varde, en que yo me hallaba sentado; algunas leguas de mar recorridas por nuestras miradas opuestas, han sido testigos de las desdichas, y han separado los destinos de dos hombres unidos por el nombre y por la sangre. En medio de las mismas aguas fue donde tambien encontré á Gesril por última vez. Me sucedía con mucha frecuencia ver en mis sueños á Gesril y á Armando lavando la herida de sus frentes en el abismo al mismo tiempo que se extienden hasta mis piés las olas enrojadas con que nos entreteníamos en nuestra infancia (1).

Armando consiguió por fin embarcarse en un barco comprado en Saint-Malo; pero, rechazado por un viento nord-oeste, se vió obligado á detenerse aun. Finalmente, el 6 de enero, ayudado de un marinero llamado Juan Brien, botó al agua un pequeño bote abandonado, y se apoderó de otro bote que flotaba en las aguas. En su interrogatorio del 18 de marzo de

(1) Los originales del proceso de Armando se me han remitido por una mano desconocida y generosa.

cuenta de esta navegacion, que participa de mi estrella y de mis aventuras:

«Desde las nueve de la noche, hora en que partimos, hasta eso de las dos de la madrugada, nos fue favorable el tiempo. Creyendo entonces hallarnos no lejos de las rocas llamadas las *Mainquiers*, echamos anclas, con objeto de esperar la llegada del día; pero habiendo refrescado el viento, y temiendo que arreciase, continuamos nuestro camino. Pocos momentos despues la mar creció mucho, y habiéndose roto nues-

tra aguja de marear con la caída de una verga, perdimos la direccion de nuestra ruta. El primer puerto que pudimos reconocer, el día 7 (serian como las doce del día), fue la costa de Normandía, lo que nos obligó á cambiar de rumbo, y anclamos de nuevo cerca de las rocas llamadas *Ecreho*, situadas entre la costa de Normandía y Jersey. Los vientos contrarios y fuertes nos hicieron permanecer de este modo todo el resto del día 7 y todo el día 8. El 9 por la mañana dije á Depagne que se me figuraba que habia dismi-



LECTURA DE EL ARTICULO DEL MERCURIO.

nido el viento, en atencion á que el barco estaba mas tranquilo, y que indagase de qué lado soplabá. Me dijo que no veía ya las rocas junto á las que habiamos anclado. Entonces juzgué que nos habiamos desviado, habiendo perdido las anclas. La violencia de la tempestad no nos dejaba otro recurso que el de ampararnos á la costa. Como no divisabamos la tierra, ignorabamos á qué distancia de ella nos encontráramos. En este momento fue cuando arrojé al mar mis papeles, á los que tuve cuidado de atar una piedra. A las nueve de la mañana nos hallamos en la costa de Normandía, en Bretteville-sur-Ay.

«Fuimos recogidos en aquella costa por los aduaneros, que me sacaron casi muerto del barco, y con los brazos y las piernas heladas. Nos depositaron en casa del teniente de la brigada de Bretteville, y dos días

despues, Depagne fue conducido á la cárcel de Coutances, desde cuya época no he vuelto á saber de él. Algunos días despues fui yo tambien llevado á la cárcel de esta ciudad, y al siguiente día conducido por el mariscal del distrito á Saint-Lo, donde permaneci ocho días en la casa del mismo. Fui presentado una vez ante el prefecto del departamento el día 26 de enero, y sali con el capitán y el sargento del distrito de la gendarmeria en direccion á Paris, adonde llegué el 28. Me conduxeron ante Mr. Denarets, en el ministerio de la Policia General, y de allí á la prision de la Grande-Force.»

Armando tuvo contra si los vientos, las olas y la policia imperial; Bonaparte se hallaba en convivencia con las tempestades. Los dioses desperdiciaban en

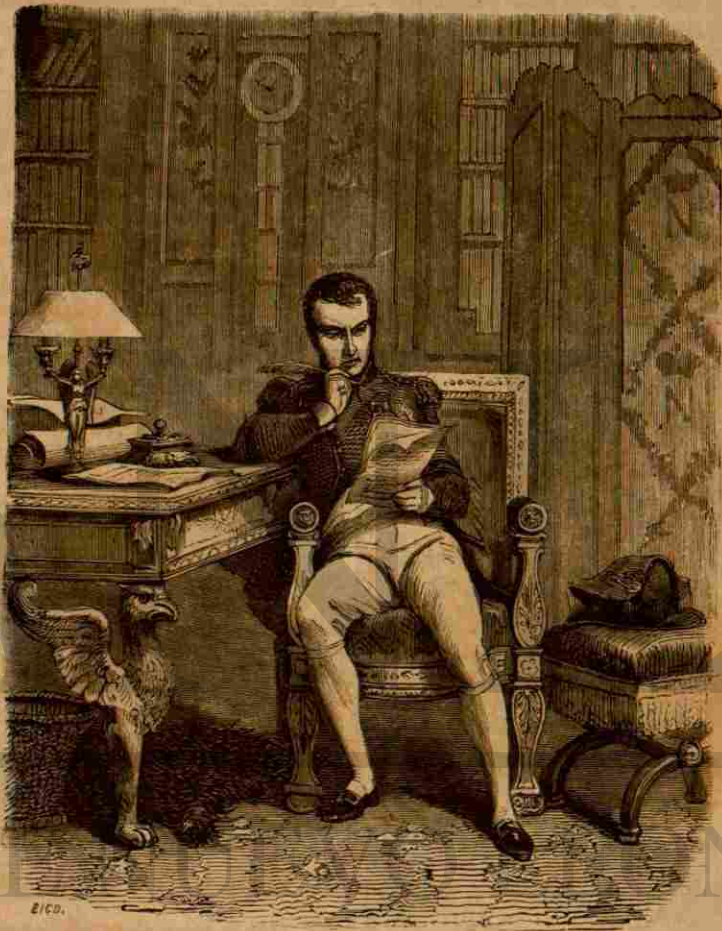
gran manera su cólera para una existencia tan pacífica.

El paquete arrojado á la mar fue devuelto por las olas sobre la playa de Notre-Dame d'Alloué, cerca de Valogner. Los papeles encerrados en este paquete sirvieron de pruebas. Habia treinta y dos. Quintal, vuelto con su barco á la playa de la Bretaña para recoger á Armando, habia por una obstinada fatalidad naufragado tambien en las aguas de Normandía algunos días antes que mi primo. La tripulacion del barco de Quintal habló, y el prefecto de Saint-Lo supo que Mr. de Chateaubriand era el gefe de las empresas del príncipe. Asi que llegó á su noticia que una chalupa, mon-

tada únicamente por dos hombres, habia llegado á tierra, no dudó un solo momento que Armando fuese uno de los dos náufragos, porque todos los pescadores hablaban de él como del hombre mas intrépido en marina que se habia conocido hasta entonces.

El 20 de enero de 1809, el prefecto de la Mancha dió cuenta á la policia general de la prision de Armando. Su comunicacion empezaba de esta manera:

«Mis conjeturas se han realizado enteramente: Chateaubriand está preso, y él fue quien abordó sobre la costa de Breteville, bajo el nombre de John Fall.



CHATEAUBRIAND LEYENDO EL DISCURSO DE RECEPCION EN LA ACADEMIA.

«Temeroso de que á pesar de las órdenes perentorias que habia dado no llegase John Fall á Saint-Lo, encargué al sargento de la gendarmeria del distrito, Maudit, hombre de confianza y de una gran actividad, que buscara al dicho John Fall por todas partes, y que lo trajese á mi presencia, cualquiera que fuese el estado en que se hallara. Se encontró en Coutances, en el momento en que se disponian á trasladarlo al hospital para curarle las piernas, que traía heladas.

«Hoy ha comparecido Fall ante mí. Habia de antemano introducido á Leliebre en una habitacion, desde la cual podia ver entrar á John Fall sin ser visto.

Cuando Leliebre le vió subir unos escalones que habia antes de llegar á aquella habitacion, exclamó dando palmadas y cambiando de color:—«¿Es Chateaubriand! ¿Cómo lo han cogido?»

«Leliebre no se hallaba prevenido de nada. Esta exclamacion fue arrancada por la sorpresa. Despues me pidió que no dijera que habia nombrado á Mr. de Chateaubriand, porque le perdia, y he dejado ignorar á John Fall que conocia su verdadero nombre.»

Conducido Armando á Paris y encerrado en la *Force*, sufrió un interrogatorio secreto en la prision militar de la Abadía. Bertrand, capitán de la primera

media brigada de veteranos, había sido nombrado fiscal de la comisión militar encargada por decreto de 25 de febrero, de intervenir en el asunto de Armando, por el general Hulín, que era comandante de armas de París.

Las personas comprometidas eran: Mr. de Goyon, enviado á Brest por Armando, y Mr. Boisé-Lucas, hijo, encargado de entregar las cartas de Enrique de Larivière á los señores Laya y Sicard en París.

En una carta del 13 de marzo escrita á Fouché decía Armando: «Que el emperador se digne devolver la libertad á los que gimen en las prisiones, por haberme manifestado su amistad, aunque á mí me suceda lo que quiera. Recomiendo mi desgraciada familia al emperador.»

Esta mala inteligencia de un hombre de entrañas humanas que se dirige á una buena hace daño. Bonaparte no era el león de Florencia: él no soltaba al hijo por las lágrimas de la madre. Había yo escrito pidiendo una entrevista á Fouché: me fue concedida, y me aseguró con el aplomo de la ligereza revolucionaria, «que había visto á Armando, y que no debía pasar cuidado ninguno por él: que moriría bien, y que tenía el aspecto de hombre resuelto.» Si hubiera yo propuesto á Fouché que muriese, ¿gustaría para consigo mismo ese tono deliberado y esa soberbia indiferencia?

Me dirigí á Mad. de Remusat, y le rogué entregase á la emperatriz una carta pidiendo justicia ó gracia para el acusado. La señora condesa de Saint-Lieu me refirió en Arenenberg el resultado de mi carta. Josefina la entregó al emperador; pareció como que dudaba al leerla; pero después, hallando en ella algunas palabras que le desagradaron, arrojó con mal humor la carta al fuego. Olvidábase de que no se podía ser orgulloso sino en causa propia.

Mr. de Goyon, condenado al mismo tiempo que Armando, sufrió su sentencia, sin embargo de haberse interesado por él la baronesa-duquesa de Montmorency, hija de Mad. de Malignon, de las que eran aliados los Goyon. Una Montmorency servil debía haberlo alcanzado todo, si bastase el prostituir un nombre para afiar á un poder nuevo una antigua monarquía. Mad. de Goyon, que no pudo salvar á su marido, salvó al joven Boisé-Lucas. Todo anduvo desbaratado en esta catástrofe, que se ensañaba con personas desconocidas; hubiérase dicho que se trataba de la caída de un mundo: tempestades en el agua, emboscadas en tierra, Bonaparte, el mar, los asesinatos de Luis XVI y tal vez alguna pasión, alma misteriosa de las catástrofes del mundo. Y todo esto ha pasado casi desapercibido; solo á mí me afectó, y solo vivió en mi memoria. ¿Qué importaban á Napoleón los insectos aplastados por su mano sobre su corona?

El día de la ejecución quise acompañar á mi camarada sobre su último campo de batalla; no hallé carruaje, y corrí á pie á la llanura de Grenelle. Llegué sudando un instante después de la ejecución: Armando acababa de ser fusilado hacia un momento contra las murallas de París. Su cabeza estaba destrozada: el perro de un verdugo lamía su sangre y su cerebro. Acompañé la carreta que conducía el cuerpo de Armando y de sus dos compañeros, plebeyo y noble, Quintal y Goyon, al cementerio de Vaugirad, donde había acompañado antes á Mr. de Laharpe. Encontré por la última vez á mi primo sin poder reconocerlo; el plomo le había desfigurado y no se le veía el rostro; no pude apreciar en él el destrozo de los años, ni aun ver la muerte al través de aquel velo sangriento: así es que se conservó joven en mi memoria y tal como le había visto en el sitio de Thionville. Fue fusilado el viernes Santo, y el Crucifijo se me aparecía al fin de todas mis desgracias. Cuando me paseé por el bulevar de la llanura de Grenelle

me detengo siempre á mirar la señal del tiro sobre la muralla. Si las balas de Napoleón no hubiesen dejado mas huellas que esta, seguramente no se hablaría de él.

¡Extraño encadenamiento de los destinos! El general Hulín, comandante de armas de París, nombró la comisión militar que hizo saltar la tapa de los sesos de Armando: en otro tiempo había sido nombrado presidente de la comisión que fusiló al duque de Enghien. ¿No hubiera debido abstenerse después de la primera catástrofe de tener parte en ningún consejo de guerra? Y yo he hablado de la muerte del hijo del gran Condé sin recordar al general Hulín, la parte que le había tocado en la ejecución del oscuro soldado de mi familia. Para juzgar á los jueces del tribunal de Vincennes había sin duda á mí vez recibido mi comisión del cielo.

Paris 1839.

AÑOS 1811, 1812, 1813 Y 1814.—PUBLICACION DEL ITINERARIO.—CARTA DE BEAUSSET.—MUERTE DE CHENIER.—SOY ADMITIDO MIEMBRO DEL INSTITUTO.—MI DISCURSO.

El año 1811 fue uno de los mas notables en mi carrera literaria.

Pублиqué el *Itinerario de Paris á Jerusalem*, reemplacé á Mr. de Chenier en el Instituto, y empecé á escribir las Memorias que hoy concluyo.

El éxito del *Itinerario* fue tan brillante, como disputado fue el de *Los Mártires*. No hay emborrador de papel, por insignificante que sea, que á la aparición de su *farrago* no reciba cartas de felicitación. Entre las nuevas enhorabuenas que llegaron á mis manos, hay una que no me es permitido hacer desaparecer, por ser la carta de un hombre lleno de virtud y de mérito, que ha dado á luz dos obras de reconocida autoridad, y que no dejan nada que decir sobre Bossuet y Fenelon. El obispo de Alais, cardenal de Beausset, es el historiador de estos dos grandes prelados. En mi sentir dice de mí mas de lo que merezco, que esto es una costumbre recibida cuando se escribe á un autor; pero el cardenal hace conocer la opinión general del momento sobre mi *Itinerario*; entrevé, con relación á Cartago, las objeciones que habían de hacer á mi opinión geográfica; sin embargo, esta opinión ha prevalecido, y vuelvo á su lugar las puertas de Dido. Esta carta es notable por la elegancia de una escogida sociedad, por el estilo grave que le prestaban la cortesania, la religion y las buenas costumbres: excelencia de tono que tan raros son hoy.

Villenoisson, por Loujumeau (Sena-y-Oise)
25 de marzo de 1811.

«Habeis debido recibir y habreis ciertamente recibido la justa recompensa del reconocimiento y de la satisfacción pública; pero puedo aseguraros que ninguno de vuestros lectores habrá experimentado un sentimiento mas puro que yo. Sois el primero y el único viajero que no ha necesitado del grabado y del dibujo para presentar á los ojos de sus lectores los lugares y monumentos que traen á la imaginación los gratos recuerdos y las grandes imágenes. Vuestra alma lo ha sentido todo, vuestra imaginación lo ha descrito todo, y el lector siente con vuestra alma y ve con vuestros ojos.»

«No podría pintaros, sino muy débilmente, la impresión que produjo en mí desde las primeras páginas, recorriendo con vos las costas de la isla de Corcira, y viendo abordar á ellas á todos esos hombres eternos que han conducido á aquel punto destinos muy diversos. Unas cuantas líneas os han bastado para grabar

para siempre las huellas de sus pasos; siempre se las encontrará en vuestro *Itinerario*, que las conservará mas fielmente que los mármoles que no han podido guardar los grandes nombres que les han sido confiados.

«Hoy día conozco los monumentos de Atenas como se desean conocer. Los había visto anteriormente en hermosos grabados, los había admirado, pero nunca los había sentido. No se tiene bien presente que si los arquitectos tienen necesidad de la descripción exacta de la medida y de las proporciones, los hombres tienen necesidad de encontrar el alma y el genio que han concebido el pensamiento de estos grandes monumentos.

«Habeis dado á las pirámides la noble y profunda intención que no habían echado de ver los frívolos declamadores.

«¡Cuántas enhorabuenas os doy por haber entregado á la justa execración de los siglos ese pueblo estúpido y feroz que causa hace doscientos años la desolación de los países mas hermosos de la tierra! No puede uno menos de sonreír con vos con la esperanza de verle volver al desierto de que ha salido.

«Habeis inspirado un pasajero sentimiento de indulgencia hacia los árabes en favor de la semejanza que les habeis dado con los salvajes de la América septentrional.

«La Providencia parece haberos conducido á Jerusalem para asistir á la última representación de la primera escena del cristianismo. Si no les es concedido á los ojos de los hombres el volver á ver esa tumba, la única que nada tendrá que devolver en el último día, los cristianos la encontrarán siempre en el Evangelio, y las almas contemplativas y sensibles la verán en vuestros cuadros.

«No dejarán los críticos de disputaros los nombres y los hechos con que habeis cubierto las ruinas de Cartago, que no podáis pintar, puesto que no existen. Pero os aconsejo que os limiteis únicamente á preguntarles si ellos mismos no los verían en esas descripciones tan interesantes.

«Teneis el derecho de gozar de un género de gloria que os pertenece exclusivamente por una especie de creación; pero hay aun un goce mas satisfactorio que ese para un carácter como el vuestro, y es el de haber dado á las creaciones de vuestro genio la nobleza de vuestra alma y la elevación de vuestros sentimientos. Esto es lo que aseguraba en todo tiempo á vuestro nombre y á vuestra memoria el aprecio, la admiración y el respeto de todos los amantes de la religion, de la virtud y del honor.

«En este sentido os suplico que os digneis aceptar el homenaje de mis mas sinceros sentimientos.

«L. F. DE BEAUSSET, ant. ob. de Alais.»

Mr. Chenier murió el día 10 de enero de 1811. Mis amigos tuvieron la fatal idea de animarme á que le reemplazase en el Instituto. Decían que, expuesto como estaba á la animosidad del gefe del gobierno, y á las sospechas y chismes de la policía, me sería muy conveniente pertenecer á un cuerpo muy poderoso entonces por su renombre y por las personas que le componían, y que defendido tras este escudo, podría trabajar con toda tranquilidad.

Tenia yo una invencible repugnancia á ocupar ningún puesto, aun cuando no fuese dependiente del gobierno, pues me acordaba de lo que me había costado el primero que ocupé. La herencia de Chenier me parecía peligrosa; no podía yo hablar sino exponiéndome; no podía pasar en silencio el regicidio, aun cuando Cambaceres fuese el segundo hombre del Estado; hallábame resuelto á hacer oír mis reclamaciones en favor de la libertad, y de elevar mi voz contra la tiranía; deseaba explicar mis sentimientos sobre los

horrores de 1793, explanar mi dolor por la caída familia de nuestros reyes, y llorar las desgracias de los que les habían permanecido fieles. Mis amigos me dijeron que me equivocaba; que unas cuantas alabanzas al gefe del gobierno, obligado de los discursos académicos, alabanzas de que bajo cierto punto de vista hallaba yo digno á Bonaparte, le haría digerir cuántas verdades quisiera enunciar; que tendría á la vez el honor de haber sostenido mis opiniones y la felicidad de hacer cesar los temores de Mad. de Chateaubriand. A fuerza de insistir me rendí, cansado por la resistencia; pero les dije que hacían mal; que Bonaparte no se dejaría enganar por los lugares comunes sobre su hijo, su mujer y su gloria, y que no por eso sentiría menos la lección; que reconocería al dimisionario en la muerte del duque de Enghien, y al autor del artículo que hizo suprimir *El Mercurio*; y que, finalmente, en vez de asegurarme la tranquilidad, daría nuevo impulso á las persecuciones de que era el blanco. Pronto se vieron precisados á reconocer la verdad de mis predicciones; verdad es que no habían podido sospechar la temeridad de mi discurso.

Fuí á hacer las visitas de costumbre á los miembros de la Academia. Mad. de Vintimille me presentó en casa del abate Morellet. Encontrámosle dormido, y con el *Itinerario*, que se les había escapado de las manos. Despertando sobresaltado al oír mi nombre pronunciado por el criado, levantó la cabeza exclamando:—«¡Esto es un poco difuso, un poco difuso!» Le contesté riendo que lo abreviaría en la nueva edición. Se portó muy bien, y me prometió su voto á pesar de la *Atala*. Cuando algun tiempo después salió á luz la *Monarquía con arreglo á la carta*, no podía comprender que tuviese por autor al cantor de la *Hija de las Floridas*. Grocius, ¿no escribió la tragedia de *Adán y Eva*, y Montesquieu el *Templo de Gnido*? Verdad es que yo no era ni Grocius ni Montesquieu.

Llegó por fin el día de la elección, y en el escrutinio obtuve una inmensa mayoría: puseme en seguida á trabajar en mi discurso; le hice y le rehice veinte veces, no hallándome nunca satisfecho; tan pronto, deseando hacerle legible, hallábale demasiado fuerte; tan pronto volviendo la cólera á apoderarse de mí, hallábale demasiado débil. No sabía cómo graduar la dosis del elogio académico. Si, á pesar de mi antipatía hacia Napoleón, hubiera querido expresar la admiración que me causaba la parte pública de su vida, hubiera pasado los límites de la peroración. Milton, á quien cito en el principio de mi discurso, me proporcionaba un modelo: en su *Segunda defensa* del pueblo inglés hace un pomposo elogio de Cromwell.

«Tú, no solamente has eclipsado las acciones de todos nuestros reyes, dice, sino aun las que nos cuentan de nuestros héroes fabulosos. Reflexiona en la prenda querida que la tierra que te ha dado el ser ha confiado á tu cuidado: la libertad que esperó en otro tiempo de la flor de los talentos y de las virtudes, la espera hoy de tí, y se huelga en obtenerla de tí solo. Haz honor á las ardientes esperanzas que nos animan; honra los deseos de tu patria intranquila; respeta las miradas y las heridas de tus valientes compañeros, que, bajo tus banderas, han combatido heroicamente por la causa de la libertad; respeta las sombras de los que han perecido en el campo de batalla; en fin, respétate á tí mismo; no consentas, después de haber arrostrado tantos peligros por amar las libertades, que sean violadas por tí mismo ó atacadas por otras manos. Tú no puedes ser verdaderamente libre sino en cuanto nosotros lo seamos. Tal es la naturaleza de las cosas: el que usurpe la libertad pública, es el primero que pierde la suya y que se hace esclavo.»

Johnson ha citado únicamente las alabanzas dadas al protector, á fin de poner en contradicción al repu-

blicano consigo mismo; el hermoso trozo que acabo de traducir muestra el contrapeso de estas alabanzas. La crítica de Johnson ha quedado en el olvido; la defensa de Milton ha vivido: todo lo que se funda en el espíritu de partido y en las pasiones del momento parece como ellas y con ellas.

Estando ya concluido mi discurso, fui llamado á leerle ante la comision nombrada para oirlo; fue desaprobado por esta comision, exceptuando á dos ó tres miembros de ella. Digno era de ver el temor de los orgullosos republicanos que me escuchaban, y á quien espantaba la independencia de mis opiniones; estremecieronse de indignacion y de espanto al solo nombre de libertad. Mr. Daru llevó el discurso á Saint-Cloud: Bonaparte dijo que si hubiese sido pronunciado hubiera hecho cerrar las puertas del Instituto, y me hubiera encerrado en un calabozo por el resto de mi vida.

Despues recibí esta carta de Mr. Daru:

Saint-Cloud 28 de abril de 1811.

«Tengo el honor de prevenir á Mr. de Chateaubriand que cuando tenga tiempo y ocasion de venir á Saint-Cloud, podrá devolverle el discurso que ha tenido á bien confiarme. Aprovecho esta ocasion para renovarle la seguridad de la alta consideracion con que tengo el honor de saludarle.

«DARU.»

Fuí á Saint-Cloud. Mr. Daru me devolvió el manuscrito, subrayado aquí y allí, marcado *ab irato* con paréntesis y con rayas de lapiz por Bonaparte; las uñas del leon se clavaban en todas partes, y sentia yo una especie de placer, de irritacion, al sentir las en mis carnes. Mr. Daru no me ocultó la cólera de Napoleon; pero me dijo que, conservando la peroracion, salvo algunas palabras y cambiando casi todo el resto, sería admitido con gran satisfacion de todos. En el palacio habian sacado copia del discurso, suprimiendo algunos trozos, y añadiendo otros. Poco tiempo despues apareció en las provincias impreso de esta manera.

Este discurso es una de las mas relevantes garantías de la independencia de mis opiniones y de la constancia de mis principios. Mr. Suard, hombre libre, y de corazon, decia que si hubiese sido leído en la Academia hubiese hecho desplomarse la bóveda de la sala al estallido de los aplausos. ¿Puede formarse una idea exacta de lo que produciría el apasionado elogio de la libertad en medio del servilismo del imperio?

Conservé el manuscrito corregido, con religioso cuidado; la desgracia hizo que al abandonar la enfermería de Maria Teresa fuese quemado con una infinidad de papeles. Sin embargo, los lectores de estas *Memorias* no se verán privados de él; uno de mis colegas tuvo la generosidad de sacar una copia, que es la siguiente:

«Cuando Milton publicó *El Paraiso perdido*, ninguna voz se alzó en los tres reinos de la Gran-Bretaña para elogiar una obra que, á pesar de sus numerosos defectos, no deja de ser uno de los mas bellos monumentos del talento humano. El Homero inglés murió olvidado, y sus contemporáneos legaron al porvenir el cuidado de inmortalizar al cantor del *Eden*. ¿Es esta una de las injusticias literarias de que todos los siglos nos ofrecen ejemplos? No, señores; los ingleses, libres apenas de las guerras civiles, no pudieron resolverse á celebrar la memoria de un hombre que se hizo notable por el ardor de sus opiniones en un tiempo de calamidades. ¿Qué reservaremos, decian, en la tumba del ciudadano que se consagra á la salvacion de su pais, si prodigamos honores á las cenizas de aquel que puede todo lo mas implorar una generosa indulgencia? La posteridad hará justicia á la memoria de Milton;

pero nosotros debemos una leccion á nuestros hijos: menester es hacerles entender con nuestro silencio que el talento es un don funesto cuando va unido á la passion, y que mas vale condenarse á la oscuridad que hacerse célebre con las desgracias de su patria.

«¿Imitaré yo, señores, ese memorable ejemplo, ó bien os hablaré de la persona y de las obras de Mr. Chenier? Para conciliar vuestros usos con mis opiniones, creo necesario adoptar un justo medio entre el silencio absoluto y el examen profundo. Pero cualesquiera que sean mis palabras, ninguna hiel emponzoñará este discurso. Si advertís en mí la franqueza de Duclos mi compatriota, espero probaros que tengo tambien su misma lealtad.

«Curioso hubiera sido de ver, sin duda, lo que un hombre de mis ideas y en mi posicion podría decir de la persona cuyo lugar ocupo hoy dia. Seria muy interesante examinar la influencia de las revoluciones sobre las letras, demostrar cómo los sistemas pueden extravai el talento y arrastrarlo á sendas engañosas que parecen conducir á la gloria, y que no desembocan sino en el olvido. Si Milton, á pesar de sus extravios políticos, ha dejado obras que admiran á la posteridad, es porque Milton, sin haber abjurado sus errores, se retiró de una sociedad que se apartaba de él para buscar en la religion el alivio de sus males y el manantial de su gloria. Privado de la luz del cielo, se creó una nueva tierra, un nuevo sol, y salió, por decirlo así, de un mundo en que no habia visto mas que desgracias y crímenes; colocó en las cunas del *Eden* la inocencia primitiva, la santa felicidad que reinaron bajo las tiendas de Jacob y de Raquel, y puso en el infierno los tormentos, las pasiones y los remordimientos de los hombres, de cuyas iras habia participado.

«Desgraciadamente para las obras de Mr. Chenier, aunque en ellas se descubre el gérmen de un notable talento, no brillan ni por aquella antigua sencillez, ni por aquella sublime magestad. El autor se distingue por un talento eminentemente clásico. Nadie mejor que él conocia los principios de la literatura antigua, y moderna; teatro, elocuencia, historia, crítica, sátira, todo lo ha abarcado; pero sus escritos llevan el sello de los desastrosos dias que los han visto nacer. Muy frecuentemente dictados por el espíritu de partido, han sido aplaudidos por las facciones. ¿Separaré en los trabajos de mi predecesor lo que ha pasado ya como nuestras discordias y lo que vivirá como nuestra gloria? Aquí se hallan confundidos los intereses de la sociedad y los de la literatura. No puedo olvidar suficientemente los unos para ocuparme únicamente de los otros; así, pues, señores, me veo en la necesidad de callarme ó de entrar en cuestiones políticas.

«Personas hay que quisieran hacer de la literatura una cosa abstracta y aislarla de las cosas humanas. Estas me dirán: «¿Por qué guardais silencio? No consideréis las obras de Mr. Chenier sino bajo el punto de vista literario. ¿Es decir, señores, que es preciso que abuse de vuestra paciencia y de la mía para repetir vulgaridades que se hallan en todas partes y que conocéis mejor que yo? Tiempos diversos exigen diversas costumbres; herederos de una larga sucesion de años de tranquilidad, nuestros antecesores podian entregarse á discusiones puramente académicas, que probaban aun mas su talento que su felicidad. Pero nosotros, restos infortunados de un naufragio horroroso, no tenemos elementos para disfrutar de una calma tan perfecta. Nuestras ideas, nuestros espíritus han tomado un rumbo distinto. El hombre ha reemplazado entre nosotros al académico; despojando á las letras de lo que pueden tener de fútil, no las vemos sino á través de nuestros poderosos recuerdos y de la experiencia de nuestra adversidad. Qué, ¿despues de una revolucion que nos ha hecho recorrer en pocos años los acontecimientos de muchos siglos, se ha de prohibir al escritor toda consideracion elevada? ¿Se le rehusa-

rá examinar el lado imponente de las cosas? ¿Ha de pasar una vida frívola ocupándose de pequeñeces gramaticales, de las reglas del buen gusto, de las definiciones literarias? ¿No podrá presentar al fin de sus dias una frente surcada por sus largos trabajos, por sus profundos pensamientos, y muchas veces el expresivo dolor que aumenta el esplendor del hombre? ¿Qué importantes cuidados habrán encanecido sus cabellos? Las penas miserables del amor propio y los pueriles juegos de la imaginacion.

«Seguramente, señores, que esto sería tratarnos con un inmerecido desprecio: en cuanto á mí, yo no puedo desconceptuarme de ese modo, ni reducirme al estado de la infancia en la edad de la fuerza y de la razon. No puedo encerrarme en ese estrecho círculo que se pretende trazar alrededor del escritor. Por ejemplo, si yo quisiera hacer el elogio del literato, del cortésano que preside esta asamblea, ¿ereis por ventura que me contentaría con alabar en él ese espíritu francés, ligero é ingenioso que ha recibido de su madre, y del que ofrece aquí entre nosotros tan acabado modelo? Sin duda que no; desearia ademas hacer brillar en todo su esplendor el hermoso nombre que tiene. Citaria al duque de Bufflers, que hizo levantar á los austriacos el bloqueo de Génova. Hablaria del mariscal su padre, de ese gobernador que disputó á los enemigos de la Francia las fortificaciones de Lille y consoló con esta memorable defensa la desgraciada vejez de un gran rey. De este compañero de Turenna es de quien decia Mad. de Maintenon: «En él ha muerto el corazon lo primero.» En fin, me extenderia hasta ese Luis de Bufflers, llamado el Robusto, que demostraba en los combates el valor y la fuerza de Hércules; de este modo tendria en las dos extremidades de esta familia la fuerza y la delicadeza, el caballero y el trovador. Se pretende que los franceses son hijos de Héctor: yo creeria mas bien que descienden de Aquiles, porque manejan como este héroe la espada y la lira.

«Si fuese mi objeto, señores, hablaros del célebre poeta que cantó la naturaleza con una voz tan sonora, ¿creéis que me limitaría á haceros expresar la admirable flexibilidad de un talento que supo presentar con un mérito igual las bellezas correctas de Virgilio y las bellezas incorrectas de Milton? No: yo os presentaria tambien á ese poeta, compañero inseparable de compatriotas, siguiéndolos con su lira hasta las riberas extrañas, cantando sus dolores para consolarlos: desherrados iustres, en medio de aquella multitud de desterrados de que yo formaba parte. Verdad es que su edad y sus achaques, sus talentos y su gloria, no le habrian puesto al abrigo de las persecuciones en su patria. Querian hacerle comprar la paz con versos indignos de su musa, y su musa no pudo cantar mas que la espantosa inmortalidad del crimen y la dulce inmortalidad de la virtud.

Tranquilizaos, vosotros sois inmortales.

«Si, finalmente, señores, pretendiera hablaros de un amigo querido, de uno de esos amigos que segun Ciceron hacen mas brillante la prosperidad y el infortunio mas ligero, encomiaria la finura y la pureza de su buen gusto, la escogida elegancia de su prosa, la belleza, la fuerza, la armonia de sus versos, que, formados sobre los grandes modelos, se distinguen sin embargo por un carácter de originalidad; encomiaria ese talento superior que jamás conoció las trabas de la envidia, ese talento que se complacia en las glorias de los demás y no en la suya propia, ese talento que despues de diez años admira todo cuanto puede honrarme, con la sencilla y profunda alegría conocida solamente por los mas nobles corazones y por la amistad mas pura. Empero no pasaria en silencio la parte política de mi amigo: le presentaria á la cabeza de uno de los primeros cuerpos del Estado, pronunciando esos discursos que son obras maestras de decoro, de

gracia y de nobleza. Le representaria sacrificando la dulce compañía de las musas á ocupaciones que sin duda no tendrían atractivos si no se entregara uno á ellas en la esperanza de educar hijos capaces de seguir un dia las gloriosas huellas de sus padres y de evitar nuestros errores.

«Al hablar de los hombres eminentes que componen esta asamblea, no podria menos de considerarlos bajo el punto de vista moral y social. Uno de ellos se distingue entre vosotros por un talento fino, delicado y prudente; por una cortesania, hoy dia tan rara, y sobre todo por la constancia mas laudable en sus opiniones moderadas. Otro ha encontrado bajo los hielos de la edad todo el calor de la juventud, para defender la causa de la desgracia. Esté, historiador elegante y delicado poeta, se nos presenta mas digno aun de respeto por el recuerdo de un padre y de un hijo mutilados en el servicio de la patria. Aquel devolviendo el oído á los sordos y la palabra á los mudos, nos recuerda los milagros del culto evangélico al cual se ha consagrado. ¿No hay entre vosotros, señores, testigos de vuestros antiguos triunfos que puedan contar al digno heredero del canceller de Aguesseau cómo fue aplaudido en otro tiempo el nombre de su abuelo en esta asamblea? Paso á los hijos favoritos de las nueve hermanas, y veo al venerable autor del *Edipo* retirado á la soledad, y á Sófoles olvidando en Colonna la gloria que le llama á Atenas. ¿Cuánto debemos amar á los otros hijos de Melpómene, que tanto nos han interesado en la desgracia de nuestros padres! Todos los corazones franceses han temblado de nuevo al presentimiento de la muerte de Enrique IV. La musa trágica ha restablecido el honor de aquellos esforzados paladines bajamente calumniados por la historia y noblemente vengados por uno de nuestros modernos Eurípides.

«Descendiendo á los sucesores de Anacreonte, no podian menos de hacer alto en el hombre tierno que semejante al anciano de Teos, entona despues de quince lustros los amorosos cánticos con que hacia resonar sus quince años. Iré, señores, á buscar vuestro nombre sobre esos tempestuosos mares que guardaba en otro tiempo el gigante Adamastor, y que se han apaciguado con los nombres encantadores de Eleonora y de Virginia. *Tibi ridet equora.*

«¡Ay, demasiados talentos ha habido entre nosotros, errantes y expatriados! ¿No ha cantado la poesía en armoniosos versos el arte de Neptuno, ese arte fatal que la trasportó á lejanas playas? ¿Y la elocuencia francesa, despues de haber defendido el Estado y el altar, no se retira tambien como á su manantial, á la patria de San Ambrosio? ¿Que no pudiera colocar yo aquí á todos los miembros de esta asamblea, en un cuadro en que la adulacion no cambiase los colores! Porque si cierto es que la envidia oscurece á veces las eminentes cualidades de los literatos, es mas cierto aun que esta clase de hombres se distingue por sus elevados sentimientos, por sus desinteresadas virtudes, por el odio á la opresion, por la abnegacion de la amistad y por la fidelidad para con la desgracia. De esta manera, señores, es como yo deseo considerar un objeto por todas sus caras, y como pretendo dar importancia á las letras, aplicándolas á las mas altas funciones de la moral, de la filosofia y de la historia. Con esta independencia de espíritu, preciso es que me abstenga de hablar de obras que es imposible examinar sin irritar las pasiones. Si hablara de la tragedia de Carlos IX, ¿cómo no habia de vindicar la memoria del cardenal de Lorena, y de discutir esta memorable leccion dada á los reyes? Cayo Graco, Calas, Enrique VIII, Fenelon, me ofrecerian en muchas partes esta misma alteracion de la historia para apoyar las mismas doctrinas. Si leo las *Sátiras*, encuentro sacrificados en ellas á hombres colocados en las primeras filas de esta asamblea; escritas sin embar-

go en un estilo puro, elegante y fácil, recuerdan agradablemente la escuela de Voltaire, y tendría tanto mas placer en alabarlas, cuanto que mi nombre no ha escapado á la malicia del autor. Pero dejemos á un lado obras que pudieran dar lugar á recriminaciones dolorosas; no turbaré la memoria de un escritor que fue vuestro colega, y que cuenta aun entre vosotros amigos y admiradores; tal vez deba á esa religion, que tan despreciable se presentaba á sus ojos en los escritos de los que la defienden, la paz que le deseo en su tumba; pero aquí mismo, señores, ¿no será yo bastante desgraciado para dar en un escollo? Porque al dar á Mr. Chenier ese tributo de respeto que los muertos reclaman, temo hallar bajo mis pies cenizas ilustres de una manera muy distinta. Si interpretaciones poco generosas quisieran hacerme un crimen de esta involuntaria emocion, me iría á refugiarme al pie de esos altares expiatorios que un poderoso monarca eleva á los manes de las dinastías ultrajadas. ¡Oh, cuánto mejor le hubiera estado á Mr. Chenier el no haber participado de esas calamidades públicas que cayeron al fin sobre su cabeza! El, lo mismo que yo, ha sabido lo que es perder un hermano querido en los disturbios de la nacion. ¿Qué hubieran dicho nuestros desgraciados hermanos si Dios les hubiera hecho comparecer en un mismo dia ante su tribunal? Si se hubiesen encontrado en el momento supremo, antes de confundir su sangre, nos hubieran gritado sin duda alguna.—«Dejad vuestras guerras intestinas; volved á dar acogida en vuestros pechos á sentimientos de amor y de paz; la muerte pesa igualmente sobre todos los partidos, y vuestras crueles discordias nos cuestan la juventud y la vida.» Estos hubieran sido sus gritos fraternales.

«Si mi predecesor pudiese oír estas palabras que no consuelan mas que á su sombra, sería sensible al homenaje que rinde á su hermano, porque era naturalmente generoso; y esta misma generosidad de carácter fue la que le arrastró á innovaciones, halagüeñas sin duda, pues que prometían devolvernos las virtudes de Fabricio. Pero engañado bien pronto en sus esperanzas, su carácter se agrió y se desnaturalizó su talento. Transportado desde la soledad del poeta al medio de las facciones, ¿cómo pudiera haberse entregado á esos sentimientos que constituyen el encanto de la vida? ¡Feliz él si no hubiera visto otro cielo que el cielo de la Grecia, bajo el cual había nacido! Si no hubiera contemplado otras ruinas que las de Esparta y de Atenas! Tal vez le hubiera yo encontrado en la hermosa patria de su madre, y nos hubiéramos jurado amistad sobre las orillas del Permeso; ó bien, ya que había de volver á los campos paternos, ¿por qué no me siguió á los desiertos adonde fui lanzado por las tempestades? El silencio de las selvas hubiera tranquilizado esa alma destrozada, y las cabañas de los salvajes le habrían reconciliado tal vez con los palacios de los reyes. ¡Inútiles deseos! Mr. Chenier permaneció en el teatro de nuestras turbulencias y de nuestros dolores. Atacado, aun jóven, de una enfermedad mortal, le visteis, señores, inclinarse lentamente hácia la tumba, y dejar para siempre..... No sé los detalles de sus últimos momentos.

«Todos nosotros, los que vivimos entre las agitaciones y turbulencias, no podremos escondernos de las miradas de la historia. ¿Quién podrá jactarse de hallarse sin mancha en un tiempo de delirio, en que nadie había podido hacer el uso completo de su razon? Seamos, pues, indulgentes con los demás; disculpemos lo que no podemos aprobar. Tal es la humana debilidad que el talento, el genio, la virtud misma pueden á veces traspasar los límites del deber. Mr. Chenier adoró la libertad: ¿podrá hacerse de ello un crimen? Los hidalgos mismos, si saliesen de sus tumbas, seguirían la luz de nuestro siglo. Veríase formar una ilustre alianza entre el honor y la libertad, lo

mismo que en el reinado de Valois las almenas góticas se veían coronar con una indecible gracia en nuestros monumentos los órdenes tomados de los griegos. ¿No es la libertad el mayor de todos los bienes y la primera de las necesidades del hombre? Ella inflama el genio, ella eleva el corazon, y es indispensable al lujo de las musas como el aire que respira. Las artes pueden hasta cierto punto vivir en la dependencia, porque se sirven de un lenguaje aparte, que no es entendido de la generalidad; pero las letras que hablan una lengua universal, languidecen y mueren entre los hierros. ¿Cómo pueden trazarse páginas dignas del porvenir si es menester reprimir al escribir todo sentimiento magnánimo, todo pensamiento enérgico y elevado? La libertad es tan naturalmente amiga de las ciencias y de las letras, que se refugia á su lado cuando se ve desterrada de los pueblos; y es á nosotros, señores, á quienes da la mision de escribir sus anales y de vengarla de sus enemigos, de transmitir su nombre y su culto á la mas lejana posteridad. Para que nadie se engañe en la interpretacion de mi pensamiento, declaro que aquí no hablo mas que de la libertad que nace del orden y esencia de las leyes, y no de esa libertad, hija de la licencia y madre de la esclavitud.

«La falta del autor de Carlos IX no consistió en ofrecer su incienso á la primera de estas divinidades, sino en haber creído que los derechos que ella nos da sean incompatibles con un gobierno monárquico. Un francés hace basar en sus opiniones la independencia que otros pueblos colocan en sus leyes. La libertad es para él un sentimiento mas que un principio, y es ciudadano por instinto, y súbdito por eleccion. Si el escritor cuya pérdida llorais hubiese hecho esta reflexion, no hubiera comprendido bajo el mismo amor la libertad que funda y la libertad que destruye.

«He concluido, señores, el trabajo que los usos de la Academia me han impuesto. Al terminar este discurso presentáse á mi imaginacion una idea que me aflige; no hace mucho tiempo que Mr. Chenier emitía sobre mis obras juicios que se preparaba á publicar, y hoy dia soy yo el que juzga á mi juez. Lo digo con toda la sinceridad de mi corazon: quisiera mas verme aun expuesto á las sátiras de un enemigo, y vivir pacíficamente en el aislamiento, que hacerlos notar con mi presencia la rápida sucesion de los hombres sobre la tierra, la aparicion súbita de esa muerte que echa por tierra nuestros proyectos y nuestras esperanzas, que nos arrebatara repentinamente y entrega á veces nuestra memoria en manos de hombres opuestos á nuestros sentimientos y á nuestras ideas. Esta tribuna es una especie de campo de batalla, donde los talentos vienen unos en pos de otros á brillar y á morir. ¿Cuántos genios de guerra distintos no ha visto pasar! Corneille, Racine, Boileau, La Bruyere, Bossuet, Fenelon, Voltaire, Buffon, Montesquieu... ¿Quién no tiembla, señores, al pensar que va á formar un anillo en la cadena de esta ilustre linea? Agobiado bajo el peso de estos nombres inmortales, no pudiendo hacerme reconocer por mis talentos como heredero legítimo, procuraré al menos probar mi descendencia por mis sentimientos.

«Cuando me llegue mi turno de ceder el sitio al orador que deba hablar sobre mi tumba, podrá tratar con toda severidad mis obras; pero se verá precisado á decir que yo amaba á mi patria con delirio, que hubiera antes sufrido mil desgracias que hacer derramar una sola lágrima á mi país; que hubiera hecho, sin vacilar, el sacrificio de mis dias, á estos nobles sentimientos, los únicos que dan valor á la vida y dignidad á la muerte.

«¿Pero qué época he ido á escoger, señores, para hablaros del luto y de los funerales! ¿No nos hallamos rodeados por todas partes de fiestas? Viajero solitario, meditaba há pocos dias, sobre las ruinas de los imperios destruidos; y veo elevarse un nuevo imperio.

PREMIOS DEGENALES.—EL ENSAYO SOBRE LAS REVOLUCIONES.—LOS NATCHEZ.

Esta mezcla singular de cólera y de aficion de Bonaparte contra mí y hácia mí ha sido siempre constante: me amenaza, y al mismo tiempo pregunta al Instituto por qué no ha hablado de mí con motivo de los premios decenales. Hace mas aun: dice á Fontanes que, puesto que el Instituto no me consideraba digno del concurso á los premios, él me daría uno; que me nombraría superintendente general de todas las bibliotecas de Francia; superintendencia que se hallaba en la categoria de una embajada de primera clase. Bonaparte no había echado en olvido su primera idea de emplearme en la carrera diplomática, y no podía menos de desear, por causas que le eran harto conocidas, que yo formase parte del ministerio de Negocios Extranjeros. Y sin embargo, á pesar de estas proyectadas munificencias, su prefecto de policía me invitó algun tiempo despues á alejarme de París, y fui á continuar mis *Memorias* á Dieppe.

Bonaparte desciende á representar el papel de estudiante truhan; desentierra el *Ensayo sobre las revoluciones*, y se complace en hacerme la guerra por esta obra. Un tal Mr. Damaze de Raymond se constituyó en campeón mio: fui á darle por ello las gracias á su casa, calle de Vivienne. Entre los objetos que tenia sobre su mesa había una calabera: algun tiempo despues fue muerto en desafio, y su hermosa fisonomía fué á reunirse con el horrible busto que parecia llamarle. En aquella época se habían puesto en moda los desafios. Uno de los agentes de policía secreta, que fue encargado de la prision de Jorge, recibió de mano de este un balazo en la cabeza.

Para terminar de una vez los ataques traidores de mi poderoso enemigo, me dirigí al mismo Mr. de Pommeréul, de quien ya he tenido ocasion de hablar en mi primera llegada á París: era entonces director general de la imprenta y librería; le pedí permiso para reimprimir el *Ensayo* todo entero. Puede verse mi correspondencia y el resultado de ella en el prefacio del *Ensayo sobre las revoluciones*, edicion de 1826, tomo segundo de las *Obras completas*. Por lo demás, el gobierno tenía razon en rehusarme la reimpression de la obra completa. El *Ensayo*, por sus ideas con respecto á las libertades y á la monarquía, era un libro que no debía ver la luz en un tiempo en que reinaban el despotismo y la usurpacion. La policía aparentaba cierta imparcialidad permitiendo que se dijera algo en favor mio, y gozándose en impedir la única cosa que hubiese podido vindicarme. A la vuelta de Luis XVIII se hizo una nueva exhumacion del *Ensayo*, así como durante el imperio habían querido servirse de él en contra mia bajo el aspecto político, del mismo modo pretendieron hacerlo en el tiempo de la restauracion bajo el punto de vista religioso. En las notas de la nueva edicion del *Ensayo histórico* he hecho una pública retractacion de mis errores, que nada deja que desear. La posteridad pronunciará su fallo sobre el libro y sobre el comentario, si es que se ocupa aun de estas anticuallas. Me atrevo á esperar que juzgará el *Ensayo* como lo ha juzgado mi cabeza encanecida; porque avanzando en el camino de la vida se anticipa uno á la justicia de ese porvenir que se va aproximando. El libro y las notas me ponen delante del mundo tal como he sido al principio de mi carrera, y tal como soy al final de ella.

Ademas, esta obra, que he tratado yo mismo con un rigor extremado, ofrece el *compendio* de mi existencia como poeta, como moralista y como hombre político futuro. La savia del trabajo es superabundante, el atrevimiento de las opiniones está llevado hasta el extremo. Preciso es confesar que en las sendas diversas que he seguido, las preocupaciones jamás me

Apenas abandono esas tumbas en que duermen las naciones enterradas, diviso una cueva llena de los destinos del porvenir. Por todas partes resuenan las aclamaciones del soldado. César sube al Capitolio; los pueblos cuentan las maravillas, los monumentos elevados, las ciudades embellecidas, las fronteras de la patria bañadas por esos lejanos mares que sostenian los navios de Scipion, y por esos mares mas lejanos aun que no conoció Germánico.

«En tanto que el vencedor se adelanta rodeado por sus legiones, ¿qué han de hacer los tranquilos adeptos de las musas? Marcharán delante del carro para unir el olivo de paz á las palmas de la victoria, para presentar al vencedor la copa sagrada, para mezclar á las narraciones guerreras las tiernas imágenes que hacian llorar á Pablo-Emilio sobre las desgracias de Perseo.

«Y vos, hija de los Césares, salid de vuestro palacio con vuestro tierno hijo en los brazos; venid á añadir vuestra gracia á la grandeza; venid á enternecer la victoria y á templar el brillo de las armas con la dulce magestad de una reina y de una madre.»

En el manuscrito que me fue devuelto, el principio del discurso, que hace relacion á las opiniones de Milton, estaba *cruzado* de un extremo á otro por el mismo Bonaparte. Una parte de mi reclamacion contra el aislamiento de los negocios en que se queria tener á la literatura, estaba igualmente *marcado* con su aprobacion. El elogio del abate Delille, que recordaba la emigracion, la fidelidad del poeta á las desgracias de la familia real y á los padecimientos de sus compañeros de destierro, hallábase colocado en un *paréntesis*: el elogio de Mr. de Fontanes tenía una *cruz*. Casi todo cuanto decia sobre Mr. Chenier, sobre su hermano, sobre el mio, sobre los altares expiatorios que se preparaban en Saint-Denis, estaba lleno de tachones. El párrafo que empezaba: «Mr. Chenier adoró la libertad, etc.» tenía una doble raya longitudinal. A pesar de todo, los agentes del imperio, al publicar este discurso, han conservado bastante bien este párrafo.

No concluyó todo con devolverme el discurso; se me queria obligar á hacer uno nuevo. Declaré que me atenia al primero, y que no haría otro. La comision decidió entonces que no debía ser admitido en la Academia.

Personas llenas de chiste, de generosidad y de valor, á quien no conocia, se interesaban por mí. Mad. Lindsay, que á mi vuelta á Francia en 1800 me llevó desde Calais á París, habló á Mad. Gay; esta se dirigió á Mad. Regnault de Saint-Jean d'Angely, la cual invitó al duque de Rovigo á que me dejase en paz. Las mujeres de aquella época interponian su belleza entre el poder y el infortunio.

Todo este ruido se prolongó por los premios decenales hasta el año 1812. Bonaparte, que me perseguía, hizo preguntar á la Academia, á propósito de estos premios, por qué no había colocado entre sus obras *El Genio del Cristianismo*. La academia se explicó entonces; muchos de mis compañeros escribieron un juicio muy desfavorable de esta obra. Hubiera podido decirles lo que dijo á un pájaro un poeta griego:—«Hija del Atica, criada con miel, tú, que tan bien cantas, te apoderas de una cigarra tan buena cantante como tú, y la llevas por alimento á tus hijos: ambas tenéis alas; ambas habitais los mismos lugares; ambas celebráis la venida de la primavera; ¿por qué, pues, no le devuelves la libertad? No es justo que una cantora perezca en el pico de una de sus semejantes.»

han servido de guía; que nunca me he cegado en causa alguna; que no me ha guiado interés alguno, y que los partidos que he seguido han sido siempre de mi elección.

En el *Ensayo* demuestro una completa independencia en religion y en política; todo lo examino: *republicano*, sirvo á la monarquía; *filósofo*, honro la religion. No son estas contradicciones, sino consecuencias precisas de la incertidumbre de la teoría y de la certeza de la práctica en el hombre. Mi alma, formada para no creer en cosa alguna, ni aun en mí mismo, inclinada á despreciarlo todo, grandezas y miserias, pueblos y reyes, ha sido dominada, sin embargo, por un instinto de razon que la obligaba á someterse á todo lo que le parecia digno de admiracion: religion, justicia, humanidad, igualdad, libertad, gloria. Lo que hoy se sueña para el porvenir, lo que la actual generacion se imagina haber descubierto sobre una sociedad que va á nacer fundada sobre bases enteramente distintas de las de la antigua, se halla terminantemente anunciado en el *Ensayo*. Me he adelantado treinta años á los que se dicen heraldos de un mundo desconocido. Mis actos han sido de la antigua ciudad, mis pensamientos de la nueva; los primeros hijos del deber, los segundos de mi naturaleza.

El *Ensayo* no es un libro impío, sino un libro de duda y de dolor. Ya lo he dicho (1).

Ademas, yo mismo he exagerado mi falta mucho mas de lo que debia, y he rectificado con ideas de orden tantas apasionadas ideas como se hallan en mis obras. Al fin de mi carrera se me presenta el temor de haber hecho un daño á la juventud; tengo faltas que reparar para con ella, y le debo algunas lecciones. Sepa esta que puede luchar con ventajas contra una naturaleza exaltada; la belleza moral, la belleza divina, superior á todos los sueños de la tierra, se ha presentado á mis ojos; un poco de valor basta para llegar y para fijarse en ella.

Para concluir lo que tengo que hablar sobre mi carrera literaria, debo hacer mencion de la obra que la inicié y que permaneció en manuscrito hasta que la publiqué en mis *Obras completas*.

Al principio de los *Natchez*, dícese en el prólogo el modo cómo fue hallada esta obra en Inglaterra, gracias á las investigaciones, dignas de mi gratitud, de Mr. de Thuisy.

Un manuscrito, de que pude sacar á *Atala*, á *René* y muchas de las descripciones que se ven en *El Genio del Cristianismo*, no es enteramente estéril. Este primer manuscrito estaba escrito de seguida, sin divisiones; todas las materias se hallaban confundidas en él; viajes, historia natural, parte dramática, etc.; pero ademas de este manuscrito existia otro dividido en tomos. En este segundo trabajo habia, no solo atendido á la division de materias, sino que habia cambiado el género de la composicion, haciéndola pasar desde la novela á la epopeya.

Un jóven que amontona desordenadamente sus ideas, sus invenciones, sus estudios, sus lecturas, debe producir un caos; pero hay en ese caos cierta fecundidad que depende de la fuerza de la edad.

Me ha sucedido á mí lo que tal vez no ha sucedido jamás á autor ninguno; esto es, volver á leer despues de treinta años un manuscrito que habia olvidado enteramente.

Tenia entonces un gran peligro que temer. Al volver á pasar el pincel sobre el cuadro podia debilitar los colores; una mano mas segura, pero menos ligera corría gran riesgo, al borrar algunas líneas incorrectas, de hacer desaparecer los toques mas brillantes de la juventud; es preciso conservar á la composicion su independencia, y, por decirlo así, su fogosidad, menester era dejar la espuma sobre el freno del jóven

(1) Tomo tercero de estas *Memorias*.

corcel. Si hay en los *Natchez* cosas que hoy no aborreceria sino temblando, hay tambien otras que no querria volver á escribir, sobre todo la carta de *René* en el segundo tomo. Esta pertenece al primer orden y reproduce enteramente á *René*; no sé lo que los *Renés* que me han sucedido hayan podido decir para acercarse mas á la locura.

Los *Natchez* empiezan por una invocacion al desierto y al astro de la noche, divinidades supremas de mi juventud:

«A la sombra de las selvas americanas quiero cantar melodías de la soledad que jamás han sido percibidas por oídos mortales: ¡quiero cantar vuestras desgracias, oh *Natchez*! ¡Oh nacion de la Luisiana, de la que tan solo quedan recuerdos! Las desdichas de un oscuro habitante de los bosques, ¿tienen menos derechos á nuestras lágrimas que las de los demás hombres? Y los mausoleos de los reyes en nuestros templos, ¿son mas interesantes que la tumba de un indio bajo la encina de su patria?»

«Y tú, antorcha de la meditacion, astro de las noches, sé para mí el astro de Pindo; ve delante de mí; pasa á través de las regiones desconocidas del Nuevo-Mundo, para sorprender con tu luz los dulces secretos de estos desiertos!»

Mis dos naturalezas se hallan confundidas en esta extraña obra, sobre todo en el original primitivo. Vense allí acontecimientos políticos ó intrigas de novela; pero á través de la narracion se oye en todas partes una voz que canta y que parece llegar de una region desconocida.

FIN DE MI CARRERA LITERARIA.

En 1813 y 1814, últimos años del Imperio, y de los que ya se sabe algo anticipadamente, me ocupé en hacer algunas investigaciones en Francia y en la redaccion de una parte de mis *Memorias*, pero nada di á la prensa. Mi vida de poesía y de erudicion terminó realmente con la publicacion de mis tres grandes obras: *El Genio del cristianismo*, *Los Mártires* y *El Itinerario*. Mis escritos políticos empezaron con la restauracion, y con ellos mi existencia política activa. Aquí, pues, termina mi carrera literaria propiamente dicha: arrastrado por la corriente de los acontecimientos, la habia omitido, y solo en este año de 1831 es cuando he recordado los pasados tiempos de 1800 á 1814.

Esta carrera literaria, como puede haberse visto, no fue menos turbulenta que mi vida de viajero y de soldado; tuvo tambien sus fatigas, sus encuentros y su sangre; no todo fueron musas y fuente Castalia; mi carrera política fue mas tempestuosa aun.

Algunos restos señalarán tal vez el sitio que ocuparon mis jardines de Academo. *El Genio del Cristianismo* inaugura la revolucion religiosa contra las doctrinas del siglo xviii. Al mismo tiempo preparaba yo la revolucion que amenaza nuestro idioma, porque no podia haber innovacion en la idea sin que hubiese cambio en el estilo. ¿Despues de mí vendrán otras formas del arte desconocidas hoy? ¿Podrán nuestros actuales estudios ser un punto de partida progresivo, así como nosotros nos hemos apoyado en los estudios pasados para avanzar un paso? ¿Hay límites que no es dado pasar nunca porque seria chocar contra la naturaleza de las cosas? Estos límites se hallan en la division de las lenguas modernas, en la caducidad de estas mismas lenguas, en las vanidades humanas, tales como las ha hecho la nueva sociedad? Las lenguas no siguen el movimiento de la civilizacion, sino antes de la época de perfeccionamiento; llegadas á su apogeo, permanecen un momento estacionarias, y despues descienden, sin poder volver á elevarse.

La narracion que concluyo ahora alcanza á los pri-

meros libros de mi vida política, escritos anteriormente y en distintas fechas. Me hallo un poco mas animado al entrar en las partes concluidas de mi edificio. Cuando volví á entregarme al trabajo, temia que el anciano hijo de *Cælus* (1) viese trocarse en llana de plomo la llana de oro del albañil de Troya. Sin embargo, creo que mi memoria, encargada de reproducir mis recuerdos, no me ha abandonado enteramente; se ha hecho sentir demasiado el hielo del invierno en mi narracion? Se halla mucha diferencia entre el apagado polvo que he tratado de volver á levantar y los personajes vivos que he descrito al contaros mi primera juventud? Mis años son mis secretarios; cuando muere uno de ellos, lega la pluma á su hermano, y yo continúo dictando, y como todos son hermanos, tienen poco mas ó menos el mismo modo de escribir.

BONAPARTE.

La juventud es una cosa encantadora; al principio de la vida parte coronada de flores, como la flota ateniense parir á conquistar la Sicilia y los deliciosos campos de Enna. Pronúnciase la oracion en voz alta por el sacerdote de Neptuno; hácese libaciones en copas de oro; la multitud, bordeando la mar, une sus invocaciones á las del piloto; cántase el *paean* (2), en tanto que la vela se despliega á los rayos y al soplo de la aurora. Alcibiades, vestido de púrpura y hermoso como el amor, se hace notar sobre las galeras, orgulloso con los siete carros que ha lanzado en la carrera de Olimpia. Pero apenas la isla de Alcinoüs ha quedado atrás, desvanécese la ilusion: Alcibiades desterrado va á envejecer lejos de su patria y á morir en los brazos de Timandra. Los compañeros de sus primeras esperanzas, esclavos en Siracusa, no tienen para aligerar el peso de sus cadenas sino algunos versos de Eurípides.

Habéis visto mi juventud abandonar la ribera; no tenia la belleza del pupilo de Pericles, criado sobre las rodillas de Aspasia; pero si las horas matutinas, y deseos y sueños y mil otras cosas: ya os he hecho partícipes de estos sueños; hoy al volver á tierra despues de mi destierro, no puedo referiros mas que verdades tan tristes como mi edad. Si alguna vez hago aun resonar las cuerdas de mi lira, mis acordes no son otra cosa que las últimas armonías del poeta que procura curarse de la herida de las flechas del tiempo ó consolarse de la esclavitud de los años.

Ya conoceis la mutualidad de mi vida en mi estado de viajero y de soldado; conoceis tambien mi existencia literaria desde 1800 hasta 1813, en cuyo año me dejasteis en la *Vallée-aux-Loups*, que me pertenecia aun cuando empecé mi *carrera política*. Entremos ahora en esta carrera, y antes de penetrar en ella me es forzoso volver atrás para hablar de algunos hechos generales que he omitido al ocuparme exclusivamente de mis obras y de mis aventuras; estos hechos son relativos á Napoleon. Pasemos pues á él; hablemos del vasto edificio que se construia fuera de mis sueños. Por ahora me hago historiador, sin dejar de ser escritor de mis *Memorias*; el interés público va á sostener mis confidencias privadas; mis circunstancias individuales se agruparán alrededor de mi narracion.

Cuando estalló la guerra de la revolucion, no fue comprendida por los reyes; vieron estos una insurreccion donde debieron ver el cambio de las naciones, el fin y el principio de un mundo; creyeron que únicamente se trataba de aumentar sus Estados con algunas provincias usurpadas á la Francia; creyeron en la antigua táctica militar, en los antiguos tratados di-

(1) *Cælus* ó *Urano*, padre de *Saturno*.

(2) Himno en honor de *Apolo*, que recuerda la victoria de este Dios sobre la serpiente *Piton*, y que se cantaba antes de ir á la guerra, así como en cualquier calamidad pública. (N. del T.)

plomáticos, en las negociaciones de los gabinetes: los conscriptos iban á expulsar á los granaderos de Federico; los monarcas se preparaban á solicitar la paz en las antecámaras de algunos oscuros demagogos, y la terrible opinion revolucionaria iba á desanudar sobre los cadalsos las intrigas de la vieja Europa. Esa vieja Europa creia no tener que combatir mas que con la Francia, sin apercibirse de que un siglo nuevo caminaba sobre ella.

Bonaparte, en el curso de sus glorias siempre crecientes, parecia ser llamado á cambiar las dinastías de los reyes y á hacer la suya la mas antigua de todas. Habia erigido en reyes á los electores de Baviera, de Wurtemberg y de Sajonia; habia puesto la corona de Nápoles sobre las sienes de Murat, la de España sobre las de José, la de Holanda sobre las de Luis, la de Westfalia sobre las de Gerónimo: su hermana, Elisa Bacciocchi, era princesa de Luca; él era emperador de los franceses, rey de Italia, en cuyo reino se hallaban comprendidas Venecia, la Toscana, Parma y Placencia; el Piamonte se hallaba reunido á la Francia: habia consentido en dejar reinar en Suecia á uno de sus capitanes, llamado Bernadotte: con arreglo al tratado de la Confederacion del Rhin, ejercia en Alemania los derechos de la casa de Austria; habiase declarado mediador de la confederacion helvética; habia echado por tierra á la Prusia; sin poseer un solo barco, habia declarado en estado de bloqueo á las islas Británicas. Inglaterra, á pesar de su marina, se vió á pique de no poder descargar un solo fardo en ningun puerto de Europa ni enviar una sola carta.

Los Estados Pontificios formaban parte del imperio francés: el Tíber era un departamento de la Francia. Veianse por las calles de París cardenales semi-prisioneros, que sacando la cabeza por la ventanilla de su *fiacre*, preguntaban: — «¿Es aquí donde vive el rey de...?» — No, respondia la persona preguntada; es mas adelante. El Austria se habia rescatado entregando á su hija: el incursor del Mediodía reclamó á Honorio de Valentiniano, con la mitad de las provincias de imperio.

¿De qué modo se habian obrado tantos milagros? ¿Qué cualidades poseia el hombre que los hizo? ¿Qué cualidades le faltaron para poderlos llevar á su término? Seguiré la inaudita fortuna de Bonaparte, fortuna que ha pasado con tal rapidez que sus dias ocupan un corto período del tiempo encerrado en mis *Memorias*. Penosa es la tarea del escritor, cuya pluma se ve obligada á ocuparse en enojosas reproducciones de genealogía, en pesadas averiguaciones sobre los hechos y en inspidas confrontaciones de fechas.

BONAPARTE.—SU FAMILIA.

El primero de los Buonaparte (Bonaparte), de que se hace mencion en los anales modernos, es Jacobo Bonaparte, el que, como un agüero del futuro conquistador, nos ha dejado la historia del *Saqueo de Roma* de 1527, del que habia sido testigo ocular. Napoleon Luis Bonaparte, hijo mayor de la duquesa de Saint-Leu, muerto despues de la insurreccion de la Romania, trujo al francés este curioso documento, y á la cabeza de su traduccion colocó una genealogía de la familia de Buonaparte.

Dice el traductor «que se contentaba con llenar los vacios del prefacio de la edicion de Colonia, publicando detalles auténticos sobre la familia Bonaparte; trozos de historia casi enteramente olvidados, pero interesantes, al menos para aquellos que se complacen en hallar en los anales de los tiempos pasados el origen de una ilustracion mas reciente.»

Pasa el traductor en seguida á ocuparse de una genealogía en que aparece un caballero. Nordille Buonaparte, el que el 2 de abril de 1266 salió fiador por el príncipe Coradino de Suavia (el mismo á quien

el duque de Anjou hizo cortar la cabeza) por el valor de los derechos de aduana de los efectos del citado príncipe. Hacia el año 1255 empezaron las proscripciones de las familias trevisinas: una rama de los Bonaparte fué á establecerse á Toscana, en donde se les ve ocupar los altos empleos del Estado. Luis María Fortunato-Bonaparte, perteneciente á la rama establecida en Sarzana, pasó á Córcega en 1612, se fijó en Ajaccio, y fue el jefe de la rama de los Bonaparte de Córcega; tienen escudo de gules con dos barras de oro y dos estrellas.

Hay otra genealogía que Mr. Panckoucke ha colocado al frente de la recopilación de los escritos de Bonaparte; esta difiere en muchos puntos de la que ha presentado Napoleon-Luis. Por otro lado, la señora de Abrantes dice que Napoleon es un Comneno, alegando que el nombre de Bonaparte es la traducción literal del griego *Calomeros*, sobrenombre de Comneno.

Napoleon-Luis termina de este modo su genealogía: «He omitido muchos detalles, porque los títulos de nobleza no son un objeto de curiosidad sino para un corto número de personas, y por otra parte la familia de Bonaparte no sacaría de ello ninguna gloria.»

Quien sirve bien á su país, no ha menester antepasados.

A pesar de esta sentencia filosófica, la genealogía subsiste. Napoleon-Luis tiene á bien hacer á su siglo la concesión de un apotegma democrático, y sin embargo no del todo.

Todo en este asunto es singular. Jacobo Buonaparte, historiador del saqueo de Roma y de la detención del papa Clemente VII por los soldados del condestable de Borbon, es de la misma sangre que Napoleon Bonaparte, destructor de tantas ciudades, dueño de Roma, cambiada en prefectura, rey de Italia, dominador de la corona de los Borbones y carcelero de Pio VII, después de haber sido consagrado emperador de los franceses por mano de este pontífice. El traductor de la obra de Jacobo Buonaparte es el Napoleon-Luis Buonaparte, sobrino de Napoleon; é hijo del rey de Holanda, hermano de Napoleon; y este joven acaba de morir en la última insurrección de la Rumanía, á poca distancia de las dos ciudades en que la madre y la viuda de Napoleon son desterradas en el momento en que caen por tercera vez los Borbones del trono.

Como era muy difícil hacer de Napoleon el hijo de Júpiter Ammon, por la serpiente amada de Olimpia, ó el pequeño hijo de Venus por Anquises, algunos sabios (1) encontraron otra maravilla de que echar mano, y demostraron á Napoleon que descendía por línea recta del Máscara de Hierro. El gobernador de la isla de Santa Margarita se llamaba *Bonpart*; este tenía una hija: el Máscara de Hierro, hermano gemelo de Luis XIV, se enamoró de la hija de su carcelero, y se casó en secreto con ella con el consentimiento de la corte. Los hijos que nacieron de este matrimonio fueron llevados secretamente á Córcega con el nombre de su madre: los Bonpart se transformaron en Bonaparte por la diferencia del lenguaje. Así es que el Máscara de Hierro era ni mas ni menos que el misterioso abuelo de Cara de Bronce, del grande hombre, unido de este modo á la familia de un gran rey.

La rama de los Franchini Bonaparte tiene en su escudo tres flores de lis de oro. Napoleon se sonreía con un aire de incredulidad de esta genealogía, pero ello es que se sonreía; esto era siempre un reino reivindicado en provecho de su familia. Afectaba una indiferencia que seguramente no tenía, porque él mismo había hecho descender su genealogía de Tos-

(1) Las Casas,

cana (Bourienne). Precisamente porque la divinidad del nacimiento faltó á Napoleon, es porque es maravilloso este nacimiento: «Veía yo, dice Demóstenes, á ese Filipo contra quien combatíamos por la libertad de la Grecia y la salvación de las repúblicas, con los ojos hundidos, el cuello encorvado, la mano trémula, las piernas desecadas, ofrecer con una inalterable firmeza sus miembros á los golpes de la suerte, satisfecho de vivir por el honor y de hacerse coronar con las palmas de la victoria.»

Filipo era padre de Alejandro; Alejandro era, pues, el hijo de un rey, y de un rey digno de serlo; apoyado en este doble título, quiso hacerse obedecer. Alejandro, nacido sobre el trono, no tuvo, como Bonaparte, que pasar por un camino oscuro para llegar á la luz del poder. Alejandro no ofrece la disparidad de dos destinos; su preceptor es Aristóteles; domar el Bucéfalo (1) era un pasatiempo de su infancia. Napoleon solo cuenta para instruirse con un maestro vulgar; no tiene caballos á su disposición, y es el menos acomodado de sus compañeros de colegio. Este subterfugio de artillería, sin criados, va sin embargo, á obligar á la Europa á que le reconozca; este *petit caporal* mandará desde su palacio á los mas grandes soberanos de la Europa:

«¿No han venido nuestros dos reyes? Que les digan que se hacen esperar demasiado, y que Atila se fastidia.»

Napoleon, que con tanta razón decía: «¡Oh, si yo fuese mi nieto!» no encontró el poder en su familia; le creó él. ¡Qué facultades no supone esta creación! Aunque se quiera suponer que Napoleon no hizo mas que poner en acción la inteligencia social esparcida á su alrededor, inteligencia desarrollada por acontecimientos inauditos y peligros inmensos, no por eso deja de ser menos admirable; con efecto, ¿es por ventura tan fácil el hallar un hombre capaz de dirigir y de apreciar tantas capacidades como le rodeaban?

RAMA DE LOS BONAPARTE DE CÓRCEGA.

Con todo, aunque Napoleon no había nacido príncipe, era, según se decía antiguamente, *hijo de familia*. Mr. de Marboeuf, gobernador de la isla de Córcega, hizo entrar á Napoleon en un colegio que se hallaba cerca de Autun; después fue admitido en la escuela militar de Brienne. Elisa, Mad. de Bacciocchi, recibió su educación en Saint-Cyr; Bonaparte reclamó su hermana cuando la revolución rompió las puertas de aquellos retiros religiosos. De este modo se presentó esta como la última discípula de una institución en que Luis XIV había oído á las primeras educandas cantar los coros de Racine.

Hiciéronse las pruebas de nobleza exigidas para la admisión de Napoleon en la escuela militar: estas contienen la partida de bautismo de Carlos Bonaparte, padre de Napoleon, del cual Carlos se remonta hasta Francisco, décimo ascendiente: después hay una certificación de los primeros nobles de la ciudad de Ajaccio, que prueba que la familia Bonaparte de Toscana gozaba de los derechos de patricio, y que declara que su origen es el mismo que el de la familia Bonaparte de Córcega, etc., etc.

«Cuando Bonaparte entró en Treviso, dice el conde de Las Casas, dijéronle que su familia había gozado allí de un gran poder; en Bolonia, que había sido inscrita en el libro de oro... En la entre-

(1) Así se llamó el caballo de Alejandro. Esta palabra en griego significa cabeza de buey, este nombre le debió á la semejanza de su cabeza con la de este animal. No se dejaba montar sino por su amo, arrodillándose ante él.

(N. del T.)

vista de Dresde, el emperador Francisco dijo al emperador Napoleon que su familia había reinado en Treviso, y que había hecho reconocer los documentos que lo atestiguan: añadió que era menester participárselo á María-Luisa, á quien esto causaría sumo placer.»

Nacido de una familia noble, que tenía alianzas con los Orsini, los Lomelli, los Médicis, Napoleon, obligado por la revolución, no fue demócrata mas que un momento: esto mismo se deduce de sus palabras y de sus escritos: dominado por su categoría, sus inclinaciones eran aristocráticas. No fue, como se ha dicho, Pascal Paoli el padrino de Napoleon, sino el oscuro Laurent Giabega de Calvi; este dato está sacado de la partida de bautismo de Ajaccio, pasada ante el ecónomo Diamante.

Temo comprometer á Napoleon instalándole en su rango entre la aristocracia. Cromwell, en su discurso pronunciado en el parlamento el 12 de setiembre de 1654, declara haber nacido noble; Mirabeau, LaFayette, Desaix y cien otros partidarios de la revolución eran nobles tambien. Los ingleses han querido probar que el nombre del emperador era Nicolás, por lo que lo llamaban por burla *Nic*. El nombre de Napoleon le venia al emperador de uno de sus tíos, que casó á su hija con un Ornano. San Napoleon es un mártir griego. Según los comentadores de Dante, el conde Orso era hijo de Napoleon de Cerbaja. Nadie en otro tiempo al leer la historia hizo alto en este nombre, que ha sido el de muchos cardenales; hoy ya es otra cosa. La gloria de un hombre no sube, sino baja. El origen del Nilo es únicamente conocido por algunos etiopes; ¿y qué pueblo no conoce su embocadura?

NACIMIENTO E INFANCIA DE NAPOLEON.

Queda, pues, sentado que el verdadero nombre de Bonaparte es Buonaparte: de este modo firmó durante la campaña de Italia y hasta la edad de treinta y tres años. Después le afrancesó firmando solamente Bonaparte; yo le doy el nombre que se dió él mismo, y el que grabó al pie de su indestructible estatua (1).

¿Bonaparte se rejuveneció de un año con el fin de hacerse francés, esto es, á fin de que su nacimiento no precediese á la época de la reunión de Córcega á la Francia? Esta cuestión se halla tratada concienzudamente por Mr. Eckard, y aconsejo se lea su memoria. De ella resulta que Bonaparte nació el día 5 de febrero de 1768, y no el 15 de agosto de 1769, á pesar de lo que dice Mr. de Burieme. Por esta razón el senado conservador trata á Napoleon de *extranjero*.

El acta de celebración del matrimonio de Bonaparte con María Josefa Rosa Tascher, inscrito en el registro del estado civil de la segunda demarcación de París, del 19 ventoso, año IV (9 de marzo de 1796), dice que Napoleon Buonaparte nació en Ajaccio el 5 de febrero de 1768, y que su partida de nacimiento, revisada por el oficial civil, certifica esta fecha. Esta misma fecha está conforme con lo que se dice en el acta de matrimonio, respecto á que el esposo tenía veinte y ocho años de edad.

El acta de nacimiento presentada en la oficina de la segunda demarcación cuando se celebró su casamiento con Josefina, fue retirada por uno de sus ayudantes de campo á principios del año de 1810, cuando se trató de la anulación del casamiento de Napoleon con Josefina. Mr. Duclós, no atreviéndose á oponer á

(1) El nombre de Buonaparte se escribía algunas veces con la supresión de la *u*: el cura que firmó su partida de bautismo escribió en ella por tres veces Bonaparte, sin emplear la vocal italiana.

la orden imperial, escribió en el mismo momento sobre uno de los documentos del *legajo de Bonaparte*: «Su partida de nacimiento le ha sido remitida, no pudiendo darle copia de ella en el momento en que la pedía.» La fecha del nacimiento de Josefina se halla variada en el acta de matrimonio, raspada y escrita encima, pero aun se descubren al microscopio las primeras huellas. La emperatriz se quitó cuatro años. Las versiones que sobre este punto se han hecho en el palacio de las Tullerías y en Santa Helena son poco satisfactorias.

El acta de nacimiento de Bonaparte, sustraída por el ayudante de campo en 1810, ha desaparecido, y todas las pesquisas que se han hecho para descubrirla han sido infructuosas.

De todo esto se deduce de una manera indudable, y yo así lo creo, que Napoleon nació en Ajaccio el 5 de febrero de 1768. Sin embargo, no desconozco los inconvenientes históricos que presenta la adopción de esta fecha.

José, hermano mayor de Bonaparte, nació el 3 de enero de 1768; su hermano menor, Napoleon, no puede haber nacido en el mismo año, y por lo tanto la partida de bautismo del primero debe tambien haber sido modificada; esto es tanto mas creíble, cuanto que todos los documentos del estado civil de Napoleon han sido tachados de falsos. Y á pesar de justa suposición de fraude, el conde de Beaumont, subprefecto de Calvi, en sus *Observaciones sobre Córcega*, afirma que el registro del estado civil de Ajaccio señala el nacimiento de Napoleon con fecha del 15 de agosto de 1769. En fin, los papeles que me había dejado Mr. Livri atestiguan que el mismo Bonaparte creía haber nacido el 15 de agosto de 1769, en una época en que no tenía razón alguna para desear rejuvenecerse. Pero queda siempre en pie la *fecha oficial* de los documentos de su primer matrimonio y la sustracción de su partida de nacimiento.

De cualquier modo que sea, Napoleon nada ganaría con esta trasposición de vida: si se fija su nacimiento el 15 de agosto de 1769, fuerza es fechar la época de su concepción hacia el 13 de noviembre de 1768: ahora bien; Córcega no se unió á la Francia sino por el tratado de 15 de mayo de 1768: las últimas sumisiones de los Pieves (cantones de Córcega) no se verificaron hasta el 14 de junio de 1769; de modo que, según los cálculos mas indulgentes, Napoleon no podría ser francés sino algunas horas de la noche en el seno de su madre. Es ciudadano de una patria dudosa, y esto lo clasifica aparte de los demás: existencia caída á la casualidad, que puede pertenecer á todos los tiempos y á todos los países.

Sin embargo, Bonaparte se inclina hacia la patria italiana: aborreció á los franceses hasta la época en que su valor le conquistó su imperio. Abundan las pruebas de esta aversión en los escritos de sus primeros años. En unos apuntes que Napoleon escribió sobre el suicidio se lee este pasaje: «Mis compatriotas, cargados de cadenas, abrazan temblando la mano que los oprime... ¡Franceses: no contentos con habernos arrebatado nuestros mas queridos objetos, habeis ademas corrompido nuestras costumbres!»

Una carta escrita á Paoli, en Inglaterra, en 1780, carta que se ha publicado, empieza de este modo: «General, yo nací cuando perecía la patria. Treinta mil franceses vomitados por nuestras riberas, ahogando el trono de la libertad en olas de sangre, tal fue el odioso espectáculo que se apareció el primero á mis ojos.»

En otra carta dirigida á Mr. Gubica, escribano de los Estados de Córcega, dice así:

«En tanto que la Francia renace, ¿qué será de nosotros, desgraciados hijos de Córcega? Siempre esclavos, ¿continuaremos besando la mano insolente que

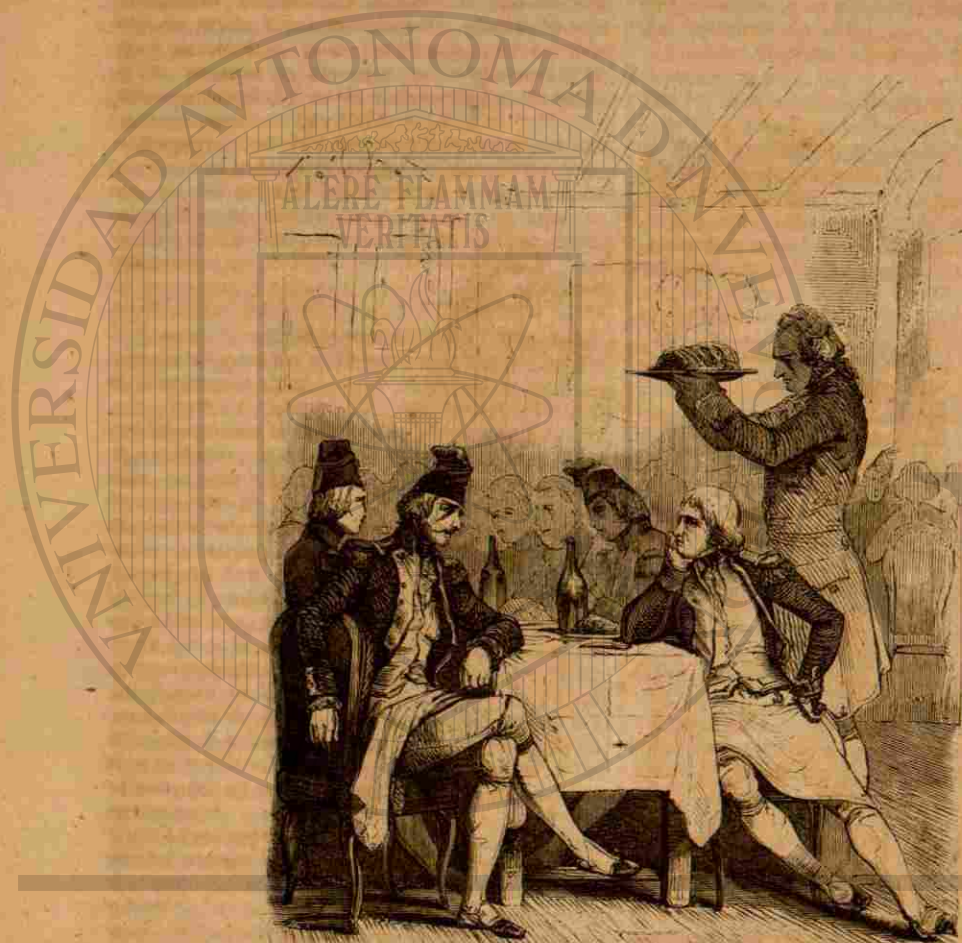
nos oprime? Continuaremos viendo ocupados todos los destinos que de derecho nos pertenecen por extranjeros tan despreciables por sus costumbres y conducta, como por la abyección de su nacimiento?»

Finalmente, el borrador de otra carta de Napoleón, en que habla del reconocimiento de la Asamblea nacional por la Córcega en 1789, principia de este modo:

«Señores: A fuerza de sangre es como llegaron a gobernarnos los franceses; con la sangre quisieron asegurar su conquista. El militar, el magistrado, el

hacendista, todos se reunieron para oprimirnos, para despreciarnos y para hacernos apurar hasta las heces la copa de la ignominia. Demasiado tiempo hemos sufrido sus vejaciones; pero puesto que no hemos tenido el valor suficiente para hacernos libres por nosotros mismos, olvidémoslos; que sufran el desprecio que han merecido, ó al menos que vayan á mendigar en su patria la confianza de los pueblos: nunca podrán obtener la nuestra.»

La animosidad de Napoleón contra la madre patria nunca se borró enteramente. Subido al trono parecía olvidarnos únicamente, y no habló mas que de sí mis-



BONAPARTE EN LA ESCUELA MILITAR.

mo, de su imperio, de sus soldados, y casi nunca de los franceses, solíendosele escapar alguna vez esta frase: «Vosotros, franceses...»

El emperador, en su manuscrito de Santa Elena, dice que su madre, sorprendida por los dolores de parto, le dejó caer sobre una alfombra llena de grandes ramos, que representaba los héroes de la liada: no sería menos de lo que fue aunque hubiese caído sobre un rastrojo.

He hablado de papeles que han sido encontrados; y cuando yo fui embajador en Roma, en 1828, el cardenal Fesch, enseñándome sus cuadros y sus libros, me dijo tenía algunos manuscritos de Napoleón en su

juventud; les daba tan poca importancia, que no tuvo el menor inconveniente en dejármelos ver; dejé á Roma, y no tuve tiempo para compulsar estos documentos. A la muerte de *madame Mere* y del cardenal Fesch se extraviaron algunos objetos pertenecientes á la sucesión: el legajo que contenía los *Ensayos* de Napoleón fue llevado á Lyon con otros muchos, y fue á parar á manos de Mr. Livri. Este insertó en la *Revista de ambos mundos* del 1.º de marzo del presente año 1842 una nota detallada de los papeles del cardenal Fesch. Después tuvo la bondad de enviarme el legajo, del que me aprovecho para aumentar la parte de mis *Memorias* que trata de Napoleón, reservándome

el presentar mas minuciosos detalles para los hechos dudosos y para las objeciones que puedan hacerse.

LA CÓRCEGA DE BONAPARTE.

Benson, en su *Bosquejo de la Córcega* (*Sketches of Corsica*), habla de la casa de campo que habitaba la familia de Bonaparte. «Siguiendo la ribera del mar de Ajaccio hacia la Sanguiniere, á distancia de una milla de la ciudad, se ven dos pilares de piedra, restos de una puerta que se abría sobre el camino: esta puerta conducía á una casa de campo arruinada, que fue en otro tiempo habitación del hermano uterino de ma-

dama Bonaparte, y á quien Napoleón hizo cardenal de Fesch. Los restos de un pequeño pabellon se hallan aun visibles al pié de una roca; su entrada se halla casi obstruida por una espesa higuera: este era el sitio en que Napoleón tenía costumbre de pasar las vacaciones que le daban en la escuela para ir á ver á su familia.»

El amor al país natal siguió en Napoleón su curso acostumbrado. Bonaparte, en 1788, escribía, á propósito de Mr. de Sussy, que *Córcega ofrecía una primavera continua*: cuando fue feliz ya no se acordó de su isla, y aun le cobró antipatía, porque le recordaba una cuna demasiado mezquina. Pero en Santa Elena volvióse á presentar la patria en su memoria.



BONAPARTE EN TOLON.

«Córcega tenía mil encantos para Napoleón (1); hacia una minuciosa descripción de todas sus bellezas y de los magestuosos perfiles de su estructura física. Todas las casas eran allí mejores; hasta el olor de la tierra misma: este olor le habria bastado para reconocerla con los ojos vendados, pues no lo había sentido en parte alguna. Véase en ella con el pensamiento durante sus primeros años y sus primeros amores, trasponiendo las cimas de las montañas y cruzando los valles profundos.»

Napoleón encontró la novela en su cuna: esta novela empieza en Vanina, muerta por Sampietro, su

marido. El baron de *Neuhof* ó el rey Teodoro se había presentado en todas las riberas pidiendo socorros á Inglaterra, al papa, al gran turco, al bey de Túnez, después de haberse hecho coronar como el rey de Córcega, que no sabia á quién entregarse. Voltaire se ríe de todo esto. Los dos Paoli, Jacinto, y sobre todo Pascual, habían llenado la Europa con el ruido de su nombre. Buttafuoco rogó á J. J. Rousseau que fuese el legislador de Córcega; el filósofo de Ginebra pensaba establecerse en la patria del que, desordenando los Alpes, llevó á Ginebra bajo su brazo. «Hay aun en Europa, escribía Rousseau, un país capaz de buena legislación; este país es la isla de Córcega. El valor y la constancia con que este pueblo valiente ha sabido

(1) *Memorial de Santa Elena.*

recobrar y defender su libertad, merece que un hombre sabio le enseñe á conservarla. Tengo el presentimiento de que algún día esta pequeña isla ha de asombrar á Europa.»

Criado en el centro de Córcega, Napoleón fue educado en esa escuela primaria de las revoluciones; él no presentó al principio ni la tranquilidad ni las pasiones fuertes de la primera edad, sino un espíritu ya impregnado de las pasiones políticas. Esto cambia la idea que se ha formado de Napoleón.

Cuando un hombre ha llegado á hacerse célebre, siempre se le buscan antecedentes notables; los niños predeterminados, según los biógrafos, son impetuosos, enredadores, indomables; lo aprenden todo con una facilidad suma, ó no aprenden nada; otras veces son niños melancólicos que no toman parte en los juegos de sus compañeros, que se aíslan, y que se ven ya abrumados bajo el peso de su fama futura. Un entusiasta de Napoleón ha desenterrado las cartas (muy vulgares por cierto) de Napoleón á su familia, y reproduce sus pueriles necedades; vanos son los pronósticos que se hacen sobre nuestro porvenir: todos somos hijos de las circunstancias; que un niño sea alegre ó melancólico, callado ó parlanchín, que presente ó que no presente aptitud para el trabajo, no por eso se puede profetizar de él. Fijáos en un estudiante de diez y seis años; por inteligente que le halléis, aquel hijo pródigo será tal vez un imbecil. El niño carece de la mejor de sus gracias, de la sonrisa: él ríe, pero no sonríe.

Napoleón era, pues, un muchacho ni más ni menos que los demás. «Yo no era, dice él mismo, mas que un niño terco y curioso.» Gustaba mucho de los roncúculos, y comía cerezas con Mlle. Colombier. Cuando dejó la casa paterna no sabía más que el italiano; su ignorancia del idioma de Turena era casi completa. Como el mariscal de Sajonia, alemán, Bonaparte, italiano, no escribía una sola palabra con ortografía: Enrique IV, Luis XIV y el mariscal Richelieu, menos excusables aun, no eran más correctos que él en este punto. Sin duda para ocultar la negligencia de su educación Bonaparte escribía de una manera indecifrabable. Habiendo salido de Córcega á la edad de nueve años, no volvió á su isla hasta ocho años después. En la escuela de Brienne nada presentó de extraordinario, ni en su estudio ni en su exterior. Sus compañeros de colegio se chanceaban con él sobre su nombre y sobre su país, y él decía á su camarada de Bourienne: «Haré á los franceses tolo el daño que pueda.» En un estado presentado al rey en 1784, Mr. de Kevalio dice que el joven Bonaparte sería un *marino excelente*: la frase es un tanto sospechosa, porque este estado no se halló sino después que Napoleón revistaba la flotilla de Bolonia.

Bonaparte salió de Brienne el 14 de octubre de 1784, y pasó á la escuela militar de París. La lista civil pagaba su pensión, y él se avergonzaba de ser un colegial de plaza. Esta pensión le fue después conservada, como consta por un recibo hallado en el legajo de monsieur Fesch, que pasó á manos de Livri:

«Yo, el abajo firmado, reconozco haber recibido de Mr. Biercourt la cantidad de doscientas libras, procedentes de la pensión que el rey me ha concedido sobre los fondos de la escuela militar en calidad de antiguo cadete de la escuela de París.»

Mlle. Fermont-Comnene (Mad. de Abrantes), residente primero en Montpellier en casa de su madre, después en Tolosa, y luego en París, no perdía de vista á su compatriota Bonaparte: «Cuando paso ahora por el muelle de Conti, dice esta, no puedo menos de alzar la vista hacia la buhardilla que está en el ángulo izquierdo de la casa en el piso tercero: allí era donde habitaba Napoleón siempre que venía á ver á mi familia.»

Bonaparte no era muy apreciado en el nuevo Prytáneo: (1) negligente y gruñon, no se hacía querer de sus maestros; todo le parecía mal. Dirigió una memoria al subdirector sobre los vicios de la educación que se daba en aquella escuela: «¿No valdria mas, dice, enseñarlos (á los discípulos) á que no necesitaran de nadie? Excepto las cosas de cocina, deberían hacerse por sí todo lo demás; deberían acostumarlos á comer pan de munición, ó uno que se le asemejase, á sacudir y cepillar su ropa, á limpiarse los zapatos ó las botas.» Esto lo puso como ordenanzas algún tiempo después en Fontainebleau y en Saint-Germain.

El descontentadizo alumno libró por fin á la escuela de su presencia, y fue nombrado teniente de artillería en el regimiento de La Fere.

La carrera literaria de Napoleón se halla comprendida entre los años 1784 y 1793, corta en cuanto al tiempo y larga por sus trabajos. Errante con los cuerpos de artillería de que formaba parte, por la Aousonia, por Dole, Seuvres y Lyon, Bonaparte no perdía de vista los sitios en que había disensiones, como el ave engañada por los cristales que le representan el agua, ó atraída por el reclamo. Atento á las cuestiones académicas respondía á ellas; dirigíase con desenfado á las personas notables por su posición, que no conocía; pretendía igualarse con todas ellas antes de llegar á mauldarlas.

Tan pronto hablaba bajo un nombre supuesto, como firmaba con el suyo, que seguramente no hacía traición al anónimo. Escribía al abate Rainald, á Mr. Necker; enviaba á los ministros memorias sobre la organización de Córcega, sobre los proyectos de defensa de Saint-Florent, de La-Mortella, del golfo de Ajaccio; sobre el modo de disponer las piezas para arrojar bombas. No se le hacía más caso que á Mirabeau cuando redactaba en Berlín los proyectos relativos á Prusia y Holanda. Estudiaba la geografía, y se ha notado que cuando habla de Santa Elena la señala únicamente con estas dos palabras: *pequeña isla*. Ocupábase de la China, de la India, de la Arabia; estudiaba los historiadores, los filósofos, los economistas, Herodoto, Strabon, Diodoro de Sicilia; Filangieri, Mably, Smith; impugnaba las opiniones sobre el origen y fundamento de la igualdad del hombre; y decía: «Yo no creo en ella, no creo nada de eso.» Luciano Bonaparte refiere que él sacó dos copias de una historia redactada por Napoleón. El manuscrito de esta le he hallado en parte en el legajo del cardenal Fesch: los datos nada tienen de notables: el estilo es vulgar, y el episodio de Vanina se ve reproducido en ella sin venir á cuento. El dicho de Sampietro á los grandes señores de la corte de Enrique II, después del asesinato de Vanina, vale más que toda la narración de Bonaparte: «¿Qué importa al rey de Francia las disensiones de Sampietro con su esposa?»

Bonaparte no tenía al principio de su carrera el menor presentimiento de su porvenir: tenía únicamente su vista fija en la escala, en la que desde un escalon solo veía el otro; pero si no deseaba subir, tampoco quería atrasar: puesto una vez el pié en un sitio, no había poder humano que lo apartase de él para retroceder. En el legajo de Fesch se encuentran tres cuadernos manuscritos que tratan de la Sorbona y de las libertades galicanas: vense en ellos correspondencias con Paoli, Salicetti, y sobre todo con el P. Dupuy de los mínimos, subdirector de la escuela de Brienne: hombre sensato y religioso, que daba

(1) Así se llamaba una gran plaza de Atenas en el centro de la ciudad. Hallábase rodeada de edificios de utilidad pública, y en ella ejercían sus funciones los magistrados llamados prytáneos. En esta plaza se daban también comidas públicas á los ciudadanos que, por sus méritos, mantenían el Estado. Sin duda el autor hace esta alusión á Bonaparte que tenía plaza de gracia.

(N. del P.)

excelentes consejos á su joven discípulo, y que llama á Napoleón su querido amigo.

Bonaparte unia á estos estudios ingratos, algunas páginas de imaginación, y habla de las mujeres: escribe *El Máscara profeta*, la *Novela Corsa* y una novela inglesa, *El conde de Essex*; vense allí diálogos sobre el amor, que trata siempre con mucho desprecio, y sin embargo, escribe un borrador de una carta apasionadísima, dirigida á una amante desconocida: hace poco caso de la gloria, y pone siempre en primer término el amor á la patria: es de notar que esta patria era Córcega.

Todo el mundo ha podido ver en Génova un pedido hecho á un librero: el novelesco teniente pedía *Las Memorias de Mad. de Warens*. Napoleón fue también poeta como César y Federico: daba la preferencia á Ariosto sobre Tasso, porque veía en él los retratos de sus capitanes futuros, y un caballo enjaneado para su viaje á los astros. Atribúyese á Bonaparte el siguiente madrigal, dedicado á Mad. Saint-Huberty en el papel de Dido: el pensamiento podrá ser del emperador, pero la forma es de una mano más diestra que la suya:

Romains qui vous vantez d'une illustre origine,
Voyez d'où dependait votre empire naissant!
Dido n'a pas d'attrait, assez puissant
Pour retarder la fuite ou son amant s'obstine.
Mais si l'autre Dido, ornement de ces lieux
Eut été reine de Cartage
Il eut pour la servir, abandonne ses dieux.
Et votre beau pays, serait encor sauvage.

«¡Romanos que os vanagloriais de un origen illustre; ved de lo que dependió vuestro imperio naciente! Dido no tuvo bastante poder con su belleza para detener la fuga de su obstinado amante. Pero si la otra Dido, ornamento de este sitio, hubiera sido reina de Cartago, hubiera él, por complacerla, abandonado á sus dioses, y vuestro hermoso país sería aun un país salvaje.»

Por este tiempo Bonaparte da motivo á creer que había intentado suicidarse. Una infinidad de barbitámicos se ven asediados de este mismo pensamiento, que creen ser la prueba de su superioridad. Entre los papeles de Mr. Livri se halla esta nota manuscrita: «Siempre solo en medio de los hombres, entro dentro de mí mismo para soñar y para entregarme á toda la fuerza de mi melancolía. ¿Hacia qué lado se dirige hoy? Hacia el lado de la muerte... Si tuviese sesenta años, respetaria las preocupaciones de mis contemporáneos, y esperaría pacientemente á que la naturaleza hubiese terminado su carrera; pero puesto que empiezo á experimentar desgracias; puesto que en nada hallo placer, ¿por qué he de prolongar una vida en que nada me sonríe?»

Estos son los obligados de todas las novelas. El pensamiento y los giros de las ideas se hallan en Rousseau, cuyo texto había alterado Napoleón con algunas frases de su estilo.

Veamos ahora un ensayo de otro género (1) que transcribo al pié de la letra: la educación y la sangre no deben hacer á los príncipes demasiado orgullosos para dar audiencia: acuérdome cuando con tanto afán hacían antesalas á un hombre que les despedia á su antojo del palacio de los reyes.

El estilo del joven Napoleón es declamatorio; no hay en él nada digno de notarse, sino la actividad de un vigoroso gastador que desembaraza el camino. La inspección de estos trabajos precoces trae á mi memoria mis desordenados manuscritos juveniles; mis *Ensayos históricos*, mi borrador de los *Natchez*, que

(1) Refiérese el autor á un pasaje escrito por el joven Bonaparte, de cuyos barbarismos y faltas de ortografía no es bñiepos dar una idea en nuestro idioma.

tenía cuatro mil páginas en folio cosidas con bramante; pero yo no ensuciaba las márgenes con *casitas*, con *dibujos de niños*, con *mamarrachos de estudiante*, como se ve en los borradores de Bonaparte: entre mis juguetes de niño no me rodeaba una esfera de piedra, que pudiera haber sido el modelo de una bola de estudio.

En todo esto se descubre un prólogo á la vida de Napoleón; un Bonaparte desconocido precede al formidable Napoleón; el pensamiento de Bonaparte pesaba sobre el mundo antes que su persona; este pensamiento agitaba sordamente la tierra: en 1789, en el momento en que aparecía Bonaparte, experimentábase una cosa terrible, una inquietud de que nadie podía darse cuenta. Cuando el mundo se halla amenazado de una gran catástrofe, se anuncia esta por conmociones latentes; se tiene como miedo; oyense ruidos extraños durante la noche, permaneciendo largo rato con los ojos fijos en el cielo, sin comprender lo que siente ni lo que va á suceder.

PAOLI.

Había sido llamado Paoli de Inglaterra á petición de Mirabeau el año de 1789. Fue presentado á Luis XVI por el marqués de Lafayette, nombrado teniente general y comandante militar de Córcega. ¿Siguió Bonaparte al desterrado que lo había protegido, y con el que se hallaba en correspondencia? Así se cree. No tardó mucho en desavenirse con Paoli: los crímenes de nuestras primeras turbulencias desagradaron al antiguo general, quien entregó Córcega á los ingleses por librarse de la Convención. Bonaparte se había hecho miembro de un club de jacobinos en Ajaccio: establecióse otro club en sentido opuesto, y Bonaparte tuvo que huir. Mad. Letizia y sus hijas se refugieron en la colonia griega de Carghese, desde donde pasaron á Marsella. José se casó en esta ciudad el 1.º de agosto de 1794 con Mlle. Clary, hija de un rico negociante. En 1792 el ministro de la Guerra, el ignorado Lajar, destituyó por algún tiempo á Napoleón de su empleo por no haber asistido á una revista.

En este mismo año de 1792 vuélvese á ver á Napoleón en París en compañía de Burienne. Falto de recursos, se dedicó á la industria, trataba de alquilar unas casas que se estaban construyendo en la calle de Montholon, con el designio de subarrendarlas después. Entre tanto la revolución seguía su curso, y llegó el 20 de junio: saliendo aquel día Bonaparte acompañado de Burienne de una fonda de la calle de Saint-Honoré, cerca del Palais-Royal, vió venir cinco ó seis mil andrajosos que daban gritos y marchaban contra las Tullerías, al verlos pasar dijo á Burienne: «¡Sigamos á esos desharapados!» y fue á colocarse sobre el terraplen á la orilla del agua. Cuando el rey, cuyo palacio fue asaltado, apareció en una de las ventanas, adornado con el gorro encarnado, Bonaparte exclamó lleno de indignación: «¿Qué c...! ¿Cómo han dejado entrar á esa canalla? Debieran haber barrido con un cañon cuatrocientos ó quinientos, y los demás hubieran huido.»

El 20 de junio de 1792 me hallaba yo bien cerca de Bonaparte: ya le dicho anteriormente que me estaba paseando en Montmorency, mientras que la Barrere y Maret buscaban conmigo la soledad, aunque por distintos motivos. ¿Fue por este tiempo cuando Bonaparte se vió obligado á vender y negociar los pequeños créditos, llamados *Corcet*? Después de la muerte de un almacenista de vinos de la calle de Saint-Avoye, en un inventario hecho por Deunay, escribano, y Chariot, tasador perito, Bonaparte figura en la citación para una deuda de alquileres, que ascendía á veinte francos, y que no pudo pagar: esta miseria aumenta su esplendor. Napoleón ha dicho en Santa Elena: «Al ruido del asalto de las Tullerías en el 1

de agosto, corrió al Carrousel, á casa de Fauvelet, hermano de Burienne, que tenía en aquel punto un magnífico almacén de muebles. El hermano de Burienne tenía una especulación, que él llamaba *almoheda nacional*. Bonaparte empuñó allí su reloj; ejemplo perjudicial. ¡Cuántos pobres estudiantes se crearon Napoleones por haber hecho lo mismo!

LAS DOS SÁTIRAS.

Bonaparte volvió al Mediodía de la Francia el día 2 de enero del año 11, y llegó allí antes del sitio de Tolon. Ocupábase en escribir dos sátiras: la primera es una carta dirigida á Mateo Buttafuoco; trátale de un modo indigno, y acusa al mismo tiempo á Paoli como de un crimen de haber entregado el poder en manos del pueblo: «¡Aberración singular, exclama, que somete un hombre brutal á un mercenario, al que por su educación, por su rango, por su fortuna, ha sido formado expresamente para gobernar!»

Aunque revolucionario, Bonaparte se muestra siempre enemigo declarado del pueblo; sin embargo, fue cumplimentado por Masseria, presidente del club patriótico de Ajaccio.

El 29 de julio de 1793 hizo imprimir otra sátira titulada *La Cena de Beaucaire*. Burienne reproduce un manuscrito de ella, revisado por Napoleón, pero compendiado y puesto más en armonía con las opiniones del emperador en el momento en que corrigió su obra. Este se reduce á un diálogo entre un marseles, un vecino de Nimes y un fabricante de Montpellier. Trátase de la cuestión del momento: del ataque de Aviñon por el ejército de Carteaux, en el que Napoleón había figurado como oficial de artillería. Dice al marseles que su partido sería derrotado, porque había dejado de seguir á la revolución. El marseles responde al militar: esto es, á Bonaparte: «Aun se acuerda todo el mundo del monstruo, que era sin embargo uno de los principales del club: hizo asesinar á un ciudadano, saqueó su casa y violó á su mujer después de haberla hecho beber un vaso de la sangre de su esposo. — ¡Qué horror! exclama el militar: ¿pero será verdad? Mucho me temo que no, pues bien sabéis que hoy día no se cree en la violación.» Ligereza del último siglo que fructificaba en el helado temperamento de Bonaparte. Esta acusación de haber bebido y de haber hecho beber sangre ha sido reproducida muchas veces. Cuando el duque de Montmorency fue decapitado en Tolosa, los militares bebieron de su sangre para que se les comunicase la virtud de un corazón grande.

DESPACHO DE CAPITAN.

Llegamos ya al sitio de Tolon. Aquí empieza la carrera militar de Bonaparte. El legajo del cardenal Fesch nos suministra un documento muy singular, relativo al grado que ocupaba entonces Napoleón en artillería. Consiste este documento en un despacho de capitán de artillería concedido á Bonaparte por Luis XVI en 30 de agosto de 1792, veinte días después de su destonamiento, que fue el día 10. El rey había sido encerrado en el Temple el 13, dos días después del asesinato de los suizos. En este despacho se dice que el nombramiento del 30 de agosto de 1792 se considerará como expedido el 16 de febrero pasado.

Los desgraciados son muchas veces profetas; pero esta vez la prevision del mártir no entraba por nada en la futura gloria de Napoleón. Existen aun en las oficinas del ministerio de la guerra despachos en blanco firmados por Luis XVI, y que no les falta otra cosa que llenar los huecos, y uno de estos será el que hemos citado. Luis XVI, encerrado en el Temple en la víspera de su proceso, rodeado de su familia cauti-

va, tenía otras cosas de más entidad en que ocuparse que de los adelantos de un desconocido.

La época del despacho se fija por la firma del ministro; esta firma era Servan. Servan, nombrado ministro de la guerra el 8 de mayo de 1792, fue destituido el 13 de junio del mismo año; Dumouriez obtuvo la cartera hasta el 18; Lajard ocupó á su vez este ministerio hasta el 23 de julio; Dabancourt sucedió á este, y estuvo en su empleo hasta el 10 de agosto, día en que la Asamblea nacional volvió á llamar á Servan, quien presentó su dimisión el 3 de octubre. En aquella época eran tan difíciles de contar nuestros ministerios como lo fueron después nuestras victorias.

El despacho de Napoleón no puede ser dado por el primer ministerio Servan, puesto que el documento tiene la fecha del 30 de agosto de 1792; debe ser de su segundo llamamiento al ministerio; sin embargo, existe una carta de Lajard del 12 de julio dirigida al capitán de artillería Bonaparte. Explique esto quien lo entienda. ¿Alcanzó Bonaparte este despacho sobornando á algun escribiente, por el desorden en que entonces se hallaba todo, ó por la fraternidad revolucionaria? ¿Qué protector se interesaba en los adelantos de aquel corso? Dios. La Francia, bajo la divina impulsión, extendió por sí misma este documento al primer capitán del mundo; este documento se hizo legal sin la firma de Luis, que entregó su cabeza á condición de que sería reemplazada por la de Bonaparte; arreglos de la Providencia ante los cuales no podemos hacer otra cosa que levantar las manos al cielo.

TOLON.

Habia Tolon reconocido á Luis XVII y abierto su puerto á las flotas inglesas. Carteaux por un lado y el general Lapoye por otro, requeridos por los representantes Freron, Barras, Ricord y Salicetti, se acercaron á Tolon. Bonaparte, que acababa de servir á las órdenes de Carteaux en Aviñon, llamado al consejo de guerra, sostuvo que era preciso apoderarse del fuerte de *Burgrave*, construido por los ingleses sobre la altura del *Caire*, y colocar baterías sobre los dos promontorios, la *Eguillette* y *Balaguier*, que, fogueando la grande y la pequeña rada, obligaran á los enemigos á abandonarlo. Todo sucedió como había previsto Napoleón: ya entonces principia á entrever su porvenir.

Mad. Burienne ha insertado algunas notas en las memorias de su marido: una de ellas presenta á Bonaparte delante de Tolon.

«Advertí, dice, en esta época (1795, en París) que su carácter era frío y muchas veces sombrío; que su sonrisa era falsa y aun estemporánea; y á propósito de esta observación, me acuerdo que en esta misma época, pocos días después de nuestra vuelta, tuvo uno de esos momentos de hilaridad feroz, que me hizo daño y que me empezó á disgustar de él. Nos refirió con mucha gracia que hallándose delante de Tolon, donde mandaba la artillería, un oficial de su arma, que se hallaba bajo sus órdenes, fue visitado por su esposa, que lo era hacia muy poco tiempo, y á la que amaba en extremo. Pocos días después Bonaparte recibió una orden para atacar de nuevo la ciudad, y el oficial tuvo que ocupar su puesto. Su esposa se presentó á Bonaparte pidiéndole con las lágrimas en los ojos que le dispensase por aquel día del servicio. El general fue insensible, como nos dijo él mismo con una gracia encantadora y feroz. Llegó el momento del ataque, y este oficial, que siempre había mostrado un valor extraordinario, según decía el mismo Bonaparte, tuvo el presentimiento de su último fin; se puso pálido y tembló; fue colocado al lado del general, y en un momento en que el fuego de la ciudad se hizo muy vivo, le dijo Bonaparte: — ¡Cuidado, hé hai

una bomba que viene sobre nosotros! El oficial, añadió, en lugar de prevenirse, se encorvó, y fue separado en dos mitades. Y Bonaparte daba estrepitosas carcajadas al catar nos aquella espantosa escena.»

Tomada Tolon, se alzaron los patíbulos: reuniéronse ochocientas víctimas en el campo de Marte, que fueron metralladas. Los encargados de aquella ejecución se adelantaron gritando: — «¡Levántense los que no hayan muerto; la república les perdona la vida!» y los heridos que se levantaron fueron muertos también. Esta escena era tan interesante, que se reprodujo en Lyon después del sitio.

Que dis-je? aux premiers coups du foudroyant orage
 Quelque coupable encor peut-etre est échappé:
 Annonce le pardon, et, par l'espoir trompé,
 Si quelque malheureux en tremblant se relève,
 Que la foudre redouble et que le fer achève.

(L. ABBE DELILLE.)

«¿Qué digo? Tal vez algun culpable ha escapado á los primeros golpes de aquella destructora tempestad: si engañado por la voz del perdon algun desgraciado se levanta temblando, el fuego redobla ó el hierro acaba su vida.»

(EL ABATE DELILLE.)

¿Mandaba Bonaparte en persona aquella ejecución, en calidad de jefe de artillería? Seguramente la humanidad no le hubiera detenido, aunque no era cruel por inclinación.

Se ha encontrado la carta siguiente, dirigida á los comisarios de la Convención: «Ciudadanos representantes: desde el campo de la gloria, marchando sobre la sangre de los traidores, os participo con placer que vuestras órdenes se hallan cumplidas, y que la Francia se halla vengada; no se ha atendido ni á la edad ni al sexo. Los que solo fueron heridos por el cañon republicano, concluyeron su existencia bajo la espada de la libertad y bajo la bayoneta de la igualdad. — BRUTO BONAPARTE, ciudadano sans-culotte.»

Esta carta se publicó por la vez primera, según creo, en *La Semana*, periódico que dirigia Malte-Brun. La vizcondesa de Tors (pseudónimo) la publica en sus *Memorias sobre la revolucion francesa*; dice además que esta carta fue escrita sobre la caja de un tambor; Fabry la reproduce en el artículo *Bonaparte*, en la *Biografía de los hombres vivos*; Royot, en su *Historia de Francia*, dice que no se sabe de qué boca salía el grito destructor; Fabry, á quien ya hemos citado, refiere en los *Misioneros de 93*, que unos atribuyen este grito á Freron y otros á Bonaparte. Las ejecuciones del Campo de Marte de Tolon se hallan detalladas en una carta de Freron dirigida á Moisés Bayle, de la Convención, y en las comunicaciones de Mottedo y Barras al comité de salvación pública.

¿A quién, pues, se debe definitivamente el primer boletín de las victorias de Napoleón? ¿Será al mismo Napoleón ó á su hermano? Luciano, abjurando de sus errores, confiesa en sus *Memorias* que fue al principio acérrimo partidario de la república. Colocado al frente del comité revolucionario de Saint-Maximin, en Provenza: «Nosotros, dice, no vamos en zaga en palabras y mensaj-s á los jacobinos de París. Como era moda en aquella época el tomar nombres de la antigüedad, un ex-monge tomó, á lo que creo, el de Epaminondas, y yo el de Bruto. En un folleto se ha dicho que este nombre era el que había tomado Napoleón, siendo el mio. Napoleón creía elevar por sí solo su nombre á mayor altura que los de la antigua historia, y aun que hubiese querido seguir la moda, seguramente no hubiera elegido el de Bruto.»

Demuestra mucho valor por cierto esta confesión. Bonaparte, en el *Memorial de Santa Elena*, guarda un profundo silencio sobre esta parte de su vida. Este

silencio, según la señora duquesa de Abrantes, se explica por lo escabroso de su posición. «Bonaparte se había puesto más en evidencia que Luciano, y aunque después ha procurado en muchas ocasiones colocar á Luciano en lugar suyo, no podía entonces haber equivocacion. Sin duda diría: — El *Memorial de Santa Elena* será leído por más de cien mil personas, entre las que apenas habrá mil que tengan noticias de los hechos que no me favorecen. Estas mil personas conservarán la memoria de estos hechos de una manera que me inquietará muy poco; de modo que el *Memorial* será irrefutable.»

De todo esto resulta que estamos en duda sobre la carta que Luciano ó que Napoleón ha firmado. Pero ¿cómo Luciano, no siendo representante de la Convención, se ha abrogado el derecho de dar cuenta de aquellos asesinatos? ¿Era por ventura diputado de Saint-Maximin para asistir á aquella carnicería? Entonces, ¿cómo se ha atrevido á hacer caer sobre sí la responsabilidad de un proceso verbal, cuando había alguna persona *mas importante* que él á los ojos del anfiteatro y de los testigos de la ejecución llevada á cabo por su hermano? Trabajo costaría el dirigir la vista á un punto tan bajo después de haberlo dirigido á otro tan elevado.

Pero admitamos que Luciano, presidente del comité de Saint-Maximin, sea el historiador de las hazañas de Napoleón: siempre resultará que uno de los primeros cañonazos de Bonaparte fue dirigido contra los franceses; que fue segunda vez llamado á verter su sangre el 13 vendimiario, y que enrojó nuevamente sus manos á la muerte del duque de Enghien. De modo que las primeras víctimas de la Francia le vantaron á Napoleón; la segunda hecatombe le elevó al rango que le hizo dueño de Italia, y la tercera le facilitó la entrada en el imperio.

Napoleón se engrandecía con nuestra carne; quebrantó nuestros huesos, y se alimentó con la médula de los leones. Es una cosa triste, pero que no puede desconocerse, á menos que no se cierren los ojos ante los misterios de la naturaleza humana y el carácter de los tiempos, que una parte del poder de Napoleón dependa de haberse ensangrentado durante el terror. La revolución sirve con gusto á los que han intervenido en sus crímenes; un origen inocente es un obstáculo para su protección.

Robespierre el jóven había cobrado mucho cariño á Napoleón, y deseaba darle el mando de París en lugar de Henriot. La familia de Napoleón se había establecido en la casa de campo de Sallí, cerca de Antibes. «Había ido yo allí, dice Luciano, á pasar algunos días con mi familia y con mi hermano. Estábamos todos reunidos, y el general nos acompañaba todo el tiempo de que podía disponer. Entró un día mas preocupado que de costumbre, y paseándose entre José y yo, nos anunció que de él únicamente dependía el marchar á París desde el día siguiente y ponerse en posición de podernos colocar ventajosamente. Por mi parte me agradaba infinito esta noticia: llegar por fin á la capital se me figuraba una felicidad que nada podía compensar. — Me ofrecen, nos dijo Napoleón, la plaza de Henriot, y debo dar esta noche la respuesta, ¿Que os parece? Quedamos en silencio un momento, y el general continuó: — «¡Oh, la cosa vale la pena de que se piense en ella! Es menester no hacerse ilusiones; no es tan fácil salvar la cabeza en París como en Saint-Maximin. — Robespierre el jóven es un hombre honrado; pero su hermano no aguanta chanzas, y es preciso tratar de servirle. — Yo sostener á ese hombre! ¡Nunca! Bien conozco lo útil que le sería reemplazando á su imbecil comandante de París; pero eso es precisamente lo que yo no quiero. Aun no es tiempo. Hoy día no hay lugar honroso para mí sino en el ejército. Tened un poco de paciencia, y mas tarde mandaré en París.» Tales fueron las palabras de Napoleón. En

seguida nos dió á conocer su indignación contra el régimen del terror, anunciándonos su próxima caída, y concluyó repitiendo muchas veces, con un acento medio sombrío y medio risueño:—¿Qué iría yo á hacer en aquel presidio?

Después del sitio de Tolon, Bonaparte se halló en los movimientos militares de nuestro ejército de los Alpes. Recibió orden de marchar á Génova, y se le enviaron instrucciones secretas para que se informase del estado de la fortaleza de Savona, y para que recogiese datos sobre las intenciones del gobierno genovés, relativamente á la coalición. Estas instrucciones, fechadas en Loazio el 25 mesidor, año II de la república, están firmadas por Ricord.

Bonaparte cumplió su misión. Llegó el 9 termidor, y los diputados terroristas fueron reemplazados por Albitte, Salicetti y Laporte. Estos declararon entonces, á nombre del pueblo francés, que el general Bonaparte, comandante de la artillería del ejército de Italia, había perdido enteramente su confianza por su conducta sospechosa y por el viaje que había últimamente hecho á Génova.

Una orden de arresto dada en Barcelonnette el 9 termidor, año II de la república francesa, una, indivisible y democrática, dice: «Que el general Bonaparte será arrestado y llevado ante el comité de salvación pública de París, con una buena y segura escolta.» Salicetti examinó los papeles de Bonaparte, respondiendo á los que se interesaban por el detenido que era menester obrar con energía y con arreglo á una acusación de espionaje recibida de Niza y de Córcega. Esta acusación era el resultado de las instrucciones secretas dadas por Ricord; fue muy fácil dar á entender que Napoleón había servido á los extranjeros en vez de servir á la Francia. El emperador abusó mucho de las acusaciones de espionaje, y debiera haber recordado los peligros á que le expusieron estas acusaciones.

Napoleón, defendiéndose, decía á los representantes:—«Salicetti, tú me conoces... Albitte, tú no me conoces, pero si debes conocer muy bien los ardides de la calumnia. Escuchad; volvedme al aprecio de los patriotas, y una hora después, si los hombres perversos quieren mi vida... ¡la tengo en tan poco! ¡La he despreciado en tantas ocasiones!»

Dióse una sentencia absolutoria. Entre los documentos que en aquellos años sirvieron para atestiguar la buena conducta de Napoleón se halla un certificado de Pozzo di Borgo. Bonaparte fue puesto provisionalmente en libertad; pero en este intervalo tuvo tiempo para quitársela al mundo entero.

Salicetti, el acusador, no tardó en unirse al acusado; pero Bonaparte nunca se fió de su antiguo enemigo. Algun tiempo después escribía al general Dumas: «Que permanezca en Nápoles (Salicetti); allí debe hallarse muy bien. Ha contenido á los tazzaroni; no lo extraño: les ha metido miedo: es aun peor que ellos. Tenga entendido que yo no tengo poder suficiente para defender del desprecio y de la indignación pública á los miserables que han votado la muerte de Luis XVI (1).»

Bonaparte corrió á París. Se alojó en la calle del Mail, la misma en que yo paré al llegar de Bretaña con Mad. Rosa. Burienné se le reunió, así como también Murat, sospechoso de terrorista, habiendo abandonado su guarnición de Abbeville. El gobierno trató de transformar á Napoleón en general de brigada de infantería, y quiso enviarle á la Vandée; este renunció semejante honor, pretextando que no quería cambiar de arma. El comité de salvación pública entonces borró al renunciante de la lista de los oficiales generales en activo servicio. Uno de los firmantes de este

(1) Recuerdos del teniente general conde Dumas, t. II, p. 517.

acuerdo es Cambacères, que llegó á ser el segundo personaje del imperio.

Napoleón, resentido de tantas persecuciones, pensó en emigrar; pero Volney se lo impidió. Si hubiese llevado á cabo su pensamiento, la corte fugitiva le hubiera olvidado; por otra parte no había allí una corona de que apoderarse: hubiera yo tenido entonces un compañero ilustre, coloso derribado á mi lado en el destierro.

Abandonada la idea de la emigración, Bonaparte se volvió hácia el Oriente, que congeniaba doblemente con él por su despotismo y por su esplendor. Ocupóse en redactar una memoria, ofreciendo su espada al Gran señor: la inacción y la oscuridad eran mortales para él. «Yo sería útil á mi país, decía, si pudiera hacer que el poder de los turcos fuese temido de la Europa.» El gobierno, según dicen, no respondió á las palabras de un loco.

Engañado en sus diversos proyectos, creció el despecho de Napoleón: era poco accesible á la protección, y aceptaba mal los servicios que se le hacían, del mismo modo que se resentía por haber sido educado á costa de la munificencia real. Envidiaba á todos los que eran mas favorecidos que él por la fortuna: en el alma del hombre, para quien iban á agotarse los tesoros de las naciones; se podían sorprender los movimientos del odio que los comunistas y proletarios manifiestan hoy contra los ricos. Cuando se participa de los sufrimientos del pobre, se experimenta el sentimiento de la desigualdad social: así que se sube en coche se desprecia á los que van á pié. Bonaparte odiaba con especialidad á los *muscadins* y á los *incroyables*, elegantes fatuos de la época que llevaban el pelo peinado á la moda de las cabezas cortadas, y se complacía en amargar su dicha. Trabajó amistad con Batiste el mayor, é hizo conocimiento con Talma. La familia de Bonaparte profesaba mucha afición al teatro, y la ociosidad condujo muchas veces á Napoleón á los espectáculos.

Cualesquiera que sean los esfuerzos de la democracia para regenerar sus costumbres por el grande objeto que se propone, sus hábitos relajan sus costumbres: tiene el triste sentimiento de esta impotencia. Creyendo hacerla olvidar, vertió en la revolución torrentes de sangre: inútil remedio, porque no pudo acabar con todo, y al cabo se halló cara á cara con la insolencia de los cadáveres. La necesidad de tener que pasar por las cosas pequeñas da á la vida algo de común; un pensamiento extraño es preciso expresarlo en un lenguaje vulgar; el genio se ve aprisionado en los estrechos límites de un dialecto lo mismo que en la aristocracia gastada los sentimientos nobles se ven encerrados en nobles palabras. Cuando se pretende excusar cierto lado débil de Napoleón con ejemplos sacados de la antigüedad, nos encontramos únicamente con el hijo de Agripina; y sin embargo, las legiones adoraron en el esposo de Octavia, y el imperio romano se estremecía en su recuerdo.

Bonaparte volvió á encontrarse en París con Mlle. de Fermont-Comnene, la que casó con Junot, á quien Napoleón conoció y con quien contrajo amistad en el Mediodía.

«En esta época de su vida, dice la duquesa de Abrantes, Napoleón era feo. Mas adelante se obró en él un cambio total. Prescindió del prestigio que le daba la aureola de su gloria; hablo tan solo del cambio físico que en él se verificó en el espacio de siete años. El que era descarnado, pálido y de un aspecto hasta enfermizo, se cubrió de carnes, mejoró de color y se embelleció. Sus facciones angulosas y puntiagudas se redondearon; su mirada y su sonrisa no se alteraron, siendo siempre admirables: toda su persona sufrió un cambio. Su peinado, que hoy tanto nos choca en los grabados del paso del puente de Arcola, era entonces

muy sencillo, porque esos mismos *muscadins* que tanto le desagradaban tenían el pelo aun mas largo; pero su tez estaba tan amarilla en aquella época y luego cuidaba tan poco de su compostura, que sus cabellos, despreciados y mal empolvados, le daban un aspecto desagradable. Sus pequeñas manos han sufrido también una metamorfosis; en aquella época eran delgadas, largas y muy morenas. Sabido es hasta qué punto llegó después su vanidad por ellas, y con justa razón. En fin, cuando me representó á Napoleón entrando en 1795 en el patio del hotel de la *Tranquilité*, calle de las Filles-Saint-Thomas; atravesándole con un paso desgarrado é incierto; llevando un mal sombrero encajado hasta las cejas y dejando escapar sus orejas de perro mal empolvadas y cayendo sobre el cuello de aquella levita gris, que fue después una bandera tan gloriosa, al menos como el penacho blanco de Enrique IV; sin guantes, porque los creía un gasto inútil; con unas botas mal hechas y sucias, y con aquel conjunto desagradable, resultado de su delgadez y de su colorido; en fin, cuando evoco su recuerdo de aquella época, y lo miro después, no puedo ver en él al mismo hombre en estos dos retratos.»

JORNADAS DEL VENDIMIARIO.

No todo concluyó con la muerte de Robespierre; las cárceles no se abrieron sino muy lentamente: la vesperra del día en que el tribuno espirante fue conducido al patíbulo, fueron inmoladas ochenta víctimas; ¡tan bien organizados se hallaban los asesinos! ¡Con tanto orden y obediencia procedía la muerte! Los dos verdugos Sanson fueron encausados; pero mas felices que Rousseau, ejecutor de Tarif con el duque de Mayenne, fueron perdonados; pero la sangre de Luis XVI los había lavado.

Libres ya los acusados, no sabían en qué emplear su vida, ni los jacobinos desocupados en qué entretener su tiempo: de lo que nacieron los bailes y el echar de menos el terror. Solo línea á línea y con mucho trabajo se les hacia perder terreno á los convencionales para arrancarles la administración de justicia: no querían ellos dejar escapar el crimen, temiendo perder el poder. Por fin fue abolido el tribunal revolucionario.

Andrés Dumont había hecho la proposición de que se persiguiese á los secuaces de Robespierre; la Convención, arrastrada á su pesar, decretó, fundada en una comunicación de Saladin, que había lugar para poner presos á Barrere, Villaud de Varennes y á Collet de Herbois, los dos últimos amigos de Robespierre, y que sin embargo habían contribuido á su caída. Carrier, Fouquier-Tinville y José Lebon fueron también juzgados. Se descubrieron atentados y crímenes inauditos, y en especial los matrimonios republicanos y el haber sido ahogados en Nantes seiscientos niños. Las secciones, entre las que se hallaban divididos los guardias nacionales, acusaban á la Convención de los males pasados, y tenían verlos renacer. La sociedad de los jacobinos luchaba aun sin querer retroceder ante la muerte. Legendre, tan violento en otro tiempo, vuelto á la humanidad, había entrado en el comité de seguridad pública. La noche misma del suplicio de Robespierre había cerrado él la madriguera; pero ocho días después los jacobinos llegaron á restablecerse bajo el nombre de jacobinos regenerados, entre los que volvieron á aparecer las costureras. Freron publicaba su periódico resuscitado. El *Orador del pueblo*, y sin dejar de aplaudir la caída de Robespierre, se hacia partido en la Convención. El busto de Marat permanecía aun expuesto, y los diversos comités existían cambiados únicamente de formas.

Un frio riguroso, y un hambre cruel, unidos á los sufrimientos políticos, complicaban mas aun la cala-

mitosa situación; recorrían las calles grupos de personas armadas, entre los que iban muchas mujeres gritando: ¡pan! ¡pan! Finalmente, el 20 de mayo de 1795 fueron forzadas las puertas de la Convención, asesinado Feraud, y su cabeza colocada sobre la mesa del presidente. Cítase con asombro la impenetrabilidad estóica de Boissy d'Anglas: desgraciado del que hubiera tratado de inculpar un acto de virtud.

Aquella vegetación revolucionaria brotaba vigorosamente de la capa de escombros regados con sangre humana que le servía de base. Rossignol, Huchet, Grignon, Moisés Bayle, Amar, Choudieu, Heute, Granet, Leonardo Bourdon, todos los que se habían distinguido por sus excesos, se hallaban apostados entre las barreras; y entre tanto nuestro nombre se engrandecía por fuera. Cuando la opinión pública se levantaba contra los convencionalistas, nuestros triunfos en el extranjero acallaban los públicos clamores. Había entonces dos Francias: una horrorosa en el interior, la otra admirable en el exterior; oponiase la gloria á nuestros crímenes, á la manera que Bonaparte oponía á nuestras libertades. Siempre nosotros hemos encontrado un escollo en nuestras victorias.

Es digno de notarse el anacronismo que se comete atribuyendo nuestros triunfos á nuestros crímenes; aquellos fueron obtenidos antes y después del reinado del terror; por lo tanto este no entró por nada en la gloria en nuestras armas. Pero estos triunfos tuvieron un inconveniente; el de ceñir una aureola alrededor de las cabezas revolucionarias. Creyóse, sin examinar las fechas, que esta aureola les pertenecía, y la toma de Holanda y el paso del Rin se creyeron ser conquistas del hacha y no de la espada. En medio de esta confusión, no se acertaba á hallar un medio por el que pudiese la Francia librarse de los obstáculos que, á pesar de la catástrofe de los primeros culpables, continuaban oponiéndosela: y sin embargo, en ella se hallaba el libertador.

Bonaparte había conservado la mayor y la peor parte de los amigos con que se había relacionado en el Mediodía; lo mismo que él, estos amigos se habían refugiado en la capital. Salicetti, que siguió siendo muy influyente por medio de la fraternidad jacobina, se unió á Napoleón: Freron, deseando casarse con Paulina Bonaparte (la princesa Borghese), daba también su apoyo al joven general.

Extraño á las contiendas del foro y de la tribuna, Bonaparte se paseaba por las tardes en el Jardin de Plantas con Junot. Este le contaba su pasión hácia Paulina, y Napoleón le confiaba su inclinación hácia Mad. de Beauharnais: la incubación de los sucesos iba á dar á conocer á un grande hombre. Mad. de Beauharnais tenía amistad con Barras, y es muy probable que estas relaciones auxiliaron los recuerdos del comisario de la Convención cuando tuvieron lugar las jornadas decisivas.

CONTINUACION.

La libertad de la prensa, momentáneamente restablecida, trabajaba en sentido liberal; como los demócratas no habían jamás apoyado esta libertad, que atacaba sus errores, la acusaban de realista. El abate Morellet y Laharpe publicaban folletos, á los que se unían los del español Marchena, sabio inmundito y aborto lleno de ingenio. Los jóvenes llevaban levitas grises con vueltas y con cuello negro, que eran reputadas como uniforme de los *chouans* (1). La reunión de la nueva legislatura era el pretexto para la reunión

(1) Dábase este nombre á los partidarios de la causa real no organizados en tropas regulares. Está tomado del de los cuatro hermanos Cottéreau, contrabandistas, que se llamaron *chouans* por reunirse al grito del mochuelo (*chouette*), que se decían partidarios de Luis XVIII.

de las secciones. La sección Lepelletier, conocida entonces con el nombre de sección de las *Filles-Saint-Thomas*, era la más animada de todas; compareció muchas veces en la barra de la Convención para quejarse: Lacretelle el joven le prestó su voz con el mismo valor que mostró el día que Bonaparte metrallo á los parisienses sobre las escaleras de Saint-Roch: las secciones, previendo que se acercaba el momento del combate, hicieron venir de Rouen al general Danican para que se pusiera al frente de ellas. Puede juzgarse del miedo y de las ideas de la Convención por los defensores que convocó enrededor suyo: «A la cabeza de los republicanos, dice Real en su *Ensayo sobre la jornada del vendimiario* que se llamó al *bataillon sagrado* de los patriotas de 89, y se convocaron á sus filas á los veteranos de la revolución que habían hecho las seis campañas; que se habían batido debajo de los muros de la Bastilla; que habían derrocado la tiranía, y que se arrojaban entonces para defender el mismo edificio que habían atacado el 10 de agosto. Allí encontré los restos preciosos de aquellos antiguos batallones de liegenses y belgas, bajo las órdenes de su anciano general Tyon.»

Real concluye esta narración con el siguiente apóstrofe: «¡Oh, tú, por quien hemos vencido á la Europa con un gobierno sin gobernantes y con ejércitos sin pagas; genio de la libertad, tú velabas aun sobre nosotros!» Aquellos orgullosos campeones de la libertad crecieron demasiado en pocos días, yendo á concluir sus himnos á la independencia en las oficinas de la policía de un tirano. Aquel tiempo no es hoy día considerado sino como un escalon roto, sobre el que pasó la revolución. ¡Cuántos hombres han hablado y obrado con energía, y se han apasionado de hechos de que nadie se ocupa! Los vivos recogen el fruto de las existencias olvidadas que se han gastado por su causa.

Llegaba ya la renovación de la Convención, y las asambleas preparatorias eran convocadas; las secciones, los comités, los clubs, se agitaban á cual más.

Amenazada la Convención por la opinión general, conoció que le era preciso defenderse: Danican opuso á Barras, nombrado jefe de la fuerza armada de París y del interior. Habiendo encontrado á Bonaparte en Tolon, y acordándose de él por instigación de Mad. de Beauharnais, Barras comprendió lo útil que le podría ser aquel hombre, y le hizo ocupar la plaza de segundo jefe. El futuro director, ocupado á la Convención con la narración de las jornadas del vendimiario, declaró que únicamente á las sabias y prontas disposiciones de Bonaparte se debía la salvación de París, habiendo distribuido las fuerzas con sumo acierto. Napoleón derrotó las secciones, y dijo: — *He puesto mi sello sobre la Francia*. Atila había ya dicho: — «Yo soy el martillo del universo, *ego malleus orbis*.»

Después de la victoria, Napoleón temió haber perdido su popularidad, y aseguró que daría muchos años de su vida por borrar aquella página de su historia.

Existe una narración del vendimiario, escrita por Napoleón, en que se esfuerza por probar que fueron las secciones las que rompieron el fuego. En su encuentro tal vez pudo figurarse que se hallaba aun en Tolon; el general Carteaux estaba á la cabeza de una columna sobre el Puente-Nuevo; una compañía de marseleses marchaba sobre Saint-Roch; los puntos ocupados por los guardias nacionales fueron tomados sucesivamente. Real, de quien ya he hablado, concluye su exposición con estas tonterías tan creídas por los parisienses: un herido que atravesaba el salón de las Victorias reconoció una bandera que él había cogido: — «No pasemos de aquí, dijo: quiero morir en este sitio.» La esposa del general Dufraisse rasga su camisa para hacer vendas; las dos hijas de Durocher administran vinagre y arguardiente; Real lo atribuye todo á Barras: adulación que prueba que en el año IV

Napoleón, vencedor en provecho de otro, no era aun digno de ser adulado.

Segun parece, Bonaparte no esperaba sacar grandes ventajas de su victoria sobre las secciones, porque por entonces escribió á Burienne: — «Busca una pequeña posesión en tu hermoso valle del Jonne; la compraré cuando tenga dinero; pero no olvides que no quiero que sea de bienes nacionales.» Bonaparte mudó de parecer en el imperio, y ha hecho mucho aprecio de estos bienes.

Estos motines del vendimiario cierran la época de los motines, que no se renovaron hasta el año 1830, para poner fin á la monarquía.

Cuatro meses después de las jornadas del vendimiario, el 19 ventoso (9 de marzo) del año IV, Bonaparte se casó con María Josefa-Rosa de Tascher. El acta no hace mención alguna de la viuda del conde de Beauharnais. Tallien y Barras fueron los testigos del contrato. En el mes de junio, Bonaparte fue nombrado general de las tropas acantonadas en los Alpes marítimos; Carnot reclamó contra Barras el honor de este nombramiento. El mando del ejército de Italia se llamaba entonces *el dote de Mad. de Beauharnais*. Napoleón, cuando dice en Santa Elena con desprecio que él creyó haberse unido á una señora de alto rango, se muestra seguramente muy desagrado.

Llega la época en que Napoleón entra en el lleno de su destino: hasta entonces había necesitado de los hombres, y los hombres van ahora á necesitar de él: los sucesos le habían conducido hasta allí: él va á conducir los sucesos. Acaba de pasar al través de las desgracias á que se hallan condenadas las naturalezas superiores antes de llegar á ser conocidas y obligadas á humillarse ante las medianías, cuyo patrocinio les es indispensable: la simiente de la más elevada palmera se ve al principio encerrada por el árabe en un vaso de arcilla.

CAMPAÑA DE ITALIA.

Habiendo llegado al cuartel general del ejército de Italia, en Niza, Bonaparte halló á los soldados faltos de todo lo necesario, sin zapatos, sin pan, sin disciplina. Tenía entonces veinte y ocho años; bajo sus órdenes, Massena mandaba treinta y seis mil hombres. Esto fue en el año de 1796. Abrió su primera campaña el día 20 de marzo, fecha famosa, que debía grabarse muchas veces en su vida. Derrotó á Beaulieu en Montepotte; dos días después en Millésimo divide los dos ejércitos austriaco y sardo. En Ceva, en Mondovi, en Fosano y en Cherasco continúan sus triunfos, y el genio de la guerra se postro ante él. La siguiente proclama hace resonar una voz nueva, lo mismo que los combates habían anunciado un hombre nuevo:

«¡Soldados! En quince días habeis alcanzado seis victorias, cogido veinte y una banderas, cincuenta y cinco piezas de artillería, quince mil prisioneros, muerto ó herido mas de diez mil hombres. Habeis ganado batallas sin necesidad de artillería; habeis pasado rios sin puentes, hecho marchas forzadas sin zapatos, vivaqueado sin aguardiente, y muchas veces sin pan. Las falanjes republicanas, los soldados de la libertad son únicamente capaces de sufrir lo que habeis sufrido vosotros: ¡gracias os sean dadas por ello, soldados...!»

«¡Pueblos de Italia! el ejército francés viene á romper vuestras cadenas; el pueblo francés es el amigo de todos los pueblos. Nosotros no aborrecemos sino á los tiranos que nos esclavizan.»

El 15 de mayo quedó concluido el tratado de paz entre la república francesa y el rey de Cerdeña: la Saboya, cedida á la Francia, con Niza y Tenda: Napoleón, avanzando siempre, escribe á Carnot:

«Por fin hemos pasado el Po, y empieza la segunda campaña: Beaulieu se halla desconcertado; calcula muy mal, y cae siempre en los lazos que se le tienden: tal vez pretenda presentar una batalla, porque este hombre tiene la audacia del furor, y no la del genio. Una victoria más, y somos dueños de Italia. En el momento en que detengamos nuestros movimientos habremos uniformar el ejército. Siempre está temible y bien mantenido; el soldado no come mas que pan de Conesse, buena carne y en cantidad suficiente, etc. La disciplina se restablece de día en día, pero se hace indispensable fusilar á menudo, porque hay hombres intratables, que no pueden ser mandados. Es incalculable lo que hemos cogido al enemigo. Cuanta mas gente me envíeis, con tanta mas facilidad podré mantenerlos. Os remito veinte cuadros de los primeros autores, de Correggio y de Miguel Angel. Os doy infinitas gracias por las atenciones que os dignais tener con mi esposa, y os la recomiendo: es una patriota sincera y la amo con locura. Creo que las cosas van bien, pudiéndoos enviar una docena de millones á París lo que no os vendrá mal para el ejército del Rhin. Enviadme cuatro mil soldados de caballería desmontados, que yo les buscaré aquí caballos. No os debo ocultar que desde la muerte de Stengel no tengo un oficial superior de caballería que se bata. Desearia que me pudieseis enviar dos ó tres ayudantes generales, que tengan corazón y una resolución firme de no hacer nunca sabias retiradas.»

Esta es una de las cartas notables de Napoleón. ¡Qué vivacidad! ¡Qué diversidad de genio! Unida á la inteligencia del héroe se ve en la profusión triunfante de los cuadros de Miguel Angel una picante burla contra un rival al hablar de esos ayudantes generales que tengan una firme resolución de no hacer nunca sabias retiradas. El mismo día escribía Bonaparte al directorio para darle aviso de la suspensión de armas concedida al duque de Palma, y del envío de San Gerónimo de Correggio. El 11 de mayo anunció á Carnot el paso del puente de Lodi que lo hizo dueño de Lombardía. Si no marcha en seguida sobre Milan es porque quiere seguir y acabar de una vez con Beaulieu. «Si me apodero de Mantua, ya no habrá nada que me detenga para penetrar en Baviera, y en dos décadas puedo hallarme en el corazón de la Alemania. Si los dos ejércitos del Rhin entran en campaña, os ruego que me informéis de su posición. Seria muy honorífico para la república el ir á firmar el tratado de paz de los tres ejércitos reunidos en el corazón de la Baviera y del Austria asombradas.»

El agente no marcha, vuela, cargado con las banderolas de las victorias suspendidas en su cuello y en sus alas.

Se queja de que se le quiere dar por compañero á Kellermann: «Yo no puedo servir de buena voluntad con un hombre que se cree el primer general de Europa, y creo que un mal general vale mas que dos buenos.»

El 4.º de junio de 1796 los austriacos son expulsados enteramente de Italia y nuestros puestos avanzados iluminan los montes de Alemania: «Nuestros granaderos y nuestros carabineros», escribe Napoleón al directorio, juegan y rien con la muerte. Nada hay que se iguale con su intrepidez sino la alegría con que hacen las más penosas marchas. Sin duda creereis que llegados al alojamiento duermen: pues nada menos que eso: cada uno echa su cuenta ó su plan de operaciones del día siguiente, y muchas veces con mucho tino. Dias pasados veía yo desfilar una media brigada; un cazador se acercó á mí: «General, me dijo: es preciso hacer esto.—Desgraciado, le dije: ¿quieres callar? Y desapareció en el momento: en vano le he hecho buscar: lo que él me dijo era precisamente lo que yo mismo había mandado que se hiciese.»

Los soldados hicieron pasar á su comandante por todos los grados: en Lodi le hicieron cabo, en Castiglione sargento.

El 17 de noviembre se presentan delante de Arcola: el joven general pasa el puente que le ha hecho famoso: diez mil hombres quedan sobre el campo.— «¡Esto era un canto de la Iliada!» exclamaba Napoleón al solo recuerdo de esta acción.

En Alemania, Moreau verificaba la célebre retirada, llamada por Napoleón una *retirada de sargento*. Este se preparaba á decir á su rival en tanto que derrotaba al archiduque Carlos:

Je suivrai d'assez près votre illustre retraite
Pour traîner avec lui sans besoin d'interprete.

«Seguiré de cerca vuestra gloriosa retirada para tratar con él sin necesidad de intérprete.»

El 16 de enero de 1797 se renovaron las hostilidades con la batalla de Rivoli. En dos encuentros con Wurmser, uno en San Jorge y otro en la Favorita, tuvo este una pérdida de cinco mil muertos y veinte mil prisioneros; el resto se encierra en Mantua; pero la ciudad bloqueada tiene que capitular, y se rinde Wurmser con los doce mil hombres que le quedan.

A esto siguió bien pronto la invasión de la Marca de Ancona; mas adelante el tratado de Tolentino pone á disposición de la Francia perlas, diamantes; preciosos manuscritos, el cuadro de la Transfiguración, el Laoconte, el Apolo de Belvedere, y termina aquella serie de operaciones por las cuales en menos de un año son derrotados cuatro ejércitos austriacos, quedando sometida la Alta Italia y empezado á someter el Tirol; no hay tiempo para prepararse: el relámpago y el rayo se presentan á la vez.

El archiduque Carlos, que había acudido á defender el Austria anterior con un nuevo ejército, se ve precisado á pasar el Tagliamento; Gradissa se rinde, Trieste queda en poder de los franceses; y se firman en Leoben los preliminares de la paz entre Francia y el Austria.

Venecia, formada en medio de las ruinas del imperio romano, vendida y destruida por los disturbios políticos, había abierto sus lagunas y sus palacios: el 31 de mayo de 1797 se verificó una revolución en Génova, su rival, y nace la república liguriense. Hubiérase asombrado Bonaparte si de en medio de sus conquistas hubiese podido ver que se apoderaba de Venecia para que fuese después del Austria, de las legaciones para Roma, de Nápoles para los Borbones, de Génova para el Piemonte, de España para Inglaterra, de Westfalia para la Prusia, de la Polonia para Rusia, semejante á los soldados que en el saqueo de una ciudad cargan con un botín que se ven obligados á arrojar después por no poder llevarlo, y que entre tanto pierden su patria.

El 9 de julio proclamó su existencia la república cisalpina. La correspondencia de Bonaparte está sembrada de relatos de las revoluciones dependientes de la de Francia, como Mahoma con la espada y el Alcoran, los franceses corrian con la espada en una mano y los derechos del hombre en la otra.

Bonaparte no dejaba escapar ningún detalle en el conjunto de sus movimientos generales; tan pronto teme que los ancianos de los grandes pintores de Venecia, de Bolonia y de Milan no estén bien humedecidos al pasar el Mont-Cenis, como se inquieta por un manuscrito de la biblioteca de San Ambrosio, rogando al ministro del Interior le participe su ingreso en la biblioteca nacional. Asimismo manifiesta su opinión al directorio sobre sus generales:

«Bertier; talento, actividad, valor, firmeza, todo lo tiene.»

»Angereau; mucha firmeza de carácter, valor, constancia, actividad; es querido del soldado; y feliz en sus operaciones.

»Massena; activo, infatigable, tiene mucho atrevimiento, buen golpe de vista, y prontitud en decidirse.

»Serrurier; se bate como un soldado, no acepta ninguna responsabilidad, es firme, no tiene muy buena opinión de sus tropas, es enfermizo.

»Despinois; flojo, pesado, sin osadía; no se ocupa de la guerra, no es querido del soldado ni se bate á su cabeza; por otra parte es altanero, tiene sanos principios y sano criterio político; bueno para mandar en el interior.

»Sauret; bueno, excelente soldado, no muy instruido para ser general, poco afortunado.

»Abatucci; no vale para mandar cincuenta hombres: etc. etc.»

Bonaparte escribía al jefe de los *mainottes*.

«Los franceses aprecian el pequeño pero valiente pueblo que, único resto de la antigua Grecia, ha conservado su virtud; los dignos descendientes de Esparta, á los que no ha faltado otra cosa para hacerse tan famosos como sus antepasados que el hallarse en un teatro mas vasto.» Da cuenta á las autoridades de la toma de posesion de Corfu: «La isla de Corcyro, dice, era, segun Homero, la patria de la princesa Nausicaa.» Envía el tratado de paz concluido con Venecia: «Nuestra marina ganará con él cinco ó seis navios de guerra, tres ó cuatro fragatas, y ademas tres ó cuatro millones de cordajes. Que me envíen marineros franceses ó corsos; y yo tomaré de los de Mantua y de Gesarda. Mañana salen, un millon para Tolon, dos millones, etc. etc., que forman la suma de cinco millones, enviados de Italia durante la nueva campaña. He encargado á... que vaya á Sion para que procure entablar negociaciones con el Valesado. He enviado un excelente ingeniero para saber lo que costaria establecer este camino (el Simplon)... He encargado al mismo ingeniero que viese lo que se necesitaba para hacer desaparecer la roca en la que se quiebra el Ródano; haciendo posible con esto la explotación de la madera del Valesado y de Saboya.» Avisa de la salida de un cargamento de trigo y de cueros que dirigia á Génova. Regala al bajá de Scutari cuatro cajones de fusiles en prueba de su amistad, y manda enviar á Milan algunos hombres sospechosos, prendiendo á algunos otros. Escribe al ciudadano Grogniard, comisario de la marina de Tolon: «Yo no soy vuestro juez, pero si os halláis bajo mis órdenes, os reduciré á prision por haber asentido á una requisicion ridicula.» En una nota enviada al ministro del papa, dice: «El papa pensará, segun creo, que es muy digno de su sabiduría y de la mas santa de las religiones el dar una bula ó mandamiento que obligue á los sacerdotes á obedecer al gobierno.»

Al mismo tiempo ocupábase de las negociaciones con las nuevas repúblicas, detalles para las fiestas de Virgilio y Ariosto, de la explicacion y traduccion de los veinte cuadros y de los quinientos manuscritos de Venecia; y todo esto lo hacia al atravesar la Italia, ensordecida con el ruido de los combates, y que era entonces una hoguera donde los granaderos franceses vivian en medio del fuego, como las salamandras.

En medio de este amontonamiento de sucesos y de triunfos, llegó el 18 fructidor, favorecido por las proclamas de Bonaparte, y por las deliberaciones de su ejército, en pugna con el ejército del Mosa. Entonces desapareció el que tal vez injustamente habia pasado por autor de los planes de las victorias republicanas; se asegura que Danissy, Lafitte y d'Arcon, tres genios militares, fueron los que dirigieron estos planes.

Carnot se halló proscrito para la influencia de Bonaparte.

El 17 de octubre firmó este el tratado de paz de Campo-Formio: la primera guerra continental de la revolucion concluyó á treinta leguas de Viena.

CONGRESO DE RADSTADT.—VUELTA DE NAPOLEON Á FRANCIA.—NOMBRAMIENTO DE NAPOLEON PARA EL MANDO DEL EJERCITO LLAMADO DE INGLATERRA.—SALE PARA LA EXPEDICION DE EGIPTO.

Habiéndose reunido un congreso en Radstadt y nombrado Bonaparte representante por el directorio, se despidió del ejército de Italia.—«Solo me consuela, le dijo, la esperanza de volverme á ver muy pronto entre vosotros, luchando con nuevos peligros.» El 16 de noviembre de 1797 anunció en su orden del día que habia salido de Milan para ir á presidir la legacion francesa en el congreso, y que enviaba al directorio la bandera del ejército de Italia.

En una de las caras de esta bandera habia mandado bordar Bonaparte el resumen de sus conquistas. «Ciento cincuenta mil prisioneros, diez y siete mil caballos, quinientas cincuenta piezas de artillería de sitio, seiscientas piezas de campaña, cinco equipajes de puentes, nueve navios de cincuenta y cuatro cañones, doce fragatas de treinta y dos, doce corbetas, diez y ocho galeras; armisticio con el rey de Cerdeña; convenio con Génova; armisticio con el duque de Parma, con el duque de Módena, con el rey de Nápoles, con el papa; preliminares de Leoben; convenio de Montebello con la república de Génova; tratado de paz con el emperador en Campo-Formio; da la libertad á los pueblos de Bolonia, Ferrara, Módena, Massa Carrara, de la Romania, de la Lombardia, de Brescia, de Bergamo, de Mantua, de Crémona, de una parte del Veronesado, de Chiaverna, Bormio y de la Valtelina, al pueblo de Génova, á los feudos imperiales, al pueblo de los departamentos de Corcyro, del mar Egeo y de Itaca.

»Enviadas á Paris las obras maestras de Miguel Angel, de Guercchin, del Ticiano, de Pablo el Veronés, Correggio, Albano, de los Carrache, Rafael, Leonardo de Vinci, etc.

»Este monumento del ejército de Italia, dice la orden del día, se suspenderá de la bóveda del salon de sesiones públicas del directorio, dando así testimonio de las hazañas de nuestros guerreros cuando haya desaparecido la presente generacion.»

Después de un convenio puramente militar, que estipula la entrega de Maguncia á las tropas de la república, y de Venecia á las tropas austriacas, Bonaparte marchó de Radstadt y dejó sus poderes en el congreso en manos de Treillard y de Bonnier.

En los últimos tiempos de la campaña de Italia Bonaparte tuvo muchos disgustos, causados por la envidia de algunos generales y del directorio; por dos veces habia ya ofrecido su dimision; pero aunque los miembros del gobierno la deseaban, no se atrevian á aceptarla. Los sentimientos de Bonaparte no se acomodaban al espíritu del siglo; cedia con disgusto ante los intereses nacidos de la revolucion, y de aqui las contradicciones de sus actos y de sus ideas.

De vuelta á Paris fué á parar á su casa, calle de Chantereine, que tomó, y conserva aun, el nombre de *calle de la Victoria*. El consejo de los ancianos quiso regalar Chambord á Napoleón, que era obra de Francisco I, y que no recuerda otra cosa que el destierro del último hijo de San Luis. Bonaparte fue presentado en el directorio el 10 de diciembre de 1795, en el patio del palacio de Luxemburgo. En medio de él se alzaba un altar de la patria, sobre el que se hallaban colocadas las estatuas de la Libertad, de la Igual-

dad y de la Paz. Las banderas conquistadas formaban un dosel, bajo el que se hallaban varios de los miembros del directorio, vestidos en traje antiguo; la sombra de la victoria descendía de estas banderas, bajo las cuales hacia alto la Francia por un momento. Bonaparte estaba vestido con el uniforme que llevó en Arcola y en Lodi. Mr. de Tellegrand recibió al vencedor al lado del altar, acordándose de haber dicho misa hacia poco sobre otro. Fugitivo, vuelto de los Estados-Unidos, y encargado por la proteccion de Chenier del ministerio de Negocios Extranjeros, el obispo de Autun, con el sable al costado, estaba cubierto con un sombrero á lo Enrique IV. La importancia de los sucesos impedia que se tomase á risa estas transformaciones de trajes.

El prelado hizo el elogio del conquistador de Italia: «Gusta, dice, de los canticos de Ossian sobre todo, porque ellos separan de la tierra. Lejos de temer lo que se llama su ambicion, nos será preciso tal vez el ir á solicitarla algun día, para arrancarle de las dulzuras de su retiro.»

¡Prediccion maravillosa!

El hermano de San Luis en Gaudelle, Carlos VIII en Fornone, Luis XII en Aguadel, Francisco I en Mariñan, Lautrec en Rávena, Catinat en Turin, se hallan á mucha distancia del nuevo general. Los triunfos de Napoleón no han tenido ejemplo.

Los miembros del directorio, temiendo un despotismo superior que amenazaba todos los despotismos, habian visto con inquietud los homenajes que se tributaban á Napoleón, trataban de desembarazarse de su presencia, y daban pábulo á los deseos que manifestaba hacia una expedicion en el Oriente. Decia Napoleón: «La Europa es un monton de tierra insignificante; no ha habido grandes imperios y grandes revoluciones sino en el Oriente, ya no puedo aqui adquirir mas gloria; esta reducida Europa no puede dar mas de sí.»

Napoleón, como un niño, hallábase muy contento por haber sido elegido miembro del Instituto. Pedia únicamente el plazo de seis años para ir á las Indias y volver: «No tengo mas que veinte y nueve años; decia para sí; soy muy jóven; cuando vuelva tendré treinta y cinco.»

Nombrado general de un ejército denominado de Inglaterra, y que se hallaba distribuido en Brest y en Amberes, pasó su tiempo en inspecciones, en excitar á las autoridades civiles y científicas, en tanto que se reunian las tropas que debian componer el ejército de Egipto. Sobrevino la cuestion de la bandera tricolor y del gorro encarnado que el embajador francés en Viena, el general Bernadotte, habia colocado sobre la puerta de su palacio. El directorio se disponia á retener á Napoleón para oponerle á una nueva guerra posible, cuando Mr. de Cobenzel previno el rompimiento, y Bonaparte recibió la orden de marchar. La Italia republicana, la Holanda trasformada en república, la paz dejando soldados inútiles á la Francia extendidos hasta el Rhin, el directorio en su tímida prevision se apresuró á alejar al vencedor. Los sucesos del Egipto cambiaron á la vez la fortuna y el genio de Napoleón, añadiendo nuevo esplendor á su genio ya demasiado brillante, con un rayo de sol que iluminó la columna de nube y de fuego.

EXPEDICION DE EGIPTO.—MALTA.—BATALLA DE LAS PIRÁMIDES.—EL CAIRO.—NAPOLEON EN LA GRAN PIRÁMIDE.—SUEZ.

Tolon 19 de mayo de 1798.

PROCLAMA.

«Soldados: Vosotros sois una de las alas del ejército de Inglaterra.

»Hebeis hecho la guerra en las montañas, en las llanuras, en las ciudades; os falta ahora hacer la guerra marítima.

»Las legiones romanas, á quienes habeis imitado algunas veces, pero con las que nunca os habeis aun igualado, combatian á un mismo tiempo contra Cartago sobre estos mares y sobre las llanuras de Zama. La victoria jamás les abandonó, porque siempre fueron valientes, sufridos en las fatigas, disciplinados, y siempre estuvieron unidos entre sí.

»¡Soldados: la Europa tiene fijos sus ojos sobre vosotros! Teneis grandes empresas que llevar á cabo, batallas, peligros y fatigas que vencer; hareis aun mas de lo que hasta aqui habeis hecho por la prosperidad de la patria, por la felicidad de los hombres y por vuestra propia gloria.»

Después de esta proclama, llena de recuerdos, se embarcó Napoleón. Cree uno hablar de Homero ó del héroe que guardaba los cantos de Moisés en una caja de oro. Este hombre no camina despacio: apenas ha postrado la Italia á sus piés, aparece en Egipto: novelesco episodio con que ennoblece su vida real. Lo mismo que Carlomagno, une á su historia una epopeya. En la biblioteca que llevó consigo se hallaba á *Ossian*, *Werther*, *La Nueva Eoisia* y *El Antiguo Testamento*: extraño conjunto que demuestra el caos de la cabeza de Napoleón. Confundia las ideas positivas con los sentimientos romancescos, los sistemas y las utopías, los estudios serios y los delirios de la imaginacion, la sabiduría y la locura. De estos abortos incoherentes del siglo sacó su imperio: sueño inmenso, pero rápido, como la noche que le habia engendrado.

El 9 de mayo de 1798 entró Bonaparte en Tolon, y fué al hotel de la Marina; diez dias después se embarcó en el navio almirante *El Oriente*; el 19 de mayo se dió á la vela, y salió del mismo punto en que por la primera vez habia derramado sangre, y sangre francesa. Los asesinatos de Tolon le prepararon para los de Jaffa. Llevaba consigo á los generales primogénitos de su gloria, Berthier, Caffarelli, Kleber, Desaix, Lannes, Murat y Menon, yendo acompañado de trece navios de línea, catorce fragatas y cuatrocientos barcos de transporte.

Nelson le dejó escapar del puerto y le perdió de vista en el mar, aunque nuestros navios llegaron á estar á seis leguas de distancia de los navios ingleses. Desde el mar de la Sicilia vió Napoleón la cima de los Apeninos, y exclamó: «No puedo ver sin emocion la tierra de Italia; allí está el Oriente; vamos á él.» Al divisar á Ida habló de Minos y de la sabiduría de los pueblos antiguos. En la travesía, Bonaparte se complacia en reunir á las personas mas científicas que le acompañaban, y promovia discusiones, en las que se unia regularmente á la opinion mas absurda ó á la mas atrevida: informábase de sí los planetas estaban habitados cuando fueron destruidos por el fuego y por el agua, como si se hallase encargado de la inspeccion del ejército celeste.

Llega á Malta, desaloja la antigua orden de caballería refugiada en el agujero de una roca marina, y después invade las ruinas de la ciudad de Alejandro. Al amanecer divisa la columna de Pompeyo, que veia yo desde mi navio al alejarme de la Libia. Desde aquel momento, inmortalizado por un grande y triste nombre, se lanza y escala las murallas, tras de las que se hallaba en otro tiempo el depósito de los remedios del alma y las agujas de Cleopatra, hoy por tierra entre los descarnados perros. Fuéranse las puertas de Rosetta, y las tropas francesas se precipitan en los dos puertos y en el faro. ¡Espectáculo horroroso! El ayudante general Boyer escribe á su familia lo siguiente:

«Los turcos, desalojados de todas sus posiciones,

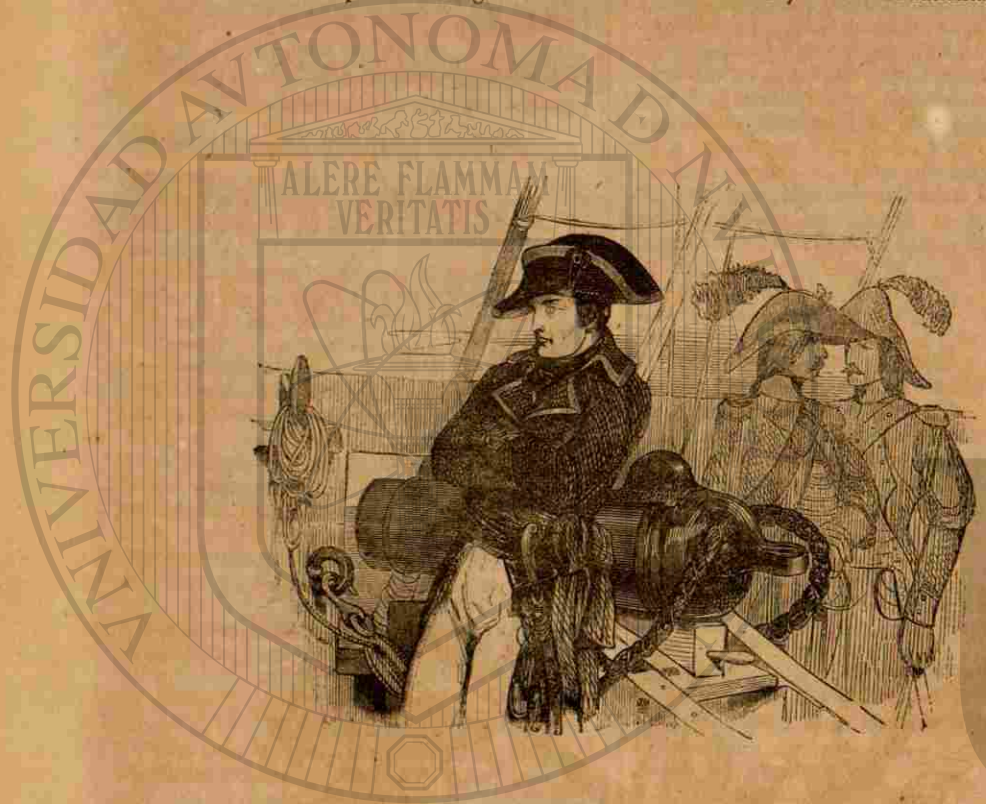
se acogen á la casa de su dios y de su profeta : invaden las mezquitas ; hombres , mujeres , ancianos , jóvenes y niños , todos son asesinados .»

Bonaparte habia dicho al obispo de Malta : — « Podéis asegurar á vuestra diócesis que la religion católica apostólica romana no solo será respetada , sino que sus ministros serán especialmente protegidos .» Al llegar á Egipto dijo : — « Pueblos de Egipto , yo respeto mas que los mamelucos á Dios , á su profeta y al Koran . Los franceses son amigos de los musulmanes . Há poco que marchando sobre Roma han derrocado el trono del papa , que enseñaba á los cristianos contra los sectarios del islamismo . Despues han dirigido su rumbo

hácia Malta , y han expulsado de allí á los que se decian enviados de Dios para hacer la guerra á los musulmanes . Si los mamelucos son los arrendadores del Egipto , enseñen la escritura que Dios les ha otorgado .»

Napoleon , delante de las pirámides , gritó á sus soldados : — « Tened presente que de lo alto de esos monumentos cuarenta siglos os contemplan .» Entra en el Cairo ; su flota se abrasa en Aboukir ; el ejército de Oriente queda separado de la Europa . Julian (de la Drome) , hijo de Julian el convencionista , testigo de aquella catástrofe , la cuenta por minutos :

« Son las siete ; la noche se adelanta , y el fuego si-



ESPEDICION DE BONAPARTE A EGIPTO.

que cada vez con mas fuerza . A las nueve y algunos minutos ; el navío estalla . Las diez ; el fuego se debilita , y la luna se levanta por la derecha del sitio en que he visto la explosion del navío .»

Bonaparte en el Cairo declara al gefe de la religion que él será el restaurador de las mezquitas : envia su nombre á la Arabia , á la Etiopía y á las Indias . El Cairo se levanta , y Bonaparte lo bombardea en medio de una tempestad : el inspirado dice á los creyentes : — « Podria yo pedir cuenta á cada uno de vosotros de los mas secretos sentimientos de vuestro corazon , porque yo lo sé todo , aun aquello que á nadie habeis revelado .» El gran scherif de la Meca le titula en una carta el protector de la Kaaba (1) : el papa , en una comunicacion , le dice *mi muy querido hijo* .

(1) Kaaba , ó sea santa mezquita de la Meca , que segun Mahoma fue edificada por Adan , Abraham é Ismael , en la que se halla la célebre piedra negra engastada en un marco de plata que servia en otro tiempo de idolo á los arabes paganos . Junto al templo se halla el pozo de Ismael . Entrase á la Kaaba por unas puertas de plata que no se abren mas

Por una debilidad de su naturaleza , Bonaparte preferia muy á menudo su lado débil á su lado fuerte . No le satisfacía el ganarlo todo de un golpe ; la mano que pesaba sobre el mundo se complacia en hacer juegos de manos ; seguro , cuando usaba de sus facultades , de desquitarse de las pérdidas , su genio era el reparador de su carácter . ¿ Por qué no se presentó desde luego como el heredero de los caballeros andantes ? Por su posicion equívoca , á los ojos de los pueblos era un falso cristiano y un falso mahometano . Admirar las impiedades sistemáticas , no reconocer su miseria , es engañarse miserablemente ; y no puede uno menos de llorar cuando el gigante se dedica al ridículo papel de hipócrita . Los infieles ofrecieron á San Luis cautivo la corona de Egipto , porque se habia siempre conservado , decian los historiadores árabes , el mas orgulloso cristiano que se ha conocido jamás .

que tres veces al año . Una vez la abren los hombres , otra las mujeres , y otra vez se abre para lavar el edificio , no pudiéndose penetrar en él sino de rodillas . Hay dentro cuarenta eunucos encargados de su custodia y de su aseo . (N. del T.)

Cuando estuve yo en el Cairo , esta ciudad conservaba la huella de los franceses : habia un jardín público , obra nuestra , plantado de palmeras . En otro tiempo se hallaba rodeado de fondas , pero desgraciadamente nuestros soldados , semejantes á los antiguos

egipcios , paseaban un ataud enrededor de sus festines .

¡ Qué espectáculo tan admirable si se pudiese creer en él ! Bonaparte , sentado en el interior de la pirámide de Cheops , sobre el sarcófago de un Faraon , cu-



BATALLA DE LAS PIRAMIDES.

ya momia habia desaparecido , y hablando con los muphtis y los imanes . Sin embargo , copiemos lo que dice *El Moniteur* como un trabajo de la musa . Ya que no sea la historia material de Napoleon , es la historia de su inteligencia , y esto es algo . Oigamos salir de las entrañas de un sepulcro esa voz que oirán todos los siglos .

(*Moniteur* 27 de noviembre de 1797.)

« En el dia de hoy , 25 terminador del año iv de la

república francesa , una é indivisible , correspondiente al 28 de la luna de Mucharim , el año de la egira 1213 el general en gefe , acompañado de muchos oficiales de estado mayor del ejército y de muchos miembros del Instituto nacional , se trasladó á la gran pirámide llamada de Cheops , dentro de la cual le esperaban muchos muphtis é imanes encargados de enseñarle su construccion interior .

» La última sala en que se detuvo el general en gefe está en forma de bóveda muy aplanada , y tiene treinta y dos pies de larga , diez y seis de ancho , y diez y

nueve de altura. Allí no vió mas que una sepultura de granito de cerca de ocho piés de largo sobre unos cuatro de espesor, que contenía la momia de un Faraon. Sentóse sobre aquella mole de granito, é hizo tomar asiento á su lado á los muphtis é imanes, Suleiman, Ibrahim y Mahamed, con los que tuvo la siguiente conversacion en presencia de toda su escolta:

»Bonaparte. Dios es grande, y sus obras son maravillosas. ¡Hé aquí un gran trabajo de la mano del hombre! ¿Qué fin se llevaría el que hizo construir esta pirámide?

Suleiman. Fue un poderoso rey de Egipto, cuyo nombre se cree que era Cheops. Quería impedir que los sacrilegos viniesen á turbar el reposo de sus cenizas.

»Bonaparte. El gran Ciro mandó que le enterraran al aire libre para que su cuerpo volviese á los elementos: ¿piensas tú que no obró con mas cordura, lo crees tú?

Suleiman (inclinándose). ¡Gloria á Dios, á quien toda gloria es debida!

»Bonaparte. ¡Gloria á Allah! no hay mas Dios que Dios; Mahoma es su profeta, y yo soy uno de sus amigos.

Ibrahim. ¡Que los ángeles de la victoria barran el polvo de tu camino y te cubran con sus alas! El mameuco ha merecido la muerte!

»Bonaparte. Ha sido entregado á los ángeles negros Moukir y Quarquir.

Suleiman. El extendió las manos de la rapina sobre las tierras, las mieses y los caballos del Egipto.

»Bonaparte. Los tesoros, la industria y la amistad de los francos serán compartidos con vosotros en tanto que subís al sétimo cielo, y que sentados al lado de las huris de negros ojos, siempre negros, siempre vírgenes, reposeis á la sombra del labá, cuyas ramas ofrecerán á los musulmanes todo cuanto pueden desear.»

Semejantes farsas nada disminuyen la gravedad de las pirámides:

Vingt siècles, descendus dans l'éternelle nuit;
Y sont sans mouvement, sans lumière et sans bruit.

«Veinte siglos escondidos en la eterna noche, están allí sin movimiento, sin luz y sin ruido.»

Bonaparte, reemplazando á Cheops en aquella cripta (1) secular, hubiera aumentado su renombre, pero es falso que jamás entrase en aquel vestibulo de la muerte.

«En el resto de nuestra navegacion por el Nilo, decía yo en el *Itinerario*, permanecí sobre el puente, contemplando aquellas tumbas. Los grandes monumentos constituyen una parte esencial de la gloria de las sociedades humanas: ellos llevan la memoria de un pueblo mas allá de su existencia y le hacen vivir contemporáneo de las generaciones que vienen á establecerse en los campos abandonados.»

Demos gracias á Bonaparte y á las pirámides por habernos justificado, á nosotros, pobres de estado, llenos de poesía, que andamos á caza de anécdotas sobre las ruinas.

Leyendo las proclamas, las órdenes del día y los discursos de Bonaparte, se convence uno de que procuraba presentarse como un enviado del cielo, imitando á Alejandro. Callisthenes, á quien el macedonio trató despues tan cruelmente en castigo sin duda de la adulacion del filósofo, fue el encargado de probar que el hijo de Filipo era hijo de Júpiter, y así se ve

(1) Nombre dado en geología á las galerías subterráneas que parecen haber sido abiertas por la mano del hombre.

en un fragmento de Callisthenes, conservado por Strabon. La *Conferencia de Alejandro*, de Pasquier, es un dialogo de muertos, entre Alejandro, el gran conquistador, y Rabelais, el burlon:

«Haz pasar ante la vista, dice Alejandro á Rabelais, todas esas comarcas que hay allá abajo, y no hallarás ningun personaje de fama que para dar autoridad á sus ideas no haya querido dar á entender que tenía grande familiaridad con los dioses.» Rabelais responde. «Alejandro, si te he de hablar con verdad, jamás me entretuve, jamás, en ocuparme de tus particularidades, ni aun en lo relativo al vino. Pero ¿qué provecho sacas ahora de tu grandeza? ¿Eres, por ventura, distinto de mí? El sentimiento de lo perdido te debe causar tanta pesadumbre, que sería mucho mejor para tí que juntamente con el cuerpo hubieras perdido la memoria.»

Y sin embargo, al ocuparse de Alejandro, se equivocaba Bonaparte con respecto á sí mismo, á la época y á la religion actual. Hoy dia nadie puede hacerse pasar por un dios. Las hazañas de Napoleon en el Levanté no se hallaban aun unidas á la conquista de Europa, y no habian tenido resultados suficientemente grandes para imponer á los musulmanes, aun cuando le apellidaban el *Sultan de Fuego*. «Alejandro, á la edad de treinta y tres años, dice Montaigne, habia pasado victorioso por toda la tierra habitable, y en media vida habia llegado al apogeo del poder de la humana naturaleza. Mas reyes y príncipes han escrito sus hazañas que historiadores han escrito las hazañas de otros reyes.»

Desde el Cairo, Bonaparte se dirigió á Suez; vió el mar, cuyas aguas separó Moisés, y que se precipitaron sobre Faraon. Reconoció las huellas del canal comenzado por Sesostris, ensanchado por los persas, y continuado por el segundo de los Ptolomeos, y cuyas obras fueron empezadas de nuevo por los sultanes, con el objeto de extender al Mediterráneo el comercio del mar Rojo. Proyectoó conducir un ramal del Nilo al golfo de Arabia: en el fondo de este golfo trazó su imaginacion un nuevo Ophir, en que habria todos los años una feria para los comerciantes de perfumes, aromas, telas de seda, y de todos los objetos preciosos de Mascate, de la China, de Ceylan, de Sumatra, de Filipinas y de las Indias. Los cenobitas descendían del Sinai, y le ruegan que inscriba su nombre al lado del de Saladino en el libro de sus *garantías*.

De vuelta al Cairo, celebra Bonaparte el aniversario de la fundacion de la república, dirigiendo estas palabras á sus soldados: «Cinco años hace que fue amenazada la independencia del pueblo francés; pero vosotros os apoderasteis de Tolon: aquello fue el presagio de la ruina de vuestros enemigos. Un año despues derrotábais á los austriacos en Dego; el año siguiente os hallábais en la cima de los Alpes; luchábais contra Mantua: hace tres años alcanzábais la celebre victoria de San Jorge; el año pasado os hallábais en el nacimiento del Drave y del Isonzo de vuelta de Alemania. ¿Quién hubiera dicho entonces que hoy estaríais en las orillas del Nilo y en el centro del antiguo continente?»

OPINION DEL EJÉRCITO.

«Pero Bonaparte, rodeado de tantos cuidados y ocupado en tantos proyectos, tenía por ventura ideas fijas? En tanto que parecia que deseaba permanecer en Egipto, la ficcion no le cegaba sobre la realidad, y escribia á su hermano José: «Pienso estar en Francia dentro de dos meses: haz de modo que á mi llegada pueda disponer de una casa de campo, bien en los alrededores de París ó bien en Borgoña, pues pienso pasar el invierno en ella.» No calculaba Bo-

naparte lo que pudiera oponerse á su vuelta: su voluntad era su destino y su fortuna. Habiendo esta correspondencia caido en poder del almirantazgo, los ingleses llegaron hasta á decir que Napoleon no habia tenido otra mision que la de hacer perecer su ejército. En otra de las cartas de Bonaparte se queja este de la coquetería de su esposa.

Los franceses en Egipto eran tanto mas dignos de admiracion, cuanto que conocian la extension de sus males: un sargento de caballería escribia á un amigo suyo: «Di á Ledoux que nunca caiga en la tentacion de venir á este maldito país.»

Avrieny dice: «Todos los habitantes que vienen del interior dicen que Alejandria es la ciudad mas bonita que hay. ¡Ah! ¿cómo serán las demás? Figúraos un amontonamiento confuso de casas mal construidas y de un solo piso; las mas elegantes con azotea, con una pequeña puerta de madera y cerradura de lo mismo: no hay ventanas, y si únicamente una verja de madera, tan espesa, que nada puede verse por ella. Calles estrechas, si se exceptúan la del barrio de los Francos y el distrito de los grandes señores. Los habitantes pobres, que forman el mayor número, van casi desnudos, pues solo llevan una camisa azul que les llega á la mitad del muslo, un cinturón y un turbante andrajoso. ¡Estoy harto de este país encantador, y me enfurezco solo de pensar que me hallo en el maldito Egipto! Arena por todas partes. ¡Y cuántos se han llevado chasco! ¡Todos esos aventureros, ó por mejor decir, todos estos ladrones que vinieron con nosotros andan cabizbajos, y desearian volver por allí; ya lo creol!»

El capitán Rossi escribia: «Estamos en un estado miserable, y existe un descontento general en el ejército: nunca el despotismo ha llegado al grado que hoy tiene: soldados ha habido que se han dado la muerte delante de su general en jefe, diciéndole:— ¡Esta es tu obra!»

El nombre de Tallien terminará la lista de estos nombres, hoy dia desconocidos:

Tallien á Mad. Tallien.

«En cuanto á mí, querida amiga, estoy aquí, como ya sabes, contra todo mi gusto; mi posicion se hace cada dia mas insostenible, pues separado de mi país, de todos los objetos que me son queridos, no puedo saber cuando llegará el momento de aproximarme á ellos.

«Te confieso ingenuamente que preferiría mil veces vivir contigo y con tu hija, retirado en cualquier rincón de la tierra, lejos de todas las pasiones y de todas las intrigas, y te aseguro que si tengo la dicha de volver á pisar el suelo de mi país, será para no dejarlo nunca. Entre los cuarenta mil franceses que estamos aquí no hay cuatro que piensen de distinta manera que yo.»

«Nada hay mas triste que la vida que aquí pasamos; nos hallamos faltos de todo. Cinco dias hace que no he cerrado los ojos; tengo el suelo por cama; las moscas, las chinches, las hormigas, los mosquitos, todos los insectos nos devoran; y cien veces al dia recuerdo nuestro retiro encantador: no te deshagas de él, querida amiga, yo te lo ruego.

«Adios, mi buena Teresia, las lágrimas inundan mis ojos. Los dulces recuerdos de tu bondad, de nuestro amor, la esperanza de volverte á ver amante y fiel, y de abrazar á mi querida hija, sostiene únicamente al desgraciado.»

Esta unanimidad de quejas es la exageracion natural de hombres caidos de la altura de sus ilusiones: en todos tiempos los franceses han soñado con el Oriente; la edad media les habia enseñado el camino; si no tenían fe suficiente para ser llevados á conquistar el Santo Sepulcro, tenían la intrepidez de los cru-

zados, la creencia de los reyes y de las bellezas que habian acumulado al lado de Godofredo los coronistas y los trovadores. Los vencedores de Italia habian visto un país rico que invadir, caravanas que saquear, caballos, armas y serrallos que conquistar; los romances habian visto á la princesa de Antioquia, y los sabios unian sus sueños al entusiasmo de los poetas. Todo cuanto se habia dicho fue una indudable realidad, hasta que hizo su viaje Antenor: iban, pues, á penetrar en el misterioso Egipto, á bajar á las catacumbas, á registrar las pirámides, á encontrar manuscritos ignorados, á descifrar geroglíficos y á despertar á Thermosiris. Cuando en lugar de todo esto, el instituto desencantado en las pirámides, los soldados, no encontrando mas que montañas desnudas y chozas de tierra, se hallaron en lucha con la peste, con los beduinos y los mamelucos, el descontento se hizo general. Pero la injusticia del sufrimiento les cegó sobre el resultado definitivo. Los franceses sentaron en Egipto las semillas de civilizacion que Mehemet cultivó despues; la gloria de Bonaparte aumentó con aquella campaña; un rayo de luz penetró en las tinieblas del islamismo, y la barbarie sufrió un gran descalabro.

CAMPAÑA DE SIRIA.

Para prevenir las hostilidades de los hajás de la Siria y perseguir algunos mamelucos, entró Bonaparte en esta parte del mundo, á la que le habia relegado el combate de Aboukir: esto fue en 22 de febrero. Napoleon se engañaba; aquello no era otra cosa que uno de sus muchos sueños de poder. Mas dichoso que Cambises, atravesó los arenales sin ser sorprendido por el viento del Mediodía; acampa en medio de las tumbas; asalta el Arich, y triunfa en Gaza. «Nos hallábamos, escribe Bonaparte, el dia 6 en las columnas colocadas en los límites del Africa y del Asia: por la noche dormimos en Asia.» Este hombre grande marchaba á la conquista del mundo.

Jaffa pasó á nuestro poder: despues del asalto, una parte de la guarnicion, que ascendía, segun Bonaparte, á unos mil quinientos hombres, y que, segun otros, ascendía á tres mil, se rindió, y se la ofreció el perdon: dos dias despues mandó Bonaparte pasarla por las armas.

Walter Scott y sir Roberto Wilson refieren esta crueldad. Napoleon, en Santa Elena, no ha tenido reparo alguno en confesarlo á lord Ebrington y al doctor O'Meara. Pero hacia recaer la culpa en la posicion en que se hallaba entonces: *no podía dar de comer á los prisioneros; no podía tampoco enviarlos á Egipto bajo la custodia de una escolta.* ¿Los habia de dejar en libertad bajo su palabra? No podían ellos *ni aun comprender* lo que era el honor ni estos usos europeos.—«Wellington en mi lugar, dice, *hubiera obrado como yo.*»

Dice Mr. Thiers: «Napoleon tuvo que decidirse á adoptar aquella terrible medida, que es el único acto de crueldad de su vida: hizo pasar á cuchillo á los prisioneros que le quedaban: el ejército llevó á cabo sumiso, pero con una especie de horror, aquella ejecucion que se le habia encomendado.»

El único acto de crueldad de su vida: mucho decir es eso, despues de las matanzas de Tolon, y despues de tantas campañas en que Napoleon miró con la mayor indiferencia la vida de los hombres. Honroso es para la Francia el que nuestros soldados bayan protestado por una especie de horror contra la crueldad de su general.

Pero los asesinatos de Jaffa, ¿ponían en salvo á nuestro ejército? ¿No vió Bonaparte con qué facilidad un puñado de franceses derrotó las fuerzas del bajá de Damasco? En Aboukir ¿no derrotó él con unos pocos

nueve de altura. Allí no vió mas que una sepultura de granito de cerca de ocho piés de largo sobre unos cuatro de espesor, que contenía la momia de un Faraon. Sentóse sobre aquella mole de granito, é hizo tomar asiento á su lado á los muphtis é imanes, Suleiman, Ibrahim y Mahamed, con los que tuvo la siguiente conversacion en presencia de toda su escolta:

»Bonaparte. Dios es grande, y sus obras son maravillosas. ¡Hé aquí un gran trabajo de la mano del hombre! ¿Qué fin se llevaría el que hizo construir esta pirámide?

Suleiman. Fue un poderoso rey de Egipto, cuyo nombre se cree que era Cheops. Quería impedir que los sacrilegos viniesen á turbar el reposo de sus cenizas.

»Bonaparte. El gran Ciro mandó que le enterraran al aire libre para que su cuerpo volviese á los elementos: ¿piensas tú que no obró con mas cordura, lo crees tú?

Suleiman (inclinándose). ¡Gloria á Dios, á quien toda gloria es debida!

»Bonaparte. ¡Gloria á Allah! no hay mas Dios que Dios; Mahoma es su profeta, y yo soy uno de sus amigos.

Ibrahim. ¡Que los ángeles de la victoria barran el polvo de tu camino y te cubran con sus alas! El mameuco ha merecido la muerte!

»Bonaparte. Ha sido entregado á los ángeles negros Moukir y Quarquir.

Suleiman. El extendió las manos de la rapina sobre las tierras, las mieses y los caballos del Egipto.

»Bonaparte. Los tesoros, la industria y la amistad de los francos serán compartidos con vosotros en tanto que subís al sétimo cielo, y que sentados al lado de las huris de negros ojos, siempre negros, siempre vírgenes, reposeis á la sombra del labo, cuyas ramas ofrecerán á los musulmanes todo cuanto pueden desear.»

Semejantes farsas nada disminuyen la gravedad de las pirámides:

Vingt siècles, descendus dans l'éternelle nuit;
Y sont sans mouvement, sans lumière et sans bruit.

«Veinte siglos escondidos en la eterna noche, están allí sin movimiento, sin luz y sin ruido.»

Bonaparte, reemplazando á Cheops en aquella cripta (1) secular, hubiera aumentado su renombre, pero es falso que jamás entrase en aquel vestibulo de la muerte.

«En el resto de nuestra navegacion por el Nilo, decía yo en el *Itinerario*, permanecí sobre el puente, contemplando aquellas tumbas. Los grandes monumentos constituyen una parte esencial de la gloria de las sociedades humanas: ellos llevan la memoria de un pueblo mas allá de su existencia y le hacen vivir contemporáneo de las generaciones que vienen á establecerse en los campos abandonados.»

Demos gracias á Bonaparte y á las pirámides por habernos justificado, á nosotros, pobres de estado, llenos de poesía, que andamos á caza de anécdotas sobre las ruinas.

Leyendo las proclamas, las órdenes del día y los discursos de Bonaparte, se convence uno de que procuraba presentarse como un enviado del cielo, imitando á Alejandro. Callisthenes, á quien el macedonio trató despues tan cruelmente en castigo sin duda de la adulacion del filósofo, fue el encargado de probar que el hijo de Filipo era hijo de Júpiter, y así se ve

(1) Nombre dado en geología á las galerías subterráneas que parecen haber sido abiertas por la mano del hombre.

en un fragmento de Callisthenes, conservado por Strabon. La *Conferencia de Alejandro*, de Pasquier, es un dialogo de muertos, entre Alejandro, el gran conquistador, y Rabelais, el burlon:

«Haz pasar ante la vista, dice Alejandro á Rabelais, todas esas comarcas que hay allá abajo, y no hallarás ningun personaje de fama que para dar autoridad á sus ideas no haya querido dar á entender que tenía grande familiaridad con los dioses.» Rabelais responde. «Alejandro, si te he de hablar con verdad, jamás me entretuve, jamás, en ocuparme de tus particularidades, ni aun en lo relativo al vino. Pero ¿qué provecho sacas ahora de tu grandeza? ¿Eres, por ventura, distinto de mí? El sentimiento de lo perdido te debe causar tanta pesadumbre, que sería mucho mejor para tí que juntamente con el cuerpo hubieras perdido la memoria.»

Y sin embargo, al ocuparse de Alejandro, se equivocaba Bonaparte con respecto á sí mismo, á la época y á la religion actual. Hoy dia nadie puede hacerse pasar por un dios. Las hazañas de Napoleon en el Levanté no se hallaban aun unidas á la conquista de Europa, y no habian tenido resultados suficientemente grandes para imponer á los musulmanes, aun cuando le apellidaban el *Sultan de Fuego*. «Alejandro, á la edad de treinta y tres años, dice Montaigne, habia pasado victorioso por toda la tierra habitable, y en media vida habia llegado al apogeo del poder de la humana naturaleza. Mas reyes y príncipes han escrito sus hazañas que historiadores han escrito las hazañas de otros reyes.»

Desde el Cairo, Bonaparte se dirigió á Suez; vió el mar, cuyas aguas separó Moisés, y que se precipitaron sobre Faraon. Reconoció las huellas del canal comenzado por Sesostris, ensanchado por los persas, y continuado por el segundo de los Ptolomeos, y cuyas obras fueron empezadas de nuevo por los sultanes, con el objeto de extender al Mediterráneo el comercio del mar Rojo. Proyectoó conducir un ramal del Nilo al golfo de Arabia: en el fondo de este golfo trazó su imaginacion un nuevo Ophir, en que habria todos los años una feria para los comerciantes de perfumes, aromas, telas de seda, y de todos los objetos preciosos de Mascate, de la China, de Ceylan, de Sumatra, de Filipinas y de las Indias. Los cenobitas descienden del Sinai, y le ruegan que inscriba su nombre al lado del de Saladin en el libro de sus *garantias*.

De vuelta al Cairo, celebra Bonaparte el aniversario de la fundacion de la república, dirigiendo estas palabras á sus soldados: «Cinco años hace que fue amenazada la independencia del pueblo francés; pero vosotros os apoderasteis de Tolon: aquello fue el presagio de la ruina de vuestros enemigos. Un año despues derrotábais á los austriacos en Dego; el año siguiente os hallábais en la cima de los Alpes; luchábais contra Mantua: hace tres años alcanzábais la celebre victoria de San Jorge; el año pasado os hallábais en el nacimiento del Drave y del Isonzo de vuelta de Alemania. ¿Quién hubiera dicho entonces que hoy estaríais en las orillas del Nilo y en el centro del antiguo continente?»

OPINION DEL EJÉRCITO.

«Pero Bonaparte, rodeado de tantos cuidados y ocupado en tantos proyectos, tenía por ventura ideas fijas? En tanto que parecia que deseaba permanecer en Egipto, la ficcion no le cegaba sobre la realidad, y escribia á su hermano José: «Pienso estar en Francia dentro de dos meses: haz de modo que á mi llegada pueda disponer de una casa de campo, bien en los alrededores de París ó bien en Borgoña, pues pienso pasar el invierno en ella.» No calculaba Bo-

naparte lo que pudiera oponerse á su vuelta: su voluntad era su destino y su fortuna. Habiendo esta correspondencia caido en poder del almirantazgo, los ingleses llegaron hasta á decir que Napoleon no habia tenido otra mision que la de hacer perecer su ejército. En otra de las cartas de Bonaparte se queja este de la coquetería de su esposa.

Los franceses en Egipto eran tanto mas dignos de admiracion, cuanto que conocian la extension de sus males: un sargento de caballería escribia á un amigo suyo: «Di á Ledoux que nunca caiga en la tentacion de venir á este maldito país.»

Avrieny dice: «Todos los habitantes que vienen del interior dicen que Alejandria es la ciudad mas bonita que hay. ¡Ah! ¿cómo serán las demás? Figúraos un amontonamiento confuso de casas mal construidas y de un solo piso; las mas elegantes con azotea, con una pequeña puerta de madera y cerradura de lo mismo: no hay ventanas, y si únicamente una verja de madera, tan espesa, que nada puede verse por ella. Calles estrechas, si se exceptúan la del barrio de los Francos y el distrito de los grandes señores. Los habitantes pobres, que forman el mayor número, van casi desnudos, pues solo llevan una camisa azul que les llega á la mitad del muslo, un cinturón y un turbante andrajoso. ¡Estoy harto de este país encantador, y me enfurezco solo de pensar que me hallo en el maldito Egipto! Arena por todas partes. ¡Y cuántos se han llevado chasco! ¡Todos esos aventureros, ó por mejor decir, todos estos ladrones que vinieron con nosotros andan cabizbajos, y desearian volver por allí; ya lo creol!»

El capitán Rossi escribia: «Estamos en un estado miserable, y existe un descontento general en el ejército: nunca el despotismo ha llegado al grado que hoy tiene: soldados ha habido que se han dado la muerte delante de su general en jefe, diciéndole:— ¡Esta es tu obra!»

El nombre de Tallien terminará la lista de estos nombres, hoy dia desconocidos:

Tallien á Mad. Tallien.

«En cuanto á mí, querida amiga, estoy aquí, como ya sabes, contra todo mi gusto; mi posicion se hace cada dia mas insostenible, pues separado de mi país, de todos los objetos que me son queridos, no puedo saber cuando llegará el momento de aproximarme á ellos.

«Te confieso ingenuamente que preferiría mil veces vivir contigo y con tu hija, retirado en cualquier rincón de la tierra, lejos de todas las pasiones y de todas las intrigas, y te aseguro que si tengo la dicha de volver á pisar el suelo de mi país, será para no dejarlo nunca. Entre los cuarenta mil franceses que estamos aquí no hay cuatro que piensen de distinta manera que yo.»

«Nada hay mas triste que la vida que aquí pasamos; nos hallamos faltos de todo. Cinco dias hace que no he cerrado los ojos; tengo el suelo por cama; las moscas, las chinches, las hormigas, los mosquitos, todos los insectos nos devoran; y cien veces al dia recuerdo nuestro retiro encantador: no te deshagas de él, querida amiga, yo te lo ruego.

«Adios, mi buena Teresia, las lágrimas inundan mis ojos. Los dulces recuerdos de tu bondad, de nuestro amor, la esperanza de volverte á ver amante y fiel, y de abrazar á mi querida hija, sostiene únicamente al desgraciado.»

Esta unanimidad de quejas es la exageracion natural de hombres caidos de la altura de sus ilusiones: en todos tiempos los franceses han soñado con el Oriente; la edad media les habia enseñado el camino; si no tenían fe suficiente para ser llevados á conquistar el Santo Sepulcro, tenían la intrepidez de los cru-

zados, la creencia de los reyes y de las bellezas que habian acumulado al lado de Godofredo los coronistas y los trovadores. Los vencedores de Italia habian visto un país rico que invadir, caravanas que saquear, caballos, armas y serrallos que conquistar; los romances habian visto á la princesa de Antioquia, y los sabios unian sus sueños al entusiasmo de los poetas. Todo cuanto se habia dicho fue una indudable realidad, hasta que hizo su viaje Antenor: iban, pues, á penetrar en el misterioso Egipto, á bajar á las catacumbas, á registrar las pirámides, á encontrar manuscritos ignorados, á descifrar geroglíficos y á despertar á Thermosiris. Cuando en lugar de todo esto, el instituto desencantado en las pirámides, los soldados, no encontrando mas que montañas desnudas y chozas de tierra, se hallaron en lucha con la peste, con los beduinos y los mamelucos, el descontento se hizo general. Pero la injusticia del sufrimiento los cegó sobre el resultado definitivo. Los franceses sentaron en Egipto las semillas de civilizacion que Mehemet cultivó despues; la gloria de Bonaparte aumentó con aquella campaña; un rayo de luz penetró en las tinieblas del islamismo, y la barbarie sufrió un gran descalabro.

CAMPAÑA DE SIRIA.

Para prevenir las hostilidades de los hajás de la Siria y perseguir algunos mamelucos, entró Bonaparte en esta parte del mundo, á la que le habia relegado el combate de Aboukir: esto fue en 22 de febrero. Napoleon se engañaba; aquello no era otra cosa que uno de sus muchos sueños de poder. Mas dichoso que Cambises, atravesó los arenales sin ser sorprendido por el viento del Mediodía; acampa en medio de las tumbas; asalta el Arich, y triunfa en Gaza. «Nos hallábamos, escribe Bonaparte, el dia 6 en las columnas colocadas en los límites del Africa y del Asia: por la noche dormimos en Asia.» Este hombre grande marchaba á la conquista del mundo.

Jaffa pasó á nuestro poder: despues del asalto, una parte de la guarnicion, que ascendía, segun Bonaparte, á unos mil quinientos hombres, y que, segun otros, ascendía á tres mil, se rindió, y se la ofreció el perdon: dos dias despues mandó Bonaparte pasarla por las armas.

Walter Scott y sir Roberto Wilson refieren esta crueldad. Napoleon, en Santa Elena, no ha tenido reparo alguno en confesarlo á lord Ebrington y al doctor O'Meara. Pero hacia recaer la culpa en la posicion en que se hallaba entonces: *no podía dar de comer á los prisioneros; no podía tampoco enviarlos á Egipto bajo la custodia de una escolta.* ¿Los habia de dejar en libertad bajo su palabra? No podian ellos *ni aun comprender* lo que era el honor ni estos usos europeos.—«Wellington en mi lugar, dice, *hubiera obrado como yo.*»

Dice Mr. Thiers: «Napoleon tuvo que decidirse á adoptar aquella terrible medida, que es el único acto de crueldad de su vida: hizo pasar á cuchillo á los prisioneros que le quedaban: el ejército llevó á cabo sumiso, pero con una especie de horror, aquella ejecucion que se le habia encomendado.»

El único acto de crueldad de su vida: mucho decir es eso, despues de las matanzas de Tolon, y despues de tantas campañas en que Napoleon miró con la mayor indiferencia la vida de los hombres. Honroso es para la Francia el que nuestros soldados bayan protestado por una especie de horror contra la crueldad de su general.

Pero los asesinatos de Jaffa, ¿ponían en salvo á nuestro ejército? ¿No vió Bonaparte con qué facilidad un puñado de franceses derrotó las fuerzas del bajá de Damasco? En Aboukir ¿no derrotó él con unos pocos

caballos trece mil osmanlis? Kleber, mas tarde, ¿no hizo desaparecer al gran visir y sus myriadas de mahometanos? Si se tratase de obrar en derecho, ¿qué derecho tenían los franceses para invadir el Egipto? ¿Por qué degollaban á unos hombres que no hacían mas que usar del derecho de defensa? En fin, Bonaparte no podía invocar las leyes de la guerra, puesto que los prisioneros de Jaffa habían *depuesto las armas*, y su *sumisión habia sido aceptada*. El hecho que el conquistador se esforzaba por justificar, le agobiaba: este hecho falta ó se halla vagamente indicado en los partes oficiales y en las narraciones que de él hacen los escritores afectos á Bonaparte. «Me abstendré, dice el doctor Larrey, de hablar de las horrosas consecuencias á que da lugar regularmente el asalto de una plaza: yo he sido triste testigo del de Jaffa.» Burienné se expresa de este modo: «Aquella horrible escena me hace estremecer aun cuando pienso en ella, lo mismo que el día que la presencié, y quisiera que me fuese posible olvidarla para no tener que describirla. Cuanto se puede imaginar de horroroso en un día de sangre quedaría aun muy lejos de la realidad.» Bonaparte escribió al directorio que «Jaffa fue entregada al pillaje y á todos los horrores de la guerra, y que nunca le habia parecido tan odiosa como entonces.» ¿Y quién habia causado aquellos horrores?

Berthier, compañero de Napoleón en Egipto, hallándose en el cuartel general de Enz en Alemania, dirigió con fecha 5 de mayo de 1809 al comandante general del ejército austriaco un despacho, en que pintaba su indignación contra unos pretendidos fusilamientos que se decían ejecutados en el Tirol, donde se hallaba de comandante Chasteller. Ha dejado degollar (Chasteller) setecientos prisioneros franceses y mil ochocientos ó mil novecientos bávaros: crimen inaudito en la historia de las naciones, y que pudiera dar lugar á una represalia horrible, si S. M. no mirase á los prisioneros como colocados bajo su fe y bajo su honor.

Bonaparte dice todo cuanto se puede decir, lo que se puede decir contra la ejecución de los prisioneros de Jaffa. ¿Qué le importaban semejantes contradicciones? El conocia la verdad, y se burlaba, haciendo de ella el mismo caso que de la mentira; no daba valor sino á los resultados, siéndole indiferentes todos los medios; incomodábanle los prisioneros, y los hizo matar.

Constantemente ha habido dos Bonapartes: el uno grande, y el otro pequeño; cuando se deja de ver al primero, se ve al segundo.

Miot, en la primera edición de sus *Memorias* (1804), pasa en silencio los asesinatos, que pueden verse en la edición de 1814. Esta edición ha desaparecido casi enteramente, y yo he tenido que trabajar mucho para poderla encontrar. Para afirmar uno tan triste verdad, necesitaba nada menos que un testigo ocular. Una cosa es saber en globo un acontecimiento, y otra el conocer sus mas minuciosos detalles: la verdad moral de una accion no puede juzgarse sino en todas las particularidades que la acompañan: oigamos á Miot:

«El 20 ventoso (10 de marzo), despues del mediodía, los prisioneros de Jaffa se pusieron en movimiento, rodeados por las tropas del general Bon. Un ruido sordo que circulaba sobre la suerte que les estaba designada me decidió, así como á otros muchos, á montar á caballo y á seguir aquella silenciosa columna de víctimas, para asegurarme de la verdad de lo que me habian dicho. Los turcos, caminando en desorden, presentian su destino; pero no vertian lágrimas, ni se oia una sola queja; hallábanse resignados. Algunos heridos, que no podían seguir á sus compañeros, fueron muertos á bayonetazos en medio del camino. Otros andaban de aquí para allí, y parecia se ocupaban de alguna tentativa para evitar un peligro tan inmi-

nente. Los mas osados pensaban tal vez que no era imposible abrirse paso por entré las tropas que les custodiaban, y que diseminados por el campo podrían algunos evitar la muerte que les aguardaba. Pero habiase previsto todo, y los turcos no hicieron ninguna tentativa de evasion.

» Llegados por fin á los arenales que se extienden al Sudoeste de Jaffa, detúvose la tropa al lado de un charco de agua amarillenta. En el mismo momento el comandante de las tropas dividió en pequeñas porciones el cuerpo de prisioneros, y estos pelotones, conducidos á diferentes puntos, fueron fusilados en ellos. Esta horrorosa operacion ocupó mucho tiempo, á pesar del gran número de tropas destinadas á aquel sacrificio, y que, debo confesarlo, se prestaron con suma repugnancia al abominable ministerio que se exigia de sus brazos victoriosos. Próximo al charco habia un grupo de prisioneros, entre los que se contaban algunos ancianos gefes, de noble y severo continente, y un jóven que se hallaba temblando. En una edad tan tierna debia creerse inocente, y este sentimiento le indujo á una accion que pareció admirar en sumo grado á los que le rodeaban. Precipitose hácia el caballo que montaba el gefe de las tropas francesas; abraza las rodillas de este oficial, y yendo se le perdonase la vida, exclamó:—«¿Qué delito he cometido? ¿Qué daño he hecho?» Pero aquellas lágrimas, aquellas dolorosas súplicas, todo fue inútil, y nada pudo cambiar la terrible sentencia dictada contra su vida. Todos los demás turcos hicieron tranquilamente su ablucion en aquella agua estancada, y luego, cogiéndose unos á otros de la mano, despues de haberla puesto sobre su corazón y su boca, modo con que se saludan los musulmanes, daban y recibían un eterno adiós. Sus valerosas almas parecia que desafiaban á la muerte: véiase en su tranquilidad la confianza que les inspiraba en aquellos últimos momentos su religion y la esperanza de un dichoso porvenir. Parecia que se decían mutuamente:—«Dejo el mundo para ir á gozar al lado de Mahoma de una felicidad impercedera.» Esta felicidad que el Alcoran les prometia despues de la vida, sostenia al musulman vencido, pero orgulloso, en medio de su desgracia.

» Yo mismo vi á un respetable anciano, cuyas palabras y cuyos modales daban á conocer una elevada posicion: yo mismo le vi... mandar abondar delante de él, sobre la arena movediza, una sepultura bastante profunda para enterrarse vivo: sin duda no quiso morir sino en manos de los suyos. Extendióse de espaldas en aquella tumba tutelar y dolorosa, y sus compañeros, dirigiendo á Dios fervientes oraciones, le cubrieron de arena y pisotearon la tierra que le servia de paño mortuorio, sin duda con el fin de abreviar sus horribles padecimientos.

» Aquel espectáculo, cuya idea hace palpar mi corazón, y que no pintan sino muy débilmente mis palabras, tuvo lugar en tanto que fusilaban los pelotones diseminados. No quedaban ya mas prisioneros vivos que los que se hallaban junto al charco; los soldados habian ya dado fin á sus municiones, y era menester acabar con ellos á bayonetazos y á sablazos. Me fue imposible presenciar aquel horroroso espectáculo, y huí de aquel sitio, pálido y próximo á desfallecer. Algunos oficiales me contaron despues que aquellos desgraciados, cediendo al instintivo movimiento de la naturaleza, que nos hace evitar la muerte, aun cuando no tengamos esperanza de salvacion, se lanzaban unos debajo de otros, y recibían en los miembros los golpes dirigidos al corazón que debían terminar su triste vida. Formóse una horrible pirámide de muertos y moribundos, sangrienta y repugnante, y fue menester separar de ella los cuerpos enteramente muertos para acabar con los desgraciados que, defendidos por aquella muralla espantosa, no habian muerto aun. Este cuadro es tal como lo he

pintado, y su memoria hace temblar mi mano, que no puede reproducirlo en todo su horror.»

La vida de Napoleon, adornada de estas páginas, explica la repugnancia que hácia él se experimenta.

Conducido por los religiosos del convento de Jaffa á los arenales del Sudoeste de la ciudad, he dado una vuelta alrededor de la tumba que fue en otro tiempo monton de cadáveres, y que es hoy día pirámide de huesos, y me he paseado entre los granados cargados de su encarnada fruta, cuando la primer golondrina llegada de Europa rastrea la tierra fúnebre.

No tardó el cielo en castigar la violacion de los derechos de la humanidad enviando la peste; al principio no hizo grandes estragos. Burienné deshace el error de los historiadores que pintan la escena de los *apestados de Jaffa* en el primer paso de los franceses por aquella ciudad, cuando no tuvo lugar hasta su vuelta de San Juan de Acre. Muchos individuos de nuestro ejército me habian ya asegurado que esta escena era una nueva fábula; Burienné confirma su dicho:

«Las camas de los apestados, dice el secretario de Napoleon, hallábanse á la derecha entrando en la primera sala. Iba yo al lado del general, y afirmo que no le ví tocar á ninguno de ellos. Cruzó rápidamente por las salas, golpeando ligeramente las vueltas amarillas de sus botas con el látigo que llevaba en la mano, y decia estas palabras marchando á grandes pasos:—«Es preciso que vuelva á Egipto, para librarle de los enemigos que van á llegar.»

En el parte oficial del mayor general de 27 de mayo no se habla una palabra de los apestados ni de la visita al hospital.

¿Qué es, pues, el interesante cuadro de Cros? Una obra maestra del arte, y nada mas.

San Luis, menos favorecido por la pintura, fue mas heroico en su modo de obrar: «El buen rey, afable y humano, cuando esto vió, tuvo gran dolor en su corazón, y haciendo abandonar todo, mandó hacer sepulturas en medio de los campos y erigir un cementerio. El rey Luis ayudó á enterrar los muertos con sus propias manos. Cuando apenas se podia hallar una persona que quisiera hacerlo, el rey iba todas las mañanas, en los cinco dias que duró el enterrarlos, despues de oido misa, y decia á su gente:—«Vamos á enterrar á los mártires que han padecido por Nuestro Señor, y no os canséis de este trabajo, porque han sufrido mas que vosotros.» Hallábanse allí presentes, en traje de ceremonia, el arzobispo de Tiro y el obispo de Damietta, juntamente con su clero, que cantaba las oraciones fúnebres. Estos tenían apretadas sus narices entre las manos por no poder aguantar el hedor de los cadáveres, pero nunca se vió al buen rey Luis taparse las suyas: ¡tan grande era su devocion!»

Bonaparte sitió á San Juan de Acre. Vertióse sangre en Caná, que fue testigo de la curacion del hijo del Centurion, obrada por Cristo: en Nazareth, que abrigó la pacífica infancia del Salvador; en el Thabor, que presenció la transfiguracion, y que oyó la palabra de Pedro:—«Señor, bien estamos en esta montaña; levantemos aquí tres tiendas.» Desde el monte Thabor fue expedida la orden del día á las tropas que ocupaban á Sour, la antigua Tiro, Cesárea, las cataratas del Nilo, las avenidas pelusinas, Alejandria, y las orillas del Mar Rojo, donde están las ruinas de Kolsun y de Arsinoe. Sonaban muy agradablemente á los oidos de Napoleon estos nombres, que se complacia en repetir á menudo.

En aquel lugar de los milagros, Kleber y Murat renovaron los hechos de armas de Tancredo y de Renaud; dispersaron los pueblos de la Siria; se apode-

raron del bajá de Damasco; dirigieron una mirada sobre el Jordan, sobre el mar de Galilea, y tomaron posesion de Scafet, la antigua Betulia. Bonaparte hace notar que los habitantes señalan el sitio en que Judith mató á Holofernes.

Los habitantes árabes de la montaña de la Judea me han hecho conocer tradiciones mas verdaderas, cuando me gritaban en francés:—*En avant marche.* (¡Marchen!)—En los *Mártires* dejo dicho que estos mismos desiertos han visto marchar los ejércitos de Sesostri, de Cambises, de Alejandro y de César. ¡Siglos futuros! Vosotros conduciréis aun allí ejércitos no menos numerosos, y guerreros no menos célebres.»

Despues de haberme guiado por las huellas recientes aun de Napoleon en Oriente, he vuelto despues á aquel pais, cuando ya no existia.

San Juan de Acre hallábase defendido por Djezzar, el Carnicero. Habíale escrito Bonaparte desde Jaffa el 9 de marzo de 1799:—«Desde nuestra entrada en Egipto os he manifestado muchas veces que no tenia intencion de haceros la guerra, y que mi único objeto era el expulsar á los mamelucos... Dentro de pocos dias marcharé sobre esa plaza. ¿Pero qué motivos habia yo de tener para quitar algunos años de vida á un anciano que yo no conozco? ¿Qué son unas pocas leguas mas al lado de los paises que he conquistado?»

Djezzar no se dejó engañar con estas halagüeñas palabras: el viejo tigre desconfiaba de las uñas de su jóven compañero. Hallábase rodeado de criados mutinados por su propia mano.—«Dicen que Djezzar es un turco cruel, decia hablando de sí mismo, y un hombre de poco mas ó menos; pero, sin embargo, yo no he menester de nadie, y soy buscado. Nací pobre; mi padre no nos dejó mas herencia que su valor; me he levantado á fuerza de trabajo, y esto no me enorgullece, porque todo tiene fin, y hoy ó mañana tal vez concluirá tambien Djezzar, no porque sea viejo, como dicen sus enemigos, sino porque Dios lo ha dispuesto así: el rey de Francia, que era un rey muy poderoso, ha perecido. Nabucodonosor fue muerto por un moscardon, etc.»

Al cabo de sesenta y un dias de atrincheramientos, se vió obligado Napoleon á levantar el sitio de San Juan de Acre. Nuestros soldados, saliendo de sus baracas de tierra, se apoderaban de las balas de nuestros enemigos, que nuestros cañones les devolvian. Obligadas nuestras tropas á defenderse contra la ciudad y contra los navios de los ingleses, dieron nueve asaltos, y subieron cinco veces sobre las fortificaciones enemigas. Habia en San Juan de Acre una torre llamada *Maldita*, del tiempo de las cruzadas. Esta torre habia sido sin duda reemplazada por la gran torre que destruyó Bonaparte. Nuestros soldados penetraron en las calles, donde se batieron cuerpo á cuerpo durante la noche. El general Lannes recibió una herida en la cabeza, y Colbert otra en el muslo; contáronse entre los muertos á Boyer, Venoux y al general Bon, que fue el encargado de la ejecución de los prisioneros de Jaffa. Kleber decia, hablando de aquel sitio:—«Los turcos se defienden como los cristianos, los franceses atacan como los turcos.» Critica de un soldado que no era afecto á Napoleon. Bonaparte se retiró proclamando que habia arrasado el palacio de Djezzar, y bombardeado la ciudad hasta el punto de no dejar piedra sobre piedra; que Djezzar se habia retirado á uno de los fuertes de la costa con sus tropas; que se hallaba gravemente herido, y que las fragatas mandadas por Napoleon se habian apoderado de treinta embarcaciones sirias cargadas de tropas.

Sir Sidney Smith y Phelippeaux, oficial de artillería emigrado, auxiliaban á Djezzar; el uno habia estado prisionero en el Temple, el otro era compañero de estudios de Napoleon.

En otro tiempo pereció delante de San Juan de Acre la flor de la caballería á las órdenes de Felipe Augusto. Mi compatriota Guillermo el Breton canta así en versos latinos del siglo XII: «Apenas se encontraba un sitio en todo el reino en que no hubiese alguna persona que tuviese motivos para llorar; tan grande fue el desastre que precipitó en la tumba á nuestros héroes cuando fueron heridos de muerte en la ciudad de Ascaron.» (Ascalon, ciudad próxima á San Juan de Acre.)

Bonaparte era un mago excelente, pero no tenía poder suficiente para transformar al general Bon, muerto en Tolemaida, en Raul, señor de Coucy, que al aspirar al pie de los muros de esta ciudad escribía á Mad. de Fayel; muerto por amar lealmente á su amiga.

Napoleon hubiera hecho muy mal en despreciar la canción de los *Canteors*, cuando se complacia en San Juan de Acre en muchas otras fábulas. En los últimos días de su vida, bajo un cielo que no vemos, se entretuvo en divulgar lo que meditaba en Siria, si es que no ha inventado el proyecto despues de pasados los hechos, y no ha construido con un pasado verdadero el porvenir fabuloso que queria hacer creer. «Dueño de Tolemaida, nos dicen las revelaciones de Santa Elena, Napoleon fundaba un imperio en el Oriente, y la Francia quedaba para otros destinos. Marcharía á Damasco y á Alepó sobre el Eúfrates. Los cristianos de Siria y aun los de Armenia le hubieran auxiliado. Los pueblos iban á cambiar de faz. Los restos de los mamelucos, los árabes del desierto de Africa, los drusos del Líbano y los mutualis ó mahometanos oprimidos de la secta de Alí se unirían al ejército que era dueño de Siria, y la conmoción se comunicaría á toda la Arabia. Las provincias del imperio otomano, que hablan el árabe, desearían un cambio entero en su modo de ser, y recibirían con los brazos abiertos al hijo de la guerra; él podría hallarse sobre el Eúfrates á mediados del verano con cien mil soldados auxiliares, y una reserva de veinte y cinco mil franceses que hubiera hecho venir sucesivamente de Egipto. Hubiera llegado á Constantinopla y á las Indias, y cambiado la faz del mundo.»

Antes de retirarse de San Juan de Acre, el ejército francés había tocado en Tiro: abandonada de las flotas de Salomon y de las falanjes del Macedonio, Tiro no conserva mas que la soledad imperturbable de Isaías: soledad en que los perros mudos se abstienen de ladrar.

El sitio de San Juan de Acre fue levantado el 20 de mayo de 1799. Bonaparte, habiendo llegado á Jaffa, se vió obligado á continuar su retirada. Tenía en su ejército treinta ó cuarenta personas atacadas de la peste, número que Napoleon redujo á siete, que no podían ser transportados; no queriendo abandonarlos, por temor, según decía, de dejarlos expuestos á la crueldad de los turcos, propuso á Desgenettes que les administrase una gran dosis de opio. Desgenettes le dió esta tan conocida respuesta: «Mi misión es la de curar á los hombres, y no la de matarlos.» «No se les administró opio, dice Mr. Thiers, y este hecho sirvió para propagar una calumnia indigna y destruida hoy día.»

¿Es esto una calumnia? ¿Se halla destruida por ventura? Esto es lo que no podría yo afirmar tan perentoriamente como lo hace el brillante historiador; su raciocinio equivale á decir: «Bonaparte no envenenó á los individuos atacados de la peste, supuesto que propuso envenenarlos.»

Desgenettes, nacido de una pobre familia de nobles normandos, es aun un objeto de veneración para los árabes de la Siria, y Wilson dice que su nombre debería estar escrito en caracteres de oro.

Burienne ocupa diez páginas en sostener el envenenamiento contra los que lo niegan. «No podré decir

que les vi administrar el opio, dice, porque mentiría; pero lo que si puedo asegurar es que se tomó esta determinación, y que se tomó despues de un exámen detenido; que la órden fue dada, y que los enfermos murieron. ¿Por ventura, una cosa de que se ocupó todo el cuartel general al siguiente día de la salida de Jaffa, como de un hecho positivo; una cosa de que hablamos todos como de una lamentable desgracia, sería una indigna calumnia, inventada para atacar la reputación de un héroe?»

Napoleon no abandonó jamás ninguna de sus faltas; como un tierno padre, prefirió entre sus hijos á aquel que es mas desgraciado. El ejército francés fue menos indulgente que los historiadores apologistas; creyó en la ejecución del envenenamiento, no solo perpetrado en un puñado de enfermos, sino en muchos centenares de hombres. Roberto Wilson, en su *Historia de la expedición de los ingleses en Egipto*, presentó el primero su acusación; afirma que esta acusación se hallaba apoyada por la opinión de los oficiales franceses hechos prisioneros por los ingleses en Siria. Bonaparte desmintió á Wilson, quien contestó que había dicho la verdad. Este Wilson es el mismo mayor general que fue comisario de la Gran-Bretaña en el ejército ruso durante la retirada de Moscov, quien tuvo la felicidad de contribuir despues á la evasión de Mr. de Lavalette. Levantó un cuerpo de ejército contra la legitimidad durante la guerra de España de 1823; defendió á Bilbao, y envió á Mr. de Villele, su cuñado, Mr. Desbassins, con la obligación de esperar en el puerto. Las palabras de Wilson tienen un gran peso bajo muchos aspectos. La mayor parte de las historias de aquella época están conformes en el hecho del envenenamiento: el baron de Las Casas confiesa que era una cosa creída por el ejército. Bonaparte, que se hizo mas sincero en su cautividad, ha dicho á Mr. Warnen y al doctor O'Meara que si él se hubiera hallado en el caso en que se encontraban los tales enfermos, hubiera buscado por sí en el opio el olvido de sus desgracias, y que hubiera hecho administrar el veneno á su propio hijo. Walter Scott reúne todo lo que se ha dicho sobre esto; pero impugna que fuesen muchos los enfermos, diciendo que el envenenamiento no hubiera podido ejecutarse con buen éxito en muchas personas; añade que sir Sidney encontró en el hospital de Jaffa los siete franceses citados por Napoleon. Walter Scott guarda la mayor imparcialidad: defiende á Napoleon, como hubiera defendido á Alejandro contra las acusaciones con que se pudiera empañar su memoria.

Esta es realmente la vez primera que hablo de Walter Scott como historiador de Napoleon, y no será la última: debo aquí decir que se han equivocado grandemente los que acusan al ilustre escocés de prevención contra un grande hombre. La vida de Napoleon (*Life of Napoleon*) tiene nada menos que once tomos. No ha tenido la aceptación que debía esperarse, porque, excepto en dos ó tres ocasiones, la imaginación del autor de tantas obras brillantes le ha abandonado: se le ve deslumbrado por los sucesos fabulosos que refiere, y como abrumado con las maravillas de aquella gloria. La vida entera carece tambien de esos grandes puntos de vista que los ingleses presentan rara vez en la historia, porque no comprenden la historia como nosotros. Por lo demás, esta vida es exacta, salvando algunos errores de cronología: toda la parte que trata de la detención de Napoleon en Santa Elena es excelente: los ingleses se hallaban en mejor posición que nosotros para conocer esta parte. Al narrar aquella época de su vida tan prodigiosa, el novelista se halla vencido por la verdad. La razón domina en el trabajo de Walter Scott, y se halla siempre en guardia contra sí mismo. La rectitud de sus juicios es tal, que degenera en apología. El historiador lleva su condescendencia hasta el punto de

admitir las excusas sofisticas de Napoleon, que no son admisibles. Es evidente que los que hablan de la obra de Walter Scott como de un libro escrito bajo la influencia de las ideas de nacionalidad inglesa y de un interés privado, no la han leído nunca: en Francia no se lee. Lejos de exagerar lo que pudiera dañar á Napoleon, el autor teme la lucha contra la opinión: sus concesiones son innumerables, y capitula en todos los puntos: si aventura un juicio definitivo, le reforma en seguida por medio de consideraciones que cree deber á la imparcialidad; no se atreve á habérselas con su héroe, ni á mirarle cara á cara. A pesar de esta especie de pusilanimidad ante la infatuación popular, Walter Scott ha perdido el mérito de sus condescendencias por haber emitido esta sencilla verdad en su prólogo: «Si el sistema general de Napoleon, dice, ha estado basado sobre la violencia y el fraude, no es la grandeza de sus talentos ni el éxito de sus empresas lo que debe acallar la voz ó deslumbrar los ojos del que se aventura á presentarse como su historiador.» *If the general system of Napoleon, has rested upon force or fraud it is neither the greatness of his talents, nor the success of his undertakings, that ought to stifle the voice or dazzle the eyes of him who adventures to be historian.*

La retirada hecha bajo el sol de Siria fue acompañada de desgracias que recuerdan las miserias de nuestros soldados en la retirada de Moscov en medio de las nieblas: «Había, dice Miot, aun en las barracas y en las orillas del mar algunos desgraciados que esperaban que los sacasen de allí. Entre ellos se contaba un soldado atacado de la peste, y que en el delirio que acompaña á veces á la agonía creyó sin duda, viendo partir á las tropas á tambor batiente, que iban á dejarlo abandonado; su imaginación le hizo entrever la extensión de su desgracia si caía en manos de los árabes. Debe suponerse que este temor fue el que le puso en tal agitación, que le sugirió la idea de seguir á las tropas; tomó su mochila, que le servía de almohada, y colocándola en sus espaldas, hizo un terrible esfuerzo, y se levantó. El virus de la cruel epidemia que corría por sus venas le quitó aquella fuerza sobrenatural, y á los tres pasos cayó sobre la arena, golpeándose la cabeza. Esta caída aumentó su espanto, y despues de mirar por algunos instantes con ojos extraviados las columnas que marchaban delante de él, se levantó segunda vez, pero no fue mas feliz que la primera; á la tercera tentativa sucumbió, y cayendo á la orilla del mar, quedó en el sitio que el destino le había señalado para sepultura. El aspecto de aquel soldado era horroroso, el desórden que reinaba en sus palabras incoherentes, su rostro que expresaba el dolor; sus ojos abiertos y fijos, su uniforme andrajoso, ofrecían el espectáculo mas espantoso que puede presentar la muerte. Con los ojos fijos en las tropas que iban marchando, no se le había ocurrido la idea de volver la cabeza hácia otro lado; hubiera visto entonces la división de Kleber y la de caballería, que salieron de Tentocera despues que las otras, y la esperanza de salvarse hubiera tal vez conservado su vida.»

«Cuando nuestros soldados, acostumbrados ya á estas escenas, veían á alguno de sus desgraciados compañeros, que les seguía con el delirio de la fiebre, cayendo, levantándose y volviendo á caer para siempre, solían decir: «Se ha acuartelado.»

Daré fin á este cuadro con una página de Burienne:

«Una sed devoradora, dicen las *Memorias*; la falta total del agua, un calor excesivo, una marcha fatigosa en aquellos arenales abrasadores, desmoralizaron á los hombres, é hicieron suceder á los sentimientos generosos el mas cruel egoísmo, y la indiferencia mas afflictiva. Yo mismo he visto arrojar de

las camillas á los oficiales operados de amputaciones, mandados transportar, y que ademas habían entregado su dinero á los encargados de conducirlos para pagarles su trabajo: he visto dejar abandonados en los campos á los operados, á los heridos, á los atacados de la peste, ó que se sospechaba que lo estaban. Iban alumbrados en su marcha por hachones destinados á incendiar los pueblos, las barracas, los cercados y las ricas mieses que hallaban al paso. El país era una inmensa hoguera. Los que tenían órden de presidir á aquellos desastres parecía que al esparcir la desolación por todas partes deseaban vengar los reveses y hallar un alivio á su furor. Nos hallábamos rodeados de moribundos, de rateros y de incendiarios. Los desgraciados, abandonados en medio del camino, decían con una voz moribunda: «Yo no estoy apesadado, estoy únicamente herido: y para convencer á sus compañeros, se les veía volver á abrirse sus heridas ó hacerse otras nuevas. Pero nadie los creía, y pasaban diciendo: «Es cosa perdida. El sol, en todo su esplendor en aquel hermoso cielo, hallábase oscurecido por el humo de tantos incendios. El mar estaba á nuestra derecha; á la izquierda, y detrás de nosotros, el desierto que dejábamos; delante, las privaciones y los trabajos que nos esperaban.»

VUELTA Á EGIPTO.—CONQUISTA DEL ALTO EGIPTO.

«Partió, llegó y disipó todas las tempestades; su vuelta las ha hecho reaparecer en el desierto.» De este modo cantaba y se alababa el vencedor rechazado al volver al Cairo; en sus himnos era el conquistador del mundo.

Durante su ausencia, Desaix había acabado de someter el Alto Egipto: subiendo el Nilo se ven las ruinas engrandecidas por el lenguaje de Bossuet: «Se han descubierto, dice el autor de la *Historia Universal*, templos y palacios casi enteros en el Saide, en que hay innumerables columnas y estatuas. Es digno de admiración, sobre todo, un palacio cuyos restos parece que no se han conservado mas que para eclipsar la gloria de los mas grandes monumentos. Cuatro calles de árboles que se pierden de vista y que á uno y otro extremo tienen dos esfinges fabricadas de una materia tan rara como son ellas admirables por su tamaño, desembocan en cuatro pórticos, cuya elevación sorprende á la vista. ¡Qué magnificencia y qué grandiosidad! Los que nos han descrito aquel prodigioso edificio no han tenido ni el tiempo suficiente para dar la vuelta alrededor, y no pueden haber visto ni aun la mitad de él; pero lo que han visto allí era sorprendente. Hay un salon que parece que era el punto céntrico del palacio, con ciento veinte columnas del grueso de seis brazas, y altas en proporcion, intermediadas de obeliscos que no han podido derribar tantos siglos. Los colores mismos, que tanto sufren el poder del tiempo, se presentan aun en aquel admirable edificio con toda su viveza: ¡de tal manera sabía el Egipto imprimir el carácter de inmortalidad á todas sus obras! Hoy, que el nombre de Luis XIV recorre las partes mas desconocidas del mundo, ¿no sería un objeto digno de la mas noble curiosidad el descubrir las bellezas que encierra la Tebaida en sus desiertos? ¿Qué de objetos dignos de admiración no se encontrarían si se pudiese penetrar en la ciudad real, cuando tan lejos de ella se descubren tales maravillas? El poder romano, desesperando de poder igualar á los egipcios, creyó hacer lo suficiente para su grandeza con tomar los monumentos de los reyes de estos últimos.»

Napoleon se encargó de poner por obra los consejos que Bossuet daba á Luis XIV. «Thebas, dice Mr. Denon, que seguía á Desaix en su expedición;

En otro tiempo pereció delante de San Juan de Acre la flor de la caballería á las órdenes de Felipe Augusto. Mi compatriota Guillermo el Breton canta así en versos latinos del siglo XII: «Apenas se encontraba un sitio en todo el reino en que no hubiese alguna persona que tuviese motivos para llorar; tan grande fue el desastre que precipitó en la tumba á nuestros héroes cuando fueron heridos de muerte en la ciudad de Ascaron.» (Ascalon, ciudad próxima á San Juan de Acre.)

Bonaparte era un mago excelente, pero no tenía poder suficiente para transformar al general Bon, muerto en Tolemaida, en Raul, señor de Coucy, que al aspirar al pie de los muros de esta ciudad escribía á Mad. de Fayel; muerto por amar lealmente á su amiga.

Napoleon hubiera hecho muy mal en despreciar la canción de los *Canteors*, cuando se complacia en San Juan de Acre en muchas otras fábulas. En los últimos días de su vida, bajo un cielo que no vemos, se entretuvo en divulgar lo que meditaba en Siria, si es que no ha inventado el proyecto despues de pasados los hechos, y no ha construido con un pasado verdadero el porvenir fabuloso que queria hacer creer. «Dueño de Tolemaida, nos dicen las revelaciones de Santa Elena, Napoleon fundaba un imperio en el Oriente, y la Francia quedaba para otros destinos. Marcharía á Damasco y á Alepó sobre el Eúfrates. Los cristianos de Siria y aun los de Armenia le hubieran auxiliado. Los pueblos iban á cambiar de faz. Los restos de los mamelucos, los árabes del desierto de Africa, los drusos del Libano y los mutualis ó mahometanos oprimidos de la secta de Alí se unirían al ejército que era dueño de Siria, y la conmoción se comunicaría á toda la Arabia. Las provincias del imperio otomano, que hablan el árabe, desearían un cambio entero en su modo de ser, y recibirían con los brazos abiertos al hijo de la guerra; él podría hallarse sobre el Eúfrates á mediados del verano con cien mil soldados auxiliares, y una reserva de veinte y cinco mil franceses que hubiera hecho venir sucesivamente de Egipto. Hubiera llegado á Constantinopla y á las Indias, y cambiado la faz del mundo.»

Antes de retirarse de San Juan de Acre, el ejército francés había tocado en Tiro: abandonada de las flotas de Salomon y de las falanjes del Macedonio, Tiro no conserva mas que la soledad imperturbable de Isaías: soledad en que los perros mudos se abstienen de ladrar.

El sitio de San Juan de Acre fue levantado el 20 de mayo de 1799. Bonaparte, habiendo llegado á Jaffa, se vió obligado á continuar su retirada. Tenía en su ejército treinta ó cuarenta personas atacadas de la peste, número que Napoleon redujo á siete, que no podían ser transportados; no queriendo abandonarlos, por temor, según decía, de dejarlos expuestos á la crueldad de los turcos, propuso á Desgenettes que les administrase una gran dosis de opio. Desgenettes le dió esta tan conocida respuesta: «Mi misión es la de curar á los hombres, y no la de matarlos.» «No se les administró opio, dice Mr. Thiers, y este hecho sirvió para propagar una calumnia indigna y destruida hoy día.»

¿Es esto una calumnia? ¿Se halla destruida por ventura? Esto es lo que no podría yo afirmar tan perentoriamente como lo hace el brillante historiador; su raciocinio equivale á decir: «Bonaparte no envenenó á los individuos atacados de la peste, supuesto que propuso envenenarlos.»

Desgenettes, nacido de una pobre familia de nobles normandos, es aun un objeto de veneración para los árabes de la Siria, y Wilson dice que su nombre debería estar escrito en caracteres de oro.

Burienne ocupa diez páginas en sostener el envenenamiento contra los que lo niegan. «No podré decir

que les vi administrar el opio, dice, porque mentiría; pero lo que si puedo asegurar es que se tomó esta determinación, y que se tomó despues de un exámen detenido; que la órden fue dada, y que los enfermos murieron. ¿Por ventura, una cosa de que se ocupó todo el cuartel general al siguiente día de la salida de Jaffa, como de un hecho positivo; una cosa de que hablamos todos como de una lamentable desgracia, sería una indigna calumnia, inventada para atacar la reputación de un héroe?»

Napoleon no abandonó jamás ninguna de sus faltas; como un tierno padre, prefirió entre sus hijos á aquel que es mas desgraciado. El ejército francés fue menos indulgente que los historiadores apologistas; creyó en la ejecución del envenenamiento, no solo perpetrado en un puñado de enfermos, sino en muchos centenares de hombres. Roberto Wilson, en su *Historia de la expedición de los ingleses en Egipto*, presentó el primero su acusación; afirma que esta acusación se hallaba apoyada por la opinión de los oficiales franceses hechos prisioneros por los ingleses en Siria. Bonaparte desmintió á Wilson, quien contestó que había dicho la verdad. Este Wilson es el mismo mayor general que fue comisario de la Gran-Bretaña en el ejército ruso durante la retirada de Moscov, quien tuvo la felicidad de contribuir despues á la evasión de Mr. de Lavalette. Levantó un cuerpo de ejército contra la legitimidad durante la guerra de España de 1823; defendió á Bilbao, y envió á Mr. de Villele, su cuñado, Mr. Desbassins, con la obligación de esperar en el puerto. Las palabras de Wilson tienen un gran peso bajo muchos aspectos. La mayor parte de las historias de aquella época están conformes en el hecho del envenenamiento: el baron de Las Casas confiesa que era una cosa creída por el ejército. Bonaparte, que se hizo mas sincero en su cautividad, ha dicho á Mr. Warnen y al doctor O'Meara que si él se hubiera hallado en el caso en que se encontraban los tales enfermos, hubiera buscado por sí en el opio el olvido de sus desgracias, y que hubiera hecho administrar el veneno á su propio hijo. Walter Scott reúne todo lo que se ha dicho sobre esto; pero impugna que fuesen muchos los enfermos, diciendo que el envenenamiento no hubiera podido ejecutarse con buen éxito en muchas personas; añade que sir Sidney encontró en el hospital de Jaffa los siete franceses citados por Napoleon. Walter Scott guarda la mayor imparcialidad: defiende á Napoleon, como hubiera defendido á Alejandro contra las acusaciones con que se pudiera empañar su memoria.

Esta es realmente la vez primera que hablo de Walter Scott como historiador de Napoleon, y no será la última: debo aquí decir que se han equivocado grandemente los que acusan al ilustre escocés de prevención contra un grande hombre. La vida de Napoleon (*Life of Napoleon*) tiene nada menos que once tomos. No ha tenido la aceptación que debía esperarse, porque, excepto en dos ó tres ocasiones, la imaginación del autor de tantas obras brillantes le ha abandonado: se le ve deslumbrado por los sucesos fabulosos que refiere, y como abrumado con las maravillas de aquella gloria. La vida entera carece tambien de esos grandes puntos de vista que los ingleses presentan rara vez en la historia, porque no comprenden la historia como nosotros. Por lo demás, esta vida es exacta, salvando algunos errores de cronología: toda la parte que trata de la detención de Napoleon en Santa Elena es excelente: los ingleses se hallaban en mejor posición que nosotros para conocer esta parte. Al narrar aquella época de su vida tan prodigiosa, el novelista se halla vencido por la verdad. La razón domina en el trabajo de Walter Scott, y se halla siempre en guardia contra sí mismo. La rectitud de sus juicios es tal, que degenera en apología. El historiador lleva su condescendencia hasta el punto de

admitir las excusas sofisticas de Napoleon, que no son admisibles. Es evidente que los que hablan de la obra de Walter Scott como de un libro escrito bajo la influencia de las ideas de nacionalidad inglesa y de un interés privado, no la han leído nunca: en Francia no se lee. Lejos de exagerar lo que pudiera dañar á Napoleon, el autor teme la lucha contra la opinión: sus concesiones son innumerables, y capitula en todos los puntos: si aventura un juicio definitivo, le reforma en seguida por medio de consideraciones que cree deber á la imparcialidad; no se atreve á habérselas con su héroe, ni á mirarle cara á cara. A pesar de esta especie de pusilanimidad ante la infatuación popular, Walter Scott ha perdido el mérito de sus condescendencias por haber emitido esta sencilla verdad en su prólogo: «Si el sistema general de Napoleon, dice, ha estado basado sobre la violencia y el fraude, no es la grandeza de sus talentos ni el éxito de sus empresas lo que debe acallar la voz ó deslumbrar los ojos del que se aventura á presentarse como su historiador.» *If the general system of Napoleon, has rested upon force or fraud it is neither the greatness of his talents, nor the success of his undertakings, that ought to stifle the voice or dazzle the eyes of him who adventures to be historian.*

La retirada hecha bajo el sol de Siria fue acompañada de desgracias que recuerdan las miserias de nuestros soldados en la retirada de Moscov en medio de las nieblas: «Había, dice Miot, aun en las borrascas y en las orillas del mar algunos desgraciados que esperaban que los sacasen de allí. Entre ellos se contaba un soldado atacado de la peste, y que en el delirio que acompaña á veces á la agonía creyó sin duda, viendo partir á las tropas á tambor batiente, que iban á dejarlo abandonado; su imaginación le hizo entrever la extensión de su desgracia si caía en manos de los árabes. Debe suponerse que este temor fue el que le puso en tal agitación, que le sugirió la idea de seguir á las tropas; tomó su mochila, que le servía de almohada, y colocándola en sus espaldas, hizo un terrible esfuerzo, y se levantó. El virus de la cruel epidemia que corría por sus venas le quitó aquella fuerza sobrenatural, y á los tres pasos cayó sobre la arena, golpeándose la cabeza. Esta caída aumentó su espanto, y despues de mirar por algunos instantes con ojos extraviados las columnas que marchaban delante de él, se levantó segunda vez, pero no fue mas feliz que la primera; á la tercera tentativa sucumbió, y cayendo á la orilla del mar, quedó en el sitio que el destino le había señalado para sepultura. El aspecto de aquel soldado era horroroso, el desórden que reinaba en sus palabras incoherentes, su rostro que expresaba el dolor; sus ojos abiertos y fijos, su uniforme andrajoso, ofrecían el espectáculo mas espantoso que puede presentar la muerte. Con los ojos fijos en las tropas que iban marchando, no se le había ocurrido la idea de volver la cabeza hácia otro lado; hubiera visto entonces la división de Kleber y la de caballería, que salieron de Tentocera despues que las otras, y la esperanza de salvarse hubiera tal vez conservado su vida.»

«Cuando nuestros soldados, acostumbrados ya á estas escenas, veían á alguno de sus desgraciados compañeros, que les seguía con el delirio de la fiebre, cayendo, levantándose y volviendo á caer para siempre, solían decir: «Se ha acuartelado.»

Daré fin á este cuadro con una página de Burienne:

«Una sed devoradora, dicen las *Memorias*; la falta total del agua, un calor excesivo, una marcha fatigosa en aquellos arenales abrasadores, desmoralizaron á los hombres, é hicieron suceder á los sentimientos generosos el mas cruel egoismo, y la indiferencia mas afflictiva. Yo mismo he visto arrojar de

las camillas á los oficiales operados de amputaciones, mandados transportar, y que ademas habían entregado su dinero á los encargados de conducirlos para pagarles su trabajo: he visto dejar abandonados en los campos á los operados, á los heridos, á los atacados de la peste, ó que se sospechaba que lo estaban. Iban alumbrados en su marcha por hachones destinados á incendiar los pueblos, las barracas, los cercados y las ricas mieses que hallaban al paso. El país era una inmensa hoguera. Los que tenían órden de presidir á aquellos desastres parecía que al esparcir la desolación por todas partes deseaban vengar los reveses y hallar un alivio á su furor. Nos hallábamos rodeados de moribundos, de rateros y de incendiarios. Los desgraciados, abandonados en medio del camino, decían con una voz moribunda: «Yo no estoy apesadado, estoy únicamente herido: y para convencer á sus compañeros, se les veía volver á abrirse sus heridas ó hacerse otras nuevas. Pero nadie los creía, y pasaban diciendo: «Es cosa perdida. El sol, en todo su esplendor en aquel hermoso cielo, hallábase oscurecido por el humo de tantos incendios. El mar estaba á nuestra derecha; á la izquierda, y detrás de nosotros, el desierto que dejábamos; delante, las privaciones y los trabajos que nos esperaban.»

VUELTA Á EGIPTO.—CONQUISTA DEL ALTO EGIPTO.

«Partió, llegó y disipó todas las tempestades; su vuelta las ha hecho reaparecer en el desierto.» De este modo cantaba y se alababa el vencedor rechazado al volver al Cairo; en sus himnos era el conquistador del mundo.

Durante su ausencia, Desaix había acabado de someter el Alto Egipto: subiendo el Nilo se ven las ruinas engrandecidas por el lenguaje de Bossuet: «Se han descubierto, dice el autor de la *Historia Universal*, templos y palacios casi enteros en el Saide, en que hay innumerables columnas y estatuas. Es digno de admiración, sobre todo, un palacio cuyos restos parece que no se han conservado mas que para eclipsar la gloria de los mas grandes monumentos. Cuatro calles de árboles que se pierden de vista y que á uno y otro extremo tienen dos esfinges fabricadas de una materia tan rara como son ellas admirables por su tamaño, desembocan en cuatro pórticos, cuya elevación sorprende á la vista. ¡Qué magnificencia y qué grandiosidad! Los que nos han descrito aquel prodigioso edificio no han tenido ni el tiempo suficiente para dar la vuelta alrededor, y no pueden haber visto ni aun la mitad de él; pero lo que han visto allí era sorprendente. Hay un salon que parece que era el punto céntrico del palacio, con ciento veinte columnas del grueso de seis brazas, y altas en proporcion, intermediadas de obeliscos que no han podido derribar tantos siglos. Los colores mismos, que tanto sufren el poder del tiempo, se presentan aun en aquel admirable edificio con toda su viveza: ¡de tal manera sabía el Egipto imprimir el carácter de inmortalidad á todas sus obras! Hoy, que el nombre de Luis XIV recorre las partes mas desconocidas del mundo, ¿no sería un objeto digno de la mas noble curiosidad el descubrir las bellezas que encierra la Tebaida en sus desiertos? ¿Qué de objetos dignos de admiración no se encontrarían si se pudiese penetrar en la ciudad real, cuando tan lejos de ella se descubren tales maravillas? El poder romano, desesperando de poder igualar á los egipcios, creyó hacer lo suficiente para su grandeza con tomar los monumentos de los reyes de estos últimos.»

Napoleon se encargó de poner por obra los consejos que Bossuet daba á Luis XIV. «Thebas, dice Mr. Denon, que seguía á Desaix en su expedición;

ese ciudad tradicional que la imaginación no entreviera sino al través de la oscuridad de los siglos, era todavía un fantasma tan gigantesco, que á su vista se detuvo el ejército y prorumpió en gritos de admiración. En medio del complaciente entusiasmo de los soldados, hallé rodillas que me levantarán en alto y cuerpos que me dieran sombra... Llegados á las cataratas del Nilo, nuestros soldados, sin dejar de combatir contra los beys, y fatigados como estaban, se ocuparon en poner talleres de sastre, de platería, tiendas de barberos y de otras clases. Bajo una calle de árboles levantaron una columna militar, con la siguiente inscripción: *Camino de Paris...* Volviendo á bajar el Nilo, el ejército tuvo muchos encuentros con los habitantes de la Meca: incendiábanse los puestos de los árabes, que, faltos de agua, apagaban el fuego con los pies, con las manos y con todo su cuerpo.—Negros y desnudos, continúa Mr. Denon, véalos correr al través de las llamas; aquella era la imagen de los diablos en el infierno. No los podía mirar sin experimentar un sentimiento invencible de horror y de admiración. Había momentos de silencio en los que se dejaba oír una voz, que era contestada por himnos sagrados y por los gritos de guerra.»

Los árabes cantaban y bailaban como los soldados y los frailes españoles en el incendio de Zaragoza. Los rusos prendieron fuego á Moscú: la especie de sublime demencia que agitaba á Napoleón la transmitía él á sus víctimas.

BATALLA DE ABUKIR.—ESQUELAS Y CARTAS DE NAPOLEÓN.—SU VUELTA Á FRANCIA.—EL 18 BRUMARIO.

De vuelta al Cairo, escribía Napoleón al general Dugna: «Ciudadano general: hareis cortar la cabeza á Abdalla-Aga, antiguo gobernador de Jaffa. Según lo que me han dicho los habitantes de Siria, es un monstruo, de cuya presencia es preciso librar á la tierra... Mandareis fusilar á los llamados Hassan, Jousset, Ibrahim-Saleh, Mahamet, Bekir, Hadj-Soleh, Mustafá, Mahamed y á todos los mamelucos.» Bonaparte dió muchas órdenes por el estilo contra los egipcios, que *hablaron mal de los franceses*: tal era el aprecio que hacia de las leyes. El mismo derecho de guerra, permitía, por ventura, sacrificar tantas víctimas, por la simple orden de un jefe: *hareis fusilar?* Al mismo tiempo escribía al sultan de Darfour: «Deseo que me envíes dos mil esclavos varones que tengan mas de diez y seis años.» Bonaparte gustaba de esclavos.

Desembarcó en Aboukir una flota otomana de cien velas, y conducía un ejército: Murat, apoyado por el general Lannes, la arrojó al mar, y Bonaparte dió parte al directorio de aquella nueva victoria: la ribera cuyas aguas han arrastrado en el año pasado cadáveres de ingleses y franceses, está hoy cubierta con los de nuestros enemigos. No puede uno menos de fatigarse al andar sobre estos montones de victorias, lo mismo que al pisar las arenas abrasadoras de aquellos desiertos.

La siguiente esquela de Bonaparte no puede menos de afectar los ánimos de una manera bien triste: «Estoy poco satisfecho, ciudadano general, de vuestras operaciones en esta ocasión. Hareis recibido órdenes para marchar al Cairo, y no lo habeis hecho. Cualesquiera que sean los sucesos que sobrevengan, no deben impedir nunca á un militar obediente, y el talento de la guerra consiste en separar los obstáculos que hacen difícil una operación, y no en abandonarla. Tened presente lo que os digo para el porvenir.»

Ingrato anticipadamente, dirige esta áspera reprehension á Desaix, que al frente de sus valientes tropas en el Alto Egipto daba tantas muestras de humanidad como de valor, marchando al paso de su caballo, hablando de ruinas, echando de menos su patria, salvando á las mujeres y á los niños, amado de los pue-

blos, que le llamaban el *Sultan Justo*; en fin, á esa Desaix, que fue muerto despues en Marengo, en la carga en que el primer cónsul se hizo dueño de Europa. El carácter del hombre se presenta en esta esquela de Napoleón: «Orgullo y envidia; preséntese ya al hombre que no puede soportar las reputaciones del que, árbitro de los destinos, se le concedió la palabra que detiene y subyuga; pero sin este carácter dominante hubiera podido Bonaparte hacer que todo cediese ante él?»

Próximo á abandonar la tierra antigua en que el hombre exclamaba al espirar:—«¡Poderes que dispensais la vida á los humanos, recibidme y concededme un lugar entre los dioses inmortales!» Bonaparte no piensa nunca en otra cosa que en su porvenir en la tierra; hace advertir de su marcha por el Mar Rojo á los gobernadores de la isla de Francia y de la isla de Borbon; envia sus saluciones al sultan de Marruecos y al bey de Trípoli: les da parte de sus buenos oficios para con las caravanas y los peregrinos de la Meca; Napoleón procura al mismo tiempo hacer desistir al gran visir de la invasion proyectada por la Puerta, asegurando que se halla tan dispuesto á venderlo todo como á entrar en negociaciones.

Hay una cosa que haria poco honor á nuestro carácter, si nuestra imaginación y nuestro amor por la novedad no fuesen mas culpables de ella que nuestra equidad nacional; los franceses se extasian en la expedición de Egipto, y no reparan en que es tan contrario á la justicia como al derecho político: en completa paz con la mas antigua aliada de Francia, no dudamos en atacarla, la ocupamos su fértil provincia del Nilo sin declaración alguna de guerra, como argelinos que en una de sus invasiones se hubieran apoderado de Marsella y de la Provenza. Cuando la Puerta se prepara para su defensa legítima, muy envanecidos con nuestro golpe de mano, la preguntamos qué es lo que piensa hacer, asegurándole que hemos tomado las armas únicamente por su bien y para libertarla de los bandidos mamelucos que tenían prisionero á su bajá. Bonaparte envia á decir al gran visir: «¿Cómo no conoceis que cada francés que muere es un apoyo menos para la Puerta? En cuanto á mí, puedo aseguraros que será el dia mas feliz de mi vida aquel en que pueda contribuir á la terminación de una guerra á la vez *impolítica y sin objeto*.» Bonaparte trataba de marcharse: ¡la guerra entonces era *impolítica y sin objeto*! La antigua monarquía fue por lo demás tan culpable como la república: los archivos de negocios extranjeros conservan muchos planes de colonias francesas en Egipto. El mismo Leibnitz habia aconsejado establecer la colonia egipcia á Luis XIV. Los ingleses no dan valor sino á la política positiva, á la de los intereses: la fidelidad de los tratados y los escrúpulos morales son para ellos puerilidades.

Llegó por fin la hora; Bonaparte, detenido en las fronteras orientales del Asia, va á empuñar el cetro de la Europa, para buscar despues por el Norte, y por un nuevo camino, las puertas de Himalaya y las grandezas de Cachemyra. Su última carta, dirigida á Kleber, fechada en Alejandría el 22 de agosto de 1799, es un modelo de raciocinio, de experiencia y de autoridad. El final de ella tiene un fondo de sentimiento que penetra en el corazón.

«Adjunta vereis, ciudadano general, una orden para tomar el mando en jefe del ejército. El momento de que los navios ingleses aparezcan de un momento á otro me hace adelantar dos ó tres dias mi viaje.»

«Llevo conmigo á los generales Berthier, Andriossi, Murat, Lannes y Marmont, y á los ciudadanos Monge y Berthollet.»

«Tambien os envío los papeles ingleses y de Francfort hasta el 10 de junio. En ellos vereis que hemos perdido la Italia, y que Mantua, Turin y Tortona se

hallan bloqueadas. Tengo motivos para creer que la primera resistirá hasta fines de noviembre, y tengo esperanza, si la fortuna me ayuda, de llegar á Europa antes del mes de octubre.»

Siguen las instrucciones particulares:

«Sabeis apreciar tambien como yo lo que importa á la Francia la posesion del Egipto. El imperio turco, que amenaza ruina por todas partes se hunde, y el abandonar á Egipto sería una desgracia, tanto mayor, cuanto que veriamos pasar esta hermosa provincia á otras manos europeas.»

«Las noticias de las victorias ó de las derrotas que recibe la república deben entrar tambien en vuestros cálculos.»

«Conoceis, ciudadano general, mi modo de pensar sobre la política interior de Egipto: cualquier cosa que hagais, siempre los cristianos serán vuestros amigos. Es menester impedir que se hagan demasiado insolentes, para que los turcos no tengan contra nosotros el mismo fanatismo de odio que tienen contra ellos, cosa que los haria nuestros enemigos irreconciliables.»

«Habia yo mandado pedir muchas veces una compañía de cómicos, y ahora yo mismo me encargaré de enviároslos. Este ramo es muy importante para el ejército y para empezar á cambiar las costumbres del país.»

«El puesto importante que vais á ocupar os va á poner en estado de desplegar el talento que os ha concedido la naturaleza. Todo cuanto aquí pase será objeto de un gran interés, y sus resultados inmensos para el comercio y la civilización; esta será la época de que datarán las grandes revoluciones.»

«Acostumbrado á ver la recompensa de las aflicciones y trabajos de la vida en la opinion de la posteridad, abandono el Egipto con el mayor sentimiento. El interés de la patria, su gloria, la obediencia, los extraordinarios sucesos que acaban de tener lugar, son los que únicamente me deciden á ir á Europa, pasando por medio de las escuadras enemigas. Con el alma y la vida me quedaria con vos. Vuestros triunfos serán para mí tan gratos como aquellos en que he tomado parte, y miraré como mal empleados los dias de mi vida en que no haga alguna cosa en favor del ejército cuyo mando os confío, y para asegurar el magnífico edificio cuyos cimientos acaban de levantarse.»

«El ejército que os confío está compuesto de mis hijos; en todas ocasiones, y aun en medio de los mayores trabajos, me han dado muestra de su adhesión. Haced de modo que conserven siempre los mismos sentimientos, puesto que es una cosa que debeis al aprecio y la singular amistad que tengo para con vos, y al cariño que les profeso.»

«BONAPARTE.»

«En ninguna ocasion ha encontrado el guerrero palabras semejantes á estas! Aquí se ve á Napoleón que acaba; el emperador que le ha de suceder causará sin duda mas asombro, pero mas odio tambien. Su voz no tendrá el acento de la juventud: el tiempo, el despotismo, la embriaguez de la prosperidad la alterarán.»

Digno de compasion hubiera sido Bonaparte si hubiese sido obligado en virtud de la antigua ley egipcia á tener abrazados tres dias á los hijos que habia muerto. Habia imaginado para los soldados que dejaba expuestos á los ardores del sol las mismas distracciones que el capitán Parry empleó despues para sus marineros en las heladas noches del Polo. Envía el testamento del Egipto á su valiente sucesor, que ha de ser muy pronto asesinado, y se escapa furtivamente como

César, que se salvó á nado en el puerto de Alejandría; esa reina que el poeta llamaba un *fatal prodigio*, Cleopatra, no le esperaba; iba á la cita secreta que le habia dado el destino, que es otro poder infernal. Despues de haberse internado en Oriente, manantial de maravillas, vuelve á nosotros sin haber llegado á Jerusalén, así como tampoco entró nunca en Roma. El judío que gritaba, «desgracia, desgracia!» circuló alrededor de la ciudad -anta sin penetrar en sus eternos monumentos. Un poeta, huyendo de Alejandría, sube el último sobre la fragata aventurera. Impregnado de los milagros de Judea y de los recuerdos de la tumba en las pirámides, Bonaparte cruza los mares, sin cuidarse de sus navios ni de sus abismos; todo era vadeable para aquel gigante, acontecimientos y mares.

Napoleón toma la direccion que yo he seguido; sigue la costa de Africa con viento contrario, y al cabo de veinte dias dobla el cabo de Bon; llega á las costas de Cerdeña, y se ve obligado á detenerse en Ajaccio; dirige sus miradas á los lugares de su nacimiento, recibe algun dinero del cardenal Fesch, vuelve á embarcarse, y descubre una flota inglesa, que no le persigue. El 8 de octubre entra en la rada de Frejus, no lejos de aquel golfo de San Juan en que se habia de presentar terrible por la postrera vez.

Salta en tierra, parte, llega á Lyon, toma el camino del Bourdonnais, y entra en Paris el 16 de octubre. Todo parecia dispuesto contra él: Barras, Sieyes, Bernadotte, Moreau, y todos estos enemigos, le sirven como por milagro. Fracasa la conspiración; el gobierno se traslada á Saint-Cloud. Bonaparte quiere hablar ante el Consejo de los Ancianos; se turba, balbucea las palabras de hermanos de armas, de volcán, de victoria y de César; le tratan de Cromwell, de tirano y de hipócrita; quiere acusar, y es acusado; se dice asistido del dios de la guerra y del dios de la fortuna, y se retira exclamando:—«El que me ame, que me siga.» Se pide su formación de causa: Luciano, presidente del Consejo de los Quinientos, deja el sitio de la presidencia para no poner á Napoleón fuera de la ley. Saca su espada, y jura atravesar con ella á su hermano si atentase alguna vez contra la libertad. Háblase de fusilar al soldado desertor, al infractor de las leyes sanitarias, al portador de la peste, y le coronan. Murat hace saltar á los representantes por las ventanas: pasa el 18 brumario, nace el gobierno consular, y la libertad muere.

Obrase entonces en el mundo un cambio absoluto: el hombre del siglo pasado desaparece de la escena, y entra en ella el hombre del siglo nuevo; Washington es el final de sus prodigios, cede el puesto á Bonaparte, que empieza los suyos. El 9 de noviembre el presidente de los Estados-Unidos cierra el año de 1799; el primer cónsul de la república francesa abre el año de 1800.

Un gran destino empieza, un gran destino acaba.

(CORNEILLE.)

Durante estos importantes acontecimientos, escribí yo la parte de mis *Memorias* que habeis visto, así como un texto moderno profanando antiguos manuscritos. Referia yo mis miserias y mi oscuridad de Londres, al mismo tiempo que se obraban las grandezas y elevacion de Napoleón: el ruido de sus pasos se unia al silencio de los míos en mis solitarios paseos; su nombre me perseguía hasta en el recinto en que se hallaban la indigencia de mis compañeros de infortunio y las alegres privaciones, ó como si se hubiera dicho en nuestro antiguo lenguaje: las *hilaridades* de la miseria de Pelletier. Napoleón tenia mi edad: salidos ambos del seno del ejército, habia él ganado cien batallas cuando yo languidecia aun á la sombra de la emigración, que fue el pedestal de su fortuna. Habiéndome quedado tan atrás, ¿podia tener esperan-

zas de alcanzarle? Y sin embargo, cuando dictaba leyes á los monarcas; cuando los arrollaba con sus ejércitos y hacia saltar su sangre bajo sus piés; cuando con la bandera en la mano pasaba los puentes de Arcole y de Lody; cuando triunfaba en las Pirámides, no hubiera yo dado por todas sus victorias una sola de aquellas horas olvidadas que pasaba en Inglaterra en una pequeña ciudad desconocida. ¡Oh magia de la juventud!

SEGUNDA COALICION.—POSICION DE LA FRANCIA A LA VUELTA DE BONAPARTE DE LAS CAMPAÑAS DE EGIPTO.

Sali yo de Inglaterra algunos meses despues que Napoleon salió de Egipto y volvimos á Francia casi al mismo tiempo, él de Menis, y yo de Londres. Habíase él apoderado de ciudades y de reinos; sus manos estaban cargadas de reales despojos; yo no había aun tenido mas que ilusiones.

¿Qué había pasado en Europa durante la ausencia de Napoleon?

Habia empezado de nuevo la guerra de Italia, en el reino de Nápoles, y en los Estados de Cerdeña; Roma y Nápoles fueron momentáneamente ocupadas: Pio VI había sido hecho prisionero y conducido á Francia, donde había de morir: se concluyó un tratado de alianza entre los gabinetes de San Petersburgo y de Londres.

Segunda coalicion continental contra Francia. El 8 de abril de 1799 fue atropellado el congreso de Rastadt y asesinados los plenipotenciarios franceses. Habiendo Souwaroff llegado á Italia, derrotó á los franceses en Cassano. Rindese al general ruso la ciudadela de Milan. Uno de nuestros ejércitos, obligado á desocupar á Nápoles, se sostiene con gran trabajo á las órdenes del general Macdonald. Massena defiende la Suiza.

Mantua sucumbe despues de un bloqueo de setenta y dos dias, y un sitio de veinte. El 15 de octubre de 1799, el general Joubert, muerto en Novi, deja el campo libre á Bonaparte: estaba destinado á representar el papel de este último. ¡Desgraciado el que detenía una fortuna fatal! ¡Veinte mil ingleses bajan al Heldec, aunque inútilmente; su flota en gran parte se ve bloqueada por los hielos; nuestra caballería carga sobre los navios, y se apodera de ellos. Diez y ocho mil rusos, número á que habían reducido el ejército de Souwaroff los combates y las fatigas, habiendo pasado el San Gothardo el 24 de setiembre, penetraron en el valle de la Reuss. Massena salva la Francia con la batalla de Zurich. Souwaroff vuelve á entrar en Alemania, acusa á los austriacos, y se retira á Polonia. Tal era el estado de la Francia cuando Bonaparte vuelve á aparecer en ella, derriba el directorio y establece el consulado.

Antes de proseguir en la narracion de los hechos, recordaré una cosa de que todos deben estar convencidos. Yo no me ocupo de una vida particular de Bonaparte, sino que refiero en compendio sus acciones. Pinto las batallas, pero no las describo: los detalles de estas batallas se hallan bastante reproducidos, y se les encuentra en todas partes, desde Pommereul, que dió á luz las *Campañas de Italia*, hasta nuestros generales críticos y censores de los combates en que se hallaron: hasta los tácticos extranjeros, ingleses, rusos, alemanes, italianos y españoles. Los boletines públicos de Napoleon, y sus comunicaciones secretas, forman el hilo bien poco seguro de estas narraciones. Los trabajos del teniente general Jomini suministran los mas seguros datos para su inteligencia: el autor es tanto mas digno de crédito, cuanto que ha dado pruebas de sus estudios en su *Tratado de la táctica sublime* y en su *Tratado de las grandes operaciones militares*. Admirador de Napoleon hasta hacerse injusto, unido al estado mayor del mariscal Ney, nos ha dejado la historia crítica y militar de las campañas

de la revolucion: él vió con sus propios ojos la guerra de Alemania, de Prusia, de Polonia y de Rusia, hasta la toma de Smolensk; tomó parte en Sajonia en los combates de 1813; de allí pasó á los aliados, fue condenado á muerte por un consejo de guerra de Bonaparte, y nombrado en el mismo momento ayudante de campo del emperador Alejandro. Atacado por el general Sarracin en su *Historia de la guerra de Rusia y de Alemania*, Jomini contestó á sus acusaciones. Jomini ha tenido á su disposicion los documentos depositados en el ministerio de la Guerra y en los demás archivos del reino: él contempló la marcha retrógrada de nuestros ejércitos despues de haberles ayudado á avanzar. La narracion está llena de lucidez y comentada con algunas reflexiones tan oportunas como juiciosas. Mil veces se han copiado páginas suyas enteras sin decirlo; pero yo no tengo vocacion de copiante, y no ambiciono el nombre de un César desconocido, al que no ha faltado mas que un casco para someter de nuevo el mundo. Si hubiera pretendido ayudar la memoria de los veteranos, maniobrando sobre las cartas geográficas, corriendo por los campos de batalla, cubiertos de abundantes cosechas, presentando documentos sobre documentos, y amontonando descripciones sobre descripciones, que son siempre las mismas, y hubiera acumulado volúmenes sobre volúmenes, me habría creado una reputacion de capacidad á riesgo de enterrar bajo mis obras á mí mismo, á mi lector y á mi héroe. No siendo mas que un soldado insignificante, me humillo ante la ciencia de los Vegetios: no he querido tomar por público oficiales á medio sueldo; el último cabo sabe mas que yo en la materia.

CONSULADO.—SEGUNDA CAMPAÑA DE ITALIA.—VICTORIA DE MARENGO.—VICTORIA DE HOELINDEN.—PAZ DE LUNEVILLE.

Para asegurarse en el puesto que había ocupado, tenía necesidad Napoleon de sobrepujarse á sí mismo.

El 25 y el 30 de abril de 1800, los franceses atraviesan el Rhin, mandados por Moreau. El ejército austriaco, derrotado cuatro veces en ocho dias, retrocede por un lado hasta el Voralberg y por el otro hasta Ulm. Bonaparte pasa el gran San Bernardo el 16 de mayo, y el 20 el pequeño San Bernardo, el Simplon, el San Gothardo, el monte Cenis y el monte Genevre, son escalados y tomados; penetramos en Italia por tres puntos, tenidos por inexpugnables, cuevas de osos, rocas de las águilas. El ejército se apodera de Milan el 2 de junio, y la república Cisalpina se reorganiza; pero Génova se ve precisada á rendirse despues de un memorable sitio sostenido por Massena.

La ocupacion de Pavia y el feliz suceso de Montebello preceden á la victoria de Marengo.

Esta victoria empieza por una derrota. Los cuerpos mandados por Lannes y por Victor, ya mal parados, cesan de combatir y abandonan el terreno; la batalla se renueva con cuatro mil hombres de infantería conducidos por Desaix, y apoyados por la brigada de caballería de Kellermann. Desaix fue muerto. Una carga dada por Kellermann decide el éxito de la jornada, que completará la estupidez del general Melas.

Desaix, noble de Aubernia, subteniente en el regimiento de Bretaña, ayudante de campo del general Victor de Broglie, mandó en 1796 una division del ejército de Moreau y pasó á Oriente con Bonaparte. Tenia un carácter desinteresado, sencillo y afable.

Cuando el tratado de El-Arisch, le volvió la libertad y fue detenido por lord Keit en el lazareto de Liorna. «Cuando se apagaban las luces, dice Miot, su compañero de viaje, nuestro general nos hacia contar historias de ladrones y de aparecidos, participando de nuestras diversiones, y mediaba en nuestras disputas; amaba mucho á las mujeres, y no hubiera querido

merecer su amor sino por su amor á la gloria.» Al desembarcar en Europa recibió una carta del primer cónsul, llamándole á su lado: esta carta le enterneció, y Desaix decía:—«Este buen Bonaparte se ve cubierto de gloria, y no es feliz.» Leyendo en los periódicos la marcha del ejército de reserva, exclamaba:—«¡No nos dejará nada que hacer!» Restábase aun alcanzar una victoria y morir.

Desaix fue enterrado sobre la cima de los Alpes en el convento del Monte de San Bernardo, lo mismo que Napoleon sobre el oscuro suelo de Santa Elena.

Kleber, asesinado, halló la muerte en Egipto, lo mismo que Desaix la encontró en Italia. Despues de la salida del general en jefe, Kleber, con once mil hombres, derrotó á cien mil turcos á las órdenes del gran visir, en Heliópolis, hazaña con la que no se puede comparar ninguna de las de Napoleon.

El 16 de junio se hizo el convenio de Alejandria. Los austriacos se retiraron sobre la orilla izquierda del bajo Po. La suerte de Italia se decide en la campaña llamada de los treinta dias.

El triunfo de Hochstedt, obtenido por Moreau, fue grato á la sombra de Luis XIV. Sin embargo, el armisticio entre Alemania é Italia, concluido despues de la batalla de Marengo, fue denunciado el 20 de octubre de 1800.

El 3 de diciembre nos trajo la victoria de Hohenlinden, en medio de una tempestad de nieve, victoria debida tambien á Moreau, gran general, sobre el que dominaba otro gran genio. El compatriota de Duguesclin marchaba sobre Viena. A veinte y cinco leguas de esta capital arregla la suspension de armas de Steyer con el archiduque Carlos. Despues de la batalla de Pozzolo, del paso del Mincio, del Adige y de la Brenta, el 9 de febrero de 1801 se concluye el tratado de paz de Luneville.

Y aun no hacia nueve meses que Napoleon se hallaba á orillas del Nilo! Nueve meses le habían bastado para ahogar la revolucion popular en Francia y para derrocar las monarquias absolutas en Europa.

No sé positivamente si es en esta época donde se debe colocar una anecdota que se encuentra en todas las memorias de su vida particular, y si la anecdota vale la pena de ser referida; pero no faltan historietas en la vida de César; la vida no es enteramente plana; se sube algunas veces, y se cae muchas mas: Napoleon había recibido en su lecho, en Milan, á una italiana de diez y seis años, tan bella como el dia; en medio de la noche la despidió, lo mismo que hubiera hecho arrojar por la ventana un ramo de flores.

En otra ocasion, una de esas flores de la primavera se introdujo en el palacio que habitaba Bonaparte; penetraba en él á las tres de la mañana, hacia su sábado, y acariciaba con sus jóvenes años la cabeza de Leon, mas sufrido entonces.

Lejos de ser amor estos placeres, no tenían la menor influencia sobre el hombre de la muerte; hubiera incendiado á Persépolis, en provecho propio, pero no para complacer á una querida. «Francisco I, dice Tavernes, vé los negocios cuando no tiene mujeres delante; Alejandro veia las mujeres cuando no tenía negocios.»

Las mujeres en general odiaban á Bonaparte como madres; le amaban poco como mujeres, porque él no las amaba; insultábalas sin delicadeza, y no las hacia caso sino un momento. Despues de su caída ha sido objeto de algunas pasiones de imaginacion; en estos tiempos el corazon de una mujer es mas bien seducido por la poesia de la desgracia que por la de la fortuna; las ruinas tienen sus flores propias.

A imitacion de la orden de los caballeros de San Luis, fue creada la Legion de Honor: por esta institucion pasa un rayo de luz de la vieja monarquia y se introducen obstáculos en la nueva igualdad. La traslacion de las cenizas de Turena á los Inválidos

hizo apreciar á Napoleon: la expedicion del capitán Baudin llevó su nombre por todo el ámbito del mundo. Todo lo que podía dañar al primer cónsul cede ante él: se salva del complot del 18 vendimiario, y escapa el 3 nevoso de la máquina infernal; Pitt se retira; Paul muere; Alejandro le sucede; aun no se hacia notar Wellington. Pero la India se conmueve para arrebatar nos nuestra conquista del Nilo; el Egipto es atacado por el Mar Rojo, en tanto que el capitán-bajá le aborda por el Mediterráneo. Napoleon agita los imperios; toda la tierra se ocupaba de él.

PAZ DE AMIENS.—ROMPIMIENTO DEL TRATADO.—BONAPARTE ES ELEVADO AL IMPERIO.

Los preliminares de la paz entre Francia é Inglaterra, acordados en Londres 1.º de octubre de 1801, dieron por resultado el tratado de Amiens. El mundo napoleónico no se hallaba fijado aun: sus limites cambiaban con el ascenso ó descenso de las mareas de nuestras victorias.

Por entonces fue cuando el primer cónsul nombró á Toussaint-Louverture gobernador perpetuo de Santo Domingo, y cuando incorporó á la Francia la isla de Elba; pero traidoramente arrebatado de allí, debía Toussaint morir en un castillo del Jura, y Bonaparte se proveyó de una cárcel en Porto-Ferrajo, que pudiera bastar al imperio del mundo para cuando no tuviese en él bastante espacio.

El 6 de mayo de 1802 fue elegido Napoleon cónsul por diez años, y poco despues cónsul perpetuo. Hallóse estrecho en los vastos dominios que le había dejado la paz con Inglaterra, y sin respetos al tratado de Amiens; sin pensar en las nuevas guerras que iba á promover su determinacion, so pretexto de la no evacuacion de Malta, reunió las provincias del Piemonte, á los Estados franceses, y en atencion á las revueltas suscitadas en Suiza se decidió á ocuparla. Inglaterra rompió con la Francia, habiendo tenido lugar este rompimiento del 13 al 30 de mayo de 1803; el 22 de mayo apareció el inaudito decreto que mandaba poner presos á todos los ingleses que comerciaban ó que viajaban por Francia.

Bonaparte invadió el electorado de Hannover el dia 3 de junio, al mismo tiempo que cerraba yo en Roma los ojos de una mujer ignorada.

El 24 de marzo de 1804 vió la muerte del duque de Enghien, que ya he referido: el mismo dia fue decretado el código civil, ó el código Napoleon, para enseñarnos á respetar las leyes.

Cuarenta dias despues de la muerte del duque de Enghien, un miembro del tribunado, llamado Curée, presentó una proposicion el 30 de abril de 1804 para elevar á Napoleon al poder supremo, sin duda porque había jurado la libertad: jamás amo mas poderoso surgió de la proposicion de un esclavo mas oscuro.

El senado conservador cambia en decreto la proposicion del tribunado. Bonaparte no imita ni á César ni á Cromwell, y creyéndose mas asegurado con la corona, la acepta. El 18 de mayo es proclamado emperador en Saint-Cloud; en los mismos salones de que arrojó al pueblo, en el sitio en que había sido asesinado Luis III, Enriqueta de Inglaterra envenenada; María Antonieta halagada con algunos pasajeros goces que la condujeron al patíbulo, y de donde Carlos X salió para su último destierro.

Lueven de todas partes felicitaciones. Mirabeau había dicho en el año 1790:—«Damos un nuevo ejemplo de la ciega y voluble inconsideracion que nos ha llevado de edad en edad á todas las crisis que nos han afligido sucesivamente. Parece que nuestros ojos no pueden ser desengañados, y que hemos resuelto ser hasta el fin de los siglos niños, á veces traviesos, pero siempre esclavos.»

El plebiscito de 1.º de diciembre fue presentado

á Napoleon, y el emperador respondió :—«Mis descendientes conservarán por mucho tiempo este trono.» Cuando se miran las ilusiones con que la Providencia rodea el poder, consuélase uno con su corta duración.

IMPERIO.—CONSAGRACION.—REINO DE ITALIA.

El 2 de diciembre de 1804 tuvo lugar la consagración y la coronación del emperador en Nuestra Señora de París. El papa pronunció la siguiente oración: «Dios Todo-poderoso y eterno, que pusisteis á Hazael para gobernar la Siria y á Jehu, rey de Israel, mani-

festándoles vuestras voluntades por medio del profeta Elías; que derramásteis la unción santa de los reyes sobre la cabeza de Saul y de David por el ministerio del profeta Samuel, esparcid por mi mediación los tesoros de vuestras gracias y de vuestras bendiciones sobre vuestro servidor Napoleon, que á pesar de nuestra indignidad consagramos hoy emperador en vuestro nombre.» Pio VII, cuando no era aun mas que obispo de Imola, habia dicho en 1797 :—«Si, mis muy queridos hermanos : *siate buoni cristiani e sarete ottimi democratici*. Sed buenos cristianos y sereis muy buenos demócratas. Las virtudes morales forman los buenos demócratas; y los primeros cristianos se hallaban animados por el espíritu de la democracia : Dios favo-



CORONACION DEL EMPERADOR NAPOLEON.

ció los trabajos de Catón, de Ulica y de los ilustres epulcanos de Roma.» *¿Quo turbine fertur vita hominum?*

El 18 de marzo de 1805 declaró el emperador al senado que aceptaba la corona de hierro que le habian ido á ofrecer los colegas electores de la república Cisalpina : era á la vez el secreto instigador de aquel sufragio, y el objeto público del mismo. Poco á poco la Italia entera se rigió por sus leyes, y él la unió á su diadema, como en el siglo xvi los gefes guerreros ponian un diamante á guisa de boton en su sombrero.

INVASION DE ALEMANIA.—AUSTRIALITZ.—TRATADO DE PAZ DE PRESBURGO.—EL SANHEDRIN.

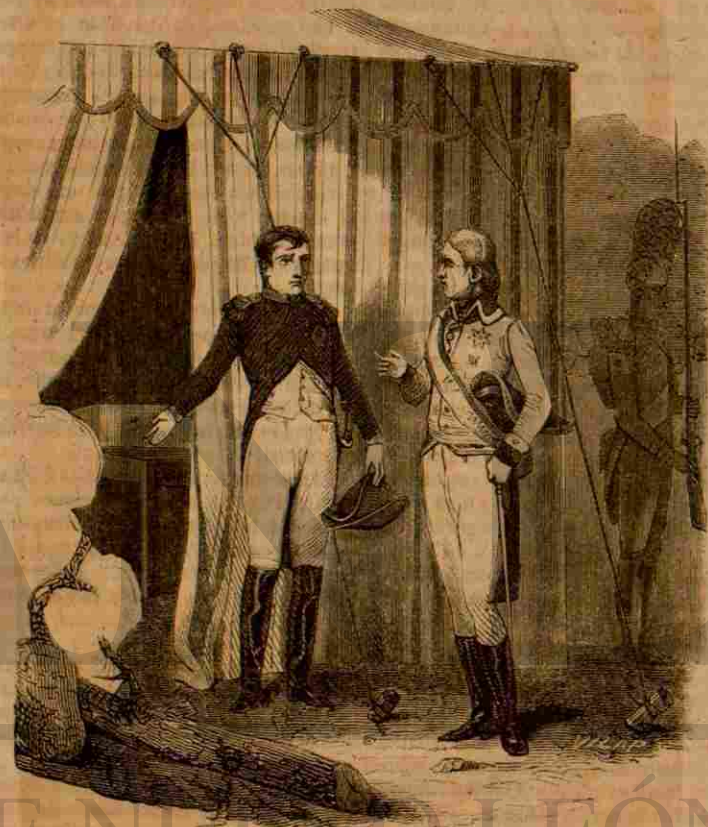
La Europa, maltratada, trató de poner un vendaje sobre su herida : el Austria se adhiere al tratado de Presburgo, concluido entre la Gran-Bretaña y la Rusia. Alejandro y el rey de Prusia tienen una entrevista en Posdam, lo que dió margen á las burlas poco nobles de Napoleon. Formóse la tercera coalición continental. Estas coaliciones nacen sin cesar de la desconfianza y del terror; Napoleon medraba en las tempestades, y no dejó escapar esta.

Lánzase desde las riberas de Boloña, donde organizaba un cuerpo de tropas, y amenazaba á Albion por el mar. Un ejército á las órdenes de Devoust, se transporta como una nube á orillas del Rhin. El 1.º de octubre de 1805, el emperador arenga á sus ciento sesenta mil soldados, y la rapidez de sus operaciones desconcierta al Austria. Combate de Lech; combate de Werthingen; combate de Guntzbourg. El 17 de octubre se presenta Napoleon delante de Ulm. Grita á Mack : *Abajo las armas!* y Mack obedece con sus treinta mil hombres. Munich se rinde. Cruza el Inn; toma á Sakbourg; paso del Trann. El 13 de noviembre penetra Napoleon en una de esas capitales que

había de visitar una tras otra : cruza por Viena, y encadenado á sus propios triunfos, es arrastrado por ellos hasta el centro de la Moravia, para salir al encuentro de los rusos.

La Bohemia se insurrecciona á su izquierda ; revolucionanse los húngaros á su derecha ; el archiduque Carlos acude de Italia. La Prusia entra clandestinamente en la coalición, y no habiéndose declarado aun, envia al ministro de negocios Haugswitz, portador de un *ultimatum*.

Llega el 2 de diciembre, y con él la batalla de Austerlitz. Los aliados esperaban un tercer cuerpo de ejército ruso que se hallaba á unas ocho jornadas.



FRANCISCO II EN LA TIENDA DE NAPOLEON.

Kuteszoff sostenia que no se debía arriesgar una batalla : Napoleon por medio de sus maniobras, obliga á los rusos á aceptar el combate, y son derrotados. En menos de dos meses, los franceses, saliendo del mar del Norte y del otro lado de la capital del Austria, derrotan las legiones de Catalina. El enviado de Prusia va á felicitar á Napoleon á su cuartel general :—«Esa es, le dice el vencedor, una felicitación cuya dirección ha cambiado los sucesos.» Francisco II se presenta á su vez en el vivac del soldado afortunado :—«Os recibo, le dice Napoleon, en el palacio que habito hace dos meses.—Sabeis sacar tanto partido de esta habitación, respondió Francisco, que debe sin

duda agradaros.» Soberanos como este no merecian siquiera que se les destronase. Acuérdate un armisticio, y los rusos se retiran en tres columnas, y en la forma que Napoleon habia exigido. Desde la batalla de Austerlitz no hace ya Napoleon nada con acierto.

El 26 de diciembre de 1805 se firma el tratado de Presburgo. Napoleon crea dos reyes : el elector de Baviera y el de Wurtemberg. Las repúblicas formadas por Napoleon son devoradas por él mismo para convertirlas en monarquías, y en contradicción con este sistema, el 27 de diciembre de 1805, en el palacio de Schœbrunn, declara que la *dinastía de Nápoles habia cesado de reinar*; pero esto era por reemplazarla

con la suya: á su voz, los reyes entraban ó saltaban por las ventanas. Los designios de la providencia iban acordes con los de Napoleón, y se ve marchar al mismo paso á Dios y al hombre. Bonaparte, después de su victoria, manda construir en París el puente de Austerlitz, y el cielo manda á Alejandro que pase por él.

La guerra, comenzada en el Tirol, había proseguido en tanto que continuaba en Moravia. En medio de tantas prosternaciones, cuando se ve á un hombre de pie, se respira: Hofen, el tirolés, no capituló con su señor; pero la magnanimidad no conmovió el corazón de Bonaparte, sino que lo tomaba por necedad ó por locura. El emperador de Austria abandonó á Hofen. Cuando yo crucé el lago de Garde, inmortalizado por Catulo y por Virgilio, me enseñaron el sitio en que fue fusilado el cazador: esto es cuanto he sabido personalmente del valor del súbdito y de la cobardía del príncipe.

El 14 de enero de 1806 casó el príncipe Eugenio con la hija del nuevo rey de Baviera. Los tronos refluían por todas partes á la familia de un soldado de Córcega. El 20 de febrero decretó Bonaparte la restauración de la iglesia de Saint-Denis, y consagró los panteones reconstruidos á la sepultura de los príncipes de su estirpe; con todo, Napoleón nunca será enterrado en ellos; el hombre cava su sepultura, y Dios dispone de ella.

Berg y Cleves son devueltas á Murat. José recobra las Dos-Sicilias. Cruza por el cerebro de Napoleón un recuerdo de Carlomagno, y crea la universidad.

La república de Batavia, forzada á amar á los príncipes, envía á pedir á Napoleón el día 5 de junio de 1806 que le conceda por rey á su hermano Luis.

La idea de la asociación de la Batavia á la Francia, por medio de la unión mas ó menos encubierta, provenía únicamente de una codicia ilimitada é injusta: esto era preferir una pequeña provincia á las ventajas que resultarían de la alianza con un gran reino unido, aumentando sin provecho los temores y las envidias de Europa: esto era asegurar á los ingleses en su posición en la India, obligándoles, para su seguridad, á conservar el cabo de Buena-Esperanza, y á Ceylan, punto de que se habían apoderado á nuestra primera invasión en la Holanda. Hallábase preparada la escena del otorgamiento de las Provincias-Unidas al príncipe Luis: dióse en el palacio de las Tullerías una segunda representación de Luis XIV, haciendo aparecer en el palacio de Versalles á su nieto Felipe V. El día siguiente hubo un almuerzo de gran etiqueta en el salón de Diana. Uno de los hijos de la reina Hortensia entró en él, y Bonaparte le dijo: «Chiquitín, repítenos la fábula que has aprendido.» El niño empezó así: — *Las ranas pidiendo rey*, y continuó:

«Sin rey vivía libre, independiente,
el pueblo de las ranas felizmente;
la amable libertad solo reinaba
en la inmensa laguna que habitaba.
Mas las ranas al fin un rey quisieron;
á Júpiter excelso lo pidieron, etc.»

Sentado detrás de la nueva soberana de Holanda, el emperador, según una de sus muchas familiaridades, la pellizcaba en las orejas: aunque era de una escogida sociedad, sus modales no eran demasiado escogidos.

El 17 de julio de 1806 se llevó á cabo el tratado de la confederación de los Estados del Rin; catorce príncipes alemanes se separan del imperio y se unen entre sí y con la Francia, tomando Napoleón el título de protector de esta confederación.

El 20 de julio se firma la paz de Francia con la Rusia, y Francisco II, á consecuencia de la Confederación del Rin, renuncia el 6 de agosto á la dignidad de emperador electivo de Alemania, haciéndose empe-

rador hereditario de Austria; el santo imperio romano se desploma, y aquel importante acontecimiento casi fue notado; después de la revolución francesa, todo parecía insignificante; después de la caída del trono de Clovis, apenas se oía el ruido de la caída del trono germánico.

Al empezar nuestra revolución, tenía la Alemania una porción de soberanos. Dos monarquías principales tendían á atraer hacia sí los demás poderes inferiores: el Austria, creada por el tiempo; la Prusia, creada por un hombre. Dos religiones dividían el país y se fundaban sobre las bases del tratado de Westfalia. La Alemania soñaba en la unidad política, pero faltaba á esta potencia, para llegar á la libertad, la educación política, como falta á Italia para el mismo fin la educación militar. La Alemania, con sus rancias tradiciones, asemejábase á esas basílicas de amontonados campanarios que pecan contra las reglas del arte, pero que no por eso dan una idea menos grande de la magestad de la religión y del poder de los siglos.

La Confederación del Rin es una gran obra sin concluir, que exigía mucho tiempo y un conocimiento especial de los derechos y de los intereses de los pueblos; esta obra degeneró al momento en el espíritu del que la había concebido, y de una combinación profunda no quedó mas que una máquina fiscalizadora y militar. Pasada la primera ráfaga del genio de Bonaparte, no era todo ello mas que dinero y soldados, el exactor y el reclutador ocupaban el lugar del grande hombre. Miguel Angel, de la política y de la guerra, ha dejado sus ensayos llenos de grandes proyectos.

Guiado siempre por su espíritu de trastorno, imaginó Napoleón por entonces el gran Sanhedrin; esta asamblea no le adjudicó á Jerusalén; pero de consecuencia en consecuencia ha hecho afluir los fondos del mundo á las cobachas de los judíos, y ha producido por lo tanto un cambio poco favorable en la economía social.

El marqués de Lauderdale fue á París á reemplazar á Mr. Fox en las negociaciones pendientes entre Francia é Inglaterra, negociaciones diplomáticas que no tuvieron mas resultado que aquel dicho del embajador inglés sobre Mr. de Talleyrand: — «Eso es barro (1) cubierto con una funda de seda.»

CUARTA COALICION. — CAMPAÑA DE PRUSIA. — DECRETO DE BERLIN. — GUERRA EN POLONIA CONTRA LA RUSIA. — TILSITT. — PROYECTO DE REPARTICION DEL MUNDO ENTRE NAPOLEON Y ALEJANDRO. — PAZ.

Durante el año 1806 se forma la cuarta coalición. Napoleón sale de Saint-Cloud, llega á Maguncia y se apodera en Saalbourg de los almacenes del enemigo. El príncipe Fernando de Prusia es muerto en Saalfeld. En Aversaedt y en Jena, el 14 de octubre, desaparece la Prusia con esta doble batalla: yo no pude hallarla á mi vuelta de Jerusalén.

El boletín prusiano lo dice todo en una sola línea: «El ejército real ha sido derrotado. El rey y sus hermanos viven.» El duque de Brunswick sobrevivió poco tiempo á sus heridas; en 1792 su proclamación había conmovido la Francia; el duque me saludó en el camino cuando, pobre soldado, iba á reunirme con los hermanos de Luis XVI.

El príncipe de Orange y Moellendorf, con muchos oficiales generales encerrados en Halle, obtienen el permiso de retirarse en virtud de la capitulación de la plaza.

Moellendorf, de mas de ochenta años de edad, fue el compañero de Federico, quien hace el elogio de él.

(1) Y no pongo aquí la palabra textual, sino otra menos significativa.

en la *Historia de su tiempo*, lo mismo que Mirabeau en sus *Memorias secretas*. Hallóse presente á nuestros desastres de Rosback, y fue testigo de nuestros triunfos de Jena: el duque de Brunswick presenció en Clostercamp el sacrificio de Assas, y vió caer en Aners-taedt á Fernando de Prusia, culpable tan solo del odio generoso contra el asesino del duque de Enghien. Estos cetros de las antiguas guerras de Hannover y de Silesia han participado de las balas de nuestros dos imperios: las sombras impotentes del pasado no podían detener la marcha del porvenir; así es que aomaron y se desvanecieron entre el humo de nuestras antiguas tiendas y el de nuestros modernos vivaques.

Erfurt capitula; Davoust se apodera de Leipsick; fuézanse los pasajes del Elba; Spandan cede, y Bonaparte hace prisionera en Postdam la espada de Federico. El 27 de octubre de 1806 el gran rey de Prusia oye alrededor de sus palacios vacíos de Berlin un ruido de armas que le revela la presencia de granaderos extranjeros: era Napoleón que había llegado. En tanto que el monumento de la filosofía se hundía en las aguas del Spree, visitaba yo en Jerusalem el eterno monumento de la religión.

Stettin y Custrin se rinden; alcánzase en Lubeck una nueva victoria; la capital de la Wagria es tomada por asalto. Blucher, destinado á entrar por dos veces en París, queda prisionero de la Francia. Esta es la historia de Holanda y de sus cuarenta y seis ciudades, tomadas en un viaje hecho por Luis XIV en 1672.

El 27 de noviembre aparece el decreto de Berlin sobre el sistema continental, decreto gigantesco que aisló á la Inglaterra de las demás naciones, y que estuvo para llevarse á cabo: este decreto pareció desatinado, pero era grande. Sin embargo, si el bloqueo continental dió vida por un lado á las manufacturas de la Francia, de Alemania, de la Suiza y de la Italia, por otro extendió el comercio inglés por el resto del mundo: disgustando á los gobiernos de nuestra alianza, insurreccionó los intereses industriales, fomentó los odios, y contribuyó al rompimiento entre el gabinete de las Tullerías y el de San Petersburgo. El bloqueo fue, pues, un acto dudoso, y seguramente Richelieu no lo hubiera emprendido.

La Silesia fue recorrida poco después que los demás Estados de Federico. El 9 de octubre había empezado la guerra entre la Francia y la Prusia: en diez y siete días nuestros soldados, semejantes á una bandada de aves de rapiña, ocuparon los desfiladeros de la Franconia, las aguas del Saale y del Elba: el 6 de diciembre los miró al otro lado del Vistula. Murat, desde el 9 de noviembre, se hallaba de guarnición en Varsovia, de donde se habían retirado los rusos, que llegaron demasiado tarde al socorro de los prusianos. El elector de Sajonia, elevado al grado de rey napoleónico, accede á la Confederación del Rin, y se compromete á dar en caso de guerra un contingente de veinte mil hombres.

El invierno de 1807 suspendió las hostilidades entre la Francia y la Rusia; pero estos dos imperios se han abordado, y se observa ya una alteración en los destinos de ambos. Sin embargo, el astro de Bonaparte adquiere aun mas brillo, á pesar de sus aberraciones. El 7 de febrero de 1807 se halla sobre el campo de batalla de Eylau: nos ha queda lo uno de los mas bellos cuadros de Gros, que representa aquella espantosa carnicería, y que se halla adornado con la cabeza idealizada de Napoleón. Después de cincuenta y un días de atrincheramientos, Dantzick abre sus puertas al mariscal Lefebvre, que no había cesado de decir á los artilleros durante el sitio: — «Yo nada entiendo, pero abrid un pequeño agujero, y pasaré por él.» El antiguo sargento de la guardia francesa fue nombrado duque de Dantzick.

El 14 de junio de 1807, Friedland costó á los rusos diez y siete mil muertos y heridos, otros tantos pri-

sioneros, y setenta cañones; pero pagamos esta victoria demasiado cara; habíamos cambiado de enemigo, y no se obtenía una victoria sin mucha sangre. Koenigsberg cayó en poder nuestro, y se firmó un armisticio en Tilsitt.

Napoleón y Alejandro tuvieron una entrevista en su pabellon Alejandro arrastraba tras sí al rey de Prusia, á quien casi se podía distinguir: la suerte del mundo flotaba sobre el Niemen, donde debía fijarse mas adelante. En Tilsitt se ocupaban de un tratado secreto, compuesto de diez artículos. Con arreglo á este tratado, la Turquía europea debía ser devuelta á la Rusia, así como las conquistas que los ejércitos moscovitas hicieron en el Asia. Por su parte Napoleón se hacia dueño de España y Portugal, reunía á Roma y sus dependencias al reino de Italia, pasaba al Africa, se apoderaba de Túnez y de Argel, ocupaba á Malta, é invadía el Egipto, abriendo el Mediterráneo solamente á las embarcaciones francesas, rusas, españolas é italianas: estas eran las ideas obligadas de la cabeza de Napoleón, y ya se había frustrado un proyecto de invasión de la India concertado entre Napoleón y Pablo I.

Concluyóse un convenio de paz el 7 de julio. Napoleón, que desde un principio se había hecho odioso á la reina de Prusia, no quiso acceder en nada á sus intercesiones. Habitaba esta una pequeña casa abandonada en la orilla derecha del Niemen, y sin embargo, le hicieron por dos veces el honor de invitarla á los festines de los emperadores. La Silesia, injustamente invadida en otro tiempo por Federico, fue devuelta á Prusia; respetábase el derecho de la injusticia; lo que provenía de haberse canonizado la violencia. Una parte del territorio polaco pasó en soberanía á la Sajonia. Dantzick recibió su independencia sin acordarse nada de los hombres muertos en sus calles y en sus fosos: ridiculos é inútiles asesinatos de la guerra! Alejandro reconoció la Confederación del Rin y á los tres hermanos de Napoleón, José, Luis y Gerónimo, como reyes de Nápoles, de Holanda y de Westfalia.

GUERRA DE ESPAÑA. — ERFURT. — APARTICION DE WELLINGTON.

La fatalidad con que Bonaparte amenazaba á los reyes amenázabale á él mismo; casi simultáneamente atacaba á Rusia, á España y á Roma, cuyas tres empresas perdieron. Ya se ha visto en el *Congreso de Verona*, cuya publicación ha precedido á la de estas *Memorias*, la historia de la invasión de España. El tratado de Fontainebleau se firmó el 29 de octubre de 1807. Habiendo llegado Junot á Portugal, declaró, con arreglo al decreto de Bonaparte, que la casa de Braganza *había cesado de reinar*, sin embargo, aun sigue reinando. Hallábanse en Lisboa tan bien instruidos de lo que pasaba sobre la tierra, que Juan II no tenia noticia de este decreto sino por medio de un número del *Monitor* que llegó casualmente á sus manos, y ya el ejército francés se hallaba á tres jornadas de la capital de Lusitania. No quedaba á la corte otro recurso que el de huir por los mares que salularon las velas de Gama y oyeron los cánticos de Camoens.

Al mismo tiempo que Napoleón por su desgracia llegó al Norte de la Rusia, levantóse el velo que encubría el Mediodía, y se vieron nuevas regiones y nuevas escenas: el sol de Andalucía, las palmeras del Guadalquivir, que nuestros granaderos saludaron presentando las armas. Viéronse sobre la arena los combates de los toros, los guerrilleros desnudos sobre las montañas, y los frailes orando dentro de los claustros.

El espíritu de la guerra cambió con la invasión de España; Napoleón se halló en contacto con Inglaterra, su genio funesto, y le enseñó el arte de la guerra: Inglaterra destruyó la flota de Napoleón en Aboukir, le

detuvo en San Juan de Acre, le quitó sus últimos navios en Trafalgar, le obligó á abandonar la Iberia, se apoderó del Mediodía de Francia hasta el Garona, y le esperó en Waterloo. Ella conserva aun su tumba en Santa Elena, así como se apoderó de su cuna en Córcega.

El 5 de mayo de 1808 el tratado de Bayona cedió á Napoleon, á nombre de Carlos IV, todos los derechos de este monarca. El rapto de la España hizo de Napoleon un príncipe de Italia semejante á Maquiavelo, salva la enormidad del robo. La ocupacion de la península disminuyó sus fuerzas contra Rusia, de la que era aun ostensiblemente amigo y aliado, aunque la odiaba en el fondo de su corazón. En su proclama, Napoleon dijo á los españoles: — «Vuestra nacion parecia: he visto vuestros males, y voy á poner remedio á ellos: quiero que vuestra posteridad conserve mi recuerdo y que diga: *él fue el regenerador de nuestra patria.*» Con efecto, él fue el regenerador de la España, pero pronunciaba palabras cuyo sentido no comprendia bien. Un catecismo de aquella época, compuesto por los españoles, explica el verdadero sentido de la profecía.

— «Dime, niño, ¿qué eres? — Español, por la gracia de Dios. — ¿Quién es el enemigo de nuestra felicidad? — El emperador de los franceses. — ¿Quién es este? — Un perverso. — ¿Cuántas naturalezas tiene? — Dos: la naturaleza humana y la naturaleza diabólica. — ¿De quién se deriva Napoleon? — Del pecado. — ¿Qué suplicio merece el español que falta á sus deberes? — La muerte y la infamia de los traidores. — ¿Quiénes son los franceses? — Antiguos cristianos convertidos en herejes.»

Bonaparte, despues de su caída, condena, en términos nada equívocos su empresa de España: «Llevé muy mal, dice, todo este negocio, *la inmoralidad debió hacerse demasiado patente, y la injusticia demasiado cínica*, quedando un todo informe, puesto que he sucumbido; porque el *atentado* no se presenta sino bajo su vergonzosa desnudez, y privado de la grandiosidad y de los inmensos beneficios amontonados en mis intenciones. Sin embargo, la posteridad lo hubiera preconizado si hubiese llevado á cabo mi plan, y tal vez con razon, atendiendo á sus grandes y felices resultados. Esta combinacion me ha perdido. He destruido mi moralidad en Europa y abierto una escuela á los soldados ingleses. Esa desgraciada guerra de España ha sido una verdadera llaga, y la causa primitiva de la desgracia de la Francia.»

Esta confesion (empleando la misma frase de Napoleon) es demasiado cínica, pero no puede engañarnos: al acusarse de este modo, Bonaparte se lleva la mira de presentar un atentado aislado, á fin de causar una admiracion no interrumpida con todas sus demás acciones.

Perdida la jornada de Bailen, los gabinetes europeos, asombrados del triunfo de los españoles, se avergonzaron de su propia pusilanimidad. Wellington aparece por primera vez en el horizonte, en el momento en que el sol desciende á su ocaso; desembarca un ejército inglés cerca de Lisboa el 31 de julio de 1808, y el 30 de agosto las tropas francesas desocupan la Lusitania. Soult tenia proclamas en que se intitulaba Nicolás I rey de Portugal. Napoleon llamó de Madrid al gran duque de Berg. Antojósele hacer un cambio entre José, su hermano, y Joaquín, su cuñado; tomó la corona de Nápoles de la cabeza del primero, y la colocó sobre la del segundo; hundió la regia insignia sobre las cabezas de los dos nuevos reyes que se marcharon cada uno por su lado, como dos conseriptos que han cambiado de shako.

Bonaparte dió en Erfurt el 22 de setiembre una de las últimas representaciones de su gloria. Creia haberse burlado de Alejandro y haberle engreido con sus elogios. Cierta general escribia: «Acabamos de hacer

tragar un vaso de opio al czar, y en tanto que duerme iremos á ocuparnos de otro asunto.»

Un cobertizo habia sido convertido en teatro; dos sillones de brazos se hallaban colocados delante de la orquesta, y destinados á los dos potentados; á izquierda y á derecha habia sillas para los monarcas; detras habia banquetas para los príncipes. Talma, rey de la escena, representaba ante un parterre de reyes. Al pronunciar el verso:

«L'amitié d'un grand homme est un bienfait des dieux.»

«La amistad de un hombre grande es un beneficio de los dioses;»

Alejandro apretó la mano de su *gran amigo*, y se inclinó diciendo: — «Nunca lo he conocido tanto como hoy;»

Alejandro era entonces un necio á los ojos de Bonaparte, y este se reia de él; cuando le creyó un malvado, le admiró. — «Es un griego del bajo imperio, decia, y se debe desconfiar de él.» En Erfurt, Napoleon afecaba la falsedad descarada de un soldado vencedor; Alejandro disimulaba como un príncipe vencido; la astucia luchaba contra la mentira; la política de Oriente y la de Occidente conservaban sus respectivos caracteres.

Londres estudia las proposiciones de paz que se le hicieron, y el gabinete de Viena se preparaba disimuladamente para la guerra. Entregado nuevamente á su imaginacion, Bonaparte hizo esta manifestacion al cuerpo legislativo el 26 de octubre:

«El emperador de Rusia y yo hemos tenido una entrevista en Erfurt: nos hallamos de acuerdo é invariablemente unidos, así para la paz como para la guerra.» Y añadió: «Cuando yo aparezca al otro lado de los Pirineos, el leopardo asentado se arrojará en el Océano para evitar la vergüenza, la derrota ó la muerte.» Y á pesar de esto, el leopardo se presentó en el lado de acá de los Pirineos.

Napoleon, que siempre creia lo que deseaba, pensó poder volver á Rusia despues de haber acabado de someter la España en cuatro meses, como llegó despues á la legitimidad; consecuente con este proyecto retiró ochenta mil veteranos de Sajonia, Polonia y Prusia, y marchó con ellos á España, diciendo á la diputacion de Madrid: — «No hay obstáculo alguno que pueda retardar por mucho tiempo la ejecucion de mi voluntad. Los Borbones no pueden ya reinar en Europa, y no puede existir en el continente ningun poder que reciba influencias de la Inglaterra.»

Hace treinta y dos años que se pronunció este oráculo, y la toma de Zaragoza, desde el 21 de febrero de 1809, anunció la libertad del universo.

Todo el valor de los franceses fue inútil: las selvas se armaron; los arbustos se tornaron en enemigos. Las represalias no servian de nada, porque en aquel país las represalias son una cosa corriente. La jornada de Bailen; la defensa de Gerona y de Ciudad-Rodrigo iniciaron la resurreccion de un pueblo. El marqués de la Romana, del fondo del Báltico trajo sus regimientos á España, como en otro tiempo los francos escapados del mar Negro desembarcaron triunfantes en la embocadura del Rin. Vencedores de los mejores soldados de Europa, vertiamos la sangre de los frailes con aquel furor impio que la Francia debía á los sarcasmos de Voltaire y á la demencia del terror. Y, sin embargo, esta milicia del claustro fue la que puso un término á los triunfos de nuestros soldados veteranos: no esperaban estos hallar aquella falange de hábitos, cabalgando como dragones de fuego sobre las abrasadas vigas de los edificios de Zaragoza, cargando las escopetas entre las llamas, al son de las bandurrias, al canto de las boleras y del *requiem* de la misa de los difuntos. Las ruinas de Sagunto aplaudieron.

Pero sin embargo, el secreto de los palacios de los reyes, cambiados en basílicas cristianas, fue descubierta: las iglesias, saqueadas, perdieron sus obras maestras de Velazquez y Murillo: una parte de los huesos de Rodrigo desapareció de Burgos: creíanse tan cubiertos de gloria, que no temian levantar contra sí los restos del Cid, así como no se habia temido irritar la sombra de Condé.

Cuando saliendo de las ruinas de Cartago atravesé la Hesperia, antes de la invasion de los franceses, vi á los españoles protegidos aun por sus antiguas costumbres. El Escorial me puso á la vista en un solo punto y en un solo momento la severidad de Castilla: asilo de cenobitas, construido por Felipe II en forma de la parrilla de un mártir, en conmemoracion de uno de nuestros desastres, elevábase el Escorial sobre un suelo compacto y oscuro. Guardaba las tumbas de los reyes pasados y venideros, una biblioteca que las arañas habian marcado con su sello, y las obras maestras de Rafael enmoheciéndose en una sacristia desierta. Sus mil ciento cuarenta ventanas se abrian sobre los espacios mudos del cielo y de la tierra: la corte y los cenobitas reunian allí en otro tiempo el siglo y el cansancio del siglo.

Al lado del inmenso edificio, de aspecto inquisitorial, habia un jardín estriado de retamas, y un pueblo cuyos hogares, ennegrecidos por el humo, reblaban el antiguo paso del hombre. Aquel Versailles estéril no se poblaba sino durante la estancia intermitente de los reyes. Allí he visto á los tordos anidados en los techos ruinosos. Nada hay mas imponente que esa arquitectura santa y sombría, de invencibles creencias, de elevado aspecto y de taciturna experiencia: una fuerza irresistible hacia fijar mis miradas sobre las salientes pilas de piedra que llevaban á la religion sobre su cabeza.

¡Adios monasterios, sobre los que dirigí una mirada en los valles de Sierra-Neveda, y desde las playas de Murcia! Allí, al sonido de una campana que pronto dejará de sonar bajo los arcos ruinosos, entre los cánticos sin anacoretas; entre los sepulcros sin voz, y entre los muertos sin manes; allí, en aquellos refectorios vacíos, en aquellos patios á que Bruno legó su silencio, Francisco sus sandalias, Domingo su antorcha, Carlos su corona, Ignacio su espada y Rancé su cilicio, en el altar de una fe que se extingue, acostumbrábase á despreciar el tiempo y la vida; y si aun agitaban el corazón los sueños de las pasiones, vuestra soledad les daba un modo de ser que se unia bien á la vanidad de los sueños.

Al través de aquellas construcciones fúnebres, veíase cruzar la sombra de un hombre enlutado era la sombra de Felipe II, su fundador.

PIO VII. — REUNION DE LOS ESTADOS ROMANOS Á LA FRANCIA.

Habia Bonaparte entrado en la órbita del que los astrólogos llaman *planeta de paso*. La misma política que le conducia á España vasalla, agitaba á la Italia sometida. ¿Qué mas deseaba del clero? El soberano pontífice, los obispos, los sacerdotes, el catecismo mismo, ¿no abundaban en elogios de su poder? ¿No predicaban demasiado su obediencia? ¿Eran acaso un obstáculo los pobres Estados Romanos disminuidos en una mitad? ¿No disponia de ellos á su antojo? La misma Roma, ¿no habia sido despojada de sus obras maestras y de sus tesoros, no quedándole mas que sus ruinas?

¿Tenia por ventura Napoleon el poder moral y religioso de la Santa Sede? Pero persiguiendo la dignidad pontificia, ¿no aumentaba este poder? El sucesor de San Pedro, sometido como estaba, ¿no le era mucho mas útil, obrando de concierto con su digno, que

hallándose obligado á defenderse contra el opresor? ¿Qué era pues lo que impulsaba á Napoleon? Su genio malo, su imposibilidad de permanecer en reposo: eterno jugador, cuando no ponía los imperios á una carta, apuntaba una idea fantástica.

Es probable que en el fondo de estos enredos hubiese algun deseo de dominio, algunos recuerdos históricos cruzando por su mente, recuerdos inaplicables al siglo. Cualquiera autoridad (aun la del tiempo y la de la fe) que no fuese inherente á su persona pareciale una usurpacion. La Rusia y la Inglaterra acrecian su sed de preponderancia, la una por su autocracia, la otra por su supremacia intelectual. Recordaba los tiempos en que los papas habitaban en Aviñon, en que la Francia encerraba dentro de sus límites la dominacion religiosa; h biérale complacido en extremo tener un papa á expensas de la nacion. No conocia que persiguiendo á Pio VII, y haciéndose culpable de una ingratitud sin objeto, perdía para con las poblaciones católicas la ventaja de pasar por el restaurador de la religion, y ganaba en cambio el último vestido del caduco sacerdote que le habia coronado, y el honor de ser el carcelero de un anciano moribundo. Pero en fin, Napoleon necesitaba un *departamento del Tiber*: diríase que no creia completa su conquista sino apoderándose de la ciudad eterna: Roma es siempre el gran despojo del universo.

Pio VII habia consagrado á Napoleon. Próximo á volver á Roma, diósele á entender al papa que era muy fácil el retenerle en París: — «Todo está previsto, respondió el pontífice; antes de dejar la Italia he firmado una abdicacion en toda forma, que se halla en poder del cardenal Pignatelli, en Palermo, y fuera del dominio de la Francia. En vez de una papa, solo retendréis á un sacerdote llamado Bernabé Chiaromonte.»

El primer pretexto de queja del descontentadizo Bonaparte fue el permiso concedido por el papa á los ingleses (con los que se hallaba en paz el pontífice) para que pudiesen ir á Roma como los demás extranjeros.

Ademas, habiéndose casado Gerónimo Buenaparte con la señorita Paterson, Napoleon desaprobó este enlace: la esposa de Gerónimo, próxima á dar á luz un hijo, no pudo desembarcar en Francia, y fue obligada á pasar á Inglaterra. Bonaparte quiso que se anulara en Roma aquel matrimonio, y Pio VII se negó á ello, no hallando en él ningun motivo de nulidad aun cuando fue contraído entre un católico y una protestante. ¿Quién defendia los derechos de la justicia, de la libertad y de la religion, del papa ó del emperador? Este decia: — «Veo en mi siglo un sacerdote mas poderoso que yo: él reina sobre el espíritu, y yo no reino mas que sobre la materia; los sacerdotes se reservan el alma y me dejan un cadáver.» Sepárese la mala fe de Napoleon de la correspondencia de entre dos hombres, uno de pié sobre las nuevas ruinas, el otro sentado sobre las ruinas antiguas, y se descubrirá un fondo extraordinario de grandeza.

Una carta, fechada de B-navente (España), desde el teatro de la destruccion, viene á mezclar lo cómico á lo trágico, y se cree uno transportado á la escena de Shakspeare: al señor del mundo manda á su ministro de Negocios Extranjeros que escriba á Roma para que declare el papa que él no aceptaba los cirios de la Candelaria; que el rey de España, José, hacia lo mismo, y que los reyes de Nápoles y de Holanda, Joaquín y Luis, se negarian tambien á admitirlos.

El cónsul de Francia recibió la orden de decir á Pio VII: — «Que no era ni la púrpura ni el poder lo que daba valor á tales cosas (¡ la púrpura y el poder de su anciano prisionero!); que puede haber un infierno para los papas y los curas, y que un cirio bendecido por un cura puede ser tan santo como el del papa.» Injurias miserables de una filosofia de club.

Después de esto, Bonaparte, habiendo pasado de Madrid á Viena, y volviendo á representar su papel de exterminador, por un decreto del 17 de mayo de 1809 reúne los Estados de la Iglesia al imperio francés, declara á Roma ciudad imperial libre, y nombra una *comisión* para tomar posesión de ella.

El papa, desposeído, resistía aun en el Quirinal; tenía aun influencia sobre algunas autoridades que le eran afectas, y mandaba todavía algunos suizos de su guardia; esto era demasiado, y era necesario buscar un pretexto para disculpar una última violencia; hallóse en un incidente ridículo, que ofrecía sin embargo una prueba de sencilla adhesión: unos pescadores del Tiber habían cogido un esturión; quisieron llevarlo á su nuevo San Pedro á Liens; pero en el mismo momento los agentes franceses gritan: «¡A los amotinados!» y fue dispersado lo poco que quedaba del gobierno pontificio. El ruido del cañon del castillo de San Angelo anunció la caída de la soberanía temporal del papa. La bandera pontificia hizo lugar á la bandera tricolor, que anunciaba la gloria y las ruinas en todas las partes del mundo. Había visto Roma pasar y desvanecerse otras muchas tempestades que no han hecho mas que quitar el polvo de que se halla cubierta su vieja cabeza.

PROPUESTA DEL SOBERANO PONTIFICE.—ES TRANSPORTADO DE ROMA.

El cardenal Pacca, uno de los sucesores de Consalvi, que se había retirado, corrió al lado del santo padre. Ambos exclamaron: «¡Consumatum est!» El sobrino del cardenal, Tiberio Pacca, llevaba un ejemplar impreso del decreto de Napoleón; el cardenal toma el decreto, se acerca á una ventana, cuyas hojas cerradas dejaban entrar muy poca luz, é intenta leer el papel; consíguelo con mucho trabajo, viendo á algunos pasos á su desgraciado soberano, y oyendo el cañon que anunciaba el triunfo imperial. Dos ancianos, en medio de la oscuridad del palacio romano, luchaban solos contra un poder que oprimía al mundo: sacaban el vigor de su edad; cuando la muerte está próxima, el hombre es invencible.

El papa firmó desde luego una protesta solemne; pero antes de firmar la bula de excomunión, preparada hacia mucho tiempo, preguntó al cardenal Pacca: «¿Qué es lo que haríais vosotros?»—Levantad los ojos al cielo, contestó el fiel servidor, y después dad vuestras órdenes: lo que diga vuestra boca será lo que el cielo quiera.» El papa alzó los ojos, firmó, y exclamó: «¡Dad curso á la bula!»

Megacci fijó los primeros ejemplares de la bula en las puertas de las tres basílicas de San Pedro, de Santa María la Mayor, y de San Juan de Letran; pero fueron arrancados, y el general Miollis envió uno al emperador.

Si alguna cosa podía dar su antiguo prestigio á la excomunión, era la virtud de Pio VII: entre los antiguos, el rayo era tanto mas terrible, cuanto brillaba en un cielo mas sereno. Pero la bula tenía un cierto carácter de debilidad. Napoleón, comprendido entre los *espoliadores* de la Iglesia, no se hallaba expresamente nombrado en ella. Había mucho miedo en aquella época, y los tímidos se refugiaron con la conciencia tranquila en esta ausencia de excomunión nominal. Era preciso combatir con violencia: devolver rayo por rayo, y ya que se había tomado el partido de defenderse, debieron haber hecho cesar el culto, cerrar las puertas de los templos, poner en interdicción las iglesias, y prohibir á los sacerdotes administrar los sacramentos. Que el siglo fuese ó no sensible á un acto de esta importancia, debía sin embargo haberse hecho la prueba: Gregorio VII no hubiera dejado de hacerla. Si por una parte no había la fe sufi-

ciente para apoyar una excomunión, la había mucho menos para que Bonaparte, semejante á Enrique VIII, se hiciese jefe de una Iglesia separada. El emperador, con una completa excomunión, se habría encontrado en compromisos inmensos: la violencia puede erigir iglesias, pero no puede abrirlas; no podrían obligar al pueblo á la oración, ni al sacerdote á ofrecer el santo sacrificio de la misa. En ningún tiempo se han empleado contra Napoleón todas las armas de que se pudiera haber echado mano.

Un sacerdote de setenta y un años, y sin un soldado, tenía en gran peligro al imperio. Murat envió setecientos napolitanos á Miollis, el inaugurador de la fiesta de Virgilio en Mantua. Radet, general de la gendarmería, que se hallaba en Roma, fue el encargado de apoderarse del papa y del cardenal Pacca. Tomáronse las precauciones militares convenientes; se dieron instrucciones con el mayor secreto y con tanta exactitud como en la noche de la de Saint-Barthelemy: cuando diera la una el reloj del Quirinal, las tropas, reunidas en silencio, debían escalar intrépidamente la cárcel de los dos ancianos sacerdotes.

A la hora indicada, el general Radet penetró en el patio del Quirinal, por la entrada principal: el coronel Siry, que se introdujo anticipadamente en el palacio, le abrió las puertas. El general subió á las habitaciones, y cuando hubo llegado á la sala de las consagraciones, se encontró con la guardia suiza, que constaba de cuarenta hombres; esta no hizo resistencia alguna, pues había recibido órdenes de no hacerla: el papa no quería tener mas apoyo que el de Dios.

Las ventanas del palacio que daban á la calle que conduce á la Porta-Pia habían sido abiertas á hachazos. El papa, que se había levantado apresuradamente, se hallaba vestido con el roquete y la muceta en la sala de audiencia, con el cardenal Pacca, el cardenal Despuig, algunos prelados, y los empleados de la secretaría. Hallabase sentado delante de una mesa, entre los dos cardenales. Radet entra, y de un lado y de otro se guardó el mas profundo silencio. Radet, pálido y desconcertado, tomó por fin la palabra: declaró á Pio VII que debe renunciar á la soberanía temporal de Roma, y que si su santidad se negaba á obedecer, tenía órden de entregarlo al general Miollis.

El papa respondió que si los juramentos de fidelidad obligaban á Radet á obedecer las órdenes de Bonaparte, con mayor razon, él, Pio VII, debía guardar los juramentos que había pronunciado al recibir la tiara, que él no podía ceder ni abandonar el dominio de la Iglesia, que no le pertenecía, y del cual no era mas que un administrador.

Habiendo el papa preguntado si había de ir solo, le respondió el general: «Vuestra santidad puede llevar consigo á su ministro.»

Pacca corrió á un aposento vecino á ponerse su traje de cardenal.

Gregorio VII, al celebrar los oficios en Santa María la Mayor, en la noche de Navidad, fue arrancado del altar, herido en la cabeza, despojado de sus ornamentos, y conducido á una torre por órden del prefecto Cencio. El pueblo acudió á las armas: Cencio cayó asustado á los piés de su cautivo; Gregorio apaciguó el motin, y llevado de nuevo á Santa María, acabó de celebrar los oficios.

El 8 de setiembre de 1303 entraron Nogaret y Colonne de noche en Agnani, y forzaron la casa de Bonifacio VIII, el cual los aguardaba con el manto pontificio sobre los hombros, la cabeza ceñida con la tiara, y las manos armadas con las llaves y la cruz. Colonne le abofeteó: Bonifacio murió de rabia y de dolor.

El humilde y digno Pio VII no mostró ni la misma audacia humana ni el mismo orgullo mundanal; tenía los ejemplos mas cerca de sí; sus amarguras se pa-

recian á las de Pio VI. Dos papas del mismo nombre, sucesor uno de otro, han sido víctimas de nuestras revoluciones; ambos se vieron arrastrados á Francia por la *senda dolorosa*: el uno fué á espirar á los ochenta y dos años en Valence, el otro sufrió, ya septuagenario, un encarcelamiento en Fontainebleau. Pio VII parecía el espectro de Pio VI, que pasaba por el mismo camino.

Cuando volvió Pacca vestido con su traje de cardenal, encontró á su agosto amo en manos de los esbirros y gendarmes, que le obligaban á bajar por las escaleras, cubiertas con restos de puertas derribadas. Pio VI, sacado del Vaticano en 20 de febrero de 1800, tres horas antes de salir el sol, abandonó aquel mundo de obras maestras que parecía llorar por su ausencia, y salió de Roma, en medio del murmullo de las fuentes de la plaza de San Pedro, por la puerta Angélica. Pio VII, sacado del Quirinal el 16 de julio al rayar el día, salió por la Porta-Pia y dió la vuelta á las murallas hasta la puerta del Pópulo: la Porta-Pia, por la que tantas veces le salió solo á paseo, es la misma por donde Alarico entró en Roma. Al discurrir por la ronda que había dado paso á Pio VII, no veía yo hacia la parte de la Villa-Borghese mas que la morada de Rafael, y hacia el lado del monte Pincio los asilos de Claudio Lorrain y del Poussin: maravillosos recuerdos de la belleza de las mujeres y de luz de Roma; recuerdos del genio de las artes, protegido por el poder pontificio, y que podían acompañar y consolar á un príncipe cautivo y despojado.

Cuando Pio VII salió de Roma, llevaba en el bolsillo un *papetto* de veinte y dos sueldos, como el soldado que lleva sus cinco sueldos por marcha: después ha recobrado el Vaticano. Bonaparte, cuando ocurrían estas proezas del general Radet, tenía las manos llenas de reinos, ¿y qué le ha quedado? Radet ha dado á la prensa la narración de sus hazañas, y las ha mandado colocar en un cuadro que dejó en herencia á su familia. ¡Tan trastornadas están en los ánimos las nociones del honor y de la justicia!

El papa encontró en los patios del Quirinal á los napolitanos, sus opresores, y los bendijo de igual manera que á la ciudad; esta bendición apostólica, que en todo se mezcla, lo mismo en la desgracia que en la prosperidad, presta un carácter particular á los acontecimientos de la vida de los reyes pontifices, que los hace diferenciarse de los demas reyes. Algunos caballos de posta se hallaban aguardando fuera de la puerta del Pópulo: las persianas del carruaje adonde subió Pio VII estaban clavadas en el lado en que él se sentó. Luego que entró el papa fueron cerradas las portezuelas con dos vueltas, y Radet se guardó las llaves en el bolsillo. El jefe de los gendarmes debía acompañar á su santidad hasta la Cartuja de Florencia.

En Monterossi estaban llorando algunas mujeres á las puertas de sus casas. El general rogó á su santidad que bajase las cortinillas del carruaje para ocultarse. Hacia un calor excesivo: por la tarde Pio VII pidió de beber: el sargento de caballería Caudigni llenó una botella en un manantial del camino, y el papa la apuró con placer. En la montaña de Radicofani hizo alto su santidad en una pobre posada; llevaba los vestidos empapados en sudor, y no tenía con qué mudarse. Pacca ayudó á la criada á hacerle la cama. Al otro día encontró el papa á algunos aldeanos, y les dijo: «Valor y oraciones.» Pasaron por Siena, y al entrar en Florencia se rompió una rueda del coche: el pueblo clamaba conmovido: «¡Santo padre, santo padre!» El papa fue sacado del carruaje volcado por una portezuela: unos se prosternaban, otros tocaban los vestidos de su santidad, como el pueblo de Jerusalem tocó la túnica de Cristo.

Por fin pudo el papa ponerse en camino para la Cartuja, en cuya soledad heredó el lecho que Pio VI ha-

bia ocupado diez años antes, cuando dos palafreneros subían á aquel pontífice á su carruaje arrancándole gemidos de dolor. La Cartuja pertenecía á la posesión de Vallumbrosa; por una serie de pinares se llegaba á las Camaldulas, y de allí de peñasco en peñasco á la cumbre del Apenino, desde donde se descubren los dos mares: una órden repentina obligó á Pio VII á salir para Alejandría, sin darle tiempo mas que para pedir un breviario al prior. Pacca fue separado del soberano pontífice.

De la Cartuja á Alejandría acudió al camino inmensa muchedumbre. Quién arrojaba flores al cautivo, quien le daba agua ó le ofrecía frutas: aquellos aldeanos pretendían libertarle, y le decían: «*Vuole, dica.*» Un padoso ladrón le hurtó un alfiler, reliquia que debía abrir al raptor las puertas del cielo.

A tres millas de Génova entró el papa en una litera que le condujo á orillas del mar; y desde allí una falua le transportó al otro lado de la ciudad, á San Pedro de Arena. Pio VII llegó por el camino de Alejandría y de Mondovi á la primera población francesa, donde fue recibido con arrebatos de religiosa ternura: al presenciarla decía: «¿Por ventura, puede Dios ordenarnos que parezcamos insensibles á estas muestras de afecto?»

Los prisioneros españoles de Zaragoza estaban detenidos en Grenoble, y así como esas guarniciones de europeos que viven olvidadas en algunas montañas de las Indias, cantaban durante la noche haciendo resonar en climas extranjeros las tonadas de la patria: de improviso llega el papa, como si hubiera oído aquellas voces cristianas: los cautivos vuelan al encuentro del nuevo compañero de opresión, y caen de rodillas: Pio VII saca casi todo el cuerpo fuera del carruaje, y tiende sus manos descarnadas y trémulas sobre aquellos guerreros que habían defendido con la espada en la mano la libertad de España, como él la de Italia, con la fe: ambas espadas se cruzan sobre cabezas heroicas.

Desde Grenoble fué conducido Pio VII á Valence. En aquel sitio espiró Pio VII, y allí había exclamado cuando lo presentaron al pueblo: «¡*Ecce homo!*» Allí Pio VI se separó de Pio VII; el muerto, hallando su tumba, se metió en ella; él fue quien hizo cesar la doble aparición, pues hasta entonces se habían visto dos papas marchar juntos, así como la sombra acompaña al cuerpo. Pio VII llevaba el anillo que Pio VI tenía en el dedo cuando espiró, como en señal de haber aceptado las desgracias y el destino de su antecesor.

A dos leguas de Comana, San Crisóstomo se hospedó en los establecimientos de San Basilio: durante la noche se le apareció este mártir, y le dijo: «Animo, hermano mio Juan; mañana estaremos juntos.» Juan contestó: «¡Alabado sea Dios por todo!» Tendióse en tierra, y murió.

En Valence empezó Bonaparte la carrera, desde la que se lanzó sobre Roma. No dejaron á Pio VII el tiempo suficiente para visitar las cenizas de Pio VI, y le trasladaron apresuradamente á Aviñon: esto era hacerle entrar en la pequeña Roma; él pudo ver allí la nevera en los subterráneos del palacio de otra línea de pontífices y oír la voz del anciano poeta coronado que llamaba á los sucesores de San Pedro al Capitolio.

Conducido al acaso, volvió á entrar en los Alpes marítimos: quiso atravesar á pié el puente del Var. Allí encontró la población dividida por oficios; los eclesiásticos vestidos con sus trajes sacerdotales, y diez mil personas de rodillas guardando el mas profundo silencio. La reina de Etruria con sus dos hijos, tambien de rodillas, esperaba al santo padre en la extremidad del puente. En Niza las calles se hallaban sembradas de flores. El comandante que llevaba al papa á Savone tomó por la noche un camino desusado por medio de

los bosques; pero, con gran admiración suya, se halló en medio de una iluminación solitaria; cada árbol presentaba un candil. La ribera del mar y la Corniche se hallaban iluminadas del mismo modo; los buques vieron desde lejos aquellos faros que el respeto, el cariño y la piedad encendían por el naufragio de un sacerdote cautivo. ¿Volvió de esta manera Napoleón de Moscon? ¿Iba precedido del boletín de sus buenas obras y de las bendiciones de los pueblos?

Durante aquel largo viaje tuvo lugar la victoria de Wagram, y se decidió el matrimonio de Napoleón con María Luisa. Trece de los cardenales enviados á París fueron desterrados, y la consulta romana firmada por la Francia insistió de nuevo sobre la reunión de la Santa Sede al imperio.

El papa, detenido en Savona fatigado y hostigado por las hechuras de Napoleón, dió un breve, de que fue el principal autor el cardenal Roverella, y que permitía enviar las bulas de confirmación á algunos de los obispos nombrados. No había contado el emperador con tanta complacencia; pero desechó el breve, porque aceptándolo hubiérasele sido preciso poner en libertad al soberano pontífice. En un exceso de cólera había mandado que los cardenales desafectos dejasen la púrpura, y algunos de ellos fueron encerrados en Vincennes.

El prefecto de Niza escribió á Pío VII que le estaba prohibido tener relaciones con ninguna iglesia del imperio bajo pena de desobediencia; que él, Pío VII, había cesado de ser el órgano de la Iglesia por predicar la rebelión, y porque su alma era toda de hiel; que puesto que no había medio de hacerle razonable, vería cómo S. M. tenía poder bastante para destituir á un papa.

¿Era el vencedor de Marengo quien había dictado la minuta de semejante carta?

En fin, después de tres años de cautividad en Savona, el papa fue enviado á Francia el 9 de junio de 1812. Se le mandó que mudase de traje: marchando hacia Turin llegó al hospicio del Monte Cenís, en medio de la noche. Allí, próximo á espirar, recibió la Extrema-unción. No se le permitió estar allí sino el tiempo preciso para la administración del último sacramento: no quisieron que habitara cerca del cielo. Sus labios no exhalaban una queja, renovando el ejemplo de mansedumbre del mártir de Verceil. Al pie de la montaña, viendo caer el broche de la capilla del verdugo, dijo aquel hombre:—Hé aquí un broche de oro que te se acaba de caer; recógelo, y no vayas á perder lo que has ganado con tanto trabajo.»

Mientras duró la travesía de la Francia, no le fue permitido á Pío VII bajar del carruaje. Si tomaba algún alimento era dentro de él, y en las paradas le encerraban en las cocheras de la casa de postas. El 20 de junio por la mañana llegó á Fontainebleau: tres días después atravesaba el Niemen Bonaparte para empezar su expiación. El conserje se negaba á admitir al cautivo por no tener aun orden para ello; pero llegada que fue esta orden, entró el papa en la prisión: allí entró con él la justicia del cielo: sobre la misma mesa en que Pío VII apoyaba su mano desfallecida, firmó después su abdicación Bonaparte.

Si la injusta invasión de España sublevó contra Napoleón al mundo político, la ingrata usurpación de Roma le enemistó con el mundo moral: sin provecho ninguno se hizo enemigos á los pueblos y á los altares, al mundo y á Dios. Entre los dos precipicios que había abierto á las dos orillas de su vida, marchó por una estrecha calzada á buscar su destrucción al fondo de la Europa, como sobre el puente que la muerte, ayudada del mal, arrojó sobre el caos.

Pío VII no es una persona extraña á estas Memorias: es el primer soberano con quien tuve que tratar en mi carrera política, empezada é interrumpida súbitamente durante el Consulado. Aun le estoy viendo

recibiéndome en el Vaticano con *El Genio del Cristianismo* abierto sobre la mesa, y en la misma estancia en que he sido admitido á los pies de Leon XII y de Pío VIII. Me complazco en recordar lo que ha sufrido: los dolores que bendijo en Roma en 1803 pagarán á los suyos con mi recuerdo una deuda de reconocimiento.

QUINTA COALICION.—TOMA DE VIENA.—BATALLA DE ESSLING.—BATALLA DE WAGRAM.—TRATADO DE PAZ FIRMADO EN EL PALACIO DEL EMPERADOR DE AUSTRIA.—DIVORCIO.—NAPOLEON SE CASA CON MARÍA LUISA.—NACIMIENTO DEL REY DE ROMA.

El 9 de abril de 1809 se formó la quinta coalición entre la Inglaterra, el Austria y la España, apoyada sordamente por el descontento de los demás soberanos. Los austriacos, quejándose de la infracción de los tratados, pasan precipitadamente el Inn en Braunau: hábiaseles echado en cara su lentitud, y quisieron hacerse Napoleones; pero este modo de operar no les sentaba bien. Bonaparte, creyéndose dichoso por abandonar la España, corrió á Babiera y se puso á la cabeza de los bávaros sin esperar á los franceses: cualquier soldado era bueno para él.

Derrota en Abensberg al archiduque Luis; en Eckmühl al archiduque Carlos; ábrese camino por entre el ejército austriaco, y efectúa el paso del Salza.

Entra en Viena: el 21 y 22 de mayo presencia las terribles jornadas de Essling. El parte del archiduque Carlos dice que en el primer día doscientos ochenta y ocho piezas de artillería austriacas tiraron cincuenta y un mil cañonazos, y que en el día siguiente maniobraron mas de cuatrocientas de una y otra parte. Allí fue herido mortalmente el mariscal Lannes: Bonaparte le dijo algunas palabras, y le olvidó después; la amistad de los hombres se enfria tan pronto como la bala que los hiere.

La batalla de Wagram reasume los diferentes encuentros habidos en Alemania. Bonaparte despliega en ella todo su genio. El coronel César de La Ville, encargado de ir á reparar un destrozo del ala izquierda, le halló en el ala derecha dirigiendo el ataque del mariscal Davoust. Napoleón volvió inmediatamente al lado opuesto, y repara el descalabro sufrido por Masena. Entonces, y en el momento en que se creía perdida la batalla, fue cuando, apreciando él solo las maniobras del enemigo, exclama:—Se ha ganado la batalla! Opones tu voluntad á la victoria vacilante, y la lleva al combate como César llevaba asidos por las barbas á sus asombrados veteranos. Nuevecientas bocas de bronce despiden llamas; la llanura y las mieses arden por todas partes; desaparecen los pueblos; la acción dura doce horas. En una sola carga, Lauriston marcha al trote hacia el enemigo, al frente de cien piezas de artillería. Cuatro días después se recogían de en medio de los sembrados á los militares que habían acabado de morir abrasados por los rayos del sol, sobre las espigas pisoteadas, tendidas y pegadas entre sí con la sangre; los gusanos se habían ya apoderado de las heridas de los cadáveres primeros.

En mi juventud era costumbre el leer los comentarios de Folard y de Quischart, de Tempelhof y de Lloyd; estudiábase el orden profundo, el orden en pequeño, y mil veces he hecho maniobrar, sobre mi mesa de subteniente, pequeños pedacitos de madera. La ciencia militar ha cambiado como todo lo demás, con la revolución; Bonaparte ha sido el inventor de la gran guerra, cuya idea le habían sugerido las conquististas de la república. Despreció las plazas fuertes, y se aventuró en los países invadidos ganando batallas repentinamente. No se ocupaba de las retiradas, y marchaba siempre derecho, como esas vías romanas que pasan sin desviarse sobre los precipicios y las montañas. Dirigia todas sus fuerzas á un solo punto; después

reunía al semicírculo los cuerpos aislados, cuya línea había roto. Esta maniobra, que le pertenecía, hallábase en consonancia con la furia francesa; pero no hubiera tenido buen éxito con soldados menos impetuosa y menos ágiles. Hacia el final de su carrera hacia cargar la artillería y tomar los reductos á la caballería. ¿Qué resultó de esto? Conduciendo á la Francia á la guerra, se enseñó á la Europa á marchar; no se trató ya mas que de multiplicar los medios. Las masas han equiparado las masas. En vez de cien mil hombres, se han empleado seiscientos mil; en vez de cien piezas de artillería, se han presentado quinientas: la ciencia no ha avanzado; la escala es la que únicamente se ha ensanchado. Turena sabía tanto como Bonaparte en este punto; pero no era dueño absoluto, y no podía disponer de cuarenta millones de hombres. Tardó temprano, será menester reducirse á la guerra civilizada, que deja á los pueblos tranquilos, en tanto que un pequeño número de soldados cumple con su deber; será menester volver á la táctica de las retiradas, á la defensa de un país por medio de plazas fuertes, á las maniobras que solo cuestan tiempo y que ahorran sangre. Estas colosales batallas de Napoleón se hallan fuera del alcance de la gloria; la vista no puede abrazar esos campos de sangre, que no producen en resumen ningún resultado proporcionado á sus catástrofes. La Europa, á no ser que sobrevengan acontecimientos imprevistos, está cansada para mucho tiempo de combates. Napoleón ha muerto la guerra exagerándola: nuestra guerra de Africa no es mas que una escuela experimental abierta para nuestros soldados.

En medio de los muertos, sobre el campo de batalla de Wagram, Napoleón dió á conocer la impasibilidad que le era peculiar, y que afectaba con el fin de parecer diferente de los demás hombres, diciendo con frialdad, ó mejor dicho, repitiendo sus palabras obligadas en tales circunstancias:—«¡Hé aquí una gran consumación!»

Cuando le recomendaban á los oficiales heridos, respondía:—«Están ausentes.» Si la virtud militar enseña algunas virtudes; también destruye muchas: el soldado demasiado humano no podría cumplir su misión; la vista de la sangre y de las lágrimas, las desgracias, los gritos del dolor deteniéndole á cada momento, destruirían en él lo que constituye á los Césares, raza que, á pesar de todo, no sería muy echada de menos.

Después de la batalla de Wagram se firmó un armisticio en Zuzim. Los austriacos, por mas que digan nuestros partes, se retiraron en buen orden, y sin dejar tras sí un solo cañón servible. Bonaparte, dueño de Schönbrunn, trabajaba en asegurar la paz. «El 13 de octubre, dice el duque de Cadore, vine yo de Viena para trabajar con el emperador. Después de algunos momentos de conversacion, me dijo:—«Voy á pasar revista; esperadme en mi gabinete, y redactareis entre tanto las proposiciones.» Yo permanecí allí con Mr. de Menneval, su secretario íntimo: pero al poco rato volvió.—«El príncipe de Lichtenstein, me dijo Napoleón, ¿no os ha dicho que muchas veces le habían hecho proposiciones para asesinarle?—Sí, señor, y me ha manifestado el horror con que había rechazado estas proposiciones.—Pues bien, ahora acaban de hacer una tentativa: seguidme.» Entré con él en el salon. Había en él algunas personas que parecían muy agitadas, y que rodeaban á un joven de unos diez y ocho á veinte años, de una fisonomía agradable y dulce, que anunciaba una especie de candor, y que era el único que entre todos conservaba una perfecta tranquilidad. Aquel era el asesino. Fue interrogado con mucha afabilidad por Napoleón, sirviéndole de intérprete el general Rapp. Solo citaré algunas de sus respuestas, que fueron las que mas me admiraron.

—«¿Por qué me queríais asesinar?—Porque no

habrá paz en Alemania en tanto que vivais.—¿Quién os ha inspirado este proyecto!—El amor á mi país.—¿No obrabais de acuerdo con nadie?—Sí; con mi conciencia.—¿No sabíais los peligros á que os exponíais?—Sí lo sabía; pero me considero dichoso en morir por mi país.—Vos teneis principios religiosos; ¿creéis que Dios autorice el asesinato?—Espero que Dios me perdonará, atendiendo á mis intenciones.—¿Se enseña por ventura esa doctrina en las escuelas á que habeis asistido?—Una gran parte de los que las han cursado conmigo se hallan animados de los mismos sentimientos, y dispuestos á sacrificar su vida por la salvacion de la patria.—¿Qué haríais si os pudiese en libertad?—Os mataría.»

«La terrible sencillez de esta respuesta, la fria é inmutable resolución que anunciaban, y ese fanatismo tan fuera del alcance de todo temor humano, hicieron en Bonaparte una impresión, que creí tanto mas profunda, cuanto que manifestaba mayor sangre fria. Hizo retirar á todo el mundo, y quedé solo con él. Después de algunas reflexiones sobre aquel fanatismo tan ciego, me dijo:—«Es menester hacer la paz.» Esta narracion del duque de Cadore merecia bien el ser citada entera.

Las naciones empezaban á hacer su leva, y anunciaban á Bonaparte un enemigo mas poderoso que los reyes; la resolución de un solo hombre del pueblo salvaba entonces al Austria. Sin embargo, la fortuna de Napoleón no queria volverle aun la cabeza. El 14 de agosto de 1809 en el mismo palacio del emperador de Austria, se firmó la paz; esta vez la hija de los Césares es la palma conquistada; pero Josefina había sido consagrada, y María Luisa no: con su primera esposa pareció alejarse del vencedor la virtud de la union divina. Hubiera podido ser testigo en Nuestra Señora de París de la misma ceremonia que había visto en la catedral de Reims; las mismas personas figuraban en ella, excepto Napoleón.

Uno de los actores secretos que tuvo la mayor parte en la conduccion interior de este negocio, fue mi amigo Alejandro Laborde, herido en las filas de los emigrados y condecorado con la cruz de María Teresa en premio de sus heridas.

El 11 de marzo el príncipe de Neuchatel casó en Viena por poderes con la archiduquesa María Luisa. Esta salió para Francia acompañada de la princesa Murat: María Luisa iba adornada por el camino con el emblema de la soberanía. Llegó á Strasburgo el 22 de marzo, y el 28 al palacio de Compiègne. El matrimonio civil se celebró en Saint-Cloud el 4.º de abril. El día 2 el cardenal Fesch dió en el Louvre la bendición nupcial á los esposos. Bonaparte enseñó á esta segunda esposa á serle infiel, como lo había sido la primera, defraudando él mismo su propio lecho por su intimidad con María Luisa antes de la celebracion del matrimonio religioso: desprecio de la magestad de las costumbres reales y de las leyes divinas, que eran un mal presagio.

Todo parecia concluido: Bonaparte obtuvo la única cosa que le faltaba: semejante á Felipe Augusto, aliándose con Isabel de Hainaut, confunde la última estirpe con la raza de los grandes reyes: el pasado se reúne al porvenir. Tanto en el pasado como en el porvenir es ya el dueño de los siglos, si quiere, por fin, fijarse en la cima; pero él tiene el poder de detener el mundo; mas no el de detenerse; marchará hasta conquistar la última corona que da valor á todas las demás: la corona de la desgracia.

La archiduquesa María Luisa dió á luz un niño el 20 de marzo de 1811; sancion supuesta de las felicidades precedentes. De este hijo, nacido como las aves del polo, al sol de la media noche, no quedará mas que un wals triste, compuesto por él mismo en Schönbrunn, y tocado por los músicos de las calles de París en los alrededores del palacio de su padre.

PROYECTOS Y PREPARATIVOS DE LA GUERRA DE RUSIA.—
APUROS DE NAPOLEON.

Bonaparte no veía ya enemigos; no sabiendo dónde tomar imperios, á falta de otro mejor había tomado el reino de Holanda á su hermano. Pero una enemistad secreta, que se remontaba á la época de la muerte del duque de Enghien, había quedado en lo profundo del corazón de Napoleón contra Alejandro. Una rivalidad de potencia le animaba, y sabía lo que la Rusia podía hacer, y á qué precio había comprado las victorias de Friedland y de Eylau. Las entrevistas de Tilsit y de Erfurt, suspensiones de armas forzadas, una paz que el carácter de Bonaparte no podía soportar, declaraciones de amistad, apretones de manos, abrazos, proyectos fantásticos de conquistas comunes, todo esto no era más que aplazamientos de odio. Quedaba sobre el continente un país y capitales donde Napoleón no había entrado, un imperio en pie enfrente del imperio francés, y los dos colosos debían medirse. A fuerza de extender la Francia, Bonaparte se había encontrado con los rusos, como Trajano pasando el Danubio se había encontrado con los godos.

Una calma natural, sostenida por una piedad sincera desde que había vuelto á la religión, inclinaba á Alejandro á la paz, y jamás la hubiera roto á no haber ido á buscarlo. Todo el año 1811 se pasó en preparativos. La Rusia invitaba al Austria domada y á la Prusia á que se reunieran con ella en caso de ser atacada, y la Inglaterra llegaba con su bolsa. El ejemplo de los españoles había excitado las simpatías de los pueblos, y ya comenzaba á formarse el lazo de la virtud (Togendbund), que oprimía poco á poco á la joven Alemania.

Bonaparte negociaba, hacía promesas y dejaba esperar al rey de Prusia la posesión de las provincias rusas alemanas: el rey de Sajonia y el Austria esperaban obtener engrandecimientos en lo que aun restaba de la Polonia; algunos príncipes de la Confederación del Rin soñaban en cambios de territorio á su conveniencia, y no había ningún país á quien Napoleón no pensase ensanchar, aun á la Francia misma, que ya se desbordaba sobre la Europa, pues pretendía aumentarla nominalmente con la España. El general Sebastiani le dijo: «¿Y vuestro hermano?» Napoleón replicó: «¿Qué importa mi hermano? ¿Se da acaso un reino como la España?» El amo disponía por esta palabra del reino que tantas desgracias y sacrificios había costado á Luis XIV; pero no lo conservó mucho tiempo. En cuanto á los pueblos, jamás un hombre ha tenido cuenta con ellos ni los ha despreciado más que Bonaparte, él arrojaba trozos de ellos á la jauría de reyes que conducía á caza con el látigo en la mano: «Atila, dice Jornandés, llevaba consigo una multitud de príncipes tributarios, que esperaban con temor y temblando un signo del amo de los monarcas para ejecutar lo que les fuese ordenado.»

Antes de marchar á Rusia con sus aliados, el Austria y la Prusia, con la Confederación del Rin, compuesta de reyes y de príncipes, Napoleón había querido asegurar sus dos flancos que tocaban en las dos orillas de la Europa; negociaba dos tratados; uno en el Mediodía con Constantinopla, y otro en el Norte con Stockolmo. Estos tratados salieron fallidos.

Napoleón, en la época de su consulado, había reanudado inteligencias con la Puerta: Selim y Bonaparte habían cambiado sus retratos y seguían una correspondencia misteriosa. Napoleón escribía á su padre con fecha de Ostende de 3 de abril de 1807: «Tú te has mostrado el digno descendiente de los Selim y de los Soliman. Confiame todas tus necesidades, pues soy bastante poderoso y bastante interesado

en tu ventura, tanto por amistad como por política, para no tener nada que negarte.» Encantadora efusión de dos sultanes charlando pica á pica, como hubiera dicho Saint-Simon.

Selim destruido, Napoleón vuelve al sistema ruso, y piensa en dividir la Turquía con Alejandro; y luego trastornado por un nuevo catolicismo de ideas, se determinó á la invasión del imperio moscovita. Pero hasta el 21 de marzo de 1812 no pidió á Mahamud su alianza, exigiendo repentinamente de él cien mil turcos á orillas del Danubio: por este ejército ofreció á la Puerta la Valaquia y la Moldavia; pero los rusos se le habían adelantado: su tratado estaba á punto de concluirse, y fue firmado el 8 de mayo de 1812.

Los sucesos engañaron igualmente en el Norte á Napoleón. Los suecos habrían podido invadir la Finlandia, como los turcos amenazar la Crimea; por esta combinación, teniendo la Rusia dos guerras en sus brazos, se habría visto en la imposibilidad de reunir sus fuerzas contra la Francia; esto era la política en una vasta escala. Encerrándose Stockolmo en una política nacional, se arregló con San Petersburgo.

Después de haber perdido en 1807 la Pomerania invadida por los franceses, y en 1808 la Finlandia invadida por la Rusia, Gustavo IV había sido depuesto. Gustavo, leal y loco, ha aumentado el número de los reyes errantes sobre la tierra, y yo mismo le he dado una carta de recomendación para los padres de la Tierra-Santa; en la tumba de Jesucristo es donde uno debe consolarse. El tío de Gustavo fue puesto en el lugar de su sobrino destronado. Habiendo mandado Bernadotte el cuerpo de ejército francés en Pomerania, se había atraído la estimación de los suecos que pusieron los ojos en él. Bernadotte fue elegido para llenar el vacío que dejaba el príncipe de Holstein Augustenbourg, príncipe heredero de Suecia nuevamente elegido y muerto Napoleón vió con disgusto la elección de su antiguo compañero.

La enemistad de Bonaparte y de Bernadotte era antigua: Bernadotte se había opuesto al 18 brumario, y en seguida contribuyó, por conversaciones animadas y por el ascendiente que ejercía en los ánimos, á aquellas indisposiciones que llevaron á Moreau ante un tribunal de justicia. Bonaparte se vengó á su manera. Después del juicio de Moreau, regaló á Bernadotte una casa, calle de Anjou, despojo del general condenado: por una debilidad entonces demasiado común, el cuñado de José Bonaparte no se atrevió á rehusar esta munificencia poco honrosa. Grosbois fue dado á Berthier. Habiendo puesto la fortuna el cetro de Carlos XII en las manos de un compatriota de Enrique IV, Carlos Juan se negó á la ambición de Napoleón, y pensó que le era más seguro tener por aliado á Alejandro, su vecino, que á Napoleón, su enemigo lejano; se declaró neutral; aconsejó la paz, y se propuso por mediador entre la Rusia y la Francia.

Bonaparte entra en cólera, y exclama: «El, el miserable, me da consejos, quiere imponerme la ley, un hombre que todo lo tiene de mi bondad; qué ingrátud! Pero yo sabré obligarle á seguir mi impulso soberano!» Consiguiente á estas violencias, Bernadotte firmó el 24 de marzo de 1812 el tratado de San Petersburgo.

No pregunteis con qué derecho Bonaparte trataba á Bernadotte de miserable, olvidando que él mismo no salía, ni de una fuente más elevada, ni de un origen diverso, ni revolución y la i armas. Este lenguaje insultante no anunciaba, ni la altura hereditaria del rango, ni la grandeza de alma. Bernadotte no era ingrato, pues nada debía á la bondad de Bonaparte.

El emperador se había transformado en un monarca de antigua raza, que todo se lo atribuye, que no habla más que de sí, y que cree recompensar ó castigar diciendo que está satisfecho ó descontento. Muchos

siglos pasados bajo la corona ni una larga continuación de sepulcros en Saint-Denis, no excusarian siquiera estas arrogancias.

La fortuna trajo de los Estados-Unidos y del Norte de Europa á dos generales franceses sobre el mismo campo de batalla, para hacer la guerra á un hombre contra el cual se habían primero reunido y luego separado. Soldado ó rey, nadie pensaba entonces que hubiese crimen en querer derrocar al opresor de las libertades. Bernadotte triunfó; Moreau sucumbió. Los hombres que desaparecen jóvenes, son vigorosos viajeros que hacen pronto un camino, que hombres más débiles acaban á pasos lentos.

EL EMPERADOR EMPRENDE LA EXPEDICION DE RUSIA.—
OBJECIONES.—FALTA DE NAPOLEON.

No fue por falta de advertencias por lo que Bonaparte se obstinó en la guerra de Rusia: el duque de Frioul, el conde de Segur, el duque de Vicence, que fueron consultados, opusieron á esta empresa una multitud de objeciones. «Apoderándose del continente, y aun de los estados de la familia de un aliado, decía valerosamente el último (*Historia del grande ejército*), no debe acusarse á este aliado de faltar al sistema continental. Cuando los ejércitos franceses cubrían la Europa, ¿cómo criticar á los rusos su ejército? ¿Sería preciso lanzarse más allá de todos esos pueblos de Alemania, cuyas llagas hechas por nosotros no estaban aun cicatrizadas? Los franceses no se reconocían ya en medio de una patria que no limitaba ninguna frontera natural. ¿Quién, pues, defenderá la verdadera Francia abandonada?—Mi fama, replica el emperador. Medea había suministrado esta respuesta. Napoleón hacía descender á sí la tragedia.

Alimentaba el designio de organizar el imperio en cohortes; su memoria era una confusión de tiempos y de recuerdos. A la objeción de los diversos partidos existentes aun en el imperio, respondía: «Los realistas temen más que desear mi pérdida; lo que más útil y difícil he hecho ha sido detener el torrente revolucionario, que todo se lo hubiera tragado. ¿Temeis la guerra por mis días? Matarlos es imposible; ¿he cumplido, acaso, las voluntades del destino? Yo me siento empujado hácia un objeto que no conozco, y cuando lo haya alcanzado, un átomo bastará para destruirme.» También era esto una copia: los vándalos en Africa y Alarico en Italia, decían no ceder sino á un impulso sobrenatural: *divino jussu perungeri*.

La absurda y vergonzosa querrela con el papa, aumentando los peligros de la posición de Bonaparte, el cardenal Fesch le conjuraba á no atraerse á un tiempo la enemistad del cielo y de la tierra: Napoleón tomó á su tío de la mano, lo llevó á una ventana (era de noche), y le dijo: «¿Veis esa estrella?—No, señor.—Mirad bien.—Señor, no la veo.—¿Pues bien, yo sí la veo!»

«Vos también, decía Bonaparte á Mr. de Caulaincourt, os habeis hecho ruso.»

«Muchas veces, asegura Mr. de Segur, se le veía recostado en un sofá, sumergido en una meditación profunda; luego salía de ella de pronto como en sobresalto, convulsamente, y con exclamaciones, y creyendo oírse nombrar, exclamaba: «¿Quién me llama!» Cuando el Acuchillado tocaba á su catástrofe, subió sobre el terrado del castillo de Blois, llamado *Perche aux Bretons*: bajo un cielo de otoño, en una campiña desierta, extendiéndose á lo lejos, se le vió pasearse á grandes pasos, con movimientos furiosos. En sus vacilaciones saludables dice Bonaparte: «Nada está bastante preparado en rededor mio para una guerra tan lejana; es preciso retardarla tres años.» Y ofrecía declarar al Czar que no contribuiría ni de-

recta ni indirectamente al restablecimiento de un reino de Polonia: la antigua y la nueva Francia han abandonado igualmente á este fiel y desgraciado país.

Entre todas las faltas políticas cometidas por Bonaparte, este abandono es una de las más graves. Después de esta falta ha declarado que si no había procedido á un restablecimiento tan francamente indicado, era porque había temido disgustar á su suegro. Bonaparte era hombre que se detenía mucho por consideraciones de familia! La excusa es tan débil, que parece no darla sino para maldecir su matrimonio con María Luisa. Lejos de pensar sobre este matrimonio de la misma manera, el emperador de Rusia había exclamado: «¿Heme aquí relegado al fondo de mis bosques!» Bonaparte fue simplemente obedecido por la antipatía que tenía á la libertad de los pueblos.

Cuando la primera invasión del ejército francés, el príncipe Poniatowski había organizado tropas polacas, y se habían reunido cuerpos políticos. La Francia mantuvo dos embajadores sucesivos en Varsovia; el arzobispo de Malines y Mr. Bignon. Franceses del Norte, los polacos, valientes y ligeros como nosotros, hablaban nuestra lengua, nos amaban como hermanos, y se hacían matar por nosotros con una fidelidad que respiraba su aversión á la Rusia. La Francia los había perdido en otro tiempo, y le correspondía devolverle la vida; ¿no se debía nada á este pueblo salvador de la cristiandad? Yo lo he dicho á Alejandro en Verona. «Si V. M. no restablece la Polonia, se verá obligado á exterminarla.» Suponer que este reino está condenado á la opresión por su posición geográfica, es conceder demasiado á las colinas y á los ríos; veinte pueblos rodeados de su solo valor han guardado su independencia, y la Italia, parapetada en los Alpes, ha caído bajo el yugo de quien ha querido libertarla. Mas justo sería reconocer otra fatalidad; á saber: que los pueblos belicosos, habitantes de las llanuras, están condenados á la conquista; de las llanuras han salido los diversos invasores de Europa.

Lejos de favorecer á la Polonia, se quiso que sus soldados tomasen la escarapela nacional: pobre como era, la cargaban con mantener un ejército francés de ochenta mil hombres; el gran ducado de Varsovia estaba prometido al rey de Sajonia. Si la Polonia hubiera sido reformada en reino, la raza eslava, desde el Báltico hasta el mar Negro, habría adquirido su independencia. Aun en el abandono en que Napoleón dejaba á los polacos, sirviéndose al mismo tiempo de ellos, pedían que se les pusiera en la vanguardia, y creían poder entrar sin nosotros en Moscú; ¡proposición inoportuna! El poeta arduo, Bonaparte había reaparecido, y quería subir al Kremlin para cantar y firmar allí un decreto sobre los teatros.

A pesar de cuanto se publique hoy en alabanza de Bonaparte, de ese gran demócrata, hay que advertir que su odio hacia los gobiernos constitucionales era invencible, y no le abandonó ni aun después de haber entrado en los desiertos amenazadores de la Rusia. El senador Wibicki le llevó á Wilna las resoluciones de la dieta de Varsovia, y le decía en su sacrilega exageración: «A vos, que dictais al siglo su historia, y en quien reside la fuerza de la Providencia; á vos corresponde apoyar esfuerzos que debeis aprobar.» El senador Wibicki venía á pedir á Napoleón el Grande que pronunciase estas únicas palabras: «Que el reino de Polonia exista,» y el reino de Polonia existirá. «Los polacos se pusieron á las órdenes del jefe ante quien los siglos no son más que un momento y el espacio un punto.»

Napoleón respondió:

«Caballeros, diputados de la Confederación de Polonia: he oído con interés lo que acabais de decirme. Polacos: pensaré y obraré como vosotros, y como vosotros tendré voto en la asamblea de Varsovia.»

El amor á su país es el primer deber del hombre civilizado.

«En mi situación tengo muchos intereses que conciliar y muchos deberes que llenar. Si yo hubiera reinado durante la primera, la segunda ó la tercera partición de la Polonia, habria armado mis pueblos para defenderla.

«¡Yo amo á vuestra nación! Durante diez y seis años he visto á vuestros soldados junto á mí en los campos de Italia y en los de España. Aplauzo lo que habeis hecho; autorizo los esfuerzos que quereis hacer, y haré cuanto dependa de mí para secundar vuestras resoluciones.

«Esto mismo os he dicho desde mi primera entrada en Polonia. Solo añadiré: que he garantido al emperador de Austria la integridad de sus dominios, y que no puedo sancionar ninguna maniobra, ningún movimiento que tienda á turbar la pacífica posesión de lo que resta de las provincias de la Polonia.

«Yo recompensaré ese patriotismo de vuestras comarcas, que os hace tan interesantes y os adquiere tantos títulos á mi aprecio y protección, por todo lo que pueda depender de mí en estas circunstancias.»

Así ha sido crucificada y abandonada la Polonia; han insultado cobardemente su pasión, y le han presentado la esponja empapada en vinagre cuando sobre la cruz de la libertad dijo: «Tengo sed, sitio.» Cuando la libertad, exclama Mickiewicz, se siente sobre el trono del mundo, juzgará á las naciones, y dirá á la Francia: «Te he llamado, y no me has escuchado; ve, pues, á la esclavitud.»

«Tantos sacrificios, tantos trabajos, dice el abate Lamennais, ¿deben ser estériles? Los santos mártires, ¿no habrán sembrado en los campos de su patria sino una servidumbre eterna? ¿Qué ois en esos bosques? El murmullo triste de los vientos. ¿Qué ois pasar sobre esas llanuras? El pájaro viajero, que busca lugar donde reparar sus fuerzas.»

REUNION EN DRESDE.—BONAPARTE PASA REVISTA A SU EJERCITO.—LLEGA A ORILLAS DEL NIEMEN.

El 9 de mayo de 1812 salió Napoleon para el ejército, y se trasladó á Dresde. Allí fue donde reunió los resortes esparcidos de la Confederación del Rin, y donde, por la primera y última vez, puso en movimiento esta máquina, que él habia fabricado.

Entre las obras maestras desterradas que echan de menos el sol de la Italia, tiene lugar una reunion del emperador Napoleon y de la emperatriz Maria Luisa, del emperador y de la emperatriz de Austria, y de una multitud de soberanos grandes y pequeños. Estos soberanos aspiran á formar de sus diversas córtes los círculos subordinados de la corte primera, y se disputan el vasallaje; uno quiere ser el escanciador del teniente de Brienne, otro su panadero. La historia de Carlomagno se pone á contribucion por la erudicion de las cancillerías alemanas.—«Una dama de Montmorency, dice Napoleon, se habia bajado precipitadamente para atar las cintas de los zapatos de la emperatriz.

Cuando Napoleon atravesaba el palacio de Dresde para pasar á un gabinete preparado, iba el primero delante y con el sombrero puesto; Francisco II seguia con el sombrero en la mano, acompañando á su hija la emperatriz Maria Luisa; la turba de príncipes marchaba confundida detrás en un respetuoso silencio. La emperatriz de Austria faltaba en la comitiva, pues se decia enferma, y no salia de su aposento sino en silla de manos para evitar dar el brazo á Napoleon, á quien detestaba. Lo que restaba de sentimientos nobles se habia retirado al corazón de las mujeres.

Un solo rey, el de Prusia, se mantuvo al principio apartado.—«¿Qué me quiere ese príncipe! exclamaba Bonaparte con impaciencia. ¿No es bastante la im-

portunidad de sus cartas? ¡Por qué quiere perseguirme aun con su presencia! Yo no tengo necesidad de él.» Duras palabras contra la desgracia, pronunciadas la víspera del infortunio.

El gran crimen de Federico Guillermo cerca del republicano Bonaparte era haber abandonado la causa de los reyes.—«Las negociaciones de la corte de Berlín con el directorio, decia Bonaparte, fundaban en este principio una política tímida, interesada, sin nobleza, que sacrificaba su dignidad y la causa general de los tronos á pequeños engrandecimientos.» Cuando miraba sobre un mapa la nueva Prusia, exclamaba: «¡Es posible que yo haya dejado á este hombre tanto país!» De los tres comisarios de los aliados que le condujeron á Frejus, el prusiano fue el único á quien Bonaparte recibió mal, y con el cual no quiso tener relacion alguna. Hase buscado la causa secreta de esta aversion del emperador hacia Guillermo, y se ha creído encontrarla en tal ó cual circunstancia particular: al hablar de la muerte del duque de Enghien, creo haber tocado mas de cerca la verdad.

Bonaparte esperó en Dresde los progresos de las columnas de sus ejércitos: en esta misma ciudad, dirigiéndose Malborough á saludar á Carlos XII, distinguió sobre un mapa un camino que concluía en Moscú, y adivinó que el monarca tomaria este camino y no se mezclaria en la guerra del Occidente. Sin proclamar en voz alta su proyecto de invasion, Bonaparte no podia, sin embargo, ocultarlo. Con los diplomáticos hacia valer tres agravios: el ukase de 31 de diciembre de 1810, prohibiendo ciertas importaciones en Rusia, y destruyendo por esta prohibicion el sistema continental; la protesta de Alejandro contra la reunion del ducado de Oldembourg, y los armamentos de la Rusia. Si no se estuviera acostumbrado al abuso de las palabras, sorprenderia ver dar por causa legítima de guerra los reglamentos de aduanas de un Estado independiente y la violacion de un sistema que este Estado no ha adoptado. En cuanto á la reunion del ducado de Oldembourg y á los armamentos de la Rusia, ya hemos visto que el duque de Vence habia osado representar á Napoleon la insuficiencia de estos cargos. La justicia es tan sagrada, y parece tan necesaria al éxito de los negocios, que los mismos que la atropellan pretenden no obrar sino segun sus principios. Sin embargo, el general Lauriston fue enviado á San Petersburgo, y el conde de Narbona al cuartel general de Alejandro, mensajeros de palabras sospechosas de paz y de bien querer. El abate de Pradt habia sido enviado á la dieta polaca, y volvió apellidando á su amo *Júpiter-Scapin*. El conde de Narbona refirió que Alejandro, sin abatimiento y sin jactancia, preferia la guerra á una paz vergonzosa. El Czar profesaba siempre á Napoleon un entusiasmo cándido; pero decia que la causa de los rusos era justa, y que su ambicioso amigo no tenia razon. Esta verdad, expresada en los boletines moscovitas, tomó el carácter del genio nacional, y Bonaparte fue considerado como el *Ante-Cristo*.

Napoleon salió de Dresde el 22 de mayo, pasó á Posen y á Thorn, y allí vió saquear á los polacos por sus otros aliados. Luego bajó el Vístula, y se detuvo en Dantzick, Koenigsberg y Gumbinnen.

Prosiguiendo su camino, pasó revista á sus diferentes tropas: á los soldados viejos les habló de las Pirámides, de Marengo, de Austerlitz, de Jena, de Friedland, y con los jóvenes se ocupó de sus necesidades, de sus equipos, de su sueldo y de sus capitales: en este momento representaba á la bondad.

INVASION DE LA RUSIA.—WILNA.—EL SENADOR POLACO WIBICKI.—EL PARLAMENTARIO RUSO BALASCHEFF.—SMOLENSK.—MURAT.—EL HIJO DE PLATOFF.

Cuando Bonaparte atravesó el Niemen, ochenta y

cinco millones quinientas mil almas reconocian su dominacion ó la de su familia: la mitad de la poblacion de la cristiandad le obedecia; sus órdenes eran ejecutadas en un espacio que comprendia diez y nueve grados de latitud y treinta de longitud, y jamás se habia visto, ni se verá una expedicion mas gigantesca.

El 22 de junio proclama Napoleon la guerra en su cuartel general de Wilkowitz:—«Soldados: comienza la segunda guerra de Polonia; la primera terminó en Tilsit: la Rusia es arrastrada por la fatalidad, y deben cumplirse sus destinos.»

Moscú responde á esta voz, joven aun, por la boca de su metropolitano de edad de ciento diez años:—«La ciudad de Moscú recibe á Alejandro, su Cristo, como una madre en sus brazos á su hijo querido, y canta ¡Hosanna!... ¡Bendito sea el que llega!» Bonaparte se dirigia al destino; Alejandro á la Providencia.

En la noche del 23 de junio reconoció Bonaparte el Niemen, y ordenó echar sobre él tres puentes. A

la caída del siguiente dia algunos zapadores pasan el rio en una lancha, y no encuentran á nadie en la otra orilla. Un oficial de cosacos, comandante de una patrulla, se acerca á ellos, y les pregunta quienes son:—«Franceses.»—¿Por qué venis á Rusia?—«Para haceros la guerra.» El cosaco desaparece en el bosque; tres zapadores tiran sobre él, y no les responden: silencio universal.

Bonaparte habia permanecido todo un dia acostado, sin fuerzas y sin reposo, conociendo que alguna cosa se retiraba de él. Las columnas de nuestros ejércitos avanzaron atravesando los bosques de Pilwisky á favor de la oscuridad, como los hunos conducidos por una cierva en los Palus-Meotides. No se veia el Niemen, y para reconocerlo era preciso tocar sus orillas.

En medio del dia, en vez de batallones moscovitas ó de poblaciones lituanias saliendo al encuentro de sus libertadores, no se vieron mas que sables desnudos y bosques desiertos. «A trescientos pasos del rio, y en la altura mas elevada, se distinguia la tienda de



JOSEFINA.

MARIA LUISA.

emperador. Enredador de ella, todas las colinas, sus pendientes, sus valles, estaban cubiertos de hombres y de caballos.» (Segur.)

El conjunto de fuerzas obedientes á Napoleon subia á seiscientos ochenta mil trescientos infantes, y ciento setenta y seis mil ochocientos cincuenta caballos. En la guerra de sucesion, Luis XIV tenia sobre las armas seiscientos mil hombres, todos franceses. La infantería activa, á las órdenes inmediatas de Bonaparte, estaba dividida en diez cuerpos. Estos cuerpos se componian de veinte mil italianos, de ochenta mil hombres de la Confederacion del Rin, de treinta mil austriacos, veinte mil prusianos y doscientos setenta mil franceses.

El ejército atravesó el Niemen; el mismo Bonaparte pasa el puente fatal, y pone el pie sobre la tierra rusa. Detiénese, y ve destilar á sus soldados, y luego huye de su vista y escapa á la ventura por los bosques como llamado á consejo por los espíritus entre los matorrales. Vuelve, y escucha; el ejército escuchaba tambien, y se cree oír retumbar el cañon lejano: estaban llenos de alegría, pero aquello no era mas que

una tormenta, de la cual se guareció Bonaparte en un convento abandonado: doble asilo de paz.

Se ha contado que el caballo de Napoleon se cayó, y que á él se le oyó murmurar:—«Este es un mal presagio; un romano retrocederia.» Otro tanto dijeron Scipion, Guillermo el Bastardo, Eduardo III y Mallesherbes al salir para el tribunal revolucionario.

Tres dias se emplearon en el paso de las tropas, que avanzaban en seguida precedidas por Bonaparte, á quien el tiempo gritaba: «¡Marcha, marcha!» como diria Bossuet.

En Wilna recibió Bonaparte al senador Wibicki de la dieta de Varsovia: un parlamentario ruso, Balascheff, se presenta á su vez, y declara que aun se podia tratar; que Alejandro no era el agresor; que los franceses se encontraban en Rusia sin ninguna declaracion de guerra. Napoleon responde que Alejandro no es mas que un general de parada, que no tiene mas que tres generales; Kutusoff, del cual no se cuida Bonaparte porque es ruso; Benigsen, ya demasiado viejo hace seis años, y ahora niño, y Barday, general de retirada. Habiéndose creído insultado el du-

que de Vienne por Bonaparte en su conversacion, le interrumpió con voz irritada: — «Yo soy buen francés, y lo he probado y lo probaré todavía repitiendo que esta guerra es impolítica, peligrosa, y que perderá al ejército, á la Francia y al emperador.»

Bonaparte habia dicho al enviado ruso: — «¿Creeis que yo me cuido de vuestros jacobinos polacos?» Mad. de Stael refiere este último propósito: sus altas relaciones la tenían bien informada, y afirma que existía una carta escrita á Mad. de Romanzoff por un ministro de Bonaparte, el cual proponía rayar de las actas europeas los nombres de Polonia y de polacos: prueba superabundante del disgusto de Napoleon por lo tocante á estos bravos suplicantes.

Bonaparte se informó de Balaschiff del número de iglesias de Moscow, y en vista de la respuesta, exclamó: — «¿Cómo tantas iglesias en una época en que ya nadie es cristiano?» Perdon, señor, replicó el moscovita; los rusos y los españoles lo son todavía.»

Despedido Balaschiff con proposiciones inadmisibles, desapareció la última esperanza. Los boletines decían: — «¿Hé aquí ya este imperio de Rusia, tan temible de lejos! Es un desierto, y necesita mas tiempo Alejandro para reunir sus reclutas que Napoleon para llegar á Moscow.»

Cuando Bonaparte llegó á Witepsk, tuvo un momento la idea de detenerse allí. Volviendo á su cuartel general, despues de haber visto á Barday retirarse otra vez, tiró su espada sobre unos mapas, y exclamó: — «¿Aquí me paro! Ha terminado mi campaña de 1812, y la de 1813 hará lo restante.» Feliz él si se hubiera atendido á esta resolución, que todos sus generales le aconsejaban! Contaba con recibir nuevas proposiciones de paz, y se enfadó no viéndolas llegar. Solo distaba veinte jornadas de Moscow, y repeta: — «¿Moscou, la ciudad santa!» Su mirada era terrible, su aire feroz, y al momento dió la orden de marchar. Hácenle observaciones que desdena, é interrogado Daru, le responde: — «Que él no concibe ni el objeto ni la necesidad de semejante guerra.» El emperador replica: — «¿Me toman por un insensato? ¿Se piensa que hago la guerra por gusto? No le habian oído decir á él, emperador, que la guerra de España y la de Rusia eran dos úlceras que roían la Francia?» Mas para hacer la paz se necesitaban dos, y no se recibía una sola carta de Alejandro.

Y estas úlceras ¿de quién venían? Estas inconsecuencias pasan desapercibidas, y aun en caso necesario se cambian en pruebas de la cándida sinceridad de Napoleon.

Bonaparte se creía degradado si se paraba en una falta cometida por él. Sus soldados se quejaban de no verlo ya sino en los momentos de combate, siempre para hacerlos morir, jamás para hacerlos vivir; pero él permanecía sordo á estos clamores. La noticia de la paz entre los rusos y los turcos le llama la atención; pero no le detiene, y se precipita hácia Smolensk. Las proclamas de los rusos decían: — «Viene (Napoleon) con la traición en el pecho y la lealtad en los labios; viene á encadenarnos con sus legiones de esclavos. Llevemos la cruz en nuestros corazones y el hierro en nuestras manos; arranquemos los dientes á ese leon, y derribemos el tirano que derriba la tierra.»

En las alturas de Smolensk encuentra Napoleon el ejército ruso, compuesto de ciento veinte mil hombres: — «¿Ya los tengo!» exclama. El 17 al amanecer persigue Belliard á un destacamento de cosacos, y lo arroja en el Dnieper; descorrida la cortina, se ve el ejército enemigo en el camino de Moscow, que se iba retirando. El sueño de Napoleon huye otra vez, y Murat, que habia contribuido demasiado á la vana persecucion, desesperado como estaba, queria morir y rehusaba abandonar una de nuestras baterías, envuelta en el fuego de la ciudadela de Smolensk, aun no evacuada: — «Retiraos todos, dejadme solo aquí!»

exclamaba. Un ataque horrible tenia lugar contra esta ciudadela: formado sobre unas alturas que se elevan en anfiteatro, nuestro ejército contemplaba el combate, y cuando vió á los sitiadores lanzarse atravesando el fuego y la metralla, batió palmas como lo habia hecho al aspecto de las ruinas de Tebas.

Por la noche atrae las miradas un incendio. Un sargento de Davoust escala los muros, y llega á la ciudadela en medio del humo. El sonido de algunas voces lejanas llega á su oído; amartilla una pistola, se dirige hácia este punto, y con gran sorpresa suya cae en una patrulla de amigos. Los rusos habian abandonado la ciudad, y los polacos de Poniatowski la habian ocupado.

Mural, excitaba el entusiasmo de los cosacos por su traje extraordinario y por el carácter de su valor, que se parecia al suyo. Un dia que daba contra ellos una carga furiosa, se irrita, les ríe, y les manda: los cosacos no comprenden; pero adivinan, vuelven bridas, y obedecen la orden del general enemigo.

Cuando vimos en Paris al hetman Platoff, ignorábamos sus aflicciones paternales: en 1812 tenia un hijo bello como el Oriente, y este hijo montaba un soberbio caballo blanco de Ucrania: el guerrero de diez y siete años combatía con la intrepidez de la edad que florece y espera: un hulano polaco le mató. Tendido sobre una piel de oso, los cosacos llegaron respetuosamente á besar su mano, pronunciando oraciones fúnebres: le entierran en una bóveda, cubierta de pinos, y en seguida, llevando de la brida sus caballos, desfilan alrededor de la tumba con las puntas de las lanzas hácia tierra. Creíase ver los funerales descritos por el historiador de los godos, ó las cohortes pretorianas destruyendo sus haces ante las cenizas de Germánico, *versis fasces*. «El viento hace caer los copos de nieve que la primavera del Norte lleva en sus cabellos.» (Edda de Soemund.)

RETIRADA DE LOS RUSOS.—EL BORYSTENES.—OBSCURACION DE BONAPARTE.—KUTUZOFF SUCEDÉ A BARCLAY EN EL MANDO DEL EJÉRCITO RUSO.—BATALLA DE LA MOSCOWA Ó DE BORODINO.—BOLETIN.—ASPECTO DEL CAMPO DE BATALLA.

Bonaparte escribió desde Smolensk á Francia que era dueño de las Salinas rusas, y que su ministro del tesoro podia contar con ochenta millones mas.

La Rusia huía hácia el polo, y los señores, desertando de sus casas de madera, se marchaban con sus familias, sus siervos y sus rebaños. El Dnieper, ó el antiguo *Borystenes*, cuyas aguas habian sido declaradas santas en otro tiempo por Wladimiro, estaba ya atravesado: este río habia enviado á los pueblos civilizados invasiones de bárbaros, y ahora sufría las invasiones de los pueblos civilizados. Salvaje, disfrazado con un nombre griego, ya no recordaba ni las primeras invasiones de los eslavos, y continuaba corriendo desconocido entre sus bosques, llevando en sus barcas, en vez de los niños de Odin, chales y perfumes y á las mujeres de San Petersburgo y de Varsovia. Su historia para el mundo no comienza sino en el Oriente de las montañas, donde están los altares de Alejandro.

Desde Smolensk se podia igualmente conducir un ejército á San Petersburgo ó á Moscow. Smolensk hubiera debido advertir al vencedor que se detuviera, y aun tuvo ganas de ello por un momento. — «Desalentado el emperador, dice Mr. Fain, habló del proyecto de detenerse en Smolensk.» En los hospitales comenzaba ya á carecerse de todo, y el general Gourgaud cuenta que el general Lariboissiere se vió obligado á entregar la estopa de sus cañones para vendar á los heridos. Pero Bonaparte era arrastrado, y se deleitaba en contemplar en los dos extremos de la

Europa las dos auroras que alumbraban á sus ejércitos en las llanuras ardientes y en las llanuras heladas.

Rolando corria tras de Angélica en su círculo estrecho de caballería: los conquistadores de la primera raza fueron en pos de una divinidad mas elevada: nada de descanso para ellos hasta que hayan estrechado en sus brazos esa soberana coronada de torres, esposa del tiempo, hija del cielo y madre de los dioses. Poseído de su propia existencia, Bonaparte lo habia reducido todo á su persona: Napoleon se habia apoderado de Napoleon, y ya no habia mas que él en sí mismo. Hasta entonces no habia explorado mas que lugares célebres; ahora recorria un camino sin nombre, en cuya extension apenas habia bosquejado Pedro las ciudades futuras de un imperio que no contaba un siglo. Si los ejemplos instruyesen, Bonaparte hubiera debido inquietarse al recuerdo de Carlos XII, que atravesó á Smolensk en busca de Moscow. En Kolodrina hubo un combate mortífero, y como enteraron apresuradamente los cadáveres de los franceses, Napoleon no pudo juzgar de la grandeza de su pérdida. En Dorogobouj se encontró un ruso con una barba brillante de blancura que le caía sobre el pecho: demasiado viejo para seguir á su familia, se habia quedado solo en su hogar: habia visto los prodigios del fin del reinado de Pedro el Grande, y ahora presenciaba en silenciosa cólera la devastacion de su país.

Una serie de batallas presentadas y rehusadas llevaron á los franceses al campo de la Moskowa. En cada vivac iba el emperador discutiendo con sus generales y oyendo sus consejos, mientras que él estaba sentado sobre pedazos de pino, ó se entretenía con alguna bala rusa que hacia rodar con el pié.

Barclay, pastor de Livonia, y despues general, era el autor de ese sistema de retirada que dejaba tiempo para que llegase el otoño: una intriga de corte le derribó. El viejo Kutuzoff, batido en Austerlitz porque no habia seguido su opinion, la cual era rehusar el combate hasta la llegada del príncipe Carlos, reemplazó á Barclay. Los rusos veían en Kutuzoff un general de su nacion, el discípulo de Suwaroff, el vencedor del gran visir en 1811, y el autor de la paz con la Puerta, entonces tan necesaria á la Rusia. Estando en esto, se presenta un oficial moscovita en las avanzadas de Davoust, que solo venia encargado de proposiciones vagas, pues su principal mision parecia mirar y examinar: todo se lo enseñaron.

Llegado á las alturas de Borodino, Bonaparte ve, en fin, el ejército ruso detenido y formidablemente atrincherado, compuesto de ciento veinte mil hombres y seiscientas piezas de artillería: igual fuerza tenían los franceses. Examinada la izquierda de los rusos, propuso el mariscal Davoust á Napoleon envolver al enemigo: — «Eso me haria perder demasiado tiempo,» responde el emperador. Davoust insiste, y se compromete á tener concluida su maniobra antes de las seis de la mañana. Napoleon le interrumpe bruscamente, y le dice: — «¿Ah; siempre estais por envolver al enemigo!»

Habíase notado un gran movimiento en el campo moscovita; las tropas estaban sobre las armas, y Kutuzoff rodeado de los archimandritas: precedido de los emblemas de la religion y de una sacra imagen salvada de las ruinas de Smolensk, habla á los soldados del cielo y de la patria, llamando á Napoleon el déspota universal.

En medio de estos cánticos de guerra, de estos coros de triunfo, mezclados con gritos de dolor, se oye tambien en el campo francés una voz cristiana que se distingue de todas las otras; es el himno santo que sube solo á las bóvedas del templo. El soldado, cuya voz tranquila, y sin embargo conmovida, resuena la última, es el ayudante de campo del mariscal que

mandaba la caballería de la guardia. Este ayudante se ha mezclado en todos los combates de la campaña de Rusia, y habla de Napoleon como de uno de sus mas grandes admiradores; pero le reconoce debilitados, pone en su lugar relaciones falsas, y declara que las faltas cometidas provinieron del orgullo del jefe y del olvido de Dios en los capitanes. «En el campo ruso, dice el teniente coronel Bandus, se ofrecen sacrificios á los dioses la víspera de un dia, que debe ser el último para tantos valientes.»

«El espectáculo ofrecido á mis ojos por la piedad del enemigo, como las burlas de que fue objeto por un gran número de oficiales de nuestras filas, me recordó que el mas grande de nuestros reyes, Carlomagno, se disponia tambien á comenzar la mas peligrosa de sus empresas por ceremonias religiosas... ¡Ah! Sin duda que entre esos cristianos extraviados se encontró un gran número cuya buena fe santificó las oraciones; porque si los rusos fueron vencidos en la Moskowa, nuestra entera destruccion, de la cual no pueden gloriarse de ningun modo, puesto que fue la obra manifiesta de la Providencia, vino á probar algunos meses mas tarde que su demanda habia sido muy favorablemente escuchada.»

Pero ¿dónde estaba el Czar? Este acababa de decir modestamente á Mad. de Stael, fugitiva, que *sentia no ser un gran general*. En este momento se presentaba en nuestros vivaques Mr. de Beausset, oficial de palacio, que, saliendo de los bosques tranquilos de Saint-Cloud y siguiendo las huellas horribles de nuestro ejército, llegaba la víspera de los funerales á la Moskowa: iba encargado del retrato del rey de Roma, que Maria Luisa enviaba al emperador. Mr. Fain y Mr. de Segur pintan los sentimientos que experimentó Bonaparte al verlo, y, segun el general Gourgaud, exclamó, despues de haber mirado el retrato: — «Guardadlo, que es demasiado pronto para que vea un campo de batalla.»

El dia que precedió á la tormenta fue extremadamente tranquilo. «Esta especie de prudencia, dice Mr. de Bandus, que se ejercita en preparar tan crueles locuras, tiene algo de humillante para la razon humana cuando se piensa en ella á sangre fria y á la edad á que yo he llegado; porque en mi juventud encontraba todo esto muy hermoso.»

En la tarde del 6 dictó Bonaparte esta proclama, que no fue conocida de la mayor parte de los soldados sino despues de la victoria:

«Soldados: hé aquí la batalla que tanto habeis deseado. Ahora, la victoria depende de vosotros; ella nos es necesaria, y nos dará la abundancia y una vuelta pronta á nuestra patria. Conducios como en Austerlitz, en Friedland, en Witepsk y en Smolensk, y que la posteridad mas remota cite vuestra conducta en esta jornada; que se oiga de vosotros: — «Estuvo en aquella gran batalla al pié de los muros de Moscow.»

Bonaparte pasó la noche en la ansiedad: unas veces creia que los enemigos se retiraban, otras temia la desnudez de sus soldados y el cansancio de sus oficiales. Sabia que en torno suyo se murmuraba: — «¿Con qué objeto nos han hecho andar ochocientas leguas, para no encontrar sino agua cenagosa, hambre, y vivaques sobre cenizas? Cada año se agrava mas la guerra, y nuevas conquistas fuerzan á ir en busca de nuevos enemigos. Pronto no le bastará la Europa, y necesitará el Asia.» Bonaparte, en efecto, no habia visto con indiferencia las corrientes de agua que se precipitan en el Volga. Detenido en Jaffa, en la entrada occidental del Asia, detenido en Moscow, en la puerta septentrional de esta parte del mundo, de donde se levantaron el hombre y el sol.

En medio de la noche hizo llamar Napoleon á uno de sus ayudantes de campo, quien al entrar lo encon-

tró con la cabeza apoyada en las dos manos: — «¿Qué es la guerra? decía: Un oficio de bárbaros, donde todo el arte consiste en ser el mas fuerte sobre un punto dado.» Quejase de la inconstancia de la fortuna, envía á examinar la posición del enemigo, le refieren que las fogatas lucen con el mismo brillo y en igual número, y se tranquiliza entonces. A las cinco de la mañana le envía Ney á pedir la orden de ataque: Bonaparte sale, y exclama: — «Vamos á abrir las puertas de Moscou.» El día aparece, y señalando Napoleon al Oriente, que comenzaba á colorarse, exclamó: — «¡Hé allí el sol de Austerlitz!»

Majaik 12 de setiembre de 1812.

EXTRACTO DEL DECIMO OCTAVO BOLETIN DEL GRANDE EJERCITO.

«El 6, á las dos de la mañana, recorrió el emperador las vanguardias enemigas, y se pasó el día en reconocimientos. El enemigo tenía una posición muy cerrada.

«Esta posición pareció hermosa y fuerte. Era fácil maniobrar y obligar al enemigo á evacuarla, pero esto hubiera aplazado la partida.

«El 7, á las seis de la mañana, el general conde Sorbier, que había armado la batería de cañón con la artillería de la reserva de la guardia, comenzó el fuego.

A las seis y media fue herido el general Compans, y á las siete mataron el caballo al príncipe de Eckmühl.

«A las siete se pone en movimiento el mariscal duque de Elchingen, y protegido por sesenta piezas de artillería que el general Foucher había colocado la víspera contra el centro del enemigo, se dirige sobre él. Mil bocas de fuego vomitaban de una parte y otra la muerte.

«A las ocho son tomadas las posiciones y reductos del enemigo, y nuestra artillería corona sus alturas.

«Quedaban al enemigo sus reductos de la derecha; el general conde Morand marcha á ellos, y los toma; pero atacado por todas partes á las nueve de la mañana, no puede ya mantenerse en ellos. Animado el enemigo con este triunfo, hace avanzar sus reservas y sus últimas tropas, para probar otra vez fortuna. La guardia imperial rusa hace parte de estas, y ataca nuestro centro, sobre el cual se había atrincherado la derecha. Por un momento se teme que se apodere de la aldea incendiada: la division Friant se dirige á este punto, y ochenta piezas de artillería francesa detienen primero y destruyen en seguida las columnas enemigas, que por espacio de dos horas se mantienen unidas ante la metralla, no atreviéndose á avanzar ni á retroceder, y renunciando á la esperanza de la victoria. El rey de Nápoles decide su incertidumbre; hace cargar el cuarto cuerpo de caballería, que penetra en las brechas que la metralla de nuestros cañones ha hecho en las masas apretadas de los rusos y los escuadrones de sus coraceros: por todas partes se desbandan.

«Son las dos de la tarde, y toda esperanza abandona al enemigo: la batalla está concluida; el fuego de cañón continúa todavía, mas ya solo se bate por su retirada y su salvación, y no por la victoria.

«Nuestra pérdida total puede evaluarse en diez mil hombres; la del enemigo en cuarenta ó cincuenta mil.

Jamás se ha visto semejante campo de batalla. De seis cadáveres; había un francés y cinco rusos. Cuarenta generales rusos han sido muertos, heridos ó prisioneros: el general Bagration fue herido.

«Nosotros hemos perdido el general conde Montbrun, muerto de una bala de cañón; el general conde Caulincourt, que había sido enviado para reemplazarle, muere de la misma manera una hora despues.

«Los generales de brigada Dompere, Planzonne, Marion, Huart, han sido muertos: siete ú ocho generales han sido heridos, la mayor parte levemente. El príncipe de Eckmühl ha salido ileso. Las tropas francesas se han cubierto de gloria, y han demostrado su superioridad sobre las rusas.

«Tal es, en pocas palabras, el croquis de la batalla de la Moskowa, dada á dos leguas á retaguardia de Majaik, y á veinte y cinco leguas de Moscou.

«El emperador no se ha expuesto jamás; la guardia de á pié y de á caballo no ha dado ni perdido un solo hombre: la victoria jamás ha sido incierta. Si el enemigo, forzado en sus posiciones, no hubiera querido reconquistarlas, nuestra pérdida habría sido mas fuerte que la suya; pero destruyó su ejército, teniéndolo desde las ocho hasta las dos bajo el fuego de nuestras baterías, y obstinándose en recuperar lo que había perdido. Esta es la causa de su inmensa pérdida.»

Este boletín, frío y lleno de reticencias, está muy lejos de dar una idea de la batalla de la Moskowa, y sobre todo de la horrible mortandad en el gran reducto: ochenta mil hombres quedaron fuera de combate, y treinta mil de ellos pertenecían á la Francia. Augusto de la Rochejacquelein sacó el rostro partido de un sablazo, y quedó prisionero de los moscovitas: él recordaba otros combates y otra bandera. Pasando Bonaparte revista al regimiento número 61, dijo al coronel: — «Coronel, ¿qué habeis hecho de uno de vuestros batallones?— Señor, está en el reducto.» Los rusos han sostenido siempre y sostienen aun haber ganado la batalla, y van á levantar una columna triunfal fúnebre en las alturas de Borodino.

La relación de Mr. de Segur va á suplir lo que falta al boletín de Bonaparte:

«El emperador recorrió el campo de batalla, dice. Jamás ninguno fue de tan horrible aspecto: todo concurría á ello; un cielo oscuro, una lluvia fría, un viento fuerte, habitaciones convertidas en ceniza, una llanura destruida y cubierta de ruinas y escombros: en el horizonte, la triste y sombría verdura de los árboles del Norte; por todas partes soldados errantes entre cadáveres y buscando alimento hasta en las mochilas de sus compañeros muertos: horribles heridas, porque las balas rusas son mas gruesas que las nuestras; vivaques silenciosos, y nada de cánticos ni de relaciones.

«Enredador de las águilas veíase el resto de los oficiales y sargentos, y algunos soldados, apenas los necesarios para custodiar la bandera. Sus uniformes estaban desgarrados por el encarnizamiento del combate, ennegrecidos por la pólvora, manchados de sangre, y, sin embargo, en medio de estos harapos, de esta miseria, de este desastre, todos tenían un aspecto fiero, y aun al aspecto del enemigo daban algunos gritos de triunfo, aunque raros y excitados; porque en este ejército, capaz á un tiempo de análisis y de entusiasmo, cada cual juzgaba de la posición de todos.

«El emperador no pudo evaluar su victoria sino por los muertos. La tierra estaba de tal modo cubierta de franceses tendidos sobre los reductos, que parecía portencerles mas que á los que quedaban de pié: parecía haber allí mas vencedores muertos que vencedores vivos.

«En esta multitud de cadáveres, sobre los cuales era preciso marchar para seguir á Napoleon, el casco

de un caballo chocó contra un herido, y le arrancó el último signo de vida ó de dolor. El emperador, hasta entonces mudo como su victoria, y á quien oprimía el aspecto de tantas víctimas, rompió en cólera, y se aplacó luego por gritos de indignación y por una multitud de cuidados que hizo prodigar á este infeliz. Despues dispersó á los oficiales que le seguían, para que socorriesen á los que se oían gritar por todas partes.

«Encontrábanse principalmente en el fondo de los fosos, donde habían sido precipitados la mayor parte de los nuestros, y adonde muchos se habían arrastrado para estar mas al abrigo del enemigo y del huracán. Los unos pronunciaban gimiendo el nombre de su patria y de su madre: estos eran los mas jóvenes. Los mas ancianos esperaban la muerte con aire impasible ó sardónico, sin implorar ni quejarse: otros pedían que los mataran al instante; mas pasaban rápidamente al lado de estos infelices, á quienes no tenían ni la inútil piedad de socorrer, ni la piedad cruel de acabar con su vida.»

Tal es la relación de Mr. de Segur. ¡Anatema á las victorias no alcanzadas en la defensa de la patria, y que solo sirven á la vanidad de un conquistador!

La guardia, compuesta de veinte y cinco mil hombres escogidos, no se comprometió en la Moskowa; Bonaparte se negó á ello bajo diversos pretextos. Contra su costumbre, estuvo lejos del fuego, y no podía seguir con sus propios ojos las maniobras. Sentábase ó paseábase cerca de un reducto tomado la víspera, y cuando llegaban á anunciarle la muerte de algunos de sus generales, hacía un gesto de resignación. Mirábase con sorpresa esta impasibilidad, y Ney exclamaba: — «¿Qué hace detrás del ejército? Ahí solo puede alcanzar reveses y no triunfos: puesto que ya no hace la guerra por sí mismo, que ya no es general, que solo quiere hacer por todas partes el emperador, que se vuelva á las Tullerías y nos deje ser generales por él.» Murat confesaba que en esta gran jornada no había reconocido el genio de Napoleon.

Admiradores sin reserva han atribuido la inercia de Napoleon á la complicación de los males de que, aseguran, estaba entonces acometido, y afirman que á cada momento se veía obligado á apearse, y que muchas veces permanecía inmóvil, con la frente apoyada en alguno de sus cañones. Es posible que así fuese; un malestar pasajero podía contribuir en aquel momento á la postración de su energía; pero si se nota que recuperó esta energía en la campaña de Sajonia y en su famosa campaña de Francia, será preciso buscar otra causa de su inacción en Borodino. ¿Cómo? Confesais en vuestro boletín que era fácil maniobrar y obligar al enemigo á evacuar su posición, pero que esto hubiera aplazado la partida; y vos, que tenéis bastante actividad de ánimo para mandar á la muerte tantos millares de nuestros soldados, no tenéis bastante fuerza de cuerpo para ordenar á vuestra guardia que al menos fuese en su socorro? Esto no tiene mas explicación que la naturaleza misma del hombre: la adversidad llegaba, y le heló á su primer alcance. La grandeza de Napoleon no era de esa cualidad que pertenece al infortunio, solo la prosperidad le dejaba enteras sus facultades, pues no estaba hecho para la desgracia.

MARCHA ADELANTE DE LOS FRANCESES.—ROSTOPSCHINO.
—BONAPARTE EN EL MONTE DE LA SALVACION.—VISTA DE MOSCOU.—ENTRADA DE NAPOLEON EN KREMLIN.—INCENDIO DE MOSCOU.—BONAPARTE LLEGA CON DIFICULTAD Á PETROSWKI.—ESCRITO DE ROSTOPSCHINO.—RESIDENCIA EN LAS RUINAS DE MOSCOU.—OCCUPACIONES DE BONAPARTE.

Entre la Moskowa y Moscou comprometió Murat

una acción delante de Majaik. Al entrar en la ciudad encontraron diez mil muertos ó moribundos: aquellos fueron arrojados por las ventanas para alojar á los vivos. Los rusos se replegaban en buen orden sobre Moscou.

En la noche del 13 de setiembre había reunido Kutuzoff su consejo de guerra, en el cual declararon los generales que *Moscou no era la patria*. Buturlin (*Historia de la campaña de Rusia*), el mismo oficial que Alejandro envió al cuartel del duque de Angulema en España, y Barclay en su *Memoria justificativa*, dan los motivos que determinaron la opinión del consejo. Kutuzoff propuso al rey de Nápoles una suspensión de armas, mientras que los soldados rusos atravesarian la antigua capital de los czares. La suspensión fue aceptada, porque los franceses querían conservar la ciudad: solo Murat estrechaba de cerca la retaguardia enemiga, y nuestros granaderos pisaban en los talones al granadero ruso que se retiraba; pero Napoleon estaba lejos del triunfo que creía tocar: Kutuzoff ocultaba á Rostopschino.

El conde Rostopschino era gobernador de Moscou. La venganza prometía bajar del cielo: un globo monstruoso, construido con mucho gasto, debía cerne sobre el ejército francés, coger al emperador en medio y caer sobre su cabeza en una lluvia de hierro y de fuego: en el ensayo se rompieron las alas del ariel, y fue preciso renunciar á la bomba de las nubes; pero quedaron los artificios á Rostopschino. Las nuevas del desastre de Borodino habían llegado á Moscou, en tanto que, por su boletín de Kutuzoff, creían aun en la victoria en el resto del imperio. Rostopschino había hecho diversas proclamas en prosa rimada, y decía:

«¡Vamos, mis amigos moscovitas; marchemos también! Reuniremos cien mil hombres, tomaremos la imagen de la Santa Virgen, ciento cincuenta piezas de artillería, y pondremos fin á todo.»

Aconsejaba á los habitantes que se armasen sencillamente de hoces, porque un francés no pesaba mas que una yerba. Sabido es que Rostopschino ha declinado toda participación en el incendio de Moscou, y también que Alejandro no se ha explicado jamás sobre este punto. ¿Ha querido Rostopschino ponerse á cubierto de los cargos de los nobles y comerciantes cuya fortuna había perecido? ¿Ha temido Alejandro ser llamado un bárbaro por el instituto? Este siglo es tan miserable, y Bonaparte había acaparado de tal modo todas las grandezas, que cuando sucedía alguna cosa digna, todos negaban tener participación en ella y rechazaban la responsabilidad.

El incendio de Moscou será siempre una resolución heroica que salvó la independencia de un pueblo y contribuyó á la libertad de muchos otros. Numancia no ha perdido sus derechos á la admiración de los hombres. ¿Qué importa que Moscou haya sido quemada? ¿No lo había sido ya siete veces? ¿No está hoy brillante y rejuvenecida, á pesar de que el boletín de Napoleon predijera que el incendio de esta capital retrasaría la Rusia cien años? «La misma desgracia de Moscou, dice admirablemente Mad. de Stael, ha regenerado el imperio: esta ciudad religiosa ha perecido como un mártir cuya sangre derramada da nuevas fuerzas á los hermanos que le sobreviven.» (*Diez años de destierro*).

¿Dónde estarían las naciones, si Bonaparte, desde lo alto de Kremlin, hubiera cubierto al mundo con su despotismo; como con un paño mortuorio? Los derechos de la especie humana pasan antes que todo: para mí, aun cuando la tierra fuese un globo de explosión, no vacilaría en prenderle fuego si se tratase de libertar á mi país. Sin embargo, necesitase nada menos que los intereses superiores de la libertad humana para

que un francés, cubierta la cabeza con un crespon y los ojos llenos de lágrimas, pueda resolverse á referir una resolución que debía ser fatal á tantos franceses.

Se ha visto en París al conde Rostopschino, hombre instruido y de talento: en sus escritos se oculta el pensamiento bajo ciertas bufonadas: especie de bárbaro ilustrado, de poeta irónico y aun depravado, capaz de disposiciones generosas, al mismo tiempo que despreciaba á los pueblos y á los reyes: las iglesias góticas admitten en su grandeza decoraciones grotescas.

La confusión había comenzado en Moscou; los caminos de Cazan estaban cubiertos de fugitivos á pié, en carruajes, aislados ó acompañados de servidores. Un presagio había reanimado por un momento los ánimos: un buitre se había enredado en las cadenas que sostenían la cruz de la iglesia principal; Roma, como Moscou, hubiera visto en este presagio el cautiverio de Napoleón.

Al presentarse los inmensos convoyes rusos á las puertas, se desvaneció toda esperanza. Kutuzoff había aconsejado á Rostopschino con defender la ciudad con noventa y un mil hombres que le quedaban; pero ya hemos visto que el consejo de guerra le obligaba á retirarse. Rostopschino se quedó solo.

Cae la noche: unos emisarios van llamando misteriosamente á las puertas, y anuncian que es preciso partir, y que Nive está condenada. Materias inflamables son introducidas en los edificios públicos, en los bazares, en las tiendas y en las casas particulares, llevándose las bombas. Entonces ordena Rostopschino abrir las cárceles: de en medio de una tropa inmunda se hace salir un ruso y un francés: el ruso perteneciente á una secta de inspirados alemanes, estaba acusado de haber querido entregar su patria y de haber traducido la proclama de los franceses. Su padre acude, y el gobernador le concede un momento para bendecir á su hijo.—«¡Yo bendecir á un traidor!» exclama el viejo moscovita: y le maldice. El preso es entregado al furor del populacho.

—«Pero tú, dice Rostopschino al francés, que debías desear la llegada de tus compatriotas, sé libre, y vé á decir á los tuyos que la Rusia no ha tenido mas que un traidor, y que ya ha sido castigado.»

Los otros malhechores puestos en libertad reciben con su gracia las instrucciones para proceder al incendio cuando el momento sea llegado. Rostopschino sale el último de Moscou como un capitán de navío sale el último de bordo en un naufragio.

Napoleón había alcanzado á su vanguardia: una altura quedaba por salvar, altura que tocaba á Moscou del mismo modo que Montmartre toca á París, y que se llamaba el *Monte de la salvación*, porque los rusos oraban allí, á la vista de la ciudad santa, como los peregrinos al distinguir á Jerusalén. Moscou con sus cúpulas doradas, dicen los poetas eslavos, resplandecía á la luz del sol con sus doscientas noventa y cinco iglesias, sus mil quinientos palacios, sus casas cinceladas y pintadas de amarillo, verde ó rosa; solo faltaban allí los cipreses y el Bósforo. El Kremlin hacia parte de esta masa cubierta de hierro bruñido ó pintado. En medio de elegantes casas de campo de ladrillo ó de mármol, el Moscou corria entre montes adornados de bosques de pinos, palmeras de este cielo. Venecia, en los días de su gloria, no fue mas brillante en las orillas del Adriático. El 14 de setiembre, á las dos de la tarde, fue cuando Bonaparte, con un sol adornado de los diamantes del polo, distinguió su nueva conquista. Moscou, como una princesa europea en los confines de su imperio, adornada con todas las riquezas del Austria, parecía llevada allí para desposarse con Napoleón.

Levantase una aclamación unánime.—«¡Moscou, Moscou!» exclaman nuestros soldados, y baten pal-

mas: en los tiempos de la antigua gloria, gritaban en los reveses ó en la prosperidad ¡viva el rey! «Fue un hermoso momento, dice el teniente coronel Bandus, aquel en que el magnífico panorama presentado por el conjunto de esta ciudad inmensa se ofreció de repente á mis miradas. Siempre me acordaré de la emoción que se manifestó en las filas de la division polaca, y me llamó tanto mas la atención, cuanto que se puso de manifiesto por medio de un movimiento impregnado de una idea religiosa. Al distinguir á Moscou, los regimientos enteros se hincaron de rodillas, y dieron gracias al Dios de los ejércitos por haberlos conducido por la victoria á la capital de su enemigo mas encarnizado.»

Las aclamaciones cesan, y bajan mudos hácia la ciudad: ninguna diputación sale por sus puertas para presentar las llaves en a bandeja de plata, el movimiento de la vida estaba suspendido en la gran ciudad. Moscou vacilaba silenciosa ante el extranjero, y tres días despues había desaparecido. La circasiana del Norte, la bella desposada, se había tendido sobre su fúnebre pira.

Cuando aun está de pié la ciudad, exclama Napoleón dirigiéndose á ella:—«¡Héla allí, esa ciudad famosa!» y la contemplaba: Moscou abandonada, se parecía á la ciudad llorada en *Las Lamentaciones*. Ya Eugenio y Poniatowski han penetrado en las murallas, y algunos oficiales que han andado por la ciudad vuelven y dicen á Napoleón:—«¡Moscou está desierta!»—«¡Moscou desierta? ¡Eso es inverosímil! Que me traigan los boyardos.» No hay boyardos, sino algunos pobres que se ocultan, calles abandonadas, ventanas cerradas, y ni el mas ligero humo sale por los cañones de las chimeneas, por donde pronto saldrán torrentes de él. Ni el mas ligero rumor se advierte. Bonaparte se encoge de hombros.

Habiéndose adelantado Murat hasta el Kremlin, es recibido allí por los ahullidos de los presos puestos en libertad para librar á su patria. Fue preciso echar abajo las puertas á cañonazos.

Napoleón se había dirigido á la puerta de Dorogomilow, y deteniéndose en una de las primeras casas del arrabal, hizo una correría á orillas del Moskowa, donde no encontró á nadie, y volvió á su alojamiento para nombrar al mariscal Mortier gobernador de Moscou, al general Durosnet comandante de la plaza, y á Mr. de Lesseps encargado de la administración en calidad de intendente. La guardia imperial y las tropas estaban de toda gala para presentarse ante un pueblo ausente. Pronto supo Bonaparte que la ciudad estaba amenazada de algun suceso: á las dos de la mañana vienen á decirle que comienza el fuego, y el vencedor sale del arrabal de Dorogomilow, y corre á guarecerse al Kremlin: esto era la mañana del 15. Bonaparte experimentó un momento de alegría al penetrar en el palacio de Pedro el Grande: su orgullo satisfecho escribió algunas palabras á Alejandro á la reverberación del bazar, que comenzaba á arder, como en otro tiempo Alejandro, vencido, le escribió un billete desde el campo de Austerlitz.

Veíanse en el bazar largas filas de tiendas todas cerradas. Al principio se contiene el incendio; pero la segunda noche estalla por todas partes, y los globos lanzados por los artificios revientan y caen en copos luminosos sobre los palacios y las iglesias. Una brisa violenta empuja las chispas y lanza las mechas encendidas sobre el Kremlin, que encerraba un almacén de pólvora y un parque de artillería que habían dejado al pié mismo de las ventanas de Bonaparte. De barrio en barrio son arrojados nuestros soldados por los effluvios del volcan. Gorgonas y Medusas con la antorcha en la mano, recorren las encreujadas lividas de este infierno, y otras van atizando el fuego con increíble furia. Bonaparte, en los salones de la nueva Pérgamo, se precipita á las ventanas y exclama:

ma:—«¡Qué resolución tan extraordinaria! ¡Qué hombres! ¡Son Escitas!»

Espárcese el rumor de que el Kremlin está minado: todo comienza á abrasarse, y la torre del Arsenal como un enorme cirio, arde en medio de un santuario incendiado. El Kremlin no es ya mas que una isla negra, contra la cual se estrella un mar ondulado de fuego. Reflejando el cielo la iluminación, se ve como atravesado por las claridades móviles de una aurora boreal.

Caía la tercera noche, y apenas se respiraba en medio de un vapor sofocante: dos veces han fijado mechas encendidas en el edificio que ocupaba Napoleón. ¿Cómo huir? Las llamas bloquean las puertas de la ciudadela, y rebuscando por todas partes, se descubre una poterna que daba sobre el Moskowa. El vencedor con su guardia huye por este agujero de salvación. En reñedor suyo en la ciudad, las bóvedas se hunden mugiendo, y los campanarios de donde corren torrentes de metal líquido, se inclinan, se desprenden de su base, y caen. Todo cruje, se parte en astillas y se derrumba, se abisma en un Phlegeton cuyo cristal ardiente hace resaltar en millones de chispas de oro. Bonaparte escapa, marchando sobre los carbonos ya frios de un barrio reducido á cenizas, y llega á Petrowsky, ciudad del czar.

Criticando el general Gourgaud la obra de Mr. de Segur, acusa al oficial de órdenes del emperador de haberse equivocado: en efecto, está probado, por la redacción de Mr. de Bandus, ayudante de campo del mariscal Bessieres, y que él mismo sirvió de guía á Napoleón, que este no se evadió por una poterna, sino que salió por la puerta principal de Kremlin. Desde la orilla de Santa Elena volvía á ver Napoleón quemarse la ciudad de los Escitas:—«Jamás, dijo, y á despecho de la poesía, todas las ficciones del incendio de Troya igualarán la realidad del de Moscou.»

Recordando anteriormente esta catástrofe, escribe Bonaparte:—«*Mi ángel malo se me apareció, y anunció mi fin, que he encontrado en la isla de Elba.*» Kutuzoff se dirigió primero en su camino hácia el Oriente, y luego torció al Mediodía. Su marcha de noche iba medio alumbrada por el incendio lejano de Moscou, del cual salía un zumbido prolongado y lúgubre: hubiérase dicho que una campana, á la cual jamás se hubiera podido subir á causa de su enorme peso, había sido suspendida mágicamente en lo alto de un campanario incendiado para tocar á muerto. Kutuzoff llegó á Voronow, posesión del conde Rostopschino, y apenas había distinguido la soberbia morada, se sumerge en el torrente de nueva conflagración. Sobre la puerta de hierro de una iglesia se leía este escrito: *Scritta morta*, de mano del propietario: «Por espacio de ocho años he embellecido esta campiña, y en ella he vivido feliz en el seno de mi familia; los habitantes de esta tierra, en número de mil setecientos veinte, la abandonan á vuestra aproximación, y yo pongo fuego á mi casa para que no sea manchada con vuestra presencia. Franceses, os he abandonado mis dos casas de Moscou, con un mobiliario de millon y medio de rubios: aquí solo encontraréis cenizas.—Rostopschino.»

Bonaparte había admirado en el primer momento los fuegos y los Escitas, como un espectáculo presentado á su imaginación; pero pronto le enfrió el mal que causaba esta catástrofe, y le hizo volver á sus imperiosas diatribas. Al enviar la carta de Rostopschino á Francia, añade:—«Parece que Rostopschino está loco, y los rusos le miran como una especie de Marat.» Quien no comprenda la grandeza en los otros, no comprenderá la suya cuando sea llegado el tiempo de los sacrificios.

Alejandro había sabido sin abatimiento su adversidad.—«¿Retrocederemos nosotros, escribía en sus instituciones circulares, cuando la Europa nos alien-

ta con sus miradas? Sirvámosla de ejemplo, y saludemos la mano que nos escoga para ser la primera de las naciones en la causa de la virtud y de la libertad.» Seguía una invocación al Altísimo.

Un estilo en el que se encuentran las palabras de Dios, de *virtud*, de *libertad*, es poderoso, y agrada á los hombres, los tranquiliza y consuela. ¡Cuán superior es á esas frases afectadas, tristemente robadas, de las locuciones paganas y fatalizadas á lo turco: *fue, han sido, la fatalidad los arrastra!*... Fraseología estéril, siempre vana, aun cuando esté apoyada en las mas grandes acciones.

Salió Napoleón de Moscou en la noche del 15 de setiembre y volvió el 18. Al volver había encontrado hogueras encendidas sobre el fango, y alimentadas con ricos muebles y artesonados dorados. En reñedor de ellas, al aire libre, estaban militares enoñegridos, derrotados, haraposos, tendidos sobre caupés de seda, ó sentados en sillones de terciopelo, sirviéndoles de alfombra sobre el lodo chales de cachemira, pieles de Siberia; tejidos de oro de Persia, y comiendo en platos de plata una pasta negra ó la carne sanguinolenta del caballo.

Habiendo comenzado un pillaje irregular, se le regularizó; cada regimiento tuvo su turno. Campesinos, echados de sus barracas, y cosacos desertores del enemigo, rodaban alrededor de los franceses, y se alimentaban de lo que nuestras compañías habían ya roído. Llevábanse todo lo que podían coger, pero pronto, sobrecargados con estos despojos, los arrojaban al acordarse que estaban á seiscientas leguas de sus hogares.

Las correrías que se efectuaban en busca de víveres producian escenas patéticas: una compañía francesa llevaba una vaca y una mujer, acompañada de un hombre que llevaba en sus brazos un niño de algunos meses, se adelantó y señaló con el dedo la vaca que acababan de robarle. La madre desgarró los miserables vestidos que cubrían su pecho para demostrar que ya no tenía leche, y el padre hizo un movimiento, como si hubiera querido estrellar la cabeza del niño contra una piedra. El oficial hizo devolver la vaca, y añade: «El efecto que esta escena produjo en mis soldados fue tal, que por mucho tiempo no se pronunció una sola palabra en las filas.»

Bonaparte había cambiado de sueño, y declaraba que quería marchar sobre San Petersburgo: ya trazaba el camino sobre sus mapas, y explicaba la excelencia de un nuevo plan y la certidumbre de entrar en la segunda capital del imperio.—«¿Qué tiene que hacer ya en estas ruinas? ¿No basta á su gloria haber subido al Kremlin?» Tales eran las nuevas quimeras de Napoleón: el hombre tocaba á la locura, pero sus sueños eran aun los de un espíritu insensato.

«Solo distamos quince marchas de San Petersburgo, dice Mr. Fain; Napoleón piensa caer sobre esta capital.» En vez de *quince marchas*, en esta época, y en semejantes circunstancias, es preciso decir *dos meses*. El general Gourgaud añade que todas las noticias que se recibían de San Petersburgo anunciaban el miedo que se tenía al movimiento de Napoleón. Es cierto que en San Petersburgo no se dudaba del triunfo del emperador si se presentaba; pero tambien se preparaba á dejarle un segundo amazon de ciudad, y se disponían á la retirada sobre Archangel. No se somete una nación, cuya última fortaleza es el polo. Por otra parte, penetrando en el Báltico las escuadras inglesas, en la primera han reducido la toma de San Petersburgo á una simple destrucción.

Pero en tanto que la imaginación sin freno de Bonaparte jugaba con la idea de un viaje á San Petersburgo, se ocupaba seriamente de la idea contraria; su fe en su esperanza no era tal que le quitase todo

buen sentido. Su proyecto dominante era llevar á París una paz firmada en Moscou. De este modo se desembarazaba de los peligros de la retirada, habria llevado á cabo una brillante conquista, y entraria en las Tullerías con el ramo de oliva en la mano. Después del primer billete que habia escrito á Alejandro al llegar al Kremlin, no habia desperdiciado ninguna ocasion de renovar sus insinuaciones. En una conversacion benévola con un oficial general ruso, Mr. de Toutelmine, subdirector del hospicio de expósitos de Moscou, hospicio salvado milagrosamente del incendio, deslizo palabras favorables á un acomodo. Por medio de Mr. Jacowlef, hermano del antiguo ministro ruso en Stuttgart, escribió directamente á Alejandro, tomando aquel el compromiso de entregar la carta al czar sin intermediario. En fin, el general Lauriston fue enviado á Kutuzoff, que prometió sus buenos oficios para una negociacion pacífica, pero rehusó al general Lauriston entregarle un salvo-conduto para San Petersburgo.

Napoleon estaba persuadido siempre de que ejercia sobre Alejandro el imperio que habia ejercido en Tilsit y en Erfurt, y sin embargo, Alejandro escribia el 21 de octubre al principe Miguel Larcanowitz: «He sabido con extremado descontento que el general Benigsen ha tenido una entrevista con el rey de Nápoles.

..... Todas las determinaciones de las órdenes que os son dirigidas por mí deben convenceros de que mi resolucion es inalterable, y que en este momento ninguna proposicion del enemigo podria determinarne á concluir la guerra y á debilitar de este modo el deber sagrado de vengar la patria.»

Los generales rusos abusaban del amor propio y sencillez de Murat, comandante de la vanguardia: siempre encantado de la aficion de los cosacos, pedia prestados díges á sus oficiales para hacer presentes á sus cortesanos del Don; pero los generales rusos, lejos de desear la paz, la temian. A pesar de la resolucion de Alejandro, conocian la debilidad de su emperador, y temian la seduccion del nuestro; para la venganza, solo se trataba de ganar un mes, y esperar los primeros hielos: los votos de la cristianidad moscovita pedian al cielo que apresurase sus tempestades.

El general Wilson, en calidad de comisario inglés en el ejército ruso, habia llegado despues de haberse encontrado ya en Egipto, en el camino de Bonaparte. Fabvier, por su parte, habia vuelto de nuestro ejército del Mediodia al del Norte, y el inglés excitaba á Kutuzoff al ataque, sabiéndose que no eran buenas las noticias llevadas por Fabvier. Desde los dos extremos de Europa, los dos únicos pueblos que combatian por su libertad, se daban la mano por encima de la cabeza del vencedor en Moscou. La respuesta de Alejandro no llegaba; las estafetas de Francia se retardaron; la inquietud de Napoleon se aumentaba, y los paisanos decian á nuestros soldados:—«Vosotros no conocéis nuestro clima; en un mes el frio hará que se os caigan las uñas.» Milton, cuyo gran nombre lo engrandee todo, se expresa así cándidamente en su *Moscovia*: «Hace tanto frio en este país, que la savia de las ramas puestas al fuego se hiela al salir por el extremo opuesto á aquel que arde.»

Conociendo Bonaparte que un paso retrógrado dissipaba el prestigio y hacia desvanecer el terror de su nombre, no podia resolverse á bajar; á pesar de la advertencia del próximo peligro, se quedaba esperando de minuto en minuto respuestas de San Petersburgo. El que habia mandado con tantos ultrajes, suspiraba despues por algunas palabras misericordiosas del vencido. En el Kremlin se ocupó de un reglamento para la comedia francesa, y empleó tres noches en concluir esta magestuosa obra; discutió con

sus ayudantes de campo el mérito de algunos versos nuevos llegados de París, y en rededor suyo se admiraba la sangre fria del grande hombre, mientras que aun habia heridos de sus últimos combates, espirando con dolores atroces, y que por esta tardanza de algunos dias, sacrificaba á la muerte los cien mil hombres que todavia le quedaban. La servil estupidez del siglo pretendia hacer pasar esta lastimosa afectacion por la concepcion de un espíritu inconmensurable.

Bonaparte visitó los edificios del Kremlin. Bajó y subió la escalera sobre la cual hizo degollar Pedro el Grande á los Strelitz; recorrió la sala de los festines donde Pedro se hacia llevar prisioneros cuyas cabezas derribaba, proponiendo á sus convidados, príncipes y embajadores, que se divirtiesen de la misma manera. Entonces fueron enrodados algunos hombres y enteradas vivas algunas mujeres, ahorcáronse dos mil Strelitz, cuyos cuerpos quedaron colgados alrededor de la muralla.

En vez del reglamento sobre los teatros, Bonaparte hubiera hecho mejor en escribir al senado conservador la carta que desde las orillas del Bruth escribia Pedro al senado de Moscou: «Os anuncio que engañado por falsos avisos, y sin que sea por culpa mia, me encuentro aquí encerrado en mi campo por un ejército cuatro veces mas fuerte que el mio. Si acontecete que me hagan prisionero, ya no teneis que considerarme como vuestro czar y señor, ni hacer caso de ninguna orden que pudieran llevaros de parte mia, aun cuando reconociéseis en ella mi propia mano. Si debo morir, elegireis por sucesor al mas digno de entre vosotros.»

Un billete de Napoleon, dirigido á Cambaceres, contenia órdenes ininteligibles.

Deliberóse, y aunque la firma del billete contenia un nombre antiguo, habiéndose reconocido la letra por la de Bonaparte, se declaró que las órdenes ininteligibles debian ser ejecutadas.

El Kremlin contenia un doble trono para dos hermanos. Napoleon no participaba del suyo. Aun se veia en las salas la parihuela rota de un cañonazo, sobre la cual se hacia conducir Carlos XII herido en la batalla de Pultava. Siempre vencido en el orden de los instintos magnánimos, al visitar Bonaparte los sepulcros de los Czares, ¿recordó que en los dias de fiesta eran cubiertos con paños mortuorios soberbios; que cuando algun súbdito tenia alguna gracia que solicitar, ponía su memorial sobre uno de estos sepulcros, y que solo el Czar tenia el derecho de tomarlo de allí?

Estas quejas del infortunio, presentadas por la muerte al poder, no eran del gusto de Napoleon, que se ocupaba de otros cuidados. Mitad por deseo de engañar, mitad por naturaleza, pretendia, como al salir de Egipto, hacer venir comediantes de París á Moscou, y aseguraba que iba á llegar un cantante de Italia. Despojó las iglesias del Kremlin; cargó en sus acémilas ornamentos sagrados é imágenes de santos, con las medias lunas y las colas de caballos conquistadas á los mahometanos. Llevóse la inmensa cruz de la torre del gran Yoan con el proyecto de colocarla sobre la cúpula de los Inválidos. Mientras que la arrancaban de su sitio, volaban alrededor algunas cornejas, y Napoleon decia:—«¿Qué me quieren estos pájaros?»

Tocábase al momento fatal: Daru presentaba objeciones contra diversos proyectos que exponia Napoleon:—«¿Pues qué partido tomar! exclamó el emperador.—Permanecer aquí; hacer de Moscou un gran campo retrincherado; salar los caballos que no podremos alimentar, y esperar la primavera; nuestros refuerzos y la Lituania armada vendrán á libertarnos y á terminar la conquista.—Ese es un consejo de Leon, respondió Bonaparte; ¿pero qué diria París? La Fran-

cia no se acostumbraria á mi ausencia.—¿Qué se dice de mí en Atenas? preguntaba Alejandro.»

Cae entonces en incertidumbres: ¿marchará? ¿Se quedará? No lo sabe. Sucédense algunas deliberaciones, y al fin un combate empeñado en Winkovo el 18 de octubre le determina súbitamente á salir de los restos de Moscou con su ejército: este mismo dia, sin aparato, sin ruido, sin volver la cabeza, y queriendo evitar la ruta directa de Smolensk, se encamina por uno de los dos caminos de Kalonga.

Durante este tiempo se inclinaba el astro de su destino. Al fin despierta estrechado entre el invierno y una capital incendiada, y se desliza fuera de aquellos escombros: ya era demasiado tarde, y cien mil hombres estaban condenados. El mariscal Mortier, comandante de la retaguardia, tiene orden de hacer saltar el Kremlin al retirarse (1).

RETIRARA.

Engañándose Bonaparte ó queriendo engañar á los otros, escribió el 18 de octubre al duque de Basano una carta, que refiere Mr. Fain: «Para las primeras semanas de noviembre, decia, habré conducido mis tropas al cuadrado que existe entre Smolensk, Mohilow, Minsk y Witepsk. Me decido á este movimiento, porque Moscou no es ya una posicion militar, y voy á buscar otra mas favorable para el principio de mi campaña próxima. Las operaciones tendrán que dirigirse entonces sobre Petersburgo y sobre Kiow.» Miserable desvergüenza, si solo se trataba del efugio pasajero de una mentira; pero en Bonaparte, una idea de conquista, á pesar de la evidencia contraria de la razon, podia ser siempre una idea de buena fe.

Marchábase sobre Malojarslawetz, y á causa del embarazo de los bagajes y de los carros mal dispuestos de la artillería, el dia tercero de marcha aun se estaba á diez leguas de Moscou. Teniase la intencion de adelantar á Kutuzoff, y en efecto llegó á conseguirlo en Fominskoi la vanguardia del príncipe Eugenio. Aun quedaban cien mil hombres de infantería al principio de la retirada; la caballería era casi nula, excepto tres mil y quinientos ginetes de la Guardia. Habiendo alcanzado nuestras tropas el nuevo camino de Kalonga el dia 21, entraron el 22 en Berowsk, y el 23 ocupó á Malojarslawetz la division Deltors. Napoleon estaba muy contento, y se creia salvado.

La tierra tembló el 23 de octubre á la una y media de la mañana: ciento ochenta y tres mil libras de pólvora, colocadas bajo las bóvedas del Kremlin, derumbaron el palacio de los czares. Mortier, que hizo saltar el Kremlin, estaba reservado á la máquina infernal de Fieschi. ¿Qué de mundos pasados entre estas dos explosiones, tan diferentes por los tiempos y por los hombres!

Despues de este sordo mugido, se percibió un fuerte cañoneo al través del silencio en la direccion de Malojarslawetz: tanto como Napoleon habia deseado oír este ruido al entrar en Rusia, tanto temia distinguirlo al salir. Un ayudante de campo del virey anunció un ataque general de los rusos, y por la noche los generales Compans y Gerard llegaron en auxilio del príncipe Eugenio. Muchos hombres murieron por ambas partes; el enemigo consiguió ponerse

(1) Acaban de imprimirse en San Petersburgo los papeles de esta campaña encontrados en el gabinete de Alejandro despues de su muerte. Estos documentos daran mucha luz á esta parte de nuestra historia. Bueno será leer con precaucion las relaciones del enemigo, y sin embargo con menos desconfianza que los documentos oficiales de Bonaparte. Es imposible figurarse hasta qué punto alteró este la realidad: sus propias victorias se transformaban en novela en su imaginacion. Pero al cabo de estas relaciones fantasmagóricas, queda esta verdad: que Bonaparte, por una razon ó por otra, era dueño del mundo. (Paris, nota de 1841.)

á caballo en el camino de Kalonga, y cerraba así la entrada de la ruta intacta que se habia esperado seguir. No quedaba otro recurso que volver á caer en el camino de Mojoisk y entrar en Smolensk por los antiguos senderos de nuestras desgracias; aun se podia hacer esto, pues los pájaros del cielo no habian concluido de comerse todavia lo que nosotros habiamos sembrado para no perder las huellas.

Napoleon se alojó esta noche en Gorodnia, en una pobre casa, donde los oficiales, agregados á los diversos generales, no pudieron ponerse á cubierto. Reuniéronse al pié de la ventana de Bonaparte, que no tenia puertas ni cortinas, y por la cual se veia salir una luz. Mientras que los oficiales estaban en la mayor oscuridad por la parte de afuera, Napoleon estaba sentado en su miserable cuarto, con la cabeza apoyada sobre las dos manos: Murat, Berthier y Bessieres estaban en pié á su lado, silenciosos é inmóviles. No dió ninguna orden, y montó á caballo en la mañana del 25 para examinar la posicion del ejército ruso.

Apenas habia salido, cuando rodó hasta sus piés un peloton de cosacos. La viviente avalancha habia atravesado el Luja y ocultádose á la vista en las laderas de los bosques. Todo el mundo echó mano á la espada, y el emperador tambien; y si estos merodeadores hubieran tenido mas audacia, Napoleon quedaba prisionero. Las calles de Malojarslawetz, que habia sido incendiado, estaban llenas de cuerpos partidos á medias y mutilados por las ruedas de la artillería que habia pasado sobre ellos. Para continuar el movimiento sobre Kalonga, hubiera sido preciso dar una segunda batalla; pero el emperador no lo juzgó conveniente. Sobre este punto ha surgido una discusion entre los partidarios de Bonaparte y los amigos de los mariscales. ¿Quién dió el consejo de volver á tomar el primer camino recorrido por los franceses? Evidentemente fue Napoleon: nada le costaba pronunciar una gran sentencia fúnebre, pues estaba acostumbrado á ello.

De vuelta á Borowsk el 26, la mañana siguiente, cerca de Wercia, fueron presentados al gefe de nuestros ejércitos el general Vitzingerode y un ayudante de campo, el conde Nariskin, que se habian dejado sorprender entrando demasiado pronto en Moscou. Napoleon se arrebató, y exclama fuera de sí:—«¿Que fusilen ese general! Es un desertor del reino de Wurtemberg, y pertenece á la Confederacion del Rhin.» Desháchese en invectivas contra la nobleza rusa, y termina con estas palabras:—«Yo iré á San Petersburgo, y arrojaré esta ciudad en el Nawa, y súbitamente manda quemar un castillo que se distinguia sobre una altura: el leon herido acometia espumante á cuanto le rodeaba.

Sin embargo, en medio de estas cóleras dementes, cuando intimaba á Mortier la orden de destruir el Kremlin, se conformaba al mismo tiempo á su doble naturaleza. Escribia al duque de Treviso frases de sensibilidad, y pensando que sus misivas serian conocidas, le encargaba con un cuidado enteramente paternal que salvase los hospitales, «pues así, añadia, lo hice yo en San Juan de Acre.» ¡Pero en Palestina hizo fusilar á los prisioneros turcos, y sin la oposicion de Desgenettes hubiera envenenado á sus enfermos! Berthier y Murat salvaron al príncipe Vitzingerode.

Entre tanto nos perseguia Kutuzoff flojamente. Wilson apremiaba al general ruso para que obrase, y el general respondia:—«Dejad que venga la nieve.» Llegase el 29 de setiembre á las fatales colinas del Moskowa, y un grito de dolor y de sorpresa se escapa de nuestro ejército. Preséntanse inmensas carnicerías, ofreciendo á la vista cuarenta mil cadáveres diversamente consumidos. Grandes filas de esqueletos alineados parecian guardar aun la discipli-

na militar, y algunos de ellos, en una línea mas avanzada, ó colocados sobre las alturas, indicaban los que habian sido capitanes ó gefes. Por todas partes se veían armas rotas, tambores destrozados, pedazos de coraza y de uniformes, y estandartes desgarrados y dispersos entre troncos de árboles cortados á algunos piés del suelo por las balas: aquello era el grau reduto del Moskowa.

En medio de esta destruccion inmóvil se apercibe una cosa en movimiento: un soldado francés, privado de sus dos piernas, se abría paso por entre aquellos cementerios que parecían haber vomitado sus entrañas. El vientre de un caballo, vaciado por una bomba, habia servido de garita á este soldado, donde vivió royendo su vivienda de carne. Servíase de yesca para fajar sus huesos, y de la carne putrefacta de los muertos que estaban al alcance de su mano para curar sus llagas. El espantable remordimiento de la gloria se arrastraba hacia Napoleon, pero Napoleon no lo esperó.

El silencio de los soldados era profundo, pues el frío, el hambre y el enemigo les hacía pensar en que pronto serian semejantes á los compañeros cuyos restos veían. Solo se oía la respiracion agitada y el ruido del estremecimiento involuntario de los batallones que se retiraban.

Mas lejos se encontró la abadia de Kotloskvi, transformada en hospital: todos los recursos faltaban allí, y aun quedaba bastante vida para sentir la muerte.

Cuando llegó Bonaparte, se calentó con la madera de sus carros destrozados; y cuando el ejército volvió á ponerse en marcha, los agonizantes se levantaron, llegaron hasta el umbral de su último asilo, y tendieron á los camaradas que les abandonaban, sus manos desfallecidas.

A cada instante resonaba la detonacion de los cajones de viveres que se veían obligados á abandonar. Las vivanderos arrojaban á los enfermos en los fosos, y los prisioneros rusos, que eran escoltados por extranjeros al servicio de la Francia, fueron despachados por sus guardias y asesinos de una manera uniforme. Bonaparte habia llevado la Europa consigo: todas las lenguas se hablaban en su ejército, todas las escarapelas, todas las banderas se veían en él. El italiano, obligado al combate, se habia batido como un francés; el español habia sostenido su fama de bravura. Nápoles y la Andalucía no habian sido para ellos mas que un dulce sueño. Hase dicho que Bonaparte no fue vencido sino por la Europa entera, y esto es justo; pero se olvida que Bonaparte no habia vencido sino con el auxilio de la Europa, de grado ó por fuerza, su aliada.

La Rusia resistió sola á la Europa guiada por Napoleon; la Francia, ya sola y defendida por Napoleon cayó bajo la Europa; pero es preciso decir que la Rusia estaba defendida por su clima, y que la Europa no obedecía sino con trabajo á su señor. La Francia, por el contrario, no estaba preservada ni por su clima ni por su poblacion diezmada: solo tenia su valor y el recuerdo de su gloria.

Indiferente á las miserias de sus soldados, Bonaparte solo cuidaba de sus intereses; cuando acampaba, rodaba su conversacion sobre ministros vendidos, decía, á los ingleses, los cuales ministros eran los fomentadores de esta guerra, no queriendo confesar que esta guerra provenia únicamente de él. El duque de Vicence, que se obstinaba en rescatar una desgracia por su noble conducta, exclamaba en medio de la adulacion: — «¿Qué atroces crueldades! ¡Hé aquí la civilizacion que traemos á la Rusia!» A los increíbles dichos de Bonaparte hacia un gesto de cólera y de incredulidad, y se retiraba. El hombre á quien ponía furioso la menor contradiccion sufría las durezas de Caulaincourt en expiacion de la carta que en otro tiempo le habia encargado de llevar á Ette-

nheim. Cuando se ha cometido una cosa reprochable, el cielo en pena hace que tengamos testigos; en vano los hacian desaparecer los antiguos tiranos, pues al bajar á los infiernos estos testigos entraban en el cuerpo de las furias, y volvían.

Habiendo atravesado Napoleon á Gjatstsk, llegó hasta Wiasna, y pasó adelante por no encontrar al enemigo que temia hallar allí: el 3 de noviembre llegó á Siawskowo, donde supo que se habia trabado un combate detrás de sí, en Wiasna; este combate contra las tropas de Miloradowitch nos fue fatal, y nuestros soldados y oficiales heridos, con los brazos y la cabeza vendada, se arrojaban sobre los cañones enemigos por un milagro de valor.

Esta sucesion de combates en los mismos lugares; estas capas de muertos añadidas á capas de muertos; estas batallas sobre batallas, hubieran immortalizado dos veces aquellos campos funestos, si el olvido no pasase rápidamente sobre nuestro polvo: ¿Quién piensa en aquellos campesinos abandonados en Rusia? ¿Aquellos rústicos están contentos de haberse hallado

en la gran batalla al pié de los muros de Moscú?

Tal vez yo únicamente, en las tardes de otoño, al volver en lo alto del cielo los pájaros del Norte, recuerdo que han visto la tumba de nuestros compatriotas. Compañías industriales se han transportado al desierto con sus hornillos y calderas, y los esqueletos han sido convertidos en negro de hueso: que este provenga del perro ó del hombre, el barniz es del mismo precio, y no es menos brillante porque se haya sacado de la oscuridad ó de la gloria. ¡Hé aquí el caso que hoy hacemos de los muertos! ¡Hé aquí los ritos sagrados de la nueva religion! *Dixi Manibus*. Felices compañeros de Carlos XII, vosotros no habeis sido visitados por estas hienas sacrilegas! Durante el invierno, el arminio frecuenta las nieves virginales, y durante el verano los musgos floridos de Pultava.

El 6 de noviembre descendió el termómetro á diez y ocho grados bajo cero, y todo desapareció bajo la blancura universal. Los soldados, sin calzado, sintieron que se amortiguaban sus piés; sus dedos amortiguados y tiesos dejaban escapar el fusil, y sus barbas y cabellos se erizaban con su aliento congelado: al fin caen, la nieve los cubre, y van formando en el suelo pequeños surcos de tumbas. Ignórase cuál es el curso de los rios, y se ven obligados á romper el hielo para saber á qué Oriente deben dirigirse. Extraviados en la extension, los diferentes cuerpos hacen fuego por batallones para llamarse y conocerse, del mismo modo que los buques en peligro disparan el cañonazo de socorro. Los pinos, cambiados en cristales inmóviles, se alzan acá y allá con sus copas de pompa fúnebre, y cuervos y trahillas de perros blancos sin dueño siguen á distancia esta retirada de cadáveres.

Después de las marchas, era duro verse obligado á rodearse de precauciones, poner centinelas, ocupar puestos y colocar grandes guardias. En noches de diez y seis horas, soplando las ráfagas del Norte, no se sabia dónde sentarse ni acostarse; los árboles que se cortaban rehusaban inflamarse, y apenas se conseguía derretir una poca de nieve para destleir en ella una cucharada de harina. Apenas se habían tendido sobre el suelo desnudo, cuando hacían resonar el bosque los ahullidos de los cosacos, y zumbaba la artillería volante de nuestros enemigos: el ayuno de nuestros soldados era saludado como el festin de los reyes cuando se sientan á la mesa, y las balas rodaban sus panes de hierro en medio de los hambrientos convidados. Al alba, á quien no seguía la aurora, se oía el redoble de un tambor envuelto en hielo ó el sonido ronco de una trompeta: nada tan triste como esta diana fúnebre, llamando á las armas á guerreros á quienes no despertaba. Avanzando el día, iluminaba cercos de soldados tiesos y muertos en derredor de las hogueras espirantes.

Algunos vivos se levantaban y partían hacia horizontes desconocidos, que retrocediendo siempre, se desvanecían á cada paso en la bruma. Bajo un cielo blanquicoz y como cansado de las tempestades de la vispera, nuestras filas diezradas atravesaban llanuras después de llanuras, bosques seguidos de bosques, y en los cuales el Océano parecia haber dejado pegada su espuma en las ramas de los árboles. Ni aun siquiera se encontraba en estos bosques aquel triste y pequeño pajarillo de invierno que canta, como yo, entre los arbustos deshojados.

Los grandes ejércitos rusos seguían al nuestro: este iba repartido en muchas divisiones, que se subdividían en columnas: el príncipe Eugenio mandaba la vanguardia, Napoleon el centro y el mariscal Ney la retaguardia. Retardados por diversos obstáculos y combates, estos cuerpos no conservaban su exacta distancia, y unas veces se adelantaban los unos á los otros; otras marchaban en línea horizontal, y muchas sin verse y sin comunicarse por falta de caballería. Algunos naturales, montados sobre pequeños caballos cuyas crines barrían el suelo, no dejaban descanso, ni día ni noche á nuestros soldados embarazados entre la nieve. El paisaje habia cambiado: donde antes se habia visto un riachuelo, ahora se encuentra un torrente suspendido en sus orillas escarpadas por cadenas de hielo. «En una sola noche, dice Bonaparte (papeles de Santa Elena), se perdieron treinta mil caballos y fue preciso abandonar casi toda la artillería, fuerte entonces de quinientas bocas de fuego. Falto de caballería, no podíamos hacer reconocimientos ni enviar una avanzada de caballería para explorar el camino. Los soldados perdían el valor y la razón, y caían en la confusion. Cuatro ó cinco hombres bastaban para introducir el terror en un batallon entero. En vez de estar reunidos, erraban separados en busca de fuego, y los que eran enviados de exploradores, abandonaban sus puestos y corrían en busca de los medios para calentarse en las casas. Desbandados así y alejándose por todas partes, fácilmente caían presa del enemigo. Otros se acostaban en el suelo, se dormían, arrojaban una poca de sangre por las narices, y se morían durmiendo. Millares de soldados perecieron. Los polacos salvaron algunos de sus caballos y una poca de su artillería; pero los franceses y los soldados de las otras naciones no eran los mismos hombres. La caballería sufrió mucho sobre todo. De cuarenta mil hombres, no creo que hayan escapado tres mil.»

Y vos que contais esto bajo el hermoso cielo de otro hemisferio, ¿no eraís mas que el testigo de tantos males?

El mismo día (6 de noviembre) en que el termómetro bajó tanto, llegó de Francia la primera estafeta que se habia visto hacia mucho tiempo, la cual llevaba la mala noticia de la conspiracion de Mallet. Esta conspiracion tuvo algo de prodigioso de la estrella de Napoleon. Según la relacion del general Gourgaud, lo que mas impresion hizo sobre el emperador fue la prueba demasiado evidente de que los principios monárquicos, en su aplicacion á su monarquía habian echado raíces tan poco profundas, que grandes funcionarios, á la noticia de la muerte del emperador, olvidaron que, habiendo muerto el soberano, otro estaba allí para sucederle.

Bonaparte en Santa Elena (*Memorial de las Casas*) cuenta que habia dicho en su corte de las Tullerías, hablando de la conspiracion de Mallet: — «¿Y bien, señores! Pretendiais haber acabado vuestra revolucion; me creiais muerto; ¿pero y el rey de Roma, y vuestros juramentos, y vuestros principios y doctrinas? ¿Me haceis estremecer por el porvenir!» Bonaparte razonaba lógicamente, pues se trataba de su dinastía; habria encontrado el razonamiento tan justo si se hubiese tratado de la raza de San Luis?

Bonaparte supo el accidente de París en medio de

un desierto, entre los restos de un ejército casi destruido, cuya sangre bebía la nieve: los derechos de Napoleon, fundados en la fuerza, se anonadaban en Rusia con su fuerza, mientras que habia bastado un solo hombre para ponerlos en duda en la capital: fuera de la religion, de la justicia y de la libertad, no hay derechos.

Casi al mismo tiempo que Napoleon sabia lo ocurrido en París, recibía una carta del mariscal Ney. Esta carta le daba parte de «que los mejores soldados se preguntaban: — ¿Por qué tenían que combatir ellos solos para asegurar la fuga de los otros; por qué el águila no protegía ya y mataba; por qué era preciso sucumbir por batallones, puesto que ya no habia mas recurso que la fuga?»

Cuando el ayudante de campo de Ney quiso entrar en particularidades aflictivas, Bonaparte le interrumpió: — «Coronel, yo no os pregunto detalles.» Esta expedicion de la Rusia era una verdadera extravagancia, que habian criticado todas las autoridades civiles y militares del imperio: los triunfos y las desgracias que recordaba el camino de retirada agriaban y desalentaban á los soldados, y en este camino andado y desandado podia tambien Napoleon encontrar la imagen de las dos partes de su vida.

SMOLENSK. — CONSECUENCIAS DE LA RETIRADA.

El 9 de noviembre se habia, en fin, llegado á Smolensk. Una orden de Bonaparte habia prohibido que entrase nadie antes de que los puestos hubiesen sido entregados á la guardia imperial. Los soldados que estaban fuera de la ciudad confluieron al pié de las murallas, y los de adentro se mantuvieron encerrados. El aire resuena con las imprecaciones desesperadas de los de afuera, vestidos con asquerosas levitas de cosacos, con capotes remendados, con mantas de cama ó de caballo, y cubierta la cabeza con gorros, shakos desvencijados y cascos abiertos ó rotos; y todo esto ensangrentado ó lleno de nieve, y horadado por las balas ó partido por los sablazos. Con el rostro lívido y los ojos sombríos, miraban á lo alto de las murallas reclinando los dientes, y con el aire de aquellos prisioneros mutilados que en tiempo de Luis el Gordo llevaban en su mano derecha su mano izquierda cortada; hubiéraseles tomado por máscaras furiosas, ó por enfermos dementes escapados de un hospital. Llegaron la joven y la antigua guardia, y entraron en la plaza incendiada á nuestro primer paso. Entonces prorumpieron en gritos contra la tropa privilegiada. Estas cohortes famélicas corrieron tumultuosamente á los almacenes como una insurreccion de espectros, y fueron rechazadas y batidas, quedando los muertos en las calles, y las mujeres, niños y moribundos sobre las carretas. El aire estaba infestado de la corrupcion de una multitud de cadáveres antiguos: algunos militares eran atacados de imbecilidad ó de locura, y otros, cuyos cabellos se habian erizado y retorcido, blasfemando ó riendo con una risa estúpida, caían muertos. Bonaparte exhaló su cólera contra un miserable proveedor impotente, cuyas órdenes no se habian ejecutado.

El ejército de cien mil hombres, reducido á treinta mil, iba costeado por una banda de cincuenta mil rezagados, y ya solo se contaban mil ochocientos ginetes montados, cuyo mando dió Napoleon á Mr. de Latour-Maubourg. Este oficial, que mandaba los coraceros en el asalto del gran reduto de Borodino, sacó la cabeza partida de sablazos, y después perdió una pierna en Dresde. Viendo á su doméstico que lloraba, le dijo: — «¿De qué te quejas? De este modo no tendrás mas que una bota que charolar.» Este general, fiel á la desgracia, ha sido el ayo de Enrique V en los primeros años del destierro del joven príncipe; yo me

quito el sombrero al pasar por delante de él, como al pasar por delante del honor.

Forzosamente se permaneció en Smolensk hasta el 14. Napoleón ordenó al mariscal Ney que se concertase con Davoust para desmembrar la plaza, destruyéndola con minas: por su parte se dirigió á Krasnoi, donde se estableció el 15, después que esta estación hubo sido saqueada por los rusos. Los moscovitas estrechaban su círculo, y el grande ejército, llamado de la Moldavia, estaba en las inmediaciones, preparándose á atacarnos y arrojarnos en el Beresina.

El resto de nuestros batallones disminuía de día en día. Instruido Kutuzoff de nuestras miserias, no se movía: — «¡Salid un momento tan solo de vuestro cuartel general, exclamaba Wilson; avanzad á las al-

turas, y vereis llegado el último instante de Napoleón! La Rusia reclama esta víctima; herida; una carga bastará, y en dos horas habrá cambiado toda la faz de Europa.»

Esto era cierto; pero de este modo solo Napoleón hubiera sido herido particularmente, y Dios quería hacer pesar su mano sobre la Francia.

Kutuzoff respondía: — «Yo hago que mis soldados descansen cada tres días, y me avergonzaria si el pan les faltase un solo instante. Yo voy escoltando al ejército francés, mi prisionero, y le castigo siempre que quiere detenerse ó alejarse del camino real. El término del destino de Napoleón está marcado irrevocablemente: en los pantanos del Beresina es donde se extinguirá el meteoro en presencia de todos los ejér-



CAMPO DE MOSCOWA.

citios rusos. Yo les habré entregado á Napoleón debilitado, desarmado, moribundo, y esto es bastante para mí gloria.»

Bonaparte había hablado del viejo Kutuzoff con ese desden insultante de que era tan pródigo: el viejo Kutuzoff á su vez le volvía desprecio por desprecio.

El ejército de Kutuzoff estaba mas impaciente que su jefe: los mismos cosacos exclamaban: — «¿Se dejará que estos esqueletos salgan de sus tumbas?»

Entre tanto no se veía llegar el cuarto cuerpo que había debido salir de Smolensk el 15 y unirse con Napoleón el 16 en Krasnoi: las comunicaciones esta-

ban cortadas, y el príncipe Eugenio, que mandaba la retaguardia, intentó en vano restablecerlas; todo lo que pudo hacer fue llamar la atención de los rusos, y operar entre tanto su union con la guardia en Krasnoi: pero no parecían los mariscales Ney y Davoust.

Entonces encontró súbitamente Napoleón su genio: con un baston en la mano, sale de Krasnoi el 17 á la cabeza de su guardia reducida á trece mil hombres, para afrontar innumerables enemigos, desembarazar el camino de Smolensk y abrir un paso á los dos mariscales. Esta acción no la degeneró sino por una palabra poco proporcionada á su máscara: — «Bastante

ha hecho ya el emperador, y es tiempo ya de que haga el general.» Enrique IV había dicho al salir para el sitio de Amiens: — «Bastante ha hecho ya el rey de Francia, y tiempo es de que haga el rey de Navarra.» Las alturas inmediatas á cuyo pié marchaba Napoleón, se coronaban de artillería y podían á cada instante destrozarlo; pero echando una ojeada sobre ellos, dice: — «¡Que un escuadron de mis cazadores se apodere de ellos!» Los rusos no tenían mas que dejarse caer para haberlo arrollado; pero á la vista de este grande hombre y de los restos de la guardia formada en cuadro, permanecieron inmóviles y como

fascinados; su mirada detuvo á cien mil hombres sobre las colinas.

Con motivo de esta acción de Krasnoi, Kutuzoff fue honrado en San Petersburgo con el apodo de Smolensky, aparentemente por no haber desesperado bajo el baston de Bonaparte de la salvacion de la república.

PASO DEL BERESINA.

Después de este inútil esfuerzo, Napoleón volvió á pasar el Dnieper el 19, y vino á acampar en Orcha, donde quemó los papeles que había llevado para es-



EL MARISCAL NEY.

cribir su vida en los ratos aburridos del invierno, si Moscov, quedando entero, le hubiera permitido establecerse en él. Vióse obligado á arrojar en el lago de Semlewo la enorme cruz de San Juan, que los cosacos han encontrado después y reemplazado sobre la torre del gran Iban.

En Orcha eran muy grandes las inquietudes: á pesar de la tentativa de Napoleón para abrir un paso al mariscal Ney, este no parecia todavía, hasta que al fin se recibieron noticias suyas en Baranni: Eugenio había conseguido alcanzarlo. El general Gourgaud cuenta el placer que Napoleón experimentó, si bien los boletines y relaciones de los amigos del emperador se expresan con una reserva celosa sobre todos los hechos que no tienen una relacion directa con él. La alegría del ejército se apagó prontamente; pues se pasaba de peligro en peligro. Bonaparte caminaba de Kokhanow á Tolozem, cuando un ayudante de campo le anunció la pérdida de la cabeza del puente de Borisow, tomado por el ejército de Moldavia al general Dombrowski. El ejército de Moldavia, sorprendido á su vez por el duque de Reggio Borisow, se retiró detrás del Beresina después de haber destruido el puente. Tchitchakoff se encontraba de este modo enfrente de nosotros del otro lado del río.

El general Corbineau, comandante de una brigada de nuestra caballería ligera, guiado por un paisano había descubierto, por bajo de Borisow, el vado de Veseloro. Con esta noticia, Napoleón hizo salir en la noche del 24 á Robre de Eblé y Chasseloup con los

pontoneros y zapadores, que llegaron á Stoudianka, sobre el Beresina, al vado indicado.

Echase dos puentes sobre el río: á la orilla opuesta acampaba un ejército de cuarenta mil rusos. ¡Cuál fue la sorpresa de los franceses cuando al nacer el sol vieron la ribera desierta, y la retaguardia de la division de Tchaplitz en plena retirada! No podían creer en sus ojos. Una sola bala, el fuego de la pipa de un cosaco habría bastado para hacer pedazos ó quemar los débiles pontones de Eblé. Corren á avisar á Bonaparte, que se levanta apresuradamente, sale, ve, y exclama: — «¡He engañado al almirante!» La exclamacion era natural; los rusos abortaban en el desenfance, y cometian una falta que debia prolongar la guerra por tres años; pero su jefe no había sido engañado. Todo lo había visto el almirante Tchitchakoff que se había dejado llevar de su carácter, que, aunque inteligente y fogoso, amaba sus comodidades; temía el frío, y pensaba que siempre habria tiempo para exterminar á los franceses cuando él se hubiera calentado bien. Retirado hoy en Londres, habiendo abandonado su fortuna y renunciado á la Rusia, Tchitchakoff ha suministrado al *Quarterli-Review* detalles curiosos sobre la campaña de 1812. ¡Ay! Si Bonaparte estaba salvado por la construcción de sus dos puentes y por la incomprensible retirada de la division de Tchaplitz, los franceses no lo estaban, y otros dos ejércitos rusos se aglomeraban sobre la orilla del río que Napoleón se preparaba á abandonar. El que no ha visto debe callar aquí y dejar hablar á los testigos.

«El heroísmo de los pontoneros dirigidos por Eblé, dice Chambray, vivirá tanto como el recuerdo del paso del Beresina. Aunque debilitados por los males que sufrían de tanto tiempo; aunque privados de licores y de alimentos sustanciosos, se les vió, desafiando al frío, que se había hecho muy rigoroso, meterse en el agua algunos hasta el pecho: esto era correr una muerte casi cierta; pero el ejército los miraba, y ellos se sacrificaban por su salvación.

«El desorden reinaba entre los franceses, dice á su vez Mr. de Segur, y los materiales habían faltado para los dos puentes: en la noche del 26 al 27 se rompió dos veces el de los carruajes, y el paso se retardó siete horas: por tercera vez se rompió el 27 á las cuatro de la tarde; por otra parte los rezagados, dispersos en los bosques y en las aldeas inmediatas, no se habían aprovechado de la primera noche, y al amanecer del 27 todos se habían presentado á un tiempo para pasar los puentes.

«La confusión mayor fue cuando la guardia, que servía de regla, se puso en movimiento. Su marcha fue como una señal, y corrieron de todas partes amontonándose en la orilla. En un instante se vió una masa profunda y confusa de hombres, caballos y carruajes sitiá la estrecha entrada de los puentes; y los primeros, empujados por los de atrás, rechazados por los guardias y por los pontoneros, ó detenidos por el río, eran aplastados, derribados al suelo ó precipitados en los hielos que acarrea el Beresina. De esta inmensa y horrible barahunda se alzaba unas veces un zumbido sordo, otras un gran clamor mezclado de gemidos y de espantosas imprecaciones... El desorden era tan grande, que cuando se presentó el emperador fue preciso emplear la fuerza para abrirle paso. Un cuerpo de granaderos de la guardia y Latour-Maubourg renunciaron por piedad á abrirse paso al través de estos desgraciados.

«La inmensa multitud aglomerada en la orilla, mezclada con los caballos y los carros, formaba un espantoso hacinamiento. A eso de medio día cayeron las primeras balas enemigas en medio de este caos, y fueron la señal de una desesperación universal.

«Muchos de los que se habían lanzado los primeros sobre el puente, faltando este, quisieron escalarlo por los lados; pero la mayor parte fueron rechazados al río. Aquí fue donde se vieron mujeres en medio de los témpanos con sus niños en los brazos, alzándolos á medida que ellas se sepultaban; y ya sumergidas, aun sus brazos los mantenían sobre las aguas.

«En medio de este horrible desorden, se rompió el puente de artillería; la columna que lo iba pasando quiso retroceder; pero en vano: el torrente de hombres que iba detrás, ignorando esta desgracia y no oyendo los gritos de los primeros, siguieron adelante y los arrojaron en el río, donde fueron precipitados á su vez.

«Todo se dirigió entonces al otro puente, afluyendo de todas partes una multitud de cajones enormes, de pesados carruajes y de piezas de artillería. Dirigidos por sus conductores, y rápidamente arrastrados sobre una pendiente desigual, arrollan á los infelices que se encuentran sorprendidos entre ellos, y entrecuchándose luego, se derriban la mayor parte con violencia y aplastan en su caída á los que les rodeaban. Filas enteras de hombres, empujadas por estos obstáculos, se embarazan, chocan y caen por masas de otros infortunados que se suceden sin interrupción.

«Estas oleadas de miserables rodaban las unas sobre las otras, y no se oían mas que gritos de dolor y de rabia. En esta horrible confusión, los hombres derribados se defendían bajo los piés de sus compañeros, á los cuales se aferraban con sus uñas y sus dientes. Estos los rechazaban sin piedad como enemigos; y en

este espantoso estrépito de un huracán furioso de cañonazos, del silbido de la tempestad, de las balas, de las explosiones de las bombas, de vociferaciones, de gemidos y juramentos horribles, la multitud desordenada no oía las quejas de las víctimas que sumergía.»

Los otros testimonios están de acuerdo con las relaciones de Mr. de Segur: en prueba de ello, solo citaré este pasaje de las *Memorias de Vaudoncourt*:

«La llanura bastante grande que se encuentra delante de Venloo ofrecía por la tarde un espectáculo cuyo horror es difícil de pintar. Estaba cubierta de carros y furgones, la mayor parte rotos y derribados los unos sobre los otros, y henchida de cadáveres de individuos no militares, entre los cuales se veían muchas mujeres y niños arrastrados en pos del ejército hasta Moscou, ó huyendo de esta ciudad para seguir á sus compatriotas, á quienes la muerte había herido de diferentes maneras. La suerte de estos infelices, en medio de la confusión de los dos ejércitos, fue ser aplastados bajo las ruedas de los carros ó bajo los piés de los caballos, heridos por las balas de los dos partidos, ahogados al querer pasar los puentes con las tropas, ó despojados por los soldados enemigos y arrojados desnudos sobre la nieve, donde el frío terminó pronto sus sufrimientos.»

¿Qué gemido tiene Bonaparte para semejante catástrofe; para este suceso de dolor, uno de los mas grandes de la historia; para estos desastres que sobrepujan á los del ejército de Cambyse? ¿Qué grito se arranca de su alma? Estas cuatro palabras de su Boletín: *Durante la jornada del 26 al 27 pasó el ejército.* ¿Ya habeis visto cómo! Ni aun siquiera se enterneció Napoleon al espectáculo de aquellas mujeres alzando en sus brazos á sus hijos por en medio de las aguas. El otro grande hombre que por la Francia ha reinado sobre el mundo, Carlo-Magno, grosero y bárbaro aparentemente, cantó y lloró (que también él era poeta) al niño que, luchando con el hielo, fue sepultado en el Ebro:

Trux puer adstricto glacie dum latit in Hebro.

El duque de Bellune estaba encargado de proteger el paso, y había dejado á retaguardia al general Partouneaux, que se vió obligado á capitular. El duque de Reggio, herido de nuevo, había sido reemplazado en su mando por el mariscal Ney. Atravesaron los pantanos de la Gaina: la mas pequeña prevision de los rusos hubiera hecho impracticables los caminos. El 3 de diciembre se encontraron en Malodeczno las estafetas atrasadas hacia tres semanas, y allí fue donde Napoleon meditó abandonar la bandera. — ¿Puedo permanecer, decía, á la cabeza de una derrota? El rey de Nápoles y el príncipe Eugenio le apremiaron estando en Smorgoni para que volviese á Francia. El duque de Istria llevó la palabra, y á las primeras que pronunció entró en cólera Bonaparte, y exclamó: — «Solo mi mas mortal enemigo podría aconsejarme que abandonase el ejército en la situación en que se encuentra.» É hizo un movimiento para lanzarse sobre el mariscal con la espada desnuda en la mano.

Por la noche hizo llamar al duque de Istria, y le dijo: — «Puesto que todos lo quereis, preciso será que marche.» La escena estaba preparada, pues el proyecto de marcha estaba ya decidido cuando fue representado. Mr. Fain asegura, en efecto, que el emperador se había determinado á dejar el ejército durante la marcha que le condujo el día 4 de Malodeczno á Biclitz. Tal fue la comedia por la cual el inmenso actor puso fin á su drama trágico.

En Smorgoni escribió el emperador su Boletín vigésimo noveno. El 5 de diciembre montó en un trineo con Mr. de Caulaincourt á eso de las diez de la no-

tillaría ni transportes, no podíamos ab rirnos paso á un cuarto de legua.

«Los hombres á quienes la naturaleza no ha templado bastante fuertemente para sobreponerse á todos los peligros de la suerte y de la fortuna, parecieron afectados, perdieron su alegría, su buen humor, y no soñaron mas que desgracias y catástrofes: los de alma superior á todo, conservaron su alegría, sus maneras ordinarias, y vieron una nueva gloria en las diversas dificultades que tenían que sobrepujar.

«En todos estos movimientos siempre ha marchado el emperador en medio de su guardia, la caballería mandada por el mariscal duque de Istria, y la infantería por el duque de Dantzick. S. M. ha quedado satisfecho del buen espíritu que ha demostrado su guardia, la cual siempre se vió dispuesta á dirigirse á todas partes donde las circunstancias han reclamado su presencia.

«El príncipe de Neufchatel, el gran mariscal, el escudero mayor y todos los ayudantes de campo y oficiales militares de la casa del emperador, han acompañado siempre á S. M.

«Nuestra caballería estaba de tal modo desmontada, que han tenido que reunirse los oficiales á quienes quedaba un caballo para formar con ellos cuatro compañías de á ciento cincuenta hombres cada una. Los generales hacían en ella las funciones de capitanes, y los coroneles las de sargentos. El escuadrón sagrado, mandado por el general Grouchy, á las órdenes del rey de Nápoles, no perdía de vista al emperador en todos sus movimientos. La salud de S. M. jamás ha sido mejor.»

¿Qué resumen de tantas victorias! Bonaparte había dicho á los directores: — «¿Qué habeis hecho de cien mil franceses, todos compañeros míos de gloria? ¡Han muerto!» La Francia podía decir á Bonaparte: — «¿Qué habeis hecho en una sola expedición de los quinientos mil soldados del Niemen, todos mis hijos ó mis aliados? ¡Han muerto!»

Después de la pérdida de esos cien mil soldados republicanos, sentidos por Napoleon, al menos la patria fue salvada: los últimos resultados de la campaña de Rusia han producido la invasión de la Francia y la pérdida de todo lo que nuestra gloria y nuestros sacrificios habían acumulado en el transcurso de veinte años.

Bonaparte fue sin cesar custodiado por un batallón sagrado que no lo perdió de vista en todos sus movimientos: indemnización de las trescientas mil existencias inmoladas; ¿pero por qué la naturaleza no las había templado bastante fuertemente? Allí habrían conservado sus maneras ordinarias. ¿Esta vil carne merecía acaso que sus movimientos fuesen tan preciosamente custodiados como los de S. M.?

El boletín concluyó, como muchos otros, por estas palabras: — *La salud de S. M. nunca ha sido mejor.*

Familias: enjugad vuestras lágrimas: Napoleon no tiene novedad.

Después de esta relacion, se leía esta nota oficial en todos los periódicos: «Este es un documento histórico de primer orden: Xenofonte y César escribieron de este modo; uno la retirada de los diez mil, otro sus comentarios. ¿Qué demencia de comparación académica! Pero, dejando aparte la benévola crítica literaria, se debía estar muy satisfecho, porque las calamidades increíbles, causadas por Napoleon, le habian proporcionado la ocasion de mostrar sus talentos como escritor. Neron pone fuego á Roma, y canta el incendio de Troya. Habíamos llegado á la feroz irrisión de una lisonja que desenterraba los recuerdos de Xenofonte y César para ultrajar el duelo eterno de la Francia.

che, y así atravesó la Alemania, oculto bajo el nombre de su compañero de fuga. Todo se abismó á su desaparición: en una tempestad, cuando un coloso de granito se sepulta bajo las arenas de la Tebaida, ninguna sombra queda en el desierto. Algunos soldados, que ya no tenían de vivos mas que la cabeza, concluyeron por comerse los unos á los otros bajo unos cobertizos hechos de ramas de pinos. Males que parecían no poderse aumentar se consumaron: el invierno, que hasta entonces solo había sido el otoño de estos climas, bajó, y los rusos no tenían ya valor para tirar contra las sombras que Bonaparte dejaba vagabundas detrás de sí.

En Wilna solo se encontraron judíos que arrojaban á los piés del enemigo los enfermos que primero recogieran por avaricia. Una última derrota abismó el resto de los franceses en la altura de Ponary, y al fin llegaron al Niemen. De los tres puentes sobre los cuales habían desfilado nuestras tropas, no existía ninguno, y uno solo, obra del enemigo, dominaba las aguas congeladas. De los quinientos mil hombres y de la innumerable artillería que en el mes de agosto habían atravesado el río, solo lo repusaron ahora en Kowno unos mil hombres de infantería regular, algunos cañones y treinta mil miserables cubiertos de llagas. Nada de música ni de cantos de triunfo, y la division, con la faz morada y los ojos forzosamente abiertos, marchaba en silencio sobre el puente ó se arrastraba de témpano en témpano hasta la orilla polaca. Cuando estos infelices llegaron á habitaciones calientes, espiraron, deritiéndose su vida con la nieve de que estaban envueltos. Afirma el general Gourgand que repusaron el Niemen ciento veinte y siete mil hombres: por esta cuenta siempre resultaría una pérdida de trescientos trece mil hombres en una campaña de cuatro meses.

Cuando Murat llegó á Gumbinnen, reunió sus oficiales, y les dijo: — «Ya no es posible servir á un insensato; ya no hay salvación en su causa; ningún príncipe de Europa cree ya en sus palabras ni en sus tratados.» Desde aquí se dirigió á Posen, y desapareció el 16 de enero de 1813. Veinte y tres días después dejó el príncipe de Schwartzemberg el mando del ejército que pasó al príncipe Eugenio. El general York, criticado ostensiblemente al principio por Federico-Guillermo, y pronto reconciliado con él, se retiró llevándose á los prusianos: comenzaba la defección europea.

JUICIO SOBRE LA CAMPAÑA DE RUSIA.—ÚLTIMO BOLETÍN DEL GRANDE EJÉRCITO.—VUELTA DE BONAPARTE Á PARÍS.—ARENDA DEL SENADO.

En toda esta campaña fue Bonaparte inferior á sus generales, y particularmente al mariscal Ney. Las excusas que se han dado de la fuga de Bonaparte son inadmisibles, y la prueba de ello es que, debiendo salvarlo todo, no salvó nada. Este abandono, lejos de reparar las desgracias, las aumentó, y apresuró la disolución de la Federación rhenana.

El vigésimo nono y último boletín del grande ejército, fechado en Molodetschino el 3 de diciembre, y recibido en París el 18, solo precedió á Napoleon dos días, y llenó á la Francia de estupor, aunque estuviese muy lejos de expresarse con la franqueza de que se le ha elogiado: contradicciones notables se advierten en él que no consiguen cubrir una verdad que resalta de todas partes. Como ya hemos visto, en Santa Elena se expresaba Bonaparte con mas buena fe: sus revelaciones no podían ya comprometer una diadema caída de su cabeza. Pero escuchémosle todavía un momento:

«Este ejército, dice en su boletín del 3 de diciembre de 1812, tan hermoso el 6 de noviembre, estaba muy diferente desde el 14. Casi sin caballería, sin ar-

El Senado conservador acude, y dice Lacépède: «El Senado se apresura á presentar al pié del trono de V. M. I. y R. el homenaje de sus felicitaciones por la feliz llegada de V. M. en medio de sus pueblos. El Senado, primer consejo del emperador, y cuya autoridad no existe sino cuando el monarca la reclama y la pone en movimiento, está establecido para la conservación de esta monarquía y para la herencia de vuestro trono, en nuestra cuarta dinastía. La Francia y la posteridad le encontrarán en todas circunstancias fiel á este deber sagrado, y todos sus miembros estarán siempre dispuestos á perecer por la defensa de este *palladium* de la seguridad y de la prosperidad nacional.» Los miembros del Senado han demostrado esto maravillosamente decretando la destitución de Napoleón.

El emperador responde: «Senadores, lo que me decis me es muy grato. Tengo en el corazón LA GLORIA Y EL PODER de la Francia; pero nuestros primeros pensamientos son PARA TODO lo que puede perpetuar la tranquilidad interior... PARA ESTE TRONO al cual están ligados AHORA los destinos de la patria.... Yo he pedido á la Providencia un número de años determinado... Yo he reflexionado en todo lo que se ha hecho en las diferentes épocas, y también pensaré ahora en ello.»

El historiador de los reptiles, osando congratular á Napoleón por las prosperidades públicas, se asusta, sin embargo, de su valor, y tiene mucho cuidado de decir que la autoridad del Senado no existe sino cuando el monarca la reclama y la pone en movimiento. Temía tanto que temerse de la independencia del Senado!

Excusándose Bonaparte en Santa Elena, dice: «¿Son los rusos los que me han destruido? No, son las relaciones falsas, las necias intrigas de la traición, de la estupidez, y otras muchas cosas, en fin, que quizás se sabrán un día, y que podrán atenuar ó justificar las dos groseras faltas que, en diplomacia como en guerra, pueden echarse en cara con razón.

Faltas que no arrastran consigo mas que la pérdida de una batalla ó de una provincia, permiten excusas en palabras misteriosas, cuya explicación se aplaza para el porvenir; pero faltas que trastornan la sociedad y hacen pasar bajo el yugo la independencia de un pueblo, no se borran con las derrotas del orgullo.

Después de tantas calamidades y de tantos hechos heroicos, es duro al fin no poder escoger en las palabras del Senado sino entre el horror y el desprecio.

Revisado en 20 de febrero de 1815.

DESGRACIAS DE LA FRANCIA. — ALEGRÍAS FORZADAS. — RESIDENCIA EN MI QUINTA. — LA LEGITIMIDAD.

Cuando llegó Bonaparte, precedido de su boletín, fue general la consternación. «En el imperio, dice Mr. de Segur, no se contaban ya mas que hombres envejecidos por el tiempo y niños, pero casi ningún hombre formado: ¿dónde estaban? Los llantos de las mujeres, los gritos de las madres, lo decían bastante! Inclinadas laboriosamente sobre aquella tierra, que sin ellas quedaría inculta, maldecían la guerra en él.»

A la vuelta de Beresina fue preciso bailar de real orden; esto es lo que se sabe por los *Recuerdos para servir á la historia* de la reina Hortensia. Fue preciso ir al baile, con la muerte en el corazón, llorando interiormente á sus parientes ó amigos. Tal era el deshonor á que se veía condenada la Francia por el despotismo: en los salones se veía lo que se encuentra en las calles; criaturas distraídas de su vida, cantando su miseria para divertirse de su vida.

Hacia tres años que yo estaba retirado en Aunay; desde mi bosquecillo de pinos había seguido con los

ojos el cometa que durante la noche corría hacia el horizonte de los bosques: el cometa era hermoso y triste, y como una reina, arrastraba en pos suyo su extenso velo. ¿A quién buscaba el extranjero extraviado en nuestro universo? ¿A quién dirigía sus pasos en el desierto del cielo? El 23 de octubre de 1812, albergado un momento en París, calle de los Saint-Peres, fonda de Lavalette, mi sorda huésped vino á despertarme, provista de su larga trompetilla: — «¿Señor, señor; Bonaparte ha muerto. El general Mallet ha muerto á Hulin; todas las autoridades están mudadas, y la revolución se ha hecho.»

Era tan amado Napoleón, que durante algunos instantes estuvo París en la mayor alegría, excepto las autoridades burlescamente arrestadas. Casi había bastado un soplo para echar abajo el imperio. Evadido de la cárcel á media noche, un soldado era señor del mundo al amanecer, y un sueño estuvo cerca de arrastrar una realidad formidable. Los mas moderados decían: — «Si Napoleón no ha muerto, volverá corregido por sus faltas y por sus reveses: hará la paz con la Europa, y el resto de nuestros hijos será salvado.» Dos horas después de su mujer, entró Mr. Lavalette en mi cuarto, para poner en mi noticia el arresto de Mallet: no me ocultó (esta era su frase favorita) que todo estaba concluido. Ya he referido cómo recibió Bonaparte esta noticia en un campo de nieve cerca de Smolensk.

El *senatus consulto* de 12 de enero de 1813 puso á disposición de Bonaparte doscientos cincuenta mil hombres. La inagotable Francia vió salir de sus heridas nuevos soldados, y entonces se oyó una voz largo tiempo olvidada, voz cuyo sonido creyeron reconocer algunos: era la voz de Luis XVIII, que se alzaba desde el desierto. El hermano de Luis XVI anunciaba principios que establecer un día en una carta constitucional, primeras esperanzas de libertad que nos venían de nuestros antiguos reyes.

Ya en Varsovia, Alejandro dirige una proclama á la Europa.

«Si el Norte imita el sublime ejemplo que ofrecen los castellanos, ha concluido el duelo del mundo. A punto de ser la Europa presa de un monstruo, recobrará á la vez su independencia y su tranquilidad. ¡Ojalá que de este coloso sangriento que amenazaba el continente con su criminal eternidad, solo quede un largo recuerdo de horror y de lástima!»

Este monstruo, este coloso sangriento que amenazaba el continente con su criminal eternidad, era tan poco instruido por el infortunio, que apenas libre de los cosacos, se arrojó sobre un anciano que retenía prisionero.

EL PAPA EN FONTAINEBLEAU.

Ya hemos visto el rapto del papa en Roma, su residencia en Savona, y después su detención en Fontainebleau. La discordia se había introducido en el sagrado colegio: algunos cardenales querían que el papa resistiese por lo espiritual, y recibiesen orden de no usar sino medias negras; otros fueron desterrados á las provincias, y algunos gefes del clero francés encerrados en Vicennes: otros cardenales opinaban por la sumisión completa del papa, y conservaron todos ellos sus medias encarnadas.

Cuando el papa obtenía en Fontainebleau algun descanso de la obsesión de los cardenales rojos, se paseaba solo en las galerías de Francisco I: allí reconocía la huella de las artes, que le recordaban la ciudad sagrada, y desde sus ventanas veía los pinos que Luis XVI había plantado enfrente de los aposentos sombríos donde fue asesinado Monaldeschi. El septuagenario medio muerto, á quien el mismo Bonaparte vino á atormentar, firmó maquinalmente aquel

concordato de 1813, contra el cual protestó inmediatamente después de la llegada de los cardenales Pacca y Consalvi.

Pacca se imaginaba encontrar una gran multitud enredada de la cárcel regia, pero solo vió en los patios algunos servidores, y un centinela colocado en lo alto de la escalera de forma de herradura. Las ventanas y puertas del palacio estaban cerradas: en la primera antesala de los aposentos estaba el cardenal Doria, y en las otras algunos obispos franceses. Pacca fue introducido cerca de su santidad, que estaba en pié, pálido, inmóvil, inclinado y los ojos hundidos en el cráneo.

El cardenal le dijo que había apresurado su viaje para echarse á sus piés, y el papa respondió: — «Esos cardenales nos han arrastrado á la mesa, y nos han hecho firmar.» Pacca se retiró al aposento que le habían preparado, confundido de la soledad de las habitaciones, del silencio de los ojos, del abatimiento de los semblantes y de la profunda pena impresa en la frente de su santidad. — «Vuelto al lado del papa, lo encontré (él es quien habla) en un estado tan digno de compasión, que hacia temer por sus días. Estaba anonadado por una tristeza inconsolable al hablar de lo que había sucedido, y esta idea de tormento le impedía dormir y no le permitía tomar mas alimento que el indispensable para no consentir en su muerte. — Si esto sigue, decía, moriré loco, como Clemente IV.»

En el secreto de estas galerías inhabitadas, donde ya no se escuchaba la voz de San Luis, de Francisco I, de Enrique IV, ni de Luis XIV, el padre santo pasó muchos días en escribir la minuta y la copia de la carta que debía ser remitida al emperador. El cardenal Pacca llevaba oculto en su manto el papel peligroso á medida que el papa iba añadiendo algunas líneas en él. Terminada la obra, el papa la remitió el 24 de mayo al coronel Lagorce, encargándole la llevase al emperador.

Al mismo tiempo hizo leer una alocución á los cardenales que se hallaban cerca de su persona, en la cual consideraba como nulo el breve que había dado en Savona, y el concordato de 25 de enero: «¡Bendito sea el Señor, dice la alocución; que no ha alejado de nosotros su misericordia! ¡Solo ha querido humillarnos con una saludable confusión! ¡Sea, pues, para nosotros la humillación en bien de nuestra alma, y para él en todos los siglos la exaltación, el honor y la gloria! Dado en el palacio en Fontainebleau á 24 de marzo de 1813.»

Jamás salió de este palacio un decreto mas bello; el semblante del mártir se puso sereno; su sonrisa y su boca recobraron su gracia, y sus ojos el sueño.

Napoleón amenazó al principio con hacer saltar la cabeza de los hombros de algunos de los clérigos de Fontainebleau, pues pensaba declararse gefe de la religión del Estado; mas cayendo de nuevo en su natural, fingió no haber sabido nada de la carta del papa. Pero su fortuna iba decreciendo, y el papa, salido de una orden de pobres monjes, vuelto por sus desgracias al seno de la multitud parecía haber reconquistado el gran papel de triano de los pueblos, y dado la señal de la deposición del opresor de las libertades públicas.

DEFECIONES. — MUERTE DE LAGRANGE Y DE DELILLE.

La mala fortuna produce las traiciones y no las justifica. En marzo de 1813, la Prusia se confederó en Kalisch con la Rusia; el 3 de marzo, la Suecia hizo un tratado con el gabinete de San James, y se obligó á suministrar treinta mil hombres; Hamburgo fue evacuado por los franceses; Berlín ocupado por los cosacos, y Dresde tomado por los rusos y los prusianos.

La defección de la Confederación del Rin se fue

preparando. El Austria se adhirió á la alianza de la Rusia y de la Prusia, y la guerra comenzó de nuevo en Italia, adonde se había trasladado el príncipe Eugenio.

En España, el ejército inglés derrotó á José en Vitoria: los cuadros robados á las iglesias y á los palacios cayeron en el Ebro; yo los había visto en Madrid y en el Escorial, y los volví á ver después, cuando los restauraban en París. Las olas y Napoleón habían pasado sobre estos Murillo y estos Rafael, *velut umbra*, Siempre avanzando Wellington, batió al mariscal Soult en Roncesvalles: nuestros grandes recuerdos hacían el fondo de las escenas de nuestros nuevos destinos.

El 14 de febrero, en la apertura de los cuerpos legislativos, Bonaparte declaró que siempre había querido la paz, y que esta era necesaria al mundo; pero ninguna simpatía hacia los dolores de la Francia resonó en la boca de aquel que nos llamaba *sus súbditos*.

El 3 de abril, el Senado conservador añadió ciento ochenta mil combatientes mas á los que ya había concedido. El 10 de abril murió Lagrange, y el abate Delille espiró algunos días después. Si en el cielo la nobleza del sentimiento es superior á la altura del pensamiento, el cantor de la *Piedad* debe estar colocado mas cerca del trono de Dios que el autor de la *Teoría de las funciones analíticas*. Bonaparte había salido de París el 15 de abril.

BATALLAS DE LUTZEN, DE BAUTZEN Y DE DRESDE. — REVESES EN ESPAÑA.

Sucedíendose las levas de 1812, se habían detenido en Sajonia. Napoleón llega, y el honor de la antigua hueste queda confiado á doscientos mil conscriptos, que se baten como los granaderos de Marengo. El 2 de mayo se gana la batalla de Lutzen: en estos nuevos combates, apenas hace Bonaparte uso mas que de la artillería, y apoderado de Dresde, dice á los habitantes: — «No ignoro la alegría á que os entregasteis cuando el emperador Alejandro y el rey de Rusia entraron dentro de vuestros muros. Todavía vemos en el suelo las hojas marchitas de las flores que vuestras doncellas sembraron al paso de los monarcas.» Se acordaba Napoleón de las doncellas de Verdun? Esto era en el tiempo de sus bellos años.

Otro triunfo en Bautzen; pero en él se sepultan el general de ingenieros Kirneger y Duroc, gran mariscal del palacio. — «Hay otra vida, dice el emperador á Duroc, y ya nos volveremos á ver.» ¿Se cuidaba mucho Duroc de volverlo á ver?

El 26 y el 27 de agosto abórdase sobre el Elba en campos ya famosos. De vuelta de América, después de haber visto á Bernadotte en Stockolmo y á Alejandro en Praga, una bala de cañón se lleva las dos piernas de Moreau, en Dresde, al lado del emperador de Rusia: antigua costumbre de la fortuna napoleónica. Súpose la muerte del vencedor en Höhenlinden, en el campo francés, por un perro perdido, en cuyo collar estaba escrito el nombre del nuevo Turenne: el animal, sin dueño, corría á la ventura entre los muertos: ¡Te, janitor orci!

El príncipe de Suecia, hecho generalísimo del ejército del Norte de Alemania, había dirigido el 15 de agosto una proclama á sus soldados:

«Soldados: el mismo sentimiento que guió á los franceses en 1792, y que los llevó á unirse y á combatir los ejércitos que estaban en su territorio, debe dirigir hoy vuestro valor contra aquel que, después de haber invadido el suelo que nos vió nacer, encadena aun á vuestros hermanos, á vuestras mujeres y á vuestros hijos.»

Concitiándose la reprobación unánime, Bonaparte se lanzaba contra la libertad, que le atacaba de todas partes y bajo todas las formas. Un *senatus consulto*

del 28 de agosto anula la declaración de un jurado de Auveres: infracción muy pequeña, sin duda, de los derechos de los ciudadanos, después de la enorme arbitrariedad de que había usado el emperador; pero en el fondo de las leyes hay una santa independencia, cuyos gritos se oyen: esta opresión de un jurado hizo más ruido que las opresiones diversas de que la Francia había sido víctima.

En fin, en el Mediodía, el enemigo había tocado nuestro suelo: los ingleses, obsesión de Napoleón y causa de casi todas sus faltas, pasaron el Vidasoa el 7 de octubre, y Wellington, el hombre fatal, puso el primero el pie sobre la tierra de Francia.

Obstinándose en permanecer en Sajonia, á pesar de la toma de Vandamme en Bohemia y de la derrota de Ney cerca de Berlín por Bernadotte, Napoleón volvió sobre Dresde. Entonces se levanta el Landsturm, y se organiza una guerra nacional semejante á la que dió la libertad á España.

CAMPAÑA DE SAJONIA Ó DE LOS POETAS.

Los combates de 1813 se han llamado la campaña de Sajonia: mejor llamados serían la *campaña de la joven Alemania ó de los poetas*. ¿A qué desesperación no nos había reducido la opresión de Bonaparte, puesto que al ver correr nuestra sangre no podíamos defendernos de un movimiento de interés hacia esa juventud generosa que empuñaba la espada en nombre de la independencia? Cada uno de estos combates era una protesta para los derechos de los pueblos.

En una de sus proclamas, fechada en Kalisch el 25 de marzo de 1813, Alejandro llamaba á las armas á las poblaciones de Alemania, prometiéndoles en nombre de sus hermanos, los reyes, instituciones libres. Esta señal hizo estallar la *Burschenschaft*, ya secretamente formada. Las universidades de Alemania se abrieron, y pusieron á un lado el dolor para no pensar sino en la reparación de la injuria: «Que las lamentaciones y las lágrimas sean cortas, la tristeza y el dolor largos, decían los germanos de otro tiempo; á la mujer es decente llorar, al hombre acordarse.» Entonces la joven Alemania corrió á libertar á su patria; entonces se unieron esos germanos, *aliados del imperio*, de que la antigua Roma se sirvió á manera de armas y de dardos: *velut tela atque arma*.

El profesor Fichte daba en Berlín en 1813 una lección sobre el *deber*; habló de las calamidades de la Alemania, y terminó su lección con estas expresiones: «El curso quedará, pues, suspendido hasta el fin de la campaña, y lo continuaremos en nuestra patria ya libre, ó habremos muerto por reconquistar la libertad.» Los jóvenes oyentes se levantan y prorumpen en gritos: Fichte baja de su cátedra, atraviesa la multitud y va á inscribir su nombre en el registro de un cuerpo que salía para el ejército.

Todo lo que Bonaparte había despreciado ó insultado se le convierte en peligro: la inteligencia baja á la liza contra la fuerza bruta, y Moscú es la antorcha á cuya luz ciñe la Germania su talabarte!—«¿A las armas! esclama la musa. ¡El Fénix de la Rusia se ha lanzado de su hoguera!» Esa reina de Prusia, tan débil y tan bella, á quien Napoleón había colmado de ultrajes poco generosos, se transforma en una sombra implorante é implorada:—«¿Qué dulcemente duerme! cantan los bardos. ¡Ah, ojalá duermas hasta el día en que tu pueblo lave en la sangre el moho de su espada! ¡Despierta entonces, despierta; y sé tú el ángel de la libertad y de la venganza!»

Körner solo tiene un temor, el de morir en prosa:—«¡Poesía, poesía, exclama; dame la muerte á la claridad del sol!»

Y compone en el vivaque el himno de *La Lira y la espada*.

EL CABALLERO.

«Dime, buena espada mía; ¿por qué es hoy tan ardiente el relámpago de tu mirada? Tú me miras con ojos de amor, espada que haces mi alegría. ¡Hurrah!»

LA ESPADA.

«Es que me ciñe un bravo caballero, y eso es lo que inflama mis miradas; es que yo soy la fuerza de un hombre libre, y eso es lo que hace mi alegría. ¡Hurrah!»

EL CABALLERO.

«Si, espada mía; si, yo soy un hombre libre, y te amo con todo mi corazón; te amo como si fueras mi desposada; te amo como á una amante querida.»

LA ESPADA.

«Y yo me he entregado á ti; á ti, mi vida; á ti, mi alma de acero! ¡Ah, si estamos prometidos, cuándo me dirás:—Ven, ven, querida mía!»

«¿No se cree oír á uno de aquellos guerreros del Norte, uno de aquellos hombres de batallas y de soledades, del cual dice Saxo el Grammatico:—«Cayó, rió y murió.»»

No era esto un entusiasmo frío y calculado: Körner tenía la espada ceñida; bello, rubio y joven, Apolo á caballo cantaba de noche como el árabe sin apearse, y al cargar al enemigo, su *maoual*, iba acompañado del galope de su brido. Herido en Lutzen, se arrastró en los bosques, donde lo encontraron unos paisanos; pero reapareció y murió en las llanuras de Leipsich, teniendo apenas veinte y cinco años: habíase escapado de los brazos de una mujer á quien amaba, y ahora moría en lo mejor de su vida. «Las mujeres se complacen, decía Tyrteo, en contemplar á un joven resplandeciente y de pie; pero no es menos bello cuando cae en la primera fila.»

Los nuevos Arminius, alimentados en la escuela de la Grecia, tenían un cántico general: cuando estos estudiantes abandonaron el apacible retiro de las ciencias por los campos de batalla, los placeres silenciosos del estudio por los ruidosos peligros de la guerra, Homero y los Niebelungen por la espada, ¿qué opusieron á nuestro himno de sangre, á nuestro cántico revolucionario? Estas estrofas, llenas de afección religiosa y de la sinceridad de la naturaleza humana:

«¿Cuál es la patria del alemán? ¡Nombradme esa gran patria! Tan lejos como resuene la lengua alemana; tan lejos como los cantos alemanes se hagan oír en alabanza de Dios, allí debe estar la patria del alemán.»

«La patria del alemán es el país donde un apretón de manos basta por todo juramento; donde la buena fe pura brilla en todas las miradas; donde el afecto reside ardientemente en todos los corazones.»

«¡Oh, Dios del cielo! Inclina tus miradas sobre nosotros, y danos ese espíritu tan puro y verdaderamente alemán, para que podamos vivir fieles y buenos. Aquí está la patria del alemán; todo este país es su patria.»

Estos camaradas de colegio, ahora compañeros de armas, fieles á la poesía de sus sueños, á las tradiciones de la historia, al culto de lo pasado, hicieron de un antiguo castillo y de un antiguo bosque los asilos conservadores de la *Burschenschaft*. La reina de Prusia era su patrona en vez de la reina de las noches.

Desde lo alto de una colina, de en medio de los escombros, los estudiantes soldados, con sus profesores capitanes, descubrieron las cúpulas de sus universidades queridas; y conmovidos al recuerdo de su docta antigüedad, enternecidos á la vista del santuario del es-

tudio y de los juegos de su infancia, juraban libertar su país, como Melchthal, Furst y Stauffacher pronunciaron su triple juramento al aspecto de esos Alpes por ellos inmortalizados, ilustrados por ellos. El genio alemán tiene algo de misterioso: la Thecla de Schiller es aun la doncella teutónica dotada de presciencia y formada de un elemento divino. Los alemanes adoran hoy la libertad con una vaguedad indefinible, del mismo modo que en otro tiempo llamaban Dios al secreto de los bosques: *Deorumque nominibus apellant secretum illud*... El hombre cuya vida era un ditirambo en acción, no cayó sino cuando los poetas de la joven Alemania hubieron cantado y tomado la espada contra su rival Napoleón, el poeta armado.

Alejandro era digno de haber sido el heraldo enviado á los jóvenes alemanes, pues participaba de sus elevados sentimientos, y estaba en esa posición de fuerza que hace posible los proyectos; pero se dejó asustar del terror de los monarcas que le rodeaban. Estos monarcas no cumplieron sus promesas, y no dieron á sus pueblos instituciones generosas. Los hijos de la musa (llama por cuyo medio se animaron las masas inertes de soldados) fueron sepultados en calabozos en recompensa de su patriotismo y de su noble credulidad. ¡Ay! la generación que dió la independencia á los teutones se ha desvanecido, y solo han quedado en Germania viejos gabinetes gastados, que llaman lo mas alto que pueden á Napoleón un grande hombre, para hacer servir de excusa su admiración presente á su bajeza pasada. En el necio entusiasmo por el hombre que continúa pesando sobre los gobiernos después de haberlos azotado, apenas se acuerda nadie de Körner. «Arminio, libertador de la Germania, dice Tácito, fue desconocido á los griegos, que solo se admiran á sí propios, y poco celebrado entre los romanos, á quienes había vencido; pero aun le cantan algunas naciones barbaras: *Canturque barbaras apud gentes*.»

BATALLA DE LEIPSICK.—VUELTA DE BONAPARTE Á PARÍS.—TRATADO DE VALENZAY.

El 18 y el 19 de octubre se dió en los campos de Leipsick ese combate que los alemanes han llamado la *batalla de las naciones*. Al terminar el segundo día, pasándose del campo de Napoleón los sajones y wurttembergueses bajo las banderas de Bernadotte, decidieron del resultado de la acción: victoria manchada de traición. El príncipe de Suecia, el emperador de Rusia y el rey de Prusia penetraron en Leipsick por tres puertas diferentes, y habiendo experimentado Napoleón una inmensa pérdida, se retiró haciendo volar los puentes detrás de sí. Herido dos veces el príncipe Poniatowski, se ahoga en el Elster, y la Polonia se abisma con su último defensor. Napoleón se detuvo en Erfurt, y desde allí anunció en su boletín que su ejército, siempre victorioso, *llegaba como un ejército batido*. Poco tiempo antes había visto Erfurt á Napoleón en el colmo de su prosperidad.

En fin, los bávaros, desertores después de otros de una fortuna abandonada, intentan exterminar en Hanau el resto de nuestros soldados: algunos conscritos, ya veteranos, salvan á Bonaparte y toman posición detrás del Rhin. Llegado como fugitivo á Mayenza, Napoleón se encontró el 19 de setiembre en Saint-Cloud, y llegó á decirle el infatigable Lacépède:—«V. M. lo ha vencido todo.» Mr. de Lacépède había hablado razonablemente de los oviparos, pero él no podía tenerse en pie.

La Holanda reconquista su independencia y llama al príncipe de Orange.

El 1.º de diciembre declararon las potencias aliadas que ellas no hacían la guerra á la Francia, sino al emperador solo, ó mas bien á esa preponderancia que se había ejercitado demasiado largo tiempo fuera

de los límites de su imperio, para desgracia de la Europa y de la Francia.»

Cuando se ve acercarse el momento en que vamos á ser encerrados de nuevo en los límites de nuestro antiguo territorio, se ocurre preguntar de qué había servido el trastorno de la Europa y el sacrificio de tantos millones de hombres. El tiempo nos tragó, y continúa tranquilamente su curso.

Por el tratado de Valenzay de 11 de diciembre, el miserable Fernando VII es enviado á Madrid, y así terminó oscura y precipitadamente esa criminal empresa de España, causa primera de la pérdida de Napoleón.

Siempre se puede ir al mal; siempre se puede matar un pueblo ó un rey; pero la vuelta es difícil: Jacobo Clemente acomodaba sus sandalias para el viaje de Saint-Cloud, y sus cofrades le preguntaban riendo cuánto duraría su obra.—«Lo bastante para el camino que tengo que hacer, respondió; lo que tengo que hacer es ir, pero no volver.»

EL CUERPO LEGISLATIVO CONVOCADO Y APLAZADO.—LOS ALIADOS PASAN EL RHIN.—CÓLERA DE BONAPARTE.—PRIMER DÍA DEL AÑO DE 1814.

El 19 de diciembre de 1813 se reunió el cuerpo legislativo. Sorprendente en el campo de batalla, notable en su consejo de Estado, Bonaparte no tiene ya el mismo valor en política: ignora la lengua de la libertad, y si quiere expresar afecciones congénitas, sentimientos paternales, se entenece de pronto, y coloca palabras conmovidas en su insensibilidad:—«Mi corazón, dice al cuerpo legislativo, tiene necesidad de la presencia y del afecto de mis súbditos. Jamás me he dejado seducir por la prosperidad, y la desgracia me encuentra fuera del alcance de sus tiros. Yo había concebido y ejecutado designios para la prosperidad y la ventura del mundo. *Monarca y padre*, conozco que la paz afirma la seguridad de los tronos y la de las familias.»

Los aliados atravesaron el Rhin el 21 de diciembre de 1813 desde Bale hasta Schaffouse, con mas de cien mil hombres, y el 31 del mismo mes el ejército de Silesia, mandado por Blücher, lo pasó á su vez desde Manheim hasta Coblenza. Por orden del emperador, el Senado y el cuerpo legislativo habían nombrado dos comisiones encargadas de enterarse de los documentos relativos á las negociaciones con las potencias coaligadas: prevision de un poder que, negándose á consecuencias ya inevitables, queria dejar su responsabilidad á otro poder.

La comisión del cuerpo legislativo que presidía Mr. Lainé, osó decir: «Que los medios de paz tendrían efectos seguros, si los franceses estuvieran convencidos de que su sangre no sería derramada sino para defender una patria y leyes protectoras; y que se aplicaba á S. M. mantuviese la entera y constante ejecución de las leyes que garantizan á los franceses los derechos de la libertad, de la seguridad, de la propiedad, y á la nación el libre ejercicio de sus derechos políticos.»

El ministro de Policía, duque de Rovigo, hizo instruir causa sobre este hecho, y un decreto de 31 de diciembre aplazó el cuerpo legislativo y se cerraron las puertas de la sala: Bonaparte trató á los miembros de la comisión legislativa de *agentes pagados por la Inglaterra*.—«El tal Lainé, decía, es un traidor, que tiene correspondencia con el príncipe regente por la mediación de Desezé: Raynouard, Maine de Biran y Flaugergues son facciosos.»

El soldado se sorprendía de no encontrar ya á aquellos polacos á quienes abandonaba, y quienes, ahogándose por obedecerle, gritaban aun: *¡viva el emperador!* El manifiesto de la comisión decía que era una moción salida de un club de jacobinos, y en

todos sus discursos manifestaba su aversión hacia la república de que había salido, pero cuyos crímenes detestaba menos que sus libertades. A propósito de esa misma relación, añadía: «¿Se querrá restablecer la soberanía del pueblo? Pues bien, en ese caso me hago pueblo, porque yo pretendo estar siempre allí donde reside la soberanía.» Jamás déspota alguno ha explicado más enérgicamente su naturaleza: esta es la frase copiada de Luis XIV: «El Estado soy yo.»

En la recepción del día de año nuevo de 1814, todos esperaban alguna escena, y yo he conocido un hombre de aquella corte, el cual se preparaba á echar mano á la espada á todo evento. Napoleón no usó, sin embargo, de palabras violentas, mas se expresó, no obstante, con aquella fogosidad que algunas veces causaba la confusión aun entre sus mismos afabarderos: «¿Por qué, exclamaba, hablar ante la Europa de estos debates domésticos! La ropa sucia debe lavarse en familia. ¿Qué es un trono? Un pedazo de madera cubierto con otro pedazo de tela: todo depende de aquel que se sienta en él. La Francia tiene mas necesidad de mí que yo de ella. Yo soy uno de esos hombres á quienes se mata, pero á quienes no se deshonra. Dentro de tres meses tendremos la paz, ó el enemigo será arrojado de nuestro territorio, ó yo habré muerto.»

Bonaparte estaba acostumbrado á lavar en sangre la ropa sucia de los franceses: en esos tres meses ni se tuvo la paz, ni el enemigo fue echado de nuestro territorio, ni Bonaparte perdió la vida.

Abrumada por tantas desgracias y por la ingrata obstinación del amo que se había dado, la Francia se veía invadida por el merte estupor que nace de la desesperación.

Un decreto imperial había movilizado ciento veinte y un batallones de guardias nacionales: otro decreto había formado un consejo de regencia presidido por Cambaceres y compuesto de ministros, á cuya cabeza se hallaba colocada la emperatriz, y José, monarca disponible que había vuelto de España con sus pillajes, fue nombrado comandante general de París. El 23 de enero de 1814 salió Bonaparte de su palacio para el ejército, donde iba á producir una brillante llama al apagarse.

EL PAPA PUESTO EN LIBERTAD.

La antevíspera fue devuelta al papa su independencia: la mano que á su vez iba á llevar cadenas, se vio obligada á romper los grillos que había puesto: la Providencia había cambiado las fortunas, y el viento, que soplabá al rostro de Napoleón, empujaba los aliados hacia París.

Advertido de su libertad Pío VII, se apresuró á hacer una corta oración en la capilla de Francisco I; luego subió en un carruaje, y atravesó ese bosque que, según la tradición popular, ve aparecer al gran cazador de la muerte, cuando un rey va á bajar á la tumba de Saint-Denis.

El papa viajaba bajo la vigilancia de un oficial de gendarmería que le acompañaba en un segundo coche. En Orleans supo el nombre de la ciudad en que entraba.

Siguió el camino del Mediodía, en medio de las aclamaciones de la multitud de esas provincias por donde pronto debía pasar Napoleón, apenas en seguridad bajo la guardia de los comisarios extranjeros. La marcha de su santidad se retardó por la caída misma de su opresor; las autoridades habían cesado en sus funciones, y no se obedecía á nadie: una orden firmada de Bonaparte, orden que veinte y cuatro horas antes hubiera derribado la cabeza mas alta y hecho caer un reino, era un papel sin curso, y algunos minutos de poder faltaron á Napoleón para que pudiera proteger al cautivo á quien aquel mismo poder

había perseguido. Fue preciso que un mandado provisional de los Borbones acabase de devolver la libertad al pontífice que había ceñido con su diadema una cabeza extraña: ¡qué confusión de destinos!

Pío VII caminaba en medio de los cánticos y de las lágrimas, al repique de las campanas y á los gritos de ¡viva el papa! ¡viva el jefe de la Iglesia! Llevábanle, no las llaves de las ciudades, ni capitulaciones mojadas en sangre y obtenidas por el homicidio, sino enfermos que curar, y nuevos esposos que bendecir: á los primeros decía: «Dios os consuele.» Extendía sobre los segundos sus pacíficas manos, y tomaba á los niños de pecho de los brazos de sus madres. En las ciudades solo quedaban los que no podían marchar, y los peregrinos pasaban la noche en los campos para esperar la llegada del anciano sacerdote. Los campesinos, en su candidez, encontraban que el padre santo se parecía á Nuestro Señor, y los protestantes enternecidos decían: «Hé aquí el hombre mas grande de su siglo.» Tal es la grandeza de la verdadera sociedad cristiana, donde Dios se confunde sin cesar con los hombres. Tal es sobre la fuerza del hacha y del cetro la superioridad del poder del débil, sostenido por la religión y la desgracia.

Pío VII atravesó Carcassonne, Beziers, Montpellier y Nimes, para volver á Italia. A orillas del Ródano parecía que los innumerables cruzados de Raimundo de Tolosa pasaban aun revista en Saint Remy. El papa volvió á ver á Niza, Savona é Imola, testigos de sus alliciones recientes y de las primeras maceraciones de su vida: siempre gusta llorar donde se ha llorado. En las condiciones ordinarias, se recuerdan siempre los lugares y los tiempos de felicidad, y Pío VII recordaba sus virtudes y sus padecimientos como un hombre revive en la memoria de sus pasiones apagadas.

En Bolonia fue dejado el papa en manos de las autoridades austriacas. Murat, Joaquín-Napoleón, rey de Nápoles, le escribió el 4 de abril de 1814:

«Santísimo padre, habiéndome hecho dueño la suerte de las armas de los Estados que poseáis cuando os visteis obligado á salir de Roma, no vacilo en ponerlos bajo vuestra autoridad, renunciando en favor vuestro á todos mis derechos de conquista sobre este país.»

¿Qué se ha dejado á Joaquín y á Napoleón moribundos?

Aun no había llegado el papa á Roma, cuando ofreció un asilo á la madre de Bonaparte. Sus legados habían tomado posesion de la ciudad eterna, y el 23 de mayo, en medio de la primavera, Pío VII distinguió la cúpula de San Pedro. Se ha contado que derramó lágrimas al volver á ver la cúpula sagrada. Cuando iba á atravesar la puerta del Pópulo, fue detenido el pontífice, y veinte y dos huérfanos vestidos con túnicas blancas, y cuarenta doncellas llevando grandes palmas doradas, se adelantaron á su encuentro entonando cánticos. La multitud gritaba Hosanna! Pignatelli, que mandaba las tropas en el Quirinal cuando Radet tomó por asalto el jardín de las olivas de Pío VII, conducía ahora la procesion de las palmas. Al mismo tiempo que Pignatelli cambiaba de papel, nobles perjuros tomaban en París, detrás del sillón de Luis XVIII, sus funciones de grandes servidores: la prosperidad nos es transmitida con sus esclavos, como en otro tiempo una tierra señorial era vendida con sus siervos.

NOTAS QUE LUEGO FUERON EL FOLLETO DE BONAPARTE Y DE LOS BORBONES.—TOMO UNA HABITACION EN LA CALLE DE RIVOLI.—ADMIRABLE CAMPAÑA DE FRANCIA, 1814.

En el libro segundo de estas Memorias se lee (en-

tonces volvía yo de mi primer destino de Dieppe): «Se me ha permitido volver á mi valle. La tierra tiembla bajo los pasos del soldado extranjero, y escribo, como los últimos romanos, al ruido de la invasion de los bárbaros. Durante el día trazo páginas tan agitadas como los sucesos de ese mismo día; y de noche, mientras que el zumbido del cañon lejano espira en mis bosques solitarios, vuelvo al silencio de los años que duermen en la tumba, y á la paz de mis recuerdos mas juveniles.»

Estas páginas agitadas que yo trazaba, eran notas relativas á los sucesos del momento, las cuales, reunidas, compusieron luego mi folleto: *De Bonaparte y de los Borbones*. Tenía yo tan alta idea del genio de Napoleón y del valor de nuestros soldados, que una invasion del extranjero, feliz hasta en sus últimos resultados, no podía caberme en la cabeza, pero yo pensaba que esa invasion, haciendo sentir á la Francia el peligro á que la ambición de Bonaparte la había reducido, produciría un movimiento interior, y que la libertad de los franceses provendría de sus propias manos. Con esta idea escribí yo mis notas, á fin de que si nuestras asambleas políticas detenían la marcha de los aliados y se resolvían á separarse del grande hombre, convertido en un azote, tuviesen á quien recurrir: el refugio me parecía estar en la autoridad, modificada según los tiempos, bajo la cual habían vivido nuestros abuelos durante ocho siglos: cuando en una tormenta solo se encuentra á mano un edificio, por mas arruinado que esté, en él nos refugiarnos.

En el invierno de 1813 á 1814 tomé una habitacion en la calle de Rivoli, enfrente de la primera reja del jardín de las Tuilerías, ante la cual había oído pregonar la muerte del duque de Enghien. Aun no se veían en esta calle mas que las arcadas construidas por el gobierno y algunas casas que comenzaban á edificarse.

Necesitábase nada menos que los males de que la Francia estaba colmada para mantenerse en el alejamiento que Napoleón inspiraba y para defenderse al mismo tiempo de la admiración que hacia renacer tan pronto como obraba: era el genio mas firme de accion que haya existido jamás. Su primera campaña en Italia y su última campaña en Francia (no hablo de Waterloo) son sus dos páginas mas hermosas: Condé en la primera, Turenne en la segunda, gran guerrero en aquella, grande hombre en esta; pero con diferentes resultados, por una ganó el imperio, y por la otra lo perdió. Sus últimas horas de poder, desarraigadas y todo como estaban, no pudieron ser arrancadas, como los dientes de un leon, sino por los esfuerzos de los brazos de la Europa. El nombre de Napoleón era todavia tan formidable, que los ejércitos enemigos no pasaron el Rhin sino llenos de terror y sin cesar miraban atrás para asegurarse bien de que era posible la retirada: dueños de París, todavia temblaban. Dirigiendo la vista Alejandro hacia la Rusia al entrar en Francia, felicitaba á las personas que podían marcharse allá, y escribía á su madre sus ansiedades y sus penas.

Napoleón bate á los rusos en Saint-Dizier, y á los prusianos y á los rusos en Brienne, como para honrar los campos en que había sido educado. Destruye el ejército de Silesia en Moutmirail, en Champauvert, y una parte del grande ejército en Montereau. En todas partes se encuentra, y va, y viene, y rechaza las columnas de que se vé rodeado. Los aliados proponen un armisticio, y Bonaparte rompe los preliminares de la paz ofrecida, y exclama: «¿Yo estoy mas cerca de Viena que el emperador de Austria de París!»

La Rusia, el Austria, la Prusia y la Inglaterra, para reforzarse mutuamente, concluyeron en Chaumont un nuevo tratado de alianza; pero en el fondo, alarmadas de la resistencia de Bonaparte, pensaban en

la retirada. En Lyon se formaba un ejército en el flanco de los austriacos; en el Mediodía el mariscal Soult detenía á los ingleses, y el congreso de Chatillon, que no fue disuelto hasta el 15 de marzo, negociaba aun. Bonaparte echó á Blucher de las alturas de Craone. El grande ejército aliado no había triunfado el 27 de febrero en Bar-sur-Aube, sino por la superioridad del número. Multiplícándose Bonaparte había recobrado á Troyes que los aliados volvieron á ocupar. De Craone se dirigió Bonaparte á Reims, y dijo: «Esta noche iré á coger á mi suegro en Troyes.»

El 20 de marzo tuvo lugar un combate cerca de Arcis-sur-Aube. En medio de un fuego atronador de artillería, cae una bomba en el frente de un cuadro de la guardia, que pareció hacer un ligero movimiento: Bonaparte se precipita sobre el proyectil, cuya mecha arde, y la hace huir á su caballo: la bomba revienta y el emperador sale sano y salvo de en medio de sus inflamados cascos.

La batalla debía continuar el día siguiente; pero cediendo Bonaparte á la inspiracion del genio; inspiracion que sin embargo le fue funesta, se retira á fin de dirigirse sobre la retaguardia de las tropas confederadas, separarlas de sus almacenes y engrosar su ejército con las guarniciones de las plazas fronterizas. Los extranjeros se preparaban á replegarse sobre el Rhin, cuando Alejandro, por uno de esos impulsos del cielo que cambian todo el mundo, tomó el partido de marchar á París, cuyo camino veía libre (1). Napoleón creía arrastrar la masa de los enemigos, y solo era seguido de diez mil hombres de caballería que él pensaba fuesen la vanguardia de las tropas principales, y que le ocultaban el movimiento real de los prusianos y de los moscovitas. Dispersó á esos diez mil caballos en Saint-Dizier y Vitry, y entonces conoció que el grande ejército aliado no iba detrás. Este ejército, precipitándose sobre la capital, solo tenia delante los mariscales Marmont y Mortier, con unos doce mil conscriptos.

Napoleón se dirigió apresuradamente sobre Fontainebleau, donde una santa víctima, al retirarse, había dejado el remunerador y el vengador. Siempre en la historia marchan juntas dos cosas: si un hombre se abre una vía de injusticia, al mismo tiempo se abrirá una vía de perdicion, en la cual, á una distancia marcada, el primer camino viene á caer en el segundo.

COMIENZO A IMPRIMIR MI FOLLETO.—NOTA DE MAD. DE CHATEAUBRIAND.

Los ánimos estaban muy agitados: la esperanza de ver cesar, á toda costa, una guerra cruel que pesaba hacia veinte años sobre la Francia, harta ya de desgracias y de gloria, comenzaba á invadir las masas. Cada cual se ocupaba del partido que debería tomar en la próxima catástrofe, y todas las noches iban mis amigos á charlar en el cuarto de Mad. de Chateaubriand, contando y comentando los acontecimientos del día. Mr. de Fontanes, de Clausel y Joubert acadian con la multitud de esos amigos de pasaje que dan los sucesos y que los sucesos retiran. La señora duquesa de Levis, bella y apacible, á quien luego encontraremos en Gante, hacia fiel compañía á Mad. de Chateaubriand. La señora duquesa de Duras estaba tambien en París, y yo iba muchas veces á visitar á la señora marquesa de Montealm, hermana del duque de Richelieu.

A pesar de la inmediatecion de los campos de batalla, yo continuaba persuadido de que los aliados no entrarían en París, y de que una insurreccion nacional pondría fin á nuestros temores. La obcecacion de esta

(1) He oído contar al general Pozzo que él fue quien determinó á Alejandro á marchar adelante.

idea me impedía sentir tan vivamente como lo hubiera hecho la presencia de los ejércitos extranjeros; pero no podía menos de reflexionar en las calamidades que habíamos hecho experimentar á la Europa, al ver á la Europa devolviéndonoslas.

Entre tanto no cesaba de ocuparme de mi folleto, que preparaba como un remedio para cuando llegase á estallar el momento de la anarquía. No es así como escribimos hoy, sin mas guerra que temer que la de los folletines. Por la noche me encerraba bajo llave, y metiendo mis papelotes debajo de la almohada, dejaba dos pistolas cargadas sobre la mesa; así me acostaba entre estas dos musas. Había compuesto mi texto bajo la forma de folleto, que ha conservado, y á manera de discurso, diferente en ciertos puntos del folleto, pues suponía que al levantamiento de la Francia acudiría la multitud á reunirse en el Hotel de Ville, y me había preparado así sobre dos temas.

Mad. de Chateaubriand ha escrito algunas notas en diversas épocas de nuestra vida comun; entre estas notas encuentro el párrafo siguiente:

«Mr. Chateaubriand estaba escribiendo su folleto *De Bonaparte y de los Borbones*. Si se hubieran apoderado de este folleto, no era dudosa la sentencia: el cadalso. Sin embargo, el autor ponía una negligencia increíble en ocultarlo, y muchas veces, cuando salía, lo dejaba olvidado sobre su mesa; su prudencia no pasaba nunca de meterlo debajo de la almohada, lo cual hacia delante de su ayuda de cámara, mozo muy honrado, pero que podía dejarse tentar. Yo padecía angustias mortales, y así, en el momento en que salía Mr. de Chateaubriand, iba por el manuscrito, y me lo guardaba. Un día, al atravesar las Tullerías, advertí que no lo llevaba, y muy segura de haberlo sentido al salir, no dudé haberlo perdido en el camino. Ya veía yo el fatal escrito entre las manos de la policía, á Mr. de Chateaubriand preso, y caigo sin conocimiento en medio del jardín; algunas buenas gentes que me socorrieron me llevaron á casa, que no estaba muy lejos. ¡Qué suplicio cuando al subir la escalera vacilaba entre un temor que era casi una certidumbre, y una leve esperanza de haber olvidado tomar el manuscrito! Al acercarme al cuarto de mi marido, me sentí desfallecer de nuevo; entro, en fin, y nada había sobre la mesa; me acerco al lecho, tiendo primero la almohada, y no siento nada; pero la levanto, y veo el rollo de papeles. Cada vez que pienso en ello me late el corazón, y jamás he experimentado en mi vida semejante movimiento de alegría; puedo decir, en verdad, que no hubiera sido tan grande si me hubiese visto libre al pié del cadalso, porque aquel á quien veía libre me era mucho mas caro que mi misma vida.»

¡Qué infeliz sería yo si hubiese podido causar un momento de pena á Mad. de Chateaubriand!

Habíame visto obligado á confiar mi secreto á un impresor, el cual había consentido en arriesgar el lance: conforme á las noticias de cada hora, me devolvía ó se llevaba las pruebas corregidas á medias, segun que el ruido del cañon se acercaba ó alejaba de París: por espacio de quince dias jugué de esta manera mi vida.

LA GUERRA EN LAS PUERTAS DE PARÍS.—VISTA DE PARÍS.—COMBATE DE BELLEVILLE.—FUGA DE MARÍA LUISA Y DE LA REGENCIA.—MR. DE TALLEYRAND PERMANECE EN PARÍS.

El cerco se estrechaba enrededor de la capital, y á cada instante se sabía un progreso del enemigo. Por las barreras entraban mezclados prisioneros rusos, y heridos franceses conducidos en carretas; algunos de ellos caían medio muertos bajo las ruedas que ensangrataban, y algunos conscriptos, llamados de lo interior, atravesaban la capital, dirigiéndose al ejér-

cito. Por la noche se oían pasar por los baluartes exteriores los trenes de artillería, y no se sabía si las detonaciones lejanas anunciaban la victoria decisiva ó la última derrota.

Al fin vino la guerra á establecerse en las barreras de París. Desde las torres de Notre-Dame se vió aparecer la cabeza de las columnas rusas, así como las primeras ondulaciones del flujo de la mar sobre una playa. Entonces senti lo que debía experimentar un romano cuando desde lo alto del Capitolio descubria los soldados de Alarico y la antigua ciudad de los latinos á sus piés, como yo descubria los soldados rusos y á mis piés la antigua ciudad de los Galos. ¡Adios, pues, lares patrios, hogares conservadores de las tradiciones del país, techos bajo los cuales habían respirado aquella Virginia sacrificada por su padre al pudor y á la libertad, aquella Eloisa adicta por el amor á la religion y á las letras!

Hacia dos siglos que París no veía el humo de los campamentos del enemigo, y es Bonaparte quien, de triunfo en triunfo, ha traído los tebanos á la vista de las mujeres de Esparta. París era el punto de que había partido para correr la tierra, y á él volvía dejando detrás el enorme incendio de sus nuevas conquistas.

Precipitábanse en el jardín botánico, que en otro tiempo hubiera podido proteger la abadía fortificada de Saint-Victor, el pequeño número de cisnes y de plátanos, á quien nuestro poder había prometido una paz eterna, era perturbado, y desde lo alto del laberinto, por encima de los grandes cedros, por encima de los graneros de abundancia que Bonaparte no había tenido tiempo de concluir, y mas allá del lugar de la Bastilla y del torreón de Vincennes (lugares que referían nuestra sucesiva historia), la muchedumbre miraba los fuegos de la infantería en el combate de Belleville. Montmartre es tomado, y las balas de cañon llegaron hasta los *bulevares* del Temple. Algunas compañías de la guardia nacional salieron, y perdieron trescientos hombres alrededor del sepulcro de los mártires. Jamás brilló la Francia militar con mas vivo esplendor en medio de sus reveses: los últimos héroes fueron los ciento cincuenta jóvenes de la escuela politécnica, transformados en artilleros en los reductos del camino de Vincennes. Cercados de enemigos, rehusaban rendirse, y fue preciso arrancarlos de sus piezas: el granadero ruso los agarraba ennegrecidos de pólvora y cubiertos de heridas, y mientras que ellos se defendían con sus brazos, los rusos alzaban en el aire con gritos de victoria y de admiración estas tiernas palmas francesas que entregaban ensangrentadas á sus madres.

Durante este tiempo huía Cambaceres con María Luisa, el rey de Roma y la regencia. En las esquinas se leía esta proclama:

El rey José, lugarteniente general del emperador, comandante en jefe de la guardia nacional.

«Ciudadanos de París:

«El consejo de regencia ha provisto á la seguridad de la emperatriz y del rey de Roma: yo me quedo con vosotros. Armémonos para defender esta ciudad sus monumentos, sus riquezas, nuestras mujeres, nuestros hijos, todo lo que nos es querido. Que esta inmensa ciudad se convierta en un campamento por algunos instantes, y que el enemigo encuentre su vergüenza al pié de estos muros que espera atravesar en triunfo.»

Rostopschino no había pretendido defender á Moscú; lo incendió. José anunciaba que no abandonaría jamás á los parisienses, y huía en secreto, dejándolos su valor pegado en las esquinas de las calles.

Mr. de Talleyrand hacia parte de la regencia nombrada por Napoleon. Desde el dia en que el obispo de

Autun dejó de ser ministro de relaciones exteriores del imperio, solo había soñado una cosa, la desaparición de Bonaparte seguida de la regencia de María Luisa, regencia de que él, príncipe de Benevento, hubiera sido el jefe. Nombrándole Bonaparte miembro de una regencia provisional en 1814, parecía haber favorecido sus designios secretos. La muerte napoleónica no había sobrevenido, y solo quedó á Mr. de Talleyrand el recurso de arrastrarse á los piés del coloso que no podía derribar, y de sacar partido del momento en pro de sus intereses. La posición se presentaba difícil; permanecer en la capital era cosa indicada, pero si Bonaparte volvía, el príncipe separado de la regencia corría riesgo de ser fusilado; por otra parte, ¿cómo abandonar á París en el momento en que los aliados podían penetrar en él? ¿No sería esto renunciar al provecho del éxito, hacer traición á ese mañana de los acontecimientos para el cual estaba hecho Mr. de Talleyrand? Lejos de inclinarse hácia los Borbones, los temía á causa de sus diversas apostasias. Sin embargo, puesto que había una probabilidad cualquiera para ellos, Mr. de Vitrolles, con el asentimiento del prelado casado, se trasladó ocultamente al congreso de Chatillon como cuchicheo encubierto de la legitimidad. Tomada esta precaución, y á fin de salir del aprieto en París, el príncipe recurrió á uno de esos ardides en los cuales era maestro consumado.

Mr. Labone, que poco despues, en tiempo de Mr. Dupont de Nemours, fue secretario particular del gobierno provisional, fué á ver á Mr. de Laborde, agregado á la guardia nacional, y le reveló la marcha de Mr. de Talleyrand. —«Se dispone, le dijo, á seguir á la regencia, y tal vez os parezca necesario prenderlo, á fin de poder negociar con los aliados, si es necesario.» La comedia fue representada con la mayor perfección. Carganse con gran estrepito los cartujes del príncipe, y se pone en marcha el 30 de marzo á medio dia: al llegar á la barrera de *Enfer* le rechazan inexorablemente, á pesar de sus protestas. En caso de una vuelta milagrosa, allí estaban las pruebas atestigüando que el antiguo ministro había querido seguir á María Luisa, y que la fuerza armada le había cerrado el paso.

PROCLAMA DEL PRÍNCIPE GENERALISIMO SCHWARTZEMBERG.—DISCURSO DE ALEJANDRO.—CAPITULACION DE PARÍS.

Entre tanto, en presencia de los aliados, el conde Alejandro de Laborde y Mr. Tourton, oficiales superiores de la guardia nacional, habían sido enviados cerca del generalísimo príncipe de Schwartzemberg, el cual había sido uno de los generales de Bonaparte durante la campaña de Rusia. La proclama del generalísimo fue conocida en París en la tarde del 30 de marzo. «Hace veinte años, decía, la Europa está inundada de sangre y de lágrimas: las tentativas para poner un término á tantas desgracias han sido inútiles, porque existe en el principio mismo del gobierno que os oprime un obstáculo insuperable á la paz. Parisienses, ya conocéis la situación de vuestra patria; la conservación y la tranquilidad de vuestra ciudad serán el objeto de los cuidados de los aliados. Con estos sentimientos es como la Europa, armada ante vuestros muros, se dirige á vosotros.»

¡Qué magnífica confesion de la grandeza de la Francia! *La Europa, armada ante vuestros muros se dirige á vosotros*. Nosotros, que nada habíamos respetado, éramos respetados por aquellos cuyas ciudades habíamos saqueado y quienes á su vez se habían hecho los mas fuertes. Nosotros les parecíamos una nación sagrada; nuestras tierras les parecían una campaña de Elide, que, de parte de los dioses, ningún batallón podía hollar con su planta. Si, no obstante,

París hubiera creído deber hacer una resistencia de veinte y cuatro horas, los resultados habrían cambiado; pero nadie, excepto los soldados embriagados de fuego y de honor, quería ya á Bonaparte, y por el temor de conservarlo se apresuraron á abrir las barreras.

París capituló el 31 de marzo: la capitulación militar se firmó en nombre de los generales Mortier y Marmont, y por los coroneles Denis y Fabvier; la civil tuvo lugar en nombre de los alcaldes de París. El consejo municipal y departamental envió una diputación al cuartel general ruso para arreglar los diferentes artículos: mi compañero de destierro, Christian de Lamoignon, era del número de los mandatarios, á quien Alejandro dijo:

«Vuestro emperador, que era mi aliado, ha ido hasta el corazón de mis Estados, llevando consigo males, cuyas huellas durarán largo tiempo: una justa defensa me ha traído hasta aquí, aunque estoy lejos de querer devolver á la Francia los males que de ella he recibido. Soy justo, y sé que esto no ha sido culpa de los franceses. Los franceses son mis amigos, y quiero probarles que vengo á devolverles bien por mal. Napoleon es mi único enemigo. Yo prometo mi protección especial á la ciudad de París; protegeré y conservaré todos los establecimientos públicos; solo se alojarán en la ciudad tropas escogidas, y conservaré la guardia nacional que está formada de lo mejor de vuestros ciudadanos. A vosotros corresponde aseguraros vuestra dicha futura; es preciso daros un gobierno que procure el reposo y le procure á la Europa. A vosotros corresponde emitir vuestro voto, y siempre me encontrareis dispuesto á secundar vuestros esfuerzos.»

Palabras que fueron cumplidas puntualmente: cuales debían ser los sentimientos de Alejandro cuando distinguió las cúpulas de los edificios de esta ciudad, donde jamás había entrado el extranjero sino para admirarnos, para gozar de las maravillas de nuestra civilización y de nuestra inteligencia; de esta inviolable ciudad, defendida durante doce siglos por sus grandes hombres; de esta capital de la gloria, que aun parecía proteger con su sombra Luis XIV!

ENTRADA DE LOS ALIADOS EN PARÍS.—BONAPARTE EN FONTAINEBLEAU.

Dios había pronunciado una de esas palabras que de cuando en cuando interrumpen el silencio de la eternidad. Entonces, en medio de la generación presente, se levantó el martillo que dió la hora que París solo había oído sonar una vez. El 25 de diciembre de 496, Reims anunció el bautismo de Clovis, y las puertas de Lutecia se abrieron á los francos; el 30 de marzo de 1814, despues del bautismo de sangre de Luis XVI, el viejo martillo que permanecía inmóvil, se levantó de nuevo sobre la campana de la antigua monarquía: un segundo golpe resonó, y los tártaros penetraron en París. En el intervalo de mil trescientos diez y ocho años, el extranjero había insultado las murallas de la capital de nuestro imperio, sin poder nunca penetrar en ella, excepto cuando se introdujo llamado por nuestras propias divisiones. Los normandos sitiaron la ciudad de los *Parisii*, y estos se apoderaron de los gavilanes que llevaban en el puño: Eudes, hijo de Paris, y rey futuro, *rea futurus*, dice Abdon, rechazó á los piratas del Norte: los *parisienses* sollaron sus águilas en 1814, y los aliados entraron en el Louvre.

Bonaparte había hecho injustamente la guerra á Alejandro su admirador, que imploraba la paz de rodillas: Bonaparte había ordenado la carnicería del Moskowa, obligado á los rusos á que ellos mismos

incendiasen á Moscou, habia despojado á Berlin, humillado á su rey é insultado á su reina. ¿Qué represalias, pues, debiamos esperar? Vais á verlo.

Yo habia errado en las Floridas en rededor de momentos desconocidos, en otro tiempo devastado por conquistadores, de los que hoy no queda huella alguna: pero estaba reservado para ver el espectáculo de las hordas caucásicas acampadas en el patio del Louvre. En estos sucesos de la historia, que segun Montaigne son testigos de nuestro mérito y capacidad, mi lengua se pega al paladar.

Adhæret lingua mea faucibus meis.

El ejército de los aliados entró en Paris el 31 de marzo de 1814 á medio día, y diez antes del aniversario de la muerte del duque de Enghien, 21 de marzo de 1804. ¿Valia la pena para Bonaparte haber cometido una accion de tan larga memoria, por un reinado que debia durar tan poco? El emperador de Rusia y el rey de Prusia estaban á la cabeza de sus tropas: yo los ví desfilár en los bulevares. Estupe-



MURAT.

actó y anonadado en mí mismo, como si me arrancasen mi nombre de francés para sustituirle el número por el cual debia ser conocido de allí en adelante en las minas de la Siberia, sentia al mismo tiempo crecer mi exasperacion contra el hombre cuya gloria nos habia reducido á esta vergüenza.

Sin embargo, esta primera invasion de los aliados no tiene ejemplo en los anales del mundo: el orden, la paz y la moderacion reinaron en todas partes; las tiendas se volvieron á abrir, y los soldados rusos de la guardia, de seis piés de estatura, eran seguidos por las calles por pilletes franceses que se burlaban de ellos como si fueran figurones y máscaras de carnaval. Los vencidos podian ser tomados por vencedores, y estos temblando de sus triunfos, tenian el aire

de pedir una excusa. La guardia nacional ocupaba solo lo interior de Paris, á excepcion de los edificios en que se alojaban los reyes y principes extranjeros. El 31 de marzo de 1814 ocupaban la Francia ejércitos numerosos, y algunos meses despues todas estas tropas volvieron á pasar las fronteras, sin disparar un tiro, sin derramar una gota de sangre desde la entrada de los Borbones. La antigua Francia se encuentra ensanchada en algunas de sus fronteras; diviéndose con ella los navios y los almacenes de Angers, y se le devuelven trescientos mil prisioneros dispersos en los países donde los habia dejado la derrota ó la victoria. Despues de veinte y cinco años de combates, cesa el rumor de las armas de un extremo á otro de Europa. Alejandro se marcha, dejándonos

las obras maestras conquistadas y la libertad depositada en la carta, libertad que debimos tanto á sus luces como á su influencia. Gefe de las dos autoridades supremas, doblemente autócrata por la espada y por la religion, solo él, de todos los soberanos de Europa, habia comprendido que en la edad de civilizacion á que la Francia habia llegado no podia ser ya gobernada sino en virtud de una constitucion libre.

En nuestra enemistad natural con los extranjeros, hemos confundido la invasion de 1814 y la de 1815, que de ningun modo se parecen.

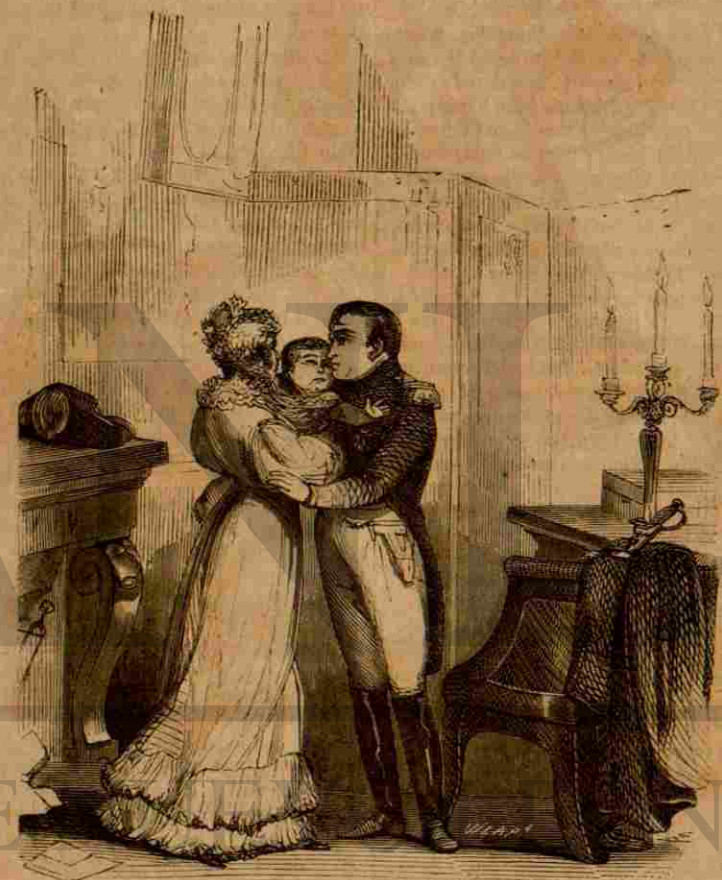
Alejandro no se consideraba como un instrumento de la Providencia, ni se atribuia nada. Complimentándole Mad. Stael sobre la felicidad que sus súbditos privados de una constitucion, tenian de ser gober-

nados por él, dió esta conocida respuesta:—«Yo no soy mas que un accidente feliz.»

Atestiguándole un jóven en las calles de Paris su admiracion por la afabilidad con que habia acogido á los mas insignificantes ciudadanos, le replicó:—«Pues qué, ¿los soberanos no están hechos para eso?» El emperador no quiso habitar el palacio de las Tullerías, recordando que Bonaparte lo habia hecho en los palacios de Viena, de Berlin y de Moscou.

Mirando la estatua de Napoleon sobre la columna de la plaza Vendome, dijo:—«Si yo estuviese tan alto, temeria se me desvaneciera la cabeza.»

Cuando recorria el palacio de las Tullerías, le enseñaron el salon de la Paz, y dijo riendo:—«Y de qué servia este salon á Bonaparte?»



NAPOLEON SE DESPIDE DE SU FAMILIA.

El día de la entrada de Luis XVIII en Paris se ocultó Alejandro detrás de una ventana, sin ninguna señal de distincion, para ver pasar la comitiva.

Algunas veces tenia maneras elegantemente afectuosas. Visitando una casa de locos preguntó á una mujer si era considerable el número de las *locas por amor*:—«Hasta el presente no lo es, respondió ella: pero es de temer que aumente, á contar desde el momento de la entrada de V. M. en Paris.»

Un gran dignatario de Napoleon decia al czar:—«Hace mucho tiempo, señor, que vuestra llegada era

esperada y deseada aqui.—Yo hubiera venido mas pronto, respondió; y no acuseis de mi tardanza sino al valor francés.» Es cierto que al pasar el Rhin habia sentido no poderse retirar en paz al seno de su familia.

En el cuartel de los Inválidos encontró los soldados mutilados que le habian vencido en Austerlitz, y que estaban silenciosos y mudos: no se oia mas que el ruido de sus piernas de palo en sus patios desiertos y en su iglesia desnuda; Alejandro se enterneció, y mandó que les llevasen doce cañones rusos.

Propusieronle cambiar el nombre del puente de Austerlitz: «No, dijo: basta que yo haya pasado sobre ese puente con mi ejército.»

Alejandro tenía algo de tranquilo y de triste; paseábase en París á caballo ó á pié, sin séquito y sin afectación. Tenía el aire sorprendido de su triunfo, y sus miradas, casi enternecidas, erraban sobre una población á quien parecía considerar como superior á él: hubiérase dicho que él se consideraba un bárbaro en medio de nosotros, como un romano se sentía lleno de vergüenza en Atenas. Tal vez pensaba también en que aquellos franceses habían aparecido en su capital incendiada, y que á su vez sus soldados eran dueños de ese París donde hubiera podido encontrar algunas de las antorchas por quienes Moscú fue libertada y consumida á un tiempo. Este destino, esta fortuna vacilante, esta miseria común de los pueblos y de los reyes, debían herir profundamente un espíritu tan religioso como el suyo.

BONAPARTE EN FONTAINEBLEAU.—LA REGENCIA EN BLOIS.

¿Qué hacía el vencedor de Borodino? Tan pronto como supo la resolución de Alejandro, envió al mayor de artillería, Maillard de Lescourt, la orden de hacer volar el puente de Grenelle. Rostopschino había puesto fuego á Moscú, pero antes había hecho salir á los habitantes. De Fontainebleau, adonde había vuelto Napoleón, avanzó hasta Villejuif, y desde aquí derramó una mirada sobre París: soldados extranjeros custodiaban las puertas, y el conquistador se acordaba de los días en que sus granaderos vigilaban sobre las murallas de Berlín, de Moscú y de Viena.

Los sucesos destruyen los sucesos. La regencia se había retirado á Blois, y Bonaparte ordenado que la emperatriz y el rey de Roma saliesen de París, queriendo mejor, decía, verlos en el fondo del Sena, que reconducidos á Viena en triunfo; pero al mismo tiempo había intimado á José que permaneciera en la capital. La retirada de su hermano le enfureció, y acusó al rey de España de haberlo perdido todo. Los ministros, los miembros de la regencia, los hermanos de Napoleón, su mujer y su hijo, llegaron mezclados á Blois, donde estaban las carrozas del rey que fueron arrastradas por los lodos de la Beauce á Chambord, único pedazo de la Francia dejado al heredero de Luis XIV. Algunos ministros pasaron mas allá, y fueron á ocultarse en Bretaña, mientras que Cambáceres se hacía llevar en una silla de manos por las pendientes calles de Blois. Corrían diversos rumores; hablábase de dos partidos y de una requisición general, y durante muchos días se ignoró lo que pasaba en París, hasta que cesó la incertidumbre con la llegada de un trágico, cuyo pasaporte tenía la firma de Sacken. Pronto llegó á la posada de la *Galere* el general ruso, Schourwaloff, que repentinamente fue sitiado por los grandes, solícitos en obtener de él un pase para salvarse por donde pudieran. Sin embargo, antes de salir de Blois, cada uno se hizo pagar de los fondos de la regencia sus gastos de viaje y los atrasos de sus sueldos: en una mano tenían el pasaporte, en la otra el dinero, y al mismo tiempo tenían cuidado de enviar su adhesión al gobierno provisional. El príncipe Esterhazy vino en busca de María Luisa y de su hijo de parte de Francisco II, y José y Gerónimo se retiraron á Suiza, después de haber querido inútilmente forzar á la emperatriz á que siguiese su suerte; pero María Luisa se apresuró á unirse con su padre. Medianamente adicta á Bonaparte, encontró el medio de consolarse, y se felicitó de verse libre de la doble tiranía del esposo y del amo. Cuando Bonaparte devolvió el año siguiente esta confusión de fuga á los Borbones, estos, apenas arrancados á sus tribulaciones, no habían tenido catorce años de una prosperidad inaudita para acostumbrarse á las comodidades del trono.

PUBLICACION DE MI FOLLETO DE BONAPARTE Y DE LOS BORBONES.

Entre tanto Napoleón no estaba todavía destronado; mas de cuarenta mil de los mejores soldados de la tierra estaban enredados suyo; podía retirarse detrás del Loira; los ejércitos franceses que llegaban de España zumbaban en el Mediodía; la ardiente población militar podía aun derramar sus lavas, y hasta entre los mismos gefes extranjeros se trataba aun de Napoleón ó de su hijo para reinar en Francia. Por espacio de dos días vaciló Alejandro. Como ya he dicho, monsieur de Talleyrand se inclinaba secretamente á la política que tendía á coronar al rey de Roma, porque temía á los Borbones; y si entonces no entraba completamente en el plan de la regencia de María Luisa, era porque, no habiendo muerto Napoleón, temía, como príncipe de Benevento que era, no poder ser el amo durante una minoría amenazada por la existencia de un hombre inquieto, emprendedor, y aun en la fuerza de la edad.

En estos días críticos fue cuando lancé mi folleto *De Bonaparte y de los Borbones*, para hacer inclinar la balanza: sabido es el efecto que produjo. Yo me lancé á cuerpo descubierto en el combate para servir de escudo á la libertad renaciente contra la tiranía aun en pié, y cuya desesperación triplicaba sus fuerzas. Yo hablaba en nombre de la legitimidad, á fin de añadir á mis palabras la autoridad de los negocios positivos, y enseñé á la Francia lo que era la antigua familia real: dije cuántos miembros existían de esta familia y cuáles eran sus nombres y su carácter; pero todo era como si hubiese hecho la enumeración de los hijos del emperador de la China, pues tanto habían invadido lo presente la república y el imperio, y relegado los Borbones á lo pasado. Ya he dicho muchas veces que Luis XVIII declaró que mi folleto le había servido de mas que un ejército de cien mil hombres, y hubiera podido añadir que fue también para él un certificado de vida. Yo contribuía á darle por segunda vez la corona por la feliz terminación de la guerra de España.

Desde el principio de mi carrera política me hice popular entre la multitud; pero desde entonces perdí también mi fortuna cerca de los hombres poderosos. Todo el que había sido esclavo de Bonaparte me aborrecía, y por otro lado era sospechoso á todos los que querían poner á la Francia en vasallaje. En el primer momento solo tuve en favor mio, entre los soberanos, al mismo Bonaparte que leyó mi folleto en Fontainebleau. Habíasele llevado el duque de Bassano, y lo discutí con imparcialidad, diciendo:—«¡Esto es justo, esto no es justo; ningun cargo tengo que hacer á Chateaubriand, que me ha resistido durante mi poder, pero esos canallas de...!» y los nombraba.

Mi admiración por Bonaparte siempre ha sido grande y sincera, aun cuando le atacaba con la mayor viveza.

La posteridad no es tan equitativa en sus decisiones como se dice, pues hay pasiones y errores de distancia, como hay pasiones y errores de proximidad. Cuando la posteridad admira sin restricción, se escandaliza de que los contemporáneos del hombre admirado no tuviesen de él la idea que ella tiene. Esto se explica sin embargo: las cosas que chocan en ese personaje han pasado; sus debilidades han muerto con él, y solo ha quedado de lo que fue, su vida imperecedera; pero el mal que causó no es por eso menos real; mal en sí mismo y en su esencia, mal sobre todo para aquellos que lo han soportado.

La moda del día es engrandecer las victorias de Bonaparte: los pacientes han desaparecido y no se oyen ya las imprecaciones y los gritos de dolor y de angustia de las víctimas: ya no se ve la Francia agotada labrando su suelo por medio de sus mujeres; ya no se

ven los habitantes de las aldeas heridos solidariamente con penas aplicables á un refractario; ya no se ven esos bandos de conscripciones pegados en las esquinas de las calles, ni los transeuntes agrupados delante de estas inmensas sentencias de muerte, buscando consternados en ellas los nombres de sus hijos, de sus hermanos, de sus amigos, de sus vecinos; olvidase que todo el mundo se lamentaba de los triunfos; olvidase que la menor alusión contra Bonaparte en las piezas dramáticas que se escapaban á los censores era acogida con trasporte; olvidase que el pueblo, la corte, los generales, los ministros estaban cansados de su opresión y de sus conquisistas, cansados de esa partida siempre ganada y jugada siempre, de esa existencia puesta en el tormento todos los días por la imposibilidad del descanso.

La realidad de nuestros padecimientos se demuestra por la catástrofe misma; ¿si la Francia hubiera sido fanática por Bonaparte, le hubiera abandonado dos veces brusca y completamente sin tentar el último esfuerzo por conservarlo? Si la Francia lo debía todo á Bonaparte, gloria, libertad, orden, prosperidad, industria, comercio, manufacturas, monumentos, literatura, bellas artes; si, antes de él, la nación nada había hecho ella misma; si la república, desprovista de genio y de valor, no había defendido ni ensanchado el suelo, la Francia ha sido muy ingrata y cobarde dejando caer á Napoleón en manos de sus enemigos, ó al menos no protestando contra el cautiverio de semejante bienhechor.

Este cargo, que se tendría derecho para hacernos, no se nos hace sin embargo. ¿Y por qué? Porque es evidente que en el momento de su caída, la Francia no ha pretendido defender á Napoleón, pues, al contrario, lo ha abandonado voluntariamente: en medio de nuestros amargos disgustos ya no reconocíamos en él mas que al autor de nuestras miserias. Los aliados no nos han vencido; nosotros hemos sido los que, eligiendo entre dos azotes, hemos renunciado á derramar nuestra sangre, que ya no corría por nuestras libertades.

Sin duda que la república había sido muy cruel; pero todos esperaban que pasaría, y que tarde ó temprano recobraríamos nuestros derechos, conservando las conquistas preservadoras que nos había dado sobre los Alpes y sobre el Rhin. Todas las victorias que conseguía eran ganadas en nuestro nombre: con ella solo se trataba de la Francia; siempre era la Francia quien había triunfado y vencido; nuestros soldados los que lo habían hecho todo, y para los cuales se instituían fiestas triunfales ó fúnebres, y los generales (que los había muy grandes) obtenían una plaza honorosa, pero modesta, en los recuerdos públicos: tales fueron Marceau, Moreau, Hoche y Joubert, los dos primeros destinados á ocupar el lugar de Bonaparte, que, naciente á la gloria, pasó repentinamente sobre el general Hoche, é ilustró con su envidia á este guerrero pacificador, muerto de pronto después de sus triunfos de Altenkirken, de Neuwied y de Kleinfister.

Bajo el imperio desaparecimos; ya no se trató mas de nosotros, y todo correspondía á Bonaparte: *He ordenado, he vencido, he hablado: mis águilas, mi corona, mi sangre, mi familia, mis súbditos.*

¿Qué sucedió, sin embargo, en estas dos posiciones á la vez semejantes y opuestas? Nosotros no abandonamos la república en sus reveses; ella nos mataba, pero nos honraba; nosotros no teníamos la vergüenza de ser la propiedad de un hombre, y gracias á nuestros esfuerzos, la Francia no fue invadida; derrotados los rusos mas allá de los montes, vinieron á espiar en Zurich.

En cuanto á Bonaparte, á pesar de sus enormes adquisiciones, ha sucumbido, no porque fuera vencido, sino porque la Francia no lo quería ya. ¡Gran

lección, que nos haga recordar para siempre que hay causa de muerte en todo lo que hiere la dignidad del hombre!

Los ánimos independientes de todo matiz y de toda opinión usaban de un lenguaje uniforme en la época de la publicación de mi folleto. Lafayette, Camille Jordan, Ducis, Lemerrier, Lanjuinais, Mad. de Staël, Chenier, Benjamin Constant, Lebrun, pensaban y escribían como yo. Lanjuinais decía: «Nosotros hemos ido á buscar un señor entre hombres á quienes los romanos no querían por esclavos.»

Chenier no trataba con mas favor á Bonaparte. «Un corso ha devorado el patrimonio de los franceses, la flor de sus héroes ha sido truncada en el campo de batalla, mártires arrastrados al cadalso por el amor de la gloria, y que han caído sustentando otra esperanza. Demasiada sangre, demasiadas lágrimas de las que un solo hombre debe ser responsable han inundado la Francia.

También yo excesivamente crédulo he celebrado largo tiempo sus conquistas en el Foro, en el Senado, en nuestras diversiones y en nuestras solemnidades.

Mas cuando á manera de un prófugo que vuelve á sus hogares, trocó sus laureles por el imperio, no adulé su brillante *infamia*; mi voz tronó siempre contra la opresión, y mientras que el *tirano* veía á sus piés una nube de aduladores que le vendían los intereses de la nación juntamente con sus versos llenos de lisonjas, no pudo menos de echar de ver mi ausencia porque yo he cantado la gloria, pero no la tiranía.»

(Promenade 1805.)

Mad. de Staël hace un juicio no menos riguroso de Napoleón:

«¿No sería una gran lección para la especie humana, si estos directores (los cinco miembros del directorio), hombres muy poco guerreros, se levantasen del polvo y pidiesen cuenta á Napoleón de las fronteras del Rhin y de los Alpes, conquistadas por la república; cuenta de los extranjeros llegados dos veces á París; cuenta de los tres millones de franceses que han perecido desde Cádiz hasta Moscú; cuenta, sobre todo, de esa simpatía que las naciones experimentaban por la causa de la libertad en Francia, y que ahora se ha cambiado en aversión inveterada.»

(Consideraciones sobre la revolución francesa.)

Escuchemos á Benjamin Constant:

«El que, hacia doce años, se proclamaba destinado á conquistar el mundo, ha terminado con todas sus pretensiones... Aun antes de que su territorio fuese invadido, es acometido de una turbación que no puede disimular. Apenas tocan sus límites, tira lejos todas sus conquistas; exige la abdicación de uno de sus hermanos; consagra la expulsión de otro, y, sin que se lo pidan, declara que renuncia á todo.

»En tanto que los reyes, aun vencidos, no abjuran de su dignidad, ¿por qué el vencedor de la tierra cede al primer fracaso? Los gritos de su familia, nos dice, desgarran su corazón. ¿No eran también de esa familia los que perecían en Rusia en la triple agonía de las heridas, del frío y del hambre? Pero mientras que ellos espiraban abandonados por su jefe, este jefe se creía en seguridad, y ahora el peligro de que participa le da una sensibilidad súbita.

»El miedo es un mal consejero: allí, sobre todo, donde no hay conciencia; en la adversidad como en la dicha, no hay mas medida que la moral. Donde la moral no gobierna, la dicha se pierde por la clemencia, y la adversidad por el envilecimiento.

¿Qué efecto debe producir en una nación valerosa

ese ciego terror, esa pusilanimidad repentina, sin ejemplo, aun en medio de nuestras borrascas? El orgullo nacional encontraba (y era un mal) una especie de indemnización en no ser oprimido sino por un jefe invencible. ¿Qué resta hoy día? Nada de prestigio ni de triunfos; un imperio mutilado; la execración del mundo; un trono cuyas pompas son ajadas; sus trofeos derribados, y que por toda comitiva solo tiene las sombras errantes del duque de Enghien, de Pichegru y de tantos otros como fueron degollados para fundarlo.»

(Del espíritu de conquista.)

¿He ido yo tan lejos como esto en mi escrito *De Bonaparte y de los Borbones*? Las proclamas de las autoridades en 1814, que voy á reproducir, ¿no han repetido, afirmado y confirmado estas opiniones diversas? Que las autoridades que se expresan de esta suerte hayan sido cobardes y degradadas por su primera adulación, ninguna fuerza quita esto á sus argumentos.

Yo podría multiplicar las citas; pero solo recordaré dos, á causa de la opinión de dos hombres: Beranger, este constante y admirable admirador de Bonaparte, no cree deber excusarse á sí propio: «Mi admiración entusiasta y constante por el genio del emperador, jamás me cegó sobre el despotismo siempre creciente del imperio.» Pablo Luis Courier, hablando del advenimiento de Napoleón al trono, dice: «¿Qué significa, dime... un hombre como él, Bonaparte, soldado, el primer capitán del mundo, querer que le llamen *majestad*? ¡Ser Bonaparte y hacerse señor! Aspira á descender; pero no: cree subir igualándose á los reyes: él ama más un título que un nombre. ¡Pobre hombre! Sus ideas son inferiores á su fortuna. César lo entendía mucho mejor, y no tomó títulos gastados; pero hizo de su nombre un título superior al de los reyes.» Los talentos vivos han tomado el camino de la misma independencia: Mr. de Lamartine en la tribuna, Mr. de Latouche en el retiro, y en dos ó tres de sus más bellas odas Mr. Victor Hugo ha repetido estos nobles acentos:

En la oscuridad de los atentados, en el brillo de las victorias, ese hombre que desconocía al Dios que lo había enviado, etc.

El juicio europeo participaba también de la misma severidad. Entre los ingleses solo citaré el sentimiento de los hombres de oposición, los cuales acomodaban y justificaban todo lo de nuestra revolución. Leed á Mackintosh en su defensa de Pelletier: Sheridan, con motivo de la paz de Amiens, decía al parlamento: «Cualquiera que llegue á Inglaterra, saliendo de Francia, cree escapar de un torreón para respirar el aire y la vida de la independencia.»

Lord Byron, en su oda á Napoleón, le trata de la manera más indigna:

¡Tis donc-but yesterday á King!
And arm'd With Kings to Strive,
And now thou art a namless thing
So abject-yet alive.

«Se acabó ¡ayer eras rey y tenias armas para combatir á los reyes! Y hoy eres una cosa sin nombre, tan despreciable! sin embargo aun vives.»

La oda entera es por este estilo: cada estrofa vence á la otra, lo cual no ha impedido á lord Byron celebrar la tumba de Santa Elena. Los poetas son pájaros: todo ruido les hace cantar.

Cuando las más escogidas inteligencias se encuentran de acuerdo en un juicio, ninguna admiración ficticia ó sincera, ningún arreglo de hechos ni sistema imaginario podrían invalidar la sentencia. ¡Qué! ¿Se podría, como lo hizo Napoleón, sustituir su voluntad á las leyes, perseguir toda vida independiente, regocijarse en deshonorar los caracteres, en perturbar las

existencias, en violentar las costumbres particulares, tanto como las libertades públicas; y las oposiciones generosas que se alzaron contra estas enormidades serian declaradas calumniosas y blasfemas? ¿Quién querría defender la causa del débil contra el fuerte, si el valor, expuesto á la venganza de las veleidades de lo presente, debiera aun esperar la befa de las cobardías del porvenir?

Esta minoría ilustre, formada en parte de los hijos de las Musas, se hizo gradualmente la mayoría nacional: al fin del imperio, todo el mundo detestaba el despotismo imperial. Un cargo grave se unirá siempre á la memoria de Bonaparte: hizo tan pesado su yugo que el sentimiento hostil contra el extranjero se debilitó, y una invasión, deplorable hoy en recuerdos, tuvo, en el momento de consumarse, cierto carácter de regeneración libre; esta es la misma opinión republicana, enunciada por mi desgraciado y valiente amigo Carrel. «La vuelta de los Borbones, había dicho á su vez Carnot, produjo en Francia un entusiasmo universal; fueron acogidos con una efusión inexplicable, y los antiguos republicanos participaron sinceramente de la alegría comun. Napoleón los había oprimido particularmente tanto, y de tal modo habían sufrido todas las clases de la sociedad, que no se encontraba nadie que no estuviese realmente en la embriaguez.»

Solo falta á la sancion de estas opiniones una autoridad que las confirme: Bonaparte se ha encargado de certificar su verdad. Despidiéndose de sus soldados en el patio de Fontainebleau, confiesa en voz alta que la Francia le rechaza: «La Francia misma, dice, ha querido otros destinos.» Confesion inesperada y memorable, cuyo peso nada puede disminuir, ni nada amenguar su valor.

Dios en su paciente eternidad, manifiesta tarde ó temprano la justicia; en los momentos del sueño aparente del cielo, siempre será hermoso que vele la reprobación de un hombre honrado, y que permanezca como un freno absoluto poder. La Francia no renegará de las almas nobles que reclamaron contra su servidumbre, cuando todo estaba prosternado, cuando había tantas ventajas en estarlo, tantas mercedes que recibir por adulaciones, tantas persecuciones que recoger por sinceridades. ¡Honor, pues, á los Lafayette, á los Stael, á los Benjamin Constant, á los Ducis, á los Lemercier, á los Lanjuinais y á los Chenier, que en pie en medio de la multitud rastrera de los pueblos y de los reyes, osaron despreciar la victoria y protestar contra la tiranía!

Revisado en 22 de febrero de 1846.

DECRETO DE DESTITUCION DADO POR EL SENADO.

El 22 de abril, los senadores, á quienes solo se debe un artículo de la Carta de 1814, el innoble artículo que les conserva sus pensiones, decretaron la destitución de Bonaparte. Si este decreto libertador para la Francia, infame para los que lo dieron, hace una afrenta á la especie humana, al mismo tiempo enseña á la posteridad el precio de las grandezas y de la fortuna, cuando estas han desdenado asentarse sobre las bases de la moral, de la justicia y de la libertad.

Decreto del Senado conservador.

«El senado conservador, considerando que en una monarquía constitucional solo existe el monarca en virtud de la constitución ó del pacto social;

«Que Napoleón Bonaparte, durante algun tiempo de un gobierno firme y prudente, había dado á la nación motivos para contar para el porvenir con actos de sabiduría y de justicia; pero que en seguida ha desgarrado el pacto que le unia al pueblo francés, espe-

cialmente levantando impuestos, estableciendo contribuciones fuera de la ley, contra el tenor expreso del juramento que había prestado á su advenimiento al trono, conforme al artículo 53 de las constituciones de 28 de floreal, año xii;

«Que ha cometido este atentado á los derechos del pueblo en el momento en que acababa de aplazar sin necesidad el cuerpo legislativo, y de hacer suprimir, como criminal, un dictámen de este cuerpo, al cual disputaba su título y su derecho á la representación nacional;

«Que ha emprendido una serie de guerras en contravención al artículo 50 del acta de las constituciones del año viii, que manda que la declaración de guerra sea propuesta, discutida, decretada y promulgada como ley;

«Que inconstitucionalmente ha dado muchos decretos con pena de muerte, especialmente los dos de 5 de marzo último, tendiendo á hacer considerar como nacional una guerra que solo estaba en el interés de su ambición desmesurada;

«Que ha violado las leyes constitucionales por sus decretos sobre los prisioneros de estado;

«Que ha anonadado la responsabilidad de los ministros, confundido todos los poderes y destruido la independencia de los cuerpos judiciales;

«Considerando que la libertad de la prensa, establecida y consagrada como uno de los derechos de la nación, ha sido constantemente sometida á la censura arbitraria de su policía, y que al mismo tiempo siempre se ha valido de la prensa para llenar la Francia y la Europa de máximas falsas, de doctrinas favorables al despotismo y de ultrajes contra los gobiernos extranjeros;

«Que actas y dictámenes aprobados por el senado han sufrido alteraciones en la publicación que de ellos se ha hecho;

«Considerando que en vez de reinar con la sola mira del interés, de la felicidad y de la gloria del pueblo francés, segun los términos de su juramento, Napoleón ha puesto el colmo á las desdichas de la patria por su negativa á tratar con condiciones que el interés nacional obligaba á aceptar y que no comprometian el honor francés; por el abuso que ha hecho de todos los medios que se le confiaron en hombres y en dinero; por el abandono de los heridos, sin socorros ni subsistencias; por diferentes medidas, cuyas consecuencias eran la ruina de las ciudades, la despoblación de los campos, el hambre y las enfermedades contagiosas;

«Considerando que por todas estas causas el gobierno imperial establecido por el senado-consulta de 28 floreal, año xii, ó 18 de mayo de 1804, ha dejado de existir, y que el voto manifiesto de todos los franceses llama un orden de cosas cuyo primer resultado sea el restablecimiento de la paz general, y también la época de una reconciliación solemne entre todos los estados de la gran familia europea, el Senado declara y decreta lo que sigue: *Napoleón queda destituido del trono; el derecho hereditario, abolido en su familia; y el pueblo francés y el ejército, libres de su juramento de fidelidad hacia él.*»

El Senado romano fue menos duro cuando declaró á Nerón enemigo público: la historia no es más que una repetición de los mismos hechos aplicados á hombres y á tiempos diversos.

¿Podrá representarse al emperador leyendo el documento oficial en Fontainebleau? ¿Qué debía pensar de lo que había hecho y de los hombres que había llamado á la complicidad de su opresión á nuestras libertades? Cuando yo publicaba mi folleto de *Bonaparte y de los Borbones*, ¿podía esperarme verlo amplificado y convertido en decreto de destitución por el Senado? ¿Qué impidió á estos legisladores en los días de la prosperidad descubrir los males de que

acusaban como autor á Bonaparte, de apercibirse de que la constitución había sido violada? ¿Qué celo acometía de repente á estos mudos para la libertad de la prensa? Los que habían colmado de adulaciones á Napoleón á la vuelta de cada una de sus guerras, ¿cómo encontraban ahora que solo las había emprendido en interés de su ambición desmesurada? Los que le habían echado tantos conscritos que devorar, ¿cómo se enternecían de repente por los soldados heridos, abandonados, sin socorros y sin subsistencias? Hay tiempos en que no debe dispensarse el desprecio sino con economía, á causa del gran número de necesitados; y tengo lástima de estos, porque aun tendrán necesidad de aquel durante y después de los Cien días.

Cuando pregunto lo que pensaba Napoleón en Fontainebleau de los actos del Senado, su respuesta estaba ya dada: la órden del día 14 de abril de 1814, no publicada oficialmente, sino en diversos periódicos, daba gracias al ejército por su fidelidad, añadiendo:

«El Senado se ha permitido disponer del gobierno francés; ha olvidado que debe al emperador el poder de que abusa ahora; que él es quien ha salvado una parte de sus miembros de la tormenta de la revolución, y sacado de la oscuridad y protegido á la otra contra el odio de la nación. El Senado se funda en los artículos de la constitución para destruirla, y no se ruboriza de hacer cargos al emperador sin notar que, como primer cuerpo del estado, ha tomado parte en todos los sucesos. El Senado no se ruboriza de hablar de libelos publicados contra los gobiernos extranjeros olvidando que fueron redactados en su seno. Tan largo tiempo como la fortuna se ha mostrado fiel á su soberano, estos hombres han permanecido fieles, y ninguna queja ha sido oída sobre los abusos del poder. Si el emperador hubiera despreciado á los hombres, como le han echado en cara, hoy conocería el mundo que había tenido razones que motivaban su desprecio.»

Este es un homenaje rendido por Bonaparte mismo á la libertad de la prensa: algo de bueno debió creer que tenía, cuando ella le proporcionaba el último refugio y el último socorro.

Y yo, que me defendí contra el tiempo; yo, que pretendo hacerle dar cuenta de lo que ha visto; yo, que escribo esto, tan lejos de los sucesos pasados, bajo el reinado de Felipe, heredero contrahecho de tan grande herencia, ¿qué soy yo entre las manos de ese tiempo, gran devorador de los siglos que creía detenedos, de ese tiempo que me hace dar vueltas con él en el espacio?

PALACIO DE LA CALLE DE SAINT-FLORENTIN.—MR. TALLEBRAND.

Alejandro se había apeado en casa de Mr. de Talleyrand. Yo no asistí á los conciliabulos que pueden leerse en las relaciones del abate de Pradt y de otros que manejaban con sus asquerosas y pequeñas manos la suerte de uno de los más grandes hombres de la historia, y el destino del mundo. Yo no figuraba para nada en la política exterior á las masas, y no había intrigante subalterno que no tuviese en las antecámaras más derechos y más favor que yo; hombre futuro de la restauración posible, yo esperaba en la calle al pie de las ventanas.

Por las maquinaciones del palacio de la calle de Saint Florentin, el Senado conservador nombró un gobierno provisional compuesto del general Bournonville, del senador Jaucourt, del duque de Dalberg, del abate de Montesquieu y de Dupont de Nemours: el príncipe de Benéviento se apoderó de la presidencia.

Encontrando este nombre por la vez primera, yo debía hablar del personaje que tomó en los negocios

de entonces una parte tan notable; pero reservo su retrato para el fin de mis *Memorias*.

La intriga que retuvo á Mr. de Talleyrand en París cuando la entrada de los aliados, fue la causa de su prosperidad al principio de la restauracion. El emperador de Rusia lo conocia por haberlo visto en Tilsit. En la ausencia de las autoridades francesas Alejandro bajó al palacio del Infantado, que el conserje se apresuró á ofrecerle.

Desde entonces pasó Mr. de Talleyrand por el árbitro del mundo, y sus salones se hicieron el centro de las negociaciones. Componiendo el gobierno provisional á su gusto, colocó en él á los *partners* de su *wish*: el abate de Mostesquieu figuró en él únicamente como el reclamo de la legitimidad.

Las primeras obras de la restauracion fueron confiadas á la infecundidad del obispo de Autun, que comunicó á aquella un germen de esterilidad y de muerte.

MENSAJES DEL GOBIERNO PROVISIONAL. — CONSTITUCION PROPUESTA POR EL SENADO.

Los primeros actos del gobierno provisional, colocado bajo la dictadura de su presidente, fueron proclamas dirigidas á los soldados y al pueblo.

«Soldados, decian á los primeros; la Francia acaba de romper el yugo bajo el cual gimió con vosotros tantos años. Mirad todo lo que habeis sufrido de la tiranía. Soldados, ya es tiempo de acabar con los males de la patria. Vosotros sois sus mas nobles hijos, y no podeis pertenecer á aquel que la destruye, que ha querido hacer vuestro nombre odioso á todas las naciones, y que tal vez habria comprometido vuestra gloria si un hombre que *ni aun es francés*, pudiese debilitar jamás el honor de vuestras armas y la generosidad de nuestros soldados.»

«Así, á los ojos de sus serviles esclavos, el que consiguió tantas victorias, no es *ya ni aun francés*! Cuando en tiempo de la Liga rindió Du Bourg la Bastilla á Enrique IV, rehusó despojarse de la banda negra y tomar el dinero que le ofrecian por la rendición de la plaza. Obligado á reconocer al rey, respondió:—«Que sin duda era un príncipe muy bueno, pero que él habia dado su fe á Mr. de Mayenne; que, por lo demás, Brisac era un traidor á quien combatiría entre cuatro picas, en presencia del rey, y le comería el corazón.» ¡Diferencia de tiempos y de hombres!

El 4 de abril apareció una nueva proclama del gobierno al pueblo francés:

«Al salir de vuestras discordias civiles, decia, elegisteis por jefe á un hombre que aparecia en la escena del mundo con los caracteres de la grandeza. Sobre las ruinas de la anarquía no ha fundado mas que el despotismo, cuando al menos *por agradecimiento debia hacerse francés con nosotros; pero jamás lo ha sido*. No ha cesado de emprender sin objeto y sin motivo guerras injustas, como aventurero que quiere ser famoso. Tal vez sueña aun en planes gigantescos, aun cuando reveses inauditos castiguen con tanto estrépito el orgullo y el abuso de la victoria. No ha sabido reinar ni en el interés nacional, ni en el interés mismo de su despotismo; ha destruido todo lo que queria crear, y creado todo lo que queria destruir. Solo creia en la fuerza, y la fuerza le subyuga hoy en justo pago de una ambicion insensata.»

Verdades incontestables, maldiciones merecidas; pero quién daba estas maldiciones? ¿Qué era mi pobre folletillo al lado de estas virulentas proclamas? ¿No desaparecia enteramente? El mismo dia, 4 de abril, el gobierno provisional proscribió los signos y los emblemas del gobierno imperial, y si hubiese exis-

tido el arco de triunfo, lo abrian derribado. Mailhes, que votó el primero la muerte de Luis XVI; Cambaceres, que saludó el primero á Napoleón con el nombre de emperador, reconocieron con solicitud los actos del gobierno provisional.

El Senado bosquejó el 6 una constitucion, que descansaba casi sobre las bases de la caria futura: el Senado era mantenido como cámara alta; la dignidad de los senadores era declarada inamovible y hereditaria, y á su título de mayorazgo se agregaba su dotacion de senadores: la constitucion hacia estos títulos y mayorazgos transmisibles á los descendientes del poseedor.

La sordida desvergüenza de estos senadores, que en medio de la invasion de su patria no se pierden de vista un momento, chocha aun en la inmensidad de los públicos sucesos.

¿No hubiera sido mas cómodo á los Borbones adoptar á su llegada el gobierno establecido, un Senado secreto y esclavo, una prensa encadenada? Reflexionando, se ve que esto era imposible: incorporándose las libertades naturales en ausencia del brazo que las encorvaba, hubieran vuelto á tomar su línea vertical bajo la debilidad de la compresion. Si los príncipes legítimos hubiesen licenciado el ejército de Bonaparte, como debieron hacerlo (y esta era la opinion de Bonaparte en Santa Elena), y si hubiesen conservado al mismo tiempo el gobierno imperial, hubiera sido romper demasiado el instrumento de la gloria, para no conservar mas que el instrumento de la tiranía: la Carta era el rescate de Luis XVIII.

LLEGADA DEL CONDE DE ARTOIS. — ABDICACION DE NAPOLEON EN FONTAINEBLEAU.

El 12 de abril llegó el conde de Artois en cualidad de lugarteniente general del reino. Trescientos ó cuatrocientos hombres á caballo salieron á su encuentro, y yo iba en la comitiva. El conde encantaba por su buena gracia diferente de las maneras del imperio. Los franceses reconocian con placer en su persona sus antiguas costumbres, su antigua urbanidad y su antiguo lenguaje, y la multitud le rodeaba y oprimía: consoladora aparicion de lo pasado, doble refugio contra el extranjero vencedor y contra Bonaparte amenazador todavía. ¡Ay! Este príncipe no volvia á poner el pié en el suelo francés sino para ver asesinar en él á su hijo y para volver á morir en esa tierra de destierro de donde venia: hay hombres á quienes la vida ha sido arrojada al cuello como una cadena. Fui presentado al hermano del rey, al cual habian hecho leer mi folleto, pues de otro modo no hubiera sabido mi nombre: ni se acordaba de haberme visto en la corte de Luis XVI, ni en el campamento de Thionville, ni jamás sin duda habia oido hablar de *El Genio del Cristianismo*: esto era muy sencillo. Cuando se ha sufrido mucho y largo tiempo, solo se acuerda uno de sí mismo, pues el infortunio personal es un compañero un poco frio, pero exigente, que no deja lugar á ningun otro pensamiento y se apodera de todo nuestro ser.

La víspera de la entrada del conde de Artois, despues de haber negociado inútilmente Napoleón con Alejandro por la mediacion de Mr. de Caulaincourt, habia hecho conocer el acta de su abdicacion:

«Habiendo proclamado las potencias aliadas que el emperador Napoleón era el único obstáculo para el restablecimiento de la paz en Europa, el emperador Napoleón, fiel á su juramento, declara que renuncia por sí y sus sucesores al trono de Francia y de Italia, porque no hay ningun sacrificio personal, ni aun el de la vida, que no esté dispuesto á hacer por el interés de los franceses.»

A estas brillantes palabras no tardó el emperador en dar, con su vuelta, un mentis menos solemne;

solo necesitó para ello el tiempo de ir á la isla de Elba. Hasta el 20 de abril permaneció en Fontainebleau.

Llegado este dia, bajó Napoleón la escalera de dos tramos que conduce al peristilo del palacio desierto de la monarquía de los Capetos. Algunos granaderos, restos de los soldados vencedores de la Europa, se formaron en ala en el patio grande como en su último campo de batalla, rodeados de aquellos vetustos árboles compañeros mutilados de Francisco I y de Enrique IV. Bonaparte dirigió estas palabras á los últimos testigos de sus combates:

«Generales, oficiales, sargentos y soldados de mi antigua guardia: me despido de vosotros: hace veinte años que estoy contento de vosotros, pues siempre os he encontrado en el camino de la gloria.

«Las potencias aliadas han armado toda la Europa contra mí: una parte del ejército ha hecho traicion á sus deberes, y la Francia misma ha querido otros destinos.

«Con vosotros y los valientes que me han permanecido fieles, hubiera podido mantener la guerra civil por espacio de tres años; pero la Francia habria sido desgraciada, que era lo contrario al objeto que me he propuesto.

«¡Sed fieles al nuevo rey que la Francia se ha elegido, y no abandonéis nuestra querida patria, demasiado largo tiempo desdichada! ¡Amadla siempre, amad bien á esta querida patria!

«No compadezcáis mi suerte; yo siempre seré feliz cuando sepa que vosotros lo sois.

«Hubiera podido morir, y nada me habria sido mas fácil, pero yo seguiré sin cesar el camino del honor: aun tengo que escribir lo que nosotros hemos hecho.

«No puedo abrazaros á todos, pero abrazaré á vuestro general... Venid, general (y estrecha en sus brazos al general Petit). ¡Que me traigan el águila...! (y la besa) ¡Águila amada, que estos besos resuenen en el corazón de todos los valientes...! ¡Adios, hijos míos...! Mis votos os acompañaran siempre; conservad mi recuerdo.»

Dicho esto, Napoleón levantó su tienda que cubria al mundo.

ITINERARIO DE NAPOLEON Á LA ISLA DE ELBA.

Bonaparte habia pedido á la alianza que le acompañasen unos coruisionados á fin de ser protegido por ellos hasta la isla que los soberanos le concedian en toda propiedad y en herencia. El conde Schouvaloff fue nombrado por la Rusia; el general Kohler por el Austria, el corenel Campbell por la Inglaterra, y el conde Waldbourg-Truchsess por la Prusia; este último ha escrito el *Itinerario de Napoleón desde Fontainebleau á la isla de Elba*, folleto que, unido al del abate de Pradt sobre la embajada de Polonia, son los dos escritos que mas han afligido á Napoleón. Sin duda echaba de menos entonces el tiempo de su liberal censura, cuando hacia fusilar al pobre Palm, librero alemán, por haber repartido en Nuremberg el escrito de Mr. de Gentz, titulado *La Alemania en su profundo envilecimiento*. En la época de la publicacion de este escrito todavía era Nuremberg una ciudad libre que no pertenecía á la Francia: ¿no debiera haber adivinado Palm esta conquista?

El conde de Waldbourg refiere primero muchas conversaciones que precedieron á la marcha en Fontainebleau, y cuenta que Bonaparte hacia los mayores elogios de lord Wellington, informándose de su carácter y de sus costumbres. Excusábase de no haber hecho la paz en Praga, en Dresde y en Francfort, conviniendo en que habia hecho mal, pero que entonces tenia otras miras:—«Yo no he sido usurpador, añadía, porque no he aceptado la corona si-

no en virtud del voto unánime de la nacion, mientras que Luis XVIII la ha usurpado, no siendo llamado al trono sino por un Senado vil, entre cuyos miembros hay mas de diez que votaron la muerte de Luis XVI.»

El conde de Waldbourg prosigue así su relacion: «El emperador se puso en marcha el 21 á medio dia, despues de haber tenido otra vez con el general Kohler una larga conversacion, cuyo resumen es este:—«¡Pues bien! Ya oisteis ayer mi discurso á la antigua guardia, discurso que os agradó y que visteis el efecto que produjo. Así es como debe hablarse y obrarse con ellos, y si Luis XVIII no sigue ese ejemplo, jamás hará nada del soldado francés.»

«Los gritos de ¡viva el emperador! cesaron desde que se separaron de nosotros las tropas francesas. En Moulins vimos las primeras escarapelas blancas, y los habitantes nos recibieron con las aclamaciones de *vivan los aliados*! El coronel Campbell tomó la delantera en Lyon para buscar en Tolon ó en Marsella una fragata inglesa que, segun los deseos de Napoleón, pudiese conducirlo á su isla.

«En Lyon, por donde pasamos á las once de la noche, se reunieron algunos grupos que gritaron ¡viva Napoleón! El 24 á medio dia nos encontramos al mariscal Augereau cerca de Valence. El emperador y el mariscal se apearon del coche: Napoleón se quitó el sombrero, y tendió los brazos á Augereau, que le abrazó, pero sin saludarlo:—«¿Dónde vas de ese modo? le dijo el emperador tomándole por un brazo; ¿vas á la corte?» Augereau respondió que por el momento iba á Lyon, y así marcharon cerca de un cuarto de hora juntos, siguiendo el camino de Valence. El emperador hizo al mariscal cargos por su conducta con respecto á él, y le dijo:—*Tu proclama es muy necia; ¿por qué esas injurias contra mí? Bastaba decir sencillamente: habiéndose pronunciado el voto de la nacion en favor de un nuevo soberano, el deber del ejército es conformarse á él. ¡Viva el rey! ¡Viva Luis XVIII!* Augereau se puso entonces á tutear á Bonaparte, y le hizo á su vez amargas reconvencciones sobre su insaciable ambicion, á la cual lo habia sacrificado todo, aun la felicidad de la Francia entera. Cansando este discurso á Napoleón, se volvió bruscamente, abrazó al mariscal, se quitó otra vez el sombrero, y se metió en su coche.

«Augereau no movió su gorra de la cabeza, y solo cuando el emperador estuvo en el coche, le hizo un ademán despreciativo con la mano, diciéndole adios.

«El 25 llegamos á Orange, donde fuimos recibidos á los gritos de ¡viva el rey! ¡viva Luis XVIII!

«El mismo dia en el sitio en que debia mudarse de caballos, un poco antes de Avignon, encontramos mucho pueblo reunido que esperaba á Napoleón, y que nos acogia con gritos de ¡viva el rey! ¡vivan los aliados! ¡abajo el tirano, el picaro!... Esta multitud vomitaba contra él mil invectivas.

«Hicimos cuanto era posible por cortar este escándalo y dividir la muchedumbre que asaltaba su coche; pero no pudimos obtener de aquellos furiosos que dejasen de insultar al hombre que, decian, los habia hecho desgraciados, y que no tenia mas deseo que el de aumentar aun su miseria.

«En todos los lugares que atravesamos fue recibido de la misma manera. En Orgon llegó á su colmo la rabia del pueblo: delante de la posada en que debia parar habian levantado una horca, de la cual estaba colgado un muñeco con uniforme francés, cubierto de sangre, y con una inscripcion en el pecho, que decia: *Tal será, tarde ó temprano, la suerte del tirano*.

«El pueblo se encaramaba al coche de Napoleón y

de entonces una parte tan notable; pero reservo su retrato para el fin de mis *Memorias*.

La intriga que retuvo á Mr. de Talleyrand en París cuando la entrada de los aliados, fue la causa de su prosperidad al principio de la restauracion. El emperador de Rusia lo conocia por haberlo visto en Tilsit. En la ausencia de las autoridades francesas Alejandro bajó al palacio del Infantado, que el conserje se apresuró á ofrecerle.

Desde entonces pasó Mr. de Talleyrand por el árbitro del mundo, y sus salones se hicieron el centro de las negociaciones. Componiendo el gobierno provisional á su gusto, colocó en él á los *partners* de su *wish*: el abate de Mostesquieu figuró en él únicamente como el reclamo de la legitimidad.

Las primeras obras de la restauracion fueron confiadas á la infecundidad del obispo de Autun, que comunicó á aquella un germen de esterilidad y de muerte.

MENSAJES DEL GOBIERNO PROVISIONAL. — CONSTITUCION PROPUESTA POR EL SENADO.

Los primeros actos del gobierno provisional, colocado bajo la dictadura de su presidente, fueron proclamas dirigidas á los soldados y al pueblo.

«Soldados, decian á los primeros; la Francia acaba de romper el yugo bajo el cual gimió con vosotros tantos años. Mirad todo lo que habeis sufrido de la tiranía. Soldados, ya es tiempo de acabar con los males de la patria. Vosotros sois sus mas nobles hijos, y no podeis pertenecer á aquel que la destruye, que ha querido hacer vuestro nombre odioso á todas las naciones, y que tal vez habria comprometido vuestra gloria si un hombre que *ni aun es francés*, pudiese debilitar jamás el honor de vuestras armas y la generosidad de nuestros soldados.»

«Así, á los ojos de sus serviles esclavos, el que consiguió tantas victorias, no es *ya ni aun francés*! Cuando en tiempo de la Liga rindió Du Bourg la Bastilla á Enrique IV, rehusó despojarse de la banda negra y tomar el dinero que le ofrecian por la rendición de la plaza. Obligado á reconocer al rey, respondió:—«Que sin duda era un príncipe muy bueno, pero que él habia dado su fe á Mr. de Mayenne; que, por lo demás, Brisac era un traidor á quien combatiría entre cuatro picas, en presencia del rey, y le comería el corazón.» ¡Diferencia de tiempos y de hombres!

El 4 de abril apareció una nueva proclama del gobierno al pueblo francés:

«Al salir de vuestras discordias civiles, decia, elegisteis por jefe á un hombre que aparecia en la escena del mundo con los caracteres de la grandeza. Sobre las ruinas de la anarquía no ha fundado mas que el despotismo, cuando al menos *por agradecimiento debia hacerse francés con nosotros; pero jamás lo ha sido*. No ha cesado de emprender sin objeto y sin motivo guerras injustas, como aventurero que quiere ser famoso. Tal vez sueña aun en planes gigantescos, aun cuando reveses inauditos castiguen con tanto estrépito el orgullo y el abuso de la victoria. No ha sabido reinar ni en el interés nacional, ni en el interés mismo de su despotismo; ha destruido todo lo que queria crear, y creado todo lo que queria destruir. Solo creia en la fuerza, y la fuerza le subyuga hoy en justo pago de una ambición insensata.»

Verdades incontestables, maldiciones merecidas; pero quién daba estas maldiciones? ¿Qué era mi pobre folletillo al lado de estas virulentas proclamas? ¿No desaparecia enteramente? El mismo dia, 4 de abril, el gobierno provisional proscribió los signos y los emblemas del gobierno imperial, y si hubiese existido el arco de triunfo, lo abrian derribado. Mailhes, que votó el primero la muerte de Luis XVI; Cambaceres, que saludó el primero á Napoleón con el nombre de emperador, reconocieron con solicitud los actos del gobierno provisional.

El Senado bosquejó el 6 una constitucion, que descansaba casi sobre las bases de la caria futura: el Senado era mantenido como cámara alta; la dignidad de los senadores era declarada inamovible y hereditaria, y á su título de mayorazgo se agregaba su dotacion de senadores: la constitucion hacia estos títulos y mayorazgos transmisibles á los descendientes del poseedor.

La sordida desvergüenza de estos senadores, que en medio de la invasion de su patria no se pierden de vista un momento, chocha aun en la inmensidad de los públicos sucesos.

¿No hubiera sido mas cómodo á los Borbones adoptar á su llegada el gobierno establecido, un Senado secreto y esclavo, una prensa encadenada? Reflexionando, se ve que esto era imposible: incorporándose las libertades naturales en ausencia del brazo que las encorvaba, hubieran vuelto á tomar su línea vertical bajo la debilidad de la compresion. Si los príncipes legítimos hubiesen licenciado el ejército de Bonaparte, como debieron hacerlo (y esta era la opinion de Bonaparte en Santa Elena), y si hubiesen conservado al mismo tiempo el gobierno imperial, hubiera sido romper demasiado el instrumento de la gloria, para no conservar mas que el instrumento de la tiranía: la Carta era el rescate de Luis XVIII.

LLEGADA DEL CONDE DE ARTOIS. — ABDICACION DE NAPOLEON EN FONTAINEBLEAU.

El 12 de abril llegó el conde de Artois en cualidad de lugarteniente general del reino. Trescientos ó cuatrocientos hombres á caballo salieron á su encuentro, y yo iba en la comitiva. El conde encantaba por su buena gracia diferente de las maneras del imperio. Los franceses reconocian con placer en su persona sus antiguas costumbres, su antigua urbanidad y su antiguo lenguaje, y la multitud le rodeaba y oprimía: consoladora aparicion de lo pasado, doble refugio contra el extranjero vencedor y contra Bonaparte amenazador todavía. ¡Ay! Este príncipe no volvia á poner el pié en el suelo francés sino para ver asesinar en él á su hijo y para volver á morir en esa tierra de destierro de donde venia: hay hombres á quienes la vida ha sido arrojada al cuello como una cadena. Fui presentado al hermano del rey, al cual habian hecho leer mi folleto, pues de otro modo no hubiera sabido mi nombre: ni se acordaba de haberme visto en la corte de Luis XVI, ni en el campamento de Thionville, ni jamás sin duda habia oido hablar de *El Genio del Cristianismo*: esto era muy sencillo. Cuando se ha sufrido mucho y largo tiempo, solo se acuerda uno de sí mismo, pues el infortunio personal es un compañero un poco frío, pero exigente, que no deja lugar á ningun otro pensamiento y se apodera de todo nuestro ser.

La víspera de la entrada del conde de Artois, despues de haber negociado inútilmente Napoleón con Alejandro por la mediacion de Mr. de Caulaincourt, habia hecho conocer el acta de su abdicacion:

«Habiendo proclamado las potencias aliadas que el emperador Napoleón era el único obstáculo para el restablecimiento de la paz en Europa, el emperador Napoleón, fiel á su juramento, declara que renuncia por sí y sus sucesores al trono de Francia y de Italia, porque no hay ningun sacrificio personal, ni aun el de la vida, que no esté dispuesto á hacer por el interés de los franceses.»

A estas brillantes palabras no tardó el emperador en dar, con su vuelta, un mentis menos solemne;

solo necesitó para ello el tiempo de ir á la isla de Elba. Hasta el 20 de abril permaneció en Fontainebleau.

Llegado este dia, bajó Napoleón la escalera de dos tramos que conduce al peristilo del palacio desierto de la monarquía de los Capetos. Algunos granaderos, restos de los soldados vencedores de la Europa, se formaron en ala en el patio grande como en su último campo de batalla, rodeados de aquellos vetustos árboles compañeros mutilados de Francisco I y de Enrique IV. Bonaparte dirigió estas palabras á los últimos testigos de sus combates:

«Generales, oficiales, sargentos y soldados de mi antigua guardia: me despido de vosotros: hace veinte años que estoy contento de vosotros, pues siempre os he encontrado en el camino de la gloria.

«Las potencias aliadas han armado toda la Europa contra mí: una parte del ejército ha hecho traicion á sus deberes, y la Francia misma ha querido otros destinos.

«Con vosotros y los valientes que me han permanecido fieles, hubiera podido mantener la guerra civil por espacio de tres años; pero la Francia habria sido desgraciada, que era lo contrario al objeto que me he propuesto.

«¡Sed fieles al nuevo rey que la Francia se ha elegido, y no abandonéis nuestra querida patria, demasiado largo tiempo desdichada! ¡Amadla siempre, amad bien á esta querida patria!

«No compadezcáis mi suerte; yo siempre seré feliz cuando sepa que vosotros lo sois.

«Hubiera podido morir, y nada me habria sido mas fácil, pero yo seguiré sin cesar el camino del honor: aun tengo que escribir lo que nosotros hemos hecho.

«No puedo abrazaros á todos, pero abrazaré á vuestro general... Venid, general (y estrecha en sus brazos al general Petit). ¡Que me traigan el águila...! (y la besa) ¡Águila amada, que estos besos resuenen en el corazón de todos los valientes...! ¡Adios, hijos míos...! Mis votos os acompañaran siempre; conservad mi recuerdo.»

Dicho esto, Napoleón levantó su tienda que cubria al mundo.

ITINERARIO DE NAPOLEON Á LA ISLA DE ELBA.

Bonaparte habia pedido á la alianza que le acompañasen unos coruisionados á fin de ser protegido por ellos hasta la isla que los soberanos le concedian en toda propiedad y en herencia. El conde Schouvaloff fue nombrado por la Rusia; el general Kohler por el Austria, el corenel Campbell por la Inglaterra, y el conde Waldbourg-Truchsess por la Prusia; este último ha escrito el *Itinerario de Napoleón desde Fontainebleau á la isla de Elba*, folleto que, unido al del abate de Pradt sobre la embajada de Polonia, son los dos escritos que mas han afligido á Napoleón. Sin duda echaba de menos entonces el tiempo de su liberal censura, cuando hacia fusilar al pobre Palm, librero alemán, por haber repartido en Nuremberg el escrito de Mr. de Gentz, titulado *La Alemania en su profundo envilecimiento*. En la época de la publicacion de este escrito todavía era Nuremberg una ciudad libre que no pertenecía á la Francia: ¿no debiera haber adivinado Palm esta conquista?

El conde de Waldbourg refiere primero muchas conversaciones que precedieron á la marcha en Fontainebleau, y cuenta que Bonaparte hacia los mayores elogios de lord Wellington, informándose de su carácter y de sus costumbres. Excusábase de no haber hecho la paz en Praga, en Dresde y en Francfort, conviniendo en que habia hecho mal, pero que entonces tenia otras miras:—«Yo no he sido usurpador, añadía, porque no he aceptado la corona si-

no en virtud del voto unánime de la nacion, mientras que Luis XVIII la ha usurpado, no siendo llamado al trono sino por un Senado vil, entre cuyos miembros hay mas de diez que votaron la muerte de Luis XVI.»

El conde de Waldbourg prosigue así su relacion: «El emperador se puso en marcha el 21 á medio dia, despues de haber tenido otra vez con el general Kohler una larga conversacion, cuyo resúmen es este:—«¡Pues bien! Ya oisteis ayer mi discurso á la antigua guardia, discurso que os agradó y que visteis el efecto que produjo. Así es como debe hablarse y obrarse con ellos, y si Luis XVIII no sigue ese ejemplo, jamás hará nada del soldado francés. . . .»

«Los gritos de ¡viva el emperador! cesaron desde que se separaron de nosotros las tropas francesas. En Moulins vimos las primeras escarapelas blancas, y los habitantes nos recibieron con las aclamaciones de *vivan los aliados*! El coronel Campbell tomó la delantera en Lyon para buscar en Tolon ó en Marsella una fragata inglesa que, segun los deseos de Napoleón, pudiese conducirlo á su isla.

«En Lyon, por donde pasamos á las once de la noche, se reunieron algunos grupos que gritaron ¡viva Napoleón! El 24 á medio dia nos encontramos al mariscal Augereau cerca de Valence. El emperador y el mariscal se apearon del coche: Napoleón se quitó el sombrero, y tendió los brazos á Augereau, que le abrazó, pero sin saludarlo:—«¿Dónde vas de ese modo? le dijo el emperador tomándole por un brazo; ¿vas á la corte?» Augereau respondió que por el momento iba á Lyon, y así marcharon cerca de un cuarto de hora juntos, siguiendo el camino de Valence. El emperador hizo al mariscal cargos por su conducta con respecto á él, y le dijo:—*Tu proclama es muy necia; ¿por qué esas injurias contra mí? Bastaba decir sencillamente: habiéndose pronunciado el voto de la nacion en favor de un nuevo soberano, el deber del ejército es conformarse á él. ¡Viva el rey! ¡Viva Luis XVIII!* Augereau se puso entonces á tutear á Bonaparte, y le hizo á su vez amargas reconvencciones sobre su insaciable ambicion, á la cual lo habia sacrificado todo, aun la felicidad de la Francia entera. Cansando este discurso á Napoleón, se volvió bruscamente, abrazó al mariscal, se quitó otra vez el sombrero, y se metió en su coche.

«Augereau no movió su gorra de la cabeza, y solo cuando el emperador estuvo en el coche, le hizo un ademán despreciativo con la mano, diciéndole adios.

«El 25 llegamos á Orange, donde fuimos recibidos á los gritos de ¡viva el rey! ¡viva Luis XVIII!

«El mismo dia en el sitio en que debia mudarse de caballos, un poco antes de Avignon, encontramos mucho pueblo reunido que esperaba á Napoleón, y que nos acogia con gritos de ¡viva el rey! ¡vivan los aliados! ¡abajo el tirano, el picaro!... Esta multitud vomitaba contra él mil invectivas.

«Hicimos cuanto era posible por cortar este escándalo y dividir la muchedumbre que asaltaba su coche; pero no pudimos obtener de aquellos furiosos que dejasen de insultar al hombre que, decian, los habia hecho desgraciados, y que no tenia mas deseo que el de aumentar aun su miseria.

«En todos los lugares que atravesamos fue recibido de la misma manera. En Orgon llegó á su colmo la rabia del pueblo: delante de la posada en que debia parar habian levantado una horca, de la cual estaba colgado un muñeco con uniforme francés, cubierto de sangre, y con una inscripcion en el pecho, que decia: *Tal será, tarde ó temprano, la suerte del tirano*.

«El pueblo se encaramaba al coche de Napoleón y

pretendía verlo para dirigirle las mayores injurias. El emperador se ocultaba detrás del general Bertrand todo cuanto podía, y estaba pálido y sin decir una palabra. A fuerza de perorar al pueblo, conseguimos sacarlo de aquel mal paso.

«El conde Schouwaloff arengó al populacho en estos términos: — «¿No os da vergüenza insultar á un desgraciado sin defensa? ¡Bastante humillado está por la triste situación en que se encuentra, él, que se imaginaba dictar leyes al universo, y que se ve hoy á merced de vuestra generosidad! Abandonadle á sí propio; ya veis que el desprecio es la única arma que debéis emplear contra ese hombre que ha dejado de ser peligroso. No sería propio de la nación francesa tomar otra venganza.» El pueblo aplaudía, y viendo Napoleón el efecto del discurso, hacia señas de aprobación á Schouwaloff, y luego le dió gracias por el servicio que le había prestado.

«Un cuarto de legua mas allá de Orgon creyó indispensable la precaución de disfrazarse; púsose una vieja levita azul, un sombrero redondo con una escarapela blanca, y montó en un caballo de posta para galopar delante de un coche, queriendo pasar así por un correo. Como no podíamos seguirlo, llegamos á Saint-Canat mucho después que él. Ignorando los medios que habría tomado para sustraerse al pueblo, lo creíamos en el mayor peligro, porque vimos su coche rodeado por gentes furiosas, que querían abrir las portezuelas; pero felizmente estaban muy bien cerradas, y esto salvó al general Bertrand. La tenacidad de las mujeres fue lo que mas nos sorprendió, pues nos suplicaban que se lo entregásemos, diciendo: — «Ha merecido tanto bien de nosotros y de vosotros mismos, que no os pedimos sino una cosa justa.»

«A media legua de Saint-Canat alcanzamos el coche del emperador, que poco después se entró en una mala posada situada en el camino real, llamada *La Calade*. Seguimosle, y en este lugar fue donde supimos el disfraz de que había usado, y su llegada á esta posada á favor de tan extraño atavío: solo le había acompañado un correo, y toda su comitiva, desde el general hasta el marmiton, llevaban escarapelas blancas, de las cuales parecían haber hecho provisión de antemano. Su ayuda de cámara salió á nuestro encuentro, y nos suplicó que hiciéramos pasar al emperador por el coronel Campbell, porque al llegar se había anunciado con este nombre. Prometimos conformarnos á este deseo, y yo entré el primero en una especie de habitación, donde me chocó encontrar al ex-soberano del mundo sumergido en profundas reflexiones, con la cabeza apoyada en las manos. Al pronto no lo conocí, y acercándome á él, se levantó sobresaltado, y me dejó ver su rostro inundado de lágrimas. Me hizo seña de que no dijese nada, y de que me sentara á su lado, y todo el tiempo que la posadera estuvo en la sala, solo me habló de cosas indiferentes; pero cuando salió, volvió á su posición primera. Yo juzgué conveniente dejarlo solo, pero él nos suplicó, sin embargo, que pasásemos de cuando en cuando á su cuarto para que no sospechasen su presencia.

«Hicimosle saber que todo el mundo estaba instruido de que el coronel Campbell había pasado la víspera justamente por aquel lugar, y entonces resolvió tomar el nombre de lord Burghers. Nos sentamos á la mesa, pero como no eran sus cocineros los que habían preparado la comida, no pudo resolverse á tomar ningún alimento, por temor de ser envenenado. Sin embargo, viéndonos comer con buen apetito, tuvo vergüenza de demostrarnos los temores que le agitan, y fingiendo tomar todo lo que se le ofrecía, devolvía los platos sin tocar á ellos, y algunas veces tiraba debajo de la mesa lo que había aceptado, para hacer creer que lo había comido. Solo tomó un pedazo

de pan y de vino de una botella que hizo sacar de su coche, la cual repartió con nosotros.

«Habló mucho y estuvo de una amabilidad notable, y cuando estuvimos solos, después de haberse retirado la posadera que nos servía, nos hizo conocer que creía en peligro su vida, y que estaba persuadido de que el gobierno francés había tomado medidas para hacerlo asesinar en este lugar.

«Mil proyectos se cruzaban en su cabeza sobre la manera con que podría salvarse, y pensaba en los medios de engañar al pueblo de Aix, porque le habían dicho que una gran muchedumbre le esperaba en la casa de postas. Nos declaró, pues, que lo que le parecía mas conveniente era volver á Lyon, y allí tomar otro camino para embarcarse en Italia. En ningún caso hubiéramos podido consentir en este proyecto, é intentamos persuadirle á marchar directamente á Tolon, ó ir por Digne á Frejus, tratando de convencerle de que era imposible que el gobierno francés pudiese tener intenciones tan péfidas sin que nosotros estuviésemos instruidos de ellas, y que el populacho, á pesar de las indecencias á que se entregaba, no se haría culpable de un crimen de esa naturaleza.

«Para persuadirnos mejor, y para probarnos hasta qué punto eran fundados sus temores, según él, nos contó lo que le había pasado con la posadera, que no lo había conocido. — «¿Habeis encontrado á Bonaparte? le preguntó ella. — No, había respondido Napoleón. — Estoy curiosa, continuó la mujer, por ver si podrá salvarse; yo creo que el pueblo va á asesinarle, lo cual es preciso confesar que ha merecido muy bien ese tuno. Decidme, ¿van á embarcarlo para su isla? — Sin duda. — ¿Lo ahogarán, no es verdad? — ¡Así lo espero! replicó Napoleón. Ya veis, añadió, á qué peligro estoy expuesto.»

«Entonces comenzó á fatigarnos de nuevo con sus inquietudes é irresoluciones, y nos suplicó examinásemos si no había alguna puerta secreta por la cual pudiera escaparse, ó si la ventana, cuyos postigos había visto cerrar cuando llegó, no estaba demasiado alta para poder saltar y evadirse.

«La ventana tenía una reja exterior, y lo puse en el mayor apuro cuando le comuniqué este descubrimiento. Al menor ruido se estremecía y cambiaba de color.

«Después de comer le dejamos con sus reflexiones, y como de vez en cuando entrábamos en su sala, según el deseo que nos había manifestado, siempre lo encontramos llorando.

«El ayudante de campo del general Schouwaloff vino á decirnos que el pueblo, amotinado en la calle, se había retirado casi enteramente. El emperador resolvió marchar á media noche.

«Por una previsión exagerada aun tomó nuevos medios para no ser conocido.

«A fuerza de instancias obligó al ayudante de campo del general Schouwaloff á que se pusiera la levita azul y el sombrero redondo, con los cuales había llegado á la posada.

«Bonaparte, que entonces quiso pasar por un coronel austriaco, se puso el uniforme del general Kohler, se condecoró con la orden de Santa Teresa que el general llevaba, se encasquetó mi gorro de viaje, y se cubrió con la capa del general Schouwaloff.

«Después que los comisionados de las potencias aliadas le hubieron equipado de este modo, se hicieron acercar los coches; pero antes de bajar, hicimos una repetición del orden en que debíamos marchar. El general Drouot iba el primero, luego el fingido emperador, ayudante del general Schouwaloff, y en seguida el general Kohler, el emperador, el general Schouwaloff y yo, que tenía el honor de formar parte

de la retaguardia, á la cual se unió la servidumbre del emperador.

«Así atravesamos la multitud, que se tomaba el mayor trabajo por descubrir entre nosotros el que ella llamaba su tirano.

«El ayudante de Schouwaloff (el mayor Olewieff) tomó el sitio de Napoleón en su coche, y Napoleón ocupó otro en la berlina del general Kohler.

«Sin embargo, el emperador no se tranquilizaba, y tanto, que mandó al cochero que fumase, á fin de que esta familiaridad pudiera disimular su presencia. Llegó hasta el punto de suplicar al general Kohler que cantase, y como este le respondiera que no sabía cantar, Bonaparte le dijo que silbase.

«Así fue como prosiguió su camino, oculto en uno de los rincones de la berlina y fingiendo dormir, medido por la agradable música del general, é incensado por el humo del cochero.

«En Saint-Maximin almorzó con nosotros. Como oyó decir que el subprefecto de Aix estaba en aquel lugar, le hizo llamar, y le apostrofó en estos términos:

««Debíais avergonzaros de verme en uniforme austriaco, el cual he tenido que vestir para ponerme al abrigo de los insultos de los provenzales. Yo llegaba con plena confianza en medio de vosotros, cuando pude traer conmigo seis mil hombres de guarnición. Yo no encuentro aquí mas que rabiosos que amenazan mi vida, pues estos provenzales son una mala raza que ha cometido toda clase de horrores y de crímenes en la revolución; pero cuando se trata de batirse, entonces son unos cobardes. Jamás me ha suministrado la Provenza un solo batallón de que pudiese estar contento; pero tal vez estarán mañana tan encarnizados contra Luis XVIII como lo parecen hoy contra mí.»

«Volviéndose en seguida á nosotros, nos dijo que Luis XVIII no haría jamás nada de la nación francesa si la trataba con demasiada contemplación. Es preciso necesariamente, continuó, que levante impuestos considerables, y estas medidas le atraerán pronto el odio de sus súbditos.

«Nos contó que diez y ocho años antes había sido enviado á este país con muchos millares de hombres para libertar á dos realistas que debían ser ahorcados por haber llevado la escarapela blanca. Yo les salvé con mucho trabajo de manos de estos furiosos, y hoy día esos hombres volverían á los mismos excesos contra aquel de entre ellos que se negase á llevar la escarapela blanca. ¡Tal es la inconstancia del pueblo francés!

«Supimos que había en Luc dos escuadrones de húsares austriacos, y accediendo al deseo de Napoleón, mandamos orden al comandante que esperase nuestra llegada para escoltar al emperador hasta Frejus.»

Aquí termina la narración del conde Waldbourg: causa daño leer estas relaciones. ¿Cómo, los comisionados no podían proteger mejor á aquel de quien tenían el honor de responder? ¿Quiénes eran ellos para afectar aires tan superiores con semejante hombre? Bonaparte, dice con razón, que si hubiera querido habría podido viajar acompañado de una parte de su guardia. Es claro que eran indiferentes á su suerte; que se gozaban en su degradación, y que se consentían con placer en aquellas muestras de desprecio. ¡Es tan dulce tener á sus pies el destino de aquel que marchaba sobre las mas altas cabezas y vengarse del orgullo por el insulto! Así es que los comisionados no encuentran ni una palabra, ni aun de sensibilidad filosófica, sobre tal cambio de fortuna, para advertir al hombre de su nada y de la grandeza de los juicios de Dios. En las filas de los aliados habían sido numerosos los antiguos adúladores de Napoleón. Convento en que la Prusia tenía necesidad de un esfuerzo de virtud

para olvidar lo que había sufrido ella, su rey y su reina; pero este esfuerzo debió hacerse. ¡Ay! Bonaparte no había tenido lástima de nada: el momento en que se mostró mas cruel fue en Jaffa, y el mas pequeño en el camino de la isla de Elba. En el primer caso le han servido de excusa las necesidades militares; en el segundo, la dureza de los comisionados extranjeros excita el sentimiento de los lectores y disminuye la abyección del héroe.

El gobierno provisional de Francia no me parece tampoco libre de todo cargo: yo desecho las calumnias de Maubreuil; mas, sin embargo, en el terror que aun inspiraba Napoleón á sus antiguos domésticos, una catástrofe fortuita no hubiera podido presentarse á sus ojos sino como una desgracia.

Quisiera dudarse de la verdad de los hechos referidos por el conde Waldbourg; pero el general Kohler ha confirmado en una *Continuación del itinerario de Waldbourg* una parte de la narración de su colega: el general Schouwaloff me ha certificado por su parte la exactitud de los hechos, y sus palabras contenidas decían mas que el relato expansivo de Waldbourg. En fin, el *Itinerario de Fabry* está compuesto sobre documentos históricos franceses, suministrados por testigos oculares.

«Ahora que hago justicia de los comisionados de los aliados, es el vencedor del mundo el que se ve en el *Itinerario de Waldbourg*? ¡El héroe reducido á disfraces y á lágrimas, llorando vestido de correo en una habitación oculta de una posada! ¿Era así como estaba Mario sobre las ruinas de Cartago, como Aníbal murió en Bithynia y César en el Senado? ¿Cómo se distrajo Pompeyo? Cubriéndose la cabeza con su toga. ¡El que había revestido la púrpura poniéndose á cubierto bajo la escarapela blanca, y dando el grito de salvación ¡viva el rey! ¡Ese rey de quien había hecho fusilar un heredero! ¡El señor de los pueblos, excitando las humillaciones que le prodigaban los comisionados á fin de ocultarle mejor, encantado de que el general Kohler silbase en su presencia, de que un cochero fumara á su lado, y obligando al ayudante de campo de Schouwaloff á que representase el papel de emperador, mientras que él, Bonaparte, llevaba el uniforme de un coronel austriaco y se cubría con la capa de un general ruso! ¡Cuán cruelmente amaba la vida; estos inmortales no pueden consentir en morir!

Moreau decía de Bonaparte: — «Lo que le caracteriza es la mentira y el amor á la vida; si lo azotase, lo vería á mis pies implorando gracia.» Moreau pensaba de esta suerte; no podía comprender la naturaleza de Bonaparte, é incurria en el mismo error que lord Byron. Al menos, engrandecido Napoleón en Santa Elena por las musas, aunque poco noble en sus contiendas con el gobernador inglés, solo tuvo que soportar el peso de su inmensidad. En Francia, el mal que había hecho se le apareció personificado en las viudas y en los huérfanos, y le obligó á temblar bajo las manos de algunas mujeres.

Todo esto es demasiado cierto; pero Bonaparte no debe ser juzgado según las reglas que se aplican á los grandes genios, porque le faltaba la magnanimidad. Hay hombres que tienen la facultad de subir, y que carecen de la de bajar. Napoleón poseía las dos facultades: como el ángel rebelde, podía disminuir su talla incommensurable para encerrarla en un espacio medido: su ductilidad le proporcionaba medios de salvación y de renacimiento, y con él no estaba terminado todo cuanto parecía estarlo. Cambiando á su gusto de costumbres y de traje, tan perfecto en lo cómico como en lo trágico, este actor sabía parecer natural bajo la túnica del esclavo como bajo el manto del rey. Un momento mas, y vereis cómo desde el fondo de su degradación levanta el enano su cabeza de Briareo

Asmodeo saldrá en un torbellino de humo de la redoma en que estaba comprimido. Napoleon estimaba la vida por lo que le proporcionaba, y teniendo el instinto de lo que aun le quedaba que pintar, no queria que le faltase el lienzo antes de haber acabado sus cuadros.

Menos injusto Walter Scott que los comisionados, nota con candor que la furia del pueblo hizo mucha impresion en Bonaparte, que derramó lágrimas y que mostró mas debilidad de la que admitia su valor reconocido; pero añade: «El peligro era de una especie particularmente horrible y propio para intimidar á aquellos á quienes era familiar el terror de los campos de batalla; el soldado mas valiente puede estremecerse ante la muerte de los Witt.»

Napoleon fue sometido á estas angustias revolucionarias en los mismos lugares en que comenzó su carrera con el terror.

El general prusiano, interrumpiendo su relacion, se ha creído obligado á revelar un mal que el emperador no ocultó: el conde de Waldbourg ha podido confundir lo que veía con los sufrimientos de que Mr. de Segur habia sido testigo en la campaña de Rusia, cuando, obligado Bonaparte á bajar del caballo, apoyaba la cabeza contra los cañones. En el número de las debilidades de los guerreros ilustres, la verdadera historia no cuenta mas que el puñal que partió el corazón de Enrique IV, y la bala de cañon que dió la muerte á Turena.

Después de la relacion de la llegada de Bonaparte á Frejus, desembarazado Walter Scott de las grandes escenas, pinta el pasaje de Napoleon á la isla de Elba, y la seducción ejercida por Bonaparte en los marineros ingleses, excepto en Hinton, que no podia oír las alabanzas dadas al emperador sin murmurar la palabra: *Humbug*. Cuando marchó Napoleon, Hinton deseó á su honor buena salud y mejor fortuna para otra vez. Napoleon era todas las miserias y todas las grandezas del hombre.

LUIS XVIII EN COMPIEGNE. — SU ENTRADA EN PARÍS. — LA ANTIGUA GUARDIA. — FALTA IRREPARABLE. — DECLARACION DE SAINT-OUEN. — TRATADO DE PARÍS. — LA CARTA. — RETIRADA DE LOS ALIADOS.

Mientras que Bonaparte, conocido del universo, se escapaba de Francia en medio de las maldiciones, Luis XVIII, olvidado de todos, salía de Londres bajo una bóveda de banderas blancas y de coronas. Napoleon volvió a encontrar su fuerza al desembarcar en la isla de Elba, y al desembarcar en Calais Luis XVIII hubiera podido ver á Louvel: allí encontró al general Maison, encargado diez y seis años después de embarcar á Carlos X en Cherburgo. Carlos X aparentemente para hacerlo digno de su mision futura, dió después á Mr. Maison el baston de mariscal de Francia, como un caballero, antes de batirse, conferia la caballería al hombre inferior con el cual se dignaba medirse.

Yo temia el efecto de la aparicion de Luis XVIII, y me apresuré á adelantarlo en esa residencia donde cayó Juana de Arco en mano de los ingleses, y donde me enseñaron un volumen marcado por una de las balas lanzadas contra Bonaparte. ¿Qué iba á pensarse del inválido régio reemplazando al caballero que habia podido decir como Atila: — ¿No crece ya la yerba por donde ha pasado mi caballo? Sin mision y sin gusto, emprendí una tarea bastante difícil, la de pintar la llegada á Compiègne, y hacer ver al hijo de San Luis tal como yo le idealizaba con el auxilio de las musas. Me expresé de este modo:

«La carroza del rey iba precedida de los generales y de los mariscales de Francia, que habian salido al encuentro de S. M. No ha habido gritos de ¡viva el

rey! sino clamores confusos, en los cuales solo se distinguian los acentos del enternecimiento y de la alegría. El rey llevaba un traje azul, distinguido únicamente por una placa y charreteras, y sus piernas envueltas en anchas polainas de terciopelo rojo, bordadas con un cordoncillo de oro. Cuando estaba sentado en un sillón con, sus polainas á la antigua y el baston entre las rodillas, se hubiera creído ver á Luis XIV á los cincuenta años.

Los mariscales Macdonald, Ney, Moncey, Serrurier, Brune, el príncipe de Neufchatel, todos los generales, todas las personas presentes han obtenido igualmente del rey las palabras mas afectuosas. Tal es en Francia la fuerza del soberano legitimo, esa magia unida al nombre del rey. Un hombre llega solo del destierro, despojado de todo, sin servidumbre, sin guardias, sin riquezas, sin tener nada que dar, y casi nada que prometer. Baja de su coche apoyado en el brazo de una mujer joven, y se presenta á capitanes que jamás lo han visto, y á granaderos que apenas saben su nombre. ¿Quién es ese hombre? ¡El rey! todo el mundo cae á sus pies.»

Lo que antes decia yo de los guerreros, con el objeto que me proponia alcanzar, era verdad en cuanto á los gefes, pero mentía en cuanto á los soldados. Tengo presente en la memoria, como si lo viese todavía, el espectáculo de que fui testigo cuando, entrando Luis XVIII en París el 3 de mayo, fue á aparecer en Notre-Dame: habian querido ahorrar al rey la vista de las tropas extranjeras, y un regimiento de la antigua guardia de infantería fue el que formó las filas desde el Pont-Neuf hasta Notre-Dame, á lo largo del muelle de los Orfèvres. Yo no creo que rostros humanos hayan expresado jamás alguna cosa tan amenazadora y tan terrible. Estos granaderos, cubiertos de heridas, vencedores de la Europa, que habian visto pasar sobre sus cabezas tantos millares de balas; estos mismos hombres, privados de su capitán, se veian obligados á saludar á un rey viejo, inválido por el tiempo y no por la guerra, vigilados como estaban por un ejército de rusos, de austriacos y de prusianos en la capital invadida de Napoleon. Los unos, arrugando la piel de sus frentes, hacian bajar hasta los ojos sus gorras de pelo como para no ver; otros inclinaban las dos extremidades de la boca con el desprecio de la rabia, y otros al través de sus bigotes dejaban ver sus dientes como tigres. Cuando presentaban las armas lo hacian con un movimiento de furor, y el ruido de esas armas hacia temblar. Preciso es convenir en que jamás han sido puestos hombres á semejante prueba, ni han sufrido semejante suplicio. Si en este momento hubiesen sido llamados á la venganza, hubiera sido preciso exterminarlos hasta el último, ó se habrían comido la tierra.

En el extremo de la línea estaba un húsar joven, á caballo y con el sable desnudo, que hacia girar con un movimiento convulsivo de cólera. Estaba pálido; sus ojos giraban en sus órbitas, y abría y cerraba la boca haciendo chocar los dientes y ahogando gritos, de los que solo se oía el primer sonido. Vió á un oficial ruso, y la mirada que le lanzó no puede describirse. Cuando pasó delante de él el carruaje del rey, hizo saltar su caballo, y ciertamente tuvo la tentacion de precipitarse sobre el rey.

La restauracion cometió, al principiar, una falta irreparable: debió licenciar el ejército, conservando los mariscales, los generales, los gobernadores militares, los oficiales con sus pensiones, honores y grados, y los soldados habrían entrado sucesivamente en el ejército constituido, como lo hicieron después en la guardia: la legitimidad no hubiera tenido desde el principio contra ella esos soldados del imperio organizados, formados en brigadas como lo estaban en los días de sus victorias, hablando sin cesar en-

tre sí del tiempo pasado, y alimentando penas y sentimientos hostiles contra su nuevo señor.

La miserable resurreccion de la Maison-Rouge, esa mezcla de militares de la antigua monarquía y de los soldados del novel imperio, aumentó el mal: creer que veteranos ilustrados en mil campos de batalla no se resentirian de ver jóvenes, muy valientes sin duda, pero en su mayor parte nuevos en el oficio de las armas, que llevaban, sin haberlas ganado, las señales de un alto grado militar, era desconocer la naturaleza humana.

Durante la permanencia de Luis XVIII en Compiègne, habia ido á visitarlo Alejandro. Luis XVIII le chocó por su altivez, y resultó de esta entrevista la declaracion de Saint-Ouen de 2 de mayo. El rey decia que estaba resuelto á dar por base de la constitucion que destinaba á su pueblo las garantías siguientes: el gobierno representativo dividido en dos cuerpos; el impuesto libremente consentido; la libertad pública é individual; la libertad de la prensa; la de cultos; las propiedades inviolables y sagradas; la venta de los bienes nacionales irrevocable; los ministros responsables; los jueces inamovibles y el poder judicial independiente; todo francés admitido á todos los empleos, etc. etc.

Esta declaracion, aunque fuese natural en el ánimo de Luis XVIII, no pertenecia sin embargo ni á él ni á sus consejeros; era sencillamente el tiempo que dejaba su reposo; sus alas se habian plegado en 1792, y ahora volvia á su vuelo ó á su curso. Los excesos del terror, el despotismo de Bonaparte, habian hecho retroceder las ideas; pero tan pronto como fueron destruidos los obstáculos, afluyeron de nuevo al cauce que debian seguir y socavar á un tiempo. Volvieron las cosas al punto en que se habian detenido, y se tuvo como no ocurrido lo que habia pasado: la especie humana habia perdido solamente cuarenta años de vida desde el principio de la revolucion; ¿pero qué son cuarenta años en la vida general de la sociedad?

El 30 de mayo de 1814 se concluyó el tratado de París entre los aliados y la Francia. Convino en que en el plazo de dos meses todas las potencias que se habian comprometido de una parte y otra en esta guerra enviarían sus plenipotenciarios á Viena, para concluir en un congreso general los arreglos definitivos.

El 4 de junio apareció Luis XVIII en sesion regia en una asamblea colectiva del cuerpo legislativo y de una fraccion del senado, y pronunció un noble discurso: viejos, pasados, gastados, estos fastidiosos detalles no sirven ya sino de hilo histórico.

Para la mayor parte de la nacion, la carta tenia el inconveniente de ser otorgada, lo cual era remover con esta palabra inútil la cuestion ardiente de la soberanía real ó popular. Luis XVIII fechaba tambien su beneficio con el año de su reinado, considerando á Bonaparte como si no hubiese existido, del mismo modo que Carlos II habia saltado á piés juntitos sobre Cromwell: esto era una especie de insulto á los soberanos que habian reconocido á Napoleon, y que en este momento mismo se hallaban en París. Este lenguaje añejo y estas pretensiones de antigua monarquía no añadan nada á la legitimidad del derecho, ni eran otra cosa mas que anacronismos pueriles. Fuera de esto, reemplazando la carta al despotismo, y trayéndonos la libertad legal, tenia con que satisfacer á los hombres de conciencia; mas, sin embargo, los realistas, que recogian sus ventajas, que saliendo de su aldea, de su pobre hogar, ó de las plazas oscuras en que habian vivido en tiempo del imperio, eran llamados á una alta y pública existencia, no recibieron el beneficio sino murmurando, y los liberales que se habian arreglado de corazón con la tiranía de Bonaparte, consideraron la carta como

un verdadero código de esclavos. Hemos vuelto á los tiempos de Babel; pero ya no se trabaja en un monumento comun de confusion, sino que cada uno construye su torre á su propia altura, y según su fuerza. Por lo demás, si la carta pareció defectuosa, es porque la revolucion no estaba en su término: el principio de la igualdad y de la democracia estaba en el fondo de los ánimos, y trabajaba en sentido contrario al orden monárquico.

Los príncipes aliados no tardaron en salir de París al retirarse Alejandro, hizo celebrar un sacrificio religioso en la plaza de la Concordia, alzándose un altar en el mismo sitio en que estuvo el cadalso de Luis XVI. Siete sacerdotes moscovitas celebraron el oficio, y las tropas extranjeras desfilaron ante el altar. El *Te-Deum* fue cantado con una de las mas bellas entonaciones de la música griega, y los soldados y los soberanos hincaron una rodilla en tierra para recibir la bendicion. El pensamiento de los franceses se trasladaba á 1793 y 94, cuando los bueyes rehusaban pasar por las calles que les hacia odiosas el olor de la sangre. ¿Qué mano habia conducido á la fiesta de las expiaciones esos hombres de todos los países, esos hijos de la antiguas invasiones bárbaras, esos tártaros, algunos de los cuales habitaban en tiendas de pieles de ovejas al pié de la gran muralla de la China? Estos son espectáculos que ya no verán las débiles generaciones que seguirán á mi siglo.

PRIMER AÑO DE LA RESTAURACION.

En el primer año de la restauracion presencié yo la tercera transformacion social: yo habia visto la antigua monarquía pasar á la monarquía constitucional, y esta á la república; yo habia visto la república convertirse en despotismo militar, y veía el despotismo militar volver á una monarquía libre. Los mariscales del imperio se convirtieron en mariscales de Francia; y á los uniformes de la guardia de Napoleon se mezclaron los de los guardias de corps, y de la Maison-Rouge, exactamente cortados por los antiguos moldes: el viejo duque de Havré, con su peluca empolvada y su baston negro, marchaba como capitán de los guardias de corps al lado del mariscal Victor: el duque de Mouche, que jamás habia visto quemar un cartucho, desfilaba en la misa al lado del mariscal Oudinot, acribillado de heridas: el pafaje de las Tullerías, tan apropiado y tan militar bajo el mando de Napoleon, en vez del olor de la pólvora, se llenaba del humo de las comidas que subia de todas partes, y todo iba volviendo á adquirir un aire de domesticidad. En las calles se veian emigrados caducos con ademanos y vestidos de otro tiempo, hombres los mas respetables sin duda, pero tan extraños entre la multitud moderna, como lo eran los capitanes republicanos entre los soldados de Napoleon. Las damas de la corte imperial introducian á las viudas del barrio de Saint-Germain y les enseñaban las costumbres del palacio, y llegaban diputaciones de Burdeos y capitanes de parroquia de la Vandée con sus sombreros á lo Rochejacquelein. Estos diversos personajes conservaban la expresion de los sentimientos, hábitos y costumbres que les eran familiares. La libertad, que estaba en el fondo de esta época, hacia vivir juntos los que á primera vista parecian no deber estarlo; pero costaba trabajo reconocer esa libertad, porque llevaba los colores de la antigua monarquía y del despotismo imperial. Todos sabian mal el lenguaje constitucional: los realistas cometian faltas groseras hablando de la carta; los imperialistas estaban menos instruidos aun, y los convencionales, convertidos en condes, barones, senadores de Napoleon y pares de Luis XVIII, incurrian unas veces en la dialéctica republicana, que casi habian olvidado, otras en el idioma del

absolutismo, que habian aprendido á fondo. Oíase á los ayudantes de campo del último tirano militar discutir de la libertad inviolable de los pueblos, y á los regicidas sostener el dogma sagrado de la legitimidad.

Estas metamorfosis serian odiosas si no tuviera parte en ellas la flexibilidad del carácter francés. El pueblo de Atenas se gobernaba á sí propio, y los oradores se dirigian á sus pasiones en la plaza pública; la multitud soberana estaba compuesta de escultores, pintores, obreros y oyentes, segun dice Tucídides; pero cuando, bueno ó malo, se llegaba á dictar

un decreto, ¿quiénes salian de esa masa incoherente é inexperta para ejecutarlo? Sócrates, Focion, Pericles y Alcibiades.

¿ES Á LOS REALISTAS Á QUIENES DEBE CULPARSE DE LA RESTAURACION?

¿Es á los realistas á quienes debe culparse de la restauracion, como hoy se pretende? De ningun modo. ¿Se diria que treinta millones de hombres estaban consternados, mientras que un puñado de legitimistas consumaban contra la voluntad de to-



LAS TALLERIAS A LA CAIDA DE NAPOLEON.

dos una restauracion detestada, agitando algunos pañuelos y poniendo en sus sombreros una cinta de su mujer? Verdad es que la inmensa mayoría de los franceses estaba con la mayor alegría; pero esa mayoría no era legítima en el sentido limitado de esta palabra. Esta mayoría estaba compuesta de todos los matices de opiniones, feliz con verse libre y violentamente animada contra el hombre á quien acusaba de todas sus desgracias: de aquí provino el éxito de mi folleto. ¿Cuántos aristócratas verdaderos se contaban proclamando el nombre del rey? MM. Matthieu y Adrian de Montmorency, MM. de Polignac, escapados de su calabozo, Mr. Alexis de Noailles y Mr. Sosthène de La Rochefoucauld. Estos

siete ó ocho hombres, á quienes el pueblo desconocia y no seguía, ¿ponían la ley á toda la nacion?

Mad. de Montcalm me habia enviado un saco de mil doscientos francos para distribuirlos entre la pura raza legitimista, pero se lo devolví por no haber tenido donde colocar un escudo. Ataron una innoble cuerda al cuello de la estatua que coronaba la columna de la plaza Vendome; pero habia tan pocos realistas para tirar de ella, que las autoridades, todas bonapartistas, fueron las que bajaron la imagen de su señor con el auxilio de una polea: el coloso incluyó por fuerza la frente, y cayó á los piés de esos soberanos de la Europa, tantas veces prosternados ante él. Los hombres de la república y del imperio

fueron los que saludaron con entusiasmo la restauracion. La conducta y la ingratitude de los personajes elevados por la revolucion, fueron abominables con respecto á aquel á quien hoy afectan sentir y admirar.

Era muy natural que los realistas estuviesen contentos de volver á encontrar sus príncipes y de ver concluir el reinado de aquel á quien consideraban como un usurpador; pero vosotros, criaturas de ese usurpador, sobrepujasteis en exageracion á los sentimientos de los realistas. Los ministros y los grandes dignatarios prestaron á porfía juramento á la le-

gitimidad, y todas las autoridades civiles y judiciales se apresuraban á jurar odio á la nueva dinastía proscripita, y amor á la raza antigua que cien y cien veces habian condenado. ¿Quién componia aquellas proclamas, aquellos manifiestos acusadores y ultrajantes para Napoleon de que estaba inundada la Francia? ¿Los realistas? No: los ministros, los generales, las autoridades elegidas y mantenidas por Bonaparte. ¿Dónde se fraguaba la restauracion? ¿En casa de los realistas? No; en casa de Mr. de Talleyrand. ¿Con quién? Con Mr. de Pradt, limosnero del *Dios Marte* y saltimbanquis mitrado. ¿Con quién y en casa de



LUIS XVIII.

quién comia al llegar el lugar-teniente general del reino? ¿En casa de los realistas y con realistas? No; en casa del obispo de Autun, con Mr. de Caulincourt. ¿Dónde se daban fiestas á los *infames príncipes extranjeros*? ¿En los palacios de los realistas? No; en la Malmaison, en casa de la emperatriz Josefina. Los mas caros amigos de Napoleon, Berthier, por ejemplo, ¿á quién profesaban su mas ardiente adhesion? A la legitimidad. ¿Quiénes pasaban su vida en casa del autócrata Alejandro, en casa de ese tártaro brutal? Los clásicos del Instituto, los sabios, los literatos, los filósofos filántropos, teofilántropos y otros, de donde salian encantados y colmados de elogios y de cajas de tabaco. En cuanto á nosotros, pobres diablos de legitimistas, no éramos admitidos en parte alguna, y se nos contaba por nada. Unas veces nos decian en la calle que nos fuésemos á acostar, y otras que no gritásemos demasiada alto *viva el rey!* Lejos de forzar á nadie á ser legitimista, las potencias declaraban que nadie seria obligado á cambiar de papel ni de lenguaje, y que el obispo de Autun no seria mas obligado á decir misa bajo la monarquía que bajo el imperio. Yo no he visto Juanas de Arco proclamando el derecho soberano con un gerifalte en el puño y armadas de lanza; pero Mad. de Talleyrand recorria las calles en carretela cantando himnos sobre la piadosa familia de los Borbones. Algunos trapos colgados en las ventanas de los familiares de la corte imperial, hacian creer á los buenos cosacos que habia tantas lises en los corazones de los bonapartistas, convertidos, como guñapos blancos en sus balcones. El contagio es una maravilla en

Francia, y se gritaria *abajo mi cabeza!* si lo oyeran gritar al vecino. Los imperialistas entraban en nuestras casas para hacernos poner banderas de lienzo blanco en las rejas: esto fue lo que sucedió en la mia; pero Mad. de Chateaubriand no quiso oír, y defendió esforzadamente sus muselinas.

PRIMER MINISTERIO.—PUBLICO LAS REFLEXIONES POLÍTICAS.—LA DUQUESA DE DURAS.—SOY NOMBRADO EMBAJADOR EN SUECIA.

El cuerpo legislativo, transformado en cámara de los Diputados, y la cámara de los Pares, compuesta de ciento cincuenta y dos miembros vitalicios, entre los cuales se contaban mas de sesenta senadores, formaron las dos primeras cámaras legislativas. Mr. de Talleyrand, instalado en el ministerio de Negocios Extranjeros, salió para el congreso de Viena, cuya apertura estaba fijada para el 3 de noviembre, conforme al artículo 32 del tratado de 30 de mayo, y Mr. de Jaucourt lo desempeñó por una interinidad que duró hasta la batalla de Waterloo. El abate de Montesquiou fue ministro de lo Interior, teniendo por secretario general á Mr. Guizot; Mr. Malouet entró en el de Marina; pero habiendo muerto, fue reemplazado por Mr. Beugnot; el general Dupont obtuvo el departamento de la Guerra, y luego le substituyó el mariscal Soult, que se distinguió en él por la creacion del monumento fúnebre de Quiberon; el duque de Blacas fue ministro de la casa del rey; Mr. de Anglés, prefecto de policia; el canceller Am-

bray, ministro de la Justicia, y el abate Luis, ministro de Hacienda.

El 21 de octubre presentó el abate de Montesquiou la primera ley sobre la prensa, ley que sometía á la censura todo escrito de menos de veinte hojas de impresión: Mr. Guizot elaboró esta primera ley de libertad.

Carnot dirigió una carta al rey, en la que confesaba que los Borbones *habían sido recibidos con alegría*; pero no teniendo cuenta alguna ni con la brevedad del tiempo ni con lo que la carta concedía, daba consejos atrevidos, lecciones altaneras: todo esto no vale nada cuando se debe aceptar el rango de *ministro* y el título de *conde* del imperio; nada conviene mostrarse fiero hácia un príncipe débil y liberal, cuando se ha estado sumiso ante un príncipe violento y despótico; cuando, máquina gastada del terror, se ha encontrado insuficiente para el cálculo de las proporciones de la guerra napoleónica. En respuesta hice imprimir las *Reflexiones políticas*, que contienen la sustancia de la *monarquía según la Carta*. Mr. Lainé, presidente de la cámara de los Diputados, habló al rey de esta obra con elogio, y el rey parecía siempre encantado de los servicios que yo tenía el honor de prestarle: el cielo parecía haberme echado sobre los hombros la dalmática de heraldo de la legitimidad; pero mientras más éxito tenía la obra, menos agradaba el autor á S. M. Las *Reflexiones políticas* divulgaron mis doctrinas constitucionales, y la corte recibió con ellas una impresión que no ha podido borrar mi fidelidad á los Borbones. Luis XVIII decía á sus familiares: — «Guardaos de admitir jamás á un poeta en vuestros negocios, pues todo lo perderá; esas gentes no son buenas para nada.»

Una fuerte y viva amistad llenaba entonces mi corazón: la duquesa de Duras tenía la imaginación, y aun algo en el semblante, de la expresión de madama de Stael, y bien ha podido juzgarse de su talento de autor por *Ourika*. Vuelta de la emigración, encerrada durante muchos años en su castillo de Ussé, á orillas del Loira, oí hablar de ella por la vez primera en los hermosos jardines de Mereville, después de vivir en Londres junto á ella sin haberla encontrado. La duquesa vino á París para la educación de sus encantadoras hijas, Felicia y Clara, y relaciones de familia, de provincia, de opiniones literarias y políticas, me abrieron la puerta de su sociedad. El calor del alma, la nobleza del carácter, la elevación de ánimo, la generosidad de sentimientos, hacían de ella una mujer superior. Al principio de la restauración me tomó bajo su protección, pues á pesar de lo que yo había hecho por la monarquía legítima y los servicios que Luis XVIII confesaba haber recibido de mí, había sido tan alejado de todo, que ya pensaba en retirarme á Suiza.

Tal vez hubiera hecho bien; en esas soledades que Napoleón me había destinado como á su embajador en las montañas, ¿no hubiera sido mucho más feliz que en el palacio de las Tuillerías? Cuando entré en los salones, á la vuelta de la legitimidad, me hicieron una impresión casi tan penosa como el día en que vi en ellos á Bonaparte dispuesto á matar al duque de Enghien. Mad. de Duras habló de mí á Mr. de Blacas, que respondió que yo era libre de ir donde quisiera; pero tal fue el interés de Mad. de Duras, y tal valor tenía para sus amigos, que se desenterró una embajada vacante, la de Suecia. Cansado ya Luis XVIII de mi ruido, estaba muy contento con hacer de mí un presente á su buen hermano el rey Bernadotte. ¿No se figuraba este que me enviaban á Stockolmo para destronarlo? ¡Oh! ¡Yo no destrono á nadie, príncipes de la tierra; guardaos vuestras coronas, si podeis, y sobre todo no me las deis, porque yo no quiero ninguna!

Mad. de Duras, mujer excelente, que me permitió

llamarla hermana, á quien tuve la dicha de ver en París durante muchos años, ha ido á morir á Niza otra llaga más abierta. La duquesa de Duras conocía mucho á Mad. de Stael, y á la vuelta de Mad. de Recamier de Italia saludé este nuevo socorro que llegaba á mi vida.

EXHUMACION DE LOS RESTOS DE LUIS XVI.—PRIMER 24 DE ENERO EN SAINT-DENIS.

El 30 de diciembre del año 1814, las cámaras legislativas fueron aplazadas al 1.º de enero de 1815, como si se las hubiera convocado para la asamblea del campo de mayo de Bonaparte. El 18 de enero fueron exhumados los restos de María Antonieta y de Luis XVI, y yo asistí á esta exhumación en el cementerio donde Fontaine y Percier, á imitación de una iglesia sepulcral de Rimini, han elevado después, á la piadosa voz de la señora Delfina, el monumento tal vez más notable de París. Este claustro, formado de un encadenamiento de sepulcros, hierre la imaginación y la llena de tristeza. En el libro IV de estas *Memorias* he hablado de las exhumaciones de 1815: en medio de las osamentas, reconocí la cabeza de la reina por la sonrisa que esa cabeza me había dirigido en Versalles.

El 21 de enero se puso la primera piedra de la base de la estatua que debía erigirse en la plaza de Luis XV, y que jamás lo ha sido. Yo escribí la pompa fúnebre del 21 de enero, y decía: — «Esos religiosos que salieron con la oriflama al encuentro de San Luis, no recibirán al descendiente del santo rey. ¡En estas moradas subterráneas donde dormían esos reyes y esos príncipes anonadados, solo Luis XVI se encontrará solo!... ¿Cómo se han levantado tantos muertos? ¿Por qué está desierto Saint-Denis? Preguntemos más bien ¿por qué está establecido su techo, por qué su altar está en pie? ¿Qué mano ha reconstruido la bóveda de estas cuevas y preparado estas tumbas vacías? La mano de ese mismo hombre que estaba sentado sobre el trono de los Borbones. ¡Oh, Providencia! El creía preparar sepulcros á su raza, y no hacía más que edificar la tumba de Luis XVI.»

Por mucho tiempo he deseado que la imagen de Luis XVI fuese colocada en el mismo sitio en que el mártir derramó su sangre: mas ya no seré de esta opinión. Es preciso elogiar á los Borbones por haber pensado en Luis XVI desde el primer momento de su vuelta, pues debían tocar su frente con sus cenizas antes de ceñirse su corona en las sienes. Ahora creo que no hubieran debido ir más lejos. No fue en París, como en Londres, una comisión la que juzgó al monarca, sino la Convención entera; de aquí la reconvencción anual que una ceremonia fúnebre repetida parecía hacer á la nación, representada en apariencia por una asamblea completa. Todos los pueblos han fijado aniversarios á la celebración de sus triunfos, de sus desórdenes ó de sus desgracias, porque todos han querido igualmente guardar la memoria de los unos y de los otros: nosotros hemos tenido solemnidades para las barricadas, cánticos para la Saint-Barthelemy, fiestas para la muerte de Capeto; ¿pero no es notable que la ley sea impotente para crear días de recuerdo, al paso que la religión ha hecho vivir de edad en edad el santo más oscuro? Si los ayunos y las oraciones instituidas por el sacrificio de Carlos I duran todavía, es porque en Inglaterra el estado une la supremacía religiosa á la supremacía política, y en virtud de esa supremacía, se ha hecho día *feriado* el 30 de enero de 1649. En Francia no sucede lo mismo: Roma solo tiene el derecho de ordenar en puntos de religión; pues entonces, ¿qué es una ordenanza que un príncipe publica: un decreto que una asamblea política promulga, si otro príncipe ó otra asamblea

tienen el derecho de anularlos? Pienso, pues, hoy, que el símbolo de una fiesta que puede ser abolida, que el testimonio de una catástrofe trágica no consagrada por el culto, no está convenientemente colocado en el camino por donde la muchedumbre pasa distraída en sus placeres. En el tiempo actual, sería de temer que un monumento elevado con el objeto de expresar el horror de los excesos revolucionarios excitase el deseo de imitarlos: queriendo perpetuar el horror, muchas veces no se hace más que perpetuar el ejemplo. Los siglos no adoptan los legados de luto, pues tienen bastante motivo presente para llorar, sin encargarse además de verter lágrimas hereditarias.

Al ver el carro fúnebre que conducía los restos de la reina y del rey, me sentí sumamente afectado, y lo seguí con la vista con un presentimiento funesto. En fin, Luis XVI tomó su puesto en Saint-Denis, y Luis XVIII por su parte durmió en el Louvre: los dos hermanos comenzaban juntos otra era de los reyes y de los espectros legítimos: vana restauración del trono y de la tumba, cuyo doble polvo ha barrido ya el tiempo.

Ya que he hablado de estas ceremonias fúnebres, os diré el mareo de que estaba agitado y oprimido cuando, concluida la ceremonia, me paseaba por la tarde en la Basílica, medio descolgada ya. Que pensaba en la vanidad de las grandezas humanas entre aquellas tumbas devastadas, era cosa corriente, moral vulgar que nacía del espectáculo mismo; pero mi ánimo no se detenía aquí, y penetraba hasta en la naturaleza del hombre. ¿Es todo vacío y ausencia en la región de los sepulcros? ¿No hay nada en ese nada? ¿No hay existencias de nada, pensamientos de polvo? ¿Esas osamentas no tienen modos de vida que se ignoran? ¿Quién sabe las pasiones, los placeres, los abrazos de esos muertos? ¿Las cosas que han soñado, creído y esperado, son como ellos, idealidades re vueltas y confundidas con los mismos? Sueños, porvenir, alegrías, dolores, libertad y esclavitud, poderes y debilidades, crímenes y virtudes, honores é infamias, riquezas y miserias, talentos, genios, inteligencias, glorias, ilusiones, amores, ¿sois percepciones de un momento, percepciones pasadas con los cráneos destruidos en los cuales se engendraron, con el seno anonadado donde en otro tiempo latió un corazón? ¿En vuestro eterno silencio, ¡oh tumbas! si sois tumbas, no se oye más que una risa burlona y eterna? ¿Esa risa, es el Dios, la única realidad que sobrevivirá á la impostura del universo? Cerremos los ojos: llenemos el abismo desesperado de la vida con estas grandes y misteriosas palabras del mártir: — «Soy cristiano.»

LA ISLA DE ELBA.

Bonaparte había rehusado embarcarse en un buque francés, no haciendo entonces caso más que de la marina inglesa, porque era victoriosa: había olvidado su odio, las calumnias y los ultrajes que hiciera á la pérdida Albion, y como no veía digno de su admiración más que al partido triunfante, se embarcó en el *Undaunted*, que lo transportó al puerto de su primer destierro. No estaba sin inquietud sobre la manera con que sería recibido, pues dudaba que la guarnición francesa le entregase el territorio que custodiaba. De aquellos insulares italianos unos querían llamar á los ingleses, los otros permanecer libres de todo señor, y la bandera tricolor y la blanca ondeaban sobre algunos cabos cercanos. Todo se arregló, sin embargo. Cuando se supo que Bonaparte llegaba con millones, los pareceres se decidieron generosamente á recibir á la *augusta víctima*, y las autoridades civiles y religiosas fueron arrastradas á la misma convicción. José Felipe Arrighi, vicario general, pu-

blicó un decreto, en que decía: «La Divina Providencia ha querido que fuésemos en lo sucesivo súbditos de Napoleón el Grande. La isla de Elba, elevada á un honor tan sublime, recibe en su seno al ungido del Señor. Ordenamos que se cante un solemne *Te-Deum* en acción de gracias, etc.»

El emperador había escrito al general Damesme, comandante de la guarnición francesa, que hiciese conocer á los naturales que había *elegido* su isla para su residencia, en consideración á la dulzura de sus costumbres y de su clima. Saltó á tierra en Porto-Ferrajo, en medio del doble saludo de la fragata inglesa que le llevaba y de las baterías de la costa. Desde allí fue conducido bajo el palio de la parroquia á la iglesia, donde se cantó el *Te-Deum*. El bedel, maestro de ceremonias, era un hombre pequeño y obeso, que no podía abarcarse el vientre con los brazos. Napoleón fue conducido en seguida al corregimiento donde estaba preparada su habitación, y se desplegó el nuevo pabellón imperial, fondo blanco atravesado con una banda roja sembrada de tres abejas de oro. Tres violines y dos contrabajos le seguían con rechamamientos de gozo. El trono levantado apresuradamente en el salón de los bailes públicos, estaba decorado con oropel y girones de escarlata: el lado cómico de la naturaleza del prisionero se arreglaba muy bien con todo esto. Formó su servidumbre, que se componía de cuatro gentiles-hombres, tres oficiales de órdenes y dos furrieres del palacio, declarando que recibiría á las damas dos veces por semana, á las ocho de la noche. En seguida dió un baile, y se apoderó, para residir en él, del pabellón de los ingenieros militares. Bonaparte encontraba sin cesar en su vida las dos fuentes de que había salido; la democracia y el poder real: su poder le venía de las masas ciudadanas; su rango de su genio; por eso se le ve pasar sin esfuerzo de la plaza pública al trono, de los reyes y de las reinas que se apiñaban enredador suyo en Erfurt á las panaderas y aceiteras que bailoteaban en su granja en Porto-Ferrajo. A las cinco de la mañana, con medias de seda y zapatos de hebilla, iba á presidir las obras de albañilería que mandaba hacer en la isla.

Establecido en su imperio, inagotable en acero desde el tiempo de Virgilio,

Insula in exhaustis chalybum generosa metallis.

Bonaparte no olvidaba los ultrajes por los que acababa de atravesar, ni había renunciado á desgarrar su sudario; pero le convenía parecer sepultado y hacer solo alrededor de su monumento alguna aparición de fantasma. Por esta razón, y como si no pensase en otra cosa, se apresuró á bajar á sus criaderos de hierro cristalizado y de iman, de modo que se le hubiera tomado por el antiguo inspector de las minas de su actual Estado. Arrepintiéndose de haber afectado en otro tiempo la renta de las fundiciones de *Ilva* á la legión de honor, y quinientos mil francos le parecían valer mucho más que una cruz bañada en sangre sobre el pecho de sus granaderos: — «¿Dónde tenía yo la cabeza? dijo; he dado muchos decretos estúpidos de esta naturaleza.» Hizo un tratado de comercio con Liorna y se proponía hacer otro con Génova, y valiera lo que valiese, emprendió cinco ó seis toesas de carretera, y trazó la colocación de cuatro grandes ciudades, como Dido designó los límites de Cartago. Filósofo arrepentido de las grandezas humanas, declaró que quería vivir como un juez de paz en un condado de Inglaterra; y sin embargo, al subir una montaña que domina á Porto-Ferrajo, á la vista del mar, que la rodeaba por todas partes, se le escaparon estas palabras: — «¡Diablo! preciso es confesar que mi isla es muy pequeña.» En algunas horas hubiera podido visitar todos sus dominios. Quería agregar á la

isla una roca llamada *Pianosa*, y dijo riendo: «La Europa va á acusarme de haber hecho ya una conquista.» Las potencias aliadas se gloriaban de haberle dejado por irrisión cuatrocientos soldados; pero no necesitaba mas para llamar á todos los otros bajo su bandera.

La presencia de Napoleon en las costas de Italia, que habia visto comenzar su gloria y que conserva su recuerdo, todo lo agitaba. Murat era vecino, y sus amigos llegaban pública ó secretamente á su retiro: su madre y su hermana, la princesa Paulina, le visitaron, y pronto esperaban ver llegar á María Luisa y á su hijo. En efecto, apareció una mujer y un niño, y recibida con gran misterio, fue á morar en una villa retirada en el rincón mas remoto de la isla.

Si nosotros hubiéramos sido menos confiados, fácil nos habria sido descubrir la aproximacion de una catástrofe. Bonaparte estaba demasiado cerca de su cuna y de sus conquistas, y su isla fúnebre debía estar mas remota y rodeada de mas olas. No se explica cómo los aliados imaginaron relegar á Napoleon sobre las rocas en que debía hacer el aprendizaje del destierro. ¿Podía creerse que á la vista de los Apeninos, que al olor de la pólvora de los campos de Montenotte, de Arcole y de Marengo, que al descubrir á Venecia, Roma y Nápoles, sus tres bellas esclavas, no se apoderasen de su corazón las tentaciones mas irresistibles? ¿Habíase olvidado que Bonaparte tenia en todas partes admiradores y obligados, unos y otros sus cómplices? Su ambición estaba decaída, pero no apagada, y el infornio y la venganza reanimaron sus llamas. Cuando el príncipe de las tinieblas, desde la orilla del universo creado, apercibió al hombre y al mundo, resolvió perderlos.

Antes de estallar, el terrible cautivo se contuvo por algunas semanas. Su genio negociaba una fortuna ó un reino, y los Fouché y los Guzman de Alfarache pululaban por todas partes. El gran actor habia introducido el melodrama en su policía, reservándose la alta escena, y se divertía con las víctimas vulgares, que desaparecían detrás de los telones de su teatro.

El bonapartismo, en el primer año de la restauración, pasó del simple deseo á la acción, á medida que sus esperanzas crecieron y que hubo conocido mejor el carácter débil de los Borbones. Bajo la hábil administración de Mr. Ferrand, Mr. de Lavalette llevaba la correspondencia y los correos de la monarquía y los despachos del imperio. Nada se ocultaba ya: las caricaturas anunciaban una vuelta deseada, y se veían entrar águilas por las ventanas del palacio de las Tullerías, por cuyas puertas salía una manada de pavos.

Las advertencias llegaban de todas partes, y no se quería creer en ellas, ó inútilmente el gobierno suizo habia prevenido al del rey de la actitud de José Bonaparte, retirado en el país de Vaud. Una mujer que llegaba de Elba daba los detalles mas circunstanciados de lo que pasaba en Porto-Ferrajo, y la policía la metió en la cárcel; teniase por cierto que Napoleon no se atrevería á intentar nada antes de la disolución del congreso, y que, en todos casos, sus miras se dirigirían hácia Italia. Otros, mas avisados aun, hacían votos porque el *cabo de escuadra*, el *prisionero*, abordase á las costas de Francia, pues así se acabaría de un solo golpe. Mr. Pozzo di Borgo declaraba en Viena que el delincuente sería cogido de un árbol. Si pudieran verse ciertos papeles, en ellos se encontraría la prueba de que, desde 1814, se urdía una conspiración militar y marchaba al paso de la conspiración política que el príncipe de Talleyrand dirigía en Viena á instigación de Fouché. Los amigos de Napoleon le escribían que si no apresuraba su vuelta, encontraría ocupado su lugar en las Tullerías por el duque de Orleans, y se imaginan que esta revelación sirvió para precipitar la vuelta de Bonaparte. Estoy convencido de todo esto; pero tambien creo que la causa deter-

minante que decidió á Bonaparte fue simplemente la naturaleza de su genio.

Acababa de estallar la conspiración de Drouet, de Erlon y de Lefebvre-Desnouettes. Algunos dias antes comia yo en casa del mariscal Soult, ministro de la Guerra, y un necio refería el destierro de Luis XVIII en Hart-well. El mariscal escuchaba, y á cada circunstancia respondía con estas palabras: «Eso es histórico.»—Traían las habuchas de S. M.: «Eso es histórico.»—El rey sorbía tres huevos antes de comer: «Eso es histórico!» Esta respuesta me chocó mucho. Cuando un gobierno no está sólidamente establecido, hay muchos que, segun la mayor ó menor energía de su carácter, se convierten en conspiradores: los sucesos hacen mas traidores que las opiniones.

Revisado en diciembre de 1846.

PRINCIPIO DE LOS CIEN-DIAS.—VUELTA DE LA ISLA DE ELBA.

De pronto anunció el telégrafo á los valientes y á los incrédulos el desembarque del hombre: *Monsieur* corre á Lyon con el duque de Orleans y el mariscal Macdonald, y vuelve inmediatamente. El mariscal Soult, denunciado en la cámara de los Diputados, cede su puesto al duque de Feltré el 11 de marzo. Bonaparte encontró de ministro de la Guerra de Luis XVIII en 1815 al general que habia sido su último ministro de la Guerra en 1814.

El atrevimiento de la empresa era inaudito. Bajo el punto de vista político se podría mirar esta empresa como el crimen irremisible y la falta capital de Napoleon. El sabia que reunidos aun los príncipes en el congreso, que la Europa aun sobre las armas, no sufrirían su restablecimiento: su juicio debía advertirle de que un triunfo, si lo obtenía, no sería mas que de un momento; pero inmolaba á su pasión de reaparecer en la escena el reposo de un pueblo que le habia prodigado su sangre y sus tesoros, y exponía á la desmembración la patria, de la que tenia todo cuanto fuera en lo pasado y cuanto sería en el porvenir. En esta concepción fantástica hubo un egoísmo feo, una falta increíble de agradecimiento y de generosidad hácia la Francia.

Todo esto es cierto, segun la razon práctica, para un hombre de entrañas mas bien que de cabeza; mas para los hombres de la naturaleza de Napoleon, existe una razon de otra especie; esas criaturas de elevada fama tienen un carácter distinto: los cometas describen curvas que se escapan al cálculo, pues no están fijas en nada ni parecen buenas para nada; si se encuentra un astro á su paso, lo rompen y entran en los abismos del cielo; sus leyes no son conocidas mas que de Dios. Los individuos extraordinarios son los monumentos de la inteligencia humana, y no constituyen la regla.

Bonaparte fue, pues, menos determinado á su empresa por las falsas relaciones de sus amigos que por la necesidad de su genio, y se lanzó á ella en virtud de la fe que en sí mismo tenia. Para un grande hombre no es todo nacer, es preciso morir. ¿La isla de Elba era un fin para Napoleon? ¿Podía aceptar la soberanía de un cuadrado de legumbres como Diocleciano en Salona? Si hubiera esperado á mas tarde, ¿habría tenido mas probabilidades de triunfo, entonces, que hubiera conmovido menos su recuerdo, que hubiesen dejado el ejército sus antiguos soldados y que se hubieran afirmado las nuevas posiciones sociales? ¿Pues bien! el dió una cabezada contra el mundo, y al principio debió creer que no se habia engañado sobre el prestigio de su poder.

Una noche, entre el 25 y el 26 de febrero, al salir

de un baile que daba la princesa Borghese, se evade con la victoria largo tiempo su cómplice y su camarada, atraviesa una mar cubierta de nuestras escuadras, encuentra dos fragatas, un navío de setenta y cuatro y el brick de guerra *Zephyr* que se acerca y le interroga: él mismo responde á las preguntas del capitán; la mar y las olas le saludan, y él prosigue su curso. La cubierta de su pequeño buque, el *Inconstant*, le sirve de paseo y de gabinete, dicta en medio de los vientos y hace copiar sobre aquella mesa agitada tres proclamas al ejército y á la Francia: algunos fanchos, cargados con sus compañeros de aventura, rodeando su barca-almirante, llevan pabellon blanco sembrado de estrellas. El 1.º de marzo á las tres de la mañana aborda á las costas de Francia entre Cannes y Antibes, en el golfo Juan: salta en tierra, recorre la orilla, coge violetas, y vivaquea en una plantación de olivos. El pueblo, estupefacto, se retira, y evitando Bonaparte entrar en Antibes, se mete en las montañas de Grasse, y atraviesa Seranon, Barreme, Digne y Gap. Veinte hombres pueden prenderlo en Sisteron, pero no encuentra á nadie, y avanza sin obstáculo por entre aquellos habitantes que algunos meses antes habian querido degollarlo. En el vacío que se forma enredador de su sombra gigantesca, si entran algunos soldados, son arrastrados invenciblemente por la atracción de sus águilas. Fascinados sus enemigos, le buscan y no lo ven, pues se oculta en su gloria como el león de Sahara en los rayos del sol para evitar las miradas de los cazadores deslumbrados. Envueltos en una nube ardiente, los fantasmas sangrientos de Arcole, de Marengo, Austerlitz, Jena, Friedland, Eylau, Moscowa, Lutzen y Bautzen, le forman su comitiva con un millon de muertos. Del seno de esta columna de fuego, salen á la entrada de las ciudades algunos sonidos de clarín mezclados á las señales del lábaro tricolor, y las puertas de las ciudades caen. Cuando Napoleon pasó el Niemen á la cabeza de cuatrocientos mil infantes y de cien mil ginetes para hacer volar el palacio de los czares en Moscon, fue menos sorprendente que cuando rompiendo su destierro, arrojando sus cadenas al rostro de los reyes, vino solo de Cannes á París, á dormir apaciblemente en las Tullerías.

TORPEZA DE LA LEGITIMIDAD.—ARTICULO DE BENJAMIN CONSTANT.—ORDEN DEL DIA DEL MARISCAL SOULT.—SESION REGIA.—PETICION DE LA ESCUELA DE DERECHO A LA CÁMARA DE LOS DIPUTADOS.

Después del prodigio de la invasion de un solo hombre, es preciso colocar otro, que fue el rechazo del primero: la legitimidad cayó desfallecida, y el pasmado del corazón del estado corrió por todos sus miembros, y dejó á la Francia inmóvil. Durante veinte dias, Bonaparte marcha por jornadas; sus águilas vuelan de campanario en campanario, y en un camino de doscientas leguas, el gobierno, dueño de todo, disponiendo del dinero y de los brazos, no encuentra ni el tiempo ni los medios de cortar un puente, de derribar un árbol para retardar al menos una hora la marcha de un hombre á quien las poblaciones no se oponían, pero á quien no seguían tampoco.

Esta torpeza del gobierno parecia tanto mas deplorable, cuanto que la opinion pública en París estaba muy animada y dispuesta á todo, á pesar de la defección del mariscal Ney. Benjamin Constant escribía en los diarios:

«Después de haber derramado todas las plagas sobre nuestra patria, abandonó el suelo de la Francia. ¿Quién no hubiera pensado que lo dejaba para siempre? De repente se presenta, y promete aun á los franceses la libertad, la victoria y la paz. ¿Autor de la constitucion mas tiránica que haya regido la Francia, habla hoy de libertad! Pero él es quien durante catorce años ha minado y destruido la libertad. El no

tenia la excusa de los recuerdos ni el hábito del poder, pues no habia nacido bajo la púrpura. Ha impuesto la servidumbre á sus conciudadanos; ha encadenado á sus iguales, y como no habia heredado el poder, ha querido y meditado la tiranía; ¿que libertad puede prometer? ¿No somos hoy mil veces mas libres que bajo su imperio? Promete la victoria, y tres veces ha abandonado sus tropas, en Egipto, en España y en Rusia, entregando á sus compañeros de armas á la triple agonía del frío, de la miseria y de la desesperación. Ha atraído sobre la Francia la humillación de ser invadida, y ha perdido las conquistas que habíamos hecho antes de él. Promete la paz, y su solo nombre es una señal de guerra. Bastante desgraciado el pueblo para servirle, volvería á ser el objeto del odio europeo, y su triunfo sería el principio de un combate á muerte contra el mundo civilizado. Nada, pues, tiene que reclamar ni ofrecer. ¿Quién podría convencerle ó quien podría seducirle? La guerra intestina, la guerra exterior: hé aquí los presentes que nos trae.»

La orden del dia del mariscal Soult, fecha de 8 de marzo de 1815, repite poco mas ó menos las ideas de Benjamin Constant con una efusion de lealtad:

«Soldados: Este hombre, que hace poco abdicó á los ojos de la Europa un poder usurpado, del cual habia hecho tan fatal uso, ha vuelto al suelo francés, que ya no debía volver á ver mas.

«¿Qué quiere? La guerra civil. ¿Qué busca? Traidores. ¿Dónde los encontrará? Será entre esos soldados que ha engañado y sacrificado tantas veces extraviando su bravura? ¿Será en el seno de esas familias, á quienes su nombre solo llena todavía de espanto?

«Bonaparte nos desprecia bastante para creer que podremos abandonar á un soberano legítimo y querido para compartir la suerte de un hombre que no es ya mas que un aventurero. ¿Lo cree el insensato, y su último acto de demencia acaba de manifestarlo!

«Soldados, el ejército francés es el mas valiente de Europa, y tambien será el mas fiel.

«Agrupémonos enredador de la bandera de las lises, á la voz de ese padre del pueblo, de ese digno heredero de las virtudes de Enrique el Grande. El mismo os ha trazado los deberes que teneis que llenar. A vuestra cabeza se pone ese príncipe, modelo de los caballeros franceses, cuya feliz vuelta á nuestra patria ha arrojado ya al usurpador, y que hoy va á destruir con su presencia, su única y última esperanza.»

Luis XVIII se presentó el 16 de marzo en la cámara de los Diputados, donde se trataba del destino de la Francia y del mundo. Cuando S. M. entró, los diputados y los espectadores de las tribunas se levantaron y se descubrieron, conmoviendo una aclamación las paredes de la sala. Luis XVIII sube lentamente á su trono; los príncipes, los mariscales, los capitanes de guardias se forman á los dos lados del rey; cesan los gritos, todo el mundo calla, y en este intervalo de silencio se creía oír los pasos lejanos de Napoleon. Sentado S. M., mira un momento la asamblea, y pronuncia con voz firme este discurso!

«Señores, en este momento de crisis, en que el enemigo público ha penetrado en una parte de mi reino, amenazando la libertad del resto, vengo en medio de vosotros á estrechar todavía mas los lazos que, uniéndoos conmigo, constituyen la fuerza del Estado: vengo, dirigiéndome á vosotros, á exponer á toda la Francia mis sentimientos y mis deseos.

«He vuelto á ver mi patria, y la he reconciliado con las potencias extranjeras, que no dudeis serán fieles á los tratados que nos han dado la paz: he trabajado en la felicidad de mi pueblo, y he recogido y recojo todos los dias las señales mas inequívocas de su amor: ¿podría terminar mejor mi carrera á los sesenta años, que muriendo en su defensa?

«Nada, pues, temo por mí; pero sí temo por la

Francia: el que viene á encender entre nosotros las antorchas de la guerra civil, también nos trae el azote de la guerra extranjera; viene á poner nuestra patria bajo un yugo de hierro; viene, en fin, á destruir esa Carta constitucional que yo os he dado; esa Carta, no ya un bello título á los ojos de la posteridad, sino Carta que todos los franceses aman, y que yo juro aquí mantener: agrupémonos enrededor de ella.»

Aun hablaba el rey, cuando una nube esparció la oscuridad en la sala, y los ojos se dirigieron hacia la bóveda para buscar la causa de esta noche repentina. Cuando el monarca legislador dejó de hablar, los gritos de *viva el rey!* comenzaron otra vez en medio de las lágrimas. «La asamblea, dice con verdad *El Moniteur*, electrizada con las palabras sublimes del rey, estaba en pie con las manos extendidas hacia el trono, y solo se oían las voces de *viva el rey!* morir por el rey! repetidas con un entusiasmo de que participaron todos los corazones franceses.»

En efecto, era patético el espectáculo: un rey anciano y enfermo, que, en premio del sacrificio de su familia y de veinte y tres años de destierro, había traído á la Francia la paz, la libertad, el olvido de todos los ultrajes y de todas las desgracias; este anciano patriarca de los soberanos, declarando ante los diputados de la nación que á su edad, y después de haber vuelto á ver á su patria, no podía terminar mejor su carrera que muriendo por la defensa de su pueblo! Los príncipes juraron fidelidad á la Carta, juramentos tardíos que fueron cerrados por el del príncipe de Condé y por la adhesión del padre del duque de Enghien. Esta raza heroica, próxima á extinguirse; esta raza de espada patricia, buscando detrás de la libertad un escudo contra una espada plebea, mas joven, mas larga y mas cruel, ofrecía en razón á una multitud de recuerdos, alguna cosa extremadamente triste.

Conocido que fue el discurso de Luis XVIII, excitó un entusiasmo inexplicable. París era todo realista, y tal permaneció durante los Cien-Días, y las mujeres particularmente eran borbonistas.

La juventud adora hoy el recuerdo de Bonaparte, porque está humillada del papel que el gobierno actual hace representar á la Francia en Europa: la juventud saludaba en 1814 la restauración, porque abría el despotismo y realizaba la libertad. En las filas de los voluntarios realistas se contaba á Mr. Odilon Barrót, un gran número de alumnos de la escuela de medicina, y la de derecho entera, que el 13 de marzo dirigió la petición siguiente á la cámara de los Diputados.

«Señores: Nos ofrecemos al rey, y á la patria: la escuela de derecho entera pide marchar. Nosotros no abandonaremos ni nuestro soberano ni nuestra constitución, y fieles al honor francés, os pedimos armas. El sentimiento de amor que profesamos á Luis XVIII os responde de la constancia de nuestro patriotismo. Ya no queremos mas hierros; queremos la libertad que tenemos y que vienen á arrancarnos: nosotros la defenderemos hasta la muerte. *Viva el rey!* *Viva la constitución!*»

En este lenguaje enérgico, natural y sincero, se siente la generosidad de la juventud y el amor á la libertad. Los que nos dicen hoy que la restauración fue recibida con disgusto y dolor por la Francia toda, son ambiciosos que juegan una partida, ó hombres nacientes que no han conocido la opresión de Bonaparte, ó antiguos mentidores revolucionarios imperializados, que después de haber aplaudido como los otros á la vuelta de los Borbones, insultan ahora, según su costumbre, al que ha caído, y vuelven á sus instintos de asesinato, de servidumbre y de policía.

PROYECTO DE DEFENSA DE PARÍS.

El discurso del rey me había llenado de esperanza. Celebrábase conferencias en casa del presidente de la cámara de los Diputados, Mr. Lainé, y en ella encontré á Mr. de Lafayette, á quien jamás había visto sino de lejos y en otra época, en tiempo de la Asamblea Constituyente. Las proposiciones eran diversas, y la mayor parte débiles, como sucede cuando hay peligro. Unos querían que el rey saliese de París y se retirase al Havre; otros hablaban de transportarlo á la Vandée, y algunos decían que era preciso esperar y ver venir: lo que venía era sin embargo muy visible. Yo manifesté una opinión diferente, y cosa singular! Mr. de Lafayette la apoyó con calor: Mr. Lainé y el mariscal Marmont eran también de mi parecer. Yo decía:

«Que el rey cumpla su palabra, y que se quede en su capital. La guardia nacional está por nosotros; aseguremos de Vincennes, y así tendremos el dinero y las armas. Si el rey sale de París, París dejará entrar á Bonaparte, y Bonaparte dueño de París, es dueño de la Francia. El ejército no se ha pasado entero al enemigo, pues hay muchos regimientos, generales y oficiales que no han hecho traición á su juramento: permanezcamos firmes, y ellos continuarán fieles. Dispersemos la familia real, y que solo quede aquí el rey. Que *Monsieur* vaya al Havre, el duque de Berry á Lille, el duque de Borbon á la Vandée, el duque de Orleans á Metz: ya la duquesa y el duque de Angulema estén en el Mediodía. Nuestros diversos puntos de resistencia impedirá que Bonaparte concentre sus fuerzas. Parapetémonos en París, que ya vienen en nuestro auxilio los guardias nacionales de los departamentos vecinos. En medio de este movimiento, nuestro anciano monarca, bajo la protección del testamento de Luis XVI y la Carta en la mano, permanecerá tranquilo, sentado en su trono en las Tullerías: el cuerpo diplomático se agrupará enrededor suyo; las dos cámaras se reunirán en los dos pabellones del palacio, y la servidumbre del rey acampará en el Carrousel y en el jardín de las Tullerías. Coronaremos de cañones los muelles, y que Bonaparte nos ataque en esta posición; que tome una á una nuestras barricadas; que bombardee á París, si quiere y tiene morteros; que se haga odioso á la población entera, y ya veremos el resultado de su empresa. Resistamos solamente tres días, y la victoria es nuestra: defendiéndonos el rey en su palacio, causará un entusiasmo universal, y en fin, si debe morir, que muera digno de su rango, y que la última empresa de Napoleón sea la degollación de un anciano. Sacrificando su vida Luis XVIII, ganará la única batalla que habrá dado, y la ganará en provecho de la libertad del género humano.»

Esta resolución, en apariencia desesperada, era en el fondo muy razonable, y no ofrecía el menor peligro. Siempre estaré convencido de que Bonaparte, encontrando á París enemigo y al rey presente, no habría intentado penetrar. Sin artillería, sin viveres, sin dinero, solo llevaba tropas reunidas á la ventura, vacilantes aun y sorprendidas del cambio brusco de escarapela, y de sus juramentos pronunciados en medio de los caminos. Algunas horas de tardanza perdían á Bonaparte, y solo se necesitaba para ello un poco de corazón. Ya podía contarse con una parte del ejército: los dos regimientos suizos permanecían fieles, y el mariscal Gouvion Saint-Cyr hizo tomar la escarapela blanca á la guarnición de Orleans, dos días después de la entrada de Bonaparte en París. De Marsella á Burdeos; todo reconoció la autoridad del rey durante el mes de marzo entero, y las tropas de Burdeos que vacilaban, se habrían quedado con la

señora duquesa de Angulema, si les hubiesen dicho que el rey estaba en las Tullerías, y que París iba á defenderse: entonces también las ciudades de provincia habrían imitado á París. El diez de línea se batió muy bien, á las órdenes del duque de Angulema, Massena se mostraba cauteloso é incierto, y la guarnición de Lille respondió á la viva proclama del mariscal Mortier. Si todas estas pruebas de una fidelidad posible tuvieron lugar, á despecho de una fuga, ¿qué no habrían sido en el caso de una resistencia?

Adoptado mi plan, los extranjeros no hubiesen devastado de nuevo la Francia, nuestros príncipes no habrían vuelto con los ejércitos enemigos, y la legitimidad se habría salvado por sí misma. Una sola cosa habría sido de temer después del triunfo: la gran confianza de la monarquía en sus fuerzas, y por consiguiente ataques contra los derechos de la nación.

¿Por qué nací en una época en que estaba tan mal colocado? ¿Por qué he sido realista contra mis instintos, en un tiempo en que una miserable raza de corte, no podía comprenderme? ¿Por qué he caído en medio de ese tropel de medianías que me tomaban por un calavera, cuando hablaba de valor, y por un revolucionario cuando hablaba de libertad?

El rey no tenía ningún temor y aun le agradaba bastante mi plan por cierta grandeza á lo Luis XIV; pero entre tanto, se embalsaban los diamantes de la corona (en otro tiempo adquiridos del tesoro particular de los soberanos), dejando treinta y tres millones de escudos y cuarenta y dos millones en efectos. ¿Estos setenta y cinco millones, eran el producto de la contribución; por qué no se le devolvía al pueblo, en vez de dejarlo á la tiranía?

Todo era confusión en las escaleras del pabellón de Flora, y todos preguntaban y nadie respondía: yo he visto jóvenes llorar de furor pidiendo inútilmente órdenes y armas, y he visto mujeres ponerse malas de cólera y de desprecio; pero acercarse al rey era imposible, porque cerraba las puertas la etiqueta.

La gran medida decretada contra Bonaparte fue una orden de perseguirlo: ¡Luis XVIII, sin piernas, perseguir al conquistador del mundo! Esta fórmula de las antiguas leyes, renovada en esta ocasión, bastó para demostrar el alcance de la inteligencia de los hombres de Estado de esta época. *Perseguir en 1815!* ¿Y á quién? ¿A un lobo? ¿A un jefe de bandidos? ¿A un señor alevé? ¡No; á Napoleón, que había perseguido á los reyes y marcádonos para siempre en el hombro con su N indeleble!

De esta ordenanza, considerada de mas cerca, salía una verdad política que nadie veía: la raza legítima, extraña á la nación por espacio de veinte y tres años, había permanecido en el día y en el lugar en que la revolución la sorprendiera, mientras que la nación había marchado en el tiempo y en el espacio. De aquí la imposibilidad de entenderse: religión, ideas, intereses, lenguaje, tierra y cielo, todo era diferente para el pueblo y para el rey, porque ya no estaba en el mismo punto del camino sino separados por un cuarto de siglo, equivalente á siglos.

Pero si la orden de perseguir parece extraña por la conservación del antiguo idioma de la ley, tuvo Bonaparte intención de obrar mejor, empleando un nuevo lenguaje. Ciertos papeles de Mr. de Hauterive, inventariados por Mr. Artaud, prueban que costó mucho trabajo impedir que Napoleón hiciese fusilar al duque de Angulema, no obstante el documento oficial del *Moniteur*: él encontraba mal que este príncipe se hubiera defendido. Y, sin embargo, el fugitivo de la isla de Elba, al salir de Fontainebleau, había encargado á los soldados que fuesen fieles al monarca que la Francia se había elegido. La familia de Bonaparte había sido respetada; la reina Hortensia había aceptado de Luis XVIII el título de duquesa de Saint Leu, y Murat, que aun reinaba en Nápoles, no

habría visto vendido su reino sino por Mr. de Talleyrand durante el congreso de Viena.

¡Deplorable época, en que á todos falta la franqueza, y en que solo la juventud es sincera, porque aun toca á su cuna! Bonaparte declara solemnemente que renuncia á la corona; se marcha y vuelve al cabo de nueve meses: Benjamin Constant imprime su enérgica protesta contra el tirano, y cambia en veinte y cuatro horas; el mariscal Soult anima á las tropas contra su antiguo capitán, y algunos días después se rie á carcajadas de su proclama en el gabinete de Napoleón en las Tullerías, y es mayor general del ejército en Waterloo; el mariscal Ney besa las manos del rey, jura llevarle á Bonaparte encerrado en una caja de hierro, y entrega á este todos los cuerpos que manda. ¡Ay! ¿Y el rey de Francia?.. Declara que á sesenta años no puede terminar mejor su carrera que muriendo en defensa de su pueblo... ¡y huyó á Gante! Al ver esta imposibilidad de verdad en los sentimientos, este desacuerdo entre las palabras y las acciones, se siente uno acometido de disgusto hacia la especie humana.

El 20 de marzo, Luis XVIII pretendía morir en medio de la Francia, y, si cumple su palabra, aun podía durar la legitimidad un siglo: la naturaleza misma parecía haber quitado al viejo rey la facultad de retirarse, encañenándolo con achaques de salud; pero los destinos futuros de la raza humana hubiesen sido trabados por el cumplimiento de la resolución del autor de la Carta. Bonaparte acudió en auxilio del porvenir: este Cristo del mal tomó por la mano al nuevo paralítico, y le dijo: — «Levantaos y llevaos vuestro lecho: *Surge, tolle lectum tuum.*»

FUGA DEL REY.—MARCHO CON MAD. DE CHATEAUBRIAND.—DIFICULTADES DEL CAMINO.—EL DUQUE DE ORLEANS Y EL PRÍNCIPE DE CONDÉ.—TOURNAY, BRUSELAS.—RECUERDOS.—EL DUQUE DE RICHELIEU.—EL REY ME HACE LLAMAR Á GANTE.

Es evidente que se meditaba una fuga: en el temor de ser detenidos, no se avisaba ni aun á aquellos que, como yo, habrían sido fusilados una hora después de la entrada de Napoleón en París. En los Campos-Eliseos encontré al duque de Richelieu, y me dijo: — «Nos engañan, amigo, y yo me marchó, porque no pienso esperar solo al emperador en las Tullerías.»

Mad. de Chateaubriand había enviado un criado al Carrousel, con orden de no volver sino con la certidumbre de la fuga del rey, y como á media noche no hubiera vuelto, me fui á acostar. Acababa de meterme en la cama, cuando entró Mr. Clausel de Coussergues, y nos dijo que S. M. había marchado, que se dirigía hacia Lille. Llavábame esta noticia de parte del canceller, el cual, sabiendo el peligro en que yo estaba, violaba por mí el secreto, y me enviaba doce mil francos, á descontar de mis sueldos de ministro en Suecia. Pero yo me obstiné en quedarme hasta estar cierto de la salida del rey: el doméstico enviado á la descubierta volvió, y habiendo visto desfilas los coches de la corte, Mad. de Chateaubriand me hizo meter en su carruaje, el 20 de marzo á las cuatro de la mañana. Yo estaba en tal acceso de rabia, que no sabía dónde iba ni lo que hacía.

Salimos por la puerta de Saint-Martin. Al alba vi dos cuervos bajar apaciblemente de los olmos del camino, donde habían pasado la noche, para buscar en los campos su primer elemento, sin cuidarse de Luis XVIII ni de Napoleón: ellos no se veían obligados á abandonar su patria, y gracias á sus alas, se burlaban del camino en que yo estaba embarazado. ¡Antiguos amigos de Combourg, mas nos parecíamos en otro tiempo, cuando al nacer el sol almorzábamos moras silvestres en nuestros zarzales de Bretaña!

El camino estaba en muy mal estado, el tiempo

lluvioso, y Mad. de Chateaubriand un poco indispueta, mirando á cada momento por el vidrio del fondo si no éramos perseguidos. Dormimos en Amiens, donde nació Du Cange, en seguida en Arras, patria de Robespierre, donde fui reconocido. Habiendo enviado á pedir caballos el 22 por la mañana, el maestro de postas dijo que estaban retenidos por un general, que llevaba á Lille la noticia de la entrada triunfal del emperador y rey en París. Mad. de Chateaubriand se moría de miedo, no por ella, sino por mí; pero corrí á la casa de postas, y con dinero vencí la dificultad.

Quando llegamos á las murallas de Lille, el 23 á las dos de la mañana, encontramos las puertas cerradas, con órden de no abrirlas á nadie; no pudieron ó no quisieron decirnos si el rey había entrado en la ciudad. Por algunos luses comprometí al postillon á que nos condujese á Tournay, cuyo camino había hecho yo á pie y de noche en 1792, acompañado de mi hermano.

En Tournay supe que Luis XVIII había entrado ciertamente en Lille, con el mariscal Mortier, y que pensaba defenderse allí. Entonces despaché un correo á Mr. de Blacas, suplicándole me enviase un permiso para ser recibido en la plaza. El correo volvió con un permiso del comandante, pero sin una palabra de Mr. de Blacas. Dejando á Mad. de Chateaubriand en Tournay, subí en el carruaje para trasladarme á Lille, cuando llegó el príncipe de Condé. Por él supimos que el rey había marchado, y que el mariscal Mortier se hacia escoltar hasta la frontera. Según estas explicaciones, quedaba probado que Luis XVIII no estaba ya en Lille cuando llegó mi carta.

El duque de Orleans siguió de cerca al príncipe de Condé: la ambigüedad de su declaración y de su conducta llevaba el sello de su carácter. En cuanto al viejo príncipe de Condé, la emigración era su dios Lar; él no tenía miedo de Mr. de Bonaparte, y se batía si querían, ó se marchaba si lo deseaban: las cosas estaban un poco revueltas en su cerebro, y no sabía á punto fijo si se detendría en Rocroy para dar allí batalla, ó si iría á comer al Gran-Cer. Algunas horas antes que nosotros se puso en marcha, encargándome recomendase el café de la posada á las personas de su servidumbre que había dejado atrás. Ignoraba que yo había hecho dimisión cuando la muerte de su nieto; no estaba muy seguro de haber tenido un nieto, y solo sentía en su nombre cierto acrecentamiento de gloria que podía muy bien pertenecer á algun Condé de quien ya no se acordaba.

Recordais mi primer paso por Tournay con mi hermano, cuando mi primera emigración? Recordais, á este propósito, el hombre metamorfoseado en asno, de la joven de cuyas orejas salían espigas de trigo y de la lluvia de cuervos que todo lo incendiaba? En 1815 también éramos nosotros un diluvio de cuervos, pero no poníamos fuego en parte alguna. ¡Ay! ya no estaba yo con mi feliz hermano. Entre 1792 y 1815 habían pasado la república y el imperio; cuántas revoluciones se habían realizado también en mi vida! Vosotras, jóvenes generaciones del momento, dejad correr veinte y tres años, y direis á mi tumba dónde están vuestros amores y vuestras ilusiones de hoy.

De Tournay fuimos á Bruselas, donde no encontré ni al baron de Breteuil, ni á Rivarol, ni á aquellos jóvenes ayudantes de campo, ya muertos ó viejos, lo cual es la misma cosa. Ninguna noticia del barbero que me había dado asilo. Yo no tomé el mosquete, sino la pluma; pues de soldado me había convertido en embadurnador de papel. Luis XVIII estaba en Gante, adonde le habían conducido Mr. de Blacas y Mr. de Duras, con la intención primera de embarcarlo para Inglaterra. Si el rey hubiese consentido en este proyecto, jamás hubiera vuelto á subir sobre el trono.

Habiendo entrado en una posada para examinar un aposento, vi al duque de Richelieu fumando y medio acostado en un sofá en el fondo de una sala oscura. Me habló de los príncipes de la manera mas brutal, declarándome que se iba á Rusia, y que no quería volver á oír hablar de estas gentes. La señora duquesa de Duras tuvo el dolor de perder á su sobrina en Bruselas.

La capital del Brabante me causa horror, pues jamás me ha servido sino de paso á mis destierros: siempre ha producido desgracias á mí ó á mis amigos.

Una órden del rey me llamó á Gante. Los voluntarios realistas y el pequeño ejército del duque de Berry habían sido licenciados en Bethune en medio del lodo y de los accidentes de un desbande militar, permaneciendo solo doscientos hombres en la casa del rey, que fueron acantonados en Alkst: mis dos sobrinos, Luis y Cristian de Chateaubriand, formaban parte de este cuerpo.

LOS CIEN-DIAS EN GANTE.—EL REY Y SU CONSEJO.—SOY MINISTRO INTERINO DE LO INTERIOR.—MR. DE LALLY-TOLENDAL.—LA DUQUESA DE DURAS.—EL MARISCAL VICTOR.—EL ABATE LOUIS Y EL CONDE BEUGNOT.—EL ABATE DE MONTESQUIOU.—COMIDAS DE MARISCOS.—CONVIDADOS.

Habíanme dado un billete de alojamiento, del cual no me aproveché: una baronesa, cuyo nombre he olvidado, vino á ver á Mad. de Chateaubriand á la posada, y nos ofreció un aposento en su casa: «No hagais ningun caso, nos decía, de lo que os contará mi marido, pues tiene la cabeza... ¿Comprendéis? mi hija también es algun tanto extraordinaria, pues tiene momentos terribles; ¡pobre niña! pero por lo demás, es dulce como un cordero. ¡Ay! no es ella la que me causa mas penas: es mi hijo Luis, á quien si Dios no toca con su mano, será peor que su padre.» Mad. de Chateaubriand rehusó urbanamente ir á vivir en casa de personas tan razonables.

El rey formó su consejo: el imperio de este gran monarca consistía en una casa del reino de los Países-Bajos, la cual estaba situada en una ciudad que, aunque ciudad natal de Carlos V, había sido la capital da una prefectura de Napoleon: estos dos nombres tienen entre sí un gran número de acontecimientos y de siglos.

Estando en Londres el abate de Montesquiou, Luis XVIII me nombró ministro de lo Interior interino. Mi correspondencia con los departamentos no me daba gran trabajo, pues llevaba fácilmente al día mi correspondencia con los prefectos, subprefectos, corregidores y adjuntos de nuestras buenas ciudades, en la parte interior de nuestras fronteras; yo no hacía componer los caminos, y dejaba desplomarse los campanarios; mi presupuesto no me enriquecía, ni tenía fondos secretos, y continuaba siendo siempre ministro plenipotenciario de S. M. cerca del rey de Suecia, que, como su compatriota Enrique IV, reinaba por derecho de conquista, si no por el de nacimiento. Alrededor de una mesa de tapete verde discurremos en el gabinete del rey. Mr. de Lally-Tolendal, que, según creo, era ministro de Instrucción pública, pronunciaba discursos mas amplios y pomposos aun que su persona, citando á sus ilustres abuelos los reveses de Irlanda, y mezclando el proceso de su padre en el de Carlos I y Luis XVI. Por la noche descansaba de las lágrimas, sudores y palabras que había vertido en el consejo con una dama venida de París por entusiasmo á su genio.

La duquesa de Duras había ido á reunirse con su esposo entre los desterrados. Ya no quiero hablar mal de la desgracia, pues he pasado tres años al lado de esta mujer excelente, hablando de todo lo que las inteligencias y los corazones rectos pueden encontrar

en una conformidad de gustos, de ideas, de principios y de sentimientos. La duquesa de Duras era ambiciosa por mí, pues fue la primera que conoció lo que yo podía valer en política, y sentía en el alma las causas que me alejaban de los consejos del rey; pero mas sentía aun los obstáculos que mi carácter oponía á mi fortuna, y me reñía y quería corregirme de mi franqueza y candidez, y hacerme tomar hábitos de cortesania que ella misma no podía sufrir. Quizá nada conduce mas al reconocimiento que el sentirse bajo el patronato de una amistad superior que, en virtud de su ascendiente sobre la sociedad, hace pasar vuestros defectos por cualidades y vuestras imperfecciones por encantos. Un hombre os protege por lo que él vale; una mujer por lo que vos valeis, y hé aquí por qué de estos dos imperios el uno es tan odioso y el otro tan dulce.

Desde que perdí esta persona tan generosa, de alma tan noble, que reunía algo de la fuerza del pensamiento de Mad. de Stael á la gracia del talento de Mad. Lafayette, no he dejado de echarme en cara las faltas con que algunas veces he podido alligir á corazonces que me eran adictos. Cuando nuestros amigos han bajado al sepulcro, ¿qué medio tenemos para reparar nuestras faltas? Nuestras inútiles penas y arrepentimientos, ¿son un remedio á los disgustos que les hemos causado? Mejor hubieran querido ellos una sonrisa nuestra durante su vida, que todas nuestras lágrimas despues de su muerte.

La encantadora Clara (la señora duquesa de Rauxan) estaba en Gante con su madre, y entre los dos hacíamos malas coplas sobre un aire de la Tirolésa. Yo he tenido sobre mis rodillas muchas niñas hermosas que hoy son abuelas de jóvenes. Cuando os alejais de una mujer, casada en presencia vuestra á los diez y seis años, y volveis otros diez y seis despues, la encontráis de la misma edad: «¡Ah, señora; no ha pasado un dia por vos!» Sin duda; pero esto lo decís á su hija; á su hija, á quien también vereis conducir al altar. Pero vos, triste testigo de los dos himeneos, guardais esos diez y seis años: regalo de boda que apresurará vuestro propio matrimonio con una dama blanca, un poco flaca.

También estaba en Gante el mariscal Victor, viviendo con una sencillez admirable, sin pedir nada y sin importunar una vez al rey, á quien apenas veía: no sé si alguna vez se le hizo el honor de invitarlo á comer con S. M. En lo sucesivo he vuelto á encontrar al mariscal Victor; fui colega suyo en el ministerio, y siempre he visto en él la misma excelente naturaleza.

Mr. de Vaublanc y Mr. Capelle nos alcanzaron despues. El primero decía tener de todo en su cartera. «¿Queréis de Montesquiou? Aquí hay. ¿De Bossuet? Aquí tengo.» A medida que los acontecimientos parecían ir cambiando de faz, nos llegaban nuevos viajeros.

El abate Louis y el conde Beugnot se aparearon en la posada en que yo estaba alojado. Mad. de Chateaubriand estaba enferma, y yo la velaba, y los dos recién venidos se instalaron en una habitación, separada únicamente de la de mi mujer por un miserable tabique que hacia imposible no oír, á menos de taparse los oídos. Entre once y doce de la noche comenzaron á hablar los vecinos, y el abate Louis decía á Mr. Beugnot: «¿Tú, ministro? ¿Ya no lo serás, pues solo has hecho necesidades!» No entendí claramente la respuesta del conde Beugnot, pero habló de treinta y tres millones dejados en el tesoro real. Al parecer, el abate dejó caer de cólera una silla, y á pesar del ruido, agarré estas palabras: «¿El duque de Angulema? Es preciso que compre bienes nacionales en las puertas de París. Yo vendería el resto de los bosques del Estado, cortaría todos los olmos de los caminos, el bosque de Boulogne, los Campos Eliseos;

¿para qué sirve eso?» La brutalidad constituía el primer mérito de Mr. Louis, y su talento era un amor estúpido á los intereses materiales. En la gerga del tiempo llamaban á Mr. Louis un hombre especial; pero su especialidad financiera lo había conducido á sepultar el dinero de los contribuyentes en el tesoro, para que Bonaparte lo tomase.

El abate Louis había ido á Gante á reclamar su ministerio, y estaba en muy buenas relaciones con Mr. de Talleyrand, con el cual había oficiado solemnemente en la primera federación del campo de Marte: el obispo hacia de sacerdote, el abate Louis de diácono y el de Ernaud de subdiácono. Recordando Mr. de Talleyrand esta admirable profanación, decía al baron Louis: «¡Abate, muy hermoso estabas de diácono en el campo de Marte!»

El rey cristianísimo se había puesto al abrigo de todo cargo de gazmoñería, pues poseía en su consejo á un obispo casado, Mr. de Talleyrand; un sacerdote concubinario, Mr. Louis, y un abate poco practicante Mr. de Montesquiou.

Este último, hombre ardiente como un ético, y de cierta facilidad de palabras, tenía la inteligencia estrecha y denigrante, el corazón rencoroso, el carácter áspero. Un dia que yo había perorado en el Luxemburgo por la libertad de la prensa, pasando por delante de mí el descendiente de Clovis, me dió un gran golpe con su rodilla en una pierna, lo cual no era de buen gusto: yo se lo devolví, aunque esto no era urbano. El abate de Montesquiou llamaba festivamente á Mr. de Lally-Tolendal: «Un animal á la inglesa.»

En el rio de Gante se pesca un marisco muy delicado, que íbamos á comer *tutti quanti* en un bodegon esperando las batallas y el fin de los imperios. Mr. Laborie no faltaba nunca á la cita: por la vez primera lo había visto en Savigny, cuando huyendo de Bonaparte, entró por una ventana en casa de Mad. de Beaumont, y se salvó por otra. Incansable en el trabajo, amante de hacer servicios como otros gustan recibirlos, Mr. Laborie ha sido calumniado: la calumnia no es la acusación del calumniado, sino la excusa del calumniador. Yo he visto cansarse de las promesas de que era rico Mr. Laborie; pero ¿por qué? Las quimeras son como el tormento, mas siempre se pasa en ellas una hora ó dos. Muchas veces he llevado yo en la mano, con una brida de oro, antiguas rosas de recuerdos que no podían tenerse en pié, y que sin embargo tomaba por jóvenes y alegres esperanzas.

También vi en las comidas del marisco blanco á Mr. Mounier, hombre de razon y de probidad. Monsieur Guizot se dignaba honrarnos con su presencia.

CONTINUACION DE LOS CIEN-DIAS EN GANTE.—MONITOR DE GANTE.—MI DICTAMEN AL REY.—EFECTO DE ESTE DICTAMEN EN PARÍS.—FALSIFICACION.

Habíase establecido en Gante un *Moniteur*, y mi dictamen de 12 de mayo, insertado en este diario, prueba que mis sentimientos sobre la libertad de la prensa y sobre la dominación extranjera han sido en todos tiempos los mismos. Hoy puedo citar estos párrafos, que no desmienten mi vida:

«Señor: os aprestábais á coronar las instituciones cuya base habíais puesto... Habíais determinado una época para el principio de la cámara Hereditaria; el ministerio hubiera adquirido mas unidad; los ministros habrían sido miembros de las dos cámaras, según el espíritu mismo de la Carta, y se habría propuesto una ley á fin de que pudiesen elegirse miembros de la cámara de los Diputados antes de los cuarenta años, y que los ciudadanos tuviesen una verdadera carrera política; y por último, iba á tratarse de la adopción

de un código penal para los delitos de la prensa; adoptado el cual, esta habría sido enteramente libre, porque esta libertad es inseparable de todo gobierno representativo.

«Y esta es la ocasión, señor, de hacer de ello la protesta solemne; todos los ministros, todos los miembros de vuestro consejo son inviolablemente adictos á los principios de una prudente libertad. Séanos permitido, señor, deciroslo: nosotros estamos dispuestos á derramar por vos la última gota de nuestra sangre; á seguirnos hasta el fin de la tierra; á partir con vos las tribulaciones que el Todo-poderoso tenga á bien enviarnos, porque creemos ante Dios que mantendréis la constitución que habeis dado á vuestro pueblo, y que el deseo más sincero de vuestra alma regia en la libertad de los franceses. A ser de otra manera, señor, siempre habríamos muerto á vuestros pies por la defensa de vuestra sagrada persona, pero ya no habríamos sido más que soldados, habiendo dejado de ser vuestros consejeros y vuestros ministros.»

«Señor: en este momento participamos de vuestra regia tristeza, y no hay uno solo de vuestros consejeros y ministros que no diese su vida por prevenir la invasión de la Francia. ¡Sois francés, señor, y somos franceses! Sensibles al honor de nuestra patria, orgullosos de la gloria de nuestras armas, admiradores del valor de nuestros soldados, querriamos, en medio de sus batallones, verter hasta la última gota de nuestra sangre, para llevarlos á la senda de su deber ó para compartir con ellos triunfos legítimos. Con el más profundo dolor vemos los males dispuestos á caer sobre nuestro país.»

De esta manera proponía yo dar á la Carta lo que todavía le faltaba, y demostraba mi dolor por la nueva invasión que amenazaba á la Francia; y sin embargo, yo no era más que un desterrado cuyos votos estaban en contradicción con los hechos que me podían abrir de nuevo las puertas de mi patria. Estas páginas eran escritas en los Estados de los soberanos aliados, entre reyes y emigrados que detestaban la libertad de la prensa, en medio de ejércitos marchando á la conquista, y de los cuales éramos, por decirlo así, prisioneros; estas circunstancias añadían tal vez, alguna fuerza á los sentimientos que osaba manifestar.

MI dictámen tuvo mucho eco en París, donde fue reimpresso por Mr. Le Normant, hijo que jugó su vida en esta ocasión, y por el cual hice todos los esfuerzos del mundo por obtenerle un título estéril de impresor de S. M. Bonaparte obró ó dejó obrar de una manera poco digna de él; con motivo de la aparición de mi dictámen, se hizo lo que el Directorio había hecho con las *Memorias de Clery*, falsificando trozos notables; ya aparecía como proponiendo á Luis XVIII las mayores estupideces para el restablecimiento de los derechos feudales, el diezmo del clero y de los bienes nacionales, como si la impresión de la pieza original en el *Monitor de Gante* no confundiese la impostura; pero se necesitaba una mentira de una hora. El encargado era un militar de grado bastante superior, que fue destituido después de los Cien-Días, motivándose su destitución por la conducta que había observado con respecto á mí: entonces me envió sus amigos, y me suplicaron me interpusiera, á fin de que un hombre de mérito no perdiese sus únicos medios de existencia. Escribí al ministro de la Guerra, y obtuve una pensión de retiro para aquel oficial que ya ha muerto, quedando su esposa adicta á Mad. de Chateaubriand, con un agradecimiento al cual estaba muy lejos de tener derecho.

No sé por qué diría Bonaparte en Santa Elena que

yo le había prestado en Gante servicios esenciales; si él juzgaba demasiado favorablemente mi papel, al menos había en su sentimiento una apreciación de mi valor político.

EL BEATERIO.—GRAN COMIDA.—VIAJE DE MAD. DE CHATEAUBRIAND Á OSTENDE.—ANGERS.—UN TARTAMUDO.—MUERTE DE UNA JÓVEN INGLESA.

En Gante me retiraba cuanto podía de esas intrigas antipáticas á mi carácter y miserables á mis ojos porque en el fondo de nuestra mezquina catástrofe veía yo la catástrofe de la sociedad. Mi refugio contra los ociosos era la *cercía del beaterio*; yo recorría este pequeño universo de mujeres, veladas y consagradas á diversas obras cristianas; region tranquila, colocada como las sirtes africanas á la orilla de las tempestades. Allí no chocaba ningun disparate con mis ideas, porque es tan elevado el sentimiento religioso, que jamás es extraño á las más graves revoluciones: los solitarios de la Tebaida y los bárbaros, destructores del mundo romano, no son hechos discordantes y existencias que se excluyen.

Yo era recibido amablemente en el beaterio, como el autor de *El Genio del Cristianismo*: por todas partes por donde voy se me acercan los curas, y luego las madres que me llevan sus hijos, y estos que me recitan mi capítulo sobre la *primera comunión*. Mi paso por una ciudad católica es anunciado como el de un misionero ó el de un médico, y me conmueve esta doble reputación, que es el único recuerdo agradable que de mí conservo; todo el resto de mi persona y de mi fama me disgusta. También era invitado muchas veces á los festines de la familia de los Sres. de Ops, padre y madre venerables, rodeados de unos treinta hijos, nietos y biznietos. Una fiesta que me vi obligado á aceptar en casa de Mr. Coppens se prolongó desde la una de la tarde hasta las ocho de la noche; conté nueve platos, y se comenzó por las confituras y se concluyó por chuletas. Los franceses solos saben comer con método, como ellos solos saben componer un libro.

MI ministerio me retenía en Gante, y menos ocupada que yo Mad. de Chateaubriand, fué á ver Ostende, donde yo me embarqué para Jersey en 1792. Desterrado y moribundo, había bajado estos mismos canales, por cuyas orillas me paseaba ahora también desterrado, pero en perfecta salud. Las miserias y las alegrías de mi primera emigración revivían en mi pensamiento, y veía de nuevo la Inglaterra, mis compañeros de infortunio, y aquella Carlota que aun vería otra vez. Nadie se crea como yo una sociedad real evocando sombras, hasta el punto de que la vida de mis recuerdos absorbe el sentimiento de mi vida real. Hasta personas de quienes jamás me he ocupado, invaden mi memoria, si mueren, como si no pudiese ser compañero mío el que no ha atravesado la tumba, lo cual me lleva á creer que soy un muerto. Donde los otros encuentran una eterna separación, yo encuentro una reunión eterna, y cuando muere uno de mis amigos, es como si se viniese á vivir á mi hogar. A medida que el mundo presente se retira, vuelve á mí el mundo pasado; y si las generaciones actuales desdennan á las ya envejecidas, pierden, en cuanto á mí, los gastos de su desprecio, porque yo ni siquiera me aprecio de su existencia.

Después de su viaje á Ostende, hizo Mad. de Chateaubriand una correría á Angers, donde vió, en un cementerio, unas almas del purgatorio, de yeso, todas tiznadas de negro y colorado. En Louvain me reclutó un tartamudo, sabio profesor que vino expresamente á Gante para contemplar un hombre tan extraordinario como el marido de mi mujer. Cuando el helenista hubo bebido curazao, se desató su lengua, y nos pusimos á charlar sobre los méritos de

Thucídides, á quien el vino nos hacía ver claro como el agua. A fuerza de hacer frente á mi huésped, creo que concluí por hablar holandés; al menos yo no me comprendía ya.

Mad. de Chateaubriand pasó una noche muy triste en la posada de Angers: una jóven inglesa, recién parida, estaba espirando; haciendo oír sus clamores por espacio de dos horas; después se debilitó su voz, y un último gemido, que apenas percibió un oído extraño, se perdió en un eterno silencio. Los gritos de esta viajera, solitaria y abandonada, parecían preludiar las mil voces de la muerte, dispuestas á alzarse en Waterloo.

MOVIMIENTO DESACOSTUMBRADO EN GANTE.—EL DUQUE DE WELLINGTON.—MONSIEUR.—LUIS XVIII.

La soledad ordinaria de Gante se había hecho más sensible por la multitud extranjera que la animaba entonces. Reclutas belgas é ingleses aprendían el ejercicio en las plazas y bajo los árboles de los paseos; artilleros, proveedores, dragones trasladaban á tierra trenes de artillería, rebaños de buyes y caballos, que se agitaban en el aire al bajarlos suspendidos de las gavias; las vivanderos desembarcaban con las mochilas, los hijos y los fusiles de sus maridos, y todos acudían, sin saber por qué y sin tener interés en ello, á la gran cita de destrucción que les había dado Bonaparte. Veíanse políticos gesticulando á lo largo de un canal, al lado de un pescador inmóvil, y á los emigrados trotando de casa del rey á casa de Monsieur, y de casa de Monsieur á casa del rey. El canciller de Francia, Mr. de Ambray, con su casaca verde, su sombrero redondo, y una antigua novela bajo el brazo, se trasladaba al consejo para emendar la carta, y el duque de Levis iba á la corte con unos zapatos rotos, de los que se le salían los pies, porque, valiente y nuevo Aquiles, había sido herido en un talón.

De cuando en cuando iba el duque de Wellington á pasar revistas. Luis XVIII salía después de comer en una carroza de seis caballos con su primer gentil-hombre de cámara y sus guardias para dar la vuelta á Gante, todo como si estuviese en París; y si encontraba en el camino al duque de Wellington, le hacía al pasar una ligera seña de protección.

Luis XVIII no perdió jamás el recuerdo de la preeminencia de su cuna; era rey en todas partes, como Dios es Dios, lo mismo en un establo que en un templo, lo mismo en un altar de oro que en uno de barro. Jamás le arrancó la más pequeña concesión su infortunio; su altivez crecía en razón de su abatimiento; su diadema era su nombre, y tenía el aspecto de decir: — «Madame, que no matareis los siglos escritos en mi frente.» Si habían raspado sus armas en el Louvre, poco le importaba; ¿no estaban acaso grabadas sobre el globo? Habíanse enviado agentes para raerlas en todos los rincones del universo. ¿Las habían borrado en las Indias, en Pondichery; en América, en Lima y en Méjico; en el Oriente, en Antioquia, en Jerusalem, en San Juan de Acre, en el Cairo, en Constantinopla, en Rodas, en Morea; en Occidente, sobre las murallas de Roma, en los techos de Caserta y del Escorial, en las bóvedas de las salas de Ratisbona y de Westminster, en el blason de todos los reyes? ¿Las habían arrancado á la brújula, donde parecen anunciar el reinado de las lises en las diversas regiones de la tierra?

La idea fija de la grandeza, de la antigüedad, de la dignidad y magestad de su raza, daba á Luis XVIII un verdadero imperio. Los mismos generales de Bonaparte confesaban y sentían su dominación, y estaban más intimidados ante este anciano impotente que ante el señor terrible que los había mandado en cien batallas. En París, cuando Luis XVIII concedía

á los monarcas triunfantes el honor de comer á su mesa, pasaba sin cumplimiento el primero ante estos príncipes, cuyos soldados acampaban en el patio del Louvre: tratábalos como á vasallos que no habían hecho más que cumplir con un deber conduciendo hombres de armas á su señor soberano. En Europa no hay más que una monarquía, y es la de Francia; el destino de las otras monarquías está ligado á la suerte de esta. Todas las razas regias son de ayer al lado de la raza de Hugo Capeto, y casi todas ellas son sus hijas. Nuestro antiguo poder real era la antigua monarquía del mundo, y desde el destierro de los Capetos datará la época de la expulsión de los reyes.

Mientras más impolítica era esta soberbia del descendiente de San Luis (luego ha sido funesta á sus herederos), más agradaba al orgullo nacional: los franceses gozaban de ver á soberanos que, vencidos, habían llevado las cadenas de un hombre, llevar, vencedores, el yugo de una raza.

La fe inmovible de Luis XVIII en su sangre es el poder real que le devolvió el cetro, y esta fe fue la que, por dos veces, hizo caer sobre su cabeza una corona por la cual no pretendía la Europa agotar sus poblaciones y sus tesoros. El desterrado sin tropas se encontraba en todas las batallas que no había dado; Luis XVIII era la legitimidad incarnada, que ha dejado de ser visible cuando ha desaparecido.

RECUERDOS DE LA HISTORIA DE GANTE.—LA DUQUESA DE ANGLEMA LLEGA Á GANTE.—MAD. DE SEZE.—LA DUQUESA DE LEVIS.

En Gante, como en todos los lugares, daba yo mis paseos aparte. Las barcas que se deslizaban sobre estrechos canales, obligadas á atravesar diez ó doce leguas de pradera para llegar á la mar, parecían bogar sobre la yerba, y me recordaban las canoas salvajes de los pantanos del Misuri. Detenido á orillas del agua, mis ojos andaban errantes sobre los campanarios de la ciudad, y la historia se me aparecía sobre las nubes del cielo.

Los ganteses se rebelan contra Enrique de Châtillon, gobernador por la Francia: la mujer de Eduardo III da al mundo Juan de Gante, vástago de la casa de Lancaster, reino popular de Artevelle. — «Buenas gentes, ¿qué os conmueve? ¿Por qué estáis tan turbados por mí? ¿En qué puedo yo haber excitado vuestra cólera? — ¡Es preciso que murais!» exclamaba el pueblo: esto es lo que el tiempo nos grita á todos. Mas tarde veía á los duques de Borgoña y á los españoles que llegaban: después la pacificación, los asedios y las conquistas de Gante.

Cuando había soñado así con los siglos, me despertaba el sonido de un clarín ó de una gaita escocesa, y veía soldados vivos acudiendo para alcanzar los batallones sepultados de la Batavia: siempre destrucciones, poderes abatidos, y al fin de esta cuenta algunas sombras desvanecidas y nombres pasados.

La Flandes marítima fue uno de los primeros acantonamientos de los compañeros de Clodio y de Clodis. Gante, Bruges y sus campiñas suministraban cerca de una décima parte de los granaderos de la antigua guardia; esta milicia terrible fue sacada en parte de la cuna de nuestros padres, y ha venido á hacerse exterminar al lado de la nuestra. ¿Ha dado la Lis su flor á las armas de nuestros reyes?

Las costumbres españolas imprimen su carácter: los edificios de Gante me recordaban los de Granada, menos el cielo de la vega. Una gran ciudad casi sin habitantes, calles desiertas, canales tan desiertos como estas calles... veinte y seis islas formadas por estos canales, que no eran los de Venecia, una enorme pieza de artillería de la edad media: hé aquí lo

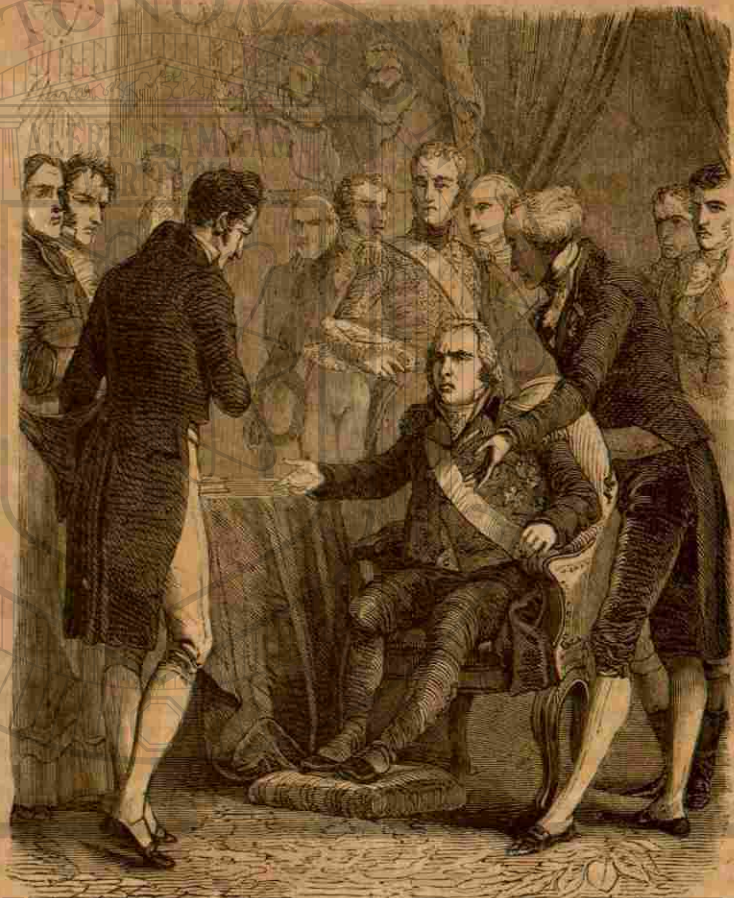
que reemplazaba en Gante á la ciudad de los Zegries, el Darro y el Genil, el Generalife y la Alhambra, antiguos sueños míos, ¿os volveré á ver jamás?

La duquesa de Angulema, embarcada en el Gironda, llegó por la vía de Inglaterra con el general Donadieu y Mr. de Seze, que había atravesado el Océano con su cordón azul por encima de la casaca. El duque y la duquesa de Levis vinieron en la comitiva de la princesa después de haberse metido en una diligencia y salvado de París por el camino de Burdeos. Los viajeros, sus compañeros, hablaban de política.—«Ese malvado de Chateaubriand, decía uno de ellos, no es tan torpe, pues hacia tres días que

estaba su coche preparado en el patio. ¡No hubiera sido malo que Napoleón le hubiese atrapado!»

La duquesa de Levis era una persona muy bella, muy buena y tan tranquila como la duquesa de Durasagitada; no abandonaba á Mad. de Chateaubriand, y en Gante fue nuestra compañera asidua. Nadie ha derramado en mi vida mas quietud, y los momentos menos perturbados de mi existencia son los que pasé en Noisiel en casa de esta mujer, cuyas palabras y sentimientos no entraban en el alma sino para dejar en ella la serenidad.

El recuerdo de Mad. de Levis es para mí el de una silenciosa noche de otoño. Pasó en pocas horas,



CHATEAUBRIAND EN PRESENCIA DE LUIS XVIII.

y se mezcló á la muerte como á la fuente de todo reposo. Yo la vi bajar sin ruido á su tumba, en el cementerio del Padre-Lachaise, tumba colocada cerca de la de Mr. de Fontanes, que duerme al lado de su hijo Saint-Marcellin, muerto en desafío. Así fue como, al inclinarme ante el monumento de Mad. de Levis, vine á tropezar con otros dos sepulcros: el hombre no puede despertar un recuerdo sin despertar otros al mismo tiempo: las flores, que solo se abren á la sombra, se dilatan durante la noche.

La afectuosa bondad de Mad. de Levis hacía mi vida unida á la amistad del señor duque de Levis, pa-

dre: yo no debo contar ya sino por generaciones. Mr. de Levis escribía bien, y tenía la imaginación variada y fecunda, que denunciaba su noble raza. No debía terminar todo aquí, pues era esto el movimiento de una amistad que pasaba á la segunda generación. El señor duque de Levis, hijo, agregado hoy á la servidumbre del señor conde de Chambord, se ha acercado á mí, y mi afecto hereditario no le faltará, como tampoco mi fidelidad á su augusto señor. La nueva y encantadora duquesa de Levis, su esposa, reúne al gran nombre de Aubusson las mas brillantes cualidades de corazón y de ingenio.

EL PABELLON MARSAN EN GANTE.—MONSIEUR GAILLARD.
—VISITA SECRETA DE LA BARONESA DE VITROLLES.
—BILLETE DE MONSIEUR.—FOUCHÉ.

En Gante, como en París, existía el pabellon Marsan. Cada día llegaban á Monsieur noticias de Francia que engendraban el interés y la imaginación.

Mr. Gaillard, antiguo orador, consejero en el tribunal real, amigo íntimo de Fouché, se hizo recono-

cer, y fue puesto en relaciones con Mr. de Capelle.

Cuando iba yo á casa de Monsieur, lo cual era raro, su servidumbre me hablaba con palabras encubiertas y muchos suspiros, de un hombre que (preciso era convenir en ello) se conducía á las mil maravillas, estorbaba todas las operaciones del emperador, defendía el barrio de Saint-Germain, etc. etc. El fiel mariscal Soult era también el objeto de las predilecciones de Monsieur, y, después de Fouché, el hombre mas leal de Francia.



CHATEAUBRIAND INTERROGA AL CORREO DEL DUQUE DE BERNI.

Un día para un coche á la puerta de mi posada, y veo apearse de él á la baronesa de Vitrolles, que llevaba encargada de los pederes del duque de Otranto. Llevóse un billete escrito de mano de Monsieur, por el cual declaraba el príncipe conservar un agradecimiento eterno á aquel que salvase á Mr. de Vitrolles. Fouché no quería mas, pues armado de este billete, estaba seguro de su porvenir en caso de restauración. Desde este momento solo se trató en Gante de las inmensas obligaciones que se debían al excelente monsieur Fouché de Nantes y de la imposibilidad de volver á Francia sino por la mediación de este justo: la dificultad estaba en que gustase al rey el nuevo redentor de la monarquía.

Después de los Cien-Días, Mad. de Custine me

obligó á comer en su casa con Fouché, á quien había visto cinco años antes con motivo de la condenación de mi pobre primo Armand. El antiguo ministro sabía que yo me había opuesto á su nombramiento, y como me suponía poderoso, quería hacer las paces conmigo. Lo mejor que en sí tenía era la muerte de Luis XVI: el regicidio era su inocencia. Superficial, como todos los revolucionarios, llenando el aire de frases vacías, arrojaba un torrente de lugares comunes llenos de destino, de necesidad, de derecho de las cosas, mezclando á este sin sentido filosófico otros muy curiosos sobre el progreso y la marcha de la sociedad, máximas impudentes en provecho del fuerte contra el débil. En todo lo que dijo no se le escapó una idea escogida, una apreciación

notable, y sali eucogiéndome de hombros ante el crimen.

Jamás me ha perdonado Mr. Fouché mi sequedad y el poco efecto que produjo en mí. Había pensado fascinarme, haciendo subir y bajar á mis ojos, como una gloria del Sinaí, la cuchilla del instrumento fatal, y habiase imaginado que yo reputaría por un coloso al energúmeno que, hablando del suelo de Lyon, había dicho: «Este suelo será trastornado, y sobre los restos de esta ciudad soberbia y rebelada se alzarán cabañas esparcidas, que se apresurarán á venir á habitar los amigos de la igualdad.

«Nosotros tendremos el valor energético de atravesar las inmensas tumbas de los conspiradores... Es preciso que sus cadáveres ensangrentados, precipitados en el Ródano, presenten en las dos márgenes y en la embocadura la impresión del espanto y la imagen de la omnipotencia del pueblo... Nosotros celebraremos la victoria de Tolón, y enviaremos esta noche doscientos cincuenta rebeldes bajo los hierros del rayo.»

Estas horribles bravatas no me imponían; porque Mr. de Nantes hubiese diluido los crímenes republicanos en el fango imperialista; porque el descamisado, metamorfoseado en Juque, hubiese envuelto la cuerda de la linterna en el cordón de la Legion de Honor, no por eso me parecía, ni mas hábil, ni mas grande. Los jacobinos detestan á los hombres que no hacen ningún caso de sus atrocidades, y que desprecian sus asesinatos: su orgullo se irrita como el de los autores cuyo talento se disputa.

NEGOCIACIONES DE MR. DE SAINT-LEON, ENVIADO DE FOUCHE.—PROPOSICION RELATIVA AL DUQUE DE ORLEANS.—MR. DE TALLEYRAND.—DESCONTO ENTO DE ALEJANDRO CONTRA LUIS XVIII.—DIVERSOS PRETENDIENTES.—DICTAMEN DE LA BESNAIDIERE.—PROPOSICION INESPERADA DE ALEJANDRO AL CONGRESO.—LORD CLANCARNEY.—DESPACHO DE MR. DE TALLEYRAND Á LUIS XVIII.—DECLARACION DE LA ALIANZA TRUNCADA EN EL DIARIO OFICIAL DE FRANCFORT.—DIVERSOS VIAJES DEL PRINCIPE DE BENEVENTO Á VIENA.—NE ESCRIBE Á GANTE.—SU CARTA.

Al mismo tiempo que Fouché enviaba á Gante á Mr. Gaillard para negociar con el hermano de Luis XVI, sus agentes en Basilea conferenciaban con los del príncipe de Metternich con respecto á Napoleón II, y Mr. de Saint-Leon, despachado por este mismo Fouché, llegaba á Viena para tratar de la corona posible del señor duque de Orleans. Los amigos del duque de Otranto no podían ya contar mas con él que sus enemigos, pues, á la vuelta de los príncipes legítimos, mantuvo en la lista de desterrados á su antiguo colega Mr. Thibandau; mientras que Mr. de Talleyrand borraba ó añadía al catálogo tal ó cual proscrito, según su capricho.

Mr. de Saint-Leon llevaba tres billetes á Viena, uno de los cuales iba dirigido á Mr. de Talleyrand. El duque de Otranto proponía al embajador de Luis XVIII que si veía ocasion, tratase del trono para el hijo de Egalité. ¿Qué probidad en estas negociaciones! ¿Qué dicha la de tratar con gentes tan honradas!

El señor duque de Orleans no conspiraba de hecho; pero si de consentimiento, pues dejaba intrigar las afinidades revolucionarias: ¡dulce sociedad!

El plenipotenciario del rey de Francia prestaba oídos á las proposiciones de Fouché. A propósito del arresto de Mr. de Talleyrand en la barrera de Enfer, dije cuál había sido hasta entonces su idea fija sobre la regencia de María Luisa: luego tuvo que avenirse á la eventualidad de los Borbones; pero siempre es-

taba inquieto, pues le parecía que, bajo los herederos de San Luis, un obispo casado jamás estaría seguro de su plaza. La idea de sustituir la rama segunda á la primogénita le agradó mucho, y tanto mas, cuanto que había tenido antiguas relaciones con el Palais-Royal.

Tomando un partido, pero sin descubrirse enteramente, aventuró á Alejandro algunas palabras del proyecto de Fouché. El Czar había dejado de interesarse por Luis XVIII, pues este le había herido en París con su afectación de superioridad de raza, y también desechando el matrimonio del duque de Berry con una hermana del emperador. Se desechaba la princesa por tres razones: porque era cismática, no tenía un antiguo origen y era de una familia de locos, razones que, aun cuando no se presentaban descubiertamente, ofendían á Alejandro. Por último motivo de queja contra el viejo soberano del destierro, el Czar acusaba la alianza proyectada entre la Inglaterra, la Francia y el Austria. Por lo demás, todo el mundo pretendía heredar de los hijos de Luis XIV: Benjamin Constant, en nombre de Mad. Murat, defendía los derechos que la hermana de Napoleón creía tener al reino de Nápoles, y Bernadotte echaba una mirada fea sobre Versalles, aparentemente porque el rey de Suecia venía de Pau.

La Besnardiére, jefe de seccion en el ministerio de relaciones exteriores, bosquejó un cuadro de los agravios y contradicciones de la Francia, con respecto á la legitimidad, y Mr. de Talleyrand encontró medio de comunicar este escrito á Alejandro: descontento y móvil, chocó al autócrata el folleto de La Besnardiére, y de repente, en pleno congreso y con estupor de todos, el Czar preguntó si no sería materia de deliberacion el examinar en qué podría convenir el duque de Orleans como rey á la Francia y á la Europa. Tal vez es esta una de las cosas mas sorprendentes de estos tiempos extraordinarios, y tal vez es mas extraordinario aun que tan poco se haya hablado de ella. Lord Clancarthy hizo fracasar la proposicion rusa; su señoría declaró no tener poderes para tratar de una cuestion tan grave: «En cuanto á mí, dijo opinando como simple particular, pienso que poner al señor duque de Orleans en el trono de Francia sería reemplazar una usurpacion militar por una usurpacion de familia, mas peligrosa á los monarcas que todas las demás usurpaciones.» Los miembros del congreso se fueron á comer, y señalaron con el cetro de San Luis la página á que habían llegado en sus protocolos.

Con estos obstáculos que encontró el Czar, dió media vuelta Mr. de Talleyrand, y previendo que resonaría el golpe, dió cuenta á Luis XVIII (en un despacho que yo he visto y que llevaba el número 25 ó 27) de la extraña sesion del congreso: creíase obligado á informar á S. M. de un hecho tan exorbitante, porque esa noticia no tardaría en llegar á oídos del rey: ¡singular candidez para el príncipe de Talleyrand!

Habiase tratado de una declaracion de la alianza, á fin de advertir al mundo que no se pretendía imponer á la Francia ni una forma obligada de gobierno, ni un soberano que no fuese de su eleccion. Esta última parte de la declaracion fue suprimida, pero fue positivamente anunciada en el diario oficial de Francfort. La Inglaterra, en sus negociaciones con los gabinetes, se vale siempre de este lenguaje liberal que no es mas que una precaucion contra la tribuna parlamentaria.

Bien se ve que en la segunda restauracion, lo mismo que en la primera, los aliados no se cuidaban del restablecimiento de la legitimidad: el azar lo ha hecho todo. ¿Qué importaba á soberanos cuya vista era tan corta, que fuese degollada la madre de las monarquías de Europa? ¿Les impediría esto dar fiesta

y tener guardias? ¡Hoy dia están tan sólidamente sentados los monarcas con el globo en una mano y la espada en la otra!

Mr. de Talleyrand, cuyos intereses estaban entonces en Viena, temía que los ingleses comprometiesen el ataque antes de que todos los ejércitos estuviesen en línea, y que el gabinete de Saint-James adquiriese así la preponderancia. Por eso quería que el rey entrase por las provincias del Sudeste, á fin de que se encontrase bajo la tutela de las tropas del imperio y del gabinete austriaco. El duque de Wellington había dado orden de no comenzar las hostilidades: Napoleon fue quien quiso la batalla de Waterloo, pues no se detienen los destinos de semejante naturaleza.

Estos hechos históricos, los mas curiosos del mundo, han sido generalmente ignorados, y de la misma manera se ha formado una opinion confusa de los tratados de Viena relativamente á la Francia. Se les ha creído la obra ínicua de una tropa de soberanos victoriosos encarnizados en nuestra pérdida, pero desgraciadamente fueron envenenados por una mano francesa: cuando Mr. de Talleyrand no conspira, trafica.

La Prusia quería tener la Sajonia, y la Francia debía favorecer este deseo, porque obteniendo la Sajonia una indemnizacion en los círculos del Rhin, nos quedaba Landau, Coblenza y otras fortalezas formarían un pequeño Estado amigo, que, colocado entre nosotros y la Prusia, impedía los puntos de contacto: así no se entregaban las llaves de la Francia á la sombra de Federico. Pero por tres millones que costó á la Sajonia, Mr. de Talleyrand se opuso á las combinaciones del gabinete de Berlin, y para obtener el asentimiento de Alejandro á la existencia de la antigua Sajonia, tuvo que abandonar al Czar la Polonia. Los soberanos de Nápoles se rescataron á precio de dinero, y Mr. de Talleyrand pretendía tener derecho á una subvencion en cambio de su ducado de Benevento: al dejar á su amo vendía su librea. Benevento, por su parte, en virtud del restablecimiento de los antiguos tratados, dependía otra vez de los Estados de la Iglesia.

Tales eran las transacciones diplomáticas que tenían lugar en Viena, mientras que nosotros permaneciamos en Gante, donde recibí esta carta de Mr. de Talleyrand:

Viena 4 de mayo.

«Con mucho placer he sabido, caballero, que estábais en Gante, porque las circunstancias exigen que el rey esté rodeado de hombres fuertes é independientes.

«Seguramente habreis pensado que sería inútil refutar por publicaciones fuertemente razonadas toda la nueva doctrina que se quiere establecer en los documentos oficiales que aparecen en Francia.

«Habría utilidad en que apareciera cualquiera cosa, cuyo objeto fuese demostrar que la declaracion de 24 de marzo, hecha en París por los aliados, la destitucion, la abdicacion y el tratado de 11 de abril, son otras tantas condiciones preliminares y absolutas del tratado de 30 de mayo: sentado esto, el que viole las dichas condiciones, ó secunde la violacion, rompe la paz que ese tratado ha establecido. Ellos y sus cómplices son, pues, los que declaran la guerra á la Europa.

«Tanto para lo interior como para lo exterior, sería un bien una discusion en este sentido; pero como es preciso que sea bien hecha, encargaos vos de ella.

«Recibid, caballero, el homenaje de mi sincera y alta consideracion.

«TALLEYRAND.

«Espero tener el honor de veros á fin de mes.»

Esta carta demuestra todo lo que Mr. de Talleyrand era capaz de hacer cuando escribía solo: yo quedé muy reconocido por las instrucciones y por mi despacho de *hombre fuerte*, pero no las seguí: embajador *in petto*, no me mezclaba en este momento en los negocios exteriores, y solo me ocupaba de mi *ministerio interino de lo Interior*.

¿Pero qué pasaba en París?

LOS CIEN-DIAS EN PARÍS.—EFECTO DE LA LEGITIMIDAD EN FRANCIA.—SORPRESA DE BONAPARTE.—SE VE OBLIGADO Á CAPITULAR CON LAS IDEAS QUE HABIA CREIDO SOFOCADAS.—SU NUEVO SISTEMA.—QUIMERAS DE LOS LIBERALES.—CLUBS Y FEDERADOS.—BATERÍAS DE LA REPÚBLICA.—EL ACTA DE ABDICACION.—CÁMARA DE DOS REPRESENTANTES CONVOCADA.—INÚTIL CAMPO DE MAYO.

Voy haciéndoos ver el reverso de los sucesos que la historia no presenta, pues la historia solo manifiesta el derecho. Las *Memorias* tienen la ventaja de presentar una y otra parte del tejido, y bajo este aspecto pintan mejor la humanidad completa, exponiendo, como las tragedias de Shakspeare, las escenas altas y bajas. En todas partes hay una cabaña cerca de un palacio, un hombre que llora cerca de un hombre que ríe, y un trabajador que lleva su carga cerca de un rey que pierde su trono. ¿Qué importaba al esclavo presente en la batalla de Arbelas la caída de Darío?

Gante no era mas que un vestuario colocado detrás de los bastidores del espectáculo abierto en París. Aun quedaban en Europa personajes famosos. En 1800 había yo comenzado mi carrera con Alejandro y Napoleon. ¿Por qué no seguí á estos grandes actores, mis contemporáneos, sobre el gran teatro? ¿Por qué estar solo en Gante? Porque el cielo os arroja donde quiere. De *pequeños Cien-Dias* en Gante, pasamos á *grandes Cien-Dias* en París.

Ya os he dicho las razones que debieron detener á Bonaparte en la isla de Elba, y las razones apremiantes, ó mas bien la necesidad sacada de su misma naturaleza que le obligaba á salir de su destierro. Pero la marcha de Cannes á París agotó todo lo que quedaba del antiguo hombre. En París se rompió el talisman.

Los pocos instantes en que había aparecido de nuevo la legalidad había bastado para hacer imposible el restablecimiento de lo arbitrario. El despotismo enfrena las masas y da la libertad á los individuos en cierto limite; la anarquía desencadena las masas y esclaviza las independencias individuales. Por eso el despotismo se parece á la libertad cuando sucede á la anarquía, y permanece lo que realmente es cuando reemplaza á la libertad: libertador despues de la constitucion dictatorial, Bonaparte era opresor despues de la Carta, y tanto lo sentía así, que se creyó obligado á ir mas lejos que Luis XVIII, y volver á las fuentes de la soberanía nacional. El, que había hollado al pueblo como amo, se vió reducido á hacerse tribuno del pueblo, á cortejar el favor de los barrios, á parodiar la infancia revolucionaria, y á usar un lenguaje viejo de libertad que hacía gesticular sus labios, y cuyas sílabas ponían en cólera á su espada.

Su destino, como su poder, estaba en efecto tan consumado, que ya no se reconoció el genio de Napoleon durante los Cien-Dias. Este genio era el de los triunfos y del orden, no el de la derrota y de la libertad, y nada podía él sin la victoria, que le había vuelto la espalda, y sin el orden, que ya existía sin él. Lleno de sorpresa, decía: — «¿Cómo me han arreplado la Francia los Borbones en algunos meses! Años necesitaré para rehacerla.» No era la obra de la *legitimidad*.

dad lo que el conquistador veía, sino la obra de la *carta*: él había dejado la Francia muda y prosternada, y ahora la encontraba hablando y en pie: en la candidez de su ánimo absoluto, tomaba la libertad por el desorden.

Y sin embargo, Bonaparte se vió obligado á capitular con las ideas que no pudo vencer de repente. A falta de popularidad real, obreros pagados á cuarenta sueldos por cabeza se presentan despues de su jornada en el Carrousel, y gritan ¡viva el emperador! Las proclamas anuncian al principio una maravilla de perdon, los individuos son declarados libres, la nacion libre, la prensa libre, y solo se quiere la paz, la independencia y la felicidad del pueblo; todo el sistema imperial ha cambiado, y la edad de oro va á renacer. A fin de hacer la práctica conforme á las teorías, se parte la Francia en siete grandes divisiones de policia, y los siete lugar-tenientes son investidos de los mismos poderes que tenían los directores generales en tiempo del Consulado y del Imperio. Sabido es lo que fueron en Lyon, en Burdeos, en Milan, en Florencia, en Lisboa, en Hamburgo y Amsterdam estos protectores de la libertad individual. Y superiores á estos lugar-tenientes, Bonaparte eleva en una gerarquía cada vez mas favorable á la libertad comisarios extraordinarios, á la manera de los representantes del pueblo en tiempo de la Convencion.

La policia que dirige Fouché manifiesta al mundo por proclamas solemnes que solo va á servir para extender la filosofía, y que ya no obrará sino conforme á principios de virtud.

Bonaparte restablece por un decreto la guardia nacional del reino, cuyo nombre solo le causaba en otro tiempo vértigos. Vese obligado á anular el divorcio pronunciado en tiempo del Imperio entre el despotismo y la demagogia, y á favorecer su nueva alianza: de este himeneo debe nacer en el campo de mayo una libertad con el gorro encarnado en la cabeza, el sable del mameluco en la cintura y el hacha revolucionaria en la mano: libertad rodeada de las sombras de aquellos millares de víctimas sacrificadas en los cadalsos ó en los campos ardientes de la España y en los desiertos helados de la Rusia. Antes del triunfo, los mamelucos son jacobinos, y despues del triunfo los jacobinos volverán á convertirse en mamelucos.

Bien hubiera querido Bonaparte reunir en sí solo la autoridad; pero esto no le era posible, pues encontraba hombres dispuestos á disputársela: en primer lugar los republicanos de buena fe, libres de las cadenas del despotismo y de las leyes de la monarquía, deseaban conservar una independencia que tal vez no será sino un noble error; y en seguida los furiosos de la antigua facción de la montaña, humillados de no haber sido bajo el imperio mas que espías de la policia de un déspota, parecían resueltos á tomar, por su propia cuenta, esa libertad de hacerlo todo, cuyo privilegio habían cedido á un señor por espacio de quince años.

Pero ni los republicanos, ni los revolucionarios, ni los satélites de Bonaparte eran bastante fuertes para restablecer su poder, separados, ó para subyugarse mutuamente. Amenazados de una invasion en lo exterior, perseguidos en lo interior por la opinion pública, comprendieron que si se dividían estaban perdidos, y á fin de escapar del peligro, aplazaron su querrela: los unos llevaban á la defensa comun sus sistemas y sus quimeras; los otros su terror y su perversidad. Nadie estaba de buena fe en este pacto, y todos, pasada la crisis, se prometían resolverla en su provecho, y todos procuraban de antemano asegurarse el resultado de la victoria. En esta horrible treinta y una llevaban la banca tres enormes jugadores, la libertad, la anarquía y el despotismo, los cuales se esforzaban en ganar una partida perdida por todos.

Habíase formado sociedades en los distritos, y las federaciones se organizaban bajo rigurosos juramentos en la Bretaña, el Anjou, el Lyonés y la Borgoña, oyéndose cantar por todas partes la *Marsellesa* y la *Carmañola*. Un club establecido en París estaba en correspondencia con los otros clubs de las provincias, y se anunciaba la resurreccion del *Diario de los patriotas*. Mas por esta parte, ¿qué confianza podían inspirar los resucitados de 1793? ¿No se sabía cómo explicaban ellos la libertad, la igualdad, los derechos del hombre? ¿Eran mas sinceros, mas morales, mas prudentes, despues que antes de sus enormidades? ¿Era porque estaban manchados con todos los vicios, por lo que se habían hecho capaces de todas las virtudes? No se abdicaba el crimen tan fácilmente como una corona, y la frente ceñida por la horrible venda conserva siempre indelebles señales.

La idea de hacer bajar á un ambicioso de genio del rango de emperador á la condicion de generalísimo ó de presidente de la república, era una quimera: el gorro colorado con que se cubria la cabeza de sus bustos durante los Cien-Días, solo hubiera anunciado á Bonaparte la reconquista de la diadema, si fuera dado á esos atletas que recorren el mundo andar dos veces la misma carrera.

Entre tanto los liberales escogidos se prometían la victoria: hombres descarrados como Benjamin Constant, cándidos como Mr. Sismonde-Sismondi, hablaban de colocar al príncipe de Canino en el ministerio de lo Interior, al teniente general conde Carnot en el de la Guerra, y al conde Merlin en el de Justicia. Vencido en apariencia, no se opone Bonaparte á movimientos democráticos, que, en último resultado, suministraban conscriptos á su ejército; dejábase atacar en los folletos, y las caricaturas repetían *ista de Elba*, como los papagayos gritaban á Luis XI *Peronne*. Predicábanle, tuteándole, la libertad y la igualdad, y él escuchaba estas insinuaciones con aire de compuncion. De pronto, rompiendo los lazos con que habían pretendido envolverle, proclama de su propia autoridad, no una constitucion plebeya, sino una constitucion aristocrática, un *acta adicional* á las constituciones del imperio.

La soñada república se convierte por este diestro escamoteaje en el antiguo gobierno imperial, rejuvenecido con el feudalismo. El *acta adicional* quita á Bonaparte el partido republicano, y hace descontentos en casi todos los otros. La licencia reina en París; la anarquía en las provincias; las autoridades civiles y militares se combaten; aquí se amenaza quemar los palacios y degollar los sacerdotes, y allí se enarbola la bandera blanca gritando ¡viva el rey! Viéndose atacado, retrocede Bonaparte y retira á sus comisarios extraordinarios el nombramiento de corregidores de los municipios, y devuelve este nombramiento al pueblo. Asustado de la multiplicidad de votos negativos contra el *acta adicional*, abandona su dictadura de hecho, y convoca la cámara de los Representantes en virtud de ese acta que aun no está aceptada. Errante de escollo en escollo, apenas libre de un peligro, choca contra otro: soberano de un día, ¿cómo instituir unos pares hereditarios que el espíritu de igualdad rechaza? ¿cómo gobernar las dos cámaras? ¿Cuáles serán las relaciones de estas con la asamblea proyectada del campo de mayo, la cual no tiene ya verdadero objeto, puesto que el acta adicional se pone en ejecucion antes de ser contados los sufragios? ¿Esta asamblea, compuesta de treinta mil electores, no se creará la representacion nacional?

Este campo de mayo, tan pomposamente anunciado y celebrado el 1.º de junio, se redujo á un simple desfile de tropas, y á una distribucion de banderas ante un altar despreciado. Napoleón rodeado de sus hermanos, de los dignatarios del imperio, de los mariscales, de los cuerpos civiles y judiciales, proclamó la sobe-

rania del pueblo, en la cual no creía. Los ciudadanos se habían figurado que fabricarían ellos mismos una constitucion en este día solemne, y los pacíficos vecinos esperaban que allí se declararía la abdicacion de Napoleón en favor de su hijo, abdicacion urdida en Basilea, entre los agentes de Fouché y del príncipe de Metternich; pero no hubo nada, y el *acta adicional* se presentaba como un homenaje á la legitimidad, pues con leves diferencias, y sobre todo menos la *abolicion de la confiscacion*: era la Carta.

CONTINUACION DE LOS CIEN-DÍAS EN PARÍS.—CUIDADOS Y AMARGURAS DE BONAPARTE.

Estos cambios súbitos; esta confusion de todas las cosas, anunciaban la agonía del despotismo. Sin embargo, el emperador no podía recibir de adentro el golpe mortal, porque el poder que le combate está tan extenuado, como él: el gigante revolucionario, que en otro tiempo echó Napoleón por tierra, no ha recobrado su energia nativa, y los dos colosos se dan ahora inútiles golpes: ya no es mas que la lucha de dos sombras.

A estas imposibilidades generales se unen para Bonaparte tribulaciones domésticas y disgustos de palacio: anunciaba á la Francia la vuelta de la emperatriz y del rey de Roma, y ni el uno ni la otra volvían. A propósito de la reina de Holanda, convertida en duquesa de Saint-Leu, decía: — «Cuando se han aceptado las prosperidades de una familia, es preciso abrazar tambien las adversidades.» José, de vuelta de Suiza, no le pedía mas que dinero; Luciano le inquietaba por sus alianzas liberales, y Murat, conjurado al principio contra su cuñado, se había dado demasiada prisa, al volver á él, en atacar á los austriacos: despojado del reino de Nápoles, y fugitivo de mal agüero, esperaba cerca de Marsella la catástrofe que os contaré mas tarde.

¿Y podía fiarse el emperador de sus antiguos partidarios y de sus pretendidos amigos? ¿No le habían indignamente abandonado en el momento de su caída? Este Senado que se arrastraba á sus pies, ¿no había decretado la destitucion de su bienhechor? Podía creer á estos hombres cuando llegaban á decirle: — «El interés de la Francia es inseparable del vuestro. Si la fortuna, señor, engaña á vuestros esfuerzos, ¿los reveses no debilitarían nuestra perseverancia, y redoblarían nuestra adhesion hácia vos?» ¡Vuestra perseverancia, vuestra adhesion redoblada por el infortunio! Esto decíais el 11 de junio de 1815: ¿qué habíais dicho el 9 de abril de 1814? ¿Qué direis algunos dias despues, el 19 de julio de 1815?

El ministro de la Policia imperial tenía correspondencias con Gante, Viena y Basilea: los mariscales á quienes Bonaparte se veía en la necesidad de dar el mando de sus soldados habían prestado poco antes juramento á Luis XVIII, y habían publicado contra Bonaparte las proclamas mas violentas. Verdad es que desde este momento habían vuelto al partido de su sultan; ¿pero si este hubiera sido detenido en Grenoble, qué habrían hecho? ¿Basta romper un juramento para devolver toda su fuerza á otro juramento violado? ¿Dos perjuros equivalen á la fidelidad?

Algunos dias mas, y estos asistentes al campo de Mayo presentarán su adhesion á Luis XVIII en los salones de las Tullerías, y se acercarán á la santa mesa del dios de paz para hacerse nombrar ministros en los banquetes de la guerra: heraldos de armas y agitadores de insignias reales en la consagracion de Bonaparte, desempeñarán las mismas funciones en la consagracion de Carlos X; y despues comisarios de otro poder llevarán este rey prisionero á Cherbourg; encontrando apenas un rincón libre en su conciencia para colocar en él su nuevo juramento. Duro es nacer en las épocas de improbidad, en estos dias en que dos

hombres que hablan juntos se estudian en la manera de hablar, por miedo de ofenderse ó ruborizarse mutuamente.

Los que no habían podido adherirse á Napoleón por su gloria, ni por reconocimiento al bienhechor del cual habían recibido sus riquezas, sus honores, y hasta sus nombres, ¿se inmolarían ahora á sus indigentes esperanzas? ¿Se encadenarían á una fortuna precaria los ingratos á quienes no fijó una fortuna consolidada por triunfos inauditos y por una posesion de diez y seis años de victorias? Tantas chrysalidas que entre dos primaveras se habían despojado y revestido de la piel del legitimista y del revolucionario, del napoleonista y del borbonista; tantas palabras dadas y falseadas; tantas cruces pasadas del pecho del caballero á la cola del caballo; tantos pro-hombres cambiando de bandera y sembrando la liza con sus prendas de fe mentada; tantas nobles damas sucesivamente camaristas de María Luisa y de María Carolina, no debían dejar en el fondo del alma de Napoleón mas que desconfianza, horror y desprecio: este grande hombre envejecido estaba solo en medio de todos estos traidores, hombres de suerte, sobre una tierra vacilante, bajo un cielo enemigo, enfrente de su destino consumado y del juicio de Dios.

RESOLUCION DE VIENA.—MOVIMIENTO EN PARÍS.

Napoleón no había encontrado mas lealtad que en los fantasmas de su gloria pasada que le escoltaban, como ya os he dicho, desde el lugar de su desembarque hasta la capital de la Francia. Pero las águilas, que habían volado de *campanario en campanario* de Cannes á París, se posaron cansadas sobre las chimeneas de las Tullerías sin poder ir mas lejos.

Napoleón no se precipita con las poblaciones conmovidas sobre la Bélgica antes que se reuniera en este país un ejército anglo-prusiano, sino que se detiene é intenta negociar con la Europa y mantener humildemente los tratados de la legitimidad. El congreso de Viena opone al duque de Vicence la abdicacion de 11 de abril de 1814, abdicacion por la cual Bonaparte reconocía que él era el único obstáculo al restablecimiento de la paz en Europa, y en consecuencia renunciaba para sí y sus herederos á los tronos de Francia y de Italia; y puesto que vuelve á restablecer su poder, viola manifiestamente el tratado de París, y se coloca en la situacion política anterior al 31 de marzo de 1814; luego Bonaparte es quien declara la guerra á la Europa, y no la Europa á Bonaparte. Estas argucias lógicas de procuradores diplomáticos, como ya he advertido á propósito de la carta de Mr. de Talleyrand, valían lo que podían antes del combate.

La noticia del arribo de Bonaparte á Cannes había llegado á Viena el 3 de marzo, en una fiesta en que se representaba la asamblea de las divinidades del Olimpo y del Parnaso. Alejandro acababa de recibir el proyecto de alianza entre la Francia, el Austria y la Inglaterra, y vacilando un momento entre las dos noticias, dijo despues: — «Aquí no se trata de mí, sino de la salvacion del mundo.» Y una estafeta lleva á San Petersburgo la orden para que se ponga en marcha la guardia. Los ejércitos que se retiraban se detienen, y ochocientos mil enemigos vuelven el rostro hácia la Francia. Bonaparte se prepara á la guerra, y es esperado en nuevos campos cataláunicos. Dios lo ha aplazado para la batalla que debe poner fin al reinado de las batallas.

El calor de las alas de la fama de Marengo y Austerlitz había bastado para hacer nacer ejércitos en esta Francia, que no es mas que un gran nido de soldados. Bonaparte había devuelto á sus legiones sus sobrenombres de *invencible, terrible, incomparable*: siete ejércitos volvían á tomar el título de ejército de

los Pirineos, de los Alpes, del Jura, del Mosella y del Rin, grandes recuerdos que servían de cuadro á tropas supuestas y á triunfos en esperanza. Un verdadero ejército estaba reunido en París y en Laon; ciento cincuenta baterías, diez mil soldados escogidos, diez y ocho mil marinos ilustrados en Lutzen y en Bautzen, treinta mil veteranos, oficiales y sargentos de guarnición en las plazas fuertes; siete departamentos del Norte dispuestos á levantarse en masa; ciento ochenta mil hombres de la guardia nacional movilizada; cuerpos francos en la Lorena, la Alsacia y el Franco-Condado; los confederados ofreciendo sus picas y sus brazos, y París fabricando tres mil fusiles diarios, tales eran los recursos del emperador. Tal vez habría trastornado el mundo otra vez si hubiera podido resolverse á llamar las naciones extranjeras á la independencia, dando la libertad á la patria. El momento era propicio: los reyes que prometieron á sus súbditos gobiernos constitucionales, acababan de faltar vergonzosamente á su palabra; pero la libertad era antipática á Napoleon desde que había bebido en la copa del poder, y quería más ser vencido con soldados que vencer con el pueblo. Los cuerpos de ejército que hizo sucesivamente marchar hacia los Países-Bajos ascendían á setenta mil hombres.

LO QUE HACIAMOS EN GANTE. — MR. DE BLACAS.

Nosotros los emigrados estábamos en la ciudad de Carlos V, como las mujeres de esta ciudad, sentadas detrás de sus celosías, veían en un espejo inclinado los soldados que pasaban por la calle. Luis XVIII estaba allí en un rincón completamente olvidado, y apenas recibía de vez en cuando un billete del príncipe de Talleyrand, algunas líneas del cuerpo diplomático, residentes cerca del duque de Wellington en calidad de comisarios, y á Mr. Pozzo di Borgo, Vincent y otros. Un hombre extraño á la política jamás hubiese creído que un impotente oculto á orillas del Lys sería puesto sobre el trono por el choque de millares de soldados dispuestos á degollarse; soldados de quienes no era el rey ni el general, que no pensaban en él, que no conocían su nombre ni su existencia. De dos puntos tan próximos, Gante y Waterloo, jamás el uno pareció tan oscuro, ni el otro tan brillante: la legitimidad yacía en un almacén como un carruaje destrozado.

Nosotros sabíamos que las tropas de Bonaparte se acercaban, y solo teníamos para defendernos nuestras dos pequeñas compañías á las órdenes del duque de Berry, príncipe cuya sangre no podía servirnos, porque ya estaba reclamada en otra parte. Mil caballos destacados del ejército francés nos habrían copado en algunas horas. Las fortificaciones de Gante estaban demolidas, y el recinto habría sido tanto más fácilmente forzado, cuanto que la población belga no nos era favorable. La escena de que había sido testigo se renovó, y se preparaban secretamente los carruajes de S. M. Monsieur salió para Bruselas encargado de vigilar de más cerca los movimientos.

Mr. de Blacas se había vuelto cuidadoso y triste, y yo, pobre hombre, le solazaba. En Viena no le era nadie favorable, Mr. de Talleyrand se burlaba de él, y los realistas le acusaban de ser la causa de la vuelta de Napoleon. Yo era su único apoyo, y encontrándolo con bastante frecuencia en el mercado de los caballos donde trotaba solo, me enganchaba á su lado, y me confortaba á su triste pensamiento. Este hombre, á quien he defendido en Gante y en Inglaterra, á quien defendí en Francia después de los Cien-Días y hasta en el prefacio de la *monarquía según la carta*, este hombre me ha sido siempre contrario: esto no sería nada si no hubiese sido un mal para la monarquía. Yo no me arrepiento de mi candidez pasada, pero debo

anotar en estas *memorias* las sorpresas hechas á mi juicio y á mi buen corazón.

BATALLA DE WATERLOO.

El 18 de junio de 1815, á medio día, salí de Gante por la puerta de Bruselas, para terminar mi paseo por el camino real. Había llevado los *Comentarios de César*, y caminaba lentamente, absorto en mi lectura, cuando una legua más allá de la ciudad creí oír un ruido sordo; me detuve, y miré al cielo, bastante cargado de nubes, deliberando en mí mismo si continuaría adelante ó si me acercaría á Gante, por temor de la tempestad. Apliqué el oído; mas como ya solo distinguí el ruido del agua entre los juncos y el sonido de un reloj de aldea, proseguí mi camino; pero aun no había dado treinta pasos, cuando comenzó de nuevo el rumor, unas veces breve, otras largo y á intervalos desiguales, y otras solo sensible por una trepidación del aire que se comunicaba á la tierra en aquellas inmensas llanuras. Estas detonaciones menos vastas, menos onduladas y unidas que las del rayo, hicieron nacer en mi ánimo la idea del combate. Atravesé el camino, me apoyé de pie contra el tronco de un árbol, volviendo el rostro hacia Bruselas, y un viento Sur que se levantó de pronto me trajo más distintamente el rumor de la artillería. ¡Esta gran batalla, todavía sin nombre, cuyos ecos escuchaba yo al pie de un pino, y cuyos funerales desconocidos acababa de tocar un reloj de aldea, era la batalla de Waterloo!

Oyente silencioso y solitario de la formidable sentencia de los destinos, me habría conmovido menos si me hubiese encontrado en el combate: el peligro, el fuego, la barahunda de la muerte no me hubieran dejado tiempo para meditar; pero solo debajo de un árbol, en la campiña de Gante, como el pastor de los rebaños que pacían alrededor de mí, me anonadaba el peso de las reflexiones. ¿Qué combate era ese? ¿Era definitivo? ¿Napoleon estaba en él en persona? ¿El mundo, como la túnica de Cristo, era echado á la suerte? Triunfo ó derrota del uno ó del otro ejército, ¿cuál sería la consecuencia de aquel acontecimiento para los pueblos, la libertad ó la esclavitud? Pero ¿qué sangre corría? Cada rumor que llegaba á mis oídos, ¿no era el último suspiro de un francés? ¿Era aquello un nuevo Crecy, un nuevo Poitiers, un nuevo Azincourt, de que iban á regocijarse los implacables enemigos de la Francia? Si triunfaban, ¿no era perdida nuestra gloria? Si Napoleon vencía, ¿qué era de nuestra libertad? Aunque el triunfo de Napoleon me abría un destierro eterno, mi corazón estaba en este momento por el opresor de la Francia, si debía, salvando nuestro honor, arrancarnos á la dominación extranjera.

¿Triunfaba Wellington? ¿La legitimidad volvería á entrar en París detrás de aquellos uniformes rojos que venían de retenerse en sangre de franceses! ¿La monarquía tendría por carroza de su consagración las parihuelas de los hospitales llenas de nuestros granaderos mutilados! ¿Qué será una restauración llevada á cabo bajo tales auspicios? Esta era una parte muy pequeña de las ideas que me atormentaban; cada cañonazo me causaba un sacudimiento y redoblaba los latidos de mi corazón. A algunas leguas de una catástrofe inmensa, yo no la veía: yo no podía tocar el vasto monumento fúnebre creciente de minuto en minuto en Waterloo, como desde la ribera de Boulogne á orillas del Nilo, extendía vanamente mis manos hacia las pirámides.

Ningun viajero aparecía, y algunas mujeres que sembraban pacíficamente sus legumbres no parecían oír el ruido que yo escuchaba. De pronto aparece un correo, y dejando el pie de mi árbol, me coloco en medio de la calzada, le detengo, y le interrogo. El

correo, que pertenecía al duque de Berry y venía de Alost, me dijo: — «Bonaparte ha entrado ayer (17 de junio) en Bruselas, después de un combate sangriento. La batalla ha debido empezar hoy de nuevo (18 de junio). Se cree en la derrota definitiva de los aliados, y se ha dado la orden de retirada.»

El correo continuó su camino.

Yo lo seguí corriendo, y fui adelantado por el carruaje de un comerciante que huía en posta con su familia y que me confirmó la relación del correo.

CONFUSION EN GANTE. — CUAL FUE LA BATALLA DE WATERLOO.

Todo era confusión cuando entré en Gante: las puertas se cerraban, dejando solo entreabiertos los postigos, y los vecinos, mal armados, y algunos soldados, daban la guardia en ellas. En seguida fui á ver al rey.

Monsieur acababa de llegar por un camino de rodeo, habiendo salido de Bruselas á la falsa noticia de que Bonaparte iba á entrar en la ciudad, y que una primera batalla perdida no dejaba la menor esperanza de ganar la segunda. Contábase que no habiendo estado en línea los prusianos, los ingleses habían sido destruidos.

Con tales noticias, el *sálvese quien pueda* se hizo general: los que tenían algunos recursos se marcharon, y yo, que tengo la costumbre de no tener jamás nada, estaba siempre listo y dispuesto. Yo quería deshacerme de Mad. de Chateaubriand, gran bonapartista, pero que no gusta de los cañonazos; mas ella no quiso separarse de mí.

Por la tarde hubo consejo con S. M., donde oímos de nuevo las relaciones de Monsieur y los *se dice* recogidos en casa del comandante de la plaza ó del baron de Eckstein. El carro de los diamantes de la corona estaba enganchado; yo no tenía necesidad de carro para llevar mi tesoro. Metí el pañuelo de seda negro que me dio por las noches á la cabeza en mi cartera de ministro de lo Interior, y me puse á disposición del príncipe con este documento importante de los negocios de la legitimidad. Yo era más rico en mi primera emigración, cuando mi maletilla me servía de almohada y de baul á *Atala*; pero en 1815 era *Atala* una muchacha alta y desmadrada de trece á catorce años, que corría el mundo sola, y que, para honor de su padre, había hecho hablar mucho de sí.

El 19 de junio á la una de la mañana, una carta de Mr. Pozzo, transmitida al rey por estafeta, restableció la verdad de los hechos. Bonaparte no había entrado en Bruselas, y decididamente había perdido la batalla de Waterloo. Saliendo de París el 12 de junio, alcanzó á su ejército el 14, y el 15 forzó las líneas del enemigo sobre el Sambre. El 16 batió á los prusianos en esos campos de Fleurus, donde la victoria parece ser por siempre fiel á los franceses, ó inmediatamente tomó las aldeas de Ligny y de Saint-Amand. Nuevo triunfo en los Quatre-Bras; el duque de Brunswick queda entre los muertos, y Blücher, en plena retirada, se repliega sobre una reserva de treinta mil hombres, mandados por el general Bulow: el duque de Wellington, con los ingleses y holandeses, se dirige á Bruselas.

El 18 por la mañana, antes de los primeros cañonazos, el duque de Wellington declaró que podría sostenerse hasta las tres: pero que á esta hora, si no parecían los prusianos, necesariamente tendría que ser derrotado, pues toda retirada le era imposible por su posición entre Planchenois y Bruselas; sorprendido por Napoleon, su posición militar era de testable, y la había aceptado por la necesidad, pero no escogido.

Los franceses tomaron desde luego, en el ala izquierda del enemigo, las alturas que dominan el

castillo de Hougomont hasta las quintas de la Haie-Sainte y de Papelotte; en el ala derecha atacaron la aldea de Mont Saint-Jean. La quinta de la Haie-Sainte es tomada en el centro por el príncipe Gerónimo; pero la reserva prusiana aparece hacia Saint-Lambert á las seis de la tarde, y un nuevo y furioso ataque se dirige contra la Haie-Sainte; Blücher llega con tropas frescas y aísla del resto de nuestras tropas ya rotas, los cuadros de la guardia imperial. Enredador de esta falange inmortal, el desbordamiento de los fugitivos todo lo arrastra entre torbellinos de polvo, entre el humo ardiente de la metralla, entre las tinieblas surcadas de cohetes á la congreve, en medio del ruido de trescientas piezas de artillería y del galope precipitado de veinte y cinco mil caballos; aquella era como el sumario de todas las batallas del imperio. Dos veces han gritado los franceses: *victoria!* Dos veces son sofocados sus gritos por la presión de las columnas enemigas. El fuego de nuestras líneas se apaga, los cartuchos se agotan, y algunos granaderos heridos, en medio de treinta mil muertos, de cien mil balas de cañón ensangrentadas á sus pies, quedan aun de pie apoyados en el fusil, rota la bayoneta, y el cañón sin carga. No lejos de ellos, el hombre de las batallas escuchaba el último cañonazo que debía oír en su vida. En estos campos de carnicería, su hermano Gerónimo combatía aun con sus batallones espirantes y anonadados por el número; pero su valor no pudo atraer la victoria.

El número de los muertos por parte de los aliados era estimado en diez y ocho mil hombres; doscientos oficiales ingleses habían perecido; casi todos los ayudantes de campo del duque de Wellington estaban muertos ó heridos, y no hubo en Inglaterra una familia que no vistiese de luto. Los ingleses debieron el triunfo á los irlandeses y á la brigada de montañeses escoceses que no pudieron romper las cargas de nuestra caballería. No habiendo avanzado el cuerpo del general Grouchy, no se encontró en la acción. Ambos ejércitos cruzaron el hierro y el fuego con una bravura y un encarnizamiento que animaba una enemistad nacional de diez siglos. Lord Castlereagh, dando cuenta de la batalla en la cámara de los Lores, decía: — «Los soldados ingleses y los franceses, después del combate, lavaban sus manos ensangrentadas en un mismo riachuelo, y de una orilla á la otra se congratulaban mutuamente por su valor.» Wellington siempre había sido funesto á Bonaparte, ó mas bien el genio rival de la Francia, el genio inglés, obstruía el camino de la victoria. Hoy día los prusianos reclaman contra los ingleses el honor de este negocio decisivo; pero en la guerra no es la acción consumada lo que hace el triunfador, sino el nombre: no fue Bonaparte quien ganó la verdadera batalla de Jena.

Las faltas de los franceses fueron considerables, pues equivocaron los cuerpos enemigos con amigos, y ocuparon demasiado tarde la posición de los Quatre-Bras: el mariscal Grouchy, que estaba encargado de contener á los prusianos con sus treinta y seis mil hombres, los dejó pasar sin verlos, y de aquí los cargos que nuestros generales se han dirigido mutuamente. Bonaparte atacó de frente, según su costumbre, en vez de envolver á los ingleses, y se ocupó con la presunción del maestro de cortar la retirada á un enemigo que no estaba vencido.

Muchas mentiras y algunas verdades bastante curiosas se han dicho sobre esta catástrofe. Las palabras *la guardia muere y no se rinde*, es una invención que ya nadie se atreve á defender. Parece cierto que al principio de la acción hizo Soult algunas observaciones estratégicas al emperador. — «Porque Wellington os ha batido, le respondió secamente Bonaparte, creéis siempre que es un gran general.» Al fin del combate Mr. de Turana instó á Napoleon para que

se retirase á fin de no caer en manos del enemigo: Bonaparte se encolerizó al principio, pero de repente, y en medio de toda su cólera, salta sobre su caballo, y huye.

REGRESO DEL EMPERADOR.—REAPARICION DE LAFAYETTE.—NUEVA ABDICACION DE BONAPARTE.—SESIONES BORRASCOSAS EN LA CÁMARA DE LOS PARES.—SINTOMAS AMENAZADORES PARA LA SEGUNDA RESTAURACION.

El 19 de junio, cien cañonazos de los inválidos habian anunciado los triunfos de Ligny, de Charleroi, de Quatre-Bras: se celebraban victorias muertas la víspera en Waterloo. El primer correo que trasmirió á París la noticia de esta derrota, una de las mas grandes de la historia por sus resultados, fue Napoleón mismo; él entró en las barreras la noche del 21, como para hacer saber á sus amigos que aquel suceso no era mas que lo que realmente era. Fijóse en seguida en el Eliseo-Borbon; cuando llegó de la isla de Elba descendió en las Tuilerías; estos dos asilos, llegados instintivamente, revelaban el cambio de su destino.

Vencido en el extranjero en un noble combate, Napoleón fue á sufrir á París los asaltos de los abogados que querian aprovecharse de sus desgracias; sintió entonces no haber disuelto la Cámara antes de su marcha al ejército, y cada vez se lamentaba mas de no haber mandado fusilar á Fouché y á Talleyrand. Pero lo cierto es que Bonaparte, despues de Waterloo, se abstuvo de toda violencia, sea que obedeciese á la calma habitual de su temperamento, sea que estuviese dominado por el destino; así no decia ya como en su primera abdicacion: «Ya se verá lo que es la muerte de un grande hombre.» Esta frase ya no era oportuna. Antipático á la libertad, pensaba en disolver aquella cámara de Representantes que presidia Lanjuinais, de ciudadano convertido en senador, de senador convertido en par, despues vuelto á ciudadano, y de ciudadano otra vez vuelto á par. El general Lafayette, diputado, leyó en la tribuna una proposicion que declaraba la Cámara en permanencia, crimen de alta traicion toda tentativa para disolverla, traidor á la patria y juzgado como tal cualquiera que se declarase culpable (21 de junio de 1815).

El discurso del general empezaba por estas palabras:

«Señores, cuando por la primera vez despues de tantos años levanto una voz que los antiguos amigos de la libertad conocen todavia, me siento obligado á hablaros del peligro de la patria... Hé aqui el momento de agruparnos enredador de la bandera tricolor, de la bandera de 89, la de la libertad, la de la igualdad, la del orden público.»

El anacronismo de este discurso produjo el efecto de una ilusion; parecia ver á la revolucion, personificada en Lafayette, salir de su tumba y presentarse pálida y descarnada en la tribuna.

Pero estas mociones de orden, reminiscencias de Mirabeau, no eran sino armas ya enmohecidas sacadas de un viejo arsenal. Si Lafayette reunia noblemente el fin y el principio de su vida, no estaba seguramente en su poder soldar los dos eslabones de la cadena rota del tiempo. Benjamin Constant se dirigió á ver al emperador al Eliseo-Borbon, y le encontró en su jardin. La muchedumbre llenaba las avenidas de Marigny, y gritaba: *viva el emperador!* grito palpitante salido de las entrañas populares, y que se dirigia á un vencido. Bonaparte dijo á Benjamin Constant: «¿Qué me deben esos hombres? Nada. Yo los encontré pobres, y pobres los dejo.» Esta hubiera sido quizá la única palabra que le habria salido del corazón, si todavia la emocion del diputado no hu-

biera engañado su oído. Bonaparte, previendo el suceso, se adelantó á la indicacion que se preparaban á hacerle, y abdicó para no verse obligado á abdicar. «Mi vida política ha terminado, dijo; declaro á mi hijo, bajo el nombre de Napoleón II, emperador de los franceses.» Inútil disposicion, semejante á la de Carlos X en favor de Enrique V. No se dan coronas sino cuando se poseen, y los hombres anulan el testamento de la adversidad. Por otra parte, el emperador no era mas sincero al descender del trono la segunda vez que lo habia sido en su primera retirada. Así, cuando los comisarios franceses fueron á anunciar al duque de Wellington que Napoleón habia abdicado, les respondió: «Ya lo sabia hace un año.»

La cámara de Representantes, despues de algunos debates en que Manuel tomó la palabra, aceptó la nueva abdicacion de su soberano, pero vagamente y sin nombrar regencia.

Creóse una comision ejecutiva; el duque de Otranto la presidia: tres ministros, un consejero de Estado y un general del emperador la componian, y despojaban de nuevo á su señor; estos eran Fouché, Caulaincourt, Carnot, Quinette y Grenier.

Durante estas transacciones, Bonaparte concentró sus ideas en su cabeza. «Yo no tengo ya ejército, decia; no tengo mas que fugitivos. La mayoría de la cámara de los Diputados es buena; yo no tengo contra mí mas que á Lafayette, Lanjuinais y algunos otros. Si la nacion se levanta, el enemigo será vencido; si en vez de un levantamiento hay discordia, todo está perdido. La nacion no ha enviado á los diputados para derribarme, sino para sostenerme. Yo no los temo, hagan lo que quieran; yo seré siempre el ídolo del pueblo y del ejército; si yo pronunciase una palabra, todos acudirian á mi voz. Pero si nos querellamos en vez de entendernos, reproduciremos la suerte del bajo imperio.»

Una diputacion de la cámara de Representantes vino á felicitarle por su nueva abdicacion, y respondió: «Os doy las gracias; yo deseo que mi abdicacion pueda hacer la felicidad de la Francia, pero no lo espero.»

Arrepintióse al punto de su resolucion cuando supo que la cámara de Representantes habia nombrado una comision de gobierno, compuesta de cinco miembros. Entonces dijo á s. s ministros: «Yo no he abdicado en favor de un nuevo directorio; he abdicado en favor de mi hijo; si no se le proclama, mi abdicacion es nula y de ningun valor. No es por cierto presentándose ante los aliados con las orejas bajas y la rodilla en tierra como las Cámaras los obligarán á reconocer la independencia nacional.»

Quejábese de que Lafayette, Sebastiani, Pontecoulant y Benjamin Constant habian conspirado contra él, y que por otro lado las Cámaras no habian tenido energia. Añadia que él solo podia repararlo todo, pero que sus enemigos no lo consentirian jamás, pues preferian hundirse en el abismo que unirse á él para cerrarlo.

El 27 de junio, en Malmaison, escribia esta carta sublime: «Al abdicar el poder, yo no he renunciado al derecho mas noble del ciudadano; al derecho de defender á mi pais. En estas graves circunstancias, yo ofrezco mis servicios como general, considerándome todavia como el primer soldado de la patria.»

El duque de Basano le manifestó que la Cámara no estaba en su favor. «Entonces, bien lo veo, es preciso todavia ceder. Ese infame Fouché os ha engañado; solo Caulaincourt y Carnot valen alguna cosa; pero ¿qué pueden hacer con un traidor como Fouché dos hombres nulos como Quinette y Grenier, y dos cámaras que no saben lo que quieren! Lo creéis todo, como los imbéciles, creéis las bellas promesas de los extranjeros, y os engañais.»

Los plenipotenciarios fueron enviados á los aliados. Napoleón se halló el 29 de junio con dos fragatas estacionadas en Rochefort, para transportarle fuera de Francia; entre tanto se habia retirado á Malmaison. Las discusiones eran muy animadas en la cámara de los Pares. Antiguo enemigo de Bonaparte, Carnot, que firmaba las órdenes de los asesinatos de Avignon sin haber tenido tiempo de leerlas, tuvo el suficiente durante los Cien-Dias para inmolar su republicanismo al título de conde. El 22 de junio habia leído en Luxemburgo una carta del ministro de la Guerra, conteniendo su informe exagerado sobre los recursos militares de la Francia. Ney, recientemente llegado, no pudo oír este informe sin cólera. Napoleón en sus boletines habia hablado del mariscal con un desprecio mal disimulado, y Gourgaud acusó á Ney de haber sido la causa de la pérdida de la batalla de Waterloo. Ney se levantó y dijo: «Ese informe es falso, falso de todo punto. Grouchy no ha podido tener bajo sus órdenes mas que veinte ó veinte y cinco mil hombres todo lo mas. Ni un solo soldado de la guardia ha huido. Yo la mandaba; yo la he visto morir toda entera, antes que abandonar el campo de batalla. El enemigo está en Nivelles con ochenta mil hombres; puede estar en París dentro de seis dias; no tenéis otro medio de salvar la patria que abrir negociaciones.»

El ayudante de campo Hahaut quiso sostener la relacion del ministro de la Guerra; pero Ney replicó con mayor vehemencia: «Lo repito, no tenéis otro medio de salvacion que las negociaciones. Es preciso que volvais á llamar á los Borbones. Por lo que á mí liace, me retiraré á los Estados Unidos.»

Al acabar de pronunciar estas palabras, Lavalette y Carnot dirigieron al mariscal vivas y fuertes reconvencciones, á las que Ney respondió con desden: «Yo no soy de esos hombres que no miran mas que su interés. ¿Qué ganaré yo con la vuelta de Luis XVIII? Ser fusilado por el crimen de desercion. Pero debo la verdad á mi pais.»

En la sesion de la cámara de los Pares del 23, recordando esta escena el general Drouot, dijo: «He oido con pesar lo que se dijo ayer para disminuir la gloria de nuestras armas, exagerar nuestros desastres y disminuir nuestros recursos. Mi admiracion ha sido tanto mayor, cuanto que estos discursos eran pronunciados por un general distinguido (Ney), quien por su gran valor y sus conocimientos militares ha merecido tantas veces el reconocimiento de la nacion.»

En la sesion del 22 estalló una nueva tempestad á consecuencia de la primera. Tratábase de la abdicacion de Bonaparte, y Luciano insistia en que se reconociese á su sobrino por emperador. Mr. de Pontecoulant interrumpió al orador, y preguntó con qué derecho Luciano, extranjero y príncipe romano, se permitia dar un soberano á la Francia. «¿Cómo es posible, añadió, reconocer por emperador á un niño que reside en pais extranjero?»

A esta pregunta, La Bedoyere, agitándose delante de su asiento, respondió: «Yo he oido voces alrededor del trono del soberano feliz, pero ellas se alejan hoy que está en desgracia. Hay geutes que no quieren reconocer á Napoleón II, porque prefieren recibir la ley de los extranjeros, á quienes dan el nombre de aliados.»

«La abdicacion de Napoleón es inseparable del reconocimiento de su hijo. Si no se quiere reconocer á este, aquel debe empuñar de nuevo la espada rodeado de los franceses que han derramado su sangre por él, y que están aun cubiertos de heridas.»

«Napoleón será abandonado por los viles generales que ya otra vez le han hecho traicion. Pero si se declara que todo francés que deserte de sus banderas quedará cubierto de infamia, que será arrasada su

casa y proscripta su familia, entonces se acabarán las traiciones, los manejos que han ocasionado las últimas catástrofes, algunos de cuyos autores se sientan quizá entre nosotros.»

Al oír esto, los pares se levantaron con el mayor tumulto, y ofendidos gritaron: «¡Al orden! al orden! —¡Jóven, os olvidais del sitio en que estais! exclamó Massena. —¿Creéis estar aun en el cuerpo de guardia? decia Lameth.»

Todos los presagios de la segunda restauracion fueron siniestros y amenazadores. Bonaparte habia vuelto á la cabeza de cuatrocientos franceses; Luis XVIII volvia detrás de cuatrocientos mil extranjeros. Aquel pasó cerca del mar de sangre de Waterloo para dirigirse á su sepultura de Saint-Denis.

Mientras que se adelantaba así la legitimidad, resonaban las interpelaciones de la cámara de los Pares, y habia en ellas algo de las terribles escenas revolucionarias de los tremendos dias de nuestras desgracias, cuando el puñal circulaba en el tribunal entre las manos de las víctimas. Algunos militares, cuya funesta fascinacion habia causado la ruina de la Francia, procurando la segunda invasion del extranjero, debatian aun sus querellas en los umbrales del palacio, y su desesperacion profética, sus ademanes, sus palabras sepulcrales parecian anunciar una triple muerte: muerte para ellos mismos; muerte para el hombre que habian bendecido; muerte para la raza que habian proscripto.

PARTIDA DE GANTE.—LLEGADA Á MONS.—PIERDO LA PRIMERA OCASION DE HACER FORTUNA EN MI CARRERA POLÍTICA.—MR. DE TALLEYRAND EN MONS.—ESCENA CON EL REY.—MI NECIO INTERÉS POR MR. DE TALLEYRAND.

Mientras que Bonaparte se retiraba á Malmaison con el imperio finado, nosotros partiamos de Gante con la monarquía renaciente. Pozzo, que conocia bien cuán poca importancia se daba á la legitimidad en altos lugares, se apresuró á escribir á Luis XVIII que emprendiese su marcha y llegase pronto, si queria reinar, antes de que estuviese ocupado su puesto. A este aviso debió Luis XVIII su corona en 1815.

En Mons perdí la primera ocasion de hacer fortuna en mi carrera política. Yo era mi mayor obstáculo para ella, y tropezaba siempre en mi camino conmigo mismo. Esta vez mis *cualidades* me jugaron la mala pasada que podrian haberme jugado mis defectos.

Mr. de Talleyrand, lleno de orgullo por una negociacion que le habia enriquecido, pretendia haber hecho á la legitimidad los mayores servicios, y queria dominar la situacion. Ya habia extrañado que no se hubiese seguido para la vuelta á París el camino que él habia trazado, y su descontento fue mucho mayor al volver á hallar á Mr. de Blacas con el rey. Talleyrand consideraba á Mr. de Blacas como el azote de la monarquía; pero no era este el verdadero motivo de su aversion, sino que veia en él al favorito, y por consiguiente un rival: temia tambien á *Monsieur*, y se habia indignado cuando quince dias antes este le habia hecho ofrecer su palacio sobre la Lys. Pedir el alojamiento de Mr. de Blacas era muy natural; exigirlo, era acordarse demasiado de Bonaparte.

Mr. de Talleyrand entró en Mons cerca de las seis de la tarde, acompañado del abate Louis. Mr. de Rice, Mr. de Jaucourt y algunos otros comensales volaron á su encuentro. Demostrando un mal humor que jamás se le habia observado, el mal humor de un rey que juzga desconocida su autoridad, rehusó al principio ir á casa de Luis XVIII, respondiendo á los que le instaban para ello con su frase de ostentacion: «Jamás tengo prisa; tiempo habrá mañana.» Yo fui á verle, y me hizo todas aquellas caricias con que se-

ducía á los ambiciosos y á los necios importantes. Me cogió el brazo, y apoyándose sobre él, me habló largo rato; familiaridades de gran favor, calculadas para trastornarme la cabeza, pero que eran enteramente perdidas conmigo, porque ni las comprendía siquiera. Yo le invité á ir á casa del rey, donde me dirigía.

Luis XVIII estaba muy triste: tratábase de separarse de Mr. de Blacas, quien no podía entrar en Francia, porque la opinión estaba pronunciada contra él. Aunque yo tuviese motivos de queja de la conducta observada conmigo en París por el favorito, no le manifesté en Gante ningún resentimiento. El rey había agradecido mi comportamiento, y en su enterneamiento me trató admirablemente. Ya le habían referido lo que decía Mr. de Talleyrand: «Se jacta, me dijo, de haberme colocado por segunda vez la corona sobre la cabeza, y me amenaza con volverse á Alemania. ¿Qué pensáis de ello, Chateaubriand? Yo le respondí: «Creo que se ha informado mal á V. M. Lo único que tiene Mr. de Talleyrand es cansancio; pero si el rey consiente en ello, yo iré á casa del ministro á decirle que venga.» El rey pareció muy satisfecho de esta contestación, pues gustaba muy poco de intrigas, y deseaba su tranquilidad, aun á expensas de sus afecciones.

Mr. de Talleyrand, rodeado de aduladores, estaba mas encolerizado que nunca. Yo le hice presente que en un momento tan crítico no podía pensar en alejarse. Pozzo le habló en el mismo sentido, y aunque no le tuviese la menor inclinación, gustaba entonces de verle metido en los negocios, como un antiguo conocimiento: además le suponía en favor con el Czar. Yo no adelanté nada con Mr. de Talleyrand, porque los que rodeaban al príncipe combatían mis indicaciones, y hasta el mismo Mr. Mounier pensaba que Mr. de Talleyrand debía retirarse. El abate Louix, que atacaba á todo el mundo, me dijo meneando tres veces sus quijadas: «Si yo fuese el príncipe, no permanecería un cuarto de hora en Mons.» Yo le respondí: «Vos y yo, señor abate, podemos irnos cuando y dónde gustemos, sin que nadie lo note; pero no sucede lo mismo con Mr. de Talleyrand.» Insistí aun mas, y dije al príncipe: «¿Sabéis que el rey continúa su viaje? Mr. de Talleyrand pareció sorprendido; despues me dijo con un aire soberbio, como él acuchillado á los que querían hacerle desconfiar de los designios de Enrique III: «No se atreverá á ello.»

Volvíme, pues, cerca del rey, donde hallé á Mr. de Blacas, y dije á S. M. para excusar á su ministro, que estaba enfermo, pero que al día siguiente tendría seguramente el honor de hacer la corte al rey. «Que haga lo que guste, replicó Luis XVIII; á las tres me marche.» Y en seguida añadió con tono afectuoso estas palabras: «Voy á separarme de Mr. de Blacas, y su puesto queda vacío, Mr. de Chateaubriand.»

Esto era abrirme las puertas de la fortuna. Sin ocuparse mas de Mr. de Talleyrand, un político diestro habría hecho enganchar sus caballos para seguir ó preceder al rey. Yo cometí la torpeza de quedarme en mi posada.

Mr. de Talleyrand, no pudiendo persuadirse de que se fuese el rey, se había acostado; á las tres se le despertó para decirle que el rey iba á partir, y al pronto dudó de lo que oía. «¿He sido burlado, vendido! exclamó al fin.» Levántase de la cama, y vedle aquí por la primera vez de su vida en la calle á las tres de la mañana, apoyado en el brazo de Mr. de Ricé. Llega así al palacio del rey cuando los dos primeros caballos del tiro tenían ya la mitad del cuerpo fuera de la puerta cochera. Se manda detener al postillon, y preguntando el rey qué es aquello, se le grita: «Señor, es Mr. de Talleyrand.—Está durmiendo, dijo Luis XVIII.—Está aquí, señor.—Vamos, respondió el rey.» Los caballos retroceden con el carruaje,

ábrese la portezuela, baja el rey, y entra arrastrándose en su aposento, seguido del ministro, cojeando tambien. Una vez allí, Mr. de Talleyrand, lleno de cólera, comienza una explicación; S. M. le escucha, y le responde: «Príncipe de Benevento, nos dejáis, no es esto? Las aguas os sentaran bien: no olvidéis darnos noticias vuestras.» El rey deja al príncipe desconcertado, se hace conducir de nuevo al carruaje, y parte.

Mr. de Talleyrand rabiaba de cólera; la sangre fría de Luis XVIII le había confundido. ¡El, Talleyrand, que se preciaba de tener tanta sangre fría, ser batido en su propio terreno, verse plantado en medio de la plaza en Mons, como el hombre mas insignificante! No acertaba á volver en sí. Permanece mudo, ve alejarse el carruaje, y en seguida, cogiendo al duque de Levis por un botón de su gabán: «¡Oh, señor duque; id á decir cómo se me trata. Yo he vuelto á colocar la corona sobre la frente del rey (Talleyrand hablaba siempre de esta corona), y me voy á Alemania á comenzar una nueva emigración.»

Mr. de Levis escuchaba distraído, y alzándose sobre las puntas de los pies, dijo: «Príncipe, voy á partir; es necesario que haya al menos un gran señor con el rey.»

Mr. de Levis subió á un carrujillo de alquiler que conducía al canceller de Francia, y las dos grandezas de la monarquía *Capeto* se reunieron así la una al lado de la otra, á partir gastos, en una especie de cuévano merovingiano.

Yo había rogado á Mr. Duras que trabajase en favor de una reconciliación y que me diese noticias de lo que adelantase: «¿Qué, me había dicho Duras; permanecéis aquí despues de lo que os dije el rey? Por su parte Mr. de Blacas al partir de Mons me dió gracias por el interés que yo le había manifestado.»

Volví á ver á Mr. de Talleyrand, y lo hallé muy apesadumbrado de no haber seguido mis consejos, y de haberse negado con la terquedad de un subterfugio calavera á ir á casa del rey; sentía que las negociaciones se llevasen á cabo sin su intervención, no poder participar del poder político y de los manejos de dinero que se preparaban. Yo le dije que aunque difería de su opinión, quedaba tan afecto á él como un embajador á su ministro, y que, por lo demás, ya tenía amigos cerca del rey y esperaba bien pronto saber algo bueno. Mr. de Talleyrand, inclinándose sobre mis hombros, me manifestó una verdadera ternura, y en aquel momento me creía él ciertamente un gran hombre.

No tardé en recibir un billete de Mr. de Duras; me escribía desde Cambrai que el negocio estaba arreglado, y que Mr. de Talleyrand iba á recibir la orden de ponerse en camino: esta vez no dejó de obedecer el príncipe.

¿Qué diablos me impulsaba en esta desacertada via? Yo no había seguido al rey, quien me había, por decirlo así, ofrecido ó mas bien dado el ministerio de su casa, y á quien ofendió mi obstinación en permanecer en Mons: yo me cortaba la cabeza por Mr. de Talleyrand, á quien conocía apenas, á quien no estimaba ni admiraba siquiera; por Mr. de Talleyrand, que iba á entrar en combinaciones que no eran las mías por cierto, que vivía en una atmósfera de corrupción en la que yo no podía respirar.

Del mismo Mons, y en medio de todas sus dificultades, fue de donde el príncipe de Benevento envió á Nápoles á Mr. Duperey á percibir los millones de uno de sus tratos de Viena. Mr. de Blacas caminaba al mismo tiempo con la embajada de Nápoles en su bolsillo, y los millones que el generoso desterrado de Gante le había dado en Mons. Yo me había sostenido en buenas relaciones con Mr. de Blacas, precisamente porque todo el mundo le detestaba; yo había obtenido la amistad de Mr. de Talleyrand por mi fidelidad á un capricho de su carácter; Luis XVIII me había llamado

positivamente cerca de su persona, y yo preferí la torpeza de un hombre sin fe al favor del rey: era, pues, muy justo que recibiese la recompensa de mi estupidez, y que fuese abandonado de todos por haberlos querido servir. Volví á Francia sin tener con qué pagar los gastos del viaje, mientras que llovian tesoros sobre los desgraciados. Bien merecía esta lección. Está muy bien convertirse en caballero pobre, cuando todo el mundo está repleto de oro; pero para ello no es necesario cometer faltas tan enormes como las mías. Si yo hubiese seguido al lado del rey, la combinación del ministerio Talleyrand y Fouché se habría hecho casi imposible, y comenzando la restauración por un ministerio moral y honroso, todas las combinaciones del porvenir podían cambiar. La indiferencia con que yo consideraba mi persona me engañaba sobre la importancia de los hechos: la mayor parte de los hombres tiene el defecto de darse demasiado valor, yo tengo el defecto de no darme bastante. Yo me envolví, pues, en el desden habitual de mi suerte; pero habría debido ver que la fortuna de la Francia se hallaba ligada en aquel momento á la de mi insignificante destino. Este fue uno de esos enredos históricos muy comunes.

DE MONS Á GONESSE.—ME OPNGO CON EL CONDE BEUGNOT AL NOMBRAMIENTO DE FOUCHÉ COMO MINISTRO.—MIS RAZONES.—EL DUQUE DE WELLINGTON.—ARNOUVILLE.—SAINT-DENIS.—ÚLTIMA CONVERSACION CON EL REY.

Sali al fin de Mons y llegué á Chateau-Cambresis, donde me alcanzó Mr. de Talleyrand: teníamos el aspecto de ir á rehacer el tratado de paz de 1559 entre Enrique II de Francia y Felipe II de España.

En Cambrai nos encontramos con que el marqués de La Suze, mariscal aposentador del tiempo de Fernelon, había dispuesto de los billetes de alojamiento de Mad. de Levis, de Mad. de Chateaubriand y del mío: nos quedamos en la calle en medio de los fuegos de artificio y de la multitud circulante enredador nuestro y de los habitantes que gritaban ¡viva el rey! Habiendo sabido un estudiante que yo estaba allí, nos condujo á la casa de su madre.

Los amigos de las diversas monarquías de Francia comenzaban á aparecer: no venían á Cambrai para la liga contra Venecia, sino para asociarse contra las nuevas constituciones, y acudían á poner á los pies del rey sus fidelidades sucesivas y su odio á la Carta, pasaportes que juzgaban necesarios para con *Monsieur*.

El 23 de junio apareció la declaración de Cambrai, en la cual decía el rey: «Yo no quiero alejar de mi persona sino á esos hombres cuya fama es un objeto de dolor para la Francia y de espanto para la Europa.» ¡Ya lo veis, el nombre de Fouché era pronunciado con gratitud por el pabellón Marsan! El rey se reía de la nueva pasión de su hermano, y decía: «No le ha venido por inspiración divina.» Ya os he contado que atravesando á Cambrai despues de los Cien-Días, en vano busqué la habitación en que vivía cuando estaba en el regimiento de Navarra, y el café á que concurría con La Martiniere: todo había desaparecido con mi juventud.

De Cambrai fuimos á dormir á Roye: la dueña de la posada tomó á Mad. de Chateaubriand por la señora delina, y fue llevada en triunfo á una sala donde había puesta una mesa de treinta cubiertos. La posadera no quería recibir paga alguna, y decía: «Yo me miro con malos ojos por no haber sabido hacerme guillotinar por nuestros reyes.» ¡Última chispa de un fuego que había animado á los franceses durante tantos siglos!

El general Lamothe, cuñado de Mr. Laborie, vino enviado por las autoridades de la capital para ins-

truirnos de que nos sería imposible presentarnos en París sin la escarapela tricolor. Mr. de Lafayette y otros comisionados corrían de estado mayor en estado mayor mandando cerca de extranjeros un señor cualquiera para la Francia: según la elección de los cosacos, cualquier rey sería excelente con tal de que no descendiese de San Luis ni de Luis XVI.

En Roye se celebró consejo: Mr. de Talleyrand nos leyó una memoria, en la que examinaba el partido que debería tomarse, y en la que aventuraba algunas palabras sobre la necesidad de admitir indistintamente á todo el mundo á todos los destinos; daba á entender que se podría llegar generosamente hasta los jueces de Luis XVI. S. M. se encendió y exclamó golpeando con sus dos manos los brazos del sillón: «¡Jamás!» Este jamás se convirtió en veinte y cuatro horas.

En Senlis nos presentamos en casa de un canónigo, cuya criada nos recibió como á perros. En cuanto al canónigo, que no era Saint-Rieul, patron de la ciudad, ni siquiera quiso mirarnos. Su ama tenía orden de no prestarnos mas servicio que el de comprarnos que comer por nuestro dinero. Sin embargo, Senlis hubiera debido sernos de buen agüero, pues en esta ciudad fue donde Enrique IV se salvó de manos de sus carceleros en 1576.—«Solo siento, exclamaba al escaparse el rey, compatriota de Montaigne, dos cosas que he dejado en París; la misa y mi mujer.»

De Senlis nos trasladamos á la cuna de Felipe Augusto, de otro modo Gonesse: al acercarnos á la aldea vimos dos personas que se adelantaban hacia nosotros, y eran el mariscal Macdonald y mi fiel amigo Hyde de Neuville, y que pagaron nuestro coche y nos preguntaron dónde estaba Mr. de Talleyrand. Nalguna dificultad tuvieron en decirme que le buscaban á fin de informar al rey que S. M. no debía pensar en volver á París antes de haber tomado á Fouché por ministro. La inquietud me acometió, pues á pesar de la manera con que Luis XVIII se había pronunciado en Roye, yo no estaba muy tranquilo.—«Cómo, señor mariscal, le pregunté: ¿es cierto que no podemos volver sino con tan duras condiciones? A fe mía, señor vizconde, me respondió el mariscal, que no estoy bien convencido de ello.»

El rey se detuvo dos horas en Gonesse. Yo dejé á Mad. de Chateaubriand en medio del camino en su coche, y acudí á consejo al corregimiento. Allí fue puesta á deliberación una medida de la que debía depender la suerte futura de la monarquía. La discusión se entabló, y yo sostuve, solo con Mr. Beugnot, que en ningún caso debía admitir Luis XVIII en sus consejos á Fouché. El rey escuchaba y yo veía que de buena gana hubiera cumplido la palabra de Roye, pero estaba dominado por *Monsieur* y apremiado por el duque de Wellington.

En un capítulo de la *Monarquía según la Carta*, reasumi las razones que hice valer en Gonesse. Yo estaba animado, y la palabra hablada tiene un poder que se debilita en la palabra escrita: «En todas partes donde hay abierta una tribuna, dije en este capítulo, nadie que pueda estar expuesto á cargos de cierta naturaleza debe ser colocado á la cabeza del gobierno, pues un discurso, una palabra obligaría á semejante ministro á presentar su dimisión al salir de la cámara. Esta imposibilidad resultante del principio libre de los gobiernos representativos, fue la que no se conoció cuando todas las ilusiones se reunieron para elevar á un hombre famoso al ministerio, á pesar de la repugnancia demasiado fundada de la corona. La elevación de este hombre debía producir una de estas dos cosas: ó á la abolición de la Carta, ó la caída del ministerio á la apertura de las sesiones. Representémos al ministro de quien quiero hablar escuchando en la cámara de Diputados la discusión sobre el 21 de enero, pudiendo ser apostrofado á cada instante por

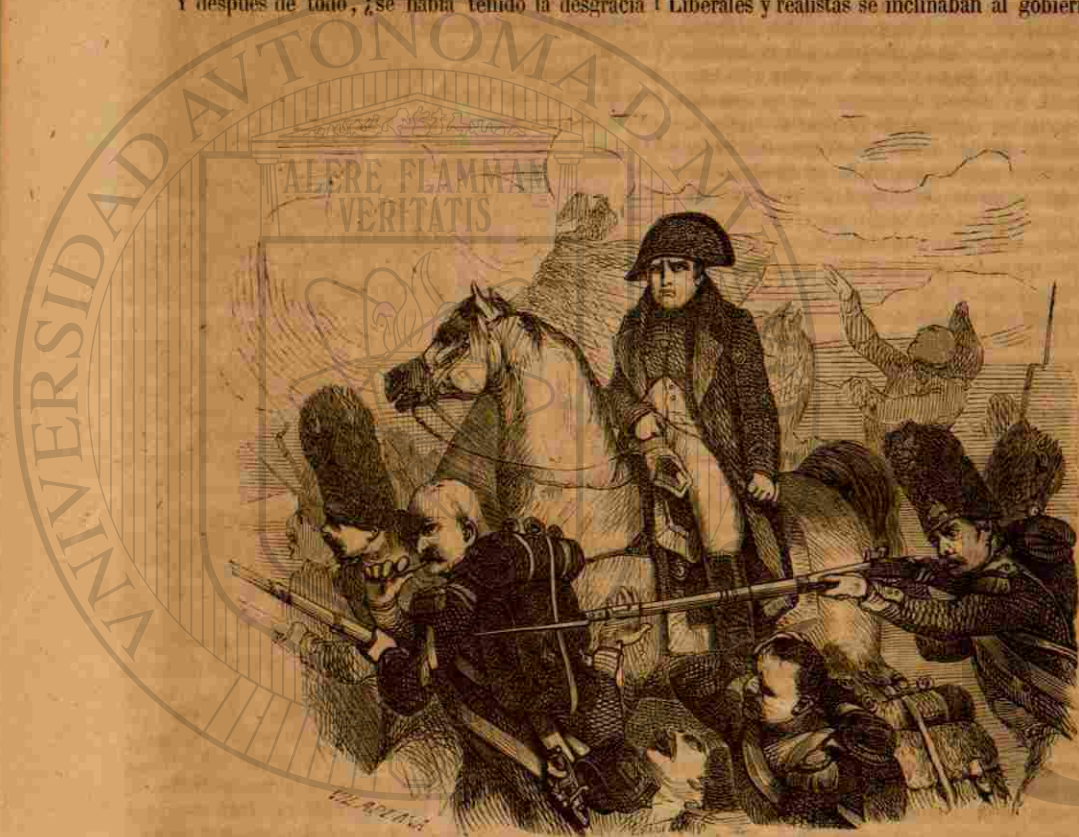
el gran diputado de Lyon y siempre amenazado por el terrible; *Tu es ille vir!* Los hombres de esta especie no pueden ser empleados ostensiblemente sino con los mudos del serrallo de Rayaceto ó con los mudos del cuerpo legislativo de Bonaparte. ¿Qué sería el ministro si un diputado, subiendo á la tribuna con un *Monitor* en la mano, leyese el dictámen de la Convencion de 9 de agosto de 1793? ¿Si pide la expulsion de Fouché como indigno en virtud de ese dictámen que le echaba (hablo textualmente) como un ladrón y un terrorista, cuya conducta atroz y criminal comunicaba la deshonra y el oprobio á toda asamblea de la cual llegase á ser miembro?»

¿Hé aquí las cosas que se han olvidado!

Y despues de todo, ¿se había tenido la desgracia

de creer que un hombre de esta especie podia ser útil en ningun tiempo? ¿Era preciso dejarle detrás de la cortina, consultar su triste experiencia; pero hacer violencia á la corona y á la opinion, llamar á cara descubierta un ministro semejante, un hombre á quien Bonaparte en aquel momento mismo trataba de infame, no era declarar que se renunciaba á la libertad y á la virtud? ¿Una corona vale semejante sacrificio? Ya no había facultad para alejar á nadie. ¿A quién podia excluirse despues de haber admitido á Fouché?

Los partidos obraban sin pensar en la forma del gobierno que habían adoptado: todo el mundo hablaba de constitucion, de libertad, de igualdad, de derecho de los pueblos, y nadie queria nada de esto. Liberales y realistas se inclinaban al gobierno abso-



BATALLA DE WATERLOO.

luto mejorado por las costumbres: este es el temperamento de la Francia.

Mi capricho relativo á una carta puesta en movimiento por la accion religiosa y moral, ha sido causa de la malquerencia que ciertos partidos me han profesado: para los realistas, yo amaba demasiado la libertad; para los revolucionarios, yo despreciaba demasiado los crimines. Si yo no me hubiese encontrado allí, con gran detrimento mio, para hacerme maestro de escuela de constitucionalismo, desde los primeros dias los ultra y los jacobinos se habrían metido la constitucion en el bolsillo de su frae á lo flor de lis, ó de su carmañola á lo Casio.

Mr. de Talleyrand no gustaba de Fouché: Mr. Fouché detestaba y, lo que es mas extraño, despreciaba á Mr. de Talleyrand. Este, que al principio se hubiera contentado con no ser unido á Fouché, conociendo que este era inevitable, secundó el proyecto, sin advertir que con la Carta, él, unido al me-

trallador de Lyon, no era más posible que Fouché.

Pronto se verificó lo que yo había anunciado: no se tuvo el derecho de la administracion del duque de Otranto, sino únicamente el oprobio: acercándose la sombra de las Cámaras, bastó para hacer desaparecer á ministros demasiado expuestos á la franqueza de la tribuna.

Mi oposicion fue inútil: segun costumbre de los caracteres débiles, el rey levantó la sesion sin determinar nada; el decreto debía darse en el castillo de Arnouville.

En esta última residencia no se celebró un consejo en regla, pues solo fueron reunidos los íntimos y aliados en el secreto. Mr. de Talleyrand, que nos había adelantado, se confabuló con sus amigos, y luego llegó el duque de Wellington, á quien vi pasar en una carreta, ondeando en el aire las plumas de su sombrero: venia á otorgar á la Francia Mr. Fouché y Mr. de Talleyrand, como el doble presente que

la victoria de Waterloo hacia á nuestra patria. Cuando se le representaba que el regicida duque de Otranto podia ser un inconveniente, respondia:—«Eso es una bagatela!»; Un irlandés protestante, un general inglés, extraño á nuestras costumbres y á nuestra historia, un ingenio que no veía en el año 1793 francés, mas que el antecedente inglés de 1649, estaba encargado de arreglar nuestros destinos!; La ambicion de Bonaparte nos había reducido á esta miseria!

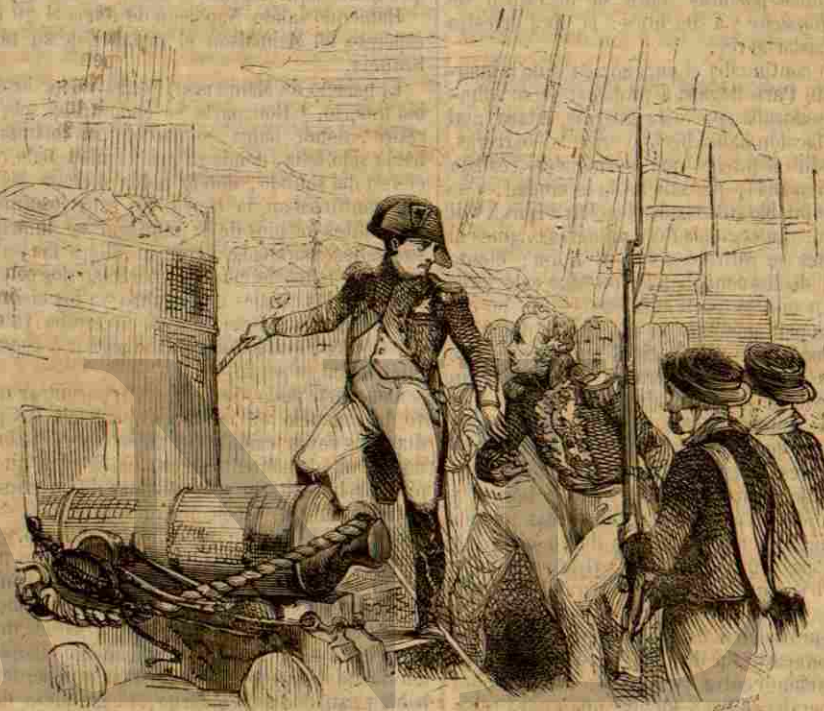
Entre tanto yo me paseaba solitario por los jardines desde donde el contralor general Machault á la edad de noventa y tres años había ido á morir á *Madelonnettes*; pues la muerte en su gran revista no se olvidaba de nadie.

Ya no era llamado para nada: las familiaridades del

infortunio comun habían cesado entre el soberano y el súbdito, y el rey se preparaba á volver á su palacio y yo á mi retiro. El vacío vuelve á formarse enredor de los monarcas tan luego como reconquistan el poder, y rara vez he atravesado sin hacer reflexiones graves los salones silenciosos y deshabitados de las Tullerías que me conducian al gabinete del rey.

En Arnouville faltaba pan, y sin un oficial, llamado Dubourg, hubiéramos ayunado; este oficial salió al merodeo, y nos trajo medio carnero á la habitacion del corregidor, que se había fugado. Si hubiera tenido armas la criada de este corregidor, nos habría recibido como Juana Hachette.

En seguida nos trasladamos á Saint-Denis: por las dos orillas de la calzada se extendian los vivaques in-



NAPOLEON SE EMBARCA PARA SANTA ELENA.

gleses y prusianos, y desde lejos se percibian las torres de la abadía. En sus cimientos echó Dagoberto sus joyas, y en sus subterráneos las razas sucesivas sepultaron á sus reyes y á sus grandes hombres: cuatro meses antes habíamos depositado allí los huesos de Luis XVI. Cuando volví de mi primer destierro en 1800, atravesé esa misma llanura de Saint-Denis, y aun no acampaban en ella sino soldados de Napoleon: todavía reemplazaban franceses á las antiguas bandas del condestable de Montmorency.

Un panadero nos alojó, y á las nueve de la noche fui á hacer mi visita al rey, que estaba hospedado en los edificios de la abadía. Primero entré en la iglesia, iluminada únicamente por una lámpara, y me hincué á orar á la entrada de la bóveda, donde había visto descender á Luis XVI. Lleno de temor por el porvenir, no sé si jamás he tenido el corazón anegado en una tristeza mas profunda y mas religiosa. En seguida me dirigí á los aposentos de S. M., é introducido en una de las salas que precedian á la del rey, como no vi á nadie, me senté en un rincón, y esperé. De repente

se abrió una puerta, y entró silenciosamente el vicio apoyado en el brazo del crimen: Mr. de Talleyrand sostenido por Mr. Fouché. La vision infernal pasó lentamente, penetró en el gabinete del rey, y desapareció. Fouché iba á jurar fe y homenaje á su señor: arrodillado el regicida, puso las manos que hicieron caer la cabeza de Luis XVI entre las del hermano del rey mártir, y el obispo apóstata prestó caucion del juramento.

Al dia siguiente todo el mundo hablaba del nombramiento de Fouché, así la virtud como el vicio, el realista como el revolucionario, el extranjero como el francés, y de todas partes gritaban:—«Sin Fouché no hay seguridad para el rey; sin Fouché no hay salvacion para la Francia; él solo ha salvado ya la patria, y él solo puede terminar su obra.» La anciana duquesa de Duras era una de las nobles damas mas animadas en el himno, y el bailío de Crussol tambien hacia coro, declarando que si aun tenía su cabeza sobre los hombros, era porque lo había permitido monsieur Fouché. Los cobardes habían tenido tanto

terror de Bonaparte, que habían tomado por un Tito al destructor de Lyon. Por espacio de mas de tres meses los salones de Saint-Germain me miraron como un descreído, porque desaprobaba el nombramiento de sus ministros. Estas pobres gentes se habían prosternado ante los intrusos, mas no por eso metían menos ruido con su nobleza, con su odio á los revolucionarios, con su fidelidad á toda prueba y con la inflexibilidad de sus principios, y adoraban á Fouché.

Este había conocido la incompatibilidad de su existencia ministerial con el juego de la monarquía representativa; como no podía amalgamarse con los elementos de un gobierno legal, intentó hacer los elementos políticos homogéneos á su propia naturaleza. Había creado un terror ficticio; suponiendo peligros imaginarios, pretendía forzar la corona á reconocer las dos cámaras de Bonaparte, y aun se murmuraban algunas palabras sobre la necesidad de desterrar á *Monsieur* y á sus hijos: la obra maestra hubiera sido aislar al rey.

Entre tanto continuaba el engaño; en vano la guardia nacional de París llegaba á protestar de su adhesión, y se aseguraba que esta guardia estaba mal dispuesta. La facción había hecho cerrar las barreras, á fin de impedir al pueblo que permaneció realista durante los Cien-Días, que saliera de la ciudad, y se decía que este pueblo amenazaba degollar á Luis XVIII cuando pasara. La ceguera era milagrosa, pues el ejército francés se retiraba sobre el Loira; ciento cincuenta mil aliados ocupaban los puestos exteriores de la capital, y aun se pretendía que el rey no era bastante fuerte para penetrar en una ciudad donde no había un soldado, y si solo vecinos muy capaces de contener á un puñado de federados si se hubieran atrevido á moverse. Desgraciadamente el rey, por un conjunto de coincidencias fatales, parecía el jefe de los ingleses y de los prusianos; creía estar rodeado de libertadores, y estaba acompañado de enemigos; parecía defendido por una escolta de honor, y esta escolta no era otra cosa en realidad mas que los gendarmes que le conducían fuera de su reino, y atravesaba á París en compañía de extranjeros cuyo recuerdo serviría un día de pretexto para el destierro de su raza.

El gobierno provisional formado después de la abdicación de Bonaparte fue disuelto por una especie de acta de acusación contra la corona: piedra sobre la cual se esperaba edificar un día una nueva revolución.

En la primera restauración era yo de parecer que se conservase la escarapela tricolor, pues brillaba con toda su gloria, y la blanca estaba olvidada: conservando colores que habían legitimado tantos triunfos, no se preparaba para una revolución previsoramente. No tomar la escarapela blanca hubiera sido prudente; abandonarla después que había sido llevada por los mismos granaderos de Bonaparte, era una cobardía: no se pasa impunemente bajo las horcas caudinas; lo que deshonra es funesto; una hofetada no os causa físicamente ningún daño, y sin embargo os mata.

Antes de salir de Saint-Denis fui recibido por el rey, y tuve con él la conversación siguiente:

—«¿Y bien! me dijo Luis XVIII abriendo el diálogo por esta exclamación.

—«Con que tomáis al duque de Otranto, señor.

—«Ha sido preciso; desde mi hermano hasta el bailío de Crussol (y este no es sospechoso), todos decían que no podíamos obrar de otro modo: ¿qué pensáis de ello?

—«Señor, la cosa está ya hecha, y pido á V. M. permiso para callarme.

—«No, no, hablad: ya sabéis cuánto he resistido desde Gante.

—«Señor, no hago mas que obedecer vuestras ór-

denes; perdonad mi fidelidad: creo terminada la monarquía.»

El rey guardó silencio, y yo comenzaba á temblar de mi atrevimiento, cuando S. M. repuso:

—«Pues bien, Sr. de Chateaubriand; soy de vuestro parecer.»

Este diálogo termina mi relación de los Cien-Días.

Revisado en diciembre de 1846.

BONAPARTE EN MALMAISON. — ARANDEÑO GENERAL.

Si un hombre fuese transportado repentinamente desde las escenas mas ardientes de la vida á la orilla silenciosa del Océano helado, experimentaría lo que yo experimento cerca de la tumba de Napoleón; porque he nos aquí llegados al borde de esa tumba.

Habiendo salido Napoleón de París el 29 de junio, esperaba en Malmaison el instante de su marcha de Francia.

El palacio de Malmaison estaba vacío. Josefina había muerto, y Bonaparte se encontraba solo en este retiro, donde había comenzado su fortuna, donde había sido feliz, donde se había embriagado con el incienso del mundo, donde había dictado las órdenes que conturbaban la tierra. En estos jardines donde poco antes los pies de la multitud se imprimían en sus calles enarenadas, crecían ahora la yerba y los espinos; faltos de cuidado, perecían los árboles exóticos: en los canales no bogaban ya los cisnes negros de la Oceanía; la pajarera no encerraba ya las ayes del trópico, que habían volado para ir á esperar á su huésped en su patria.

Bonaparte pudo, sin embargo, encontrar un motivo de consuelo volviendo los ojos hacia sus primeros días: los reyes caídos se afligen sobre todo porque no ven en el momento de su caída mas que un esplendor hereditario y las pompas de su cuna; pero, ¿qué descubría Napoleón anteriormente á sus prosperidades? El establo de su nacimiento en una aldea de Córcega. Mas magnánimo y arrojando el manto de púrpura, debió revestir con orgullo el sayón del cabrero; pero los hombres no se vuelven á colocar en su origen cuando este fue humilde, y parece que el injusto cielo les priva de su patrimonio cuando en la lotería de la suerte no hacen mas que perder lo que habían ganado: sin embargo, la grandeza de Napoleón viene de lo que había salido de sí mismo, pues nada de su sangre le había precedido ni preparado su poder.

Al aspecto de estos jardines abandonados, de estos aposentos deshabitados, de estos salones donde habían cesado los cantos y la música, Napoleón podía repasar toda su carrera y preguntarse si con una poca mas de moderación no habría conservado sus felicidades. Extranjeros ni enemigos, no le desterraban ahora, ni se iba casi vencedor dejando á las naciones admiradas después de la prodigiosa campaña de 1814, sino que franceses y amigos, exigían su abdicación inmediata, apresuraban su marcha; no le querían ya ni por general, y le despachaban correos sobre correos para obligarle á abandonar el suelo sobre que había vertido tanta gloria como desgracias.

A esta lección tan dura se unían otras advertencias: los prusianos rodaban por las cercanías de Malmaison, y Blücher, medio ebrio, ordenaba agarrar y ahorear al conquistador que había puesto el pie sobre el cuello de los reyes. La rapidez de las fortunas, la vulgaridad de las costumbres, la prontitud de la elevación y caída de los personajes modernos, temo que quitará á nuestro tiempo una parte de la nobleza de la historia: Roma y Grecia no hablaron nunca de ahorear á Alejandro ni á César.

Las escenas que habían tenido lugar en 1814 se re-

novaron en 1815, pero de una manera algo mas chocante, porque los ingratos estaban estimulados por el miedo: era preciso deshacerse pronto de Napoleón, porque los aliados llegaban: Alejandro no estaba allí en el primer momento para templar el triunfo y contener la insolencia de la fortuna. París había cesado de estar adornado con su corona de inviolabilidad, pues una primera invasión la había manchado: ya no era la cólera de Dios la que caía sobre nosotros, sino el desprecio del cielo: el rayo se había apagado.

Todas las miserias habían adquirido en los Cien-Días un nuevo grado de indignidad: afectando elevarse por amor á la patria, sobre las adhesiones personales, gritaban que Bonaparte había sido demasiado criminal en violar los tratados de 1814; pero los verdaderos culpables, ¿no eran aquellos que favorecieron sus designios? Si en 1815, en vez de proporcionarle ejércitos después de haberle abandonado una vez para abandonarle otra, le hubiesen dicho cuando llegó á las Tullerías: —«Vuestro genio os ha engañado, y la opinión no es ya vuestra; tened lástima de la Francia. Retiraos después de esta última visita á la tierra, y marchaos á vivir á la patria de Washington. ¿Quién sabe si los Borbones no cometerán faltas? ¿Quién sabe si un día la Francia no volverá los ojos hacia vos, cuando en la escuela de la libertad hayáis aprendido el respeto á las leyes? Entonces volveréis, no como raptor que cae sobre su presa, sino como gran ciudadano pacificador de su país.»

Pero no le hablaron este lenguaje: prestáronse á las pasiones de su jefe, y contribuyeron á cegarle seguros como estaban de aprovecharse de su victoria ó de su derrota. Solo el soldado murió por Napoleón con una sinceridad admirable. Y si los visires del califa despojador se hubiesen contentado con volverle la espalda! Pero no; se aprovechaban de sus últimos momentos; le apuraban con sordidas pretensiones, y todos querían sacar dinero de su pobreza.

Bonaparte había dado lugar á este completo abandono: insensible á las penas de los demás, el mundo le devolvió indiferencia por indiferencia. Así como la mayor parte de los déspotas, estaba bien con su domesticidad, aun cuando en el fondo; hombre solitario, se bastaba á sí propio.

Cuando recojo mi memoria; cuando recuerdo haber visto á Washington en su pequeña casa de Filadelfia y á Bonaparte en sus palacios, me parece que Washington, retirado en su campo de la Virginia, no debía experimentar las angustias de Bonaparte esperando el destierro en sus jardines de Malmaison. Nada había cambiado en la vida del primero que volvía á sus hábitos modestos, que no se había elevado sobre la felicidad de los colonos, á quienes había dado la libertad; pero todo estaba trastornado en la vida del segundo.

SALIDA DE MALMAISON. — RAMBOUILLET. — ROCHEFORT.

Napoleón salió de Malmaison acompañado de los generales Bertrand, Rovigo y Becker, este último en calidad de vigilante ó de comisario. En el camino le entró gana de detenerse en Rambouillet, de donde salió para embarcarse en Rochefort, como Carlos X para embarcarse en Cherbourg; Rambouillet, retiro sin gloria, donde se eclipsó lo que hubo de mas grande en la raza y en el hombre; lugar fatal, donde murió Francisco I; donde Enrique III, huyendo de las barricadas, se acostó vestido y de pasó donde Luis XVI ha dejado su sombra! ¡Felices Luis, Napoleón y Carlos, si no hubiesen sido mas que oscuros pastores de los rebaños de Rambouillet!

En Rochefort vacilaba Napoleón; pero la comisión ejecutiva enviaba órdenes sobre órdenes diciendo: «Las guarniciones de Rochefort y de la Rochela deben

prestar auxilio para hacer embarcar á Napoleón. Emplead la fuerza... hacédle marchar... sus servicios no pueden ser aceptados.»

¡Los servicios de Napoleón no podían ser aceptados! ¿Pues no aceptásteis sus beneficios y sus cadenas? Napoleón no se iba, sino que era echado; y por quién?

Bonaparte solo había creído en la fortuna, y ahora una justa pena del talion le hacía comparecer ante su sistema. Cuando el triunfo, cesando de animar su persona, se encarnó en otro individuo, los discípulos abandonaron el maestro por la escuela. Yo que creo en la legitimidad de los beneficios y en la soberanía de la desgracia, si hubiese servido á Bonaparte, no le habría abandonado antes por el contrario le habría probado por mi fidelidad la falsedad de sus principios políticos; compartiendo sus desgracias, hubiera permanecido á su lado, como un mentís vivo de sus estériles doctrinas y del poco valor del derecho de la prosperidad.

Desde el 1.º de julio le esperaban unas fragatas en la rada de Rochefort, pero esperanzas que no mueren jamás, recuerdos inseparables del último adiós, le detuvieron. ¿Cuánto debía echar de menos los días de su infancia, cuando sus ojos serenos aun no habían visto caer la primera lluvia! Dió tiempo á la escuadra inglesa de acercarse. Aun podía haberse embarcado en un lugre que lo traspasaría á un buque danés (este partido fue el que tomó su hermano José); pero le faltó resolución al mirar las costas de Francia. Tenía aversión á una república y le repugnaban la igualdad y la libertad de los Estados-Unidos. Inclínabase á pedir un asilo á los ingleses, y decía á los que le consultaban: «¿Qué inconveniente encontráis en ese partido?—El inconveniente de deshonraros, le respondió un oficial de marina; ni siquiera debéis caer entre manos de ingleses, pues os harán empalar para enseñaros á un schielling por cabeza.»

BONAPARTE SE REFUGIA EN LA ESCUADRA INGLESA. — ESCRIBE AL PRINCIPE REGENTE.

A pesar de estas observaciones, el emperador resolvió entregarse á sus vencedores. El 13 de julio, estando ya en París Luis XVIII hacia cinco días, Napoleón envió al capitán del navío inglés el *Belerofonte* esta carta para el príncipe regente:

«Alteza real, blanco de las facciones que dividen mi país, y de la enemistad de las mas grandes potencias de la Europa, he terminado mi carrera política, y vengo, como Temístocles, á sentarme al hogar del pueblo británico. Yo me pongo bajo la protección de sus leyes, que reclamo de V. A. R. como del mas poderoso, mas constante y mas generoso de mis enemigos.

Rochefort 15 de julio de 1815.

Si por espacio de veinte años no hubiera llenado Bonaparte de ultrajes al pueblo inglés, á su gobierno, á su rey y al heredero de este rey, se habría podido encontrar alguna conveniencia de tono en esta carta; pero cómo esta *Alteza real* tan insultada, tan despreciada de Napoleón, se convierte de pronto en el mas poderoso, el mas constante, el mas generoso de sus enemigos, por la única razon de que es victorioso? El no podía estar persuadido de lo que decía, y lo que no es verdad no es elocuente.

Algo peor que una falta de sinceridad hay en el paso dado por Bonaparte; hay el olvido de la Francia. El emperador solo se ocupa de su catástrofe individual, y nada son los franceses ante sus ojos. Sin pensar que al dar la preferencia á la Inglaterra sobre la América, la elección era un ultraje al luto de la pa-

tria, solicitó un asilo del gobierno que hacia veinte años concitaba á la Europa contra la Francia, de ese gobierno, cuyo comisionado en el ejército ruso, el general Wilson, excitaba á Kutuzoff en la retirada de Moscou, para que acabase de exterminar su ejército. Los ingleses, afortunados en la batalla final, acampaban en el bosque de Boulogne. ¡Id, pues, oh Temistocles, á sentaros tranquilamente en el hogar británico, mientras que la tierra no ha acabado de absorber aun la sangre francesa derramada por vos en Waterloo! ¿Qué papel hubiera hecho el fugitivo, festejado tal vez, á orillas del Támesis, enfrente de la Francia invadida, de Wellington hecho dictador en el Louvre? Pero los ingleses, dejándose llevar de una política mezquina y rencorosa, perdieron su último triunfo: en vez de perder al suplicante, admitiéndolo en sus cárceles ó en sus festines, le hicieron mas brillante para la posteridad la corona que creían haberle arrebatado. En el cautiverio creció con el enorme terror de las potencias, y en vano le encadenaba el Océano: la Europa armada acampaba á la orilla con los ojos fijos en el mar.

BONAPARTE Á BORDO DEL BELEROFONTE. — TORBAY. — ACTA QUE CONFINA Á BONAPARTE Á SANTA ELENA. — SE TRASBORDA AL NORTHUMBERLAND, Y SE DA Á LA VELA.

El 15 de julio transportó el *Epevier* á Napoleon al *Belerofonte*. La embarcacion francesa era tan pequeña, que desde á bordo del buque inglés no se distinguía el gigante sobre las olas. Al acercarse el emperador al capitán Maitland, le dijo: «Vengo á ponerme bajo la proteccion de las leyes de Inglaterra.» Una vez al menos, el conculcador de las leyes confesaba su autoridad.

La escuadra hizo rumbo hácia Torbay: una multitud de barcas cruzaban alrededor del *Belerofonte*. El 30 de julio entregó lord Keith al requirente el decreto que le confinaba á Santa Elena. «Esto es peor que la jaula de Tamerlan,» dijo Napoleon.

Esta violencia del derecho de gentes y del respeto á la hospitalidad, era irritante. El que nace en un buque de cualquiera clase con tal que esté á la vela es considerado como *inglés de nacion* y con arreglo á las antiguas costumbres de Londres las olas están reputadas como *tierra de Albion*. Y un navio inglés dejó de ser en este caso ara inviolable para un suplicante, y no puso bajo la proteccion del tridente inglés al grande hombre que abrazó la popa del *Belerofonte*! Bonaparte protestó y argumentó con leyes, y habló de traición y de perfidia, y apeló al porvenir. ¿Le sentaba esto bien? ¿No habia hollado en su fortuna las cosas santas, cuya garantía invocaba? ¿No habia arrebatado él á Toussaint-Louverture y al rey de España? ¿No habia hecho prender y retener prisioneros por espacio de años, á los viajeros ingleses que se hallaban en Francia en el momento de la ruptura del tratado de Amiens? ¿Permitase, pues, á la mercantil Inglaterra imitar lo que él mismo habia hecho, y usar de innoles represalias!

En Bonaparte no correspondia la grandeza del corazon con las dimensiones de la cabeza. Sus querellas con los ingleses son deplorables é irritan á lord Byron. ¿Cómo se dignó honrar con una palabra á sus carceleros? Se padece mucho al verlo rebajarse á conflictos de palabras con lord Keith en Torbay, con ser Hudson Lowe en Santa Elena, y regatear sobre un título y sobre un poco mas ó menos de oro y de honores.

Reducido á sí mismo, Bonaparte estaba reducido ó su gloria, y esto debia bastarle: nada debia haber perdido á los hombres: no trataba bastante despóticamente á la adversidad, y bien se le hubiera perdonado hacer de esta su último esclavo. Yo no encuentro nada notable en su protesta contra la violacion de la hospitalidad, sino la firma que la terminaba: *A bordo*

del *Belerofonte*, en la mar, *Napoleon*. En estas armonías se ve la inmensidad.

Del *Belerofonte* se trasbordó Napoleon al *Northumberland*, escoltado por dos fragatas que conducian la futura guarnicion de Santa Elena; algunos oficiales de esta guarnicion habian combatido en Waterloo. Por un artículo de las instrucciones del capitán, *Bonaparte debia ser desarmado*: ¡Napoleon, solo, prisionero en un navio, en medio del Océano, *desarmado*! ¡Qué magnífico terror de su poder; pero tambien qué leccion del cielo para los hombres que abusan de su poderío! El estúpido almirantazgo trataba como un sentenciado de Botany-Bay á la gran concepcion de la raza humana: ¡el príncipe Negro hizo desarmar al rey Juan!

La escuadra levó áncoras. Desde la barca que condujo á César, ningun buque estuvo cargado con un destino semejante. Bonaparte se acercaba á esa mar de los milagros, por donde se habia visto pasar el árabe del Sinai. La última tierra de Francia que descubrió Napoleon fue el Cabo la Hogue; otro trofeo de los ingleses.

El emperador se engañaba por lo tocante al interés de su memoria al manifestar deseos de que le dejaran permanecer en Europa, donde no habria tardado en ser un prisionero vulgar ó envilecido: su mision habia ya terminado; pero mas allá de los límites de esta le esperaba una nueva posicion en la que podia rejuvenecerse con nueva celebridad. Ninguno de los hombres que han agitado el universo ha tenido un fin semejante al de Napoleon. No le proclamaron como en su primera caída autócrata de algunas minas de hierro ó canteras de metal, á propósito las unas para forjar una espada, y las segundas una estatua: dejéronle sobre una roca en cuya cima permaneció como un águila hasta su muerte acechando el universo, y siendo á su vez visto de todo el mundo.

JUICIO SOBRE BONAPARTE.

En el momento en que Bonaparte sale de Europa y abandona su vida para ir á buscar los destinos de su muerte, conviene examinar este hombre en sus dos existencias, pintar el falso y el verdadero Napoleon: ambos se confunden y forman un todo de la mezcla de su realidad y su mentira.

De esta reunion resulta que Bonaparte era un poeta en accion, un genio inmenso en la guerra, un espíritu infatigable, hábil y sensato en la administracion, y un legislador laborioso y razonable. Por eso hiere tanto la imaginacion de los pueblos, y tiene tanta autoridad sobre el juicio de los hombres positivos. Mas como político, siempre será un hombre defectuoso á los ojos de los hombres de Estado. Esta observacion, que se ha escapado á la mayor parte de sus panegiristas, estoy convencido de que llegará á ser la opinion definitiva que explicará el contraste de sus acciones prodigiosas y de sus miserables resultados. En Santa Elena, el mismo condenó con severidad su conducta política sobre dos puntos; la guerra de España y la guerra de Rusia, y aun pudo extender su confesion á otras culpas. Sus entusiastas no sostendrán tal vez que, al criticarse, se ha engañado á sí mismo. Recapitulemos: Bonaparte obró contra toda prudencia, sin que hablemos otra vez de lo odioso de la accion, matando al duque de Enghien. A pesar de los pueriles apologistas, esta muerte, como ya hemos visto, fue la causa secreta de las discordias que estallaron en lo sucesivo entre Alejandro y Napoleon como entre la Rusia y la Francia.

La empresa sobre España fue completamente impolítica; la península era del emperador, y podia sacar de ella el partido mas ventajoso; pero en lugar de esto, hizo de ella una escuela para los soldados ingle-

ses, y el principio de su propia destruccion por el levantamiento de un pueblo.

La detencion del papa y la reunion de los Estados de la Iglesia á la Francia, no fue mas que un capricho de la tirania, por el cual perdió la ventaja de pasar por restaurador de la religion.

Bonaparte no se contuvo despues de haberse desposado con la hija de los Césares, como debió hacerlo; la Rusia y la Inglaterra le pedian gracia.

No dió vida á la Polonia, cuando del restablecimiento de este reino dependia la salvacion de la Europa.

Y se precipitó sobre la Rusia á pesar de las representaciones de sus generales y de sus consejeros.

Prosiguiendo en su locura, pasó mas allá de Smolensk, cuando todo le decia que no debia ir mas lejos; que su primera campaña del Norte estaba concluida, y que la segunda (él mismo lo decia) le haria señor del imperio de los Czares.

No supo ni computar los dias, ni prever el defecto de los climas, que todo el mundo en Moscou computaba y previa. Véase en su lugar lo que he dicho del *bloqueo continental* y de la *confederacion del Rin*: el primero, concepcion gigantesca, pero acto dudoso; la segunda, obra considerable, pero maleada en la ejecucion por el instinto de campamento y el espíritu de fiscalizacion. Napoleon recibió en donativo la vieja monarquía francesa, tal como la habian hecho los siglos, y una sucesion no interrumpida de grandes hombres, tal como la habian dejado la magestad de Luis XIV y las alianzas de Luis XV; tal como la habia engrandecido la república. Sentóse sobre este magnífico pedestal; extendió los brazos, asíó á los pueblos, y los reunió enredador suyo; pero perdió la Europa con tanta prontitud como la habia tomado, y llevó dos veces á París los aliados, á pesar de los milagros de su inteligencia militar. Tenia el mundo á sus piés, y de él no supo sacar mas que una cárcel para sí mismo, un destierro para su familia, y la pérdida de todas sus conquistas y de una porcion del antiguo suelo francés.

Esta es la historia autorizada con los hechos que nadie podria negar. ¿De dónde nacian las faltas que acabo de indicar, seguidas de un desenlace tan pronto y tan funesto? Nacian de la imperfeccion de Bonaparte en política.

En sus alianzas no encadenaba á los gobiernos sino por concesiones de territorio cuyos límites no tardaba en cambiar: descubriendo sin cesar el pensamiento oculto de recoger lo que habia dado; haciendo sentir siempre la opresion de sus invasiones, nada reorganizaba, excepto la Italia. En vez de detenerse despues de cada paso para reedificar en otra forma lo que habia destruido, jamás alteraba su movimiento de progresion entre las ruinas, y marchaba tan ligero, que apenas tenia tiempo para respirar por donde pasaba. Si por una especie de tratado de Westphalia hubiera arreglado y asegurado la existencia de los Estados, en Alemania, en Prusia, en Polonia, en su primera marcha retrógrada, se hubiera encontrado con poblacionessatisfechas que le habrian proporcionado auxilios. Pero su poético edificio de victorias, falto de bases y suspendido únicamente en el aire por su genio, cayó cuando este comenzó á retirarse. El macedonio fundaba sus imperios corriendo: Bonaparte corriendo no sabia mas que destruirlos: su único objeto era ser personalmente señor del globo, sin ocuparse de los medios para conservarlo.

Se ha querido hacer de Bonaparte un ser perfecto, un tipo de sentimiento, de delicadeza, de moral y de justicia; un escritor como César y Tucídides; un orador y un historiador, como Demóstenes y Tácito. Los discursos públicos de Napoleon y sus frases de campamento son tanto menos inspiradas por el soplo profético, cuanto que anunciaban desgracias que no se cumplieron, en tanto que él si ha desaparecido. Bonaparte ha sido verdaderamente el destino durante

diez y seis años: el destino es mudo, y Bonaparte hubiera debido serlo. Bonaparte no era César; su educacion ni era sabia ni escogida, y medio extranjero, ignoraba las primeras reglas de nuestro idioma. ¿Qué importa eso, si daba la voz de mando al universo? Sus boletines tienen la elocuencia de la victoria, y algunas veces, en la embriaguez del triunfo, afectaba escribirlos sobre un tambor: de en medio de los mas lúgubres acentos partian fatales carcajadas. Yo he leído con atencion lo que ha escrito Bonaparte; los primeros manuscritos de su infancia, sus novelas, sus folletos á Buttafuoco, la *Cena de Beaucaire*, sus cartas secretas á Josefina, los cinco volúmenes de sus discursos, de sus órdenes y de sus boletines, y sus despachos inéditos, mejorados por la redaccion de los escritores de Mr. de Talleyrand, nada he encontrado entre ellos sino un autógrafo dejado en la isla de Elba, el cual contiene pensamientos que parecen propios del gran insular.

«Mi corazon se niega á las alegrías comunes como al dolor ordinario.»

«No habiéndome dado la vida, tampoco me la quitaré, en tanto que ella quiera residir en mí.»

«Mi ángel malo se me apareció, y me anunció mi fin, que he encontrado en Leipsick.»

«Yo he conjurado el terrible espíritu de novedad que recorria el mundo.»

Esto es ciertamente del verdadero Napoleon.

Si sus boletines, discursos, alocuciones y proclamas se distinguen por la energia, esta no le pertenecía en propiedad exclusiva, pues era de su tiempo y venia de la inspiracion revolucionaria que se debilitó en Bonaparte, porque marchaba á la inversa de la tal inspiracion, Danton decia: «El metal hierve, y si no cuidais del hornillo, todos os abrasareis.» Saint-Just decia: «¡atreveos!» Esta palabra contiene toda la política de nuestra revolucion; los que hacen revoluciones á medias solo cavan un sepulcro.

¿Podrá encontrarse mas altivez de expresion en los boletines de Bonaparte?

En cuanto á los numerosos volúmenes publicados con el título de *Memorias de Santa Elena, Napoleon en el destierro*, etc., etc; estos documentos recogidos de boca de Bonaparte, ó dictados por él á diferentes personas, tienen algunos hermosos pasajes sobre acciones de guerra, algunas apreciaciones notables sobre ciertos hombres; pero, en definitiva, Napoleon solo se ha ocupado en ellos de hacer su apología, justificar su pasado, construir sobre ideas gastadas sucesos consumados, y cosas en las que jamás habia pensado durante el curso de los acontecimientos. En esta compilacion, donde el pró y el contra se suceden á cada paso, es difícil separar lo que corresponde á Napoleon de lo que pertenece á sus secretarios. El dictaba su historia tal como queria dejarla; era un autor escribiendo artículos sobre su propia obra. Nada, pues, mas absurdo que extasiarse en repertorios de todas manos, que no son, como los *Comentarios de César*, una obra corta, producto de una gran cabeza, redactada por un escritor superior; y sin embargo, estos *Comentarios*, como pensaba Asinio Pollion, no eran ni exactos ni fieles. El *Memorial de Santa Elena* es bueno para el eandor y para la sencillez de la admiracion.

Una de las cosas que mas ha contribuido á hacer odioso á Napoleon durante su vida, era su inclinacion á recomponer todo: en una ciudad abrasada daba unos decretos sobre el restablecimiento de algunos cómicos, y otros que suprimian monarcas; parodia de la omnipotencia de Dios, que arregla la suerte del mundo y de una hormiga. A la caída de los imperios mezclaba insultos á mujeres; complaciase en la humillacion de lo que habia abatido, y calumniaba y heria particularmente á todo lo que habia osado resistirse. Su arrogancia igualaba á su fortuna, y creia

aparecer tanto mas grande, cuanto mas rebajaba á los otros. Envidioso de sus generales, les acusaba de sus propias faltas, porque él jamás habia podido cometerlas. Despues del desastre de Ramillies, no habria dicho como Luis XIV al mariscal de Villeroy: — «Señor mariscal, á nuestra edad ya no es uno afortunado.» ¡Interesante magnanimidad que ignoraba Napoleon! El siglo de Luis XIV estaba hecho para Luis el Grande, y Bonaparte hizo el suyo.

La historia del emperador, trocada por tradiciones falsas, tambien será falseada por el estado de la sociedad en la época imperial. Toda revolucion escrita en presencia de la libertad de la prensa, puede dejar que la vista penetre hasta los hechos, porque cada cual los refiere como los ha visto: el reinado de Cromwell es conocido, porque se decia al protector lo que se pensaba de sus actos y de su persona. En Francia aun bajo la república, á pesar de la inexorable censura del verdugo, la verdad traspiraba, la faccion triunfante no era siempre la misma, que tambien sucumbia, y entonces la vencedora os enseñaba lo que os ocultara la anterior: habia libertad de un cadalso á otro, entre dos cabezas cortadas. Pero cuando Bonaparte se apoderó del poder; cuando el pensamiento fue embalado; cuando solo se oyó la voz de un despotismo que no hablaba sino para elogiarse y que no permitia hablar de otra cosa mas que de él, la verdad desapareció.

Las piezas que se llaman á sí propias auténticas de este tiempo están corrompidas; nada se publicaba, ni libros, ni periódicos, sino por orden del amo: Bonaparte corregia los artículos de *El Monitor*, y los prefectos remitian de los diversos departamentos las congratulaciones y felicitaciones tales como las autoridades de París las habian dictado y transmitido, tales como expresaban una opinion pública convenida, enteramente diversa de la opinion real. ¡Escribid la historia conforme á tales documentos! En prueba de vuestros imparciales estudios, cotejad los auténticos, y solo encontrareis una mentira en apoyo de otra.

Si pudiera ponerse en duda esta impostura universal; si hombres que no han visto los dias del imperio se obstinasen en tener por sincero lo que hallasen en los documentos impresos ó lo que desenterrasen de ciertos legajos de los ministerios, bastaria apelar á un testimonio irrecusable, al *senado conservador*: en el decreto que he citado mas arriba habeis visto sus propias palabras: — «Considerando que la libertad de la prensa ha estado constantemente sometida á la censura arbitraria de su policia, y que al mismo tiempo siempre se ha servido de la prensa para llenar la Francia y la Europa de hechos disputados y máximas falsas; que *actas y dictámenes* oídos por el senado han sufrido alteraciones en la publicacion que de ellos se ha hecho, etc.» ¿Hay algo que responder á esta declaracion?

La vida de Bonaparte es una verdad incontestable, que la impostura se habia encargado de escribir.

CARACTER DE BONAPARTE.

Un orgullo monstruoso y una afectacion incesante formaban el carácter de Napoleon. En el tiempo de su dominacion, ¿qué necesidad tenia de exagerar su estatura, cuando el Dios de los ejércitos le habia suministrado ese carro cuyas ruedas están vivas?

Tenia sangre italiana, y su naturaleza era compleja; los grandes hombres, familia muy reducida sobre la tierra, no encuentran desgraciadamente mas que á sí mismos para imitarse. A la vez modelo y copia, personaje real y actor representando este personaje, Napoleon era su propio mismo: él no se hubiera creído un héroe si no haberse disfrazado con los vestidos de ese héroe. Esta extraña debilidad dió á sus sorprendentes realidades alguna cosa de falso y de equívoco: tó-

mese tomar al rey de los reyes por Roscio ó á Roscio por el rey de los reyes.

Las cualidades de Napoleon están tan adulteradas en las *Gacetas*, versos, folletos y hasta en las canciones del imperialismo, que no es posible reconocerlas. Todo lo que se ha prestado de interesante á Bonaparte son habladurías que desmienten las acciones de su vida.

La *Grand-mere* de mi ilustre amigo Beranger, no es mas que un admirable Pont-Neuf. Bonaparte no tenia nada de amable, pues, dominacion personificada como era, tenia un aspecto seco, cuya frialdad servia de antidoto á su imaginacion ardiente; él no encontraba jamás en sí una palabra, sino un hecho dispuesto siempre á irritarse de la mas pequeña independencia: una mosca que volase sin orden suya, era á sus ojos un insecto rebelado. Y no era todo el mentir á los oídos; era preciso mentir á los ojos. Aquí, en un grabado, se ve á Bonaparte que se descubre ante los heridos austriacos; allá toca Napoleon á los apesados de Jaffa, y jamás se acercó á ellos, y en otro atraviesa el San Bernardo sobre un caballo fogoso, y en medio de torbellinos de nieve, y hacia el tiempo mas hermoso del mundo.

¿No se quiere transformar hoy al emperador en un romano de los primeros dias del Monte Aventino, en un misionero de libertad, en un ciudadano que no institua la esclavitud sino por amor á la virtud contraria? Juzgad por estos dos rasgos del gran fundador de la igualdad. Ordenó invalidar el matrimonio de su hermano Gerónimo con la señorita Paterson, porque el hermano de Napoleon no podia aliarse sino con sangre de príncipes; mas tarde, á su vuelta de Elba, reviste la nueva constitucion *democrática* con una cámara de *pares* y la corona con el *acta adicional*.

Que Bonaparte, continuador de los triunfos de la república, sembrase por todas partes principios de independencia; que sus victorias ayudasen á la relacion de los lazos entre los pueblos y los reyes, y arrancasen estos pueblos al poder de las viejas costumbres y de las antiguas ideas; que en este sentido haya contribuido á la libertad social, son cosas que no pretendo poner en duda; pero que de propia voluntad haya trabajado á ciencia cierta en la independencia política y civil de las naciones; que haya establecido el despotismo mas estrecho en la idea de dar á la Europa, y particularmente á la Francia, la constitucion mas lata; que no haya sido mas que un tribuno disfrazado de tirano, estas son suposiciones que me es imposible adoptar.

Bonaparte, como la raza de los príncipes, solo ha querido y buscado el poder, llegando á él, sin embargo, al través de la libertad. La revolucion, que era la nodriza de Bonaparte, no tardó en presentársele como una enemiga: el emperador, por lo demás, conocia muy bien el mal, cuando el mal no venia directamente del emperador, porque no estaba desprovisto de sentido moral. El sofisma, establecido hoy sobre el amor de Bonaparte á la libertad, no prueba mas que una cosa: el abuso que se puede hacer de la razon, y que hoy se presta á todo. ¿No se dice hoy que el terror fue un tiempo de humanidad? En efecto, ¿no se pedia la abolicion de la pena de muerte cuando á tanta gente se mataba? ¿Los grandes civilizadores, como se les llama, no han inmolado siempre hombres, y no es por esto por lo que se prueba que Robespierre era el continuador de Jesucristo?

El emperador se ocupaba de todas cosas, y jamás descansaba su inteligencia, pues tenia una especie de agitacion perpetua de ideas. En la impetuosidad de su naturaleza, en vez de llevar un paso franco y continuo, avanzaba dando saltos sobre el universo, y nada queria de este, si habia de verse obligado á esperar-lo. Ser incomprendible, que encontraba el secreto de rebajar sus mas culminantes acciones, desdenando-

las, y de alzar hasta su altura sus actos menos elevados. Impaciente de voluntad, paciente de carácter, incompleto y como inacabado, Napoleon tenia vacios en su genio: su entendimiento se parecia al cielo de ese otro hemisferio, bajo el cual debia ir á morir, á ese cielo, cuyas estrellas están separadas por espacios vacios.

Pregúntase por qué prestigio Bonaparte, tan aristócrata y enemigo del pueblo; pudo llegar á la popularidad de que gozó; porque, ciertamente, este fabricante de yugos ha permanecido popular en un país cuya pretension ha sido levantar altares á la independencia y á la igualdad: hé aquí la solucion del enigma.

Una experiencia diaria hace reconocer que los franceses se inclinan instintivamente al poder; no aman la libertad, y solo la igualdad es su idolo; pero la igualdad y el despotismo tienen alianzas secretas. Bajo estos dos aspectos, Napoleon tenia su origen en el corazon de los franceses, militarmente inclinados al poder, democráticamente adictos á la igualdad. Subido al trono, allí hizo sentarse al pueblo con él; rey proletario, humilló á los reyes y á los nobles en las antecámaras, y niveló las clases, no rebajándolas, sino elevándolas. Otra causa de la popularidad de Bonaparte está en la afliccion de sus últimos dias. Despues de su muerte, y á medida que se conoció mejor lo que habia sufrido en Santa Elena, comenzaron á enternecerse, y se olvidó su tiranía para acordarse de que despues de haber vencido á nuestros enemigos y en seguida haberlos traído á Francia, nos defendió contra ellos; su fama provino de su infortunio, su gloria se aprovechó de su desgracia.

En fin, los milagros de sus armas han encantado á la juventud, enseñándonos á adorar la fuerza brutal. Su inaudita fortuna ha dejado á cada ambicion la esperanza de llegar á donde él habia llegado.

Y sin embargo, este hombre, tan popular por el nivel que habia tendido sobre la Francia, era el enemigo mortal de la igualdad y el mas grande organizador de la aristocracia en la democracia.

Yo no puedo convenir en los falsos elogios con que se insulta á Bonaparte queriendo justificar su conducta; yo no puedo renunciar á mi razon, ni extasiarme ante lo que me causa lástima ó horror.

Si he conseguido expresar lo que he sentido, será mi retrato una de las primeras figuras de la historia; pero nada he adoptado de esa criatura fantástica compuesta de mentiras; mentiras que yo he visto nacer, y que, tenidas al principio por lo que eran, han pasado con el tiempo al estado de verdad por la infatuacion y la imbecil credulidad humana. Yo gusto de pintar los personajes en conciencia, sin quitarles lo que tienen, sin darles lo que no tienen.

Tal es el embarazo que causa al escritor imparcial una brillante fama: él la separa cuanto puede á fin de ponerla en descubierto, pero viene la gloria como un vapor radiante, y cubre al instante el cuadro.

SI BONAPARTE NOS HA DEJADO EN FAMA LO QUE NOS HA QUITADO EN FUERZA.

Por no confesar la aminoracion de territorio y de poder que debemos á Bonaparte, la generacion actual se consuela figurándose que lo que nos ha quitado en fuerza nos lo ha devuelto en ilustracion: — «¿No somos ahora, dice, famosos en los cuatro ángulos de la tierra? ¿Un francés, no es temido, conocido y buscado en todas partes?»

¿Pero estamos colocados entre estas dos condiciones, ó la inmortalidad sin poder, ó el poder sin inmortalidad? Alejandro hizo conocer al universo el nombre de los griegos: la lengua y la civilizacion de los helenos se extendió del Nilo á Babilonia, y de Babilonia al Indo, y á su muerte, su reino patrimonial

de Macedonia, lejos de estar disminuido, habia centuplicado su fuerza. Bonaparte nos ha hecho conocer en todas las riberas, mandados por él, los franceses derribaron tanto la Europa á sus piés, que la Francia prevalece aun por su nombre, y el arco de la Estrella puede alzarse sin parecer un pueril trofeo; pero antes de nuestros reveses, este monumento hubiera sido un testigo, en vez de no ser mas que una crónica. ¿Acaso Dumouriez no habia dado al extranjero las primeras lecciones, Jourdan ganado la batalla de Fleurus, Pichegru conquistado la Bélgica y la Holanda, Hoche pasado el Rhin, Massena triunfado en Zurich, Moreau en Hohenlinden, empresas todas las mas difíciles de obtener, y que preparaban las otras? Bonaparte ha dado un cuerpo á estos triunfos esparcidos, los ha continuado y los ha hecho brillar; pero sin estas primeras maravillas, ¿hubiera obtenido las últimas?

La ilustracion de nuestro soberano no nos ha costado mas que doscientos ó trescientos mil hombres al año, y solo le hemos pagado tres millones de nuestros soldados. ¿Valen ser contadas estas bagatelas? ¿No están resplandecientes las generaciones que han venido despues? ¿Tanto peor para aquellos que han desaparecido! Las calamidades en tiempo de la república sirvieron para la salvacion de todos: nuestras desgracias en tiempo del imperio han hecho mas; ¡edificaron á Bonaparte! Esto nos basta.

Pero no me basta á mí, ni me rebajaré hasta ocultar mi nacion detrás de Bonaparte: él no ha hecho la Francia; la Francia le ha hecho á él. Ningun talento, ninguna superioridad me llevará jamás á consentir en el poder que puede con una palabra privarme de mi independencia, de mis hogares y de mis amigos: si no digo de mi fortuna y de mi honor, es porque la fortuna no me parece valer la pena de que se la defienda, y en cuanto al honor, este se escapa de la tiranía, pues, como el alma de los mártires, los lazos lo rodean, pero no lo aprisionan.

El mal que la verdadera filosofia no perdonará jamás á Bonaparte, es haber acomodado la sociedad á la obediencia pasiva, rechazado la humanidad hácia los tiempos de degradacion moral, y tal vez bastardeado los caracteres de manera que sea imposible decir cuándo comenzarán á palpar los corazones con sentimientos generosos. La debilidad en que estamos sumidos con respecto á nosotros mismos y con respecto á la Europa, y nuestro decaimiento actual, son la consecuencia de la esclavitud napoleónica: nada me sorprenderia si se nos viese en el malestar de nuestra impotencia parapetarnos contra la Europa en vez de salir á buscarla, soltar nuestras franquicias en lo interior para librarnos en lo exterior de un terror quimérico, y extraviarnos en innobles previsiones contrarias á nuestro genio y á los catorce siglos de que se componen nuestras costumbres nacionales.

El despotismo que Bonaparte ha dejado en el aire, bajará sobre nosotros convertido en fortalezas.

Hoy es moda acoger la libertad con risa sardónica y mirarla como antigualla caída en desuso con el honor. Yo no estoy á la moda, y pienso que sin la libertad no hay nada en el mundo: aunque deba ser el último en defenderla, nunca dejaré de proclamar sus derechos.

Asaltar á Napoleon en nombre de cosas pasadas, atacarlo con ideas muertas, es prepararle nuevos triunfos. Solo puede combatirle con alguna cosa mas grande que él: con la libertad; él se ha hecho culpable para con ella, y por consecuencia para con el género humano.

INUTILIDAD DE LAS VERDADES ARRIBA EXPUESTAS.

¡Vanas palabras! Mejor que nadie conozco su inutilidad. Ahora toda observacion, por moderada que

sea, es reputada como profanadora: se necesita valor para desafiar los gritos del vulgo, para no temer hacerse tratar de inteligencia limitada, incapaz de comprender y de sentir el genio de Napoleón, por el único motivo de que en medio de la admiración viva y verdadera que se profesa hacia él, no se puede, sin embargo, incensar todas sus imperfecciones. El mundo pertenece á Bonaparte; lo que el destructor no había podido concluir de conquistar, su fama lo usurpa: vivo, le ha faltado el mundo; muerto, lo posee. Mal haceis en reclamar, pues las generaciones pasan sin escucharos. La antigüedad hace decir á la sombra del hijo de Priamo: «No juzgues á Hector según su miserable tumba: la Iliada, Homero, los griegos en fuga: hé aquí mi sepulcro: yo estoy enterrado bajo todas estas grandes acciones.»

Bonaparte no es ya el verdadero Bonaparte, sino una figura de leyenda compuesta de las fantasías del poeta, de las veladas del soldado y de los cuentos del pueblo; es el Carlomagno y el Alejandro de las épocas de la edad media que hoy vemos. Este héroe fantástico permanecerá, siendo un personaje real, y desaparecerán los otros retratos. Bonaparte pertenecía tanto á la dominación absoluta, que después de haber sufrido el despotismo de su persona, nos hace sufrir ahora el despotismo de su memoria. Este último despotismo es más dominador que el primero, porque si se combatió algunas veces á Napoleón cuando estaba sobre el trono, hay un consentimiento universal en aceptar los hierros que nos dejó por su muerte. El es un obstáculo á los triunfos futuros: ¿cómo un poder salido de los campamentos podría establecerse á su lado? ¿No ha dado muerte, á toda gloria militar sobrepajándola? ¿Cómo podrá nacer un gobierno libre, cuando ha corrompido en todos los corazones el principio de toda libertad? Ningun poder legítimo puede ya arrojar del espíritu del hombre el espectro usurpador: el soldado y el ciudadano, el republicano y el monárquico, el rico y el pobre, colocan igualmente los bustos y los retratos de Napoleón en sus hogares, en sus palacios ó en sus cabañas: los antiguos vencidos están de acuerdo con los antiguos vencedores; no puede darse un paso en Italia sin que se le encuentre, ni pueda penetrarse en Italia sin que se le vea; porque en este país la generación joven que le rechazó ha pasado ya. Los siglos se sientan ordinariamente ante el retrato de un grande hombre, y le concluyen por un trabajo largo y sucesivo. El género humano no ha querido esperar esta vez; pero ya es tiempo de colocar la parte defectuosa del idolo en frente de la acabada.

Bonaparte no es grande por sus palabras, ni por sus discursos, ni por sus escritos, ni por su amor á las libertades, que jamás tuvo ni jamás intentó establecer: es grande por haber creado un gobierno regular y poderoso, un código de leyes adoptado en diversos países, tribunales de justicia, escuelas, una administración fuerte, activa, inteligente y sobre la cual aun vivimos; es grande por haber resucitado, ilustrado y conducido superiormente la Italia; es grande por haber hecho renacer en Francia el orden del seno del caos, por haber reedificado los altares, por haber reducido al orden á furiosos demagogos, á orgullosos sabios, á volterianos ateos, á oradores de plaza, á asesinos de cárceles y de calles, á clubs de cadalsos; es grande por haber encadenado una turba anárquica, y por haber forzado á soldados iguales suyos y á capitanes que eran sus gefes ó sus rivales, á doblegarse á su voluntad; y sobre todo por haber nacido de sí propio; por haber sabido hacerse obedecer de treinta y seis millones de súbditos en época en que ningún prestigio rodeaba los tronos; por haber deshecho todos los ejércitos, cualquiera que fuese la diferencia de su fortuna y de su valor; por haber enseñado su nombre á los pueblos salvajes como á los

pueblos civilizados; por haber sobrepajado á todo los vencedores que le precedieron, y por haber llenado diez años con tales prodigios, que apenas hoy se pueden comprender.

El famoso delincuente en materia triunfal ya no existe; los pocos hombres que todavía comprenden los sentimientos nobles pueden rendir homenaje á la gloria sin temerla; pero sin arrepentirse de haber proclamado lo que esta gloria tuvo de funesta, sin reconocer al destructor de las independencias por el padre de las emancipaciones. Napoleón no tiene ninguna necesidad de que se le presten méritos, pues fue bastante dotado de ellos al nacer.

Vamos ahora á verle morir: ¡dejemos la Europa; sigámosle bajo el cielo de su apoteosis! El estremecimiento de los mares nos indicará el lugar de su desaparición: «En la extremidad de nuestro hemisferio se oye, dice Tácito, el ruido que hace el sol al sumergirse, *sonum insuper immergentis audiri.*»

ISLA DE SANTA ELENA.—BONAPARTE ATRAVIESA EL ATLÁNTICO.

Juan de Noya, navegante portugués, había perdido el rumbo en las aguas que separan el Africa de la América en su viaje de 1502: el 18 de agosto, día de Santa Elena, madre del primer emperador cristiano, encontró una isla á los 16 grados de latitud y á los 11 de longitud meridional, desembarcó en ella, y le dió el nombre de la santa, en cuyo día la había descubierto.

Los portugueses frecuentaron aquella isla durante algunos años, pero se cansaron de sus pocos recursos; establecieron en ella los holandeses, quienes la abandonaron también por el cabo de Buena-Esperanza, dejando su posesión á la compañía inglesa de las Indias; volvieron los holandeses á tomarla en 1672, y por último, ocupáronla otra vez los ingleses, y se fijaron definitivamente en sus bosques.

Cuando Juan de Noya arribó á Santa Elena, el interior del país no era más que un desierto. Fernando Lopez, renegado portugués, que fue deportado á la isla, la pobló de vacas, cabras, gallinas y otras aves de las cuatro partes del mundo, introduciendo en ella como Noé en su arca, animales de todas las especies que produce la tierra.

Quinientos blancos, mil quinientos negros y mulatos, javaneses y chinos componen la población de Santa Elena, cuyo puerto y ciudad principal es Jamestown, adonde arribaban de vuelta de las Indias los convoyes de la compañía, antes que los ingleses se hiciesen dueños del cabo de Buena-Esperanza. Los marineros extendían el contenido de sus pacotillas al pie y á la sombra de las palmeras, y un bosque inmenso, mudo y solitario se convertía, una vez al año, en una feria animada, lucrativa y bulliciosa.

El clima de la isla es sano, aunque lluvioso, y es aquel escollo de Neptuno, cuya circunferencia solo tiene de siete á ocho leguas, aspira sin cesar los húmedos vapores del Océano. El sol del Ecuador abrasa en las altas horas del día todo cuanto allí respira, obliga al silencio y al reposo hasta á los mosquitos, y hace que los hombres y los animales se oculten de sus inflamados rayos para no sofocarse. Las olas se iluminan durante la noche con los reflejos de la *lux marina*, producida por inmensas cohortes de insectos, cuyos amores, electrizados por las tempestades, espárcen en la superficie engañosa del abismo los resplandores y el brillo de una boda universal. La sombra de la isla, fija y oscura, se destaca entónces en medio de aquella inquieta llanura sembrada de diamantes. No es menos magnífico el espectáculo que presenta la bóveda celeste, según la expresión de mi sabio y célebre amigo Mr. de Humboldt en sus *Viajes á las regiones equinociales*. «Se experimenta,

dice, no sé que sentimiento desconocido cuando al aproximarse al Ecuador, y particularmente en el paso de un hemisferio á otro, se vé cómo bajan progresivamente y al fin desaparecen las estrellas que conocemos desde nuestra infancia. Se echa de ver que hemos salido de Europa al notar que se eleva en el horizonte la inmensa constelación del Navio, ó las fosforescentes nubes del Magallán.

«Hasta la noche del 4 al 5 de julio, prosigue diciendo, no pudimos ver claramente en el primer viaje la *crux del Sur*, hallándonos en la latitud de 16 grados.

«Entonces me acordé de aquel sublime trozo de Dante, que los mas célebres comentadores han aplicado á esta constelación:

Io mi volsi a man destra etc.

«Los españoles y portugueses conservan una especie de culto á esa estrella, cuya figura les trae á la memoria el signo de la fe, que llevaron sus antepasados á las mas apartadas regiones del nuevo mundo.»

Los poetas de Francia y de la antigua Lusitania han colocado mil ficciones elegiacas en las orillas del Melindo y de las islas que lo rodean, ¡pero cuánto distan esos dolores poéticos de los tormentos reales de Napoleón, bajo aquellos astros predichos por el cantor de Beatriz, y en aquellos mares de Eleonora y de Virginia! ¿Acordábanse por ventura los patricios de Roma, deportados á las islas de la Grecia, de los encantos de sus rios y de las divinidades de Creta y de Naxos? Lo que extasiaba á Vasco de Gama y á Camoens no podía conmover á Bonaparte: reconstado en la popa del navio no se cuidaba de que encima de su cabeza brillaban constelaciones desconocidas, cuyos resplandores se cruzaban por la primera vez con sus miradas. ¿Qué le importaban aquellos astros que nunca había observado desde sus tiendas de campaña, ni habían iluminado su imperio? Y sin embargo, ninguna estrella ha faltado á su destino, pues la mitad del firmamento iluminó su cuna, y la otra quedó en reserva para asistir á la pompa de su sepulcro.

Las aguas que atravesaba Napoleón no eran aquellas que le condujeran de las playas de Córcega, de los arenales de Abouquir, de las rocas de la isla de Elba, á la ribera amiga de Provenza; era el enemigo Océano, que después de haberle encerrado en Alemania, Francia, Portugal y España, solo se abría en su camino para volverse á cerrar después de su paso. Es probable que al contemplar la marcha del navio impulsado por las olas y por la fuerza del viento no acudiesen á su mente, respecto á su propia catástrofe, las reflexiones que ella le inspira, porque todos los hombres examinan su vida de distinto modo, y aquel que ofrece al mundo un grande espectáculo de felicidad ó desventura, queda al fin menos aleccionado que los testigos de su poder ó de su miseria. Ocupándose de la pasada grandeza, como si esta pudiese volver á halagarle, esperando todavía en sus recuerdos, apenas se apercibió Bonaparte de que atravesaba la línea equinoccial, y no preguntó qué mapa había trazado aquellos círculos, en que los diferentes globos se ven precisados á girar eternamente.

El 15 de agosto celebró la colonia errante el día de San Napoleón á bordo del navio que iba á dejar al emperador en su última morada, y el 15 de octubre se hallaba el *Northumberland* á la altura de Santa Elena. El pasajero subió al puente, y divisó con trabajo un punto negro apenas perceptible en aquella azulada inmensidad; echó mano al antejo y observó aquel pedazo de tierra, como hubiera observado en otro tiempo una fortaleza en un lago; vió por fin distintamente el solitario presidio de Saint-James encajonado entre

dos escapadas rocas y cubierto de artillería por todas partes, como si tratase de recibir al gran cautivo, según el espíritu guerrero que este había desplegado durante su vida.

El 16 de octubre de 1815 entró Bonaparte en el escollo que debía servirle de mausoleo, así como el 12 de octubre de 1492 llegó Cristóbal Colón al nuevo mundo, que fue el monumento de su gloria. «Allí, dice Walter Scott, en la entrada del Océano indio, estaba privado Bonaparte de los medios de llevar á efecto un segundo *avatar* ó encarnación en la tierra.»

NAPOLEON DESEMBARCA EN SANTA ELENA.—SE ESTABLECE EN LONGWOOD.—SU VIDA EN ESTA RESIDENCIA.

Antes de establecerse en Longwood ocupó Bonaparte una casa en *Briars*, cerca de *Balcomb's cottage*: por fin se hicieron en el primer punto las reparaciones precisas por los carpinteros de la escuadra inglesa, y el 9 de diciembre pasó á ocuparlo su huésped. La casa, situada en una eminencia formada por montañas, se componía de una sala, comedor, biblioteca, gabinete de estudio y dormitorio. Poco era esto, á la verdad, aunque los que habitaron la torre del Temple y el torreón de Vincennes se hallaban peor alojados: al menos obtuvieron la gracia de que se abreviase su cautividad. El general Gourgaud, el conde de Montholon con su esposa y sus hijos, monsieur de las Casas con el suyo, se acamparamos provisionalmente en tiendas: el mariscal Bertrand y su señora se establecieron en *Hut's gate*, especie de cabaña en los límites del terreno de Longwood.

Bonaparte podía pasearse por una extensión de doce millas: este espacio estaba siempre guardado por centinelas, y también se habían colocado vigías en todas las alturas. El león era dueño de llevar mas adelante sus incursiones por el terreno; pero en este caso tenia que resignarse á que le acompañase un vigilante inglés. Dos puestos de guardias defendían el recinto del cautivo, y por la noche se estrechaban las centinelas alrededor de Longwood. A las nueve ya no podía salir Napoleón; rondaban incansables patrullas, y soldados de caballería é infantería apostados, á corta distancia unos de otros, en la llanura y en el bosque, guardaban todas las sendas que conducían al campo. Dos bergantines de guerra cruzaban constantemente en torno de la isla... ¡Cuántas precauciones para custodiar á un hombre solo en medio de los mares! Después de puesto el sol ninguna embarcación podía salir del puerto; contábase las barcas de los pescadores, y se las hacia permanecer toda la noche amarradas al muelle, bajo la responsabilidad de un oficial de marina. El soberano generalísimo, que había tenido á la Europa pendiente del estribo de su caballo, recibió la orden de comparecer dos veces al día ante un oficial subalterno; pero Bonaparte no quiso someterse á esta humillación, y cuando por casualidad no podía evitar las miradas del espía de servicio, este no hubiera acertado á decir dónde y cómo había visto al hombre, cuya ausencia era mas difícil hacer constar al universo que en probarle su presencia.

Sir Georges Cockburn, autor y ejecutor de aquellas severas precauciones, fue relevado por sir Hudson Lowe. Desde entonces comenzó la serie de tormentos y de miserias que leemos en todas las *Memorias*, en todos los recuerdos de Santa Elena. Si hemos de creer á las primeras, el nuevo gobernador pertenecía á la familia de las enormes arañas de la isla, á la del mas bajo reptil de aquellos bosques, en los cuales no se anida la serpiente. A la Inglaterra faltó elevación en su política, y á Napoleón dignidad en su desgracia. A fin de poner término á unas exigencias de etiqueta que herian su orgullo, parecía decidido á veces Bo-

naparte á ocultarse bajo el pseudónimo como un monarca en país extranjero, y aun imaginó tomar el nombre de uno de sus ayudantes de campo, muerto en la batalla de Arcola. La Francia, el Austria y la Rusia nombraron comisarios para la residencia de Santa Elena, cuyo cautivo estaba acostumbrado á recibir á los embajadores de las dos últimas potencias; pero la legitimidad, que nunca había reconocido á Napoleón como emperador, hubiera obrado con mas nobleza sino le hubiese reconocido tampoco como prisionero.

Se construyó en Londres una espaciosa casa, que fue transportada á Santa Elena, pero Napoleón, cuya salud no era buena, no pudo habitarla. Su vida en Longwood era la siguiente: se levantaba sin hora fija, y antes que lo efectuase, le leía en voz alta monseñor Marchand, su ayuda de cámara, alguno de sus autores favoritos; despues de levantarse dictaba á los generales Montholon y Gourgaud y al hijo del conde de las Casas. Almorzaba á las diez; se paseaba á caballo ó en carruaje hasta las tres, volvía á casa á las seis y se acostaba á las once. Afectaba vestirse del mismo modo que se advierte en el retrato de Isahay, y por las mañanas se envolvía en su bata, cubriéndose la cabeza con un pañuelo de la India.

VISITAS.

Santa Elena está situada entre los dos polos. Los navegantes que pasan de un lugar al otro saludan esta primera estacion, donde la tierra distrae las miradas fatigadas del espectáculo del Océano, y ofrece frutas y la frescura del agua dulce á bocas irritadas por la sal. La presencia de Bonaparte había trocado esta isla de promision en una roca apesada: los buques extranjeros ya no abordaban allí, y apenas los divisaban á veinte leguas de distancia, salía un crucero á reconocerlos, intimándoles pasasen de largo, y no se admitía á puerto, á menos de una tormenta, sino á los buques de la marina británica.

Algunos de los viajeros ingleses que venían de admirar, ó que iban á ver las maravillas del Ganges, visitaban en el camino otra maravilla. La India, acostumbrada á los conquistadores, tenía un encadenado á sus puertas.

Napoleón admitía estas visitas con pena; pero consintió en recibir á lord Amherst á la vuelta de su embajada de China. El admirante sir Pultney-Malcolm le agradó, y le dijo un día: «Tiene vuestro gobierno la intención de tenerme en esta roca hasta mi muerte?—El admirante respondió que así lo temía.—Entonces llegará pronto mi muerte.—Espero que no, caballero; pues vivireis bastante tiempo para escribir vuestras grandes acciones; y como estas son tan numerosas, la tarea os asegura una larga vida.»

No chocó á Bonaparte esta simple apelacion de caballero: en este momento se reconoció por su verdadera grandeza. Felizmente para él, no ha escrito su vida; pues lo hubiese hecho mal: los hombres de esa naturaleza deben dejar que cuente sus memorias esa voz desconocida que no pertenece á nadie, y que sale de los pueblos y de los siglos. Solo á nosotros, vulgo que somos, es permitido hablar de nosotros mismos, pues sin ello nadie hablaría.

El capitán Basil-Hall se presentó en Longwood, y acordándose Bonaparte de haber visto al padre del capitán en Brienne, le dijo: «Vuestro padre era el primer inglés á quien había visto, y por eso he conservado su recuerdo toda mi vida.» En seguida conversó con el capitán sobre el reciente descubrimiento de la isla de Lon-Tehon, y el capitán le dijo: «Los habitantes no tienen ninguna clase de armas.—¿Cómo? exclamó Bonaparte.—Ni cañones, ni fusiles.—¿Pero al menos tendrán lanzas, arcsos y flechas?—Nada de eso.—Ni puñales?—Ni puñales.—¿Pues cómo se ha-

ten?—Ellos ignoran todo lo que pasa en el mundo; no saben que la Francia y la Inglaterra existen, y jamás han oído hablar de V. M.» Bonaparte se sonrió de una manera que chocó al capitán: mientras mas serio es el rostro, es mas hermosa la sonrisa.

Estos diversos viajeros notaron que no se presentaba ninguna huella de color en el semblante de Bonaparte: su cabeza se parecía á su busto de mármol, cuya blancura hubiera amarilleado ligeramente por el tiempo. Ni la frente arrugada, ni las mejillas hundidas, su alma parecía tranquila, y esta calma aparente hizo creer que la llama de su genio había volado. Hablaba con lentitud, y su expresion era afectuosa y casi tierna, y algunas veces lanzaba miradas brillantísimas; pero tal estado pasaba pronto, y sus ojos se velaban y se ponían tristes.

¡Ah! Sobre estas riveras habían comparecido en otro tiempo viajeros conocidos de Napoleón.

Despues de la explosion de la máquina infernal, un senado-consulta de 5 de enero de 1801 pronunció sin juicio, por simple medida de policia, el destierro á ultramar de ciento treinta republicanos: embarcados en la fragata *Chiffonne* y en la corbeta *Fleche*, fueron conducidos á las islas Sechelles y dispersados poco despues en el archipiélago de los Comores, entre el Africa y Madagascar, donde murieron casi todos. Dos de los deportados, Lefranc y Sannois, que consiguieron fugarse en un buque americano, tocaron en 1803 en Santa Elena: aquí era donde doce años mas tarde debía encerrar la Providencia á su grande opresor.

El famoso general Rossignol, su compañero de infortunio, exclamó un cuarto de hora antes de su último suspiro: «Muero martirizado por los mas horribles dolores; pero moriría contento si pudiese saber que el tirano de mi patria sufriría los mismos padecimientos.» De este modo llegaban hasta el otro hemisferio las imprecaciones de la libertad contra él.

MANZONI.—ENFERMEDAD DE BONAPARTE.—OSSIAN.—MEDITACIONES DE NAPOLEON Á VISTA DEL MAR.—PROYECTOS.—ÚLTIMA OCUPACION DE BONAPARTE.—SE ACUESTA Y NO SE LEVANTA.—DICTA SU TESTAMENTO.—SENTIMIENTOS RELIGIOSOS DE NAPOLEON.—EL LIMOSNERO VIGNALI.—NAPOLEON Y SU MÉDICO.—RECIBE LOS ÚLTIMOS SACRAMENTOS.—ESPIRA.

La Italia, arrancada á su largo sueño por Napoleón, volvió los ojos hácia el ilustre hijo que la quiso devolver á su gloria y con el cual volvió á caer bajo el yugo. Los hijos de las Musas, los mas agradecidos de los hombres, cuando no son los mas viles y los mas ingratos, miraban á Santa-Elena. El último poeta de la patria de Virgilio cantaba el último guerrero de la patria de César:

Tutto vi provo, la gloria
Maggior dopo il periglio,
La fuga e la vittoria
La reggia e il triste esiglio:
Due volte nella polvere,
Due volte sugli altar.

Ei si nomo; due secoli,
L'un contro l'altro armato,
Sommessi á lui si volsero,
Come aspettando il fato:
Ei fe silenzio ed arbitro
S'assise in mezzo á lor.

Experimentó, dice Manzoni la mas alta gloria despues del peligro, la fuga, y el triunfo la monarquía y el triste destierro: dos veces se vió humillado en el polvo y dos veces puesto sobre un altar.

Pronunció su nombre: dos siglos armados el uno contra el otro se sometieron contemplándolo pendientes de su voluntad: impuso silencio y se sentó como árbitro en medio de ellos.

Bonaparte se acercaba á su fin; roído por una llaga interior, envenenada por las penas, y que también le había acompañado en medio de la prosperidad: esa era la única herencia que recibió de su padre: el resto le provenía de las munificencias de Dios.

Ya contaba seis años de destierro; menos había necesitado para conquistar la Europa. Casi siempre estaba encerrado, y leía á Ossian de la traduccion italiana de Cesarotti: todo le entristecía bajo un cielo donde la vida le parecía mas corta, durando el sol tres días menos en ese hemisferio que en el nuestro. Cuando Bonaparte salía, recorría los senderos escabrosos, rodeados de aloes y de árboles odoríferos, y se paseaba entre los bosquecillos de flores raras que los vientos generosos hacían inclinar hácia el mismo sitio en que él se ocultaba. Veíase sentado sobre las bases del *Pico de Diana del Flay Staff*, del *Leader Hill*, contemplando la mar por las brechas de las montañas. Ante él se extendía ese Océano que por una parte baña las costas de Africa, por otras las riberas americanas, y que va como un río sin orillas, á perderse en los mares australes. Ninguna tierra civilizada mas vecina que el cabo de las Tempestades. ¿Quién dirá los pensamientos de este Prometeo desgarrado vivo por la muerte, cuando, apoyada su mano sobre el dolorido pecho, paseaba sus miradas sobre las olas?

El Cristo fue transportado á la cima de una montaña, desde donde vió los reinos del mundo; mas para el Cristo estaba escrito el seductor del hombre: «Tú no tentarás al Hijo de Dios.»

Ovidando Bonaparte un pensamiento suyo, que ya le citado (*No habiéndome dado la vida, no me la quitaré jamás*); hablaba de matarse, y tampoco se acordaba de su *orden del día* con motivo del suicidio de uno de sus soldados. El esperaba bastante en la adhesion de sus compañeros de cautiverio para creer que consentirían en asfixiarse con él al vapor de un brasero: la ilusion era grande. Tal es la embriaguez de una larga dominacion; pero en las impaciencias de Napoleón no debe considerarse mas que el grado de sufrimientos á que había llegado. Habiendo escrito Mr. de las Casas á Luciano sobre un pedazo de seda blanca, en contravencion á los reglamentos, recibió la orden de salir de Santa-Elena; su ausencia aumentó el vacío enredador del desterrado.

El 18 de mayo de 1817, lord Holland hizo una interpelacion en la cámara de los Pares con motivo de las quejas transmitidas á Inglaterra por el general Montholon, y dijo: «La posteridad no examinará si Napoleón ha sido justamente castigado de sus crímenes, sino si la Inglaterra ha mostrado la generosidad que convenia á una gran nacion.» Lord Bathurst combatió la mocion.

El cardenal Fesch despachó de Italia dos sacerdotes á su sobrino. La princesa Borghese solicitaba el favor de reunirse á su hermano.—«No, dijo Napoleón: yo no quiero que sea testigo de mi humillacion y de los insultos á que estoy expuesto.» Esta hermana amada, *germana Jovis*, no atravesó los mares, y murió en los lugares en que Bonaparte había dejado su fama.

Formáronse proyectos de raptó: un coronel, Lattapie, á la cabeza de una banda de aventureros americanos, meditaba un desembarco en Santa-Elena. Jhonston, atrevido contrabandista, intentó robar á Napoleón por medio de un buque submarino. Algunos lóres jóvenes entraban en estos proyectos y se conspiraba por romper las cadenas del opresor. Bonaparte esperaba su libertad de los movimientos políticos de la Europa, y á vivir hasta 1830, tal vez hubiera vuelto á reinar: ¿pero qué hubiera hecho entre nosotros? Habría parecido caduco y atrasado en medio de las nuevas ideas. Pero Bonaparte, debilitado, solo se ocupaba ya como un niño, divirtiéndose en cavar en su jardín un pequeño estanque, donde metió algunos

peces: habiendo alguna parte de cobre en el revestimiento del estanque, se murieron los peces, y dijo Bonaparte: «Todo lo que se adhiere á mí es herido de muerte.»

A fines de febrero de 1821 Napoleón se vió obligado á meterse en cama para no levantarse mas.—«¡Bastante caído estoy, murmuraba; antes removía el mundo, y ahora no puedo levantar los párpados!» Bonaparte no creía en la medicina, y se oponía á una consulta de Antonarchi con médicos de Jamestown; mas sin embargo, admitió junto á su lecho de muerte al doctor Arnold. Del 13 al 23 de abril dictó su testamento, y el 28 ordenó se enviase su corazón á María Luisa, prohibiendo á todo cirujano inglés que pudiesen manos sobre su cadáver. Persuadido de que sucumbía á la enfermedad de que muriera su padre, encargó entregasen al duque de Reichstadt el acta de la autopsia. Esta enseñanza paternal ha sido inútil, pues Napoleón II ha ido á unirse con Napoleón I.

En esta última hora se despertó el sentimiento religioso de que siempre estuvo penetrado Bonaparte. Thibandeu cuenta en sus *Memorias sobre el Consulado* que el primer cónsul le había dicho, con motivo del restablecimiento del culto: «El domingo último, en medio del silencio de la naturaleza me paseaba yo en estos jardines (de Malmaison); el sonido de la campana de Rueil vino á herir de repente en mi oído, y renovó todas las impresiones de mi juventud: yo me conmoví en extremo, y dije: «Si esto sucede en mí, ¿qué efecto no producirán semejantes recuerdos en hombres sencillos y crédulos? ¿Que vuestros filósofos respondan á esto!..... Y levantando las manos al cielo, exclamó: «¿Quién es el que ha hecho todo esto?»

En 1797 por proclama de Macerata, autoriza Bonaparte la residencia de los sacerdotes franceses refugiados en los Estados del papa, prohíbe se les inquiete, y manda á los conventos que los alimenten, asignándoles una pension en dinero.

Sus variaciones en Egipto, sus cóleras contra la Iglesia, de quien era el restaurador, demuestran que un instinto de espiritualismo le dominaba, aun en medio de sus extravíos.

Dando á Vignali los detalles de la capilla mortuoria en que queria se colocasen sus despojos, creyó notar que su encargo desagradaba á Antonarchi, y explicándose con el doctor, le dijo: «Vos estais por cima de estas debilidades; pero, ¿qué queréis? yo no soy ni filósofo ni médico. Yo creo en Dios, soy de la religion de mi padre, y no esateo quien quiere..... ¿Podeis no creer en Dios? Porque, en fin, todo proclama su existencia, y los mas grandes genios lo han creído... Sois médico... estas gentes no entienden mas que de la materia, y jamás creen en nada. Dejad de admirar á Napoleón: vosotros los titulados *espiritus fuertes* de esta época: nada teneis que hacer con ese pobre-hombre. ¿No llegó á figurarse que vendría un cometa á buscarle, como el que en otros tiempos creyeron que se había llevado á César? Además Napoleón creía en Dios; era de la religion de su padre: no era filósofo, ni ateo: no había declarado como vosotros guerra al Eterno á pesar de no ser pocos los reyes que había vencido en los campos de batalla; en su concepto no había cosa que no proclamara la existencia del ser Supremo declaraba que los mas sublimes talentos habían creído en la existencia de Dios y que por su parte no queria apartarse de la creencia de sus padres: Por último; cosa estupefanda! aquel primer hombre de los tiempos modernos, este hombre de todos los siglos, era cristiano en el siglo XIX. Su testamento comienza por esta cláusula:

Muero en la religion apostólica y romana, en cuyo seno nací hace ya mas de cincuenta años.

En el párrafo tercero del testamento de Luis XVI se lee:

Muero en la comunión de nuestra santa madre la Iglesia católica apostólica y romana.

La revolución nos ha dado muchas lecciones; ¿pero hay una sola comparable á esta? ¡Napoleón y Luis XVI haciendo la misma profesión de fe! ¿Queréis saber el precio de la cruz? Buscad en el mundo entero lo que mas conviene á la virtud desgraciada ó al hombre de genio moribundo.

El 3 de mayo Bonaparte se hizo administrar la Estrema-unción, y recibió el Santo Viático. El silencio del aposento no era interrumpido sino por el estertor de la muerte, mezclado al ruido regular de un péndulo. El 4 estalló la tempestad de la agonía de Cromwell, y casi todos los árboles de Longwood fueron desarraigados; y el 5, en fin, á las seis menos once minutos de la tarde, en medio de los vientos, de la lluvia y del estrépito de las olas, Bonaparte entregó á Dios el mas poderoso soplo de vida que jamás haya animado al barro humano. Las últimas palabras que se recogieron sobre los labios del conquistador fueron: Cabeza... ejército, ó cabeza de ejército. Su pen-

samiento erraba aun en medio de los combates. Cuando cerró para siempre los ojos, su espada, muerta con él, estaba tendida á su izquierda, y un Crucifijo descansaba sobre su pecho: el símbolo pacífico, aplicado al corazón de Napoleón, calmó las palpitaciones de este corazón, como un rayo del cielo hace caer las olas agitadas.

FUNERALES.

Bonaparte deseó primero ser enterrado en la catedral de Ajaccio, mas despues, por un codicilo de 16 de abril de 1821, legó sus huesos á la Francia. El cielo le habia servido mejor, y su verdadero mausoleo es la roca donde espiró (véase mi narración acerca de la muerte del duque de Enghien). Previendo Bonaparte la oposicion del gobierno inglés á sus últimas voluntades, hizo eleccion eventual de una sepultura en Santa Elena.

En un valle estrecho, llamado de *Slane* ó de *Geranium*, ahora del *Sepulcro*, corre una fuente, donde



MUERTE DE NAPOLEON.

los domésticos chinos de Napoleón, fieles como los javaneses de Camoens, habian acostumbrado á llenar sus ánforas; dos llorones se inclinaban sobre la fuente, y una yerba fresca, sembrada de *tchampas*, crece enrededor. «El *tchampas*, á pesar de su brillo y de su perfume, no es una planta que se busca, porque florece sobre las tumbas,» dicen las poesías sanscritas.

Bonaparte se complacia en los llorones de la fuente y pedía la paz al valle de Slane, como Dante desterrado pedía la paz al claustro de Corvo. En agradecimiento al reposo pasajero de que allí gozó en los últimos dias de su vida, indicó este valle para abrigo de su descanso eterno. Hablando de la fuente, decía:

«Si Dios quisiera que me restableciese, elevaria un monumento en el sitio donde ella surge.» Este monumento fue su tumba. En tiempo de Plutarco, en un lugar consagrado á las ninfas, á orillas del Strymon aun se veía un sitial de piedra, en el cual se habia sentado Alejandro.

Napoleón, con botas y espuelas, en uniforme de coronel de la guardia, y condecorado con la legión de honor, fue expuesto muerto en su lecho de hierro. Sobre este rostro que jamás se asustó, el alma al retirarse habia dejado un estupor sublime. Los plomeros y carpinteros clavaron y encerraron á Napoleón en un cuádruple féretro, pues parecia temerse que jamás estaria bastante aprisionado. La capa que el

vencedor de otros tiempos llevaba en los vastos funerales de Marengo sirvió de paño mortuario del ataúd.

Las exequias se celebraron el 28 de mayo con un tiempo hermoso. Cuatro caballos conducidos por palafreneros á pié tiraban del carro fúnebre que iba rodeado de veinte y cuatro granaderos ingleses sin armas, y detrás el caballo de Napoleón. La guarnicion de la isla ocupaba los precipicios del camino; tres escuadrones de dragones precedían al féretro y el regimiento de infantería número 20: los soldados de marina, los voluntarios de Santa Elena y la artillería real con quince piezas, cerraban la marcha. Grupos de músicos, colocados de distancia en distancia, tocaban aires fúnebres. En un desfiladero se detuvo el carro fúnebre, y los veinte y cuatro granaderos tuvieron el honor de llevar el cuerpo en sus hombros hasta la sepultura. Tres salvas de artillería saludaron los restos de Napoleón en el momento de bajar á la fosa: una piedra que debia ser empleada en la construcción de una nueva casa para el desterrado, sirve ahora para cerrar su último calabozo.

Recitáronse los versículos del salmo 87: «Yo he sido pobre y lleno de trabajos en mi juventud; he sido ensalzado y despues humillado... he sido herido por vuestra cólera.» De minuto en minuto disparaba el navio almirante, y á esta armonía de la guerra, perdida en la inmensidad del Océano, respondía al *requiescat in pace* El emperador enterrado por sus vencedores de Waterloo, habia oido el primer cañonazo de esta batalla, pero no oía la última detonación con que la Inglaterra turbaba y honraba su sueño en Santa Elena.

Lord Byron creyó que el dictador de los reyes habia abdicado su fama, y que iba á extinguirse olvidado. El poeta hubiera debido saber que el destino de Napoleón era una musa, como todos los otros destinos. La soledad del destierro y de la tumba de Napoleón ha derramado sobre una memoria brillante otra especie de prestigio. Alejandro no murió á los ojos de la Grecia, sino que desapareció en las soberbias montañas de Babilonia. Bonaparte no ha muerto á los ojos de la Francia, sino que se ha perdido en los fastuosos horizontes de las zonas tórridas. Duerme como un ermitaño ó como un pária en un valle, en el extremo de un sendero desierto. Las naciones están ausentes de él, su multitud se ha retirado. El pájaro de los trópicos, dice Buffon, uncido *al carro del sol*, se precipita desde el astro de la luz; ¿dónde descansa hoy día? Descansa sobre las cenizas cuyo peso ha hecho inclinar el globo.

DESTRUCCION DEL MUNDO NAPOLEONICO.

Imposuerunt omnes sibi diademata, post mortem ejus... et multiplicata sunt mala in terra (MACHAB).

«Todos se apoderaron de la diadema despues de su muerte, y se multiplicaron los males sobre la tierra.»

Estas palabras del libro de los Macabeos respecto á Alejandro parecen haberse escrito para Napoleón. «Se han repartido sus coronas y se han multiplicado los males sobre la tierra.» Veinte años han trascurrido apenas desde la muerte de Napoleón, y ya no existen ni la monarquía francesa ni la española. El mapa universal ha cambiado, y nos hemos visto en la precision de aprender una geografía nueva: separados de sus soberanos legítimos, los pueblos se han arrojado en los brazos de reyes aventureros; actores de nombradía han desaparecido de la escena, reemplazándoles en ella cómicos desconocidos; los águilas se han remontado hasta el espacio invisible desde la copa del alto pino sumido en el mar, y las débiles conchas se agarran todavía con fuerza á la corteza del tronco protector. Como en último resultado todo

se encamina á su fin, *el terrible espíritu de innovación que corria el mundo*, de que hablaba el emperador, y al cual habia opuesto el dique de su genio, ha vuelto á emprender su desesperada carrera; las instituciones del conquistador se debilitan, porque la última de las grandes existencias individuales será la suya, porque nadie dominará ya en las sociedades ínfimas niveladas, porque la sombra de Napoleón se levantará solitaria en la extremidad del viejo mundo destruido, como el fantasma del diluvio al borde del abismo. La posteridad mas remota descubrirá esta sombra á través de la nada en que desaparecen los siglos desconocidos, hasta el día señalado para el renacimiento de la sociedad.

MIS ULTIMAS RELACIONES CON BONAPARTE.

Supuesto que escribo mi propia vida al ocuparme de otras ajenas, grandes ó pequeñas, me veo precisado á mezclarla con los hombres y los acontecimientos, cuando por casualidad lo requiere mi propósito. ¿He olvidado acaso completamente, sin detenerme alguna vez en su recuerdo, al ilustre deportado que en su prision colonial esperaba la ejecucion de la sentencia de Dios? No.

Napoleón hizo conmigo la paz, que nunca firmó con sus carceleros coronados: yo tambien soy como él, hijo de las olas: como él, nació en una roca á orillas del mar, y me precio de haber conocido á Napoleón mucho mejor que los que le han visto con mas frecuencia y han permanecido mas tiempo á su lado.

Napoleón, no teniendo ya motivo en Santa Elena para seguir irritado contra mí, renunció á la enemiga que me habia profesado: mas justo yo tambien despues de su caída, escribí en *El Conservador* el siguiente artículo:

«Los pueblos han llamado á Bonaparte un azote; pero este signo de la cólera de Dios conserva siempre algo de la grandeza y de la expresion eterna que revela su origen divino. *Ossa arida... dabo vobis spiritum et vibetis.* «Huesos áridos, os enviaré mi aliento y vivireis.» Nacido en una isla para morir en otra, situada en los límites de tres continentes; arrojado al medio de los mares en que Camoens profetizó tal vez su presencia al colocar en ellos el genio de las tempestades, Bonaparte no puede removerse en su roca sin que un sacudimiento nos lo advierta, porque un paso dado en el otro polo por el nuevo Adanastor, se hará sentir en el nuestro. Si Napoleón, libre de sus cadenas, se retirase á los Estados-Unidos, sus miradas fijadas en el Océano bastarian para turbar á los pueblos del antiguo mundo, y su existencia en la ribera americana del Atlántico haria que la Europa se viese obligada á establecer un campamento general en la ribera opuesta.»

Bonaparte leyó este artículo en Santa-Elena; con él derramaba una mano que creía enemiga el último bálsamo sobre sus heridas, y dijo á Montholon:

«Si en 1814 y en 1815 no se hubiese colocado la confianza real en hombres inferiores á las circunstancias, ó que renegando de su patria solo ven la salvación y la gloria del trono en el yugo de la Santa Alianza; si el duque de Richelieu, cuya ambicion tuvo el objeto de libertar á su país de las bayonetas extranjeras, ó Chateaubriand, que ha prestado eminentes servicios en Gante, hubiesen tenido á su cargo la direccion de los negocios, la Francia seria hoy poderosa y temida, en consecuencia de las dos últimas y grandes crisis nacionales. Chateaubriand ha recibido de la naturaleza el fuego sagrado de la inspiración; sus obras lo acreditan; en ellas no predomina el estilo de Racine, sino el del profeta. Si algun día llega Chateau-

briand á empuñar el timon del Estado, podrá equivocarse y sucumbir. ¡Tantos son los que se han perdido al hacer la prueba! Pero lo indudable es que todo lo grande y nacional debe convenir á su genio, y que hubiera rechazado con indignacion esos actos infamantes de una administracion vengativa.»

Estas han sido mis últimas relaciones con Bonaparte. ¿Por qué no he de confesar que sus palabras halagan la orgullosa debilidad de mi corazón? Muchos hombres pigmeos, á quienes he hecho grandes servicios, me han juzgado menos favorablemente que el gigante cuyo poder me había atrevido á combatir.

SANTA-ELENA DESPUES DE LA MUERTE DE NAPOLEON.

Mientras desaparecía el mundo napoleónico, procuraba yo informarme de los sitios en que su estrella se había eclipsado. El sepulcro de Santa-Elena ha gastado ya uno de sus contemporáneos saúces, y aquel árbol decrepito y caído se ve mutilado continuamente por los peregrinos. El sepulcro está cercado de una verja de hierro colado, y tres losas transversales se inclinan hacia el foso, en cuyas extremidades crecen algunos iris; la fuente del valle destila aun sus aguas en aquellos prados que guardan los restos del hombre prodigioso. Los viajeros arrojados á la isla por las tempestades, consiguan la oscuridad de sus nombres en aquella ilustre tumba; una anciana se ha establecido allí cerca para vivir con la sombra de sus recuerdos, y un inválido centinela ocupa la garita inmediata.

El antiguo Longwood, situado á doscientos pasos del nuevo, está abandonado. Despues de atravesar un cercado lleno de estiércol, se entra en una caballeriza, que servia de dormitorio á Bonaparte. Un negro enseña á los viajeros un pasillo, ocupado hoy por un molino de mano, y les dice: *There he dead*: aquí murió. El aposento en que nació Napoleón no sería probablemente mas espacioso ni mas rico.

En el nuevo Longwood ó sea Plantation-house, y en casa del gobernador, se ven por todas partes retratos del duque de Wellington y cuadros que representan sus batallas: un escaparate con puertas de cristales encierra un pedazo del árbol á cuyo lado estuvo el general inglés durante la batalla de Waterloo, y se halla colocado entre una rama cogida en el jardín del monte Oliveta, y varios adornos de los salvajes de la mar del Sur: peregrina asociacion hecha por los que tanto abusan de sus fuerzas marítimas. Inútilmente quiere el vencedor ocupar el lugar del vencido, bajo la proteccion de un recuerdo de la Tierra-Santa, y otro de Cook: bastan para Santa-Elena la soledad, el Océano y Napoleón.

Si se estudiase la historia de las trasformaciones que han sufrido muchos terrenos ocupados por sepulcros ilustres, por grandes armas, por soberbios palacios, ¡cuánta variedad de destinos descubriríamos, ya que se operan continuamente tan extrañas metamorfosis en las oscuras viviendas que sirven de encierro á nuestra pobre existencia! ¿En qué choza nació Clodoveo? ¿En qué carreta abrió Atila los ojos á la luz del día? ¿Qué torrente abriga el sepulcro de Alarico? ¿Qué chacal ocupa el sitio de la tumba de oro ó de cristal que encerró los restos de Alejandro? ¿Cuántas veces han mudado de lugar todas estas cenizas? ¿A quién pertenecen los grandes mausoleos de Egipto y de las Indias? Dios solo conoce las causas de tantas mudanzas, estrechamente ligadas con los misterios del porvenir, porque la profundidad del tiempo oculta á los hombres grandes verdades, que únicamente se manifiestan con el trascurso de los siglos, así como hay á inmensa distancia de la tierra multitud de estrellas, cuya luz no ha llegado todavía hasta nosotros.

EXHUMACION DE BONAPARTE.

El tiempo ha corrido con velocidad al paso que yo escribía las anteriores líneas, produciendo un acontecimiento que pudiera llamarse grande, si los sucesos del día mereciesen otra calificación que la miseria en que vienen á parar. Se han reclamado á Londres los despojos mortales de Bonaparte, y se ha concedido la demanda. ¿Para qué quería la Inglaterra aquellos huesos? Pronta está á darnos todos los presentes mortuorios que apetezcamos. Hemos recibido las cenizas del que fue emperador en los momentos de nuestra mayor humillacion: han estado expuestas al registro concedido por el derecho de visita (cuando vivía Napoleón no era tan fácil visitarle); pero el extranjero se ha mostrado generoso, dando un salvo-conducto para el transporte de los grandes restos.

Su traslacion á Francia es una falta cometida contra la celebridad, porque nunca reemplazará al valle de Slane una tumba en París. ¿Quién desea ver á Pompeyo fuera del surco de arena trazado por un pobre liberto con la ayuda de un viejo legionario? ¿Qué haremos de tan magníficas reliquias en medio de nuestras miserias? ¿Representará el mas duro granito la eternidad de las obras de Bonaparte? ¿Si al menos contásemos con un Miguel Angel para que esculpiese su estatua fúnebre! ¿Cómo se levantará el monumento? Para los hombres pequeños suntuosos mausoleos; para los grandes una piedra y un nombre. ¿Si se hubiese al menos colocado el féretro en el coronamiento del arco de triunfo, para que las naciones contemplasen al que fue su señor sobre aquellas victorias que no lo immortalizaron! ¿No se veía en Roma la urna de Trajano sobre su columna? Napoleón se confundirá entre nosotros con las cenizas de oscuros cadáveres que nada significan. ¡Dios quisiera que no esté expuesto á las vicisitudes de nuestros trastornos políticos, por muy defendido que hoy se encuentre entre Luis XIV, Vauban y Turenna! ¡Ay de esas sacrilegas violaciones tan comunes en nuestra patria! Si triunfa cierto partido de la revolucion, no será extraño que el polvo del conquistador se mezele con los demás despojos que nuestras pasiones han dispersado: entonces se olvidará al vencedor de los pueblos para acordarse únicamente del opresor de las libertades. Los huesos de Napoleón no reproducirán su genio, pero darán lecciones de despotismo á soldados medianos.

Sea de esto lo que fuere, se ha puesto á disposicion de un hijo de Luis Felipe una fragata cuyo nombre, célebre en los faustos de nuestras victorias navales, la ha protegido en el Océano. Desde Tolon, puerto en que se embarcara también Bonaparte para conquistar el Egipto, hizo rumbo el nuevo Argos hacia Santa-Elena para apoderarse de la nada. El sepulcro se elevaba todavía silencioso en el valle de Slane ó del Geranio; uno de los dos saúces llorones había ya caído, pero lady Dallas, mujer de cierto gobernador de la isla, había plantado otros diez y ocho y treinta y cuatro cipreses: el manantial refrescaba el valle como cuando Napoleón bebía sus aguas. Se trabajó para abrir el monumento una noche entera bajo la inspeccion del capitán inglés Alejandro, y se encontraron intactas las cuatro cajas embutidas unas en otras, á saber: las dos de caoba, la de plomo y la de hoja de lata, y en seguida se procedió, en una tienda de campaña, al exámen de la momia, en presencia de muchos oficiales, y entre ellos de algunos que habían conocido á Bonaparte.

Cuando se abrió el último ataúd, todas las miradas se dirigieron á su fondo, y encontraron, segun el abad Coquerneau, una masa blanquiza que cubría el cuerpo en toda su extension. Al tocarla el doctor Gaillard, reconoció un almohadon forrado de seda blanca, que

guarnecía interiormente la parte superior de la caja, de la cual se había desprendido, y que cubria el cuerpo como un sudario. Todo el cadáver aparecía sembrado de una ligera espuma, y cualquiera hubiera dicho que se distinguía al través de una diáfana nube. Aquella era, en efecto, su cabeza, que la almohada levantaba un poco, con su ancha frente y con sus ojos, cuyas órbitas se dibujaban bajo los párpados, guarnecidos aun de algunas pestañas; las mejillas estaban hinchadas, la nariz había padecido bastante, y la boca entreabierta dejaba ver tres dientes de extremada blancura; en todo el rostro se distinguían perfectamente las señales de la barba; las manos sobre todo parecían animadas con el soplo de la vida, pues conservaban la tersura y el color naturales; una de ellas, la izquierda, se notaba mas gruesa que la otra; las uñas habían crecido despues de la muerte; las tenia largas y blancas; tambien una de las botas estaba descomulgada, y mostraba por su abertura cuatro dedos del pié de una blancura mate.»

El astro eclipsado de Santa-Elena ha vuelto á aparecer en el mundo; el universo ha contemplado por segunda vez á Napoleón, pero este no ha visto ya al universo. Las errantes cenizas del conquistador se han iluminado con las mismas estrellas que le guiaron á su destierro, pero Bonaparte ha pasado por el sepulcro, como por todas partes, sin detenerse. Desembarcado en el Havre, ha llegado al arco de triunfo, dosel que refleja los rayos del sol en ciertos días del año; desde el arco hasta los Inválidos solo hemos visto columnas de madera, bustos de yeso, una estatua del gran Condé y obeliscos de pino representando la vida del vencedor. Un frio glacial hacia arremolinarse á los generales junto al carro fúnebre, como en la retirada de Moscou. Nada era allí bello, á excepcion de la embarcacion enlutada que acababa de conducir silenciosamente por el Sena á Napoleón y á un crucifijo.

Privado de su catafalco de rocas, Napoleón ha venido á sepultarse entre las inmundicias de París. En vez de navios que saluden al nuevo Hércules consumido en el monte Oeta, las lavanderas de Vaugirard daran vueltas al recinto en que yace, acompañadas de algunos inválidos desconocidos en el ejército grande. Para preluir tanta impotencia de miras, los hombres del día no han sabido imaginar mas que un salon de Curcio al aire libre; así que, despues de algunos días de lluvia, nada ha quedado de aquellas ridiculas decoraciones. Por mas que se haga, siempre aparecerá en medio de los mares la verdadera tumba del triunfador; nosotros poseemos el cuerpo, y Santa-Elena su fama imperecedera.

Napoleón es el fin de la pasada era; ha hecho la guerra demasiado en grande (tal vez será este el único bien suyo que nos quede) para que vuelva á interesarse por ella la especie humana; ha arrastrado impetuosamente con sus piés las puertas del templo de Jano, y amontonado delante de ellas pirámides de cadáveres para que no vuelvan á abrirse.

MI VISITA Á CANNES.

He pasado por todos los sitios que sirvieron de tránsito á Napoleón despues de haberse fugado de la isla de Elba. Entré en la posada de Cannes al mismo tiempo que se celebraba á cañonazos la conmemoracion del 29 de julio, uno de los resultados de la incursion de Napoleón; que este sin duda no había previsto. Cuando llegué al golfo Juan, era ya de noche, y eché pié á tierra en una casa solitaria inmediata al camino real: Jacquemin, alfarero y huésped mio, me condujo á orillas del mar, y allí nos extraviamos por sendas desiguales entre los olivares, bajo cuya sombra había vivaqueado Bonaparte. El mismo Jacquemin había sido también su patron, y entonces era mi guia. A la izquierda del ancho sendero de travesía se en-

contraba una especie de tinglado, en donde Napoleón, que invadía solo la Francia, depositó los efectos de su desembarco.

Desde la playa contemplé el mar en calma; el débil suspiro del viento no rizaba una sola espuma, y las transparentes olas, semejantes á una finísima gasa, besaban las arenas sin estrépito ni precipitacion. El cielo sereno, ostentado todo el brillo de sus constelaciones, coronaba mi cabeza, pero no tardó la luna en descender y ocultarse detrás de los vecinos montes. En el golfo solo se divisaba una barca anclada y dos botecillos; á la izquierda se distinguía el faro de Antibes y á la derecha las islas de Lerins; enfrente de mí se abría el mar del Sur hacia Roma, adonde Bonaparte me había enviado en otro tiempo.

Las islas de Lerins, llamadas hoy de Santa Margarita, sirvieron antiguamente de refugio á algunos cristianos que huían de los bárbaros. San Honorato, escapado de Hungría, arribó á uno de sus escollos, subió á una palmera, hizo la señal de la cruz, y murieron todas las serpientes; es decir, espiró el paganismo, y la nueva civilizacion nació en Occidente.

Mil cuatrocientos años despues llegó Bonaparte á terminar esta civilizacion en los mismos sitios en que el santo la había comenzado. El último solitario de aquellas islas fue el hombre de la Máscara de hierro, si es que realmente ha existido, pero del silencio del golfo Juan y de la paz ofrecida por las rocas á los antiguos anacoretas salió el estruendo de la batalla de Waterloo, que atravesó el Atlántico y fue á morir en Santa Elena.

Ya puede suponerse lo que yo sentiría en aquellos lugares solitarios entre los recuerdos de dos sociedades, entre un mundo extinguido y otro pronto á extinguirse. Abandoné la playa lleno de consternacion religiosa, dejando pasar y repasar á las olas, que hasta ahora no han podido borrar el penúltimo paso de Napoleón.

Al fin de todas las grandes épocas se escucha alguna voz doliente que llora las desventuras pasadas: así gimieron los que vieron desaparecer á Carlomagno, San Luis, Francisco I, Enrique IV y Luis XIV. ¡Cuánto pudiera yo decir, como testigo ocular de las modernas vicisitudes! Despues de haber encontrado, como yo, á Washington y á Bonaparte, ¿qué me resta ver detrás del carro del Cincinato americano y del sepulcro de Santa Elena? ¿Por qué he sobrevivido al siglo y á los hombres, á quienes he pertenecido por la fecha de mi nacimiento? ¿Por qué no he muerto como mis contemporáneos, últimos restos de una raza extinguida? ¿Por qué he quedado solo para buscar sus huesos en las tinieblas y en el polvo de una inmensa catacumba? ¿Mi valor desfallece porque duro tanto! ¡Ah, si al menos contase con la indiferencia de un anciano árabe, á quien encontré en Africa! Sentados con las piernas cruzadas en una estera, envuelta su cabeza entre lienzos, ocupan los habitantes del desierto las últimas horas de su vida en seguir con la vista, entre el azul del firmamento, al hermoso fenicótero que vuela hacia las ruinas de Cartago: mecidos por el murmullo de las ondas, olvidan su propia existencia y entonan en voz baja la triste cancion que precede á su muerte.

París 1859.

Revisado el 22 de febrero de 1845.

CAMBIO DEL MUNDO.

Caer de Bonaparte y del imperio á lo que le ha seguido, es caer de la realidad á la nada, de la cima de una montaña á un precipicio. ¿No ha terminado todo con Napoleón? ¿He debido hablar de otra cosa? ¿Qué personaje puede interesar fuera de él? ¿De quién y de qué puede tratarse despues de semejante hombre

Solo Dante ha tenido el derecho de asociarse á los grandes poetas que encuentra en las regiones de otra vida. ¿Cómo nombrar á Luis XVIII en lugar del emperador?

Los mismos bonapartistas se habian replegado: el alma faltó al nuevo universo tan pronto como Bonaparte retiró su aliento, y los objetos se borraron desde que ya no fueron iluminados por la luz que les habia dado el relieve y el color. Al principio de estas *Memorias* solo tuve que hablar de mí, pues hay siempre una especie de primacía en la soledad individual del hombre, en seguida me vi rodeado de milagros, milagros que sostuvieron mi voz; pero ahora ya no hay conquista de Egipto, ni batallas de Marengo, Austerlitz y de Jena, ni retirada de la Rusia, ni invasion de la Francia, ni toma de París, ni vuelta de la isla de Elba, ni batalla de Waterloo, ni funerales de Santa Elena: ¿qué queda pues? ¡Retratos á quienes solo el genio de Moliere podría dar la gravedad de lo cómico!

Al expresarme sobre nuestro poco valer, he estrechado de cerca mi conciencia, y me he preguntado si no me habia incorporado por cálculo á la nulidad de estos tiempos para adquirir el derecho de condenar á los otros, persuadido como estaba *in petto* de que mi nombre se leeria en medio de todas estas cosas borradas. No, estoy convencido de que todos desapareceremos: primero, porque no tenemos en nosotros de qué vivir; segundo, porque en el siglo en el cual comenzamos ó terminamos nuestros dias, no tiene tampoco con qué hacernos vivir. Generaciones mutiladas, desdeñosas, sin fe, adictas por su amor á la nada no sabrian darnos la inmortalidad, ni tienen poder alguno para crear una fama: cuando acerqueis vuestro oído á su boca, nada oireis, pues ningun sonido sale del corazon de los muertos.

Una cosa, sin embargo, me llama la atencion: el pequeño mundo en el cual entro ahora, era superior al mundo que le ha sucedido en 1830: nosotros éramos gigantes en comparacion de la sociedad de insectos que se ha engendrado.

La restauracion ofrece al menos un punto en el que puede encontrarse importancia: despues de la dignidad de un solo hombre, pasado este, renació la dignidad de los hombres. Si el despotismo ha sido reemplazado por la libertad; si entendemos alguna cosa de independencia; si hemos perdido la costumbre de arrastrarnos; si los derechos de la naturaleza humana no son ya desconocidos, á la restauracion somos deudores de ello.

¡Prosigamos, pues, nuestra tarea! Bajemos gimiendo hasta mí y hasta mis colegas. Ya me habeis visto en medio de mis sueños; ahora vais á verme en mis realidades, y si el interés disminuye, si caigo, suplico al lector que sea justo.

AÑOS DE MI VIDA 1815 y 1816.—SOY NOMBRADO PAR DE FRANCIA.—MI PRIMERA APARICION EN LA TRIBUNA.—DISCURSOS DIVERSOS.

Despues de la segunda entrada del rey y de la desaparicion final de Bonaparte, estando el ministerio en manos del duque de Otranto y del príncipe de Talleyrand, fui nombrado presidente del colegio electoral del departamento del Loiret. Las elecciones de 1815 dieron al rey la cámara *incontrable*. Todos los votos me favorecian en Orleans, cuando llegó á mis manos el decreto que me llamaba á la cámara de los Pares. Mi carrera de accion, apenas comenzada, cambió súbitamente de ruta; ¿cuál habria sido, á estar colocado en la cámara Electiva? Es probable que hubiese terminado, en caso de éxito, en el ministerio de lo Interior, en vez de conducirme al ministerio de Negocios extranjeros. Mis hábitos y mis costumbres estaban mas en relacion con la dignidad de par, y aunque esta se

me hizo hostil desde el primer momento á causa de mis opiniones liberales, es sin embargo cierto que mis doctrinas sobre la libertad de la prensa y contra el vasallaje de los extranjeros dieron á la noble cámara esa popularidad de que gozó en tanto que sufrió mis opiniones.

Al llegar recibí el único honor que me hayan hecho mis colegas durante mis quince años de residencia en medio de ellos, pues fui nombrado uno de los cuatro secretarios para la legislatura de 1816. Lord Byron no obtuvo mas favor cuando apareció en la cámara de los Lores y se alejó de ella para siempre; yo hubiera debido volver á mis desiertos.

Mi estreno en la tribuna fue un discurso sobre la *inmovilidad de los jueces*; yo elogí el principio, pero ataqué su aplicacion inmediata. En la revolucion de 1830, los hombres de la izquierda mas adictos á esta revolucion querian suspender por algun tiempo la inmovilidad.

El 22 de febrero de 1816, el duque de Richelieu nos presentó el testamento autógrafo de la reina; subí á la tribuna, y dije:

—«El que nos ha conservado el testamento de Maria Antonieta habia comprado las tierras de Montboisier: juez de Luis XVI, habia elevado en medio de esa propiedad un monumento á la memoria del defensor de Luis XVI, grabando él mismo sobre ese monumento un epitafio en verso francés en elogio de Mr. de Malesherbes. Esta sorprendente imparcialidad anuncia que todo está fuera de su sitio en el mundo moral.»

El 12 de marzo de 1816 se agitó la cuestion de las pensiones eclesiásticas, y dije: —«Negaríais alimentos al pobre vicario que consagra á los altares el resto de sus dias, y concederíais pensiones á José Lebon, que hizo caer tantas cabezas; á Francisco Chabot, que pedía para los emigrados una ley tan sencilla que un niño pudiese conducirlos á la guillotina; á Santiago Roux, que, negándose en el Temple á recibir el testamento de Luis XVI, respondió al infortunado monarca:—«Yo no tengo mas encargo que el de conducirte á la muerte?»

Habian llevado á la cámara Hereditaria un proyecto de ley relativo á las elecciones: yo me pronuncié por la renovacion íntegra de la cámara de los Diputados; pero solo en 1824, siendo ministro, fue cuando la hice entrar en la ley que vió mi caída.

Tambien fue en este primer discurso sobre la ley electoral cuando respondí á un adversario: —«Yo no realzo lo que se ha dicho de la Europa atenta á nuestras discusiones. En cuanto á mí, señores, sin duda debo á la sangre francesa que corre por mis venas esa impaciencia que siento, cuando para determinar mi voto se me habla de las opiniones colocadas fuera de mi patria; y si la Europa civilizada quisiera imponerme la carta, me iría á vivir á Constantinopla.»

El 9 de abril de 1817 hice en la cámara una proposicion relativa á las potencias berberiscas, y la cámara decidió que habia lugar á ocuparse de ella. Ya pensaba yo en combatir le esclavitud, antes de haber obtenido esa decision favorable de los pares que fue la primera intervencion política de una gran potencia en favor de los griegos: —«Yo he visto», decia á mis colegas, las ruinas de Cartago, y he encontrado entre esas ruinas los sucesores de aquellos infelices cristianos por cuya libertad hizo San Luis el sacrificio de su vida. La filosofía podrá tomar su parte en la gloria unida al éxito de mi proposicion, y envanecerse de haber obtenido en un siglo de tenebras lo que la religion intentó inútilmente en un siglo de tinieblas.»

Yo estaba colocado en una cámara donde mi palabra se volvía contra mí las tres cuartas partes del tiempo. Una cámara popular puede comoverse; una

cámara aristocrática es sorda. Sin tribuna, á puerta cerrada, ante viejos restos disecados de la antigua monarquía, de la revolucion y del imperio, lo que salía del tono mas comun parecia locura. Un dia, la primera fila de sillones mas inmediata á la tribuna, estaba llena de respetables pares, mas sordos los unos que los otros, con la cabeza inclinada y teniendo en el oído una trompetilla acústica, cuya embocadura dirigian hácia la tribuna: yo los dormí, lo cual es muy natural. Uno de ellos dejó caer su trompetilla, y despertando su vecino, quiso recogerla urbanamente, pero se cayó. El mal estuvo en que me eché á reír, á pesar de estar hablando patéticamente sobre no sé qué objeto de humanidad.

Los oradores que triunfaban en esta cámara eran los que hablaban sin ideas, con tono igual y monotonó, ó que solo encontraban sensibilidad para enter necerse sobre los pobres ministros. Mr. de Lally-Tolendal tronaba en favor de las libertades públicas, y hacia resonar las bóvedas de nuestra soledad con un elogio de tres ó cuatro lóres de la cancellería inglesa, abuelos suyos, segun decia. Cuando estaba terminado su panegírico sobre la libertad de la prensa, llegaba un *pero* fundado en *circunstancias*, el cual *pero* nos dejaba salvo el honor bajo la útil vigilancia de la censura.

La restauracion dió un movimiento á las inteligencias, y libertó el pensamiento comprimido por Bonaparte; el ingenio, como una cariatide descargada de la arquitectura que le encorbaba la frente, alzó la cabeza. El imperio habia herido á la Francia de mutismo; la libertad restaurada le devolvió la palabra: encontráronse talentos en la tribuna que tomaron las cosas donde los Mirabeau y los Cazales las habian dejado, y la revolucion continuó su curso.

MONARQUÍA SEGUN LA CARTA.

Mis trabajos no se limitaban á la tribuna, tan nueva para mí. Espantado de los sistemas que se abrazaban y de la ignorancia de la Francia sobre los principios del gobierno representativo, escribia y hacia escribir *La monarquía segun la carta*. Esta publicacion ha sido una de las grandes épocas de mi vida política; ella me hizo tomar puesto entre los publicistas, y sirvió para fijar la opinion sobre la naturaleza de nuestro gobierno. Los diarios ingleses elevaron este escrito hasta las nubes, y entre nosotros, el abate Morellet no cesaba de hablar de la metamorfosis de mi estilo y de la precision dogmática de las verdades.

La monarquía segun la carta es un catecismo constitucional, y de ella se han tomado la mayor parte de las proposiciones que hoy se presentan como nuevas. El principio de que *el rey reina y no gobierna* se encuentra todo entero en los capítulos cuarto, quinto, sexto y sétimo sobre la prerogativa real.

Exponiendo los principios constitucionales en la primera parte del folleto, examiné en la segunda los sistemas de los tres ministerios que se habian sucedido desde 1814 á 1816: en esta parte se encuentran predicciones verificadas despues y exposiciones de doctrinas entonces ocultas. En el capítulo diez y seis, parte segunda, se leen estas palabras: «Pasa por constante, en cierto partido, que una revolucion de la naturaleza de la nuestra no puede terminar sino por un cambio de dinastia; otros mas moderados dicen por un cambio en el órden de sucesion de la corona.»

Cuando terminaba mi obra, apareció el decreto de 5 de setiembre de 1816: esta medida dispersaba los pocos realistas reunidos para reconstruir la monarquía legítima, y me apresuré á escribir la *Postdata*, que hizo estallar la cólera del duque de Richelieu y del favorito de Luis XVIII, Mr. Decazes.

Añadida la *Postdata*, corro á casa de mi librero, Mr. Lenormant, y al llegar encuentro unos alguaciles y un comisario de policía que se habian apoderado de los paquetes y puesto los sellos. Yo no habia desafiado á Bonaparte para intimidarme por Mr. Decazes; me opuse al secuestro, y declaré como francés libre y como par de Francia que no cedería sino á la fuerza; vino esta, y me retiré entonces. El 18 fui á casa de Mr. Luis Marthe-Mesnier y su colega, notarios reales, y protestando ante ellos, hice consignar mi declaracion sobre el secuestro de mi obra, queriendo asegurar de este modo los derechos de los ciudadanos franceses. Mr. Baude me ha imitado en 1830.

En seguida me encontré enredado en una correspondencia bastante larga con el canceller, el ministro de Policía y el fiscal general Bellard, hasta el 9 de noviembre, dia en que el canceller me anunció la sentencia dictada en mi favor por el tribunal de primera instancia, la cual me puso en posesion de mi obra. En una de sus cartas me decia el canceller que habia tenido un gran disgusto al ver el descontento del rey sobre mi obra. Este descontento provenia de los capítulos en que me pronunciaba contra la creacion de un ministro de policía general en un país constitucional.

LUIS XVIII.

En mi relacion del viaje de Gante ya habeis visto lo que Luis XVIII valia como hijo de Hugo Capeto; en mi escrito *El rey ha muerto; ¡viva el rey!* anoté las cualidades reales de este príncipe. Pero el hombre no es uno y simple: ¿por qué hay tan pocos retratos fieles? Porque se ha hecho fijar el modelo á cierta época de su vida, y diez años despues el retrato ya no se parece.

Luis XVIII veia todos los objetos, y todo le parecia bello ó feo, segun el ángulo de su mirada. Atacado por las ideas de su siglo, es de temer que la religion no fuese para el *rey cristianismo* mas que un elixir propio para la amalgama de las drogas de que se compone la monarquía. La imaginacion libertina que habia recibido de su abuelo pudo inspirar alguna desconfianza sobre sus costumbres; pero él se conocia, y cuando hablaba de una manera positiva, se alababa de ello y se burlaba de sí mismo. Un dia le hablaba yo de la necesidad de un nuevo matrimonio del duque de Borbon, á fin de devolver á la vida la raza de los Condé: el rey aprobó mucho la idea, aunque se cuidaba muy poco de la dicha resurreccion; pero á este propósito me habló del conde de Artois, y me dijo: —«Mi hermano podría volverse á casar sin cambiar en nada la sucesion á la corona, pues nunca tendria mas que segundones: yo nunca tendré sino primogénitos, y no quiero tampoco desheredar al duque de Angulema.»

Egoísta y sin preocupaciones, Luis XVIII queria su tranquilidad á todo precio: sostenia á sus ministros en tanto que tenian la mayoría; pero los despedía cuando esta faltaba y podia ser incomodado en su reposo, y nunca vacilaba en retirarse cuando para obtener la victoria le hubiera sido preciso dar un paso adelante. Su grandeza era la paciencia, y jamás iba él á los sucesos, sino que los sucesos venian á él.

Sin ser cruel, este rey no era humano, pues no le sorprendian ni conmovian las catástrofes trágicas. Escusándose el duque de Berry por haber tenido la desgracia de turbar con su muerte el sueño del rey, este se contentó con decirle: —«He dormido bien.» Y sin embargo, este hombre tranquilo entraba en cóleras terribles cuando era contrariado; este príncipe frío, tan insensible, tenia amistades que parecian pasiones, y así se sucedieron en su intimidad el conde de Avarai, Mr. de Blacas, Mr. Decazes,

Mad. de Balbi y Mad. de Cayla: todas estas personas amadas eran favoritos.

Luis XVIII se nos apareció en toda la profundidad de las tradiciones históricas, y se mostró con el favoritismo de las antiguas monarquías. ¿Se produce en el corazón de los monarcas aislados un vacío que llenan con el primer objeto que encuentran? ¿Es esto simpatía, amistad de una naturaleza análoga á la suya? ¿Es una amistad que les cae del cielo para consolar sus grandezas? ¿Es una inclinación hácia un esclavo que se da en cuerpo y alma, ante el cual no se oculta nada, esclavo que se hace una idea fija unida á todos los sentimientos, á todos los gustos, á todos los caprichos de aquel á quien ha sometido y á quien tiene bajo el imperio de una fascinación invencible? Mientras mas bajo ó infimo ha sido el favorito, menos se le puede despedir, porque está en posesión de secretos que harían ruborizar si fuesen divulgados: este preferido tiene una doble fuerza en su infamia y en la debilidad de su señor.

Cuando el favorito es por casualidad un grande hombre como Richelieu ó Mazarino, detestándole las naciones, se aprovechan de su gloria ó de su poder: entonces solo cambian un miserable rey de derecho por un rey ilustre de hecho.

MR. DECAZES.

Tan pronto como Mr. Decazes fue nombrado ministro, los carruajes invadieron el muelle Malagnais para depositar en el salón del afortunado todo lo que había de mas noble en el barrio de Saint-Germain. Por mas que haga el francés, nunca será mas que un cortesano, no importa de quien, con tal que sea un poderoso del día.

Pronto se formó en favor del nuevo favorito una coalición formidable de necios. En la sociedad democrática, charlatán de libertades, declarad que veis la marcha del género humano y el porvenir de las cosas, añadiendo á vuestros discursos alguna cruz de honor, y estais seguro de vuestra plaza; en la sociedad aristocrática, jugad al wisth, presentad con un aire grave y profundo lugares comunes y buenas palabras arregladas de antemano, y está asegurada la fortuna de vuestro genio.

Compatriota de Murat, pero de Murat sin reino, Mr. Decazes nos había venido de la madre de Napoleón. Era familiar, urbano, jamás insolente, y aunque me quería bien, no sé por qué me cuidaba yo muy poco de ello, y de aquí vino el principio de mis desgracias. El rey le colmó de beneficios y de influjo, y le casó mas tarde con una persona muy bien nacida, hija de Mr. de Saint-Aulaire. Verdad es que Mr. Decazes servía demasiado bien á la monarquía; él fue quien desenterró al mariscal Ney de las montañas de Auvernia, donde se había ocultado.

Fiel á las inspiraciones de su trono, Luis XVIII decía de Mr. Decazes: «Yo lo elevaré tan alto, que dará envidia á los mas grandes señores.» Estas palabras, tomadas de otro rey, eran un anacronismo; para elevar á los otros es preciso estar uno seguro de no descender, y en el tiempo á que Luis XVIII había llegado, ¿qué eran los monarcas? Si aun podían hacer la fortuna de un hombre, no podían ya hacer su grandezza; ya no eran mas que los banqueros de sus favoritos.

Mad. de Princeteau, hermana de Mr. Decazes, era una persona agradable, modesta y excelente; el rey se había enamorado de ella en perspectiva. Mr. Decazes, padre, á quien vi en la sala del trono con cascaca, espada ceñida y sombrero debajo del brazo, no tuvo sin embargo éxito alguno.

En fin, la muerte del duque de Berry acreció las enemistades de una parte y otra, y produjo la caída del favorito. Ya he dicho que sus pies se le deslizaron

en la sangre; lo cual no significa, no lo permita Dios, que fuese culpable del asesinato, sino que cayó en la mar enfrojecida que produjo el cuchillo de Louvel.

SE ME BORRA DE LA LISTA DE LOS MINISTROS DE ESTADO.
— VENDO MIS LIBROS Y MI POSESION.

Me había opuesto al secuestro de *La Monarquía segun la carta*, para ilustrar á los realistas engañados y para sostener la libertad del pensamiento y de la prensa, y abracé francamente unas instituciones á las cuales siempre he permanecido fiel.

Después de estas bastardías, me resentí de las heridas sangrientas que se me habían hecho al aparecer mi folleto, y no me fue posible tomar posesión de mi carrera política sin llevar á ella las cicatrices de los golpes que se me asestaron al emprenderla; me encontraba mal, y no me era dado respirar.

Poco tiempo después, un decreto, que tenía la firma de Richelieu, me borró de la lista de los ministros de Estado, privándome de una plaza tenida hasta entonces como inamovible: dicha plaza se me había concedido en Gante, y con ella desapareció también para mí la pensión que disfrutaba; me hirió la misma mano que había asido á Fouché.

He tenido el honor de ser arruinado tres veces por la legitimidad; la primera por haber seguido al hijo de San Luis á su destierro; la segunda por haber escrito en favor de los principios de la monarquía otorgada, y la tercera por haber guardado silencio respecto á una ley funesta, cuando precisamente hacia que triunfasen nuestras armas: la guerra de España reunió las tropas á la bandera blanca, y de haberme sostenido en el poder, hubiera fijado nuestras fronteras en las orillas del Rin.

Mi naturaleza me hizo completamente insensible á la pérdida de mis pensiones: todo se desquitó con andar á pié y con ir en fiacre, cuando llovía, á la cámara de los Pares. Con mi traje popular, y bajo la protección de la gente baja que me rodeaba, entré á disfrutar de los derechos de la clase proletaria, de la cual formaba parte, y desde mi carro desafiaba el soberbio tren de los reyes.

Me vi precisado á vender los libros, y Mr. Merlin los puso á pública subasta en la sala silvestre (calle de Bons-Enfants.) Solo conservé un Homero griego, en cuyos márgenes había algunas traducciones y notas de mi puño. No tardé mucho en tener que tocar la parte mas sensible, pidiendo al ministro del Interior permiso para rifar mi casa de campo, abriéndose el despacho de números en casa del escribano Mr. Denis. La rifa constaba de noventa billetes, de mil francos cada uno, y los realistas no los tomaron. La señora duquesa de Orleans pidió tres, y uno mi amigo Mr. de Lainé, ministro del Interior, que había firmado el decreto de 5 de setiembre, y consentido en el consejo que se me borrara de la lista, valiéndose para verificarlo de un nombre supuesto. No habiéndose podido verificar la rifa se devolvieron las sumas á los tenedores de billetes, mas no por eso quiso retirar Mr. Lainé sus mil francos, y se los dejó al escribano para los pobres.

Poco tiempo después se vendió asimismo mi posesión de Aulnay en la plaza de Chatelet, como se venden los muebles del pueblo bajo. Mucho sentí entonces este suceso, porque tenía una afición decidida á aquellos árboles, que se habían desarrollado y engrandecido, por decirlo así, en medio de mis recuerdos. El tipo era de cincuenta mil francos, y fue cubierto por el vizconde de Montmorency, que solo se atrevió á pujar cien francos; quedó, pues, por suya la finca, y la ha habitado después; pero no es bueno mezclarse con mi suerte.

CONTINUACION DE MIS DISCURSOS EN 1817 Y 1818.

En el mes de noviembre de 1816 continué mis trabajos, después de la publicación de *La Monarquía segun la Carta* y la apertura de la nueva asamblea. En la sesión del 23 del mismo mes presenté á la cámara una proposición, reducida á que se suplicase al rey tuviese á bien mandar que se examinase cuanto había pasado en las últimas elecciones. La corrupción y la violencia del ministerio fueron palpables en ellas.

En 21 de marzo de 1817 me levanté contra el título XI del proyecto de ley de hacienda: tratábase de los bosques del Estado, que se querían afectar á la caja de amortización, y de los cuales se querían vender al momento ciento cincuenta mil hectáreas. Aquellos bosques se componían de tres clases de propiedades; á saber: de los antiguos dominios de la corona, algunas encomiendas de la orden de Malta, y el resto de bienes de la Iglesia. No sé por qué encuentro hoy un triste interés en mis propias palabras de aquella época: tal vez sea por la analogía que guardan con mis *Memorias*.

«A pesar de las teorías de los que solo han administrado las rentas públicas en tiempos de revueltas, el crédito no es una prenda material, sino la consecuencia de la moralidad de una nación. ¿Harán valer esos nuevos propietarios los títulos de su reciente propiedad? Se les citará, para despojarlos de herencias de nueve siglos robadas á sus antiguos dueños. En vez de los bienes inmuebles, patrimonio en que las familias sobrevivían á las mismas encinas, tendréis propiedades móviles, en que las plantas tendrán apenas el tiempo necesario para nacer y morir antes que cambien de amo. Los pacíficos hogares cesarán de ser los depositarios de las costumbres domésticas, y perderán su venerable autoridad; tampoco se verán consagrados los caminos de travesía por el sillón del abuelo y la cuna de su nieto.

«Pares de Francia, no defiende mi causa, sino la vuestra; os hablo en interés de vuestros hijos; en cuanto á mí, nada tendré que disputar con la posteridad, porque no tengo heredero; he perdido cuanto dejó mi padre, y pronto cesarán de ser mis algunos árboles que he plantado.»

REUNION PIET.

Por la semejanza de opiniones, á la sazón muy viva, se había establecido una especie de amistad entre las minorías de ambas cámaras. La Francia aprendía entonces el gobierno representativo, y como yo cometía la necesidad de entenderlo al pié de la letra y de apasionarme de él, sostenía á los que lo adoptaban, sin cuidarme de investigar si no entraban en su oposición mas motivos humanos que amor patrio, tan puro como el que yo sentía por la carta. No me tenía ciertamente por un simple, pero idolatraba el objeto de mi opinión, y hubiera atravesado una hoguera á fin de salvarlo. Entonces fue, en 1816 y en medio de aquel acceso constitucional, cuando conocí á Mr. de Villele. Estaba mas tranquilo, se sobreponía á su mismo ardor, y pretendía conquistar así la libertad, pero ponía el sitio en regla y abría metódicamente la brecha; yo, por el contrario, me empeñaba en tomar la plaza de un solo golpe de mano; subía á la brecha, y continuamente me veía arrojado en el foso.

Encontré por primera vez á Mr. de Villele en casa de la señora duquesa de Levis, pues había llegado á ser el jefe de la oposición realista en la cámara Electiva; así como yo lo era en la Hereditaria. Conservaba la amistad de su colega Mr. de Corbiere, que siempre

estaba unido á él, y se decía *Villele y Corbiere*, como se dice *Píades y Orestes* ó *Niso y Eurialo*.

Me parece propio de una vanidad ridícula entrar en pormenores fastidiosos acerca de personas, cuyos nombres nadie pronunciará mañana; creo, pues, que los oscuros movimientos que afectan un grande interés, al paso que á nadie interesan, y el baturrillo de opiniones que no han determinado suceso alguno de consecuencia, deben ocupar únicamente á los dichosos inocentes, que se figuran ser ó haber sido objeto de la atención de sus semejantes.

Había con todo momentos de orgullo, en que mis discusiones con Mr. de Villele me parecían como los altercados de Sila con Mario, ó de César con Pompeyo. Continuamente íbamos con los demás miembros de la oposición á la calle de Teresa, á pasar la noche deliberando en casa de Mr. Piet. Llegábamos de cualquiera manera, y nos sentábamos en un salón iluminado por una lámpara que gotaba. En aquel antro legislativo hablábamos de la ley presentada, de la moción que debía ponerse en tela de juicio, y del amigo á quien convenía nombrar secretario, ó hacerle entrar en tal ó cual comisión. Todos discutíamos á un tiempo, y nos parecíamos bastante á los que formaban las reuniones de los primeros fieles, segun la pintura que de ellas nos hacen los enemigos del cristianismo. Allí se difundían las malas noticias, se aseguraba un cambio en los negocios públicos, trastornos en Roma y desastres en nuestros ejércitos.

Mr. de Villele escuchaba, reasumía y no cerraba las deliberaciones; era allí el verdadero hombre político, y á fuer de marino prudente, nunca se daba á la vela durante la tempestad. Noté muchas veces, con motivo de nuestra polémica acerca de la venta de los bienes del clero, que los mas religiosos eran aquellos que con mas ardor defendían las doctrinas constitucionales. La religión es la fuente de la libertad: en Roma el *flamen dialis* solo llevaba en el dedo un anillo hueco, porque á haber sido macizo, hubiera parecido formar parte de una cadena; tampoco debía tener el menor nudo el pontífice de Júpiter en sus vestiduras ni en su cabeza.

Después de concluidas las sesiones, se retiraba Mr. de Villele acompañado de Mr. de Corbiere. Yo examinaba á muchos individuos, me enteraba de muchas cosas, y hacía infinitas observaciones interesantes en aquellas reuniones, y así aprendía, menos lo relativo á hacienda, que ya sabía, todo lo concerniente al ejército, á la administración de justicia y al gobierno general del país: salía de ellas algo mas hombre de Estado, ó tal vez mas convencido de la pobreza é inutilidad de tan hermosas teorías científicas. Luego en la alta noche contemplaba yo medio dormido las diversas actitudes de aquellas cabezas, y la variada expresión del rostro de aquellos Solones que tan poco cuidaban al parecer de su ornato personal: no cabe duda que su aspecto era venerable; pero yo hubiera preferido oír la golondrina que me despertaba en mi juventud, y ver las musas que acompañaban todos mis sueños. Los rayos de la aurora que al tocar á un cisne proyectaban su sombra en una ola de oro, y el sol que al levantarse me parecía un nido de fenix suspendido en la copa de la palmera al pié de cuyo tronco lo contemplaba yo en la Siria, me hubieran sido mucho mas gratos.

EL CONSERVADOR.

Conocía que mis combates de tribuna en una cámara cerrada y en medio de una asamblea que me era poco favorable serían inútiles para alcanzar la victoria y que por lo mismo necesitaba otras armas. Establecida ya la censura para los periódicos diarios, solo podía conseguir mi intento por medio de otro semi-cotidiano, en el cual me proponía combatir el sistema del

ministerio y las opiniones de la extrema izquierda, que defendía Mr. Esteban en la *Minerva*. Hallábase en Noisiel, en casa de la señora duquesa de Levis, en la primavera de 1818, cuando fue a verme mi librero, Mr. Lenormant, a quien di noticia del pensamiento que me ocupaba. Lo apoyó con entusiasmo, y ofrecióse á correr el riesgo y á sufragar todos los gastos: hablé en seguida con mis amigos, les pregunté si querían asociarse, consintieron, y no tardó en aparecer el periódico con el título de *El Conservador*.

La revolución que obró fue inaudita; en Francia cambió la mayoría de las dos cámaras, y en el extranjero transformó el espíritu de los gobiernos.

Los realistas me debieron la ventaja de haberles salir de la nada, en la cual yacían á vista de los pueblos y de los reyes, y puse la pluma en las manos de las mas grandes familias de la nación. Convertí en periodistas á los Montmorency y á los Levis; convoqué á la nobleza, é hice que el feudalismo marchase á defender la libertad de la prensa, reuniendo á los hombres mas señalados del partido realista, como Villele, Corbiere, Vitrolles, Castelbajac y otros muchos. Bendecía á la Providencia siempre que veía protegidas las páginas de *El Conservador* por algun príncipe de la Iglesia, ó cuando llegaba á mis manos un artículo con la firma *el cardenal de la Luzerne*. Succedió, sin embargo, que despues de haber conducido á mis héroes á la cruzada constitucional, no bien conquistaron el poder y llegaron á llamarse príncipes de Edesa, de Antioquia y de Damasco; cuando se encerraron en sus nuevos Estados con Leonór de Aquitania me dejaron abandonado y confundido al pié de los muros de Jerusalem, cuyo sepulcro volvieron á coger los infieles.

Mi polémica dió principio en *El Conservador*, y duró desde 1818 hasta 1820; es decir, hasta el establecimiento de la censura, á la cual sirvió de pretexto la muerte del duque de Berry. En aquella primera época hice caer el antiguo ministerio, y abrí á Mr. de Villele las regiones del poder.

Despues de 1824, cuando volví á publicar algunos folletos y á escribir en el *Diario de los Debates*, habían cambiado mucho las respectivas posiciones. Pero, ¿qué me importaban aquellas miserias, supuesto que jamás he creído que pertenezco á otra época, que no tengo fe en los reyes ni convicción en los pueblos que de nada me cuidan, á excepcion de los sueños de mi fantasía, á condicion de que solo duren una noche?

El primer artículo de *El Conservador* pinta la situación de las cosas cuando yo me presenté en la palestra. Tuve ocasion de conocer á fondo la infamia de aquella *correspondencia secreta* que la policia de París publicaba en Londres. Ese género de escritos puede calumniar, mas no deshonrar; lo que es vil no tiene el poder de envilecer; solo al honor está reservada la ventaja de castigar á los hombres con la animadversion pública. «Calumniadores anónimos, les dije: tened valor para decir quiénes sois; la vergüenza pasa pronto para vosotros; añadid vuestros nombres á vuestros artículos, y solo tendremos que despreciar una palabra mas en cada uno de ellos.»

Algunas veces me burlaba de los ministros, y cedia á la propension irónica que siempre me he echado en cara.

En fin, el número de *El Conservador* de 5 de diciembre de 1818 contenía un artículo serio acerca de la moral de los intereses y la de los deberes: de él nació la fraseología *intereses morales ó intereses materiales*, que yo adopté y que despues han adoptado todos los escritores. Lo publico hoy algo abreviado, porque se eleva sobre las proporciones de un artículo de periódico, y porque mi razon le adjudica cierto valor. No ha envejecido, pues las ideas que encierra corresponden á todas las edades.

DE LA MORAL DE LOS INTERESES MATERIALES Y DE LA DE LOS DEBERES.

«El ministerio ha inventado una moral nueva; la moral de los intereses: la de los deberes se abandona á los imbéciles. Pues bien, la primera sobre la cual se pretende fundar el gobierno, ha corrompido mas al pueblo en tres años, que la revolucion en la cuarta parte de un siglo.

«Lo que hace desaparecer la moralidad en las naciones; lo que hace desaparecer á las mismas naciones con la moralidad, no es la violencia, sino la seducción, entendiéndose por esta todo lo que tienen de halagüeno y especioso las falsas doctrinas. Los hombres equivocan muchas veces el error con la verdad, porque cada facultad del corazón ó del entendimiento posee una falsa imágen; la frialdad se confunde con la virtud; el discutir con la razon, lo vacío con lo profundo y así lo demás.

«El siglo XVIII fue destructor; todos fuimos seducidos, desnaturalizamos la política, y nos perdimos en novedades culpables, buscando la existencia social entre la corrupcion de nuestras costumbres. La revolucion vino á despertarnos, á arrebatarnos los sucesos de sus lechos y á convertir á estos en cadalsos. Y sin embargo, de todas las épocas de la revolucion, la del terror fue tal vez la menos peligrosa para la moralidad, porque las conciencias eran libres y el crimen aparecía en su desnudez. Orgías entre torrentes de sangre, escándalos, que ya no merecían este nombre por el horror que inspiraban, á esto se reducía todo. Las mujeres del pueblo se establecían para sus trabajos alrededor de la guillotina, lo mismo que en sus hogares; el cadalso reasumía las costumbres públicas, y la muerte el pensamiento del gobierno. Todas las situaciones eran claras, y no se hablaba de *especialidades*, de *cosas positivas*, ni de *sistemas de intereses*. Se decía á un hombre: —Tú eres realista, noble y rico; pues muere,» y en efecto, moría. Antonelle escribía que aunque no encontraba pruebas contra los presos, los había condenado como aristócratas; Monstruosa franqueza, que no obstante dejaba subsistente el orden moral, porque no perturbaba la sociedad el inocente cuando muere como tal, sino cuando se le inmolaba como culpable!

«Aquellos tiempos fueron por lo tanto épocas de grandes sacrificios. Así se vió entonces á las mujeres dirigirse heroicamente al suplicio; muchos hijos se libertaron por sus padres, muchos padres por sus hijos; introducíanse en las cárceles auxilios inesperados y el sacerdote á quien se buscaba consolaba á la víctima al lado del verdugo, que no lo conocía.

«La moralidad, bajo el régimen del *directorio*, tuvo que combatir mas bien la corrupcion de las costumbres que la de las doctrinas. Los placeres ocuparon el lugar de las cárceles, y se quería obligar al tiempo presente á que adelantase goces para el porvenir, por temor de que volviesen las desdichas pasadas. Como nadie había tenido tiempo para crearse ocupaciones interiores, todos vivían en las calles, en los paseos, en las grandes tertulias. Familiarizado el pueblo con los cadalsos, nada malo esperaba como consecuencia de su disipacion. Solo se trataba de bailes, de artes, de modas, y se mudaba de adornos y de trajes, como se hubiera abandonado la vida.

«Mandando Bonaparte comenzó la seducción, pero su remedio se encerraba en sí misma: Bonaparte seducía por el prestigio de la gloria, y todo lo que es grande lleva consigo un prestigio de legislacion: conocía además la utilidad de permitir que se enseñase la doctrina de todos los pueblos, la moral de todos los tiempos y la religion de toda la eternidad.

«No hubiera extrañado que se me contestase; fundar la sociedad es un *deber*, porque así se la eleva so-

bre una ficcion; colocarla en un *interés*, es establecerla en una *realidad*. Luego el *deber*, es precisamente un hecho, y el *interés* una ficcion: el deber que tiene un origen divino desciende hasta la familia, en la cual establece relaciones entre padres é hijos; desde allí se divide en dos ramas; arregla en el orden político las relaciones del rey y del súbdito, y organiza el orden moral, la cadena de los servicios y de las protecciones, de los beneficios y del reconocimiento.

«El deber, por lo tanto, es un hecho positivo, supuesto que proporciona á la sociedad la única existencia durable á que puede aspirar.

«El interés, por el contrario, es una ficcion, cuando se le toma, como hoy se hace, en su sentido físico y riguroso, por lo mismo que no es por la mañana lo que es por la noche; por lo mismo que á todos momentos cambia de naturaleza; por lo mismo que tiene toda la movilidad de la fortuna.

«Por medio de la moral de los intereses, cada ciudadano se encuentra en estado de hostilidad con las leyes y el gobierno, porque en la sociedad siempre sufre el mayor número. Ya no se baten los hombres por ideas abstractas del orden, de paz y de patria, ó si lo hacen es porque en ello pueden encontrar *sacrificios*, en cuyo caso abandonan la moral de los intereses y abrazan la de los deberes. Tan cierto es que fuera de estos límites no hay existencia para la sociedad!

«El que cumple con sus deberes conquista la estimacion pública; el que cede á sus intereses es poco estimado. Haced que los hombres políticos solo piensen en lo que les atañe, y solo tendreis ministros corrompidos y avaros, semejantes á aquellos mutilados esclavos que gobernaban el bajo imperio, y que todo lo vendían al acordarse que ellos tambien habían sido vendidos.

«Reflexionad bien que los intereses solo son poderosos cuando prosperan; si la ocasion no les es propicia, se debilitan. Los deberes nunca son tan enérgicos como cuando cuesta cumplirlos. Yo quiero un principio de gobierno que se engrandezca en la desgracia, porque tendrá mucha semejanza con la virtud.

«¿Qué cosa mas absurda que gritar á los pueblos: «No os sacrificéis; no tengais entusiasmo; no penseis mas que en vuestros intereses!» Esto sería lo mismo que decirles: «No acudais á nuestro auxilio; abandonadnos, si así conviene á vuestros intereses.» Con semejante política, llegado que sea el instante del peligro, cada cual cerrará su puerta, se asomará á la ventana, y verá morir la monarquía.»

El 3 de diciembre de 1819 volví á subir á la tribuna de la cámara de los Pares, y hablé contra los malos franceses, que podían acarrearlos, por motivos de tranquilidad, la vigilancia de los ejércitos extranjeros. —«Tenemos, por ventura, necesidad de tutores? ¿Por qué se nos habla de circunstancias? ¿Estamos en el caso de recibir, por medio de notas diplomáticas, certificados de buena conducta? ¿Habremos admitido, en relevo de una guarnicion de cosacos, otra guarnicion de embajadores?»

Desde entonces he hablado de los extranjeros como hablé despues de la guerra de España. Yo soñaba con nuestra independencia hasta un punto en que los mismos liberales me combatían. Los hombres opuestos en opiniones meten mucha bulla para llegar hasta el silencio. Dejád que trascurren algunos años, y los actores se retirarán de la escena sin contar con espectadores que los silben ó aplaudan.

AÑO DE MI VIDA 1820.—MUERTE DEL DUQUE DE BERRY.

Acababa de acostarme el 13 de febrero, cuando entró en mi cuarto el marqués de Vibraye para noticiarme el asesinato del duque de Berry. En su precipita-

cion no me dijo el lugar donde había pasado el suceso, y levantándome precipitadamente, me metí con él en su coche. Quedé sorprendido al ver al cochero que tomaba la calle de Richelieu, y mas admirado aun cuando paramos en la Ópera, en cuyos alrededores era inmensa la multitud. Subimos por entre dos filas de soldados, que nos dejaron pasar porque llevábamos el uniforme de pares. Llegamos á una especie de antecámara pequeña, en la cual estaba todá la servidumbre de palacio, y deslizándose hasta la puerta de una habitacion, me encontré frente á frente con el duque de Orleans. Me sorprendió ver en él una expresion en sus ojos mal comprimida de júbilo, al través del continente contrito que se imponía; ya veía desde mas cerca el trono; mis miradas le embarazaron, y dejando el puesto, me volvió la espalda. Enredador mio contaban los detalles del crimen, el nombre del sugeto, las conjeturas de los diversos partícipes en el arresto, y todos estaban agitados, porque los hombres gustan de todo lo que es espectáculo, sobre todo del de la muerte, cuando esta muerte es la de un grande. A cada persona que salía del laboratorio ensangrentado se pedían noticias, y se escuchaba al general A. de Girardin, que habiendo sido dejado por muerto en el campo de batalla, no por eso había dejado de curar de sus heridas: unos esperaban y se consolaban; otros se afligían, y pronto quedó la multitud en el mayor silencio. De lo interior de la sala salió un rumor sordo, y aplicando mi oído á la puerta, distinguí claramente el estertor: cesó el ruido; ¡la familia real acababa de recibir el último suspiro de un nieto de San Luis! Yo entré inmediatamente.

Figúrese un salon de espectáculo vacío, despues de la catástrofe de una tragedia, el telon levantado, la orquesta desierta, las luces apagadas, las máquinas inmóviles, las decoraciones fijas y ahumadas, los cómicos, los cantantes, las bailarinas desaparecidos por los bastidores y pasajes secretos.

En una obra aparte he publicado la vida y la muerte del señor duque de Berry. Mis reflexiones de entonces son aun hoy día verdaderas.

«Un hijo de San Luis, último vástago de la rama primogénita, escapa á las vicisitudes de un largo destierro; y vuelve á su patria, donde comienza á gustar de la felicidad y se congratula por ver renacer la monarquía en los hijos que Dios le promete. De repente es herido en medio de sus esperanzas, casi en los brazos de su esposa. ¿Va á morir? ¿No podría acusar al cielo, y preguntarle por qué le trata con tanto rigor? ¡Ah, muy perdonable le hubiera sido quejarse de su destino! Porque, en fin, ¿qué mal hacía? Vivía familiarmente en medio de nosotros, en una sencillez perfecta, y se mezclaba en nuestros placeres y consolaba nuestros dolores: ya han perecido seis de sus parientes; ¿por qué matarlo tambien á él, inocente, tan lejos del trono, y veinte y siete años despues de la muerte de Luis XVI? Conozcamos mejor el corazón de un Borbon! Este corazón; partido por el puñal, jamás ha tenido contra nosotros el mas leve murmullo, ni jamás ha expresado un sentimiento de la vida ni una palabra amarga. ¡Esposo, hijo, padre y hermano, presa de todas las angustias del alma, de todos los padecimientos del cuerpo, no cesa de pedir gracia para el hombre á quien no llama siquiera su asesino! El carácter mas impetuoso se convierte de repente en el carácter mas dulce. Es un hombre apegado á la existencia por todos los lazos del corazón; es un príncipe en la flor de la edad; es el heredero del mas hermoso reino de la tierra el que espira, y sin embargo, diriais al verle que es un desgraciado que nada pierde aquí abajo.»

El asesino Louvel era un hombrecillo de aspecto sucio y asqueroso, como se ven millares de ellos en las calles de París. Es probable que Louvel no forma

se parte de ninguna sociedad; era de una secta, pero no de un complot; pertenecía á una de esas conjuraciones de ideas, cuyos miembros se pueden reunir algunas veces, pero que obran mas frecuentemente uno á uno, segun su impulso individual. Su cerebro nutria un solo pensamiento, como un corazon que alimenta una sola pasion. Su accion era consecuente con sus principios, y hubiera querido matar la raza entera de un solo golpe. Louvel tiene admiradores lo mismo que Robespierre. Nuestra sociedad material, cómplice de toda empresa material, ha destruido pronto la capilla alzada en expiacion de un crimen. Tenemos el horror del sentimiento moral, porque en él se ve el enemigo y el acusador: las lágrimas habrian parecido una recriminacion, y habianse apresurado á quitar á algunos cristianos una cruz para florar.

El 18 de febrero de 1821, *El Conservador* pagó el tributo de su sentimiento á la memoria del duque de Berry. El artículo terminaba con este verso de Racine.

«Si du sang de nos rois quelque goutte échappée!

¡Ay, esta gota de sangre se consume en tierra extranjera!

Mr. Decazes cayó. La censura llegó, y á pesar del asesinato del duque de Berry, voté contra ella; y no queriendo que *El Conservador* se manchase con ella, di fin á esa publicacion por este apóstrofe al duque de Berry:

«Príncipe cristiano, digno hijo de San Luis! Vástago ilustre de tantos monarcas, antes que hayais bajado á la última morada, recibid nuestro último homenaje! Gustábais y leáis una obra que la censura va á destruir, y algunas veces nos habeis dicho que esa obra salvaba el trono; ¡ay, no hemos podido salvar vuestros días! Vamos á dejar de escribir en el momento en que vos dejais de existir, y así tendremos el doloroso consuelo de unir el fin de nuestros trabajos al fin de vuestra vida.»

NACIMIENTO DEL DUQUE DE BURDEOS.—LAS MUJERES DEL MERCADO DE BURDEOS.

El duque de Burdeos vino al mundo el 29 de setiembre de 1820. El recién nacido fue llamado el hijo de la Europa y el hijo del milagro, en tanto que llegaba á ser el hijo del destierro.

Algun tiempo antes del parto de la princesa, tres mujeres del mercado de Burdeos, en nombre de todas sus compañeras, quisieron regalarle una cuna, y me eligieron á mí para que las presentase, á ellas y á su cuna, á la señora duquesa de Berry. Las mujeres Darté, Duranton y Aniche me hablaron del caso, y yo me apresuré á pedir á los gentiles-hombres de servicio la audiencia de etiqueta; pero Mr. de Sezé creyó que le correspondia semejante honor. Estaba decidido que yo no haria jamás negocio en la corte, y como aun no estaba reconciliado con el ministerio, no parecí digno del cargo de introductor de mis humildes embajadoras.

Todo esto se convirtió en un negocio de Estado, del cual se ocuparon los diarios: las damas bordelesas tuvieron conocimiento de ello, y me escribieron con este motivo la carta que sigue:

Burdeos 24 de octubre de 1820.

«Señor vizconde: Os debemos mil gracias por la bondad que habeis tenido de poner á los pies de la señora duquesa de Berry nuestra alegría y nuestros respetos; por esta vez al menos no se os habrá impedido el ser nuestro intérprete. Hemos sabido con la mayor pena el escándalo que el señor conde de Sezé

ha dado en los periódicos, y si hemos guardado silencio, es porque hemos temido causaros disgusto. Sin embargo, señor vizconde; nadie mejor que vos puede rendir homenaje á la verdad, y sacar de error al señor de Sezé sobre nuestras verdaderas intenciones en la eleccion de un introductor cerca de S. A. R. Os prometemos declarar en el periódico que digais todo lo que ha pasado; y como nadie tenia el derecho de elegirnos un guia, y como hasta el último momento nos congratulábamos con que seriais vos ese guia, lo que nosotras declarásemos sobre este punto seria lo necesario para hacer callar á todo el mundo.

«A esto estamos decididas, señor vizconde; pero hemos creído que era deber nuestro no hacer nada sin vuestro parecer. Contad con que publicaríamos de todo corazon los buenos procederes que habeis usado con todo el mundo sobre el asunto de nuestra presentacion. Si nosotras somos la causa del mal, aquí estamos dispuestas á repararlo.

«Somos y seremos siempre, señor vizconde, vuestras humildes y respetuosas servidoras.

«DARTE, DURANTON, ANICHE.»

A estas generosas mujeres, que tampoco se parecian á las grandes señoras, respondí en estos términos:

«Os doy gracias por la oferta que me haceis de publicar en un periódico todo lo que ha pasado relativamente á Mr. de Sezé. Sois unas excelentes realistas, y yo tambien soy un buen realista; pero debemos acordarnos antes de todo que Mr. de Sezé es un hombre respetable, y que ha sido el defensor de nuestro rey. Esta bella accion no se borra por un leve movimiento de vanidad; así, pues, guardemos silencio, pues me basta vuestro buen testimonio para con mis amigos. Ya os he dado gracias por vuestros excelentes frutos: Mad. de Chateaubriand y yo comemos todos los días vuestras castañas hablando de vosotras.

«Mi mujer os dice mil cosas, y yo soy vuestro servidor y amigo,

«CHATEAUBRIAND.»

París 2 de noviembre de 1820.

Pero, ¿quién piensa hoy en estos fútiles debates? Las alegrías y las fiestas del bautismo están lejos y detrás de nosotros. Cuando nació Enrique el día de San Miguel, ¿no se decía que el arcángel iba á poner el dragon á sus pies? Es de temer, por el contrario, que la ardiente espada se haya desenvainado para hacer salir al inocente del Paraíso, y para guardar sus puertas contra él.

HAGO ENTRAR Á MR. DE VILLELE Y Á MR. DE CORBIERE EN SU PRIMER MINISTERIO.—MI CARTA AL DUQUE DE RICHELIEU.—BILLETE DEL DUQUE DE RICHELIEU Y MI RESPUESTA.—BILLETE DE MR. DE POLIGNAC.—CARTAS DE MR. DE MONTMORENCY Y DE MR. PASQUIER.—SOY NOMBRADO EMBAJADOR EN BERLIN.—SALGO PARA ESTA EMBAJADA.

Entre tanto, los sucesos que se complicaban nada decidían aun. El asesinato del duque de Berry habia producido la caída de Mr. Decazes, lo cual no sucedió sin disgustos. El duque de Richelieu no consintió en aligir á su viejo amo sino despues de una promesa de Mr. Molé de dar á Mr. Decazes una mision lejana. Salió para la embajada de Londres, en que yo debia reemplazarle. Pero nada estaba concluido; Mr. de Villele permanecia retirado con su fatalidad, Mr. de Corbiere. Yo tambien, por mi parte, presentaba un grande obstáculo; Mad. de Montcalm no ce-

saba de comprometerme á la paz, á la cual estaba yo muy dispuesto, queriendo sinceramente salir de los negocios que me acosaban y hácia los cuales tenia un soberano desprecio. Mr. de Villele, aunque mas dócil no era fácil de manejar.

Dos maneras hay de ser ministro; una bruscamente y á la fuerza, y otra en virtud del tiempo y de la astucia: la primera no estaba al uso de Mr. de Villele, pues lo cauteloso excluye lo enérgico, aunque se está mas seguro y menos expuesto á perder la plaza que se ha ganado. En general, se llega á los negocios en virtud de lo que se tiene de mediano, y se permanece en ellos en virtud de lo que se tiene de superior: esta reunion de elementos contrarios es la cosa mas rara, y por eso hay tan pocos hombres de Estado.

Mr. de Villele tenia precisamente las cualidades que le presentaban abierto el camino, y dejaba hacer ruido enredador suyo, para recoger el fruto del espanto que se apoderaba en la corte. Algunas veces pronunciaba discursos belicosos, pero donde algunas frases dejaban traslucir la esperanza. Yo pensaba que un hombre de su especie debia comenzar por entrar en los negocios, de cualquier modo que fuera. Parecíame que le era necesario primero ser ministro sin cartera, á fin de poder obtener un día la presidencia misma del consejo. Esto le daría un renombre de moderacion, y se haria evidente que el jefe parlamentario de la oposicion realista no era un ambicioso, toda vez que consentia, por amor á la paz, en hacerse tan pequeño. Todo hombre que ha sido ministro, no importa cómo, lo vuelve á ser, pues un primer ministerio es el escalon del segundo, y queda sobre el individuo que ha vestido el uniforme bordado un olor á *cartera*, que tarde ó temprano se le vuelve á encontrar.

Mad. de Montcalm me habia dicho, de parte de su hermano que ya no habia ministerio vacante; pero que si mis dos amigos querian entrar en el consejo como ministros de Estado sin cartera, el rey quedaria muy satisfecho, prometiendo mas para lo sucesivo: la ilustre danta añadía que si yo queria retirarme, seria enviado á Berlin. Yo le respondí que en cuanto á mí, siempre estaba dispuesto á marchar; pero que no aceptaria un destino si Mr. de Villele no aceptaba su entrada en el consejo. Tambien hubiera querido colocar á Mr. Lainé cerca de mis dos amigos, y me encargué de la triple negociacion. Yo me habia hecho el señor de la Francia política por mis propias fuerzas, y nadie duda que fui yo el que hizo el primer ministerio de Mr. de Villele, y el que empujó al corregidor de Tolosa en la carrera.

Yo encontraba en el carácter de Mr. Lainé una obstinacion invencible. Mr. de Corbiere no queria una entrada simple en el consejo, pero yo lo contemplaba, con la esperanza de que alcanzaria la cartera de instruccion pública. Hé aquí las pruebas irrecusables de lo que acabo de contar: documentos fastidiosos sobre hechos justamente pasados en olvido, pero muy útiles á mi propia historia.

20 de diciembre á las tres y media.

Al señor duque de Richelieu.

«He tenido el honor de pasar á vuestra casa, señor duque, para daros cuenta del estado de las cosas; todo marcha á las mil maravillas. He visto á los dos amigos: Villele consiento al fin en ser ministro secretario de Estado sin cartera; si Corbiere consiente en entrar con el mismo título con la direccion de instruccion pública. Corbiere, por su parte, quiere entrar con estas condiciones, mediante la aprobacion de Villele. Así, ya no hay dificultades; acabad vuestra obra, señor duque; ved á los dos amigos, y cuando hayais oido de su propia boca lo que os escribo, da-

reis á la Francia la paz interior, como ya le habeis dado la paz con los extranjeros.

«Permitidme que os someta una idea; ¿encontraríais un gran inconveniente en dar á Villele la direccion vacante por la retirada de Mr. de Barante? De ese modo seria colocado en una posicion mas igual con su amigo. Sin embargo, me ha dicho positivamente que consentiria en entrar en el consejo sin cartera, si se daba á Corbiere la instruccion pública. Solo digo esto como un medio mas de satisfacer completamente á los realistas, y de asegurarnos una mayoría inmensa y firme.

«Tendré, por fin, el honor de hacer os observar que mañana por la noche tendrá lugar en casa de Piet la gran reunion realista, y que seria muy útil que los dos amigos pudiesen decir alguna cosa que calmase todas las efervescencias é impidiese todas las divisiones.

«Como yo estoy, señor duque, fuera de todo este movimiento, espero que solo vereis en mí la lealtad de un hombre que desea el bien de su país y vuestros triunfos.

«Recibid, señor duque, la seguridad de mi distinguida consideracion.

«CHATEAUBRIAND.»

Miércoles.

«Acabo de escribir, caballero, á Mr. de Villele y á Mr. de Corbiere, invitándolos á pasar esta noche á mi casa, porque en una obra tan útil no debe perderse un momento. Os doy gracias por haber hecho marchar el negocio tan pronto, y espero que llegaremos á una feliz conclusion.

«Estad persuadido, caballero, del placer que tengo en deberos esta obligacion, y recibid la seguridad de mi alta consideracion.

«RICHELIEU.»

«Permitidme, señor duque, felicitaros por la feliz conclusion de este gran negocio, y aplaudirme por haber tenido en él alguna parte. Es muy conveniente que los decretos aparezcan mañana, pues haran cesar todas las oposiciones.

«Tengo el honor, señor duque, de renovaros la seguridad de mi consideracion.

«CHATEAUBRIAND.»

Viernes.

«He recibido con extremado placer el billete que el señor vizconde de Chateaubriand me ha hecho el honor de escribirme, y creo que no tendrá que arrepentirse de haber contado con la bondad del rey y con mi deseo de contribuir á lo que pueda serle agradable. Le suplico reciba la seguridad de mi consideracion.

«RICHELIEU.»

Hoy jueves.

«Sin duda sabeis, mi noble colega, que el negocio ha sido concluido ayer noche á las once, y que todo se ha arreglado sobre las bases convenidas entre vos y el duque de Richelieu: vuestra intervencion nos há sido muy útil; gracias os sean dadas por ello.

«Vuestro afectísimo,

«J. DE POLIGNAC.»

París, miércoles 20 de diciembre á las once y media de la noche.

«Acabo de pasar por vuestra casa, y ya estabais recogido, noble vizconde; llego de casa de Villele, que

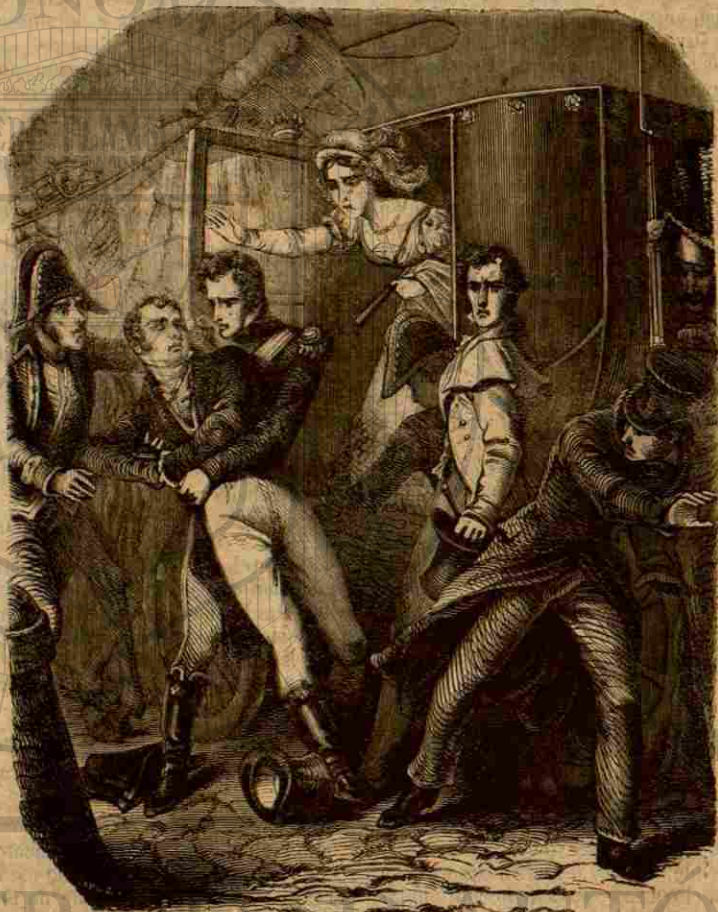
tambien se ha retirado tarde de la conferencia que le habiais preparado y anunciado. Me ha encargado, como mas próximo vecino vuestro, haceros saber lo que Corbiere queria tambien haceros saber por su parte: que el negocio que realmente habeis conducido y manejado está decidido de la manera mas sencilla y breve: *él sin cartera; su amigo con la instruccion pública*. Vos sois realmente quien les ha abierto la entrada en esta nueva carrera, y cuentan con vos para allanar sus dificultades. Por vuestra parte, durante el poco tiempo que tengamos la ventaja de conservaros entre nosotros, hablad á vuestros mas firmes amigos

en el sentido de secundar, ó al menos de no combatir los proyectos de union. Buenas noches. Asi debeis arreglar la Alemania para volver pronto al lado de vuestros amigos.

»Os renuevo todos mis sentimientos.

»M. DE MONTMORENCY.»

«Adjunta va, caballero, una peticion dirigida por un guardia de corps del rey al rey de Prusia; me ha sido remitida y recomendada por un oficial superior, y os suplico que hagais uso de ella, si os parece,



ASESINATO DEL DUQUE DE BERRI.

cuando hayais examinado un poco el terreno en Berlin, que puede obtener algun éxito.

»Me aprovecho de esta ocasion para felicitaros con vos de *El Monitor* de esta mañana, y para daros gracias por la parte que habeis tenido en esta feliz conclusion, que espero tendrá sobre los negocios de nuestra Francia la mas dichosa influencia.

»Tened á bien recibir la seguridad de mi alta y sincera consideracion.

»PASQUIER.»

Esta serie de billetes muestra bastante que no he exagerado la parte que tuve en estas negociaciones.

Revisado en diciembre de 1846.

AÑO DE MI VIDA 1821. — EMBAJADA DE BERLIN. — LLEGO A BERLIN. — MR. ANGLON. — FAMILIA REAL. — FIESTAS POR EL MATRIMONIO DEL GRAN DUQUE NICOLÁS. — EL CONDE DE HUMBOLDT. — MR. CHAMISSO.

Sali de Francia, dejando á mis amigos en posesion de una autoridad que les habia comprado á precio de mi ausencia; fui un Licurgo en pequeño. Lo que habia de mejor es que el primer ensayo que habia hecho de mi fuerza política me devolvía mi libertad. En el

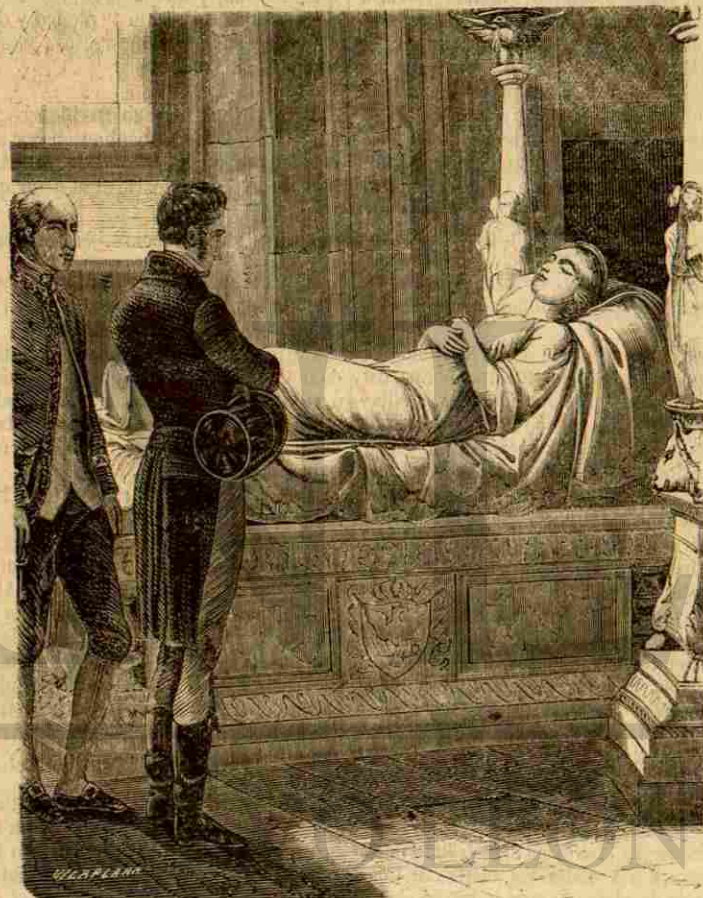
fondo de esta posicion, nueva á mi persona, veia no sé qué novelas confusas entre realidades. ¿No habia nada en las córtes? ¿No eran soledades de otra especie? Tal vez eran Campos-Eliseos con sus sombras.

Sali de Paris el 4.º de enero de 1821: el Sena estaba helado, y por la primera vez de mi vida viajaba con los refuerzos del dinero. Poco á poco volvia de mi desprecio hácia las riquezas, y comenzaba á sentir que era bastante dulce rodar en un buen carruaje, ser bien servido, no tener que ocuparse de nada y ser precedido por un enorme cazador de Varsovia, siempre hambriento, y que, á falta de los Czares, él solo hubiera devorado la Polonia. Pero pronto me habitué á mi dicha; tenia el presentimiento de que duraria

poco, y que pronto seria apeado como era conveniente. Antes de haber llegado á mi destino solo me quedaba del viaje mi gusto primitivo por el viaje mismo; gusto de independencia; satisfaccion de haber roto los lazos de la sociedad.

Ya vereis, cuando vuelva de Praga en 1833, lo que digo de mis recuerdos del Rhin: á causa de los hielos me ví obligado á subir sus orillas y á atravesarlo mas arriba de Maguncia. No me ocupé ni un momento de *Maguncia* ni de su arzobispado, ni de la *imprensa*, por quien sin embargo reinaba yo. Francfort, ciudad de los judios, solo me detuvo para uno de sus negocios: un cambio de moneda.

El viaje fue triste; el camino estaba lleno de nieve y



CHATEAUBRIAND CONTEMPLANDO EL SEPULCRO DE LA REINA DE PRUSIA.

de escarcha colgada en las ramas de los pinos. Jena se me apareció á lo lejos con los vestigios de su doble batalla, y atravesé á Erfurt y á Weimar. En Erfurt faltaba el emperador; en Weimar habitaba Goethe, á quien tanto habia admirado, y á quien admiro mucho menos: el cantor de la materia vivia, y su antiguo polvo se modelaba aun alrededor de su genio. Hubiera podido ver á Goethe, pero no lo ví, y deja así un vacío en la procesion de personajes célebres que han desfilado ante mis ojos.

El sepulcro de Lutero en Wurtemberg tampoco me

tentó: el protestantismo solo es en religion una hereja ilógica, y en política una revolucion abortada. Despues de haber comido, pasando el Elba, un panecillo negro petrificado, hubiera tenido necesidad de beber en el gran vaso de Lutero conservado como una reliquia. Atravesando luego á Postdam y el Sprée, rio de tinta sobre el cual se arrastran barcos guardados por un perro blanco, llegué á Berlin. Allí vivió, como he dicho, *el falso Juliano en su falsa Atenas*, y en vano busqué el sol del monte Hymeto. En Berlin he escrito el libro IV de estas *Memorias*, en el cual ha-

beis encontrado la descripción de esta ciudad, mi congreso en Postdam, mis recuerdos del gran Federico, de su caballo, de sus lebreles y de Voltaire.

El día 11, en el cual llegué, fui á vivir en seguida bajo los tilos, en el palacio que habia dejado el marqués de Bonnay, y que pertenecía á la duquesa de Dino: allí fui recibido por Mr. Decaux, de Flavigny y de Cussy, secretarios de legación.

El 17 de enero tuve el honor de presentar al rey la carta de llamamiento del marqués de Bonnay y mis credenciales. El rey, alojado en una simple casa, tenía por toda distinción dos centinelas á la puerta, y entraba quien quería, y se le hablaba *si estaba en su cuarto*. Esta sencillez de los príncipes alemanes contribuye á hacer menos sensibles á los pequeños el número y las prerogativas de los grandes. Federico Guillermo iba todos los días á la misma hora á fumar un cigarro al parque en un cabriolé descubierto que él mismo conducía, y yo le encontré muchas veces, siguiendo cada cual nuestro camino. Cuando volvía á Berlín, el centinela de la puerta de Brandebourg gritaba á mas no poder, la guardia tomaba las armas, el rey pasaba, y todo quedaba concluido.

En el mismo día hice mi visita al príncipe real y á sus hermanos, militares jóvenes muy alegres. Vi al gran duque Nicolás y á la gran duquesa, recientemente casados, y á los cuales estaban dando fiestas. También vi al duque y á la duquesa de Cumberland, al príncipe Guillermo, hermano del rey, y al príncipe Augusto de Prusia, por largo tiempo nuestro prisionero. Había querido casarse con Mad. Recamier, y poseía el admirable retrato que Gerard habia hecho de ella y que ella cambiara con el príncipe por el cuadro de Corina.

En seguida me di prisa á buscar á Mr. Ancillon: ya nos conocíamos mutuamente por nuestras obras. En París lo habia encontrado con el príncipe real, su discípulo, y en Berlín estaba encargado interinamente de la cartera de Negocios Extranjeros durante la ausencia del conde de Bernstorff. Su vida era muy interesante; su mujer habia perdido la vista; todas las puertas de su casa estaban abiertas, y la pobre ciega se paseaba de sala en sala entre las flores, y descansaba á la ventura, como un ruiseñor aprisionado; cantaba muy bien, y murió pronto.

Mr. Ancillon, lo mis no que Mr. de Humboldt, era de origen francés; ministro protestante, sus opiniones habian sido al principio muy liberales. En 1828, estando en Roma, habia vuelto á la monarquía templada, y luego retrogradó hasta la monarquía absoluta. Con un amor casi frenético á los sentimientos generosos, tenia el miedo y el odio de los revolucionarios, y este odio es el que le ha llevado hasta el despotismo, á fin de pedir en él un asilo.

Hubo una fiesta en la corte, y allí comenzaron para mí los honores de que era bien poco digno. Juan Bart se habia puesto para ir á Versalles un vestido de tela de oro forrado de tela de plata, el cual le incomodaba mucho. La gran duquesa, hoy emperatriz de Rusia, y la duquesa de Cumberland, eligieron mi brazo para una marcha polaca. El aire de esta era una especie de *pot-pourri* compuesto de muchos trozos, entre los cuales, con gran satisfacción mia, reconocí la canción del rey Dagoberto: esto me alentó y vino en auxilio de mi timidez. Estas fiestas se repitieron, y una de ellas, sobre todo, se efectuó en el gran palacio del rey. No queriendo tomar á mi cargo la relación, la doy tal como está consignada en el *Morgen-Blatt* de Berlín por la baronesa de Hohenhausen:

Berlín 22 de marzo de 1821.

MORGEN-BLATT (diario de la mañana) número 77.

«Uno de los personajes notables que concurrían á

esta fiesta era el vizconde de Chateaubriand, ministro de Francia, y cualquiera que fuese el esplendor del espectáculo que se desenvolvía ante sus ojos, las bellas berlinesas aun tenían miradas para el autor de *Atala*, soberbia y melancólica novela, donde el amor mas ardiente sucumbe en el combate contra la religion. La muerte de Atala y la hora de felicidad de Chactas durante una tempestad en los antiguos bosques de la América, pintada con los colores de Milton, permanecerán para siempre grabadas en la memoria de todos los lectores de este libro. Mr. de Chateaubriand escribió la *Atala* en su juventud y en el destierro de su patria: de aquí esa profunda melancolía y esa pasión ardiente que respiran en la obra entera. Ahora, este hombre de Estado consumado, dedica únicamente su pluma á la política. Su última obra, *La vida y la muerte del duque de Berry*, está escrita en el mismo tono que empleaban los panegiristas de Luis XIV.

«Mr. de Chateaubriand es de una estatura menos que mediana, y sin embargo, esbelta. Su rostro ovalado tiene una expresión de piedad y de melancolía; sus cabellos y sus ojos son negros, y estos brillan con el fuego de su talento.»

Pero ya tengo los cabellos blancos; perdonad, pues, á la baronesa de Hohenhausen por haberme bosquejado en mi buen tiempo. El retrato es muy bonito; pero debo á mi sinceridad el decir que no se parece.

MINISTROS Y ENBAJADORES.—LA CORTE Y LA SOCIEDAD.

El palacio *Bajo los Tilos* (*unter Luiden*) era demasiado grande para mí; frío y medio ruinoso, solo ocupaba de él una pequeña parte.

Entre mis colegas, ministros y embajadores, el único notable era Mr. de Alopeus: despues he encontrado á su mujer y á su hija en Roma al lado de la gran duquesa Elena. Si esta hubiese estado en Berlín en vez de la gran duquesa Nicolás, su cuñada, mas feliz habria sido yo.

Mr. de Alopeus, mi colega, tenía la dulce manía de creerse adorado, y de que se veía perseguido por las pasiones que inspiraba: — «A fe mia, exclamaba, que no sé lo que yo tengo. Por todas parte donde voy me siguen las mujeres; pero Mad. de Alopeus se ha adherido obstinadamente á mí.» En la sociedad privada sucede lo mismo que en la sociedad pública; en la primera siempre hay adhesiones formadas y rotas, negocios de familia, muertes, nacimientos, penas y placeres particulares; en la otra, siempre cambios de ministros, batallas perdidas ó ganadas, negociaciones con las cortes, reyes que se van y monarquías que caen.

En la época de Federico II, elector de Brandeburgo, apellidado *Diente de hierro*; en la de Joaquín II, aprisionado por el judío Lippold; en la de Juan Sigismundo, que reunió á su electorado el ducado de Prusia; en la de Jorge-Guillermo el *Irresoluto*, que, perdiendo sus fortalezas, dejaba á Gustavo Adolfo entretenerse con las damas de su corte, y decía: — «¿Qué hacer? Ellos tienen cañones.» En tiempo del gran lector, que solo encontró en sus Estados montones de ceniza, que dió una audiencia á la embajada tártara, cuyo intérprete tenía una nariz de madera y cortadas las orejas; en tiempo de su hijo, primer rey de Prusia, que, despertado una noche de repente por su mujer, le cogió una fiebre y se murió de miedo; bajo todos estos reinados, todas las memorias no son mas que una repetición de las mismas aventuras en la sociedad privada.

Federico Guillermo I, padre del gran Federico, hombre duro y bizarro, fue educado por Mad. Rocoules la refugiada: amó á una joven que no pudo dulcificarlo; nombró al bufon Gundling presidente de la academia real de Berlín; hizo encerrar á su hijo en la

ciudadela de Custin, y delante del joven príncipe fue cortada á Quatt la cabeza; esta era la vida privada de aquellos tiempos. El gran Federico tuvo una intriga con una bailarina italiana, la Barbarini, única mujer á quien se acercó en su vida: cuando se casó con la princesa Isabel de Brunswick, se contentó con pasar la primera noche de sus bodas tocando la flauta al pie de las ventanas de la princesa. Federico tenía el gusto de la música y la manía de los versos. Las intrigas y los epigramas de los dos poetas, Federico y Voltaire, turbaron á Mad. de Pompadour, al abate Bernis y á Luis XV: la margrave de Bayreuth estaba mezclada en todo esto. Reuniones literarias en el cuarto del rey; luego conciertos ante las estatuas de Antinoo, y grandes comilonas; mas tarde mucha filosofía, libertad de prensa y bastonazos, por último, cierto pastel de anguilas que puso fin á los días de un anciano grande hombre que quería vivir: hé aquí de lo que se ocupó la sociedad privada de estos tiempos de letras y de batallas. Y sin embargo, Federico ha renovado la Alemania, establecido un contrapeso al Austria, y cambiado todas las relaciones y todos los intereses políticos de la Germania.

En los nuevos reinados encontramos el palacio de mármol; Mad. de Rietz, con su hijo Alejandro, conde de la Marche; la baronesa de Stoltzemberg, querida del margrave Schwedt, en otro tiempo cómica; el príncipe Enrique y sus sospechosos amigos; la señorita Voss, rival de Mad. de Rietz; una intriga de baile de máscaras entre un joven francés y la mujer de un general prusiano, y en fin, Mad. de F... cuya aventura puede leerse en la historia secreta de la corte de Berlín: ¿quién sabe todos estos nombres? ¿Quién se acordará de los nuestros? Hoy día apenas los octogenarios de la capital de Prusia conservan la memoria de esta generación pasada.

GUILLERMO DE HUMBOLDT.—ADALBERTO DE CHAMISSO.

La sociedad de Berlín me convenia por sus hábitos; entre cinco y seis se iba á las tertulias; á las nueve estaba todo concluido, y en seguida me acostaba, como si no hubiese sido embajador. El sueño devora la existencia, y esto es lo que tiene de bueno. «Las horas son largas, y la vida corta, dice Fenelon.» Mr. Guillermo de Humboldt, hermano de mi ilustre amigo el baron Alejandro, estaba en Berlín. Yo le habia conocido de ministro en Roma, y siendo sospechoso al gobierno, á causa de sus opiniones, hacia una vida retirada, aprendiendo, para matar el tiempo, todas las lenguas, y aun todos los dialectos de la tierra. El encontraba los pueblos, habitantes antiguos de un cielo, por denominaciones geográficas del país, y una de sus hijas hablaba indiferentemente el griego antiguo y el griego moderno; si hubiera venido á cuento, comiendo un día se habria hablado en sanscrito.

Adalberto de Chamisso vivía en el jardín de las Plantas, á alguna distancia de Berlín, y yo le visité en esta soledad, donde las plantas se helaban en sus invernaderos. Era alto y de un rostro bastante agradable, y sentía yo cierto atractivo por este desterrado, viajero como yo, pues él habia visto aquellos mares del polo, donde yo me habia envanecido de penetrar. Emigrado, como yo, habia sido educado en Berlín en calidad de paje. Recorriendo Adalberto la Suiza, se detuvo un momento en Coppet, y en una expedición se encontró sobre el lago, donde pensó perecer. Este mismo día escribía: «Ya veo que necesito buscar mi salvación en los grandes mares.»

Chamisso habia sido nombrado por Mr. de Fontanes profesor en Napoleonville, y despues de griego en Strasburgo; pero él rechazó la oferta con estas nobles palabras: — «La primera condición para trabajar en la instrucción de la juventud es la independencia, y aunque yo admire el genio de Bonaparte, no puede

convenirme.» Del mismo modo rehusó las ventajas que le ofrecía la restauración, diciendo: — «Yo no he hecho nada por los Borbones, y no puedo recibir el precio de los servicios y de la sangre de mis padres: en este siglo, cada hombre debe proveer á su existencia.» En la familia de Mr. de Chamisso se conserva este billete, escrito en el Temple de mano de Luis XVIII: «Recomiendo á Mr. de Chamisso, uno de mis fieles servidores, á mis Hermanos.» El rey mártir habia ocultado este billete en su seno para hacerlo entregar á su primer paje, Chamisso, tío de Adalberto.

La obra mas interesante tal vez de este hijo de las musas, oculto bajo las armas extranjeras, y adoptado por los bardos de la Germania, son ciertos versos que escribió primero en alemán y luego tradujo al francés sobre el castillo de Boncours, su residencia paterna y en los cuales decía:

Bajo el hielo de mis cabellos encanecidos conservo aun los sueños de mi primera juventud; tú me persigues, fiel imagen, y renaces bajo la guadaña del tiempo. Surge ese noble castillo desde el fondo de un mar de verdes follajes; reconozco su tejado, sus torres y sus cornisas. Los leones de nuestro escudo de armas conservan todavía sus amorosas miradas; yo os saludo corriendo y penetro en el patio del palacio. Eh allí todavía la esfinge de la fuente y la pomposa higuera donde se desarrolló la vana sombra de los sueños infantiles. Vuelvo á encontrar en la capilla la tumba de mi abuelo: esa es la columna de la cual pendían suspendidas sus armas. Mis humedecidos ojos no pueden leer esos piadosos caracteres trazados en el mármol bañado en este momento por los rayos del sol. Antigua morada de mis padres, te encuentro enteramente parecida á mi propia existencia! ¡No te muestras ya tan altiva como en otros tiempos, el arado se ha paseado por tus praderas!... Tierra querida, prosigue siendo fértil, yo te bendigo con un corazón sincero, no dejes de recompensar el sudor del hombre, quien quiera que sea, que con su arado surca tu seno.

Chamisso bendice al trabajador que labra la tierra de que ha sido despojado. Yo echo de menos á Cambourg; pero con menos resignación, aunque no haya salido de mi familia. Embarcado en el buque de guerra por el conde de Romanzoff, M. de Chamisso descubrió, con el capitán Kotzerbue, el estrecho al Este del de Behring, y dió su nombre á una de las islas desde donde Cook habia entrevisto la corte de Austria. En el Kamtschatka encontró el retrato de Mad. Recamier, hecho en porcelana, y el cuentecillo *Peter Schlemihl*, traducido en holandés. El héroe de Adalberto, Peter Schlemihl, habia vendido su sombra al diablo: mejor hubiera querido yo venderle mi cuerpo.

Me acuerdo de Chamisso como de la brisa insensible que hacia encorvar ligeramente los trigos que yo atravesaba al volver á Berlín.

LA PRINCESA GUILLERMA.—LA ÓPERA.—REUNIÓN MUSICAL.

Conforme á un reglamento de Federico II, los príncipes y las princesas de la sangre no veían en Berlín al cuerpo diplomático; pero gracias al carnaval, al matrimonio del duque de Cumberland, con la princesa Federica de Prusia, hermana de la difunta reina, y gracias también á cierta infracción de etiqueta que se me permitía á causa de mi persona, segun decían, tuve ocasión de encontrarme con mas frecuencia que mis colegas con la familia real. Como yo visitaba de vez en cuando el *gran palacio*, allí encontré á la princesa Guillerma, que se complacía en llevarme á sus aposentos. Jamás he visto una mirada mas triste que la suya: en los salones inhabitados del castillo que caían sobre el Sprée me mostraba un aposento habitado en ciertos días por una dama blanca, y estrechándose contra mí con cierto terror, tenía todo el aspecto

de esa dama blanca. Por su parte, la duquesa de Cumberland me contaba que ella y su hermana, la reina de Prusia, siendo ambas muy jóvenes, habían oído á su madre, que acababa de morir, hablarles detrás de las cortinas corridas de su lecho.

El rey, en cuya presencia caía yo al salir de mis visitas de curioso, me llevaba á sus oratorios, me hacía notar el Crucifijo y los cuadros, y me pedía parecer sobre ellos, porque habiendo leído, decía, en *El Genio del Cristianismo* que los protestantes habían despojado demasiado su culto, había encontrada justa mi advertencia. Aun no había caído en el exceso de su fanatismo luterano.

En el teatro de la Ópera tenía yo un palco al lado del palco real, enfrente del escenario. Yo charlaba con las princesas, y el rey salía en los entreactos y lo encontraba en los corredores: mirando entonces si alguna persona podía oírnos, me confesaba en voz muy baja su animadversión á Rossini y su amor á Gluck, extendiéndose en lamentaciones sobre la decadencia del arte y sobre las notas destructoras del canto dramático: me confesaba que no se atrevía á decir esto á nadie mas que á mí, á causa de las personas que le rodeaban, y cuando veía á alguien, se metía apresuradamente en el palco.

Allí vi representar la *Juana de Arco*, de Schiller: la catedral de Reims estaba perfectamente imitada. El rey, que era formalmente religioso, no soportaba sino con disgusto la representación del culto católico en el teatro. Mr. Spontini, el autor de *La Vestal*, era el director de la ópera. Su esposa, hija de Mr. Erard, era una mujer muy agradable; mas parecía espiar la volubilidad del lenguaje de las mujeres por la lentitud que ponía en hablar: cada palabra, dividida en sílabas, espiraba en sus labios, y si hubiera querido decirnos *os amo*, el amor de un francés hubiera podido extinguirse entre el principio y el fin de estas dos palabras. Ella no podía terminar mi nombre, y jamás llegaba al fin sin cierta gracia.

Dos ó tres veces por semana tenía lugar una reunión lírica, al volver por las tardes de su tarea, las obreras y los trabajadores jóvenes, aquellas con sus canastillos al brazo, estos con los instrumentos de sus oficios, entraban mezclados en una sala, y distribuyéndoseles un papel de música, se unían en coro general con una precisión sorprendente. Concluido el coro, cada cual tomaba de nuevo el camino de su morada. Muy lejos estamos nosotros de este sentimiento de la armonía, medio poderoso de civilización, que ha introducido en las cabañas de los campesinos de la Alemania una educación que falta á nuestros hombres rústicos: donde hay un piano no existe la grosería.

MIS PRIMEROS DESPACHOS.—MR. DE BONNAY.

El 13 de enero abrí el curso de mis despachos con el ministro de Negocios Extranjeros. Mi ingenio se pliega fácilmente á este género de trabajo; ¿por qué no? Dante, Ariosto y Milton, ¿no han sido tan buenos políticos como poetas? Sin duda que yo no soy Dante, ni Ariosto, ni Milton; la Europa y la Francia han visto, sin embargo, por el *congreso de Verona*, lo que yo podría hacer.

Mi predecesor en Berlín me trataba en 1816 como trataba á Mr. de Lameth en sus miserables versos al principio de la revolución. Cuando uno es tan amable, no conviene dejar detrás de sí registros, ni tener la rectitud de un oficinista cuando no se tiene la capacidad de un diplomático. Sucede en los tiempos en que vivimos que una ráfaga de viento envía á vuestro puesto á aquel contra quien habíais declamado; y como el deber de un embajador es conocer primero los archivos de la embajada, acontece que uno se encuentra con notas en que es tratado por mano de

maestro. ¿Qué queréis? Estos talentos profundos, que trabajaban en el triunfo de la buena causa, no podían pensar en todo.

EXTRACTO DE LOS REGISTROS DE MR. DE BONNAY.

Número 64.

25 de noviembre de 1815.

«Las palabras que el rey ha dirigido á la secretaria nuevamente formada de la cámara de los Pares han sido conocidas y aprobadas por toda la Europa. Me han preguntado si era posible que hombres adictos al rey, personas de su servidumbre y que ocupen empleos en palacio ó en los cuartos de los príncipes, hubiesen podido, en efecto, dar sus votos para llevar á monsieur de Chateaubriand á la secretaria. Mi respuesta ha sido que siendo secreto el escrutinio, nadie podía conocer los votos particulares.—«¡Ah! exclamó un hombre principal: si el rey pudiese cerciorarse de ello, creo que el acceso de las Tullerías sería cerrado al instante á esos servidores infieles.» He creído que nada debía responder, y nada he respondido.»

15 de octubre de 1816.

«Lo mismo sucederá, señor duque, con las medidas de 5 y 20 de setiembre, pues una y otra solo encontrarán en Europa aprobadores. Pero lo que sorprende es que muy puros y dignos realistas continúen apasionándose por Mr. de Chateaubriand, á pesar de la publicación de un libro que establece en principio que el rey de Francia, en virtud de la carta, no es mas que un ser moral, esencialmente nulo y sin voluntad propia. Si otro cualquiera hubiese aventurado semejanza máxima, los mismos hombres, no sin apariencia de razón, le habrían calificado de jacobino.»

Por los despachos de Mr. de Bonnay y por los de algunos otros embajadores del antiguo régimen, me ha parecido que estos despachos trataban menos de negocios diplomáticos que de anécdotas relativas á personajes de la sociedad y de la corte. Así es que Luis XVIII y Carlos X, gustaban mucho mas de las cartas divertidas de mis colegas que de mi seria correspondencia. Yo hubiera podido reírme y burlarme como mis antecesores; pero había pasado el tiempo en que las aventuras escandalosas y las intrigas se ligaban en los negocios. ¿Qué bien habría resultado á mi país del retrato de Mr. Hardemberg, guapo viejo, blanco como un cisne, sordo como una tapia, que iba á Roma sin licencia, divirtiéndose de todo, creyendo en toda clase de sueños, y entregado al magnetismo en manos del doctor Koreff, á quien encontré á caballo galopando por lugares extraviados entre el diablo, la medicina y las musas?

Este desprecio por una correspondencia frívola me hacía decir á Mr. Pasquier en mi carta del 13 de febrero de 1831, número 13:

«No os he hablado, señor baron, según costumbre, de recepciones, bailes ni espectáculos, ni os he hecho retratos ni sátiras inútiles, pues he intentado sacar á la diplomacia de los chismes de comadres. El reinado de lo comun volverá cuando pase el tiempo extraordinario: hoy día solo se debe pintar lo que ha de vivir, y no atacar mas que lo que amenaza.»

EL PARQUE.—LA DUQUESA DE CUMBERLAND.

Berlín me ha dejado un recuerdo durable, porque la naturaleza de los recreos que allí encontraba me

Jueves 19 de abril.

«Esta mañana, al despertar, me han entregado el último testimonio de vuestro recuerdo: mas tarde he pasado por vuestra casa, y he visto sus ventanas abiertas como de costumbre: ¡todo estaba en el mismo sitio, excepto vos! ¡No puedo deciros lo que esto me ha hecho experimentar! Ya no sé ahora dónde encontraros, pues cada instante os aleja mas: el único punto fijo es el 26, día en que contais llegar, y el recuerdo que os conservo.»

«¡Dios quiera que todo lo encontréis cambiado por vuestro bien y por el bien general! Acostumbrada á los sacrificios, sabré soportar este de no volveros á ver, si es por vuestra dicha y por la de la Francia.»

22.

«Desde el *jueves* he pasado todos los días por vuestra casa para ir á la iglesia, donde he orado mucho por vos. Vuestras ventanas siguen constantemente abiertas, y esto me conmueve. ¿Quién os tiene la atención de seguir vuestros gustos y vuestras órdenes, á pesar de estar ausente? Algunas veces me ocurre la idea de que no os habeis marchado, sino que, ocupado con negocios, habeis querido deshaceros de ese modo de los importunos para terminarlos cómodamente. No creais que esto sea una reconvencción.»

23.

«Hace hoy un calor tan extremado, aun en la iglesia, que no puedo dar mi paseo á la hora ordinaria; esto me es indiferente *ahora*. ¡El querido bosquecillo ya no tiene encantos para mí, y todo me fastidia en él! Este cambio súbito de lo frío á lo caliente es comun en el Norte.»

24.

«La naturaleza está muy bella; todas las hojas han nacido despues de vuestra marcha: hubiera deseado que apareciesen dos días antes, para que hubiéseis podido llevar en vuestro recuerdo una imagen mas risueña de vuestra permanencia aquí.»

Berlín 12 de mayo de 1821.

«¡Gracias á Dios recibo una carta vuestra! Bien sabía que no podíais escribirme mas pronto; mas á pesar de todos los cálculos que hacia mi razón, tres semanas, ó por mejor decir, veinte y tres días, son muy largos para la amistad en la privación, y carecer de noticias se parece al mas triste recuerdo: me quedaba, sin embargo, el recuerdo de la esperanza.»

15 de mayo.

«No es desde mi estribo, como el gran turco, sino desde mi lecho, desde donde os escribo; pero este retiro me ha dado todo el tiempo para reflexionar en el nuevo régimen que queréis hacer guardar á Enrique V, del cual estoy muy contenta; únicamente os aconsejo que comenceis por el corazón, y que hagais partícipe de vuestras lecciones al otro discípulo vuestro (Jorge), para que no haga demasiado *el diablo á cuatro*. Es preciso absolutamente que este plan de educación se realice, y que Jorge y Enrique V sean buenos amigos y buenos aliados.»

La duquesa de Cumberland continuó escribiendome desde las aguas de Ems, luego desde las de Schwalbach, y despues desde Berlín, adonde volvió el 22 de setiembre de 1821. Desde Ems me decía: «La coronación en Inglaterra se hará sin mí; tengo

15**

una gran pena en que el rey haya fijado para hacerse coronar el día más triste de mi vida; aquel en que vi morir aquella hermana adorada (la reina de Prusia). La muerte de Bonaparte también me ha hecho pensar en los sufrimientos que le causó.»

Berlín 22 de setiembre.

«Ya he vuelto á ver estas grandes avenidas solitarias. ¡Cuánto os debería si me enviáseis, como me habeis prometido, los versos que escribisteis para Charlotemburgo! También he vuelto á andar el camino de la casa en que tuvisteis la bondad de ayudarme á socorrer á la pobre mujer de Spandan: ¡qué bueno sois en acordaros de este nombre! Todo me recuerda los tiempos felices, porque no es nuevo echar de menos la felicidad.»

«En el momento en que iba á enviar esta carta, se que el rey ha sido detenido en la mar por tempestades, y probablemente rechazado sobre las costas de Irlanda, de modo que el 14 aun no había llegado á Londres.»

«La pobre princesa Guillerma ha recibido hoy la triste noticia de la muerte de su madre, la landgrave viuda de Hesse-Hombourg. Ya veis como os hablo de todo lo que concierne á nuestra familia: ¡quiera el cielo que vos tengais mejores noticias que darme!»

«No parece que la hermana de la bella reina de Prusia me habla de *nuestra familia*, como si tuviese la bondad de tratar de mi abuela de mi tía y de mis oscuros parientes en Plancouet? La familia real de Francia, ¿me ha honrado jamás con una sonrisa semejante á la de esta familia real extranjera, que apenas me conocia y que no me debía nada? Suprimo otras muchas cartas afectuosas, cartas llenas de resignación y de nobleza, de familiaridad y de elevación, que sirven de contrapeso á lo que he dicho, demasiado severo tal vez, sobre las razas soberanas. Mil años atrás, siendo la princesa Federica hija de Carlomagno, hubiera llevado á Eginhard sobre sus hombros durante la noche, á fin de que no dejase ninguna huella sobre la nieve.»

«He vuelto á leer este libro en 1840, y á admirarme otra vez de las peripecias que contiene la novela de mi vida. Si hubiese yo regresado á Inglaterra con Jorge, heredero presunto de aquella corona, hubiera visto desvanecerse el sueño que me ofrecia un cambio de patria; al paso que, á no haberme casado, hubiera permanecido desde luego en la patria de Shakspeare y de Milton. El joven duque de Cumberland, que ha perdido la vista, no se ha casado con su prima la reina de Inglaterra. Por otra parte, la duquesa de Cumberland ha llegado á ser reina de Hannover, pero ¿dónde está? ¿Es dichosa? Y yo ¿dónde estoy? Dentro de poco no tendré, por fortuna, que examinar mi vida pasada, ni dirigirme estas preguntas: sin embargo, me es imposible dejar de pedir al cielo que colme de ventura los últimos años de la princesa Federica.»

Solo fui enviado á Berlín con un ramo de oliva, y porque mi presencia embarazaba la marcha administrativa; pero conociendo la veleidat de la fortuna y seguro de que no había terminado mi papel político, expiaba los acontecimientos, y no queria abandonar á mis amigos. Pronto noté que la reconciliación entre el partido realista y el ministerial no había sido sincera, pues reinaban desconfianzas y preocupaciones, no se me cumplía lo ofrecido, y aun comenzaban los ataques contra mí. La entrada en el consejo de MM. de Villele y de Corbiere había suscitado zelos en la extrema derecha, la cual no reconocia ya por su jefe al primero, y este, cuya ambición era impaciente, empezaba á cansarse. Nos escribimos algunas cartas, y Mr. de Villele me manifestaba su

pesar de haber aceptado su plaza; pero se equivocaba, y la prueba de que yo había previsto los acontecimientos, es que antes de transcurrir el año llegó á ser ministro de Hacienda, así como Mr. de Corbiere del Interior.

También me expliqué en 1821 con el baron Pasquier del modo siguiente:

«Me dicen de París, señor baron, en correspondencia recibida esta mañana, 9 de febrero, que ha parecido mal el que yo haya escrito desde Maguncia al príncipe de Hardenberg, ó que le haya enviado un correo. No es cierto lo primero, y mucho menos lo segundo, y por lo tanto deseo que se me eviten disgustos parecidos al que me ha ocasionado este despacho. Cuando llegue el caso en que no agrade mis servicios, el mayor gusto que se me puede dar es manifestármelo terminantemente. Ni he pedido ni deseado la misión que se ha puesto á mi cargo, pues ni mi gusto ni mi elección podian aconsejarme que aceptase un destierro honroso, que he venido á cumplir por el bien de mi país. Si los realistas se han unido al ministerio, este no ignora que yo he tenido la dicha de contribuir á esta amalgama, y que por lo tanto me asiste algun derecho para quejarme. ¿Qué se ha hecho en favor de los realistas desde mi salida? No ceso de interesarme por ellos; ¿pero se me escucha? Señor baron; yo tengo, gracias á Dios, mas cosas de que ocuparme en este mundo que el asistir á bailes: mi país me reclama; mi esposa enferma necesita mis cuidados; mis amigos tampoco pueden estar sin su guía. No os pueden faltar hombres mas hábiles que yo para conducir con acierto los negocios diplomáticos, y por tanto es inútil buscar pretextos para manifestarme desagrado. Entenderé con media palabra, y me vereis dispuesto para volver á mi oscuridad.»

«Estas palabras eran sinceras, y esta facilidad de abandonar todo sin echar nada de menos hubiera sido mi mayor fuerza, aun cuando hubiese abrigado alguna ambición.»

CONTINUACION DE MIS DESPACHOS.

«Mi correspondencia diplomática con Mr. Pasquier seguia su curso, y volviendo á hablar del asunto de Nápoles, me explicaba así:

20 de febrero de 1821.

Número 15.

«El Austria hace un servicio á las monarquías destruyendo el edificio jacobino de las Dos-Sicilias; pero perderá á aquellas, si el resultado de una expedición saludable y forzosa llega á ser la conquista de una provincia ó la opresión de un pueblo. Es necesario librar á Nápoles de la independencia demagógica, y establecer allí la libertad monárquica, rompiendo su esclavitud sin presentarle otras cadenas. El Austria, sin embargo, no quiere constitucion en Nápoles. ¿Y qué pondrá en su lugar? ¿Hombres? ¿Dónde están? Le bastarán sin duda para dar principio un cura liberal y doscientos soldados.»

«Después de la ocupación voluntaria ó forzosa es cuando debéis interponeros para que se establezca en Nápoles un gobierno constitucional, bajo el cual sean una verdad las garantías y los derechos sociales.»

«Siempre había conservado en Francia una preponderancia de opinion que me obligaba á dirigir mis miradas hácia el interior: mi plan fue sometido al ministro bajo las siguientes bases:

«Adoptar francamente el gobierno constitucional.

«Presentar la renovación setenal, sin empeñarse en conservar una parte de la cámara existente, lo cual haria renacer las sospechas, ni en sostenerla por completo, lo que seria sumamente peligroso.

«Renunciar desde luego á las leyes excepcionales, origen de la arbitrariedad, objeto eterno de quejas y de calumnias.

«Libertar á la cámara de Diputados del despotismo ministerial.»

En mi comunicacion del 3 de marzo, número 18, volvia á ocuparme de España, y decia así:

«No seria imposible que España cambiase repentinamente su monarquía en república, porque su constitucion debe producir su fruto. El rey huirá, ó será depuesto, si no muere asesinado, pues no es hombre bastante enérgico para apoderarse de la revolución. También pudiera suceder que España subsistiese durante algun tiempo regida por instituciones populares, si se dividiese en repúblicas federativas, segregación para la cual es mas propia que ningun otro país, por la diversidad de sus reinos, de sus costumbres, de sus leyes y aun de sus idiomas.»

Los negocios de Nápoles volvieron á ocuparme otras tres ó cuatro veces, y en 6 de marzo, número 19, escribia lo que sigue:

«La legitimidad no ha podido echar profundas raíces en un Estado que ha cambiado tan continuamente de señores, y cuyas costumbres han sufrido tanta alteración con las revoluciones. Los intereses comunes no han tenido aun el tiempo necesario para desarrollarse, ni los hábitos para recibir el sello uniforme de las instituciones y de los siglos. En la nacion napolitana existen muchos hombres corrompidos ó salvajes, que no conservan relaciones entre sí, ni apenas con la corona: el trono está muy cerca del *lazzarone*, y muy lejos del calabrés, para que sea respetado: los franceses poseyeron muchas virtudes militares al establecer la libertad democrática, pero, si lo intentan los napolitanos, no tendrán las necesarias.»

Por último, escribi algo acerca de Portugal, y volví á mi tema sobre España.

Corria la voz de que Juan VI se habia embarcado en Rio-Janeiro con direccion á Lisboa, y no dejaba de ser un azar de la fortuna, propio de nuestro siglo, la perspectiva de un rey de Portugal buscando en una revolución europea refugio contra una revolución americana, y viéndose obligado á pasar junto á la roca que aprisionaba al conquistador que le habia lanzado al Nuevo-Mundo.

«Todo es de temer en España (decia yo en 17 de marzo, número 21): la revolución de la península recorrerá sus periodos naturales si no se levanta un brazo capaz de detenerla. Pero, ¿dónde está ese brazo? Hé aquí la cuestion.»

En 1823 tuve la fortuna de encontrarlo; fue el brazo de la Francia.

Leo con placer en un párrafo de mi comunicacion de 10 de abril, número 26, mi suspicaz antipatia para con los aliados y mi celo por los intereses de la Francia. Así me explicaba respecto al Piamonte:

«No temo de modo alguno la prolongación de las turbulencias del Piamonte en sus resultados inmediatos; pero puede producir un mal lejano; motivando

la intervención militar del Austria y de la Rusia: el ejército de esta última potencia está siempre moviéndose, y no ha recibido contraórdenes.

«Ya podeis considerar si, en tal caso, no seria digno y seguro para la Francia *el hacer ocupar la Saboya* por veinte y cinco mil hombres, durante el tiempo en que aquellas dos naciones se mantengan en el Piamonte. Estoy persuadido de que este acto de vigor y de alta política, por lo mismo que halagaria el orgullo francés, seria muy popular y sobremannera honroso para los ministros. Diez mil hombres de la guardia real, y un contingente elegido entre todos los demás cuerpos del ejército, compondrian fácilmente una fuerza de veinte y cinco mil soldados excelentes y fieles: la escarapela blanca se verá asegurada en presencia del enemigo.»

«No ignoro, señor baron, que debemos evitar el herir el amor propio francés, y que la dominación de los rusos y de los austriacos en Italia puede sublevar el orgullo militar; así, pues, el medio de contentarlo es la ocupación de la Saboya. Los realistas se alegraran de este paso, y los liberales no podran menos de aplaudirlo al vernos tomar una actitud digna de nuestra fuerza. Tendremos de este modo la fortuna de apagar una revolución demagógica y el honor de restablecer la preponderancia de nuestras armas. Seria conocer muy mal el espíritu francés dar á entender que tenemos la reunion de veinte y cinco mil hombres para dirigirlos á un país extranjero, é igualarlos á las fuerzas del Austria y de la Rusia. Responderia del buen éxito con mi cabeza. Además, si hemos podido permanecer neutrales en cuanto á Nápoles, ¿nos será dado hacer lo mismo cuando se trata de nuestra seguridad y de nuestra gloria, comprometidas por los trastornos del Piamonte?»

Aquí se descubre todo mi sistema: yo era francés; tenia un sistema político, asegurado mucho antes de la guerra de España, y no se me ocultaba la responsabilidad que mis propios triunfos, caso de obtenerlos, harian recaer sobre mi cabeza.

A nadie interesarán sin duda estos recuerdos; pero tal es el inconveniente de las *Memorias*: cuando carecen de hechos históricos que referir, se ocupan de la persona del autor, y fastidian. Dejemos en paz á estas sombras olvidadas: por mi parte, mas quiero recordar que Mirabeau, desconocido, llenaba en Berlín, en 1786, una misión ignorada, y que se vió precisado á despachar un pichon-correo para anunciar al rey de Francia el último suspiro del terrible Federico.

«Me encontré bastante apurado, dice Mirabeau, pues era cosa segura que las puertas de la ciudad se cerrarian, y aun todo hacia presumir que los puentes de la isla de Postdam se levantasen al momento de ocurrir el suceso: en tal caso podia durar la incertidumbre todo el tiempo que quisiese el nuevo rey. En la primera suposición, ¿cómo despachar un correo? No habia medio de escalar los muros ó saltar las empalizadas sin exponerse á un conflicto; pues los centinelas formaban una cadena de cuarenta pasos detrás de las segundas, y de sesenta en sesenta detrás de la muralla. A ser yo ministro, la seguridad de los síntomas mortales me hubiera decidido á escribir antes que el monarca prusiano sucumbiese; porque ¿qué mas podia añadir la palabra *muerto*? Pero en mi posición, ¿debía yo hacerlo? De todos modos, lo mas importante era cumplir bien, para lo cual envié á un hombre seguro con un caballo ligero y vigoroso á cierta granja, distante cuatro millas de Berlín, y en la cual me cuidaban dos pares de pichones bien ensayados; de modo que, si no se levantaban los puentes de Postdam, estaba seguro de salir con mi intento.»

«Esto me ha probado que no somos bastante ricos para desprendernos de cien luises; he renunciado, pues, á todas las ventajas de mi posicion oficial, y he despachado mis correos aéreos con la cláusula, *volved*. ¿He hecho bien? ¿He obrado mal? Lo ignoro; pero, al fin, mi mision no era expresa, y por lo regular suelen probar mal las subrogaciones.»

MEMORIA COMENZADA SOBRE LA ALEMANIA.

Se habia dado á todos los embajadores el encargo de escribir, durante su permanencia en el extranjero una memoria acerca del estado respectivo de los pueblos y gobiernos cerca de los cuales se hallaban acreditados. Estos trabajos podian ser con el tiempo muy útiles para la historia; pero muy pocos funcionarios los emprendieron: de mí sé decir que, aunque poco tiempo en mis embajadas para poder concluir estudios largos en aquel género, di, sin embargo, principio á ellos, escribiendo lo siguiente, entre otras cosas, sobre la situacion de Alemania.

«La introduccion de los gobiernos representativos en la Confederacion Germanica ha despertado en Alemania las primeras ideas innovadoras llevadas con el soplo de la revolucion. Allí han fermentado por mucho tiempo, y habiendo sido llamada la juventud para la defensa de la patria bajo una promesa de libertad, fue esta recibida con entusiasmo por los estudiantes, que veian propensos á sus maestros á defender con las armas de la ciencia las teorías liberales. Este amor á la libertad se convirtió en una especie de fanatismo sombrío y misterioso propagado por las sociedades secretas. Sand asustó á la Europa, aunque solo era un entusiasta vulgar, y se equivocó en sus cálculos, perdiéndose su crimen atacando á un publicista, cuyo genio no podia aspirar al imperio ni merecia una punalada.

«Una especie de tribunal de inquisicion política y la supresion de la libertad de imprenta han detenido el movimiento sin haber roto los resortes de la máquina. La Alemania, lo mismo que la Italia, desea hoy la unidad política, y con esta idea, que permanecerá muda mas ó menos tiempo, con arreglo á los acontecimientos, se podrá conmovier los pueblos de la antigua Germania siempre que se quiera. Los príncipes ó los ministros que figuren en las filas de la Confederacion Germanica apresuraran ó retardaran la revolucion del país, pero no impedirán su desarrollo en las ideas. La Baviera por su parte, merced á los trabajos de Mr. de Montgelas, tiende á las nuevas instituciones, aunque detenida en su carrera, al paso que el landgraviato de Hesse no admite la posibilidad de una revolucion en Europa. El príncipe que acaba de fallecer queria que sus soldados, en otro tiempo á las órdenes de Napoleon, llevasen coletas y polvos en el pelo, prefiriendo las antiguas costumbres á las nuevas sin conocer que estas pueden copiarse, pero que no es dado á los hombres restablecer las primeras.»

CHARLOTENBURGO.

Los monumentos son en Berlin y en todo el Norte verdaderas fortalezas, cuyo aspecto entristece el corazón. Cuando vemos plazas de guerra en regiones habitadas y fértiles, las consideramos como defensas legítimas; pero en un desierto, al pié de rocas inaccesibles, solo presentan la idea de la cólera del hombre. ¿Contra quién, en efecto, se levantan sus formidables muros sino contra la miseria y la independencia? Solo yo puedo recrear el ánimo errando por esos sitios solitarios, oyendo mugir al viento al través de las troneras y contemplando la altura de esas fortificaciones que desafían á un enemigo imaginario. Laberintos militares, cañones mudos y cruzados, caminos cubiertos, escarpas y contraescarpas: todo es

allí siniestro, todo lúgubre, como la última idea que mata la esperanza del hombre. Cuando en el centro de la Italia recorria los castillos feudales y encontraba un rebaño de cabras; cuando desde las murallas de la edad media, que rodean á Jerusalem, dirigia mis miradas al valle de Cedron, por donde trepaban entre rocas las mujeres árabes, el espectáculo era triste sin duda, pero la historia me hablaba en aquellos sitios pintorescos, y el silencio presente recordaba á la imaginacion los grandes acontecimientos pasados.

Con motivo del nacimiento del duque de Burdeos habia pedido licencia, y habiéndoseme concedido, me disponia á marchar. En una carta á su sobrina, dice Voltaire que está viendo serpentear el Sprée, que el Sprée se arroja en el Elba, el Elba en el mar, y que, por último, el mar recibe al Sena: de este modo viajaba con el pensamiento hasta París. Antes de abandonar á Berlin quise ver por última vez á Charlotemburgo, que en nada se parece á Windsor, ni á Aranjuez, ni á Caserta ni á Fontainebleau. La reina de Prusia disfruta allí de una paz que jamás turbará la memoria de Bonaparte. ¿Cuánto ruido hizo en otro tiempo el conquistador en aquel asilo del silencio, cuando llegó con sus legiones ensangrentadas desde los campos de Jena! Despues de haber borrado del mapa el reino de Federico Guillermo, denunció desde Berlin el bloqueo continental, y preparó en su mente la campaña de Moscou: sus palabras desesperaron el corazón de una gran princesa, que yace dormida en Charlotemburgo en su sepulcro monumental; una magnífica estatua de mármol la representa: al examinar el sepulcro escribí lo siguiente, á instancias de la duquesa de Cumberland:

VIAJERO.

¿Qué monumento es ese que se eleva entre los altos pinos bañados por tan humilde riachuelo?

GUARDIAN DEL SEPULCRO.

Algun día será el término de tus viajes. Extranjero es una tumba.

VIAJERO.

¿Quién descansa en ella?

GUARDIAN.

Un objeto lleno de encantos.

VIAJERO.

¿Fue amada en el mundo?

GUARDIAN.

Hasta la adoracion.

VIAJERO.

Déjame contemplar sus cenizas.

GUARDIAN.

Si temes llorar, no entres, porque llorarás mucho,

VIAJERO.

He derramado ya bastantes lágrimas. Pero dime si ha venido de Grecia ó de Italia este sepulcro robado. ¿Quién lo ha cedido para hermohear está comarea? ¿Es la tumba de Antigone, ó la de Cornelia?

GUARDIAN.

La heldad que encierra vivió siempre entre nosotros.

VIAJERO.

¿Quién ha colgado esas coronas marchitas en los festones del mármol?

GUARDIAN.

Sus hijos, cuyas virtudes fueron coronadas en la tierra.

VIAJERO.

Siento pasos; alguno se acerca.

GUARDIAN.

Es el esposo, que alimenta en esta soledad un fúnebre recuerdo.

VIAJERO.

¿Pues qué! ¿Lo ha perdido todo?

GUARDIAN.

No; le queda un trono todavía.

VIAJERO.

¡Ah! Un trono no puede consolar á un corazón despedazado.

INTERVALO ENTRE LA EMBAJADA DE BERLIN Y LA DE LONDRES.—SE BAUTIZA EL DUQUE DE BURDEOS.—CARTA Á MR. PASQUIER.—CARTA DE MR. BERNSTORFF.—CARTA DE MR. ANCILLON.—ÚLTIMA CARTA DE LA DUQUESA DE CUMBERLAND.

Llegué á París cuando iba á bautizarse el duque de Burdeos: la cuna del nieto de Luis XIV, cuyo porte tuvo la honra de pagar, ha desaparecido, como la del rey de Roma. En otra época el atentado de Louvel hubiera asegurado el cetro á Enrique V; pero el crimen solo es un derecho para el hombre que lo comete.

Despues de las fiestas á que dió motivo la ceremonia bautismal, me reintegraron por fin en mi ministerio de Estado; Mr. de Richelieu, que me lo habia quitado, me lo devolvió; pero la reparacion no me fue mas agradable que me habia sido enojoso el desaire.

Cuando yo me lisonjeaba con la idea de visitar mis terrones, se embrolló el juego político; Mr. de Villele se retiró, y fiel á la amistad y á mis principios, creí deber hacer lo mismo. Con este motivo dirigí á Mr. Pasquier la siguiente carta:

París 30 de julio de 1821.

«Señor baron: El día 14 me invitasteis á que pasara á veros para declararme que mi presencia era necesaria en Berlin, á lo cual tuve el honor de contestaros que retirándose, al parecer, del ministerio MM. de Corbiere y de Villele, mi deber me aconsejaba imitar su conducta. En la práctica del gobierno representativo es costumbre que los hombres de igual opinion participen de una misma suerte, y esta costumbre me obliga hoy con mayor motivo, supuesto que se trata, no de un favor, sino de una desgracia. Por lo tanto os reitero por escrito la oferta verbal de mi dimision del cargo de ministro plenipotenciario en la córte de Berlin, y espero que la someteréis á la aceptacion del rey. Suplico á S. M. que apruebe la causa que la motiva, y que crea en la profunda y respetuosa gratitud que me anima por las infinitas bondades con que me ha honrado.

«Soy, señor baron, etc.

«CHATEAUBRIAND.»

Anuncié en seguida al señor conde de Bernstorff el suceso que interrumpia nuestras relaciones diplomáticas, y me contestó lo que sigue:

«Señor vizconde: Aunque esperaba hace tiempo la noticia que acabais de comunicarme, me ha afectado pensosamente. Conozco y respeto los motivos que en tan delicada circunstancia han determinado vuestra resolucion; pero al paso que ellos aumentan los títulos que os han conquistado la estimacion de todo el país, dejan tambien á este la triste seguridad de una pérdida harta tiempo temida y de hoy mas irreparable. Estos son asimismo los sentimientos del rey y de la real familia, y yo solo aguardo el momento en que seais llamado para deciroslo oficialmente.

«Conservadme un lugar en vuestros recuerdos, y recibid el testimonio de mi sincera adhesion y de la alta consideracion, con la cual tengo el honor de ser etc.

«BERNSTORFF.»

«Berlin 25 de agosto de 1821.»

Tambien me apresuré á expresar mi amistad y mis verdaderos sentimientos á Mr. Ancillon: su carta (descartando el elogio que de mí hace) merece ocupar un lugar en este libro.

Berlin 22 de setiembre de 1821.

«Es decir, ilustre amigo, que os hemos perdido irrevocablemente, desgracia que yo habia ya previsto, pero que me ha afectado como si no la hubiese esperado. Merecíamos por cierto poseeros y conservaros, porque á falta de otro mérito teníamos el de sentir, reconocer y admirar vuestra superioridad. Deciros que el rey, los príncipes, la córte, la ciudad entera os echan de menos, es mas bien hacer su elogio que el vuestro; añadiros que me envanezco de ese sentimiento que honra á mi patria y que participo de él, seria presentaros una verdad muy pálida y ofreceros una débil idea de mis sensaciones; así, pues, dejadme creer que me conocéis bastante para leer lo que pasa en mi corazón. Si este os acusa, mi entendimiento no solo os absuelve, sino que tambien rinde homenaje á vuestra noble conducta y á los principios que la han dictado. Debais á la Francia una gran leccion y un magnífico ejemplo, y se los habeis dado renunciando á servir á un ministerio que no sabe juzgar su propia situacion, y que carece de la energia y del talento necesario para salir de ella. En una monarquía representativa, los ministros y aquellos á quienes ellos confieren los primeros cargos deben formar un todo homogéneo. En esto menos que en cualquiera otra circunstancia, se han de separar los amigos; deben subir y caer al mismo tiempo. Habeis probado á la Francia la verdad de esta máxima, retirándoos con los ministros MM. de Villele y Corbiere, declarando igualmente que la conveniencia propia nada es ante los principios; aun cuando los vuestros no se fundasen en la conciencia, en la razon, en la historia de todos los siglos, bastarian los sacrificios que imponen á un hombre como vos, para establecer en favor suyo una presuncion poderosa á los ojos de todos los hombres probos y dignos.

«Espero con impaciencia el resultado de las próximas elecciones para sacar el horóscopo de la Francia, pues ellas decidiran su porvenir.

«Adios, ilustre amigo mio; derramad desde esas alturas en que morais algunas gotas de rocío en este corazón, que solo dejará de admiraros y de quererlos cuando cese de latir.

«ANCILLON.»

Atento al bien de la Francia, sin ocuparme de mí

ni de mis amigos, dirigi en aquel tiempo á *Monsieur* la siguiente carta:

«Si el rey me hiciese el honor de consultarme, hé aquí lo que yo propondría para bien de su servicio y para la tranquilidad del país:

»El centro izquierdo de la cámara Electiva desea el nombramiento de Mr. Royer-Collard; pero en mi opinión quedaria la paz mas asegurada si entrase en el consejo un hombre de mérito de los mismos principios, elegido entre los miembros de las dos cámaras.

»Colocar tambien en el consejo un diputado independiente del lado derecho.

»Acabar de distribuir las direcciones bajo el mismo espíritu.

»En cuanto á las cosas, presentar en tiempo oportuno una ley completa de libertad de imprenta de la cual no formen parte la persecucion en perspectiva ni la censura facultativa; preparar una ley comunal; completar la setenal fijando la edad elegible á los treinta años: en una palabra, marchar con la carta en la mano, y defender ardentemente la religion contra la impiedad, poniéndola al mismo tiempo al abrigo del fanatismo y de las imprudencias de un celo que la perjudica.

»En cuanto á los negocios extranjeros, tres cosas deben tener presentes los ministros del rey: el honor, la independencia y el interés de la Francia.

»La nueva Francia es enteramente realista, pero puede convertirse en revolucionaria. Respétense las instituciones, y yo respondo con mi cabeza de un porvenir pacífico. Violense, y no soy capaz de garantizar la tranquilidad pública para muchos meses.

»Tanto yo como mis amigos estamos prontos á apoyar con todo nuestro influjo á una administracion formada bajo las bases expuestas.

«CHATEAUBRIAND.»

Una voz, en que la mujer dominaba á la princesa, llegó á consolar lo que podia llamarse el tedio de una vida sin cesar errante. La letra de la señora duquesa de Cumberland estaba tan alterada, que me costó trabajo reconocerla. La fecha de la carta era 28 de setiembre de 1821, y fue la última que recibí de su real mano (1). ¡Ah! Las nobles amigas que en aquella época me sostenian en París tambien han desaparecido de la tierra: ¡felices aquellos á quienes la edad embriaga como el vino, y que pierden la memoria á fuerza de años!

MR. DE VILLELE, MINISTRO DE HACIENDA.—ME NOMBRAN EMBAJADOR EN LONDRES.

Las dimisiones de MM. de Villele y de Corbiere produjeron muy pronto la disolucion del gabinete, haciendo entrar á mis amigos en el consejo, segun yo lo habia previsto. El vizconde de Montmorency fue nombrado ministro de Negocios Extranjeros, Mr. de Villele de Hacienda, y Mr. de Corbiere del Interior. Yo habia tenido demasiada parte en los últimos movimientos políticos, y ejercia bastante influencia en la opinión para quedar olvidado. Se resolvió que fuese á reemplazar á Mr. Decazes en la embajada de Londres, pues Luis XVIII siempre consentia en tenerme alejado. Fui á darle las gracias, y me hablé de su favorito con un afecto constante muy raro en los príncipes, pidiéndome que borrara de la imaginacion de Jorge IV las prevenciones que este abrigaba contra el duque

(1) La princesa Federica, reina de Hannover, acaba de morir, despues de una larga enfermedad. Siempre se encuentra la muerte en las *notas* que acompañan á mi texto. (Nota de París. Julio de 1844.)

Decazes, y que yo tambien diese al olvido las diferencias que habia tenido con el antiguo ministro de la Policía. Aquel monarca, que nunca derramó una lágrima por sus propias desgracias, estaba comovido al recordar las penas que podian haber afligido al hombre á quien distinguia con su amistad.

Mi nombramiento despertó mis recuerdos; mi juventud, mi emigracion, todo acudió á mi mente con sus alegrías y sus dolores. Mi esposa, que tenia mucho miedo al mar, no se atrevió á pasar el Estrecho, y marché solo, pues los secretarios de la embajada me habian precedido.

AÑO DE 1822.—PRIMERAS COMUNICACIONES DE LONDRES.

En Londres escribí en 1822 la mayor parte de estas *Memorias*, que contienen mi viaje á América, mi vuelta á Francia, mi matrimonio, mi viaje á París, mi emigracion á Alemania en compañía de mi hermano, mi residencia y mis desgracias en Inglaterra desde 1793 hasta 1800. Ahora, en 1839, estoy escribiendo entre los muertos de 1832 y los que tuvieron igual suerte en 1793.

En el mes de abril de 1822 me hallaba en Londres, á cincuenta leguas de Mad. Sulton. Paseábame en el parque de Kensington con mis nuevas impresiones y el recuerdo de los años trascurridos: confusion de tiempos que produce en mí una confusion de pensamientos.

Continuaban las vacaciones parlamentarias á mi arribo, y el subsecretario de Estado, Mr. Planta, me propuso de parte del marqués de Londonderry que fuese á comer á Nort-Cray, posesion del noble lod. Aquella casa de campo tenia vistas á algunas praderas: la marquesa de Londonderry estaba muy en moda, tanto como mujer de la alta aristocracia, como por ser esposa del primer ministro.

Mi comunicacion del 12 de abril (número 4) refiere mi primera entrevista con lord Londonderry, en los siguientes términos:

Londres 12 de abril de 1822.

«Señor vizconde: Antes de ayer, miércoles 10 del corriente, me presenté en North-Cray, y voy á exponer mi conversacion con el marqués de Londonderry, la cual duró hora y media antes de comer, pues aunque la proseguimos despues, fue con menos desembarazo, porque no estábamos solos.

»Lord Londonderry se informó ante todo de la salud del rey, pero con tal empeño, que sus palabras descubrian visiblemente un interés político. Tranquilo ya sobre este punto, me habló del ministerio, diciendome: —«Se va afirmando.—Hasta ahora, le conteste, no se ha encontrado débil, y como pertenece á una opinion, será el árbitro de todas las medidas, en tanto que dicha opinion prevalezca en las Cámaras.» De aquí pasamos á las elecciones, y luego á la guerra entre la Rusia y la Turquía. Al citarme lord Londonderry soldados y ejércitos, me ha parecido que es de la misma opinion que nuestro antiguo ministerio respecto al peligro de reunir un gran cuerpo militar, idea que ha combatido sosteniendo que nada hay que temer del soldado francés colocado enfrente del enemigo; que nuestro ejército se ha aumentado, que tal vez mañana, si es necesario, tendrá tres veces mas fuerza, sin el menor inconveniente, y por último, que algunos oficiales podran gritar estando de guarnicion: *viva la carta*, pero que nuestros soldados siempre gritaran *viva el rey* en los campos de batalla.

»Ignoro si esto hizo olvidar al marqués sus ideas sobre el tráfico de negros; pero lo cierto es que no me habló de este asunto, pero sí del mensaje del presidente de los Estados- Unidos, por el cual invita al congreso á que reconozca la independencia de las

colonias españolas. Los intereses mercantiles, le dije, podran sacar alguna ventaja de esa disposicion, mas no sucederá lo mismo con el interés político. Bastantes ideas republicanas vuelan esparcidas por el mundo, y aumentar su masa es comprometer mas y mas la suerte de las monarquías europeas. Lord Londonderry piensa lo mismo que yo, y ha pronunciado estas notables palabras:—*En cuanto á nosotros* (los ingleses), *de ningun modo estamos dispuestos á reconocer esos gobiernos revolucionarios.* ¿Hablaban con sinceridad?

»No debemos dudar de que tarde ó temprano reconocerá la Inglaterra la independencia de las colonias españolas, pues le obligarán á ello la opinion pública y el interés de su comercio. Lo único que por lo demás puedo aseguraros, es que he encontrado en el marqués de Londonderry un hombre de talento, de dudosa franqueza, y de opiniones que se rozan con el antiguo sistema ministerial; un político acostumbrado á una diplomacia sumisa, y sorprendido, aunque no irritado, del lenguaje digno de la Francia; un ministro, en fin, que no podia dejar de admirarse al hablar con uno de esos realistas, á quienes hace siete años está considerando como locos ó imbéciles.

»Tengo el honor, etc.»

A estos asuntos generales se unian, como en todas las embajadas, transacciones particulares que me ocuparon un tiempo precioso: las reclamaciones eran interminables, y no me dejaban dedicarme á ocupaciones útiles. Tuve que ocuparme de las reclamaciones del Señor duque de Fitz-James; de un proceso instruido sobre el navio inglés *Eliza Ann*, de las depredaciones hechas por los pescadores de Jersey en los bancos de ostras de Granville, etc., etc. Tuve que consagrar parte de mi memoria á conservar el nombre de los reclamantes. Triste cosa es tener que recordar nombres tan ásperos como Usquin, Coppinger, Deliegue y Piffre. ¿Podremos creer que los nuestros serán de mas duracion? Habiendo muerto en América un tal Bonnet, todos los Bonnet de Francia me escribieron pidiendo su herencia. ¡Los verdugos me escriben todavía! Tiempo es, sin embargo, de que me dejen en paz; pero por mas que les contesto asegurándoles que desde el hundimiento del trono de nada me ocupo, ellos quieren heredar á toda costa, y nada basta á sosegarlos.

En cuanto á Oriente, se trató de que fuesen llamados todos los embajadores; pero conocí que la Inglaterra no seguiria el movimiento de la alianza continental, y así lo dije al vizconde de Montmorency. La ruptura temida entre la Rusia y la Puerta no tuvo lugar, porque la moderacion de Alejandro retardó aquel acontecimiento. Mucho fue lo que escribí respecto á este asunto; trabajo perdido, que ha quedado muerto en nuestros archivos, como las ideas inútiles de los hombres se sepultan en el olvido sin dejar rastro en la memoria.

El parlamento abrió de nuevo sus sesiones el 17 de abril; el rey volvió el 18, y me recibí el 19. Con la misma fecha noticié al ministerio mi presentacion; mi carta terminaba asi:

«S. M. B., con su variada y sostenida conversacion, no me ha dado tiempo para hacerle presente una cosa que el rey me recomendó especialmente; pero muy pronto va á ofrecerse la ocasion favorable de una nueva audiencia.»

CONVERSACION CON JORGE IV RESPECTO Á MR. DECAZES.—NOBLEZA DE NUESTRA DIPLOMACIA DURANTE LA LEGITIMIDAD.—SESION DEL PARLAMENTO.

Lo que el rey me habia encargado muy particularmente para Jorge IV se referia al señor duque Decazes, y llené sus deseos mas tarde, diciéndole que

Luis XVIII estaba afligido por la frialdad con que habia sido recibido el embajador de S. M. cristianísima. Jorge IV me respondió:

—«Os confieso, Señor de Chateaubriand, que la mision de Mr. Decazes no me agradaba, porque se portaba conmigo de una manera poco conveniente. Unica mente mi afecto hacia el rey de Francia me ha hecho sufrir á un favorito, cuyo único mérito estriba en la adhesion que profesa á su señor. Luis XVIII ha contado mucho con mi buena voluntad, y no se ha engañado; pero no he podido llevar la indulgencia hasta el punto de tratar á Mr. Decazes con una distincion que hubiera herido el orgullo de la Inglaterra. Decid, no obstante, á vuestro rey que me ha conmovido lo que de su parte me habeis manifestado, y que me consideraré feliz siempre que pueda probarle mi cariño verdadero.»

Alentado por estas palabras, expuse á Jorge IV todo cuanto me ocurrió en favor de Mr. Decazes; pero me contestó, mitad en francés, mitad en inglés:—«Perfectamente; sois un buen caballero.» De vuelta á París referí á Luis XVIII esta conversacion, y me pareció que se manifestaba agradecido. Jorge IV me habia hablado como príncipe bien educado, aunque de espíritu ligero; se expresó sin acritud, porque pensaba en otra cosa. No convenia sin embargo jugar con él á todo trance, pues cierto dia apostó uno de los grandes que le acompañaban á la mesa, que suplicaria al rey tirase del cordón de la campanilla, y que Jorge IV obedeceria. En efecto, obedeció, pero dijo al *gentleman* de servicio.—«Echad fuera de aquí á este caballero.»

El pensamiento de proporcionar esplendor y fuerza á nuestras tropas me dominaba sin cesar, y el 13 de abril escribí lo que sigue á Mr. de Montmorency: «Voy á someter, señor vizconde, una idea á vuestro juicio. ¿Desaprobarias que sin salir de los límites de una conversacion casual hiciese yo comprender al príncipe de Esterhazy que si el Austria tuviese necesidad de retirar parte de sus tropas podríamos reemplazarlas en el Piamonte? Algunos rumores esparcidos acerca de una reunion de fuerzas en el Delinado me ofrecieran un texto favorable. Ya propuse al anterior ministerio poner una guarnicion en Turín, con motivo de la asonada del mes de junio de 1821; pero deseché esta medida, y creo que al hacerlo cometí una falta muy grave. Persisto en pensar que la presencia de algunas tropas francesas en Italia produciria un efecto notable en la opinion, y que este paso seria muy honroso para el gobierno.»

Existen abundantes pruebas de la nobleza de nuestra diplomacia durante la restauracion; pero esto ¿qué importa á los partidos? ¿No he leído hoy mismo en un periódico de la izquierda que la *Santa Alianza* nos ha obligado á ser sus esbirros y á declarar la guerra á España, cuando está ahí el *congreso de Verona*, y cuando los documentos diplomáticos atestiguan de un modo irrecusable, que toda la Europa, á excepcion de la Rusia, se negaba á aquella guerra, que la Inglaterra la rechazaba abiertamente, y que el Austria nos contrariaba en secreto adoptando medidas muy poco nobles? Esto no se opondrá á que mañana vuelva á mentirse de nuevo, sin examinar la cuestion. Toda mentira, mil y mil veces propalada, se convierte en verdad. No es fácil tener respecto de las opiniones humanas todo el desprecio que se merecen.

Lord J. Russell presentó el 25 de abril en la cámara de los Comunes una mocion sobre la representacion nacional en el parlamento, y Mr. Canning la combatió, proponiendo á su vez un bill para anular una parte del acta que priva á los pares católicos de su derecho de votar y de sentarse en la cámara. Mo n

Sieur Canning asistía en 1822 á la sesión de la cámara de los Pares en que fue desechado su bill, y se incomodó por una frase del anciano canciller: este dijo, hablando del primero:—«Me han asegurado que se marcha á la India; vaya con Dios el lindo *gentleman* (*this fine gentleman*); buen viaje, buen viaje.» Mister Canning me dijo al salir:—«Ya lo volveré á encontrar.»

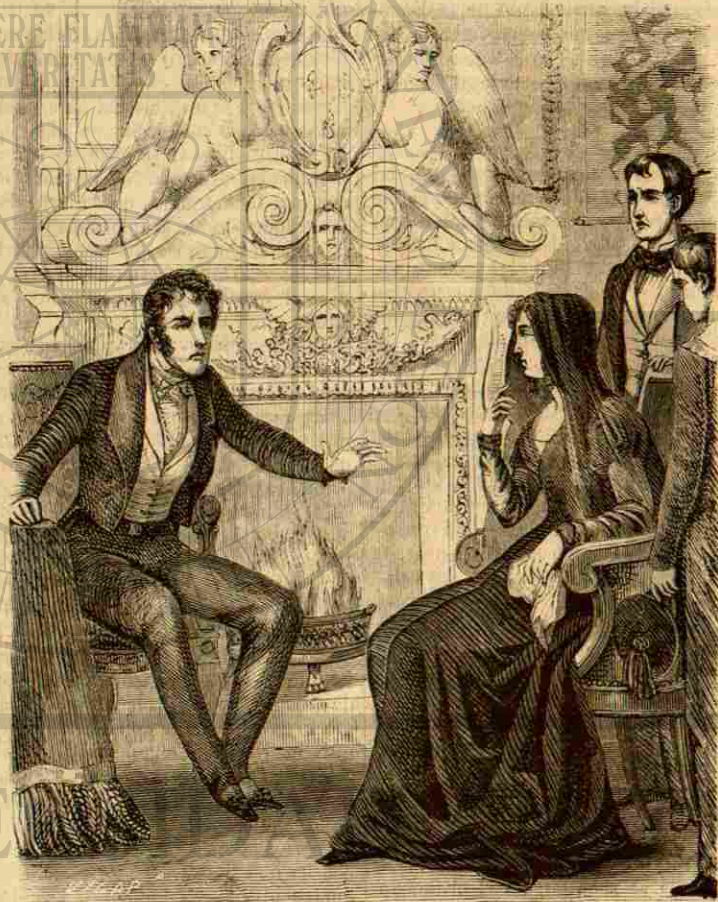
Lord Holland discurría muy bien; aunque no llegaba á Mr. Fox, daba vueltas en torno de su asiento, hablando muchas veces de espaldas á la asamblea y dirigiendo sus palabras á las paredes. Le gritaban ¡Atención! ¡Atención! y á nadie chocaba aquella originalidad.

En Inglaterra cada cual se expresa como puede: todos escuchan con paciencia, y nadie extraña que un orador carezca de facilidad, y con tal que pro-

nuncie algunas frases de buen sentido, se le considera como hombre *que habla bien, a fine speech*. Aquella variedad de políticos sin pulir acaba por ser agradable, aunque á decir verdad solo unos cuantos lores y otros tantos miembros de la cámara de los Comunes son los que hablan.

SOCIEDAD INGLESA.

La llegada del rey, la apertura del parlamento, la época de las fiestas constituían una amalgama de obligaciones, de negocios y de placeres, y solo se encontraba á los ministros en la corte, en un baile ó en las cámaras. Para celebrar el aniversario del nacimiento de S. M. comí en casa de lord Londonderry; también comí otro día en la galera del lord corregidor, que subía el río hasta Richemond; pero



CHATEAUBRIAND REENCUENTRA A MISS CARLOTA IVES.

mas me gusta el Bucentauro en miniatura del arsenal de Venecia, que solo conserva el recuerdo del dux y un nombre debido á la pluma de Virgilio.

También estuve convidado al Este de la ciudad en casa de Mr. Rothschild, de Londres, de la rama segunda de Salomon: pero ¿en dónde no me hicieron comer? El *roast-beef* tenía la planta de la torre de Londres; los pescados eran tan largos que no mostraban la cola; damas, que solo allí he visto, cantaban

como Abigail. Yo sorbía el tokai no lejos de los sitios que me vieron beber agua de brucos y casi desfallecer de hambre: recostado en el fondo de mi cómodo carruaje, veía á Westminster, donde había pasado una noche encerrado, y paseándome por sus contornos con Hingant y Fontanes: por último, mi gran *hotel*, cuyo alquiler me costaba treinta mil francos, estaba enfrente del granero que habitó mi primo La Boue-tardaye.

No se trataba ya de aquellas humildes fiestas de emigrados, en que bailábamos al son del violín de un consejero del parlamento de Bretaña: era nada menos que Almack's dirigido por Colinet lo que me deleitaba; esto es, un baile público favorecido por las mas encopetadas señoras del Oeste. En él se encontraban los viejos y los jóvenes *dandys*, brillando entre los primeros el vencedor de Waterloo, y entre los segundos lord Clamwillam, hijo, según se decía, del duque de Richelieu. Emprendía cosas admirables; corría á caballo hasta Richemond, y volvía á Almack's después de caerse dos veces, y pronunciaba el inglés á la moda de Alcibiades, de un modo que encantaba. En 1822 el *fashionable* debía presentarse al primer

golpe de vista bajo un aspecto desgraciado y enfermizo eran de rigor el descuido en la persona, las uñas largas, la barba á medio afeitar, los cabellos esparcidos y mal peinados, la mirada profunda, sublime, extrañada y fatal, los labios contraídos y el corazón á lo lord Byron, empapado en disgustos y sumido entre los misterios de la existencia.

Hoy ya no sucede lo mismo; el *dandy* tiene un aspecto conquistador, ligero é insolente; se esmera en su compostura, lleva bigotes ó barba ovalada como la fresa de la reina Isabel; declara la fiera independencia de su carácter, conservando siempre encasquetado el sombrero, arrojándose sobre los sofás y estirando las piernas hasta tocar con las botas las



CHATEAUBRIAND MINISTRO DE ESTADO.



narices de las damas, absortas de admiración. Es preciso que la salud del *dandy* sea perfecta y que su alma esté envuelta entre cinco ó seis felicidades: algunos gastan pipa.

Sin duda todo habrá cambiado mientras yo escribo, y ya se dice que el *dandy* actual no debe saber si existe, si hay mundo, si hay mujeres y si debe saludar al prójimo. Lo que puede asegurarse es que todos los ingleses son locos por naturaleza ó por moda.

Lord Clamwillan se ha eclipsado pronto; le he encontrado en Verona, y ha sido embajador de In-

glaterra en Berlin: hemos seguido algun tiempo el mismo rumbo, aunque no hemos caminado á un mismo paso.

Nada era tan favorecido en Londres como la insolencia, según lo atestigua Dorset, hermano de la duquesa de Giuche: galopaba en Hyde-Park, saltaba las barreras, jugaba como un desesperado, y tuteaba sin cumplimiento á todo el mundo: su triunfo fue completo, y para que nada le faltase, acabó por enterrar á una familia entera.

Las damas de mas boga me agradaban poco, pero entre ellas había una encantadora; era lady Gwidir;

por su tono y maneras parecía francesa. Lady Jersey se mantenía aun bonita, y en su casa encontré á la oposición. Lady Conyngham pertenecía también á esta, y el mismo rey conservaba un secreto afecto á sus antiguos amigos. Entre las que honraban y protegían el baile de Almack's figuraba la embajadora de Rusia.

La condesa de Lieven se había hecho de moda por sus ridículas diferencias con Mad. de Olmoín y Jorge IV. Como era atrevida y pasaba por estar bien relacionada en la corte, se había convertido en *fashionable* hasta el exceso. La suponían mujer de talento, porque pensaban que su marido no lo tenía, lo cual no era cierto, pues Mr. de Lieven era muy superior á su esposa. Esta era una mujer comun, pesada, árida, que solo sabía hablar de política vulgar; pero en realidad todo lo ignoraba, y ocultaba la falta de ideas con la abundancia de palabras. Cuando se halla entre personas de mérito, calla y reviste su nulidad con un aire superior de fastidio, como si tuviese el derecho de fastidiarse de todo lo bueno y útil. Ahora se ocupa en escribir cartas y en arreglar bodas, y nuestros novicios acuden á sus salones para conocer el mundo y el arte de sus secretos: los ministros y los que aspiran á serlo se muestran orgullosos al verse favorecidos por una dama que ha tenido el honor de ver á Mr. de Metternich, cuando este gran político, para descansar del peso de los negocios, se entretiene en deshacer seda. El ridículo esperaba en París á esa dama, á cuyos piés ha caído un doctrinario sesudo: amor, tu perdiste á Troya.

El día se distribuía en Londres del modo siguiente: concurríase á una partida, ó sea primer desayuno, en el campo, á las seis de la mañana; despues volvíamos á almorzar á la capital; nos vestíamos para el paseo de Bond-Street ó de Hyde Park; volvíamos á hacer lo mismo para comer á las siete y media; nos mudábamos otra vez para ir á la ópera, y á media noche nos poníamos el último traje para la *soirée* ó el *raout*. ¡Qué vida tan deliciosa! Mil veces hubiera preferido estar en galeras. El gran tono era no poder penetrar en los reducidos salones de un baile particular, en permanecer en la escalera obstruida por la multitud, y en encontrarse cara á cara con el duque de Somerset, felicidad que he disfrutado una vez. Los ingleses de la nueva raza son muchísimo mas frívolos que nosotros, se vuelven locos por un *Schaw*, y si el verdugo de París se presentase en Londres, reuniría á su lado á toda la Inglaterra. ¿No ha entusiasmado el mariscal Soult á las damas, lo mismo que Blucher, cuyos bigotes besaban? Nuestro mariscal, que no es ni Antipatro, ni Antigono, ni Seleuco, ni Antioico, ni Ptolomeo, ni otro ninguno de los capitanes-reyes de Alejandro, es un soldado distinguido que ha saqueado la España dejándose derrotar, y que ha perdonado la vida á muchos frailes por los cuadros de sus conventos. Pero también es cierto que en 1814 publicó una furiosa proclama contra Bonaparte, á quien recibió en triunfo pocos días despues. Por un shilling enseñan en Londres un par de botas suyas muy viejas, porque la orilla del Támesis es el almacén general de los recuerdos de la fama, los cuales no tardan en desaparecer. En 1822 estaba la ciudad atestada de memorias de Bonaparte; su busto adornaba todas las chimeneas, y su estatua colosal, obra de Cánova, se veía en la escalera del duque de Wellington. ¿No se hubiera pedido consagrar otro santuario en aquel templo para el Marte encadenado? Semejante deificación parece mas bien propia de la vanidad de un conserje que del honor de un guerrero.—«General, no vencisteis á Napoleon en Waterloo; no hicisteis mas que torcer el último eslabon de un destino despedazado.»

PROSIGUEN MIS COMUNICACIONES.

Despues de mi presentación oficial á Jorge IV, volví á verle muchas veces. El reconocimiento de las colonias españolas por la Inglaterra era asunto casi decidido, y en mi comunicación de 7 de mayo se leen la conversacion que tuve con lord Londonderry y las ideas de este ministro, cuyos pormenores, interesantes entonces, no producirían hoy el menor efecto. Dos cosas debían llamar la atención en el estado de las colonias españolas respecto á Inglaterra y Francia, los intereses mercantiles y los políticos, acerca de los cuales y del lord ministro me expresaba así: «Cuanto mas trato al marqués de Londonderry, mas astuto le encuentro: es hombre lleno de recursos, que nunca dice mas que lo que quiere decir; de modo que parece en muchas ocasiones un hombre sencillo. Tiene la voz, la sonrisa, la mirada y otras cosas de monsieur Pozzo di Borgo, pero no inspira confianza.»

Mi despacho terminaba de este modo: «Si la Europa se ve obligada á reconocer los gobiernos americanos de hecho, toda su política debe tener por objeto establecer monarquías en el Nuevo-Mundo en lugar de esas repúblicas revolucionarias que nos enviarán sus principios con los productos de su suelo.»

Al leer esta comunicacion, señor vizconde, experimentaréis sin duda, como yo, un movimiento de satisfacción, porque es haber adelantado un gran paso en política el obligar á la Inglaterra á asociarse con nosotros respecto á intereses sobre los cuales no nos hubiera consultado hace seis meses. Me felicito, como buen francés, de todo cuanto se dirija á colocar á nuestra patria en el rango que debe ocupar entre las naciones extranjeras.»

Esta carta era la base de todas mis ideas y de todas las negociaciones acerca de los negocios coloniales, de los cuales me ocupé durante la guerra de España, y un año antes que esta se declarase.

VUELVEN A ANUDARSE LOS TRABAJOS PARLAMENTARIOS.—BAILE Á BENEFICIO DE LOS IRLANDESES.—DESAFÍO ENTRE EL DUQUE DE BEDFORD Y EL DE BUCKINGHAM.—COMIDA EN REAL-LODGE.—LA MARQUESA DE CONINGHAM Y SU SEGRETO.

El 17 de mayo fui al teatro de Covent-Garden, al palco del duque de York. El rey asistió, y á pesar de haber sido aborrecido en otro tiempo, fue saludado con entusiastas aclamaciones. El 19 comió el duque de York en la embajada francesa, y aunque Jorge IV deseaba dispensarme el mismo honor, tuvo miedo á los zelos diplomáticos de mis colegas.

El vizconde de Montmorency se negó á entrar en negociaciones acerca del reconocimiento de las colonias españolas, con el gabinete británico, y el día 19 al mediodía supo la muerte del duque de Richelieu. Este hombre honrado había soportado con paciencia su primera separacion del ministerio; pero faltando á su espíritu la actividad de los negocios, languideció. El gran nombre de Richelieu solo nos ha sido transmitido por mujeres.

Las revoluciones proseguían en América: con este motivo escribí á Mr. de Montmorency lo que sigue:

Londres 28 de mayo de 1822.

«El Perú acaba de adoptar una constitucion monárquica, y la política europea debiera esmerarse en obtener igual resultado para las demás colonias que se declaran independientes. Los Estados-Unidos temen sobremanera que en Méjico se establezca un imperio: lo que yo creo es que si todo el Nuevo-Mundo se convierte en republicano, perecerán las monarquías del antiguo.»

Hablábase mucho de la miseria de los aldeanos irlandeses, y se bailaba para su consuelo. En efecto, en la Opera ocupaba el baile á las mismas sensibiles: el rey me encontró en uno de los corredores, y habiéndome preguntado qué era lo que allí hacia, me llevó á su palco.

El parterre inglés era, en mis días de destierro, turbulento y grosero; los marineros bebían allí cerveza, comían naranjas y apostrofaban á los palcos. Cierta noche me encontré al lado de un marinero, que estaba completamente borracho, y habiéndome preguntado dónde nos hallábamos, le dije que en Covent-Garden.—*Pretty garden indeed* (bonito jardín por cierto), exclamó, poseído, como los dioses de Homero, de una risa inextinguible.

Convidado últimamente á una *soirée* en casa de lord Lansdown, me presentó su señoría á una dama de severo continente, que tenía setenta y tres años: vestía un traje de crespon, y cubría sus cabellos blancos un velo negro, de modo que parecía una reina destornada. Me saludó con tono solemne, pronunciando tres frases estropeadas de *El Genio del cristianismo*, y añadió gravemente:—«Yo soy mistress Siddon.» Si me hubiera dicho yo soy lady Macbeth, la hubiera comprendido. En otro tiempo la conocí en el teatro cuando estaba en la fuerza de su talento; pero basta vivir para encontrar esos restos de un siglo arrojados por las olas del tiempo á las orillas de otro siglo.

Mis visitas de Francia en Londres fueron el duque y la duquesa de Guiche, de quienes hablaré cuando me ocupe de Praga; el marqués de Custine, cuya infancia conocí en Fervaques, y la vizcondesa de Noailles, tan amable y graciosa como si juguetease á la edad de catorce años por los hermosos jardines de Mereville.

Todos estábamos cansados de fiestas, y los embajadores deseaban marcharse con licencia, preparándose el príncipe de Esterhazy á partir para Viena, donde esperaba ser llamado á un congreso, del cual se hablaba mucho. Mr. Rotschild se volvía á Francia despues de haber concluido con su hermano el empréstito ruso de veinte y tres millones de rublos. El duque de Bedford se había batido con el de Buckingham en el fondo de una quebrada de Hyde-Park, en tanto que una cancion injuriosa contra el rey de Francia, enviada de París é impresa en los papeluchos de Londres, entretenía á la canalla radical inglesa que se reía al leerla, sin saber por qué.

El 6 de junio marché á Royal-Lodge, en donde ya estaba el rey, que me había convidado á comer y á pasar la noche.

Volví á ver á Jorge IV el 12, el 13 y el 14 en Drawing-room y en el baile de S. M. El 24 di una fiesta al príncipe y á la princesa de Dinamarca, á la cual se convidó el duque de York. Hubiera parecido asunto importante en otro tiempo la amabilidad con que me trataba la marquesa de Coningham, y por ella supe que no se había abandonado la idea del viaje de S. M. B. al continente, secreto que guardé religiosamente en mi pecho. Por lo demás, en vano me hubiera empeñado en conocer algunos pormenores en la corte respecto á este negocio, porque allí se oía, pero no se contestaba.

RETRATOS DE LOS MINISTROS.

Lord Londonderry era un hombre impasible, que desconcertaba á cualquiera con su sinceridad de ministro y su reserva de caballero. Explicaba franca y glacialmente su política, guardando profundo silencio sobre los hechos. Nadie sabía lo que debía creer de lo que manifestaba ó de lo que pretendía ocultar.

Poseía un género de elocuencia irlandesa que continuamente excitaba la hilaridad de la cámara de los

Lores y el contento del público; sus *blunders* eran célebres, pero también tenía arranques de elocuencia que entusiasmaba á la multitud, como lo prueban sus palabras, que ya he consignado, acerca de la batalla de Waterloo.

Lord Harrowby era presidente del consejo, y hablaba con propiedad, con lucidez y conocimiento de los hechos. Era además un perfecto *gentleman*. Cierta dia me anunciaron en Génova un inglés, y se me presentó lord Harrowby, á quien reconoci con mucho trabajo; había perdido á su último rey y el mio estaba desterrado.

Ya he hablado de Mr. Peel y de lord Westmorland al ocuparme del congreso de Verona.

Ignoro si lord Bathurst descendía del conde de Bathurst, de quien escribía Sterne: «Este señor es un prodigio, pues á los ochenta años conserva el despejo y la viveza de un hombre de treinta, una disposicion extraordinaria para matar el tiempo y el poder de agradar.» El ministro era instruido y tratable, notándosele bastante apego á las antiguas maneras francesas del mundo elegante. Tenía tres ó cuatro hijas que corrían, ó mejor dicho, volaban como las golondrinas del mar. ¿Qué se han hecho? ¿Cayeron al Tiber con la jóven inglesa que llevaba su mismo nombre?

Lord Liverpool no era, como lord Londonderry, el principal ministro, pero si el mas influyente y respetado. Se le tenía por hombre religioso y honrado, reputacion en alto grado poderosa para quien la posee: se acude á él con la misma confianza que á un padre, y ninguna acción parece buena si antes no recibe la sancion de ese personaje santo, investido de una autoridad muy superior á la del talento. Lord Liverpool era hijo de Carlos Jenkinson, baron de Hawkesbury, conde de Liverpool, favorito de lord Bute. Casi todos los hombres de Estado ingleses han comenzado por la carrera literaria, componiendo versos mas ó menos buenos, artículos excelentes en general, que publicaban los periódicos. Se conserva un retrato del primer conde de Liverpool, de cuando era secretario particular de lord Bute: su familia se ve hoy muy afligida, pero esta vanidad, pueril en todo tiempo, lo es hoy mucho mas, porque no debemos olvidar que los mas ardientes revolucionarios mamaron su odio contra la sociedad en desgracias de familia ó en inferioridades sociales. Es, pues, muy posible que lord Liverpool, inclinado á las reformas, y á quien Mr. Canning debió su primer ministerio, haya sufrido, á pesar de la rigidez de sus principios, las influencias de algunos recuerdos desagradables.

En la época en que conocí á lord Liverpool había llegado casi á la iluminación puritana. Por lo regular vivía solo, en compañía de una hermana ya anciana, á algunas millas de Londres: hablaba poco; su rostro era melancólico; se había acostumbrado á inclinar la cabeza, y parecía que escuchaba siempre alguna triste noticia: cualquiera hubiera dicho que veía caer sus últimos años, como si fuesen gotas de agua helada. Por lo demás, no se le conocía ninguna pasión, y vivía según Dios.

Mr. Crocker, miembro del almirantazgo, célebre como orador y como escritor, pertenecía á la escuela de Mr. Pitt, como Mr. Canning, aunque mas desprecupado que este. Ocupaba en White-Hall uno de aquellos aposentos sombríos, de donde Carlos I había salido por una ventana para ir al cadalso. Se admira uno cuando entra en las habitaciones de los directores de esos establecimientos, cuyas operaciones se sienten de polo á polo. Algunos hombres con carrick negro, hé aquí lo que se encuentra: y sin embargo, ellos son los gefes de la marina inglesa, ó de esa compañía de comerciantes, sucesores de los emperadores del Mogol, y que cuentan en las Indias con doscientos millones de súbditos.

Mr. Crocker fue hace dos años á visitarme á la enfermería de María Teresa, y me hizo observar la semejanza de nuestras opiniones y de nuestra suerte. Los acontecimientos nos han separado del mundo, pues la política forma solitarios, como la religión anacoretas. Cuando el hombre habita en el desierto, encuentra en sí mismo una lejana imagen del ser infinito que, viviendo solo en la inmensidad, ve sucederse unas á otras las revoluciones de los mundos.

PROSIGUEN MIS COMUNICACIONES.

Durante los meses de junio y julio los asuntos de España empezaron á ocupar seriamente al gabinete de Londres. Lord Londonderry y la mayor parte de los ministros manifestaban, al tratar de este negocio, una inquietud y un temor risibles. El ministerio se figuraba que en caso de ruptura, tal vez no quedaríamos airosos con los españoles, y en cuanto á los embajadores de las demás potencias, temblaban al imaginar que podíamos ser batidos, pues siempre veían á nuestro ejército pronto á engalanarse con la escarapela tricolor.

En mi comunicacion de 28 de junio, número 33, expresaba del modo siguiente las disposiciones de la Inglaterra:

Londres 28 de junio de 1822.

«Señor vizconde: Me ha sido mas difícil poder decirlo que piensa lord Londonderry respecto á España que fácil me será penetrar el secreto de las instrucciones dadas á sir W. A. Court: nada, sin embargo, omitiré para procurarme los pormenores que me pedis en vuestro último despacho, número 18. Si no he juzgado mal la política del gabinete inglés, y el carácter de lord Londonderry, estoy persuadido de que sir W. A. Court no ha llevado la menor orden escrita. Se le habrá recomendado observar á las partes sin mezclarse entre ellas, porque el gobierno inglés no quiere las córtés y desprecia á Fernando, pudiéndose asegurar que nada hará en favor de los realistas. Por otra parte, nuestra creciente prosperidad inspira mucha envidia, y aunque aquí, entre los hombres de Estado, hay un vago temor á las pasiones revolucionarias de España, se halla subordinado á intereses particulares; de modo que el mismo principio que impide á la Inglaterra retirar su embajador de Constantinopla se lo hace conservar en Madrid; pues siempre se separa de las reglas comunes y solo atiende al partido que puede sacar del trastorno de las naciones.

»Tengo el honor, etc.»

El 16 de julio volví á escribir á Mr. de Montmorency lo que sigue:

Londres 16 de julio de 1822.

«Señor vizconde: Los periódicos ingleses, refiriéndose á los franceses, nos dan hoy noticias de Madrid hasta el 8 del corriente inclusive. Nada he esperado del rey de España, y al fin los sucesos no me han sorprendido; si debe perecer ese desgraciado príncipe, el género de su catástrofe no puede ser indiferente al resto del mundo, pues al paso que el puñal solo mataría al monarca, pudiera tal vez el cadalso matar á la monarquía. Bastan ya para juicios los de Carlos I y Luis XVI, y el cielo nos preserve de un tercero, que sancionaría una especie de derecho en los pueblos y un cuerpo de jurisprudencia contra los reyes. Todo podemos esperar al presente, y la declaración de guerra del gobierno español es una de las eventualidades que el francés ha debido prever. De todos modos, pronto tendrá que desaparecer el cordon sanitario, por falta de pretextos para que subsista: será, pues, preciso confesar que se convierte en un cuerpo

de ejército, y exponer los motivos de su conservacion, lo cual equivaldrá á una declaración de guerra. ¿Disolveremos, pues, el cordon sanitario? Semejante acto de debilidad comprometería á la Francia, humillaría al ministerio y reanimaría entre nosotros las esperanzas de la faccion revolucionaria.

»Tengo el honor, etc.»

DOS PALABRAS RESPECTO AL CONGRESO DE VERONA.— CARTA Á MR. DE MONTMORENCY.—SU CONTESTACION.— CARTA MAS FAVORABLE DE MR. DE VILLELE.— ESCRIBO Á MAD. DURAS.—BILLETE DE MR. DE LILLE Á LA MISMA.

Desde el congreso de Viena y el de Aquisgram los príncipes de Europa no pensaban mas que en celebrar otros, pues en ellos se divertían repartiéndose los pueblos. No bien se terminó en Troppau el congreso empezado en Laibach, cuando ya se dispuso convocar otro en Viena, en Ferrara ó en Verona, porque los asuntos de España ofrecían la ocasion de apresurar el momento. Cada córte habia ya designado su embajador.

En Londres se preparaba todo el mundo para marchar á Verona, y como siempre habian sido las cuestiones españolas mi principal estudio; como tambien tenia yo formado mi plan para el honor de la Francia, creía ser de alguna utilidad en el nuevo congreso, haciéndome al paso conocer bajo un aspecto en que no se pensaba. Escribí ya el 24 de mayo á Mr. de Montmorency, pero no obtuve su favor, pues su larga contestacion fue evasiva, y concluía con este párrafo:

«Si he de decirlo lo que siento, noble vizconde, mis observaciones y las de las personas que conocen bien el terreno que pisais me han hecho pensar que el ministerio inglés siempre está dispuesto á recelar de aquellos hombres á quienes distingue el favor directo del rey y el crédito de la sociedad. ¿No habeis hecho alto, respecto á vos, en esta circunstancia?»

¿Por dónde habian llegado á noticia del vizconde de Montmorency mi favor para con el rey de Inglaterra y mi crédito en la alta sociedad inglesa que supongo seria el que me dispensaba la marquesa de Conyngham? Lo ignoro.

Previendo, pues, que iba á perder la partida con el ministro de Negocios Extranjeros, me dirigí á monsieur de Villele, amigo mio entonces y poco inclinado á su colega. Hé aqui parte de su contestacion:

Paris 5 de mayo de 1822.

«Os doy las gracias por todo cuanto trabajais en nuestro favor, y os aseguro que la determinacion de esa córte respecto á las colonias españolas no influirá en la nuestra.

»No permitiremos que se deshonre el gobierno francés por su falta de participacion en los sucesos que pueden surgir del estado actual de Europa, y creemos que los gabinetes se equivocan mucho acerca de los medios reales con que podemos contar y del poder que ejerce el gobierno en los limites que se ha prescrito, pues nos ofrecen mas recursos que los que se creen, y espero que sabremos probarlo cuando llegue la ocasion.

»Vos nos ayudareis en esa grande circunstancia, si se presenta: lo sabemos positivamente, y contamos con vuestro esfuerzo, pues el honor será para todos, y aunque ahora no se trata de esto, cada cual obtendrá lo que sus servicios reclaman: rivalizemos, pues, para prestarlos muy señalados.

»No sé si esto acabará por un congreso; en todo caso, no olvidaré lo que me habeis escrito.»

En vista de estas palabras, apuré al ministro de Ha-

cienda por medio de la marquesa de Duras, á quien él contestó lo siguiente:

«Nada tenemos que hablar, porque estoy dispuesto á hacer por el bien público y por mi amigo todo cuanto me inspire mi celo. Os repito, pues, que no necesito estímulos, porque obro por conviccion y por sentimiento propio.

»JH DE VILLELE.»

MUERTE DE LORD LONDONDERRY.

Mi última comunicacion, de fecha 9 de agosto, anunciaba á Mr. de Montmorency que lord Londonderry partiría para Viena del 15 al 20; pero el destino iba á darme un solemne mentis, pues muy pronto tuve que despachar á mi gobierno el aviso siguiente:

Londres 12 de agosto de 1822.
(A las cuatro de la tarde.)

Comunicacion transmitida á Paris por el telégrafo de Calais.

«El marqués de Londonderry ha muerto repentinamente hoy 12 del corriente á las nueve de la mañana, en su quinta de North-Cray.»

Londres 15 de agosto de 1822.

Número 49.

«Señor vizconde: Si la atmósfera no ha opuesto algun obstáculo á mi comunicacion telegráfica, espero que sereis el primero que haya recibido en el continente la noticia de la repentina muerte de lord Londonderry.

»Esta muerte ha sido sumamente trágica. El noble marqués se hallaba en Londres el viernes, y sintiéndose con la cabeza algo pesada, se hizo sangrar, después de lo cual se fue á North-Cray, donde la marquesa se encontraba hacia un mes. El sábado 10 se le declaró una calentura, que siguió el domingo 11; pero pareció ceder durante la noche, y el lunes 12 por la mañana seguía tan bien el enfermo, que su esposa creyó que podría separarse de él un momento. Lord Londonderry, cuya cabeza estaba trastornada, al verse solo se levantó, pasó á un gabinete, cogió una navaja de afeitar, y de un golpe se cortó la vena yugular: al momento cayó bañado en sangre á los pies de un médico que acudía á su socorro.

»Se oculta en cuanto es posible este accidente deplorabile; pero ha llegado ya desfigurado á conocimiento del público, dando lugar á mil especies absurdas.

»¿Por qué habrá atentado lord Londonderry á sus dias? No tenia pasiones ni era desgraciado, y estaba mas seguro que nunca en su puesto; se proponía marchar el jueves próximo y estar de vuelta el 15 de octubre para asistir á las cacerías dispuestas de antemano, á las cuales me habia convidado. La Providencia ha ordenado otra cosa, y lord Londonderry ha seguido al duque de Richelieu.»

Hé aqui algunos pormenores que no se leen en mis comunicaciones:

A su vuelta de Londres me contó Jorge IV que habia ido lord Londonderry á llevarle el proyecto de instruccion, que habia redactado para sí mismo y que debia seguir en el congreso. Jorge IV tomó el manuscrito, y empezó la lectura en alta voz; pero notando que el marqués no le escuchaba y que dirigía la vista hácia el techo de la cámara, le preguntó:— «¿Qué teneis, lord?— Señor, contestó el marqués: es ese insufrible John (un jockey), que está en la puerta y no se quiere marchar, aunque no ceso de

mandárselo.» Admirado el rey, cerró el manuscrito, y dijo:— «Estais enfermo, milord; volved á casa y disponed que os sangren.» Lord Londonderry salió, y compró en un almacén la navaja, con la cual se suicidó.

El 15 proseguí diciendo á Mr. de Montmorency:

«Se han enviado correos á todas partes para llamar á los ministros ausentes, pues ninguno de ellos se hallaba en Londres el dia del acontecimiento. Se les aguarda hoy ó mañana, y celebrarán un consejo; pero nada decidirán, porque en último resultado el rey será quien les nombre un colega, y ahora está en Edimburgo, siendo probable que no se apresure á hacer la eleccion en medio de las fiestas. La muerte del marqués es funesta para la Inglaterra; no era amado, pero sí temido; los radicales le odiaban, pero le tenían mucho miedo. Imponía á la oposicion la cual no se atrevia contra él en la tribuna y en los periódicos; su imperturbable sangre fria, su profunda indiferencia hácia los hombres y las cosas, su instinto de despotismo y su desprecio secreto á la libertad constitucional hacian de él un ministro para luchar ventajosamente contra las exigencias del siglo. Sus defectos eran nobles cualidades en una época en que la exageracion y la democracia amenazan al mundo.

»Tengo el honor de ser etc.»

Londres 15 de agosto de 1822.

«Señor vizconde: Las noticias ulteriores han confirmado lo que os he comunicado acerca de la muerte del marqués de Londonderry; parece, sin embargo que el instrumento con que el infortunado ministro se cortó la vena yugular fue, no una navaja de afeitar, sino un cortaplumas. El informe del coroner os instruirá de todo.

»Al presente ya debeis saber que lord Londonderry habia dado pruebas de enagenacion mental algunos dias antes de su suicidio, y que el rey se habia apercibido de ello. Ahora me llama la atencion una circunstancia en que antes no habia reparado, y que merece referirse. Hace unos doce ó quince dias que fui á ver al marqués de Londonderry, y contra su costumbre y la del país, me recibí con familiaridad en su gabinete de vestir. Iba á afeitarse, y me hizo riéndose sarcásticamente un pomposo elogio de las navajas inglesas; y habiéndole yo felicitado por la clausura de las sesiones, me contestó:— «Sí; es preciso que eso se acabe, ó que acabe yo.

»Tengo el honor etc.»

Todo cuanto los radicales ingleses y los liberales de Francia han referido, á saber: que el marqués se mató por desesperacion política, conociendo que iban á triunfar los principios opuestos á los suyos, es una fábula inventada por la imaginacion de unos y por el espíritu de partido de otros. Lord Londonderry no era hombre capaz de arrepentirse por haber pecado contra la humanidad ni contra las luces del siglo; la locura entró por las mujeres en la familia Castle-reagh.

Decidióse que el duque de Wellington acompañando de lord Chamwilliam, ocuparía en el congreso el lugar de lord Londonderry; las instrucciones oficiales eran: olvidar completamente á la Italia; no mezclarse en los asuntos de España, y negociar los de Oriente, manteniendo la paz sin aumentar la influencia de la Rusia. Las probabilidades estaban siempre en favor de Mr. Canning, y la cartera de Negocios Extranjeros se habia confiado interinamente á lord Bathurst, ministro de las Colonias.

Asistí á los funerales de lord Londonderry en Westminster, el 20 de agosto. El duque de Wellington parecia conmovido, y lord Liverpool se veía precisado

á cubrirse el rostro con el sombrero para ocultar sus lágrimas. Oyéronse en la parte exterior algunos gritos insultantes cuando el cuerpo entró en la iglesia; pero sabido es que Colbert y Luis XIV no fueron mas respetados. Los vivos nada pueden enseñar á los muertos; los muertos, por el contrario, son los que instruyen á los vivos.

NUEVA CARTA DE MR. DE MONTMORENCY. — VIAJE Á HARTWELL. — BILLETE DE MR. DE VILLELE ANUNCIÁNDOSE MI NOMBRAMIENTO PARA EL CONGRESO.

Carta de Mr. de Montmorency.

París 17 de agosto.

«Aunque no hay comunicaciones importantes que confiar á vuestro fiel Jacinto, le hago marchar, noble vizconde, en virtud de vuestro deseo y del que me ha manifestado de parte de vuestra esposa, de saber que se hallará pronto á vuestro lado. Aprovecho la ocasión para dirigiros algunas palabras confidenciales acerca de la profunda impresión que nos ha causado la terrible muerte del marqués de Londonderry, y también respecto á otro asunto, en el cual parece que os interesais de un modo exagerado y exclusivo. El consejo ha aprovechado estos días, despues de la clausura que se ha verificado hoy, para discutir las direcciones principales, las instrucciones que se han de dar y aun las personas que deben elegirse: la primera cuestion es saber si ha de ser una ó varias. Me parece que habeis expresado alguna vez vuestra admiración de que se pudiese pensar en... Si despues de un maduro exámen no creyésemos posible aprovecharnos de la buena voluntad que francamente nos habeis manifestado en este asunto, serian necesarios para nuestra determinación graves motivos que con igual franqueza os comunicaría. El aplazamiento, por el contrario, es favorable á vuestro deseo, porque sería poco conveniente para todos que saliérais de Londres antes de la decisión ministerial; que no deja de ocupar á todos los gabinetes. Esto llama tanto la atención, que varios amigos me han dicho: si Mr. de Chateaubriand hubiese venido ya á París, sería para él muy fastidioso tener que volverse hoy precipitadamente á Londres. Esperamos, pues, ese nombramiento importante cuando el rey vuelva de Edimburgo. El caballero Stuart decía ayer que el duque de Wellington irá probablemente al congreso, y esto nos importa mucho saberlo cuanto antes. Mr. Hyde de Neuville llegó ayer en completa salud, y me alegré mucho al verle. Os renuevo, noble vizconde, la seguridad de mis inviolables sentimientos.

«MONTMORENCY.»

Esta nueva carta de Mr. de Montmorency, salpicada de algunas frases irónicas, me confirmó en la idea de que no quería que fuese yo al congreso.

El día de San Luis di una comida en honor de Luis XVIII, y fui á Hartwell en memoria del destierro de este rey, cumpliendo un deber mas bien que satisfaciendo un capricho: los infortunios reales son al presente tan comunes, que nadie se interesa por los sitios en que no han habitado el genio ó la virtud. Solo vi en el triste parque de Hartwell á la hija de Luis XVI.

Por último, recibí el siguiente billete inesperado de Mr. de Villele, que puso fin á mi incertidumbre.

27 de agosto de 1822.

«Mi querido Chateaubriand: Se ha dispuesto que en cuanto la conveniencia relativa á la vuelta del rey á Londres os lo permita, se os autorizará para venir

á París, á fin de que partais en seguida á Viena ó Verona, como uno de los tres plenipotenciarios encargados de representar á la Francia en el congreso: los otros dos serán MM. de Caraman y de La Ferronnays lo cual no impide que Mr. de Montmorency marche pasado mañana á Viena, con el objeto de asistir á las conferencias que en dicha ciudad puedan celebrarse antes de que se instale el congreso. Volverá á París cuando partan los soberanos para Verona.

»Me felicito de que este asunto haya terminado á medida de vuestro deseo.»

En vista del contenido de esta carta, me preparé á marchar.

FIN DE LA VIEJA INGLATERRA. — CARLOTA. — REFLEXIONES. — SALGO DE LONDRES.

Con lord Londonderry espiró la vieja Inglaterra, que hasta entonces habia luchado en medio de crecientes innovaciones. Sucedióle Mr. Canning, cuyo amor propio le hizo hablar en la tribuna el idioma de la propaganda. Apareció despues el duque Wellington, conservador que se presentaba á destruir porque cuando la sociedad pronuncia una sentencia, la mano que debe edificar solo sabe demoler. Lord Gray, O'Connell, todos estos trabajadores de ruinas contribuyeron sucesivamente á la destrucción de las antiguas instituciones. Reforma parlamentaria, emancipación de la Irlanda, cosas buenas en sí mismas, se convirtieron, por los malos tiempos, en principios de desorden. El temor acrecentó los males, porque si se hubiesen perturbado los ánimos con las amenazas, se hubiera podido resistir con esperanzas de algun éxito. ¿Qué necesidad tenia la Inglaterra de consentir nuestras últimas turbulencias? Ella se encontraba al abrigo encerrada en su isla y en medio de sus enemistades nacionales. ¿Qué necesidad tenia el gabinete de Saint-James de temer la separación de la Irlanda? Esta nación no es mas que la canoa de la Inglaterra: cortad la amarra, y la canoa separada del navio, irá á perderse entre las olas. Lord Liverpool tenia tristes presentimientos. Comí un día en su casa, y despues nos pusimos á hablar al lado de una ventana que daba al Támesis: no pude menos de elogiar la solidez de la monarquía inglesa, ponderada por el equilibrio exacto de la libertad y del poder; pero el venerable lord, extendiendo el brazo hacia los edificios que se divisaban, me dijo: — ¿Qué es lo que conserva solidez en una ciudad tan vasta? Si acaeciera una insurrección sería en Londres, todo se perdería.

Me parece que acabo de estudiar á la Inglaterra, como estudié en otro tiempo en las ruinas de Atenas de Jerusalen, de Memfis y de Cartago. Repasando los siglos de Albion, viéndolos abismarse uno tras otro, experimento una especie de vértigo doloroso. ¿Qué se han hecho aquellos brillantes y tumultuosos días en que vivieron Shakspeare, Milton, Enrique VIII é Isabel, Cromwell y Guillermo, Pitt y Burk? Todo ha concluido; superioridades y medianías, odios y amores, felicidades y miserias, opresores y oprimidos, verdugos y víctimas, reyes y pueblos; todo duerme en el mismo silencio y en el mismo polvo.

¿Cuántas veces ha sido destruida la Inglaterra en el espacio de algunos centenares de años! ¿Por cuántas revoluciones ha pasado para llegar á una revolución mas grande, mas profunda, que abrazará á la posteridad! Yo he visto en todo su poderío los famosos parlamentos británicos. ¿En qué se convertirán? He visto la Inglaterra con sus antiguas costumbres y su antigua prosperidad: en todas partes la iglesia solitaria con su torrecilla, prados llenos de vacas, el cementerio de Gray, caminos estrechos y arenosos, parques, palacios y quintas, pocos bosques, pocas aves y el

viento del mar. No eran los campos de la Andalucía, donde solía encontrar á los cristianos viejos y los jóvenes amores entre las voluptuosas ruinas de los palacios moriscos, entre los aloes y las palmeras.

¿Quid dignum memorare tuis, Hispania, terris Vox humana valet?»

«¿Qué voz humana, oh España, merece el alto honor de recordarnos tus praderas?»

Tampoco era aquella la campiña romana cuyo irresistible encanto jamás puedo olvidar: aquellas olas y aquel sol no eran los que bañan é iluminan el promontorio, sobre el cual enseñaba Platon á sus discípulos; pero, en fin, tal cual era aquella Inglaterra, rodeada por el mar, cubierta de buques y profesando el culto de sus grandes hombres, era hermosa y temible.

Hoy se ven oscurecidas sus praderas por el humo de sus inmensas fraguas: sus colegios y sus capillas góticas, medio abandonadas, contristan la vista, y en sus claustros, al lado de las piedras sepulcrales de la edad media, descansan olvidados los anales de mármol de los antiguos pueblos de la Grecia, como ruinas guardadas por otras ruinas.

Me separé por segunda vez de mi juventud en la misma ribera donde la habia abandonado la vez primera. Carlota habia vuelto á reaparecer como ese astro, contento de las sombras, que se levanta entre las tinieblas de la noche. Si no estais fatigados, buscad en estas *Memorias* el efecto que produjo en mi ánimo en 1822 la presencia de esta mujer. Cuando me divisó en otro tiempo, yo no conocía á esas inglesas que me rodeaban en tropel cuando me veian célebre y poderoso: sus homenajes tuvieron toda la versatilidad y ligereza de mi suerte. Hoy, despues que han pasado seis años desde que cesé de ser embajador en Londres, mis miradas se dirigen todavía á la hija del país de Desdemona y de Julieta: su inesperada presencia avivó la llama de mis recuerdos. Nuevo Epiménides, despierto despues de un largo sueño, lijo la vista en un faro, tanto mas radiante, cuanto que los otros se han eclipsado ya; y uno solo brillará para mí durante mucho tiempo.

No he concluido de escribir en las páginas anteriores todo lo que concierne á Carlota: fué á verme á Francia con parte de su familia, cuando era ministro en 1823. Por uno de esos misterios inexplicables del hombre, hallándose enteramente absorto en una guerra, de la cual dependia la suerte de la monarquía francesa, alguna expresión faltaría sin duda á mi voz, pues Carlota, al volver á Inglaterra, me dejó una carta, en la cual se manifiesta herida por mi recepción. Yo no me he atrevido á escribirle ni á enviarle los fragmentos literarios que me habia entregado y que le habia prometido entregar aumentados. Si es cierto que ella tuviese un motivo verdadero para quejarse, arrojaría al fuego cuanto he referido de mi primera residencia en Ultramar.

Muchas veces he tenido el pensamiento de ir á aclarar mis dudas; pero ¿podría volver á Inglaterra, yo que no me atrevo á visitar la roca paterna, en la cual he trazado mi sepulcro? Ahora tengo miedo de las sensaciones, pues robándome el tiempo mis mejores años, me parezco á esos soldados, cuyos miembros han quedado en el campo de batalla: como mi sangre tiene un camino menos largo que recorrer, se precipita en mi corazón con una afluencia tan rápida, que este viejo órgano de mis placeres y de mis dolores palpita como si fuese á quebrarse. El deseo de quemar lo que se refiere á Carlota, aun cuando la trato con religioso respeto, se mezcla al deseo que tengo de inutilizar estas *Memorias*, si hoy me perteneciesen; si pudiera volver á comprarlas, sucumbiría á la tentación. Me acosa tan grande disgusto de todo, siento tanto desprecio por

lo presente y por el porvenir inmediato, que me avergüenzo de emplear mis últimos momentos en referir cosas pasadas, en pintar un mundo gastado, cuyo nombre é idioma nunca se comprenderán.

El hombre se engaña tanto por el logro de sus deseos como por el desengaño; yo habia deseado, contra mi instinto natural, ir al Congreso, y aprovechando una prevención de Mr. de Villele, le conduje hasta el punto de obtener la firma de Mr. de Montmorency. Y sin embargo, no me inclinaba yo verdaderamente á lo que habia obtenido: sin duda me hubiera picado si se me hubiese hecho quedar en Inglaterra; pero la idea de ver á Mad. Sutton y la de viajar por los tres reinos hubieran triunfado de una ambición que no es adherente á mi naturaleza. Dios lo dispuso de otro modo, y partí para Verona: de aquí dimanó el cambio de mi vida, la guerra de España, mi triunfo, mi caída y la de la monarquía.

Uno de los dos lindos niños que me recomendó Carlota en 1822 acaba de verme en París: hoy es el capitán Sutton, y está casado con una hermosa joven: me ha dicho que su madre, muy enferma, ha pasado últimamente un invierno en Londres.

Me embarqué en Douvres el 8 de setiembre de 1822, desde donde veinte y dos años antes se dió á la vela Mr. Lassagne. Desde aquella fecha hasta el presente han pasado treinta y nueve años. Cuando uno lija su atención en la vida pasada cree ver sobre la vasta soledad del mar los restos de un buque que ha desaparecido; ú oír el fúnebre clamoreo de una campana sin ver la ruinosa torre que la sostiene.

1824, 1825, 1826 y 1827.

Revisado en diciembre de 1846.

LIBERTAD DEL REY DE ESPAÑA. — MI DESTITUCION.

Aquí viene á colocarse por orden de fechas el *Congreso de Verona*, que he publicado en dos tomos separados. Mi guerra de España, el gran acontecimiento político de mi vida era una empresa gigantesca. La legitimidad iba á combatir por la vez primera bajo la bandera blanca, y á disparar cañonazos despues de los cañonazos del imperio que resonaran en la posteridad. Ocupar de un golpe la España; triunfar en el mismo suelo en que un conquistador habia sufrido reveses; hacer en pocos meses lo que él no pudo hacer en siete años, ¿quién hubiera podido aspirar á semejante prodigio? Yo lo pretendí, pero; cuántas maldiciones han caído sobre mi cabeza en la mesa de juego en que la restauración me habia colocado! Tenia delante de mí á la Francia, enemiga de los Borbones, y á dos ministros extranjeros, el príncipe de Metternich y monsieur Canning. No trascurría día sin que recibiese cartas en que se me anunciaba una catástrofe, porque la guerra con la España no era popular en Francia ni en Europa. En efecto, no tardó en verificarse mi caída, poco despues de mi triunfo en la Península.

Despues del anuncio de la libertad del rey de España, dado por el telégrafo, fuimos los ministros á palacio llenos de ardor, y entonces tuve el presentimiento de mi caída. El rey y *Monsieur* no nos divisaron: la duquesa de Angulema, absorta con el triunfo de su esposo, á nadie veía. Esta víctima inmortal escribió acerca de la libertad de Fernando una carta, que concluía con esta exclamación, sublime en la boca de la hija de Luis XVI. «¡Queda ya demostrado que se puede salvar á un rey desgraciado!»

El domingo antes de asistir al consejo fui á visitar á la familia real: la augusta princesa dirigió á mis colegas algunas palabras, y á mí ninguna. Sin duda yo no merecía igual honor: el silencio de la huérfana del Temple nunca puede ser ingrato.

Así seguimos hasta Pentecostés; mis amigos no de-

jaban de estar inquietos, y me decían continuamente: «Sereis destituido mañana.—Si quieren, contestaba yo, que lo hagan ahora mismo.» El día de Pascua, 6 de junio de 1824, entré en el salón de *Monsieur*, y un ugiér fue á decirme que me llamaban. Era mi secretario, Jacinto, el cual me dijo que ya no era yo ministro. Abrí el pliego que me entregó, y encontré este billete de Mr. de Villele:

«Señor vizconde: Obedezco las órdenes del rey al trasmitir á V. E. un decreto que acaba de firmar S. M.
»El señor conde de Villele, presidente de nuestro consejo de ministros, queda encargado interinamente del ministerio de Negocios Extranjeros, en reemplazo del señor vizconde de Chateaubriand.»

El decreto estaba escrito por Mr. de Renneville, que tuvo por conveniente evitar abochornarse delante de mí. ¿Por ventura le conozco? ¿He pensado en él alguna vez? Le encuentro muchas veces; pero, ¿ha sospechado que soy sabedor de que el decreto, que me ha borrado de la lista de los ministros estaba escrito de su puño?

¿Y qué era lo que yo había hecho? ¿En dónde estaban mis intrigas y mi ambición? ¿Había deseado la plaza de Mr. de Villele, yendo solo y de incógnito á pasearme por el bosque de Boloña? Esta conducta extraña me perdió, pues tuve la simpleza de mostrarme como la naturaleza me había hecho, y por lo mismo que nada envidiaba, se creyó que lo quería todo. Ahora conozco que la vida que yo llevaba era una falta. ¿Cómo! ¿Nada queréis ser? Marchad de aquí. No queremos que un hombre desprecie lo que nosotros adoramos, y que se crea facultado para insultar nuestra mediocridad.

El embarazo de la riqueza y los inconvenientes de la miseria me siguieron á mi casa de la calle de la Universidad. El día de mi destitución tenía convite en el ministerio, y me fue preciso pasar aviso á los convidados y volver á guardar el servicio dispuesto para cuarenta personas. Un antiguo amigo participó de la comida del ex-ministro. La ciudad y la corte se admiraron del suceso, pues todos convinieron en que no era procedente mi caída despues del servicio que acababa de prestar; creían que mi desgracia seria de corta duracion, y se daban muchos gran importancia consolando un infortunio de pocos dias, al cabo de los cuales suponían que yo volveria al ministerio.

Se engañaban; contaron con mi pusilanimidad; llegaron á figurarse que besaria los piés de los que me habían arrojado, y esto era no conocerme. Me retiré sin reclamar lo que se me debía, sin recibir él mas pequeño favor de la corte; cerré la puerta á los que me habían hecho traición; rehusé todo consuelo, y eché mano á las armas. En vista de esto cambió enteramente la escena: fui blanco de la crítica universal, y mi jugada que por de pronto había parecido tan brillante en los salones y antecámaras tomó un aspecto horrible.

¿No hubiera obrado mejor callando despues de mi destitución? El proceder que se había tenido conmigo, ¿me hubiera conquistado el favor público? Mr. de Villele me ha repetido que su billete se había retrasado, por lo cual me fue entregado en palacio. Tal vez seria así; pero cuando se juega se debe calcular todo, y por último, no se escribe á un amigo que vale algo una carta semejante. Pero la irritación del partido Villele era grande contra mí, porque quería apropiarse mi obra, y porque yo había manifestado entender ciertas materias que suponían ignoraba completamente.

Sin duda que el silencio y la moderación, como se decía, me hubieran ganado el amor de los que siempre adoran al que es ministro, y haciendo sufrir á mi inocencia, tal vez hubiera vuelto á entrar en el con-

sejo. Esto estaba en el orden comun de las cosas; pero era hacerme aparecer como no soy, y suponerme capaz de querer apoderarme del timon del Estado.

La idea que tenia del gobierno representativo me condujo á la oposicion: la oposicion sistemática es la única propia de esta clase de gobierno, porque la de conciencia es impotente. Es indispensable elegir un gefe, justo apreciador de las buenas y de las malas leyes: si esto no se hace, cada diputado equivoca su ignorancia con su conciencia, y la pone en la urna. La oposicion de conciencia consiste en flotar entre los partidos, en tascar el freno, en votar segun las circunstancias y en mostrarse magnánimo á despecho del corazon. Mientras la Inglaterra ha permanecido grande, solo ha conocido la oposicion sistemática: los ministros entraban y salían con sus amigos, y al dejar las carteras se sentaban en el banco de los que hacían la guerra. El que descendía por no haber querido aceptar un sistema, debía combatirlo desde la tribuna si dicho sistema prevalecia en el gobierno, porque los hombres solo representaban principios, y la oposicion sistemática los ataca cuando presenta la batalla al ministerio, cuyos principios se oponen á los suyos.

LA OPOSICION ME SIGUE.

Mi caída hizo gran ruido: los que se mostraban mas satisfechos de ella censuraban la forma. Despues he sabido que Mr. de Villele titubeó: Mr. de Corbiere decidió la cuestion: «Si entra por una puerta en el consejo, debió decir, salgo por la otra.» Dejaronme salir: era cosa muy sencilla que Mr. de Corbiere fuese preferido á mí. No por eso le quise mal: yo le incomodaba, y me hizo despejar: hizo bien.

Al día inmediato á mi caída y los siguientes se leían en el *Diario de los Debates* estas palabras, tan honorosas para MM. Bertin:

«Por segunda vez ha sufrido Mr. de Chateaubriand la prueba de una destitución solemne.

»En 1816 fue destituido como ministro de Estado por haber atacado con su inmortal obra de *La Monarquía segun la carta* la famosa ordenanza de 5 de setiembre, que pronunciaba la disolución de la Cámara sin igual de 1815. MM. de Villele y Corbiere eran á la sazón simples diputados, gefes de la oposicion realista, y por haber abrazado su defensa fue Mr. de Chateaubriand víctima de la cólera ministerial.

»En 1824 ha vuelto á ser destituido Mr. de Chateaubriand, siendo sacrificado por MM. de Villele y Corbiere, ahora ministros. ¿Cosa extraña! En 1816 fue castigado por haber hablado; en 1824 se le castiga por haber callado: su crimen ha sido haber guardado silencio en la discusión sobre la ley de las rentas. Todos los desfavores no son desgracias: la opinion pública, supremo juez, nos dirá dónde debe colocarse á Mr. de Chateaubriand, y á quién ha sido mas fatal la ordenanza de este día, si al vencedor ó al vencido.

»¿Quién nos habría dicho al abrirse la sesion que echaríamos á perder de esa manera todos los resultados de la empresa de España? ¿Qué necesitábamos este año? Nada mas que la ley sobre la septuagésima, pero la ley completa, y los presupuestos. Los asuntos de España, del Oriente y de las Américas, conducidos como lo estaban prudentemente y en silencio, se habrían aclarado: teníamos ante los ojos el mas bello porvenir: se ha querido coger un fruto verde: no se ha caído, y se ha creído que se podría acelerar la precipitación con la violencia.

»La cólera y la envidia son malos consejeros: no es con pasiones, ni caminando á saltos, como se gobiernan los Estados.

»P. D. En la cámara de los Diputados ha sido aprobada esta tarde la ley sobre la septuagésima. Puede decirse que las doctrinas de Mr. de Chateaubriand

triumfan despues de su salida del ministerio. Esa ley, que este había concebido hace mucho tiempo como complemento de nuestras instituciones, marcará para siempre con la guerra de España su paso en los negocios. Mucho se ha sentido que Mr. de Corbiere quitase el sábado el uso de la palabra al que entonces era su colega. La cámara de los Pares habría oído al menos el canto del cisne.

»En cuanto á nosotros, entramos con un pesar profundo en una senda de combates, de la que esperábamos haber salido para siempre por la union de los realistas; pero el honor, la fidelidad política, el bien de la Francia, no nos han permitido vacilar en el partido que debíamos abrazar.»

Así quedó dada la señal de la reaccion. Mr. de Villele no se alarmó mucho en un principio, pues ignoraba la fuerza de las opiniones. Muchos años se necesitaban para echarle abajo, pero al fin cayó.

ÚLTIMOS BILLETES DIPLOMÁTICOS.

Recibi del presidente del consejo una carta, que lo arreglaba todo y probaba que con mi mucha sencillez yo no había adquirido nada de lo que hace á un hombre respetado y respetable.

Paris 16 de junio de 1824.

«Señor vizconde: Me he apresurado á someter á S. M. el decreto por el que se os da un pleno resguardo por la sumas que habeis recibido del real tesoro para los gastos secretos durante todo el tiempo de vuestro ministerio.

»El rey ha aprobado todas las disposiciones de ese decreto, que tengo el honor de trasmitiros adjunto, original.

»Recibid, señor vizconde, etc.»

Mis amigos y yo entablamos una pronta correspondencia.

Mr. de Chateaubriand á Mr. de Talarn.

Paris 9 de junio de 1824.

«Ya no soy ministro, querido amigo: dícese que vos lo sereis. Cuando obtuve para vos la embajada de Madrid dije á muchas personas que lo recuerdan todavía: «Acabo de nombrar á mi sucesor.» Deseo haber sido profeta. Mr. de Villele es el encargado de la cartera interinamente.

»CHATEAUBRIAND.»

Mr. de Chateaubriand á Mr. de Rayneval.

Paris 16 de junio de 1824.

«Yo he concluido, caballero, y espero que vos tengais aun obra para largo tiempo. He procurado que no tuviérais motivos de queja contra mí.

»Es posible que me retire á Neufchatel, en Suiza: si esto sucede, pedid por mí de antemano á S. M. prusiana su protección y sus bondades: ofreced mis respetos al conde de Bernstoff, mis afectos á Mr. Ancillon y mis recuerdos á todos vuestros secretarios. Vos, caballero, os ruego creais en mi estimación y afecto muy sinceros.

»CHATEAUBRIAND.»

Mr. de Chateaubriand á Mr. de Caraman.

Paris 22 de junio de 1824.

«He recibido, señor marqués, vuestras cartas del 14 del corriente. Otros que yo os enseñaran el camino que habeis de seguir en lo sucesivo: si él es conforme á lo que habeis oído, os llevará lejos. Es probable que mi destitución cause gran placer á Mr. de Metternich por unos quince dias.

»Recibid, señor marqués, mis respetos y la nueva seguridad de mi afecto y de mi alta consideración.

»CHATEAUBRIAND.»

Mr. de Chateaubriand á Mr. Hyde de Neuville.

Paris 22 de junio de 1824.

«Sin duda habeis sabido mi destitución. No me queda mas que decir os cuán feliz era en sostener con vos relaciones que acaban de romperse. Continúad, estimado y antiguo amigo mio, prestando servicios á vuestro país, pero no conteis demasiado con la gratitud, y no creais que vuestros triunfos sean una razon para manteneros en el puesto que tanto sabeis honrar.

»Os deseo, caballero, toda la felicidad que mereceis.

»P. D. Recibo en este momento vuestra carta de 5 del corriente, en que me anunciáis la llegada de Mr. de Merona. Os doy gracias por vuestra amistad; podeis estar seguro de que no he buscado otra cosa en vuestras cartas.»

Mr. de Chateaubriand á Mr. el conde de Serre.

Paris 25 de junio de 1824.

«Mi destitución os habrá probado, señor conde, que no puedo servir: solo me es dado, pues, hacer votos por veros en el puesto debido á vuestro talento. Yo me retiro del mio, considerándome dichoso de haber contribuido á volver á la Francia su independencia militar y política, y á introducir la base de la duracion de siete años en el sistema electoral. No es tal como yo la habría querido, pues la variación de edad era en él una consecuencia necesaria; pero en fin, el principio queda establecido, y el tiempo hará lo demás, si es que no deshace lo hecho. Me lisonjeo, señor conde, de que no os habrán sido desagradables nuestras relaciones, y por mi parte me felicitaré siempre de haber encontrado en el servicio público un hombre de vuestro mérito.

»Recibid la seguridad de mi consideración etc.

»CHATEAUBRIAND.»

Mr. de Chateaubriand á Mr. de la Ferronnays.

Paris 16 de junio de 1824.

«Si por casualidad os halláseis aun en San Petersburgo, señor conde, no quiero terminar nuestra correspondencia sin expresaros toda la estimación y toda la amistad que me habeis inspirado. Conservaos bien, sed mas feliz que yo, y contad conmigo en cualquier circunstancia. Escribo una palabra al emperador.

»CHATEAUBRIAND.»

En los primeros dias de agosto recibí la respuesta á esta despedida. Mr. de la Ferronnays había consentido en aceptar las funciones de embajador siendo yo

ministro: mas adelante, y á mi vez, fui yo embajador durante el ministerio de Mr. de la Ferronnays. Ni el uno ni el otro hemos creído descender ni elevarnos. Compatriotas y amigos, nos hemos hecho justicia mutuamente. Mr. de la Ferronnays ha sufrido las mas duras penas sin quejarse, y ha continuado fiel en medio de sus sufrimientos y de su noble pobreza. Despues de mi caída ha hecho por mí en San Petersburgo lo que yo hubiera hecho por él: un hombre honrado está siempre seguro de ser comprendido por otro que tambien lo es. Me complazco en consignar este testimonio del valor, de la lealtad y de la elevacion de alma de Mr. de la Ferronnays. En el momento en que recibí su carta me sirvió de una compensacion muy superior á los favores efimeros y caprichosos de la fortuna. Solo en este lugar me creo autorizado para violar por la primera vez el honroso secreto que la amistad me recomendaba guardar.

Mr. de la Ferronnays á Mr. de Chateaubriand.

San Petersburgo 4 de julio de 1824.

«El correo ruso llegado antes de ayer me ha traído vuestra cartita del 16. Ella es para mí el mas precioso testimonio de todos los que he tenido el honor de recibir de vos; la conservo, pues, como un título de honor, y tengo la firme esperanza y la íntima conviccion de que muy pronto podré presentárosla en circunstancias menos tristes. Imito, señor vizconde, el ejemplo que me dais, y no me permitiré ninguna reflexion sobre el suceso que acaba de romper de una manera tan brusca como inesperada las relaciones que el servicio habia establecido entre nosotros. La naturaleza misma de estas relaciones, la confianza con que me honrais, y en fin, consideraciones mucho mas graves, os explicarán suficientemente los motivos y toda la extension de mi sentimiento. Lo que acaba de pasar es aun enteramente inexplicable para mí; ignoro absolutamente las causas de ello, pero veo los efectos: era tan fácil, tan natural preverlos, que me he admirado de que no se haya temido arrostrarlos. Conozco, sin embargo, demasiado la nobleza de vuestros sentimientos y la pureza de vuestro patriotismo, para no estar bien seguro de que aprobareis la conducta que he creído deber seguir en estas circunstancias. Me la exigia mi deber, mi afecto á mi país, y aun el interés de vuestra gloria; y vos sois demasiado buen francés para aceptar en vuestra actual situacion la proteccion y el apoyo de los extranjeros. Vos habeis adquirido para siempre el derecho á la confianza y á la estimacion de la Europa; pero solo servís á la Francia; solo á ella pertenecéis. Ella puede ser injusta; pero ni vos ni vuestros verdaderos amigos permitirán jamás que se haga menos pura y menos bella vuestra causa, confiando su defensa á los extranjeros. Yo he hecho, pues, callar toda especie de sentimientos y consideraciones particulares ante el interés general; al intento he evitado algunos pasos cuyo primer efecto debia ser suscitar entre nosotros divisiones peligrosas y atacar la dignidad del trono. Este es el último servicio que he hecho aquí antes de mi partida; y de que vos solo, señor vizconde, tendreis conocimiento. Os debo confianza, y conozco demasiado la nobleza de vuestro carácter para no estar bien seguro de que vos guardareis el secreto, y que hallareis la conducta observada por mí en esta circunstancia conforme á los sentimientos que tenéis derecho de exigir de aquellos á quienes honrais con vuestra estimacion y vuestra amistad.

«Adios, señor vizconde: si las relaciones que he tenido el honor de sostener con vos han podido daros una idea exacta de mi carácter; debeis conocer que los cambios de posicion no pueden influir en mis sentimientos, y no dudareis jamás de la adhesion del que,

en las circunstancias actuales, se considera muy dichoso en ser colocado por la opinion en el número de vuestros amigos.

»LA FERRONNAYS.

»P. D. MM. de Fontenay y de Pontcarré aprecian mucho el recuerdo que conservais de ellos. Testigos como yo del aumento de consideracion que la Francia habia adquirido desde vuestra entrada en el ministerio, es muy natural que participen de mis sentimientos.»

NEUFCHATEL EN SUIZA.

Despues de mi caída comencé inmediatamente el combate de mi nueva oposicion; pero interrumpida por la muerte de Luis XVIII, no prosiguió hasta despues de la consagracion de Carlos X. En el mes de junio me reuní en Neufchatel con Mad. de Chateaubriand, que habia ido allí á esperarme. Habia alquilado una casita de campo á la orilla de un lago, al Norte y Sud de la cual se extendia á una gran distancia la cordillera de los Alpes. La casita estaba situada al mismo pié del Jurá, cuyas perpendiculares cumbres, ennegrecidas por los pinos que vejetaban en ellas, parecian caer á plomo sobre nuestras cabezas. El lago estaba desierto, y una calle natural de bosques me servia de paseo. Allí me acordaba de milord Maréchal. Cuando subia á la cima del Jurá distinguia el lago de Bienne, á cuyas olas agitadas por las brisas debió Juan Jacobo Rousseau una de sus mas felices inspiraciones. Mad. de Chateaubriand fué á visitar á Friburgo y una casa de campo que se nos habia pintado encantadora, y que halló poco atractiva y casi desierta, aunque se denominaba la pequeña Provenza. Un gato negro y flacucho, semi-fiero, que pescaba peces metiendo una pata en un gran charco lleno de agua del lago, era toda mi distraccion. Una vieja calmosa, que hacia constantemente media, nos disponia la comida en un hornillo sin moverse de su silla. Yo no habia perdido la aficcion de comer á la manera del raton campesino.

Neufchatel tenia sus buenos dias; habia pertenecido á la duquesa de Longueville, y Juan Jacobo Rousseau se habia paseado por sus montes en traje de armenio. Mad. Charriere, tan delicadamente retratada por Mr. de Sainte-Beuve, habia descrito la sociedad en las cartas *Neufchatelesas*; pero *Juliana*, la señorita de *La Prise*, *Henrique Meyer* no estaban ya allí; yo no veia mas que al pobre *Fauché Borel*, antiguo emigrado: poco despues se arrojó por la ventana. Los jardines de Mr. Pomtálés, arreglados por la tijera, no me agradaban mas que una roca inglesa colocada por la mano del hombre en una viña cercana, frente al Jurá. Berthier, último príncipe de Neufchatel, estaba olvidado á pesar del pequeño Simplon del valle de Travers, y nadie habria hecho caso de él aun que se hubiese roto el cráneo de la misma manera que *Fauché Borel*.

MUERTE DE LUIS XVIII. — CONSAGRACION DE CARLOS X.

La enfermedad del rey me hizo volver á París. El rey murió el 16 de setiembre, cerca de cuatro meses despues de mi destitucion. Mi folleto, que tenia por título *El Rey ha muerto: viva el rey!* en el que saludaba al nuevo soberano, produjo el mismo efecto en favor de Carlos X que el que habia producido en favor de Luis XVIII el otro mio *De Bonaparte y los Borbones*. Fui á Neufchatel á buscar á Mad. de Chateaubriand, y nos vinimos á aposentar en París, calle de Regard. Carlos X popularizó el principio de su reinado con la abolicion de la censura de la imprenta. La consagracion tuvo lugar en la primavera de 1825.

«Ya comenzaban las abejas á zumbar, los pájaros á cantar, y los corderillos á triscar.»

Entre mis papeles hallo las páginas siguientes, escritas en Reims:

Reims 26 de marzo de 1825.

«El rey llega pasado mañana: el domingo 29 será consagrado. Yo le veré poner sobre la cabeza una corona en que nadie pensaba en 1814 cuando alzé la voz en su favor. Yo he contribuido á abrirle las puertas de la Francia; yo le he proporcionado defensores, llevando á buen término los asuntos de España; yo he hecho adoptar la Carta y he sabido buscar un ejército, las dos únicas cosas con que el rey puede reinar en el interior como en el exterior. ¿Y qué papel me está reservado en su consagracion? El de un proscripito. Vengo á recibir entre la muchedumbre un cordón, antes de honor y raro, prodigado hoy, y que ni aun lo debo á Carlos X. Las personas á quienes he servido y colocado en posicion me vuelven la espalda. El rey tendrá mis manos entre las suyas, y cuando preste mi juramento me verá á sus piés sin conmoverse, como ve sin interés mi situacion. Pero ¿qué me importa? Nada. Libre de la obligacion de ir á las Tullerías, la independencia me lo compensa todo. Escribo esta página de mis memorias en el gabinete en que estoy olvidado, en medio de la agitacion y del movimiento que me cercan. Esta mañana he visitado á Saint-Remy y la catedral adornada de papel pintado. Yo habia formado una idea clara de este último edificio sin las decoraciones de la *Juana de Arc* de Schiller, que vi representar en Berlin: la maquinaria de un teatro me ha hecho ver á la orilla de la Sprée lo que el papel me ocultaba á la orilla de la Vesle. Por lo demás, yo he hallado mi diversion entre las antiguas razas, dasde Clovis con sus francos y su pichon bajado del cielo, hasta Carlos VII y Juana de Arc.

De mi tierra sali
no mayor que una bota
y he venido con mi....
con mi... con mi marmota.

—«Un sueldo, caballero; que Dios os lo pagará.

«Ved aquí lo que me ha cantado un chico saboyano que acababa de llegar á Reims:—¿Y á qué has venido aquí? le he preguntado.—He venido á la consagracion, caballero.—¿Con tu marmota?—Sí, caballero; con mi, con mi, con mi marmota, me ha respondido bailando y dando vueltas.—Pues bien, lo mismo que yo, chico/mio.» Esto no es exacto: yo habia venido á la consagracion sin marmota, y una marmota es un gran recurso: yo no tenia en mi maleta mas que alguna antigua conseja, por ver á la cual dar vueltas al rededor de un palo no me habria dado ningun pasajero ni un sueldo.

Luis XVII y Luis XVIII no fueron consagrados; la consagracion de Carlos X es la primera despues de la de Luis XVI. Carlos X asistió á la coronacion de su hermano; representaba al duque de Normandía, Guillermo el Conquistador. ¡Bajo qué felices auspicios subió al trono Luis XVII! ¡Cuán popular era al suceder á Luis XVI! ¿Qué le sucedió, sin embargo? La consagracion actual será la imagen de una consagracion, no una verdadera consagracion. Veremos al mariscal Mancey, actor en la consagracion de Napoleon, y que en otro tiempo celebró en medio de su ejército la muerte del tirano Luis XVI; veremos á ese mariscal blandir la espada real en Reims, en calidad de conde de Flandes ó de duque de Aquitania. ¿A quién causará ilusion todo este aparato? Yo no hubiera querido ver hoy ninguna pompa, solamente el rey á caballo, la iglesia sin colgaduradas, adornada nada mas que con

sus antiguas bóvedas y sus viejos sepulcros, las dos cámaras presentes y el juramento de fidelidad á la Carta pronunciado en alta voz sobre los sagrados Evangelios. Este acto era la renovacion de la monarquia, y hubiera podido inaugurarse con la libertad y la religión. Desgraciadamente se amaba poco á la libertad. ¡Si al menos se hubiera tenido aficcion á la gloria!

¿Qué podrán allá dentro de sus heiladas tumbas las generosas sombras de los reyes decir?
¿Qué dirán Faramundo, Clodion y Clodoveo y Martel y Pipino y Carlos y Luis,
que á costa de su sangre y de guerra sin cuento legaron á sus hijos tan hermoso país?

En fin, la reciente consagracion, en que el papa ha venido á ungir á un hombre tan grande como el jefe de la segunda raza, cambiando las cabezas, ¿no ha destruido el efecto de la antigua ceremonia de nuestra historia? El pueblo ha podido pensar que una ceremonia religiosa no consagra á nadie al trono, ó hacia indiferente la eleccion de la frente á que se aplicase el óleo santo. Los figurantes de Nuestra Señora de París, representando el mismo papel en la catedral de Reims, solo seran los personajes obligados de una escena vulgar ya: en todo caso, la ventaja será de Napoleon, que ha dejado sus comparsas á Carlos X. La sombra del emperador lo domina todo en adelante. Ella se aparece en el fondo de los acontecimientos y de las ideas: los papeles de los misereros tiempos á que hemos llegado se encogen á las miradas de sus aguilas.»

Reims, sábado, víspera de la consagracion.

He visto entrar al rey; he visto pasar las carrozas doradas del monarca que en otro tiempo no tenia un caballo; he visto rodar esos carruajes atestados de cortesanos que no han sabido defender á su señor. Esta turba ha ido á la iglesia á cantar el *Te-Deum*, y yo he ido á ver una ruina romana y á pasearme solo en un bosque de olmos, llamado el *bosque del Amor*. Yo oía de lejos los repiques de las campanas, y miraba las torres de la catedral, testigo seculares de esta ceremonia, siempre la misma, y tan diversa, sin embargo, por la historia, los tiempos, las ideas, las costumbres, los usos y los trajes. La monarquia pereció, y la catedral se convirtió durante algunos años en acalleriza. Carlos X, que la vuelve á ver hoy, ¿se acuerda de que ha visto á Luis XVI recibir la Santa Uncion en el mismo lugar en que á su vez va á recibirla? ¿Creerá que una palabra basta para ponerse á cubierto de la desgracia? No hay mano que tenga bastante virtud para curar las escrófulas; no hay ampolla santa bastante saludable para hacer inviolables á los reyes.

RECIBIMIENTO DE LOS CABALLEROS DE LAS ORDENES.

«Escribo apresuradamente lo que acabo de leer en las páginas de un folleto titulado *La Consagracion, por Barnage de Reims, abogado*, y en una carta impresa del gran refrendario, Mr. de Semonville, que dice:—«El gran refrendario tiene el honor de informar á su señoría, el señor vizconde de Chateaubriand, que hay asientos reservados en la catedral de Reims para aquellos señores pares que quieran asistir al dia siguiente de la consagracion y coronacion de S. M. á la ceremonia del recibimiento del gefe y soberano gran-maestre de las órdenes del Espíritu-Santo y de San Miguel, y al de los señores caballeros y comendadores de las mismas órdenes.»

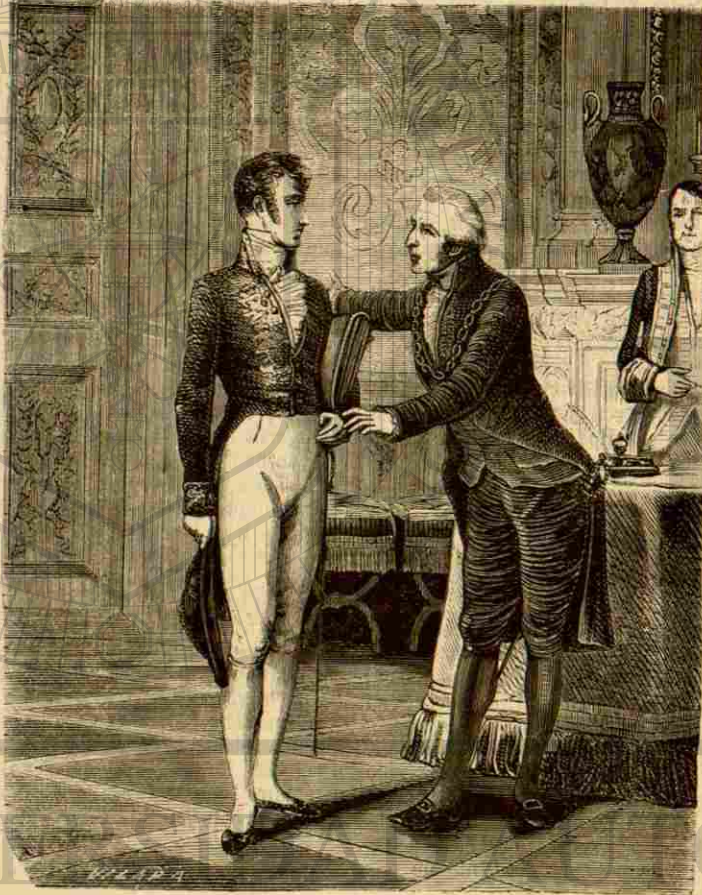
Carlos X habia tenido, sin embargo, la intencion de reconciliarme con él. Hablándole en Reims el arzobispo de París de los hombres de la oposicion, el rey le habia dicho:—«¡Aquellos que no me quieran, los

abandono! El arzobispo replicó: — «Pero señor, ¿y Mr. de Chateaubriand?—En cuanto á ese, lo siento.» El arzobispo preguntó al rey si podía decírmelo: el rey vaciló, dió dos ó tres vueltas por la cámara, y respondió: — «Bien, sí; decídselo;» pero el arzobispo se olvidó de ello.

En la ceremonia de los caballeros de las órdenes yo me hallé de rodillas á los piés del rey, en el momento en que Mr. de Villele prestaba juramento. Cruzé dos ó tres palabras políticas con mi compañero de caballería, con motivo de una pluma desprendida de mi sombrero. Levantámonos de los piés del príncipe, y todo quedó terminado. El rey, habiendo tenido alguna dificultad para quitarse sus guantes á fin de coger mis manos entre las suyas, me había dicho riéndose:—

«Gato con guantes no caza ratones.» Se creyó que me había hablado mucho, y al instante se extendió la noticia de que empezaba yo á recobrar el favor real. Es probable que pensando Carlos X que el arzobispo me había hablado de su buena voluntad, esperaba de mi alguna palabra de gracias, y que le chocó mi silencio.

Así he asistido á la última consagración de los sucesores de Clovis; yo la había determinado con las páginas en que había solicitado esta consagración, y pintado en mi folleto *El rey ha muerto: ¡viva el rey!* no porque yo tuviese la menor fe en la ceremonia, sino porque faltándole todo á la legitimidad, era menester para sostenerla emplear todos los medios, valiesen lo que valieran. Yo recordaba en él esta defini-



DESTITUCION DE CHATEAUBRIAND.

ción de Adalberon: «La coronación de un rey de Francia es un interés público, no un negocio particular: *Publica sunt hæc negotia, non privata*; y citaba la admirable oración reservada para el acto de la consagración: «¡Dios, que por tus virtudes aconsejas á tus pueblos, comunica á este, tu servidor, el espíritu de tu sabiduría! ¡Qué este día sea el primero de una nueva era de equidad y de justicia para todos, de socorro para los amigos, de obstáculo para los enemigos, de consuelo para los elijidos, de corrección para los altivos, de enseñanza para los ricos, de compasión para los indigentes, de hospitalidad para los peregrin-

nos, y de paz y de seguridad en la patria para los valerosos! Que aprenda (el rey) á dominarse á sí mismo, á gobernar moderadamente á cada uno, segun su estado, á fin, ¡oh, Señor! de que pueda dar á todo el pueblo el ejemplo de una vida para tí agradable.»

Antes de haber reproducido en mi folleto *El rey ha muerto: ¡viva el rey!* esta oración conservada por Tillet, había yo dicho: «Suplicamos humildemente á Carlos X que imite á sus abuelos: treinta y dos soberanos de la tercera raza han recibido la unción real.»

Habiendo llenado todos mis deberes, dejé á Reims.

y pude decir, como Juana de Arc: — «Mi misión está acabada.»

REUNO EN TORNO MIO Á MIS ANTIGUOS ADVERSARIOS.—MI PUBLICO CAMBIA.

Paris había visto sus últimas fiestas: la época de indulgencia, de reconciliación, de favor había pasado; la triste verdad quedaba solo ante nosotros.

Cuando en 1820 la censura puso fin á *El Conservador*, yo no esperaba volver á emprender siete años

después la misma polémica bajo otra forma y por medio de otra prensa. Los hombres que combatían conmigo en *El Observador*, reclamaban como yo la libertad de pensar y de escribir; estaban en la oposición y en desgracia como yo, y se llamaban mis amigos. Llegados al poder en 1820, aun mas por mis trabajos que por los suyos, atacaron la libertad de la prensa; de perseguidos, se hicieron perseguidores, dejaron de ser y llamarse mis amigos, y sostuvieron que la licencia de la prensa no había empezado hasta el 6 de junio de 1824, día de mi salida del ministerio. Tenian poca me-



EL DUQUE DE ANGLEMA.

moria; si hubiesen vuelto á leer las opiniones que habían emitido, los artículos que escribieron contra otro ministerio y en favor de la libertad de la prensa, se habrían visto obligados á convenir que en 1811 y 1819 eran al menos los segundos gefes de la licencia.

Por otro lado, mis antiguos adversarios se me unieron. Intenté atraer los partidarios de la independencia al trono legítimo con mas éxito que adhiri á la Carta á los servidores del trono y del altar. Mi público había cambiado. Yo estaba obligado á advertir al gobierno los peligros del absolutismo, después de haberle precavido contra el desencadenamiento popular. Acostumbrado á respetar á mis lectores, yo no les di una línea que no estuviese escrita con todo el cuidado de que yo era capaz: algunos de estos opúsculos de un día me ha costado mas trabajo en proporción que las mas largas obras salidas de mi pluma. Mi vida era sumamente ocupada. El honor y mi país me llamaron de nuevo al campo de batalla. Yo había llegado á la edad en que los hombres tienen necesidad de descanso, pero si hubiese juzgado mis años por el odio cada vez mayor que me inspiraban la opresión y la bajeza, hubiera podido creerme rejuvenecido.

Yo reuní á mi alrededor una sociedad de escritores para dar forma y conjunto á mis combates. Había entre ellos algunos pares, diputados, magistrados y jóvenes autores que comenzaban su carrera. Vinieron entonces á mi casa M. M. de Montalivet, Salvandy, Duvergier de Hauranne y otros muchos que fueron mis discípulos y hoy proclaman bajo la monarquía co-

mo cosas nuevas las que yo les había enseñado y se hallan en todas las páginas de mis escritos. Mr. de Montalivet ha llegado á ser ministro de lo Interior y favorito de Luis Felipe: los hombres que gustan de seguir las variaciones de la suerte hallarán este billete bastante curioso.

«Señor vizconde: Tengo el honor de enviarnos la nota de los errores que he hallado en el cuadro de sentencias del tribunal real que os ha sido comunicado. Yo las he verificado de nuevo, y creo poder responder de la exactitud de la lista adjunta.

«Dignaos, señor vizconde, recibir el homenaje del profundo respeto con que tiene el honor de ser vuestro muy adicto colega y sincero admirador:

«MONTALIVET.»

Esto no ha impedido á mi respetuoso colega y sincero admirador, el señor conde de Montalivet, en su tiempo tan gran partidario de la prensa, haberme hecho encerrar como autor de esta libertad en la cárcel de Mr. Gisquet.

Un resumen de mi nueva polémica, que duró cinco años, pero que acabó por triunfar, hará conocer la fuerza de las ideas, aun contra los hechos apoyados por el poder. Mi caída fue el 6 de junio de 1824; el 24 estaba yo en la arena, en la que permaneci hasta el 18 de diciembre de 1826: entré solo en ella despojado y desnudo, y salí victorioso. Esta es la historia

que formo aquí haciendo un extracto de los argumentos que empleé.

EXTRACTO DE MI POLEMICA DESPUES DE MI CAIDA.

«Hemos tenido el honor y el denuedo de hacer una guerra peligrosa en medio de la libertad de la prensa, y era la primera vez que la monarquía disfrutaba de este noble espectáculo. Pero bien pronto nos hemos arrepentido de nuestra lealtad. Se habían permitido los periódicos cuando no podían dañar mas que al triunfo de nuestros soldados y de nuestros capitanes; y ha sido necesario suprimarlos cuando han osado hablar de los gobernantes y de los ministros.

«Si los que dirigen el Estado parecen ignorar completamente el genio de la Francia en las cosas formales, no son menos extraños á las gracias y a lornos que se mezclan, para embellecerla, á la vida de las naciones civilizadas.

«Las liberalidades que el gobierno legítimo hace á las artes exceden á los socorros que les concedía el gobierno usurpador; pero, ¿cómo se reparten? Consagrados al olvido por carácter y por afición los dispensadores de esas liberalidades parecen tener antipatía á la celebridad; su oscurantismo es tan invencible, que aproximándose á las luces, las oscurecen; diríase que derraman el dinero sobre las artes para acabar con ellas, como sobre nuestras libertades, para ahogarlas.

«Pero aun si la estrecha máquina en que se oprime á la Francia se pareciera á esos modelos perfectos que se examinan con críticos de aumato en el gabinete de los aficionados, la delicadeza de esta curiosidad podría interesar un momento; pero lejos de eso no es simplemente mas que una cosa muy pequeña y peor hecha.

«Hemos dicho que el sistema que sigue hoy la administración mortifica el genio de la Francia: vamos á demostrar que desconoce igualmente el espíritu de nuestras instituciones.

«La monarquía se ha restablecido sin esfuerzo en Francia, porque es fuerte en toda nuestra historia, porque lleva la corona una familia que casi ha visto nacer á la nación, que la ha formado, civilizado, que la ha dado todas sus libertades, que la ha hecho inmortal; pero el tiempo ha reducido esta monarquía á lo que tiene en sí de real. La edad de las ficiones ha pasado en política; ya no es posible un gobierno de adoración, de culto y de misterio; todos conocen sus derechos; nada es posible fuera de los límites de la razón; y hasta el favor, última ilusión de las monarquías absolutas, todo es pesado y apreciado en la actualidad.

«No nos engañamos; una nueva era comienza para las naciones: ¿será mas feliz? Solo la Providencia lo sabe. En cuanto á nosotros, solo nos es dado prepararnos para los acontecimientos del porvenir. No nos figuremos que podemos retrogradar: solo hay salvación para nosotros en la carta.

«La monarquía constitucional no ha nacido entre nosotros de un sistema escrito, aunque tenga un código impreso; es hija del tiempo y de los acontecimientos, como la antigua monarquía de nuestros padres.

«¿Por qué la libertad no se mantiene en el edificio levantado por el despotismo, y en el que ha dejado huellas? La victoria, adornada aun de los tres colores, se ha refugiado en la tienda del duque de Angulema: la legitimidad habita el Louvre, aunque vea aun en él las águilas.

«En una monarquía constitucional se respetan las libertades públicas, y se las considera como la salvaguardia del monarca, del pueblo y de las leyes.

«Nosotros entendemos de otra manera el gobierno representativo. Se forma una compañía (y hasta se

dice dos compañías rivales, porque la concurrencia es necesaria) para corromper la prensa periódica á peso de oro. No se teme sostener procesos escandalosos contra propietarios que no han querido venderse, y se querría obligarlos á que se vendiesen por setencia de los tribunales. Los hombres de honor repugnan el oficio de sostener á un ministerio realista, y se echa mano al intento de libelistas que han perseguido á la familia real con sus calumnias. Reclútese á todos los que han servido en la antigua policía y en las antecámaras imperiales, como cuando entre nuestros vecinos se quieren recoger marineros se hace una leva en las tabernas y en los lugares sospechosos. La chusma de escritores libres se embarca en cinco ó seis periódicos y lo que ellos dicen se llama *opinión pública* entre los ministros.»

Ved aquí un resumen muy abreviado de mi polémica en mis folletos y en el *Diario de los Debates*: en él se hallan todos los principios que se proclaman hoy.

REHUSO LA PENSION DE MINISTRO DE ESTADO QUE ME QUIEREN DEVOLVER.—COMITÉ GRIEGO.—BILLETE DE MR. MOLÉ.—CARTA DE CANARIS Á SU HIJO.—MADAMA RECAMIER ME ENVIA EL EXTRACTO DE OTRA CARTA.—MIS OBRAS COMPLETAS.

Cuando me lanzaron del ministerio no se me devolvió la pension, ni la reclamé; pero Mr. de Villele, en vista de una observacion del rey, se acordó expedir una nueva orden relativa á este objeto: yo la reusé, pues ó tenia derecho á disfrutar mi primera pension, ó no lo tenia: en el primer caso, no habia necesidad de que se me diese nuevo despacho, y en el segundo, no queria yo convertirme en pensionista del presidente del consejo.

Los griegos sacudieron el yugo que los oprimia, y se formó en París un comité, del cual formé parte, y que se reunia en casa de Mr. Ternaux, plaza de las Victorias; los miembros de él llegaban sucesivamente al sitio de las deliberaciones, y el general Sebastiani declaraba, despues de sentarse, que se iba á tratar de un gran negocio: la verdad era que el negocio se prolongaba demasiado, lo que desagradaba en gran manera á nuestro verdadero presidente, Mr. Ternaux, quien deseaba regalar un chal á Aspasia, pero sin perder el tiempo con ella. Las comunicaciones de Mr. Fabvier incomodaban mucho al comité, porque en ellas nos regañaba fuertemente, haciéndonos responsables de todo lo que no se resolvía con arreglo á sus miras, aunque bien sabia él que nosotros no habíamos ganado la batalla de Maraton. Por mi parte me dediqué con ardor á la libertad de la Grecia, pues al hacerlo creia llenar un deber filial: escribí, pues, una nota, y me dirigí á los sucesores del emperador de Rusia, como me habia dirigido á él mismo en Verona: dicha nota se imprimió y reimprimió despues al frente del *Itinerario*.

En el mismo sentido trabajé en la cámara de los Pánes para poner en movimiento un cuerpo político. El siguiente billete de Mr. Molé patentiza los obstáculos que yo encontraba y los medios indirectos de que tenia que valerme.

«Mañana en la apertura nos tendreis á todos dispuestos á seguir vuestros pasos, y voy á escribir á Lainé, si antes no le veo. Es preciso no dejarle prever sino que se trata de pronunciar algunas frases respecto á los griegos; pero tened cuidado con que no os opongan los límites en que debe encerrarse una enmienda, á fin de que no puedan rechazar la vuestra con el reglamento en la mano. Tal vez os diran que dejesis la proposicion en la mesa, lo cual podreis hacer sin inconveniente despues de decir todo cuan-

to os parezca oportuno. Pasquier ha estado bastante enfermo, y tal vez no podrá levantarse mañana. En cuanto al escrutinio, lo ganaremos; pero lo que vale mas que esto es el arreglo que habeis hecho con vuestros editores. Verdaderamente es magnífico y consolador encontrar por medio del talento todo lo que la injusticia y la ingratitud de los hombres nos habia quitado.

«Siempre vuestro,

«MOLÉ.»

La Grecia ha quedado al fin libre del yugo del islamismo; pero en vez de una república federativa, como yo deseaba, se ha establecido en Atenas una monarquía bávara. Y como los reyes no tienen memoria, yo, que creo haber servido algo á la causa de los Argivos, solo he oido hablar de ellos en las obras de Homero. La Grecia libertada ni aun me ha dicho: «Te doy las gracias,» é ignora mi nombre tanto ó mas que cuando lloraba sobre sus ruinas al atravesar el desierto.

La Grecia, aun no monárquica, fue mas agradecida: entre algunos niños que el comité hacia educar se encontraba el jóven Cánaris; su padre, digno rival de los marinos de Mycale, le escribió un billete, que el jóven tradujo en francés en el blanco que quedaba debajo de lo escrito:

«Mi querido hijo: Ningun griego ha tenido tanta dicha como tú; la de ser escogido por la sociedad bienhechora, que se interesa por nosotros, para que aprendas los deberes del hombre. Yo te he dado la vida; pero esas personas recomendables te darán la educacion, que te hará ser hombre. Muéstrate dócil á los consejos de esos nuevos padres, si quieres servir de consuelo en sus últimos momentos al que te dió el ser. Tu padre,

«C. CANARIS.»

Nápoli de Romania, 5 de setiembre de 1825.

He conservado el doble texto de esta carta, como la recompensa del comité griego.

La Grecia republicana habia ya manifestado su sentimiento particular cuando salió del ministerio, y madama Recamier me escribió desde Nápoles el 29 de octubre de 1824 lo que sigue:

«He recibido de Grecia una carta que ha dado un largo rodeo antes de llegar á mi poder. En ella hay algunas líneas que os conciernen y que voy á transcribir. Dicen así:

«Ha llegado aquí el decreto del 6 de junio, y ha producido entre los gefes la mas viva sensacion, pues habiendo puesto sus esperanzas en la generosidad de la Francia, se preguntan con inquietud lo que significa y presagia la destitucion de un hombre cuyo carácter les prometia seguro apoyo.»

«O yo me engaño mucho, ó este homenaje debe agradaros.»

Pronto se leerá la vida de Mad. Recamier, y se conocerá cuán lisonjero debia serme recibir este recuerdo de la patria de las Musas, por conducto de una mujer, que la hubiera embellecido.

En cuanto al billete de Mr. Molé, que ya he copiado, se referia al contrato que hice respecto á la publicacion de mis *obras completas*. Este contrato hubiera debido, en efecto, asegurar la tranquilidad de mi vida; pero me ha salido mal, aunque ha sido ventajoso para los editores, á quienes ha dejado mis obras monsieur Lavocat, despues de su quiebra. En tratándose de Pluto ó de Pluton, pues los mitólogos los confunden, soy como Alcestes, y siempre estoy viendo la barca fatal; soy, como Pitt, y sirvame este nombre de

excusa, un canasto lleno de agujeros; pero estos agujeros no soy yo quien los ha hecho. A fin del prefacio de mis obras completas, edicion de 1826, hice este apóstrofe á la Francia.

«Oh Francia! mi amado pais y mi primer amor, uno de tus hijos al terminar su carrera agrupa bajo tu vista los títulos porque se juzga acreedor á tu benevolencia. Si no le es dado ya hacer nada en tu obsequio, tú en recompensa lo puedes todo respecto de él declarando que su afecto á tu religion, á tu rey y á tus libertades te fue grato. Ilustre y hermosa patria, yo no habria deseado adquirir gloria mas que para aumentar la tuya.

MANSION EN LAUSANNA.

Hallándose enferma Mad. de Chateaubriand, hizo un viaje al Mediodía de la Francia; pero no le probó bien, y volvió á Lyon, donde la confinó el doctor Prunelle. Fui á reunirme con ella, y la llevé á Lausanna, quedando desmentidos allí los pronósticos del facultativo. Me alojé unas veces en casa de Mr. de Sivry y otras en casa de Mad. de Cotens, mujer afectuosa, instruida y desgraciada, y vi á Mad. de Montolieu, que vivia retirada en una elevada colina debilitándose entre novelescas ilusiones, como Mad. de Genlis, su contemporánea. Gibbon escribió en mi puerta su historia del imperio romano.

Entre los escombros del Capitolio, decia, el 27 de junio de 1787 formé el proyecto de una obra, cuyos incidentes han ocupado y divertido mas de veinte años de mi vida.

Mad. Sael se habia presentado en Lausanna con Mad. Recamier, y toda la emigracion, todo un mundo pasado se habia detenido algunos instantes en aquella ciudad risueña y triste, especie de imitacion de Granada. Mad. de Duras ha dejado el recuerdo de ella en sus *Memorias*, y el siguiente billete me informó de la nueva pérdida á que estaba condenado:

Bex 13 de julio de 1826.

«Todo ha concluido, y vuestra amiga ya no existe, habiendo entregado su alma á Dios sin agonía, esta mañana á las once menos cuarto. Ayer por la tarde paseó en carruaje, y nada anunciaba un fin tan próximo. ¿Qué digo? Nadie pensaba que su enfermedad debiese terminar así. Mr. de Custine, á quien el dolor no permite escribimos, estuvo ayer por la mañana en una de las montañas que rodean á Bex, á fin de encargar leche de vacas para su querida enferma.

«Me es imposible entrar por hoy en mas largos portomenores: nos estamos disponiendo para volver á Francia con los restos preciosos de la mejor de las madres y de las amigas. Enguerrando descansara entre sus dos madres.

«Pasaremos por Lausanna, y Mr. de Custine irá á buscarnos en cuanto lleguemos.

«Recibid, etc.

«BERSTÉCHER.»

Las *Cartas escritas en Lausanna*, obra de Mad. de Gharriere, pintan bien la escena que se me presentaba todos los dias y los sentimientos de grandeza que inspiraba. «Descanso solitaria, dice la madre de Cecilia, enfrente de una ventana que cae sobre el lago. Montañas, nieve y sol, yo os doy las gracias por todos los placeres que me proporcionais. Yo te saludó, autor de todo cuanto veo, por haber creado tan agradables magnificencias. ¡Bellezas sublimes de la naturaleza! ¡Todos los dias os admiran mis ojos; todos los dias suspira por vuestros encantos mi corazón agradecido!»

En Lausanna empecé las *observaciones* sobre la

primera obra que había escrito. *Ensayo acerca de las revoluciones antiguas y modernas.* Desde mis ventanas veía las rocas de Meilliere. «Rousseau, escribía yo, solo se muestra superior á los demás autores de su tiempo en unas sesenta cartas de *La Nueva Eloisa* y en algunas páginas de sus *Confesiones*. Colocado en la verdadera naturaleza de su talento, se remonta en ellas á una elocuencia de pasión, desconocida antes de él. Voltaire y Montesquieu encontraron modelos de estilo entre los escritores del siglo de Luis XIV. Rousseau y también Buffon, aunque en otro género; han creado un idioma que ignoró el gran siglo.»

VUELTA Á PARÍS.—LOS JESUITAS.—CARTA DE MR. DE MONTLOSIER Y MI CONTESTACION.

De vuelta á París ocupé el tiempo en establecerme en la calle del Infierno, y en mis incansables combates de la cámara de los Pares; también publiqué algunos folletos contra diversos proyectos de leyes contrarias á las libertades públicas, dedicándome á escribir asimismo en favor de los griegos, y al arreglo de mis obras completas. El emperador murió, y con él la única amistad de testa coronada que me quedaba. El duque de Montmorency había llegado á ser ayo del duque de Burdeos, pero no disfrutó mucho tiempo de este fastidioso honor, pues murió el día de Viernes Santo de 1826, en la iglesia de Santo Tomas de Aquino, á la hora misma en que el hijo de Dios espiró en la cruz.

Había comenzado el ataque contra los jesuitas, y se oyeron fútiles declamaciones contra esta orden célebre, en la cual, preciso es confesarlo, existe alguna cosa que inquieta los ánimos, supuesto que un velo misterioso cubre siempre sus operaciones.

Á propósito de los jesuitas, recibí la carta siguiente de Mr. de Montlosier, á la cual contesté como se verá despues:

*Ne derelinquas amicum antiquum
Novus enim non erit similis illi. (ECCLES.)*

«Mi querido amigo: Las anteriores palabras, no solo pertenecen á una antigüedad remota; no solo contienen mucha sabiduría, sino que son sagradas para el cristiano. Invoco, pues, toda la autoridad que encierran, por lo mismo que nunca ha sido tan necesaria como hoy la union entre los amigos sinceros y los buenos ciudadanos. *Estrechar las filas*, estrechar entre nosotros todos los lazos, excitar con emulacion todos los votos, todos los esfuerzos, todos los sentimientos, es un deber exigido imperiosamente por la situacion deplorable del rey y de la patria. Bien sé que la ingratitude y la injusticia han lacerado vuestro corazón, pero os dirijo mis palabras con confianza, porque estoy seguro de que serán bien acogidas. Al tratar de tan delicado punto, no sé, amigo mio, si estais contento conmigo, pero en medio de vuestras tribulaciones, si por casualidad he oido acusaros, no me he detenido á defenderos; ni aun he escuchado lo que otros han dicho. Ignoro si Anibal dejó de obrar con demasiada violencia cuando arrojó de su asiento al senador que hablaba contra su parecer, y tal vez no hubiera aprobado que Aquiles se separase del ejército de los griegos por haberle sido robada una doncella: pero cuando se pronuncian esos nombres, termina toda discusion, y lo mismo sucede hoy con el *tracundo é inecorable Chateaubriand*, pues al oír su nombre, todo enmudece. Cuando dicen *se queja*, se conmueve mi ternura: si añaden *la Francia le debe*, me siento penetrado de profundo respeto. Si, amigo mio; *la Francia os debe*, y es preciso que todavía os deba mas: por vos ha recobrado el amor á la religion de sus padres, y es necesario conservar este bene-

licio: para esto es indispensable preservarla del error de sus sacerdotes y librar á estos de la pendiente fatal á que se encaminan.

«Hace muchos años, amigo mio, que los dos no hemos cesado de combatir: ahora nos resta libertar al rey y al estado de la preponderancia eclesiástica, llamada religiosa. En las anteriores situaciones teníamos el mal dentro de nosotros con sus raíces; podíamos, pues, cercarlo y apoderarnos de él, hoy esas ramas que nos cubren tienen raíces exteriores. Las doctrinas cubiertas con la sangre de Luis XVI y de Carlos I han dejado en su lugar otras empapadas con la de Enrique III y Enrique IV. Ni vos ni yo sufrimos semejante estado de cosas, y os escribo para unirme á vos, para recibir de vuestra pluma una aprobacion que me aliente, y para ofreceros como soldado mi corazón y mis armas.

«Con este sentimiento de admiracion hácia vos y de una adhesion verdadera, os imploro con ternura y con respecto.

«EL CONDE DE MONTLOSIER.»

Randane 23 de noviembre de 1825.

Paris 5 de diciembre de 1825.

«Vuestra carta, mi querido y antiguo amigo, es muy seria, y sin embargo me ha hecho reír en lo que á mí se refiere. ¡Anibal! ¡Aquiles! Es imposible que me habléis así con formalidad. Si se trata de mi cetera, puedo aseguráros que no he amado tres días á la infiel, y que no la he echado de menos un cuarto de hora; en cuanto á mi resentimiento, es negocio aparte. Mr. de Villele, á quien quería sincera y cordialmente, no solo ha faltado á los deberes de la amistad, á las públicas señales de afecto que le tengo dadas y á los sacrificios que he hecho en su obsequio, sino á las reglas usuales del mas sencillo y recto proceder.

«El rey no tenía ya necesidad de mis servicios, y así nada mas natural que alejarme de sus consejos; pero el modo de hacerlo constituye aquí lo principal del caso para un hombre de honor, y como yo no había robado al rey su reloj de la chimenea, resulta que no debí ser echado como lo he sido. Yo había llevado á cabo, solo, la guerra de España, y mantenido la paz europea en aquel período peligroso, y por este solo hecho procuré é hice que la legitimidad tuviese un ejército; también de todos los ministros de la restauracion he sido el único separado, sin la menor prueba de un recuerdo por parte de la corona, como si hubiese hecho traicion al príncipe y á la patria. Mr. de Villele ha creído que yo aceptaría ese comportamiento, y se ha equivocado: he sido amigo sincero, y por lo mismo seré enemigo irreconciliable. He nacido con desgracia, pues las heridas que recibo nunca se cierran.

«Ya he hablado mucho de mí; ocupémonos de otra cosa mas importante, aunque temo que no nos entendamos acerca de objetos graves, lo cual sentiré sobremanera. Yo quiero la Carta, toda la Carta; es decir, las libertades públicas en toda su extension. ¿Las queréis vos?»

«Quiero también la religion como vos; como vos aborrezco la congregacion y esas asociaciones de hipócritas que convierten á mis criados en espías y que en el altar solo buscan el poder; pero juzgo que el clero, desembarazado de esas plantas parásitas, puede entrar muy bien en un régimen constitucional y ser el sosten de las nuevas instituciones. ¿No queréis separarlo demasiado del orden político? Pues voy á daros una prueba de mi imparcialidad. El clero, que tanto me debe, no me ama, nunca me ha defendido, nada ha hecho por mí. Pero ¿qué importa? Se trata

de ser justos y de ver lo que conviene á la religion y á la monarquía.

«Nunca he dudado de vuestro valor, amigo mio, y estoy convencido de que hareis todo cuanto os parezca útil: vuestro talento es una segura garantía del triunfo. Espero, pues, vuestras comunicaciones, y abrazo con todo mi corazón á mi fiel compañero de destierro.

«CHATEAUBRIAND.»

CONTINUACION DE MI POLEMICA.

Volví á mi polémica, y todos los dias empeñaba escaramuzas y ataques de vanguardia con los soldados del ejército ministerial, los cuales no se servían siempre de buenas armas. En los dos primeros siglos de Roma se castigaba á los ginetes que se presentaban mal para dar una carga, y bien fuesen gordos ó flacos, tenían que sufrir una sangría. Yo me encargué del castigo.

«El universo, decía, cambia en nuestro alrededor y aparecen nuevos pueblos en la escena del mundo, así como los antiguos resucitan en medio de las ruinas: descubrimientos sorprendentes anuncian una revolucion próxima en las artes de la paz y de la guerra; religion, política, costumbres, todo va tomando nuevo carácter. ¿Nos apercebimos de este movimiento? ¿Marchamos con la sociedad? ¿Seguimos el curso del tiempo? ¿Nos preparamos á conservar nuestro rango en la civilizacion transformada y creciente? No: los hombres que nos dirigen son tan extraños al estado de cosas de la Europa, como si perteneciesen á esos pueblos últimamente descubiertos en el interior del Africa. ¿De qué entienden pues? De la bolsa, y aun esto lo hacen mal. ¿Estamos condenados á soportar el peso de la oscuridad, en castigo de haber sufrido el yugo de la gloria?»

La transaccion relativa á Santo Domingo me proporcionó la ocasion de ventilar algunos puntos de nuestro derecho público, en el cual nadie pensaba.

Despues de exponer importantes consideraciones, contesté á los que decían:—«¿Cómo! ¿Llegaremos á ser republicanos algun dia? ¿Quién sueña hoy con la república?»

«Adicto al orden monárquico por razon, les repliqué, miro la monarquía constitucional como el mejor gobierno posible en esta época de la sociedad. Pero si se pretende reducir todo á intereses personales; si se supone que en cuanto á mi persona pudiera yo temer en un estado republicano, se engañan mucho los que esto creen.

«¿Me tratará peor que lo ha hecho la monarquía? He sido dos ó tres veces despojado por ella ó por su causa, y ahora pregunto: ¿me hubiera arrojado de si con mas rudeza el imperio, que me hubiera colmado de favores, si yo los hubiese querido? aborrezco la servidumbre, y la libertad agrada á mi independencia natural: la prefiero en el orden monárquico, pero la concibo también en el orden popular. ¿Quién puede temer menos que yo del porvenir? Yo poseo lo que ninguna revolucion puede quitarme: sin empleo, sin honores, sin fortuna, todo gobierno, que no sea bastante estúpido para desprestigiar la opinion pública, debe tenerme en algo. Los gobiernos populares se componen sobre todo de existencias individuales, y los valores particulares de los ciudadanos constituyen el valor general. Yo obtendría, pues, la estimacion pública, porque jamás obraré de modo que pueda perderla, y tal vez me harían mis enemigos mas justicia que los que se dicen mis amigos.

«Así, pues, no me asustan las repúblicas ni su li-

bertad, no soy rey, ni espero heredar una corona; no es por consiguiente mi causa la que yo defiendo.

«Hablando á otro ministerio he dicho terminantemente que había de llegar la época en que nos pondríamos todos á la ventana, para ver pasar por la calle á la monarquía.

«A los actuales ministros he dicho:—Si seguís marchando como hasta aquí, toda la revolucion podrá reducirse, en un tiempo dado, á una nueva edicion de la Carta, en la cual bastará cambiar dos ó tres palabras.»

He subrayado las últimas palabras para llamar la atencion de mis lectores sobre tan asombrosa prediccion. Hoy mismo, cuando las opiniones se contraponen tanto, cuando todos pueden hablar como quieren, estas ideas republicanas, emitidas por un realista, no dejan de tener atrevimiento.

CARTA DEL GENERAL SEBASTIANI.

Mis últimos artículos reanimaron hasta á Mr. de Lafayette, quien por via de felicitacion me remitió una hoja de laurel. El efecto de mis opiniones se hizo sentir con gran sorpresa de los que no habían creído en él, desde los libreros, que vinieron en diputacion á mi casa, hasta los hombres parlamentarios que mas distantes se hallaban de mi política en un principio. La carta que reproduzco mas abajo, en comprobacion de mi dicho, causa cierta especie de admiracion por su firma. No hay que fijar la atencion mas que en la significacion de esta carta, y en el cambio producido en las ideas y en la posicion del que la escribió y del que la recibía: en cuanto á la calificacion de que yo soy *Bossuet y Montesquieu*, no debe hacerse caso de ella, porque este es el pan cotiliano de nosotros los autores: del mismo modo los ministros son siempre Sully y Colbert.

«Señor vizconde: Permitid que me asocie á la admiracion universal: hace mucho tiempo que experimento este sentimiento para resistir al deseo y á la necesidad de manifestároslo.

«Vuestros artículos son grandes enseñanzas para todos los hombres de Estado. Reunís la elevacion de Bossuet á la profundidad de Montesquieu: habeis hallado su pluma y su genio.

«En el nuevo género de guerra que habeis creado recordais la mano poderosa del que en otros combates ha llenado el mundo de su gloria. ¡Plegue al cielo que vuestros triunfos sean mas duraderos; que interesen á la patria y á la humanidad!

«Todos los que, como yo, profesan los principios de la monarquía constitucional, se enorgullecen de hallar en vos su mas noble intérprete.

«Recibid, señor vizconde, nuevas seguridades de mi alta consideracion.

«HORACIO SEBASTIANI.»

«Domingo 30 de octubre.»

Así caían á mis pies amigos, enemigos y adversarios en el momento de la victoria. Todos los pusilánimes y ambiciosos que me habían creído perdido empezaban á verme salir radiante de los torbellinos de polvo de la liza. Era esta mi segunda guerra de España: yo triunfaba en ella de todos los enemigos interiores como había triunfado en el exterior de todos los enemigos de la Francia. Me había sido necesario pagar este triunfo con mi persona y mis despachos; pero había paralizado y hecho nulos los despachos de Mr. de Metternich y de Mr. de Canning.

MUERTE DEL GENERAL FOY.—LA LEY DE JUSTICIA Y DE AMOR.—CARTA DE MR. BENJAMIN CONSTANT.—LLEGO AL MAS ALTO PUNTO DE MI IMPORTANCIA POLÍTICA.—ARTÍCULO CON MOTIVO DE LOS DIAS DEL REY.—RETIRADA DE LA LEY SOBRE LA POLÍTICA DE LA PRENSA.—PARÍS ILUMINADO.—BILLETE DE MR. MICHAUD.

La muerte del general Foy y del diputado Manuel arrebataron á la oposicion de la izquierda sus primeros oradores. Mr. de Serre y Camilo Jordan bajaron tambien al sepulcro. Hasta en el sillón de la Academia me vi obligado á defender la libertad de imprenta contra las lacrimosas súplicas de Lally-Tolendal. La ley sobre la policia de la prensa, que se llamó la ley de *justicia y de amor*, fue derribada por mis ataques. Mi opinion sobre este proyecto de ley es un trabajo curioso para la historia; yo recibí por él muchas felicitaciones, entre las cuales es conveniente recordar dos nombres.

«Señor vizconde: Agradezco mucho las gracias que habeis tenido la honrad de darme. Llamais obligacion lo que yo consideraba como una deuda, que he sido muy feliz en poder pagar al elocuente escritor. Todos los verdaderos amigos de las letras se asocian á vuestro triunfo y se consideran como partícipes de él. A vuestro lado ó distante de vos yo contribuiré á él con todo mi poder, si es posible que alguna vez tengais necesidad de esfuerzos tan débiles como los míos.

«En un siglo ilustrado como el nuestro, el genio es el único poder superior á la desgracia, y á vos, señor, correspondia dar una prueba palpable de ello á los que se afligen en la adversidad.

«Tengo el honor de ser, con la consideracion mas distinguida, vuestro, etc., etc.

»ETIENNE.

»París 9 de abril de 1827.»

«He tardado mucho, caballero, en daros gracias por vuestro admirable discurso. Una fluxion de ojos, trabajos para la cámara, y mas aun las espantosas sesiones de esta, me servirán de excusa. Además, sabeis cuánto se asocian mi espíritu y mi alma á todo lo que decís, y cuánto simpatizan con todo el bien que intentais hacer á nuestro desgraciado país. Me considero dichoso en unir mis débiles esfuerzos á vuestra poderosa influencia, y el delirio de un ministerio que atormenta y querría degradar á la Francia, si me inquieto por sus próximos resultados, me da la seguridad consoladora de que tal estado de cosas no puede prolongarse. Vos habeis contribuido poderosamente á ponerle un término, y si algun día merezco que se coloque mi nombre muy cerca del vuestro en la lucha que es necesario sostener contra tanta locura y tanto crimen, me creeré muy bien recompensado.

«Recibid, señor, el homenaje de mi sincera admiracion, de mi profundo afecto y de mi mas alta consideracion,

»BENJAMIN CONSTANT.

»París 21 de mayo de 1827.»

En el momento de que hablo llegaba yo al apogeo de mi importancia política. Por la guerra de España yo habia dominado á la Europa; pero una violenta oposicion me combatia en Francia: despues de mi caída llegué á ser en el interior el dominador reconocido de la opinion. Los que me habian acusado de haber cometido una falta volviendo á coger la pluma, se veian obligados á reconocer que me habia formado un imperio mas poderoso que el primero. La joven

Francia se habia puesto toda entera de mi lado, y desde entonces no me ha dejado jamás. En muchas clases industriales los obreros estaban á mis órdenes, y yo no podia dar un paso en las calles sin verme rodeado por ellos. ¿De qué provenia mi popularidad? De que habia conocido el verdadero espíritu de la Francia. Yo habia entrado en el combate con un solo diario, y habia llegado á ser dueño de todos. Mi audacia era causada por mi indiferencia: como nada me importaba fracasar, iba derechamente al objeto, sin cuidarme del naufragio. Hoy no me queda mas que esta satisfaccion de mí mismo; porque, ¿qué importa ya á nadie una popularidad pasada y que se ha borrado completamente de la memoria de todos?

Habiendo llegado el día del rey, me aproveché de esta ocasion para manifestar una lealtad que jamás han alterado mis opiniones liberales, y publiqué este artículo:

»Otra nueva tregua del rey!

«Paz hoy á los ministros!

«Gloria, honor, larga felicidad y larga vida á Carlos X! ¡Es en la tierra otro San Carlos!

«A nosotros, antiguos compañeros de destierro de nuestro monarca, es á quienes debe preguntarse la historia de Carlos X.

«Vosotros, franceses, que no os habeis visto obligados á abandonar á vuestra patria; vosotros, que no habeis recibido á un francés mas sino por sustraeros del despotismo imperial y del yugo extranjero; vosotros, habitantes de la gran ciudad, no habeis visto mas que al príncipe feliz. Cuando os agrupábais en torno suyo el 12 de abril de 1814; cuando, llorando de enternecimiento, tocábais sus manos consagradas; cuando volváis á hallar sobre una frente ennoblecida por el tiempo y por la adversidad todas las gracias de la juventud, como se ve la belleza al través de un velo; vosotros no veáis mas que á la virtud triunfante, y conduciais al hijo de los reyes al lecho real de sus antepasados.

«Pero nosotros le hemos visto dormir sobre el suelo, como nosotros sin asilo, como nosotros proscripto y despojado. Pues bien; esa bondad que en él os encantaba, era entonces la misma; entonces llevaba la desgracia como lleva hoy la corona, sin hallar su peso demasiado grande, con esa benignidad cristiana que disminuía la magnitud de su infortunio, como atempera hoy el esplendor de su prosperidad.

«Los beneficios de Carlos X se aumentan aun con todos los beneficios de que nos han llenado sus abuelos: los días de un rey cristianísimo son para la Francia una fiesta de reconocimiento: entreguémonos, pues, á los trasportes de gratitud que deben inspirarnos. No dejemos penetrar en nuestra alma nada que pueda hacer, ni por un momento, menos pura nuestra alegría. ¡Desgracia á los hombres!... Pero íbamos á violar la tregua... ¡Viva el rey!

Mis ojos se han llenado de lágrimas al copiar esta página de mis polémicas, y no he tenido valor para continuar mis extractos. ¡Oh rey mio! ¡Yo, que os habia ya visto en la tierra extranjera, os he vuelto á ver en esa misma tierra en que íbais á morir! Cuando yo combatía con tanto ardor por arrancaros de las manos que comenzaban á perderos, juzgad por las palabras que acabo de transcribir si era yo vuestro enemigo ó el mas tierno y sincero de vuestros servidores. ¡Ay, yo os hablo y no me oís ya!

Habiendo sido retirado el proyecto de ley sobre la policia de la imprenta, París celebró esta retirada con una iluminacion general y espontánea. Esta manifestacion pública me sorprendió, porque era un mal pronóstico para la monarquía: la oposicion habia tras-

cendido al pueblo, y el carácter del pueblo le hace transformar la oposicion en revolucion.

El odio contra Mr. de Villele iba cada vez mas en aumento; como en el tiempo de *El Conservador*, los realistas se habian hecho constitucionales á mi voz. Mr. Michaud me escribia:

«Mi digno maestro: He hecho imprimir ayer el anuncio de vuestra obra sobre la censura; pero el párrafo compuesto de dos líneas ha sido tachado por los señores censores. Si Dios no viene en nuestra ayuda, todo está perdido. El trono se halla, como la desgraciada Jerusalem, en manos de los turcos; apenas pueden acercarse sus hijos. ¡A qué causa nos hemos sacrificado!

»MICHAUD.»

IRRITACION DE MR. DE VILLELE.—CARLOS X QUIERE PASAR UNA REVISTA Á LA GUARDIA NACIONAL EN EL CAMPO DE MARTE.—MI CARTA AL REY.

La oposicion habia al fin excitado la irascibilidad en el temperamento frio de Mr. de Villele, y hecho despotico el espíritu malévolo de Mr. de Corbiere. Aquel habia destituido al duque de Liancourt de diez y siete puestos y comisiones que desempeñaba gratuitamente. El duque de Liancourt no era un santo, pero si un hombre benéfico, á quien la filantropía le habia conferido el título de *venerable*, porque por consecuencia de las costumbres de los antiguos revolucionarios, ningun hombre notable deja de llevar su epíteto, como los dioses de Homero: es siempre el respetable señor *tal*, el inflexible ciudadano *cual*, quien, como Aquiles, no ha comido jamás *cocido* (*á chylos*). Con motivo del escándalo ocurrido en el entierro de Mr. de Liancourt, Mr. de Semonville nos dice en la cámara de los Pares:—«Estad seguros, señores, de que esto no volverá á suceder: yo mismo os conduciré al cementerio.»

En el mes de abril de 1827 el rey quiso pasar una revista á la guardia nacional en el Campo de Marte. Dos dias antes de esta fatal revista, impulsado por mi celo, y sin consintar mas que mi idea por hacer que se depositaran las armas, dirigí á Carlos X una carta, que le fue entregada por Mr. de Blacas, quien me acusó su recibo por medio del siguiente billete:

«No he perdido nn solo instante, señor vizconde, en entregar al rey la carta que me habeis hecho el honor de dirigirme para S. M.; y si se digna encargarme de alguna respuesta, me apresuraré del mismo modo á hacérsela llegar.

»Recibid señor vizconde, el mas sincero saludo.

»BLACAS DAULPS.»

»27 de abril de 1827 á la una de la tarde.»

Al rey.

«Señor: Permitid á un fiel vasallo, á quien en los momentos de agitacion se hallará siempre á los pies del trono, el confiar á V. M. algunas reflexiones que cree útiles para la gloria de la corona, como para la felicidad y la seguridad del rey.

«Señor: no es sino demasiado verdadero que amenazan peligros al Estado; pero estos peligros no serán nada si no se contrarian los principios de gobierno.

«Un gran secreto se ha revelado, señor: vuestros ministros han tenido la desgracia de hacer saber á la Francia que el pueblo, que se creía *muerto*, se halla vivo aun. Durante cuarenta y ocho horas la autoridad no ha ejercido dominio alguno en París. Las mismas

escenas se repetirán en toda la Francia; las facciones no olvidaran este ensayo.

«Pero las conmociones populares, tan peligrosas en las monarquías absolutas porque se presentan á la faz del mismo soberano, son muy poca cosa en los gobiernos representativos, porque solo se dirigen contra los ministros ó contra las leyes. Entre el monarca y sus súbditos hay una barrera que lo contiene todo: las dos cámaras y las instituciones públicas. Fuera de estos movimientos, la autoridad y la persona del rey es siempre sagrada y está á cubierto de todo.

«Pero hay, señor, una condicion indispensable para la seguridad general, y es la de obrar conforme al espíritu de las instituciones: la resistencia de vuestro consejo á este espíritu haria los movimientos populares tan peligrosos en la monarquía representativa como lo son en la monarquía absoluta.

«De la teoria paso á la aplicacion. V. M. va á aparecer en la revista: será sin duda acogido como debe serlo; pero es muy posible que en medio de los gritos de *viva el rey!* oiga otros gritos que le hagan conocer cuál es la opinion pública acerca de vuestros ministros.

«Por lo demás, es falso, señor, que haya hoy como se dice, una opinion republicana. Es verdad, sí, que hay partidarios de una monarquía ilegítima; pero estos son demasiado hábiles para no aprovecharse de la ocasion y no unir sus votos el día 29 á los de la Francia para disimular sus intenciones.

«¿Qué hará el rey? ¿Los gritos del pueblo le haran abandonar á sus ministros? Esto seria destruir el poder. ¿Conservará el rey sus ministros? Estos ministros haran recaer sobre su señor toda la impopularidad que los persigue. Sé muy bien que el rey tendria el suficiente valor para sufrir un dolor personal con tal de evitar un mal á la monarquía; pero hay un medio muy sencillo de evitar estas calamidades. Permitidme, señor, que os lo diga. Pueden evitarse, enmendándose al espíritu de nuestras instituciones. Los ministros han dejado de tener mayoría en la cámara de los Pares y en la nación, y la consecuencia natural de esta crítica posicion es su retirada. ¿Cómo podrian, si tuviesen el sentimiento de su deber, obstinarse en comprometer á la corona con su permanencia en el poder? Presentando su dimision á los pies de V. M. lo calmaran, lo terminaran todo: entonces no será ya el rey quien ceda, sino sus ministros, que se retiraran con arreglo á todos los principios del gobierno representativo, á todas las prácticas parlamentarias. El rey podrá volver á nombrar como ministros á aquellos que juzgue conveniente conservar: hay dos entre ellos: el duque de Doudeauville y el conde de Chabrol, á quienes honra la opinion.

«La revista perderia así todos sus inconvenientes, y no seria mas que un triunfo sin mezcla alguna de pesar. La legislatura terminará tambien en paz y en medio de las bendiciones dirigidas á la cabeza de mi rey.

«Señor: para haberme atrevido á escribiros esta carta es necesario que esté yo muy persuadido de la urgencia de tomar una resolucion; es necesario que un deber muy imperioso me haya impulsado á hacerlo. Los ministros son mis enemigos; yo lo soy suyo, y si los perdono como cristiano, no los perdonaré jamás como hombre. En tal posicion, yo no habria hablado jamás al rey de su retirada, si en ella no estuviese la salvacion de la monarquía.

»Soy etc.

»CHATEAUBRIAND.»

LA REVISTA.—LICENCIAMIENTO DE LA GUARDIA NACIONAL.—SE DISUELVE LA CÁMARA ELECTIVA.—NUEVA CÁMARA.—CAIDA DEL MINISTERIO VILLELE.—CONTRIBUYO A LA FORMACION DEL NUEVO MINISTERIO Y ACEPTO LA EMBAJADA DE ROMA.

La delina y la duquesa de Berry fueron insultadas al ir á presenciar la revista; al rey le recibieron bien; pero una ó dos compañías de la sexta legion gritaron: «Abajo los ministros; abajo los jesuitas.» Carlos X, sumamente irritado, contestó: «He venido aquí á recibir homenajes, pero no lecciones.» Por lo regular siempre pronunciaba palabras enérgicas, que no solía sostener con sus acciones: era atrevido de ánimo, pero tímido de carácter; así fue que al entrar en palacio dijo al mariscal Oudinot: «El efecto total ha sido satisfactorio, pues aunque hay en la guardia nacional algunos bullangueros, la masa es buena, y podeis manifestarle mi satisfacción.» Mr. de Villele, contra quien habían gritado las legiones delante del ministerio de Hacienda, llegó entonces, é irritado por todos los ataques precedentes, sin ser dueño de sí mismo para reprimir la cólera que sentía, propuso al consejo el licenciamiento de la guardia nacional. Vióse apoyado por MM. de Corbiere, Peyronet, Damas y Clermont-Tonnerre, y combatido por Mr. de Chabrol, el obispo de Hermópolis y el duque de Doudeauville. Un decreto del rey dispuso el licenciamiento, que fue el golpe más funesto á la monarquía, antes del último de las jornadas de julio. Si en esta época no hubiese estado disuelta la guardia nacional, no se hubieran levantado las barricadas. El duque de Doudeauville presentó su dimision, y escribió al rey una carta, en que le anunciaba el porvenir que todos tenían previsto.

El gobierno empezaba á temer, los periódicos redoblaban su audacia, y se les oponía, por costumbre, un proyecto de censura, habiéndose al mismo tiempo de un ministerio en que figuraría Mr. de Polignac. Yo había tenido la desgracia de hacer que este fuese nombrado embajador en Londres, á pesar de cuanto me había dicho Mr. de Villele, quien en aquella ocasión vió mejor y desde más lejos que yo; pero al entrar en el ministerio quise obligar á Monsieur, pues ya el presidente del consejo había reconciliado á los dos hermanos, previendo el cambio de la corona, pensamiento que se vió realizado, al paso que queriendo yo ser astuto una vez, di pruebas de tonto, porque si Mr. de Polignac no hubiese ido de embajador á Londres, no hubiera llegado á ser ministro de Negocios Extranjeros.

Asediado Mr. de Villele por la oposicion realista liberal; importunado por las exigencias de los obispos, y engañado por los informes de los prefectos, resolvió disolver la cámara Electiva, á pesar de los trescientos individuos que le eran fieles: el restablecimiento de la censura precedió á la disolucion. Entonces combati con mas ardor que nunca; las oposiciones se unieron; las elecciones de los colegios pequeños salieron contra el ministerio; triunfó en París el lado izquierdo; siete distritos nombraron á Mr. Royer Collard, y los dos en que se presentó como candidato el ministro Mr. de Peyronet le rechazaron. París se conmovió de nuevo; hubo conflictos y escenas sangrientas: levantáronse barricadas, y las tropas enviadas para restablecer el orden tuvieron que hacer fuego. De este modo se prepararon las últimas jornadas. En medio de estas disensiones, se recibió la noticia del combate de Navarino, triunfo en el cual pudiera yo reclamar mi parte. Las grandes desgracias de la restauracion se han anunciado siempre con victorias, las cuales no querian abandonar sino con disgusto á los herederos de Luis el Grande.

La cámara de los Pares gozaba del favor público

por su resistencia á las leyes opresoras, pero no sabia defenderse á sí misma, y se dejó confundir entre las hornadas de nuevos miembros, contra las cuales reclamaba yo casi solo. Predije que aquellos nombramientos viciarían su principio haciéndole perder con el tiempo el crédito en la opinion pública. ¿Me engañé por ventura? No solo destruyeron en Francia la aristocracia, sino que han llegado á ser un instrumento contra la aristocracia inglesa: esta se verá tambien envuelta entre una numerosa recepcion de togas, y acabará por perder su natural herencia, como ha acontecido á la pairia en Francia.

La nueva cámara pronunció su famosa negativa á los planes del gobierno, y reducido Mr. de Villele al último recurso, imaginó deshacerse de parte de sus colegas, y negoció con MM. Lafitte y Casimiro Perier: los dos gefes de la oposicion le prestaron oído, pero se apagó la mecha; Mr. de Lafitte no se atrevió á dar el primer paso; sonó la hora para el presidente, y cayó la cartera de sus manos. Al retirarme de los negocios me había yo ruborizado, pero Mr. de Villele descansó sin entrar en la cámara de Diputados, partido que hubiera debido tomar: mas no tenia un conocimiento bastante profundo del gobierno representativo, ni la autoridad necesaria en la opinion para llevar á cabo tan acertada idea: los nuevos ministros exigieron su salida de la cámara de los Pares, y él la había aceptado. Fui consultado respecto á algunas personas para reemplazar á otros individuos del gabinete, y propuse á Mr. Casimiro Perier y al general Sebastiani, pero no se hizo caso de mis palabras.

Mr. de Chabrol, encargado de formar el nuevo ministerio, me puso el primero de la lista; pero Carlos X me borró indignado. Mr. Portalis, hombre de carácter miserable, confederado durante los Cien Dias, adulador de la legitimidad, de la cual hablaba como no hubiera osado hacerlo el mas ardiente realista, fue nombrado guarda-sellos. Mr. de Caux relevó á Mr. Clermont-Tonnerre en el ministerio de la Guerra: el conde Roy obtuvo el de Hacienda; el conde de la Ferronnays, amigo mio, se encargó del de Negocios Extranjeros, y Mr. de Martignac del de el Interior, aunque no tardó en aborrecerle, porque Carlos X atendía mas á su gusto que á sus principios, pues llegó á odiar á dicho ministro por su afición á los placeres, al paso que estimaba á MM. de Corbiere y de Villele porque no iban á misa.

Mr. de Chabrol y el obispo de Hermópolis permanecieron provisionalmente en el ministerio: este último vino á verme antes de retirarse, y me preguntó si quería reemplazarle. «Ahí teneis, le dije, á monsieur Royer Collard, pues no abrigo el menor deseo de ser ministro; pero si el rey desease llamarme á su consejo, solo entraria en él por el ministerio de Negocios Extranjeros, en reparacion de la afrenta que he recibido.»

Después de la muerte de Mr. de Montmorency, trabajó Mr. de Riviere para derribar á Mr. de Villele, pues la parte devota de la corte se había coligado contra el ministro de Hacienda. Quedaba el ministerio de Marina, que me ofrecieron, pero no quise aceptarlo, y habiéndome pedido el conde Roy que le indicase alguna persona, designé á Mr. Hyde de Neuville. Faltaba un preceptor para el duque de Burdeos, y se pidió mi parecer, que fue favorable á Mr. de Cheverus. El ministro de Hacienda habló al rey, y este le dijo: «Está bien; nombro á Hyde para Marina y en cuanto á Mr. de Cheverus, la elección es inmejorable, y siento no haber pensado en ella, porque he nombrado ya á Mr. de Tharin. Decídselo de mi parte á Chateaubriand.»

Mr. Roy vino á anunciarme el éxito de la negociacion, añadiendo: «El rey desea que acepteis una embajada, y si quereis, íreis á Roma.» La palabra Roma produjo en mí un efecto mágico, y experimenté

la tentacion que sentian los anacoretas en el desierto. Al menos por esta vez me agradaba el desierto. Pontificum veneranda sedes, sacrum solium. Me sentí poseído del deseo de fijar mis dias, de desaparecer (hasta por interés de mi nombre) en la ciudad de los funerales en el momento de mi triunfo político. No habria vuelto ya á elevar mi voz sino para saludar como el ave fatídica de Plinio todas las mañanas al Capitolio y á la aurora. Acaso habria tambien ganado mi patria en desembarazarse de mi persona; pues por lo enojoso que soy para conmigo mismo adivino lo pesado que debo ser para los demás. Abramadores son los espíritus de cualquiera potencia que se roen y replegan sobre sí mismos. Dante dice que en el infierno las almas son atormentadas sobre una capa de fuego.

El duque de Laval, á quien iba yo á relevar en Roma, fue nombrado embajador en Viena.

EXAMEN DE UN CARGO.

Antes de entrar en otro asunto, séame permitido volver atrás, para descargarme de un peso. Se me ha acusado de haber contribuido á la caída de la monarquía legitima, y me conviene examinar este cargo.

Los sucesos ocurridos durante el ministerio de que formé parte tienen la importancia de estar ligados á la suerte de la Francia. Por esas afinidades extraordinarias que no se explican; por esas relaciones secretas que enlazan muchas veces fortunas opuestas, los Borbones han prosperado, á medida que han seguido mis consejos, aunque estoy muy lejos de creer, con el poeta, que *mi elocuencia haya servido de limosna á la autoridad real*.

Cada cual explicará como quiera estos hechos incontestables, que prestan á mi carrera política un valor relativo que por sí misma no tiene, y sin que por esto aumenten mi vanidad, pues no me complazco malignamente en que mi nombre se halle mezclado á los acontecimientos de dos siglos. Sea cual fuese la variedad de mi marcha aventurera, el último horizonte del cuadro es amenazador y triste.

..... *Juga cepta moveri.*

Silvarum visisque canes ululare per umbram.

Dicese, sin embargo, que si la escena ha cambiado de una manera deplorable, á nadie debo acusar mas que á mí mismo. Se asegura que por vengar lo que me ha parecido una injuria todo lo he dividido, y que de esta division ha resultado la caída del trono. Reflexionemos.

Mr. de Villele ha declarado que no se podia gobernar ni conmigo ni sin mí. Conmigo, era un error; sin mí, era cierto, cuando Mr. de Villele lo decía, porque las diferentes opiniones me daban una mayoría.

Nunca ha llegado á conocerme el presidente del consejo: yo le era sinceramente adicto, y le hice entrar en su primer ministerio, como lo prueban la carta de gracias del duque de Richelieu y otros billetes que he citado: tambien hice dimision de la embajada de Berlin cuando Mr. de Villele se retiró del ministerio. Conquistaron persuadirle, cuando se hizo por segunda vez cargo de los negocios, de que yo deseaba su plaza; pero no había tal cosa, pues no perteneczo á esa raza intrépida, sorda á la voz del desinterés y de la razon. La verdad es que nada ambiciono, y que me falta esta pasion, porque precisamente me domina otra. Cuando pedía yo á Mr. de Villele que llevase al despacho del rey algun asunto importante para evitarme la molestia de ir á palacio y no privarme del placer de visitar una capilla gótica, en la calle de *Saint Julien-le-Pauvre*, pudo asegurarse de mis intenciones desinteresadas si hubiera reflexionado

mejor acerca de los objetos que merecian mi preferencia.

Nada me agradaba en la vida positiva, á no ser el ministerio de Negocios Extranjeros, pues no era insensible á la idea de que la patria me debiese la libertad en el interior y en el exterior la independencia. En vez de querer derribar á Mr. de Villele, había dicho al rey: «Mr. de Villele es un presidente sumamente ilustrado; V. M. debe conservarle siempre al frente de su consejo.»

Mr. de Villele no comprendió que si mi ánimo tendía á la dominacion, siempre se sometía á mi carácter. Encontraba placer en la obediencia, por lo mismo que ella me libertaba de mi propia voluntad. Mi defecto capital es el fastidio, el disgusto de todo; la duda perpetua. Si un príncipe que me conociese me hubiera obligado á trabajar, tal vez hubiera sacado de mí algun partido; pero raras veces se encuentra el hombre que quiere con el hombre que puede. Y en resumidas cuentas, ¿existe hoy alguna cosa que nos precise á movernos de la cama, cuando nos dormimos al ruido de los tronos que caen, y que el pueblo barre por la mañana?

Ademas, cuando se separó de mí Mr. de Villele, se relajó la política, y la contrariedad que experimentaba de parte de las opiniones interiores y el movimiento de las exteriores le irritó en extremo. De aquí resultaron la censura de la prensa y el licenciamiento de la guardia nacional. ¿Debia yo dejar que pereciese la monarquía por conquistar la fama de una moderacion hipócrita? Creí sinceramente llenar mi deber combatiendo al frente de la oposicion, por lo mismo que preveía el peligro. Cuando cayó Mr. de Villele, se me consultó para la formacion de otro ministerio, y si hubiesen sido nombrados Mr. Casimiro Perier, el general Sebastiani y Mr. Royer Collard, como yo proponia, la situacion hubiera podido sostenerse. Yo no quise aceptar el ministerio de Marina; rehusé asimismo dos veces el de Instruccion pública. ¿Por qué? Porque no quería entrar en el consejo sin poderlo dirigir. Preferí, pues, ir á Roma á encerrarme entre sus ruinas, para buscar en ellas el otro yo mismo, porque en mi persona hay dos seres distintos que no tienen comunicacion entre sí.

El exceso del resentimiento no me justificaria; pero mi vida entera puede servirme de excusa, si he faltado á lo que me debo á mí mismo.

Siendo oficial del regimiento de Navarra, vine de los bosques americanos al lado de la monarquía fugitiva para combatir en sus filas contra mis propias ideas, sin convicciones, y tan solo por cumplir con mis deberes de soldado; pasé ocho años en tierra extranjera, lleno de trajos y privaciones.

Después de pagar este tributo volví á Francia el año de 1800; Bonaparte me buscó y colocó; pero cuando acaeció la muerte del duque de Enghien, me adherí de nuevo á la memoria de los Borbones. Mis palabras sobre el sepulcro de *Mesdames* en Trieste irritaron la cólera del dispensador de los imperios, quien amenazó matarme á sablazos en las escaleras de las Tullerías: el folleto *De Bonaparte y de los Borbones* valió á Luis XVIII, segun confesion propia, tanto como un ejército de cien mil hombres.

Con ayuda de la popularidad que entonces me acompañaba, la Francia anti-constitucional comprendió las instituciones de la autoridad real legitima. Durante los Cien Dias la monarquía me vió á su lado en su segundo destierro: por último, cuando se llevó á cabo la guerra de España, había yo contribuido á sofocar las conspiraciones, á reunir las opiniones bajo la misma bandera, y á hacer respetar nuestras armas. Ya se conocen mis proyectos y adelantar nuestras fronteras y proporcionar en el Nuevo-Mundo nuevas coronas á la estirpe de San Luis.

Esta larga perseverancia en los mismos sentimien-

tos merecia algunas consideraciones: sensible á una afrenta, érame imposible desentenderme de lo que valia, hasta el punto de olvidar que era el autor de *El Genio del Cristianismo*.

Mi agitacion crecia al pensar que una querrela mezquina impedia que nuestra patria se engrandeciese, perdiendo una ocasion que no volveria á encontrar. Si se me hubiese dicho: «Se ejecutaran vuestros planes; se hará, sin vos, lo que habeis pensado,» todo lo hubiera olvidado por la Francia. Por desgracia conocia yo que no se seguirian mis instrucciones, y la experiencia ha demostrado que tenia razon.

Yo estaba persuadido de que el conde de Villele no comprendia la sociedad, y creo que las sólidas cualidades de este ministro no se adaptaban á la época en que ejerció el poder. Bajo otro orden de cosas financieras, comerciales é industriales, hubiera sido un rey. Durante la restauracion, todas las facultades del alma estaban vivas; todos los partidos soñaban realidades ó quimeras, que se chocaban en tumulto al avanzar ó retroceder; nadie queria permanecer donde estaba, y á nadie parecia la legitimidad constitucional la última palabra de la república ó de la monarquía. Se sentian hervir bajo la tierra ejércitos ó revoluciones, que iban á presentarse para cumplir misiones extraordinarias. Mr. de Villele se hallaba ilustrado acerca del movimiento; veia crecer las alas, que, impulsando á la nacion, le preparaban su elemento; pero él queria detener á la nacion, sin poseer la fuerza necesaria para conseguirlo. Yo queria entretener á los franceses en adquirir gloria y llevarlos á la realidad por medio de sueños deliciosos, y esto era lo que ellos querian.

Si hubiese adivinado los resultados, me hubiera abstenido, y la mayoría tambien, de votar la negativa á los proyectos ministeriales, pues nadie deseaba seriamente una catástrofe, á excepcion de algunas personas. Al principio solo hubo un motin, que la dignidad convirtió en revolucion; pero á esta dignidad faltó inteligencia, prudencia y resolución para salvarse. Al fin es una monarquía que ha caído, como caeran otras muchas; yo no le debía mas que mi fidelidad, y la tendrá siempre.

Adicto á las primeras adversidades de la monarquía, me he consagrado tambien á sus últimos infortunios, porque siempre me tendrá á su lado la desgracia. Todo lo he abandonado; posicion, pensiones y honores; jueces austeros y rígidos, virtuosos é infalibles realistas, que habeis mezclado á vuestras riquezas un juramento, tened alguna indulgencia para mis amarguras pasadas, que estoy expiando á mi modo, enteramente opuesto al vuestro! ¿Creeis, por ventura, que á la noche, á la hora en que el hombre trabajador descansa, no siente el peso de la vida, cuando este peso le abruma? Y sin embargo, he podido sacudir el peso, porque he visto á Felipe en su palacio á principios de agosto de 1830, y si yo hubiera querido, habria escuchado de su boca palabras generosas.

Mas tarde, si me hubiese arrepentido de haber obrado mal, me hubiera sido fácil ahogar el sentimiento de mi conciencia, pues Mr. Benjamin Constant, hombre poderoso entonces, me escribia el 20 de setiembre: «Quisiera mejor escribiros respecto á vos que acerca de mí, porque eso tendria mas importancia: quisiera hablaros de la pérdida que haceis experimentar á la Francia con retiraros, despues de haber ejercido en ella una influencia tan noble y saludable. Pero sería indiscrecion el mezclarme de este modo en cuestiones personales, y debo respetar vuestros escrúpulos, lamentándome de ellos, como se lamentan todos los franceses.»

Me parecia que no habia llenado todos mis deberes, y he defendido á la viuda y al huerfano, arrojando un proceso y la prision, que el mismo Bonaparte, á pesar de su cólera, no me impuso. Yo me presento

entre mi dimision al saber la muerte del duque de Enghien y mi grito por el niño despojado; me apoyo en un príncipe fusilado y otro destronado; ellos sostienen mis brazos con los suyos. Realistas, ¿podeis decir que estais tan bien acompañados como yo?

Cuanto mas he aprisionado mi vida entre los lazos de la adhesion y del honor, tanto mas he subordinado la libertad de mis acciones á la independencia del pensamiento. Ahora que miro las cosas desde lejos, aprecio á los gobiernos por lo que valen. ¿Podrá creerse á los reyes que vengan? ¿Se debe creer en los pueblos que hoy mandan? El hombre sabio y desconsolado de este siglo solo encuentra reposo en el ateísmo político. Vivan en medio de esperanzas las nuevas generaciones, ya que verán correr muchos años antes de que se realice su objeto; las edades tienden á la nivelacion general; pero no apresurad su marcha con arreglo á nuestros deseos, porque el tiempo es una especie de eternidad apropiada á las cosas mortales.

Resulta de lo que acaba de leerse, que si se hubiese hecho lo que yo aconsejaba; si rastreras envidias no hubiesen preferido su satisfacion al interés de la Francia; si el poder hubiese apreciado mejor las capacidades relativas; si los gabinetes extranjeros hubiesen juzgado, como Alejandro, que la salvacion de la monarquía francesa estriba en las instituciones liberales; si dichos gabinetes no hubiesen mantenido á la autoridad restablecida en la desconfianza del principio de la Carta, la legitimidad ocuparia hoy el trono. Pero es ya inútil volver la vista atrás porque nada se encontrará de lo que quedaba. Hombres, ideas, circunstancias... todo ha desaparecido.

París 1839.

MADAMA RECAMIER.

Pasemos á la embajada de Roma, á esa Italia, el ensueño de mis dias. Antes de continuar mi narracion, debo hablar de una mujer que no habrá que perder ya de vista hasta el final de estas *Memorias*. Va á establecerse una correspondencia de Roma á París entre ella y yo: de consiguiente es preciso saber á quién escribo, cómo y en qué época conocí á Mad. Recamier.

Esta encontró en las diferentes clases de la sociedad personajes mas ó menos célebres que figuraban en la escena del mundo. Todos le han tributado culto. Su belleza mezcla su existencia ideal á los hechos materiales de nuestra historia, como una luz serena que ilumina un cuadro de tempestad.

Volvamos aun á tiempos pasados y tratemos de bosquejar á la luz de mi ocaso un retrato sobre el cielo en donde mi noche, que se acerca, va á esparcir bien pronto sus sombras.

Una carta publicada en *El Mercurio* despues de mi regreso á Francia en 1800 habia llamado la atencion á Mad. de Stael. Yo no estaba aun borrado de la lista de los emigrados: *Atala* me sacó de mi oscuridad. Madame Bacciochi (Elisa Bonaparte), á instancias de Mr. de Fontanes, solicitó y obtuvo mi eliminacion, de la que se habia ocupado Mad. de Stael, y yo fui á darle las gracias. No recuerdo bien si fue Cristian de Lamignon ó el autor de *Corina* quien me presentó á su amiga, Mad. Recamier, que vivia á la sazón en su casa de la calle de Mont-Blanc. Al salir de mis bosques y de la oscuridad de mi vida, mi carácter era enteramente salvaje, y apenas me atreví á levantar los ojos hacia una mujer rodeada de adoradores.

Casi un mes despues me hallaba una mañana en casa de Mad. de Stael, la cual me habia recibido en su tocador: vestíala la señorita Oliva, y jugaba entre sus dedos con una ramita verde. Entró de repente Mad. Recamier vestida con un traje blanco, y se sentó en el centro de un sofá de seda azul. Mad. de Stael, que permaneció en pie, continuó su conversacion muy

animada, y hablaba con elocuencia; pero yo apenas le contestaba, fijas mis miradas en Mad. Recamier. Nunca habia inventado mi imaginacion una cosa igual, y entonces se apoderó de mí mas que nunca el desaliento: mi admiracion se trocó en enojo contra mi persona. Mad. Recamier salió, y no volví á verla hasta doce años despues.

«Doce años! ¿Qué poder enemigo corta y malgasta así nuestros dias, prodigándoles irónicamente á todas las indiferencias llamadas cariños, á todas las miserias denominadas felicidades! Luego por una nueva burla, despues que ha marchitado y desperdiciado la porcion mas preciosa de ellos, trae al hombre al punto mismo de su partida. ¿Y cómo le trae? Con el ánimo impregnado de ideas extrañas, de fantasmas importunos, de sentimientos erróneos é incompletos de un mundo que ninguna felicidad le ha dejado. Esas ideas, esos fantasmas, esos sentimientos se interponen entre el hombre y la felicidad que aun pudiera gustar, y aquel vuelve con el corazón henchido de pesares, y desolado de esos errores de la juventud tan penosos á la memoria en el pudor de los años. Así volví yo, despues de haber estado en Roma y en Siria; despues de haber visto pasar el Imperio; despues de haber sido el hombre del ruido; despues de haber dejado de ser el hombre del silencio. ¿Y qué habia hecho Mad. Recamier? ¿Cuál habia sido su vida?

No he conocido la mayor parte de la existencia, brillante y retirada á la vez, de que voy á ocuparme; de consiguiente me veo en la precision de acudir á autoridades diferentes de la mia, pero que serán irrecusables. En primer lugar, Mad. Recamier me ha referido hechos de que ha sido testigo y me ha comunicado cartas preciosas. Ella ha escrito sobre lo que ha visto, notas cuyo texto me ha permitido consultar y muy rara vez citar. Luego, Mad. de Stael en su correspondencia; Benjamin Constant en sus memorias, impresas unas y manuscritas otras; Mr. Ballanche en un bosquejo de nuestra comun amiga; la duquesa de Abrantes en sus reseñas, y Mad. de Genlis en las suyas, han suministrado materiales en abundancia á mi narracion, y no he hecho mas que anudar unos con otros tantos nombres bellos, llenando los huecos con mi relato, cuando aparecian rotos algunos eslabones de la cadena de los sucesos.

Montaigne dice que los hombres caminan con la boca abierta hacia las cosas futuras; yo tengo la manía de caminar así hacia las cosas pasadas. Todo es placer, especialmente cuando vuelve uno los ojos hacia los primeros años de las personas á quienes ama: así prolonga una vida querida, difunde el cariño que experimenta sobre dias ignorados que resucita, embellece lo que fue con lo que es, y reconstruye una juventud.

INFANCIA DE MAD. RECAMIER.

He visto en Lyon el *Jardin de las Plantas*, formado sobre las ruinas del anfiteatro antiguo, y en los jardines de la antigua *abadía de la Deserte*, destruida en la actualidad: á los piés corren el Ródano y el Saona: á lo lejos se eleva la montaña mas alta de Europa, primera columna miliaria de Italia, con su rótulo blanco por encima de las nubes. Mad. Recamier fue puesta en esa abadía, en donde pasó su infancia detrás de una verja que solo se abria sobre la iglesia exterior al tiempo de alzar de la misa. Entonces se divisaba en la capilla interior del convento á las jóvenes prosternadas. La fiesta de la abadesa era la principal de la comunidad, y la pensionista mas hermosa hacia el cumplimiento de estilo: presentábase con el traje ajustado, trenzados sus cabellos, y la cabeza velada y coronada por mano de sus compañeras: todo esto en silencio, porque la hora de levantarse era una de las que en los monasterios se llamaban del *gran silencio*. Excuso de-

cir que Julieta tenia los honores del dia. Sus padres, establecidos en París, llamaron á su hija al lado suyo. Tomo la siguiente nota de los borradores escritos por Mad. Recamier:

«La víspera del dia en que debia venir á buscarme mi tia, fui conducida al cuarto de la abadesa para recibir su bendicion. Al dia siguiente salí bañada en lágrimas por la puerta que no recordaba se hubiese abierto para dejarme entrar; subí á un carruaje con mi tia, y marchamos á París.

«Dejo con pesar una época tan pura y tranquila para entrar en la de las agitaciones. A veces me la presento como en un vago y dulce ensueño, con sus nubes de incienso, sus ceremonias infinitas, sus procesiones en los jardines, sus cánticos y sus flores.»

Esas horas arrancadas de un piadoso desierto derriban ahora en otra soledad religiosa, sin haber perdido nada de su frescura ni de su armonía.

JUVENTUD DE MAD. RECAMIER.

Benjamin Constant, el hombre de mas imaginacion despues de Voltaire, procuró dar una idea de la primera juventud de Mad. Recamier, bebiendo en el modelo cuyas facciones pretendia bosquejar, una gracia que no le era natural.

«Entre las mujeres de nuestra época, dice, célebres por sus ventajas de figura, talento ó carácter, hay una que quiero retratar. Su belleza la hizo admirar desde luego: su alma se hizo conocer en seguida, y esta pareció todavía superior á la primera. El trato del mundo suministró á su talento el medio de desplegarse, y su talento no fue inferior ni á su belleza ni á su alma.

Contando apenas trece años, y casada con un hombre que ocupado en multitud de negocios no podia guiar su extremada juventud, se halló Mad. Recamier entregada casi enteramente á sí propia en un país que era todavía un caos.

«Muchas mujeres de la misma época han hecho diversamente célebre su nombre en toda Europa: la mayor parte han pasado el tributo á su siglo, unas por amores sin delicadeza, otras por condescendencias culpables hacia las tiranías sucesas así.

«La que describo salió brillante y pura de aquella atmósfera que mancillaba todo lo que no corrompia. La infancia fue primero una salvaguardia para ella, pues el autor de tan bella obra todo lo hacia redundar en beneficio suyo. Alejada del mundo en una sociedad embellecida por las artes, hacia una dulce ocupacion de todos esos estudios encantadores y poéticos que son luego encanto de otra edad.

«Con frecuencia tambien, rodeada de jóvenes compañeras, se entregaba con ellas á juegos bulliciosos. Esbelta y ligera, las aventajaba en correr, ó cubria con un pañuelo sus ojos, que algun dia debian traspasar todas las almas. Su mirada, hoy tan expresiva y profunda, y que parece revelar misterios que ella misma no conoce, solo brillaba entonces con una alegría viva y juguetona. Sus hermosos cabellos, que no pueden desatarse sin causar turbacion en quien los mira, caian entonces sin peligro para nadie sobre sus blancos hombros. Una risa ruidosa y prolongada interrumpia muchas veces sus conversaciones en antiles; pero ya podia notar en ella esa observacion fina y rápida que sabe hallar lo ridiculo, esa malignidad dulce que se chancea sin herir nunca, y sobre todo ese sentimiento exquisito de elegancia, de pureza, de buen gusto, verdadera nobleza nativa, cuyos títulos aparecen impresos en los seres privilegiados.

«La gran sociedad de entonces era demasiado con-

traría á su naturaleza para que ella no prefiriese el retiro. Jamás se la vió en las casas abiertas al primero que llegaba, únicas reuniones posibles cuando toda sociedad cerrada habria parecido sospechosa; en donde todas las clases acudían precipitadamente, porque allí podía hablarse sin decir nada, y encontrarse la gente sin comprometerse; en dónde el mal tono hacia las veces del talento y el desorden las de la alegría. Jamás se la vió en aquella corte del Directorio, en donde el poder era á la vez terrible y familiar, é inspiraba temor, sin librarse por eso del desprecio.

»Sin embargo, Mad. Recamier salía á veces de su retiro para ir al teatro ó á los paseos públicos, y en

estos sitios por todos frecuentados aquellas escasas apariciones eran verdaderos acontecimientos. Quedaba olvidado todo otro objeto en aquellas reuniones inmensas, y todos se precipitaban á verla pasar. El hombre bastante feliz para acompañarla tenia que arrostrar la admiración como un obstáculo: sus pasos se veían á cada momento detenidos por los espectadores, que se apiñaban en torno de ella. Mad. Recamier gozaba de su triunfo con la alegría de una niña y la timidez de una joven pero la graciosa dignidad que la distinguía en su retiro de sus jóvenes amigas, contenía por fuera á la multitud efervescente. No parecia sino que reinaba igualmente con su sola presencia so-



CARLOS X PASA REVISTA A LA GUARDIA NACIONAL.

bre sus compañeras y sobre el público. Así trascurrieron los primeros años del matrimonio de Mad. Recamier, entre ocupaciones poéticas, juegos infantiles en el retiro, y cortas y brillantes apariciones en el mundo.»

Interrumpiendo la narración del autor de *Adolfo*, diré que en aquella sociedad que sucedió al Terror todos tenían aparentar que poseían bogar. Reuniase la gente en los sitios públicos, especialmente en el *Pabellón de Hannover*: cuando yo ví ese pabellón se hallaba abandonado como el salón de una fiesta de ayer ó como un teatro, del que hubiesen desaparecido para

siempre los actores. Allí se habían encontrado jóvenes escapadas de la prisión, á quienes Andrés Chénier habia hecho decir:

Aun no quiero morir.

Mad. Recamier habia encontrado a Danton caminando al suplicio, y muy luego vió algunas de las hermosas víctimas sustraídas á los que á su vez fueron víctimas de su propio furor.

Vuelvo otra vez á Benjamin Constant:

«El ánimo de Mad. Recamier tenia necesidad de

otro alimento. El instinto de lo bello le hacia amar de antemano sin conocerlos á los hombres distinguidos por una reputación de talento y de genio.

»Mr. de Laharpe fue uno de los primeros que supieron apreciar á aquella mujer que debia reunir algun día en torno suyo á todas las celebridades de su siglo. Habíala visto en su infancia; la volvió á encontrar casada, y la conversacion de aquella joven de quince años tuvo mil atractivos para un hombre á quien su excesivo amor propio y el hábito del trato con los hombres de mas talento de Francia hacian muy exigente y difícil.

»Mr. de Laharpe se desprendía al lado de Mad. Recamier de la mayor parte de los defectos que hacian su trato escabroso y casi insostenible. Complaciase en ser su guía, y admiraba la rapidez con que su talento suplía á la experiencia, y comprendía todo cuanto le revelaba acerca del mundo y de los hombres. Era esto en la época de aquella conversacion famosa, que tantas personas han calificado de hipocresía. Yo he considerado siempre esa conversacion como sincera. El sentimiento religioso es una facultad inherente al hombre, y es un absurdo sostener que el fraude y el engaño hayan creado esa facultad. No se pone en el alma humana mas que lo que la naturaleza ha puesto en ella. Las persecuciones, los abusos de autoridad en favor de ciertos dogmas pueden hacernos ilusion á nosotros mismos, y rebelarnos contra lo que experimentaríamos, si no nos lo impusiesen; pero desde que han cesado las causas exteriores, volvemos á nuestra tendencia primitiva; cuando no hay ya valor en resistir, no se halla atractivo en la resistencia. Ahora bien, habiendo quitado la revolucion ese mérito á la incredulidad, los hombres á quienes solo la vanidad hizo incrédulos, pudieron muy bien hacerse religiosos de buena fe.

»Mr. de Laharpe era de ese número; pero conservó su carácter intolerante y esa predisposición amarga que le hacia concebir nuevos odios sin abjurar los antiguos. Sin embargo, con Mad. Recamier desaparecian todas esas espinas de su trato.»

Véanse algunos fragmentos de las cartas de Mr. de Laharpe á Mad. Recamier, de que habla Benjamin Constant:

Sábado 28 de setiembre.

«Qué, señora, ¿llevais vuestra bondad hasta el punto de querer honrar con una visita á un pobre proscripto como yo? Bien podré decir ahora como los antiguos patriarcas, á quienes por otra parte me asemejo tan poco, «que ha venido un ángel á mi morada.» Bien sé que os complacéis en hacer obras de misericordia, pero en los tiempos que corren todo bien es difícil, y este lo mismo que los otros. Debo avisaros, con gran pesar mio, que venir sola es desde luego imposible, por muchas razones, y entre otras, que con vuestra juventud y vuestra hermosura, cuyo esplendor os seguirá por donde quiera, no podríais viajar sin una camarera á quien la pudencia me prohibe confiar el secreto de mi retiro, que no es mio solo. No tendríais, pues, mas que un medio de ejecutar vuestra generosa resolución, que seria ponerlos de acuerdo con Mad. de Clermont, la cual os conduciría un día á su casa de campo, y desde allí os seria muy fácil venir con ella. Ambas á dos estais hechas para apreciaros y amaros mutuamente.....»

»Estoy componiendo en estos momentos una porción de versos, y al hacerlos pienso con frecuencia que podré leerlos algun día á esa hermosa y encantadora Julieta, cuyo talento es tan fino como su mirada, y el gusto tan puro como su alma.

»Tambien os enviaria el fragmento de Adonis que os gusta, aunque para mí es ya algo profano; pero

quisiera la promesa de que no saldrá de vuestras manos....»

»Adios, señora; me dejo llevar con vos de ideas que cualquiera otro que vos encontraria extraño dirigir á una persona de diez y seis años; pero sé que vosotros diez y seis años están solo en vuestro semblante.»

Sábado.

«Mucho tiempo hace, señora, que no he tenido el placer de conversar con vos, y si estais segura, como debéis estarlo, de que esta es una de mis privaciones, no me hareis reconvencciones por ello.

Habéis leído en mi alma; habeis visto que llevaba en ella el luto de las desgracias públicas y el de mis propias faltas, y he debido conocer que esta triste posición formaba un contraste sobrado fuerte con todo el esplendor que rodea vuestra edad y vuestros encantos. Hasta temo que se haya hecho revelar algunas veces en los pocos momentos que me ha sido permitido pasar con vos, y reclamo por ello vuestra indulgencia. Pero en la actualidad, señora, que la Providencia parece mostrarnos muy de cerca un porvenir mas halagüeño, ¿á quién mejor que á vos podria confiar la alegría que me infunden tan dulces esperanzas y que yo creo tan próximas? ¿Quién ocupará mas preferente lugar que vos en los regocijos particulares que se mezclarán á la pública alegría? Entonces seré mas susceptible y menos indigno de las dulzuras de vuestra encantadora sociedad, ¿y por cuán feliz me tendria en poder contribuir á ello en algo! Si os dignais dar el mismo valor al fruto de mi trabajo, seréis siempre la primera á quien me apresuraré á presentarlo en homenaje. Entonces no mas contradicciones ni obstáculos: siempre me hallareis á vuestras órdenes, y espero que nadie podrá censurarme por esa preferencia; pues diré, ahí teneis á la que en la edad de las ilusiones, y con todas las ventajas brillantes que pueden disculparlas, conoció toda la nobleza y delicadeza de los procedimientos de la mas pura amistad, y en medio de todos los homenajes se acordó de un proscripto: ahí teneis aquella cuya juventud y gracias he visto crecer en medio de una corrupcion general que no pudo contaminarlas nunca, á aquella cuya razon de diez y seis años avergonzó muchas veces á la mia, y estoy seguro de que nadie osará contradecirme.»

La tristeza de los sucesos, de la edad y de la religion, oculta bajo una expresion tierna, ofrece en estas cartas una mezcla singular de ideas y de estilo. Volvamos otra vez á la narración de Benjamin Constant:

«Llegamos á la época en que Mad. Recamier se vió por la primera vez objeto de una pasión fuerte y perseverante. Hasta entonces habia recibido homenajes unánimes de parte de todos los que no la conocian; pero su género de vida no presentaba en ninguna parte centros de reunión en donde pudiese haber seguridad de encontrarla. Ella no recibía nunca en su casa, y no se habia formado aun sociedad en donde pudiese penetrarse todos los días para verla y tratar de agradarle.

»En el verano de 1799 fué Mad. Recamier á habitar el palacio de Clichy, á un cuarto de legua de París. Un hombre, célebre despues por diferentes géneros de pretensiones, y mas célebre todavía por las ventajas que rehusó que por los triunfos que obtuvo, Luciano Bonaparte, hizo que le presentasen á Mad. Recamier.

»Hasta entonces no habia aspirado este mas que á conquistas fáciles, y no habia estudiado para obtenerlas mas que los medios de novela que su poco conocimiento de mundo le hacia creer infalibles. Es posible que le sedujese en un principio la idea de cautivar á la

mujer mas hermosa de su época. Joven, jefe de un partido en el consejo de los *Quinientos*, hermano del primer general del siglo, se sentia lisonjeado con reunir en su persona los triunfos de un hombre de Estado y las coronas de un amante.

«Ocurrióle apelar á una ficcion para declarar su amor á Mad. Recamier, y componiendo una carta de *Romeo á Julieta*, la envió como obra suya á la que llevaba el mismo nombre.»

«Véase esa carta de Luciano, conocida de Benjamin Constant. En medio de las revoluciones que han agitado el mundo verdadero, es curioso ver á un Bonaparte internarse en el mundo de las ficciones.

Carta de Romeo á Julieta por el autor de la tribu india.

Venecia 29 de julio.

«Romeo os escribe, Julieta: si os negáseis á leerme, seríais mas cruel que nuestros padres, cuya largas contiendas acaban al fin de apaciguarse: sin duda esas terribles contiendas no volverán á renacer...»

«Hace pocos dias que solo os conocia por la fama. Algunas veces os habia visto en los templos y en las fiestas: sabia que érais la mas hermosa; mil labios repetian vuestros elogios, y vuestros atractivos me habian llamado la atencion sin deslumbrarme... ¿Por qué la paz me ha entregado á vuestro imperio? La paz está en nuestras familias, pero la turbacion se halla en mi corazon.»

«¿Recordais aquel dia en que me presentaron á vos por la primera vez? Celebráramos en un banquete numeroso la reconciliacion de nuestros padres. Volvia del Senado en donde los disturbios suscitados á la república habian causado una viva impresion...»

«Llegásteis vos, y todos entonces se apresuraron á salir al encuentro.—¿Qué hermosa estis decian.»

«La multitud pobló por la tarde los jardines de Beilmar. Los importunos que abundan por todas partes se apoderaron de mí: aquella vez no tuve con ellos paciencia ni afabilidad; ¡tenianme alejado de vos!... Quise daros cuenta de la turbacion que se apoderaba de mí: conocí el amor, y quise dominarle: me sentí arrastrado, y abandoné con vos aquel sitio de regocijos.»

«Despues os volví á ver, y el amor pareció sonreirme. Sentada un dia á la orilla del agua, deshojábais inmóvil y pensativa una rosa: viéndome solo á vuestro lado, hablé... oí un suspiro... ¡vana ilusion! Vuelto en mí de mi error, vi la indiferencia con frente serena sentada entre nosotros dos... La pasion que me domina rebosaba en mis discursos, y los vuestros llevaban el amable y cruel sello de la infancia y de la chanza.»

«Todos los dias desearia veros como si el dardo no estuviese aun bastante fijo en mi corazon. Los momentos en que os veo sola son muy escasos, y esis jóvenes venecianos que os rodean y os dicen lisonjas y galanterías me son insoportables. ¡Puede hablarse á Julieta como á las demás mujeres! He querido escribiros: me conoceréis y no sereis incrédula. Mi alma está inquieta y tiene sed de sentimientos. Si el amor no ha conmovido el vuestro; si Romeo no es á vuestros ojos mas que un hombre vulgar, ¡oh! os conjuro por los lazos que me habeis impuesto, sed conmigo severa; no me sonriais mas, por piedad; no me habeis mas; rechazadme lejos de vos. Decidme que me aleje, y si puedo ejecutar esa orden rigurosa, recordad al menos que Romeo os amará siempre, que nadie ha reinado nunca en él como Julieta, y que él no puede ya renunciar á vivir para ella, al menos en el recuerdo.»

Para un hombre de sangre fria, todo esto es algo ridiculo: los Bonapartes vivian de teatros, de novelas y de versos: la vida del mismo Napoleon, ¿qué otra cosa es sino un poema?

Benjamin Constant continúa comentando lo esta carta:

«El estilo de esta carta es visiblemente imitado de todas las novelas que han pintado las pasiones, desde *Werther* hasta *La Nueva Eloisa*. Mad. Recamier reconoció fácilmente en muchas circunstancias minuciosas que era ella el objeto de la declaracion que se le presentaba como una simple lectura. No estaba bastante acostumbrada al lenguaje directo del amor para que le advirtiese la experiencia de que quizás no era todo sinceridad en las expresiones; pero un instinto justo y seguro se lo hacia adivinar. Ella respondió con sencillez, hasta con alegría, y mostró mucha mas indiferencia que inquietud. No se necesitó mas para que Luciano experimentase realmente la pasion que en un principio habia exagerado un poco.»

«Las castas de Luciano van siendo mas verdaderas y elocuentes á medida que mas se apasiona; pero siempre se nota en ellas la ambicion de adornos, la necesidad de ponerse en actitud: no acierta á dormirse sino arrojándose en los brazos de *Morfeo*. En medio de su desesperacion se pinta entregado á las grandes ocupaciones que le rodean: admírase de que un hombre como él vierta lágrimas; pero en toda esa mezcla de declamaciones y frases hay, sin embargo, elocuencia, sensibilidad y dolor. En fin, en una carta llena de pasion, en que escribe á Mad. Recamier: «No puedo aborrecerlos, pero sí matarme.» dice de repente, como reflexion general: «Olvido que el amor no se arranca, sino que se obtiene.» En seguida añade: «Despues que recibí vuestro billete he recibido otros muchos diplomáticos: he sabido una noticia que el rumor público habia hecho llegar sin duda á vuestros oidos. Las felicitaciones me rodean me aturden... Me hablan de cosas que no sois vos.» En seguida viene otra exclamacion: «¡Qué débil es la naturaleza en comparacion del amor!»

«Esa noticia, que encontraba insensible á Luciano, era, no obstante, una noticia inmensa: el desembarco de Bonaparte á su regreso de Egipto.»

«Acababa de desembarcar un nuevo destino con sus promesas y sus amenazas: el 18 brumario no debia hacerse esperar mas de tres semanas.»

«Libre apenas del peligro de aquella jornada que ocupará siempre un lugar tan grande en la historia, escribia Luciano á Mad. Recamier: «¡Vuestra imagen se me ha aparecido! Habríais tenido mi último pensamiento.»

CONTINUACION DE LA CARTA DE BENJAMIN CONSTANT.—
MAD. DE STAEL.

«Mad. Recamier contrajo con una mujer, mucho mas ilustrada que célebre era Mr. de Laharpe, una amistad que de dia en dia se fue haciendo mas íntima, y que dura todavía.»

«Habiendo sido borrado Mr. Necker de la lista de los emigrados, encargó á su hija, Mad. de Stael, que vendiese una casa que tenia en París. Compróla Mad. Recamier, y esta fue para ella una ocasion de ver á Mad. Stael.»

«La vista de aquella mujer célebre le infundió al pronto una excesiva timidez. Mucho se ha hablado acerca de la figura de Mad. de Stael. Pero una mirada altiva, una sonrisa dulce, una expresion habitual de benevolencia, la carencia de toda afectacion minuciosa y de toda reserva embarazosa; palabras halagüenas, lisonjas algo directas, pero que parecian arrancadas al entusiasmo; una variedad inagotable de conversacion, asombraban, atraian y le conciliaban á todos los que la trataban. No conozco mujer ni aun hombre alguno que mas convencido estuviese

Coppet 30 de abril.

«Sabeis, hermosa Julieta, que mis amigos me han lisonjeado con la idea de que vendríais aquí? ¿No podríais concederme ese gran placer? La felicidad no me ha mimado hace algun tiempo, y tendria por una gran fortuna vuestra llegada, que me daría esperanzas para todo lo que yo deseo. Adriano y Mateo dicen que vendrán; si viniérais con ellos, un mes de permanencia aquí bastaría para mostraros nuestra brillante naturaleza. Mi padre dice que deberíais elegir á Coppet para domicilio vuestro, y que desde aquí haríamos nuestras excursiones. Mi padre desea ardientemente veros. Ya sabeis lo que se ha dicho de Homero:

Por boca del anciano
La belleza elogiaste.

«Y aparte de esa belleza, sois encantadora.»

VIAJE DE MAD. RECAMIER A INGLATERRA.

Durante la corta paz de Amiens, Mad. Recamier hizo un viaje á Londres con su madre, y llevó cartas de recomendacion del anciano duque de Guignes, embajador en Inglaterra treinta años antes. Este habia mantenido correspondencia con las mujeres mas brillantes de su época: la duquesa de Devonshire, lady Melbourne, la marquesa de Salisbury, y la margrave de Auspach, de quien habia estado enamorado. Su embajada era todavía célebre, y su recuerdo se conservaba vivo en aquellas respetables señoras.

Tal es el poder de la novedad en Inglaterra, que al dia siguiente se leia en las gacetas la llegada de la beldad extranjera. Mad. Recamier recibió las visitas de todas las personas á quienes habia enviado sus cartas. Entre aquellas personas, la mas notable era la duquesa de Devonshire, de edad de cuarenta y cinco á cincuenta años. Era todavía mujer á la moda y bella, aunque privada de un ojo, cuya falta disimulaba con un bucle de sus cabellos. La primera vez que Mad. Recamier se presentó en público fue con ella. La duquesa la llevó á la Ópera á su palco, en donde se hallaban el príncipe de Gales, el duque de Orleans y sus hermanos, el duque de Montpensier y el conde de Beaujolais: los dos primeros debian llegar á ser reyes: el uno tocaba al trono; el otro se hallaba todavía separado de él por un abismo.

Los anteojos y las miradas se volvieron hacia el palco de la duquesa. El príncipe de Gales dijo á Mad. Recamier que, si no queria verse ahogada, debia salir antes de terminarse el espectáculo. Apenas se puso en pié, las puertas de los palcos se abrieron precipitadamente: nada logró evitar, y fue conducida por las oleadas de la multitud hasta su carruaje.

Al dia siguiente fué Mad. Recamier al parque de Kensington, acompañada del marqués de Douglas, mas adelante duque de Hamilton, y que despues recibió á Carlos X en Holy-Rood, y de su hermana la duquesa de Somerset. La multitud se precipitaba al paso de la extranjera, efecto que se reprodujo siempre que se mostró en público: los periódicos hacian resonar su nombre, y su retrato, grabado por Bartolozzi, fue difundido por toda Inglaterra. El autor de *Antigone*, Mr. Ballanche, añade que fue llevado en buques hasta las islas de la Grecia: la belleza volvia á los sitios en donde habia sido inventada su imagen. Existen de Mad. Recamier un boceto, por David; un retrato de cuerpo entero, por Gerard, y un busto, por Canova. El retrato es la obra maestra de Gerard; pero no me gusta, porque reconozco en él las facciones sin reconocer la expresion del modelo.

La víspera de la marcha de Mad. Recamier, el

se de su inmensa superioridad sobre todo el mundo, y que menos hiciese pesar esa conviccion sobre los demás.

«No habia cosa mas interesante que las conversaciones de Mad. de Stael y Mad. Recamier. La rapidez de la una en expresar conceptos nuevos, y la rapidez de la segunda en comprenderlos y juzgarlos; aquel ánimo varonil y fuerte que todo lo descubria, y aquel ánimo delicado y fino que todo lo comprendia; aquellas revelaciones de un genio ejercitado comunicadas á una inteligencia joven, digna de recibirlas: todo esto formaba una reunion que es imposible pintar sin haber tenido la dicha de haber sido testigo uno mismo.»

«La amistad de Mad. Recamier hacia Mad. de Stael se fortaleció con un sentimiento que ambas á dos experimentaban; el amor filial. Mad. Recamier amaba tiernamente á su madre, mujer de raro mérito, cuya salud inspiraba ya temores, y á quien su hija no cesa de echar de menos desde que la perdió. Mad. Stael habia consagrado á su padre un culto que la muerte habia hecho mas y mas exaltado. Elocuente siempre en su modo de expresarse, lo es mas todavía cuando habla de él. Su voz conmovida, sus ojos dispuestos á empaparse en lágrimas; la sinceridad de su entusiasmo conmovian el alma hasta de aquellos que no participaban de sus opiniones acerca de aquel hombre célebre. Muchas veces se han ridiculizado los elogios que ella le prodigaba en sus escritos; pero cuando se la ha oído sobre el particular, es imposible convertirlos en objeto de burla, porque nada que es verdadero es ridiculo.»

Las cartas de Corina á su amiga Mad. Recamier principiaron en la época á que alude aquí Benjamin Constant, y tienen un encanto que casi participa del amor. Daré á conocer algunas de ellas.

CARTA DE MAD. STAEL Á MAD. RECAMIER.

Coppet 9 de setiembre.

«Os acordais, hermosa Julieta, de una persona á quien prodigásteis muestras de interés este invierno, y que se lisonjea de hacerosla duplicar el invierno próximo? ¿Cómo gobernais el imperio de la belleza? Ese imperio se os concede con gusto, porque sois eminentemente buena, parece natural que un alma tan dulce tenga un rostro encantador que la refleje. De todos vuestros admiradores ya sabeis que prefiero á Adriano de Montmorency. He recibido cartas suyas, notables por su talento y su gracia, y creo en la solidez de sus afectos, á pesar del encanto de sus maneras. Por lo demás, la palabra *solidez* me conviene á mí, que no aspiro sino á un puesto bien secundario en su corazon. Pero vos, que sois la heroína de todos los sentimientos, estais expuesta á los grandes sucesos de que se hacen las tragedias y las novelas. El mio se extiende al pié de los Alpes, y espero que lo leeréis con interés. Me complace en esta ocupacion.»

«En medio de todos esos triunfos, lo que sois y lo que seguireis siendo, es un ángel de pureza y de hermosura, y tendreis el culto de los devotos y de los mundanos... ¿Habeis vuelto á ver al autor de *Atala*? ¿Continuáis en Clichy? En fin, os pido noticias vuestras. Me complace en saber lo que haceis, en representarme los sitios que habitais. ¿No es todo un cuadro en los recuerdos que de vos se conservan? A este entusiasmo tan natural hacia vuestras raras cualidades se junta el mucho atractivo de vuestra sociedad. Os ruego que acepteis con benevolencia todo cuanto os ofrezco, y prometedme que nos veremos con frecuencia el invierno próximo.»

príncipe de Gales y la duquesa de Devonshire le pidieron que los recibiese y reuniese en su casa algunas personas de su sociedad. Hubo una especie de concierto, en el que ella tocó con el caballero Marin, primer arpista de aquella época, unas variaciones sobre un tema de Mozart. Aquel sarao fue citado en los diarios públicos como un concierto que la hermosa extranjera había dado al marcharse al príncipe de Gales.

Al día siguiente se embarcó para el Haya, y empleó tres días en hacer una travesía de diez y seis horas. Me ha referido que en esos días, mezclados de tempestades, leyó de seguida *El Genio del Cristianismo*, el cual me reveló á ella; según su benévola expresión. Reconozco en eso la bondad que los vientos y el mar han tenido siempre hacia mí.

Cerca del Haya visitó el palacio del príncipe de Orange. Habiéndole hecho prometer este príncipe que iría á ver aquella mansión, le escribió muchas cartas, en que le hablaba de sus reveses y de su esperanza de vencerlos: Guillermo IV llegó, en efecto, á ser monarca. En aquellos tiempos se intrigaba para ser rey como hoy para ser diputado, y aquellos candidatos á la soberanía se apresuraban á ponerse á los pies de Mad. Recamier, como si esta dispusiese de las coronas.

Este billete de Bernadotte, que reina hoy en Suecia, terminó el viaje de Mad. Recamier á Inglaterra.

«Los diarios ingleses, calmando mi ansiedad por vuestra salud, me han hecho saber los peligros á que habeis estado expuesta. En un principio censuré al pueblo de Londres por su excesivo apresuramiento á rodearos; pero os confieso que muy pronto lo encontré digno de excusa, porque yo soy parte interesada cuando hay que justificar á las personas que se hacen indiscretas por admirar los encantos de vuestra celestial figura.

«En medio del esplendor que os rodea y que merecis por tantos títulos, dignos recordar alguna vez que el ser que os es mas afecto en la naturaleza es

»BERNADOTTE.»

PRIMER VIAJE DE MAD. DE STAEL A ALEMANIA.—MAD. RECAMIER EN PARIS.

Amenazada Mad. de Stael con el destierro, intentó establecerse en Maffliers, casa de campo á ocho leguas de París. Aceptó la proposición que le hizo madama Recamier, de vuelta de Inglaterra, de pasar algunos días con ella en Saint-Brice, y en seguida volvió á su primer asilo. Lo que entonces le sucedió lo refiere en los *Diez años de destierro*.

«Hallábame á la mesa, dice, con tres amigos míos en una pieza, desde donde se veía el camino real y la puerta de entrada. Era á fines de setiembre; á las cuatro de la tarde: llega un hombre con traje gris, á caballo, y llama; yo estaba segura de lo que me esperaba: preguntó por mí, y le recibí en el jardín. Al acercarme á él me llamaron la atención el aroma de las flores y la belleza del sol. ¡Las sensaciones que experimentamos por las combinaciones de la sociedad son tan diferentes de las que provienen de la naturaleza! Aquel hombre me dijo que era el comandante de la gendarmería de Versailles... Enseñóme una carta, firmada por Bonaparte, que contenía la orden de alejarse á cuarenta leguas de París; y añábase en ella que me hiciesen partir dentro de veinte y cuatro horas, tratándome, sin embargo, con todas las consideraciones debidas á una mujer de nombre conocido... Contesté al oficial que marchar en el término de veinte y cuatro horas era cosa propia de concriptos, pero

no de una mujer y niños. En su consecuencia le propuse que me acompañase á París, en donde necesitaba tres días para hacer los preparativos de mi viaje. Subí, pues, á mi carruaje con mis hijos y aquel oficial, á quien se había elegido como el mas instruido de los gendarmes. En efecto, hizome varios cumplidos acerca de mis escritos. «Ya veis, caballero, le dije, á lo que conduce el ser mujer de talento. Quitádselo de la cabeza á las personas de vuestra familia si teneis ocasion.» Traté de hacerme superior apelando á mi orgullo; pero sentía desgarrado mi corazón.

«Detúveme algunos instantes en casa de Mad. Recamier, en donde encontré al general Junot, que por consideracion á ella prometió ir al día siguiente á hablar al primer cónsul. Hizolo en efecto con el mayor calor...

«La vispera del día que se me había concedido hizo José Bonaparte una tentativa...

«Ytme obligada á aguardar la respuesta en una posada á dos leguas de París, no atreviéndome á volver á mi casa en la ciudad. Trascurrió un día sin que llegase esa respuesta. No queriendo llamar la atención sobre mí permaneciendo mas tiempo en la posada en que estaba, di la vuelta á las murallas de París para buscar otra, á dos leguas tambien de la capital, pero en camino diferente. Esa vida errante á cuatro pasos de mis enemigos, y de mi morada me causaba un dolor de que no puedo acordarme sin estremecerme.»

Mad. de Stael, en vez de volver á Coppet, emprendió su primer viaje de Alemania. Por esta época me escribió acerca de la muerte de Mad. de Beaumont la carta que he citado en mi primer viaje de Roma.

Mad. Recamier reunia en su casa en París todo lo mas distinguido que habia en los partidos oprimidos y en las opiniones que no habian cedido todo á la victoria. Veíanse allí las notabilidades de la antigua monarquía y del nuevo imperio: los Montmorency, los Sabran, los Lamoignon, los generales Massena, Moreau y Bernadotte; aquel destinado al destierro, este al trono. Los extranjeros ilustres concurrían allí tambien: el príncipe de Orange, el príncipe de Baviera, el hermano de la reina de Prusia la rodeaban, como en Londres el príncipe de Gales tenia á orgullo el llevar su chal. El atractivo era tan irresistible, que Eugenio de Beauharnais y hasta los ministros del emperador iban á aquellas reuniones. Bonaparte no podia sufrir el triunfo de otro, aun cuando éste fuese una mujer. «¿Desde cuándo, decía, se celebra el consejo en casa de Mad. Recamier?»

PROYECTOS DE LOS GENERALES.—RETRATO DE BERNADOTTE.—PROCESO DE MOREAU.—CARTAS DE MOREAU Y DE MASSENA A MAD. RECAMIER.

Vuelvo de nuevo á la narracion de Benjamin Constant. «Desde mucho tiempo, Bonaparte, que se había apoderado del gobierno, caminaba abiertamente á la tiranía. Los partidos mas opuestos se exasperaban contra él, y mientras que la masa de ciudadanos se dejaba enervar aun por el reposo que se le prometía, los republicanos y los realistas deseaban un trastorno. Monsieur de Montmorency pertenecía á estos últimos por su nacimiento, sus relaciones y sus opiniones. Madama Recamier solo se mezclaba en la política por su interés generoso hacia los vencidos de todos los partidos. La independencia de su carácter la alejaba de la corte de Napoleon, de la que había rehusado formar parte. Mr. Montmorency, imaginó confiarle sus esperanzas; le pintó el restablecimiento de los Borbones con colores propios para excitar su entusiasmo, y le dió el encargo de coaglar á dos hombres importantes entonces en Francia, Bernadotte y Moreau, para ver si podían reunirse contra Bonaparte.

Ella conocia mucho á Bernadotte, que despues fue príncipe real de Suecia. Cierta mezcla de caballeresco en la figura, de nobleza en las maneras y de finura en el talento, hacia de él un hombre notable. Valiente en los combates, osado en la ocasion, pero tímido en los actos que no eran militares, irresoluto en todos sus proyectos: una cosa que agradaba en él á primera vista, pero que al mismo tiempo servia de obstáculo á toda combinacion con él, era su hábito de de arengar, resto de su educacion revolucionaria, que nunca le abandonó. A veces tenia arranques de una verdadera elocuencia; lo sabia, y le gustaba ese género de triunfo, y cuando entraba en la esplanacion de alguna idea general relativa á lo que hubiese oido en los clubs ó en la tribuna, perdía de vista todo lo que le ocupaba, y no era mas que un orador apasionado. Tal apareció en Francia en los primeros años del reinado de Bonaparte, á quien siempre odió y fue siempre sospechoso, y tal se ha mostrado en estos últimos tiempos en medio del trastorno de la Europa, cuya emancipacion se le debe porque tranquilizó á los extranjeros, mostrándoles un francés dispuesto á marchar contra el tirano de la Francia y que sabia no decir mas que lo que podia influir sobre su nacion.

«Todo lo que ofrece á una mujer ocasion de ejercer su poder le es siempre agradable. Había además en la idea de concitar contra el despotismo de Bonaparte á hombres importantes por sus dignidades y su gloria cierta cosa de generosidad y nobleza que debía tentar á Mad. Recamier. Así fue que esta se prestó á los deseos de Mr. de Montmorency, y reunió con frecuencia en su casa á Bernadotte y á Moreau. Este vacilaba, aquel declamaba, M. Recamier tomaba los discursos indecisos de Moreau por un principio de resolucion, y las arengas de Bernadotte como una señal del hundimiento de la tiranía. Por su parte los dos generales estaban altamente satisfechos de ver halagado su descontento por tanta belleza, talento y gracia. Había en efecto algo de caballeresco y poético en aquella mujer tan jóven y seductora que les hablaba de la libertad de su patria. Bernadotte repetía sin cesar á Mad. Recamier que había nacido para electrizar al mundo y para crear seides.»

Al notar la finura de esta pintura de Benjamin Constant, presiso es decir que Mad. Recamier jamás habría entrado en aquellos intereses políticos sin la irritacion que sentia por el destierro de Mad. de Stael. El futuro rey de Suecia tenia la lista de los generales apegados aun al partido de la independencia, pero no figuraba entre ellos el nombre de Moreau: este era el único que podia oponerse al de Napoleon; pero Bernadotte ignoraba quién era ese Bonaparte cuyo poder atacaba.

Mr. Moreau dió un baile, al que asistió toda europa, excepto la Francia, que se hallaba representada solo por la oposicion republicana. Durante aquella fiesta, el general Bernadotte condujo á Mad. Recamier á un gabinete, adonde solo les signió el ruido de la música que pudiera recordarles donde estaban. Moreau pasó á aquel gabinete, y Bernadotte le dijo despues de largas explicaciones: «Con un nombre popular sois el único entre nosotros que puede presentarse apoyado por todo un pueblo: ved lo que podeis y lo que podemos nosotros guados por vos.» Moreau repitió lo que había dicho muchas veces: «Que conocia el peligro de que estaba amenazada la libertad, que era preciso vigilar á Bonaparte, pero que tenia la guerra civil.»

Esta conversion se prolongaba, y se iba animando: Bernadotte se exaltó, y dijo al general Moreau. «No os atreveis á tomar la causa de la libertad! Pues bien; Bonaparte se burlará de ella y de vos: ella perecerá, á pesar de nuestros esfuerzos, y vos quedareis

envuelto en su ruina sin haber combatido.» Palabras proféticas.

La madre de Mad. Recamier estaba relacionada con Mad. Hulot, madre de Mad. Moreau, y Mad. Recamier había contraído con esta última una de esas relaciones de infancia que tanto agrada continuar en el mundo.

Durante el proceso del general Moreau, Mad. Recamier pasaba su vida en casa de Mad. Moreau. Esta se quejó á su amiga de que su marido se lamentaba de no haberla visto todavía entre el público que poblaba la sala y el tribunal. Mad. Recamier se dispuso para asistir á la audiencia al día siguiente de aquella conversacion. Uno de los jueces, Mr. Brillat-Savarin, se encargó de hacerle entrar por una puerta particular que daba al anfiteatro. Al entrar se quitó el velo y recorrió de una mirada la fila de los acusados á fin de buscar en ella á Moreau. Esté la reconoció, se levantó y la saludó. Todas las miradas se fijaron en Mad. Recamier, la cual se apresuró á bajar los escalones del anfiteatro para llegar al sitio que le estaba destinado. Los acusados eran en número de cuarenta y siete, y ocupaban las gradas colocados enfrente de los jueces del tribunal. Cada acusado se hallaba entre dos gendarmes, y estos soldados mostraban al general Moreau deferencia y respeto.

Notábase allí á Mr. de Polignac y á Mr. de Rivière, y especialmente á Mr. Jorje Cadoudal. Pichegru, cuyo nombre permanecerá unido al de Moreau, faltaba, no obstante, á su lado, ó mas bien se creia ver allí su sombra, pues se sabia que faltaba tambien en la prision.

No era aquello cuestion de republicanos: era la fidelidad realista que luchaba contra el nuevo poder: sin embargo, esa causa de la legitimidad y de sus nobles partidarios tenia por jefe á un hombre del pueblo, á Jorge Cadoudal. Viéronle allí con el pensamiento de que aquella cabeza tan piadosa é intrépida iba á caer sobre el cadalso, y que quizá solo Cadoudal no se salvaria, porque nada haria para conseguirlo. El no defendía sino á sus amigos, y en cuanto á lo que hacia relacion á él, todo lo confesaba. Bonaparte no fue tan generoso como quiere suponérsele: once personas adictas á Jorge perecieron con él.

Moreau no habló. Terminada la audiencia, el juez que había introducido á Mad. Recamier fué á buscarla. Esta atravesó el estrado por el lado opuesto á aquel por que había entrado, y costó los bancos de los acusados. Moreau bajó seguido de sus dos gendarmes, y llegó á estar separado de ella solo por una balaustrada. Tartamudeó algunas palabras que Mad. Recamier no pudo comprender por lo sobrecogida que estaba, y queriendo responderle, le faltó la voz.

Hoy que los tiempos han mudado y que el nombre de Bonaparte parece solo llenarlos, no es fácil imaginar de cuán poco pendia aun su poder. La noche que precedió á la sentencia, y durante la cual estuvo reunido el tribunal, todo París estuvo en alarma. Oleadas de gente afluían al palacio de Justicia. Jorge no quiso implorar gracia, y respondió á los que querian pedirle: «¿Me prometeis una ocasion mas bella de morir?»

Moreau, condenado á ser deportado, se puso en camino para Cádiz, desde donde debía pasar á América. Mad. Moreau fué á reunirse con él. Mad. Recamier estaba á su lado al marchar. La vió abrazar á su hijo en la cuna y volver en seguida para abrazarle de nuevo: condújola á su carruaje, y scibió su último adios.

El general Moreau escribió desde Cádiz esta carta á su generosa amiga:

Cádiz 12 de octubre de 1804.

«Señora: creo que tendrís algun placer en saber

noticias de dos fugitivos á quienes habeis mostrado tanto interés. Despues de sufrir fatigas de toda especie por tierra y por mar, esperábamnos descansar en Cádiz, cuando ha venido á asediarnos en esta ciudad la fiebre amarilla, que puede compararse en cierto modo á los males que acabamos de experimentar.

»Aunque el parto de mi mujer nos ha obligado á permanecer aquí un mes, durante la enfermedad, hemos sido bastante felices para preservarnos del contagio; uno solo de nuestros criados ha sido atacado.

»Al fin nos hallamos en Chiclana, lindísima aldea á pocas leguas de Cádiz, gozando de buena salud, y mi esposa en plena convalecencia, despues de haberme dado una hija que está robusta.

»Persuadida mi esposa de que tomareis tanto interés en este suceso como en todo lo que nos ha ocurrido, me encarga que os lo comunique y os trasmita sus recuerdos.

»No os hablo del genero de vida que llevamos, pues es escésivamente fastidioso y monotonó; pero al menos respiramos con libertad, aunque en país de inquisicion.

»Os ruego, señora, que recibais la seguridad de mi respetuoso afecto, y me creais por siempre vuestro muy humilde y obediente servidor.

»V. MOREAU.»

Esta carta está fechada en Chiclana, sitio que parece prometer con gloria un reinado seguro al duque de Angulema; y sin embargo no ha hecho mas que aparecer en esta orilla tan fatalmente como Moreau, á quien se ha creído consagrado á los Borbones. Moreau en lo íntimo de su alma estaba consagrado á la libertad; y cuando tuvo la desgracia de asociarse á la coalicion, solo se trataba á sus ojos de combatir el despotismo de Bonaparte. Luis XVIII decía á Mr. de Montmorency, que deploraba la muerte de Moreau como una gran pérdida para la corona: «No tan grande, Moreau era republicano.» Este general no volvió á Europa sino para tropezar con la bala sobre la que el dedo de Dios habia grabado su nombre.

Moreau me recuerda otro ilustré capitán, Massena. Este iba al ejército de Italia, y pidió á Mad. Recamier una cinta blanca de su adorno. Un día recibió ella este billete de letra de Massena:

«La cinta encantadora dada por Mad. Recamier ha sido llevada por el general Massena en la batalla y en el bloqueo de Génova; nunca se ha separado del general, y la victoria lo ha favorecido constantemente.»

Las costumbres antiguas se abren paso á través de las nuevas, de que forman la base. La galantería del caballero noble se encontraba en el soldado plebeyo el recuerdo de los torneos y de las cruzadas se hallaba oculto en aquellos hechos de armas con que la Francia moderna coronó sus antiguas victorias. Gisher, compañero de Carlo-Magno, no se engalanaba en los combates con los colores de su dama. «Llevaba, dice el monje de Saint-Gall, siete, ocho y hasta nueve enemigos ensartados en su lanza como ranas.» Gisher precedía y Massena seguía á la época de la caballería.

MUERTE DE MR. NECKER.—REGRESO DE MAD. DE STAEL.—MAD. RECAMIER EN COPPET.—EL PRINCIPE AUGUSTO DE PRUSIA.

Mad. de Stael supo en Berlin la enfermedad de su padre y se apresuró á volver; pero Mr. Necker habia muerto antes de que llegase á Suiza.

Por este tiempo tuvo lugar la ruina de Mr. Recamier: Mad. de Stael supo muy pronto este desgraciado suceso, y escribió al momento á su amiga madama Recamier:

Ginebra 17 de noviembre.

«Ay, querida Julieta! ¡Qué dolor me ha causado la terrible noticia que recibí! ¡Cuánto maldigo el destierro que no me permite estar á vuestro lado, y estrecharos contra mi corazón! Habeis perdido todo lo que contribuye á la felicidad y á la dulzura de la vida; pero si fuese posible ser mas amada y mas interesante de lo que antes érais, eso seria lo que os habria sucedido. Voy á escribir á Mr. Recamier, á quien compadezco y venero. Pero decidme, ¿seria un sueño veros aquí este invierno? Si quisiérais, podríais pasar aquí tres meses en un círculo estrecho, en el que seríais cuidada con pasion; pero en París también inspirábais ese mismo sentimiento. En fin, al menos, en Lyon, adonde hasta mis cuarenta leguas alcanzan, iré para veros, para abrazaros, para deciros que he sentido hacia vos mas ternura que hacia ninguna otra mujer que haya conocido. Nada sé deciros como consuelo, sino que sereis amada y considerada mas que nunca, y que los admirables rasgos de vuestra generosidad y de vuestra beneficencia serán conocidos á vuestro pesar con esta desgracia como nunca lo habrían sido sin ella. Seguramente, comparando vuestra situacion con lo que era, habeis perdido; pero si me fuese posible envidiar lo que amo, daría gustosa todo cuanto soy por ser lo que vos. Belleza sin igual en Europa, reputacion sin mancha, carácter altivo y generoso; ¡cuánta felicidad aun en esta triste vida, por la que uno camina tan despojado! Querida Julieta, que nuestra amistad se estreche mas y mas, que no se limite á servicios generosos, que todos han venido de vos, sino que sea una necesidad reciproca de confiarse sus pensamientos, una vida en comun. Querida Julieta, vos sois quien me hará volver á París, porque sereis siempre una persona omnipotente y nos veremos todos los dias; y como sois mas joven que yo, me cerrareis los ojos, y mis hijos serán vuestros amigos. Mi hija ha llorado esta mañana por mí y por vos. Querida Julieta, ese lujo que os rodeaba, nosotros lo hemos disfrutado: vuestra fortuna ha sido la nuestra, y me siento arruinada porque no sois ya rica. Creedme, queda felicidad cuando no se ha hecho amar así.

»Benjamin quiere escribros, y está muy conmovido. Mateo de Montmorency me escribe acerca de vos una carta muy tierna. Querida amiga, que vuestro corazón se conserve tranquilo en medio de tantos dolores. ¡Ay! Ni la muerte, ni la indiferencia de vuestros amigos os amenazan, y estas son las heridas eternas. ¡Adios, querido ángel; adios! Beso con respeto vuestro rostro encantador...»

Esparciose un nuevo interés sobre Mad. Recamier: esta abandonó la sociedad sin quejarse, y pareció hecha para la sociedad como para el mundo. Quedáronle sus amigos, «y esta vez, ha dicho Mr. Ballanche, sólo la fortuna se retiró.»

Mad. de Estael atrajo á su amiga á Coppet. El príncipe Augusto de Prusia, hecho prisionero en la batalla de Eylau, pasó por Ginebra, dirigiéndose á Italia, y se enamoró de Mad. Recamier. La vida íntima y particular perteneciente á cada hombre, continuaba su curso bajo la vida general, el enseñamiento de las batallas y la transformacion de los imperios. El rico, al despertar, divisa sus dorados artesanos; el pobre, sus vigas ahumadas: para alumbrarles no hay mas que un mismo rayo de sol.

El príncipe Augusto, creyendo que Mad. Recamier podia consentir en el divorcio, le propuso casarse con ella. Queda un momento de esa pasion en el cuadro

de Corina que el príncipe obtuvo de Gerard, y que regaló á Mad. Recamier como un recuerdo inmortal del sentimiento que esta le habia inspirado, y de la amistad íntima que unia á Corina á y Julia.

Pasó el verano entre fiestas: el mundo se hallaba trastornado; pero sucede que el ruido de las catástrofes públicas, mezclándose á los placeres de la juventud, redobla su encanto y se entrega uno con tanta mayor viveza á los goces, cuanto mas próximo le parece estar de perderlos.

Mad. de Genlis compuso una novela sobre ese amor del príncipe Augusto. Un día la encontré en el fuego de la composicion: vivia en el arsenal, en medio de libros empolvados en una habitacion oscura. No aguardaba á nadie: estaba vestida con un traje negro; sus blancos cabellos ocultaban su rostro; tenia un arpa entre sus rodillas, y la cabeza inclinada sobre el pecho. Recostada en las cuerdas del instrumento, paseaba dos manos pálidas y descarnadas por el sonoro enrejado, del que sacaba sonidos débiles, semejantes á las voces lejanas é indefinibles de la muerte. ¿Qué cantaba la antigua Sibila? Cantaba á Mad. Recamier. En un principio la habia aborrecido, pero al fin se sintió vencida por la belleza y la desgracia. Mad. de Genlis acababa de escribir la página siguiente acerca de Mad. Recamier, á quien daba el nombre de Atenaida:

«El príncipe entró en el salón conducido por madama de Stael. De repente se entreabre la puerta y se adelanta Atenaida. El príncipe no pudo menos de reconocerla en la elegancia de su cuerpo y en el brillo deslumbrador de su rostro; pero se habia formado de ella una idea del todo diferente: habiase representado á aquella mujer tan célebre por su belleza, orgullosa con sus triunfos, con altivo continente y con esa especie de confianza que infunde con harta frecuencia ese género de celebridad, y veia, por el contrario, á una joven tímida que se adelantaba con turbacion y se sonrojaba al presentarse. El sentimiento mas dulce se unió á su sorpresa.

»Despues de comer ninguno salió, á causa del excesivo calor, y bajaron á la galería para tener un rato de música hasta la hora de pasear. Despues de varios acordes brillantes y de sonidos armónicos de una dulzura encantadora, cantó Atenaida acompañándose con el arpa. El príncipe la escuchó extasiado, y cuando terminó, la miró con una turbacion indecible, exclamando:—«También habilidades!»

Mad. de Stael, en la fuerza de su vida, amaba á madama Recamier; Mad. de Genlis, en su decrepitud, encontraba para ella los acentos de su juventud; la autora de la *Señorita de Clermont* colocaba la escena de su novela en Coppet, en casa de la autora de *Corina*, rival á quien detestaba: esto era una maravilla. Otra maravilla es verme escribir estos pormenores. Estoy recorriendo cartas que me recuerdan tiempos en que yo vivía solitario y desconocido. Hubo felicidad sin mí en las riberas de Coppet que no he visto despues sin cierto impulso de envidia. Las cosas que han huido de mí en la tierra y que echo de menos, me matarian si no estuviese al borde del sepulcro; pero próximo al olvido eterno, verdades y sueños son igualmente vanos: al término de la vida todo es día perdido.

SEGUNDO VIAJE DE MAD. STAEL A ALEMANIA.

Mad. Stael partió segunda vez para Alemania. Aquí principia una nueva serie de cartas á Mad. Recamier, quizá todavia mas interesantes que las primeras.

Nada hay en las obras impresas de Mad. Stael que se aproxime á aquella naturalidad y elocuencia en que la imaginacion presta su expresion á los sentimientos. Grande debia ser la virtud de la amistad de madama Recamier, cuando supo hacer producir á una

mujer de genio lo que habia oculto y no revelado aun en su talento. Ademas se adivina en el acento triste de Mad. de Stael un disgusto secreto, de que solo la belleza debia naturalmente ser el confidente, porque solo ella no recibe semejantes heridas.

PALACIO DE CHAUMONT.—CARTA DE MAD. DE STAEL A BONAPARTE.

Habiendo regresado Mad. de Stael á Francia en la primavera de 1812, fue á habitar el palacio de Chaumont en las orillas del Loira á cuarenta leguas de París, distancia determinada por el radio de su destierro. Mad. Recamier fue á reunirse con ella en aquella morada.

Mad. de Stael cuidaba entonces de la impresion de su obra sobre Alemania, y cuando estuvo á punto de publicarse, la envió á Bonaparte con esta carta:

«Señor: me tomo la libertad de presentar á V. M. mi obra sobre la Alemania. Si se digna leerla, me parece que encontrará en ella la prueba de un talento capaz de alguna reflexion, y que el tiempo ha madurado. Señor, hace doce años que no he visto á V. M. y que me hallo desterrada. Doce años de desgracias modifican todos los caracteres, y el destierro enseña la resignacion á los que sufren. Resuelta á embarcarme, suplico á V. M. me conceda media hora de audiencia. Creo poderle decir cosas que le interesen, y bajo este título le suplico me conceda el favor de hablarle antes de mi marcha. Solo me permitirá una cosa en esta carta, y es la explicacion de los motivos que me obligan á abandonar el continente, si no obtengo de V. M. el permiso de vivir en un sitio bastante cerca de París para que mis hijos puedan vivir en la capital. El haber caido en desgracia cerca de V. M. espere sobre las personas que son objeto de ella tal desfavor en Europa, que no puedo dar un paso sin conocer sus efectos. Los unos temen comprometerse al verme; los otros se creen romanos en triunfar de ese temor. Las relaciones mas sencillas de la sociedad se convierten en servicios que un alma altiva no puede soportar. Entre mis amigos hay algunos que se han asociado á mi suerte con una admirable generosidad, pero he visto romperse los sentimientos mas íntimos contra la necesidad de vivir conmigo en la soledad, y he pasado mi vida hace ocho años entre el temor de no obtener sacrificios y el pesar de ser objeto de ellos. Quizá sea una ridiculéz entrar así en el pormenor de las impresiones propias con el soberano del mundo; pero lo que os ha dado el mundo, señor, es un genio soberano. Y en punto á observacion sobre el corazón humano, V. M. comprende desde los resortes mas grandes hasta los mas delicados. Mis hijos no tienen carrera; mi hija cuenta trece años, y dentro de poco será preciso establecerla; seria egoismo obligarla á vivir en las insípidas moradas á que me hallo condenada. Seria preciso, pues, separarme de ella tambien. Esta vida no es tolerable, y no sé hallar remedio ninguno á ella en el continente. ¿Qué ciudad puedo elegir en que la desgracia de V. M. no ponga un obstáculo invencible al establecimiento de mis hijos y á mi tranquilidad personal? V. M. mismo no sabe quizá el miedo que los desterrados infunden á la mayor parte de las autoridades de todos los países, y podría referirle cosas en este particular que sin duda sobrepujan á lo que V. M. tiene mandado. Han dicho á V. M. que yo echaba de menos á París á causa del Museo y de Talma: esto no pasa de ser una amena chanza sobre el destierro; es decir, sobre la desgracia que Ciceron y Bolimbroke han declarado ser la mayor de todas; pero aun cuando yo amase las obras maestras de las artes que debe la Francia á las conquistas de V. M.: aun cuando amase esas hermosas tragedias, imágenes del heroísmo, ¿podríais vos vituperarme por ello? La

felicidad de cada individuo, ¿no se compone de la naturaleza de sus facultades? Y si el cielo me ha dado talento, ¿no tengo la imaginación que hace necesarios los gozos de las artes y del ánimo? ¡Tantas personas piden á V. M. ventajas positivas de toda especie! ¿Por qué me he de avergonzar yo de pedirle la amistad, la poesía, la música, los cuadros, toda esa existencia ideal de que puedo gozar sin separarme de la sumisión al monarca de Francia?»

Esta carta no conocida merecía ser conservada. Mad. de Stael no era, como se ha querido suponer, una enemiga ciega é implacable. Pero no fue mas escuchada que yo cuando tuve que dirigirme también á Bonaparte para pedirle la vida de mi primo Armand. Alejandro y César se habrían conmovido con una carta en tono tan digno, escrita por una mujer tan célebre; pero la confianza del mérito que se juzga y se iguala á la dominación suprema, esa especie de familiaridad de la inteligencia que se coloca al nivel del amo de Europa para tratar con él de corona á corona, no parecieron otra cosa á Bonaparte que la arrogancia de un amor propio desmedido. Creíase desafiado por todo lo que tenía alguna grandeza independiente; la bajeza le parecía fidelidad, la altivez rebelión; ignoraba que el verdadero talento no reconoce Napoleones mas que en el genio, y que tiene su entrada en los palacios como en los templos porque es inmortal.

MADAMA DE RECAMIER Y MONSIEUR MATEO DE MONTMORENCY DESTERRADOS.—MADAMA RECAMIER EN CHALONS.

Mad. de Stael abandonó á Chaumont, y volvió á Coppet. Mad. Recamier se apresuró de nuevo á ir á acompañarla; Mr. Mateo de Montmorency le permaneció igualmente fiel. Uno y otro fueron castigados, y con la misma pena que ambos iban á consolar; también les fueron impuestas las cuarenta leguas de distancia de París.

Mad. Recamier se retiró á Chalons-sur-Marne, decidida en su elección por la proximidad de Montmirail que habitaban MM. de la Rochefoucauld-Doudeauville.

Mil particularidades de la opresión de Bonaparte se han perdido en la tiranía general: los perseguidos temían ver á sus amigos por temor de comprometerlos; sus amigos no se atrevían á visitarlos por temor de acarrearles un aumento de rigor. El desgraciado proscrito, convertido en apestado y secuestrado del género humano, permanecía en cuarentena en el odio del déspota. Bien recibido uno en tanto que se ignorase su independencia de opinion, en cuanto esta era conocida, todo se retiraba y no quedaba á su alrededor sino autoridades que expiaban sus relaciones, sus sentimientos, sus correspondencias, sus pasos: tales eran aquellos tiempos de ventura y de libertad.

Las cartas de Mad. de Stael revelan los padecimientos de aquella época en que los talentos se veían amenazados á cada paso de ser encerrados en un calabozo; en que todos no se ocupaban mas que de escapar; en que se aspiraba á la fuga como á la salvación: cuando la libertad ha desaparecido, queda un país; pero no hay ya patria.

Al escribir Mad. de Stael á su amiga que no deseaba verla por temor del mal que de ello la pudiera sobrenvenir, no lo decía todo: ella estaba casada en secreto con Mr. de Rocca; de lo que resultaba una posición embarazosa que aprovechaba la policía imperial. Mad. Recamier, á quien Mad. de Stael creía deber callar sus nuevos cuidados, se sorprendía con razón de la obstinación que esta ponía en cerrarle su palacio de Coppet: lastimada de la resistencia de madama de Stael, por quien se había sacrificado ya, no

por eso persistió menos en su resolución de unirse con ella.

Todas las cartas que habrían debido retener á madama Recamier no sirvieron mas que para confirmarla en su desigüo. Partió al fin y recibió en Dijon este billete fatal:

«Os digo adios, querido ángel de mi vida, con toda la ternura de mi alma. Os recomiendo á Augusto: que os vea y que me vuelva á ver. Sois una criatura celestial. Si hubiese vivido á vuestro lado, habría sido demasiado dichosa: me hallo arrastrada por el destino. Adios.»

Mad. de Stael no debía ya volver á ver á Julieta sino para morir. El billete de Mad. de Stael hirió como un rayo á la viajera: huir súbitamente, marcharse antes de haber estrechado en sus brazos á la que acudía solícita á arrojarle en sus adversidades, ¿no era de parte de Mad. de Stael una resolución cruel? Parecía á Mad. Recamier que la amistad hubiera podido verse menos arrastrada por el destino.

Mad. de Stael fue á buscar la Inglaterra, atravesando la Alemania y Suecia. El poder de Napoleon era otro mar que separaba á Albion de la Europa, como el Océano la separa del mundo.

Augusto, hijo de Mad. de Stael, había perdido á su hermano, muerto en duelo de un sablazo: casóse, y tuvo un hijo, el cual, de edad de algunos meses, le siguió á la tumba. Con Augusto de Stael se estingüió la posteridad masculina de una mujer ilustre, porque no ha revivido en el nombre honroso, pero desconocido, de Rocca.

MADAMA RECAMIER EN LYON.—MAD. DE CHEVREUSE.—PRISIONEROS ESPAÑOLES.

Habiendo quedado sola Mad. Recamier y llena de pesares, buscó desde luego en Lyon un primer asilo: allí encontró á Mad. de Chevreuse, otra desterrada. Mad. de Chevreuse se había visto obligada por el emperador, y despues por su propia familia, á entrar en la nueva sociedad. Apenas se encontrará un nombre histórico que no consienta en perder antes su honor que un bosque. Introducida ya Mad. de Chevreuse en las Tullerías, creyó poder dominar en una corte salida de los campos, verdad es que esa corte trataba de revestirse de los aires de otro tiempo, con la esperanza de cubrir su reciente origen; pero las maneras plebeyas eran todavía demasiado rudas para recibir lecciones de la impertinencia aristocrática. En una revolución que dura y que ha dado su último paso, como por ejemplo, en Roma el patriciado, un siglo despues de la caída de la república, pudo resignarse á no ser mas que el Senado de los emperadores: lo pasado nada tenía que echar en cara á los emperadores del presente, toda vez que ese pasado había concluido: una mancha igual marcaba todas las existencias. Pero en Francia, los nobles que se trasformaron en chambelanes se apresuraron demasiado: el imperio nacido nuevamente desapareció en ellos, y volvieron á encontrarse frente á frente con la antigua monarquía resucitada.

Atacada Mad. de Chevreuse de una enfermedad de pecho, solicitó y no obtuvo pasar sus últimos dias en París: no se muere cuando y en donde se quiere. Napoleon, que hacia tantos difuntos, no hubiera acabado con ellos si les hubiese dejado la elección de su sepulcro.

Mad. Recamier no lograba olvidar sus propios pesares sino ocupándose de los de los demás: por la mediación caritativa de una hermana de la misericordia visitaba secretamente en Lyon á los prisioneros espa-

ñoles. Uno de ellos, valiente y gallardo, cristiano como el Cid, marchaba á la eternidad: sentado sobre la paja, tocaba una guitarra: su espada había engañado á su mano. Así que veía á su bienhechora, le cantaba tonadas de su país, no teniendo otro medio de darle gracias. Su voz debilitada, y los sonidos confusos del instrumento, se perdían en el silencio de la cárcel. Los compañeros del soldado, medio envueltos en sus capas destrozadas, y con sus cabellos negros caídos sobre sus rostros macilentos y bronceados, levantaban sus ojos orgullosos con la sangre castellana y humedecidos por el reconocimiento hacia la desterrada, que les recordaba una esposa, una hermana, una amante, y que sufría el yugo de la misma tiranía.

El español murió, pudiendo decir como Zarviska, el jóven y valeroso poeta polaco: «Una mano desconocida cerrará mi párpado; el tañido de una campana extranjera anunciará mi muerte, y voces que no serán las de mi patria rogarán por mí.»

Mateo de Montmorency fué á Lyon á visitar á madama de Recamier. Enlonces fue cuando ella conoció á Mr. Camilo Jordan y á Mr. Ballanche, dignos de aumentar el círculo de las amistades consagradas á su noble vida.

MAD. RECAMIER EN ROMA.—ALBANO.—CANOVA.—SUS CARTAS.

Mad. Recamier era demasiado altiva para pedir que le levantaran el destierro. Fouché la había apremiado por mucho tiempo é inútilmente para que adornase la corte del emperador: pueden verse los pormenores de estas negociaciones de palacio en los escritos de la época. Mad. Recamier se retiró á Italia, acompañándola Mr. de Montmorency hasta Chambery. Lo demás de los Alpes lo atravesó sin mas compañero de viaje que una sobrinita suya de siete años, que es hoy Mad. de Lenormant.

Roma era entonces una ciudad de Francia, capital del departamento del Tiber. El papa gemía prisionero en Fontainebleau en el palacio de Francisco I.

Fouché, comisionado en Italia, mandaba en la ciudad de los Césares: lo mismo que el jefe de los eunucos negros en Atenas, no hizo mas que pasar. Instalóse á Mr. de Norvins en calidad de prefecto de policía: el movimiento se hallaba hacia otro punto de Europa.

Conquistada la ciudad eterna sin haber visto á su segundo Alarico, callaba sumida en sus ruinas. Artistas solo vivían en el palacio de Francisco I. Canova recibió á Mad. Recamier como una estatua griega que la Francia devolvía al museo del Vaticano; pontífice de las artes, la inauguró en los honores del Capitolio en Roma abandonada.

Canova tenía una casa en Albano, y la ofreció á madama Recamier, la cual pasó allí el verano. El balcon de su cuarto era uno de esos balcones de pintor, que abarcan el paisaje. Daba á las ruinas de la quinta de Pompeyo: á lo lejos y por encima de los olivos, se veía ocultarse el sol en el mar. Canova volvía á estas horas, y conmovido por aquel hermoso espectáculo, se complacía en cantar con un acento veneciano y una voz agradable, la barcarola *O pescator dell' onda*. Mad. Recamier le acompañaba al piano. El autor de Psychis y de la Magdalena se deleitaba con aquella armonía, y buscaba en las facciones de Julieta el tipo de la Beatriz que pensaba hacer mas adelante. Roma había visto en otro tiempo á Rafael y á Miguel Angel coronar sus modelos en orgías poéticas, contadas harto libremente por Cellini: ¡cuán superior era á aquellas esta escena decorosa y pura entre una mujer desterrada y aquel Canova tan sencillo y afable!

Mas solitaria Roma que nunca, llevaba en aquel momento el luto de viuda, y no veía ya pasar bendi-

ciéndolos aquellos pacíficos soberanos que rejuvenecían sus ancianos dias con todas las maravillas de las artes. El ruido del mundo se hallaba alejado nuevamente de ella. San Pedro estaba desierto como el Coliseo.

He leído las cartas elocuentes que escribía á su amiga la mujer mas ilustre de nuestros dias pasados: léanse los mismos sentimientos de ternura expresados con la mas encantadora sencillez en la lengua de Petrarca por el primer escultor de los tiempos modernos. No cometeré el sacrilegio de intentar traducirlos:

«Domenica mattina.

«Dio eterno! ¿Siamo vivi, ó siamo morti? Io voglio esser vivo, almeno per scrivervi; si, lo vuole il mio cuore anzi mi commanda assolutamente di farlo. ¡Oh, se'l conoscete bene á fondo questo Povero cuor mio, quanto, quanto mai ve ne persuadereste! Maper disgrazia mia para ch'egli sia alquanto all' oscuro per voi. ¡Pazienza! Ditemi almeno come state di salute, si di piú non volete dire: benché mi abbiate promesso di scrivere e di scrivermi dolce. Io davvero che avrei voluto vedervi personalmente en questi giorni, ma non vi poteva essere alcuna via di poterlo fare: anzi su di questo vi diro á voce delle cose curiose. Conviene dunque che mi contenti á forza, di vedervi in spirito. In questo modo sempre mi siete presente, sempre vi veggo, sempre vi parlo, vi dico tante, tante cose, ma tutte, tutte al vento, tutte; ¡Pazienza anche di questo! ¡Gran fatto che la cosa abbia d'andare sempre in questo modo! Voglio intanto pero che siate certa, certissima che l'anima mia vi ama molto piú assai di quello che mai possiate credere ed immaginare.»

EL PESCADOR DE ALBANO.

Mad. Recamier había socorrido á los prisioneros españoles en Lyon: otra víctima del mismo poder que la hería la puso en el caso de ejercitar en Albano sus sentimientos compasivos: un pescador, acusado de estar en inteligencia con los súbditos del papa, había sido juzgado y condenado á muerte. Los habitantes de Albano suplicaron á la extranjería refugiada entre ellos que intercediese por aquel desgraciado. Condujéronla á la cárcel; vió en ella al preso, y condolido de la desesperacion de aquel hombre, prorumpió en lágrimas. El infeliz le suplicó que acudiese en su auxilio; que intercediese por él; que le salvase: suplica tanto mas desgarradora, cuanto que era imposible arrancarle al suplicio. Era ya de noche, y debía ser fusilado al amanecer.

Sin embargo, Mad. Recamier, aunque persuadida de la inutilidad de sus esfuerzos, no vaciló. Tráenle un carruaje, y sube en él sin la esperanza que dejaba al sentenciado. Atraviesa los campos infestados de bandidos; llega á Roma, y no encuentra al director de policía. Aguardó dos horas en el palacio de Fiano, contando los minutos de una vida, de la que se acercaba el último. Cuando llegó Mr. de Norvins le explicó el objeto de su viaje, y aquel le contestó que estaba dictada la sentencia, y no tenía las facultades necesarias para hacerla suspender.

Mad. Recamier se volvió con el corazón traspasado: el preso había dejado de existir cuando ella llegó á Albano. Los habitantes aguardaban á la francesa en el camino, y al punto que la reconocieron, se acercaron á ella. El sacerdote que había asistido al paciente le venía á manifestar los últimos deseos de este. Daba gracias á la dama que no había cesado de buscar con sus hijos al dirigirse al sitio de la ejecución; recomendábale que orase por él, porque para un cristiano no ha acabado todo, ni está libre de temor por haber dejado de existir. Mad. Recamier

fue conducida por el eclesiástico á la iglesia, á donde la siguió la multitud de hermosas aldeanas de Albano. El pescador habia sido fusilado á la hora en que la aurora principiaba á iluminar la barca, ya sin guia, que él tenia costumbre de conducir sobre los mares y á las riberas que solia recorrer.

Para disgustarse de los conquistadores seria preciso saber todos los males que couan; seria preciso ser testigo de la indiferencia con que se les sacrifican las criaturas mas inofensivas en un rincon del globo en donde jamás han puesto el pié. ¿Qué importaban á los triunfos de Bonaparte los dias de un pobre pescador de los Estados Romanos? Indudablemente nunca habrá sabido que existiese ese miserable pescador, y en el estrépito de su lucha con los reyes habrá ignorado hasta el nombre de su víctima plebea.

El mundo no distingue en Napoleon sino victorias: las lágrimas en que se han cimentado las columnas triunfales no caen de sus ojos. Y yo creó que de esos sufrimientos despreciados, de esas calamidades de los humildes y pequeños se forman en los consejos de la Providencia las causas secretas que precipitan desde lo alto al dominador. Cuando se acumulan las injusticias particulares de modo que vencen el peso de la fortuna, el nivel baja. Hay sangre muda y sangre que grita: la sangre de los campos de batalla la bebe en silencio la tierra: la sangre pacífica derramada salta gimiendo hácia el cielo. Dios la recibe y la vengá: Bonaparte mató al pescador de Albano: algunos meses despues se hallaba desterrado entre los pescadores de la isla de Elba, y ha muerto entre los de Santa-Elena.

¿Mi vago recuerdo bosquejado apenas en los pensamientos de Mad. Recamier se le aparecian en las riberas del Tiber y del Anio? Yo habia ya pasado al través de aquellas soledades melancólicas, y habia dejado una sombra honrada con las lágrimas de los amigos de Julieta. Cuando en 1803 murió la hija de Mr. de Montmorin (Mad. de Beaumont), Mad. de Stael y Mr. Necker me escribían cartas de pésame: vistas han sido esas cartas. De este modo recibia yo en Roma, antes casi de haber conocido á Mad. Recamier, cartas fechadas en Coppet: este es el primer indicio de una afinidad de destino. Mad. Recamier me ha dicho tambien que mi carta de 1803 á Mr. de Fontanes le servia de guia en 1814, y que leia repetidas veces este pasaje:

«Todo el que no tenga lazo ninguno en la vida debe ir á Roma. Allí encontrará por sociedad una tierra que alimentará sus reflexiones y ocupará su corazon, y paseos que le dirán siempre alguna cosa. La piedra que pise le hablará; el polvo que el viento levante de sus pisadas encerrará alguna grandeza humana. Si es desgraciado; si ha mezclado las cenizas de los que amó á tantas cenizas ilustres; ¿con qué encanto no pasará del sepulcro de los Escipiones al último asilo de un amigo virtuoso!... Si es cristiano, ¡ah! ¿Cómo podria entonces arrancarse de esta tierra que ha visto nacer un segundo imperio mas santo en su cuna, mas grande en su poder que el que le precedió, de esta tierra en donde los amigos que hemos perdido, durmiendo con los mártires en las catacumbas á la vista del padre de los fieles, parecen deberse despertar los primeros en su polvo y estar mas próximos á los cielos?»

Pero en 1814 no era yo para Mad. Recamier mas que un cicerone vulgar, perteneciente á todos los viajeros: mas feliz en 1823 habia cesado de ser extranjero para ella, y podíamos hablar juntos de las ruinas romanas.

MAD. RECAMIER EN NÁPOLES.—EL DUQUE DE ROHAN CHABOT.

En Nápoles, adonde fué por el otoño Mad. Recamier, cesaron las ocupaciones de la soledad. Apenar se apeó en la posada, se le presentaron los ministros del rey Joaquín. Murat, olvidando la mano que habia cambiado su látigo en cetro, estaba dispuesto á unirse á la coalicion. Bonaparte habia plantado su espada en medio de Europa, como los gaulas plantaron su dardo en medio del mallo: alrededor de la espada de Napoleon habia colocados en círculo reinos que este distribuía á su familia. Carolina habia recibido el de Nápoles. Mad. Murat no era un camafeo antiguo tan elegante como la princesa Borghese; pero tenia mas fisonomía y mas talento que su hermana. En la firmeza de su carácter se reconocia la sangre de Napoleon. Si la diadema no hubiera sido para ella el adorno de la cabeza de una mujer, todavia habria sido la señal del poder de una reina.

Carolina recibió á Mad. Recamier con una solicitud tanto mas afectuosa, cuanto que la opresion de la tiranía se hacia sentir hasta en Pórtici. Sin embargo, la ciudad que posee la tumba de Virgilio y la cuna del Tasso: esa ciudad en que vivieron Horacio y Tito Livio, Bocaccio y Sannazaro, en donde nacieron Durante y Cimara, habia sido embellecida por su nuevo amo. Hallábase restablecido el órden, y los *lazzaroni* no jugaban ya á los bolos con cabezas para divertir al almirante Nelson y á lady Hamilton. Habianse extendido las excavaciones de Pompeya, y sobre el Pausilipo serpenteaba un camino, por el que pasó en 1803 para ir á examinar en Lerno el retiro de Escipion. Aquellas monarquías nuevas, de una dinastia militar, habian hecho renacer la vida en países en donde se manifestaba antes la moribunda languidez de una antigua estirpe. Roberto Guiscard, Guillermo Bras-de-Fer, Rogerio y Tancredo parecian haber vuelto, á excepcion de la caballería.

Mad. Recamier se hallaba en Nápoles por el mes de febrero de 1814. ¿Y yo dónde estaba? En mi *Valle-aux-Loups*, principiando la historia de mi vida. Ocupábame de los juegos de mi infancia al ruido de las pisadas de soldados extranjeros. La mujer cuyo nombre debia terminar estas *Memorias* vagaba sobre las marinas de Bayas. ¿No tenia yo un presentimiento del bien que me vendria algun dia de aquella tierra, cuando pintaba la seducción partenopea en los *Mártires*...

«Todas las mañanas, así que la aurora principiaba á aparecer, me iba bajo un pórtico. El sol se elevaba delante de mí, iluminando con sus fuegos mas suave la cadena de montañas de Salerno, el azul del mar, sembrado de las velas blancas del pescador, las islas de Caprea, de Oenaria y de Prochyta, el cabo de Miseno y Bayas, con todos sus encantos.

«Las flores y frutos húmedos de rocío son menos suaves y frescos que el paisaje de Nápoles. Saliendo de las sombras de la noche, sorprendíame siempre al llegar al pórtico de hallarme á orillas del mar, porque las olas en aquel punto hacian apenas oír el ligero murmullo de una fuente. Extasiado ante aquel cuadro, me apoyaba contra una columna, y sin pensamiento, sin desec, sin proyecto, permanecia horas enteras respirando un ambiente delicioso. El encanto era tan grande, que me parecia que aquel aire divino trasformaba mi propia sustancia, y que con un placer indecible me elevaba hácia el firmamento como un espíritu puro... Aguardar ó buscar la belleza, verla adelantarse en una barquilla y sonreírnos de en medio de las olas; bogar con ella sobre el mar, cuya superficie sembrá-bamos de flores; seguir á la encantadora al fondo de aquellos bosques de mirto, y á los campos felices en

donde Virgilio colocó el Eliseo: tal era la ocupacion de nuestros dias...

«Quizá hay climas peligrosos para la virtud por su extremada voluptuosidad: ¿y no es eso lo que quiso enseñar una fábula ingeniosa, refiriendo que Parthenope fue construida sobre el sepulcro de una sirena? El brillo aterciopelado de la campina, la dulce temperatura de la atmósfera; los contornos redondeados de las montañas; las muelles inflexiones de los rios y de los valles, son en Napoles otras tantas seducciones para los sentidos, á los que tolo da descanso y nada lástima. Para evitar los ardores del medio dia nos retiráramos á la parte del palacio, construido bajo el mar. Acostados en lecho de marfil, oíamos murmurar las olas por encima de nuestras cabezas: si en el interior de aquellos retiros nos sorprendia alguna tempestad, los esclavos encendían lámparas, llenas del nardo mas precioso de la Arabia. Entonces entraban jóvenes napolitanas, que traían rosas de Pesto en vasos de Nola, y mientras que las olas bramaban por fuera ellas, cantaban, formando delante de nosotros bailes pausados que me recordaban las costumbres de la Grecia: así se realizaban para nosotros las ficciones de los poetas: hubiérase creído ver los juegos de las Nereidas en la gruta de Neptuno.»

Mad. Recamier encontró en Nápoles al conde de Nieperg, y al duque de Rohan Chabot: el uno debia subir al nido del águila, y el otro vestir la púrpura. Se ha dicho de este que estaba destinado al color encarnado, habiendo llevado el vestido de chambelan, el uniforme de caballería ligera de la guardia, y el traje de cardenal.

El duque de Rohan era muy lindo: hablaba novelescamente, pintaba á la aguada, y se distinguia por su exquisito esmero en el vestir. Cuando se hizo sacerdote, su piadosa cabellera, á prueba del hierro, tenia una elegancia de mártir. Predicaba al oscurecer en oratorios sombríos, á un auditorio de devotos, cuidando, con el auxilio de dos ó tres velas arísticamente colocadas, de iluminar á medias tintas, como un cuadro, su pálido semblante.

No se explica á primera vista como hombres á quienes sus nombres hacian tontos á fuerza de orgullo, se ponian á merced de una *recien llegado*. Reflexionando un poco se advierte que aquella aptitud para acomodarse á todo procedia naturalmente de sus costumbres: familiarizados con la domesticidad, nada les importaba el cambio de librea con tal que el amo estuviese alojado en palacio con la misma divisa. El desprecio de Bonaparte les hacia justicia: este gran soldado, abandonado de los suyos, decia con reconocimiento á una elevada señora: «En realidad, no hay mas que vosotros que sepan servir.

La religion y la muerte han pasado la esponja sobre ciertas debilidades, bien perdonables por otra parte, del cardenal de Rohan. Sacrdote cristiano, consumó en Besanzon su sacrificio, socorriendo á los desgraciados, dando de comer á los pobres, vistiendo á los huérfanos y empleando en buenas obras su vida, cuya carrera abreviaba naturalmente una salud quebrantada.

Lector, si te impacientas con estas citas y estos relatos, piensa en primer lugar que no habrás quizás leído mis obras, y sobre todo que ya no te oigo, pues estoy durmiendo en la tierra que tú pisas: si te incomoda, hiere en esa tierra, que no insultarás mas que á mis huesos. Piensa ademas que mis escritos forman parte esencial de esta existencia, cuyas hojas desdoblo. ¡Ay! ¡Ojalá que mis cuadros napolitanos tengan un fondo de verdad! ¡Ojalá que la hija del Ródano fuese la mujer verdadera de mis delicias imaginarias! Pero no: si yo fui Agus'in, Gerónimo, Eudoro, lo fui solo: mis dias obrepujaron á los dias de la amiga de Corina en Italia. ¡Feliz yo si hubiese podido estender

mi vida entera bajo sus pasos, como una alfombra de flores! Pero mi vida es escabrosa, y sus asperezas lastiman. ¡Ojalá que mis horas espirantes puedan reflejar el enternecimiento y el encanto de que ella las ha llenado sobre la que fue amada de todos, y de quien nadie tuvo jamás motivos de queja!

EL REY MURAT.—SUS CARTAS.

Murat, rey de Nápoles, nació el 25 de mayo de 1771 en la Bastide, cerca de Cahors, y fue enviado á Tolosa para hacer allí sus estudios. Disgustose de las letras, se alistó en los cazadores de los Ardenes, desertó y se refugió en Paris. Admitido en la guardia constitucional de Luis XVI, obtuvo, despues del licenciamiento de esta guarda, una subtenencia en el undécimo regimiento de cazadores de caballería. Cuando la muerte de Robespierre, fue destituido como terrorista: lo mismo sucedió á Bonaparte, y ambos soldados quedaron sin recursos. Murat volvió á rehabilitarse en el 13 de vendimiario, y fue nombrado ayudante de Napoleon, á cuyas órdenes hizo las primeras campañas de Italia: tomó la Valtelina, que reunió á la república cisalpina; y tuvo tambien parte en la expedicion de Egipto, distinguiéndose en la batalla de Abukir. De vuelta á Francia con su amo, fue encargado de expulsar el consejo de los *Quinientos*. Bonaparte le dió en matrimonio á su hermana Carolina. Murat mandaba la caballería en la batalla de Marengo. Gobernador de Paris en tiempo de la muerte del duque de Enghien, la mantuvo por lo bajo un asesinato que no tuvo valor para censurar públicamente.

Cuñado Murat de Napoleon y mariscal del imperio, entró en Viena en 1806; contribuyó á las victorias de Austerlitz, Jena, Eylau y Friedlan; llegó á ser gran duque de Berg, é invadió la España en 1808.

Napoleon le llamó y le dió la corona de Nápoles. Proclamado rey de las Dos-Sicilias en 1.º de agosto de 1808, agradó á los napolitanos por su fausto, su traje teatral, sus cabalgatas y sus fiestas.

Llamado en calidad de gran vasallo del imperio á la invasion de la Rusia, volvió á aparecer en todos los combates, y quedó encargado del mando de la retirada de Smolensk á Wilna. Despues de manifestar su descontento, dejó el ejército y fué á calentarse al sol de Nápoles, como su capitan al hogar de las Tullerías. Aquellos hombres del triunfo no podían acostumbrarse á los reveses. Entonces principiaron sus alianzas con el Austria; volvió á aparecer de nuevo en los campos de Alemania en 1813; volvió á Nápoles despues de la batalla de Leipsik, y reanudó sus negociaciones austrobritánicas. Antes de entrar en una alianza completa, escribió Murat á Napoleon en una carta que he oido leer á Mr. de Mosbourg. En esta carta decia á su cuñado que habia encontrado á la península muy agitada; que los italianos reclamaban su independencia nacional, que si no se les devolvía era de temer se uniesen á la coalicion de Europa y aumentasen de ese modo los peligros de la Francia: suplicaba á Napoleon que hiciese la paz, único medio de conservar un imperio tan poderoso y tan bello; que si Bonaparte rebusaba escucharle; él, abandonado en el extremo de la Italia, se veria precisado á abandonar su reino ó abrazar los intereses de la libertad italiana. Esta carta muy sensata quedó por muchos meses sin respuesta: de consiguiente Napoleon no pudo echar en cara con justicia á Murat que le hubiese hecho traicion.

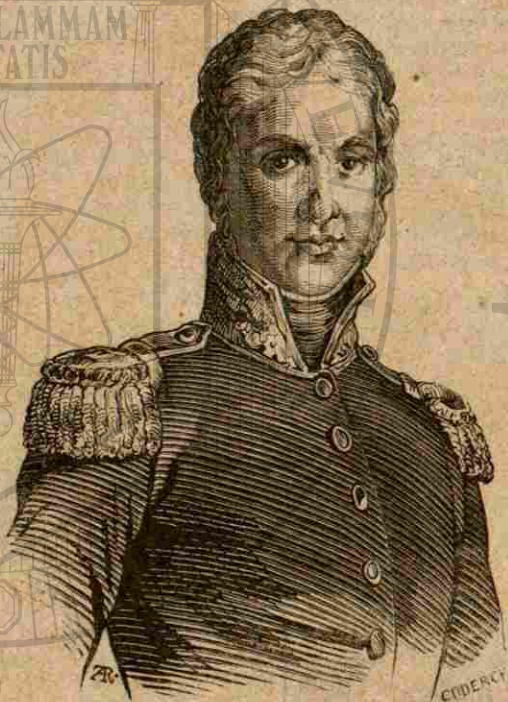
Obligado Murat á elegir prontamente, firmó en 11 de enero de 1814, con la córte de Austria, un tratado, en que se obligaba á suministrar á los aliados un ejército de treinta mil hombres. En premio de esta defeccion se le garantizaba su reino de Nápoles y su derecho de conquista sobre las Marcas pontificias. Mad. Murat habia revelado aquella importante transaccion á Mad. Recamier. En el momento de declarar-

se Murat abiertamente y con el ánimo muy conmovido, encontró á Mad. Recamier en el cuarto de Carolina, y le preguntó su parecer acerca del partido que debía tomar, rogándole que tuviese bien en cuenta los intereses del pueblo de que era soberano. Madama Recamier le dijo:—«Sois francés, y á los franceses es á quienes debéis permanecer fiel.» Desfigurósele el semblante á Murat, y replicó.—«¿Con que soy un traidor? ¿Y qué he de hacer? Ya es demasiado tarde! Abrió violentamente una ventana, y señaló con la mano una escuadra inglesa que entraba á vela llena en el puerto.

El Vesubio acababa de tener una erupción, y vomitaba llamas. Dos horas despues estaba Murat á caballo al frente de sus guardias; la multitud le cercaba gritando:—«¡Viva el rey Joaquín!» Todo lo había olvidado, y parecía ebrio de gozo. Al día siguiente gran

funcion en el teatro de San Carlos: el rey y la reina fueron recibidos con frenéticas aclamaciones, desconocidas de los pueblos del lado de acá de los Alpes. Aplaudióse también al enviado de Francisco II: en el palco del embajador de Napoleón no se veía á nadie: Murat se turbó como si en el interior de aquel palco hubiese visto el espectro de la Francia.

Puesto en movimiento el ejército de Murat en 16 de febrero de 1814, y obligado el príncipe Eugenio á replegarse sobre el Adigio, Napoleón, despues de obtener triunfos inesperados en Champaña, escribía á su hermana Carolina cartas que fueron interceptadas por los aliados y comunicadas al parlamento de Inglaterra por lord Castlereagh; decíale en ellas: «Vuestro marido es muy valiente en el campo de batalla; pero mas débil que una mujer ó un monge cuando no ve al enemigo. No tiene ningun valor mo-



MOREAU.

ral, ha tenido miedo, y no ha titubeado en perder en un instante lo que no puede tener sino por mí y conmigo.»

En otra carta, dirigida al mismo Murat en persona, decía Napoleón á su cuñado: «Supongo que no seréis de los que piensan que el león está muerto; si hicierais ese cálculo, sería en falso... Desde vuestra marcha de Wilna me habeis hecho todo el mal que habeis podido. El título de rey os ha trastornado la cabeza; si deseáis conservarla, portaos bien.»

Murat no persiguió al vírey sobre el Adigio, vacilando, según las probabilidades que Bonaparte parecía ganar ó perder.

En los campos de Brienne, en donde Napoleón fue elevado por la antigua monarquía, daba en honor de esta el último y mas admirable de sus sangrientos torneos. Favorecido Joaquín por los carbonarios, unas veces quería declararse libertador de la Italia, otras esperaba combatirla entre él y Bonaparte una vez vencedor.

Una mañana llevó el coronel á Nápoles la noticia de la entrada de los rusos en París. Mad. Murat estaba acostada todavía, y Mad. Recamier, sentada á la cabecera de su cama, estaba hablando con ella, á tiempo que pusieron sobre la cama una porción de cartas y periódicos. Entre estos se hallaban mi escrito de Bonaparte, y los Borbones. La reina exclamó:—«¡Ah, una producción de Mr. de Chateaubrian! La leeremos juntas.» Y continuó abriendo sus cartas.

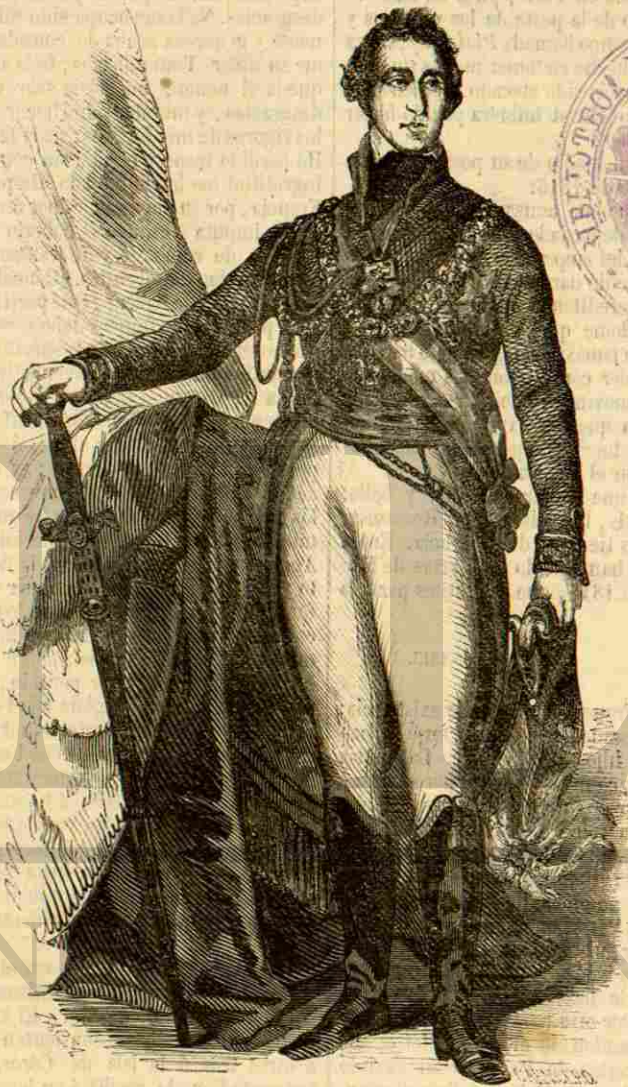
Mad. Recamier tomó el folleto, y despues de ojearlo por encima, lo volvió á poner sobre la cama, y dijo á su señora:—«Señora, lo leeréis vos sola: tengo que volver á casa.»

Napoleón fue relegado á la isla de Elba: la Alianza, con una grande habilidad, lo había colocado sobre las costas de Italia. Murat supo que se trataba en el congreso de Viena de despojarle de los Estados que había comprado tan caro, y se puso entonces en inteligencia secretamente con su cuñado, que había llegado á ser vecino suyo. Se ha extrañado siempre

que los Napoleones hayan tenido parientes. ¿Quién sabe el nombre de Aridéo, hermano de Alejandro? Durante el año de 1814, el rey y la reina de Nápoles dieron una fiesta en Pompella, en donde se practicó una excavacion al son de la música: las ruinas que hacían desenterrar Carolina y Joaquín no les instruían sobre su propia ruina: al borde de la prosperidad no se oían mas que los últimos conciertos del ensueño que pasa.

Cuando la paz de París, formaba Murat parte de la Alianza. Habiendo sido devuelto al Austria el Milane-

sado, se retiraron los napolitanos á las legaciones romanas. Cuando Bonaparte, desembarcando en Cannes, entró en Lyon, Murat, perplejo y con intereses distintos, salió de las legaciones y marchó con cuarenta mil hombres hácia la alta Italia, para practicar una conversion en favor de Napoleón, y rehusó en Parma las condiciones que los austriacos, asustados le ofrecían todavía. Para todo hombre hay un momento crítico, que, bien ó mal aprovechado, decide de su porvenir. El baron de Firmont rechaza las tropas de Murat, toma la ofensiva, y las persigue hasta



EL DUQUE DE WELLINGTON.

Macerata. Los napolitanos se desmandaron, y su general-rey volvió á Nápoles acompañado de cuatro lanceros. Presentóse á su esposa, y le dijo:—«Señora, no he podido morir.» Al día siguiente le condujo un barco hácia la isla de Ischia; encuentra en el mar una embarcacion en que iban algunos oficiales de su estado mayor, y se dirige con ellos hácia Francia.

Habiéndose quedado sola Mad. Murat, mostró una presencia de espíritu admirable. Los austriacos estaban á punto de presentarse, y en la transición de una autoridad á otra podía sobrevenir un intervalo preña-

do de desórdenes. La regente no precipita su retirada sino que deja á los soldados alemanes ocupar la ciudad, y por la noche hace iluminar sus galerías. El pueblo, distinguiendo las luces desde fuera, cree que la reina está allí todavía, y permanece tranquilo. Pero Carolina había salido por una puerta secreta, y se había embarcado. Sentada en la popa del buque, veía resplandecer iluminado el palacio desierto de que se alejaba, imagen del brillante ensueño que había tenido mientras dormía en la region de las hadas.

Carolina encontró la fragata que conducía á bordo

